ESCRITOS COMPLETOS DE SAN FRANCISCO DE ASIS

Y BIOGRAFIAS DE SU EPOCA

San Francisco de Asís

Escritos Completos
y
Biografías Primitivas

BIBLIOTECA
DE
AUTORES CRISTIANOS
Declarada de interés nacional

ESTA COLECCIÓN SE PUBLICA BAJO LOS AUSPICIOS Y ALTA DIRECCIÓN DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

LA COMISION DE DICHA PONTIFICIA UNIVERSIDAD ENCARGADA DE LA INMEDIATA RELACION CON LA B. A. C., ESTA INTEGRADA EN EL AÑO 1956 POR LOS SEÑORES SIGUIENTES:

PRESIDENTE:

Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. Fr. FRANCISCO BARBADO VIEJO, O. P., *Obispo de Salamanca y Gran Canciller de la Pontificia Universidad*

VICEPRESIDENTE: Ilmo. Sr. Dr. LORENZO TURRADO, *Rector Magnífico*

VOCALES: R. P. Dr. Fr. AGAPITO SOBRADILLO, O. F. M. C., *Decano de la Facultad de Teología;* M. I. Sr. Dr. LAMBERTO DE ECHEVERRÍA, *Decano de la Facultad de Derecho;* M. I. Sr. Dr. BERNARDO RINCÓN, *Decano de la Facultad de Filosofía;* R. P. Dr. JOSÉ JIMÉNEZ, C. M. F., *Decano de la Facultad de Humanidades Clásicas;* R. P. Dr. Fr. ALBERTO COLUNGA, O. P., *Catedrático de Sagrada Escritura;* R. P. Dr. BERNARDINO LLORCA, S. I., *Catedrático de Historia Eclesiástica.*

SECRETARIO: M. I. Sr. Dr. LUIS SALA BALUST, *Profesor.*

LA EDITORIAL CATOLICA, S. A. APARTADO 466

MADRID - MCMLVI

SAN FRANCISCO DE ASÍS

SUS ESCRITOS. LAS FLORECILLAS. BIOGRAFIAS DEL SANTO POR CELANO, SAN BUENAVENTURA Y LOS TRES COMPAÑEROS. ESPEJO DE PERFECCION

EDICIÓN PREPARADA
POR LOS PADRES

FRAY JUAN R. DE LEGÍSIMA, O. F. M.
ACADÉMICO C. DE LA HISTORIA
CONSEJERO NACIONAL DE EDUCACIÓN

Y

FRAY LINO GÓMEZ CANEDO, O. F. M.
DOCTOR EN HISTORIA ECLESIÁSTICA

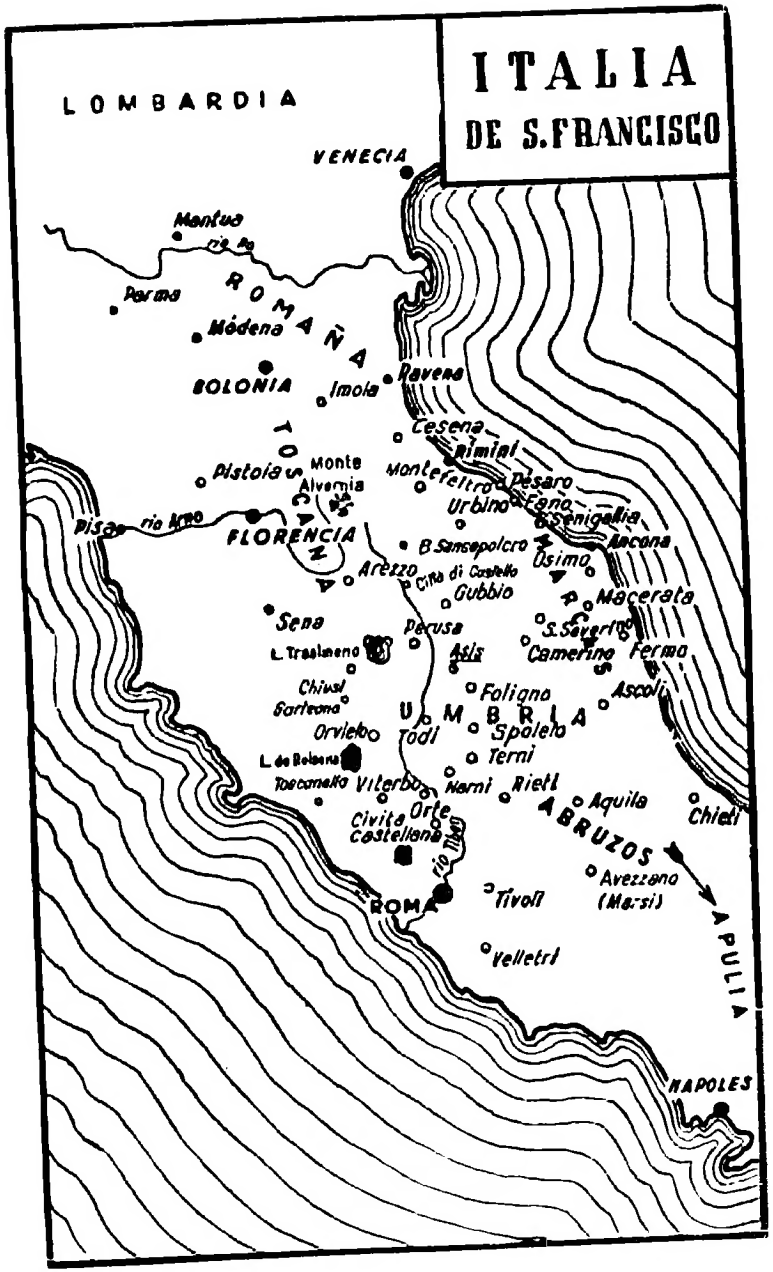
TERCERA EDICIÓN

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
MADRID. MCMLVI

NIHIL OBSTAT:
DR. ANDRÉS DE LUCAS,
Censor

POTEST:
AGUSTIN ZULUAGA
Del. Gral. O. F. M.

IMPRIMATUR:
† CASIMIRO,
Obispo Aux. y Vic. Gen.
Madrid, 20 de enero 1945



INDICE GENERAL

	Págs.
Introducción a la primera edición	XVII
Advertencia a la segunda edición	XXXIV
Nota a la tercera edición	XXXV
Orientación bibliográfica	XXXVII
Cronología de San Francisco	XL

OPUSCULOS DE SAN FRANCISCO DE ASIS

I.—OPÚSCULOS LEGISLATIVOS.

Primera Regla de los Frailes Menores	3
Regla segunda de los Frailes Menores	25
De la habitación religiosa en los eremitorios	32
De la Regla para las Hermanas Clarisas	33
Testamento de San Francisco	34

II.—AVISOS ESPIRITUALES.

Palabras de exhortación	39
Cartas	48

III.—ESCRITOS LÍRICOS.

Laudes	65
Oración	67
Saludo a las virtudes	67
Salutación.—A la Virgen María	68
Papel que dió a fray León.—Alabanzas de Dios	68
Bendición de fray León	69
Oración	69
Cántico del hermano Sol	70
Oficio de la pasión del Señor	73

FLORECILLAS DE SAN FRANCISCO.—Parte primera.

CAPÍTULOS:

1. Cómo San Francisco convirtió al caballero Bernardo de Asís	93
2. Cómo San Francisco fué a hablar con fray Bernardo.	96
3. Cómo vino un ángel a la puerta para hablar con fray Elías	98
4. Cómo fray Bernardo fundó un convento en Bolonia.	101
5. Cómo San Francisco oró por fray Bernardo para que triunfase en las tentaciones	103

6. Cómo San Francisco pasó una cuaresma en el lago de Perusa con la mitad de un panecillo 105
7. Enseña San Francisco cómo en la paciencia está la perfecta alegría 107
8. Cómo San Francisco y fray León rezaron maitines sin breviario 109
9. Cómo fray Maseo tentó a San Francisco 111
10. Cómo San Francisco hizo dar vueltas a fray Maseo para enseñarle el camino por donde debía ir 113
11. Cómo San Francisco quiso humillar a fray Maseo. 115
12. Cómo San Francisco, yendo a Francia, levantó con el aliento a fray Maseo y lo arrojó delante de sí 116
13. Cómo Cristo se apareció a San Francisco y a sus compañeros 118
14. Cómo los ciudadanos de Asís corrieron a Santa María de los Angeles para apagar el incendio 119
15. Cómo San Francisco dudó si debía dedicarse a la predicación o a la oración 121
16. De un niño que se desmayó viendo a San Francisco hablar con Cristo 123
17. Cómo San Francisco reunió Capítulo en Asís 123
18. Cómo estando San Francisco enfermo de los ojos se le apareció Cristo 128
19. De un novicio que fué tentado para salirse de la Orden 130
20. Cómo San Francisco libró de un lobo feroz la ciudad de Gubio 132
21. Cómo un joven regaló unas tórtolas a San Francis- y no se marcharon del convento hasta que el Santo les dió licencia 135
22. Cómo San Francisco vió el convento rodeado de demonios, y sólo uno entró dentro 135
23. Cómo San Francisco fué a convertir al Sultán de Babilonia 136
24. Cómo San Francisco sanó de alma y cuerpo a un leproso 138
25. Cómo San Francisco recibió a un joven en la Orden, el cual despidió con desaire a unos ladrones, y después San Francisco les envió de comer y se convirtieron ... 140
26. Cómo San Francisco fué a Bolonia y convirtió con su predicación a dos nobles seglares 146
27. Cómo fray Bernardo de Quintaval estuvo en éxtasis desde la mañana hasta la hora de nona 148
28. Cómo el demonio se apareció a fray Rufino en forma de crucifijo para engañarle, y le dijo que estaba condenado 149
29. Cómo San Francisco envió a fray Rufino sin hábito a predicar en Asís, y después, para prolongar aquella mortificación, fué él también de igual modo e hicieron aquel día mucho fruto espiritual 152

30. Cómo San Francisco, por divino privilegio, conocía todas las virtudes y defectos de sus frailes, y cómo decía que fray Rufino había sido canonizado por Cristo. 154
31. Cuánto deseaba fray Maseo la virtud de la humildad y cómo quiso dar los ojos para obtenerla, y la alcanzó ... 155
32. Cómo, bendiciendo Santa Clara la mesa por obediencia al Papa, apareció formada milagrosamente la cruz en cada panecillo 156
33. Cómo San Luis vino a visitar a fray Gil y, no habiéndose visto nunca, se conocieron sin hablarse 158
34. Cómo estando gravemente enferma Santa Clara fué transportada milagrosamente de la celda a la iglesia. 159
35. De una visión hermosa y admirable que tuvo fray León, y cómo se la declaró San Francisco 159
36. Cómo San Francisco, llegando a casa de un hombre cortés e hidalgo, y viéndole generoso, oró por él, y se hizo fraile y fué perfecto 160
37. Cómo fué revelado a San Francisco que fray Elías estaba condenado, y éste mudó de vida, y el Santo oró por él, y se salvó 162
38. Cómo predicando San Antonio a gentes de muchas naciones, por divina gracia, le entendió cada uno como si le hubiese hablado en su propia lengua 164
39. Cómo San Antonio predicó a los peces y le escucharon en gran multitud 165
40. De fray Simón, que tuvo tanta virtud, que con su oración arrojaba demonios, y cómo orando por un fraile tentado lo libró Dios 167
41. Donde se trata de algunos santos frailes, singularmente de fray Conrado y de otro fraile, el cual desde la aurora hasta la salida del sol transportó un leproso a quince millas de distancia 169
42. Cómo fray Conrado amonestó a un fraile perverso con tanta caridad, que pronto vino a ser el más perfecto del convento 171
43. De dos frailes que se amaban tanto, que por caridad manifestaban el uno al otro las revelaciones que tenían. 173
44. Cómo un fraile fué milagrosamente llamado por Dios a la Orden, siendo aún niño 174
45. De un fraile que por haber visto subir al cielo el alma de otro fraile, que era su hermano, veneró sus reliquias. 177
46. Cómo estando un fraile enfermo de muerte vino la Virgen María con tres vasos de bálsamo y le sanó ... 178
47. Cómo un fraile estuvo tres días en éxtasis, y le fué revelado el estado de la Orden y lo que había de suceder en ella 180
48. Del venerable fray Juan de Alverna y de las muchas mercedes que Dios le hacía 183
49. Cómo diciendo misa fray Juan con mucho afecto, en sufragio de las ánimas, le mostró Dios que muchas se iban a la gloria por aquella misa 186

50. Cómo orando fray Juan por un fraile enfermo le fué revelado que moriría e iría al cielo, y se lo anunció. 187
51. Cómo fray Juan de Alverna fué arrebatado en Dios, y del admirable conocimiento que le quedó en el alma. 189
52. Cómo fray Juan tuvo un admirable fervor y se quedó en éxtasis al consagrar el cuerpo de Cristo 190

PARTE SEGUNDA.—*Consideraciones sobre las Llagas.*

CONSIDERACIONES:

1. Cómo San Francisco llegó al santo monte Alverna ... 193
2. De la conversación y vida de San Francisco en el monte Alverna 199
3. Cómo le fueron impresas las Llagas a San Francisco ... 205
4. Milagros hechos después de la impresión de las Llagas. 212
5. De varias apariciones, revelaciones y milagros obrados por Dios después de la muerte de San Francisco, en confirmación de sus Llagas y para conocimiento del día y hora en que Cristo se las imprimió 221

PARTE TERCERA.—*Vida de fray Junípero.*

CAPÍTULOS:

1. Cómo cortó una pata a un cerdo, sólo por dársela a un enfermo 231
2. Ejemplo del grande poder de fray Junípero contra el demonio 234
3. Cómo por artificio del demonio fué condenado a la horca fray Junípero 234
4. Cómo fray Junípero daba a los pobres cuanto podía, por amor de Dios 237
5. Cómo fray Junípero cortó del altar unas campanillas y las dió 238
6. Cómo fray Junípero guardó silencio durante seis meses. 240
7. Ejemplo contra las tentaciones de impureza 240
8. Cómo fray Junípero se humillaba a sí mismo en honra de Dios 241
9. Cómo fray Junípero se puso a jugar al columpio para ser despreciado 242
10. Cómo una vez fray Junípero hizo la comida a los frailes 243
11. De qué manera fué una vez a Asís fray Junípero para confusión suya 244
12. Cómo fray Junípero quedó arrobado durante la misa. 245
13. Del sentimiento que tuvo fray Junípero por la muerte de un compañero suyo 246
14. De la mano que vió fray Junípero en el aire 246
15. Cómo fray Junípero fué a fundar un convento 247

PARTE CUARTA.—*Vida de fray Gil.*

CAPÍTULOS:

1. Cómo fué recibido en la Orden de los Menores fray Gil, tercer compañero de San Francisco 249

2. Cómo fray Gil fué a Santiago 251
3. De la vida que hizo fray Gil cuando fué a visitar el Santo Sepulcro 252
4. Cómo fray Gil alababa más la obediencia que la oración 253
5. Cómo fray Gil vivía de su trabajo 253
6. Cómo fué socorrido fray Gil milagrosamente en una grande necesidad porque, por la mucha nieve, no podía pedir limosna 255
7. De la muerte del santo fray Gil 256
8. Cómo estando en oración un santo hombre vió el alma de fray Gil, que volaba al cielo 256
9. Cómo, por los méritos de fray Gil, fué librada del purgatorio el alma de un fraile predicador, amigo suyo. 257
10. De las gracias que Dios había dado a fray Gil y del año de su muerte 257
11. De una cuestión notable que tuvo fray Gil con fray Gerardino 258
12. Cómo, al dudar un fraile Predicador acerca de la virginidad de María, fray Gil hizo nacer tres lirios 260
13. Consejo que dió fray Gil a fray Jacobo de la Massa. 261

APÉNDICE 263

TOMAS DE CELANO.—VIDA DE SAN FRANCISCO DE ASIS

VIDA PRIMERA.—LIBRO PRIMERO.

PRÓLOGO 285

CAPÍTULOS:

1. De la vida seglar de San Francisco 286
2. El Señor, por medio de una enfermedad y misterioso sueño, le transforma el corazón 287
3. Convertido Francisco, y transformado interior y no exteriormente, habla en alegoría del hallazgo de un tesoro y una esposa 289
4. Vende sus cosas y arroja el precio de las mismas ... 291
5. Su padre le persigue y le encierra 292
6. Pónele su madre en libertad. Despójase Francisco de sus vestiduras en presencia del Obispo de Asís ... 294
7. Es asaltado por los ladrones y arrojado a la nieve; dedícase después al servicio de los leprosos 296
8. Repara la iglesia de San Damián; género de vida de las religiosas que allí moraban 297
9. De cómo Francisco, cambiado el vestido, reparó la iglesia de Santa María de la Porciúncula, y oído el Evangelio, abandonadas todas las cosas, trazó y se hizo el hábito que al presente visten los religiosos 299
10. Predica el santo Evangelio y anuncia la paz. Vocación de los siete primeros religiosos y compañeros 300
11. Espíritu profético y avisos de San Francisco 302
12. Envía de dos en dos a sus discípulos por el mundo, y en breve se hallan de nuevo reunidos 304

13. Escribe la Regla cuando sólo tenía once religiosos; su confirmación por el Papa Inocencio III. Visión del árbol 305
14. Vuelve Francisco de Roma al valle de Espoleto, y de lo que sucedió en el camino 307
15. Fama de San Francisco; conversión de muchos; dase a la Orden el nombre de Frailes Menores; instrucción de San Francisco a los que ingresaban en la Orden ... 308
16. Su estancia en Rivotorto, y guarda de la pobreza 812
17. Enseña San Francisco a orar a sus religiosos; obediencia y sencillez de éstos 314
18. El carro de fuego; conocimiento que tuvo el bienaventurado Francisco de los ausentes 315
19. Cuidado que San Francisco tenía de los religiosos; menosprecio de sí mismo y verdadera humildad 318
20. Llevado San Francisco de las ansias del martirio, se dirige primero a España y pasa después a Siria. El Señor, por su intercesión, multiplica los alimentos, librando del peligro a los marinos 320
21. Predicación a las aves y obediencia de las criaturas irracionales 322
22. Predicación de San Francisco en Ascoli. Se curan los enfermos que utilizan objetos tocados por su mano. 325
23. Cura en Toscanella a un cojo y en Narni a un paralítico 326
24. Restituye la vista a una ciega; sana en Gubio a otra enferma 327
25. Cura a un religioso poseso o epiléptico, y en San Geminiano libra a una posesa 328
26. En Cittá Castello arroja a otro maligno espíritu 329
27. Disposición espiritual de San Francisco. Predica en presencia del Papa Honorio. Pónese con sus religiosos bajo la protección de Hugo, Obispo de Ostia 330
28. Caridad y compasión de San Francisco con los pobres; sus cuidados por una ovejuela y unos corderillos. 334
29. Del amor que, por respeto al Criador, profesaba Francisco a todas las criaturas. Semblanza espiritual y corporal 337
30. Prepara un pesebre el día del Nacimiento de Nuestro Señor 339

LIBRO SEGUNDO.—*La vida de los últimos años y el tránsito feliz de nuestro bienaventurado padre Francisco.*

CAPÍTULOS:

1 343
2. Vehemente deseo de Francisco de conocer la voluntad del Señor, y cómo se le manifiesta al hojear el Libro sagrado 345
3. Aparición del serafín en forma humana, crucificado ... 347
4. Fervor de San Francisco. Su enfermedad de la vista ... 349

5. Francisco es recibido por el señor Obispo de Ostia, Hugo, en la ciudad de Rieti. Anuncia al Obispo su próxima elevación al solio pontificio 351
6. Conducta de los que cuidaban a San Francisco. Sus enseñanzas respecto al modo de portarse 353
7. Vuelve de Siena a Asís; su permanencia en Santa María de la Porciúncula; bendice a los religiosos ... 355
8. Lo que hizo y dijo en su dichosa muerte 358
9. Sentimiento de los religiosos, trocado en alegría al contemplar en el cuerpo del Santo la señal de las Llagas. Explicación de las alas del serafín 360
10. Sentimiento de las religiosas de San Damián; glorioso entierro del cadáver de Francisco 364

LIBRO TERCERO.—*De la canonización de nuestro bienaventurado padre Francisco y de sus milagros.*

CAPÍTULO ÚNICO 367

De los contrahechos tullidos, sanados 373
Los ciegos que recobraron la vista 376
De los endemoniados 376
Enfermos librados de la muerte; un hinchado, un hidrópico, un gotoso, un paralítico, y de otros enfermos. 377
Los leprosos curados 380
Los mudos hablaron y los sordos recuperaron el oído. 381

CONCLUSIÓN 382

VIDA SEGUNDA.—PARTE PRIMERA.

PRÓLOGO 385

Al Ministro General de la Orden de Frailes Menores. 385

CAPÍTULOS:

1. Conversión del Santo 386
2. Santa María de la Porciúncula 397
3. Forma de vida de San Francisco y de los religiosos. 398

PARTE SEGUNDA.

INTRODUCCIÓN 403

CAPÍTULOS:

1. Espíritu de profecía, de que estuvo adornado San Francisco 403
2. De la pobreza 421
3. Ejemplos contra el dinero 426
4. Del pedir la limosna 430
5. De los que renunciaban al mundo 435
6. Compasión de San Francisco hacia los pobres 437
7. Cómo oraba San Francisco 443
8. Inteligencia que el Santo tenía de las Sagradas Letras y eficacia de sus palabras 447

9. Contra la familiaridad con las mujeres 453
10. De las tentaciones que padecía 456
11. Cómo le azotaron los demonios 459
12. De la verdadera alegría espiritual 462
13. De la falsa alegría 465
14. Cómo ocultaba las Llagas 467
15. De la humildad 470
16. De la obediencia 476
17. Contra el ocio y los ociosos 481
18. De los ministros de la palabra de Dios 483
19. De la contemplación del Criador 484
20. De la caridad 488
21. Retrato del Ministro General 495
22. De la santa sencillez 498
23. De las devociones particulares del Santo 502
24. De las religiosas o señoras pobres 506
25. Alabanzas de la Regla 509
26. Enfermedades de San Francisco 510
27. Tránsito del santo Padre 513

SAN BUENAVENTURA.—LEYENDA DE SAN FRANCISCO DE ASIS

CAPÍTULOS:

1. De la conversación del Santo mientras vivió en hábito secular 526
2. De su total y perfecta conversión a Dios y de cómo reparó tres iglesias 531
3. De la fundación de la Orden y de la aprobación de la Regla 537
4. De la propagación de la Orden gobernada por el Santo y de la confirmación solemne de la Regla, antes aprobada 543
5. De la austeridad de su vida y de cómo las criaturas le proporcionaban consuelo 552
6. Humildad y obediencia del Santo y cómo Dios se dignaba condescender a sus deseos 560
7. Amor del Santo a la pobreza y de su paciencia en soportar los efectos de la penuria 567
8. Piedad fervorosa del Santo y dominio que ejercía sobre las criaturas irracionales 576
9. Del fervor de la caridad de Francisco y de los deseos que tenía del martirio 586
10. Del ejercicio y virtud de la oración del Santo 592
11. De la inteligencia de las divinas Escrituras y del espíritu de profecía que tuvo el Santo 598
12. De la predicación del Santo y de la gracia de curar a los enfermos 606
13. La impresión de las santas Llagas 614
14. De la admirable paciencia del Santo y de su dichosa muerte 622

15. Canonización del seráfico Padre y traslación de su santo cuerpo 622

CAPÍTULO ADICIONAL.—*De algunos milagros obrados después de la muerte del Santo:*

1. Prodigio de las sagradas Llagas 631
2. De algunos muertos resucitados 636
3. De algunos a quienes libró del peligro de la muerte. 640
4. De los náufragos socorridos 645
5. De los presos y encarcelados puestos en libertad 647
6. Mujeres socorridas en su alumbramiento 650
7. De los ciegos que recobraron la vista 653
8. Los que recobraron la salud en varias enfermedades. 656
9. De algunos que no quisieron guardar como festivo el día del Santo, deshonrándole además 659
10. Algunos otros milagros de distintas especies 661

ESPEJO DE PERFECCION

CAPÍTULOS:

1. Cómo San Francisco contestó a los Ministros que no querían obligarse a observar la Regla que había escrito. 669
2. Perfección de la pobreza 670
3. De la caridad, compasión y afabilidad del bienaventurado Francisco para con el prójimo 694
4. De la perfecta humildad y obediencia de Francisco y de sus frailes 703
5. Del celo de Francisco en la observancia de la Regla y bien de la Orden 743
6. Celo del Santo por la perfección de sus religiosos ... 752
7. Continuo y ferviente amor y piadoso afecto a la pasión de Cristo 757
8. Celo de San Francisco por la oración, Oficio divino y alegría espiritual 759
9. Algunas tentaciones con que le quiso probar el Señor. 763
10. Espíritu de profecía del Santo 767
11. Solicitud amorosa de la divina Providencia en las necesidades temporales de Francisco 778
12. Recíproco amor de Francisco y las criaturas 781
13. Muerte del Santo y alegría que tuvo cuando supo que se acercaba el fin de su vida 787

LEYENDA DE LOS TRES COMPAÑEROS

EPÍSTOLA 795

PRÓLOGO A LA LEYENDA DE NUESTRO BIENAVENTURADO PADRE SAN FRANCISCO 796

1. Su nacimiento, vanidad, curiosidad y prodigalidad y cómo por estas cosas llegó a ser liberal con los pobres. 796
2. De cómo fué hecho prisionero en Perusa y de las dos visiones que tuvo cuando quería hacerse soldado 798

3. Cómo el Señor llenó su corazón con admirable dulzura de virtud, y comenzó a progresar en perfección por el desprecio de sí y de todas las vanidades; por la oración, la limosna y el amor a la pobreza 800
4. Cómo, por los leprosos, comenzó a vencerse y a sentir dulzura en aquellas cosas que antes le eran amargas. 802
5. Primera habla del Crucifijo a Francisco y de cómo llevó en el corazón, desde entonces hasta su muerte, la pasión de Cristo 804
6. Cómo, al principio, huyó de las persecuciones del padre y de los familiares, viviendo con un sacerdote en San Damián 805
7. Su gran trabajo y fatiga en la reparación de la iglesia de San Damián. Cómo empezó a vencerse pidiendo limosna 808
8. Cómo, oídos y entendidos los consejos de Cristo en el Evangelio, cambió al momento el hábito exterior y vistió interior y exteriormente un nuevo hábito de perfección 811
9. Cómo fué llamado fray Silvestre, y visión que tuvo antes del ingreso en la Orden 814
10. Cómo predijo a sus compañeros cuanto había de acaecerles, cuando fuesen por el mundo, exhortándoles a penitencia 817
11. Recepción de otros cuatro frailes. Ardentísima caridad mutua. Solicitud en el trabajo, oración y obediencia ... 820
12. Cómo el bienaventurado Francisco, con sus once compañeros, fué a la Curia del Papa, a conseguir la confirmación de la Regla que había escrito 822
13. Eficacia de su predicación. La primera morada, cómo vivían en ella y cómo la abandonaron 825
14. El Capítulo se hacía dos veces al año, en Santa María de Porciúncula 827
15. Muerte del señor Juan, primer protector, y nombramiento del señor Hugolino Ostiense, como Padre y protector de la Orden 830
16. Elección de los primeros Ministros y cómo fueron enviados por el mundo 831
17. Santísima muerte del bienaventurado Francisco. Cómo dos años antes había recibido las llagas del Señor Jesús. 834
18. La canonización 835

INTRODUCCION

Dijo Celano —que escribió la vida del Pobrecillo de Asís con precisión de testigo, con unción de santo, con pasión de poeta y con admiración de hijo— que San Francisco trajo al mundo una nueva primavera. Pasan los años y los siglos, y el franciscanismo vive en plena florescencia primaveral. Lo franciscano es ya una manera de ser, una modalidad de vida que ha adquirido hasta carta de naturaleza en el léxico con un adjetivo o un adverbio que expresan esa modalidad. Lo primitivo, lo sencillo, lo ingenuo será siempre franciscano. La actualidad franciscana, calcada en la evangélica, de la que se informa, nutre y vive, es tan palpitante hoy, y parece paradoja, como lo fué en pleno siglo XIII. Por ello mismo los temas franciscanos tienen siempre el encanto, el sabor y la poesía de lo nuevo, de lo primaveral. Religión, Historia, Arte, Letras, en el decurso de siete centurias franciscanas han bebido y seguirán bebiendo ejemplaridad, poesía, numen y amor en aquella fontana nacida un día entre flores en el valle umbro, a la sombra del Subasio. ¿Qué hombre nacido de mujer cuenta hoy con más rica bibliografía que San Francisco y su obra? Así se explica que los libros franciscanos tengan predilección marcada en la gama más varia de lectores. Agótanse ediciones tras ediciones, y la demanda crece cada día. Diríase que los hombres que vivimos la terrible y trágica complejidad de estos tiempos modernos añoramos el candor, la sencillez y la ingenuidad de los primitivos franciscanos, como el anciano añora las auras puras que mecieron su cuna.

Una Biblioteca como la de Autores Cristianos no podía ignorar este hecho y no debía privar a sus lectores de las selectas páginas que les brindamos en este libro, ramillete de rosas y lirios del huerto franciscano, o más bien florecitas silvestres nacidas al contacto de los pies llagados del nuevo Cristo, San Francisco de Asís.

Nuestro propósito es ofrecer a los lectores de habla española, amigos de San Francisco, un conjunto de textos auténticos y críticamente depurados, a través de los cuales pue-

da ser penetrada y sentida la riqueza espiritual y humana del Pobrecillo, a la vez que conocidos los orígenes maravillosos de la gran familia religiosa que él vino a fundar en el mundo. Nos ha parecido que esta visión era posible y fácil a base de los ESCRITOS *del Santo; de la imagen poética, pero no fantástica, que se refleja en las* FLORECILLAS, *y de las cinco biografías primitivas: las dos* VIDAS, *de Celano; la* LEYENDA MAYOR, *de San Buenaventura; la* LEYENDA DE LOS TRES COMPAÑEROS *y el* ESPEJO DE PERFECCIÓN. *Cada una de estas obras hace resaltar con preferencia un aspecto distinto de la personalidad de San Francisco, y casi nos atreveríamos a escribir que las cinco biografías citadas constituyen algo así como los evangelios sinópticos del franciscanismo primitivo. El relato es casi siempre apasionado y* tendencioso *a veces; pero es precisamente este calor de vida, este eco de luchas ardientes por ideales sublimes de santidad, lo que comunica a estas páginas un interés superior a la crónica fría y académica. Quien las lea no podrá menos de sentirse cautivado por escenas donde la sencillez, la abnegación, la caridad y la pobreza se revisten de cierta como divina locura, hija de un amor altísimo que transforma todas estas cosas en delicados obsequios al Amado. Y nunca más oportuno que hoy este mensaje de San Francisco al mundo moderno, podrido de soberbia, de vanidad y de egoísmo. Así lo recordaba no ha mucho el insigne actual Pontífice Pío XII, como lo había proclamado repetidas veces su inmediato antecesor, al presentar como celestial Patrono de las animosas falanges de la Acción Católica al Santo de Asís. San Francisco, empapada su alma de enseñanzas evangélicas, puso la mínima cantidad de artes humanas en la realización de sus ideales religiosos, y esto solo constituye una fecundísima lección para unos tiempos y unos cristianos que olvidan demasiadas veces la intervención de Aquel que hace fructificar nuestras pobres obras.*

Y pasemos ya a ocuparnos en particular de cada una de las obras contenidas en este volumen, con el fin de orientar al lector sobre la respectiva índole de las mismas y acerca de los fines y método con que ha sido realizada esta edición.

OPÚSCULOS DEL SANTO

Es obvia la importancia de sus escritos para conocer los pensamientos e ideales de San Francisco. No era éste un retórico fabricador de teorías; en cada palabra salida de su pluma parece sentirse un latido de su corazón, a compás del cual insiste, repite y vuelve una y otra vez sobre las ideas

que le son más queridas. Esto hace que tales escritos sean indudablemente el primer documento para conocer lo que anhelaba San Francisco. Y puesto que se trata casi siempre de escritos circunstanciales, es también grandísimo su valor biográfico, como comprendió ya Sabatier y puso en particular relieve el mejor biógrafo español de San Francisco, padre Luis de Sarasola, o. f. m. (San Francisco de Asís. *Madrid, Espasa-Calpe, 1929).*

De estos escritos son muy pocos, por desgracia, los que hoy poseemos. Muchos otros, que tienen a favor de su existencia el testimonio de los primitivos biógrafos, parecen haberse perdido de manera irreparable. Tales, en concreto, algunos cantos compuestos para consuelo de las Clarisas y cartas al Cardenal Hugolino y a la dama romana Jacoba de Sietesolios. Estas pérdidas, sobre todo la de la correspondencia con el Cardenal Hugolino, son extraordinariamente dolorosas; pero puede decirse que, no obstante esto, las doctrinas fundamentales del Pobrecillo nos son conocidas de manera suficiente a través de los escritos conservados.

Aunque recogidos fragmentariamente en varias obras anteriores, los escritos de San Francisco sólo alcanzaron la primera edición aparte, y para entonces completa y definitiva, en 1623: B. P. Francisci Assisiatis Opuscula. Nunc primum collecta, tribus tomis distincta, notis et commentariis ascetica illustrata *(Amberes, Officina Plantiniana, 1623). Su editor, el ilustre analista franciscano Waddingo, se propuso reunir cuanto de alguna manera pudiera atribuirse al Santo, por haberlo éste escrito o predicado. Esta edición wadinguiana fué varias veces reproducida, siendo una de las reediciones más usadas, atendido su pequeño formato, la hecha por el padre Antonio de Gaeta (Nápoles, 1635), y una de las mejores, la del padre Juan de Hayes (París, 1641). En España la reprodujo, sin los comentarios de Waddingo, el padre Juanetín Niño (Salamanca, 1624). Sirvió también el texto dado por Waddingo para las versiones al francés, italiano, alemán e inglés.*

En castellano nos había dado ya un pequeño florilegio de los escritos del Santo el padre Elías Pasarell en sus Máximas de San Francisco *(Barcelona, 1888); pero una traducción española completa no apareció hasta el año 1902:* Obras completas del bienaventurado Padre San Francisco de Asís, según la colección del padre Waddingo. Traducidas en romance por algunos devotos del Santo *(Teruel, 1902; XX, 187 páginas, en 8.º). Los traductores españoles, con criterio más amplio que el de Waddingo, incluyeron en la versión*

castellana algunos escritos no admitidos como del Santo por el gran analista.

A todo esto, los progresos de la crítica textual y la floración espléndida de los estudios franciscanistas, que se afirma desde los últimos años del siglo XIX, hacían inaplazable una edición crítica de los escritos de San Francisco. Los padres editores del Colegio Internacional de San Buenaventura, de Quaracchi (Florencia), a quienes la monumental edición de las obras del Doctor Seráfico había dado enorme prestigio en los medios científicos de todo el mundo, pusieron también manos a esta obra, y en 1904 veían la luz pública los Opuscula Sancti Patris Francisci Assisiensis, sec. codices mss. emendata et denuo edita. *Ad Claras Aquas (Quaracchi), prope Florentiam, 1904; XVI, 209 págs., en 16.º Y en el mismo año, pero sirviéndose de otros códices, aparecía también la edición crítica incluída por H. Boehmer en sus* Analekten zur Geschichte des Franziskus von Assisi *(Tubinga-Leipzig). El hecho de que ambas ediciones coincidan fundamentalmente en un mismo texto confirma la impresión de que nos hallamos ante los verdaderos y auténticos escritos del Pobrecillo. Ninguna modificación sustancial ha sido propuesta, con garantías de seguridad, desde entonces acá. La segunda edición, publicada por el colegio de Quaracchi, en 1941, es mera reimpresión del texto dado en 1904. Todo lo cual hace temer que la futura nueva edición crítica, por la que claman los estudiosos de cosas franciscanas, no pueda traernos en realidad grandes sorpresas, y que hayamos de contentarnos, por lo tanto, con los escritos que actualmente conocemos.*

Al lector curioso y aficionado a los estudios críticos le será provechosa y grata la lectura del notable trabajo Les ecrits de Saint François d'Assise devant la critique, *tiré à part du périodique Franciskanische Studien, 36 (1954). Lo publicó el erudito P. Jacques Cambell, O. F. M., y es un estudio que pone al día esta cuestión, con algunos avances sobre lo hasta hoy conocido del tema.*

Como era de esperar, las ediciones críticas indicadas han promovido la traducción de los ESCRITOS *del Santo a diversas lenguas europeas: francés (1905), inglés (1906), alemán (1910-1940), italiano (1921) y portugués (1927). En España fué utilizado el nuevo texto crítico por el padre Mariano Fernández García, o. f. m., en su obrita* Doctrina espiritual de San Francisco de Asís *(Tánger, 1905), y por el padre Samuel Eiján, o. f. m., en su opúsculo* Pensamientos de San Francisco de Asís *(Madrid, 1910). Pero ambas obras se limitan a ofrecernos trozos y frases sueltas, entremezcladas con referencias de los antiguos biógrafos a cosas*

enseñadas por el Santo; en manera alguna representan el conjunto de sus ESCRITOS.

La primera versión española de los auténticos ESCRITOS *de San Francisco es la que ofrecemos al lector en este volumen. Está hecha sobre el texto de Quaracchi y contiene todos los escritos allí incluídos, aunque dispuestos según la clasificación y división que hace el padre Sarasola en su citada* Vida de San Francisco *(págs. XXXIV-XLIV). Por nuestra parte, hemos añadido el «Canto del hermano Sol», cuya autenticidad todos reconocen, pero que el padre Lemmes excluyó de la edición crítica de Quaracchi por la en verdad curiosa razón de que allí sólo entraban los escritos latinos. Nos ha parecido también que la carta de San Francisco a San Antonio tiene tales razones a favor de su autenticidad, que no debíamos omitirla en una edición como la presente. Creímos, asimismo, que, ante las nuevas razones aducidas con posterioridad a la edición de Quaracchi, el opúsculo* De reverentia corporis Domini et de munditia altaris *debía ser considerado como una de las cartas del Santo, y entre ellas ha sido incluído.*

Nuestra primera intención había sido reproducir simplemente la citada traducción española de Teruel, sin los escritos rechazados por la edición crítica. Pero advertimos muy pronto que hasta en los opúsculos comunes a la edición de Waddingo y a la de Quaracchi, las diferencias eran bastante frecuentes e importantes. Además, la versión nos pareció francamente imperfecta. En vista de esto, nos hemos decidido por una revisión total del texto de Teruel, confrontándolo línea por línea con el texto latino. Así ha resultado en realidad una versión nueva. Para la «Primera Regla» y el «Testamento» hemos tenido en cuenta y adoptado, con ligeras modificaciones, la versión más vulgarizada en España, debida, según parece, al benemérito y afortunado traductor de textos franciscanos padre José Novoa, o. f. m. Nuestra preocupación ha sido la fidelidad al pensamiento del Santo, ciñéndonos de paso lo más posible a la letra. Los textos bíblicos, que abundan extraordinariamente en los ESCRITOS *de San Francisco, han sido identificados con minucioso cuidado.*

Estamos seguros de que el lector se sentirá sorprendido ante la densa cultura espiritual, sobre todo bíblica, del hombre que se llamaba a sí mismo simple e idiota; *pero conmueve, por encima de todo, el fervor con que el Santo trata de inculcar sus predilectos ideales de santidad: la devoción a la Eucaristía, a la Pasión del Señor y a la Virgen Santísima, el amor a los hombres y a todas las criaturas, la pobreza, la sencillez, la humildad y abnegación totales y absolutas. Sus palabras conquistan el corazón.*

FLORECILLAS

Entre los nombres gloriosos con que el pueblo cristiano llama al Estigmatizado del Alverna, el de otro Cristo («alter Christus») y el de «Cristo de la Edad Media», son singularmente significativos. Parece como si brotaran del sentir unánime de los primeros compañeros y biógrafos del Santo, como la nota característica del mismo. El primer capítulo de las FLORECILLAS *empieza con estas palabras: «Primeramente es de advertir que el glorioso Padre San Francisco en todos los hechos de su vida fué conforme a Jesucristo...» Apenas el Santo, de manos de la «hermana Muerte», entra en la eterna vida, la Historia, la Leyenda, la Poesía y el Arte se agrupan en torno de su excelsa figura para hacer resaltar aquella semejanza. Fray Elías, Gregorio IX, Giotto, Jacopone de Todi preludian al Dante; Tomás de Celano, los tres Compañeros del eremitorio de Greccio y San Buenaventura escriben sus clásicas Leyendas siguiendo paso a paso la vida de San Francisco, tomando en su marcha como norte esta idea de la semejanza de San Francisco a Cristo. Finalmente, Bartolomé de Pisa acomete el mismo tema con mayores pretensiones de erudición, casi enfarragosa.*

Al lado de estos primeros biógrafos —cronológicamente posterior, ideológicamente similar, históricamente importantísimo y literariamente único— surge el libro de los FLORECILLAS, *así llamado porque constituye un ramillete de flores silvestres, recogidas por manos filiales, amorosas, sencillas e ingenuas en los pequeños huertos de los primitivos eremitorios franciscanos. Transcurridos seis siglos desde que fueron depositadas sobre la tumba del «Poverello», conservan aún su delicado perfume. En su trama, alejada de toda pretensión erudita, entran la Historia, la Tradición y hasta la Leyenda, envueltas en sencillo y gracioso manto literario, como crónica familiar escrita por unos hijos que, a la muerte de su padre, reconstruyen la cara imagen desaparecida, con relatos, ejemplos y dichos.*

El origen de las FLORECILLAS *constituye una cuestión compleja. Parece cierto que la paternidad del áureo libro* —Actus Beati Francisci et Sociorum ejus, *en el original latino— debe adjudicarse a dos de los más íntimos compañeros de San Francisco: fray León, «ovejuela de Dios», y fray Maseo de Marignano, y también a los primeros discípulos fray Jacobo de la Massa y fray Juan, seguidor del beato Gil, quienes probablemente tuvieron como compiladores de su trabajo, a fines del siglo XIII y comienzos del XIV, a fray Hugolino de Montegiorgio, para la primera parte (del capítulo I al XL, referente a San Francisco y a sus primeros compañeros), y a fray Hugolino de Sornano, para la segunda (del capítulo XLI al LII). La versión italiana de este primer original latino, llena de vivacidad y frescor, es atribuida por no pocos a fray Juan de Marignoli de San Lorenzo, florentino, autor toscano de bellas leyendas.*

Cuanto acabamos de escribir se refiere precisa y solamente al texto de los LII capítulos de FLORECILLAS *(en los* Actus, *por seguir otra división y enumeración, son LXXVI), y también, al menos en gran parte, a las «Cinco consideraciones sobre las llagas», que forman siempre un cuerpo con las* FLORECILLAS. *La vida de fray Junípero, lo mismo que la de fray Gil y los «Dichos» de este último, no puede negarse que nacen principalmente de una fuente del siglo XIV, la famosa «Crónica de los XXIV Generales», publicada en el volumen III de* Analecta Franciscana *por los padres editores de Quaracchi (Florencia).*

Las FLORECILLAS *tienen algo más que un valor legendario y simbólico, tienen un valor histórico no despreciable. Ello es tan cierto, que sus páginas son eco, en su mayor parte, de las bellas melodías de los primitivos y mejores biógrafos de San Francisco. «Tel savant —escribió ya el eximio franciscanófilo Sabatier— qui s'est fait un point d'honneur de ne pas lire les «Fioretti» nous donne pourtant de Saint François un portrait dont les «Fioretti» ont fourni les traits les plus délicats, les plus beaux et les plus vrais. N'y a-t-il pas quelque naïveté a rejeter ce livre en bloc pour aller en reprendre les fragments, morceau après morceau, dans Barthélemy de Pise ou dans Wadding?»*

Y escritor tan inteligente e imparcial como el padre Sarasola pudo estampar estas claras afirmaciones: «No son, pues —como suponen muchos literatos franciscanizantes—, un producto de la fantasía popular, una serie de rapsodias que la imaginación ingenua, creadora y transformadora de las muchedumbres medievales fué elaborando en tiempos de fe y de amor. No; es una tradición oral, bien definida, no popular ni vaga, recogida en los eremos franciscanos de las Marcas, precisamente en aquellos lugares del oriente central italiano que tantas veces recorrieron San Francisco y sus amigos. El pueblo la adoptó, la hizo sangre de su alma, y las maravillosas leyendas mecieron de consuelos a innumerables generaciones cristianas» (o. c., p. LXXV).

La fascinación peculiar de las FLORECILLAS *radica en que hablan a doctos e indoctos un lenguaje nuevo. Evangelio franciscano, libro popular por excelencia, a través de sus relatos ingenuos, idilio de terneza, tesoro de candor, llama de caridad, surtidor de poesía, fontana de júbilo, el Serafín*

de Asís revive, con la sugestiva belleza de su perfección evangélica, en medio de los humildes, de los sencillos, de los pequeños, la bella gesta de la edad heroica franciscana de aquellos Caballeros de la Tabla Redonda, como el Santo los llamaba, que sembraron por el mundo una fecunda poesía divina, cuyo germen no morirá nunca, porque lo recogieron en las eternas páginas del Evangelio.

Si, hagiográficamente hablando, las FLORECILLAS *son bellísimo capítulo de* legenda aurea, *literariamente constituyen el «breviario del pueblo italiano», decía Paul Sabatier, y afirmaba Settembrini que eran el «más precioso monumento y fundamento» de dicha lengua. Artísticamente, las* FLORECILLAS *han sido motivo de inspiración inagotable, como la vida de San Francisco lo fue para Giotto, Benozzo Gozzoli y Ghuirlandaio. Cábele a nuestro tiempo, con el renacimiento maravilloso de los estudios franciscanófilos, la gloria de haber ilustrado el áureo libro en bellísimas ediciones. Recordemos algunas: las francesas de Maurice Denis, el magnífico intérprete de la* Vita Nuova; *la de* L'Art Catholique, *de París, con incisiones en madera de Giacomo Beltrand, y la de Eugenio Bernard; en Alemania, la de Insel, de Leipzig; de Diederichs, la de Insbruck, la graciosa portuguesa de Gonzalves, con ilustraciones de Teixeira y Ottolini; en Italia, la de Razzolini, de Florencia; la de la casa Campitelli, de Foligno, y en el centenario franciscano de 1926 estaban para salir a la luz pública las de Duilio Cambellotti y otra de F. Gamba, así como la edición de la casa Bertarelli, de Milán, con las ilustraciones de Segrelles, el magnífico ilustrador español. De la edición española publicada por la casa Vilamala, de Barcelona, habla la autoridad indiscutible del padre Facchinetti con palabras que rogamos nos sea permitido transcribir, no en loa propia, sino en gloria de la España franciscana y de nuestro arte editorial:*

«No dudo en llamarla la mejor, la más bella artísticamente y la más espléndida editorialmente, de cuantas hasta ahora han aparecido en el mundo entero. Creemos que, no obstante el certamen maravilloso en que se encuentran empeñados todos los pueblos para tributar al Santo de Asís un homenaje digno de su gran corazón, ilustrando sus divinas FLORECILLAS, *será bien difícil que esta edición pueda ser superada. Es éste un monumento de piedad y de arte que la España fiel y caballeresca levanta al seráfico Patriarca y que pone aquel noble pueblo a la cabeza de todos en este campo de la glorificación del «Poverello»... Aun desde el punto de vista literario, esta edición no deja nada que desear... Tiene una buena introducción, del padre Juan Legísima... La versión de* FLORECILLAS *en el texto español es la mejor que existe en esta lengua...»* (Frate Francesco, *I, 1924, p. 155).*

Muchos son los códices de las FLORECILLAS, *y muy vario, por lo tanto, es el criterio seguido por los editores en cuanto a la mayor o menor cantidad de flores que forman este precioso y vistoso ramillete. Cesari nos dió la edición de Verona, que sirvió para la traducción castellana hecha por «Un Hermano de la Orden Tercera» (don Manuel Pérez Villamil). Passerini publicó en 1903 la versión de las* FLORECILLAS *según un códice florentino del siglo XV, versión que sirve de base a casi todas las traducciones españolas de estos últimos años, como fuente, sin duda, muy cristalina. De ella se valió el padre José Novoa, autor de la edición hecha posteriormente por los padres franciscanos de Vich, con criterio amplio. Esta edición, limada, corregida y castigada, constituye el texto adoptado para las ediciones* monumental *y* centenario, *de Legísima-Vilamala. Posteriormente aún, el padre Font, o. f. m., publicó otra edición nueva siguiendo la italiana del padre Bughetti. Sólo en nuestros tiempos se han publicado unas doce ediciones españolas de las* FLORECILLAS, *varias veces agotadas, otras en reedición constante.*

Sobre estas versiones, nuevamente revisadas y escrupulosamente limadas en su texto, hacemos la presente, que no presumimos sea definitiva, pues ésta no podrá hacerse sino a base de una edición crítica del original italiano, hace tiempo proyectada y esperada.

LAS DOS «VIDAS», DE CELANO

No existe quizá santo alguna anterior a la época moderna cuya vida pueda ser conocida tan exacta y completamente como la de San Francisco de Asís. Las primeras biografías se escriben, en efecto, a raíz de la muerte del Santo, con noticias frescas tomadas de los frailes que le trataron, o sabidas por testimonio ocular. Antes de terminar el siglo XIII, la figura de San Francisco queda perfectamente dibujada en sus rasgos esenciales, y aun en casi todos sus detalles.

Uno de estos primeros biógrafos —el primero en el tiempo y acaso también en el mérito— fué el beato Tomás de Celano, así apellidado a causa del humilde lugar de los Abruzos donde vió la luz del mundo. De su vida bien poco sabemos; su humildad nos privó de las noticias autobiográficas que eran de esperar en las varias obras escritas por él. Suele creerse que figuraba entre aquellos varones nobles y letrados a quienes San Francisco, de vuelta de España, dió el hábito en Santa María de los Angeles. (Véase la página 321

de este volumen). Más adelante, durante el Capítulo general de 1221, fué uno de los que se ofrecieron para la misión de Alemania, que se consideraba como un viaje al martirio. Sabemos que ocupó puestos de importancia en la primitiva organización franciscana de aquellas regiones, y supónese que no tardó en regresar a Italia, quizá en 1224.

Allí recibió de Gregorio IX el encargo de escribir la vida de San Francisco, acaso con motivo de la estancia del Papa en Asís para canonizar al Santo (1228). Si fué así, debe reconocerse que cumplió con extraordinaria diligencia el mandato pontificio, pues ya en febrero de 1929 había terminado la VIDA PRIMERA. *En ella traza un cuadro de toda la vida de San Francisco, aunque no pretenda referir todos los hechos, pues él mismo advierte al principio que no intenta relatar cuanto el Santo «hizo y enseñó, pues nadie hay que tenga de ello completa memoria, sino lo que yo mismo oí de su boca y lo que he podido saber de testigos probos y fidedignos». Celano es un literato que sabe escribir con arte y elegancia singulares. Desde el punto de vista histórico, la imagen que nos da de San Francisco parece la más desapasionada y serena que ofrecen los primitivos biógrafos. Y su obra es la fuente más o menos exclusiva de todas las posteriores biografías, que nada esencial añaden al relato celanense. Hasta la publicación de la* LEYENDA MAYOR, *de San Buenaventura, Celano ocupó sin disputa posible el primer puesto entre los biógrafos franciscanos.*

Más adelante, entre 1246-47, nos dió Celano otra biografía de San Francisco, la VIDA SEGUNDA, *que es ya una obra de tesis. Durante el gobierno de fray Elías (1232-39), junto con un gran desenvolvimiento de la Orden, habíanse ahondado las divergencias en la manera de interpretar algunos de los más caros ideales del Santo, sobre todo lo referente a la pobreza. Celano presenta a San Francisco como defensor de las teorías defendidas por los celantes. Insiste, por lo tanto, con mayor vigor en las virtudes del Santo. Literariamente, nos parece que Celano decae un poco en esta segunda obra, pero es todavía el escritor letrado que conocíamos por la* VIDA PRIMERA.

Esta fué editada ya en Acta Sanctorum, *al darnos la vida de San Francisco en el tomo II, correspondiente a octubre (Amberes, 1768). Casi medio siglo después publicó ambas obras celanenses el padre Rinaldi, con crítica bastante depurada para su tiempo. Pero la primera edición verdaderamente crítica de ambas* VIDAS *la dió el gran investigador de historia franciscana padre Ubaldo d'Alençon, capuchino:* S. Francisci Assisiensis vita et miracula *(Roma, 1906).*

Publica también el Tratado de los milagros, *la* Leyenda para uso del coro *y dos secuencias. La edición del erudito investigador capuchino llena las exigencias de la crítica, pero ella y todas las anteriores han quedado superadas por la magnífica de los padres editores de Quaracchi, que forman el tomo X de* Analecta Franciscana *(1926-271).*

De estas dos VIDAS *de San Francisco por Celano nos dió hace años una versión castellana el padre Pelerín de Mataró, o. f. m. cap.:* Vida y milagros de San Francisco de Asís *(Barcelona, 1918). Esta traducción es, en general, fiel y buena, sobre todo la de la* VIDA PRIMERA. *Contiene también el* Libro de los milagros *y la* Leyenda para uso del coro. *Nosotros, al adoptar este trabajo del benemérito capuchino divulgador de cosas franciscanas, lo hemos sometido a una confrontación, línea por línea, con el texto latino del citado padre D'Alençon, sin prescindir de la edición* minor *de Quaracchi, que reproduce la edición mayor del mismo centro, abreviado el aparato crítico. Es de advertir que las ediciones de Quaracchi difieren de la del padre D'Alençon en puntos del todo accidentales.*

Pero la versión del padre Pelerín adoloce de falta de soltura. Celano, muy cuidadoso del estilo, dentro de una reiteración marcada y uso frecuente de metáforas, pide en el traductor una agilidad de pluma que no brilla en la versión del padre Pelerín. Un poco más de libertad y algo menos de esclavitud a la letra, dentro siempre de la obligada fidelidad, darían más belleza a esta traducción. Algo así como hizo el abate Fagot en Thomas de Celano. Vie de Saint Françoise d'Assise (París, 1922). *Por esto hemos castigado, aligerándola, en lo posible, la traducción del padre Pelerín.*

«LEYENDA MAYOR», POR SAN BUENAVENTURA

En 1257 ascendía al Generalato de la Orden, a los treinta y seis años de edad, uno de los más ilustres maestros franciscanos de la Universidad de París: fray Buenaventura de Bagnorea. El joven Ministro General se encontraba con una situación delicada, a causa de las divergencias entre los frailes acerca de la forma cómo debían ser realizados algunos pensamientos básicos de San Francisco. Fray Buenaventura parecía, por su carácter sereno y equilibrado, el hombre providencial de aquella hora turbulenta.

La raíz de todas las diferencias entre celantes y moderados estaba en la manera de interpretar la vida y los hechos del seráfico Fundador. Era indispensable, por lo tanto, llegar en este punto a un plano de concordia. En el Capí-

tulo general de Narbona (1260) tomóse con este fin el acuerdo de que fuese compuesta una nueva biografía del Santo. Encomendada esta obra al propio General, en menos de un año nos dió su famosa LEYENDA MAYOR, *llamada así por contraposición a otra* Leyenda mayor, *escrita durante el mismo período de tiempo y destinada a fines litúrgicos. La nueva biografía de San Francisco adquirió carácter oficial por acuerdo del Capítulo general de París (1266).*

San Buenaventura nos da una visión veraz y segura del Pobrecillo, pero el fin de pacificación perseguido le obligaba a mostrarse ecléctico en muchos puntos discutidos, callando todo aquello que pudiera ser mal interpretado por los celantes. Son varios, por esta razón, los rasgos característicos del Santo que omite o toca ligerísimamente. Expone con particular relieve y de manera insuperable la vida interior de San Francisco, a quien idealiza y sublima más que ninguna otra «leyenda». Toda la vida del Santo se tiñe de sobrenaturalidad, vive siempre en las alturas de la unión mística con Dios. Un santo tenía que escribir así de otro santo.

Por lo demás, era natural que un maestro de París nos diese una obra técnicamente perfecta. Y tal es, en efecto, esta Legenda maior. *En quince capítulos sintetiza la vida de San Francisco desde su nacimiento hasta su muerte y canonización. Todo está dicho con palabras medidas y exactas. Sigue a la biografía propiamente tal un resumen de los milagros obrados por el Santo después de su muerte. Son diez párrafos, dedicados cada uno a una determinada clase de prodigios.*

De esta Leyenda *poseemos varias ediciones. La mejor es, indiscutiblemente, la que los padres editores de Quaracchi (Florencia) incluyeron en la ya citada edición crítica de las obras del Seráfico Doctor* (Opera omnia, *VIII, páginas 504-579). Este mismo texto fué dado por Quaracchi en una edición menor (1898), donde el aparato crítico se reduce a lo indispensable, y que ha sido posteriormente reproducida.*

En España, San Buenaventura cuenta desde antiguo con abundante y rica bibliografía. De la LEYENDA MAYOR *de San Francisco se mencionan ediciones en Toledo (1526) y Sevilla (1560). Se la incluye además en la* Primera parte de la Crónica de la Orden de Frailes Menores, *por fray Marcos de Lisboa, editada varias veces desde la primera edición (Lisboa, 1560). Nuevas ediciones castellanas no aparecen hasta principios del siglo XX, y se basan ya en la edición crítica de Quaracchi. Una de las más conocidas es la*

del Padre Francisco María Ferrando, o. f. m.: Leyenda de San Francisco de Asís, escrita por el Seráfico Doctor San Buenaventura *(Santiago, 1906; XIV, 416 págs.). Hacia el mismo tiempo aparecía otra traducción española, hecha por el padre Ruperto de Manresa, o. f. m. cap.* (Vida de San Francisco de Asís, escrita por el Seráfico Doctor San Buenaventura. *Primera versión española. Barcelona, s. a., XXIII, 288 páginas.) Aunque se dice «primera versión española», esta primacía le fué discutida en favor de la del padre Ferrando. (Vid.* El Eco Franciscano, *de Santiago, t. XXIV, página 322.)*

Nosotros hemos adoptado la traducción del padre Ferrando, suprimidas las notas y el estudio acerca del número de Reglas escritas por San Francisco. La hemos, sin embargo, corregido y retocado en muchos puntos, a la vista del texto latino de la edición crítica.

ESPEJO DE PERFECCIÓN. LEYENDA DE LOS TRES COMPAÑEROS

El Ministro General fray Crescencio de Jesi, elegido en el Capítulo general de Génova del año 1244, mandó a todos los frailes que le comunicasen por escrito cuanto supiesen de la vida y milagros de San Francisco. De estos apuntes se valió el beato Tomás de Celano para la redacción de su VIDA SEGUNDA. *Conocemos una carta escrita en el eremitorio de Greccio, el 11 de agosto de 1246, en la que tres compañeros de San Francisco, fray León, fray Rufino y fray Angel, envían al citado Ministro General relación de «algunos de los muchos hechos del Santo que vimos nosotros o hemos podido saber por el testimonio de otros santos frailes». Esta carta precede en los códices a la* LEYENDA DE LOS TRES COMPAÑEROS, *dando a entender que esta obra es la compilación a que se refieren fray León, fray Rufino y fray Angel.*

Por otra parte, mientras el Capítulo general de París (1266) había impuesto como oficial y exclusiva la LEYENDA MAYOR, *de San Buenaventura, diez años después se requiere de nuevo a los frailes para que remitan al Ministro General cuanto sepan del seráfico Fundador y de otros santos frailes. Nació así otra serie de escritos y relatos, entre ellos varios que pretenden haber salido de la pluma de fray León, el discípulo predilecto del Pobrecillo. Tales el* Speculum perfectionis *editado por Sabatier (1898); la* Intentio Regulae, *otra redacción del* Speculum perfectionis *y* Verba S. Francisci, *que publicó el padre Lemmens, francis-*

cano (Documenta antiqua franciscana. *Quaracchi, 1901); el llamado* Ms. Little, *por haber sido dado a conocer en 1914 por el insigne franciscanista británico A. G. Little* (Collectanea Franciscana, *I, que es el volumen V de las publicaciones de la Sociedad Británica de Estudios Franciscanos), y la* Legenda antiqua Sancti Francisci, *editada por el padre Fernando Delorme, o. f. m. (París, 1926).*

Desde luego, hay testimonios ciertos de que fray León consignó por escrito algunos hechos y dichos de San Francisco. Pero lo difícil es saber si esos escritos leonianos han llegado a nosotros en su redacción original y auténtica y, en caso afirmativo, cuál de los tratados arriba mencionados los contiene. Desde que Sabatier publicó en 1898 su texto del Speculum, *atribuyéndolo decididamente a fray León y fijando su fecha de composición en 1227, hasta nuestros días, este tema, verdaderamente trascendental y apasionante, ha dado origen a una bibliografía inmensa. No es éste el lugar de resumirla, ni menos de discutirla; baste hacer constar que estas discusiones han esclarecido definitivamente numerosos aspectos de las fuentes biográficas sanfranciscanas y permiten concluir que tanto el* Espejo de Perfección *editado por Sabatier como los restantes escritos similares arriba mencionados proceden de los compañeros de San Francisco, en especial de fray León. «No es lícito —concluye el padre Sarasola— a un historiador honesto desdeñar tales textos, despreciándolos con gesto impertinente como falsificaciones de frailes fanáticos. El resultado primordial innegable es éste: la visión histórica de la figura de San Francisco, tal como la dibujó Celano, no sólo queda confirmada, sino que se la completa, se presenta todavía más emocionada, más humanamente estructurada, mejor conocida en importantísimos rasgos de su vida» (ob. cit., pág. LXX).*

El Espejo de Perfección *que publicamos en este volumen corresponde al texto editado, según queda dicho, por Pablo Sabatier bajo el título* Speculum Perfectionis seu S. Francisci Assisiensis Legenda antiquissima, auctore fratre Leone *(París, 1898). Esta edición va precedida, acompañada y seguida de un formidable aparato crítico; pero los investigadores franciscanistas han rechazado algunas de las más características teorías del ilustre franciscanófilo francés. Esto no obstante, Sabatier, en la segunda edición de su* Speculum *(París, 1928-31; dos vols.), insiste en las mismas conclusiones, sobre todo en el origen leoniano de la obra y en su fecha de composición: 11 de mayo de 1227. Ciertas dificultades internas trata de explicarlas apelando a pretendidas interpolaciones en el texto. Sabatier, muerto en 1928,*

no pudo ver terminada esta segunda edición de su obra predilecta, a la que dió cima A. G. Little.

Hoy por hoy parece que no puede negarse al Speculum *de Sabatier la primacía, como compilación completa y armónica, sobre todos los pretendidos escritos leonianos. Puestos a publicar una edición castellana, este texto merecía la preferencia que le hemos concedido. De él no conocemos en nuestra lengua otra traducción que la hecha por el ya citado padre Francisco María Ferrando, o. f. m., y publicada en la revista* El Eco Franciscano, *de Santiago, tomos XXXVI, XXXVII y XXXIX (1919-20, 1922). Esta traducción ha sido revisada y confrontada línea por línea con el texto latino y completada con algunos capítulos que habían sido olvidados, sin duda por la circunstancia de haber fallecido el traductor mientras se publicaba su trabajo. Y, en consonancia con una norma adoptada para todo este volumen, han sido suprimidas las notas.*

El lector advertirá en seguida que el Espejo de Perfección *es un escrito* partidista, *donde la pura realidad histórica está seguramente un poco alterada por un corazón apasionado. Pero resaltan así con más fuerza ciertos rasgos característicos de San Francisco.*

En mayores incertidumbres que el Speculum Perfectionis *está envuelta todavía la* Legenda Trium Sociorum. *Ante la discrepancia manifiesta entre lo que promete fray León, fray Rufino y fray Angel en su ya citada carta al General fray Crescencio de Jesi y el contenido real de la* Leyenda, *tal como hoy la conocemos en sus diferentes redacciones, los críticos se han dividido en los más opuestos pareceres. Mientras unos la creen, efectivamente, de los «Tres Compañeros», aun disintiendo acerca de la integridad de los textos conservados, juzgan otros que se trata de una seudoleyenda, de composición muy posterior a la fecha que en ella se indica. Aunque quedan todavía bastantes puntos oscuros, parece que el texto primitivo de la relación hecha por los «Tres Compañeros», fray León, fray Rufino y fray Angel, hay que buscarlo en el* Speculum Perfectionis, *mejor en el del padre Lemmens que en el de Sabatier. A este texto primitivo, cuyo original escueto desconocemos, convendrá perfectamente el programa esbozado en la famosa carta-prólogo que va al frente de los códices de la* Leyenda de los Tres Compañeros.

Entre las diversas ediciones de esta Leyenda *hay dos, casi contemporáneas, que responden a dos posiciones críticas opuestas. En 1898 la editaba en Foligno el benemérito investigador de historia franciscana Faloci-Pulignani, según un*

códice perteneciente a los padres capuchinos de aquella ciudad. Esta edición —que pretende darnos íntegra la LEYENDA, *según la tesis de su editor— contiene sólo dieciocho capítulos, frente a los setenta y nueve del texto publicado, al año siguiente, por los padres Civezza y Domenichelli (Roma, 1899; texto latino e italiano). Según esta edición-reconstrucción, se hizo la única traducción española que hasta el presente teníamos. Nos referimos a la del padre Cándido Abellás, o. f. m.,* Leyenda de San Francisco escrita por tres de sus compañeros *(Lugo, 1927). Tal traducción, detenidamente revisada, sirve de base a las dos primeras ediciones de este libro. En la* Nota a la tercera edición *razonaremos luego los motivos porque adoptamos otra versión, la del Padre Giuseppe Abate, o. f. m. conv., publicada en* Miscellanea Francescana *(1939).*

La LEYENDA DE LOS TRES COMPAÑEROS *no suministra muchas noticias nuevas sobre la vida de San Francisco, pero «es una magnífica obra literaria, sin discusión una de las más bellas que existen en la Edad Media» (Sarasola), y por esta razón, y por completar el cuadro de las grandes biografías primitivas sanfranciscanas, no podía faltar en este volumen.*

TRES ADVERTENCIAS Y PUNTO FINAL

Los autores de esta edición nos hemos propuesto tan sólo ofrecer a los lectores de habla española una suma de textos primitivos franciscanos, en la forma más depurada posible. Para ello hemos tenido en cuenta las traducciones anteriores más acreditadas, revisándolas y contrastándolas con los respectivos originales. Las hemos limado y pulido, a fin de ponerlas siempre más a tono con la índole de nuestra lengua y ofrecer así a los lectores una traducción fiel, exacta, sencilla y grata, en cuya lectura puedan edificarse y recrearse. Nuestra trabajo de revisión se ha dirigido, en primer término, a verificar la fidelidad de las traducciones a los textos originales y después a cercenar toda amplificación injustificada.

Por creerlas, en general, innecesarias y porque harían demasiado abultado este volumen, hemos prescindido casi en absoluto de notas explicativas y comentarios. Los textos editados no ofrecen, en verdad, especiales dificultades, y parece incluso preferible enfrentarse con ellos sin ninguna explicación previa o marginal. Detalles de cronología, geografía u onomástica interesarán poco, sin duda, a la mayoría de los lectores de esta obra. Hemos conservado, no obstante, las

citas bíblicas de los escritos del Santo, revisándolas, además, con todo escrúpulo, ya que esta abundancia extraordinaria de alusiones escriturísticas constituye una característica notable en los opúsculos de San Francisco. Por lo demás, el índice alfabético final, la guía bibliográfica y el mapa de la Italia franciscana, junto con la tabla cronológica de la vida del Santo, que el lector hallará al final de estas páginas, suplen casi todo lo verdaderamente imprescindible que hubiera podido darse en las notas.

Las ilustraciones han sido seleccionadas con amplísimo criterio histórico y artístico, sólo para ofrecer una pequeña y variada muestra de la riquísima iconografía sanfranciscana.

* * *

Como toda obra humana —y más que ninguna otra seguramente—, esta nuestra podrá ser mejorada en futuras ediciones. Quizá valdría la pena el intentar una nueva versión directa, prescindiendo de todas las anteriores. Esto habrá que hacerlo, desde luego, con las FLORECILLAS *y la* LEYENDA DE LOS TRES COMPAÑEROS, *cuando de estas obras nos sean dadas ediciones críticas definitivas. Mientras tanto, creemos que no será infructuoso el haber reunido en un solo y cómodo volumen esta serie de textos primitivos franciscanos, dispersos y hasta hoy prácticamente inaccesibles para el lector español.*

Si estas páginas logran hacer más conocida y amada la figura excelsa de San Francisco y contribuyen a valorizar ante las preocupaciones de un mundo egoísta, duro y soberbio, las divinas virtudes de la humildad, la sencillez, el desprendimiento de las caducas cosas terrenas y el amor generoso y fraterno entre todos los hombres, habráse cumplido el fin por el que son lanzadas a la luz del mundo y los anhelos de autores y editores.

FRAY JUAN R. DE LEGÍSIMA, O. F. M.
FRAY LINO GÓMEZ CANEDO, O. F. M.

Madrid, 5 de enero de 1945. — Mayo 1956.

ADVERTENCIA A LA SEGUNDA EDICION

La primera edición de esta obra apareció en los primeros meses de 1946. Los 10.000 ejemplares de que constaba, quedaron agotados hace más de un año, lo que indica un éxito sobremanera halagüeño y la mejor acogida por parte del público.

Tampoco la crítica, unánimemente elogiosa, ha tenido nada que objetar al criterio de selección y al método seguidos por nosotros.

Esto nos anima a continuar por el camino emprendido. Esta segunda edición aparece, por lo tanto, sin modificaciones sustanciales respecto a la primera, aunque revisada y mejorada en muchos pasajes. Entre otras cosas, los grabados van rotulados al pie y ha sido completamente renovado y enriquecido el índice alfabético de materias.

Objeto de particular estudio fué la posible sustitución del texto de la Leyenda de los Tres Compañeros, *utilizado en esta colección (la edición Civezza-Domenichelli), por el texto más corto, que cada día va prefiriendo la crítica como el auténtico. Sin embargo, aunque parece probado que Civezza-Domenichelli admitieron capítulos espurios, quizá no es posible dar todavía un juicio definitivo sobre todo el problema de esta bella* Legenda. *Caben aún rectificaciones y enmiendas. En vista de ello hemos preferido dejar también, por el momento, inmutado este punto.*

Sólo nos resta augurar a esta nueva edición el lisonjero éxito de la primera, porque ello significará que, felizmente, el mensaje del Pobrecillo sigue siendo actual.

FRAY JUAN R. DE LEGÍSIMA, O. F. M.
FRAY LINO GÓMEZ CANEDO, O. F. M.

Madrid, 13 de noviembre de 1949, fiesta de San Diego de Alcalá.

NOTA A LA TERCERA EDICION

El solar y casa solariega donde nació San Francisco, en Asís, está bajo el Patronato de España, y las Armas de los monarcas españoles los tutelan.

Es toda una historia y todo un símbolo. Lo franciscano, dijo Vázquez de Mella, el gran terciario franciscano, «fué un injerto sobrenatural en el alma española». Savia franciscana corre en las venas del pueblo español. Así no es de extrañar que lo franciscano tenga carta de naturaleza en nuestra literatura, porque la tiene en nuestro corazón. Y así se explica la extraordinaria difusión de este libro.

En pocos años se han agotado dos ediciones numerosas de esta Obra, *uno de los mejores éxitos de la benemérita* BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS. *Brindamos hoy esta tercera edición a los países de habla española, que tan cordial acogida han dispensado a las dos primeras. El éxito, que es gratitud nuestra, nos obliga.*

Y esta obligación la hemos traducido en un mayor ajuste, limpieza y pulcritud de los textos. Hemos limado mucho, singularmente en las traducciones de Celano, para darles mayor agilidad, dentro de la obligada fidelidad. Hemos puesto al día el guión bibliográfico franciscano-español. Hemos ampliado y completado el índice de ideas, necesario para el manejo rápido de los textos. Y, principalmente, hemos hecho una innovación. Esta, que brevemente razonamos.

En la Advertencia a la segunda edición *pudo notar el lector nuestra duda sobre la adopción del texto de la* Leyenda de los Tres Compañeros. *A pesar de esa vacilación, utilizamos la edición Civezza-Domenichelli. La balanza de la duda seguía oscilando en nosotros, y, por fin, nos hemos decidido a seguir otra versión, que nos parece más fiel, justa y exacta. Es la del Padre Abate.*

El padre Giuseppe Abate, o. f. m. Conv. publicó en Miscellanea Francescana *(1939), bajo el título* Nuovi Studi sulla Leggenda di San Francesco detta di Tre Compagni, *un trabajo notable y una nueva versión de esta* Leyenda,

Existían una veintena de códices de la misma, pero ninguno se remontaba más allá del siglo XV. Para el P. Abate, el más importante es otro, cuya fecha coloca en los últimos años del siglo XIII o primeros del XIV. Lo encontró en la Biblioteca Pública de Sarnano, y perteneció, en otro tiempo, al convento franciscano de la misma localidad. Describe minuciosamente este códice, y dice: «Evidentemente basta la comprobación de su prioridad sobre los restantes códices de los Tres Compañeros *para que se le tenga en gran aprecio. Por eso, aun cuando mutilado, tiene importancia del todo excepcional, ya que nos ofrece un texto el más primitivo. Una cosa hay digna de ser notada, y es que, mientras los demás códices contienen la división por capítulos, el códice de Sarnano carece de ellos, lo que constituye realmente una nota característica de su anterioridad».*

De las dos redacciones que, al menos, existen de la Leyenda, *puede decirse que los códices conocidos reproducen la una, excepto este de Sarnano, que se diferencia de todos los demás, viniendo a formar la otra. «La cosa no es tal (no se puede reducir a la misma familia que los demás) cuando se compulsa el tradicionalmente conocido con el del códice sarnanense. Aquí sucede que casi todo el texto en su expresión literaria es diferente de cualquier otro. No se trata, pues de variantes de algunas palabras, sino de una reelaboración externa y total.»*

Como conclusión, dice el P. Abate que la Leyenda *«ha llegado a nosotros a través de dos redacciones, la más antigua de las cuales (la del códice sarnanense) se ciñe más a las fuentes y, al tiempo mismo, es bastante más breve, mientras que la más reciente es bastante más reelaborada e interpolada».*

Estas razones nos han movido a dar en la presente edición la versión del P. Abate. Es una forma de correspondencia al interés de los lectores. Vaya a ellos nuestro saludo franciscano: Pax et Bonum.

Madrid, 16 de abril de 1956, fiesta de la Conmemoración solemne de Nuestro Padre San Francisco.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

Nada más fácil que llenar algunas páginas con títulos de obras y estudios referentes a San Francisco y al franciscanismo. Pero esto, aun pasando de una labor de copia, creemos que reportaría poca utilidad a los lectores de este volumen. Nos ha parecido preferible trazar, para quien desee informarse con mayor extensión sobre cosas franciscanas, una guía de lecturas buenas y asequibles sin gran dispendio ni esfuerzo.

En primer término debe leerse *El Franciscanismo*, del insigne fundador y rector de la Universidad Católica de Milán, padre AGUSTÍN GEMELLI, franciscano. En conjunto, es una obra admirable, de la que tenemos una pulcra—por el fondo y por la forma—edición española (Barcelona, Luis Gili, 1940, 492 páginas, en 8.º).

La lectura inmediata podrían constituirla las dos mejores biografías de San Francisco en español: la del padre LUIS DE SARASOLA, franciscano *(San Francisco de Asís*, Madrid, Espasa-Calpe, 1929; CVII, 603 págs.) y la del gran literato danés, J. JOERGENSEN, en la versión de RAMÓN MARÍA TENREIRO *(San Francisco de Asís*, Madrid, "La Lectura", 1916, 596 págs.).

A continuación será ya capaz el lector de enfrentarse con otro estudio fundamental: *Los ideales de San Francisco*, por el padre HILARINO FELDER, capuchino, en la versión española del padre Yráizoz. La primera traducción española de esta obra imprimióse en Barcelona el año de 1926. Más tarde, en 1948, reimprimióse en Buenos Aires, formando parte de la colección "Thau", dirigida por los PP. Capuchinos del Comisariato de la Argentina. Esta magnífica obra permitirá entender con mayor exactitud el verdadero pensamiento de San Francisco, tal como lo expresan los escritos reunidos en este volumen.

El padre Felder ha puesto definitivamente en claro otro punto discutido del pensamiento de San Francisco, el de su actitud frente a la ciencia, con su *Geschichte der wissenschaftlichen Studien in Franziskanerorden bis um mitte des 13 Jahrhunderts (Historia de los estudios científicos en la Orden franciscana desde su fundación hasta la mitad del siglo XIII)*. Hay una traducción francesa: París, 1908.

El franciscanófilo puede ver el panorama primitivo de la Orden Franciscana en el libro del P. Gratien de París, *Historia de la fundación y evolución de la Orden de Frailes Menores en el siglo XIII*, traducción española del P. Victoriano de Larráinzar, O. F. M. Cap., de la Colección "Thau" (Buenos Aires, 1947).

Las ilustraciones de este volumen han de constituir probablemente para muchos lectores una revelación respecto a la in-

fluencia artística del franciscanismo y de la inmensa iconografía franciscana. Para conocer el influjo del franciscanismo en el Arte es clásica la obra de H. THODE: *Franz von Assisi und die Anfänge der Kunst der Renaissance in Italien* (Berlín, 1904). Existe una traducción francesa (París, 1904). Una visión iconográfica extensa y suficiente del Santo de Asís es posible a través de las obras *San Francesco d'Assisi nella Storia, nella Legenda, nell'Arte* (Milán, 1926, XLVIII-790 páginas en 4.º), del padre FACCHINETTI, O. F. M. (hay una versión española del padre Samuel Eiján, franciscano), y *Sankt Franziskus von Assisi in Kunst und Legende,* del padre BEDA KLEINSCHMIDT, O. F. M. (Gladbach, año 1926, XV, 149 págs.). Ambas obras contienen reproducciones gráficas espléndidas. El padre Facchinetti, por otra parte, ha dedicado obras similares a San Antonio de Padua y a San Bernardino de Sena, que constituyen, a su vez, magníficas muestras del arte franciscanista.

Para lo referente a España, no pueden olvidarse el discurso de ingreso del señor Sánchez Cantón en la Real Academia de Bellas Artes: *San Francisco de Asís en la escultura española* (Madrid, 1926, 89 págs.) y el *Catálogo ilustrado de la Exposición Franciscana,* celebrada en Madrid, con motivo del VII Centenario de la muerte de San Francisco, edición de Biblioteca Franciscana (Barcelona, 1927). Véase también *Francisco de Asís tras las huellas del Poverello* (Desclée de Bronwer, Bilbao, 1953).

Faltaría algo fundamental en esta brevísima nota si no señaláramos otras dos publicaciones del citado padre SAMUEL EIJÁN, O. F. M.: *El franciscanismo iberoamericano en la Historia, en la Literatura y en el Arte* (Barcelona, 1927), y *La Poesía Franciscana. Historia y antología* (Santiago, 1936). Estas dos obras han iniciado un camino lleno de esperanzas, pero encierran ya muy halagüeñas realidades.

El P. Agustín Báez, O. F. M., ha estudiado muy bien una faceta del *Pobrecillo,* en su laureada obra, de máxima actualidad, *San Francisco de Asís, Patrono Universal de la Acción Católica* (Buenos Aires, 1945), reeditada en México en 1950. La Acción Católica Mexicana ha publicado posteriormente *San Francisco de Asís en el siglo XX. Irradiación social-apostólica del Patrón Universal de la Acción Católica,* del P. Ildefonso Pinedo, S. J. Recientemente apareció el *Manual de Historia Franciscana,* del P. Lázaro de Aspurz, O. F. M. Cap. (Madrid, 1954).

Otros estudios relativos, en concreto, al contenido de este volumen puede verlos indicados el lector en las introducciones a las ediciones críticas de las obras aquí publicadas y a otras de las que hemos señalado en esta nota. Particularmente importantes nos parecen la del padre Sarasola a su citada *Vida de San Francisco* y la de Jorgensen en la edición española incompleta de 1913, donde se reproduce la introducción del autor, con notas del padre JOSÉ MARÍA DE ELIZONDO, capuchino. En español tenemos también el *Estudio crítico de las fuentes históricas de San Francisco y Santa Clara,* por el padre MARTÍN DE BARCELONA. O. M. Cap. (Barcelona, 1921, XII, 254 págs. en 8.º).

Para quien desease profundizar más en el estudio de las fuentes franciscanas sería indispensable la consulta detenida de la revista *Archivum Franciscanum Historicum,* editada por los padres del Colegio Internacional de Quaracchi, y, en general, para la historia de toda la actividad franciscana en España, especialmente bajo su aspecto misionero, es de necesidad básica la revista *Archivo Ibero-Americano,* publicada en Madrid desde 1914 por los padres franciscanos.

Indicaremos, por último, que San Francisco, en su calidad de Patrono celestial de la Acción Católica, proclamado por Su Santidad Pío XI, ha sido objeto reciente de valiosos estudios. En el Perú organizóse, bajo el patrocinio del Nuncio Apostólico, un certamen interamericano, al que concurrieron escritores de casi todas las naciones hispanoamericanas. Los dos trabajos entre los cuales se dividió el primer premio—el del mejicano P. AGUSTÍN BÁEZ, O. F. M., que acaba de fallecer en plena juventud, y el del notable escritor venezolano Dr. J. M. NÚÑEZ PONTE—han sido publicados en un volumen que lleva por título *San Francisco de Asís, Patrono universal de la Acción Católica* (Buenos Aires, Editorial Pax et Bonum, 1945).

CRONOLOGIA DE SAN FRANCISCO

Nacimiento: 1181-82.
Prisionero en Perusa: 1202.
Proyectada expedición a la Pulla: antes del 11 de junio de 1205.
Viaje a Roma: segunda mitad del año 1205.
Renuncia a la herencia paterna y a los propios vestidos ante el Obispo de Asís: 1206.
La misa de San Matías (abraza la vida evangélica): 24 de febrero de 1208.
Primeros discípulos: 1208.
Aprobación de la Orden por Inocencio III: 1209.
Santa Clara viste el hábito religioso: 28 de marzo de 1211.
Embarca San Francisco hacia Siria: 1212.
Viaje a España: 1213-14.
San Francisco encarga a Santa Clara el gobierno del convento de San Damián: 1214.
Primer Capítulo general de la Orden, que es dividida en once provincias: 1217.
Renuncia al oficio de Ministro General: 1217-20.
Misiones a Marruecos, Túnez y Oriente: 1219.
Viaje de San Francisco a Oriente: 1219-20.
Los mártires de Marruecos: 1220.
Primera Regla: 1221.
Gran misión a Alemania: 1221.
Organización de la Tercera Orden secular: 1221.
Segunda Regla, confirmada con bula por Honorio III: 1223.
La Navidad de Greccio: 1223.
Misión a Inglaterra: 1224.
Impresión de las Llagas: otoño de 1224.
Canto del hermano Sol: 1224-1225.
Muerte del Santo: 3-4 de octubre de 1226.
Es canonizado por Gregorio IX: 16 de julio de 1228.
Traslado de su cuerpo a la basílica de San Francisco: 25 de mayo de 1230.

OPÚSCULOS DE SAN FRANCISCO DE ASÍS

San Francisco, con alegorías. (De la obra «Seraphici Francisci admiranda historia». Amberes 1587.)

I

OPÚSCULOS LEGISLATIVOS

PRIMERA REGLA DE LOS FRAILES MENORES

La que hizo el bienaventurado Francisco y el señor Papa Inocencio le confirmó sin bula

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, Amén.

Esta es la vida que fray Francisco pidió que le fuese concedida y confirmada por el señor Papa Inocencio, el cual se la concedió y confirmó para sí y sus frailes, presentes y futuros.

Fray Francisco, y quien fuere cabeza de esta Religión, promete obediencia y reverencia al Papa Inocencio y a sus sucesores. Y los otros frailes estén obligados a obedecer a fray Francisco y a sus sucesores.

CAPÍTULO I

Que los frailes vivan en obediencia, sin propio y en castidad

La regla y vida de estos frailes es ésta, conviene a saber: vivir en obediencia, en castidad y sin propio, y seguir la doctrina y vida de Nuestro Señor Jesucristo, el cual dice: *Si quieres ser perfecto, ve y vende cuanto tienes y dalo a los*

pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y ven, y sígueme[1] Y: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz y sígame*[2]. Y en otra parte: *Si alguien quiere venir en pos de mí y no aborrece a su padre y mujer, e hijos, y hermanos, y aun a su propia vida, no puede ser mi discípulo*[3]. *Y cualquiera que dejare padre o madre. hermanos o hermanas, o hijos, y casas, y campos, por amor de mí, recibirá cien veces más y alcanzará la vida eterna*[4].

CAPÍTULO II

De la admisión y vestido de los frailes

Si alguno, por divina inspiración, quisiere abrazar esta vida y viniere a nuestros frailes, benignamente sea por ellos recibido, y, si fuere constante en este propósito, guárdense mucho los frailes de no entrometerse en sus negocios temporales, sino envíenlo a su Ministro lo más presto que pudiesen. Y el Ministro benignamente lo reciba y conforte, y le declare con diligencia el tenor de nuestra vida. Y hecho esto, si él lo quiere y puede espiritualmente y sin impedimento, venda todas sus cosas y procure darlas a los pobres. Y guárdense los frailes y sus Ministros de mezclarse en estos negocios, ni tomen algún dinero, ni por sí ni por interpuesta persona; pero si hubieren menester alguna cosa, podrán recibir los frailes, como los otros pobres, la tal cosa necesaria, mas no dinero. Y cuando volviere, el ministro concédale los paños de la probación por un año, conviene a saber: dos túnicas sin capilla, y cuerda, y paños menores, y caparón hasta la cintura.

Y acabado el año y término de la probación, sea recibido a la obediencia; y después no le será lícito pasarse a otra religión ni andar fuera de obediencia, según el mandamiento del señor Papa. Pues, según el Evangelio, *ninguno que pone mano al arado y mira atrás es apto para el reino de Dios*[5]. Y si viniere alguno que no pueda dar su hacienda sin impedimento, y tiene espiritual voluntad, bástale con dejarla. Ninguno sea recibido contra la forma y constitución de la Santa Iglesia.

[1] Mt. 19, 21.
[2] Mt. 16, 24; Lc. 9, 23.
[3] Lc. 14, 26.
[4] Mt. 19, 29.
[5] Lc. 9, 62.

Y los otros hermanos que prometieron obediencia, tengan una túnica con capilla y otra sin capilla, si les fuere necesaria, y cuerda y paños menores. Y todos los frailes se vistan de vestiduras viles, y puedan remendarlas de saco

San Francisco. (Zurbarán.)

y otras piezas con la bendición de Dios, porque el Señor dice en el Evangelio: *Los que con vestidos preciosos y delicados se visten, moran en las casas de los reyes*[6]. Y aunque sean llamados hipócritas, no dejen de hacer bien ni busquen vestidos lujosos en este mundo, para que los puedan tener en el reino de Dios.

[6] Mt. 11, 8; Lc. 7, 25.

CAPÍTULO III

DEL OFICIO DIVINO Y DEL AYUNO

Dice el Señor: *Este genero de demonios no se puede lanzar sino a fuerza de ayunos y de oración* [7]. Y en otro lugar. *Cuando ayunéis, no os pongáis, como los hipócritas, tristes* [8]. Por tanto. todos los frailes, clérigos y legos, recen el divino Oficio, alabanzas y oraciones, según deben. Los clérigos recen el Oficio y digan por los vivos y los muertos lo que acostumbran decir los clérigos. y por los defectos y negligencias de los frailes cada día digan *Miserere mei Deus* con un *Pater noster*, y por los frailes difuntos el salmo *De profundis* con un *Pater noster*. Y puedan tener sólo los libros necesarios para rezar su Oficio. Y a los legos que saben leer el salterio séales lícito tenerlo, y a los que no saben letras, no les sea lícito tener libro. Y los frailes legos digan el *Credo* y veinticuatro veces el *Pater noster* con *Gloria Patri* por los maitines; por laudes, cinco; por prima, el *Credo* y siete veces el *Pater noster* con *Gloria Patri;* por tercia. sexta y nona, siete por cada una: por las vísperas, doce; por completas, *Credo* y siete veces el *Pater noster* con *Gloria Patri;* y por los muertos rezaran siete veces el *Pater noster* con *Requiem aeternam*, y por los defectos y negligencias de los frailes. tres veces el *Pater noster* cada día.

Y asimismo todos los frailes ayunen desde la fiesta de Todos los Santos hasta la Navidad, y desde la Epifanía, cuando Nuestro Señor empezó a ayunar, hasta Pascua. En los otros tiempos no sean obligados, según esta Regla, a ayunar sino los viernes; y *séales lícito comer de todas las viandas que les ofrecieren*, según el Evangelio [9].

CAPÍTULO IV

DE CÓMO SE HAN DE COMPORTAR LOS MINISTROS Y LOS OTROS FRAILES

Los que fueren constituídos Ministros y siervos de los otros frailes, en el nombre del Señor distribuyan a sus religiosos por las provincias y lugares de su jurisdicción. y visí-

[7] Mc. 9, 29.
[8] Mt. 6. 16
[9] Lc 10. 8

tenlos y amonéstenlos, confortándolos espiritualmente. Y todos los otros mis benditos frailes con diligencia les obedezcan en todo lo que pertenece a la salud del alma y en lo que no fuere contrario a nuestra vida. Y hagan los frailes entre sí como dice el Señor: *Lo que queréis que los hombres hagan con vosotros, hacedlo con ellos* [10]; *y lo que no quieras que hagan contigo, no lo hagas a otro* [11]. Y acuérdense los Ministros y siervos que dice el Señor: *No vine a ser servido, sino a servir* [12]; y que les han confiado el cuidado de las almas de los frailes, de las cuales, si alguna se perdiese por su culpa y mal ejemplo, en el día del juicio habrán de dar cuenta delante de Nuestro Señor Jesucristo.

CAPÍTULO V

DE LA CORRECCIÓN FRATERNA

Y, por tanto, vosotros los Ministros guardad bien vuestras almas y las de vuestros frailes, porque *terrible cosa es caer en las manos de Dios vivo* [13]. Y si algún Ministro mandare a alguno de los frailes cosa contra nuestra vida o contra su alma, el fraile no esté obligado a obedecer, porque no hay obediencia donde se comete pecado o delito. Sin embargo, todos los frailes que son súbditos, con mucha diligencia y consideración miren las acciones de sus Ministros y siervos. Y si vieren que alguno de aquéllos anda mundana y no espiritualmente, según la rectitud de nuestra vida, después de la tercera amonestación, si no se enmendare, denúncienlo en el Capítulo de Pentecostés al Ministro y siervo de toda esta hermandad, sin temor a contradicción alguna. Y si entre los frailes, dondequiera que moran, hubiere algún fraile que quiere vivir según la carne y no según el espíritu, los frailes con quienes vive lo amonesten y avisen, y con diligencia y humildad lo reprendan. Y si él, después de la tercera amonestación, no se quisiere enmendar, lo más presto que pudieren envíenlo o denúncienlo a su Ministro y siervo. el cual haga de él como, según Dios, mejor le pareciere.

Y guárdense todos los frailes, así Ministros y siervos como los otros. que no se turben y enojen por el pecado

[10] Mt. 7, 12
[11] Tob 4. 15
[12] Mt 20, 28
[13] Hebr 10 31

o mal ejemplo de otro, que eso quiere el demonio, con el pecado de uno dañar a muchos; mas, espiritualmente como pudieren, ayuden al que pecó, porque *no ha menester medico el sano, sino el enfermo* [14].

Igualmente. ninguno de los frailes tenga poder y señorío, máxime entre sí. porque. como dice el Señor en el Evangelio: *Los príncipes de las gentes avasallan a sus pueblos, y sus principales tienen en ellas poder y mando* [15]. No sea así entre los frailes; *mas el que quisiere ser mayor entre ellos, sea ministro* [16] y siervo de ellos: *y el mayor sea como menor* [17]. Ni fraile alguno haga o diga mal a otro, mas con caridad de espíritu. de buena voluntad. sirvan y obedezcan unos a otros. Que ésta es la santa y verdadera obediencia de Nuestro Señor Jesucristo. Y todos los frailes siempre que *se apartaren de los preceptos del Señor* y anduvieren fuera de la obediencia. como dice el Profeta, *sepan que son malditos* [18] fuera de la obediencia. mientras permanecieren en tal pecado a sabiendas. Y cuando perseveraren en los mandamientos de Dios, que prometieron según el santo Evangelio, y en su forma de vida, sepan que viven en la verdadera obediencia y son benditos del Señor.

CAPÍTULO VI

Del recurso de los frailes al Ministro. y que ninguno se llame prior

Si los frailes en los lugares donde moran no pudieren guardar nuestra vida, lo más presto que les fuere posible recurran a su Ministro, haciéndoselo saber. Y el Ministro trate de remediarlo, como querría que fuese hecho con él, si en tal caso se hallase. Y ninguno se llame *prior;* mas generalmente todos se llamen *hermanos* o *frailes menores;* y los unos laven los pies a los otros.

[14] Mt. 9, 12.
[15] Mt. 20, 25.
[16] Mt. 23, 11.
[17] Lc. 22, 26.
[18] Ps. 118, 21.

CAPÍTULO VII

Del modo de servir y trabajar

Todos los frailes, en cualquier lugar que con alguno estuvieren para servir o trabajar, no sean mayordomos, ni secretarios, ni tengan en la casa alguna presidencia u oficio que engendre escándalo o detrimento a su alma; mas sean *menores* y súbditos a todos los que están en la misma casa.

Y los frailes que saben trabajar, trabajen y ocúpense en el mismo arte y oficio que saben, si no fuere contra la salud de su alma. y si con honestidad pueden trabajar. Pues dice el Profeta: *Porque comerás de los trabajos de tus manos, bienaventurado eres y siempre te irá bien* [19]. Y el Apóstol: *El que no quiere trabajar, no coma* [20]. Y cada uno permanezca en el arte u oficio a que fué llamado; y por el trabajo podrán recibir todas las cosas necesarias, salvo dinero. Y cuando fuere necesario, vayan por limosna, como los otros frailes. Y séales lícito tener las herramientas e instrumentos necesarios para su arte.

Procuren todos los frailes ocuparse en buenas obras, porque está escrito: *Haz siempre alguna cosa, para que el demonio te halle ocupado* [21]. Y en otra parte: *La ociosidad es enemiga del alma* [22]. Y por eso los siervos de Dios han de ocuparse siempre en oración o en alguna buena obra.

Y guárdense los frailes que, dondequiera que moraren. en los yermos o en otras partes, ningún lugar se apropien ni le defiendan, y cualquiera que a ellos viniere, amigo o enemigo. ladrón o salteador, con benignidad sea recibido.

Y en cualquier lugar donde los frailes se hallaren, espiritualmente y con diligencia se deben reverenciar y honrar unos a otros, sin murmuración. Y guárdense de aparecer tristes. ceñudos e hipócritas; antes muéstrense contentos en el Señor, alegres y religiosamente graciosos.

[19] Ps. 127, 2.
[20] II Thess. 3, 10.
[21] S. Jerón., carta 125, n. 11.
[22] Eccl. 33, 20: S. Anselmo, carta 49.

CAPÍTULO VIII

Que los frailes no reciban dinero

Manda el Señor en el Evangelio: *Poned atención, guardaos de toda malicia y avaricia y mirad por vosotros, no sea que os entreguéis a las solicitudes de este mundo y a los cuidados de esta vida*[23]. Por tanto, ningún fraile, dondequiera que estuviere y para dondequiera que fuere, en alguna manera lleve. ni reciba, ni haga recibir pecunia o dineros, ni por ocasión de vestidos, ni de libros, ni por precio de su trabajo; jamás, por ningún motivo, si no fuere por manifiesta necesidad de los frailes enfermos, porque no hemos de tener en más cuenta y reputación la pecunia o dineros que las piedras. Y el diablo quiere cegar a los que lo apetecen y estiman por mejor que las piedras. Guardémonos, pues, los que dejamos todas las cosas, no sea que por tan poco perdamos el reino de los cielos. Y si en algún lugar halláremos dineros, no cuidemos de ellos más que del lodo que pisamos con los pies, porque es *vanidad de vanidades y todo vanidad*[24]. Y si por ventura (lo que no suceda) aconteciere a algún fraile recibir dinero o pecunia o tenerla, exceptuando solamente la dicha necesidad de los enfermos. todos los frailes lo tengan por falso fraile, y ladrón, y que tiene bolsa, si no hiciere verdadera penitencia. Y en ninguna manera reciban los frailes o hagan recibir, ni busquen. ni hagan buscar, pecunia o dinero de limosna para algunas casas o lugares, ni vayan con las personas que para los tales lugares piden dineros. Y los otros servicios que no son contrarios a nuestra vida pueden los frailes hacerlos con la bendición del Señor. Y los frailes, en la manifiesta necesidad de los leprosos, puedan buscar limosna para ellos. Sin embargo, guárdense mucho del dinero. Y de la misma manera, guárdense los frailes de vaguear por diversas tierras en busca de alguna mala ganancia.

CAPÍTULO IX

Del pedir limosna

Procuren todos los frailes seguir la humildad y pobreza de Nuestro Señor Jesucristo y acuérdense que ninguna otra cosa nos es necesaria de todo el mundo, sino que. como

[23] Lc. 21. 34.
[24] Eccl. 1. 2.

dice el Apóstol, *teniendo qué comer y con qué cubrirnos, con esto nos contentemos*[25]. Y deben alegrarse de tratar con personas viles y despreciadas, pobres y flacos, enfermos y leprosos, y los mendigos de los caminos. Y cuando fuere necesario, vayan a pedir limosna. Y no se avergüencen, antes acuérdense que Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo Todopoderoso, *puso su rostro como piedra durísima*[26] [a los golpes y afrentas del mundo], ni se corrió de esto, y fué pobre huésped, y vivieron de limosna El y la bienaventurada Virgen, su Madre, y sus discípulos. Y cuando los hombres les avergozaren y no les quisieren dar limosna, den gracias a Dios, porque de aquellas afrentas que pasan recibirán grande honra ante el tribunal de Nuestro Señor Jesucristo. Y sepan que la afrenta no se imputa a los que la padecen. sino a los que la hacen. Y que la limosna es herencia y justicia que se debe a los pobres, la cual nos adquirió Nuestro Señor Jesucristo. Y los frailes que trabajan pidiendo limosna tendrán grande premio y hacen ganar y merecer a los que la dan. porque todo lo que los hombres dejan en este mundo se tornará en nada; mas por las caridades y limosnas que hicieron recibirán premio del Señor.

Y confiadamente manifieste un fraile a otro sus necesidades, para hallar lo que necesita y también darlo. Y cada uno cuide y ame a su hermano, como la madre cuida y ama a su hijo, en las cosas que Dios les concediere. *El que come no desprecie al que no come, y el que no come no juzgue al que come*[27]. Y cuando sobreviniere necesidad sea lícito a todos los frailes, dondequiera que se hallaren, usar de todos los humanos manjares. como Nuestro Señor dice de David, *que comió los panes de la proposición, los cuales no era lícito comer sino a los sacerdotes*[28]. Y acuérdense que dice el Señor: *Mirad, pues, por vosotros, no sea que vuestros corazones se carguen con mucho comer y beber y cuidados de esta vida, y os sorprenda aquel repentino día, pues como lazo caerá sobre todos los que viven sobre la tierra*[29]. De igual modo, en tiempo de manifiesta necesidad, provéanse todos los frailes de lo que han menester como el Señor les diere a entender. porque la necesidad no está sujeta a ley.

[25] 1 Tim. 6. 8
[26] Is. 50. 7.
[27] Rom. 14. 3.
[28] Mc. 2. 25-26
[29] Lc 21. 34-35.

CAPÍTULO X

De los frailes enfermos

Si algún fraile enfermare, dondequiera que estuviere, los otros frailes no le abandonen sin designar uno de ellos o más, si fuere necesario, que le sirvan, como querrían ellos ser servidos; mas en extrema necesidad pueden confiarle a alguna persona que le atienda en su enfermedad. Y ruego al fraile enfermo que por todas las cosas dé gracias al Criador, y cual el Señor lo quiere, tal desee él ser, sano o enfermo, porque a todos los que Dios predestinó para la vida eterna les enseña con la vara de sus azotes y enfermedades y espíritu de compunción, como El lo dice en el Apocalipsis: *Yo castigo y corrijo a los que amo*[30]. Y si se turbare o indignare contra Dios o contra los frailes, o si por ventura muy solícitamente pidiere medicinas, deseando y procurando mucho librar su carne, que tan presto ha de morir y que es enemiga del alma, esto procede del demonio. y téngase por carnal y que no parece sea del número de los frailes, porque más ama al cuerpo que al alma.

CAPÍTULO XI

Que los frailes se amen y no injurien ni murmuren

Y todos los frailes guárdense de calumniar a nadie, ni de promover contiendas, mas trabajen por tener silencio, con la gracia de Dios. Ni tengan pleitos o demandas entre sí ni con otros, mas procuren responder con humildad. diciendo: *Siervos somos sin provecho*[31]. Y guárdense de la ira, porque *todo hombre que tiene ira contra su prójimo, obligado queda a juicio, y quien dijere a su hermano raca, obligado será a concilio; y el que le llamare insensato será reo del fuego infernal*[32]. Y ámense unos a otros, como dice el Señor: *Este es mi precepto, que os améis unos a otros como yo os amé*[33], y muestren con obras el amor que se deben, como lo dice el Apóstol: *No amemos de palabra y lengua, mas de obra y verdad*[34]. Y a nadie injurien. ni murmuren ni digan mal de los

[30] Apoc. 3, 19.
[31] Lc. 17, 10.
[32] Mt. 5, 22.
[33] Io. 15, 12.
[34] I Io. 3, 18.

otros, porque escrito está: *A los murmuradores y maldicientes aborrece Dios*[35]. Y sean *modestos, mostrando perfecta mansedumbre para con todos los hombres*[36]. No juzguen ni condenen, y, como dice el Señor, *no consideren los pecados pequeños ajenos, mas piensen en los suyos con amarga contrición de sus almas*[37]. Y procuren entrar por la puerta estrecha, porque dice el Señor: *Estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida y pocos son los que lo hallan*[38].

CAPÍTULO XII

Que se eviten las malas miradas y frecuente trato con mujeres

Todos los frailes, dondequiera que estén o vayan, guárdense de las malas miradas y frecuente trato con las mujeres, y ninguno solo hable con alguna mujer. Los sacerdotes honestamente les hablen, dándoles penitencia o consejo espiritual. Y de ningún modo sea recibida alguna mujer, bajo obediencia, por algún fraile; mas, aconsejada espiritualmente, haga penitencia donde quisiere. Y guardémonos todos mucho y tengamos limpios todos nuestros miembros, porque dice el Señor: *Cualquiera que viere la mujer para desearla, ya pecó con ella en su corazón*[39].

CAPÍTULO XIII

Del castigo de los impuros

Si algún fraile, por instigación del demonio, cometiere pecado de fornicación, sea privado del hábito de la Orden, que por su torpeza dejó, y del todo lo pierda, y sea totalmente lanzado de nuestra Religión y haga después penitencia de sus pecados.

[35] Eccl. 28, 15; Rom. 1, 29-30.
[36] Tit. 3, 2.
[37] Io. 38, 15; Lc. 6, 41.
[38] Mt. 7, 14.
[39] Mt. 5, 28.

CAPÍTULO XIV

Cómo los frailes deben ir por el mundo

Cuando los frailes vayan por el mundo *ninguna cosa lleven para el camino, ni bolsa, ni alforja, ni pan, ni dinero, ni cayado. Y en cualquier casa que entraren primeramente digan: Paz en esta casa. Y permaneciendo en la misma casa coman y beban lo que les fuere ofrecido*[40]. *No resistan al mal que les hicieren,* mas *si alguno en una mejilla los hiere, ofrézcanle la otra, y a quien les quisiere tomar el vestido o la túnica, no se lo prohiban. Den a todo el que les pida, y aunque les tomen sus cosas no las demanden en juicio*[41].

CAPÍTULO XV

Que los frailes no tengan caballerías ni anden a caballo

Mando a todos mis frailes, así clérigos como legos, que anduvieren por el mundo o moraren en lugares, que de ninguna manera, por sí ni por otro, o de otro modo, tengan alguna caballería, ni les sea lícito ir a caballo, sino constreñidos por enfermedad o gran necesidad.

CAPÍTULO XVI

De los que fueren entre sarracenos y otros infieles

Dice el Señor: *He aquí que yo os envío como ovejas entre lobos; sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas*[42]. Por tanto, cualesquiera de los frailes que por divina inspiración quisieren ir entre los sarracenos y otros infieles, vayan con licencia de su Ministro y siervo. Y el Ministro les dé licencia y no se la niegue si viere que son idóneos para enviar, porque han de dar cuenta al Señor si en esto o en otras cosas procedieren indiscretamente. Y los frailes que van [entre sarracenos y otros infieles] pueden tratar

[40] Lc. 9, 3; 10, 4-8.
[41] Lc. 6, 29-30; Mt. 5, 39
[42] Mt. 10, 16.

con ellos espiritualmente de dos maneras. La primera, que no muevan pleitos ni contiendas, mas sean *sujetos a toda humana criatura por Dios*[43], y confiesen siempre que son cristianos. La segunda, que cuando vieren ser voluntad de Dios, anuncien su palabra, para que crean en Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Criador de todas las cosas, y en el Redentor y Salvador del mundo, Hijo del Padre Eterno, y para que se bauticen y hagan cristianos porque *el que no renaciere por el agua y el Espíritu Santo no puede entrar en el reino de Dios*[44].

Estas y otras cosas que fueren de la voluntad del Señor pueden decir a los infieles; porque dice el Señor en el Evangelio: *Todo aquel que me confesare delante de los hombres, confesarle he yo delante de mi Padre, que está en los cielos*[45]. *Y el que se avergonzare de mí y de mis palabras, de él se avergonzará el Hijo del hombre cuando viniere con su majestad y con la del Padre y de los santos ángeles*[46].

Y todos los frailes, dondequiera que estuvieren, acuérdense que hicieron entrega de sí mismos y dejaron sus cuerpos a Nuestro Señor Jesucristo, y por su amor se han de ofrecer a los enemigos visibles e invisibles, porque dice el Señor: *El que perdiere su vida por mi amor, salva la tendrá* en la vida eterna[47]. *Bienaventurados los que padecen persecución por amor de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos*[48]. *Si me persiguieron a mí, también os perseguirán a vosotros*[49]. *Si os persiguieren en una ciudad, huíd a otra*[50]. *Bienaventurados sois cuando los hombres os aborrecieren, y dijeren de vosotros mal, y denostaren y persiguieren vuestro nombre y fama como cosa mala, y dijeren todos los males contra vosotros falsamente, por mí. Holgaos en aquel día y alegraos, porque vuestro premio es grande en los cielos*[51]. *Y digoos, mis amigos, que no hayáis miedo de los que matan el cuerpo y ya no tienen más que hacer*[52]. *Mirad que no os turbéis*[53]. *Pues en vuestra paciencia poseeréis vuestras almas*[54]. *Y el que persevere hasta el fin, éste será salvo*[55].

[43] 1 Petr. 2, 13
[44] Io. 3, 5.
[45] Mt. 10, 32.
[46] Lc. 9, 26.
[47] Lc. 9, 24.
[48] Mt. 5, 10.
[49] Io. 15, 20.
[50] Mt. 10, 23.
[51] Mt. 5, 11-12; Lc. 6, 22-23.
[52] Lc. 12, 4.
[53] Mt. 24, 6.
[54] Lc. 21, 19
[55] Mt. 10, 22.

CAPÍTULO XVII

De los predicadores

Ningún fraile predique fuera de la forma e institución de la Santa Iglesia Romana, y si no le fuere concedido por su Ministro. Pero mire el Ministro que no lo conceda a alguno indiscretamente. Mas todos los frailes prediquen con obras y ejemplos. Y ningún Ministro o predicador se apropie el ministerio de los hermanos u oficio de predicación, mas en cualquiera hora que le fuere mandado, sin alguna contradicción deje su oficio. Y, por tanto, ruego en *caridad, que es Dios,* a todos mis frailes, predicadores, oradores y trabajadores, así clérigos como legos, que procuren humillarse en todo, y no se gloríen ni huelguen en sí, ni interiormente se ensalcen de las buenas palabras y obras, ni aun de bien alguno que Dios dice o hace y obra por ellos alguna vez, según lo dice el mismo Señor: *No os alegréis de que los espíritus os estén sujetos* [56].

San Francisco entrega la Regla a sus frailes.
(Grabado de autor desconocido.)

Y firmemente sepamos que nada tenemos nuestro, sino vicios y pecados. Y más nos debemos holgar *cuando sobrevienen diversas tentaciones* [57] y cuando sufrimos cualesquier angustias y tribulaciones del alma o del cuerpo en este mundo por amor de la vida eterna. Por lo tanto, todos los frailes guardémonos de toda soberbia y vanagloria. Guardémonos también del saber de este mundo y de la prudencia de la carne, ya que el espíritu de la carne quiere y se preocupa mucho de hablar y poco de obrar, y busca no religión y santidad interior de espíritu, mas quiere y desea

[56] Lc. 10, 20.
[57] Iac. 1, 2.

religión y santidad externa y aparente a los hombres. Estos son de los que dice el Señor: *En verdad os digo que ya han recibido su premio* [58]. El espíritu del Señor, en cambio, quiere que la carne sea muy mortificada, despreciada, vil y desechada y llena de afrentas, y se esfuerza en tener humildad, paciencia, pura simplicidad y verdadera paz de espíritu, y siempre y sobre todas las cosas desea el temor divino y la divina sabiduría y el divino amor del Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Y demos todos los bienes al Señor Dios altísimo y sumo, y reconozcamos que todos son de El, y por todos le demos gracias, ya que de El todos los bienes proceden. Y el mismo altísimo, sumo y solo verdadero Dios, tenga y le sean dados. y El mismo reciba todos los honores y reverencias, toda alabanza y bendición, y todas las gracias y toda la gloria, cuyo es todo lo bueno, y el cual *solo es bueno* [59]. Y cuando vemos u oímos hacer o decir mal, o blasfemar el nombre de Dios, nosotros glorifiquémosle y hagamos bien, y loemos al Señor que es bendito en los siglos de los siglos. Amén.

CAPÍTULO XVIII

De las reuniones de los ministros

Cada Ministro puede reunirse todos los años con sus frailes en el lugar que más les agradare, en la fiesta de San Miguel Arcángel, para tratar de las cosas que cumplen al servicio de Dios. Y todos los Ministros que son de allende el mar y de las partes ultramontanas, una vez cada tres años, y los otros Ministros una vez en el año vengan al Capítulo de Pentecostés, a Santa María de Porciúncula, salvo si por el Ministro y siervo de toda la fraternidad de otra manera se ordenare.

CAPÍTULO XIX

Que todos los frailes vivan católicamente

Todos los frailes sean católicos, vivan y hablen católicamente. Y si alguno errare en la fe y vida católica en palabra o en obra y no se enmendare, sea totalmente lanzado

[58] Mt. 6, 2.
Lc. 18, 19.

fuera de nuestra fraternidad. Y a todos los clérigos y a todos los religiosos tengámosles por señores en lo que pertenece a la salud del alma y no se aparta de nuestra Religión, y su orden, oficio y administración venerémoslo en el Señor

CAPÍTULO XX

De la confesión de los frailes y recepción del cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo

Mis benditos frailes, así clérigos como legos, confiesen sus pecados a los sacerdotes de nuestra Orden, y si no pueden, confiésense a otros sacerdotes discretos y católicos, sabiendo firmemente y teniendo fe que, de cualquier sacerdote católico que recibieren penitencia y absolución, sin duda alguna serán libres de sus pecados, si con fe y humildad procuraren cumplir la penitencia que les fuere impuesta. Mas si entonces no pudieren tener sacerdotes, confiésense con su hermano, como lo dice el apóstol Santiago: *Confesad unos a otros vuestros pecados*[60]. Mas no dejen por eso de recurrir a los sacerdotes, porque *a ellos sólo es dado el poder de desligar y absolver*. Y así, contritos y confesados, reciban el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo, con gran humildad y veneración, recordando lo que dice el mismo Señor: *El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna*[61]. *Y esto haced en memoria de mí*[62].

CAPÍTULO XXI

Alabanza y exhortación que los frailes pueden hacer

Todos mis frailes, cuando les pareciere bien, pueden anunciar entre cualquier gente, con la bendición de Dios, esta amonestación y alabanza: Temed y honrad, load y bendecid, *dad gracias*[63] y adorad al Señor Dios Todopoderoso, en Trinidad y Unidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Criador de todas las cosas. *Haced penitencia, haced dignos frutos de penitencia*[64], porque sabed que presto moriréis. *Dad, y os será dado. Perdonad, y se os perdonará*[65]. Y *si no perdonareis*

[60] Iac. 5, 16.
[61] Io. 6, 54.
[62] Lc. 22, 19.
[63] 1 Thess. 5, 18
[64] Mt. 3, 2; Lc. 3, 8.
[65] Lc. 6. 37-38.

a los hombres sus faltas, tampoco os perdonará Dios vuestros pecados[66]. *Confesad* todos *vuestros pecados*[67]. Bienaventurados los que murieren en penitencia, porque estarán en el reino de los cielos. ¡Ay de aquellos que no mueren en penitencia, porque serán hijos del demonio, cuyas obras hacen. e irán al fuego eterno! Guardaos y absteneos de todo mal y perseverad hasta el fin en el bien. Amén.

CAPÍTULO XXII

De la amonestación de los frailes

Consideremos todos los frailes que dice el Señor: *Amad a vuestros enemigos y haced bien a los que os quieren mal*[68]. Porque aun Nuestro Señor Jesucristo, cuyas pisadas hemos de seguir, llamó amigo a su discípulo traidor y se ofreció voluntariamente a los que le crucificaron. Son, pues, amigos nuestros todos los que injustamente nos dan tribulaciones, afrentas, injurias, angustias, dolores, tormentos, martirios y muerte, a los cuales hemos de amar mucho, ya que por lo que nos hacen tenemos la vida eterna. Y tengamos aborrecimiento a nuestro cuerpo con sus vicios y pecados. pues viviendo carnalmente nos quiere quitar el amor de Nuestro Señor Jesucristo y la vida eterna. y asimismo, con todos los bienes, perderse en el infierno; porque nosotros, por nuestra culpa, somos hediondos, miserables y contrarios al bien y propensos al mal; pues. como dice el Señor en el Evangelio: *Del corazón de los hombres proceden los malos pensamientos, adulterios, fornicaciones, homicidios, hurtos, avaricias, maldades, engaño, impurezas, envidias, falsos testimonios. blasfemias, soberbia y locura*. Todo esto *de dentro del corazón procede, y es lo que mancha al hombre*[69].

Y ya que voluntariamente dejamos el mundo, ninguna otra cosa hemos de hacer sino ser solícitos en seguir la voluntad del Señor y en agradarle en todas las cosas. Guardémonos mucho de no ser como la tierra que esta junto al camino, o llena de piedras o espinas, como dice el Señor en el Evangelio: *La simiente es la palabra de Dios. La que cayó junto al camino y fué pisada, ésos son los que oyen la palabra de Dios, y no la entienden; y luego viene el demonio y lleva de sus corazones la simiente que recibieron para que, creyendo, no se salven. Y la que cayó sobre la tierra pedre-*

[66] Mc. 11. 26
[67] Iac. 5, 16
[68] Mt 5, 44.
[69] Mt 15. 19-20. Mc 7. 21-23

gosa son los que, oyendo, pronto y con placer reciben la palabra; mas sobreviniendo alguna tribulación o persecución por la palabra oída, luego se escandalizan, y éstos no tienen raíces, mas son efímeramente buenos, porque a tiempos creen, y en el tiempo del trabajo se pierden. Y la que cayó entre las espinas son los que oyen la palabra de Dios, y el solícito cuidado y trabajos del mundo, y el engaño de las riquezas, y la preocupación de las cosas humanas, ahogan la palabra de Dios, y quedan sin fruto. Mas la simiente que cayó en buena tierra son los que con bueno y generoso corazón, oyendo la palabra de Dios, la entienden y conservan, y dan fruto en paciencia[70].

Por tanto, hermanos, como dice el Señor, *dejemos a los muertos sepultar a sus muertos*[71]. Y guardémonos mucho de la malicia y sutileza de Satanás, que quiere que el hombre no tenga su alma y corazón en Dios; y, dando vueltas, desea esclavizar el corazón del hombre con cebo de algún bien; y los preceptos y palabras del Señor quítalos de la memoria, y quiere cegar el corazón del hombre con deseos del mundo, y morar en él, como dice el Señor: *Cuando el espíritu impuro sale del hombre, anda por lugares secos y desiertos, buscando descanso. y hallándolo se dice: «Tornarme he a mi casa de donde salí.» Y viniendo, hállala barrida y adornada; entonces va y toma siete espíritus peores que él, y, entrados todos allí, hacen su morada; y así vienen a ser las postrimerías de aquel hombre peores que sus principios*[72]. Por tanto, hermanos. guardémonos mucho, no perezcamos ni apartemos nuestras almas del Señor con especie de alguna merced, favor u obra. Mas en santa caridad. *que es Dios.* ruego a todos los frailes. así a los Ministros como a los otros, que, quitado todo impedimento y dejado todo cuidado y desasosiego, en la manera que mejor puedan, trabajen por servir. amar y honrar al Señor nuestro Dios con limpio corazón y puro espíritu. que es lo que El quiere sobre todas las cosas. Y preparemos siempre morada en nosotros al mismo Señor Dios Todopoderoso, Padre e Hijo y Espíritu Santo, el cual dice: *Velad, pues, orando en todo tiempo, para que seáis dignos de huir de todos los males que han de venir, y estar delante del Hijo del Hombre*[73]. *Y cuando oréis, decid: «Padre nuestro, que estás en los cielos»*[74]. Y adoremos al Señor con puro corazón, porque es *menester orar siempre y nunca desfallecer*[75]; pues *el Padre*

[70] Lc. 8. 11-15: Mt. 13, 19-23: Mc. 4, 15-20.
[71] Mt. 8, 22.
[72] Lc. 11, 24-26: Mt. 12. 43-45.
[73] Lc. 21, 36.
[74] Mc. 11. 25: Mt. 6. 9.
[75] Lc. 18. 1.

busca tales adoradores. Dios es espíritu, y los que le adoran, en espíritu y verdad le han de adorar[76]. Y recurramos a Cristo como Padre y Obispo de nuestras almas, el cual dice: *Yo soy el buen Pastor, que apaciento mis ovejas y doy la vida por ellas*[77]. *Vosotros todos sois hermanos, y a nadie llaméis padre sobre la tierra, porque uno es vuestro Padre, que está en los cielos. Ni os llaméis maestros, porque uno es vuestro Maestro, que está en los cielos, Cristo*[78]. *Si perseverareis en mí, y mis palabras en vosotros, y pidiereis, cuanto quisiereis os será concedido*[79]. *Donde fueren dos o tres juntos en mi nombre, allí, en medio de ellos, estoy yo*[80]. *Yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo. Las palabras que yo os dije son espíritu y vida. Yo soy camino, verdad y vida*[81].

Tengamos, pues, las palabras, la vida y doctrina, y el santo Evangelio de Aquel que se dignó rogar por nosotros a su Padre y manifestarnos su nombre diciendo: *Padre, manifesté tu nombre a los hombres que me diste, porque la doctrina que me diste di a ellos, y la recibieron y reconocieron verdaderamente que de ti salí y tú me enviaste. Y por ellos ruego, no por el mundo, mas por los que me diste, porque tuyos son, y todas mis cosas son tuyas. Padre Santo, guarda estos que me diste en tu nombre, que sean una cosa como nosotros lo somos. Estas cosas hablo en el mundo para que ellos tengan en sí alegría completa. Yo les enseñé tu palabra, y el mundo los aborrece porque no son del mundo, como ni yo lo soy. No pido que los quites del mundo, mas que los guardes del mal. Santifícalos en tu verdad. Pues tu palabra es verdad. Y como tú me enviaste al mundo, yo los envié al mundo. Y por ellos me santifico, para que ellos sean santificados en la verdad. No ruego por ellos solamente, sino también por todos los que por su palabra han de creer en mí, para que se junten en uno y conozca el mundo que tú me enviaste y los amaste como a mí. Y notificaréles tu nombre para que el amor con que me amaste en ellos more, y yo en ellos. Padre, los que me diste quiero que donde yo estoy estén ellos conmigo y vean la claridad tuya en el reino*[82].

[76] Io. 4, 23-24.
[77] Io. 10, 11, 14-15.
[78] Mt. 23, 8-10.
[79] Io. 15, 7.
[80] Mt. 18, 20.
[81] Io. 6, 63, y 14. 6.
[82] Io. 17. 6-24.

CAPÍTULO XXIII

ORACIÓN, ALABANZA Y ACCIÓN DE GRACIAS

Omnipotente, santísimo, altísimo y sumo Dios, Padre santo y justo, Señor Rey del cielo y de la tierra, te damos gracias por Ti mismo y porque has criado todas las cosas espirituales y corporales por tu santa voluntad y por medio de tu único Hijo y del Espíritu Santo; y, criados a tu imagen y semejanza, nos pusiste en el Paraíso, de donde por nuestra culpa caímos. También te damos gracias porque así como nos criaste por medio de tu Hijo, así por el afecto con que nos amaste hiciste nacer de la beatísima, santa, gloriosa y siempre Virgen María a este mismo Dios y Hombre verdadero, y quisiste con su cruz, y sangre, y muerte rescatarnos a nosotros cautivos. Y te damos gracias porque ese mismo Hijo tuyo ha de venir luego en la gloria de su majestad a lanzar en el fuego eterno a todos los malditos que no hicieron penitencia y no te conocieron, y a decir a todos los que te conocieron y te adoraron y en penitencia te sirvieron: *Venid, benditos de mi Padre; recibid el reino que os está preparado desde el origen del mundo* [83].

Y porque todos nosotros, pecadores y miserables, no somos dignos de pronunciar tu nombre, pedimos con humildad que Nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo amado, con quien te complaces en unión del Espíritu Santo Paráclito, te dé gracias por todos, como a Ti y a ellos agrade, ya que Jesús basta para todo y por su mediación nos hiciste tantos beneficios. Aleluya. Y humildemente suplicamos, por tu amor a la gloriosa bienaventurada Madre, siempre Virgen María; a los bienaventurados Miguel, Gabriel, Rafael y a todos los coros de los bienaventurados espíritus, serafines, querubines, tronos, dominaciones, principados y potestades, virtudes, ángeles, arcángeles; al bienaventurado Juan Bautista, Juan Evangelista, Pedro, Pablo y a los bienaventurados patriarcas, profetas, inocentes, apóstoles, evangelistas, discípulos, mártires, confesores, vírgenes; a los bienaventurados Elías y Enoc y a todos los santos que fueron, serán y son, que te den gracias como a Ti te agrade, Dios sumo, verdadero, eterno y vivo, y juntamente a tu beatísimo Hijo y Señor Jesucristo y al Espíritu Santo Consolador, por todos los siglos de los siglos. Amén. Aleluya.

[83] Mt. 25. 34.

Y a todos los que deseen servir al Señor Dios dentro de la Santa Iglesia Católica y Apostólica, y a todos los órdenes eclesiásticos, sacerdotes, diáconos, subdiáconos, acólitos y exorcistas, lectores y ostiarios; a todos los clérigos, a todos los religiosos y religiosas, a todos los niños y pequeñuelos, pobres y necesitados; a los reyes y príncipes, menestrales y labradores, siervos y señores; a todas las doncellas, continentes y casadas; a los legos, hombres y mujeres; a todos los infantes, adolescentes, jóvenes y viejos, sanos y enfermos; a todos los pequeños y grandes; a todos los pueblos, razas, tribus, lenguas y naciones, y a todos los hombres de cualquier lugar que viven y vivirán en la tierra, pedimos con humildad y suplicamos todos nosotros, frailes Menores, siervos inútiles, que perseveremos todos en la verdadera fe y penitencia, porque de otro modo nadie podrá salvarse. De todo corazón y con toda el alma y toda la mente y fortaleza y con todo nuestro entendimiento y con todas las fuerzas, con todo empeño y afecto, con todas las entrañas y con todos los deseos y voluntades amemos a Nuestro Señor Dios, que nos dió y da todo el cuerpo, toda el alma y toda la vida. El nos crió y redimió, y por sola su misericordia nos salvará; El nos colmó y colma de beneficios a nosotros, miserables y desdichados, podridos y hediondos, ingratos y malos.

Nada, pues, deseemos, nada queramos, nada nos agrade y deleite sino nuestro Criador y Redentor y Salvador, verdadero y solo Dios, que es cumplido bien, todo bien, total bien, verdadero y excelso bien, porque *sólo El es bueno* [84], piadoso y manso, suave y dulce; El sólo es santo, justo, verdadero y recto; El sólo benigno, inocente y limpio; de El, por El y en El se halla todo el perdón, toda la gracia, toda la gloria de todos los penitentes y de todos los justos y bienaventurados que gozan en el cielo. Por tanto, nada nos impida, nada nos aparte, nada nos estorbe. En todo lugar, en toda hora y en todo tiempo, todos los días sin interrupción, todos con verdad y humildad creamos y abracemos y amemos, honremos, adoremos, sirvamos, bendigamos y loemos, glorifiquemos y ensalcemos, engrandezcamos y rindamos gracias al Altísimo, sumo y eterno Dios, y a la Trinidad y Unidad, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, al Criador de todos y Salvador de los que en El creen y esperan y aman, el cual es sin principio y sin fin, inmutable e invisible, inenarrable, inefable, incomprensible, ininvestigable, bendito, loable, glorioso, sobreensalzado, sublime, excelso, suave, amable, deleitable y todo siempre y sobre todas las cosas deseable por los siglos de los siglos.

[84] Lc. 18. 19

En el nombre del Señor ruego a todos los frailes que aprendan el tenor y sentido de lo que en esta Vida para la salud de nuestra alma está escrito, y muy a menudo lo traigan a la memoria. Y pido a Dios que El, que es Todopoderoso, Trino y Uno, dé su bendición a todos los que enseñan y aprenden, y conservan, y recuerdan, y obran estas cosas, cuantas veces rememoran y hacen esto que ha sido escrito para la salvación. Y ruego a todos, besándoles los pies, que mucho amen y guarden esto. Y de parte de Dios Todopoderoso, y del señor Papa, yo, FRAY FRANCISCO, por obediencia firmemente mando y obligo que de estas cosas que en esta Vida [y Regla] están escritas ninguno quite ni añada, ni tengan los frailes otra regla.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo. Como era en el principio, así sea ahora y siempre y por todos los siglos de los siglos. Amén.

REGLA SEGUNDA DE LOS FRAILES MENORES

CAPÍTULO I

EN EL NOMBRE DEL SEÑOR COMIENZA LA VIDA DE LOS FRAILES MENORES

La regla y vida de los frailes Menores es ésta, conviene a saber: guardar el Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, viviendo en obediencia, sin propio y en castidad. FRAY FRANCISCO promete obediencia y reverencia al señor Papa Honorio y a sus sucesores canónicamente elegidos y a la Iglesia Romana. Y los otros frailes estén obligados a obedecer a FRAY FRANCISCO y a sus sucesores.

CAPÍTULO II

DE AQUELLOS QUE QUIEREN TOMAR ESTA VIDA Y DE QUÉ MODO DEBEN SER RECIBIDOS

Si algunos quisieren tomar esta vida y vinieren a nuestros frailes, envíenlos a los Ministros provinciales, a los cuales, y no a otros, sea concedida licencia para recibir frailes. Mas los Ministros examínenlos con diligencia acerca de la fe católica y de los sacramentos de la Iglesia. Y si todas estas cosas creyeren, y las quisieren fielmente confesar y firmemente guardar hasta el fin, y no tienen mujeres, o si las tienen ya entraron ellas en monasterio, o les dieron licencia con autoridad del Obispo diocesano, hecho ya voto de continencia, y siendo las mujeres de tal edad que de ellas no pueda nacer sospecha, digan a ellos la palabra del santo Evangelio *que vayan y vendan todas sus cosas, y procuren darlas a los pobres*[1]. Lo cual, si no pudieren hacer, bástales la buena voluntad. Y guárdense los frailes y sus Ministros

[1] Mt 19, 21.

de ser solícitos de sus bienes temporales, para que libremente hagan de sus cosas lo que el Señor les inspirare.

Mas si pidieren consejo, pueden los Ministros enviarlos a algunos que teman a Dios, con consejo de los cuales sus

San Francisco entrega la Regla a sus frailes y a las clarisas. (Jacomart Baço.)

bienes sean dados a los pobres. Despues concédanles los paños de la probación, conviene a saber: dos túnicas sin capilla, cuerda y paños menores y caparón hasta la cintura, salvo si a los mismos Ministros pareciere otra cosa, según Dios.

Y acabado el año de la probación, sean recibidos a la obediencia, prometiendo guardar siempre esta vida y regla. Y en ninguna manera les será lícito salir de esta Religión, según el mandamiento del señor Papa; porque, según el santo Evangelio, *ninguno que pone mano al arado y mira atrás es apto para el reino de Dios* [2].

Y aquellos que ya prometieron obediencia tengan una túnica con capilla y otra sin capilla los que la quisieren tener. Y los que por necesidad son constreñidos, puedan traer calzado. Y todos los frailes se vistan de vestiduras viles y puedan remendarlas de sayal y otros retazos con la bendición de Dios. A los cuales amonesto y exhorto que no desprecien ni juzguen a los hombres que vieren vestidos de ropas blandas y de color, usar de manjares y bebidas delicadas, sino más bien cada uno se juzgue y menosprecie a sí mismo.

CAPÍTULO III

Del Oficio divino y ayuno y del modo con que los frailes deben ir por el mundo

Los clérigos recen el Oficio divino según el orden de la Santa Iglesia Romana, excepto el salterio, por lo que podrán tener breviarios. Mas los legos digan veinticuatro Padrenuestros por maitines; por laudes, cinco; por prima, tercia, sexta y nona, por cada una de ellas, siete; por vísperas, doce; por completas, siete; y oren por los difuntos.

Y ayunen desde la fiesta de Todos los Santos hasta la Natividad del Señor. Mas la santa cuaresma, que empieza desde la Epifanía hasta cuarenta días continuos, la cual consagró el Señor con su santo ayuno[3], los que de voluntad la ayunaren, benditos sean del Señor, y los que no quisieren, no sean constreñidos; mas la otra, hasta la Resurrección del Señor, ayunen. Pero en otros tiempos no tengan obligación de ayunar sino el viernes. Y en tiempo de manifiesta necesidad no estén obligados los frailes al ayuno corporal.

Aconsejo también, amonesto y exhorto a mis frailes en el Señor Jesucristo, que cuando vayan por el mundo no litiguen ni contiendan con palabras [4] ni juzguen a otros; mas sean benignos, pacíficos y moderados, mansos y humildes, y hablen honestamente a todos, según conviene. Y no deben ir a caballo, si, por manifiesta necesidad o enfermedad, no se viesen forzados. Y en cualquier casa que entraren primeramente di-

Lc. 9, 62
Mt. 4, 2.
2 Tim. 11, 14; Tit. 3, 2.

gan: *Paz sea en esta casa.* Y, según el santo Evangelio, *les sea lícito comer de todos los manjares que les pusieren delante* [5].

CAPÍTULO IV

Que los frailes no reciban dinero ni pecunia

Mando firmemente a todos los frailes que en ninguna manera reciban dineros o pecunia. por sí ni por interpuesta persona. Sin embargo, para las necesidades de los enfermos y para vestir a los frailes, los Ministros solamente y los Custodios, por medio de amigos espirituales, tengan solícito cuidado, según los lugares y tiempos y frías tierras, así como a la necesidad vieren que conviene; aquello siempre salvo. que (como dicho es) no reciban dineros o pecunia.

CAPÍTULO V

De la manera de trabajar

Los frailes, a los cuales el Señor dió gracia de trabajar. trabajen fiel y devotamente, de manera que, desechada la ociosidad, que es enemiga del alma, no apaguen el espíritu de la santa oración y devoción al cual todas las otras cosas temporales deben servir. Y del precio de su trabajo reciban las cosas necesarias al cuerpo para sí y sus hermanos, salvo dineros o pecunia. Y esto humildemente, como conviene a siervos de Dios y seguidores de la santísima pobreza.

CAPÍTULO VI

Que los frailes no se apropien alguna cosa, y del pedir limosna, y de los frailes enfermos

Nada se apropien los frailes, ni casa, ni lugar, ni alguna otra cosa. Y como peregrinos y advenedizos [6] en este mundo. sirviendo al Señor en pobreza y humildad, vayan por limosna con confianza. Ni deben avergonzarse, pues el Señor se hizo pobre por nosotros en este mundo. Esta es aquella eminencia de la altísima pobreza, que a vosotros, carísimos hermanos míos. instituyó herederos y reyes del reino de los cielos, os hizo pobres de las cosas temporales y os sublimó en virtudes. Esta sea vuestra herencia, la cual lleva a la tierra de los vivientes [7]. A la cual, amadísimos hermanos, adhiriéndoos totalmente, por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, ninguna otra cosa debajo del cielo queráis tener jamás.

Y dondequiera que estén y se hallaren los frailes, muéstrense familiares entre sí, y tranquilamente manifieste uno a otro su necesidad; porque, si la madre ama y cuida a su hijo carnal, ¿cuánto con mayor diligencia debe cada uno amar y cuidar a su hermano espiritual? Y si alguno de ellos cayere enfermo, los otros frailes le deben servir como querrían ellos mismos ser servidos.

[5] Lc. 10, 5-8.
[6] 1 Petr. 2, 11.

CAPÍTULO VII

De la penitencia que se ha de imponer a los frailes que pecan

Si algunos de los frailes, instigándoles el enemigo, mortalmente pecaren, por aquellos pecados de los cuales fuere ordenado entre los frailes que se recurra a los Ministros provinciales, sean obligados los dichos frailes a recurrir a ellos cuanto antes puedan, sin tardanza. Y los Ministros, si son sacerdotes, impónganles penitencia con misericordia; y si no son sacerdotes. hágansela imponer por otros sacerdotes de la Orden, así como a ellos pareciere que mejor conviene, según Dios. Y débense guardar que no se aíren ni conturben por el pecado de alguno, porque la ira y conturbación en sí y en los otros impiden la caridad.

CAPÍTULO VIII

De la elección del Ministro General de esta fraternidad y del Capítulo de Pentecostés

Todos los frailes sean obligados a tener siempre uno de los frailes de esta Religión por Ministro General y siervo de toda la fraternidad, y a él estén obligados firmemente a obedecer. En falleciendo, hágase la elección de sucesor por los Ministros provinciales y Custodios en el Capítulo de Pentecostés, en el cual los Ministros provinciales deberán siempre reunirse, dondequiera que por el Ministro General fuere determinado; y esto una vez cada tres años o en otro término mayor o menor. como el dicho Ministro ordenare.

[7] Ps. 141, 7.

Y si en algún tiempo pareciere a la totalidad de los Ministros provinciales y Custodios que el sobredicho Ministro no es suficiente para el servicio y comun utilidad de los frailes, estén obligados los dichos frailes, a quienes corresponde la elección, en el nombre del Señor, a elegir otro en Custodio. Y después del Capítulo de Pentecostes, pueda cada uno de los Ministros y Custodios, si quisieren y les pareciere que conviene, en ese mismo año. en sus Custodias. convocar una vez sus frailes a Capítulo.

CAPÍTULO IX

De los predicadores

Los frailes no prediquen en la diócesis de algún Obispo cuando por él les fuere contradicho. Y ninguno de los frailes tenga el atrevimiento de predicar al pueblo, si por el Ministro General de esta fraternidad no fuere examinado y aprobado, y por él le haya sido concedido el oficio de la predicación. Amonesto también y exhorto a los mismos frailes que en la predicación que hacen sean examinadas y castas sus palabras, para provecho y edificación del pueblo, anunciándoles los vicios y las virtudes, la pena y la gloria con brevedad de sermón, porque *palabra abreviada hizo el Señor sobre la tierra* [8].

San Francisco en oración

[8] Rom. 9, 28

CAPÍTULO X

De la amonestación y corrección de los frailes

Los frailes que son Ministros y siervos de los otros frailes, visiten y amonesten a sus frailes y humilde y caritativamente los corrijan, no mandándoles cosa alguna que sea contra su alma y nuestra Regla. Mas los frailes que son súbditos acuerdense que por Dios negaron sus propias voluntades. Por lo que firmemente les mando que obedezcan a sus Ministros en todas las cosas que prometieron al Señor guardar y no son contrarias al alma y a nuestra Regla. Y dondequiera que estuvieren los frailes, que supiesen y conociesen no poder guardar la Regla espiritualmente. a sus Ministros deban y puedan recurrir. Y los Ministros recíbanlos caritativa y benignamente y tanta familiaridad tengan para con ellos, que les puedan decir y hacer como señores a sus siervos; porque así debe ser, que los Ministros sean siervos de todos los otros frailes.

Amonesto, pues, y exhorto en el Señor Jesucristo que se guarden los frailes de toda soberbia, vanagloria, envidia, avaricia, cuidado y solicitud de este mundo, detracción y murmuración. Y los que no saben letras no cuiden de aprenderlas, mas miren que sobre todas las cosas deben desear tener el espíritu del Señor y su santa operación: orar siempre a Dios con puro corazón y tener humildad y paciencia en la persecución y enfermedad y amar a aquellos que nos persiguen, reprenden y acusan, porque dice el Señor: *Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen y calumnian* [9]. *Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos* [10]. *Mas el que perseverare hasta el fin. éste será salvo* [11].

CAPÍTULO XI

Que los frailes no entren en los monasterios de las monjas

Mando firmemente a todos los frailes que no tengan sospechosas compañías o consejos de mujeres y no entren en los monasterios de las monjas. salvo aquellos que de la Silla

[9] Mt. 5, 44.
[10] Mt. 5, 10.
[11] Mt. 10, 22

Apostólica tienen concedida licencia especial. Ni sean compadres de varones ni mujeres, no sea que, con esta ocasión, entre los frailes o de los frailes se origine escándalo.

CAPÍTULO XII

DE LOS QUE VAN ENTRE LOS SARRACENOS Y OTROS INFIELES

Si algunos de los frailes, por divina inspiración, quisieren ir entre sarracenos y otros infieles, pidan para ello licencia a sus Ministros provinciales. Mas los Ministros a ninguno den licencia para ir, salvo a aquellos que vieren ser idóneos para enviar.

Mando, además, por obediencia a los Ministros, que pidan al señor Papa uno de los Cardenales de la Santa Iglesia Romana que sea Gobernador, Protector y Corrector de esta fraternidad para que, siempre súbditos y sujetos a los pies de esta Santa Iglesia, firmes en la fe católica [12], guardemos la pobreza y humildad y el santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, que firmemente prometimos.

DE LA HABITACION RELIGIOSA EN LOS EREMITORIOS

Los que desean religiosamente morar en eremitorios sean tres, o a lo sumo cuatro frailes. Dos de ellos sean madres y tengan dos hijos, o a lo menos uno. Aquéllos hagan la vida de Marta y los otros dos la vida de María Magdalena.

Mas aquellos que llevan la vida de María tengan un claustro y cada cual tenga su aposento, de tal modo que no habiten ni duerman juntos. Digan siempre las completas de día, hacia la puesta del sol, y procuren guardar silencio; digan sus horas y levántense a maitines: y *busquen primeramente el reino de Dios y su justicia* [13]. A la hora correspondiente recen prima y tercia, y después de tercia rompan el silencio y puedan hablar e ir junto a sus madres y, cuando les placiere, puedan pedirles limosna por amor

[12] Col. 1, 23.
[13] Mt 6, 33.

del Señor Dios, como los pobres pequeñuelos. Y después digan, a su debido tiempo, también sexta, nona y vísperas.

No permitan que entre nadie en el claustro donde moran, ni allí coman. Y aquellos frailes que son madres procuren mantenerse alejados de toda persona, y por obediencia de su Custodio guarden a sus hijos, para que nadie pueda hablar con ellos. Y estos hijos no hablen con persona alguna, a no ser con sus madres y con su Custodio, cuando le plazca a éste visitarlos, con la bendición de Dios. Mas los hijos de vez en cuando tomen el oficio de madres por turno y por el tiempo que les pareciere conveniente disponer. Y esfuércense en observar todas estas cosas con esmero y diligencia.

Santa Clara recibe el hábito de manos de San Francisco. (Giottino.)

DE LA REGLA PARA LAS HERMANAS CLARISAS

FORMA DE VIDA QUE ESCRIBIÓ SAN FRANCISCO PARA SANTA CLARA

Ya que por divina inspiración os hicisteis hijas y siervas del Altísimo, Rey grande, Padre celestial, y os hicisteis esposas del Espíritu Santo, escogiendo vivir conforme a la per-

fección del santo Evangelio, quiero y prometo, por mí y por medio de mis frailes, tener siempre diligente cuidado de vosotras y especial cuidado, como si de éstos se tratare.

Testamento de San Francisco para Santa Clara

Yo, fray Francisco, pequeñuelo, quiero seguir la vida y pobreza del Altísimo Nuestro Señor Jesucristo y de su Madre santísima y perseverar en ella hasta el fin.

Y os ruego a vosotras, mis señoras, y os aconsejo que viváis siempre en esta santísima vida y pobreza. Y guardaos mucho que, por enseñanza o por consejo de alguno, jamás y en lo más mínimo os apartéis de ella.

TESTAMENTO
DEL SERAFICO PADRE SAN FRANCISCO

El Señor me concedió a mí, fray Francisco, que así comenzase a hacer penitencia. Pues cuando yo estaba envuelto en pecados, me era muy amargo ver los leprosos; y el Señor me condujo entre ellos y los traté con misericordia. Y apartándome de ellos, lo que antes me parecía amargo se me convirtió en dulzura del alma y del cuerpo. Y pasado algún tiempo salí del siglo. Y el Señor me dió tal fe en sus iglesias, que así con sencillez orase y dijese: *Adorámoste, Santísimo Señor Jesucristo, aquí y en todas las iglesias que hay en todo el mundo, y bendecímoste, pues por tu santa cruz redimiste al mundo.*

Después me dió el Señor, y da tanta fe en los sacerdotes que viven según la forma de la Santa Iglesia Romana, por el orden que tienen, que si me persiguieren quiero recurrir a ellos. Y si yo tuviese tanta sabiduría cuanta Salomón tuvo y hallase a los pobrecillos sacerdotes de este mundo en las parroquias donde moran, no quiero predicar contra su voluntad. Y a ellos y a todos los otros quiero temer, amar y honrar como a mis señores; y no quiero en ellos considerar pecado, porque al Hijo de Dios discierno en ellos y son mis señores. Y por esto lo hago, porque no veo ninguna cosa corporalmente en este mundo de aquel altísimo Hijo de Dios sino su santísimo cuerpo y sangre, que ellos reciben y sólo ellos administran a los otros. Y estos santísimos misterios

quiero honrar y reverenciar sobre todas las cosas y colocar en lugares preciosos. Los muy santos nombres y palabras suyas escritas, dondequiera que las hallare estar en lugares no debidos, quiero recogerlas y ruego que sean recogidas y en lugar honesto colocadas. Y a todos los teólogos y a los que nos administran las santísimas y divinas palabras debemos honrar y venerar como a quienes nos administran espíritu y vida.

Y después que el Señor me dió frailes, ninguno me enseñaba lo que debía hacer; mas el mismo Altísimo me reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio. Y yo, en pocas y sencillas palabras, la hice escribir y el señor Papa me la confirmó.

San Francisco dicta su testamento. (Fritz Kunz.)

Y aquellos que venían a recibir esta vida, todas las cosas que podían haber daban a los pobres. Y se contentaban con una túnica, por dentro y fuera remendada los que querían, con la cuerda y paños menores. Y no queríamos tener más.

Los clérigos decíamos el Oficio según el orden de los otros clérigos; y los legos decían el Padrenuestro; y nos holgábamos de permanecer en las iglesias. Y éramos sencillos y sujetos a todos.

Yo trabajaba con mis manos y quiero trabajar y los otros frailes quiero firmemente que trabajen en trabajo honesto. Y los que no saben, aprendan, no por codicia de recibir el precio de su trabajo, sino por el buen ejemplo y por desechar la ociosidad. Y cuando no nos dieren el precio del trabajo, recurramos a la mesa del Señor pidiendo limosna de puerta en puerta. Esta salutación me reveló el Señor que dijésemos: *El Señor te dé la paz.*

Guárdense los frailes de que las iglesias y pobrecillas moradas y todas las otras cosas que para ellos se edifican,

en ninguna manera las reciban si no fuesen conformes a la santa pobreza, que prometimos en la Regla, siendo en ellas hospedados como advenedizos y peregrinos.

Mando firmemente por obediencia a todos los frailes, dondequiera que estén, que no se atrevan a pedir alguna letra en la Curia Romana por sí, ni por interpuesta persona, ni para la iglesia, ni para lugar alguno, ni con pretexto de predicación, ni por persecución de sus cuerpos; mas dondequiera que no fueren recibidos, huyan a otra tierra a hacer penitencia con la bendición de Dios.

Y firmemente quiero obedecer al Ministro General de esta Hermandad y a aquel Guardián que le pluguiere darme. Y de tal modo quiero ponerme en sus manos, que no pueda ir ni hacer contra su obediencia y voluntad, porque es mi Señor. Y aunque yo sea simple y enfermo, quiero tener siempre un clérigo que me rece el Oficio, según en la Regla se contiene.

Y todos los otros frailes estén del mismo modo obligados a obedecer a sus Guardianes y a recitar el Oficio segun la Regla. Y si se hallasen algunos que no rezasen el Oficio según la Regla y lo quisiesen variar de otra manera, o no fuesen católicos, todos los frailes, dondequiera que estén, por obediencia sean obligados, si en alguna parte hallaren alguno de ellos, a presentarlo al Custodio más cercano de aquel lugar donde lo hallaren. Y el Custodio, por obediencia, sea obligado con rigor a guardarle fuertemente, como a hombre aprisionado, de día y de noche, de manera que no pueda escaparse de sus manos hasta que por su propia persona lo entregue en manos de su Ministro. Y el Ministro esté firmemente obligado, por obediencia, a enviarle con tales frailes, que de día y de noche le guarden, como a hombre encarcelado, hasta que le presenten ante el señor Ostiense, que es el señor Protector y Corrector de esta fraternidad.

Y no digan los frailes: ésta es otra Regla; porque ésta es una recordación, aviso y amonestación, y es mi testamento, que yo, fray Francisco, pequeñuelo siervo vuestro, hago, para vosotros, mis frailes benditos, para que la Regla que al Señor prometimos más católicamente guardemos. Y el General Ministro y todos los otros Ministros y Custodios sean obligados por obediencia a no añadir ni quitar cosa alguna en estas palabras. Y tengan siempre este escrito consigo junto a la Regla, y en todos los Capítulos que hacen, cuando leen la Regla, lean también estas palabras. Y a todos mis frailes, clérigos y legos, mando firmemente por obediencia que no pongan glosas en la Regla ni en estas palabras diciendo: *Así se han de entender;* mas como el Señor

me concedió decir y escribir sencilla y puramente la Regla y estas palabras, así, simple y puramente y sin glosa, quiero que las entendáis y con santa obra las guardéis hasta el fin.

Y aquel que estas cosas guardare, sea en el cielo lleno de la bendición del muy alto Padre celestial y en la tierra sea lleno de la bendición de su amado Hijo con el santísimo Espíritu Consolador y con todas las virtudes celestiales y con todos los Santos.

Y yo, fray Francisco, pequeñuelo y siervo vuestro en el Señor, en cuanto puedo os confirmo, dentro y fuera, esta santísima bendición. Amén.

San Francisco. (Francia.)

II

AVISOS ESPIRITUALES

PALABRAS DE EXHORTACION

I.—Del cuerpo de Cristo

Dijo el Señor a sus discípulos: *Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie llega al Padre sino por mí. Si me hubierais conocido a mí, hubierais sin duda conocido a mi Padre, y de hoy en adelante le conoceréis, y le habéis visto. Dícele Felipe: Señor, muéstranos al Padre, y eso nos basta. Jesús le responde: Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, ¿y no me habéis conocido? Felipe, quien me ve a mí, ve también a mi Padre*[1]. *Mi Padre habita en luz innaccesible*[2]. Y *Dios es espíritu*, y *a Dios nadie le ha visto nunca*[3]. Porque Dios es espíritu, por lo mismo no puede ser visto si no es en espíritu, ya que *el espíritu es el que vivifica, mas la carne nada aprovecha*[4]. Pero ni el Hijo, en lo que es igual al Padre, es visto por alguno de distinto modo que el Padre o el Espíritu Santo. De donde todos aquellos que vieron al Señor Jesucristo según la humanidad y no vieron ni creyeron según el espíritu y la divinidad que El era el verdadero Hijo de Dios, son condenados. Así también ahora todos los que ven el Sacramento que se consagra sobre el altar con las palabras del Señor, por las manos del sacerdote, en forma de pan y vino, y no ven y no creen según el espíritu y la divinidad que es verdaderamente el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo, también son condenados, como lo atestigua el mismo Altísimo, que dice: *Este*

[1] Io. 14, 6.
[2] 1 Tim. 6, 16.
[3] Io. 1, 18; 4, 24.
[4] Io. 6, 63.

es mi cuerpo y la sangre del Nuevo Testamento[5], y *quien come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna*[6]. Por lo tanto, quien tiene el espíritu del Señor, que mora en sus fieles, recibe el santísimo cuerpo y sangre del Señor; todos los demás que no tienen el espíritu del Señor y osan recibirle *comen y beben su condenación*[7].

¿Hasta cuándo, pues, hijos de los hombres, seréis de pesado corazón?[8] *¿Por qué no conocéis la verdad y no creéis en el Hijo del Señor?*[9] He aquí que El se humilla todos los días como cuando *desde su trono real*[10] vino a las entrañas de la Virgen; cada día viene a nosotros El mismo, apareciendo en forma humilde; cada día desciende desde el seno del Padre al altar en manos del sacerdote, y así como a los santos apóstoles se apareció en verdadera carne, así ahora se nos muestra en el sagrado pan. Y como ellos con su vista corporal veían solamente su carne, mas mirándolo con los ojos espirituales creían que era el mismo Señor Dios, así nosotros, viendo el pan y el vino con los ojos corporales, creamos firmemente que están allí su cuerpo y sangre vivos y verdaderos. Y de este modo siempre vive el Señor con sus fieles, como El mismo dijo: *He aquí que yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo*[11].

II.—Del mal de la propia voluntad

Dijo el Señor a Adán: *Come de todo árbol del paraíso, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas*[12]. Adán podía comer, por lo tanto, de todos los árboles del paraíso, y mientras no se alejó de la obediencia, no pecó. Ahora bien: come del árbol de la ciencia del bien y del mal el que se apropia su voluntad y se engríe de los bienes que el Señor le dió y obra en él. De este modo, por sugestión del diablo y transgresión del mandamiento, se le convierten aquellos dones celestiales en manzana de la ciencia del mal. Y, por lo mismo, conviene que sufra la pena y castigo.

[5] Mc. 14, 22-24.
[6] Io. 6, 54.
[7] 1 Cor. 11, 29.
[8] Ps. 4, 3.
[9] Io. 9, 35.
[10] Sap. 18, 15.
[11] Mt. 28, 20.
[12] Gen 2, 16-17.

III.—De la perfecta e imperfecta obediencia

Dice el Señor en el Evangelio: *Quien no renunciare todas las cosas que posee no puede ser mi discípulo*[13]. Y: *Quien quisiere salvar su vida la perderá*[14]. El hombre renuncia todas las cosas que posee y pierde su cuerpo y su alma [en el sentido del texto evangelico a que se alude] cuando se entrega y ofrece a sí mismo por obediencia en manos de su prelado; y es verdadera obediencia cuando todo lo que hace o dice el súbdito, siendo cosa buena, en cuanto comprende él, no es contra la voluntad del superior. Y aunque el súbdito viere cosas mejores y más ventajosas para su alma que las que su prelado le manda, sacrifique al Señor su voluntad, y los encargos que le diere el prelado procure cumplirlos. Pues ésta es obediencia verdadera y caritativa, que agrada a Dios y al prójimo.

Mas si el prelado manda algo al súbdito que sea contrario a su alma, aunque no le obedezca, no se aparte por eso de su compañía. Y si por esto algunos le persiguieren, ámelos más por Dios. Porque el que antes desea sufrir persecuciones que separarse de sus hermanos, verdaderamente permanece en la perfecta obediencia, porque *sacrifica su alma* por sus hermanos[15]. Hay, en efecto, muchos religiosos que, so pretexto de observar mayor perfección que la que les imponen sus prelados, *miran atrás y tornan al vómito* de la propia voluntad[16]. Estos son homicidas, y por sus escándalos hacen descarriar muchas almas.

IV.—De cómo nadie debe pretender derecho a la prelacía

No he venido a ser servido, sino a servir, dice el Señor[17]. Los que ejercen autoridad sobre otros gloríense tanto de su prelacía como si les encargasen de lavar los pies de los frailes, y cuanto más se turbaren de que se les quite la prelacía que del oficio de lavar los pies, tanto mayores trampas y asechanzas fabrican para peligro de su alma.

[13] Lc. 14, 33
[14] Mt. 16, 25
[15] Io. 15, 13.
[16] Lc. 9, 62; Prov. 26, 11
[17] Mt. 20, 28

V.—Que nadie se ensoberbezca, antes gloríese en la cruz del Señor

Considera, ¡oh hombre!, en cuán alta dignidad te puso Dios, pues te crió y formó a *imagen* de su muy amado Hijo según el cuerpo, y a *semejanza suya* [18], según el espíritu. Y todas las criaturas que están debajo del cielo, segun su naturaleza, sirven, conocen y obedecen al Creador mejor que tú, y ni los mismos demonios le crucificaron; mas tú, con tus pecados, le crucificaste y todavía lo crucificas deleitándote en los vicios y pecados. ¿De dónde, pues, puedes envanecerte? Porque aunque fueses tan agudo y sabio que dominases todas las ciencias y supieses interpretar todo género de lenguas y penetrar sutilmente las cosas celestiales, en todas estas cosas no puedes gloriarte, porque un solo demonio supo de las cosas celestiales, y sabe aun ahora de las terrenas, más que todos los hombres, incluso los que recibieron del Señor especial conocimiento de suma sabiduría. Igualmente, si fueses más hermoso y rico que todos, y aunque obrares tan grandes maravillas que lanzases a todos los demonios, todas estas cosas te son contrarias y para nada te aprovechan. En todo esto no puedes gloriarte, sino sólo podemos *gloriarnos en nuestras enfermedades* [19] y llevando cada día la cruz santa de Nuestro Señor Jesucristo.

VI.—De la imitación del Señor

Todos los frailes miremos como nuestro dechado al Buen Pastor, que sufrió la pasión de la cruz por salvar a sus ovejas. Las ovejas del Señor le siguieron en la tribulación y persecución, en las afrentas y hambre, en la enfermedad y tentación y en todos los demás padecimientos, y en pago de esto recibieron del Señor la vida eterna. Gran motivo de confusión es para nosotros, siervos de Dios, que los santos hicieron las obras, y nosotros, refiriéndolas y predicándolas, queremos recibir sólo por esto gloria y honor.

VII.—Que la buena conducta vaya unida a la ciencia

Dice el Apóstol: *La letra mata, mas el espíritu vivifica* [20]. Son muertos por la letra aquellos que desean tan sólo saber las palabras santas para ser tenidos por sabios entre

[18] Gen. 1, 27.
[19] 2 Cor. 12, 5.
[20] 2 Cor. 3, 6.

los demás y poder adquirir grandes riquezas, a fin de repartirlas entre parientes y amigos. Y son muertos por la letra aquellos religiosos que no quieren seguir el espíritu de las divinas letras sino desean sólo saber las palabras e interpretarlas a los demás. Y son vivificados por el espíritu de la divina letra aquellos que toda la ciencia que saben y desean saber no se la atribuyen a sí, antes de palabra y obra la refieren al Altísimo Señor, de quien es todo bien.

San Francisco ante una calavera. (Carraccio.)

VIII.—Que se debe evitar el pecado de la envidia

Dice el Apóstol: *Nadie puede decir Señor Jesús sino movido por el Espíritu Santo* [21]. *Y no hay quien haga bien; no hay ni siquiera uno* [22]. Cualquiera, pues, que envidie a su hermano del bien que Dios dice y obra por él, comete un pecado de blasfemia, porque envidia al muy Alto, que dice y obra todo bien.

IX.—Del amor a los enemigos

Dice el Señor en el Evangelio: *Amad a vuestros enemigos, etc.* [23] Ama verdaderamente a su enemigo aquel que no se duele de la injuria que le hizo, sino que se apena del pecado de su alma por amor de Dios y con obras le demuestra amor.

[21] 1 Cor. 12, 3.
[22] Ps. 52, 4.
[23] Mt. 5, 44.

X.—Del castigo del cuerpo

Hay muchos que cuando pecan o reciben injurias, frecuentemente echan la culpa al enemigo o al prójimo. Mas no es así, porque cada uno tiene dentro de sí a su enemigo, es decir, a su cuerpo, por medio del cual peca. Y por esto será bienaventurado aquel siervo que tuviere siempre a ese enemigo entregado a su poder, y prudentemente se guardare de él, porque si esto hiciere, ningún otro enemigo visible o invisible le podrá dañar.

XI.—Que nadie se turbe por el pecado de otro

Ninguna cosa debe disgustar al siervo de Dios fuera del pecado. Y en cualquier forma que alguna persona pecare, y por esto el siervo de Dios se alterase y enojase sin caridad, comete culpa. El siervo de Dios que no se altera ni se turba por nada, vive con rectitud y sin pecado. Y bienaventurado es aquel que nada se reserva para sí mismo, sino que *las cosas que son del César, da al César, y las que son de Dios, a Dios*[24].

XII.—Del conocimiento del espíritu del Señor

Puede conocer el siervo de Dios que posee el espíritu de Dios si, cuando el Señor obra por él algún bien, su carne, enemiga de todo bien, no se ensoberbece, antes se reputa por el más despreciable a sus ojos y se juzga el menor de todos los hombres.

XIII.—De la paciencia

No puede conocer el siervo de Dios los quilates de paciencia y humildad que tiene cuando todo sale a medida de sus deseos. Pero cuando llega el tiempo en que los obligados a contentarle y satisfacerle le contrarían, la humildad y paciencia que entonces demuestra, ésa tiene, y no más.

XIV.—De la pobreza de espíritu

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos[25]. Hay muchos que entregándose a continuas oraciones y plegarias, con muchas abstinencias

[24] Mt. 22. 21.
[25] Mt. 5. 3.

y asperezas mortifican a sus cuerpos; pero con una sola palabrilla que conozcan injuriosa a sus personas o por una niñería que les quiten se desazonan al instante y se turban. Estos no son verdaderamente pobres de espíritu, porque quien es verdaderamente pobre de espíritu se odia a sí mismo y ama de veras a los que le hieren en la mejilla.

XV.—De los pacíficos

Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios[26]. Son verdaderamente pacíficos aquellos que, en todas las cosas que en este siglo padecen por amor de Nuestro Señor Jesucristo, conservan la paz en el alma y en el cuerpo.

XVI.—De la limpieza de corazón

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios[27]. Son de corazón limpio los que desprecian las cosas terrenas y buscan las celestiales, y no cesan de adorar y contemplar al Señor Dios vivo y verdadero con alma y corazón limpios.

XVII.—Del humilde siervo de Dios

Bienaventurado aquel siervo que no se engríe más del bien que el Señor dice y obra por él, que del que dice y obra por otro. Peca el hombre que exige más de su prójimo, que lo que él mismo da por su parte al Señor Dios.

XVIII.—De la compasión del prójimo

Bienaventurado el hombre que sufre a su prójimo, según su fragilidad, del modo que quisiera que los otros le sufrieran a él mismo, si se hallase en semejante caso.

XIX.—Del buen y mal siervo

Bienaventurado el siervo que devuelve y entrega todos los bienes al Señor Dios. Porque quien retuviere algo, esconde en sí el dinero de su Señor Dios, y lo que juzga tener se lo quitarán.

[26] Mt. 5. 9
[27] Mt. 5. 8

XX.—Del bueno y humilde religioso

Bienaventurado aquel siervo que, cuando es engrandecido y ensalzado por los hombres, no se tiene por mejor que cuando lo juzgan por vil, simple y despreciable. Porque cuanto es el hombre delante de Dios, tanto es y no más. ¡Ay de aquel religioso que, colocado por otros en algún lugar alto, por su voluntad no quiere bajarse! Y bienaventurado aquel siervo que contra su voluntad es puesto en lugar alto y siempre desea estar bajo los pies de los otros.

XXI.—Del buen religioso y del religioso vano

Bienaventurado aquel religioso que no halla placer y alegría sino en las muy santas palabras y en las obras del Señor, y así, en gozo y alegría, mueve a los hombres al amor de Dios. Y ¡ay de aquel religioso que se deleita en las palabras ociosas y vanas y con ellas hace reír a los hombres!

XXII. — Del religioso vano y hablador

Bienaventurado aquel siervo que no habla por la esperanza del galardón y no manifiesta todas sus cosas y no es precipitado en hablar, sino que medita con mucha prudencia las cosas que debe decir y responder. ¡Ay de aquel religioso que no retiene en su corazón los dones que el Señor le envía y no los muestra a los demás en sus obras, antes bien desea descubrirlos con palabras a los hombres por la esperanza del lucro; pues en esto recibe toda su recompensa y los que le oyen alcanzan poco fruto!

XXIII.—De la verdadera corrección

Bienaventurado el siervo que sufre con tanta paciencia la enseñanza, acusación y corrección de otro como si él mismo se la hiciera. Bienaventurado el siervo que, reprendido, benignamente se conforma, se sujeta modestamente, humildemente se acusa y con placer cumple el castigo de su falta. Bienaventurado el siervo que no tiene propensión a excusarse y sufre con humildad afrentas y reprensiones por el pecado o defecto en que no tuvo culpa.

XXIV.—De la verdadera humildad

Bienaventurado el siervo que con tanta humildad se comporta entre sus súbditos como cuando está con sus prelados y señores. Bienaventurado el siervo que siempre permanece bajo la férula de la corrección. Es siervo fiel y prudente el que en todas sus faltas no tarda en castigarse interiormente por la contrición, y exteriormente por la confesión y satisfacción de obra.

XXV.—Del verdadero amor

Bienaventurado aquel hermano que con tanto afecto ama a su hermano cuando está enfermo y no puede recompensar sus servicios como cuando está sano, que en algún modo le puede corresponder. Bienaventurado el hermano que tanto ama a su hermano cuando está lejos de él como cuando vive en su compañía, y no dice a sus espaldas lo que no pudiera decir con caridad delante de él.

XXVI.—Que los siervos de Dios honren a los clérigos

Bienaventurado el siervo de Dios que deposita su confianza en los clérigos que viven con rectitud, según la forma de la Santa Iglesia Romana. Y ¡ay de aquellos que los desprecian!, porque, aunque sean pecadores, nadie debe juzgarlos, pues sólo el mismo Señor se reservó el derecho de juicio sobre ellos. Ya que cuanto es más excelente que todos el oficio o cargo que tienen del santísimo cuerpo y santísima sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que ellos mismos reciben y ellos solos administran a los otros, tanto los que los ofenden cometen mayor falta. más que si enojaran a todos los hombres del mundo.

XXVII.—De las virtudes que ahuyentan el vicio

Donde está la caridad y la sabiduría no hay temor servil ni ignorancia. Donde están la paciencia y humildad no hay enojo ni turbación. Donde está la pobreza con alegría no hay codicia ni avaricia. Donde están la quietud y la meditación no hay solicitud ni disipación. Donde el temor de Dios guarda los atrios [los sentidos, que son el atrio del

templo del espíritu], allí el enemigo no puede hallar entrada. Y en donde reina la misericordia y la discreción no hay superfluidad ni endurecimiento.

XXVIII.—De cómo se ha de ocultar lo bueno para que no se pierda

Bienaventurado el siervo que atesora en el cielo los bienes que el Señor le muestra, y no desea manifestarlos a los hombres con la esperanza de ganancia, porque el mismo Altísimo manifestará sus obras a quienes le plazca. Bienaventurado el siervo que esconde en su corazón los secretos del Señor.

CARTAS

I.—De la reverencia al cuerpo del Señor y de la limpieza del altar

Reflexionemos todos los clérigos sobre el gran pecado y la ignorancia que algunos tienen sobre el santísimo cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo, y los sacratísimos nombres y sus palabras escritas con que se consagra el cuerpo. Sabemos que no puede existir el cuerpo si no es santificado por la palabra. Nada tenemos tampoco ni vemos corporalmente en este siglo del mismo Altísimo, sino su cuerpo y sangre, y los nombres y palabras verdaderas por las cuales hemos sido regenerados y redimidos de la muerte a la vida. Todos aquellos, pues, que administran tan santos misterios reflexionen en su interior, especialmente los que los administran sin discreción, cuán viles son los cálices, los corporales y los lienzos en donde se sacrifica el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Muchos dejan el santo cuerpo en lugares despreciables, lo llevan con descuido, lo reciben indignamente y lo dan a otros sin discreción. Además, sus nombres y sus palabras escritas son pisoteadas algunas veces, porque *el hombre animal no entiende las cosas divinas*[1]. Y ¿no nos movemos a compasión y ternura pensando estas cosas, siendo así que el mismo piadoso Señor se viene a nuestras manos, y lo manejamos, y

[1] 1 Cor. 2, 14.

San Francisco adorando la Eucaristía con otro santo

todos los días lo recibimos por nuestra boca? ¿Por ventura ignoramos que hemos de caer en sus manos?

Corrijamos, pues, prontamente y con esfuerzo todas estas cosas y otras semejantes, y en cualquier parte que se hallare el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo inconvenientemente colocado y abandonado, quítese de aquel lugar y

póngase en otro precioso y seguro. De igual modo, los nombres y palabras escritas del Señor, en cualquier parte que se encuentren en sitios inmundos, deben ser recogidos y colocados en lugar honesto. Y sabemos que estas cosas debemos observarlas, ante todo, según los mandamientos del Señor y las constituciones de la Santa Madre Iglesia. Y quien esto no hiciere, sepa que ha de dar cuenta delante del Señor en el día del juicio.

Y el que hiciere sacar copias de este escrito, a fin de que sea mejor observado, sepa que será bendito del Señor.

II.—Letras que envió a todos los fieles

A todos los cristianos, religiosos, clérigos y legos, así hombres como mujeres, y a todos los que habitan en el universo mundo, fray Francisco, su siervo y súbdito, saluda con reverencia y desea la verdadera paz del Cielo y la sincera caridad en el Señor.

Siendo yo siervo de todos, estoy obligado a servir a todos y a enseñarles las odoríferas palabras de mi Señor. Por lo cual, considerando que no puedo visitar a cada uno de vosotros personalmente, a causa de la enfermedad y debilidad de mi cuerpo, he determinado manifestaros por las presentes letras las palabras de Nuestro Señor Jesucristo, que es el Verbo del Padre, y las palabras del Espíritu Santo, que *son espíritu y vida* [2].

El muy alto Padre nos anunció desde el cielo por medio de San Gabriel Arcángel a este su Verbo, el cual, siendo tan digno, descendió al seno de la gloriosa Virgen María, de cuyas entrañas tomó la verdadera carne de nuestra humanidad y frágil naturaleza: *El mismo, siendo rico, quiso,* juntamente con su Madre dichosísima, abrazar, sobre todas las cosas que hay en el mundo, la *pobreza* [3].

Y cerca ya de su Pasión, celebró la Pascua con sus discípulos y *tomando el pan dió gracias y lo bendijo y lo partió, diciendo: Tomad y comed, éste es mi cuerpo. Y tomando el cáliz, dijo: Esta es mi sangre del Nuevo Testamento, la cual será derramada por vosotros y por otros muchos para remisión de los pecados* [4]. Después oró al Padre, diciendo: *Padre, si es posible, pase de mí este cáliz* [5]. *Y tuvo un sudor como de gotas de sangre, que corrían por la sobrehaz de la tierra* [6]. Sin embargo, sujetó su voluntad a la del Padre, diciendo: *Padre, hágase tu voluntad, no como yo quiero, sino como tú quieras* [7]. Ahora bien: el Padre quiso que el Hijo bendito y glorioso, que nos entregó y nació por nosotros, por su propia sangre se ofreciese en sacrificio y holocausto en el ara de la cruz, no por El, *por quien fueron hechas todas las cosas* [8], sino por nuestros pecados, *dándonos ejemplo para que sigamos sus huellas* [9]. Y quiere que todos seamos salvos por él y le recibamos con corazón sencillo y cuerpo casto. Mas son pocos los que quieren recibirle y ser salvados por El, aunque *su yugo sea suave y su carga ligera* [10].

[2] Alude a Io. 6. 63.
[3] 2 Cor. 8, 9.
[4] Mt. 26, 26-28.
[5] Mt. 26. 39.
[6] Lc. 22, 44.

Los que no quieren gustar cuán suave es el Señor y aman más las tinieblas que la luz, no queriendo observar los mandamientos de Dios, esos tales son malditos. De ellos dice el Profeta: *Malditos sean los que se apartan de tus mandamientos* [11]. Mas, por el contrario, ¡cuán benditos y dichosos son los que aman al Señor y obran según El dice en el Evangelio: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, y a tu prójimo como a ti mismo!* [12] Amemos, pues, a Dios y adorémosle con corazón sencillo y espíritu puro, que eso busca El por encima de todo cuanto dice: *Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad.* Por lo tanto, *todos los que le adoran deben adorarle en espíritu y en verdad* [13]. Enderecémosle alabanzas y oraciones de día y de noche diciendo: *Padre nuestro, que estás en los cielos,* etc., porque *nos conviene orar siempre y no desfallecer* [14].

Debemos confesar al sacerdote todos nuestros pecados y debemos recibir de él el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Quien no come su carne y no bebe su sangre no puede entrar en el reino de Dios. Pero coma y beba dignamente, *porque el que lo come indignamente, come y bebe su propia condenación, no haciendo diferencia entre el cuerpo del Señor* y los otros manjares [15].

Hagamos, además, frutos dignos de penitencia. Y amemos a los prójimos como a nosotros mismos; y si hay alguien que no quiere o no puede amarlos como a sí mismo, procure por lo menos no hacerles mal, sino bien.

Pero los que recibieron el poder de juzgar a los otros,

[7] Mt. 26. 39 y 42.
[8] Io. 1, 3.
[9] 1 Petr. 2, 21
[10] Mt. 11, 30.
[11] Ps. 118. 21.
[12] Mt. 22. 37 y 39.
[13] Io. 4, 23-24.
[14] Lc. 18, 1.
[15] 1 Cor. 11. 29.

juzguen siempre con misericordia, según ellos mismos quisieran alcanzarla del Señor. *Porque será juzgado sin misericordia el que no sea misericordioso*[16]. Tengamos, pues, caridad y humildad y hagamos limosnas, porque éstas purifican nuestras almas de las inmundicias de los pecados. Pues los hombres pierden todas las cosas que dejan en este mundo; pero llevan consigo el precio de la caridad y las limosnas que hicieron, por las cuales recibirán del Señor el premio y digna recompensa.

Debemos también ayunar y guardarnos de los vicios y pecados y del exceso en comer y beber. Y debemos ser católicos. También debemos visitar con frecuencia las iglesias y reverenciar a los clérigos, no tanto por ellos, si son pecadores, sino por su oficio y la administración del santísimo cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que sacrifican en el altar y reciben y administran a los demás. Y estemos firmemente convencidos de que nadie puede salvarse sino mediante la sangre de Nuestro Señor Jesucristo y por las santas palabras del Señor, las cuales sólo los clérigos dicen, anuncian y administran, y solamente ellos deben administrar, y no otros.

Especialmente los religiosos que se apartaron del siglo deben hacer más y mayores cosas, sin omitir éstas. Debemos odiar nuestros cuerpos con los vicios y pecados, porque el Señor dice en el Evangelio: *Todos los vicios y pecados proceden del corazón*[17].

Debemos amar a nuestros enemigos y hacer bien a los que nos aborrecen; y cumplir los preceptos y consejos de Nuestro Señor Jesucristo. Debemos también negarnos a nosotros mismos y poner nuestros cuerpos bajo el yugo de la servidumbre y de la santa obediencia, cada cual según prometió al Señor. Pero nadie está obligado a obedecer a otro en lo que es pecado o delito.

El que tiene poder de mandar y es tenido como mayor procure hacerse menor y siervo de los demás hermanos, y use de tanta misericordia para con cada uno de sus súbditos, cuanta él quisiera usasen los otros con él si fuese súbdito. Por la falta de un hermano no se irrite contra él, sino amonéstele benignamente y súfrale con toda paciencia y humildad.

No seamos sabios y prudentes según la carne, sino más bien sencillos, humildes y puros. Y despreciemos y afrentemos nuestros cuerpos, ya que todos por nuestra culpa so-

[16] Iac. 2, 13.
[17] Mt. 15, 18

mos miserables y corrompidos, hediondos y gusanos, como el Señor dice por el Profeta: *Yo en verdad soy gusano y no hombre, oprobio de los hombres y desecho de la plebe*[18]. Nunca debemos desear sobresalir entre los otros; al contrario, procuremos con empeño ser siervos y estar sujetos a toda criatura humana por amor de Dios. El Espíritu del Señor descansará sobre todos aquellos que hicieren esto y perseveraren hasta el fin, y hará en ellos su habitación y morada, y serán *hijos* del Padre celestial, cuyos mandatos cumplen, y son *esposos, hermanos* y *madres* de Nuestro Señor Jesucristo. Somos esposos, porque el alma fiel se une a Jesucristo por el Espíritu Santo. Somos sus hermanos, cuando hacemos la voluntad del Padre que está en el cielo. Madres de El somos, cuando le llevamos en nuestro corazón y en nuestro cuerpo con amor, y conciencia pura y sincera, y le damos a luz mediante buenas obras que deben resplandecer como ejemplares para los demás.

¡Oh, cuán glorioso, y santo, y grande es tener un Padre en el cielo! ¡Oh, cuán santo, hermoso y amable tener un esposo en el cielo! ¡Oh, cuán santo, querido, complaciente y humilde, pacífico y dulce y amable y apetecible sobre todas las cosas tener un tal hermano que dió su vida por sus ovejas y oró al Padre por nosotros diciendo: *Padre, guarda en tu nombre a aquellos que me entregaste! Padre, todos los que me entregaste en el mundo tuyos eran y tú me los entregaste, y las palabras que me diste yo se las anuncié, y ellos las recibieron y conocieron verdaderamente que yo procedo de ti y creyeron que tú me enviaste. Ruego por ellos, no por el mundo: bendícelos y santifícalos. Y por ellos me santifico a mí mismo para que sean santificados en uno como nosotros. Y quiero, Padre, que en donde yo estoy estén ellos conmigo, para que vean mi claridad en tu reino*[19].

Y porque El tanto sufrió por nosotros y nos granjeó tantos bienes y nos dará en lo venidero, toda criatura que hay en el cielo y en la tierra, en el mar y en los abismos, rinda a Dios alabanzas, gloria, honor y bendición, pues El es nuestra virtud y fortaleza, El solo es bueno, El solo altísimo, omnipotente, admirable, glorioso, sólo El santo, digno de ser alabado y bendecido por los siglos de los siglos. Amén.

Mas todos aquellos que no hacen penitencia y no reciben el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo, antes se entregan a los vicios y pecados, y van tras su concupiscencia y malos deseos, y no observan las cosas que pro-

[18] Ps. 21, 7.
[19] Io. 17, 6-24.

metieron, y sirven al mundo con sus cuerpos. y a los deseos carnales, cuidados e inquietudes de este siglo, y con su espíritu sirven al diablo, cuyos hijos son y cuyas obras hacen, son ciegos, porque no ven la verdadera luz, que es Jesucristo Nuestro Señor. Y éstos no tienen la sabiduría del espíritu, puesto que no tienen en sí al Hijo de Dios, que es la verdadera sabiduría del Padre; de ellos está escrito: *Su sabiduría se desvaneció* [20]. Ven, conocen, saben y obran el mal y a sabiendas pierden sus almas. Mirad, vosotros, ciegos, engañados por vuestros enemigos, a saber, por el mundo, demonio y carne, que el pecado es deleitoso al cuerpo y amargo el servir a Dios y que todos los vicios y pecados *proceden del corazón del hombre*, como se dice en el Evangelio [21].

Y nada bueno tenéis en este mundo ni en el otro. Pensáis poseer por largo tiempo las cosas vanas de este siglo, pero estáis engañados, porque vendrán el día y la hora en que no habéis pensado y los habéis ignorado y desdeñado. El cuerpo se pone enfermo, la muerte se acerca y los parientes y amigos vienen diciendo: «Dispón tus cosas.» Y su mujer y sus hijos, los parientes y amigos aparentan llorar. Y mirando los ve que lloran, y se conturba y, pensando entre sí, dice: «He aquí que yo pongo mi alma. mi cuerpo y todas mis cosas en vuestras manos.» Verdaderamente este hombre es maldito, porque entrega su alma, su cuerpo y todas sus cosas en tales manos. Porque dice el Señor por el Profeta: *Maldito el hombre que pone su confianza en el hombre* [22]. Luego llaman al sacerdote, el cual le dice: «¿Quieres recibir el perdón de todos tus pecados?» Responde: «Quiero.» «¿Quieres reparar con tus bienes, en cuanto te sea posible, los fraudes y engaños que has cometido?» Responde: «No.» El sacerdote le interroga: «¿Por qué no?» «Porque todas las cosas puse en manos de mis parientes y amigos.» Entonces comienza a perder el habla y muere aquel miserable con muerte amarga.

Ahora sepan todos que, en cualquier lugar o de cualquier modo que el hombre muera en criminal pecado y sin satisfacción, pudiendo satisfacer, el demonio le arranca el alma del cuerpo con tanta angustia y tribulación como nadie puede saber, fuera del que la sufre. Y todas las riquezas y poder, ciencia y sabiduría *que juzgaba tener le serán arrebatadas* [23]. Y los parientes y amigos toman sus bienes y los

[20] Ps. 106, 27.
[21] Mt. 15, 19.
[22] Ier. 17, 5.
[23] Lc. 8, 18.

repartirán, y dirán después: «Maldita sea su alma, porque pudo darnos más y adquirir más de lo que adquirió.» Los gusanos roerán su cuerpo. Y así pierde el alma y el cuerpo en esta breve vida y se va al infierno, donde será atormentado sin fin.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Yo, fray Francisco, menor siervo vuestro, ruego a todos los que recibiereis estas letras, por caridad, que es Dios, y besándoos los pies, que recibáis con humildad y amor y practiquéis estas odoríferas palabras de Nuestro Señor Jesucristo. Y los que no saben leer hagan que se las lean y ténganlas consigo hasta el fin, porque son espíritu y vida. Y quienes no lo hicieren así, darán cuenta de ello ante el tribunal de Cristo el día del juicio. Y a todos aquellos y aquellas que las recibieren benignamente y las entendieren y enviaren a otros copias, si perseveraren en estas cosas hasta el fin. bendígalos el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo. Amén.

III.—Letras que, hacia el fin de sus días, dirigió al Capítulo general y a todos los frailes

En el nombre de la Suma Trinidad y de la Santa Unidad del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén. A todos los reverendos y muy amados frailes, al Ministro General de la Orden de Menores, su señor, y a los demás Ministros generales que serán después de él, y a todos los Ministros y Custodios y sacerdotes de la misma Hermandad, y a los primeros y a los últimos frailes humildes en Cristo, y sencillos y obedientes, fray Francisco, hombre vil y caduco, vuestro siervo pequeñuelo os saluda en Aquel que nos redimió y nos lavó con su preciosa sangre, cuyo nombre, al oírlo, adoradle postrados en tierra, con temor y reverencia, el Señor Jesucristo, a quien llamamos Hijo del Altísimo, el cual es bendito en los siglos. Amén.

Oíd. señores, hijos y hermanos míos, y recibid mis palabras. Inclinad los oídos de vuestro corazón y obedeced a la voz del Hijo de Dios. Conservad con todo vuestro corazón sus mandamientos y cumplid sus sabios consejos con entera voluntad. *Confesadle, porque es bueno* [24], *y ensalzadle en vuestras obras* [25]; ya que con este fin os envió al mundo. para que, de palabra y obra. deis testimonio de su doctrina

[24] Ps. 135, 1.
[25] Tob. 13, 6.

y hagáis saber a todos que El solo es omnipotente. Perseverad en disciplina y santa obediencia y cumplid lo que firmemente y con buen propósito le prometisteis. El Señor Dios se ofrece a nosotros como a hijos.

Por esto pido a todos vosotros, hermanos, besándoos los pies y con la caridad que puedo, que mostréis toda la reverencia y honor que pudiereis al santísimo cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo, en el cual las cosas que estan en el cielo y en la tierra han sido pacificadas y reconciliadas con Dios omnipotente. Ruego también en el Señor a todos mis frailes que son, serán y desean ser sacerdotes del Altísimo, que, siempre que quisieren celebrar misa, limpios y puros ofrezcan con reverencia el verdadero sacrificio del santísimo cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo, con santa y pura intención, no por alguna cosa terrena, ni por temor, ni amor de algún hombre o como intentando complacer a los hombres. Antes toda la voluntad, cuanto ayude la gracia del Omnipotente, se dirija a El, deseando agradar solamente a El, Sumo Señor, porque allí sólo El obra como le place, ya que, como dice el mismo Señor: *Esto hacedlo en memoria mía* [26]. Si alguien lo hiciere de otra manera, se convierte en otro Judas traidor y *reo del cuerpo y sangre del Señor* [27].

Recordad, mis frailes sacerdotes, lo que está escrito de la ley de Moisés, cuyos transgresores, aun en las cosas corporales, *morían sin remisión alguna por justo juicio del Señor. ¿Cuánto mayores y más crueles suplicios merecerá padecer el que hollare al Hijo de Dios y profanare la sangre del Testamento, con la cual fué santificado, e hiciere afrenta al espíritu de la gracia?* [28] Desprecia, pues, el hombre y mancha y pisotea al Cordero de Dios cuando, como dice el Apóstol, *no distinguiendo y discerniendo* [29] el santo pan de Cristo de los demás manjares y cosas, o lo come indignamente o también, aunque sea digno, lo come vanamente y sin provecho, pues dice el Señor por el Profeta: *Maldito el hombre que hace las obras de Dios con engaño* [30]. Y a los sacerdotes que no quieren apreciar esto de corazón los despreciará diciendo: *Maldeciré con vuestras bendiciones* [31].

Oídme, hermanos míos: si la bienaventurada Virgen María es ensalzada, como es razón, porque le llevó en su santísimo seno; si el bienaventurado Bautista tembló y no se atrevió a tocar la cabeza del Señor, y si el sepulcro en que

[26] Lc. 22, 19.
[27] 1 Cor. 11, 27.
[28] Hebr. 10, 28-29.
[29] 1 Cor. 11, 29.
[30] Ier. 48, 11.
[31] Mal. 2, 2.

descansó por algún tiempo es tenido en tanta veneración, ¿cuán santo, justo y digno debe ser el que toca con sus manos, recibe en su boca y en su corazón y administra a los demás no ya al que ha de morir, SINO AL ETERNAMENTE VENCEDOR Y GLORIOSO, *a quien se complacen en mirar los ángeles?* [32]

Mirad vuestra dignidad, frailes sacerdotes, *y sed santos, porque El es santo* [33]. Y como el Señor Dios os ha ensalzado sobre todos por causa de este misterio, amadle, reverenciadle y honradle también vosotros más que todos. Grande miseria es y flaqueza deplorable que, teniendo presente al mismo Dios, os cuidéis de otra cosa en todo este mundo. Todo hombre se llene de pavor, todo el mundo tiemble y regocíjese el Cielo cuando está sobre el altar Cristo, el Hijo de Dios vivo, en las manos del sacerdote. ¡Oh admirable alteza! ¡Oh dignación estupenda! ¡Oh sublime humildad! ¡Oh sublimidad humilde, que el Señor del universo, Dios e Hijo de Dios, de tal manera se humille, que por nuestra salud se esconda bajo una pequeña forma de pan! Mirad, hermanos, la humildad de Dios y derramad vuestros corazones ante su divino acatamiento, humillaos para que vosotros seáis ensalzados por El. No conservéis nada de vosotros para vosotros mismos, a fin de que os reciba enteramente el que se otrece todo a vosotros.

San Francisco en oración. (Carlos Crivelli.)

[32] 1 Petr. 1, 12
[33] [illegible] 12 [illegible]

Aviso, además, y exhorto en el Señor que en los lugares donde moran los frailes se celebre solamente una misa en el día, [y ésta] según la forma de la Santa Iglesia. Mas si en algún lugar hubiese muchos sacerdotes, con amor de caridad, el uno esté contento oyendo la misa del otro; porque Nuestro Señor Jesucristo llena a los ausentes y a los presentes que de El son dignos. Y aunque se encuentre en muchos lugares, sin embargo permanece indivisible y no conoce alteración; mas siendo uno en todas partes, obra como a El le place, con el Señor Dios Padre y Espíritu Santo Consolador en los siglos de los siglos. Amén.

Puesto que *quien es de Dios oye sus palabras*[34], nosotros, que más espiritualmente servimos al Señor, debemos no sólo oír y hacer las cosas que Dios manda, sino también guardar con cuidado en el templo todos los vasos sagrados y los demás utensilios que contienen sus santas palabras, para mostrar en nosotros la alteza de nuestro Criador y nuestra sujeción. Por lo tanto, aviso a todos mis frailes y les animo por Cristo a que dondequiera que encontraren escritas las palabras divinas, como puedan las veneren, y en cuanto a ellos toque, si no están bien colocadas o estuviesen en algún lugar indecorosamente esparcidas, las recojan y guarden, honrando en las palabras al Señor que las habló. Porque muchas cosas son santificadas por las palabras de Dios, y en virtud de las palabras de Cristo se consagra el Sacramento del Altar.

Confieso, además, todos mis pecados a Dios Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo, y a la bienaventurada siempre Virgen María, y a todos los Santos que hay en el cielo y en la tierra, y al Ministro General de nuestra Religión, como a mi venerable señor, y a todos los sacerdotes de nuestra Orden y a todos los demás mis benditos frailes. Falté en muchas cosas por mi grave culpa, especialmente porque no guardé la Regla que prometí al Señor, ni dije el Oficio como la Regla mandaba, ya por negligencia, ya por enfermedad, ya porque soy ignorante e idiota. Y por esta razón suplico encarecidamente, como puedo, al Ministro General, mi señor, que procure que la Regla sea observada inviolablemente por todos y que los clérigos digan el Oficio divino con devoción delante de Dios, no fijándose en la melodía de la voz, sino en la consonancia de la mente, para que la voz esté acorde con la mente y la mente fija en Dios y puedan agradarle con la rectitud de su intención, y no se cuiden de halagar los oídos del pueblo con los gorjeos del canto. Yo prometo, por tanto, guardar firmemente estas cosas según la gracia que Dios me diere, y las entregaré a los frailes

34. Jo. 8, 47.

que viven conmigo para que las cumplan en el Oficio y en todo lo demás que está ordenado. Mas cualesquiera de los frailes que no quisieren observar estas cosas, no los tengo por católicos ni por mis hermanos; no quiero tampoco verlos ni hablarles hasta que hagan penitencia. Digo esto de todos los otros que andan vagando, desdeñando la disciplina de la Regla; porque Nuestro Señor Jesucristo dió su vida para no quebrantar la obediencia de su santísimo Padre.

Yo, fray Francisco, hombre inútil e indigna criatura del Señor Dios, digo por el Señor Jesucristo a fray Elías, Ministro de toda nuestra Religión, y a todos los Ministros generales que vengan después de él y a todos los demás Custodios y Guardianes de los frailes que son y serán, que tengan este escrito, que lo cumplan con diligencia y cuidadosamente lo conserven. Y les ruego que las cosas que están escritas en él solícitamente las guarden y hagan que sean observadas con mucha diligencia, según el beneplácito de Dios omnipotente, ahora y siempre mientras exista este mundo.

Benditos seáis del Señor los que hiciereis estas cosas y eternamente sea el Señor con vosotros.

Omnipotente, eterno, justo y misericordioso Dios, concede a nosotros, miserables, hacer por Ti lo que sabemos que te agrada y desear siempre lo que te place, para que, limpios interiormente e iluminados y encendidos con el fuego del Espíritu Santo, podamos seguir las huellas de tu muy amado Hijo Nuestro Señor Jesucristo y llegar con sola tu gracia a Ti, Altísimo, que vives y reinas en Trinidad perfecta y simple unidad y eres glorificado Dios omnipotente en los siglos de los siglos. Amén.

IV.—Carta a cierto Ministro

Dios te bendiga. Dígote, como mejor acertare, sobre el negocio de tu alma, que las cosas que te impiden amar al Señor Dios y cualquier estorbo que te pongan los frailes u otras personas, aunque te azotasen, debes considerarlo todo como una gracia. Y así has de quererlo y no de otra manera. Y séate esto como una verdadera obediencia que rindes al Señor Dios y a mí, pues sé de cierto que la tal es verdadera obediencia. Y ama a los que te hacen estas cosas y nada recabes de ellos, sino lo que el Señor te diere: y en esto les darás pruebas de amor, en querer que sean mejores cristianos. Y esto será para ti más que vivir en un eremitorio. Y en esto quiero conocer si amas al Señor y a mí, siervo suyo y tuyo, si hicieres esto, a saber: que no haya en el mundo fraile, el cual pecare cuanto haya podido pecar, que, después que vea tus ojos, se aparte jamás sin

tu misericordia. si la hubiere pedido, y si no te la pidiere. ruégale tú que te la pida. Y si mil veces volviere a comparecer en tu presencia, ámale más que a mí, para que le traigas al Señor, y ten siempre compasión de los tales.

De todos los capítulos que hay en la Regla y que tratan de los pecados mortales haremos, con la ayuda del Señor y con el consejo de los frailes, el siguiente decreto en el Capítulo de Pentecostés: «Si alguno de los frailes, por instigación del enemigo, pecare mortalmente, está obligado por obediencia a recurrir a su Guardián.» Y todos los frailes que supieren de su pecado no le avergüencen ni afrenten, antes tengan gran misericordia con él y encubran el pecado de su hermano, pues *no han menester de médico los sanos, sino los enfermos*[35]. Igualmente estén obligados por obediencia a enviarle, con un compañero, al Custodio. Y el Custodio provea a su necesidad con misericordia, como querría que se hiciese con él, si se hallase en caso semejante.

Si alguno cayere en pecado venial, confiésese con un fraile sacerdote, y si no hubiere allí sacerdote, confiéselo a un hermano, hasta encontrar sacerdote que pueda absolverle canónicamente, según queda dicho[36]; y estos [hermanos] no tengan absolutamente facultad de imponerles otra penitencia que ésta: *Vete y no quieras pecar más*[37].

Guarda este escrito, para su mejor observancia, hasta Pentecostés; allí te reunirás con tus hermanos. Y estas cosas y lo demás que falta en la Regla procura cumplirlo con la ayuda del Señor Dios.

V.—A los rectores de los pueblos

Fray Francisco, vuestro pequeño y despreciable siervo en el Señor, desea salud y paz a todas las potestades y cónsules, jueces y rectores de todas las partes del mundo y a todos los demás a quienes llegaren estas letras.

Considerad y reflexionad que el día de la muerte se acerca. Os ruego. pues, con la reverencia que puedo, que no os olvidéis del Señor ni os apartéis de sus mandamientos por los cuidados y congojas que tenéis en este mundo. Porque todos aquellos que le olvidan y se apartan de sus mandamientos son malditos y el Señor se olvidará de ellos. Y cuando venga el día de la muerte, todo lo que juzgaban tener les será arrebatado. Y cuanto más sabios y poderosos

[35] Mt. 9, 12.
[36] Cap. 20 de la Primera Regla
[37] Io. 8, 12.

han sido en el siglo, tanto mayores tormentos sufrirán en el infierno.

Por lo cual, con gran interés os aconsejo, mis señores, que, posponiendo todos los cuidados y afanes, recibáis benignamente el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo en su santa conmemoración. Y tanto honor deis al Señor en el pueblo que se os ha confiado, que todas las tardes se anuncie por algún pregón o por otra señal la hora en que se deben dar gracias al Señor omnipotente y cantarle alabanzas. Y si esto no hiciereis, sabed que habéis de dar cuenta delante de Nuestro Señor en el día del juicio. Los que guardaren este escrito consigo y lo cumplieren sepan que serán benditos del Señor.

VI.—Carta que envió a todos los Custodios

A todos los Custodios de los frailes Menores a quienes llegaren estas letras, fray Francisco, siervo vuestro y pequeñuelo en el Señor Dios, os saluda con las nuevas señales del cielo y de la tierra, las cuales son grandes y excelentísimas delante del Señor y tenidas en poquísima estima por muchos religiosos y otros hombres.

Ruégoos con el máximo interés que, cuando os pareciere conveniente, supliquéis humildemente a los clérigos que veneren sobre todas las cosas el santísimo cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo y los santos nombres y palabras suyas escritas que santifican el cuerpo. Decidles que es deber suyo tener limpios y preciosos los cálices, los corporales, los ornamentos del altar y todas las cosas que pertenecen al Sacrificio. Y si en algún lugar se hallare pobrísimamente colocado el santísimo Cuerpo del Señor, sea colocado en lugar precioso, según ordena la Iglesia, y con grande veneración y discreción lo lleven y administren a los demás. Dondequiera que hallaren en lugares inmundos los nombres del Señor y sus palabras escritas, deben recogerlos y colocarlos en lugar honesto.

En toda predicación que hagáis amonestad al pueblo a la penitencia, diciéndoles que nadie puede salvarse sino el que recibe el santísimo cuerpo y sangre del Señor. Y cuando el sacerdote lo sacrifica en el altar y lo lleva a alguna parte. todas las gentes de rodillas rindan alabanzas, gloria y honor al Señor Dios vivo y verdadero.

Y anunciad sus alabanzas y predicadles a todas las gentes en esta forma. a saber: que en toda hora y cuando suenen las campanas todo el pueblo tribute loores y gracias al Dios omnipotente en toda la tierra.

San Antonio de Padua (Sebastián del Piombo)

Y todos los hermanos míos Custodios a quienes llegare este escrito y lo copiaren y guardaren e hicieren copiar para los frailes que tienen oficio de predicación y guarda de los hermanos, y predicaren hasta el fin todo lo que se contiene en este escrito, sepan que tienen la bendición del Señor Dios y la mía. Y sírvales esto de verdadera y santa obediencia. Amén.

VII.—Carta que envió a fray León

Te hablo, hijo mío, como una madre. Todo lo que platicamos en el camino lo resumo y confirmo brevemente en estas palabras. Si después te fuera preciso llegarte a mí para recibir consejo, he aquí lo que te digo: «Cualquier medio que mejor te parezca para agradar al Señor Dios y seguir sus huellas y pobreza, ponlo en práctica con la bendición de Dios y mi obediencia. Y si por el bien de tu alma o para otro consuelo tuyo necesitas y quieres hacerme visita. ven. hermano fray León.»

VIII.—Carta a San Antonio

A fray Antonio, mi Obispo, fray Francisco, salud en Cristo. Pláceme que leas a los frailes la Sagrada Teología, cuidando, sin embargo. que por este estudio no se apague el espíritu de la oración. según se contiene en la Regla. Amén.

San Francisco y Santa Catalina a los pies de la Virgen. (Veronés.)

III

ESCRITOS LIRICOS

LAUDES

Comienzan las alabanzas dispuestas por nuestro Padre Francisco, quien las decía a cada hora canónica del día y de la noche y antes del Oficio de la bienaventurada Virgen María, las cuales empezaba así:

Santísimo *Padre nuestro, que estás en los cielos,* etc., con el *Gloria.* Después díganse las laudes *Santo, santo,* etc.

Santísimo *Padre nuestro:* Criador. Redentor, Salvador y Consolador nuestro.

Que estás en los cielos: en los ángeles y en los santos, iluminándolos para que conozcan, ya que Tú, Señor, eres luz; inflamándolos en amor, porque Tú, Señor, eres amor; morando en ellos y colmándolos de beatitud. porque Tú, Señor, eres sumo bien, eterno bien. de quien procede todo bien, sin el cual no hay ningún bien.

Santificado sea tu nombre: sea clarificada en nosotros la noticia tuya. para que conozcamos cuál es la anchura de tus beneficios, la largueza de tus promesas. la altura de tu majestad y la hondura de tus juicios.

Venga a nos tu reino: para que Tú reines en nosotros por la gracia y nos hagas venir al reino tuyo, donde la visión de Ti es manifiesta. la dilección de Ti perfecta. la compañía de Ti bienaventurada. la fruición de Ti sempiterna.

Hágase tu voluntad como en el cielo así en la tierra: para que te amemos de todo corazón pensando siempre en Ti. con toda el alma deseando siempre a Ti, con toda la mente enderezando a Ti todas nuestras intenciones y buscando en todas las cosas tu honor, y con todo nuestro empeño gastando todas las fuerzas y sentidos del alma y del cuerpo en obsequio de tu amor y no en otra cosa: y amemos a nuestros prójimos como a nosotros mismos. travándolos

a todos a tu amor, gozándonos de los bienes ajenos como de bienes nuestros, y compadeciéndolos en sus males, y sin ofender nunca a nadie.

El pan nuestro de cada día: al querido Hijo tuyo, Nuestro Señor Jesucristo, *dánosle hoy*, en memoria e inteligencia y reverencia del amor que nos tuvo y de las cosas que por nosotros dijo, hizo y padeció.

Y perdónanos nuestras deudas: por tu inefable misericordia, por la virtud de la pasión de tu amado Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, y por los méritos e intercesión de la beatísima Virgen María y de todos tus elegidos.

Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores: y lo que plenamente no perdonamos, Tú, Señor, haz que lo perdonemos con plenitud, para que por Ti amemos de verdad a los enemigos y en favor de ellos devotamente intercedamos ante Ti, a ninguno devolvamos mal por mal y a todos tratemos de aprovechar en Ti.

Y no nos dejes caer en la tentación: oculta o manifiesta. súbita o importuna.

Mas líbranos del mal: pretérito, presente y futuro.

Gloria Patri, etc.

Santo, santo, santo, Señor Dios omnipotente, que es y será y ha de ser[1]*:* alabémosle y sobreexaltémosle por los siglos[2].

Digno eres, Señor Dios nuestro, de recibir alabanza, gloria, honor y bendición[3]*:* alabémosle y sobreexaltémosle por los siglos.

Digno es el Cordero, que fué muerto, de recibir virtud, y divinidad, y sabiduría, y fortaleza, y honor, y gloria, y bendición[4]*:* alabémosle y sobreexaltémosle por los siglos.

Bendigamos al Padre y al Hijo con el Espíritu Santo: alabémosle y sobreexaltémosle por los siglos.

Bendecid todas las obras del Señor al Señor[5]*:* alabémosle y sobreexaltémosle por los siglos.

Decid alabanza a Dios todos sus siervos y los que a Dios teméis, pequeños y grandes[6]*:* alabémosle y sobreexaltémosle por los siglos.

Lóenle a El, que es glorioso, los cielos y la tierra, y *toda criatura que hay en el cielo y sobre la tierra y debajo de la tierra, el mar y las cosas que en él hay*[7]*:* alabémosle y sobreexaltémosle por los siglos.

---

[1] Apoc. 4, 8.
[2] Dan. 3, 57.
[3] Apoc. 4, 11.
[4] Apoc. 5, 12.
[5] Dan. 3, 57.
[6] Apoc. 19, 5.
[7] Apoc. 5, 12

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo: alabémosle y sobreexaltémosle por los siglos.

Como era en el principio y ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén. Alabémosle y sobreexaltémosle por los siglos.

ORACION

Omnipotente, santísimo, altísimo y sumo Dios, todo bien y sumo bien, total bien y que sólo eres bueno, a Ti tributemos toda alabanza, toda gracia, toda gloria, todo honor, toda bendición, y todos los bienes te los atribuyamos siempre. Amén.

SALUDO A LAS VIRTUDES

¡Salve, reina Sabiduría! Dios te salve con tu hermana la pura santa Sencillez.
¡Dama santa Pobreza! Dios te guarde con tu hermana la santa Humildad.
¡Dama santa Caridad! Dios te guarde con tu hermana la santa Obediencia.
¡Santísimas virtudes todas! Dios os salve, de quien procedéis y venís.
No hay hombre en el mundo que posea a una sola de vosotras, si antes no muere.
Quien tiene una y no ofende a las demás, las tiene todas, y quien a una sola ofende, a ninguna tiene y a todas ofende;
y cada una confunde los vicios y pecados.
La santa Sabiduría confunde a Satanás y a todas sus astucias.
La pura santa Sencillez avergüenza a toda la sabiduría de este mundo
y a la prudencia de la carne.
La santa Pobreza confunde toda codicia, toda avaricia y los cuidados de este mundo.
La santa Humildad triunfa de la soberbia y de los hombres mundanos y de todo lo que hay en el mundo.
La santa Caridad desbarata las diabólicas y carnales tentaciones y todos los temores de la carne.
La santa Obediencia ahuyenta todos los antojos y veleidades de la carne y mantiene el cuerpo sujeto a la obediencia del espíritu y a la obediencia de su hermano.

y sujeta al hombre y a todos los hombres de este mundo, y no sólo a los hombres,
mas a las bestias y fieras, para que hagan de él lo que quieran,
cuanto les permitiere el Señor desde lo alto.

SALUTACION

A LA VIRGEN MARÍA

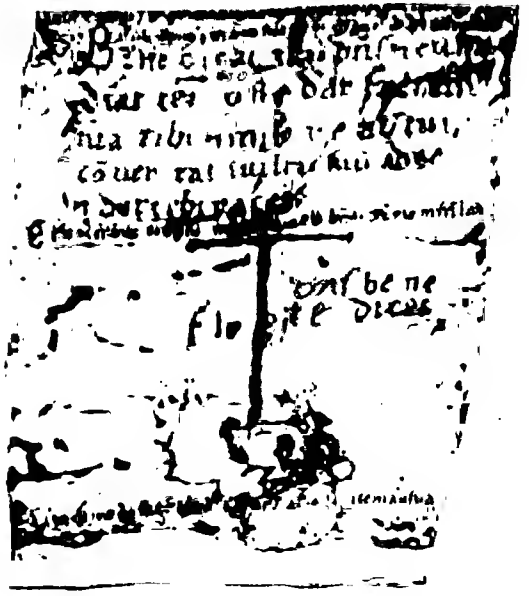
Dios os salve, Señora, Santa y Reina sacratísima, *María*, Madre de Dios, que sois perpetua Virgen elegida por el santísimo Padre del cielo, que os consagró con su santísimo y amado Hijo y con el Espíritu Santo Consolador. En Vos está y estuvo toda la plenitud de la gracia y todo bien. Salve, palacio de Dios. Dios os salve, tabernáculo de Dios. Dios os salve, casa de Dios. Dios os salve, vestidura suya. Dios os salve, esclava de Dios. Dios os salve, Madre de Dios, y a vosotras, todas las santas virtudes, que por la gracia y lumbre del Espíritu Santo sois infundidas en los corazones de los fieles, para que de infieles los hagáis fieles a Dios.

PAPEL QUE DIO A FRAY LEON

ALABANZAS DE DIOS

Tú eres santo, Señor Dios único, que haces maravillas.
Tú eres fuerte, Tú eres grande, Tú eres altísimo.
Tú eres Rey omnipotente, Tú eres Padre santo, Rey del cielo y de la tierra.
Tú eres trino y uno, Señor Dios, todo bien.
Tú eres el bien, todo bien, sumo bien, Señor Dios, vivo y verdadero.
Tú eres caridad y amor, Tú eres sabiduría.
Tú eres humildad, Tú eres paciencia, Tú eres seguridad.
Tú eres quietud, Tú eres gozo y alegría.
Tú eres justicia y templanza.
Tú eres todas nuestras riquezas a satisfacción.
Tú eres hermosura. Tú eres mansedumbre.
Tú eres protector. Tú eres custodio y defensor.
Tú eres fortaleza, Tú eres refrigerio.
Tú eres esperanza nuestra. Tú eres fe nuestra.
Tú eres la gran dulcedumbre nuestra.
Tú eres la vida eterna nuestra. grande y admirable Señor. Dios omnipotente. misericordioso Salvador

BENDICION DE FRAY LEON



[illegible] de fray León (Autógrafo de San Francisco)

El Señor te bendiga y te guarde. Muéstrete su santa faz y tenga misericordia de ti. Vuelva a ti su rostro y te dé la paz[1]. El Señor te bendiga a ti, fray León.

ORACION

Te ruego, Señor, que la fuerza abrasadora y meliflua de tu amor absorba de tal modo mi mente, separándola de todas las cosas, que muera por amor de tu amor. ya que por amor de mi amor te dignaste morir.

Núm. 6. 24-26.

CANTICO DEL HERMANO SOL

Altissimu, onnipotente, bon signore,
tue so le laude, la gloria, el honore et onne benedictione.
Ad te solo, Altissimo, se confano,
et nullu homo è ne dignu te mentovare.

Laudato sî, misignore, cum tucte le tue creature,
spetialmente messer lo frate sole,
lo quale iorna e allumini noi per loi.
E ellu è bellu e radiante con grande splendore;
de te, Altissimo, porta significatione.

Laudato sî, misignore, per sora luna e le stelle,
in celu l'ai formate clarite, pretiose e belle.

Laudato sî, misignore, per frate vento,
et per aere et nubilo et sereno et onne tempo,
per lo quale alle tue creature dai sostentamento.

Laudate sî, misignore, per so aqua,
la quale è multo utile et humile et pretiosa et casta.

Laudato sî, misignore, per frate focu,
per lo quale ennallumini la nocte,
ed ello e bello et iocundo et robustoso et forte.

Laudate sî, misignore, per sora nostra matre terra,
la quale ne sustenta et governa
et produce diversi fructi con coloriti flori et herba.

Laudato sî, misignore, per quelli ke perdonano per lo tuo
et sostengono infirmitate et tribulatione. [*amore.*

Beati quelli kel sosterrano in pace,
ka de te, Altissimo, siranno incoronati.

Laudato sî, misignore, per la sora nostra morte corporale,
da la quele nullu homo vivente po skapare;
guai a quelli ke morrano ne le pecati mortali.

Beati quelli ke troverane le tue santisime voluntati,
ke la morte secunda ne ferrà male.

Laudate et benedicete, misignore, et ringraziate et servia-
[*teli con grande humilitate.*

CANTICO DEL HERMANO SOL

Altísimo, omnipotente, buen Señor,
tuyos son los loores, la gloria, el honor y toda bendición.
A ti sólo, Altísimo, convienen
y ningún hombre es digno de hacer de Ti mención.

Loado seas, mi Señor, con todas tus criaturas,
especialmente el hermano sol,
el cual hace el día y nos da la luz.
Y es bello y radiante con grande esplendor;
de Ti, Altísimo, lleva significación.

Loado seas, mi Señor, por la hermana luna y las estrellas;
en el cielo las has formado claras, y preciosas, y bellas.

Loado seas, mi Señor, por el hermano viento,
y por el aire, y nublado, y sereno, y todo tiempo,
por el cual a tus criaturas das sustentamiento.

Loado seas, mi Señor, por la hermana agua,
la cual es muy útil, y humilde, y preciosa, y casta.

Loado seas, mi Señor, por el hermano fuego,
con el cual alumbras la noche,
y es bello, y jocundo, y robusto, y fuerte.

Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana madre tierra,
la cual nos sustenta y gobierna,
y produce diversos frutos con coloridas flores y hierbas.

Loado seas, mi Señor, por quienes perdonan por tu amor
y soportan enfermedad y tribulación.

Bienaventurados los que las sufren en paz,
pues de Ti, Altísimo, coronados serán.

Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana muerte cor-
de la cual ningún hombre viviente puede escapar: [poral,
¡ay de aquellos que mueran en pecado mortal!

Bienaventurados aquellos que acertaren a cumplir tu san-
pues la muerte segunda no les hará mal. [tísima voluntad,

Load y bendecid a mi Señor y dadle gracias y servidle
[con gran humildad.

Cristo y San Francisco unidos con la cruz a cuestas. (Grabado del siglo XV)

OFICIO DE LA PASION DEL SEÑOR

Comienzan los salmos que dispuso el beatísimo Padre nuestro Francisco para reverencia, memoria y alabanza de la Pasión del Señor. Y empiezan desde las completas del Jueves Santo, porque en aquella noche fué entregado y preso Nuestro Señor Jesucristo. Y adviértase que así decía este Oficio el bienaventurado Francisco: primeramente decía la oración que nos enseñó el Señor y Maestro: Santísimo Padre nuestro, etc., *con las laudes* Santo, santo, santo. *Acabadas las laudes, comenzaba la antífona* Santa María. *Decía primero los salmos de Santa María; decía, además, otros salmos que había escogido, y, dichos todos estos salmos, rezaba los salmos de la Pasión. Terminado el último salmo, decía la antífona* Santa María, *y con esta antífona se terminaba el Oficio.*

I

A COMPLETAS

ANTIPHONA. *Sancta Maria Virgo.*

PSALMUS

Deus, vitam meam annuntiavi tibi: posuisti lacrimas meas in conspectu tuo.

Omnes inimici mei adversum me cogitaverunt mala mihi: consilium fecerunt in unum.

Et posuerunt adversum me mala pro bonis: et odium pro dilectione mea.

Pro eo ut me diligerent, detrahebant mihi: ego autem oraoam.

Mi Pater sancte, Rex caeli et terrae, ne discesseris a me: quoniam tribulatio proxima est, et non est qui adiuvet.

ANTÍFONA. Santa Virgen María.

SALMO

¡Oh Dios!, te he declarado mi vida: y mis lágrimas has puesto delante de ti.

Todos mis enemigos contra mí tramaron desdichas: se reunieron en consejo de común acuerdo.

Y resolvieron darme penas graves en retorno de mis beneficios: y pagar con odio mi cariño.

En vez de amarme, zaheríanme sin piedad: mas yo oraba.

Santo Padre mío, Rey de cielos y tierra, no te alejes de mí, porque se avecina la tribulación y no hay quien me ayude.

Cenvertentur inimici mei retrorsum, in quacumque die invocavero te: ecce cognovi quoniam Deus meus es.

Amici mei et proximi mei adversum me appropinquaverunt, et steterunt: et proximi mei de longe steterunt.

Longe fecisti notos meos a me, posuerunt me abominationem sibi: traditus sum, et non egrediebar.

Pater sancte, ne elongaveris auxilium tuum a me: Deus meus ad auxilium meum respice.

Intende in adiutorium meum: Domine Deus salutis meae.

Gloria.

Mis enemigos retrocederán en cualquier día que te llamare: con esto he conocido que Tú eres mi Dios.

Mis amigos y vecinos se acercaron y pusieron contra mí: y mis deudos se alejaron de mi lado.

A mis conocidos pusiste lejos de mí; tomáronme como objeto de desprecio; entregado fuí y no tenía salida.

Padre Santo, no retardes el enviarme tus socorros: vuelve tus ojos, ¡oh mi Dios!, en mi ayuda.

Acude prontamente en mi socorro: Dios de mi salvación.

Gloria.

ANTIPHONA

Sancta Maria Virgo, non est tibi similis nata in mundo in mulieribus, Filia et ancilla altissimi Regis, Patris caelestis. Mater Sanctissima Domini Nostri Iesu Christi, Sponsa Spiritus Sancti: ora pro nobis cum Sancto Michael Archangelo, et cum omnibus Virtutibus caelorum, et omnibus Sanctis, apud tuum Sanctissimum dilectum Filium, Dominvm Nostrum et Magistrum. Amen.

Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto. Sicut erat in principio et nunc et semper, et in saecula saeculorum. Amen.

ANTIFONA

Santa Virgen María, no ha nacido entre las mujeres ninguna semejante a Ti, Hija y esclava del Rey altísimo y Padre celestial, Madre Santísima de Nuestro Señor Jesucristo, Esposa del Espíritu Santo: ruega por nosotros juntamente con San Miguel Arcángel y todas las virtudes del Cielo y todos los Santos ante tu Santísimo amado Hijo, Nuestro Señor y Maestro. Amén.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

Adviértase que la antífona preinserta se dice a todas las horas, y se dice por antífona, capítulo, himno, versículo y oración, y del mismo modo en los maitines y en todas las horas. En ellas no se rezaba más que esta antífona con sus salmos.

En la conclusión del Oficio decía el bienaventurado Francisco: "Bendigamos al Señor Dios vivo y verdadero; enderecemos a El siempre la alabanza, la gloria, el honor, la bendición y todos los bienes. Amén. Amén. *Fiat. Fiat*"

ANTIPHONA. *Sancta Maria Virgo.*

PSALMUS

Domine Deus salutis meae: in die clamavi et nocte coram te.

Intret in conspectu tuo oratio mea: inclina aurem tuam ad precem meam.

Intende animae meae, et libera eam: propter inimicos meos super me.

Quoniam tu es, qui extraxisti me de ventre, spes mea, ab uberibus matris meae: in te proiectus sum ex utero.

De ventre matris meae Deus meus es tu: ne discesseris a me.

Tu scis improperium meum, et confusionem meam: et reverentiam meam.

In conspectu tuo sunt omnes qui tribulant me: improperium expectavit cor meum, et miseriam.

Et sustinui qui simul contristaretur, et non fuit: et qui consolaretur, et non inveni.

Deus, iniqui insurrexerunt super me, et synagoga potentium quaesierunt animam meam: et non proposuerunt te in conspectu suo.

Aestimatus sum cum descendentibus in lacum: factus sum sicut homo sine adiutorio inter mortuos liber.

Tu es Sanctissimus Pater meus: et Deus meus.

Intende in adiutorium meum: Domine Deus salutis meae

ANTÍFONA. Santa Virgen María.

SALMO

Señor Dios y libertador mío, de día y de noche te llamé implorando tu auxilio.

Haz que lleguen a Ti mis ruegos: y da oído a las súplicas que te hago.

Considera el desamparo de mi alma y pon fin a sus penas: líbrame de mis enemigos.

Porque Tú eres quien me sacó del seno de mi madre, desde el pecho de mi madre esperé en Tí y me acogí a tus brazos.

Desde que nací te reconozco por mi Dios: Señor, no te apartes de mí.

Bien conoces mi afrenta y confusión: y la veneración que te profeso.

En presencia tuya están todos los que me atormentan: mi corazón espera nuevas afrentas y quebrantos.

Esperé que alguno se compadeciese de mi dolor y procurase consolarme, mas en vano esperé.

Dios mío, los malos se amotinaron contra mí y una muchedumbre de poderosos buscaron destruirme: sin pensar que estaban en tu presencia.

Me han puesto en la lista de los sepultados: y como hombre desvalido y cual muerto que no tiene relación con los vivos.

Mas Tú Padre mío Santísimo eres: y Dios mío.

Cuida de socorrerme: pues eres mi Dios y Señor de mi salvación.

A PRIMA

ANTIPHONA. *Sancta Maria Virgo.*

PSALMUS

Miserere mei, Deus, miserere mei: quoniam in te confidit anima mea.

Et in umbra alarum tuarum sperabo: donec transeat iniquitas.

Clamabo ad sanctissimum Patrem meum altissimum: Deum qui benefecit mihi.

Misit de caelo, et liberavit me: dedit in opprobrium conculcantes me.

Misit Deus manum suam, et veritatem suam, et animam meam eripuit de inimicis meis fortissimis: et ab his qui oderunt me, quoniam confortati sunt super me.

Laqueum paraverunt pedibus meis: et incurvaverunt animam meam

Foderunt ante faciem meam foveam: et inciderunt in eam.

Paratum cor meum Deus, paratum cor meum: cantabo, et psalmum dicam.

Exsurge gloria mea, exsurge psalterium et cithara: exsurgam diluculo.

Confitebor tibi in populis, Domine: et psalmum dicam tibi in gentibus.

Quoniam magnificata est usque ad caelos misericordia tua et usque ad nubes veritas tua.

Exaltare super caelos, Deus, et super omnem terram gloria tua.

ANTÍFONA. Santa Virgen María.

SALMO

Compadécete de mí, Dios mio, compadécete de mí: porque en Ti confía mi alma.

A la sombra de tus alas esperaré: hasta que pase la iniquidad.

Clamaré a mi Padre Altísimo: al Dios que me hizo bienes.

Desde su cielo me envió alivios y libró de peligros: y cubrió de oprobios a los que me insultaban.

Envióme Dios su fortaleza y verdad; libró mi alma de sus enemigos poderosos y de los que me aborrecían, porque se envalentonaron contra mí.

Han preparado un lazo a mis pies: y oprimieron mi alma con el peso de sus males.

Cavaron delante de mí un hoyo, donde ellos cayeron.

Preparado está mi corazón, ¡oh Dios!, preparado está; te cantaré y te diré salmos.

Levántate, gloria mía; levántate, salterio y cítara: yo me levantaré de madrugada.

Te confesaré, Señor, en los pueblos: y te cantaré salmos entre los gentiles.

Porque se ha engrandecido tu misericordia hasta los cielos: y hasta las nubes tu verdad.

Seas ensalzado, mi Dios, sobre los cielos: y en toda la tierra pregonada sea tu gloria.

A TERCIA

ANTIPHONA. *Sancta Maria Virgo.*

PSALMUS

Miserere mei, Deus, quoniam conculcavit me homo: tota die impugnans tribulavit me.

Conculcaverunt me inimici mei tota die: quoniam multi bellantes adversum me.

Omnes inimici mei adversum me cogitabant mala mihi: verbum iniquum constituerunt adversum me.

Qui custodiebant animam meam: consilium fecerunt in unum.

Egrediebantur foras: et loquebantur in idipsum.

Omnes videntes me deriserunt me: locuti sunt labiis, et moverunt caput.

Ego autem sum vermis, et non homo: opprobrium hominum, et abiectio plebis.

Super omnes inimicos meos factus sum opprobrium vicinis meis valde: et timor notis meis.

Pater Sancte, ne elongaveris auxilium tuum a me: et ad defensionem meam conspice.

Intende in adiutorium meum, Domine Deus salutis meae.

ANTÍFONA. Santa Virgen María.

SALMO

Ten misericordia de mí, ¡oh Dios!, porque me pisoteó el hombre: y todo el día me atribuló luchando contra mí.

Sin tregua ni descanso me hollaron todos mis enemigos: porque son muchos los que pelean contra mí.

Todos mis enemigos meditaban para mí desdichas: y decretos injustos formaron contra mi persona.

Los que acechaban a mi alma: tuvieron juntos sus consejos:

Se salían afuera: y murmuraban sobre lo mismo.

Todos los que me veían hacían burla de mí: hablaron con los labios y menearon la cabeza.

Pues yo soy gusano y no hombre: baldón de los hombres y desecho de la plebe.

Me hicieron sujeto de escarnio para todos mis enemigos y más para mis vecinos: y causa de temor a mis conocidos.

Padre Santo, no alejes de mí tus socorros: y atiende a mi defensa.

Acude pronto a socorrerme: Señor Dios de mi salud.

A SEXTA

ANTIPHONA. *Sancta Maria Virgo.*

PSALMUS

Voce mea ad Dominum clamavi: voce mea ad Dominum deprecatus sum.

ANTÍFONA. Santa Virgen María.

SALMO

Levanté mi voz al Señor: mis clamores al Señor implorando su socorro.

Effundo in conspectu eius orationem meam: et tribulationem meam ante ipsum pronuntio.

Mi corazón y ruegos declaro en su presencia: y le manifiesto mis angustias y aflicciones.

In deficiendo ex me spiritum meum: et tu cognovisti semitas meas.

Sintiéndome desfallecido en mi espíritu: pues Tú conoces mis caminos.

In via hac qua ambulabam: absconderunt superbi laqueum mihi.

En el camino por do andaba. los soberbios me escondieron lazos.

Considerabam ad dexteram, et videbam: et non erat qui cognosceret me.

Miraba a la diestra por ver quién me ayudase: y ni muestras daba nadie de conocerme.

Periit fuga a me: et non est qui requirat animam meam.

No hallé lugar de huída: ni hay quien piense en salvar mi alma.

Quoniam propter te sustinui opprobrium: operuit confusio faciem meam.

Sólo por Ti soporté las afrentas: cubrió la vergüenza mi rostro.

Extraneus factus sum fratribus meis: et peregrinus filius matris meae.

Me he convertido en extraño a mis hermanos: y en forastero para los hijos de mi madre.

Pater Sancte, zelus domus tuae comedit me: et opprobria exprobrantium tibi ceciderunt super me.

Padre Santo, me consumió el celo de tu casa: y las afrentas de los que te zaherían recayeron sobre mí.

Et adversum me laetati sunt et convenerunt: et congregata sunt super me flagella, et ignoravi.

Y se alegraron y se juntaron contra mí: amontonáronse sobre mí azotes cuando menos lo pensaba.

Multiplicati sunt super capillos capitis mei: qui oderunt me gratis.

Más en número que los cabellos de mi cabeza son los que me aborrecieron sin motivo.

Confortati sunt qui persecuti sunt me inimici mei iniuste: quae non rapui, tunc exsolvebam.

Se han robustecido los enemigos que me persiguieron injustamente: lo que no robé pagábalo entonces.

Surgentes testes iniqui: quae ignorabam interrogabant me.

Levantábanse falsos testigos y me preguntaban sobre lo que no sabía.

Retribuebant mihi mala pro bonis, et detrahebant mihi: quoniam sequebar bonitatem.

Me devolvían mal por bien y me criticaban porque seguía la bondad.

Intende in adiutorium meum: Rex meus, et Deus meus.

Date prisa a socorrerme, mi Rey y mi Dios.

Intende in adiutorium meum. Domine Deus salutis meae.

Acude pronto a socorrerme, Señor Dios de mi salud.

A NONA

ANTIPHONA. *Sancta Maria Virgo.*

ANTÍFONA. Santa Virgen María.

PSALMUS

SALMO

O vos omnes, qui transitis per viam: attendite et videte si est dolor sicut dolor meus.

¡Oh vosotros todos los que pasáis por el camino: deteneos y ponderad si hay dolor semejante al mío!

Quoniam circumdederunt me canes multi: consilium malignantium obsedit me.

Porque me cercaron muchos perros: y me asedió el consejo de los perversos.

Ipsi vero consideraverunt et inspexerunt me: diviserunt sibi vestimenta mea, et super vestem meam miserunt sortem.

Ellos me estuvieron acechando y me miraron: se repartieron mis vestidos y sobre mi ropa echaron suertes.

Foderunt manus meas, et pedes meos: et dinumeraverunt omnia ossa mea.

Han taladrado mis manos y mis pies: y contaron todos mis huesos.

Aperuerunt super me os suum, sicut leo rapiens et rugiens.

Abrieron sobre mí su boca: como león rugiente y robador.

Sicut aqua effusus sum: et dispersa sunt omnia ossa mea.

Como el agua ha sido mi sangre derramada: y se han desencajado todos mis huesos.

Et factum est cor meum tamquam cera liquescens: in medio ventris mei.

En mi pecho ha desfallecido mi corazón, deshaciéndose como la cera que se derrite.

Aruit tamquam testa virtus mea: et lingua mea adhaesit faucibus meis.

Secóse como una teja mi vigor: y a mis fauces se pegó la lengua.

Et dederunt in escam meam fel: et in siti mea potaverunt me aceto.

Y me dieron hiel por comida: y en mi sed me dieron a beber vinagre.

Et in pulverem mortis deduxerunt me: et super dolorem vulnerum meorum addiderunt.

Me condujeron hasta el polvo del sepulcro; y acrecentaron el dolor de mis llagas.

Ego dormivi et resurrexi: et

Yo me dormí y me desperté:

Pater meus sanctissimus cum gloria suscepit me.

Pater Sancte, tenuisti manum dexteram meam, et in voluntate tua deduxisti me: et cum gloria assumpsisti me.

Quid enim mihi est in caelo: et a te quid volui super terram?

Videte, videte, quoniam ego sum Deus, dicit Dominus: exaltabor in gentibus, et exaltabor in terra.

Benedictus Dominus Deus Israel, qui redemit animas servorum suorum de proprio sanctissimo sanguine suo: et non delinquent omnes qui sperant in eo.

Et scimus quoniam venit: quoniam veniet iustitiam iudicare.

y mi Padre Santísimo me acogió con gloria.

Padre Santo, me tomaste de mi mano derecha y me encaminaste según tu voluntad: y me recibiste con honra.

Porque, ¿qué hay para mí en el cielo? y fuera de Ti, ¿qué amé yo en la tierra?

Mirad, mirad que yo soy el Dios: seré ensalzado en las naciones, seré ensalzado en la tierra.

Bendito el Señor Dios de Israel, que con su misma santísima sangre redimió las almas de sus siervos: y no serán culpados todos los que en El esperan.

Y sabemos que se acerca: y que vendrá a juzgar a la misma justicia.

A VISPERAS

ANTIPHONA. *Sancta Maria Virgo.*

PSALMUS

Omnes gentes plaudite manibus, iubilate Deo in voce exsultationis.

Quoniam Dominus excelsus, terribilis: Rex magnus super omnem terram.

Quia sanctissimus Pater de caelo, Rex noster ante saecula: misit dilectum Filium suum de alto, et operatus est salutem in medio terrae.

Laetentur caeli, et exsultet terra, commoveatur mare et plenitudo eius: gaudebunt campi, et omnia quae in eis sunt.

Cantate ei canticum novum: cantate Domino omnis terra.

ANTÍFONA. Santa Virgen María.

SALMO

Gentes todas, aplaudid con las manos: haced fiesta a Dios con voz de regocijo.

Porque el Señor es excelso, terrible: Rey grande sobre toda la tierra.

Porque el Santísimo Padre y Rey nuestro antes de los siglos: desde el cielo envió a su amado Hijo y obró la salud en medio de la tierra.

Alégrense los cielos y regocíjese la tierra, conmuévase el mar y hagan música sus olas: se gozarán los campos y cuanto en ellos se encierra.

Cantad al Señor un cantar nuevo: cántele toda la tierra.

Quoniam magnus Dominus, et laudabilis nimis: terribilis est super omnes deos.

Afferte Domino, patriae gentium, afferte Domino gloriam et honorem: afferte Domino gloriam nomini eius.

Tollite corpora vestra, et baiulate crucem eius: et sequimini usque in finem sanctissima praecepta eius.

Commoveatur a facie eius universa terra: dicite in gentibus quia Dominus regnavit.

Porque grande es el Señor y muy digno de alabanza; terrible sobre todos los dioses.

Tributad al Señor, familias de los pueblos, tributad al Señor gloria y honor: tributad gloria a su nombre.

Ofreced vuestros cuerpos y llevad sobre vuestros hombros su cruz: y seguid hasta el fin sus santísimos preceptos.

Estremézcase en su presencia toda la tierra: decid entre las gentes que reinó el Señor.

Hasta aquí se dice diariamente, desde el Viernes Santo hasta la fiesta de la Ascensión. Pero en la fiesta de la Ascensión añádanse estos versículos:

Et ascendit ad caelos et sedet ad dexteram Sanctissimi Patris in caelis.

Exaltare super caelos, Deus: et super omnem terram gloria tua.

Et scimus quoniam venit: quoniam veniet iustitiam iudicare.

Y subió a los cielos: y está sentado en el cielo a la diestra del Padre Santísimo.

¡Oh Dios!, seas ensalzado sobre los cielos: y tu gloria sea en toda la tierra.

Y sabemos que se acerca y que vendrá a juzgar a la misma justicia.

Y adviértase que desde la Ascensión hasta el Adviento se dice diariamente del mismo modo este salmo, "Omnes gentes", con los sobredichos versículos, diciendo el "Gloria Patri" allí donde acaba el salmo "Quoniam veniet iustitiam iudicare".

Téngase en cuenta que estos salmos sobredichos se dicen desde el Viernes Santo hasta el Domingo de Resurrección; del mismo modo, se dicen desde la octava de Pentecostés hasta el Adviento del Señor y desde la octava de Epifanía hasta el Jueves Santo, excepto los domingos y fiestas principales, en los cuales no se dicen. En los demás días dícense cotidianamente.

II

EL SÁBADO SANTO. A COMPLETAS

ANTIPHONA. *Sancta Maria Virgo.*

PSALMUS

Deus in adiutorium, ut in Psalterio.

ANTÍFONA. Santa Virgen María.

SALMO

Atiende, ¡oh Dios!, a mi socorro, *como en el Salterio.*

MAITINES DEL DOMINGO DE RESURRECCION

ANTIPHONA. *Sancta Maria Virgo.*

PSALMUS

Cantate Domino canticum novum: quia mirabilia fecit.

Sanctificavit Filium suum dextera eius: et brachium sanctum eius.

Notum fecit Dominus salutare suum: in conspectu gentium revelavit iustitiam suam.

In illa die mandavit Dominus misericordiam suam: et nocte canticum eius.

Haec est dies quam fecit Dominus: exultemus et laetemur in ea..

Benedictus qui venit in nomine Domini: Deus Dominus, et illuxit nobis.

Laetentur caeli, et exultet terra; commoveatur mare et plenitudo eius: gaudebunt campi, et omnia quae in eis sunt.

Afferte Domino, patriae gentium, afferte Domino gloriam et honorem: afferte Domino gloriam nomini eius.

ANTÍFONA. Santa Virgen María.

SALMO

Cantad al Señor un cantar nuevo: porque hizo maravillas.

Su diestra santificó a su Hijo y el brazo santo de El.

Dió a conocer el Señor a su Salvador: y a vista de los pueblos descubrió su justicia.

En aquel dia envió el Señor su misericordia; y por la noche oímos su canción.

Este es el día que hizo el Señor: alegrémonos y regocijémonos en él.

Bendito el que viene en nombre del Señor: Dios es el Señor y nos alumbró.

Alégrense los cielos y alborócese la tierra; conmuévase el mar con sus olas: se holgarán los campos y cuanto en ellos hay.

Tributad al Señor, familias de los pueblos, tributad al Señor gloria y honor: dad gloria a su nombre.

Hasta aquí se dice desde el Domingo de Resurrección hasta la fiesta de la Ascensión, diariamente, a todas las horas, excepto a vísperas, completas y prima. Mas en la noche de la Ascensión se añaden los siguientes versículos:

Regna terrae, cantate Deo, psallite Domino: psallite Deo qui ascendit super caelum caeli ad Orientem.

Ecce dabit voci suae vocem virtutis, date gloriam Deo super Israel: magnificentia et virtus eius in nubibus.

Mirabilis Deus in sanctis suis, Deus Israel: ipse dabit virtutem et fortitudinem plebi suae, benedictus Deus.

Reinos de la tierra, cantad a Dios, salmead al Señor: entonad himnos al Dios que ha subido al cielo más encumbrado, hacia el Oriente.

He aquí que dará su voz de fortaleza, dad gloria a Dios sobre Israel: su magnificencia y su poder brillan en las nubes.

Admirable es Dios en sus Santos: el Dios de Israel por Sí mismo dará virtud y fortaleza a su pueblo. Bendito sea Dios.

Y adviértase que este salmo se dice desde la Ascensión del Señor hasta la octava de Pentecostés, diariamente, con los versículos sobredichos, a maitines, tercia, sexta y nona, diciendo "Gloria Patri" sólo al "Benedictus Deus". Téngase también en cuenta que del mismo modo se dice a maitines solamente en los domingos y fiestas principales, desde la octava de Pentecostés hasta el Jueves Santo, porque en dicho día comió el Señor la Pascua con sus discípulos; o también se puede decir otro salmo a maitines o a vísperas cuando se quiera, a saber: "Exaltabo te. Domine", como se contiene en el Salterio, y esto solamente desde el Domingo de Resurrección hasta la fiesta de la Asunción.

A PRIMA

ANTIPHONA. *Sancta Maria Virgo.*

PSALMUS

Miserere mei, Deus, miserere mei, ut supra.

ANTÍFONA. Santa Virgen María.

SALMO

Compadécete de mí, Dios. compadécete, *como se puso arriba.*

A TERCIA, SEXTA Y NONA

ANTIPHONA. *Sancta Maria Virgo.*

PSALMUS

Cantate, ut supra.

ANTÍFONA. Santa Virgen María.

SALMO

Cantad, *como se puso arriba.*

A VÍSPERAS

ANTIPHONA. *Sancta Maria Virgo.*

PSALMUS

Omnes gentes, ut supra.

ANTÍFONA. Santa Virgen María.

SALMO

Todas las gentes, *como se puso arriba.*

III

Comienzan otros salmos que ordenó asimismo el beatísimo Padre nuestro Francisco, los cuales se han de recitar, en lugar de los sobredichos de la Pasión del Señor, en los domingos y festividades principales, desde la octava de Pentecostés hasta el Adviento y desde la octava de la Epifanía hasta el Jueves Santo.

A COMPLETAS

ANTIPHONA. *Sancta Maria Virgo.*

PSALMUS

Deus in adiutorium, sicut habetur in Psalterio.

ANTÍFONA. Santa Virgen María.

SALMO

Acude pronto, mi Dios, a socorrerme, *como en el Salterio.*

A MAITINES

ANTIPHONA. *Sancta Maria Virgo.*

PSALMUS

Cantate, ut supra.

ANTÍFONA. Santa Virgen María.

SALMO

Cantad, *como se puso arriba.*

A PRIMA

ANTIPHONA. *Sancta Maria.*

PSALMUS

Miserere mei, Deus, miserere mei, ut supra.

ANTÍFONA. Santa María.

SALMO

Compadécete de mí, Dios, *como se puso arriba.*

A TERCIA

ANTIPHONA. *Sancta Maria.*

PSALMUS

Iubilate Deo omnis terra, psalmum dicite nomini eius: date gloriam laudi eius.

Dicite Deo quam terribilia sunt opera tua, Domine; in multitudine virtutis tuae mentientur tibi inimici tui.

ANTÍFONA. Santa María.

SALMO

Haced fiesta al Señor toda la tierra, tañed salmos a su nombre: y pregonad sus alabanzas.

Decid a Dios: ¡Cuán terribles son, Señor, tus obras!: La grandeza de tu poder convencerá de mentirosos a tus enemigos.

Omnis terra adoret te, et psallat tibi: psalmum dicat nomini tuo.

Venite, et audite, et narrabo, omnes qui timetis Deum: quanta fecit animae meae.

Ad ipsum ore meo clamavi: et exyltavi sub lingua mea.

Et exaudivit de templo sancto suo vocem meam: et clamor meus in conspectu eius.

Benedicite gentes Dominum nostrum: et auditam facite vocem laudi eius.

Et benedicentur in ipso omnes tribus terrae: omnes gentes magnificabunt eum.

Et benedictum nomen Maiestatis eius in aeternum, et replebitur maiestate eius omnis terra: fiat, fiat.

Toda la tierra te adore y a Ti taña salmos: cante salmos a tu nombre.

Venid y oíd, y os contaré a todos los que teméis a Dios: cuán grandes cosas hizo en bien de mi alma.

A El clamé con mi boca: y lo ensalcé con mi lengua.

Y oyó mis clamores desde su templo santo: y mis ruegos en su presencia.

Bendecid, ¡oh pueblos!, a Nuestro Señor: y haced oír la voz de sus alabanzas.

En El mismo serán bendecidos los linajes de la tierra: todas las gentes le engrandecerán.

Y sea por siempre bendito el nombre de Su Majestad: y la tierra se henchirá de su gloria: hágase, hágase.

A SEXTA

ANTIPHONA. *Sancta Maria.*

PSALMUS

Exaudiat te Dominus in die tribulationis: protegat te nomen Dei Iacob.

Mittat tibi auxilium de sancto: et de Sion tueatur te.

Tribuat tibi secundum cor tuum et omne consilium tuum confirmet.

Laetentur in salutari tuo: et in nomine Domini Dei nostri magnificabuntur.

Impleat Dominus omnes petitiones tuas: nunc cognovi quoniam misit Dominus Iesum Christum Filium suum, et iudicabit populos in iustitia.

ANTÍFONA. Santa María.

SALMO

Oigate el Señor en el día de la tribulación: defiéndate el nombre del Dios de Jacob.

Envíete socorros desde su santuario: y desde Sión te defienda.

Concédate lo que desea tu corazón: y cumpla todos tus designios.

Alégrense en tu Salvador: y serán engrandecidos en el nombre del Señor Dios Nuestro.

Cumpla el Señor tus peticiones: ahora conozco que el Señor envió a Jesucristo, su Hijo, y que juzgará los pueblos con justicia.

Et factus est Dominus refugium pauperis, adiutor in opportunitatibus, in tribulatione: et sperent in te qui noverunt nomen tuum.

Benedictus Dominus Deus meus: quia factus est susceptor meus et refugium meum in die tribulationis meae.

Adiutor meus tibi psallam: quia Deus meus misericordia mea.

El Señor se ha declarado refugio del pobre, ayudador al tiempo oportuno, en la tribulación: esperen en ti los que conocen tu nombre.

Bendito sea el Señor mi Dios: porque se ha hecho mi amparador y mi refugio en el día de mi tribulación.

Tañeré salmos a Ti, ayudador mío: porque mi Dios es para mí todo misericordia.

A NONA

ANTIPHONA. *Sancta Maria.*

PSALMUS

In te, Domine, speravi, non confundar in aeternum: in iustitia tua libera me, et eripe me.

Inclina ad me aurem tuam: et salva me.

Esto mihi in Deum protectorem, et in locum munitum: ut salvum me facias.

Quoniam tu es patientia mea, Domine: Domine, spes mea a iuventute mea.

In te confirmatus sum ex utero, de ventre matris meae tu es protector meus; in te cantatio mea semper.

Repleatur os meum laude, ut cantem gloriam tuam: tota die magnitudinem tuam.

Exaudi me, Domine, quoniam benigna est misericordia tua secundum multitudinem miserationum tuarum respice in me.

Et ne avertas faciem tuam a puero tuo: quoniam tribulor, velociter exaudi me.

ANTÍFONA. Santa María.

SALMO

En Ti, Señor, esperé; no quede nunca confundido: con tu justicia líbrame y sálvame.

Inclina a mí tus oídos: y sálvame.

Seas para mí un Dios protector: y como baluarte fortalecido para salvarme.

Porque Tú, Señor, eres mi paciencia; Tú, Señor, mi esperanza desde mi juventud.

En Ti he sido sustentado desde mi concepción: desde el vientre de mi madre eres Tú mi protector: de Ti serán siempre mis canciones.

Llénese mi boca de alabanza para que cante tu gloria: todo el día pregone tu grandeza.

Oyeme, Señor, porque benigna es tu misericordia: trátame según la muchedumbre de tus misericordias.

Y no apartes tu rostro de tu siervo: ya que estoy atribulado, óyeme prontamente.

Benedictus Dominus Deus meus, quia factus est susceptor meus: et refugium meum in die tribulationis meae.

Adiutor meus tibi psallam, quia Deus susceptor meus es: Deus meus misericordia mea.

Bendito sea el Señor mi Dios, porque se hizo mi amparador: y mi refugio en el día de mi tribulación.

Tañeré salmos a Ti, ayudador mío, porque eres mi Dios protector: Dios mío, misericordia mía.

A VÍSPERAS

ANTIPHONA. *Sancta Maria.*

PSALMUS

Omnes gentes, ut supra.

ANTÍFONA. Santa María.

SALMO

Todas las gentes, *como arriba.*

IV

Comienzan otros salmos, dispuestos también por nuestro beatísimo Padre Francisco, para ser recitados, en lugar de los sobredichos de la Pasión del Señor, desde el Adviento hasta la vigilia de Navidad, y no en otro tiempo.

A COMPLETAS

ANTIPHONA. *Sancta Maria.*

PSALMUS

Usquequo, sicut habetur in Psalterio.

ANTÍFONA. Santa María.

SALMO

¿Hasta cuándo?, *como se contiene en el Salterio.*

A MAITINES

ANTIPHONA. *Sancta Maria.*

PSALMUS

Confitebor tibi, Domine, sanctissime Pater, Rex caeli et terrae: quoniam consolatus es me.

Tu es Deus Salvator meus: fiducialiter agam, et non timebo.

Fortitudo mea, et laus mea Dominus: et factus est mihi in salutem.

ANTÍFONA. Santa María.

SALMO

Te confesaré, Señor, Padre Santísimo, Rey de cielo y tierra: porque me has consolado.

¡Oh Dios!, Tú eres mi Salvador: obraré con confianza y no temeré.

Mi fortaleza y mi gloria es el Señor: y fué salud para mí.

Dextera tua, Domine, magnificata est in fortitudine, dextera tua, Domine, percussit inimicum: et in multitudine gloriae tuae deposuisti adversarios meos.

Videant pauperes et laetentur: quaerite Deum, et vivet anima vestra.

Laudent illum caeli et terra: mare, et omnia reptilia in eis.

Quoniam Deus salvam faciet Sion: et aedificabuntur civitates Iudae.

Et inhabitabunt ibi: et haereditate acquirent eam.

Et semen servorum eius possidebit eam: et qui diligunt nomen eius, habitabunt in ea.

Tu diestra, Señor, se ha engrandecido por su fortaleza; tu diestra, Señor, hirió al enemigo: y derribaste a mis perseguidores con la grandeza de tus prodigios.

Vean esto los pobres y alégrense: buscad al Señor y vivirá vuestra alma.

Alábenle los cielos y la tierra: la mar y todos los vivientes que hay en ella.

Porque Dios salvará a Sión y serán edificadas las ciudades de Judá.

Y allí morarán: y por herencia las irán adquiriendo.

Y el linaje de sus siervos las poseerá: y los que amen su nombre tendrán en ellas su morada.

A PRIMA

ANTIPHONA. *Sancta Maria.*

PSALMUS

Miserere mei Deus, miserere mei, ut supra.

ANTÍFONA. Santa Maria.

SALMO

Compadécete de mí, Dios, compadécete, *como arriba.*

A TERCIA

ANTIPHONA. *Sancta Maria.*

PSALMUS

Iubilate Deo, ut supra.

ANTÍFONA. Santa María.

SALMO

Haced fiesta al Señor, *como arriba.*

A SEXTA

ANTIPHONA. *Sancta Maria.*

PSALMUS

Exaudiat, ut supra

ANTÍFONA. Santa María.

SALMO

como arriba.

A NONA

ANTIPHONA. *Sancta Maria.*

PSALMUS

In te, Domine, speravi, ut supra.

ANTÍFONA. Santa Maria.

SALMO

En Ti, Señor, esperé, *como arriba.*

A VÍSPERAS

ANTIPHONA. *Sancta Maria.*

PSALMUS

Omnes gentes, ut supra.

ANTÍFONA. Santa María.

SALMO

Todas las gentes, *como arriba.*

Adviértase también que no se dice todo el salmo, sino hasta el versículo "Commoveatur a facie eius universa terra": pero entiende que debe decirse todo el versículo "Tollite corpora vestra". De este modo se rezan las vísperas diariamente, desde el Adviento hasta la vigilia de Navidad.

PSALMUS

Exultate Deo adiutori nostro: iubilate Domino Deo vivo et vero in voce exultationis.

Quoniam Dominus excelsus, terribilis: Rex magnus super omnem terram.

Quia sanctissimus Pater de caelo Rex noster ante saecula misit Filium suum de alto: et natus fuit de beata Virgine Maria.

Ipse invocavit me, Pater meus es tu: et ego primogenitum ponam illum, excelsum prae Regibus terrae.

In illa die mandavit Dominus Deus misericordiam suam: et nocte canticum eius.

Haec est dies quam fecit Dominus: exultemus, et laetemur in ea.

SALMO

Regocijaos en honor de Dios, nuestro ayudador: haced fiestas al Dios vivo y verdadero con cantos de alegría.

Porque el Señor es excelso y terrible: Rey grande sobre toda la tierra.

Porque el Padre Santísimo del cielo, nuestro Rey, antes de los siglos envió a su Hijo desde las alturas: y nació de la bienaventurada Virgen María.

El mismo llamóme, diciendo: *Tú eres mi Padre:* y yo lo estableceré como mi primogénito, más encumbrado que los reyes de la tierra.

En aquel día envió el Señor Dios su misericordia: y por la noche sus canciones.

Este es el día que hizo el Señor: gocémonos y regocijémonos en él.

Quia sanctissimus Puer dilectus datus est nobis, et natus fuit pro nobis in via, et positus in praesepio: quia non habebat locum in diversorio.

Porque un Niño santísimo y dilecto nos ha sido dado, y nació por nosotros en despoblado, y colocado fué en un pesebre: porque no le dieron albergue en la posada.

Gloria in altissimis Domino Deo; et in terra pax hominibus bonae voluntatis.

Gloria al Dios Señor en las alturas: y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.

Laetentur caeli et exultet terra, commoveatur mare et plenitudo eius: gaudebunt campi, et omnia quae in eis sunt.

Alégrense los cielos y alborócese la tierra, conmuévase el mar y lo que él contiene: se holgarán los campos y cuanto ellos encierran.

Cantate ei canticum novum: cantate Domino omnis terra.

Cantadle un cantar nuevo: cantad al Señor todos los de la tierra.

Quoniam magnus Dominus, et laudabilis nimis: terribilis est super omnes deos.

Porque grande es el Señor y muy digno de alabanza: más temible que todos los dioses.

Afferte Domino, patriae gentium, afferte Domino gloriam et honorem: afferte gloriam nomini eius.

Tributad al Señor, familias de los pueblos, tributad al Señor gloria y honor: rendid gloria a su nombre.

Tollite corpora vestra, et baiulate sanctam Crucem eius: et sequimini usque in finem praecepta eius.

Ofreced vuestros cuerpos y llevad su santa Cruz: y seguid hasta el fin sus preceptos.

Adviértase que este salmo se dice desde la Natividad del Señor hasta la octava de la Epifanía, a todas horas.

San Francisco mostrando la llaga del costado
(Fresco del Monasterio de Subiaco.)

FLORECILLAS DE SAN FRANCISCO

San Francisco se hace predicar por fray Bernardo (Grabado del s. XVI Amberes)

PARTE PRIMERA

CAPÍTULO I

Cómo San Francisco convirtió al caballero Bernardo de Asís

Primeramente es de advertir que el glorioso Padre San Francisco en todos los hechos de su vida fué conforme a Jesucristo; porque así como Cristo al principio de su predicación eligió doce apóstoles que, despreciando todo lo mundano, le siguieron en la pobreza y en las demás virtudes, también San Francisco escogió, al principio de la fundación de la Orden, doce compañeros que profesaron altísima pobreza. Y como uno de los doce apóstoles de Cristo fué reprobado por Dios y acabó por ahorcarse, así uno de los doce compañeros de San Francisco, que se llamaba fray Juan de la Capela, apostató y, por fin, se ahorcó. Lo cual es un grande ejemplo para los elegidos, y motivo de humillación y de temor; porque hace ver que ninguno está seguro de perseverar hasta el fin en la gracia de Dios.

Y a la manera que los apóstoles fueron admirados de todo el mundo por la santidad y llenos del Espíritu Santo, así aquellos santísimos compañeros de San Francisco fueron hombres de tanta santidad, que desde el tiempo de los apóstoles hasta ahora no tuvo el mundo otros tan maravillosos ni tan santos; pues alguno de ellos fué arrebatado hasta el tercer cielo, como San Pablo, y éste fué fray Gil; a otro, llamado fray Felipe Longo, le tocó un ángel los labios con un carbón encendido, como al profeta Isaías; otro, que fué fray Silvestre, conversaba con Dios como un amigo con otro, cual lo hacía Moisés; otro se remontaba con la sutileza del entendimiento hasta la luz de la divina sabiduría, como el Aguila, o sea San Juan Evangelista, y fué el humildísimo fray Bernardo, que exponía profundísimamen-

te la Sagrada Escritura; otro fué santificado por Dios y canonizado en el cielo viviendo aún sobre la tierra, y éste es fray Rufino, caballero de Asís. Y por este estilo fueron todos privilegiados con singulares muestras de santidad, como se irá declarando.

El primer compañero de San Francisco fué fray Bernardo de Asís, que se convirtió de este modo. Cuando San Francisco andaba todavía con traje seglar, aunque ya había vuelto la espalda al mundo, y se mostraba tan despreciable a la vista y enflaquecido por la penitencia, que muchos lo tenían por fatuo y lo escarnecían como a loco, y hasta sus parientes, lo mismo que los extraños, le tiraban piedras y lodo, pasando él pacientemente por todas las injurias y afrentas, como si estuviera sordo y mudo, el caballero Bernardo de Asís, que era de los más nobles, ricos y prudentes de la ciudad, comenzó a considerar sabiamente tan grande sufrimiento de las injurias en tan excesivos desprecios del mundo en San Francisco, y cómo llevando ya dos años así abominado y escarnecido de todos, parecía cada vez más constante y sufrido; y pasó luego a pensar y decirse: «Imposible que este Francisco no tenga alguna gracia extraordinaria de Dios.»

Con este pensamiento lo convidó una noche a cenar y dormir en su casa; y San Francisco aceptó y fué a cenar y a hospedarse con él. Bernardo, que estaba muy deseoso de observar la santidad de su huésped, le hizo preparar la cama en su propia habitación, alumbrada toda la noche con una lámpara. San Francisco, para ocultar su santidad, luego que entró en la habitación, se echó sobre la cama e hizo como que dormía; poco después se acostó también Bernardo y comenzó a roncar con fuerza, como si durmiese muy profundamente. Por lo cual San Francisco, creyendo que Bernardo dormía verdaderamente, dejó la cama al primer sueño y se puso en oración levantando los ojos y las manos al cielo y diciendo con grandísima devoción y fervor: *¡Dios mío! ¡Dios mío!*

Y así estuvo hasta la mañana, llorando a lágrima viva y repitiendo siempre: *¡Dios mío!*, sin añadir más. Y esto lo decía San Francisco contemplando y admirando la excelencia de la Divina Majestad, que se dignaba socorrer al mundo proveyéndole de remedio en su siervo y pobrecillo Francisco, que, al procurar su salud espiritual, conseguiría también la de los otros. Iluminado con espíritu de profecía, previendo las grandes cosas que Dios había de hacer por medio de él y de su Orden, y considerando su insuficiencia y poca virtud, llamaba y rogaba a Dios que con su piedad y omnipotencia, sin la cual nada puede la fragilidad humana,

supliese, ayudase y perfeccionase lo que por sí mismo no podía alcanzar. Viendo Bernardo a la luz de la lámpara los actos devotísimos de San Francisco, y considerando mucho las palabras que decía, se sintió tocado y movido por el Espíritu Santo a mudar de vida, y al amanecer llamó a San Francisco y le dijo:

—Hermano Francisco: yo estoy dispuesto de todo corazón a dejar el mundo y seguirte en todo lo que me mandes.

Al oír esto San Francisco se alegró vivamente y le dijo:

—*Bernardo: esto que me dices es obra tan grande y dificultosa, que conviene pedir consejo a Nuestro Señor Jesucristo y rogarle que se digne mostrarnos su voluntad acerca de ello y enseñarnos cómo lo podremos poner en ejecución. Vamos a la casa del señor Obispo. Hay allí un buen sacerdote; le encargaremos que nos diga Misa y luego haremos oración hasta la hora de tercia, pidiendo a Dios que en las tres veces que abramos el misal nos muestre la vida que quiere que elijamos.*

Contestó Bernardo que esto le agradaba mucho.

Fueron, pues, al palacio del Obispo, y después de oír Misa y estar en oración hasta la hora de tercia, el sacerdote, a ruego de San Francisco, tomó el misal, y haciendo la señal de la cruz lo abrió tres veces en nombre de Nuestro Señor Jesucristo. La primera salieron aquellas palabras que dijo Cristo en el Evangelio al joven que le preguntó acerca del camino de la perfección: «Si quieres ser perfecto, ve y vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y ven y sígueme.» La segunda apareció lo que dijo Cristo a los apóstoles cuando los mandó a predicar: «No llevéis nada para el camino, ni báculo, ni alforja, ni calzado, ni dinero», queriendo enseñarles con esto que todo el cuidado de la vida debían fiarlo a Dios, sin tener más mira que a la predicación del santo Evangelio. A la tercera encontraron aquel consejo de Cristo: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame.» Dijo entonces San Francisco a Bernardo:

—*He aquí el consejo que Jesucristo nos da; vete, pues, y cumple todo lo que has oído, y bendito sea Nuestro Señor Jesucristo, que se dignó mostrarnos su vida evangélica.*

En oyendo esto, marchó Bernardo y vendió todas sus riquezas, que eran muchas, y con grande alegría distribuyó su importe a los pobres, viudas, huérfanos, peregrinos, monasterios y hospitales, y en todo le ayudaba San Francisco, fiel y próvidamente. Viendo uno, llamado Silvestre, que San Francisco daba y hacía dar tanto dinero a los pobres, picado de la codicia, le dijo:

—Tú no me has pagado del todo aquellas piedras que me compraste para reparar las iglesias; ahora que tienes dinero, págame.

Maravillóse San Francisco de tanta avaricia, pero no queriendo, como verdadero observador del Evangelio, disputar con él, metió las manos en el bolsillo de Bernardo, y llenándolas de monedas, las hundió en el de Silvestre, diciéndole:

—*Si más quisieras, más te daría.*

Contento Silvestre con el dinero, se marchó a su casa; pero, discurriendo después en lo que había hecho, reflexionó sobre su avaricia y se puso a considerar el fervor de Bernardo y la santidad de San Francisco. La noche siguiente, y aun otras dos, le favoreció el Señor mostrándole una visión, como si de la boca de San Francisco saliese una cruz de oro, cuya cabeza llegaba al cielo y los brazos se extendían de Oriente a Occidente. Por efecto de esta visión dió, por amor de Dios, lo que tenía y se hizo fraile Menor; y llegó en la Orden a tanta gracia y santidad, que hablaba con Dios como lo hace un amigo con otro, según lo experimentó San Francisco muchas veces y se dirá más adelante.

Del mismo modo, fray Bernardo recibió del Señor tanta gracia, que a menudo era arrebatado en la contemplación divina; y San Francisco decía de él que era digno de suma reverencia y que era quien había fundado esta Orden, porque fué el primero que abandonó el mundo sin reservarse nada, sino, dándolo todo a los pobres de Cristo, comenzó la pobreza evangélica ofreciéndose desnudo en los brazos del Crucificado, el cual sea bendito de todos nosotros por los siglos de los siglos. Amén.

CAPÍTULO II

Cómo San Francisco fué a hablar con fray Bernardo

El devotísimo siervo del Crucificado, San Francisco, con la mucha penitencia y el continuo llorar, había quedado casi ciego y veía muy poco. Una vez, entre otras, partió del convento en que estaba a otro en el que se hallaba fray Bernardo, para hablar con él acerca de las cosas divinas, y cuando hubo llegado, supo que estaba en oración en la selva, todo elevado y unido con Dios. San Francisco entró en la selva y lo llamó diciéndole:

—*Ven y habla a este ciego.*

Y fray Bernardo no le respondió nada; porque, siendo hombre de grande contemplación, estaba con la mente elevada y absorta en Dios; de aquí que tenía singular gracia para hablar de Dios, como lo había experimentado San Francisco muchas veces, y por esto deseaba hablar con él. Después de un rato lo llamó en la misma forma por segunda y tercera vez, y fray Bernardo no le oyó ninguna de las tres veces, por lo cual no respondió ni vino a su encuentro, por lo que San Francisco partió un poco desconsolado y se maravillaba y quejaba en su interior, porque fray Bernardo, llamado tres veces, no vino a su encuentro. Yendo San Francisco con este pensamiento, cuando ya estaba un poco lejos, dijo a su compañero:

—*Espérame aquí.*

Y retirándose a un lugar solitario cerca de allí, se puso en oración, pidiendo a Dios le revelase por qué no le había respondido fray Bernardo. Y oyó una voz de Dios que le decía:

—¡Oh pobre hombrecillo! ¿De qué te has turbado? ¿Debe el hombre dejar a Dios por la criatura? Fray Bernardo, cuando lo llamabas, estaba conmigo y no podía acercarse a ti ni responderte; no te maravilles de que no pudiese hablarte, porque estaba fuera de sí y no oyó ninguna de tus palabras.

Oída esta respuesta del Señor, San Francisco volvió al instante con gran presteza adonde estaba fray Bernardo para acusarse humildemente del pensamiento que había tenido contra él. Viéndole venir fray Bernardo, le salió al encuentro y se postró a sus pies; pero San Francisco le hizo levantar y le contó con mucha humildad el pensamiento y la turbación que había tenido contra él, y cómo Dios le había reprendido, y concluyó diciéndole:

—*Te mando por santa obediencia que hagas lo que yo te ordene.*

Temiendo fray Bernardo que San Francisco le mandase, como solía, alguna cosa extremada, quiso esquivar discretamente aquella obediencia y le respondió:

—Estoy pronto a obedecer, si me prometes hacer también lo que yo te mande.

Y prometiéndoselo San Francisco, añadió fray Bernardo:

Di ahora, padre, lo que quieres que yo haga.

—*Te mando por santa obediencia* —dijo San Francisco— *que, para castigar mi presunción y osadía, al echarme yo ahora en tierra boca arriba me pongas un pie sobre el cuello y otro sobre la boca, y así pasarás tres veces de un lado a otro diciéndome afrentas y vituperios, y especialmente me*

dirás: «¡Aguanta ahí, villano, hijo de Pedro Bernardón! ¿De dónde te ha venido tanta soberbia, siendo una vilísima criatura?»

Oyendo esto fray Bernardo, aunque se le hacía muy duro ejecutarlo, por respeto a la santa obediencia cumplió con el mayor miramiento que pudo lo que San Francisco le había mandado; y después dijo San Francisco:

—*Ahora manda tú lo que quieres que haga, pues te prometí obedecer.*

—Te mando por santa obediencia —dijo fray Bernardo— que siempre que nos hallemos juntos me reprendas y corrijas ásperamente mis defectos.

San Francisco se maravilló mucho, porque fray Bernardo era de tanta santidad que le inspiraba grande reverencia, y en ninguna cosa le consideraba digno de reprensión.

Por eso de allí en adelante San Francisco se guardaba de estar mucho tiempo con él, a causa de la dicha obediencia, para no tener que decir alguna palabra de corrección al que reconocía por tan santo, y cuando quería verle u oirle hablar de Dios, lo más pronto que podía se apartaba de él y se marchaba. Y era de grandísima devoción el ver con cuánta caridad, reverencia y humildad San Francisco, padre, trataba y hablaba con fray Bernardo, su hijo primogénito.

En alabanza y gloria de Cristo. Amén.

CAPÍTULO III

Cómo vino un ángel a la puerta para hablar con fray Elías

Al principio de la fundación de la Orden, cuando los frailes eran pocos y aun no tenían conventos, San Francisco fué por devoción a Santiago de Galicia y llevó consigo algunos frailes, de los cuales era uno fray Bernardo. Yendo de camino así juntos, halló en cierto lugar un pobre enfermo, y, compadeciéndose de él, dijo a fray Bernardo:

—*Hijo mío, quiero que te quedes aquí para cuidar a este enfermo.*

Y fray Bernardo, arrodillándose humildemente e inclinando la cabeza, aceptó la orden del santo Padre y se quedó en aquel lugar. San Francisco siguió con los otros compañeros a Santiago. Habiendo llegado allí, y estando de noche en oración en la iglesia del santo Apóstol, reveló Dios a

San Francisco que tenía que fundar muchos conventos por el mundo, porque su Orden se había de dilatar y crecer en gran multitud de frailes; y por esta revelación comenzó San Francisco a fundar conventos en aquellas tierras. Volviendo San Francisco por el camino de antes, encontró a fray Bernardo y al enfermo con quien le había dejado, el cual había sanado perfectamente; por lo que San Francisco concedió a fray Bernardo, al año siguiente, que fuese en peregrinación a Santiago, y él volvió al valle de Espoleto y residía en un lugar desierto con fray Maseo, fray Elías y algunos otros, todos los cuales se guardaban mucho de estorbarle o distraerle de la oración, por la gran reverencia que le tenían y porque sabían que en la oración le revelaba Dios grandes cosas.

Sucedió un día que, estando San Francisco orando en el bosque, llegó a la puerta un hermoso joven en traje de peregrino, y llamó con tanta prisa y por tan largo espacio, que los frailes se admiraron mucho de aquel desusado modo de llamar. Acudió fray Maseo, abrió la puerta y dijo al joven:

—¿De dónde vienes, hijo, que no parece que hayas estado aquí nunca por el modo tan desacostumbrado de llamar?

—Pues ¿cómo se ha de llamar? —respondió el joven.

—Da tres golpes pausadamente —contestó fray Maseo—, uno después de otro; luego espera que el fraile haya dicho el Padrenuestro y venga, y si en este tiempo no viene, llama otra vez.

—Tengo mucha prisa —repuso el joven—, y llamo así fuerte porque tengo que hacer un gran viaje; yo he venido para hablar con fray Francisco, pero está orando en la selva y no le quiero estorbar: vete y envíame a fray Elías, pues quiero hacerle una consulta, porque tengo entendido que es muy sabio.

Fué fray Maseo a decir a fray Elías que aquel joven le esperaba; pero fray Elías se impacientó y no quiso ir. Por lo cual fray Maseo no sabía qué hacerse ni qué responder; porque si decía que fray Elías no podía venir, mentía; y si decía cómo se había turbado y no quería ir, temía dar mal ejemplo. Mientras fray Maseo tardaba en volver, el joven llamó otra vez de la misma manera que lo había hecho antes. Poco después llegó a la puerta fray Maseo y le dijo:

—Tú no has llamado como yo te enseñé.

—Fray Elías —replicó el joven— no quiere venir; ve y di a fray Francisco que he venido para hablar con él, pero no quiero impedirle la oración; dile que me envíe a fray Elías.

Fué fray Maseo adonde estaba San Francisco y le halló orando en la selva con la cara levantada al cielo. Refirióle toda la embajada del joven y la respuesta de fray Elías. Y aquel joven era un ángel de Dios en forma humana. San Francisco, sin moverse del sitio ni bajar la cara, dijo a fray Maseo:

—*Ve y dile a fray Elías que por obediencia salga inmediatamente a verse con ese joven.*

Oyendo fray Elías el precepto de San Francisco, fué a la puerta muy turbado, y abriéndola con grande ímpetu y ruido dijo al joven:

—¿Qué quieres tú?

—Espera, hermano —respondió el joven—, a que te pase esa turbación con que apareces, porque la ira oscurece el entendimiento y no deja conocer la verdad.

—Dime lo que quieres —insistió fray Elías.

—Quería preguntarte —contestó el joven— si es lícito a los observadores del santo Evangelio comer de todo lo que les ponen delante, según lo dijo Cristo a sus discípulos; y, además, si es lícito a algún hombre ordenar algo contrario a la libertad evangélica.

—Eso bien me lo sé yo —dijo con soberbia fray Elías—, pero no quiero responderte. Vete a tus negocios.

—Yo sabría responder mejor que tú a esta pregunta —añadió el joven.

Turbado fray Elías, cerró la puerta con ira y se marchó de allí. Después comenzó a pensar en la dicha cuestión y dudaba dentro de sí y no la sabía resolver; y como era Vicario de la Orden y había ordenado y hecho estatuto, fuera de lo dispuesto en el Evangelio y en la Regla de San Francisco, para que ningún fraile comiese carne, la dicha cuestión era expresamente contra él. No aceitando, pues, a resolverla y reflexionando sobre la modestia del joven, que había dicho que sabría responder mejor que él, volvió a la puerta para preguntarle acerca de la cuestión; pero ya había desaparecido, porque la soberbia de fray Elías no merecía hablar con el ángel. Después de esto volvió de la selva San Francisco, al cual había revelado Dios todas estas cosas, y reprendió a fray Elías fuertemente en alta voz, diciéndole:

—*Mal haces, soberbio fray Elías, que echas de nosotros a los santos ángeles que vienen a enseñarnos. Mucho temo que tu soberbia te haga acabar fuera de la Orden.*

Y así sucedió, como San Francisco se lo dijo, porque murió fuera de la Orden.

El mismo día y hora que el ángel se marchó se apareció en aquella misma forma a fray Bernardo, que venía de Santiago y estaba detenido a la orilla de un grande río, y le saludó en su lengua, diciéndole:

—Dios te dé paz, buen hermano.

Maravillado fray Bernardo de oír el habla de su patria con el saludo de paz y ver la hermosura del joven y la alegría de su semblante, le preguntó:

—¿De dónde vienes tú, buen joven?

—Vengo —respondió— del lugar en que mora San Francisco; fuí a hablar con él y no pude, porque estaba en la selva contemplando las cosas divinas y no quise estorbarle. En el mismo lugar moran fray Maseo, fray Gil y fray Elías; fray Maseo me enseñó a llamar a la puerta como lo hacen los frailes. Y fray Elías, por no haber querido responderme a una cuestión que le propuse, se arrepintió después y quiso verme y oírme, pero no pudo.

Después dijo el ángel a fray Bernardo:

—¿Por qué no pasas al otro lado?

—Temo el peligro —respondió— por la profundidad del agua.

—Pasemos juntos; no temas.

Y tomándole de la mano, en un abrir y cerrar de ojos le puso al otro lado del río. Entonces fray Bernardo conoció que era un ángel de Dios, y con grande veneración y alegría le dijo en alta voz:

—¡Oh, ángel bendito de Dios!, dime cuál es tu nombre.

—¿Por qué me preguntas mi nombre, que es maravilloso? —respondió.

Y desapareció, dejando a fray Bernardo muy consolado, tanto que hizo todo el viaje con mucha alegría, fijándose en el día y hora en que el ángel se le había aparecido. Cuando llegó adonde estaba San Francisco con los dichos compañeros, les refirió todo por orden y conocieron con certeza que en aquel día y hora el mismo ángel se les había aparecido a ellos y a él, y dieron gracias a Dios. Amén.

CAPÍTULO IV

Cómo fray Bernardo fundó un convento en Bolonia

Como San Francisco y sus compañeros habían sido llamados y elegidos por Dios para llevar en el corazón y en las obras la cruz de Cristo y predicarla a todos, parecían, y eran, hombres crucificados, así en cuanto al vestido como en la vida austera y en todas sus obras y acciones: de ahí

que deseaban más sufrir vergüenza y desprecios, por amor de Cristo, que ser honrados del mundo y recibir obsequios y alabanza vana. Antes con las injurias se alegraban y con la honra se entristecían, y así andaban por el mundo como peregrinos y extranjeros, sin llevar consigo otra cosa que a Cristo crucificado. Y como legítimos sarmientos de la verdadera vid, Jesucristo, producían grandes y abundantes frutos en las almas que ganaban para Dios.

Sucedió, al principio de la Orden, que San Francisco mandó a fray Bernardo a Bolonia para que, con la gracia que el Señor le había dado, trabajase allí por alcanzar frutos para Dios, y fray Bernardo, haciendo la señal de la cruz, marchó cumpliendo la santa obediencia y llegó a Bolonia. Al verle los muchachos en hábito desusado y vil, le hacían muchas burlas e injurias, tratándole como a loco. Fray Bernardo lo llevaba todo con paciencia y alegría por amor de Cristo. Y aun para que más le escarneciesen, iba de intento a la plaza de la ciudad, y, sentándose allí, se reunían alrededor muchos chicuelos y hombres y quién le tiraba de la capucha por detrás, quién por delante; uno le echaba tierra, otro piedras; éste le empujaba de un lado, aquél de otro; y a todo esto fray Bernardo, siempre de un mismo ánimo y con semblante alegre, ni se quejaba ni mudaba de lugar, y repetidos días volvió al mismo sitio para sufrir semejantes cosas. Y como la paciencia es obra de perfección y prueba de virtud, un sabio doctor en leyes, al ver y considerar la gran constancia y virtud de fray Bernardo, y observando que durante tantos días con ninguna molestia ni injuria habían podido alterarla, dijo para sí: «Imposible que este hombre no sea un santo». Y acercándose a él le preguntó:

—¿Quién eres tú y a qué has venido aquí?

Fray Bernardo, por toda respuesta, metió la mano en el seno, y sacando la Regla de San Francisco, se la dió a leer. Cuando la hubo leído, considerando su altísimo grado de perfección, se volvió con grandísima admiración y asombro a los compañeros y dijo:

—Verdaderamente éste es el más alto estado de religión que he oído jamás, y éste y sus compañeros son los hombres más santos de este mundo, y hace grandísimo pecado quien le injurie, antes se le debería honrar sumamente, pues no cabe duda que es verdadero amigo de Dios.

Y dijo a fray Bernardo:

—Si quisieras fundar un convento para poder servir a Dios cómodamente, te lo daría yo de buena gana por la salud de mi alma.

—Señor mío —contestó fray Bernardo—, yo creo que esto te lo ha inspirado Nuestro Señor Jesucristo; acepto de buena gana tu ofrecimiento a honra de Cristo.

Entonces el dicho doctor, con grande alegría y caridad, llevó a fray Bernardo a su casa, y después le dió el lugar que le había prometido, dispuso y arregló todo a sus expensas, y desde aquel día fué padre y protector especial de fray Bernardo y sus compañeros. Fray Bernardo, por su santa conversación, comenzó a ser muy honrado de la gente, tanto que se tenía por feliz quien podía tocarle o verle; pero él, como verdadero y humilde discípulo de Cristo y del humilde Francisco, temió que la honra del mundo le menoscabase la paz y la salud del alma, marchó de allí, y volviendo a donde estaba San Francisco, le dijo:

—Padre, ya queda fundado el convento en la ciudad de Bolonia; envía frailes que lo conserven y habiten, pues yo no hacía ya allí ninguna ganancia, antes, por la demasiada honra que me daban, temo no haya perdido más de lo que gané.

Entonces San Francisco, al oír todo lo que Dios había obrado por medio de fray Bernardo, dió gracias a Dios, que así comenzaba a difundir los pobrecillos discípulos de la cruz, y envió compañeros suyos a Bolonia y Lombardía, los cuales fundaron muchos conventos en diversas partes.

En alabanza y reverencia del buen Jesús. Amén.

CAPÍTULO V

Cómo San Francisco oró por fray Bernardo para que triunfase de las tentaciones

Era tal la santidad de fray Bernardo, que San Francisco le tenía gran reverencia y muchas veces lo alababa. Un día, mientras San Francisco oraba devotamente, le reveló Dios que, por permisión suya, fray Bernardo debía sostener muchas y molestísimas batallas con los demonios; por lo que San Francisco, compadecióse tiernamente de dicho fray Bernardo, a quien amaba como a hijo, oró muchos días con lágrimas, pidiendo a Dios por él y encomendóselo a Jesucristo, para que le diese victoria contra el demonio. Y un día le respondió el Señor:

—No temas, Francisco, porque todas las tentaciones con que fray Bernardo ha de ser combatido son permitidas para ejercicio de virtud y corona de mérito, y, finalmente,

de todos los enemigos alcanzará victoria, porque es uno de los comensales del reino de Dios.

Con esta respuesta recibió San Francisco grandísima alegría y dió gracias a Dios, y desde entonces tuvo siempre a fray Bernardo mayor amor y veneración. Y bien se lo mostró no sólo en vida, sino además en la hora de la muerte. Porque al llegar a este trance San Francisco, y hallándose, como el santo patriarca Jacob, rodeado de sus devotos hijos, afligidos y llorosos por la pérdida de tan amable padre, preguntó:

—*¿Dónde está mi primogénito? Acércate, hijo mío, para que te bendiga mi alma antes que muera.*

Entonces fray Bernardo dijo en secreto a fray Elías, que era Vicario de la Orden:

—Padre, llégate a la mano derecha del Santo para que te bendiga.

Y al hacerlo así fray Elías, San Francisco, que por el mucho llorar había perdido la vista, puso la mano derecha sobre la cabeza de fray Elías y dijo:

—*Esta no es la cabeza de mi primogénito fray Bernardo.*

Al oír esto fray Bernardo se le acercó a la izquierda: pero San Francisco, cruzando los brazos, puso la derecha sobre la cabeza de fray Bernardo y la izquierda sobre la de fray Elías y dijo al primero:

—*Bendígate el Padre de Nuestro Señor Jesucristo con todas las bendiciones espirituales y celestiales en Cristo. Porque tú fuiste el primer elegido en esta Orden para dar ejemplo de perfección y seguir a Cristo en la pobreza evangélica, pues no sólo diste lo tuyo, distribuyéndolo todo voluntariamente a los pobres por amor de Cristo, sino que tú mismo te ofreciste a Dios en esta Orden en sacrificio de suavidad. Bendito seas, pues, de Nuestro Señor Jesucristo y de mí, pobrecillo siervo suyo, con bendiciones eternas, andando y descansando, velando y durmiendo, en vida y en muerte. El que tú bendigas, sea bendito y colmado de bendiciones; si alguno maldijeses, no quede sin castigo. Sé tú el primero de tus hermanos, y a tu mandato obedezcan todos los frailes: ten facultad para recibir a la Orden y para expulsar de ella a quien quieras; ningún fraile tenga potestad sobre ti, y séate lícito ir o estar donde te plazca.*

Después de la muerte de San Francisco, los frailes amaban y reverenciaban a fray Bernardo como a un padre venerable, y cuando estaba para morir acudieron muchos de diversas partes, entre ellos el angélico y divino fray Gil, que, al ver a fray Bernardo, exclamó:

—*Sursum corda!*

El santo fray Bernardo encargó secretamente a un fraile que preparase a fray Gil lugar a propósito para la contemplación, y así lo hizo. Llegada la hora de la muerte, fray Bernardo se hizo incorporar y habló así a los frailes que tenía delante:

—Hermanos carísimos: no os diré muchas palabras, pero debéis considerar que el estado que yo he tenido en la Religión, lo tenéis vosotros; y el que tengo ahora lo debéis tener también; y esto siento en mi alma, que en mil mundos como éste yo querría haber servido a Nuestro Señor Jesucristo y a vosotros. Os ruego, hermanos míos carísimos, que os améis mutuamente.

Después de estas palabras y otras buenas enseñanzas, se echó sobre la cama y su semblante se puso resplandeciente y alegre sobremanera, de lo que se maravillaron mucho todos los frailes; y con aquella alegría su alma santísima, coronada de gloria, pasó de la presente vida a la bienaventurada de los ángeles.

En alabanza y gloria de Cristo. Amén.

CAPÍTULO VI

Cómo San Francisco pasó una Cuaresma en el lago de Perusa con la mitad de un panecillo

Por cuanto el venerable siervo de Dios San Francisco en algunas cosas fué otro Cristo, dado al mundo para la salvación de las gentes, Dios Padre lo quiso hacer en muchos actos semejante y conforme a su Hijo Jesucristo, como se ve en el venerable colegio de los doce compañeros, en él hecho admirable de las sagradas llagas y en el ayuno continuado de la santa Cuaresma, que hizo de este modo:

Una vez pasaba San Francisco, el día de carnaval, cerca del lago de Perusa, en casa de un devoto que lo había hospedado aquella noche y se sintió inspirado por Dios para ir a pasar la Cuaresma en una isla del lago; rogó, pues, a su devoto, por amor de Dios, que lo pasase en su barquilla a una isla que no estuviese habitada, y que lo hiciese la noche del Miércoles de Ceniza, de modo que nadie los viese; y aquel hombre, por la grande devoción que le tenía, le cumplió cuidadosamente el deseo. San Francisco no llevó más que dos panecillos. Cuando llegaron a la isla, y aquel amigo se marchaba para volver a su casa, San Francisco le rogó afectuosamente que no descubriese a nadie que

estaba allí, y que no viniese a buscarlo hasta el Jueves Santo; y con esto partió, quedando solo San Francisco.

Como no había habitación donde guarecerse, entró en una espesura de pinos y arbustos, que formaban como una pequeña cabaña o covacha, y se puso en oración entregándose a la contemplación de las cosas celestiales. Allí estuvo toda la Cuaresma sin comer ni beber, si no es la mitad de uno de los panecillos, según observó aquel devoto suyo el Jueves Santo cuando fué a buscarlo, pues de los dos panecillos encontró uno entero y la mitad del otro. La otra mitad se cree que la comió el Santo por reverencia, para no igualarse a Cristo bendito, que pasó cuarenta días y cuarenta noches sin tomar ningún alimento material; de este modo, con aquel medio pan, apartó de sí San Francisco el veneno de la vanagloria y, a ejemplo de Cristo, ayunó cuarenta días y cuarenta noches.

San Francisco en oración. (Pannemaker.)

Después, en el lugar en que San Francisco había hecho tan maravillosa abstinencia, obró Dios muchos milagros por los méritos del Santo, por lo cual comenzaron los hombres a fabricar casas y habitarlas, y en poco tiempo se formó en aquel sitio un pueblo bueno y grande. Allí está el convento de nuestros frailes, llamado de la Isla, y aun hoy día los vecinos de aquel pueblo tienen grande reverencia y devoción al lugar en que San Francisco ayunó la dicha Cuaresma.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO VII

ENSEÑA SAN FRANCISCO CÓMO EN LA PACIENCIA ESTÁ LA PERFECTA ALEGRÍA

Yendo una vez San Francisco desde Perusa a Santa María de los Ángeles con fray León, en tiempo de invierno y con un frío riguroso que les molestaba mucho, llamó a fray León, que iba un poco delante, y le dijo:

—*¡Fray León! Aunque los frailes Menores diesen en toda la tierra grande ejemplo de santidad y mucha edificación, escribe y advierte claramente que no está en eso la perfecta alegría.*

Y andando un poco más, le llamó San Francisco por segunda vez diciendo:

—*¡Oh fray León! Aunque el fraile Menor dé vista a los ciegos, y sane a los tullidos, y arroje los demonios, y haga oír a los sordos, andar a los cojos, hablar a los mudos y, lo que es más, resucite al muerto de cuatro días, escribe que no está en eso la perfecta alegría.*

Más adelante, San Francisco levantó la voz y dijo:

—*¡Oh fray León! Si el fraile Menor supiese todas las lenguas, y todas las ciencias, y todas las escrituras, de modo que supiese profetizar y revelar, no sólo las cosas futuras, sino también los secretos de las conciencias y de las almas, escribe que no está en eso la perfecta alegría.*

Caminando algo más, San Francisco llamó otra vez en alta voz:

—*¡Oh fray León, ovejuela de Dios! Aunque el fraile Menor hable la lengua de los ángeles, y sepa el curso de las estrellas, y las virtudes de las hierbas, y le sean descubiertos todos los tesoros de la tierra, y conozca la naturaleza de las aves, y de los peces, y de todos los animales, y de los hombres, y las propiedades de los árboles, piedras, raíces, y de las aguas, escribe que no está en eso la perfecta alegría.*

Y habiendo andado otro trecho, San Francisco llamó fuertemente:

—*¡Oh fray León! Si el fraile Menor supiese predicar tan bien que convirtiese a todos los infieles a la fe de Cristo, escribe que no está en eso la perfecta alegría.*

Y continuando este modo de hablar por espacio de más de dos leguas, le dijo fray León muy admirado:

—Padre, te ruego, en nombre de Dios, que me digas en qué está la perfecta alegría.

—*Figúrate* —le respondió San Francisco— *que al llegar nosotros ahora a Santa María de los Angeles empapados de lluvia, helados de frío, cubiertos de lodo y desfalleciendo de hambre, llamamos a la puerta del convento y viene el portero incomodado y pregunta: «¿Quiénes sois vosotros?» Y diciendo nosotros: «Somos dos hermanos vuestros», responde él: «No decís verdad, sois dos bribones que andáis engañando al mundo y robando las limosnas de los pobres; marchaos de aquí»; y no nos abre, y nos hace estar fuera a la nieve, y a la lluvia, sufriendo el frío y el hambre hasta la noche. Si toda esta crueldad, injurias y repulsas las sufrimos nosotros pacientemente, sin alterarnos ni murmurar, pensando humilde y caritativamente que aquel portero conoce realmente nuestra indignidad y que Dios le hace hablar así contra nosotros, escribe, ¡oh hermano León!, que en esto está la perfecta alegría. Y si perseverando nosotros en llamar sale él afuera airado y nos echa de allí con injurias y a bofetadas, como a unos bribones importunos, diciendo: «Fuera de aquí, ladronzuelos vilísimos; id al hospital, que aquí no se os dará comida ni albergue»; si nosotros sufrimos esto pacientemente y con alegría y amor, escribe, ¡oh fray León!, que en esto está la perfecta alegría. Y si nosotros, obligados por el hambre, el frío y la noche, volvemos a llamar y suplicamos, por amor de Dios y con grande llanto, que nos abran y metan dentro; y él, más irritado, dice: «¡Cuidado si son importunos estos bribones!; yo los trataré como merecen»; y sale afuera con un palo nudoso, y asiéndonos por la capucha nos echa por tierra, nos revuelca entre la nieve y nos golpea con el palo; si nosotros llevamos todas estas cosas con paciencia y alegría, pensando en las penas de Cristo bendito, las cuales nosotros debemos sufrir por su amor, escribe, ¡oh fray León!, que en esto está la perfecta alegría.*

Y ahora oye la conclusión, hermano León. Sobre todos los bienes, gracias y dones del Espíritu Santo que Cristo concede a sus amigos, está el vencerse a sí propio y sufrir voluntariamente, por amor de Cristo, penas, injurias, oprobios y molestias, ya que de todos los otros dones de Dios no podemos gloriarnos, porque no son nuestros, sino de Dios; y por eso dice el Apóstol: «¿Qué tienes tú que no lo hayas recibido de Dios? Y si lo has recibido de El, ¿por qué te glorías como si fuese tuyo?» Pero en la cruz de las tribulaciones y aflicciones podemos gloriarnos porque es cosa nuestra, y así dice el Apóstol: «Yo no quiero gloriarme sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo.» Al cual sea siempre honra y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

CAPÍTULO VIII

Cómo San Francisco y fray León rezaron maitines sin breviario

En los primeros tiempos de la Orden, estaba una vez San Francisco con fray León en un lugar donde no tenían libro para rezar el Oficio divino y cuando llegó la hora de maitines dijo San Francisco à fray León:

—*Carísimo, no tenemos breviario para rezar maitines; mas a fin de emplear el tiempo en alabar a Dios, hablaré yo y tú me responderás lo que yo te enseñe; pero guárdate de decir otras palabras que las que yo te dicte. Yo diré así: «¡Oh fray Francisco, tú has hecho tantos males y pecados en el mundo, que eres digno del infierno!» Y tú, fray León, responderás: «Verdaderamente que mereces estar en lo más profundo del infierno.»*

Fray León, con sencillez columbina, respondió:

—De buena gana, Padre; comienza en el nombre de Dios.

Comenzó, pues, San Francisco a decir:

—*¡Oh fray Francisco, tú hiciste tantos males y tantos pecados en el siglo, que eres merecedor del infierno!*

Fray León respondió:

—Dios hará por ti tantos bienes, que irás al paraíso.

—*No digas eso, fray León* —replicó San Francisco—, *sino cuando yo diga: «¡Oh fray Francisco, tú has cometido tantas iniquidades contra Dios, que mereces ser maldito de Dios!»; responderás tú: «Verdaderamente mereces ser echado entre los malditos.»*

—Así lo haré, Padre —contestó fray León.

Entonces San Francisco, con muchas lágrimas y suspiros y golpes de pecho, dijo en alta voz:

—*¡Oh Señor mío, Dios de cielos y tierra! Yo he cometido contra ti tantas iniquidades y pecados, que soy enteramente digno de tu maldición.*

Pero fray León contestó:

—¡Oh fray Francisco, Dios te hará tal, que entre los benditos serás singularmente bendecido!

Admirado San Francisco de que fray León respondie-

se siempre lo contrario de lo que le mandaba, le reprendió diciendo:

—*¿Por qué no respondes como yo te encargo? Te mando, por santa obediencia, que digas como te voy a enseñar. Yo diré así: «¡Oh fray Francisco miserable!, ¿piensas tú que Dios tendrá misericordia de ti habiendo cometido tantos pecados contra el Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, que no mereces hallar misericordia?» Y tú, fray León, ovejuela, responderás: «De ningún modo mereces hallar misericordia.»*

Pero luego, cuando San Francisco dijo: «¡Oh fray Francisco miserable!», etc., etc., fray León respondió:

—Dios Padre, cuya misericordia es infinita y mayor que tu pecado, hará contigo grande misericordia y sobre ella te añadirá muchas gracias.

Al oír esta respuesta San Francisco, dulcemente airado y pacientemente molesto, dijo a fray León:

—*¿Cómo has tenido la presunción de obrar contra la obediencia, y tantas veces has respondido lo contrario de lo que yo te he dicho y mandado?*

Fray León contestó con mucha humildad y respeto:

—Bien sabe Dios, Padre mío, que cada vez intenté decir como tú me habías mandado; pero Dios me hace hablar según a El le agrada, y no como yo quiero.

Maravillóse de ello San Francisco y dijo a fray León:

—*Te ruego encarecidamente que esta vez me respondas como te he dicho.*

—Di en nombre de Dios —contestó fray León— que esta vez certísimamente responderé como deseas.

San Francisco dijo llorando:

—*¡Oh fray Francisco miserable!, ¿piensas tú que Dios tendrá misericordia de ti,* etc.?

—Antes bien —contestó fray León— recibirás de Dios grande gracia y te ensalzará y glorificará para siempre, porque quien se humilla, será ensalzado; y yo no puedo decir otra cosa, porque es Dios quien habla por mi boca.

Y en esta humilde contienda velaron hasta el día, con muchas lágrimas y consuelo espiritual.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO IX

Cómo fray Maseo tentó a San Francisco

En cierta ocasión, moraba San Francisco en el convento de la Porciúncula con fray Maseo de Marignano, hombre de grande santidad, discreción y gracia para hablar de Dios, por lo que era muy amado del Santo. Un día que éste venía de orar en la selva quiso el dicho fray Maseo probar la humildad de aquél y, haciéndose el encontradizo a la salida del bosque, le dijo como un reproche:

—¿Por qué a ti?, ¿por que a ti?, ¿por qué a ti?

—*¿Qué es lo que quieres decir con eso?* —preguntó San Francisco.

—Digo por qué todo el mundo viene en pos de ti, y parece que todos ansían verte, oírte y obedecerte. Tú no eres hermoso de cuerpo, tú no tienes gran ciencia, no eres noble. ¿De dónde te viene, pues, que todo el mundo vaya en pos de ti?

San Francisco, vivamente regocijado, levantó el rostro al cielo y estuvo grande espacio con la mente suspensa en Dios; luego, al volver en sí, se arrodilló y alabó y dió gracias al Señor; después, con gran fervor de espíritu, se dirigió a fray Maseo, y le dijo:

—*¿Quieres saber de dónde a mí?, ¿quieres saber de dónde a mí?, ¿quieres saber de dónde a mí que todo el mundo me sigue? Pues esto me viene de los ojos del altísimo Dios, que en todas partes contemplan a buenos y a malos; porque aquellos ojos santísimos no han visto entre los pecadores ninguno más vil, ni más inútil, ni más grande pecador que yo; y no habiendo encontrado sobre la tierra criatura más vil para la obra maravillosa que se propone hacer, me escogió a mí, para confundir la nobleza, y la grandeza, y la belleza, y la fortaleza, y la sabiduría del mundo, a fin de que se conozca que toda virtud y todo bien procede de El, y no de la criatura, y ninguno pueda gloriarse en su presencia, sino que quien se gloría se glorie en el Señor, al cual sea toda la honra y la gloria por siempre.*

Fray Maseo quedó asombrado de oír tan humilde respuesta, dicha con tan gran fervor, y conoció con certeza que San Francisco estaba fundado en verdadera humildad.

En alabanza de Cristo. Amén.

San Francisco hace dar vueltas a fray Maseo para encontrar el camino. (Grabado del siglo XV. Anónimo.)

CAPÍTULO X

CÓMO SAN FRANCISCO HIZO DAR VUELTAS A FRAY MASEO PARA ENSEÑARLE EL CAMINO POR DONDE DEBÍA IR

Un día iba de viaje San Francisco con fray Maseo, y al llegar a un sitio en que había tres caminos, por los que se podía ir a Sena, a Florencia o a Arezzo, preguntó a San Francisco:

—Padre, ¿por qué camino debemos ir?

—*Por el que Dios quiera* —contestó San Francisco.

—Y ¿cómo podremos saber la voluntad de Dios? —dijo fray Maseo.

—*Con la señal que yo te daré* —repuso el Santo—: *te mando, por el mérito de la santa obediencia, que en esta encrucijada, en el mismo sitio en que tienes los pies, des vueltas alrededor, como hacen los niños, y no pares de darlas hasta que yo te diga.*

Entonces fray Maseo comenzó a dar vueltas, y tantas dió, que, al marearse, como suele suceder con semejante ejercicio, cayó muchas veces en tierra; pero como San Francisco no le decía que parase, y él quería obedecer fielmente, se levantaba y comenzaba otra vez. Por fin, cuando giraba más aprisa, dijo San Francisco:

—*Quieto; no te muevas.*

Y habiendo parado en el acto, le preguntó San Francisco:

—*¿Hacia qué parte tienes la cara?*

—Hacia Sena —respondió fray Maseo.

—*Ese es* —dijo San Francisco— *el camino que Dios quiere que sigamos.*

Fray Maseo se admiraba mucho de lo que San Francisco le había hecho hacer como si fuera un chiquillo, a vista de los seglares que pasaban; sin embargo, por respeto, no se atrevía a decir nada al santo Padre. Cuando se acercaban a Sena, al saber los habitantes de la ciudad que el Santo llegaba, le salieron al encuentro con tanta devoción, que los llevaron, sin dejarles tocar con los pies en tierra hasta la casa del Obispo. Estaban a la sazón riñendo algunos hombres, y ya habían muerto dos de ellos. Mas al verlos San Francisco, les predicó tan devota y santamente que los puso a todos en paz y en grande unión y concordia. Sabedor el Obispo de Sena de esta santa obra que San Francisco había hecho, le

invitó a su casa y le recibió con grandísima honra, reteniéndole aquel día y también la noche. Pero a la mañana siguiente San Francisco, como verdadero humilde que no busca en sus obras más que la gloria de Dios, se levantó temprano con su compañero y partió sin que el Obispo lo supiese. De lo cual fray Maseo murmuraba dentro de sí por el camino diciendo:

—¿Qué es lo que ha hecho este buen hombre? Me hizo dar vueltas como un chiquillo, y al Obispo, que tanto le honró, no le dijo una palabra ni le dió las gracias.

Y le parecía a fray Maseo que San Francisco había obrado indiscretamente. Pero luego, volviendo en sí por inspiración divina, se reprendía en su corazón:

—Tú eres muy soberbio, fray Maseo, que juzgas las obras divinas, y bien mereces el infierno por tu indiscreta soberbia; porque el día de ayer hizo fray Francisco tan santas obras, que si las hubiera hecho un ángel de Dios no serían más maravillosas; por lo cual, aunque te mandara que tirases piedras, le deberías obedecer, pues todo lo que hizo en este viaje fué por disposición divina, como se ve por el buen resultado, porque si no hubiera apaciguado a los que peleaban, no sólo hubieran perecido a cuchillo muchas vidas, como ya había comenzado a suceder, sino que también el diablo hubiera arrastrado muchas almas al infierno; por eso eres muy necio y soberbio en murmurar de lo que manifiestamente procede de la disposición de Dios.

Todo esto que decía fray Maseo en su corazón, le fué revelado por Dios a San Francisco, el cual se le acercó y le dijo:

—*Procura atenerte a las cosas que vas pensando ahora, porque son buenas y útiles e inspiradas por Dios; pero la murmuración que traías antes era ciega, vana y soberbia, y te la sugería el diablo.*

Entonces fray Maseo vió claramente que San Francisco penetraba los secretos del corazón y comprendió que el espíritu de la divina Sabiduría gobernaba en todos los actos al santo Padre.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO XI

Cómo San Francisco quiso humillar a fray Maseo

Quería San Francisco humillar a fray Maseo, para que no se desvaneciese con los muchos dones y gracias que Dios le daba, sino que, por efecto de la humildad, creciese con ellos de virtud en virtud y, en cierta ocasión, viviendo en un convento solitario con aquellos sus primeros compañeros, verdaderamente santos, de los cuales era uno fray Maseo, dijo a éste delante de todos los demás:

—*Fray Maseo, todos estos compañeros tuyos tienen la gracia de la oración y contemplación, y tú tienes la de predicar la divina palabra con agrado de la gente: y a fin de que puedan dedicarse a la contemplación, quiero que hagas tú el oficio de portero, el de la limosna y el de cocinero, y mientras ellos estén a la mesa, comerás tú fuera de la puerta del convento, para que edifiques a cuantos vengan, diciéndoles antes que llamen alguna buena palabra acerca de Dios, y así ninguno tendrá que salir fuera, sino tú, y esto lo harás por el mérito de la santa obediencia.*

Fray Maseo, quitándose la capucha e inclinando la cabeza, aceptó humildemente el mandato y lo cumplió, haciendo durante muchos días los oficios de portero, de limosnero y de cocinero. Pero los compañeros, como hombres iluminados por Dios, comenzaron a sentir remordimiento, considerando que fray Maseo era hombre de tanta perfección o más que ellos y cargaba él solo con todo el peso del convento. Por lo cual, movidos todos de un mismo afecto, fueron a suplicar al santo Padre que tuviese a bien distribuir entre ellos los dichos oficios, porque sus conciencias no podían sufrir que fray Maseo llevase tanto trabajo.

Aceptó San Francisco sus consejos y accedió a lo que pedían. Llamó a fray Maseo y le dijo:

—*Tus compañeros quieren compartir los oficios que te he dado, y, por tanto, voy a distribuirlos.*

Fray Maseo respondió con mucha humildad y paciencia:

—Padre, lo que tú me mandas, sea todo o parte, lo miro siempre como dispuesto por Dios.

Entonces San Francisco, al ver la caridad de los compañeros y la humildad de fray Maseo, les hizo una plática admirable acerca de la santísima humildad, enseñándoles que

cuanto mayores dones y gracias nos concede Dios, tanto más humildes debemos ser, porque sin la humildad ninguna virtud es aceptable a Dios. Y después de la plática distribuyó los oficios con grandísima caridad.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO XII

Cómo San Francisco, yendo a Francia, levantó con el aliento a fray Maseo y lo arrojó delante de sí

El maravilloso siervo e imitador de Cristo San Francisco, para conformarse en todo perfectamente a Jesucristo, que, según el santo Evangelio, envió a sus discípulos de dos en dos a todas las ciudades y lugares a que El había de ir, después que, a semejanza de Cristo, hubo reunido doce compañeros, los envió por el mundo de dos en dos a predicar. Y para darles ejemplo de verdadera obediencia, comenzó él primero a peregrinar, imitando a Cristo, que empezó a obrar antes que a enseñar. Por eso, habiendo señalado a los demás las otras partes del mundo, tomó por compañero a fray Maseo y se puso en camino hacia Francia.

Llegando un día a un pueblo, bastante hambrientos, fueron a mendigar el pan por el amor de Dios, conforme a la Regla, San Francisco por una calle y fray Maseo por otra. San Francisco, como era pequeño y de aspecto despreciable, fué mirado cual pordiosero vil por los que no le conocían, y sólo recogió algunos bocados y pequeños pedazos de pan duro; pero a fray Maseo, que era hermoso y de buena talla, le dieron bastantes pedazos grandes y buenos y hasta algún panecillo entero.

Cuando hubieron terminado de mendigar, se retiraron juntos fuera del pueblo para comer en un sitio en que había una hermosa fuente al lado de una piedra ancha, sobre la cual puso cada uno la limosna que había recogido. Y viendo San Francisco que fray Maseo traía más pedazos de pan y más hermosos y grandes que los suyos, mostró grandísima alegría y dijo:

—*¡Oh fray Maseo!, nosotros no somos dignos de tan gran tesoro.*

Y como repitiese estas palabras muchas veces, le dijo fray Maseo:

—Padre carísimo, ¿cómo se puede llamar tesoro, habiendo tanta pobreza y falta de cosas necesarias? Aquí no hay manteles, ni cuchillo, ni platos, ni tazas, ni casa, ni mesa, ni criado, ni criada.

—*Pues eso es* —respondió San Francisco— *lo que tengo por gran tesoro, porque aquí no hay cosa alguna dispuesta por la industria humana, sino que todo es de la Providencia divina, como se ve de manifiesto en el pan pordioseado, la mesa de piedra tan hermosa y la fuente tan clara; por eso quiero que pidamos a Dios que nos haga amar de todo corazón el tesoro de la santa pobreza, tan noble, que tiene por servidor al mismo Dios.*

Dichas estas palabras, y habiendo tomado alimento y hecho oración, se levantaron para seguir el camino a Francia. Al llegar a una iglesia, dijo San Francisco al compañero:

—*Entremos a orar en esta iglesia.*

Y fué a ponerse en oración detrás del altar. Allí recibió de la comunicación divina tal fervor, que le inflamó ardientemente en el amor de la santa pobreza, tanto que, así en el color del semblante como por el insólito movimiento de la boca, parecía exhalar llamas de amor, y viniendo así encendido hacia el compañero, le dijo:

—*¡Ah, ¡ah!, ¡ah!, fray Maseo, date a mí.*

Tres veces repitió esto, y a la tercera lo levantó en el aire con el aliento y lo arrojó delante de sí un buen espacio, causándole grandísimo asombro. Y contó después fray Maseo que, al levantarlo y empujarlo San Francisco con el aliento, sintió en el alma tanta dulzura y consuelo del Espíritu Santo, como jamás había experimentado.

Díjole después San Francisco:

—*Carísimo compañero, vamos a San Pedro y San Pablo y roguémosles que nos enseñen y ayuden a poseer el tesoro inapreciable de la santísima pobreza, porque es tan noble y divino, que no somos dignos de poseerlo en nuestros cuerpos vilísimos; ésta es aquella virtud por la que se han de hollar todas las cosas terrenas y transitorias y con la que se le quitan al alma todos los impedimentos para que libremente pueda unirse con el eterno Dios. Esta es aquella virtud que hace al alma conversar con los ángeles en el cielo, viviendo aún sobre la tierra. Ella acompañó a Cristo, subiendo con él a la cruz, con él fué sepultada, con él resucitó y con él subió a los cielos; ella da en esta vida, a las almas que se le enamoran, ligereza para volar al cielo, y es guarda y defensa de la verdadera humildad y caridad. Pidamos, pues, a los santísimos apóstoles de Cristo, los cuales fueron perfectos amadores de esta perla evangélica, que nos alcancen de Nuestro Señor Jesucristo esta gracia y que por su*

santa misericordia nos haga dignos de ser verdaderos amadores, observadores y humildes discípulos de la preciosísima, amabilísima y evangélica pobreza.

En estas pláticas llegaron a Roma. Entraron en San Pedro, San Francisco se fué a un rincón de la iglesia y fray Maseo a otro, y oraron por largo espacio, con muchas lágrimas y devoción. Los bienaventurados apóstoles San Pedro y San Pablo, con gran resplandor, se aparecen a San Francisco y le dicen:

—Ya que pides y deseas observar lo que Cristo y los apóstoles guardaron, Nuestro Señor Jesucristo nos envía a decirte que tu oración ha sido oída, y te concede a ti y a los que te sigan el tesoro de la santísima pobreza. Te anunciamos, además, de su parte, que cualquiera que te imite en seguir perfectamente este deseo tiene segura la eterna bienaventuranza, y tú y todos tus seguidores seréis benditos de Dios.

Dichas estas palabras, desaparecieron, dejando a San Francisco sumamente consolado. Se levantó de la oración y acercándose al compañero le preguntó si Dios le había revelado algo, y respondiéndole él que no, le dijo San Francisco cómo se le habían aparecido los santos apóstoles y lo que le habían manifestado.

Con esto, embargados ambos de alegría, determinaron volver al valle de Espoleto, dejando el viaje a Francia.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO XIII

Cómo Cristo se apareció a San Francisco y a sus compañeros

En el comienzo de la Orden, estando una vez reunidos San Francisco y sus compañeros para hablar de Cristo, mandó muy enfervorizado a uno de ellos que, en nombre de Dios, hablase y dijese del mismo soberano Señor lo que el Espíritu Santo le inspirase. Cumple el fraile el mandato y habla de Dios maravillosamente. San Francisco le impuso silencio y mandó a otro que hiciese lo mismo. Obedeció éste, habló de Dios excelentemente, y San Francisco le impuso silencio del mismo modo y mandó a un tercero, el cual también discurrió acerca de las cosas secretas de Dios tan profundamente que San Francisco conoció que hablaba inspirado, como los otros, por el Espíritu Santo.

Lo cual se manifestó además, con señal expresa, porque en esta conferencia apareció Cristo bendito en medio de ellos en forma de un joven hermosísimo y, bendiciéndolos a todos, los llenó de tanta dulzura, que fueron arrebatados en éxtasis y yacían como muertos, insensibles a las cosas de este mundo. Cuando volvieron en sí, les dijo San Francisco:

—*Hermanos míos carísimos, dad gracias a Dios, que ha querido revelar los tesoros de la divina sabiduría por la boca de los simples, porque Dios es quien abre la boca de los mudos y hace hablar sapientísimamente las lenguas de los sencillos.*

En alabanza suya. Amén.

CAPÍTULO XIV

Cómo los ciudadanos de Asís corrieron a Santa María de los Angeles para apagar el incendio

Cuando San Francisco estaba en Asís, visitaba muchas veces a Santa Clara y le daba santos consejos. Y tenía ella grandísimo deseo de comer una vez con él, y pidióselo muchas veces, mas nunca le quería dar este consuelo, por lo cual, viendo sus compañeros el deseo de Santa Clara, dijeron a San Francisco:

—Padre, esa rigidez no parece conforme a la caridad de Dios, porque, siendo la hermana Clara una virgen tan santa y amada del Señor, no parece bien que no la contentes en una cosa tan pequeña como es comer contigo, especialmente considerando que por tu predicación abandonó ella las riquezas y pompas del mundo. En verdad que aunque te pidiera otro favor mayor que éste, se lo deberías hacer, como a hija tuya espiritual.

Entonces San Francisco les dijo:

—*¿Os parece que la debo complacer?*

—Sí, Padre —respondieron ellos—; es justo que le des este consuelo.

—*Puesto que así os parece a vosotros*—añadió el Santo—, *también me lo parece a mí. Y para que sea mayor su consuelo, quiero que tengamos esta comida en Santa María de los Angeles, porque hace mucho tiempo que está encerrada en San Damián y le agradará ver en Santa María el lugar adonde fué conducida y hecha esposa de Jesucristo; y aquí hemos de comer juntos en nombre de Dios.*

El día convenido salió del monasterio Santa Clara con

otra religiosa y, en unión de los compañeros de San Francisco, vino a Santa María de los Angeles, saludó devotamente a la Virgen María delante de su altar, donde había recibido el velo, y la condujeron a ver el convento mientras no era hora de comer. Entretanto, San Francisco hizo poner la mesa sobre el suelo, como se acostumbraba. Llegada la hora se sentaron a la mesa San Francisco y Santa Clara, y uno de los compañeros del Santo al lado de la compañera de Santa Clara, y después se acercaron humildemente a la mesa todos los demás compañeros.

Por primer manjar San Francisco comenzó a hablar de Dios tan suave y maravillosamente, que, viniendo sobre ellos la abundancia de la divina gracia, todos se quedaron arrebatados en Dios. Y quedaron arrobados, con los ojos y las manos levantadas al cielo. Las gentes de Asís, de Betona y del campo alrededor vieron que Santa María de los Angeles y todo el convento y el bosque que entonces había al lado ardían con violentísima llama y parecía un incendio grande que abrasaba iglesia, convento y bosque a un tiempo; por lo que los habitantes de Asís corrieron allá con gran prisa para apagar el fuego, creyendo firmemente que todo ardía. Mas cuando llegaron vieron que no había tal fuego; entraron adentro y encontraron a San Francisco y a Santa Clara, con la demás compañía, arrobados en Dios por la contemplación y sentados alrededor de aquella humilde mesa. Con lo cual comprendieron claramente que aquel fuego era divino y no material, y que lo había encendido Dios milagrosamente para significar y manifestar el amor divino en que ardían las almas de aquellos santos frailes y monjas; y partieron muy edificados.

Después de largo rato, volvió en sí San Francisco y Santa Clara y los demás, y hallándose bien confortados con el manjar espiritual, se cuidaron poco de la comida del cuerpo; y dando por terminado el devoto convite, Santa Clara volvió bien acompañada a San Damián. Las monjas se alegraron mucho cuando la vieron, pues temían la hubiese enviado San Francisco a gobernar otro convento, como había mandado a su santa hermana sor Inés a Florencia, de abadesa del convento de Montecelli; tanto más que San Francisco había dicho alguna vez a Santa Clara: «*Prepárate, por si necesito enviarte a otro convento*»; a lo que ella, como hija de obediencia, había respondido: «Padre, yo siempre estoy preparada para ir a donde me mandes.» Por eso las monjas se alegraron mucho cuando volvió: y Santa Clara quedó desde entonces muy consolada.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO XV

CÓMO SAN FRANCISCO DUDÓ SI DEBÍA DEDICARSE A LA PREDICACIÓN O A LA ORACIÓN

El humilde siervo de Cristo San Francisco, poco después de su conversión, teniendo ya reunidos y admitidos en la Orden a muchos compañeros, entró en grande duda y perplejidad acerca de lo que debía hacer: si dedicarse tan sólo a la oración o también algo a la predicación; y deseaba mucho saber la voluntad de Dios acerca de esto. Y como su gran humildad no le dejaba presumir de sí ni de sus oraciones, quiso conocer la voluntad divina por medio de las oraciones de otros, y llamando a fray Maseo le dijo:

—*Vete a decir de mi parte a la hermana Clara que ella y alguna de sus más espirituales compañeras rueguen devotamente a Dios que se digne manifestarme lo que será mejor: si dedicarme a predicar o solamente a la oración. Después irás a decir lo mismo a fray Silvestre.*

Era éste el que, siendo aún seglar, había visto una cruz de oro que salía de la boca de San Francisco y llegaba al cielo, extendiéndose hasta los confines del mundo. Había subido fray Silvestre a tanta santidad, que conversaba muchas veces con Dios, el cual oía siempre sus ruegos y le concedía todo lo que pedía: por eso San Francisco le tenía mucha devoción.

Marchó, pues, fray Maseo, y, conforme al mandato de San Francisco, dió primero el encargo a Santa Clara y después a fray Silvestre. El cual, apenas lo oyó, se puso inmediatamente en oración, y, habiendo obtenido respuesta de Dios, volvió a decir a fray Maseo:

—Esto dice Dios para que lo anuncies a fray Francisco: «No le llamé a este estado solamente para sí, sino para que haga fruto en las almas y se salven muchos por él.»

Recibida esta respuesta, volvió fray Maseo a preguntar a Santa Clara lo que Dios le había revelado. Dijo que ella y las demás compañeras habían recibido de Dios la misma respuesta que fray Silvestre. Vino, pues, fray Maseo a la presencia de San Francisco, y éste lo recibió con grandísima caridad, le lavó los pies, le preparó de comer y después de la comida le llamó a la selva; allí se arrodilló delante de él y, quitándose la capucha y cruzando los brazos, le preguntó:

—*¿Qué es lo que manda mi Señor Jesucristo?*

—Tanto a fray Silvestre —contestó fray Maseo— como a sor Clara y demás hermanas, les respondió y reveló Cristo que es su voluntad que vayas a predicar por el mundo; porque no te ha elegido para ti solo, sino también para la salvación de los demás.

San Francisco, oída esta respuesta y conocida por ella la voluntad de Cristo, se levantó con grandísimo fervor y dijo:

Vamos en nombre de Dios.

Y tomando por compañeros a fray Maseo y a fray Angel, hombres santos, marcharon a impulso del espíritu sin escoger camino ni senda, y al llegar a un pueblo que se llamaba Cannario se puso el Santo a predicar, mas antes ordenó a unas golondrinas que cantaban que guardasen silencio mientras él predicaba, y obedeciéndole ellas, habló allí con tanto fervor que todos los hombres y las mujeres, movidos de devoción, querían abandonar el pueblo y marcharse con él. San Francisco no se lo permitió, sino que les dijo:

—No tengáis prisa ni os marchéis, y yo dispondré lo que debéis hacer para la salvación de vuestras almas.

Y entonces pensó en fundar la Tercera Orden, para salvación de todos. Y dejándolos muy consolados y bien dispuestos a penitencia, marchó de allí y pasó entre Cannario y Bevagna. Prosiguió más adelante con aquel fervor y al levantar la vista vió en algunos árboles que había a un lado del camino innumerable multitud de pajarillos. Maravillado el Santo, dijo a los compañeros:

—Esperadme aquí, en el camino, que voy a predicar a mis hermanitos los pájaros.

Y entrándose por el campo comenzó a predicar a los que había en el suelo; inmediatamente acudieron los que estaban en los árboles, y permanecieron quietos todos juntos mientras San Francisco hablaba y no se marcharon hasta que les dió su bendición. Y según refirió después fray Maseo a fray Santiago de la Masa, andando San Francisco por entre ellos tocábales con el hábito y ninguno se movía. La plática de San Francisco, en resumen, fué ésta:

—Hermanas mías avecillas, vosotras tenéis mucha obligación de ser agradecidas a Dios, vuestro Criador, y debéis alabarlo siempre y en todas partes; porque os dió vestido doble y aun triple; además, os concedió libertad para ir a todas partes y guardó vuestra raza en el arca de Noé para que no viniese a faltar en el mundo; le debéis también gratitud por el elemento del aire que os ha destinado; aparte de esto, vosotras no sembráis ni segáis, y Dios os alimenta, os da los ríos y fuentes para beber, los montes y valles para guareceros y los árboles altos para hacer vuestros nidos; y, no sabiendo vosotras hilar ni coser, Dios os viste a vosotras y a vuestros hijos. Mucho os ama el Criador, pues os hace tantos beneficios; por eso debéis guardaros, hermanas mías, del pecado de la ingratitud y cuidar de alabar siempre a Dios.

Al decir San Francisco estas palabras, todos aquellos pájaros comenzaron a abrir los picos, alargar los cuellos, extender las alas, inclinar reverentemente la cabeza hasta la tierra, mostrando con las actitudes y el canto que las palabras del santo Padre les daban grandísimo placer; y San Francisco se alegraba y recreaba juntamente con ellos, maravillándose mucho de tanta multitud de pájaros, de su belleza y variedad y de la atención y familiaridad que mostraban; por lo cual, juntamente con ellos, alababa devotamente al Criador.

Finalmente, terminada la plática, San Francisco hizo sobre ellos la señal de la cruz y les dió licencia para marchar. Al instante se levantaron todos ordenadamente en el aire, cantando admirablemente, y luego, según la dirección de la cruz que San Francisco les había hecho, se dividieron en cuatro partes, volando una hacia el Oriente, otra al Occidente, la tercera al Mediodía y la cuarta hacia el Norte, y cada bandada partía cantando maravillosamente. En lo cual se significaba que, como San Francisco, portador de la cruz de Cristo, les había predicado y hecho la señal de la cruz, según la cual se dividían hacia las cuatro partes del mundo, así la predicación de la cruz de Cristo, renovada por San Francisco, debía ser llevada a todo el mundo por él y sus frailes, los cuales, a manera de avecillas, sin poseer nada propio en este mundo, fiaban su vida en la sola Providencia de Dios.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO XVI

De un niño que se desmayó viendo a San Francisco hablar con Cristo

Un niño muy puro e inocente fué recibido en la Orden, en tiempo de San Francisco, y estaba en un convento pequeño en que los frailes dormían por necesidad en el suelo. Vino una vez San Francisco a este convento, y por la tarde, después de completas, se fué a descansar para poder levantarse de

noche a orar, como acostumbraba hacer mientras dormían los demás.

Dicho niño se propuso espiar cuidadosamente los pasos de San Francisco para conocer su santidad y, especialmente, para saber lo que hacía de noche cuando se levantaba. Y para que el sueño no se lo impidiese, se echó a dormir al lado de San Francisco y ató su cordón al del Santo, a fin de sentirlo cuando se levantase. Nada de esto advirtió San Francisco hasta que, levantándose cuando todos estaban en el primer sueño, halló su cordón así atado; pero lo desató tan despacito, que el niño no despertó, y saliendo solo a la selva inmediata, entró en una cueva que allí había, y se puso en oración.

San Francisco de Asís. (Murillo.)

Poco más tarde despertó el niño, y encontrando desatado el cordón y que San Francisco había marchado, se levantó y fué a buscarlo, y como hallase abierta la puerta que conducía a la selva, pensó que San Francisco estaría allí, y también él se internó en ella. Llegado cerca del lugar en que San Francisco oraba, comenzó a percibir rumor de animada conversación, y, acercándose más para entender lo que oía, divisó una luz admirable que rodeaba a San Francisco, y en ella vió a Cristo, a la Virgen María, a San Juan Bautista y al Evangelista, y grandísima multitud de ángeles que hablaban con San Francisco. Y al ver y oír esto el niño cayó en tierra desmayado.

Cuando terminó aquella santa aparición, se volvió San Francisco al convento, y en el camino encontró al niño, que yacía como muerto: y, compadeciéndose de él, lo tomó en brazos y lo llevó a la cama, como lleva el buen pastor a su ovejuela. Pero al saber después por el mismo niño cómo había visto la dicha aparición, le mandó que jamás la dijese a nadie mientras él viviese. Este niño creció mucho en la

gracia de Dios y en la devoción a San Francisco, llegando a ser un excelente religioso, y sólo después de la muerte del Santo reveló a los frailes la dicha visión.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO XVII

Cómo San Francisco reunió Capítulo en Asís

El siervo fiel de Cristo, San Francisco, convocó una vez a Capítulo general en Santa María de los Angeles; se reunieron más de cinco mil frailes y asistió también Santo Domingo, cabeza y fundador de la Orden de los frailes Predicadores, el cual pasaba entonces de Borgoña a Roma, y al saber la reunión del Capítulo que San Francisco hacía en la llanura de Santa María de los Angeles, fué a verlo con siete frailes de su Orden.

Concurrió, además, un Cardenal devotísimo de San Francisco, al cual había éste profetizado que llegaría a ser Papa, y así sucedió. Este Cardenal había venido de propósito a Asís desde Perusa, donde estaba la Corte: todos los días venía a ver a San Francisco y sus frailes, y unas veces cantaba la misa y otras predicaba a los frailes en el Capítulo. Y recibía grandísimo consuelo y placer siempre que visitaba aquel santo colegio, al ver sentados los frailes en el llano alrededor de Santa María en grupos de cuarenta, cien, doscientos o trescientos juntos, todos exclusivamente ocupados en hablar de Dios, en rezos, en devotas lágrimas y en ejercicios de caridad; y estaban con tanto silencio y modestia, que no se oía allí ningún ruido. Maravillado de tan grande y bien ordenada multitud, decía llorando de devoción:

—En verdad que éste es el campamento y el ejército de los caballeros de Dios.

En toda aquella multitud no se oía ninguna charla frívola o vana, sino que doquiera había un grupo de frailes, ya oraban o rezaban el Oficio, ya lloraban sus pecados y los de los bienhechores, o trataban de la salud del alma. Había en aquel campo ciertos cobertizos, ya de mimbres o ramas delgadas, ya de esteras, dispuestos separadamente para cada grupo, según las diversas provincias a que pertenecían los frailes: y por eso se llamó el Capítulo de las Esteras. La cama era la desnuda tierra, y el que más tenía un poco de paja: servía de almohada una piedra o algún madero.

Y se movían tanto a devoción los que aquello oían o veían, y era tal la fama de santidad, que de la Corte del Papa, que estaba en Perusa, y de todo el país del valle de Espoleto venían muchos condes, barones, gentileshombres y caballeros, muchos ciudadanos, cardenales, obispos, abades y otros eclesiásticos para ver aquella congregación tan santa, tan numerosa y tan humilde, pues jamás el mundo había visto mayor número de santos hombres reunidos; y, principalmente, venían a ver al que era cabeza y padre santísimo de toda aquella santa multitud, el cual había robado al mundo tan bella presa y había reunido tan hermosa y devota grey para seguir las huellas del verdadero Pastor, Jesucristo.

Reunido todo el Capítulo general, el santo Padre de todos y ministro general, San Francisco, expuso fervorosamente lo que el Espíritu Santo le hacía hablar y tomó por tema del sermón estas palabras:

—*Hijos míos, grandes cosas hemos prometido; pero mucho mayores nos las tiene Dios prometidas, si observamos las que le prometimos y esperamos con certeza las que El nos promete. El deleite del mundo es breve, pero la pena que le sigue después es perpetua; pequeño es el sufrimiento de esta vida, pero la gloria de la otra es infinita.*

Y predicando devotísimamente sobre estas palabras, alentaba y movía a sus frailes a la obediencia y reverencia hacia la Santa Madre Iglesia, a la caridad fraterna, a adorar a Dios en nombre de todo el pueblo, a tener paciencia en las adversidades del mundo y templanza en las prosperidades, a conservar la pureza y castidad angélica, a vivir en paz y concordia con Dios, con los hombres y con la propia conciencia, y al amor y guarda de la santísima pobreza. Y al llegar aquí dijo:

—*Por el mérito de la santa obediencia os mando a todos los que estáis aquí reunidos que ninguno se tome cuidado o solicitud por cosa alguna de comer o beber o de cuanto pueda ser necesario al cuerpo, sino atended tan sólo a orar y alabar a Dios, y dejadle a El todo el cuidado del cuerpo; porque tiene especial providencia de vosotros.*

Todos recibieron este mandato con corazón y semblante alegre y, terminado el sermón de San Francisco, se pusieron en oración.

Santo Domingo, que a todo estuvo presente, se maravilló mucho de dicho mandato y lo juzgaba indiscreto, no pudiendo comprender cómo había de gobernarse tan grande multitud sin tener cuidado o solicitud alguna de lo necesario al cuerpo.

Pero el principal Pastor, Cristo bendito, queriendo mostrar cómo cuida de sus ovejas y el singular amor que tiene a sus pobrecillos, inspiró inmediatamente a las gentes de Perusa, Espoleto, Foligno, Asís y de toda la comarca que llevasen de comer y de beber a aquella santa congregación. Y de pronto se vieron venir de todas aquellas tierras hombres con jumentos, caballos y carros cargados de pan, vino, habas, queso y otros buenos manjares, según lo necesitaban los pobres de Cristo. Traían, además, servilletas, jarras, vasos y otros utensilios necesarios para tanta multitud, y se reputaba feliz el que más cosas podía traerles o servirles más esmeradamente, tanto, que hasta los caballeros, barones y gentileshombres, que sólo habían venido por verlos, se les ponían delante a servirles con gran humildad y devoción.

Al observar todo esto Santo Domingo y conociendo en ello la acción de la Divina Providencia, reconoció con humildad que se había engañado en juzgar de indiscreto el mandato de San Francisco. Arrodillóse ante él, le declaró humildemente su culpa y añadió:

—Verdaderamente que Dios tiene cuidado especial de estos santos pobrecillos, y yo no lo sabía. De hoy en adelante prometo observar la pobreza evangélica, y maldigo, de parte de Dios, a todos los frailes de mi Orden que presuman tener propiedad en ella.

Santo Domingo partió muy edificado de la fe del santísimo Francisco y de la obediencia y pobreza de tan grande y ordenado colegio, como también de la divina Providencia y de la copiosa abundancia de todo bien.

En este Capítulo dijeron a San Francisco que muchos frailes llevaban a raíz de la carne cilicios y argollas de hierro y que, por esta causa, enfermaban muchos, y algunos morían, y otros quedaban inhábiles para orar. San Francisco, como discreto Padre, mandó por santa obediencia que todos los que tuviesen cilicios o argollas de hierro se los quitasen y pusiesen delante de él; y así lo hicieron. Se contaron más de quinientos cilicios de hierro y muchas más argollas, unas de los brazos y otras de la cintura, de modo que hacían un gran montón; y todo lo hizo dejar allí el Santo.

Terminado el Capítulo, San Francisco confortóles a todos en la virtud y les enseñó cómo habían de pasar por este malvado mundo sin contaminarse con el pecado y los mandó a sus provincias con la bendición de Dios y la suya, llenos de consuelo y alegría espiritual.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO XVIII

Cómo estando San Francisco enfermo de los ojos se le apareció Cristo

Hallándose en una ocasión San Francisco gravemente enfermo de los ojos, le escribió el Cardenal Hugolino, protector de la Orden, muy compadecido de él, diciéndole que fuese a su casa, a Rieti, donde había excelentes médicos para las enfermedades de la vista. En cuanto recibió la carta, fué primero a San Damián, donde estaba la devotísima esposa de Cristo, Santa Clara, a fin de darle algún consuelo antes de marcharse a casa del Cardenal. Estando allí empeoró tanto de los ojos a la noche siguiente, que no veía nada, y siéndole imposible marcharse, le hizo Santa Clara una pequeña celda de cañas para que reposase algo.

San Francisco, ya por el dolor de la enfermedad, ya por la multitud de ratones que le daban grandísima molestia, no pudo descansar nada ni de día ni de noche. Y como se prolongase este trabajo y tribulación, comenzó a pensar y reconocer que todo era castigo de Dios por sus pecados, y se puso a darle gracias de todo corazón y también de palabra, diciendo en alta voz:

—*¡Señor mío, digno soy de todo esto y de mucho más! Señor mío Jesucristo, pastor bueno que muestras tu misericordia con nosotros, indignos pecadores, en darnos diversas penas y aflicciones corporales, concede virtud y gracia a esta ovejuela tuya para que por ninguna enfermedad, aflicción ni dolor me separe de Ti.*

Hecha esta oración, oyó una voz del cielo que decía:

—Francisco, respóndeme: si toda la tierra fuese de oro y todos los montes, collados y peñascos fueran piedras preciosas, y bálsamo todos los mares, ríos y fuentes, y tú hallases otro tesoro que excediese en riqueza a estas cosas cuanto el oro excede a la tierra, el bálsamo al agua y las piedras preciosas a los montes y peñascos, y te lo diesen por sufrir esta enfermedad, ¿no deberías estar bien alegre y contento?

San Francisco respondió:

—*Señor, yo no soy digno de tan precioso tesoro.*

—Alégrate, Francisco —prosiguió la voz de Dios—, porque ese tesoro es el de la vida eterna que yo te reservo, y desde ahora te doy la seguridad de poseerlo, y esa enfermedad y aflicción es prenda de tan bienaventurada felicidad.

Entonces San Francisco llamó al compañero con grandísima alegría por tan gloriosa promesa y le dijo:

—*Vamos a Rieti, a ver al Cardenal.*

Y consolando primero a Santa Clara con devotas palabras, despidióse humildemente de ella y se puso en camino hacia Rieti. Cuando llegaba cerca vino a su encuentro grandísima multitud del pueblo, por lo cual no quiso ir a la ciudad y se dirigió a una iglesia que distaba de ella como dos millas. Pero, cuando supo la gente que él estaba en aquella iglesia, corrieron en tropel a verlo, de modo que estropeaban completamente la viña de la iglesia y le robaban todas las uvas, de lo cual se dolía mucho el cura en su interior y le pesaba haber recibido a San Francisco. Conoció el Santo, por revelación divina, los pensamientos del cura, y le llamó y le dijo:

—*Padre carísimo, ¿cuántas cargas de vino te da esta viña cuando hay buena cosecha?*

—Doce cargas —respondió.

—*Te ruego, padre* —añadió San Francisco—, *que lleves con paciencia que yo esté aquí unos días, porque encuentro mucho alivio; y deja comer a todos de tus uvas, por amor de Dios y de este pobrecillo, y te prometo, de parte de mi Señor Jesucristo, que te dará este año veinte cargas.*

Y el estarse allí lo hacía San Francisco por el grande fruto que veía resultar en las almas de los que venían a verle, muchos de los cuales marchaban embriagados del amor divino y abandonaban el mundo.

Confiando el cura en la promesa, dejó libremente la viña a cuantos venían a ver a San Francisco. ¡Cosa admirable! La viña fué del todo destruída y arrebatados sus racimos, de manera que apenas le quedó algún rebusco; pero, llegado el tiempo de la vendimia, el cura recogió aquellos miserables racimillos, y metiéndolos en la tinaja y pisándolos dieron, conforme a la promesa del Santo, veinte cargas de excelente vino.

Bien se dió a entender en este milagro que, como por los méritos de San Francisco la viña despojada de uvas produjo abundancia de vino, así el pueblo cristiano, estéril de virtud por el pecado, mediante los méritos y la doctrina de San Francisco, abunda muchas veces en buenos frutos de verdadera penitencia.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO XIX

De un novicio que fué tentado para salirse de la Orden

Un joven muy noble y delicado entró en la Orden de San Francisco y después de algunos días, por sugestión del demonio, comenzó a sentir tanta repugnancia al hábito que vestía, que le parecía llevar un saco vilísimo: miraba con horror las mangas, abominaba la capucha, y todo él, por lo áspero y largo, le parecia carga insoportable. Finalmente, creciéndole el disgusto de la Religión, determinó dejar el hábito y volverse al siglo.

San Francisco y el novicio. (El Greco.)

Enseñado por su maestro, había tomado por costumbre, cuando pasaba por delante del altar en que estaba el Santísimo, arrodillarse con grande reverencia, quitarse la capucha e inclinarse con los brazos cruzados. La noche que había de marcharse, al pasar por delante de dicho altar, se arrodilló y, al hacer la reverencia de costumbre, fué arrebatado en espíritu y le mostró Dios una visión maravillosa.

Vió delante de sí multitud casi infinita de santos, que caminaban de dos en dos, como en procesión, todos con preciosos y hermosísimos vestidos, y sus rostros y manos resplandecían como el sol, y cantaban y tañían a manera de ángeles. Entre ellos iban dos vestidos y engalanados más ricamente que todos los otros, y rodeados de tanta claridad, que causaban grandísimo asombro a quien los miraba, y casi al final de la procesión vió uno circundado de tanta gloria que parecía recién armado caballero, más honrado que todos los otros. El joven contemplaba, maravillado, esta visión, sin entender lo que podía significar, y no se atrevía a preguntarlo, estando como arrobado por la dulzura. Mas, habiendo pasado ya la procesión, cobró ánimo, y corriendo a los últimos les preguntó con gran temor.

—¡Oh carísimos, os suplico tengáis a bien decirme quiénes son los maravillosos personajes que van en esta venerable procesión

—Has de saber, hijo —le respondieron—, que todos nosotros somos frailes Menores que venimos ahora del paraíso.

—¿Y quiénes son aquellos dos —volvió a preguntar— que resplandecen más que los otros?

Son —le contestaron— San Francisco y San Antonio, y aquel último que has visto tan honrado es un santo fraile que murió últimamente, al cual, porque valerosamente combatió contra las tentaciones y perseveró hasta el fin, lo llevamos ahora en triunfo a la gloria del paraíso; y esos vestidos tan hermosos que tenemos nos los ha dado Dios en cambio de las túnicas ásperas que pacientemente llevamos en la Orden, y la gloriosa claridad que ves en nosotros nos la ha dado Dios por la humilde penitencia y por la santa pobreza, obediencia y castidad que hemos guardado hasta el fin. Por tanto, hijo, no tengas por cosa dura el llevar el saco de la Orden, que tan provechoso es; porque, si vistiendo el saco de San Francisco desprecias por amor de Cristo el mundo y mortificas la carne y combates valientemente contra el demonio, tendrás juntamente con nosotros igual vestido y claridad de gloria.

Después de estas palabras el joven volvió en sí, declaró su culpa delante del Guardián y de los frailes, y de allí en adelante amó la aspereza de la penitencia y de los vestidos, y acabó su vida en la Orden con gran santidad.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO XX

Cómo San Francisco libró de un lobo feroz a la ciudad de Gubio

Morando San Francisco en la ciudad de Gubio, del condado del mismo nombre, apareció un lobo grandísimo, feroz y terrible, que no sólo devoraba los animales, sino también los hombres, de suerte que todos los ciudadanos estaban amedrentados, porque muchas veces se acercaba a la ciudad. Y todos iban armados, cuando salían, como si fueran a la guerra; y aun así no podía defenderse el que se encontraba solo con él, y llegó a tanto el miedo a este lobo, que nadie se atrevía a salir del pueblo.

San Francisco, compadecido de aquellos hombres, determinó ir en busca de dicho lobo, contra el parecer de los ciudadanos, que enteramente le disuadían de ello. Y, en efecto, haciendo la señal de la cruz y puesta la confianza en Dios, salió de la ciudad con sus compañeros, y temiendo éstos seguir adelante, tomó él resueltamente el camino que conducía a la guarida del lobo. Cuando he aquí que muchos hombres que habían salido para ver el suceso, vieron cómo venía el lobo con la boca abierta hacia San Francisco. El Santo se le acercó, le hizo la señal de la cruz y le llamó diciéndole:

—*Ven aquí, hermano lobo; yo te mando de parte de Cristo que no me hagas daño ni a mí ni a nadie.*

¡Cosa admirable! En el mismo instante en que San Francisco hacía la señal de la cruz, el terrible lobo cerró la boca y paró de correr; y oído el mandato, vino mansamente, como un cordero, y se echó por tierra a los pies de San Francisco. Díjole el Santo:

—*Hermano lobo, tú has causado muchos daños en estas tierras y has hecho grandísimos males, devastando y matando las criaturas de Dios sin su licencia; y no sólo has matado y devorado las bestias, sino que has tenido el atrevimiento de matar y despedazar a los hombres, hechos a imagen de Dios; por lo cual mereces la horca, como ladrón y homicida pésimo, y toda la gente se queja y murmura de ti, y toda esta tierra te es enemiga; pero ahora, hermano lobo, yo quiero hacer la paz entre ti y ellos, de modo que tú no les hagas más daño, y ellos te perdonen todas las ofensas pasadas, y ni los hombres ni los perros te persigan más.*

Al oír esto el lobo, con el movimiento del cuerpo, cola y orejas, y bajando la cabeza, mostraba aceptar y querer cumplir lo que proponía San Francisco. Díjole entonces el Santo:

—*Hermano lobo: ya que tú quieres hacer y guardar esta paz, yo te prometo hacer que los hombres de esta ciudad te den el sustento mientras vivas, para que nunca pases hambre; pues bien sé que forzado por el hambre has hecho tantos daños. Pero, en cambio, quiero que tú prometas que jamás has de hacer daño a ningún hombre ni animal. ¿Me lo prometes?*

El lobo, bajando la cabeza, dió señal clara de que lo prometía. Y San Francisco le dijo:

—*Hermano lobo, quiero que me hagas fe de esta promesa, para que yo pueda fiarme de ti.*

Y alargando San Francisco la mano para recibir el testimonio de la promesa, el lobo levantó una pata delantera y la puso mansamente sobre la mano de San Francisco, dándole la señal de fe que pedía. Díjole aún San Francisco:

—*Hermano lobo, yo te mando en nombre de Jesucristo que vengas conmigo sin temor alguno; vamos a firmar esta paz en nombre de Dios.*

El lobo, obediente, se vino con él como un manso cordero, de lo cual se maravillaron muchísimo los ciudadanos. Inmediatamente se divulgó la novedad por todo el pueblo, y hombres y mujeres, grandes y pequeños, jóvenes y viejos, acudieron todos a la plaza para ver al lobo con San Francisco.

Estando allí reunido todo el pueblo, se levantó en alto San Francisco y les predicó diciendo, entre otras cosas, cómo por causa de los pecados permite Dios semejantes calamidades, y que es mucho más peligroso el fuego del infierno, que atormentará para siempre a los condenados, que no la ferocidad del lobo, que no puede matar más que al cuerpo, y cuánto se debe temer la boca del infierno cuando tal miedo y terror pone a tan grande multitud la boca de un pequeño animal. Volveos, pues, a Dios, carísimos, les decía, y Dios os librará del lobo en esta vida y del fuego eterno en la futura. Después de predicar dijo San Francisco:

—*Oid, hermanos míos: el hermano lobo, que está aquí delante de vosotros, ha prometido y me ha dado fe de hacer paces con vosotros, y no ofenderos nunca en cosa alguna, si vosotros prometéis darle el sustento necesario, y yo salgo fiador por él de que guardará firmemente el tratado de paz.*

Todo el pueblo, a una voz, prometió alimentarlo continuamente.

Dijo San Francisco al lobo delante de todo el pueblo:

—*Y tú, hermano lobo, ¿prometes a esta gente que guar-*

darás el pacto de paz, que no harás daño a los animales, ni a los hombres, ni a criatura alguna?

El lobo, arrodillándose, inclinando la cabeza y haciendo humildes demostraciones con el cuerpo, la cola y las orejas, mostraba, en cuanto le era posible, que quería guardarles el pacto.

Díjole todavía San Francisco:

—*Yo quiero, hermano lobo, que como me diste fe de esta promesa, fuera de la ciudad, también aquí, delante de todo el pueblo, me des fe de tu promesa y de que no saldré engañado en la fianza que hice por ti.*

El lobo de Gubio. (M. Denis.)

Entonces el lobo levantó la pata derecha y se la puso en la mano a San Francisco.

Con motivo de este acto y de los arriba dichos fué tanta la admiración y alegría de todo el pueblo, ya por la devoción del Santo, ya por la novedad del milagro y por la paz con el lobo, que todos comenzaron a clamar al cielo alabando y bendiciendo a Dios, porque les había mandado a San Francisco y, por los méritos de este Santo, los había librado de la bestia feroz.

Después de esto vivió el dicho lobo en Gubio dos años: y entraba familiarmente por las casas, de puerta en puerta, sin hacer mal a nadie y sin que nadie se lo hiciese y todos le daban de comer cortésmente; y andando de esta suerte por la ciudad nunca le ladraban los perros.

Finalmente, pasados dos años, el hermano lobo murió de viejo, de lo cual se dolían mucho los ciudadanos, porque, viéndolo andar tan manso por la ciudad, se acordaban más de la virtud y santidad de San Francisco.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO XXI

CÓMO UN JOVEN REGALÓ UNAS TÓRTOLAS A SAN FRANCISCO Y NO SE MARCHARON DEL CONVENTO HASTA QUE EL SANTO LES DIÓ LICENCIA

Cierto joven había cazado unas tórtolas y, al llevarlas a vender, se encontró con San Francisco. Sentía el Santo especial ternura hacia los animales mansos, y mirando aquellas tórtolas con ojos compasivos, dijo al joven:

—*¡Oh buen joven! Te ruego que me des esas tórtolas para que unas aves tan mansas e inocentes, que en la Sagrada Escritura son comparadas a las almas castas, humildes y fieles, no caigan en manos crueles que las maten.*

Al instante el joven, movido por Dios, se las dió todas a San Francisco, y éste las recibió en el seno y comenzó a decirles dulcemente:

—*¡Oh hermanas mías, tórtolas simples, inocentes y castas!, ¿por qué os dejáis prender? Ahora quiero yo libraros de la muerte, y os haré los nidos para que deis fruto y os multipliquéis conforme al mandato de Dios vuestro Criador.*

Y les hizo nido a todas y, usándolos ellas, comenzaron a poner huevos y procrear a la vista de los frailes. Y eran tan mansas y tenían tanta familiaridad con San Francisco y con los otros, como gallinas a las que hubiesen ellos dado siempre de comer; y no se fueron de allí hasta que San Francisco les dió su licencia y bendición para marcharse. Y al joven le dijo:

—*Tú llegarás a ser fraile en esta Orden y servirás a Dios.*

Y así sucedió; porque el dicho joven se hizo fraile y vivió en la Orden con gran santidad.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO XXII

CÓMO SAN FRANCISCO VIÓ EL CONVENTO RODEADO DE DEMONIOS, Y SÓLO UNO ENTRÓ DENTRO

Oraba San Francisco en el convento de la Porciúncula y vió por revelación divina que todo el convento estaba rodeado y asediado de demonios, como de un grande ejército:

pero ninguno podía penetrar dentro, porque eran tan santos aquellos frailes que ninguno les daba entrada.

Mas, perseverando los demonios en aquella disposición, uno de los frailes se incomodó con otro y pensaba en su corazón cómo podría acusarlo y vengarse de él, y este mal pensamiento sirvió de puerta al demonio, e introduciéndose en el convento, fué a ponerse sobre el cuello de aquel fraile. Pero el solícito Pastor, que velaba siempre sobre su grey, viendo cómo había entrado el lobo a devorarle la ovejuela, hizo llamar inmediatamente al dicho fraile, y le mandó que descubriese allí mismo el veneno del odio que había concebido contra el prójimo y por el que estaba en poder del enemigo.

Atemorizado el fraile de ver cómo el santo Padre lo había comprendido, descubrió todo el veneno y rencor, reconoció su culpa y pidió humildemente penitencia y misericordia; hecho lo cual, y habiendo sido absuelto del pecado y recibida la penitencia, al punto huyó el demonio a vista de San Francisco; y el fraile, librado de la bestia cruel por la caridad del buen Pastor, dió gracias a Dios y, volviendo a la grey corregido y amaestrado, vivió después con grande santidad.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO XXIII

Cómo San Francisco fué a convertir al Sultán de Babilonia

Movido San Francisco del celo de la fe de Cristo y del deseo del martirio, pasó una vez al otro lado del mar con doce compañeros suyos muy santos, para dirigirse al Sultán de Babilonia, y llegado a un país de sarracenos, donde guardaban los caminos unos hombres muy crueles, que a ningún cristiano dejaban escapar con vida, quiso Dios que no fueran muertos, sino apresados, maltratados, atados y conducidos ante el Sultán. Allí San Francisco, enseñado por el Espíritu Santo, predicó la fe católica con tal devoción, que en confirmación de ella quería entrarse en el fuego.

El Sultán le cobró mucha afición, ya por la constancia de su fe, ya por el desprecio del mundo que veía en él, pues siendo pobrísimo, no quería aceptarle ningún regalo, ya por aquel fervor y ansia tan manifiesta del martirio. Y de allí

en adelante el Sultán le escuchaba de buena gana; le rogó que volviese a verle con frecuencia, le concedió que pudiesen predicar libremente él y sus compañeros donde quisiesen, y les dió una contraseña para que nadie los pudiese molestar. Con este permiso, San Francisco envió a sus compañeros de dos en dos a predicar la fe de Cristo en diferentes países de sarracenos, y él, con otro de los compañeros, tomó un camino, y, llegando a una casa, entró en ella para descansar.

Había allí una mujer muy hermosa de cuerpo, pero sucia de alma, y la desgraciada le solicitó a pecar.

—*Acepto* —dijo el Santo—; *vamos a la cama.*

Y ella lo condujo a una habitación. Pero San Francisco le dijo:

—*Ven conmigo.*

Y la llevó a una lumbre grandísima que se hacía en la casa y, desnudándose, con fervor de espíritu se echó al lado de aquella hoguera sobre el abrasado suelo, y luego la invitó a que se despojase y echase también en aquella cama mullida y hermosa. Y estando San Francisco de esta manera mucho tiempo con semblante alegre, sin quemarse ni tostarse lo más mínimo, la mujer, asombrada con el milagro y compungida en su corazón, no sólo se arrepintió del pecado y de la intención mala, sino que se convirtió perfectamente a la fe de Cristo y llegó a tanta santidad, que por medio de ella se salvaron muchas almas en aquellos países.

Por fin, viendo San Francisco que no podía hacer más fruto en aquella tierra, determinó, movido de revelación divina, volverse a país de cristianos con todos sus compañeros; y habiéndolos reunido, fué a despedirse del Sultán y a tomar su licencia. Entonces el Sultán le dijo:

—Francisco, yo me convertiría de buena gana a la fe de Cristo, pero temo hacerlo ahora, porque si éstos lo advierten, me matarán a mí y a ti con todos tus compañeros; y como tú aun puedes hacer mucho bien, y yo tengo que arreglar asuntos de gran peso, quiero evitar por ahora tu muerte y la mía; pero enséñame cómo podré salvarme, porque estoy dispuesto a hacer lo que me digas.

Señor —respondió San Francisco—, *ahora yo me marcho de aquí; pero, llegado que haya a mi país, cuando después de mi muerte me halle, por la gracia de Dios, en el cielo, te mandaré dos frailes conforme a la voluntad de Dios, y ellos te bautizarán y te salvarás, según me lo ha revelado mi Señor Jesucristo. Mientras tanto, procura desprenderte de todos los impedimentos para que, cuando te llegue la gracia de Dios, te halle dispuesto a la fe y a la devoción.*

Y él así lo prometió y lo hizo.

Regresó San Francisco con aquel venerable colegio de sus santos compañeros y, pasados algunos años, entregó su alma a Dios. Cayó enfermo el Sultán, y esperando la promesa de San Francisco, hizo poner guardias en determinados caminos con orden para que si pasaban dos frailes con hábito de San Francisco, inmediatamente se los trajesen. Por el mismo tiempo se apareció el Santo a dos frailes y les mandó que sin tardanza fuesen a procurar la salvación del Sultán, conforme a la promesa que le tenían hecha; y ellos marcharon al instante, y, habiendo pasado el mar, fueron por las dichas guardias conducidos al Sultán, el cual recibió grandísima alegría al verlos, y dijo:

—Ahora sé de cierto que Dios me ha enviado sus siervos para mi salvación, conforme a la promesa que me hizo San Francisco por revelación divina.

Y habiendo sido instruído por los dichos frailes y regenerado en Cristo murió de aquella enfermedad, y se salvó su alma por las oraciones de San Francisco.

En alabanza de Cristo bendito. Amén.

CAPÍTULO XXIV

Cómo San Francisco sanó de alma y cuerpo a un leproso

El verdadero discípulo de Cristo, San Francisco, cuando estaba en esta miserable vida, se ingeniaba cuanto podía para imitar al perfecto Maestro, Jesucristo; de donde resultaba muchas veces, por virtud divina, que a quien él curaba el cuerpo le sanaba Dios al mismo tiempo el alma, según se lee que lo hacía Cristo. Y por eso, no sólo cuidaba de buena gana a los leprosos, sino que había mandado que los frailes de su Orden, por doquiera que fuesen o estuviesen, los cuidasen por amor de Cristo, que por nosotros quiso ser tenido como leproso.

En un lugar próximo al convento en que vivía San Francisco servían los frailes a los leprosos y enfermos en el hospital, y había uno tan impaciente, insufrible y protervo, que todos creían —y así era verdad— que estaba poseído del demonio, porque maltrataba descompuestamente de palabra y de obra a todos los que le cuidaban, y, lo que era peor, blasfemaba tan ignominiosamente de Cristo y de su Santísima Madre, que de ningún modo se hallaba quien quisiese o pudiese servirlo. Pues, aunque los frailes llevaban con paciencia las propias afrentas e injurias en consideración al

mayor mérito, no sucedía lo mismo con las blasfemias contra Cristo y su Madre, por parecerles que en conciencia no debían soportarlas, y así determinaron desentenderse del dicho leproso; pero no lo quisieron hacer sin informar antes detenidamente a San Francisco.

El Santo, luego que recibió la noticia, fué a ver al leproso, y llegándose a él, le saludó diciendo:

—*Dios te dé la paz, hermano mío carísimo.*

—¿Y qué paz me ha de dar Dios? —respondió él con aspereza—, si me ha privado de todo descanso y de todo bien, y me puso completamente podrido y hediondo?

—*Ten paciencia, hijo* —le contestó el Santo—; *las enfermedades del cuerpo nos las da Dios en este mundo para salud del alma; porque son de gran mérito cuando se llevan pacientemente.*

—¿Y cómo he de llevar yo en paz —replicó— el mal que me atormenta noche y día? Y no es sólo la enfermedad, porque me la agravan los frailes que me diste para que me sirviesen, y no lo hacen como deben.

Conociendo San Francisco por revelación que este leproso estaba poseído del espíritu maligno, fué a ponerse en oración para encomendarlo a Dios devotamente, y después fué y le habló de esta manera:

—*Hijo, quiero servirte yo mismo, ya que no estás contento de los otros.*

—Está bien —dijo el enfermo—; pero ¿qué me podrás hacer que no lo hayan hecho los otros?

—*Lo que tú quieras, eso haré* —le respondió.

—Pues quiero que me laves todo —dijo el enfermo—, porque siento tal hedor, que yo mismo no me puedo sufrir.

Inmediatamente hizo San Francisco que calentasen agua con muchas hierbas aromáticas; luego desnudó al leproso y comenzó a lavarlo con sus manos, echándole otro fraile el agua; y, por divina virtud y milagro, donde San Francisco tocaba con sus santas manos, desaparecía la lepra y quedaba la carne perfectamente sana. Y según iba sanando el cuerpo, le sanaba también el alma; porque viendo el leproso que se curaba, comenzó a sentir gran compunción y arrepentimiento de sus pecados y a llorar amarguísimamente, de suerte que, mientras el cuerpo se limpiaba de la lepra por fuera con la ablución de agua, el alma se limpiaba del pecado por dentro con la contrición y el llanto. Sano ya perfectamente de cuerpo y alma, se confesaba humildemente culpable, y decía llorando en alta voz:

—¡Ay de mí, que he merecido el infierno por las villanías e injurias que hice a los frailes y por mi impaciencia y blasfemias contra Dios!

Quince días estuvo llorando amargamente y pidiendo a Dios misericordia, e hizo entera confesión con el sacerdote.

San Francisco, viendo el manifiesto milagro que por sus manos había obrado Dios, le dió gracias y se marchó lejos de allí, porque su humildad huía de la gloria mundana, y en todo buscaba la honra y gloria de Dios y no la suya.

Después de los quince días de penitencia, dicho leproso, sano de cuerpo y alma, contrajo, según fué Dios servido, otra enfermedad y, fortalecido con los sacramentos de la Iglesia, murió santamente y su alma voló al paraíso. En prueba de ello se apareció en el aire a San Francisco, que estaba en oración, y le dijo:

—¿Me conoces?

—*¿Quién eres tú?* —dijo el Santo.

—Soy —respondió— aquel leproso que Cristo bendito sanó por tus méritos, y ahora me voy a la vida eterna, de lo que doy gracias a Dios y a ti; bendita sea tu alma y tu cuerpo, benditas tus palabras y tus obras, pues por ti se salvarán muchas almas en el mundo; sábete que no hay día en que los santos ángeles y los otros santos no den gracias a Dios por los santos frutos que tú y tu Orden hacéis en diversas partes del mundo; ten buen ánimo, da gracias a Dios y quédate con su bendición.

Dichas estas palabras se fué al cielo, y San Francisco quedó muy consolado.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO XXV

Cómo San Francisco recibió a un joven en la Orden, el cual despidió con desaire a unos ladrones, y después San Francisco les envió de comer y se convirtieron

Pasando una vez San Francisco por el distrito del Borgo de Santo Sepulcro, en un pueblo llamado Monte Casal se le acercó un joven noble, muy delicado, y le dijo:

—Padre, de muy buena gana quisiera yo ser fraile de tu Orden.

—*Hijo, tú eres joven, delicado y noble* —le contestó— y *acaso no puedas soportar nuestra pobreza y austeridad.*

—Padre —replicó él—, ¿no sois vosotros hombres como yo? Pues como la soportáis vosotros, también la soportaré yo con la gracia de Dios.

Agradó mucho esta respuesta a San Francisco; así es que le bendijo y le recibió inmediatamente en la Orden, poniéndole por nombre fray Angel; y se portó este joven tan a satisfacción, que de allí a poco San Francisco lo hizo Guardián del convento de dicho Monte Casal.

Andaban entonces por la comarca tres famosos ladrones que hacían muchos males en el país, y un día vinieron al convento y pidieron al dicho Guardián fray Angel que les diese de comer. Pero él les respondió ásperamente diciéndoles:

—No tenéis vergüenza, ladrones y homicidas crueles, de andar robando el trabajo de otros, y aun, como insolentes y descarados, queréis devorar las limosnas dadas para los siervos de Dios. No merecéis que la tierra os sostenga, porque no tenéis ningún respeto ni a los hombres ni a Dios, que os crió. Marchaos a vuestras fechorías y no aparezcáis más por aquí.

Oyendo esto los ladrones, se incomodaron mucho y marcharon con gran despecho.

Poco después volvía de fuera San Francisco con la alforja del pan y con el vino que él y su compañero habían mendigado, y contándole el Guardián cómo había echado a los ladrones, San Francisco le reprendió mucho, diciéndole que se había portado cruelmente, que los pecadores mejor se ganan para Dios con dulzura que con crueles reprensiones, y que por eso Dios nuestro Maestro, cuyo Evangelio hemos prometido guardar, dice que no necesitan de médico los sanos, sino los enfermos, y que él no vino a llamar a los justos sino a los pecadores a penitencia y aun por eso muchas veces comía con ellos. Y añadió:

—*Ya que has obrado contra la caridad y contra el santo Evangelio de Dios, te mando por santa obediencia que inmediatamente tomes esta alforja con el pan que yo he mendigado y el vino, y síguelos por montes y valles hasta que los encuentres; preséntales de mi parte todo este pan y vino; después te arrodillarás delante de ellos, confesando humildemente tu culpa y crueldad, y ruégales en mi nombre que no hagan más daño, que teman a Dios y no ofendan al prójimo; y, si ellos se conforman, yo les prometo proveerles de lo necesario y darles siempre de comer y de beber. Y después que les digas esto, vuelve aquí humildemente.*

Mientras el Guardián fué a cumplir lo mandado, San Francisco se puso en oración, pidiendo a Dios que ablandase el corazón de aquellos ladrones y los convirtiese a penitencia.

Cuando los alcanzó el obediente guardián, les presentó

el pan y el vino y cumplió lo demás que San Francisco le había encargado; y quiso Dios que, mientras comían estos ladrones la limosna del Santo, comenzaron a decirse:

—¡Ay de nosotros, miserables desventurados! ¡Qué penas tan duras nos esperan en el infierno por andar robando, maltratando, hiriendo y hasta matando a los prójimos, y después de hacer tantos males y crímenes ni siquiera tenemos remordimiento de conciencia ni temor de Dios; y este santo fraile. por algunas palabras que con razón nos dijo por nuestra malicia, ha venido a buscarnos y se reconoció culpable, y además nos trajo el pan, el vino y tan generosa promesa del santo Padre! Verdaderamente estos frailes son santos de Dios, y nosotros somos hijos de perdición que estamos mereciendo las penas del infierno y cada día aumentamos nuestra condenación. Y no sabemos si con tantos pecados como hemos hecho podremos hallar misericordia en Dios.

A estas y semejantes razones que dijo uno de ellos respondieron los otros:

—Ciertamente dices verdad; pero... ¿qué le hemos de hacer?

—Vamos —dijo el tercero— a presentarnos a San Francisco, y si él nos da esperanza de que Dios nos perdona nuestros pecados, haremos lo que nos mande y podremos librarnos del infierno.

Agradó a los otros este consejo, y los tres vinieron de común acuerdo a presentarse a San Francisco y le dijeron:

—Padre, nosotros, por muchos y atroces pecados que hemos hecho, no creemos tener perdón de Dios; pero si tú tienes la mínima esperanza de que Dios nos reciba en su misericordia, estamos dispuestos a cumplir lo que nos digas y a hacer penitencia contigo.

Entonces San Francisco, recibiéndolos caritativa y benignamente, los animó con muchos ejemplos, les aseguró de la misericordia divina y les prometió alcanzársela de Dios, diciéndoles que la divina clemencia es infinita, que aun siendo innumerables nuestros pecados, todavía es ella mayor, y que. según el Evangelio y el apóstol San Pablo, Cristo bendito vino a este mundo para redimir a los pecadores.

En virtud de estos y semejantes consejos, los dichos tres ladrones renunciaron al demonio y a sus obras, y San Francisco los recibió en la Orden y comenzaron a hacer gran penitencia. Dos de ellos vivieron poco tiempo y se fueron al paraíso; pero el tercero, que sobrevivió, acordándose de sus pecados, se dió a hacer tal penitencia, que por espacio de quince años continuos, excepto las cuaresmas comunes que

hacía con los otros frailes, en todo el otro tiempo ayunaba a pan y agua tres días cada semana, andaba siempre descalzo, vestido con una sola túnica, y nunca dormía después de maitines.

Por este tiempo, San Francisco pasó de esta miserable vida.

Y habiendo aquél continuado por muchos años la dicha penitencia, una noche, después de maitines, tuvo tal tentación de sueño, que de ningún modo podía resistir y velar como acostumbraba. Y viendo que no podía vencer el sueño ni orar, fué a echarse en cama para dormir, y tan pronto como acostó la cabeza, fué arrebatado fuera de sí y conducido en espíritu sobre un altísimo monte en que había un despeñadero muy profundo, y de uno y otro lado peñascos fracturados y resquebrajados, erizados de escollos o puntas desiguales, por lo que su aspecto era temeroso.

El ángel que le conducía le empujó y echó al despeñadero, y tropezando e hiriéndose, de escollo en escollo y de piedra en piedra, llegó por fin al fondo del barranco, todo dislocado y desmenuzado, según a él le parecía. Aun yacía así maltrecho por tierra, cuando su conductor le dijo:

—Levántate, que aun tienes que hacer un gran viaje.

—Me pareces imprudente y cruel —respondió el fraile—, pues ves que estoy a la muerte por la caída, que me ha hecho pedazos, y me dices que me levante.

El ángel se le acercó, y con sólo tocarlo le unió perfectamente todos sus miembros y lo sanó. Después le mostró una gran llanura de piedras agudas y cortantes y de espinos y abrojos, y le dijo que tenía que atravesarla descalzo hasta llegar al otro extremo, donde había un horno ardiendo, en el cual debía entrar. Y habiéndola pasado toda con mucha angustia y trabajo, le dijo el ángel:

—Entra en este horno, porque así tienes que hacerlo.

—¡Ay de mí —exclamó—, qué guía tan cruel tengo! Me ves casi muerto por la fatiga de esta penosísima llanura, y por todo descanso me dices que entre en ese horno encendido.

Y mirando más, vió alrededor del horno muchos demonios que tenían horcas de hierro en la mano y porque tardaba en entrar le empujaron con ellas adentro en un instante. Ya en el horno, comenzó a mirar a todas partes, y viendo a uno que era su compadre y estaba ardiendo de pies a cabeza, le dijo:

—¡Oh desventurado compadre! ¿Cómo has venido aquí?

—Pasa un poco más allá —respondió— y hallarás a mi mujer, tu comadre; ella te dirá la causa de nuestra condenación.

Siguió, pues, adelante y apareció la dicha comadre, toda abrasada, metida en una medida de grano hecha de fuego.

¡Oh comadre infeliz y desventurada! —le dijo—. ¿Cómo has venido a parar en tan cruel tormento?

—Porque en aquella grande carestía —contestó ella— que San Francisco anunció con anticipación, mi marido y yo falsificábamos la medida del trigo y del grano que vendíamos, y por eso estoy ardiendo apretada en esta medida.

En esto el ángel conductor del fraile le empujó fuera del horno y le dijo:

—Prepárate para un horrible viaje que tienes que hacer.

Y él suplica:

—¡Oh conductor durísimo, que no tienes ninguna compasión! Ves que estoy todo quemado en este horno, y aun me quieres llevar a un viaje peligroso y horrible.

Entonces el ángel le tocó y le puso sano y fuerte. Luego le llevó a un puente que no se podía pasar sin grande peligro, porque era muy delgado y estrecho, y además muy resbaladizo y sin pretiles a los lados, y por bajo pasaba un río horrible, lleno de serpientes, dragones y escorpiones que despedían grandísimo hedor. Y el ángel le dijo:

—Pasa este puente, porque no hay más remedio.

—Y ¿cómo lo podré pasar —respondió— sin caer en este río peligroso?

—Ven detrás de mí —dijo el ángel—; pon tu pie donde veas que yo pongo el mío, y así pasarás bien.

Pasó el fraile detrás del ángel, como éste le había enseñado, hasta que llegaron al medio del puente. Desde allí el ángel remontó el vuelo, dejándolo solo, y se fué a la cumbre de un monte altísimo situado bastante más allá del puente.

Se fijó bien el fraile en el lugar adonde había volado el ángel; pero se hallaba sin guía; y mirando abajo veía aquellos terribles animales con las cabezas fuera del agua y las bocas abiertas para devorarlo tan pronto como cayese. Era tal su temor, que no sabía qué hacer ni qué decir, porque ni podía volver atrás ni seguir adelante. Viendo que en aquella tribulación no le quedaba más refugio que el de Dios, se bajó y abrazó al puente, y suplicó a Dios de todo corazón y con las lágrimas en los ojos que le socorriese por su santísima misericordia.

Habiendo hecho esta oración, le pareció que comenzaban a nacerle alas, y esperaba con grande alegría que le creciesen para volar al lado de allá del puente, adonde había volado el ángel; pero, por el grande deseo que tenía de salir de allí, se echó a volar poco después, y como las alas no eran bastante grandes, dió consigo en el puente y en el acto le

cayeron las alas; por lo que de nuevo se abrazó al puente y se encomendó a Dios como antes.

Hecha la oración, le pareció que volvían a nacerle alas; y sin esperar tampoco esta vez a que creciesen perfectamente, se echó a volar antes de tiempo, y de nuevo cayó sobre el puente y le cayeron también las alas. Viendo que caía por la prisa de volar antes de tiempo, se dijo a sí mismo: «De seguro que si por tercera vez me nacen alas, he de esperar a que sean tan grandes que pueda volar sin peligro de caer.» Estando con este pensamiento conoció que le nacían alas por tercera vez, y esperó mucho tiempo hasta que fueron bien grandes; y le parecía que en lo que había esperado las tres veces habrían pasado más de cuarenta años. Por fin, remontó el vuelo con el mayor esfuerzo que pudo, y consiguió volar en alto hasta el lugar en que había visto al ángel, y llamó a la puerta del palacio en que había entrado. El portero le preguntó:

—¿Quién eres tú y a qué has venido aquí?

—Soy un fraile Menor —respondió.

—Espera —le dijo—; quiero llamar a San Francisco, a ver si te conoce.

Y mientras fué a buscar a San Francisco se puso el fraile a mirar los muros maravillosos de aquel palacio; parecían tan claros y transparentes que veía claramente los coros de los santos y lo que se hacía dentro. Estupefacto se hallaba de lo que veía, cuando llegó San Francisco con fray Bernardo y fray Gil, y en pos tanta multitud de santos y santas que habían seguido su vida, que casi parecía innumerable. San Francisco dijo al portero:

—*Déjalo entrar, que es uno de mis frailes.*

Apenas hubo entrado sintió tanta dulzura, que olvidó todas las tribulaciones anteriores, como si jamás las hubiera sufrido. Guiándolo hacia dentro San Francisco, le enseñó muchas cosas maravillosas y le dijo después:

—*Hijo, tienes que volver al mundo y estar en él siete días; prepárate bien durante ellos con la mayor devoción, porque luego iré a buscarte y vendrás conmigo a este lugar de los bienaventurados.*

Llevaba San Francisco un manto maravilloso, adornado de bellísimas estrellas, y sus cinco llagas eran como cinco estrellas hermosísimas, tan resplandecientes que iluminaban todo el palacio. Fray Bernardo tenía en la cabeza una bellísima corona de estrellas y fray Gil estaba circundado de maravillosa luz; y conoció entre ellos otros muchos santos que nunca había visto en el mundo. Despedido de esta manera por San Francisco, volvió al mundo, aunque de mala gana, y despertó; y al volver en sí y recobrar los sentidos, tocaban

los frailes a prima. De modo que no habría durado la visión sino desde maitines hasta prima, bien que a él le pareciese que habían pasado muchos años.

Toda esta visión la refirió detalladamente. Dentro de los siete días le acometió la fiebre, y el octavo vino a buscarlo San Francisco, como se lo había prometido, y en compañía de grandísima multitud de gloriosos santos condujo su alma al reino de los bienaventurados en la vida eterna.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO XXVI

Cómo San Francisco fué a Bolonia y convirtió con su predicación a dos nobles seglares

Una vez al llegar San Francisco a la ciudad de Bolonia, todo el pueblo corrió a verlo, y era tan grande el tropel de la gente, que a duras penas pudo el Santo entrar en la plaza. Y estando toda llena de hombres, mujeres y estudiantes, alzóse San Francisco en alto, y en el centro, comenzó a predicar lo que el Espíritu Santo le inspiraba. Decía cosas tan maravillosas, que más parecía que predicaba un ángel que un hombre; sus palabras, verdaderamente celestiales, eran como agudas saetas que traspasaban el corazón de los oyentes, y fué grande la multitud de hombres y mujeres que se convirtieron a penitencia.

Entre ellos, dos estudiantes nobles de la Marca de Ancona, llamado el uno Peregrino y el otro Ricerio, los cuales, tocados interiormente de la divina gracia durante la predicación, se acercaron luego a San Francisco y le dijeron que querían abandonar completamente el mundo y hacerse frailes. Y conociendo San Francisco, por revelación divina, que eran enviados por Dios y que habían de hacer vida santa en la Orden, atendiendo a su gran fervor, les recibió alegremente y les dijo:

—*Tú, Peregrino, harás vida de humildad, y tú, Ricerio, servirás a los frailes.*

Y así fué, porque fray Peregrino no quiso hacerse sacerdote y se quedó de lego, aunque era muy letrado y grande canonista; y por esta humildad llegó a tanta perfección en la virtud, que fray Bernardo, primogénito de San Francisco, dijo que era uno de los frailes más perfectos que había en el mundo. Y por fin, pasó de esta vida a la bienaventurada, haciendo muchos milagros antes y después de la muerte.

Fray Ricerio sirvió a los frailes fiel y devotamente, viviendo con grande humildad y santidad, y llegó a tener mucha familiaridad con San Francisco, el cual le revelaba muchos secretos. Y habiendo sido nombrado Ministro de la provincia de la Marca de Ancona, la gobernó muchos años con suma paz y discreción. Después de algún tiempo, con permisión de Dios, sintió en su alma una tentación gravísima, por lo que, agobiado de tribulación y angustia, se mortificaba ásperamente noche y día con ayunos, disciplinas y amargo llanto; pero no la podía echar de sí. Muchas veces se veía

Coloquio espiritual. (Fritz Kuntz.)

en grande desesperación, porque se creía abandonado de Dios. Estando con esta angustia determinó, como último remedio, acudir a San Francisco, discurriendo de esta manera: «Si San Francisco me recibe con buen semblante y con la familiaridad de costumbre, creeré que aun tendrá Dios piedad de mí; de lo contrario, será señal de que estoy abandonado de Dios». Emprendió, pues, el viaje en busca del Santo.

Hallábase éste a la sazón gravemente enfermo en el palacio del Obispo de Asís, y le reveló Dios toda la tentación y desesperación de dicho fraile, y su determinación y venida. Por lo cual llamó inmediatamente a fray León y a fray Maseo y les dijo:

—*Salid al encuentro de mi carísimo hijo fray Ricerio, abrazadle y saludadle de mi parte, y decidle que entre todos los frailes que hay en el mundo yo le amo singularmente.*

Salieron, en efecto, le encontraron en el camino, le abrazaron y le dijeron lo que San Francisco les había mandado. Fué tanto el consuelo y dulzura que con esto recibió fray Ricerio, que casi quedó fuera de sí, y dando gracias a Dios de todo corazón, vino donde San Francisco yacía enfermo. El cual, no obstante su grave enfermedad, cuando sintió llegar a fray Ricerio se levantó, le salió al encuentro, y abrazándole dulcemente le dijo:

—*Hijo carísimo, fray Ricerio, entre todos los frailes que hay en el mundo, te amo singularmente.*

Dicho esto, le hizo en la frente la señal de la santa cruz, le besó en ella, y añadió después:

—*Carísimo hijo, esta tentación te la permitió Dios para grande mérito y ganancia tuya; pero si tú no quieres más esta ganancia, no la tengas.*

¡Cosa admirable! Apenas San Francisco hubo pronunciado estas palabras, desapareció repentinamente toda la tentación, como si jamás en su vida la hubiese tenido, y quedó muy consolado.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO XXVII

Cómo fray Bernardo de Quintaval estuvo en éxtasis desde la mañana hasta la hora de nona

Cuánta gracia concede Dios muchas veces a los pobres evangélicos que por su amor abandonan el mundo, se ve en fray Bernardo de Quintaval, quien, después que tomó el hábito de San Francisco, muchísimas veces era arrebatado en Dios a la contemplación de las cosas celestiales.

Una vez, entre otras, oyendo misa en la iglesia, absorto en Dios, quedó de tal manera arrebatado en éxtasis que no advirtió la elevación de la hostia y del cáliz, y no se arrodilló ni se quitó la capucha, como hacían los otros que estaban allí, sino que estuvo insensible y mirando fijamente sin pestañear desde la mañana hasta la hora de nona. Y al volver en sí después, andaba admirado, gritando por el convento:

—¡Oh hermanos!, ¡oh hermanos!, ¡oh hermanos! No hay hombre en esta tierra, por muy grande y noble que sea, que, si le prometiesen un palacio bellísimo lleno de oro, no encontrase fácil el llevar una espuerta llena de estiércol para ganar tesoro tan excelente.

A este celestial tesoro, prometido a los amadores de Dios, fué arrebatado fray Bernardo, el cual traía el pensamiento tan fijo en Dios, que por quince años continuos anduvo siempre con el rostro y la mente levantados al cielo, y en todo ese tiempo nunca sació el hambre, aunque comía un poco de lo que le presentaban, porque decía que de lo que el hombre no prueba no hace perfecta abstinencia, y que la abstinencia verdadera es guardar templanza en las cosas que son gustosas al paladar.

Con esto llegó a tanta claridad y luz de inteligencia, que hasta los grandes doctores acudían a él para la solución de graves e intrincadas cuestiones y difíciles pasajes de la Sagrada Escritura; y él les declaraba todas las dificultades, porque su entendimiento estaba completamente libre y abstraído de las cosas terrenas, y a manera de las golondrinas se remontaba a lo alto de la contemplación, acaeciéndole pasar hasta veinte días, y a veces treinta, sobre las cumbres de montes muy altos contemplando a solas las cosas celestiales. Por eso decía fray Gil que a nadie, como a fray Bernardo de Quintaval, le era dado alimentarse volando, cual lo hacen las golondrinas, y por esta excelente gracia que tenía de Dios, San Francisco gustaba de hablar con él frecuentemente de día y de noche, y alguna vez fueron hallados juntos arrobados en éxtasis durante toda la noche en la selva, adonde se habían recogido para hablar de Dios. El cual sea bendito por los siglos de los siglos. Amén.

CAPÍTULO XXVIII

Cómo el demonio se apareció a fray Rufino en forma de crucifijo para engañarle, y le dijo que estaba condenado

Fray Rufino, uno de los más nobles caballeros de Asís, compañero de San Francisco y hombre muy santo, fué durante algún tiempo fortísimamente tentado y combatido por el demonio acerca de la predestinación, por lo cual andaba muy melancólico y triste, pues el demonio le hacía creer que estaba condenado, que no era del número de los predestinados a la vida eterna y que era cosa perdida todo el bien que hacía en la Orden. Aunque duraba días y más días esta tentación, por vergüenza no se la descubría a San Francisco; mas no por eso dejaba de hacer las oraciones y austeridades acostumbradas.

Dió el enemigo en añadirle tristeza sobre tristeza, y además de las batallas interiores comenzó a combatirle exteriormente con apariciones engañosas. Una vez se le presentó en forma de crucifijo, diciéndole:

—¡Oh fray Rufino! ¿Por qué te afliges con penitencias y oraciones, si tú no eres de los predestinados a la vida eterna? Créeme que yo sé a quiénes elegí y predestiné. y no creas al hijo de Pedro Bernardone cuando te diga lo contrario, ni le preguntes siquiera sobre esto, porque ni él ni nadie lo sabe, sino yo, que soy el Hijo de Dios. Y créeme de cierto que tú eres del número de los condenados, y al hijo de Pedro Bernardone, tu padre, no me plugo hacerle de mis escogidos, ni a ti ni a él, y también su padre es de los réprobos, y quien lo sigue va engañado.

Dichas estas palabras, desapareció repentinamente, y fray Rufino se encontró tan ofuscado por el príncipe de las tinieblas, que perdía todo el amor y la confianza que tenía puesta en San Francisco, y ya no se cuidaba de decirle nada. Mas lo que no le dijo fray Rufino se lo reveló el Espíritu Santo. y así, viendo el gran peligro en que estaba, mandó a fray Maseo que lo llamase. pero fray Rufino le respondió con aspereza:

—¿Qué tengo yo que ver con fray Francisco?

Entonces, fray Maseo, lleno de sabiduría divina, conoció el engaño del demonio y dijo:

—¡Oh fray Rufino! ¿No sabes tú que fray Francisco es como un ángel de Dios, que ha iluminado a tantas almas en el mundo y que por su medio hemos recibido nosotros la gracia de Dios? Quiero que vengas a todo trance, porque veo claramente que estás engañado por el demonio.

Cedió a estas palabras fray Rufino. y cuando el Santo le vió venir de lejos exclamó:

—*¡Ay, fray Rufino, pobrecillo! ¿A quién has creído tú?*

Y apenas llegó, se puso San Francisco a referirle detalladamente toda la tentación con que interior y exteriormente le había combatido el demonio, y le manifestó claramente que quien se le había aparecido no era Cristo, sino el diablo. y que de ningún modo debía admitir sus sugestiones. *Cuando el diablo* —añadió— *vuelva a decirte que estás condenado. respóndele tú: «Abre la boca y te la llenaré de inmundicias». En señal de que es el diablo verás cómo al darle esta respuesta huirá inmediatamente. También debías conocer que era el diablo porque te endureció el corazón para el bien, lo cual es su oficio; pues Cristo bendito nunca endurece el corazón del hombre fiel, antes lo ablanda, como dice por el Profeta: «Yo os quitaré el corazón de piedra y os daré corazón de carne.»*

Al ver fray Rufino cómo San Francisco le decía detalladamente el hecho y circunstancias de la tentación, se compungió con sus palabras y rompió a llorar a lágrima viva, y concibiendo profunda veneración hacia el Santo, humildemente se reconoció culpable por haberle ocultado la tentación:

Así quedó muy consolado y fortalecido con las amonestaciones del santo Padre y todo mejorado. Por fin, le dijo San Francisco:

—*Ve y confiésate, y no dejes la ocupación ni la oración acostumbrada, y ten por cierto que esta tentación te ha de ser de grande utilidad y consuelo, como luego lo experimentarás.*

Volvió fray Rufino a su celda, que estaba en el bosque. y orando en ella con muchas lágrimas, se le apareció el enemigo en figura y apariencia exterior de Cristo y le dijo:

—¿No te he dicho yo, fray Rufino, que no creas al hijo de Pedro Bernardone, y que no te canses en orar y llorar, porque estás condenado? ¿De qué te sirve afligirte en vida, si después de muerto te verás condenado?

Fray Rufino le contestó:

—Abre la boca y te la llenaré de inmundicias.

Al instante huyó con despecho el demonio, causando tal tempestad y terremoto, que del monte alto que está allí cerca se precipitaron las piedras, durando largo tiempo el fragor de las que caían; y con tal fuerza chocaban entre sí al rodar, que hacían fuego horrible abajo, en el valle. Al espantoso ruido salieron del convento San Francisco y sus compañeros para ver lo que ocurría, y aun hoy están patentes los efectos de aquella grandísima ruina.

Entonces fray Rufino conoció perfectamente que había sido el demonio quien le había engañado. Por lo cual, volviendo a la presencia de San Francisco, se postró de nuevo en tierra y reconoció su culpa. El Santo le animó con palabras dulces y le envió muy consolado a la celda, donde se le apareció Cristo bendito y le enardeció el alma en divino amor, diciéndole:

—Has hecho bien, hijo, en creer a fray Francisco, porque el que te había entristecido era el diablo. Yo soy Cristo, tu Maestro, y para asegurarte bien de que lo soy te doy esta señal: que mientras vivas nunca sentirás tristeza ni melancolía.

Dicho esto desapareció Cristo, dejándole con tanta alegría, dulzura de espíritu y elevación de mente, que día y noche estaba absorto y arrobado en Dios. Desde entonces fué tan confirmado en la gracia y en la confianza de su salvación

que se trocó en otro hombre, y estaría día y noche en oración contemplando las cosas divinas, si los otros le dejaran.

Hablando de fray Rufino, decía San Francisco que Jesucristo le había canonizado en esta vida, y que, no siendo en su presencia, no dudaría llamarlo San Rufino. aunque estuviese todavía vivo sobre la tierra.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO XXIX

CÓMO SAN FRANCISCO ENVIÓ A FRAY RUFINO SIN HÁBITO A PREDICAR EN ASÍS, Y DESPUÉS, PARA PROBAR AQUELLA MORTIFICACIÓN, FUÉ ÉL TAMBIÉN DE IGUAL MODO, E HICIERON AQUEL DÍA MUCHO FRUTO ESPIRITUAL

El dicho fray Rufino andaba tan absorto en Dios por la continua contemplación, que se había hecho casi insensible y mudo, y rarísima vez hablaba; y, además, no tenía gracia para predicar ni facilidad para hablar; no obstante, San Francisco le mandó que fuese a Asís y predicase al pueblo lo que Dios le inspirase.

A lo que fray Rufino respondió:

—Padre reverendo: te suplico que me dispenses y no me mandes, pues ya sabes que no tengo el don de predicar y que soy simple e idiota.

—*Ya que no me has obedecido pronto* —le dijo San Francisco—, *te mando, por santa obediencia, que vayas sin hábito a Asís, con sólo los paños de honestidad, y entres en una iglesia y prediques así al pueblo.*

Al oír este mandato, fray Rufino se quitó el hábito y marchó a Asís; entró en una iglesia y, habiendo hecho reverencia al altar, subió al púlpito y se puso a predicar, de lo cual comenzaron a reírse los muchachos y los hombres, diciendo:

—Estos, con la mucha penitencia que hacen, se vuelven fatuos y andan fuera de sí.

Mientras tanto, reflexionando San Francisco en la presteza con que había obedecido fray Rufino, que era gentilhombre de los principales de Asís, y en el duro mandato que le había impuesto, comenzó a reprenderse a sí mismo, diciendo:

—*¿De dónde te ha venido tanta soberbia, hijo de Pedro Bernardón, hombrecillo vil, que mandes a fray Rufino, que es gentilhombre de los principales de Asís, que vaya, desnudo como un fatuo, a predicar al pueblo? Por cierto que has de experimentar en ti lo que mandas a los otros.*

Y al instante, con fervor de espíritu, se desnudó de la misma manera y se fué a Asís, acompañado de fray León, para que les llevase su hábito y el de fray Rufino. Al verlo en esta disposición los de Asís le escarnecían, pensando que con la mucha penitencia se habían puesto locos él y fray Rufino.

Cuando San Francisco entró en la iglesia estaba fray Rufino predicando estas palabras: «Carísimos, huíd del mundo, dejad el pecado, restituíd lo ajeno, si queréis evitar el infierno; guardad los mandamientos de Dios, amando a Dios y al prójimo, si queréis ir al cielo, y haced penitencia, si queréis poseer el reino de la gloria.»

San Francisco, despojado como estaba, subió al púlpito y comenzó a predicar tan maravillosamente acerca del desprecio del mundo, de la santa penitencia, de la pobreza voluntaria, del deseo del reino celestial y de la desnudez y afrentas de Nuestro Señor Jesucristo en su pasión, que todos los oyentes lloraban a lágrima viva, movidos sus corazones con increíble devoción y compunción; y no sólo allí, sino que en todo Asís hubo aquel día tanto llanto por la pasión del Señor que jamás se había visto semejante.

Así edificado y consolado el pueblo con los actos de San Francisco y fray Rufino, el Santo vistió a éste el hábito, y él también el suyo, volvieron vestidos al convento de la Porciúncula, alabando y glorificando a Dios, que les había dado gracia para vencerse y despreciarse a sí mismos y edificar con el buen ejemplo a las ovejuelas de Dios, mostrándoles cuán útil es despreciar al mundo.

Creció tanto aquel día la devoción del pueblo hacia ellos que se tenía por feliz el que podía tocarles la fimbria del hábito.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO XXX

Cómo San Francisco, por divino privilegio, conocía todas las virtudes y defectos de sus frailes, y cómo decía que fray Rufino había sido canonizado por Cristo

A la manera que Nuestro Señor Jesucristo dice en el Evangelio: «Yo conozco a mis ovejas, y ellas me conocen», así el bienaventurado Padre San Francisco, como buen pastor, sabía por revelación divina todos los méritos y virtudes de sus compañeros, y conocía sus defectos, por lo cual sabía proveer a todos del mejor remedio; humillando a los soberbios y ensalzando a los humildes, vituperando los vicios y alabando las virtudes, como se lee en las revelaciones que tenía de su primera familia.

Encuéntrase en ellas que, estando una vez San Francisco hablando de Dios con sus compañeros, y no hallándose allí fray Rufino, porque estaba en contemplación en el bosque, prosiguió con ellos su plática. Salió del bosque fray Rufino y pasó algo apartado de allí; al verlo San Francisco se volvió a los compañeros y les preguntó:

—*¿Cuál creéis vosotros que será el alma más santa que tiene Dios ahora en el mundo?*

Y respondiendo que creían fuese la suya, les dijo San Francisco:

—*Yo, carísimos hermanos, soy el hombre más vil que tiene Dios en este mundo; pero ¿veis aquél, fray Rufino, que sale ahora de la selva? Pues me ha revelado Dios que su alma es una de las tres más santas que hay en la tierra, y yo no dudaría en llamarlo en vida San Rufino, porque su alma está confirmada en gracia, santificada en el cielo y canonizada por mi Señor Jesucristo.*

Pero esto nunca lo decía San Francisco en presencia de fray Rufino.

Del mismo modo conocía San Francisco los defectos de sus frailes, y así comprendía claramente a fray Elías, y muchas veces le reprendía de su soberbia, y predijo a fray Juan de la Capella que él mismo se había de ahorcar, y decía a otro fraile que veía cómo el demonio le apretaba la garganta cuando era corregido por desobediencia. Y de muchos otros conocía claramente los defectos y virtudes por revelaciones de Cristo bendito. Amén.

CAPÍTULO XXXI

Cuánto deseaba fray Maseo la virtud de la humildad, y cómo quiso dar los ojos para obtenerla, y la alcanzó

Los primeros compañeros de San Francisco ponían todo su cuidado y esfuerzo en hacerse pobres de cosas terrenas y ricos de las virtudes, por las cuales se alcanzan las verdaderas riquezas celestiales y eternas.

Sucedió un día que, hallándose todos reunidos hablando de Dios, dijo uno de ellos:

—Había uno que era grande amigo de Dios y tenía grande gracia de vida activa y contemplativa, y con todo eso era tan excesiva y profunda su humildad que se tenía por grandísimo pecador, y esta humildad le santificaba y confirmaba en gracia y le hacía crecer continuamente en las virtudes y dones de Dios y jamás le dejaba caer en pecado.

Al oír fray Maseo tan maravillosas cosas de la humildad y comprendiendo que es un tesoro de vida eterna, comenzó a sentirse tan inflamado del amor y deseo de esta virtud que, levantando la cara al cielo con gran fervor, hizo voto y propósito firmísimo de no admitir jamás alegría en este mundo hasta que sintiese la dicha virtud perfectamente asentada en su alma. Desde entonces se estaba casi siempre encerrado en la celda, afligiéndose en la presencia de Dios con ayunos, vigilias, oraciones y llanto copiosísimo para que le concediese esta virtud, sin la cual se consideraba merecedor del infierno, y de la que tan enriquecido estaba aquel amigo de Dios de quien le habían hablado.

Y perseverando fray Maseo muchos días en este deseo, se fué una vez al bosque y andaba por él con grande ansiedad de espíritu, derramaba lágrimas y exhalaba suspiros y exclamaciones, pidiendo a Dios fervorosísimamente esta virtud divina; y como Dios oye de buen grado las oraciones de los humildes y contritos, estando fray Maseo en la referida disposición, sintió una voz del cielo que le llamó dos veces:

—¡Fray Maseo, fray Maseo!

Conoció en espíritu ser la voz de Jesús, y respondió:

—¡Señor mío, Señor mío!

—¿Qué darías tú —le dijo Cristo— por esta gracia que me pides?

—Daría, Señor, los ojos de mi cara—contestó fray Maseo.

—Pues yo quiero —añadió Cristo— que tengas la gracia y también los ojos.

Dicho esto desapareció la voz, y fray Maseo quedó lleno de tanta abundancia de la deseada virtud de la humildad y de la luz de Dios, que en lo sucesivo estaba siempre rebosando alegría, y muchas veces, cuando oraba, hacía un arrullo semejante, en la forma y el sonido, al de la paloma, repitiendo: *uh, uh, uh,* y con cara alegre y corazón gozoso se estaba así en la contemplación; y con todo, habiendo llegado a ser humildísimo, se tenía por el mínimo de todos los hombres del mundo. Preguntóle fray Santiago de Falerone por qué no mudaba de tono en aquella demostración de gozo, y respondió que cuando en una cosa se halla todo bien no conviene mudar.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO XXXII

Cómo bendiciendo Santa Clara la mesa por obediencia al Papa, apareció formada milagrosamente la cruz en cada panecillo

Santa Clara, devotísima discípula de la cruz de Cristo y noble planta cultivada por el Padre San Francisco, había llegado a tanta santidad que no sólo los Obispos y Cardenales, sino también el Papa deseaba con grande afecto verla y oírla, y muchas veces la visitaba personalmente.

Entre otras, fué una vez al monasterio para oírla hablar de las cosas celestiales y divinas, y estando ambos en conversación espiritual, Santa Clara hizo preparar la mesa y poner en ella el pan para que el Padre Santo lo bendijese. Y terminada la plática espiritual, Santa Clara se arrodilló con grande reverencia y le rogó que se dignase bendecir el pan que estaba en la mesa. El Papa respondió:

—Hermana Clara fidelísima, quiero yo que bendigas tú ese pan y hagas sobre él la señal de la cruz del Señor, a quien te has entregado por completo.

—Perdonadme, Santísimo Padre —repuso ella—; pero sería digna de muy grande reprensión si delante del Vicario de Cristo me atreviese a dar semejante bendición yo, que soy una vil mujercilla.

—Para que no pueda atribuirse a presunción —insistió el Papa—, sino a la virtud de la obediencia, te mando por santa obediencia que hagas la señal de la santa cruz sobre estos panes y los bendigas en el nombre de Dios.

Entonces, Santa Clara, como verdadera hija de obediencia, bendijo devotísimamente los panes con la señal de la santa cruz. ¡Cosa admirable! Al instante apareció una bellísima cruz esculpida en todos ellos; entonces unos se comieron y otros se guardaron en memoria del milagro. Al verlo el Padre Santo, tomó un panecillo, y dando gracias a Dios se marchó, dejando a Santa Clara con su bendición.

Vivían entonces en aquel convento sor Ortolana y sor Inés, madre la una y hermana la otra de Santa Clara, ambas, como ella, llenas de virtudes y del Espíritu Santo, y muchas otras santas monjas. San Francisco les enviaba muchos enfermos, y ellas, con sus oraciones y haciéndoles la señal de la cruz, daban salud a todos.

En alabanza de Cristo. Amén.

Algunas clarisas entre los lirios del jardín. (Fritz Kuntz.)

CAPÍTULO XXXIII

Cómo San Luis vino a visitar a fray Gil, y no habiéndose visto nunca, se conocieron sin hablarse

Yendo San Luis, Rey de Francia, en peregrinación a muchos santuarios, y oyendo la grandísima fama de santidad de fray Gil, que había sido uno de los primeros compañeros de San Francisco, deseó mucho verlo y se determinó a visitarlo personalmente, y, en efecto, vino a Perusa, donde moraba entonces fray Gil. Llegó a la puerta con poco séquito, como un pobre peregrino desconocido, y preguntó con grande instancia por fray Gil, sin decir al portero quién era.

Avisó el portero a fray Gil que un peregrino le llamaba y al mismo tiempo fuéle revelado por Dios que era el Rey de Francia. Salió de la celda al instante, corrió con fervor a la portería, y aunque no se habían visto nunca, se arrodillaron sin más preámbulos, se abrazaron con grandísima devoción y se besaban con tanta familiaridad como si por largo tiempo hubieran tenido amistad estrechísima; y a todo esto ninguno de los dos hablaba, sino que permanecían abrazados en silencio con aquellas demostraciones de caritativo amor. Después de estar largo espacio de la manera referida sin decir nada, se separaron el uno del otro. San Luis siguió su viaje y fray Gil se volvió a la celda.

Al marchar San Luis, preguntó un fraile a uno de los que lo acompañaban quién era aquel que tanto tiempo había estado abrazado con fray Gil, y le respondió que era Luis, Rey de Francia, que había venido a ver a fray Gil. Y diciéndoselo este fraile a los otros, tuvieron grande pesar porque fray Gil no les había hablado palabra, y le dijeron quejándose:

—¡Oh fray Gil! ¿Por qué has sido tan descortés que no has hablado nada a un Rey tan grande, que vino desde Francia para verte y oírte alguna buena palabra?

—No os admiréis de esto, hermanos carísimos —respondió—, porque ni yo a él ni él a mí nos podíamos decir palabra. Tan pronto como nos abrazamos, la luz de la divina sabiduría me descubrió y manifestó su corazón y a él el mío; de modo que, mirándonos por disposición divina los corazones, conocíamos lo que nos queríamos decir, mucho mejor y con más consuelo que si lo explicáramos con el habla, porque el lenguaje humano, por su deficiencia, no puede expresar con claridad las cosas secretas de Dios, y más hubiera

servido de desconsuelo que de satisfacción. Tened por cierto que el Rey marchó admirablemente consolado.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO XXXIV

Cómo estando gravemente enferma Santa Clara fué transportada milagrosamente de la celda a la iglesia

Hallábase una vez Santa Clara gravemente enferma, de modo que no podía ir con las otras monjas a rezar el Oficio en la iglesia; y llegando la fiesta de la Navidad del Señor, todas las demás fueron a maitines y quedó ella sola en cama, disgustada de no poder acompañarlas y recibir con ellas aquel consuelo espiritual. Pero no queriendo su esposo Jesucristo dejarla desconsolada, la hizo llevar milagrosamente, por ministerio de ángeles, a la iglesia de San Francisco, y después que asistió allí al Oficio de maitines y a la misa de media noche y recibió la sagrada comunión, hizo que la volviesen a su cama. Las monjas, luego que terminaron el Oficio divino, vinieron a ver a Santa Clara y le dijeron:

—¡Ay madre nuestra, sor Clara! ¡Qué gran consuelo hemos tenido en esta santa noche de la Natividad del Señor! ¡Pluguiera a Dios que hubieras estado con nosotras!

—Hermanas e hijas mías carísimas —les respondió—: doy gracias y alabanzas a mi bendito Señor Jesucristo, que con mucho consuelo de mi alma estuve a toda la función de esta santísima noche, y mayor aún que la vuestra, y esto por intercesión de mi santo Padre fray Francisco, y por gracia de Dios; pues estuve en la iglesia del santo Padre Francisco, y con los oídos de mi cuerpo y de mi alma escuché todo el canto y el sonido del órgano y allí recibí la santa comunión. Alegraos, pues, de tan grande favor y dad gracias a Nuestro Señor Jesucristo. Amén.

CAPÍTULO XXXV

De una visión hermosa y admirable que tuvo fray León, y cómo se la declaró San Francisco

En una ocasión que San Francisco se hallaba gravemente enfermo y fray León le cuidaba, estando éste junto a él haciendo oración fué arrebatado en éxtasis y llevado en es-

píritu a un río grandísimo, ancho e impetuoso. Y vió entrar en el río algunos frailes que iban cargados y, al instante, los derribaba el ímpetu de la corriente y se ahogaban; varios otros llegaban, quiénes hasta la tercera parte, quiénes al medio y quiénes cerca de la otra orilla; pero, al fin, con el ímpetu del río y el peso de la carga, caían todos y se ahogaban.

Fr. León se compadecía muchísimo de ellos, y he aquí que de improviso vió venir una gran multitud de frailes sin carga ni peso de cosa alguna, y en los cuales resplandecía la santa pobreza; éstos entraron en el río y pasaron sin peligro a la otra parte.

Volvió en sí fray León, y comprendiendo San Francisco que había tenido alguna visión especial, le llamó y le preguntó lo que había visto. Cuando fray León le hubo referido todo, le dijo el Santo:

—*Lo que tú has visto es la realidad. El gran río es este mundo; los frailes que se ahogan son los que no siguen la profesión evangélica, especialmente en cuanto a la altísima pobreza; y los que pasaban sin peligro son los que no buscan ni poseen en este mundo ninguna cosa terrena ni carnal, sino que, viviendo y vistiendo con moderación, siguen contentos a Cristo desnudo en la cruz y llevan de buena gana y con alegría la carga y yugo suave de Cristo y de la santa obediencia, y así pasan con facilidad de la vida temporal a la eterna.*

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO XXXVI

Cómo San Francisco, llegando a casa de un hombre cortés e hidalgo, y viéndole generoso, oró por él, y se hizo fraile y fué perfecto

El siervo de Dios San Francisco llegó una tarde, al anochecer, a casa de un gentilhombre, grande y poderoso, que le recibió y hospedó a él y al compañero con grandísima devoción y cortesía, como a unos ángeles del cielo Por lo cual San Francisco le cobró mucho amor, considerando cómo, al entrar en la casa, le había abrazado y besado tan amigablemente y después le había lavado los pies y se los había enjugado y besado humildemente, y luego había encendido fuego y preparado la mesa con muchos y buenos manjares, y mientras ellos comían estaba él continuamente sirviéndoles

con alegre semblante. Luego que acabaron de comer, dijo este caballero:

—Padre, yo estoy a vuestra disposición con mi persona y hacienda para cuanto podáis necesitar; cuando os haga falta túnica o manto, compradla, que yo la pagaré, y sabed que estoy pronto a proveeros en todas vuestras necesidades, porque, gracias a Dios, puedo hacerlo, pues tengo abundancia de todos los bienes temporales y, por amor de Dios, que me los ha dado, de buena gana hago bien a sus pobres.

Al ver San Francisco tanta cortesía, amabilidad y generoso ofrecimiento, le tomó tal amor que después de marchar iba diciendo por el camino:

—*En verdad que este hombre era bueno para nuestra compañía. ¡Es tan agradable y reconocido a Dios, y tan amable y cortés con el prójimo y con los pobres! Has de saber, hermano carísimo, que la cortesía es una de las propiedades de Dios, que por cortesía da el sol y la lluvia a justos e injustos, y es hermana de la caridad, que apaga el odio y fomenta el amor. Ahora que he conocido tanta virtud divina en este buen hombre, de buena gana lo quisiera por compañero. Hemos de volver un día a verlo, por si Dios le toca el corazón para que nos acompañe en su servicio; mientras tanto, pediremos al Señor para que le inspire este deseo y le dé gracia para cumplirlo.*

¡Cosa admirable! A los pocos días, habiendo hecho San Francisco esta oración, le infundió el Señor la vocación a este gentilhombre, y dijo el Santo al compañero:

—*Vamos, hermano mío, a casa del hombre cortés, porque tengo cierta esperanza en Dios que con ese desprendimiento con que da las cosas temporales, se nos dará también a sí mismo por compañero.*

Cuando llegaban cerca de su casa, dijo San Francisco a su compañero:

—*Espérame aquí un poco; quiero, ante todo, pedir a Dios que haga próspero nuestro camino y que, por virtud de su santísima pasión, se digne concedernos a nosotros, pobrecillos y débiles, la noble presa que pensamos quitar al mundo.*

Dicho esto, se puso en oración en un lugar en que podía ser visto por aquel caballero cortés, y plugo al Señor que, mirando este gentilhombre a una y otra parte, vió al Santo en devotísima oración delante de Dios, que se le había aparecido allí con grande claridad, y veía este hombre que San Francisco estaba corporalmente levantado de la tierra un buen espacio, con lo cual se sintió de tal manera tocado e inspirado por Dios a dejar el mundo, que inmediatamente salió de su palacio. corrió con fervor hacia San Fran-

cisco, que seguía orando, y al llegar se le arrodilló a los pies y con grandísima instancia y devoción le rogó que tuviese a bien recibirlo para hacer penitencia con él.

Al ver San Francisco cómo su oración había sido oída, y aquel gentilhombre le pedía con tanta instancia lo mismo que él estaba deseando, se levantó con fervor y alegría de espíritu y le abrazó y besó, dando gracias devotamente a Dios porque le había aumentado el número de sus compañeros con un caballero tan noble.

Dijo éste a San Francisco:

—¿Qué me mandas que haga, padre mío? Dispuesto estoy a dar a los pobres, por mandato tuyo, todo lo que poseo y seguir a Cristo contigo, desembarazado de todas las cosas temporales.

Y así lo hizo; pues, conforme al mandato y consejo de San Francisco, distribuyó toda su hacienda a los pobres y entró en la Orden, viviendo con grande penitencia, santidad y edificación; y, por fin, pasó a la gloria de los bienaventurados.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO XXXVII

Cómo fué revelado a San Francisco que fray Elías estaba condenado, y éste mudó de vida, y el Santo oró por él, y se salvó

En cierta ocasión, morando de familia en un mismo convento San Francisco y fray Elías, reveló Dios a San Francisco que fray Elías estaba condenado, y que había de apostatar de la Orden y, por fin, moriría fuera de ella.

Por lo cual, San Francisco le concibió tal displicencia que no le hablaba ni trataba, y si ocurría alguna vez que fray Elías viniese hacia él, torcía de camino y se dirigía a otra parte para no encontrarlo. Comenzó fray Elías a darse cuenta de ello y comprendió que San Francisco estaba disgustado de él, y queriendo saber la causa, se le acercó un día para hablarle; mas, como el Santo quisiere evitarlo, fray Elías, cortésmente, le detuvo por fuerza y comenzó a rogarle discretamente que tuviese a bien decirle el motivo por que esquivaba tanto su compañía y conversación. San Francisco le respondió:

—El motivo es que Dios me ha revelado que por tus pecados has de apostatar de la Orden y morir fuera de ella, y también me ha dicho que estás condenado.

Al oír esto fray Elías, dijo:

—Padre mío reverendo, te ruego, por amor de Dios, que no huyas de mí ni me eches de ti por esta causa; antes, como buen pastor y discípulo de Cristo, busques y recojas la oveja que perece, si tú no la ayudas, y pide a Dios por mí para que, si puede ser, revoque la sentencia de mi condenación, porque está escrito que hace Dios revocar la sentencia si el pecador enmienda su pecado, y yo tengo tal fe en tus oraciones que creo que, aun hallándome en medio del infierno, había de sentir algún alivio si tú pidieses a Dios por mí; por eso te suplico que, aunque soy pecador, me encomiendes a Dios, que vino para salvar a los pecadores, a fin de que me reciba en su misericordia.

Fray Elías de Cortona

Y decía esto fray Elías con mucha devoción y lágrimas. San Francisco, como padre piadoso, le prometió que pediría a Dios por él, como, en efecto, lo hizo. Y orando por él con grandísima devoción, le fué revelado que su oración había sido oída en cuanto a revocar la sentencia de condenación de fray Elías, cuya alma no se condenaría, pero que de cierto saldría de la Orden y moriría fuera de ella.

Y así sucedió. Porque, habiéndose rebelado contra la Iglesia Federico, Rey de Sicilia, y excomulgado por el Papa él y cuantos le daban ayuda o consejo, fray Elías, que era tenido por uno de los hombres más sabios del mundo, solicitado por dicho Rey, siguió su partido, haciéndose rebelde a la Iglesia y apóstata de la Orden, por lo cual le

excomulgó el Papa y le privó del hábito de San Francisco. Estando así excomulgado, enfermó gravemente, y oyéndolo un hermano suyo, fraile lego, que había perseverado en la Orden y era hombre de vida piadosa y ejemplar, fué a visitarle, y entre otras cosas le dijo:

—Hermano mío carísimo: mucho me duele verte excomulgado y fuera de la Orden y que mueras así; si tú ves algún medio o camino por donde pueda yo sacarte de ese peligro, de muy buena gana me tomaría cualquier trabajo por ti.

—Hermano mío —respondió fray Elías—: yo no veo otro medio sino que vayas al Papa y le ruegues, por amor de Dios y de su siervo San Francisco, por cuyas enseñanzas abandoné yo el mundo, que me absuelva de la excomunión y me devuelva el hábito de la Orden.

Díjole su hermano que de buena gana trabajaría por su salvación; y, en efecto, partió y fué a echarse a los pies del Papa y le suplicó humildísimamente que perdonase a su hermano, por amor de Dios y de San Francisco. Quiso Dios que el Papa le concediera que absolviese de su parte a fray Elías, si lo hallaba con vida, y le restituyese el hábito. De lo que partió muy contento, y volviendo con gran prisa encontró a fray Elías vivo, pero ya en la agonía. Le absolvió de la excomunión, le puso el hábito y pasó de esta vida, y su alma encontró misericordia, por los méritos y oraciones de San Francisco, en que tanto había confiado.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO XXXVIII

Cómo predicando San Antonio a gentes de muchas naciones, por divina gracia le entendió cada uno como si le hubiese hablado en su propia lengua

El maravilloso vaso del Espíritu Santo, San Antonio de Padua, uno de los discípulos escogidos y compañeros de San Francisco, que le llamaba su Obispo, predicó una vez en el Consistorio delante del Papa y de los Cardenales. Había allí hombres de diversas naciones: griegos, latinos, franceses, alemanes, eslavos, ingleses y de otras diferentes lenguas del mundo, e inflamado por el Espíritu Santo propuso la palabra de Dios tan devota, clara e inteligiblemente, que cuantos allí estaban, aunque de diversas lenguas, entendieron todas sus palabras clara y distintamente, como si hubiera hablado en la lengua de cada uno de ellos.

Todos se hallaban asombrados, y les parecía ver renovado el antiguo milagro de los apóstoles cuando al tiempo de Pentecostés hablaban, por virtud del Espíritu Santo, todas las lenguas; por lo cual se decían, admirados, unos a otros:

—¿No es de España este que predica? ¿Y cómo es que oímos todos su habla en la lengua de nuestras tierras?

Maravillado también el Papa, y considerando la profundidad de doctrina, dijo:

—Verdaderamente que éste es arca del Testamento y armario de la Sagrada Escritura.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO XXXIX

Cómo San Antonio predicó a los peces y le escucharon en gran multitud

Queriendo Cristo bendito manifestar la gran santidad de su fidelísimo siervo San Antonio de Padua, y cuán devotamente merecía ser oída su predicación y doctrina santa aun por los mismos irracionales, reprendió una vez, entre otras, por medio de los peces, la fatuidad de los infieles herejes, como antiguamente en el Viejo Testamento había reprendido la ignorancia de Balaam por la boca de una asna.

Estando una vez San Antonio en Rímini, donde había gran multitud de herejes, y queriendo atraerlos a la luz de la verdadera fe y al camino de la verdad, predicó y discutió mucho con ellos acerca de la fe de Cristo y de la Sagrada Escritura; pero ellos no sólo no se convencían con sus santas instrucciones, sino que, endurecidos y obstinados, ni aun quisieron oírlo; por lo que un día San Antonio, divinamente inspirado, se fué a la ribera del mar, cerca de la desembocadura del río, y comenzó a decir, como predicando, de parte de Dios, a los peces:

—Oíd la palabra de Dios, vosotros peces del mar y del río, ya que no la quieren oír los infieles herejes.

Apenas dijo esto, acudió repentinamente hacia él a la orilla del mar tal multitud de peces grandes, pequeños y medianos, que nunca en aquel mar ni en el río se habían visto tantos, y todos sacaron las cabezas fuera del agua y atendían con grandísima quietud, mansedumbre y orden. pues estaban delante, cerca de la orilla, los más pequeños, detrás los medianos, y atrás. donde el agua era más profunda. los mayores.

San Antonio comenzó a predicarles solemnemente, diciendo:

—Hermanos míos peces: Mucha obligación tenéis de alabar, según vuestra posibilidad, a nuestro Criador, que os ha dado tan excelente elemento para vuestra habitación, de modo que tenéis a vuestro gusto el agua dulce y la salada, y os preparó muchos escondrijos para refugiaros en las tempestades; os ha dado un elemento claro y transparente y comida con que vivir. Dios, vuestro Criador, cortés y benigno, os puso, cuando os crió, el mandato de crecer y multiplicaros y os echó su bendición; después, cuando con el diluvio universal morían todos los otros animales, sólo a vosotros preservó de daño. Además, os proveyó de aletas para que podáis discurrir por donde os plazca. A vosotros fué dado, por disposición divina, guardar al profeta Jonás y echarlo en tierra al tercer día, sano y salvo. Vosotros proporcionasteis a Nuestro Señor Jesucristo la moneda del censo, que El, como pobrecillo, no tenía con qué pagar. Vosotros fuisteis alimento del eterno Rey Jesucristo, antes y después de la resurrección, por singular misterio. Por todo lo cual tenéis mucha obligación de alabar y bendecir a Dios, que os hizo más beneficios que a las otras criaturas.

San Antonio predica a los peces

A estas y semejantes palabras e instrucciones de San Antonio comenzaron los peces a abrir las bocas e inclinar las cabezas, y con estas y otras señales de reverencia alababan a Dios de la manera que les era posible.

Viendo San Antonio en los peces tanta reverencia hacia Dios, su Criador, se alegró vivamente y dijo en alta voz:

—¡Bendito sea el eterno Dios!, que más le honran los peces que los hombres herejes, y mejor escuchan su palabra los animales irracionales que los hombres infieles.

Y cuanto más predicaba San Antonio, más crecía la multitud de peces, y ninguno se marchaba del lugar que había ocupado.

A la noticia del hecho, comenzó a correr la gente de la ciudad, y entre ella vinieron también los dichos herejes, y viendo el milagro tan maravilloso y patente, se compungieron en sus corazones y se echaron a los pies de San Antonio para oír su predicación. El santo les predicó acerca de la fe católica, y tan admirablemente lo hizo, que a todos aquellos herejes convirtió e hizo volver a la verdadera fe de Cristo, quedando también los fieles más confirmados y fortalecidos en ella y con grandísima alegría.

Después San Antonio despidió a los peces con la bendición de Dios, y todos marcharon con admirables demostraciones de alegría, y lo mismo el pueblo. Permaneció el santo en Rímini muchos días, predicando y haciendo en las almas mucho fruto espiritual.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO XL

De fray Simón, que tuvo tanta virtud que con su oración arrojaba demonios, y cómo orando por un fraile, muy tentado, lo libró Dios

Cerca del principio de la Orden, viviendo aún San Francisco, entró en ella un joven de Asís llamado fray Simón, al cual adornó y enriqueció Dios con tanta gracia y tal contemplación y devoción de espíritu, que toda su vida era espejo de santidad, según yo lo oí a los que por largo tiempo vivieron con él.

Rarísima vez se le veía fuera de la celda, y si alguna vez estaba con los frailes, hablaba siempre de Dios. No había estudiado gramática, sin embargo predicaba de Dios y de la oración de Cristo tan profunda y altamente, que sus palabras parecían sobrenaturales, tanto que, habiendo salido una tarde al bosque con fray Santiago de la Massa para tratar de Dios, estuvo hablando del divino amor tan dulce-

mente que se les pasó toda la noche en aquella conversación, y a la mañana les parecía que habían estado poquísimo tiempo, según me refirió el dicho fray Santiago.

Experimentaba fray Simón tal suavidad y dulzura del Espíritu Santo en las ilustraciones divinas y visitas amorosas de Dios, que muchas veces cuando las sentía venir se echaba sobre la cama, porque la dulce tranquilidad del Espíritu Santo requería en él no sólo el reposo del alma, sino también el del cuerpo. Y en estas visitas divinas era muchas veces arrebatado en Dios y quedaba del todo insensible a las cosas temporales, y, mientras estaba así arrobado en Dios e insensible al mundo, ardía interiormente en el amor divino y no percibía nada de lo de fuera con los sentidos corporales. Queriendo un fraile hacer experiencia de esto y ver si era como parecía, fué a buscar un carbón encendido y se lo puso sobre el pie desnudo. Nada sintió fray Simón, ni le hizo la menor señal en el pie, aunque lo tuvo en él larguísimo espacio hasta que se apagó de por sí.

Cuando fray Simón se llegaba a la mesa, antes de probar la comida tomaba para sí y daba también a los otros el manjar espiritual, hablando de Dios.

Por este devoto conversar se convirtió una vez un joven vanísimo y mundano, de San Severino, que era de familia noble y de complexión muy delicada; al recibirlo en la Orden, le recogió fray Simón el traje de seglar y lo guardó consigo. Estaba dicho joven con fray Simón para aprender las observancias de la Orden.

Pero el demonio, que procura estorbar toda obra buena, le acometió de tan fuerte estímulo y ardiente tentación impura, que no la podía resistir. Por lo cual se fué en busca de fray Simón y le dijo:

—Dame mi vestido de seglar, porque no puedo sufrir más la tentación impura.

Fray Simón, compadeciéndose mucho de él, le decía:

—Siéntate aquí un poco conmigo, hijo mío.

Y comenzaba a hablarle de Dios, y toda la tentación desaparecía. Volvíale ésta de tiempo en tiempo, y pedía él su traje: pero fray Simón se la desvanecía siempre hablándole de Dios. Así hizo muchas veces; mas, por fin, la tentación creció y le molestaba fuertemente, mucho más de lo acostumbrado; y no pudiendo en manera alguna resistirla, se fué a fray Simón, exigiéndole a todo trance el vestido de seglar y diciendo que de ningún modo podía esperar más.

Entonces fray Simón lo hizo sentar a su lado, como acostumbraba, y hablándole de Dios, el joven, melancólico y triste, reclinó la cabeza en el pecho de fray Simón. Este, con la grande compasión que le tenía, levantó los ojos al cielo, pidiendo a Dios por él devotísimamente; el joven quedó arrobado y fray Simón fué oído de Dios.

Cuando aquél volvió en sí, se sintió completamente libre de la tentación, como si jamás la hubiera tenido; antes bien, el fuego de la pasión se le cambió en ardor del Espíritu Santo, por haberse llegado al carbón encendido, a fray Simón, y quedó tan inflamado en el amor de Dios y del prójimo, que habiendo sido sentenciado un malhechor a perder los ojos, este joven se compadeció muchísimo y se fué resueltamente al presidente del tribunal y en pleno Consejo pidió con muchas lágrimas y fervorosas instancias que le quitasen a él un ojo y al malhechor el otro, para que no quedase privado de ambos; y viendo el juez el gran fervor y caridad de este fraile, concedió, con acuerdo del Consejo, el perdón completo.

Estando un día el dicho fray Simón orando en el bosque con grande consolación de su alma, comenzó a estorbarle con sus gritos una bandada de cornejas, y él les mandó en nombre de Jesús que partiesen de allí y no volviesen más. Marcharon al instante, y no se vieron ni oyeron más ni allí ni en toda la comarca. Este milagro fué patente en todo el país de la Custodia de Fermo, en que estaba el convento.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO XLI

Donde se trata de algunos santos frailes, singularmente de fray Conrado y de otro fraile, el cual desde la aurora hasta la salida del sol transportó un leproso a quince millas de distancia

Como cielo adornado de estrellas, así estuvo antiguamente la provincia de la Marca de Ancona con santos frailes que, a manera de lumbreras del cielo, iluminaron y hermosearon la Orden de San Francisco y al mundo con doctrina y ejemplos.

Se distinguieron, entre otros, en primer lugar, fray Lúcido Antiguo, que en verdad fué luciente por la santidad y ardiente por la caridad divina; su gloriosa lengua, informada por el Espíritu Santo, lograba con la predicación maravillosos frutos.

Fray Bentivoglio de San Severino, que estando en oración en el bosque fué visto elevado en el aire largo espacio por fray Maseo de San Severino, el cual era entonces pá-

rroco, y movido de esto renunció a la parroquia y se hizo fraile Menor, llegó a tanta santidad que obró muchos milagros en vida y en muerte, y está sepultado en Murro. El dicho fray Bentivoglio, estando una vez solo en Trave Bonanti, cuidando de un leproso, recibió orden del Superior para trasladarse a un convento distante quince millas, y, no queriendo abandonar al leproso, cargó con él a cuestas con gran fervor, y en el tiempo que media desde la aurora hasta la salida del sol recorrió las quince millas y llegó al convento de Monte Sanvicino, donde estaba destinado; viaje que no pudiera hacer en tan poco tiempo aunque fuese águila. Este divino milagro causó grande admiración y asombro en todo el país.

Fray Pedro de Monticello, que en el convento viejo de Ancona fué visto por su Guardián, fray Servodeo de Urbino, levantado cinco o seis brazas del suelo, orando a los pies del crucifijo de la iglesia.

Este fray Pedro, habiendo ayunado una vez con gran devoción la cuaresma de San Miguel Arcángel, y estando el último día en oración en la iglesia, fué oído por un fraile joven (que de propósito se había escondido bajo el altar mayor para observarle algún acto de santidad) y conversaba con San Miguel Arcángel de este modo. Decía San Miguel:

—Pedro, te has fatigado fielmente por mi y de muchos modos has mortificado tu cuerpo; yo vengo ahora a consolarte; pide la gracia que quieras, y te la alcanzaré de Dios.

Respondió fray Pedro:

—Santísimo Príncipe de la milicia celestial, fidelísimo celador de la honra de Dios y protector piadoso de las almas; te pido que me alcances de Dios el perdón de mis pecados.

—Pide otra cosa —contestó San Miguel—, porque eso te lo alcanzaré fácilmente.

Y como fray Pedro no pidiese más, concluyó el Arcángel diciéndole:

—Por la confianza y devoción que me tienes, te conseguiré la gracia que me pides y muchas otras.

Y terminado el diálogo, que había durado mucho, desapareció el Arcángel, dejando a fray Pedro muy consolado.

Estando este santo fray Pedro en el convento de Forano, de la Custodia de Ancona, vivía también allí fray Conrado de Offida; y un día que éste salió a la selva para entregarse a la contemplación, fray Pedro se fué secretamente tras él para observarle.

Fray Conrado se puso en oración y comenzó a suplicar devotísimamente con mucho llanto a la Virgen María que le alcanzase de su bendito Hijo la gracia de sentir un poco de aquella dulzura que sintió el santo Simeón el día de la

Purificación, cuando tomó en sus brazos a Jesucristo, Salvador bendito. Inmediatamente fué oída su oración por la misericordiosa Virgen María, y he aquí que aparece la Reina del cielo trayendo a su Hijo en los brazos, entre grandísima claridad de luz, acercóse a fray Conrado, le puso en el brazo aquel bendito Hijo, y él le recibió devotísimamente, le ahogó y le estrechó contra su pecho, se derretía y liquidaba todo en amor divino y consuelo inexplicable. Y del mismo modo fray Pedro, que presenciaba desde su escondrijo aquella escena, sentía en su alma grandísima consolación y dulzura.

Al separarse de fray Conrado la Virgen María, fray Pedro se volvió apresuradamente al convento para no ser visto de él; pero después, cuando fray Conrado venía muy alegre y gozoso, le dijo fray Pedro:

—¡Oh celestial! ¡Gran consuelo has tenido!

—¿Qué es lo que dices, fray Pedro? ¿Qué sabes tú lo que he tenido? —le replicó fray Conrado.

—Bien lo sé, bien lo sé —repuso él—, que te ha visitado la Virgen María con su hijo.

Entonces fray Conrado que, como verdadero humilde, deseaba guardar en secreto los favores de Dios, le rogó que no lo dijese a nadie; y se amaron tanto los dos desde entonces, que parecía que en todas las cosas tenían un solo corazón y una sola alma.

Estando fray Conrado una vez en el convento de Sirolo, libró con sus oraciones a una endemoniada, pidiendo por ella toda la noche y apareciéndose a su madre, y a la mañana huyó para no verse honrado del pueblo.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO XLII

Cómo fray Conrado amonestó a un fraile perverso, con tanta caridad que pronto vino a ser el más perfecto del convento

El dicho fray Conrado de Offida, celador admirable de la pobreza evangélica y de la Regla de San Francisco, fué por su piadosa vida y grandes méritos tan acepto de Dios, que Cristo bendito lo honró en vida y muerte con muchos milagros.

Llegó una vez como forastero al convento de Offida y le rogaron los frailes, por amor de Dios y por caridad, que

amonestase a un fraile joven que allí había, el cual se portaba tan pueril, licenciosa y desordenadamente que a toda la comunidad perturbaba, lo mismo a los viejos que a los jóvenes, y del Oficio divino y demás observancias regulares poco o nada se cuidaba.

Fray Conrado, por compasión hacia el joven y por la súplica de aquellos frailes, le llamó aparte y con ferviente caridad le dijo tan eficaces y devotas palabras que, obrando la divina gracia, cambió repentinamente, transformándose en viejo por las costumbres el que era niño; y se hizo tan obediente, benigno, solicito, devoto, y tan pacífico, obsequioso y aplicado a las obras de virtud que, como antes perturbaba a toda la comunidad, así después tenía a todos contentos y edificados, y le amaban entrañablemente.

Fué Dios servido que, a poco de su conversión, muriese este joven, de lo que se dolieron mucho los frailes; y, algunos días después de la muerte, su alma se apareció a fray Conrado, que estaba orando devotamente delante del altar de dicho convento, y le saludó reverentemente como a padre.

—¿Quién eres tú? —preguntó fray Conrado.

—Soy —respondió— el alma del fraile joven que murió estos días.

—¿Qué es de ti, hijo carísimo? —preguntó de nuevo fray Conrado.

—Padre carísimo —contestó—, por la gracia de Dios y por tu doctrina estoy bien, porque no estoy condenado; pero por mis pecados, que no tuve tiempo de purgar bastante, sufro grandísimas penas en el purgatorio. Te ruego, padre, que, como por tu piedad me socorriste en vida, me socorras también ahora en mis penas, rezando por mí algunos padrenuestros, porque tu oración es muy acepta a Dios.

Rezó fray Conrado un padrenuestro y *réquiem*, y le dijo aquella alma:

—¡Oh padre carísimo, cuánto bien y refrigerio siento! Ahora te pido que lo reces otra vez.

Y habiéndolo hecho fray Conrado, dijo el alma:

—Santo padre, cuando rezas por mí me siento toda aliviada: te ruego que no ceses de orar por mí.

Viendo fray Conrado que con su oración recibía tanto alivio esta alma, rezó cien padrenuestros, y cuando los hubo concluído le dijo ella:

—Te doy las gracias de parte de Dios, carísimo padre, por la caridad que has tenido conmigo; pues por tu oración estoy libre de todas las penas y me voy al reino de los cielos.

Y dicho esto, desapareció.

Entonces fray Conrado, con grandísima alegría, consoló a los frailes, refiriéndoles detalladamente toda esta visión.

CAPÍTULO XLIII

DE DOS FRAILES QUE SE AMABAN TANTO QUE POR CARIDAD MANIFESTABAN EL UNO AL OTRO LAS REVELACIONES QUE TENÍAN

Cuando moraban juntos en el convento de Forano, de la Custodia de Ancona, los dichos fray Conrado y fray Pedro, que eran dos estrellas resplandecientes de la provincia de la Marca, y dos hombres celestiales, estaban unidos con tanto afecto y caridad que parecían un solo corazón y una sola alma, y se ligaron los dos con este pacto: que cualquier consuelo o favor que recibiesen de la misericordia de Dios, se lo debería comunicar el uno al otro por caridad.

Sucedió después de este convenio que, meditando un día fray Pedro devotamente en la pasión del Señor, como viese pintados al pie de la cruz a la beatísima Madre de Cristo, al amadísimo discípulo Juan y a San Francisco, crucificados con Jesús por dolor espiritual, le vino el deseo de saber cuál de los tres había tenido mayor dolor de la pasión de Cristo: si la Madre, que lo había engendrado, o el Discípulo, que se había recostado en su pecho, o San Francisco, que estaba con él crucificado; y discurriendo en este devoto pensamiento se le apareció la Virgen María con San Juan Evangelista y San Francisco, ataviados con riquísimos vestidos de gloria; pero el de San Francisco parecía más hermoso que el de San Juan.

Estaba fray Pedro estupefacto con esta visión, pero San Juan le confortó diciéndole:

—No temas, hermano carísimo, pues hemos venido para consolarte y aclararte tu duda. Has de saber que la Madre de Cristo y yo tuvimos mayor dolor de la pasión que ninguna otra criatura; pero después de nosotros, San Francisco lo tuvo mayor que nadie; y por eso le ves con tan grande gloria.

Fray Pedro le preguntó:

—Santísimo Apóstol de Cristo, ¿por qué parece el vestido de San Francisco más hermoso que el tuyo?

—Porque cuando vivía en el mundo —respondió San Juan— llevaba hábito más vil que el mío.

Dichas estas palabras, San Juan dió a fray Pedro un vestido de gloria que traía en la mano y le dijo:

—Toma este vestido que traigo para ti.

Y queriendo San Juan vestírselo a fray Pedro, cayó éste por tierra estupefacto y comenzó a gritar:

—Fray Conrado, fray Conrado, acude pronto; ven a ver cosas maravillosas.

Y diciendo esto, desapareció aquella santa visión. Cuando llegó fray Conrado le refirió fray Pedro detalladamente todo lo ocurrido, y ambos dieron gracias a Dios. Amén.

CAPÍTULO XLIV

Cómo un fraile fué milagrosamente llamado por Dios a la Orden, siendo aún niño

En la provincia de la Marca, siendo aún niño seglar fray Juan de la Penna, se le apareció una noche un joven bellísimo y le llamó diciendo:

—Juan, vete a San Esteban, donde predica uno de mis frailes; cree su doctrina y guíate por sus palabras, porque te lo mando yo. Cumplido esto, tienes que hacer un gran viaje y después vendrás a mi reino.

Inmediatamente se levantó y sintió gran mudanza en sus alma. Fué a San Esteban, y halló gran multitud de hombres y mujeres que habían acudido para oír el sermón. El que había de predicar era uno que se llamaba fray Felipe, y era de los primeros frailes que habían venido a la Marca de Ancona cuando se fundaron allí los conventos.

Subió a predicar fray Felipe, y lo hizo devotísimamente. no con palabras de sabiduría humana, sino con la virtud del Espíritu, anunciando el reino de la vida eterna. Acabado el sermón, se le acercó el referido niño y le dijo:

—Padre, si tuvieses por bien recibirme en la Orden, de buena gana haría penitencia y serviría a Nuestro Señor Jesucristo.

Viendo y conociendo fray Felipe en este niño una maravillosa inocencia y voluntad resuelta de servir a Dios, le dijo:

—Ven conmigo tal día a Recanati, y haré que seas recibido.

Había de celebrarse allí el Capítulo provincial. El niño, que era muy candoroso, pensó que sería éste el gran viaje que debía de hacer, según la revelación que había tenido, y que después se iría al cielo. y creía que así había de suceder luego que fuese recibido. Mas, como vió que su pensamiento aun no se realizaba, y oyó decir al Ministro en el Capítulo que a quien quisiese ir a la provincia de la Provenza le daría licencia de buena gana, tuvo gran deseo de

ir, pensando en su corazón que sería éste el gran viaje que tenía que hacer antes de irse al paraíso; pero le daba vergüenza manifestarlo.

Por fin, confiando su pensamiento a fray Felipe, por cuya mediación había entrado en la Orden, le rogó encarecidamente que le alcanzase aquella gracia para trasladarse a la Provenza; y fray Felipe, viendo su candor y buena intención, se la consiguió. Partio fray Juan con grande alegría, porque estaba cierto que, terminado aquel viaje, iría al paraíso.

Pero plugo a Dios que estuviese allá veinticinco años, siempre con la misma esperanza y deseo, viviendo con grandísima observancia, santidad y ejemplaridad, creciendo continuamente en gracia delante de Dios y de los hombres, y sumamente amado de frailes y seglares.

Un día que fray Juan estaba devotamente en oración, llorando y lamentándose porque no se le cumplía el deseo y se alargaba demasiado su peregrinación en esta vida, se le apareció Cristo bendito; y, al verlo, parecía que toda el alma se le derretía. Díjole Cristo:

—Hijo mío, fray Juan, pídeme lo que quieras.

—Señor mío —respondió—, yo no acierto a pedir más que a Ti mismo, porque ninguna otra cosa deseo; te ruego tan sólo que me perdones mis pecados y me concedas la gracia de verte otra vez cuando más necesitado me halle.

—Tu oración ha sido oída —le dijo Cristo.

Y al punto se marchó, dejando a fray Juan muy consolado y fortalecido.

Por aquel tiempo, oyendo los frailes de la Marca la fama de santidad de fray Juan, hicieron tanto con el General, que al fin le mandó la Obediencia, para que volviese a la Marca, y él la recibió alegremente, y emprendió el viaje pensando que al terminarlo se iría al cielo, conforme a la promesa de Cristo.

Pero, habiendo regresado, vivió en la Marca treinta años, sin ser conocido por ninguno de sus parientes, y todos los días estaba esperando de la misericordia de Dios que le cumpliese la promesa. En este tiempo desempeñó varias veces el cargo de Guardián con mucha discreción, y obró Dios por él muchos milagros.

Entre otros dones que recibió de Dios, tuvo espíritu de profecía. Sucedió una vez que, estando él fuera del convento, un novicio suyo se vió combatido del demonio y tentado tan fuertemente que, consintiendo en la tentación, determinó salir de la Orden luego que viniese fray Juan; y conoció éste por espíritu de profecía toda la tentación y determinación y volvió inmediatamente a casa, llamó al dicho

novicio, le dijo que se confesase; pero antes que él lo hiciese le refirió fray Juan en detalle toda la tentación, según Dios se la había revelado, y añadió:

—Hijo mío, porque tú me esperaste y no quisiste marchar sin mi bendicion, te ha concedido Dios la gracia de que nunca salgas de la Orden, sino que perseveres en ella, con el divino auxilio, hasta la muerte.

Con estas palabras se sintió el novicio confirmado en el buen propósito y se quedó en la Orden y llegó a ser un santo fraile. Todas estas cosas me las refirió fray Hugolino.

El dicho fray Juan era hombre de ánimo alegre y reposado, raras veces hablaba, tenía grande gracia de oración y devoción y, especialmente despues de maitines, nunca dormía ni volvía a la celda, sino que se quedaba en la iglesia y oraba hasta la mañana. Y estando una noche en oración después de maitines, apareció un ángel de Dios y le dijo:

—Fray Juan, ha llegado, por fin, el término de tu viaje, que tanto tiempo has esperado, y vengo a decirte de parte de Dios que pidas la gracia que quieras, porque te la concederá; y también que escojas entre pasar un día en el purgatorio o siete de penas en este mundo.

Eligió fray Juan los siete días de penas en este mundo, e inmediatamente fué acometido de varias enfermedades: fiebre, gota en manos y pies, dolor de costado y muchos otros males; pero lo peor de todo era un demonio que no se le quitaba de delante y tenía en la mano un papel grande, en que traía escritos todos los pecados de fray Juan, y le decía:

—Por estos pecados de pensamiento, palabra y obra que tú has cometido, estás condenado al profundo infierno.

Y él no se acordaba de que hubiese hecho bien alguno ni que estaba o hubiese estado jamás en la Orden, sino que pensaba que estaba condenado, como el demonio le decía.

Y así, cuando le preguntaban cómo estaba, decía:

—Mal, porque estoy condenado.

Los frailes se admiraban muchísimo, y enviaron a buscar un fraile antiguo, llamado fray Mateo de Monte Rubiano, que era un santo hombre, muy amigo de fray Juan; llegó cuando éste se hallaba en el séptimo día de su tribulación, le saludó y le preguntó cómo estaba.

—Mal —respondió—, porque estoy condenado.

Entonces le dijo fray Mateo:

—¿No te acuerdas que te has confesado muchas veces conmigo y que yo te he absuelto enteramente de todos tus pecados? ¿No te acuerdas también que has servido a Dios en esta santa Orden muchísimos años? ¿No sabes, además, que la misericordia de Dios excede y sobrepuja a todos los pecados del mundo, y que Cristo bendito, nuestro Salvador, pagó por nuestro rescate un precio infinito? Ten confianza, que de cierto te salvarás.

Y al decir esto, cumpliéndosele a fray Juan el plazo de su expiación, desapareció la tentación y vino el consuelo; y así dijo a fray Mateo con grande alegría:

—Estás fatigado y es tarde; te ruego que vayas a descansar.

Fray Mateo no le quería dejar; más, por fin, cedió a sus repetidas instancias, se fué de allí y se retiró a descansar, quedando fray Juan a solas con el fraile que lo cuidaba. Cuando he aquí que vino Cristo bendito con grandísimo resplandor y suavísima fragancia a cumplirle la promesa de aparecérsele otra vez cuando tuviese más necesidad, y le sanó perfectamente de todas las enfermedades.

Entonces fray Juan dióle gracias con las manos juntas, porque con óptimo fin terminaba su gran viaje de la presente y miserable vida, le encomendó su alma y en sus manos la entregó, pasando de la vida mortal a la eterna en compañía de Cristo bendito, al cual tan largo tiempo había deseado y esperado.

Está sepultado dicho fray Juan en el convento de San Juan de la Penna.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO XLV

De un fraile que por haber visto subir al cielo el alma de otro fraile, que era su hermano, veneró sus reliquias

En la provincia de la Marca, después de la muerte de San Francisco, entraron en la Orden dos que eran hermanos: el uno se llamó fray Humilde y el otro fray Pacífico; ambos fueron hombres de gran santidad y perfección; fray Humilde residía en el convento de Soffiano, y allí murió, y fray Pacífico moraba en otro bien distante.

Un día que fray Pacífico estaba en oración en un lugar solitario fué, por voluntad de Dios, arrebatado en éxtasis y vió el alma de su hermano fray Humilde, que entonces salía del cuerpo, subir derecha al cielo sin ninguna detención o impedimento.

Sucedió, después de muchos años, que este fray Pacífico, que sobrevivió, pasó a morar en el convento de Soffiano,

donde su hermano había muerto. Por aquel tiempo, a petición de los señores de Brunforte, mudaron los frailes el convento a otro lugar, y, entre otras cosas, trasladaron las reliquias de los frailes santos que habían muerto allí; y viniendo a la sepultura de fray Humilde su hermano fray Pacífico, recogió los huesos, los lavó con buen vino, los envolvió después en un lienzo blanco y con grande reverencia y devoción los besaba y lloraba.

Admirábanse los otros frailes, pareciéndoles que no daba con esto buen ejemplo un hombre de tanta santidad como fray Pacífico, pues parecía que lloraba a su hermano con amor mundano y sensual, y que mostraba más devoción a sus reliquias que a las de otros frailes, que no habían sido menos santos que fray Humilde, y eran tan merecedores de reverencia como las de éste. Conociendo fray Pacífico el pensamiento de los frailes, les dió satisfacción humildemente diciendo:

—No os admiréis, hermanos míos carísimos, de que haga con los huesos de mi hermano lo que no hice con los de otros; porque, bendito sea Dios que lo sabe muy bien, no me movió a esto, como vosotros creéis, el amor carnal, sino que lo hice porque cuando mi hermano pasó de esta vida, orando yo en un lugar solitario lejos de él, vi subir su alma derecha al cielo; y, por eso, estoy cierto que sus huesos son santos y han de estar un día en el paraíso. Y si Dios me hubiera dado tanta certeza con respecto a los otros frailes, la misma reverencia habría hecho a sus huesos.

Viendo entonces los frailes su piadosa y santa intención, quedaron muy edificados de él, y alabaron a Dios, que tales maravillas obra con sus santos.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO XLVI

Cómo estando un fraile enfermo de muerte, vino la Virgen María con tres vasos de bálsamo y lo sanó

En el sobredicho convento de Soffiano hubo antiguamente un fraile Menor de tanta gracia y santidad, que en todo parecía divino, y con frecuencia era arrebatado en Dios.

Estando una vez este fraile absorto y arrobado en Dios, porque era notable en él la gracia de la contemplación, venían diferentes clases de pájaros y se le ponían familiarmente en la cabeza, hombros, brazos y manos, mientras cantaban primorosamente.

Era muy amante de la soledad, y pocas veces hablaba; pero, cuando le preguntaban alguna cosa, respondía con tanta gracia y sabiduría, que más parecía ángel que hombre; fué muy admirable en la oración y contemplación, y los frailes le tenían mucha reverencia.

Por divina disposición enfermó de muerte, de manera que ningún alimento podía tomar, y, sin embargo, no quería medicina alguna, sino que ponía toda su confianza en el Médico celestial, Jesucristo bendito, y en su Santísima Madre, de la cual mereció, por divina clemencia, ser misericordiosamente visitado y consolado.

Un día, estando en el lecho, preparándose para la muerte con todo su corazón y con devoción suma, se le apareció la gloriosa y beatísima Madre de Jesucristo, la Virgen María, con maravilloso resplandor, acompañada de grandísima multitud de ángeles y santas vírgenes, y se acercó a él. Al verla recibió grandísima alegría, se sintió sumamente confortado en alma y cuerpo y comenzó a rogarle humildemente pidiese a su amado Hijo que, por sus mérito, lo sacase de la prisión de esta miserable carne. Y perseverando él en esta súplica con muchos lágrimas, la Virgen María llamóle por su nombre y le respondió diciendo:

—No dudes, hijo; tu ruego ha sido escuchado; he venido a confortarte un poco antes de que salgas de esta vida.

Al lado de María Santísima estaban tres santas vírgenes, que traían en la mano tres vasos de bálsamo de muy excesivo olor y suavidad. Abrió la gloriosa Virgen María uno de aquellos vasos, y toda la casa se llenó de olor; tomó luego bálsamo con una cucharilla, y se lo dió al enfermo. Apenas lo hubo gustado, sintió tan grande confortación y dulzura, que no parecía que pudiese estar más el alma en el cuerpo, por lo cual comenzó a decir:

—No más, suavísima Madre de Jesucristo, bendita Virgen María, salvadora del género humano; no más, curadora bendita; no más, que no puedo soportar tanta dulzura.

Pero la piadosa y benigna Madre seguía dándole repetidas veces aquel bálsamo, y se lo hizo tomar hasta que vació el vaso. Tomó después la bienaventurada Virgen María el segundo vaso, y metiendo la cuchara para darle, se le quejaba dulcemente el enfermo diciendo:

—¡Oh bellísima Madre de Dios! Si mi alma está casi del todo derretida con el olor y suavidad del primer bálsamo, ¿cómo podré soportar el segundo? Te ruego, ¡oh bendita sobre todos los santos y ángeles!, que no me des más.

—Prueba, hijo, un poco todavía de este segundo vaso —insistió nuestra Señora.

Y, al dárselo, añadió:

—Y ahora, hijo, ya te basta lo que has tomado; ten buen ánimo, porque pronto vendré a buscarte para conducirte al reino de mi Hijo, que siempre has buscado y deseado.

Dicho esto, se despidió de él y marchó. Quedó el enfermo tan confortado y consolado con la dulzura de aquel bálsamo, que vivió bastantes días satisfecho y fortalecido sin otro alimento corporal. Días después, mientras hablaba jovialmente con los frailes, inundado de gozo y alegría, pasó de esta vida miserable a la de los bienaventurados.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO XLVII

Cómo un fraile estuvo tres días en éxtasis, y le fué revelado el estado de la Orden y lo que había de suceder en ella

Fray Santiago de Massa, a quien comunicó Dios sus secretos, dándole perfecto conocimiento e inteligencia de la Escritura Sagrada y de las cosas futuras, fué hombre de tanta santidad, que fray Gil de Asís, fray Marcos de Montino, fray Junípero y fray Lúcido decían que no conocían en el mundo a ninguno más grande que él delante de Dios.

A este fray Santiago tuve yo gran deseo de ver, porque, habiendo rogado a fray Juan, compañero de fray Gil, que me declarase ciertas cosas de espíritu, me contestó:

—Si quieres informarte bien acerca de la vida espiritual, procura hablar con fray Santiago de Massa, pues fray Gil deseaba ser ilustrado por él; y a sus palabras no se puede añadir ni quitar, porque su entendimiento penetró los secretos celestiales y sus dichos son palabras del Espíritu Santo; y no hay hombre en el mundo a quien yo tanto desee ver como a fray Santiago.

Al principio del Generalato de fray Juan de Parma, hallándose una vez en oración, fué arrebatado en Dios y quedó tres días en éxtasis, privado de los sentidos tan completamente, que los frailes dudaban si estaría muerto. En este rapto le reveló Dios lo que había de suceder en nuestra Orden, y al oír yo esto me creció el deseo de verlo y hablar con él. Cuando quiso Dios que lograse ocasión oportuna, le dije de esta manera:

—Si es verdad lo que oí decir de ti, te ruego que no me lo encubras. Oí que, cuando estuviste tres días como muerto, te manifestó Dios, entre otras cosas, lo que había de suceder en nuestra Religión; así me lo ha dicho fray Mateo, Ministro de la Marca, a quien tú lo has declarado por obediencia.

San Francisco en oración. (El Españoleto.)

Fray Santiago afirmó con mucha humildad que era cierto lo que fray Mateo decía. Y lo que decía fray Mateo, Ministro de la Marca, era esto:

—Sé de un fraile a quien Dios ha revelado todo lo que ha de suceder en nuestra Orden; porque fray Santiago de Massa me ha dicho que, entre muchas cosas que Dios le reveló acerca del estado de la Iglesia militante, tuvo una visión de un árbol hermoso y muy grande, cuya raíz era de oro, sus frutos eran hombres, todos ellos frailes Menores; las ramas principales estaban divididas conforme al número de provincias de la Orden, y cada una tenía tantos frailes, cuantos eran los de la provincia que representaba.

Entonces supo el número de todos los frailes de la Orden y de cada provincia, y sus nombres, edad, condiciones, oficios, grados, dignidad y las gracias y culpas de todos. Y vió a fray Juan de Parma en lo más alto del tronco del árbol, y en las cimas de las ramas que rodeaban a éste estaban los Ministros de todas las provincias.

Después vió a Cristo sentarse en un trono muy grande y muy blanco, y llamaba a San Francisco y le daba un cáliz lleno de vida, diciéndole: «Ve a visitar a tus frailes, y dales a beber de este cáliz de espíritu de vida; porque va a levantarse contra ellos el espíritu de Satanás, que los herirá, y muchos de ellos caerán y no se levantarán». Y dió Cristo a San Francisco dos ángeles para que le acompañasen.

Fué, pues, San Francisco a distribuir a sus frailes el cá-

liz de la vida, y comenzó por ofrecérselo a fray Juan, que lo asió y lo bebió todo apresurada y devotamente y, al instante, quedó todo luminoso como el sol. Después siguió San Francisco alargándoselo a los demás; unos lo tomaban con la debida reverencia y devoción y lo apuraban del todo, y éstos, repentinamente, se volvían resplandecientes como el sol; otros, que no lo tomaban con devoción y lo derramaban todo, se ponían oscuros, negros, disformes y horribles a la vista; los que en parte lo bebían y en parte lo derramaban, aparecían en parte luminosos y en parte oscuros, más o menos, según la cantidad bebida o derramada.

Pero sobre todos los otros resplandecía el sobredicho fray Juan, que más completamente había apurado el cáliz de la vida, en el cual había él visto el abismo de la infinita luz divina, conociendo en ella la persecución y tempestad que había de levantarse contra dicho árbol y agitar y sacudir sus ramas. Por lo cual, abandonó la punta de la rama en que estaba y, descendiendo más abajo de todas las otras, se escondió al pie del tronco del árbol, y allí se estaba muy pensativo.

Pero fray Buenaventura, que había bebido parte del cáliz y parte lo había derramado, subió a la misma rama y lugar de donde había bajado fray Juan, y allí se le convirtieron las uñas de las manos en uñas de hierro, agudas y cortantes como navajas, y saliendo del lugar a que había subido, quería arrojarse con ímpetu y furor contra fray Juan, para hacerle daño. Al ver esto fray Juan, gritó fuertemente encomendándose a Cristo, que estaba en el tronco; y Cristo llamó a San Francisco y, dándole un pedernal cortante, le dijo:

—Ve y córtale a fray Buenaventura, con esa piedra, las uñas con que quiere arañar a fray Juan, para que no pueda hacerle daño.

Y San Francisco hizo como Cristo le había mandado.

Una recia tempestad sacudió después el árbol, de modo que los frailes venían a tierra, siendo los primeros en caer los que habían derramado todo el cáliz del espíritu de vida, y éstos eran conducidos por los demonios a un lugar de tinieblas y tormentos. Pero fray Juan y los que habían bebido el cáliz fueron trasladados por los ángeles a un lugar de vida y claridad eterna y de gloria bienaventurada.

Y fray Santiago, en esta visión, entendía y discernía, particular y distintamente, todo lo que estaba viendo, y conocía claramente el nombre, condición y estado de cada uno.

Duró tanto la tempestad contra el árbol, que lo derribó y se lo llevó el viento; y apenas la tempestad hubo cesado,

de la raíz del árbol, que era de oro, brotó otro árbol también de oro que produjo hojas, flores y frutos dorados. De este árbol y de su dilatación, profundidad, belleza y virtud, más vale callar que hablar al presente.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO XLVIII

Del venerable fray Juan de Alvernia y de las muchas mercedes que Dios le hacía

Entre otros sabios y santos hermanos e hijos de San Francisco, que, como dice Salomón, son la gloria del Padre, vivió en nuestros tiempos en la dicha provincia de la Marca el venerable y santo fray Juan de Fermo, que por haber morado mucho tiempo y muerto, al fin, en el santo convento de Alvernia, se llamó fray Juan de Alvernia; y fué hombre de singular vida y de grande santidad.

Siendo aún niño seglar, amaba de todo corazón la vida de penitencia, que conserva la limpieza de alma y cuerpo. Desde muy pequeño comenzó a llevar cilicio y argolla de hierro a raíz de la carne y hacer mucha abstinencia, en especial cuando moraba con los canónigos de San Pedro de Fermo, que vivían espléndidamente; huía de las delicias y regalo del cuerpo y mortificaba su carne con grande rigor de abstinencia. Pero los compañeros le eran muy contrarios: le robaban el cilicio y de varios modos le impedían la abstinencia; así es que, movido por Dios, pensó en abandonar el mundo y sus amadores y entregarse sin reserva en los brazos del Crucificado, vistiendo el hábito del crucificado San Francisco, y así lo hizo.

No obstante ser todavía un niño cuando fué recibido en la Orden, y encomendado al maestro de novicios, se hizo tan espiritual y devoto, que alguna vez, oyendo a su maestro hablar de Dios, se le derretía el corazón como la cera junto al fuego, y se enardecía en el amor divino con tan excesiva dulzura que, no pudiendo soportarla ni contenerse, se levantaba, como ebrio de espíritu, y corría de una a otra parte, ya por la huerta, ya por el bosque, ya por la iglesia, según le impelía la llama y el ímpetu del espíritu.

Después, con el transcurso del tiempo, la divina gracia hizo crecer continuamente a este hombre angélico de unas en otras virtudes y en dones celestiales, elevaciones divinas y raptos; tanto, que su mente era elevada a los esplendores

de los querubines, tal vez a los incendios de los serafines o a la fruición de los bienaventurados, y aun también a fervientes abrazos amorosos de Cristo, no sólo por fruición espiritual interior, sino, además, en lo exterior por expresas y manifiestas señales corpóreas. Singularmente una vez, de asombroso modo, prendió en su corazón la llama del divino amor, y estuvo ardiendo en él más de tres años, recibiendo en este tiempo maravilloso consolaciones divinas, ilustraciones, contemplaciones, raptos y visitas del Señor; con frecuencia quedaba arrobado en Dios, y entonces parecía todo él encendido en el amor de Cristo y como si despidiese llamas; y esto sucedió en el santo monte Alvernia.

Mas, como Dios tiene singular providencia de sus hijos, dándoles oportunamente, ya consuelos, ya tribulaciones, ora prosperidad y ora adversidad, según conviene para mantenerlos en humildad o para provocarlos más al deseo de los bienes celestiales, quiso la divina bondad, después de estos tres años, retirar de fray Juan aquella luz y llama del divino amor, y le dejó privado de todo consuelo espiritual.

Se encontró, pues, fray Juan sin aquella ilustración y amor de Dios, completamente desconsolado, apenado y dolorido. Por lo cual andaba angustiado discurriendo por el bosque de una parte para otra y llamaba con voces, con llantos y suspiros al amado Esposo de su alma, que se le había escondido y alejado y sin cuya presencia no encontraba su espíritu descanso ni sosiego; pero en ningún lugar, ni con ninguna industria podía hallar al dulce Jesús, ni recuperar aquellas suavísimas delicias espirituales del amor de Cristo, a que estaba acostumbrado. Y esta tribulación le duró muchos días, perseverando fray Juan en un continuo llorar y suspirar, y en pedir a Dios que por piedad le devolviese al amado Esposo de su alma.

Por fin, cuando plugo a Dios dar por bastante probada su paciencia y encendido su deseo, un día que fray Juan andaba en la selva, afligido y atribulado de la manera dicha, se sentó descaecido y se recostó en una haya, mirando al cielo con la cara bañada en lágrimas; y he aquí que repentinamente se le aparece allí cerca Jesucristo, en la misma senda por donde él acababa de venir; pero sin decirle nada.

Viéndole fray Juan, y conociendo bien que era Jesucristo, al instante se le echó a los pies y, deshecho en lágrimas, le suplicaba humildísimamente y decía:

—¡Socórreme, Señor mío, porque sin Ti, Salvador mío, ando en tinieblas y llanto; sin Ti, mansísimo Cordero, estoy angustiado y lloroso; sin Ti, Hijo de Dios Altísimo, siento confusión y vergüenza; sin Ti, me hallo privado de todo bien y ciego, porque Tú eres, Jesús mío, la verdadera luz de las

almas; sin Ti me veo perdido y condenado, porque Tú eres vida de las almas y vida de las vidas; sin Ti me encuentro estéril y seco, porque Tú eres la fuente de todos los dones y gracias; sin Ti estoy del todo desconsolado, porque Tú eres, Jesús, nuestra redención, nuestro amor y deseo, el pan confortativo y el vino que alegra los coros de los ángeles y los corazones de todos los santos; ilumíname, Maestro graciosísimo y Pastor piadosísimo, porque soy ovejuela tuya, aunque indigna!

Y como el deseo de los santos varones, cuanto más dilata Dios oírlo, tanto más crece en amor y mérito, Cristo bendito marchó sin oírle ni decirle nada y siguió por la dicha senda. Entonces fray Juan se levanta, corre tras él, se le echa de nuevo a los pies y con santa importunidad le detiene y con devoción y lágrimas le ruega y dice:

—¡Oh dulcísimo Jesús, ten misericordia de mí, que estoy atribulado; óveme por la muchedumbre de tus misericordias y por la verdad de tu salud, y vuélveme la alegría de tu rostro y de tu piadosa mirada, porque de tu misericordia está llena toda la tierra!

Y Cristo marcha otra vez sin hablarle ni consolarle. Se porta como la madre con el niño cuando le hace desear el pecho y le deja venir tras ella llorando, para que después le tome con más gana.

Por lo que fray Juan corre aún con más fervor y ansia en pos de Cristo, y, luego que le alcanza, Cristo bendito se vuelve hacia él, le mira con semblante alegre y gracioso, abre sus santísimos y misericordiosos brazos y le estrecha dulcemente; y al abrir Jesús los brazos, vió fray Juan salir del sacratísimo pecho del Salvador maravillosos rayos de luz que iluminaron todo el bosque, a la vez que su alma y cuerpo. Entonces fray Juan se arrodilló a los pies de Cristo, y Jesús bendito le dió a besar benignamente el pie, como a la Magdalena; fray Juan le tomó con suma reverencia y lo bañó con tantas lágrimas que verdaderamente parecía otra Magdalena, y decía devotamente:

—Te ruego, Señor mío, que no mires a mis pecados, sino que por tu santísima pasión y por el derramamiento de tu preciosa sangre resucites mi alma a la gracia de tu amor, porque es mandamiento tuyo que te amemos con todo el corazón y con todo el afecto, y nadie puede cumplirlo sin tu ayuda. Ayúdame, pues, amantísimo Hijo de Dios, para que te ame con todo corazón y con todas mis fuerzas.

Estando fray Juan con estas súplicas a los pies de Jesucristo, fué por El oído y de El recibió de nuevo la gracia de antes, o sea la llama del divino amor, con la que se halló todo renovado y consolado: y al ver que le había sido

devuelto aquel divino don, comenzó a dar gracias a Cristo bendito y a besarle los pies, y después, incorporándose para mirar al rostro del Salvador, Cristo le alargó y le dió a besar sus manos santísimas, y luego que las hubo besado, se llegó y estrechó contra el pecho de Jesús y lo abrazó y besó su sacratísimo pecho, y Cristo le abrazó y besó también a él. Y al estarse abrazando y besando, sintió fray Juan tan divino perfume, que si se hubieran reunido todas las cosas aromáticas del mundo serían como hedor en comparación de aquella fragancia; quedó con ella enteramente arrobado, consolado e iluminado, y continuó sintiendo en su alma por muchos meses este divino perfume.

De allí en adelante, de la boca de fray Juan, abrevada en la fuente de la divina sabiduría y en el sagrado pecho del Salvador, salían palabras maravillosas y celestiales que mudaban los corazones de quienes las oían y hacían mucho fruto en las almas. Y durante largo tiempo, en la senda del bosque en que habían estado los pies benditos de Cristo, y en buen trecho alrededor, sentía fray Juan, al pasar, aquel resplandor y fragancia.

Volviendo en sí fray Juan después del rapto, y desaparecida la presencia corporal de Cristo, quedó tan iluminada su alma en el abismo de la divinidad, que, sin haber adquirido doctrina por el estudio, maravillosamente resolvía y declaraba las cuestiones altas y dificilísimas de la Trinidad divina y los profundos misterios de la Sagrada Escritura. Y muchas veces, hablando delante del Papa y de los Cardenales, y en presencia de los reyes, barones, maestros y doctores, los dejaba a todos estupefactos con la sabiduría de las palabras y la profundidad de las sentencias que decía.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO XLIX

Cómo diciendo misa fray Juan, con mucho afecto, en sufragio de las ánimas, le mostró Dios que muchas se iban a la gloria por aquella misa

Diciendo una vez la misa por las ánimas el referido fray Juan el día de los fieles difuntos, según tiene dispuesto la Iglesia, ofreció con tanto afecto de caridad, piedad y compasión este altísimo sacrificio, que por su eficacia desean las almas de los difuntos más que cuantos otros sufragios

se les puedan hacer, que parecía derretirse del todo con la dulzura de la piedad y caridad fraterna.

Y al elevar devotamente el cuerpo de Cristo, ofreciéndolo al Padre, y rogándole que, por amor de su bendito Hijo, que por rescatar a los pecadores había estado en la cruz, se dignase librar de sus penas a las almas por él criadas y redimidas, vió en el mismo acto salir del purgatorio casi infinitas, cual de un horno encendido, innumerables chispas de fuego; y las vió subir al cielo por los méritos de la pasión de Cristo, el cual todos los días se ofrece por vivos y muertos en aquella sacratísima Hostia, digna de ser adorada por los siglos de los siglos. Amén.

CAPÍTULO L

Cómo orando fray Juan por un fraile enfermo, le fué revelado que moriría e iría al cielo, y se lo anunció

Cuando fray Santiago de Fallerone, hombre de grande santidad, estaba gravemente enfermo en el convento de Mogliano de la Custodia de Fermo, teniendo noticias de su enfermedad fray Juan de Alvernia, que entonces vivía en el convento de Massa, y le amaba como a querido padre, hizo oración por él, pidiendo a Dios mentalmente con mucha devoción que le diese la salud corporal, si le había de convenir para el alma.

Estando en esta oración, fué arrebatado en éxtasis y vió en el aire, sobre la celda de fray Santiago, que estaba en el bosque, un grande ejército de muchos ángeles y santos, con tanto resplandor que iluminaba todo el contorno; y vió que entre estos ángeles estaba con vestiduras blancas y todo resplandeciente el dicho enfermo, fray Santiago, por quien oraba. Vió también entre ellos al Padre San Francisco, adornado con las sagradas llagas de Cristo, y con mucha gloria. Vió, además, y conoció al santo fray Lúcido y a fray Mateo de Monte Rubiano, y a muchos otros frailes que no había visto ni conocido nunca en esta vida.

Y mirando fray Juan con gran placer aquel bienaventurado escuadrón de santos, le fué revelada con certeza la salvación del alma del enfermo, y que moriría de aquella enfermedad; pero que no iría inmediatamente al paraíso, sino que debería purificarse un poco en el purgatorio. Fué tanta la alegría que esta revelación causó a fray Juan por la sal-

vación de aquella alma, que nada se le daba por la muerte del cuerpo; antes con gran dulzura de espíritu llamaba entre sí al enfermo y repetía:

—¡Fray Santiago, mi dulce padre; fray Santiago, dulce hermano mío; fray Santiago, fidelísimo siervo de Dios; fray Santiago, compañero de los ángeles y consorte de los bienaventurados!

Cuando volvió en sí con esta certeza y gozo, marchó a Mogliano a visitar a fray Santiago y, hallándole tan grave que apenas podía hablar, le anunció la muerte del cuerpo y la salvación y gloria del alma, con la certeza que le había dado la revelación divina. Por lo que, muy regocijado el enfermo en su espíritu y reviviendo en el semblante, le recibió con mucha alegría y placidísima sonrisa y le dió las gracias por las buenas nuevas que le traía, encomendándose devotamente a sus oraciones.

Entonces fray Juan le rogó encarecidamente que, después de la muerte, viniese a darle cuenta de su estado; y él le prometió que lo haría, si era del agrado de Dios. Dicho esto, y acercándosele la hora de la muerte, comenzó fray Santiago aquel versículo del salmo: «En paz y en vida eterna dormiré y descansaré», y, al terminarlo, pasó de esta vida con alegre y gozoso semblante.

Después que le dieron sepultura, fray Juan se volvió al convento de Massa, y esperaba que fray Santiago se le apareciese el día prometido. Mas, estando en oración dicho día, se le apareció Cristo con grande acompañamiento de ángeles y santos, y no venía entre ellos fray Santiago; de lo cual se maravilló mucho fray Juan y le encomendó devotamente a Cristo. Al día siguiente, orando fray Juan en el bosque, se le apareció fray Santiago acompañado de ángeles, todo glorioso y alegre; y fray Juan le dijo:

—¡Ay, padre santo! ¿Por qué no has venido el día que me prometiste?

—Porque necesitaba alguna expiación —respondió fray Santiago—; pero en la misma hora que Cristo te apareció y me encomendaste a El, te oyó y me libró del purgatorio. Entonces me aparecí a fray Santiago de Massa, santo lego que, ayudando a misa vió la hostia consagrada, al elevarla el sacerdote, convertida y mudada en un niño vivo hermosísimo, y le dije: «Hoy me voy con aquel niño al reino de la vida eterna, a la que nadie puede ir sin él.»

Dicho esto, fray Santiago desapareció y se fué al cielo con toda aquella bienaventurada compañía de ángeles; y fray Juan quedó muy consolado.

Murió dicho fray Santiago de Fallerone por el mes de julio, la vigilia del apóstol Santiago. en el referido convento

de Mogliano, en el cual, después de muerto, y por sus méritos, la divina bondad obró milagros.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO LI

Cómo fray Juan de Alvernia fué arrebatado en Dios y del admirable conocimiento que le quedó en el alma

Como el dicho fray Juan de Alvernia había renunciado perfectamente a toda complacencia y consuelo temporal y mundano y todo su regalo y esperanza habíalos puesto en Dios, la divina bondad lo favorecía con maravillosos consuelos y revelaciones, especialmente en las fiestas de Cristo.

Acercándose una vez la de Navidad, en que esperaba de cierto recibir consuelos de la dulce humanidad de Jesús, le encendió el Espíritu Santo en el alma tan grande y excesivo amor y fervor de aquella caridad con que Cristo se había humillado a tomar nuestra naturaleza, que verdaderamente le parecía que el alma se le salía del cuerpo y que ardía como un horno. Y no pudiendo sufrir este ardor, se angustiaba y derretía todo, y gritaba con fuerza, sin poder reprimirse a causa del ímpetu del Espíritu Santo y del excesivo fuego del amor.

Cuando le acometía este desmedido fervor, sentía tan firme y segura esperanza de su salvación, que de ninguna manera podía creer que, si entonces muriese, hubiese de pasar por el purgatorio; y le duró esto más de medio año; aunque aquel excesivo fervor no era continuo, sino que le venía a ciertas horas del día. En este tiempo, y también después, recibió muchas y maravillosas visitas y consuelos divinos y bastantes veces era arrebatado en Dios, como lo vió el fraile que por primera vez escribió estas cosas.

Entre otras ocasiones, una noche quedó tan elevado y arrebatado en Dios, que en El vió el principio de todas las cosas creadas, celestiales y terrenas, con todas sus perfecciones, grados y órdenes distintos. Entonces conoció claramente cómo todo ser creado representa a su Criador, y cómo Dios está sobre todas las cosas creadas, y dentro y fuera y al lado de cada una de ellas. Conoció, además, un Dios en tres personas y tres personas en un Dios; y la infinita caridad que hizo el Hijo de Dios al encarnarse, obedeciendo al Padre. Finalmente, conoció cómo, para llegar a poseer a Dios y alcanzar la vida eterna, no hay otro camino que Cristo bendito. que es camino. verdad y vida del alma. Amén.

CAPÍTULO LII

CÓMO FRAY JUAN TUVO UN ADMIRABLE FERVOR Y SE QUEDÓ EN ÉXTASIS AL CONSAGRAR EL CUERPO DE CRISTO

En el dicho convento de Mogliano le sucedió a fray Juan, según lo refieren los frailes que estaban presentes, este caso admirable.

La primera noche después de la octava de San Lorenzo, dentro de la octava de la Asunción de Nuestra Señora, después de rezar maitines en la iglesia con los otros frailes, sobreviniéndole la unción de la divina gracia, se fué al huerto a contemplar la pasión de Cristo y prepararse con toda devoción para celebrar la misa, que le tocaba cantar a la mañana siguiente.

Y meditando en las palabras de la consagración del cuerpo de Cristo, a saber: *Hoc est corpus meum;* al considerar la infinita caridad con que Cristo no sólo quiso rescatar nuestras almas con su preciosa sangre, sino también dejarles por alimento su dignísimo cuerpo y sangre, comenzó a crecerle tanto el fervor y la suavidad del amor del dulce Jesús, que el alma ya no podía soportar más tanta dulzura, y prorrumpía en fuertes gritos, como ebrio de espíritu, y no cesaba de repetir para sí: *Hoc est corpus meum*, porque pronunciando estas palabras le parecía ver a Cristo bendito con la Virgen María y multitud de ángeles, y se sentía iluminado por el Espíritu Santo en todos los profundos y altos misterios de aquel Santísimo Sacramento.

Al despuntar la aurora, entró en la iglesia con aquel fervor de espíritu y con aquella ansiedad y modo de pronunciar, no pensando ser visto ni oído de nadie; pero estaba allí cerca, en oración, un fraile que veía y oía todo. No pudiendo contener el fervor por la abundancia de la divina gracia, seguía desahogándolo a voces, y así estuvo hasta que llegó la hora de la misa. Entonces fué a revestirse y salió al altar.

Comenzada la misa, cuanto más proseguía en ella, más le aumentaba el amor de Cristo y aquel fervor de devoción con el cual le venía un sentimiento inefable de Dios, que él mismo no sabía si podía expresar con palabras. Temiendo que este fervor y sentimiento le creciese tanto que le impidiese continuar el santo Sacrificio, estuvo muy perplejo y no sabía qué partido tomar. si proseguir la misa o detenerse

y esperar. Pero, como otras veces le había sucedido lo mismo y le había moderado Dios aquel fervor, de modo que no tuviera que dejar la misa, confió que también esta vez podría terminarla, y aunque con gran temor, prosiguió celebrando.

Al llegar al prefacio de Nuestra Señora, dió en crecerle tanto la divina ilustración y la suavidad y gracia del amor de Dios, que cuando comenzó el *Qui pridie* apenas podía soportar tanta suavidad y dulzura. Finalmente, en el acto de la consagración, habiendo dicho sobre la hostia la mitad de las palabras —*Hoc est*—, no podía de ningún modo proseguir, y repetía siempre las mismas palabras: *Hoc est.* Y el no poder continuar era porque veía y sentía la presencia de Cristo con multitud de ángeles, y no podía soportar tan grande majestad; y veía que Cristo no entraba en la hostia o que la hostia no se transmutaba en el cuerpo de Cristo si él no pronunciaba la otra mitad de las palabras *Corpus meum.*

Y estando con esta ansiedad, sin proseguir adelante, el Guardián y los otros frailes y aun muchos seglares que se hallaban en la iglesia oyendo misa se acercaron al altar, y estaban asombrados viendo los actos de fray Juan. Y muchos lloraban de devoción.

Por fin, después de largo espacio, cuando plugo a Dios, dijo fray Juan en voz alta: *Corpus meum*, y repentinamente se desvaneció en la hostia la forma del pan y apareció Cristo bendito, encarnado y glorificado, mostrándole la humildad y caridad que le hizo encarnarse en la Virgen María, y le hace venir todos los días a las manos del sacerdote cuando consagra; con lo cual se sintió levantado todavía a mayor dulzura de contemplación. Después de la elevación de la hostia y consagración del cáliz fué arrebatado fuera de sí; el alma quedó privada de los sentidos y el cuerpo cayó hacia atrás, y hubiese venido al suelo a no sostenerlo el Guardián, que estaba detrás. Acudieron los frailes y los seglares que había en la iglesia, y hombres y mujeres le llevaron a la sacristía como muerto. Estaba frío como un cadáver y tenía los dedos de las manos tan fuertemente contraídos, que apenas se le podían extender o mover un poco. Estuvo así, desmayado, o sea, en éxtasis, hasta la hora de tercia, y era por el verano.

Y como yo, que me hallaba presente a esto, deseaba mucho saber lo que Dios había obrado en él, inmediatamente que volvió en sí fuí a rogarle que por amor de Dios me lo dijese todo. El tenía mucha confianza conmigo y me lo refirió todo detalladamente. Entre otras cosas, me dijo que cuando vió el cuerpo y la sangre de Jesucristo. y aun antes, su corazón estaba derretido como cera muy caliente y le parecía que su carne no tenía huesos, de modo que casi no podía

levantar los brazos ni las manos para hacer la cruz sobre la hostia y sobre el cáliz. También me dijo que antes de ordenarse le había revelado Dios que había de desmayarse diciendo misa; pero como ya había celebrado muchas y no le había sucedido, pensaba que la revelación no sería de Dios. Y unos cincuenta días antes de la Asunción de la Virgen, en la que le sucedió dicho caso, también le había revelado Dios que le acaecería alrededor de la fiesta de la Asunción; pero después no se acordaba de esta revelación.

En alabanza de Cristo. Amén.

PARTE SEGUNDA

CONSIDERACIONES SOBRE LAS LLAGAS

En esta parte consideraremos devotamente las gloriosas Llagas de nuestro bienaventurado Padre San Francisco, que recibió de Cristo en el santo monte Alverna.

Puesto que las dichas Llagas fueron cinco, como las de Cristo, se dividirá este tratado en cinco consideraciones:

La primera, del modo cómo San Francisco llegó al santo monte Alverna.

La segunda, de la vida y conversación que allí tuvo con sus compañeros.

La tercera, de la aparición seráfica e impresión de las Llagas.

La cuarta, cómo bajó del monte Alverna después de recibir las Llagas y volvió a Santa María de los Angeles.

La quinta, de varias apariciones y revelaciones divinas, hechas después de la muerte de San Francisco a frailes santos y a otras devotas y santas personas, acerca de las gloriosas Llagas.

CONSIDERACION I

Cómo San Francisco llegó al santo monte Alverna

En cuanto a la primera consideración, se ha de saber que, teniendo San Francisco cuarenta y tres años de edad, en el de 1224, inspirado por Dios partió del valle de Espoleto para ir a la Romaña con su compañero fray León, y

al pasar junto al castillo de Monte Feltro en ocasión que había allí un gran convite y cortejo, por armarse caballero uno de aquellos condes, oyó hablar de la fiesta y de la concurrencia de muchos nobles y dijo a fray León:

—*Vamos a esta fiesta, porque con la ayuda de Dios hemos de hacer algún fruto espiritual.*

Entre otros caballeros había concurrido un gentilhombre de la Toscana, llamado Orlando de Chiusi de Casentino, el cual, por las maravillas que había oído de la santidad de San Francisco, le tenía mucha devoción y deseaba muchisimo verle y oírle predicar.

Entró San Francisco en el pueblo y se fué a la plaza donde estaba reunida toda la multitud de caballeros, y con fervor de espíritu subió sobre un montón de piedras y comenzó a predicar este dicho del vulgo: *Tanto es el bien que espero, que en las penas me deleito;* e inspirado por el Espíritu Santo, predicó tan devota y profundamente, con pruebas de las diferentes penas y suplicios de los santos apóstoles y mártires, las duras penitencias de los santos confesores y las muchas tribulaciones y tentaciones de las vírgenes y de los santos, que toda la gente estaba con la atención y la mirada fija en él, escuchándole como a un ángel de Dios. Al oír el caballero Orlando la maravillosa predicación de San Francisco, se sintió tocado por Dios en su corazón, y resolvió arreglar con el Santo los asuntos de su alma. Por lo cual le llamó aparte, luego que acabó de predicar, y le dijo:

—Padre, yo quisiera ordenar contigo el negocio de mi alma.

—*Me agrada mucho* —respondió San Francisco—, *pero vete ahora y cumple con tus amigos que te han convidado a esta fiesta, come con ellos y después hablaremos cuanto quieras.*

Fuése, pues, a comer el caballero Orlando, y después de la comida volvió a buscar a San Francisco y ordenó y arregló con él sosegadamente los asuntos de su alma. Al final dijo a San Francisco:

—Tengo en la Toscana un monte devotísimo, llamado Alverna. muy solitario y selvático y muy bueno para el que quiera hacer penitencia en lugar retirado o vivir en soledad. Si te gustase, te lo daré de buena gana para ti y tus compañeros, por la salud de mi alma.

Al oír San Francisco tan generoso ofrecimiento de lo que deseaba mucho, sintió grandísima alegría, y con alabanzas y gracias, primero a Dios y después al Caballero Orlando, le dijo:

—*Cuando estés de vuelta en tu casa te enviaré dos com-*

Impresión de las Llagas. (De la obra «Seraphici Francisci... admiranda historia». Amberes 1587.)

pañeros míos y les mostrarás el monte, y si les parece bueno para la oración y la penitencia, desde ahora acepto tu ofrecimiento caritativo.

Dicho esto, partió el Santo, y cuando hubo terminado su viaje, volvió a Santa María de los Angeles; y de igual modo Orlando, concluída la fiesta, regresó a su castillo, llamado Chiusi, distante del Alverna una milla.

Al llegar San Francisco a Santa María de los Angeles, envió dos companeros a casa de Orlando, y éste los recibió con grandísima alegría y caridad. Para enseñarles el Alverna envió con ellos más de 50 hombres armados, que los defendiesen de las fieras. Subieron al monte los frailes, y explorándolo bien, llegaron por fin a un paraje devoto y a propósito para la contemplacion, en el cual había una pequeña llanura; escogieron este lugar para morada suya y de San Francisco y, ayudándoles los hombres armados que les acompañaban, hicieron una celdita con ramas de árboles. De esta manera aceptaron y tomaron en nombre de Dios el monte Alverna y el lugar o convento para los frailes, y se volvieron.

Al referir a San Francisco cómo habían tomado aquel lugar sobre el monte Alverna, y que era muy a propósito para la oración y contemplación, se alegró mucho y alabó a Dios y le dió gracias; después les dijo con semblante alegre:

—Hijos míos, se acerca nuestra cuaresma de San Miguel Arcángel; yo creo firmemente que es voluntad de Dios que la pasemos sobre el monte Alverna, que por providencia divina nos está preparado para que a honra y gloria de Dios, de su gloriosa Madre la Virgen María y de los santos ángeles, con nuestra penitencia, merezcamos de Cristo santificar aquel bendito monte.

Tomó luego consigo a fray Maseo de Mariñano, natural de Asís, hombre de mucha discreción y elocuencia; a fray Angel Tancredo de Asís, que era muy cortés y había sido caballero en el siglo, y a fray León, hombre de grande sencillez e inocencia, por lo que el Santo le amaba mucho y le revelaba casi todos sus secretos. Con éstos se puso en oración y, encomendándose, con sus compañeros, a las oraciones de los que se quedaban, emprendió el viaje con los tres, en nombre de Jesucristo crucificado, hacia el monte Alverna. Al partir llamó a fray Maseo y le dijo:

—Tú, fray Maseo, serás nuestro Guardián y Prelado durante este viaje, mientras andemos o descansemos reunidos; y así observaremos nuestras costumbres, porque rezaremos el Oficio o guardaremos silencio, y no pensaremos en la comida ni en el albergue, sino que, llegando la hora de recogernos, pediremos de limosna un poco de pan y nos quedaremos a descansar donde Dios disponga.

Los tres compañeros inclinaron la cabeza, hicieron la señal de la cruz y siguieron adelante. La primera noche llegaron a un convento y se quedaron allí. La segunda, a causa del mal tiempo y del cansancio, no pudieron llegar a ningún convento, ni castillo, ni pueblo alguno, y uniéndose al mal tiempo la noche, hubieron de refugiarse en una iglesia abandonada y deshabitada, y allí se echaron a descansar.

Mientras dormían sus compañeros, San Francisco se puso en oración, y, ya bien entrada la noche, vino una multitud de ferocísimos demonios con grandísimo estruendo y algazara, y comenzaron a combatirle reciamente y a darle guerra; uno le pinchaba por aquí, otro por allí; quién le tiraba al suelo, quién le empujaba hacia arriba; éste le amenazaba con una cosa, aquél le reprochaba otra, y por este estilo se industriaban de diversos modos para estorbarle la oración, pero no pudieron, porque Dios estaba con él.

San Francisco, después de estarlos sufriendo largo espacio, comenzó a gritar con voz fuerte:

—Espíritus condenados, nada podéis vosotros, sino lo que el Señor os permite; os digo, de parte de Dios omnipotente, que hagáis de mi cuerpo todo lo que El os consienta; lo sufro de buena gana, porque no tengo mayor enemigo y, si me vengáis de él, me hacéis grandísimo servicio.

Entonces los demonios asieron de él con grande ímpetu y furor y le arrastraron por la iglesia, causándole mucha más molestia y fastidio que antes. Y San Francisco comenzó a gritar y a decir:

—Señor mío Jesucristo, yo te doy gracias por tanto amor y caridad como me muestras, porque señal es de grande amor que el Señor castigue bien a su siervo por todos los defectos en este mundo, para no castigarle en el otro. Dispuesto estoy, Señor, a sufrir alegremente cuantas penas y adversidades me quieras enviar por mis pecados.

Por fin, huyeron los demonios, confundidos y vencidos de tanta paciencia y constancia. Y San Francisco salió de la iglesia muy enfervorizado, entró en un bosque que estaba allí cerca y, puesto en oración, con súplicas y lágrimas, e hiriéndose el pecho, llamaba a Cristo, el amado esposo de su alma. Ya le hablaba reverentemente como a su Señor, ya le respondía como a su juez, ya le suplicaba como a su padre, ya conversaba con El como amigo. Aquella noche y en aquel bosque, despiertos ya los compañeros, que escuchaban y observaban lo que hacía, le vieron y oyeron rogar devotamente a la divina misericordia por los pecadores, con llanto y a

voces. Le oyeron lamentar en alta voz la pasión de Cristo, como si la estuviese viendo corporalmente. Le vieron por largo tiempo orar con los brazos en cruz, levantado de la tierra y rodeado de una nube resplandeciente. En estos santos ejercicios pasó sin dormir toda la noche. Y a la mañana, al ver los compañeros que, por la fatiga y la falta de sueño, estaba muy débil y difícilmente podría caminar a pie, fueron a casa de un pobre campesino de aquel país y le pidieron por amor de Dios que les prestase su jumento para el Padre fray Francisco, que no podía caminar a pie. Al oír nombrar a fray Francisco, preguntó:

—¿Sois vosotros compañeros de aquel fray Francisco de Asís, de quien se cuenta tanto bien?

Respondieron ellos que sí, y que para él venían a pedirle el asno. Entonces el buen hombre aparejó el asno con mucha devoción y solicitud, y él mismo se lo llevó a San Francisco, y con grande reverencia le ayudó a subir encima.

Siguieron el viaje, acompañándolos el labrador, que caminaba detrás de su asno, y cuando habían andado un trecho, dijo a San Francisco:

—Dime: ¿eres tú fray Francisco de Asís?

Al responder el Santo que sí, añadió el villano:

—Pues pon cuidado en ser tan bueno como la gente cree que eres, porque todos tienen gran fe en ti, y por eso te advierto que no defraudes la esperanza de la gente.

Al oír San Francisco estas palabras no se desdeñó de ser amonestado por un rústico, ni dijo para sí: «¡Qué bestia es este que me reprende!», como harían hoy muchos soberbios que llevan el hábito, sino que inmediatamente se echó a tierra y, arrodillándose delante, le besó los pies y le dió gracias con humildad, porque había tenido a bien avisarle tan caritativamente.

Muy movidos a devoción el labrador y los frailes, levantaron del suelo a San Francisco, le pusieron sobre el asno y continuaron adelante. Cuando llegaba poco más o menos a la mitad del monte, como el calor era grandísimo y la subida penosa, sintió el labrador muy ardiente sed, y tanto le atormentaba, que comenzó a gritar detrás de San Francisco:

—¡Ay de mí, que me muero de sed! Si no hay algo que beber, desfalleceré inmediatamente.

San Francisco bajó del asno, se puso en oración y estuvo de rodillas con las manos levantadas al cielo hasta que supo por revelación que había sido oído. Entonces dijo al labrador:

—*Corre presto a aquella piedra y hallarás agua fresca, que acaba de hacer brotar allí Jesucristo por su misericordia.*

Acude el rústico al lugar que le muestra el Santo, encuentra una fuente riquísima que brota de un peñasco muy duro, en virtud de la oración de San Francisco, bebe copiosamente, y se siente reconfortado. No cabe duda que la produjo Dios milagrosamente a ruegos del Santo, porque ni antes ni después se vió fuente en aquel sitio, ni otro manantial en grande espacio alrededor. Dieron gracias a Dios, por el manifiesto milagro, San Francisco, sus compañeros y el labrador, y prosiguieron el viaje.

Al llegar al pie del peñasco mismo del Alverna, quiso San Francisco descansar un poco bajo una encina que había y hay aún en el camino. Desde allí se puso a mirar la disposición de aquel lugar y país, y en esto vino una gran multitud y variedad de pájaros, que, con trinos y batir de alas, mostraban todos grandísima fiesta y alegría, y rodearon a San Francisco, de modo que unos se le posaron en la cabeza, otros en las espaldas, otros en los brazos, algunos en el pecho y otros alrededor de los pies. Maravillábanse de esto los compañeros y el labrador, y San Francisco decía, muy regocijado:

—*Yo creo, hermanos carísimos, que a Nuestro Señor Jesucristo le agrada que habitemos en este monte solitario, pues tanta alegría muestran por nuestra llegada nuestros hermanos los pájaros.*

Dicho esto se levantó, prosiguieron el camino y llegaron, finalmente, al lugar que habían elegido antes sus compañeros.

En alabanza de Dios y de su santísimo nombre. Amén.

Esto, por lo que hace a la primera consideración de cómo San Francisco llegó al monte Alverna.

CONSIDERACION II

De la conversación y vida de San Francisco en el monte Alverna

En cuanto a la consideración segunda, o sea la vida que hizo San Francisco con sus compañeros en dicho monte, es de saber que, oyendo el caballero Orlando que San Francisco había subido con tres compañeros para habitar sobre el Alverna, se alegró muchísimo, y al día siguiente fué a visitarle con muchos de su castillo, llevándole pan y otros manjares para el Santo y sus compañeros.

Cuando llegó arriba le halló en oración y se acercó a saludarle. El Santo se levantó y recibió con grandísima caridad y alegría a él y a los que lo acompañaban. Después se

pusieron a conversar juntos, y al concluir, le dió San Francisco las gracias por el monte que les había dado, tan apto para inspirar devoción, y por su visita, y le rogó que le hiciese construir una celdita pobre al pie de un haya bellísima, distante como a un tiro de piedra de la habitación que habían hecho los frailes, porque le parecía lugar muy devoto y a propósito para la oración. Orlando la mandó hacer, y luego, como se acercaba la noche, y era hora de partir, San Francisco les predicó un poco y les dió la bendición. Al marcharse, Orlando llamó aparte a San Francisco y a sus compañeros y les dijo:

—Hermanos mios carísimos: no es mi intención que en este monte agreste paséis necesidad y no podáis aplicaros a las cosas espirituales. Por eso quiero, y os lo digo desde ahora para siempre, que enviéis confiadamente a mi casa por todo lo que os haga falta. y si no lo hiciereis así. me parecería muy mal.

Dicho esto, partió con los que le acompañaban y se volvió al castillo.

Entonces San Francisco mandó sentar a sus compañeros y les instruyó en la forma y manera de vida que debían observar ellos y cuantos quisiesen vivir religiosamente en los eremitorios. Y, entre otras cosas, les inculcó en especial la guarda de la santa pobreza, con estas palabras:

—*No miréis tanto al caritativo ofrecimiento de Orlando, que vayáis a ofender en lo más mínimo a nuestra dueña y señora la pobreza. Tened por cierto que, cuanto más huyamos nosotros de la pobreza, más huirá el mundo de nosotros, y más necesidad padeceremos; pero, si nos abrazamos estrechamente a la santa pobreza, el mundo nos buscará y nos alimentará copiosamente. Nos ha llamado Dios a esta santa Religión para salvación del mundo, y ha puesto este pacto entre él y nosotros; que nosotros debemos al mundo buen ejemplo, y que el mundo nos provea en nuestras necesidades. Perseveremos, pues, en la santa pobreza, porque es camino de perfección y prenda y arras de las riquezas eternas.*

Y después de otras muy hermosas y devotas consideraciones y enseñanzas sobre esta materia, concluyó:

—*He aquí ahora el método de vida que he determinado para mí y para vosotros. Como veo que me acerco a la muerte. quiero estar a solas para recogerme en Dios y llorar en su presencia mis pecados. Fray León me traerá, cuando le parezca, un poco de pan y agua; y por ningún motivo permitáis que se llegue a mí ningún seglar, sino que le responderéis vosotros por mí.*

Dicho esto. les dió la bendición y se fué a la celda del

haya. Los compañeros quedaron en aquel lugar con firme propósito de observar lo mandado por San Francisco.

De allí a pocos días, cuando estaba San Francisco al lado de dicha celda, y miraba la disposición del monte, admirándose de las grandes hendiduras y aberturas de aquellos enormísimos peñascos, se puso en oración y le fué revelado por Dios que aquellas hendiduras, tan asombrosas, se habían hecho milagrosamente al tiempo de la pasión de Cristo, cuando, según dice el Evangelista, se rompieron las piedras. Y quiso Dios que esto sucediese de modo especial en el monte Alverna, para significar que allí se había de renovar la pasión de Jesús en el alma de San Francisco, por el amor y la compasión, y en el cuerpo, con la impresión de las Llagas.

Luego que recibió esta revelación, se recogió inmediatamente en sí mismo y se aplicó a meditar el misterio que encerraba. Desde entonces comenzó a gustar con más frecuencia las dulzuras de la divina contemplación, dado a la oración continua, en la que muchas veces era arrebatado en Dios, de modo que los compañeros le veían corporalmente levantado de la tierra y arrobado fuera de sí. En estos raptos de la contemplación le revelaba Dios, no sólo las cosas presentes y futuras, sino aun los secretos pensamientos y deseos de los frailes, como lo experimentó aquel mismo día su compañero fray León.

Estaba éste combatido de una gravísima tentación, no carnal, sino espiritual, y le vino gran deseo de tener alguna oración devota escrita de mano de San Francisco. Pensaba que si la tuviese desaparecería la tentación en todo o en parte; pero, por vergüenza o por respeto, no se atrevía a decírselo; mas lo que fray León no le dijo, se lo reveló el Espíritu Santo. Llamóle, pues, San Francisco, hizo que le trajese tintero, pluma y papel; escribió de su mano una alabanza de Cristo, conforme al deseo de fray León; puso en ella la letra tau, o sea una cruz, y le dió el papel, diciendo:

—*Toma, hermano carísimo, y guárdalo bien hasta la muerte. Dios te bendiga y te guarde de toda tentación. No te desanimes porque te vengan tentaciones, pues así te tengo yo por más siervo y amigo de Dios, y cuanto más combatido seas de ellas, más te amo. Te digo de verdad que ninguno se debe tener por perfecto amigo de Dios hasta que haya pasado por muchas tentaciones y tribulaciones.*

Recibió fray León este escrito con suma devoción y fe, e inmediatamente desapareció toda tentación, por lo cual fué a contar a sus compañeros con grande alegría el bien

que le había hecho Dios al recibir aquel escrito de mano del Santo; cerró y guardó cuidadosamente esta cédula, y por ella hicieron después los frailes muchos milagros.

De allí en adelante fray León, con mucha sencillez e intención buenísima, comenzó a espiar y observar solícitamente lo que hacía San Francisco, mereciendo por su pureza verlo en muy repetidas ocasiones arrobado en Dios y levantado del suelo, alguna vez hasta la altura de tres brazas, otras hasta la de cuatro, tal vez hasta la cima del haya, y en alguna ocasión lo vió tan alto y rodeado de tanto esplendor, que apenas lo podía divisar. Y ¿qué hacía este sencillo fraile cuando veía a San Francisco levantado a tan poca altura que le podía tocar? Se le acercaba despacio, le abrazaba y besaba los pies y decía derramando lágrimas:

—Señor, ten misericordia de mí, pecador, y dame tu gracia por los méritos de este santo hombre.

Una de las veces que estuvo bajo los pies de San Francisco sin poder tocarle, por lo mucho que se había levantado, vió bajar del cielo una cédula que vino a posarse sobre la cabeza del Santo; tenía escritas, con letras de oro, estas palabras: «Aquí está la gracia de Dios»; y en leyéndola, la vió volver al cielo. En virtud de esta gracia no sólo fué arrebatado en Dios San Francisco, sino que también era confortado con visiones angélicas. Pensaba, una vez, en su muerte y en el estado de su Orden cuando él faltase, y decía:

—*Señor, ¿qué será después de mi muerte de esta tu pobrecilla familia, que por tu benignidad has encomendado a mí, pecador? ¿Quién la confortará? ¿Quién la corregirá? ¿Quién te pedirá por ella?*

Al decir semejantes palabras, le apareció un ángel, enviado por Dios para consolarlo, y le dijo:

—Te aseguro, de parte de Dios, que la profesión de tu Orden no faltará hasta el día del juicio. Ninguno, por gran pecador que sea, dejará de hallar misericordia en Dios, si ama de corazón a tu Orden. Nadie que por malicia la persiga podrá vivir largo tiempo, y ninguno que sea muy pecador podrá perseverar mucho en ella si no enmienda su vida. No te aflijas si ves en tu Religión algunos frailes que no son buenos, ni guardan la Regla como deben, y no pienses que por esto la Religión venga a faltar, porque habrá siempre muchísimos que observarán con perfección la vida del Evangelio de Cristo y la pureza de la Regla, y éstos, inmediatamente después de la muerte, entrarán en la vida eterna sin pasar por el purgatorio; otros la observarán, aunque no perfectamente, y serán antes purificados en el purgatorio, pero el tiempo de su expiación lo dejará Dios a tu cuidado. Mas de

los que no guarden nada la Regla, no te cuides, dice Dios, porque tampoco El se cuidará.

Dichas estas palabras, desapareció el ángel, y quedó San Francisco muy confortado y consolado.

Al acercarse la fiesta de la Asunción de la Virgen, San Francisco buscó lugar más retirado y secreto para pasar a solas la cuaresma de San Miguel Arcángel, que comenzaba en dicha fiesta. Con este designio llamó a fray León, y le dijo:

—*Ve y ponte a la puerta del oratorio de los frailes, y cuando yo te llame, vienes.*

Fué fray León a ponerse en la puerta. San Francisco se alejó un trecho y llamó con voz fuerte. Oyéndolo fray León acudió al llamamiento, y San Francisco le dijo:

—*Hijo, busquemos otro lugar más secreto, donde no me puedas oír cuando te llame.*

Vieron al lado meridional del monte un lugar oculto y bien a propósito para su intento, pero no se podía llegar allí a causa de una hendidura horrible y espantosa que había en un peñasco. Con mucho trabajo atravesaron encima un madero a modo de puente, y pasaron a la otra parte. Después mandó el Santo llamar a los otros frailes, les dijo que intentaba pasar allí a solas la cuaresma de San Miguel, y les pidió que le hiciesen una celdita de modo que, aunque gritase, no le pudiesen oír. Cuando estuvo hecha, les dijo:

—*Id a vuestro sitio y dejadme estar solo, porque, con la ayuda de Dios, pienso hacer aquí esta cuaresma sin ningún ruido ni distracción de ánimo; por eso no vengáis aquí. Pero tú, fray León, vendrás una vez al día a traerme un poco de pan y agua, y otra de noche, a la hora de maitines, y entonces vienes silenciosamente y al llegar a la entrada del puente dices:* Domine, labia mea aperies; *y si yo te respondo, pasas y entras en la celda y decimos juntos los maitines: pero si no te respondo, te marchas inmediatamente.*

Decía esto San Francisco porque a veces estaba tan arrobado en Dios que no percibía nada por los sentidos. Después San Francisco les dió la bendición y se volvieron a su lugar.

Sobre la fiesta de la Asunción, San Francisco comenzó la santa cuaresma con muy rigurosa abstinencia y austeridad. Maceraba el cuerpo y confortaba el espíritu con ferviente oración, vigilias y disciplinas; y con estos ejercicios, al crecer siempre de virtud en virtud, preparaba su alma para recibir los secretos e ilustraciones divinas, y el cuerpo para las crueles batallas con los demonios, con los que muchas veces combatía sensiblemente.

Entre otras ocasiones, un día de aquella cuaresma, cuando salía de la celda San Francisco muy enfervorizado, para

orar allí cerca, en la concavidad de un peñasco situado a grandísima altura al borde de un espantoso precipicio, vino repentinamente el demonio con aspecto terrible y con tempestad y estruendo grandísimo, y le empujó para precipitarle al profundo. No tenía San Francisco por dónde huir, y no podía soportar el aspecto ferocísimo del demonio. Se vuelve rápidamente hacia la peña, encomendándose a Dios y busca con las manos a qué agarrarse; y el Señor, que no permite que sus siervos sean tentados sobre sus fuerzas. hizo el milagro de que la piedra a que se arrimó cediese, ajustándosele al cuerpo, y recibiéndolo en sí, como si hubiera puesto las manos y la cara en cera líquida, de suerte que dejó el Santo estampada en la piedra la huella y forma de cara y manos y se libró del demonio con la ayuda de Dios.

Pero lo que el demonio no pudo lograr entonces con San Francisco, cuando pretendió despeñarlo, lo hizo bastante después de la muerte del Santo con un devoto fraile suyo. que colocaba en aquel mismo sitio algunos maderos para que, sin peligro, se pudiese pasar, por devoción al Santo y al milagro hecho allí. El demonio empujó a este fraile cuando tenía sobre la cabeza un gran madero y le derribó de allí abajo con el madero. Mas el Señor, que había librado y preservado de caer a San Francisco, por los méritos de éste libró y preservó del daño de la caída al devoto fraile, porque al caer se encomendó a voces con gran devoción a Dios y a San Francisco. el cual se le apareció un instante y, tomándolo, lo posó abajo. sobre las piedras. sin herida ni golpe alguno.

Los otros frailes que oyeron el grito del que caía creyeron que estuviese muerto y hecho pedazos, por haber caído sobre aquellas piedras agudas: tomaron el féretro con gran dolor y llanto y fueron por la otra parte del monte para traer los pedazos de su cuerpo y darles sepultura. Y, al bajar ya del monte. les vino al encuentro el fraile despeñado: traía a la cabeza el mismo madero y venía cantando el *Te Deum laudamus*. Mucho se admiraron los frailes. pero él les contó detalladamente todas las circunstancias de la caída. y cómo San Francisco le había salvado. Todos le acompañaron al convento cantando el *Te Deum*, y alabaron y dieron gracias a Dios y a San Francisco por el milagro hecho con su hermano.

Volvamos a lo comenzado acerca de San Francisco.

Proseguía éste la cuaresma, como se ha dicho, y aunque sostenía muchas batallas con los demonios, también recibía muchos consuelos de Dios y visitas de ángeles, y aun de las aves del bosque. Porque, mientras duró la cuaresma. venía todas las noches a despertarle. antes de maitines. un

halcón que tenía el nido allí cerca, y no cesaba de gritar y batir sus alas contra la celda hasta que San Francisco se levantaba para rezar maitines; y cuando el Santo estaba más cansado, débil o enfermo, el halcón, a manera de persona discreta y compasiva, le despertaba más tarde. Este reloj causaba gran placer a San Francisco, porque la diligencia del halcón alejaba de él la pereza y le estimulaba a orar, y aun alguna vez se estaba acompañándole por el día.

Finalmente, por lo que hace a esta segunda consideración, al hallarse San Francisco muy postrado de fuerzas, tanto por la mucha abstinencia como por los combates con los demonios, y querer fortalecer el cuerpo con el manjar espiritual del alma, se puso a pensar en la excesiva gloria y gozo que tienen los bienaventurados en el cielo, y pidió a Dios que le concediese probar un poco de aquel gozo. Con este pensamiento, se le apareció un ángel muy resplandeciente, que traía un violín en la mano izquierda y el arco en la derecha, y mientras el Santo le miraba estupefacto, pasó una vez el arco sobre el violín hacia arriba. Fué tal la suavidad y dulzura, que inundó repentinamente el alma de San Francisco, privándola de toda sensación corporal, que, según dijo después a los compañeros, dudaba no se le saliese del cuerpo, si el ángel continuara moviendo el arco hacia abajo, por no poder soportar tan extremada dulzura.

Esto por lo que atañe a la segunda consideración.

CONSIDERACION III

Cómo le fueron impresas las Llagas a San Francisco

Cuanto a la tercera consideración, o sea la aparición seráfica e impresión de las Llagas, es de advertir que, sobre la fiesta de la Cruz de septiembre, cuando iba una noche fray León a la hora convenida a rezar maitines con San Francisco, al decir a la entrada del puente, como acostumbraba, *Domine, labia mea aperies*, no le respondió el Santo. Fray León no se volvió atrás, conforme le tenía mandado, sino que, con buena y santa intención, pasó el puente y entró despacito en la celda, y no hallándole, pensó que se habría ido al bosque y estaría orando en otro sitio. Salió, pues, afuera y a la luz de la luna le fué buscando calladitamente por el bosque. Oyó, por fin, la voz de San Francisco, y acercándose más le vió de rodillas, con la cara y las manos levantadas al cielo, y diciendo con gran fervor:

—*¿Quién eres Tú, dulcísimo Dios y Señor mío? Y ¿quién soy yo, vilísimo siervo tuyo?*

Y repetía siempre estas palabras, sin añadir otra cosa.

Muy maravillado fray León, levantó la vista y vió bajar un haz de fuego bellísimo y muy resplandeciente, que se posó sobre San Francisco, y oía una voz que salía de la llama y hablaba con el Santo; pero fray León no entendía las palabras. Considerándose indigno de estar tan cerca de aquel lugar santo y de aquella aparición admirable, y con temor, de ofender a San Francisco o estorbarle aquel consuelo, si por ventura le sentía, se retiró atrás poco a poco y esperó a cierta distancia hasta ver el fin.

Impresión de las Llagas. (Margaritone d'Arezzo.)

Mirando fijamente desde allí, vió a San Francisco extender la mano por tres veces a la llama, y después de largo espacio vió, por último, que la llama se volvió al cielo. Marchóse entonces, seguro y alegre de lo que había visto, y al caminar confiadamente para volver a la celda, oyó San Francisco el ruido que hacía con los pies en las hojas y le mandó que esperase y no se moviese. Obedeció fray León y esperó inmóvil, con tanto miedo que, según dijo después a los compañeros, en aquellos momentos hubiera querido más que

la tierra le tragase que esperar a San Francisco, al pensar que vendría enojado contra él. Pues fray León ponía sumo cuidado en no ofenderle, para no dar motivo a que por su culpa le privase el Santo de su compañía. Cuando San Francisco hubo llegado le preguntó:

—*¿Quién eres tú?*

—Soy fray León, Padre mío —respondió tembloroso.

Díjole San Francisco:

—*¿A qué has venido aquí, hermano ovejuela? ¿No te he dicho yo que no me andes siguiendo los pasos? Dime por santa obediencia si has oído o visto algo.*

—Padre—contestó fray León—, te oí hablar y decir muchas veces: «¿Quién eres Tú, dulcísimo Dios mío, y quién soy yo, vilísimo gusano e inútil siervo tuyo?»

Y arrodillándose fray León delante de San Francisco, le confesó su culpa por haber desobedecido y le pidió con lágrimas perdón. Después le suplicó devotamente que le explicase las palabras que él no había entendido.

Al ver San Francisco cómo Dios había concedido al humilde fray León, por su sencillez y pureza, que viese algunas cosas, condescendió en manifestarle lo que pedía, y le dijo:

—*Has de saber, ovejuela de Jesucristo, que cuando yo decía aquellas palabras que has oído, se presentaban a mi alma dos luces: una, de la noticia y conocimiento del Criador, y la otra, del conocimiento de mí mismo. Cuando yo decía: «¿Quién eres Tú, dulcísimo Dios mío?», contemplaba y veía en una luz el abismo de la divina bondad y la sabiduría y poder de Dios; y cuando decía: «¿Quién soy yo...?», tenía otra luz de contemplación, con la que veía la profundidad deplorable de mi vileza y miseria; y por eso decía: «¿Quién eres Tú, Señor de infinita bondad, sabiduría y poder, que te dignas visitarme a mí, que soy un gusano abominable?» En la llama que tú veías estaba Dios, que me hablaba en aquella forma, como habló antiguamente a Moisés. Entre otras cosas que me dijo, me pidió que le ofreciese tres dones; y le respondí: «Yo soy todo tuyo; bien sabes que no tengo más que la túnica, la cuerda y los paños menores, y aun estas tres cosas son tuyas: ¿qué puedo yo, pues, ofrecer y dar a tu Majestad?»*

Entonces me dijo Dios: «Busca en el seno y ofréceme lo que halles.» Busqué y encontré una bola de oro y se la ofrecí a Dios. Así hice tres veces, porque las tres me lo mandó Dios, y después me arrodillé otras tres, bendiciéndole y dándole gracias porque me había dado qué ofrecerle. Inmediatamente se me dió a entender que aquellos tres dones significaban la santa obediencia, la altísima pobreza y la her-

mosísima castidad que Dios me ha concedido por su gracia observar tan perfectamente, que de nada me reprende la conciencia. Y como Dios me había puesto en el seno las tres bolas de oro, que significaban las dichas tres virtudes, y me viste ofrecérselas, así también puso en mi alma esta otra virtud, que por todos los dones y gracias que su santísima bondad me ha concedido, le alabo y engrandezco.

Estas son las palabras que oíste y el extender tres veces la mano que has visto; pero guárdate, hermano oveja, de seguir mis pasos; vuélvete a la celda con la bendición de Dios, y ten buen cuidado de mí, pues de aquí a pocos días hará Dios en este monte cosas tan grandes y maravillosas, que a todo el mundo admirarán; porque hará algunas novedades que jamás hizo a criatura alguna en este mundo.

Dicho esto, se hizo traer el libro de los Evangelios, porque le había sugerido Dios la idea de que abriéndolo tres veces le sería manifestado lo que quería hacer de él. Habido el libro, San Francisco se puso en oración, y después se lo hizo abrir a fray León tres veces en nombre de la Santísima Trinidad, y fué Dios servido disponer que las tres veces se le pusiese delante la pasión de Cristo, dándole con esto a entender que, como había seguido a Cristo en los actos de su vida, así debía seguirle y conformarse a él en las aflicciones y dolores de la pasión antes de salir de este mundo.

Desde aquel momento San Francisco comenzó a sentir y gustar más copiosamente la dulzura de la contemplación y de las visitas divinas. Entre éstas tuvo una como preparación inmediata a la impresión de las Llagas, en esta forma. La víspera de la fiesta de la Cruz de septiembre, cuando estaba San Francisco secretamente en oración en su celda, se le apareció un ángel y le dijo de parte de Dios:

—Vengo a confortarte y prevenirte que te prepares humildemente para recibir con la mayor paciencia lo que Dios quiera hacerte.

—*Dispuesto estoy* —respondió— *a sufrir pacientemente cualquier cosa que mi Señor quiera hacerme.*

El ángel se marchó.

Al día siguiente, o sea el de la Cruz, San Francisco se levantó temprano, antes de amanecer, y se puso en oración delante de la puerta de la celda, mirando hacia el Oriente, y oró en esta forma:

—*Señor mío Jesucristo, dos gracias te ruego que me concedas antes de morirme: la primera, que sienta yo en mi cuerpo y en mi alma, en cuanto sea posible, el dolor que Tú, dulcísimo Jesús, sufriste en tu acerbísima pasión; la segunda, que sienta yo en mi corazón, en cuanto sea posible, aquel excesivo amor que a Ti, Hijo de Dios, te llevó a sufrir voluntariamente tantos tormentos por nosotros, pecadores.*

Y como perseverase largo espacio en esta súplica, entendió que Dios le oiría y que pronto le concedería sentir las dichas cosas, en cuanto fuera posible a pura criatura. Con esta promesa comenzó San Francisco a meditar devotamente la pasión de Cristo y su infinita caridad, y creció tanto en él la devoción y el fervor, que se transformaba todo en Jesús por amor y compasión. Y estando así inflamado en esta contemplación, aquella misma mañana vió venir del cielo un serafín con seis alas ardientes y resplandecientes, el cual, con vuelo feroz, se le acercó hasta que el Santo le pudo distinguir, y vió claramente que tenía la figura de un hombre crucificado; las alas estaban dispuestas de modo que dos se extendían sobre la cabeza, otras dos se desplegaban para volar, y las dos restantes cubrían todo el cuerpo. Al verlo, San Francisco quedó sumamente asombrado y embargado a la vez de alegría, dolor y admiración. Le causaba alegría el gracioso aspecto de Cristo, que se le aparecía tan familiarmente y le miraba tan amablemente; mas, por otra parte, viéndole clavado en la cruz, sentía desmedido dolor y compasión. Además, le maravillaba mucho tan estupenda y no acostumbrada visión, porque sabía bien que los sufrimientos de la pasión no son compatibles con la inmortalidad del espíritu seráfico. Absorto en esta admiración, le reveló el que se le aparecía que, por disposición divina, se le mostraba la visión en aquella forma para que entendiese que no por martirio corporal, sino por incendio espiritual, debía transformarse todo en expresa imagen de Cristo crucificado.

Mientras duró esta aparición admirable parecía que todo el monte Alverna ardía con fulgentísima llama, que iluminaba los montes y valles de alrededor como si el sol los alumbrase; los pastores que velaban en aquella comarca, viendo arder el monte y tanta luz alrededor, tuvieron grande miedo, según contaron después a los frailes, y afirmaron que había durado la llama sobre el Alverna más de una hora. Al resplandor de esta luz, que penetraba por las ventanas de las casas del país, se levantaron algunos arrieros que iban a la Romaña, cargaron sus bestias, al creer que ya había salido el sol, y, luego en el camino, vieron después cesar aquella luz y nacer el sol material.

En la referida aparición seráfica, Cristo, que era quien se aparecía. dijo a San Francisco ciertas cosas altas y se-

cretas que el Santo jamás quiso manifestar a nadie en vida; pero después de su muerte las reveló, como se verá luego. Las palabras fueron éstas:

—¿Sabes tú —le dijo Cristo— lo que hice contigo? Te he dado las Llagas, que son las señales de mi pasión. para que seas mi portaestandarte. Y como yo bajé al limbo el día de mi muerte, y saqué de él todas las almas en virtud de estas mis Llagas, así te concedo que cada año, el día de tu muerte, vayas al purgatorio y libres de él, en virtud de tus Llagas, todas las almas que halles de tus tres Ordenes: Menores, Monjas y Terciarios, y aun las de los que te hubieren sido muy devotos, y las conduzcas al cielo, para que me seas semejante en la muerte, como lo eres en la vida.

Cuando, después de mucho tiempo y conversación secreta, desapareció esta visión admirable, dejó en el corazón de San Francisco un sumo ardor de amor divino, y en su carne una huella e imagen maravillosa de la pasión de Cristo. Inmediatamente comenzaron a verse en las manos y pies de San Francisco las señales de los clavos, como él las había visto en el cuerpo de Jesús crucificado, que se le había aparecido en forma de serafín; de modo que aparecían las manos y pies taladrados por el medio con clavos, cuyas cabezas estaban en las palmas de las manos y en las plantas de los pies, fuera de la carne, y las puntas se veían en el dorso de manos y pies, retorcidas y remachadas en tal forma, que por el agujero del remache, que sobresalía todo de la carne, se hubiera podido introducir fácilmente el dedo de la mano, como en un anillo; las cabezas de los clavos eran redondas y negras.

Asimismo, en el costado derecho aparecían los bordes de una herida de lanza sin cicatrizar, roja y sanguinolenta, por la que fluía muchas veces sangre del pecho de San Francisco, y le bañaba la túnica y los paños menores. De ahí que lo advirtieron sus compañeros antes que él lo manifestase; porque, viendo que no descubría las manos ni los pies, y que no los podia fijar en el suelo, y como, además, le hallaban ensangrentada la túnica y los calzoncillos cuando se los lavaban, comprendieron claramente que en manos, pies y costado tenía impresa la imagen y semejanza de Cristo crucificado.

Y aunque él se industriaba mucho para esconder y ocultar aquellas gloriosas Llagas, tan patentemente impresas en su carne; mas al ver por otra parte, que difícilmente podía encubrirlas a sus compañeros familiares, y al temer, no obstante, publicar los secretos de Dios, estuvo muy perplejo sobre si debía revelar o no la visión seráfica y la impresión de las Llagas. Por fin, estimulado por la conciencia,

hizo venir a algunos frailes de su mayor confianza y les propuso la duda en términos generales, sin indicar el hecho, pidiéndoles consejo sobre lo que se debia hacer. Estaba entre ellos uno de gran santidad, llamado fray Iluminado, el cual como comprendiese que San Francisco debía de haber visto cosas maravillosas, le contestó:

—Debes saber, fray Francisco, que no para ti solo, sino también para los otros, te muestra Dios alguna vez sus secretos; por eso, con razón debes temer hacerte digno de reprensión, si tienes oculto lo que Dios te mostró para utilidad de otros.

Movido San Francisco de estas palabras, refirió con grandísimo temor todo el modo y forma de la visión, añadiendo que Cristo, el cual se le había aparecido, le había dicho ciertas cosas que él no diría jamás mientras viviese.

Aunque aquellas santísimas Llagas, por ser impresas por Cristo, le daban grande alegría al corazón; sin embargo, para la carne y los sentidos corporales eran de intolerable dolor. Y así, obligado por la necesidad escogió a fray León, por más puro y sencillo, y, contándole todo, le dejaba ver, tocar y vendar aquellas santas Llagas y aplicarles algunos lienzos para mitigar el dolor y limpiar la sangre que manaba de ellas, y cuando estaba enfermo, permitía que le mudase estos lienzos con más frecuencia y aun diariamente. excepto desde el jueves por la tarde hasta el sábado por la mañana. que no quería que con ningún remedio ni medicina le aliviasen en nada el dolor de la pasión de Cristo, que llevaba en su cuerpo, en atención a que en este tiempo nuestro Señor y Salvador fué preso, crucificado, muerto y sepultado por nosotros. Sucedió alguna vez que cuando fray León le cambiaba la venda de la Llaga del costado, San Francisco, por el mucho dolor que sentía al despegar el lienzo ensangrentado, puso la mano en el pecho de fray León, y con este contacto de aquella mano sagrada sentia fray León tanta devoción y dulzura en su corazón. que estaba a punto de caerse desmayado.

Finalmente, por lo que hace a esta tercera consideración, al concluir San Francisco la cuaresma de San Miguel Arcángel, dispuso, por revelación divina, volver a Santa María de los Angeles. Por lo cual llamó a fray Maseo y a fray Angel, y después de muchas palabras y santas instrucciones, les recomendó con la mayor eficacia que pudo aquel santo monte, diciéndoles cómo él y fray León debían volver a Santa María de los Angeles. Dicho esto, se despidió de ellos. bendiciéndoles en nombre de Jesús crucificado, y, en con-

descendencia a sus ruegos, les extendió sus santísimas manos, adornadas con aquellas gloriosas Llagas, permitiéndoles que las viesen, tocasen y besasen, y dejándolos así consolados, se separó de ellos y bajó de aquel santo monte.

En alabanza de Cristo. Amén.

CONSIDERACION IV

Milagros hechos después de la impresión de las Llagas

Respecto a la cuarta consideración se ha de saber que, después que el verdadero amor de Cristo transformó perfectamente a San Francisco en imagen real del Crucificado, terminada sobre el Alverna la cuaresma en obsequio de San Miguel, y pasada la fiesta de este santo Arcángel, bajó del monte el hombre angélico Francisco, acompañado de fray León y un devoto aldeano, de cuyo asno se sirvió, por la dificultad de caminar a pie, a causa de los clavos de los pies.

Luego que bajó del Alverna San Francisco, cómo se había extendido en el país la fama de su santidad, y los pastores habían divulgado el hecho de haber visto todo el monte inflamado, y que era señal de algún milagro grande que Dios había hecho con él, al oír la gente que el Santo pasaba, todos acudían a verle, hombres y mujeres, grandes y pequeños, y todos con viva devoción se industriaban para tocarle y besarle las manos. Y como no podía negarse a la devoción del pueblo, no obstante que llevaba vendadas las palmas de las manos, las cubría también con las mangas para ocultar mejor las Llagas, y sólo daba a besar los dedos descubiertos. Pero por más que procuraba ocultar el secreto de las santas Llagas para evitar el aplauso del mundo, quiso Dios manifestar su gloria con muchos milagros, hechos por virtud de las mismas, especialmente en el viaje del Alverna a Santa María de los Angeles, y aun después con muchísimos otros obrados en diversos lugares, ya en vida del Santo, ya después de su gloriosa muerte, para descubrir al mundo con señales claras y evidentes así la oculta y maravillosa virtud de las Llagas, como la admirable bondad y amor con que Cristo se las había dado milagrosamente. Pondremos aquí algunos de estos milagros.

Al acercarse San Francisco a un pueblo situado en los confines del condado de Arezzo, se le puso delante una mujer que sollozaba y traía del brazo un hijo de ocho años, que hacía cuatro que se hallaba hidrópico, con tal hinchazón de vientre que, en posición vertical, no podía ver sus pies. Se lo presentó la mujer y le suplicó que lo encomendase a Dios.

San Francisco hizo primero oración y puso después sus santas manos sobre el vientre del niño, con lo cual se resolvió luego toda la hinchazón y lo devolvió a su madre perfectamente sano. Ella le recibió con grande alegría y le llevó a casa, y, agradecida a Dios y al Santo, enseñaba después muy gustosa su hijo sano a toda la gente de la comarca que acudía a su casa para verlo.

El mismo día pasó San Francisco por Borgo San Sepolcro. Antes de que llegase le salían al encuentro las turbas de aquellas poblaciones, y muchos iban delante de él con ramos de olivo en la mano, diciendo a voces:

—Mirad al Santo; éste es el Santo.

Y por la devoción y deseo que tenían de tocarle, todos se aglomeraban sobre él; pero como iba con la mente absorta en Dios y arrobado en contemplación, aunque le tocasen, detuviesen o empujasen, como hombre insensible nada percibía de cuanto hacían y decían en derredor; ni siquiera se dió cuenta de que pasaba por aquel pueblo y país Y así, cuando ya quedaba atrás la comarca de Borgo y se había vuelto la gente a sus casas, al acercarse a una leprosería, que distaba de aquel distrito más de una milla, al volver en sí el celestial contemplador, como si viniese del otro mundo, preguntó al compañero:

—*¿Cuándo llegaremos a Borgo?*

Verdaderamente, su alma, absorta y fija en la contemplación de las cosas celestiales, no había sentido nada de las terrenas, ni había advertido la sucesión y variedad de tiempos, lugares y personas. Y esto le sucedió muchas otras veces, según lo comprobaron por experiencia sus compañeros.

Llegó San Francisco aquella tarde al convento de Monte Casal, y había allí un fraile tan cruelmente enfermo y horriblemente atormentado, que su mal más parecía tortura del demonio que enfermedad natural, porque a veces se echaba en tierra con grandísimas convulsiones, arrojando espuma por la boca, ya se contraían todos los miembros de su cuerpo, ya se le distendían o se plegaban o torcían; a veces llegaba con los talones de los pies a la nuca; se arrojaba hacia arriba y al instante caía de espaldas. En la mesa oyó el Santo hablar de este fraile, tan extraña e incurablemente enfermo, y compadeciéndose de él, tomó un tro-

cito del pan que comía, hizo sobre él la señal de la cruz con sus santas manos llagadas y se lo envió al fraile enfermo. Apenas lo comió se halló perfectamente sano, y jamás volvió a sentir aquella enfermedad.

A la mañana siguiente envió San Francisco dos frailes de aquel convento a residir en el monte Alverna, y mandó con ellos al labriego que le había prestado el asno, para que se volviese a su casa. Iban los frailes con este labrador, y al entrar en el condado de Arezzo los vieron de lejos unos hombres del país que se alegraron mucho, pues creyeron sería el Santo que había pasado dos días antes, porque tenían una mujer en peligro de parto hacía ya tres días y se moría sin poder dar a luz, y pensaban ellos recobrarla sana y contenta en cuanto San Francisco pusiese sobre ella sus santas manos. Pero al acercarse los frailes y ver que no venía San Francisco, sintieron grande tristeza. Mas aunque no estaba allí el Santo, no faltó su virtud porque tampoco faltó la fe de ellos. ¡Cosa admirable! La mujer se moría, ya tenía todas las señales de la muerte. Preguntaron a los frailes si traían alguna cosa que hubiese tocado a las manos de San Francisco, y pensándolo ellos bien, pronto reconocieron que no había otra cosa que él hubiese tocado sino el cabestro del asno en que había venido. Llévanlo con mucha devoción y reverencia, y lo ponen sobre aquella mujer, invocando fervorosamente el nombre del Santo y encomendándosela con viva fe. Apenas la mujer tuvo encima el ramal, se sintió fuera de peligro y dió a luz con facilidad, gozo y salud.

San Francisco sube al monte Alverna. (M. Denis.)

San Francisco se detuvo algunos días en el referido convento y marchó a la ciudad de Castello. Apenas llegó al pueblo, acudieron muchos ciudadanos, trayéndole una mujer largo tiempo endemoniada. y le rogaban humildemente que

la remediase, porque alborotaba toda la comarca, ya con aullidos dolorosos, ya con crujidos crueles, ya con ladridos de perro. San Francisco se pone en oración, y luego, hace sobre ella la señal de la cruz, manda al demonio que la deje, e inmediatamente queda sana de cuerpo y mente.

Divulgóse este milagro en el pueblo, y otra mujer le trajo con grande fe un niño gravemente enfermo de una úlcera maligna, pidiéndole devotamente que tuviese a bien hacerle con sus manos la señal de la cruz. El Santo accedió, tomó el niño, le quitó la venda de la úlcera, hizo tres veces sobre ella la señal de la cruz, le vendó de nuevo y se lo devolvió a la madre. Esta le llevó a la cama para que durmiese, porque era de noche. Cuando fué despues a buscarle, le encontró sin la venda, y mirándole, vió que estaba perfectamente sano, como si nunca hubiera tenido mal alguno; en el sitio de la llaga le había crecido la carne, formando una rosa roja, más como testimonio del milagro que como señal de la úlcera, pues le duró toda la vida y muchas veces le movía a devoción hacia San Francisco, que le había curado.

San Francisco se detuvo allí un mes, por los devotos ruegos de la gente, y en este tiempo hizo muchos milagros; después siguió su viaje a Santa María de los Angeles con fray León y un buen hombre que le prestó su jumento.

Sucedió que, a causa de los malos caminos y el mucho frío, después de andar todo el día, no pudieron llegar a lugar alguno en que hospedarse, y obligados por la noche y el mal tiempo, se guarecieron bajo un peñasco algo excavado, para repararse de la noche y de la nieve que se les venía encima. Estaba así desabrigado y mal cubierto aquel buen hombre que prestara el asno, sin poder dormir a causa del frío, y sin tener modo de encender fuego. Comenzó a quejarse abiertamente de sí mismo. Lloraba y casi murmuraba de San Francisco, que le había traído a tal lugar. Compadecióse el Santo, y con fervor de espíritu extendió la mano y se la puso encima. ¡Cosa admirable!, lo mismo fué tocarle con aquella mano taladrada con el fuego seráfico que desaparecer todo el frío, y tanto calor le entró, que le parecía estar cerca de un horno encendido; confortado en alma y cuerpo se adormeció y durmió toda la noche hasta la mañana, entre peñascos y nieve, más profunda y regaladamente que jamás había dormido en su cama.

Al día siguiente prosiguieron el camino hasta Santa María de los Angeles, y cuando ya se acercaban, levantó

fray León la vista hacia el convento, y vió una hermosísima cruz de oro con la imagen del Crucificado, la cual iba delante de la cara de San Francisco, y, cuando éste paraba. se detenía también ella, y, si andaba, proseguía ella; era tan resplandeciente que no sólo le iluminaba el rostro, sino todo el camino alrededor, y duró hasta que el Santo entró en Santa María. Al llegar con fray León al convento. fueron recibidos por los frailes con suma alegría y caridad; y desde entonces San Francisco moró allí la mayor parte del tiempo restante de su vida. Y continuamente se extendía más por el mundo la fama de su santidad y milagros, no obstante que con profundísima humildad ocultaba cuanto podía los dones y favores de Dios y se llamaba grande pecador.

Maravillándose de esto fray León, comenzó a pensar entre sí con simpleza: éste se llama en público gran pecador, y es grande en la Orden y tan honrado de Dios; pero, en secreto, nunca se confiesa del pecado de impureza, ¿será virgen? Y comenzó a sentir grandísimo deseo de saber la verdad acerca de esto; pero no se atrevía a preguntárselo a San Francisco, y así recurrió a Dios con repetidas súplicas para que se lo diese a conocer, y después de muchas oraciones mereció ser oído, y alcanzó certeza de la virginidad del Santo con esta visión: Vió a San Francisco en un lugar alto y excelente al que nadie podía ir ni llegar, y fuéle revelado que aquel encumbrado puesto significaba la excelencia de la castidad virginal del Santo, que de razón convenía a la carne que había de ser adornada con las sagradas Llagas de Cristo.

Al ver San Francisco que a causa de las Llagas le faltaban poco a poco las fuerzas corporales y no podía ya regir la Orden, apresuró la celebración del Capítulo general; y, cuando lo tuvo reunido en pleno, se excusó humildemente delante de los frailes, y alegó la impotencia en que se hallaba para atender al gobierno de la Orden. Respecto al Generalato, no lo renunciaba porque no podía; pues estaba nombrado General por el Papa, y no podía, sin su expresa licencia, dejar el oficio ni instituir sucesor, pero nombró Vicario suyo a Pedro Cataneo, y a él y a los Ministros provinciales recomendó afectuosamente la Orden, con la mayor eficacia que pudo. Después de esto, confortado el Santo en espíritu, levantó los ojos y las manos al cielo y exclamó:

—*A Ti, Señor, Dios mío, encomiendo tu familia que hasta el presente me has tenido encargada, y que ahora, por mis enfermedades, que Tú conoces, dulcísimo Señor mío, ya no puedo cuidar más. La recomiendo también a los Ministros provinciales; ellos tendrán que darte cuenta el día del juicio si algún fraile se pierde por su descuido o mal ejemplo, o demasiado áspera corrección.*

Al hablar de esta manera plugo a Dios que todos los frailes del Capítulo entendiesen que se refería a las Llagas, al excusarse con las enfermedades, y todos lloraban de devoción.

Desde entonces dejó todo el cuidado y gobierno de la Orden a su Vicario y a los Ministros provinciales, y decía:

—*Ahora que por mi enfermedad he dejado el cargo de la Orden, ya no estoy obligado a más que a rogar a Dios por ella y dar buen ejemplo a los frailes. Y sé bien cierto que, aunque la enfermedad no me lo impidiera, la mayor ayuda que podría dar a la Religión sería pedir siempre a Dios que la gobierne, defienda y conserve.*

No obstante que San Francisco se industriaba cuanto podía, como queda dicho, para ocultar las santísimas Llagas. y después que las recibió andaba siempre con los pies calzados y las manos vendadas, no pudo evitar que muchos frailes, de diferentes modos, se diesen cuenta de ellas y tocasen, especialmente la del costado, que con más diligencia procuraba él encubrir.

Un fraile que le servía le indujo una vez de intento a que se quitase la túnica para sacudirla el polvo, y al quitarla en su presencia, vió dicho fraile la Llaga del costado, y metiéndole apresuradamente la mano en el seno, la tocó con tres dedos y conoció su extensión y profundidad, y de este mismo modo la vió su Vicario. Pero más se aseguró de ella fray Rufino, hombre de grande contemplación, del cual dijo San Francisco que no había en el mundo otro más santo. y por eso le amaba íntimamente y le complacía en todo. De tres modos se aseguró fray Rufino y certificó a los otros de las dichas Llagas, y en especial de la del costado.

El primero fué que al lavar los calzoncillos de San Francisco, que eran tan grandes que, llevándolos bien subidos, le cubrían la llaga del costado, los miraba fray Rufino cuidadosamente y todas las veces los hallaba ensangrentados del lado derecho. conocía así con certeza que era sangre que salía de dicha Llaga; San Francisco le reprendía cuando notaba que los desenvolvía para mirar la sangre.

El segundo modo fué que, como friccionase una parte del cuerpo del Santo, intencionadamente deslizó la mano y le metió los dedos en la Llaga del costado, con lo cual le causó tanto dolor que gritó fuertemente:

—*¡Dios te perdone, fray Rufino! ¿Por qué has hecho eso?*

El tercero fué que pidió una vez a San Francisco con mucha insistencia. y como un grandísimo favor. que le die-

se por caridad el hábito que tenía puesto y recibiese, en cambio, el suyo; y condescendiendo el caritativo Padre con esta petición, aunque de mala gana, se quitó el hábito y se lo dió, trocado por el de fray Rufino, y al quitarse el uno y ponerse el otro, vió fray Rufino claramente la Llaga.

Vieron también las mencionadas Llagas de San Francisco fray León y otros muchos frailes, y aunque por santidad eran hombres fidedignos y bastaban para hacer fe sus simples afirmaciones, sin embargo, para que no quedase lugar a la menor duda, juraron sobre los Libros Santos que las habían visto claramente. Viéronlas, además, algunos Cardenales que tenían mucha familiaridad con él, y en reverencia de las Llagas de San Francisco compusieron y escribieron hermosos himnos, antífonas y prosas. El Papa Alejandro, en sermón al pueblo en presencia de todos los Cardenales, de los cuales era uno el santo fray Buenaventura, afirmó que él mismo había visto las sagradas Llagas, en vida de San Francisco.

Jacoba de Sietesolios, que era en su tiempo la más distinguida dama de Roma y tenía grandísima devoción a San Francisco, se las vió y besó muchas veces con suma reverencia después de muerto, porque, movida de divina revelación, vino desde Roma a la ciudad de Asís para hallarse a la muerte del Santo. Y sucedió de esta manera:

San Francisco, días antes de morir, estuvo enfermo en el palacio del Obispo de Asís, y tenía consigo algunos frailes. A pesar de la enfermedad, muchas veces cantaba ciertas alabanzas a Cristo. Un día le dijo uno de los compañeros:

—Padre, tú sabes que esta gente tiene grande fe en ti y te reputan por un santo; pueden imaginarse que, si tú fueras lo que ellos creen, deberías en esta enfermedad pensar en la muerte, y más bien llorar que cantar, pues estás enfermo de tanta gravedad. Mira que tu canto y lo que nos haces cantar a nosotros lo oyen muchos dentro y fuera del palacio, que por causa tuya está guardado con muchos hombres armados, y tal vez podrían recibir mal ejemplo. Por eso creo —añadió el fraile— que harías bien en marcharte de aquí, y volveríamos todos a Santa María de los Angeles, porque no estamos bien aquí entre seglares.

—*Hermano carísimo* —respondió el Santo—, *tú sabes que hace ahora dos años, cuando estábamos en Foligno, nos reveló el Señor a los dos el término de mi vida, que ha de acabar con esta enfermedad de aquí a pocos días; en aquella revelación me dió el Señor certeza del perdón de todos mis pecados y de la bienaventuranza del paraíso. Hasta entonces lloré por la muerte y por mis pecados, pero después quedé tan colmado de alegría, que no puedo llorar; y por eso canto y cantaré a Dios, que me ha concedido el bien de su gracia y me dió certeza de la gloria del paraíso. En cuanto a marchar de aquí, consiento, y me agrada; pero buscad algún medio de llevarme, porque con esta enfermedad no puedo andar.*

Entonces los frailes le tomaron en brazos y le llevaron, acompañándoles muchos ciudadanos; al llegar a un hospital que había en el camino, dijo el Santo a los que lo llevaban:

—*Ponedme en tierra vuelto hacia la ciudad.*

Y cuando le pusieron mirando hacia Asís, la colmó de bendiciones:

—*Bendita seas de Dios, ciudad santa, porque por ti se salvarán muchas almas y en ti habitarán muchos siervos de Dios, y muchos de tus hijos serán elegidos para el reino de la vida eterna.*

Dicho esto, se hizo conducir a Santa María de los Angeles, y al llegar, lo llevaron a la enfermería para que descansase. Llamó entonces a uno de los compañeros y le dijo:

—*Hermano carísimo, Dios me ha revelado que de esta enfermedad para tal día saldré de esta vida; bien ves que si Jacoba de Sietesolios, devota carísima de nuestra Orden, supiese mi muerte sin haber estado presente, lo sentiría demasiado; y por eso dale a entender que, si me quiere ver vivo, venga inmediatamente.*

—Está muy bien, Padre —respondió el fraile—; cierto que, teniéndote ella tan grande devoción, estaría muy mal que no se hallase a tu muerte.

—*Trae, pues* —dijo San Francisco—, *con qué escribir y escribe lo que te diga.*

Cuando lo hubo hecho, dictó San Francisco la carta de esta manera:

A la señora Jacoba, sierva de Dios, fray Francisco, pobrecito de Cristo, salud y compañía del Espíritu Santo en Jesucristo, Señor nuestro. Sabrás, carísima, que Cristo bendito me ha revelado, por gracia suya, que el fin de mi vida será presto. Por tanto, si quieres hallarme vivo, vista esta carta, ven a Santa María de los Angeles; porque si no llegas antes de tal día, no podrás encontrarme con vida; y trae paño de cilicio para envolver mi cuerpo y la cera necesaria para el entierro. Te ruego también que traigas aquellas cosas de comer que solías darme cuando estaba enfermo en Roma.

Mientras se escribía esta carta, le reveló Dios que ya estaba en camino la señora Jacoba, y que traía todo lo que él le pedía, y ya venía cerca del convento. Por lo cual dijo San Francisco al fraile que no escribiese más, porque no era

necesario, y que guardase la carta. Los frailes se admiraron mucho de que no acabase la carta ni quisiese enviarla. Poco después llamaron fuertemente a la puerta del convento. San Francisco envió al portero para que abriese, y al hacerlo se halló con la señora Jacoba, nobilísima dama de Roma, y dos hijos suyos, senadores, con grande acompañamiento de hombres a caballo. Entró la dama y se fué derecha a la enfermería hasta llegar a donde estaba San Francisco, el cual recibió con su venida grande alegría y consuelo, y lo mismo ella viéndole vivo y hablándole. Ella le refirió cómo estando en oración le había revelado Dios que él moriría en breve, y que la había de llamar y pedirle aquellas cosas, y añadió que todas las había traído consigo, y se las hizo presentar y le dió de comer.

Cuando el Santo hubo comido y se sintió confortado, se arrodilló a sus plantas esta ilustre señora, y tomando aquellos pies santísimos, sellados y adornados con las Llagas de Cristo, con tan grande devoción los besaba y bañaba en lágrimas, que a los frailes que estaban alrededor les parecía propiamente ver a la Magdalena a los pies de Jesucristo, y de ningún modo la podían separar de allí.

Por fin, después de mucho tiempo, la llevaron aparte y le preguntaron cómo había venido provista de todas aquellas cosas que eran necesarias al Santo en vida y para después de muerto; y ella respondió que, orando una noche en Roma, oyó una voz del cielo que le dijo: «Si quieres hallar con vida al santo Francisco, vete a Asís sin tardanza y lleva contigo las cosas que le solías dar cuando estaba enfermo, y las que se necesitan para la sepultura.» «Y yo —dijo ella— así lo hice.»

Estuvo, pues, allí esta ilustre señora hasta que San Francisco salió de esta vida y fué sepultado, y en los funerales le tributó con todo su séquito grandísimos honores y costeó todos los gastos necesarios. Después se volvió a Roma y a poco murió también ella santamente. Por devoción a San Francisco eligió sepultura en Santa María de los Angeles y quiso que la llevasen y enterrasen allí, y así se hizo.

A la muerte de San Francisco, no sólo la ilustre señora Jacoba y sus hijos y acompañantes vieron y besaron las gloriosas Llagas, sino también muchos ciudadanos de Asís, entre ellos un caballero muy famoso, llamado Jerónimo, el cual dudaba y se abstenía de creer, como el apóstol Santo Tomás respecto a las de Cristo, y, para asegurarse de ellas y cerciorar a los otros, atrevidamente movía los clavos de las manos y de los pies delante de frailes y seglares; y pasaba los dedos por la Llaga del costado a vista de todos. Por lo cual era abonado testigo de las Llagas y juró sobre el Libro Santo que eran verdaderas y que él las había visto y tocado.

Vieron, además, y besaron las gloriosas Llagas, Santa Clara y sus monjas, que estuvieron presentes al entierro.

Pasó de esta vida el glorioso confesor de Cristo San Francisco el año del Señor 1226, a 4 de octubre, sábado, y fué sepultado el domingo, en el año vigésimo de su conversión, o sea desde que comenzó a hacer penitencia, y era el segundo año después de la impresión de las Llagas, a los cuarenta y cinco de su nacimiento.

Después fué canonizado, en 1228, por el Papa Gregorio IX, que vino en persona para ello a la ciudad de Asís.

En alabanza de Cristo. Amén.

Y baste para la cuarta consideración.

CONSIDERACION V

De varias apariciones, revelaciones y milagros obrados por Dios después de la muerte de San Francisco, en confirmación de sus Llagas y para conocimiento del día y hora en que Cristo se las imprimió

Por lo que a esto hace, es de saber que el año 1282, el día 3 de octubre, fray Felipe, Ministro de la Toscana, por orden del Ministro general, fray Buenagracia, requirió por santa obediencia a fray Mateo de Castiglione Aretino, hombre de gran devoción y santidad, para que declarase lo que supiese acerca del día y hora en que Cristo imprimió las sagradas Llagas en el cuerpo de San Francisco, por tener entendido que le había sido revelado al dicho fray Mateo; y obligado éste por santa obediencia, respondió así:

—Morando yo de familia en el monte Alverna, el año pasado, por el mes de mayo, me puse un día en oración en la celda en que se cree tuvo lugar la aparición seráfica, y pedía yo devotísimamente al Señor que se dignase revelar a alguna persona el día, hora y lugar en que fueron impresas las sagradas Llagas en el cuerpo de San Francisco. Y al continuar en esta súplica más de lo que dura el primer sueño, se me apareció San Francisco con grandísimo resplandor, diciéndome:

—*Hijo, ¿qué es lo que pides a Dios?*

—Padre —le dije—, pido tal cosa.

Y él añadió:

—*Yo soy tu Padre, Francisco. ¿Me conoces bien?*

—Sí, Padre —le respondí. Entonces me mostró las Llagas de las manos, pies y costado, y dijo:

—Ha llegado el tiempo en que Dios quiere que se manifieste, para gloria suya, lo que los frailes no se cuidaron de saber en el pasado. Sabe, pues, que el que se me apareció no fué ángel, sino el mismo Jesucristo en forma de serafín, y con sus manos imprimió en mi cuerpo estas cinco Llagas, como él las había recibido en el suyo sobre la cruz. Y sucedió de esta manera: La víspera de la Exaltación de la Cruz vino a decirme un ángel, de parte de Dios, que me preparase para recibir pacientemente lo que Dios me quisiese mandar. Respondí que estaba dispuesto para todo lo que fuese del agrado de Dios. La mañana siguiente, o sea la de la Santa Cruz, que aquel año era viernes, salí de la celda al amanecer con grandísimo fervor de espíritu, y fuí a ponerme en oración en ese lugar que ocupas, en que solía orar muchas veces. Mientras oraba, bajó por el aire desde el cielo, con grande ímpetu, un joven crucificado, en forma de serafín, con seis alas; a su maravilloso aspecto me arrodillé humildemente y comencé a contemplar devotamente el desbordado amor de Jesús crucificado y el desmesurado dolor de su pasión. Su vista engendró en mí tanta compasión, que me parecía sentir propiamente aquellos dolores en mi cuerpo, y con su presencia todo este monte resplandecía como un sol; así, bajó, se me acercó y, ya delante de mí, me dijo ciertas palabras secretas que aun no he revelado a nadie; pero se acerca el tiempo en que se revelarán. Después de algún espacio, Cristo partió y se volvió al cielo, y yo me encontré señalado con estas Llagas. Ve —añadió el Santo— *y refiere estas cosas a tu Ministro con toda seguridad, porque esto es obra de Dios y no de hombre.* —Dichas estas palabras, San Francisco me bendijo y se volvió al cielo con gran multitud de jóvenes muy resplandecientes.

Todas estas cosas dijo el referido fray Mateo que las había visto y oído, no dormido, sino despierto. Y así se lo juró personalmente al dicho Ministro en su celda, en Florencia, cuando lo requirió de ello por santa obediencia.

De un fraile que oró durante ocho años para saber las palabras secretas que le fueron dichas a San Francisco cuando recibió las Llagas

Leía una vez la vida de San Francisco un devoto y santo fraile, y, al llegar al capítulo de las Llagas, comenzó a pensar con grande ansiedad qué palabras podrían ser aquellas tan secretas que le habló el serafín cuando se le apareció, y que San Francisco dijo que no revelaría a nadie mientras viviese. Y discurría así este fraile: «San Francisco no quiso decir en vida aquellas palabras; pero ahora, después de muerto, acaso las diría, si se lo pidiesen devotamente.»

Desde entonces comenzó el devoto fraile a rogar a Dios y a San Francisco que se dignasen revelarle aquellas palabras. Ocho años perseveró haciendo esta súplica, y al octavo mereció ser oído, de esta manera. Un día, después de la comida y de la acción de gracias en la iglesia, se quedó allí en oración, y mientras hacía a Dios y a San Francisco el acostumbrado ruego con muchas lágrimas y devoción extraordinaria, le llamó otro fraile para que le acompañase al pueblo, por mandato del Guardián, para asuntos del convento. No ignoraba él que la obediencia es más meritoria que la oración, y luego que oyó el mandato del Prelado, se levantó y se fué humildemente con el fraile que le llamaba. Y plugo a Dios que con este acto de pronta obediencia mereciese lo que no había conseguido con larga oración.

Apenas habían salido de la puerta del convento, encontraron dos frailes forasteros que, al parecer, venían de remotos países: uno era joven y el otro anciano y flaco, y a causa del mal tiempo venían muy mojados y manchados de lodo. Compadecióse muchísimo de ellos este fraile obediente, y dijo al compañero con quien salía:

—Hermano mío carísimo, si se puede retardar un poco el asunto a que vamos, ya que estos frailes tienen grande necesidad de ser recibidos caritativamente, te ruego me permitas ir primero a lavar los pies a este anciano, que tiene más necesidad, y tú podrás lavárselos al más joven, y después saldremos a los asuntos del convento.

Condescendiente aquel fraile con el deseo del compañero, volvieron adentro, recibieron con mucha caridad a los forasteros y los condujeron a la cocina para que se calentasen y enjugasen a la lumbre, donde estaban también calentándose otros ocho frailes. Poco después los llevaron aparte para lavarles los pies, como habían convenido, y al lavar el fraile devoto y obediente los pies del anciano, y quitarle el mucho lodo que los cubría, vió en ellos las Llagas, y, de repente, abrazándose a ellos estrechamente, con alegría y asombro, exclamó:

—¡O eres Cristo o San Francisco!

A estas palabras se levantaron los otros frailes que estaban a la lumbre y acudieron a ver con mucho temor y reverencia aquellas gloriosas Llagas. El anciano fraile accede a sus ruegos, las deja ver claramente y tocarlas y besarlas. Y, admirados ellos y gozosos, les dijo:

—No dudéis ni temáis, hermanos carísimos e hijos míos;

yo soy vuestro padre, fray Francisco, que por voluntad de Dios fundé tres Ordenes. Ocho años hace que este hermano que me lava los pies me implora día a día, y hoy con más fervor que nunca, que le revele las palabras secretas que me dijo el serafín cuando me imprimió las Llagas, y que yo no quise manifestar nunca en mi vida; y hoy, por la pronta obediencia con que dejó la dulzura de la contemplación, vengo, por mandato de Dios, a revelárselas delante de vosotros.

Volviéndose entonces San Francisco hacia aquel fraile dijo:

—*Has de saber, hermano carísimo, que estaba yo sobre el monte Alverna todo absorto en la memoria de la pasión de Cristo, y durante la aparición seráfica fuí por El así llagado en mi cuerpo, y entonces me dijo: «¿Sabes tú lo que te hice? Te he dado las señales de mi pasión para que seas mi portaestandarte. Y como yo el día de mi muerte bajé al limbo, y en virtud de mis Llagas libré todas las almas que allí estaban y las conduje al paraíso, así te concedo desde ahora, para que me seas semejante en la muerte como lo eres en la vida, que todos los años, por el día de tu muerte, vayas al purgatorio y, en virtud de las Llagas que te he dado, saques de allí las almas de tus tres Ordenes, de Menores, Monjas y Terciarios, y aun las de tus devotos, y las conduzcas al paraíso.» Y estas palabras nunca las dije mientras viví en este mundo.*

Dicho esto, San Francisco desapareció repentinamente con su compañero. Después muchos otros frailes lo oyeron a aquellos ocho que estuvieron presentes a la aparición y escucharon las palabras de San Francisco.

En alabanza de Cristo.

Confirmación por el testimonio de fray Juan

Cuando estaba, una vez, en oración en el monte Alverna fray Juan del mismo nombre, varón de gran santidad, se le apareció San Francisco y se detuvo y habló con él largo espacio, y cuando quiso partir le dijo:

—*Pídeme lo que quieras.*

—Padre —le preguntó fray Juan—, te ruego que me digas una cosa que deseo saber hace mucho tiempo: ¿qué hacías y dónde estabas cuando te apareció el serafín?

—*Oraba* —contestó— *donde está ahora la capilla del conde Simón de Battifolle, y pedía dos gracias a mi Señor Jesucristo: la primera, que me concediese en vida sentir en el cuerpo y en el alma, en cuanto fuese posible, todo aquel dolor que él había sufrido durante su acerbísima pasión; la segunda, sentir yo en mi corazón aquel desbordado amor que encendió el suyo en deseos de padecer tanto por nosotros pecadores. Y entonces me infundió Dios la persuasión de que me concedería lo uno y lo otro, en cuanto fuese posible a pura criatura, y me lo cumplió bien con la impresión de las Llagas.*

Preguntóle si las palabras secretas que le había dicho el serafín eran como las refería aquel devoto fraile arriba mencionado, que decía habérselas oído a San Francisco en presencia de ocho frailes. Y el Santo respondió que así era en verdad, como aquel fraile decía.

Tomando aún fray Juan más confianza, en vista de la que el Santo le daba, dijo:

—Padre, te ruego con el mayor encarecimiento que me dejes ver y besar tus gloriosas Llagas, no porque tenga la menor duda, sino sólo para mi consuelo; porque siempre lo he estado deseando.

San Francisco se las mostró y presentó liberalmente; y fray Juan las vió con toda claridad y se las tocó y besó. Por último le dijo:

—Padre, ¡cuánto consuelo tendría tu alma viendo venir hacia ti a Cristo bendito y darte las señales de su santísima pasión! ¡Pluguiera a Dios que yo sintiese un poco de aquella suavidad!

—*¿Ves estos clavos?* —le dijo San Francisco.

—Sí, padre —respondió.

—*Pues toca otra vez* —añadió el Santo— *este clavo de mi mano.*

Fray Juan lo tocó con gran reverencia y temor, y repentinamente salió de él un olor grandísimo, con un hilito de humo, cual de incienso, y le llenó alma y cuerpo de tanta suavidad que se quedó al instante arrobado en Dios e insensible; y le duró el éxtasis desde aquella hora, que era la te tercia, hasta la de vísperas.

Esta visión y conversación familiar con San Francisco nunca la dijo fray Juan sino a su confesor; pero en la hora de la muerte la reveló a otros frailes.

En alabanza de Cristo.

Otra confirmación de un devoto y santo fraile

En la provincia romana, un fraile muy devoto y santo vió esta admirable visión.

Había muerto de noche un carísimo compañero suyo y a la mañana le habían sepultado en la entrada de la sala del Capítulo. Aquel mismo día se recogió él en un rincón para pedir devotamente a Dios y a San Francisco por el alma de su compañero difunto, y al perseverar en oración con ruegos y lágrimas, después de mediodía, cuando todos los frailes se habían retirado a dormir, sintió un grande ruido en el claustro. Miró con mucho miedo hacia la sepultura y vió a la entrada del Capítulo a San Francisco; detrás de él multitud de frailes que estaban alrededor de la sepultura: más allá, en el centro del claustro, vió fuego y llama grandísima, y en medio de ella el alma de su compañero difunto. Luego, a los lados, vió a Jesucristo, que paseaba alrededor del claustro con muchos ángeles y santos. Y como observase con grande asombro estas cosas, vió que, cuando Cristo pasaba por delante del Capítulo, San Francisco se arrodillaba con todos aquellos frailes y decía:

—*Te ruego, santísimo Padre y Señor, por la inestimable caridad que mostraste al género humano en tu Encarnación, que tengas misericordia de aquel fraile mío que arde en el fuego.*

Y Cristo no respondió nada y pasó adelante.

Al volver Cristo la segunda vez por delante de la sala capitular, San Francisco se arrodilló como antes con sus frailes diciéndole:

—*Te ruego, piadoso Padre y Señor, por la sublime caridad que mostraste al humano linaje al morir en la cruz, que tengas misericordia de aquel hermano mío.*

Y Cristo siguió del mismo modo y no le oyó. Y al dar la tercera vuelta alrededor del claustro, cuando pasó por delante del Capítulo se le puso de rodillas San Francisco, como las otras veces, y le mostró sus manos, pies y pecho, diciendo:

—*Te ruego, piadoso Padre y Señor, por el gran dolor y consuelo que tuve cuando imprimiste en mi carne estas santas Llagas, que tengas misericordia del alma de mi hermano, que está en el fuego del purgatorio.*

¡Cosa admirable! Al rogarle esta tercera vez San Francisco por sus santísimas y gloriosas Llagas, inmediatamente detiene el paso, las mira, accede al ruego, y le dice:

—A ti, Francisco, te concedo el alma de tu hermano.

Sin duda, con esto quiso a la vez honrar y confirmar las gloriosas Llagas de San Francisco, con significar y mostrar claramente que las almas de sus frailes con ningún otro medio son tan fácilmente libradas del purgatorio y conducidas al cielo como por virtud de las Llagas, conforme a lo que el mismo Cristo dijo a San Francisco al imprimírselas. Por eso, no bien había dicho aquellas palabras desapareció el fuego del claustro, y el fraile difunto se acercó a San Francisco, y con él y en compañía de Cristo y de todo el séquito de bienaventurados partió glorioso al cielo.

Y viéndole libre de las penas y conducido al cielo, aquel fraile compañero suyo que pedía por él sintió grandísima alegría, y después refirió detalladamente a los otros frailes toda la visión, y con ellos alabó y dió gracias a Dios.

En alabanza de Cristo.

Cómo el demonio, por orden de Dios, dió testimonio de la santidad de San Francisco y de sus santas Llagas y se vió precisado a darlo también de la santidad de Santa Clara

Un noble caballero de la Massa de San Pedro, llamado Lando Polco, que era devoto de San Francisco y había recibido de sus manos el hábito de la Tercera Orden, supo de esta manera la muerte del Santo y el hecho de sus gloriosas Llagas.

Por el tiempo que San Francisco estaba próximo a la muerte entró el demonio en una mujer de dicho pueblo, y la atormentaba cruelmente, y tan docta y sutilmente la hacía hablar, que cuantos sabios y letrados acudían a disputar con ella quedaban vencidos. El demonio la dejó libre por dos días y, al retornar al tercero, la afligía con mucha más crueldad que antes. Supo todo esto el caballero Lando Polco, se fué en busca de esta mujer, y preguntó al demonio por qué la había dejado aquellos días y la atormentaba peor que antes.

—La dejé —contestó el demonio— para unirme a todos mis compañeros de estas tierras y caer juntos sobre el mendigo Francisco para tentarle y arrebatarle su alma; pero estaba rodeada y defendida por mayor número de ángeles, que la llevaron derecha al cielo, y nosotros nos retiramos confundidos, por eso ahora le hago pagar a esta miserable el descanso que le dejé aquellos dos días.

En vista de esto, el caballero Lando Polco le conjuró de parte de Dios que dijese la verdad acerca de la santidad de San Francisco, que decía haber muerto, y de Santa Clara, que estaba viva.

—Quiera o no —contestó el demonio—, te diré la verdad. Estaba tan airado el Padre Eterno por los pecados del mundo, que parecía dispuesto a dar en breve la sentencia definitiva de exterminio contra hombres y mujeres, si no se enmendaban. Pero Cristo, su Hijo, intercedió por los pecadores, y prometió renovar su vida y pasión en un hombre, en el pobre y mendigo Francisco, cuyo ejemplo y doctrina reduciría a muchos en todas partes al camino de la verdad y la penitencia. Y para mostrar al mundo lo que hizo el santo Francisco, quiso que las Llagas de su pasión, que le había impreso en vida, fuesen ahora vistas y tocadas en su muerte. De igual modo la Madre de Cristo prometió renovar su humildad y pureza virginal en una mujer, en sor Clara, de suerte que con su ejemplo arrebatase de nuestro poder muchos millares de mujeres. Y aplacado Dios Padre con estas promesas, suspendió la sentencia definitiva.

Quiso el caballero Lando Polco asegurarse de si el demonio, que es padre de la mentira, decía la verdad en esto, y en especial respecto a la muerte de San Francisco, y envió a Asís un sirviente fiel para que se informase en Santa María de los Angeles si San Francisco era muerto, o vivía; y al llegar, encontró ser cierto lo declarado por el demonio, y volviéndose, refirió a su señor que San Francisco había muerto el día y hora que el demonio afirmaba.

En alabanza de Cristo.

Confirmación de las Llagas por el testimonio del Papa Gregorio

Sin contar todos los milagros de las Llagas de San Francisco que se encuentran en su leyenda, es de saber, para terminar esta quinta consideración, que como dudase algo el Papa Gregorio IX acerca de la Llaga del costado de San Francisco, según él lo refirió después, se le apareció el Santo una noche, y al levantar algo el brazo derecho descubrió la herida del costado y le pidió una redoma. Hízola traer el Papa, San Francisco se la mandó poner bajo la herida del costado, y le parecía al Papa que realmente se llenaba por completo de sangre mezclada con agua, que brotaba de dicha herida; y desde entonces le desapareció la duda.

Después, con el consejo de todos los Cardenales, aprobó las Llagas de San Francisco, y dió de ello a los frailes privilegio especial por bula auténtica, expedida en Viterbo el año undécimo de su pontificado; y al año siguiente les dió otro privilegio más copioso.

También los Papas Nicolás III y Alejandro dieron extensos privilegios, en virtud de los cuales se podría proceder contra el que negase las Llagas de San Francisco, como se procede contra un hereje.

Y baste ya con respecto a la quinta consideración de las Llagas del Padre San Francisco, cuya vida nos dé el Señor la gracia de seguir en este mundo, para que por virtud de sus santas y gloriosas Llagas merezcamos ser salvos juntamente con él en el paraíso.

En alabanza de Cristo bendito. Amén.

San Francisco. (Alvise Vivarini.)

PARTE TERCERA

VIDA DE FRAY JUNÍPERO

CAPÍTULO I

CÓMO CORTÓ UNA PATA A UN CERDO, SÓLO POR DÁRSELA A UN ENFERMO

Uno de los primeros y más escogidos discípulos y compañeros de San Francisco fué fray Junípero, hombre de profunda humildad y de gran caridad y fervor. De él dijo una vez San Francisco, a sus santos compañeros:

—*Aquel será buen fraile Menor que se haya vencido a sí y al mundo como fray Junípero.*

En una ocasión, en Santa María de los Angeles, fué a visitar, encendido todo en caridad divina, a un fraile enfermo, y le preguntó con mucha compasión:

—¿Podría yo hacerte algún servicio?

—Mucho consuelo me darías —le respondió— si pudieras hacerme con una pata de cerdo.

—Déjalo de mi cuenta —dijo al instante fray Junípero—, que inmediatamente lo encontraré.

Marchó, y se hizo con un cuchillo, creo que en la cocina, salió con mucho fervor al bosque donde comían unos cerdos, y echándose a uno, le cortó una pata y huyó, dejándolo con el pie cortado. De vuelta ya en el convento. lavó, arregló y coció la pata, y después de aderezarla muy diligentemente, se la llevó al enfermo con mucha caridad. El enfermo la comió con avidez, no sin mucho consuelo y alegría de fray Junípero, el cual, para contentarlo más, le refería, muy gozoso, todas las circunstancias del asalto que había dado al cerdo.

Mientras tanto, el porquero que había visto al fraile cortar el pie, se fué con mucha indignación a contar

a su amo toda la historia según había sucedido. Y éste, informado del hecho, vino al convento llamando a los frailes hipócritas, ladronzuelos, engañadores, criminales y gente perdida, porque habían cortado la pata a su cerdo. Al gran alboroto que hacía, acudió San Francisco, y en pos de él los otros frailes. El Santo, como ignorante del hecho, los excusaba, con mucha humildad, y para aplacarle prometía reparar todo el daño que había recibido. Mas ni por eso se calmaba, antes prorrumpía con mucha ira en villanías y amenazas, irritándose más contra los frailes, e insistía siempre en que con toda malicia le habían cortado la pata a su cerdo; y, por fin, se marchó escandalizado, sin querer admitir excusa ni promesa alguna.

Lleno de prudencia San Francisco, mientras todos los otros frailes estaban estupefactos, pensó y dijo para sí: *¿Habrá hecho esto fray Junípero por celo indiscreto?* Y haciéndole llamar secretamente, le preguntó:

—*¿Cortaste acaso tú la pata a un cerdo en el bosque?*

Fray Junípero, no como quien ha cometido una falta, sino como el que cree haber hecho una grande obra de caridad, respondió muy alegre:

—Dulce Padre mío, así es; corté un pie a dicho cerdo, y si quieres saber el motivo, Padre mío, escúchame con sosiego. Fuí a visitar al enfermo fray N...

Y le refirió exactamente todo el hecho, añadiendo después:

—En vista del consuelo de nuestro hermano y de lo bien que le sentó, te aseguro que, si como se lo corté a un cerdo se lo hubiera cortado a cien, lo habría dado Dios por bien hecho.

A lo que San Francisco, con celo de justicia y con gran amargura, respondió:

¡Oh fray Junípero! ¿Por qué has hecho tan gran escándalo? No sin razón se queja aquel hombre y está tan irritado contra nosotros, y acaso anda ahora difamándonos en la ciudad por tan grande culpa, y tiene mucho motivo Te mando, por santa obediencia, que corras en busca de él hasta que le alcances, y échate por tierra y confiésale tu culpa, prometiéndole que le darás tan entera y cumplida satisfacción, que no tenga motivo para quejarse de nosotros, pues ciertamente ha sido un exceso demasiado grande.

Fray Junípero se admiró mucho de estas palabras, y estaba asombrado de que una acción tan caritativa pudiese causar la mínima turbación, porque le parecía que las cosas temporales nada valen sino en cuanto se comunican caritativamente por el prójimo. Respondió, por fin, fray Junípero:

—No te dé cuidado, Padre mío, que inmediatamente le pagaré y le contentaré. ¿Por qué ha de estar así turbado si al fin, el cerdo era más de Dios que de él, y se hizo una obra de caridad tan grande?

Corrió, pues, y alcanzó al hombre, que estaba sobremanera airado y no le había quedado pizca de paciencia. Fray Junípero se puso a contarle cómo había cortado la pata al cerdo y por qué motivo lo había hecho; y se lo decía con tanto fervor, entusiasmo y gozo, cual si en ello le hubiese prestado un grande servicio que debiese ser muy bien recompensado. El hombre, arrebatado y vencido de la ira, dijo a fray Junípero muchas villanías: le llamó extravagante, ladronzuelo, estúpido y malandrín perverso.

Fray Junípero corta la pata de un cerdo.

Nada se le dió a fray Junípero por semejantes palabras, pues en recibir injurias se recreaba; pero estaba maravillado, y pensó que no le había entendido bien, porque a él le parecía asunto de alegría y no de ira, por lo cual le repitió toda la dicha historia, se le echó al cuello, le abrazó y besó, le dijo cómo todo se había hecho por caridad, y le invitó con muchas súplicas a que hiciese lo mismo con el resto del cerdo. Le hablaba con tanta caridad, simplicidad y humildad, que, volviendo en sí aquel hombre, se postró en tierra, arrepintiéndose y derramando muchas lágrimas por las injurias que había dicho y hecho a tan santos frailes; después mató el cerdo, lo coció y vino a traerlo, llorando de devoción, a Santa María de los Angeles y se lo dió a comer a aquellos santos frailes, en compensación de las injurias que les había dicho y hecho.

Al ver San Francisco en este santo fray Junípero su simplicidad, grandísima paciencia y admirable sufrimiento en las adversidades, dijo a los compañeros y a los demás circunstantes:

—*Hermanos míos, ¡pluguiera a Dios que de tales Juníperos tuviera yo un gran bosque!*

En alabanza de Cristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPÍTULO II

EJEMPLO DEL GRANDE PODER DE FRAY JUNÍPERO CONTRA EL DEMONIO

No podían sufrir los demonios la pureza, inocencia y humildad profunda de fray Junípero, como se ve por el siguiente caso:

En cierta ocasión un endemoniado se echó fuera del camino, con mucha agitación y contra su costumbre, y huyó repentina y velozmente, recorriendo en diferentes direcciones siete millas. Siguiéronle sus parientes con mucho sentimiento, y cuando le alcanzaron le preguntaron por qué había huído con tanto furor.

—Venía —contestó— por aquel camino el necio de Junípero, y no puedo sufrir su presencia ni esperarlo; por eso huí a este lugar.

Al comprobar la verdad, supieron que fray Junípero había pasado en aquella hora que decía el demonio.

Por eso San Francisco, cuando le traían endemoniados para que los sanase, y el demonio no salía pronto, le decía:

—*Si no dejas luego a esta criatura, llamaré contra ti a fray Junípero.*

Y el demonio, con temor de la presencia de éste y sin poder sufrir la virtud y humildad de San Francisco, partía inmediatamente.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPÍTULO III

CÓMO POR ARTIFICIO DEL DEMONIO FUÉ CONDENADO A LA HORCA FRAY JUNÍPERO

Quiso una vez el demonio mover escándalo y persecución contra fray Junípero, y se fué a un cruelísimo tirano, llamado Nicolás, que a la sazón estaba en guerra con la ciudad de Viterbo, y le dijo:

—Señor, guarda bien tu castillo, porque ha de llegar aquí muy pronto un gran traidor, mandado por los de Viterbo para matarte y prenderle fuego. En prueba de ello te doy estas señas: viene como un pobrecillo, con los vestidos del todo rotos y remendados, y la capucha rasgada y vuelta hacia la espalda; trae una lesna para matarte y un eslabón para poner fuego al castillo. Si no resulta verdad, dame el castigo que quieras.

Palideció a estas palabras el tirano Nicolás y se llenó de estupor y miedo, porque le pareció persona de importancia la que le avisaba. Dió orden para que las guardias se hiciesen con diligencia, y que si llegaba un hombre con las señas dichas se lo presentasen inmediatamente.

En esto venía fray Junípero sin compañero, pues por su mucha virtud tenía licencia para andar y estar solo, según le pareciese. Unos jovenzuelos que le encontraron le hicieron muchas burlas y desprecios, pero, bien lejos de turbarse, él mismo los inducía a que le hiciesen mayores afrentas. De esta suerte llegó a la puerta del castillo, y viéndole los guardias tan astroso, en traje estrecho, todo rasgado, pues me parece que en el camino el hábito lo había dado en parte a los pobres por amor de Dios, como ya no tenía apariencia de fraile Menor, y las señas dadas recaían manifiestamente en él, le llevaron con furor a la presencia del tirano Nicolás.

Registráronle los criados, por ver si traía armas ofensivas, y le encontraron en la manga una lesna, con que cosía las suelas y un eslabón para encender fuego, porque, cuando hacía buen tiempo, muchas veces habitaba en bosques y desiertos. Al ver Nicolás las señas que le había dado el demonio, mandó que le agarrotasen la cabeza, y lo hicieron con tanta crueldad, que la cuerda se le entraba en la carne. Después le aplicó el tormento de la cuerda, haciéndole estirar y torturar los brazos y descoyuntar todo el cuerpo, sin ninguna compasión. Preguntado fray Junípero quién era, respondió:

—Soy un grandísimo pecador.

Preguntado si quería entregar el castillo a los de Viterbo, dijo:

—Soy un pésimo traidor, indigno de todo bien.

Preguntándole si intentaba matar con aquella lesna a Nicolás e incendiar el castillo, contestó:

—Muchos mayores y peores males haría, si Dios me lo permitiese.

Arrebatado Nicolás de la ira, no quiso hacer más indagaciones, y sin la menor dilación condenó con furor a fray Junípero como traidor y homicida, y le sentenció a ser atado a la cola de un caballo, arrastrado por tierra hasta el patíbulo y ahorcado inmediatamente.

A todo esto fray Junípero ni se excusaba, ni mostraba la menor tristeza, antes bien, como quien por amor de Dios se

consuela con las tribulaciones, estaba muy alegre y satisfecho.

En cumplimiento de la orden del tirano, ataron a fray Junípero por los pies a la cola de un caballo y le llevaron arrastras; él no se quejaba ni se dolía, e iba con mucha humildad, como cordero manso llevado al matadero. A este espectáculo y repentina ejecución corrió todo el pueblo para ver cómo le ajusticiaban con tal precipitación y crueldad, y nadie le conocía. Pero quiso Dios que un buen hombre, que había visto prender a fray Junípero y veía que en seguida le ajusticiaban, corrió al convento de los frailes Menores para decirles.

—Os ruego por Dios que vengáis presto, porque prendieron atropelladamente a un pobrecito y le condenaron y llevan a la muerte; venid para que pueda, al menos, entregar el alma en vuestras manos, que me parece una buena persona y no tuvo tiempo para confesarse; le llevan a la horca y no parece que se cuide de la muerte ni de la salvación de su alma; venid pronto.

El Guardián, como hombre piadoso. acudió inmediatamente a procurar la salvación de aquella alma, y cuando llegó se había aglomerado tanta gente para ver la ejecución, que le fué imposible acercarse y tuvo que detenerse y esperar coyuntura favorable. En esto oyó una voz de entre la gente que decía:

—No hagáis eso, infelices. no hagáis eso; que me hacéis daño en las piernas.

Al punto sospechó el Guardián si sería aquél fray Junípero, y metiéndose con fervor y resolución por entre la gente, apartó el lienzo que le cubría el rostro, y vió que. efectivamente, era fray Junípero. Por compasión quiso quitarse el hábito para vestírselo a fray Junípero. pero éste le dijo con alegre semblante y casi riendo:

No, padre Guardián, que estás grueso y parecería mal tu desnudez; no quiero.

Entonces el Guardián con grande llanto pidió a los ejecutores y a todo el pueblo que por piedad esperasen un poco, mientras él iba a interceder con el tirano Nicolás y pedirle por gracia la vida de fray Junípero. Consintieron los verdugos y varios circunstantes. creyendo que sería pariente suyo. y el piadoso y devoto Guardián se fué al tirano Nicolás y le dijo con amargo llanto:

—Señor, yo no sabré decirte el asombro y amargura en que me veo, porque me parece que se ha cometido hoy en esta tierra el mayor mal y más grande pecado que jamás se ha hecho en los tiempos de nuestros antepasados, y creo que se hizo por ignorancia.

Nicolás escuchó pacientemente al Guardián y le preguntó:

—¿Cuál es el pecado y el mal que se ha cometido hoy en esta tierra?

—Que has condenado —dijo el Guardian— a cruel suplicio, y creo de cierto que sin razón, a uno de los más santos frailes que tiene hoy la Orden de San Francisco, de la que eres singularmente devoto.

—Dime, Guardián —preguntó Nicolás—. ¿Quién es ése? Acaso por no conocerlo he cometido grande yerro.

—El que has condenado a muerte es fray Junípero, compañero de San Francisco —contestó el Guardián.

Quedó estupefacto el tirano Nicolás, porque había oído la fama de la santa vida de fray Junípero, y, atónito y pálido, corrió con el Guardián, y al llegar a fray Junípero le desató de la cola del caballo, y a la vista de todo el pueblo se postró en tierra delante de él, y con mucho llanto reconoció su culpa y le pidió perdón por aquella injuria y villanía que había hecho cometer contra tan santo fraile. y añadió:

—Yo creo verdaderamente que ya no puede tardar el fin de mi mala vida, por haber maltratado de esta manera sin razón alguna a este tan santo hombre. Y aunque lo hice por ignorancia, permitirá Dios que acabe luego con muerte desastrosa.

Fray Junípero perdonó espontáneamente a Nicolás; pero a los pocos días, por divina permisión, acabó este tirano su vida con muerte muy cruel.

Partió de allí fray Junípero y quedó todo el pueblo bien edificado.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPÍTULO IV

Cómo fray Junípero daba a los pobres cuanto podía, por amor de Dios

Era tanta la piedad y compasión de fray Junípero para con los pobres, que cuando veía alguno mal vestido o desnudo, inmediatamente se quitaba la túnica o la capilla del hábito y se la daba; así es que el Guardián le mandó por santa obediencia que no diese a ninguno toda la túnica, ni parte del hábito.

Sucedió de allí a pocos días que encontró un pobre casi

desnudo, el cual le pidió limosna por amor de Dios, y él le dijo con mucha compasión:

—No tengo nada que pueda darte si no es la túnica, y me ha mandado el Superior que no la dé a nadie, ni parte del hábito; pero si tú me la quitas de encima, yo no te lo impido.

No lo dijo a un sordo, pues en un instante se la quitó el pobre y se marchó con ella, dejando despojado a fray Junípero. Cuando éste volvió al convento, le preguntaron por la túnica, y respondió:

—Una buena persona me la quitó de encima y se fué con ella.

Crecía en él la virtud de la misericordia, y no se contentaba con dar la túnica, sino que cuanto le venía a las manos, libros, ornamentos, mantos, todo lo daba a los pobres. Por eso los frailes no dejaban las cosas en público, porque fray Junípero lo daba todo por amor y alabanza de Dios.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPÍTULO V

Cómo fray Junípero cortó del altar unas campanillas y las dió

Hallábase una vez fray Junípero en Asís, el día de la Natividad del Señor, y puesto en oración delante del altar, que estaba muy bien arreglado y adornado, le rogó el sacristán que se quedase guardándolo, mientras él iba a comer un poco. Puesto allí fray Junípero en devota meditación, vino una pobrecita y le pidió limosna por Dios.

—Espera un poco —le respondió— y veré si de este altar, tan adornado, te puedo dar alguna cosa.

Cubría el altar un raro mantel, adornado con campanillas de plata de gran valor, y dijo fray Junípero: «Estas campanillas están de sobra»; y con un cuchillo, todas las cortó del mantel y se las dió por caridad a la pobre. El sacristán, no bien comió tres o cuatro bocados, se acordó de las mañas de fray Junípero, y comenzó a sospechar fuertemente no le hiciese algún estropicio, por celo de caridad, en el altar tan adornado que le había encargado guardar. Se levantó, pues, apresuradamente y acudió a la iglesia a mirar si faltaba o habían quitado algo de los adornos. Cuando vió que habían cortado y llevado las campanillas del mantel.

fué desmesurada su turbación y escándalo. Viéndole así agitado fray Junípero, le dijo:

—No tengas pena por aquellas campanillas. Se las di a una pobre mujer que tenía grandísima necesidad, y aquí no hacían servicio ninguno, sino que eran una ostentación inútil y mundana.

Muy desconsolado el sacristán, echó a correr por la iglesia y la ciudad, por si acaso podía hallar a la mujer; pero ni la encontró a ella ni a nadie que la hubiese visto. Volvió al convento y arrebatadamente recogió el mantel y lo llevó al General, que estaba en Asís, y le dijo:

—Padre General, vengo a pedirte justicia contra fray Junípero, que me echó a perder este mantel, el más precioso que había en la sacristía; mira cómo lo ha estropeado, quitándole todas las campanillas de plata, y dice que se las dió a una pobre.

—No fué fray Junípero —respondió el General—, sino más bien tu locura quien hizo esto, porque demasiado debías saber sus manías; te aseguro que me admira cómo no dió todo lo demás; sin embargo, le corregiré bien por esta falta.

Convocó a Capítulo a todos los frailes, y a fray Junípero le reprendió muy ásperamente en presencia de toda la comunidad por causa de las dichas campanillas, y tanto se acaloró y esforzó la voz, que se puso ronco. Fray Junípero se cuidó poco o casi nada de aquellas palabras, porque se recreaba con las injurias cuando se veía bien despreciado; pero al notar la ronquera del General, comenzó a pensar en el remedio. Así que en cuanto recibió la reprensión, salió a la ciudad y se hizo preparar una escudilla de harina con manteca. Era ya muy entrada la noche cuando volvió, encendió luz, fué con la escudilla a la celda del General y llamó a la puerta. Abrió el General, y al verlo con la candela encendida y la escudilla en la mano le preguntó en voz baja:

—¿Qué es esto?

—Padre mío —respondió fray Junípero—, cuando me reprendías hoy de mis defectos noté que la voz se te puso ronca, creo que por la mucha fatiga, y como remedio hice preparar esta harina; te ruego que la comas, porque te ha de ablandar el pecho y la garganta...

—¿Qué hora es ésta —dijo el General— para que inquietes a los demás?

Fray Junípero le contestó:

—Mira que se hizo para ti; te ruego que la tomes sin ningún escrúpulo, porque te ha de hacer mucho bien.

Disgustado el General por lo intempestivo de la hora y por la importunidad, le mandó que se fuese de allí, dicién-

dole que no quería comer a semejante hora; y le despidió con palabras despectivas. Al ver fray Junípero que no valían ruegos ni halagos, le dijo:

—Padre mío, ya que no quieres tomar esta harina que se hizo para ti, hazme siquiera el favor de tener la candela, y la comeré yo. Entonces el General, como persona bondadosa y devota, considerando la piedad y simplicidad de fray Junípero y el buen afecto con que hacía estas cosas, le dijo:

—Pues ya que tú lo quieres, comamos los dos juntos.

Y ambos comieron aquella escudilla de harina, por la importuna caridad de fray Junípero; y mucho más los recreó la devoción que la comida.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPÍTULO VI

Cómo fray Junípero guardó silencio durante seis meses

Una vez determinó fray Junípero guardar silencio seis meses, de este modo: El primer día por amor del Padre celestial. El segundo por amor de su Hijo Jesucristo. El tercero por amor del Espíritu Santo. El cuarto por reverencia a la Virgen María, y prosiguiendo así, cada día por amor de algún santo siervo de Dios, estuvo seis meses sin hablar, por devoción.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPÍTULO VII

Ejemplo contra las tentaciones de impureza

Estaban una vez reunidos fray Gil, fray Simón de Asís, fray Rufino y fray Junípero. Hablaban de Dios y de la salvación del alma, y dijo fray Gil a los demás:

—¿Cómo hacéis vosotros con las tentaciones de impureza?

Fray Simón respondió:

—Yo considero la vileza y torpeza del pecado, y así concibo una grande abominación y me libro.

—Yo me echo tendido por tierra —dijo fray Rufino— y

estoy en oración para implorar la clemencia de Dios y de la Madre de Jesucristo, hasta que me siento del todo libre.

—Cuando yo oigo venir —contestó a su vez fray Junípero— el ruido de la sugestión diabólica, acudo inmediatamente a cerrar la puerta de mi corazón, y pongo dentro, para seguridad de la fortaleza, mucha tropa de santos pensamientos y deseos, y cuando llega la sugestión carnal y llama a la puerta, respondo yo de dentro: «Afuera, que la casa está ya tomada y no cabe en ella más gente»; y así nunca dejo entrar el pensamiento impuro dentro de mi corazón, y viéndose vencido y derrotado, huye no sólo de mí, sino de toda la comarca.

Dijo entonces fray Gil:

—Contigo estoy, fray Junípero; el enemigo carnal no se puede combatir de mejor manera que huyendo; porque tiene dentro al traidor apetito, y acomete además de fuera por los sentidos corporales, con tanta fuerza que sin huir no se puede vencer. El que de otra manera quiera combatir se fatigará en la batalla y pocas veces conseguirá victoria. Huye del vicio y serás vencedor.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPÍTULO VIII

Cómo fray Junípero se humillaba a sí mismo en honra de Dios

El humilde fray Junípero, quería, una vez, verse bien humillado, se despojó del hábito, y después de envolverlo y atarlo, se lo puso a la cabeza, y sosteniéndolo siempre con las manos entró en esta disposición en Viterbo y se fué a la plaza pública, a exponerse a la irrisión de la gente. Niños y mozalbetes, tomándole por loco, le hicieron muchas villanías. le echaron encima buena cantidad de lodo, le tiraban piedras, le daban empellones de un lado para otro y le decían muchas burlas. El se estuvo allí sufriendo todo esto gran parte del día y después se volvió en aquella misma disposición al convento.

Cuando le vieron los frailes se escandalizaron, porque había venido por toda la ciudad en aquella forma, con su fardo a la cabeza; y le reprendieron muy ásperamente, con grandes amenazas.

Uno decía:

—Metámosle en la cárcel.

—Ahorcadle —exclamaba otro.

—No hay castigo —decían algunos— que pueda bastar para tan mal ejemplo como hoy ha dado de sí y de toda la Orden.

Y fray Junípero, muy alegre, respondía con mucha humildad:

—Muy bien dicho; todo eso y mucho más merezco yo.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPÍTULO IX

Cómo fray Junípero se puso a jugar al columpio para ser despreciado

Iba fray Junípero una vez a Roma, donde ya se había divulgado la fama de su santidad, y le salieron muchos al encuentro con gran devoción; y viendo él venir tanta gente, se le ocurrió convertir aquella devoción en burla y escarnio propio.

Estaban allí dos muchachos jugando al columpio. Habían atravesado un madero sobre otro, y, montados en los extremos, el uno subía mientras el otro bajaba. Fray Junípero quitó del palo a uno de los muchachos, y poniéndose él, empezó a columpiarse. En esto llegó la gente y se admiraban de encontrar a fray Junípero columpiándose. Sin embargo, le saludaron con gran devoción y esperaban a que dejase el juego del columpio para acompañarle honrosamente al convento.

Fray Junípero no hizo caso del saludo, ni de la devoción que le mostraban, ni se le dió por que le estuviesen esperando; y seguía columpiándose con mucho afán.

Después de esperarle largo espacio, algunos se cansaron y comenzaron a decir:

—¡Qué estúpido es este hombre!

Otros, que conocían la condición de fray Junípero, se movían más a devoción; pero, al fin, se marcharon, dejándole en su columpio.

Después que se fueron todos, fray Junípero quedó muy consolado, porque algunos habían hecho burla de él. Siguió entonces su camino, entró en Roma con mucha mansedumbre y humildad y se fué al convento de los frailes Menores.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPÍTULO X

Cómo una vez fray Junípero hizo la comida a los frailes

Estaba fray Junípero en un convento pequeño, y sucedió una vez que todos los frailes salieron afuera por cierto motivo razonable, y quedó él solo en casa. Dijo el Guardián:

—Fray Junípero, nosotros salimos todos; cuando volvamos, procura tener hecho algo de comer para los frailes.

—De muy buena gana —respondió él—; déjalo de mi cuenta.

Después que todos marcharon, se dijo fray Junípero: «¿A qué esta solicitud superflua de estarse un fraile metido en la cocina y apartado siempre de la oración? Por cierto que ahora que estoy de cocinero he de hacer de una vez tanta comida que les llegue para quince días a todos los frailes, y aunque fuesen más.» Salió muy afanoso al pueblo, pidió varias ollas grandes de cocer, buscó carne fresca, ensalada, pollos, huevos y verdura; recogió bastante leña; y todo lo puso al fuego; los pollos sin desplumar, los huevos con cáscara, y por este estilo todo lo demás.

Luego que volvieron al convento los frailes, uno, que tenía bien conocida la simpleza de fray Junípero, se fué a la cocina, y al ver tantas y tan grandes ollas en aquella grandísima hoguera, se sentó sin decir nada, y observaba con admiración la solicitud con que fray Junípero hacía de comer. Como el fuego era mucho y no podía acercarse bien para revolver las ollas, buscó una tabla y con el cordón la ató bien apretada al cuerpo, y luego saltaba de una olla a otra, que era una delicia verlo. Como observase dicho fraile con mucho placer todas las particularidades, sale de la cocina, encuentra a los otros, y les dice:

—Os aseguro que fray Junípero hace bodas.

Ellos creyeron que lo decía de burla.

Por fin, fray Junípero retiró del fuego sus ollas, e hizo tocar a comer. Estando ya los frailes por orden a la mesa, entra él en el refectorio con su comida, todo encendido por la fatiga y el calor del fuego, y les dice:

—Comed bien, y después vamos todos a la oración, y nadie piense ya en hacer comida por esta temporada, porque tengo hecha tanta, que ha de llegar bien para más de quince días.

Al decir esto, pone en la mesa ante los frailes aquellos potajes, que no habría en el pueblo cerdo tan hambriento que los comiese. Alababa fray Junípero sus viandas para darles despacho, y como los otros no las comían, decía:

—Estas gallinas son buenas para el cerebro; este cocido ha de refrescar el cuerpo; está muy rico.

Observaban los frailes con admiración y devoción la solicitud afectuosa y la simpleza de fray Junípero, cuando el Guardián, indignado por tanta fatuidad y tanto bien perdido, comenzó a reprenderle muy ásperamente. Fray Junípero se postró inmediatamente en tierra, y arrodillado ante el padre Guardián confesó su culpa a él y a todos los frailes mientras decía:

—Soy un hombre pésimo; a tal hombre, porque cometió tal delito, le arrancaron los ojos; pero yo lo merecía mucho más que él; a tal otro ahorcaron por sus faltas, pero mucho más lo merezco yo por mis malas obras; ¡y ahora desperdicié tanto bien de Dios y de la Orden!

Y se retiró reprendiéndose amargamente, y en todo aquel día no apareció delante de ningún fraile. Y dijo entonces el Guardián a los otros:

—Hermanos míos carísimos, de buena gana quisiera yo que este hermano desperdiciase cada día otro tanto como ahora, si lo tuviésemos, sólo por la edificación que nos da: porque todo fué obra de grande sencillez y caridad.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPÍTULO XI

De qué manera fué una vez a Asís fray Junípero para confusión suya

Moraba fray Junípero en el valle de Espoleto, y en cierta ocasión que había en Asís una gran fiesta a la que acudía mucha gente con gran devoción, le vino a él también la gana de ir, y el mismo día de la fiesta, despojándose del hábito, atravesó de esta manera por todo el valle de Espoleto y otros dos pueblos, y pasó por medio de la gran ciudad hasta llegar al convento.

Turbados y escandalizados los frailes al verlo en aquella disposición, le reprendieron muy duramente, llamándole fatuo, necio y perturbador de la Orden de San Francisco, y diciéndole que se le debía encadenar como a loco. Estaba el General en el convento, y hace llamar a todos y a fray Junípero, y le da una áspera reprensión en plena comunidad. Y después de muchas palabras, para imponerle castigo, le decía:

—Es tan grande y de tal naturaleza tu falta, que yo no sé qué penitencia darte.

A lo que respondió fray Junípero, como quien se complacía en su propia humillación:

—Te la diré yo, padre mío: que de la misma manera que llegué desnudo hasta aquí, me mandes volver por penitencia al convento de donde vine a esta fiesta.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPÍTULO XII

Cómo fray Junípero quedó arrobado durante la misa

San Francisco en oración. (Reni.)

Estaba una vez fray Junípero oyendo misa con mucha devoción, y se quedó arrobado, por elevación de la mente, durante grande espacio. Y dejándole allí solo, lejos de donde estaban los frailes, cuando volvió en sí comenzó a decir con gran fervor:

—¡Oh hermanos míos!, ¿quién hay tan noble en este mundo que no llevase de buena gana por toda la ciudad una cesta de estiércol si le dieran un bolsillo lleno de oro? ¡Ay de mí! —exclamaba—, ¿por qué no hemos de pasar un poco de vergüenza para poder ganar la bienaventuranza del cielo?

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPÍTULO XIII

Del sentimiento que tuvo fray Junípero por la muerte de un compañero suyo

Tenía fray Junípero un compañero fraile, llamado Attientalbene, a quien amaba íntimamente. Y, en verdad, la vida de éste era suma sabiduría y obediencia; porque, aunque todo el día le estuviesen abofeteando, jamás se quejaba ni decía palabra. Muchas veces le enviaban a lugares donde la gente era intratable y le movían muchas persecuciones, y él las sufría todas muy pacientemente, sin la menor queja. Según se lo mandaba fray Junípero, plañía o reía.

Cuando el Señor fué servido, murió fray Attientalbene con muy grande santidad, y al recibir fray Junípero la noticia de su muerte, sintió tanta tristeza en su alma, cuanta jamás había tenido por ninguna cosa temporal o sensible. Y para mostrar al exterior la grande amargura que sentía, exclamaba:

—¡Ay, infeliz de mí, que ya no me queda bien alguno. y todo el mundo se acabó para mí con la muerte de mi dulcísimo y amadísimo fray Attientalbene!

Y añadía:

—Si no fuera porque no me dejarían en paz los frailes. yo iría a su sepulcro, tomaría su cadáver y haría del cráneo dos escudillas; y para continuo recuerdo suyo y devoción mía, comería siempre en la una y bebería en la otra, cuando quisiese o tuviese sed.

En alabanza de Jesucristo v del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPÍTULO XIV

De la mano que vió fray Junípero en el aire

Estaba una vez fray Junípero en oración, y, acaso con presunción, le pareció ver una mano en el aire y oyó con los oídos corporales una voz que le decía:

—Fray Junípero, sin esta mano no puedes tú hacer nada. Al instante se levantó, y con la vista alta iba diciendo a voces por el convento:

—¡Es bien cierto, es bien cierto!

Y anduvo repitiéndolo bastante tiempo.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPÍTULO XV

Cómo fray Junípero fué a fundar un convento

Fray Hernán, lector de Bratislavia, refiere que oyó a fray Juan, compañero de San Francisco, cómo cierto hermano lego, llamado Junípero, fué enviado con otros frailes a fundar un convento. Puestos en camino, los compañeros eligieron a fray Junípero para que les procurase lo necesario durante el viaje. Y al llegar a un pueblo a la hora de comer, comenzó fray Junípero a decir a gritos en la lengua vulgar de Lombardía:

—*Non nu albergate?*, esto es: ¿no nos hospedáis?

—*Non nu recivate?*, o sea: ¿no nos recibís?

—*Non nu fate bene?*, es decir: ¿no nos hacéis bien?

—*Non bene vestitu?*, que significa: ¿no es bien empleado?

Y como clamase así repetidas veces, los compañeros se avergonzaban mucho y le reprendían porque gritaba de aquella manera, en vez de procurarles el sustento necesario; pero él les respondió:

—Dejadme gritar, ya que me habéis elegido procurador vuestro.

Los habitantes de aquel pueblo, al verlos vestidos en hábito desconocido y pidiendo limosna de un modo tan extraño y nunca visto, se admiraban mucho. Por fin, uno, al reparar más en ellos, los llamó y les preguntó quiénes eran y por qué clamaban de aquella manera. Fray Junípero le respondió:

—Hombres pecadores y penitentes somos, y tenemos que buscar lo necesario para vivir; pero no merecemos que nos hospeden, ni reciban, ni hagan bien, porque hemos ofendido a Dios con muchos pecados.

Al oír esto aquel hombre, se movió a devoción y los introdujo en su casa, les dió de comer y los trató benignísimamente. Y oyéndoles hablar como ilustrados por el Espíritu Santo, a vista de su ingenuidad, les encargó que siempre que les ocurriese pasar viniesen a hospedarse en su casa y enviasen también a ella a los demás frailes.

Prosiguió fray Junípero el viaje con los compañeros,

pero se les adelantó el diablo en forma humana, y llegándose a un castillo por donde tenían que pasar, dijo al señor del mismo que lo guardase bien, porque a tal hora vendrían cuatro hombres con cierto hábito desusado, los cuales eran traidores y querían entregarlo a traición. Mandó aquel señor a su gente que notasen la hora y estuviesen alerta. Y vigilantes ellos, vieron venir hacia el castillo cuatro frailes, por lo cual llamaron a su señor, y, aprisionándolos, los acometieron ferozmente. Fray Junípero, con grande resolución de espíritu, desnudó el cuello y lo ofrecio a la espada, mientras los compañeros se postraban en tierra en espera de la muerte.

Al ver esto aquel señor, dijo a su gente:

—Si éstos fueran traidores, como se nos ha dicho, vendrían con armas y otros preparativos.

Con todo, antes de dejarlos marchar, hizo apalear muy bien a fray Junípero, el cual se levantó después, le dió las gracias e inclinó la cabeza y se retiró de allí con los otros frailes al lugar donde habían de fundar el convento.

Pasado algún tiempo sucedió que aquel señor vino al nuevo convento, para oír misa, le conoció fray Junípero e hizo preguntar dónde se hospedaba. Rogó después a un amigo que le hiciese el favor de proporcionarle un buen regalo, que se pudiese enviar a un hombre honrado que le había hecho un gran servicio. Y habiéndoselo traído, lo envió al señor que le había hecho apalear, y encargó al portador le dijese que se lo mandaba un fraile Menor en recompensa de la especial amistad que en cierta ocasión le había mostrado. Dióle las gracias este señor por medio del mensajero sin conocerle, y después de la comida vino al convento y preguntó por el fraile que le había enviado tan grande muestra de amistad.

—Soy yo —respondió fray Junípero—, y te estaré agradecido eternamente por lo bien que has domado a mi enemigo.

—¿Y quién es tu enemigo? —le preguntó—; yo siempre haré lo que os agrade.

—Mi enemigo —respondió fray Junípero— es este hermano cuerpo, que domaste muy bien cuando me hiciste apalear en tu castillo; porque desde entonces me ha sido más obediente que antes.

Confundido aquel señor al oír esto, pidió perdón, y de allí en adelante cambió para con todos los frailes, y dió en hospedarlos en su casa y los trató siempre como amigos de toda la vida.

PARTE CUARTA

VIDA DE FRAY GIL

CAPÍTULO I

Cómo fué recibido en la Orden de los Menores fray Gil, tercer compañero de San Francisco

Porque el ejemplo de los hombres santos mueve a los otros al desprecio de los placeres transitorios y al deseo de la salvación eterna, diré algunas palabras a honra de Dios y de su Santísima Madre, la Virgen María, y para utilidad de los lectores, acerca de lo que el Espíritu Santo obró en nuestro santísimo padre fray Gil, el cual, aún seglar, movido de este divino Espíritu, comenzó de por sí a pensar cómo podría agradar a solo Dios en todas sus acciones.

Por este tiempo, San Francisco, como pregonero enviado por Dios para ejemplo de vida, de penitencia y de santa humildad, dos años después de su conversión atrajo a un hombre de admirable prudencia y muy rico de bienes temporales, llamado Bernardo, y a Pedro Catáneo, y les indujo a la observancia de la pobreza evangélica, de suerte que por su consejo distribuyeron a los pobres, por amor de Dios, todos sus tesoros temporales y abrazaron la regla de penitencia, la perfección evangélica y el hábito de los frailes Menores, prometida con grandísimo fervor esta observancia para todo el tiempo de su vida, y así lo cumplieron perfectísimamente.

Ocho días después de esta conversión y distribución de bienes, al ver fray Gil, que aun andaba en traje seglar, el desprendimiento de tan notables caballeros y ciudadanos de Asís, que a todos había causado admiración, se sintió encendido en el divino amor, y al día siguiente, que era la fiesta de San Jorge del año 1209, muy temprano y bien solícito de su salvación, se fué a la iglesia de San Jorge, donde estaba el monasterio de Santa Clara, y después de hacer oración, llevado del gran deseo de ver a San Francisco,

se dirigió hacia el hospital de los leprosos, donde habitaba en compañía de fray Bernardo y de fray Pedro Catáneo, retirado en una choza con suma humildad. Al llegar a una encrucijada de cuatro caminos, sin saber cuál elegir, se encomendó a Jesucristo, precioso guía, que le condujo derechamente al tugurio mencionado. Pensaba ahora en el asunto a que venía, cuando le salió al encuentro San Francisco, que volvía de orar en el bosque. Fray Gil se puso inmediatamente de rodillas y le pidió humildemente que le recibiese en su

Los cinco primeros compañeros de San Francisco. (Escuela de Giotto.)

compañía. Reparó San Francisco en el aspecto devoto de fray Gil, y le contestó:

—*Hermano carísimo, te ha hecho Dios una grandísima gracia. Si viniese a Asís el Emperador y quisiese hacer caballero o camarero suyo a un ciudadano, ¿no debería éste alegrarse mucho? Pues ¿cuánto más debes alegrarte tú, escogiéndote Dios por caballero y servidor suyo amadísimo en la guarda de la perfección del santo Evangelio? Ten firmeza y constancia en la vocación que Dios te ha dado.*

Y tomándole de la mano, le levantó, le introdujo en la referida choza y dijo a fray Bernardo:

—*Dios nuestro Señor nos ha mandado un buen hermano: alegrémonos todos y comamos en caridad.*

Después de la comida, San Francisco marchó con fray Gil a Asís, a buscar paño para hacerle el hábito. En el camino les pidió limosna una pobrecita por amor de Dios, y sin saber cómo socorrerla, San Francisco se volvió a fray Gil con una cara de ángel y le dijo:

—*Por amor de Dios, carísimo hermano, démosle esa capa a la pobrecita.*

Fray Gil, que esperaba que el Santo se lo dijese, obedeció con tal prontitud de corazón, que le pareció a San Francisco ver volar inmediatamente aquella limosna al cielo, y fray Gil se elevó también en derechura con ella, porque sintió en su interior indecible gozo y una nueva mudanza. Adquirido por San Francisco el paño y hecho el hábito, recibió en la Orden a fray Gil, que por su vida contemplativa fué uno de los gloriosísimos religiosos que tuvo el mundo por aquel tiempo. Inmediatamente después lo llevó en su compañía a la Marca de Ancona, entre cantos y loas magníficas al Señor del cielo y de la tierra. Dijo San Francisco a fray Gil:

—*Hijo, nuestra Religión ha de ser como el pescador, que echa sus redes y, aprisionados muchos peces, recoge los grandes y echa los pequeños al agua.*

Admiróse fray Gil de esta profecía, porque aun no tenía la Orden más que tres frailes y San Francisco. Aunque éste no predicaba todavía públicamente al pueblo, amonestaba y advertía por el camino a hombres y mujeres, diciéndoles sencillamente:

—*Amad y temed a Dios y haced penitencia de vuestros pecados.*

Y fray Gil añadío:

—Haced lo que os dice mi padre espiritual, porque está muy bien dicho.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPÍTULO II

Cómo fray Gil fué a Santiago

En el decurso del tiempo fué una vez fray Gil, con licencia de San Francisco, a Santiago de Galicia, y en todo el viaje ni una sola vez sació el hambre, por la grande pobreza que había en todo el país. Pedía limosna, y no hallaba quién le hiciese una caridad. Al anochecer vino a encontrarse en una era en que habían quedado algunos granos de habas, y recogiéndolos, hizo con ellos su cena y allí durmió aquella noche, porque se quedaba de buena gana en lugares solitarios y apartados de la gente, para poder orar y velar con más libertad. Se sintió tan confortado por Dios con esta cena, que le parecía que no estaría tan bien alimentado si hubiera comido variedad de manjares.

Continuó el viaje, y encontró un pobrecito que le pidió limosna por amor de Dios, y el caritativo fray Gil, que no

tenía más que el hábito con que cubría su cuerpo, cortó la capucha y se la dió al pobre por amor de Dios, y así caminó después sin ella veinte días continuos.

Al regresar por la Lombardía, le llamó un hombre, y él se acercó de buena gana al creer que le daría una limosna; pero alargó la mano y metió en la de fray Gil un par de dados, invitándole a jugar. Fray Gil le respondió humildemente:

—Dios te lo perdone, hijo.

Andaba de esta manera por el mundo, le hacían muchas burlas, y todas las recibía pacíficamente.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPÍTULO III

De la vida que hizo fray Gil cuando fué a visitar el Santo Sepulcro

Fué fray Gil a visitar el Santo Sepulcro, con licencia de San Francisco, y cuando llegó al puerto de Brindisi se detuvo allí varios días, porque no había nave preparada. Y por querer vivir de su trabajo, buscó un cántaro, lo llenó de agua y gritaba por la ciudad:

—¿Quién quiere agua?

Y recibía por su trabajo pan y las cosas necesarias a la vida corporal para sí y para su compañero. Después pasó el mar, visitó con mucha devoción el Santo Sepulcro de Cristo y los demás Santos Lugares, y a la vuelta se detuvo varios días en la ciudad de Acre. Y según la costumbre de vivir de su trabajo, hacía espuertas de juncos y las vendía, no por dinero, sino por pan para sí y para el que le acompañaba; y por la misma recompensa llevaba los muertos a enterrar, y cuando esto le faltaba, recurría a la mesa de Jesucristo en demanda de limosna de puerta en puerta. Y así, con mucha fatiga y pobreza. volvió a Santa María de los Angeles.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPÍTULO IV

Cómo fray Gil alababa más la obediencia que la oración

Estaba una vez un fraile en oración en su celda, y enviándole a decir el Guardian que saliese a buscar limosna, fuese inmediatamente a fray Gil y le dijo:

—Padre mío, yo estaba en oración, y el Guardián me ha mandado que vaya a pedir limosna; me parece que sería mejor hacer oración.

—Hijo—le respondió—, ¿no has aprendido ni entendido aún qué cosa es oración? Verdadera oración es hacer la voluntad del Prelado; y es indicio de grande soberbia en el que sometió su cuello al yugo de la obediencia santa el querer sacudirlo con alguna excusa para hacer la propia voluntad, aunque le parezca que obra más perfectamente. El religioso que es perfecto obediente se asemeja al caballero que monta un poderoso caballo, merced al cual pasa intrépido por medio del enemigo; y el religioso desobediente, quejumbroso e indócil, es semejante al que monta un caballo flaco, triste, enfermo y resabiado, al cual los enemigos vencen, matan o prenden con poca fatiga. Dígote que si un hombre tuviese tanta devoción y elevación de espíritu que hablase con los ángeles, y ocupado en eso le llamase su Prelado, debería dejar inmediatamente el coloquio de los ángeles y obedecer al Prelado.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPÍTULO V

Cómo fray Gil vivía de su trabajo

Residía una vez fray Gil en un convento de Roma y quiso vivir de su trabajo corporal, como lo tenía de costumbre desde que entró en la Orden, y lo hizo de este modo:

A la mañana, temprano, oía misa con mucha devoción. Después se encaminaba a un bosque, distante de la ciudad ocho millas, y traía a cuestas un haz de leña, que vendía por pan y otras cosas de comer. Una vez, entre otras, al venir con una carga de leña. se la ajustó una mujer, y,

convenido en el precio, se la llevó a casa. En atención a que era religioso, la mujer le dió mucho más, pero él dijo:

—No, buena mujer; no quiero dejarme vencer de la avaricia; no recibo más de lo que me prometiste.

Y no sólo no tomó de más, sino que le devolvió la mitad de lo pactado y se marchó, dejándola muy edificada.

Fray Gil hacía por recompensa cualquier clase de trabajo que no desdijese de la santa honestidad. Ayudaba a los trabajadores a recoger las aceitunas y a pisar las uvas. Estaba un día en la plaza; un hombre ofrecía jornal a un trabajador para llevarle a varear nueces, y éste se excusaba con la mucha distancia del sitio y la dificultad de subir. Dijo entonces fray Gil al que buscaba jornalero:

—Amigo mío, si me quieres dar parte de las nueces, voy contigo a varearlas.

Habiéndose convenido, fué con él a varear, y subió, aunque con mucho temor, haciéndose primero la señal de la cruz. Cuando acabó, le tocaron tantas que, no teniendo en qué llevarlas, se quitó el hábito, y atándole mangas y capucha, hizo de él un saco, lo llenó de nueces, cargó con él a cuestas hasta Roma, y allí las dió todas a los pobres, con grande alegría, por amor de Dios.

En tiempo de las siegas iba fray Gil a espigar con los otros pobres, y si alguien le daba un haz entero, respondía:

—No tengo granero en que guardarlo, hermano mío.

Y las más de las veces daba por amor de Dios las espigas que había recogido.

Pocas veces ayudaba fray Gil a otro todo el día; porque ponía por condición que le habían de dejar tiempo para rezar las horas canónicas y hacer oración mental.

Una vez que fué fray Gil a la fuente de San Sixto a buscar agua para los monjes, un hombre le pidió de beber, y él le respondió:

—¿Y cómo he de llevar yo a los monjes el cántaro sin llenar?

Indignóse con esto aquel hombre y le dijo muchas injurias y villanías. Fray Gil se fué muy angustiado al monasterio, tomó un vaso grande, volvió luego a llenarlo en la fuente, y buscando al hombre le dijo:

—Amigo mío, toma y bebe cuanto quieras; no te incomodes, pues me parecía una villanía llevar a los santos monjes las sobras del agua bebida.

Compungido el hombre y edificado de la caridad y humildad de fray Gil, reconoció su culpa y en lo sucesivo le tuvo grande devoción.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPÍTULO VI

CÓMO FUÉ SOCORRIDO FRAY GIL MILAGROSAMENTE EN UNA GRANDE NECESIDAD PORQUE, POR LA MUCHA NIEVE, NO PODÍA PEDIR LIMOSNA

Morador fray Gil en Rieti, en casa de un Cardenal, al no tener allí la quietud de espíritu que deseaba, próxima la cuaresma, dijo al Cardenal:

—Padre mío, con vuestra licencia y para mi tranquilidad, quisiera ir con mi compañero a pasar esta cuaresma en algún lugar solitario.

—¿A dónde quieres ir, padre mío carísimo? —le respondió el Cardenal—. La carestía es grande, y vosotros sois aún poco conocidos; quédate conmigo de buena gana, pues tendré por grande dicha haceros dar, por amor de Dios, todo lo que os haga falta.

Insistió fray Gil en marchar, y partió fuera de Rieti, a la cima de un monte alto, en el castillo de Deruta; encontró allí una iglesia dedicada a San Lorenzo, entró en ella con el compañero y se dieron a la oración y meditación. Como no eran conocidos, les tenían poca devoción y reverencia y pasaban gran penuria; añadióse a esto que cayó una gran nevada, y ni tenían con qué vivir, ni podían salir a buscarlo, ni se lo mandaban de fuera; y estuvieron así encerrados tres días enteros. Al ver fray Gil que no podía trabajar ni pedir limosna, dijo al compañero:

—Hermano mío carísimo, clamemos en alta voz al Señor para que, por su piedad, nos socorra en necesidad tan extrema, porque algunos monjes, estando en gran necesidad, clamaron a Dios, y la divina clemencia les socorrió en sus necesidades.

No cesaron, pues, de orar a ejemplo de ellos, y pedían a Dios de todo corazón el remedio. Y el Señor, que es todo piedad, miró a su fe, devoción, sencillez y fervor, y los socorrió por este medio. Miraba un hombre hacia la iglesia donde estaba fray Gil y su compañero, y se dijo a sí mismo, inspirado por Dios: «¡Quién sabe si en aquella iglesia estará alguna buena persona dada a la penitencia, y faltándole lo necesario por causa de la nieve, se morirá de hambre! Quiero saber si mi imaginación es verdadera o no.» Y con algunos panes y vino, se fué allá, llegó con mucha dificultad a la iglesia y encontró a fray Gil y su compañero puestos devotísimamente en oración, y estaban tan marchitos y pálidos a causa del hambre, que más parecían muertos que vivos. Grandísima fué su compasión, y luego

que les dió de comer y de beber, se volvió y refirió a sus vecinos aquella extrema necesidad, exhortándoles y pidiéndoles por amor de Dios que socorriesen a los dichos frailes.

Desde entonces, a ejemplo de este hombre, muchos les llevaron pan y otros alimentos por amor de Dios, y establecieron cierto orden entre sí para proveer por turno durante toda la cuaresma a la necesidad de los frailes. Al considerar fray Gil la grande misericordia de Dios y la caridad de aquellos hombres, dijo a su compañero:

—Hermano mío carísimo, hasta aquí hemos pedido a Dios que nos proveyese en nuestra necesidad, y nos oyó; ahora hay que darle las gracias y la gloria y pedir por esta gente que nos mantiene con sus limosnas, y por todo el pueblo cristiano.

Y haciéndolo con gran fervor y devoción, concedió el Señor tanta gracia a fray Gil, que muchos, a su ejemplo, abandonaron este ciego mundo, y muchos otros, que no estaban en disposición de ser religiosos, hicieron en sus casas grande penitencia.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPÍTULO VII

De la muerte del santo fray Gil

La vigilia de San Jorge, a la hora de maitines, cumplidos cincuenta y dos años después de haber tomado el hábito de San Francisco, recibió Dios el alma de fray Gil en la gloria del paraíso, cuando se celebraba la fiesta de San Jorge.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPÍTULO VIII

Cómo estando en oración un santo hombre vió el alma de fray Gil, que volaba al cielo

Un santo hombre, que estaba en oración cuando fray Gil pasó de esta vida, vió subir al cielo su alma, con otras muchas que entonces salían del purgatorio, y a Jesucristo que le venía al encuentro y la conducía con multitud de ángeles, entre melodiosos cánticos, y acompañada de todas aquellas almas, hasta introducirla en la gloria del paraíso.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPÍTULO IX

Cómo, por los méritos de fray Gil, fué librada del purgatorio el alma de un fraile predicador, amigo suyo

Estaba ya fray Gil con la enfermedad de la que a pocos días murió, y enfermó también de muerte un fraile dominico. Otro religioso amigo de éste, viéndole próximo a morir, díjole:

—Hermano mío, si te lo permitiese el Señor, quisiera que después de tu muerte vinieses a decirme en qué estado te encuentras.

El enfermo prometió complacerle, caso de que le fuese posible.

Ambos enfermos murieron el mismo día, y el de la Orden de Predicadores se apareció a su hermano superviviente, y le dijo:

—Voluntad es de Dios que te cumpla la promesa.

—¿Qué es de ti? —le preguntó el fraile.

—Estoy bien —respondió el muerto—, porque aquel mismo día murió un santo fraile Menor, llamado fray Gil, al cual, por su grande santidad, concedió Jesucristo que llevase al cielo todas las almas que había en el purgatorio. Con ellas estaba yo en grandes tormentos, y por los méritos del santo fray Gil me veo libre.

Dicho esto desapareció, y el fraile que tuvo esta visión no la reveló a nadie; pero ya enfermo, temeroso del castigo de Dios por no haber manifestado la virtud y gloria de fray Gil, hizo llamar a los frailes Menores. Se presentaron diez, y, reunidos con los frailes Predicadores, reveló el enfermo devotamente la visión ya referida. Investigaron con diligencia, y supieron que los dos habían muerto en un mismo día.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPÍTULO X

De las gracias que Dios había dado a fray Gil y del año de su muerte

Decía de fray Gil fray Buenaventura de Bagnoreggio que Dios le había concedido gracia especial, no sólo para él, sino también para todos los que con devoción le encomendaban cosas espirituales.

Hizo grandes milagros en vida y después de muerto, según se ve en su leyenda.

Pasó de esta vida a la gloria celestial el año 1252, en la fiesta de San Jorge, y está sepultado en Perusa, en el convento de los frailes Menores.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPÍTULO XI

De una cuestión notable que tuvo fray Gil con fray Gerardino

Estaba una vez en Perusa el santo fray Gil, y vino a visitarle la ilustre Jacoba de Sietesolios, nobilísima dama de Roma, que era muy devota de la Orden de los frailes Menores. Mientras hablaban, llegó también con el mismo objeto un fraile espiritual y devoto, llamado fray Gerardino, y en presencia de otros frailes que allí había rogó a fray Gil que les dijese alguna palabra de edificación. Condescendió fray Gil y dijo:

—Por aquello que el hombre puede, llega a lo que no quiere.

Replicó entonces fray Gerardino, para hacerle hablar más:

—Me maravillo, fray Gil, de que por lo que el hombre puede, venga a lo que no quiere. Porque el hombre de por sí no puede nada, y esto lo puedo probar con varias razones. Primera: porque el poder presupone el ser, y aun conforme a éste es la operación, como vemos en el fuego, que calienta porque es cálido. Pero el hombre de por sí no es nada. *El que piensa que es algo, no siendo nada, se engaña*, dice el Apóstol, y, si es nada, síguese que nada puede. Segunda: porque, si pudiese algo, sería, o por razón del alma separada del cuerpo, o por razón del cuerpo solo, o por razón de ambos unidos. Pues bien, el alma despojada del cuerpo no puede merecer ni desmerecer. El cuerpo sin alma tampoco, porque no tiene vida, está informe, y todo acto es forma. Pues por razón del conjunto, si el alma separada del cuerpo no puede, menos podrá unida a él, porque *el cuerpo corruptible agrava al alma*, y si un jumento no puede andar sin carga, mucho menos con ella.

Hasta una docena de argumentos propuso a fray Gil el dicho fray Gerardino para hacerle hablar y que se explicase; y todos los presentes se admiraban de la argumentación.

—Has hablado mal, fray Gerardino —respondió por fin fray Gil—: tienes que decir la culpa por todo eso.

Fray Gerardino dijo la culpa sonriéndose, y al ver fray Gil que no la decía de corazón, añadió:

—De esa manera no vale; y cuando aun el decir la culpa es sin mérito, no le queda al hombre por donde satisfacer.

Después prosiguió:

—¿Sabes cantar, fray Gerardino?

Y al responder que sí, le dijo:

—Pues canta conmigo.

Saca de su manga fray Gil una cítara como las que suelen hacer los muchachos, y empieza desde la primera cuerda, sigue por las demás, contesta en verso, y deshace uno por uno los doce argumentos. Contra el primero dice:

—Yo no hablo del ser del hombre antes de la creación, fray Gerardino, porque entonces nada es y nada puede; hablo del hombre ya creado, al que dió Dios el libre albedrío, con el que puede merecer, si consiente en el bien o desmerecer, si disiente. Has dicho mal y erraste, fray Gerardino, porque el Apóstol no habla de la nada en cuanto al ser ni en cuanto al poder, sino respecto al merecimiento, como cuando dice en otra parte: *Si no tuviese caridad, nada soy*. Yo no hablé del alma separada, ni del cuerpo muerto, sino del hombre vivo, el cual si consiente a la gracia, puede obrar el bien, y rebelándose contra ella, obra mal. En el texto que has aducido: *El cuerpo que se corrompe agrava el alma*, la Escritura no dice que le quita el libre albedrío.

Y del mismo modo rebate las demás razones, tanto que fray Gerardino vuelve a decir la culpa, pero esta vez reconoce sinceramente que la criatura puede algo.

—Ahora sí que has dicho bien la culpa—exclamó fray Gil—. ¿Quieres que te muestre aún más claramente cómo la criatura puede algo?

Y subiéndose sobre un arca, grita:

—¡Oh mísero condenado que yaces en el infierno!

Y al responder en persona del condenado, con voz fuerte, terrible y espantosa, dice entre alaridos y lamentos:

—¡Ay! ¡Ay! ¡¡¡Desgraciado de mí!!!...

—Dinos —pregunta fray Gil—, ¿por qué te has ido al infierno?

—Porque los males que podía evitar no los evité; y el bien que pude hacer, no lo hice.

—¿Qué harías, infeliz condenado, si te diesen tiempo de penitencia?

Y responde en persona del mismo:

—Poco a poco todo el mundo desecharía de mí para librarme de las penas eternas; porque aquél ha de tener fin, pero mi condenación ¡jamás!. ¡jamás lo tendrá!...

Vuélvese entonces hacia fray Gerardino, y dice:

—¿Has oído, fray Gerardino, cómo la criatura puede algo? Dime ahora: si cae en el mar una gota de agua, ¿le da su nombre al mar o el mar a la gota?

Y respondió que queda absorbida gota y nombre, y todo se llama mar.

En esto fray Gil, arrebatado en éxtasis a vista de todos los presentes, entiende que la naturaleza humana, respecto a la divina, fué absorbida como gota en el piélago infinito de la divinidad, al encarnarse Nuestro Señor Jesucristo, el cual sea bendito por los siglos de los siglos. Amén.

CAPÍTULO XII

Cómo, al dudar un fraile Predicador acerca de la virginidad de María, fray Gil hizo nacer tres lirios

En tiempo de fray Gil hubo un gran maestro de Teología de la Orden de Predicadores que padeció durante muchos años fuertes dudas acerca de la virginidad de la Madre de Cristo, pues le parecía imposible que pudiese ser madre y virgen a un tiempo. Pero, como verdadero católico, se dolía mucho de su duda y deseaba hallar algún varón iluminado de Dios que le librase de ella. Tuvo noticia de la santidad de fray Gil, y cómo muchas veces era arrebatado en éxtasis y permanecía elevado en el aire, por lo cual se determinó a ir en busca de él.

Estaba fray Gil de noche en oración, y le manifestó Dios la tentación de aquel fraile y cómo a la mañana vendría a declarársela. Fray Gil tomó un báculo en que solía apoyarse, porque era ya muy anciano, y salió a su encuentro. En cuanto le vió venir, sin darle tiempo a que saludase ni dijese palabra, hirió la tierra con el báculo, diciendo:

—Hermano Predicador, ¡virgen antes del parto!

Y en el mismo sitio donde dió con el báculo brotó al instante un lirio hermosísimo.

Dió luego otro golpe y dijo:

—Hermano Predicador, ¡virgen en el parto!

Y nació otro lirio blanquísimo.

Tercera vez hirió el suelo diciendo:

—Hermano Predicador, ¡virgen después del parto!

E inmediatamente brotó un tercer lirio. Después de esto fray Gil huyó.

El maestro Predicador, sintiéndose repentinamente libre

de su duda y tentación, preguntó, muy asombrado, si aquél era fray Gil, y le dijeron que sí. Desde entonces le tuvo siempre grandísima devoción, y lo mismo a toda la Orden.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPÍTULO XIII

Consejo que dió fray Gil a fray Jacobo de la Massa

Fray Jacobo de la Massa, que era lego y un santo hombre, y había estado con Santa Clara y con muchos de los compañeros de San Francisco, fué muy devoto; y muy favorecido con la gracia del éxtasis, quiso tomar consejo de fray Gil, y le preguntó cómo debía conducirse al sentir esta gracia.

—Ni añadas ni disminuyas—le respondió fray Gil—y huye de la multitud cuanto puedas.

—¿Qué quieres decir con eso?—repuso fray Jacobo—; explícamelo, reverendo padre.

Y contestó:

—Cuando la mente está dispuesta para ser introducida en aquella gloriosísima luz de la bondad divina, no añadas por presunción ni disminuyas por negligencia, y ama la soledad cuanto puedas para guardar la gracia.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

San Francisco con las Llagas (Medallón del siglo XIV. Asís.)

A P E N D I C E [1]

CAPÍTULO I

Ejemplo de fray León cuando San Francisco le mandó que lavase una piedra

Hablaba San Francisco con fray León en el monte Alverna y le dijo:

—*Hermano ovejuela, lava esta piedra con agua.*

Obedeció presto fray León y lavó la piedra con agua. Díjole San Francisco con grande gozo y alegría:

—*Lávala con vino.*

Y lo hizo.

—*Lávala*—le volvió a decir—*con aceite.*

Y también lo hizo.

—*Hermano ovejuela*—dijo de nuevo el Santo—, *lava la piedra con bálsamo.*

—¡Oh dulce Padre!—le respondió—, ¿cómo podré yo hallar bálsamo en este lugar tan agreste?

—*Has de saber, hermano ovejuela de Cristo*—añadió el Santo—, *que en esta piedra estuvo sentado Cristo una vez que se me apareció aquí; y te he dicho cuatro veces que la lavases porque Jesucristo (y has de guardar secreto) me prometió cuatro privilegios singulares para mi Orden.*

El primero, que todos los que amen de corazón a mi Orden y a los frailes que perseveren en ella alcanzarán buen fin, por la divina misericordia. El segundo, que los perseguidores de esta santa Religión serán duramente castigados. El tercero, que ningún perverso podrá durar mucho en la Orden si persevera en su maldad. El cuarto, que esta Religión durará hasta el día del juicio final.

En alabanza de Cristo. Amén.

---

1 Véase la advertencia al final de las *Florecillas*.

CAPÍTULO II

Cómo San Francisco y fray Bernardo fueron a pedir limosna

Poco después de la fundación de la Orden fué un día San Francisco a una ciudad a pedir limosna con fray Bernardo, el primogénito de sus frailes. Cansados ambos, se sentaron sobre una piedra. Pero acosados del hambre los pobrecillos de Cristo, y como era cada vez más viva la necesidad de comer, dijo el santo Padre al compañero:

—*Carísimo, esperémonos aquí cuando volvamos de pedir limosna por el amor de Dios.*

Con este acuerdo se separaron, recorrieron calles y plazas llamaron a las puertas de las casas y, entraron en ellas confiadamente, pidieron limosna, y les fué dada reverentemente. Pero el devoto fray Bernardo, quebrantado de la mucha fatiga, no guardó nada, sino que comía, apenas se los daban, los pedacitos de pan y los mendrugos y demás restos que le ofrecían. De modo que cuando volvió al lugar convenido no había reservado ni llevaba nada. Llegó luego el Padre San Francisco con la limosna que había recogido. y se la enseñó al compañero diciendo:

—*Mira, hermano mío, cuánta limosna me ha dado la divina Providencia; a ver la que has traído tú y comamos juntos en el nombre de Dios.*

Fray Bernardo, humillado y temeroso, se postró a los pies del piadoso Padre y le dijo:

—Padre mío, confieso mi pecado: no he traído nada de las limosnas que recogí, sino que he comido todo lo que me dieron, porque casi me moría de hambre.

San Francisco, al oírlo, lloraba de gozo, lo abrazó y exclamó:

—*¡Oh hijo dulcísimo! En verdad eres tú más dichoso que yo, eres un perfecto observador del Evangelio, porque no has acumulado ni guardado cosa alguna para el día de mañana, sino que todo tu pensamiento volviste al Señor.*

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO III

Cómo fray León tuvo en sueños una visión terrible

Una vez vió en sueños fray León los preparativos para el juicio divino. Veía a los ángeles que tocaban trompetas y otros varios instrumentos y congregaban grandísima muchedumbre en un campo. A un lado colocaron una escala roja que llegaba de la tierra al cielo, y a la parte opuesta otra que era blanca, y bajaba del cielo a la tierra. En la cima de la roja apareció Cristo, en ademán de un señor ofendido y muy irritado. San Francisco estaba en la misma escala algunas gradas más abajo de Cristo, y bajaba más, y llamaba y decía con gran voz y fervor:

—*Venid, frailes míos, venid confiadamente, no temáis; venid y acercaos al Señor, que os llama.*

Al oír a San Francisco corrieron a su encuentro los frailes, y subían, muy confiados, por la escalera roja. Pero cuando ya estaban todos en ella comenzaron a caerse, quién del tercer escalón, quién del cuarto, quién del quinto o del sexto, y caían todos uno tras otro, de suerte que no quedó ninguno en la escala.

A la vista de tal desgracia, movido San Francisco a compasión de sus frailes, como Padre piadoso, rogaba por sus hijos al Juez para que tuviese misericordia de ellos. Y Cristo le mostraba las Llagas sangrientas y le decía:

—Mira lo que me han hecho tus frailes.

El Santo, después de insistir un poco en la misma súplica, bajó algunas gradas, y llamó a los frailes que habían caído en la escalera roja, y les dijo:

—*Levantaos, hijos y hermanos míos; tened confianza, no os desaniméis; corred seguros a la escala blanca y subid por ella, que así seréis admitidos en el reino de los cielos.*

Corrieron los frailes, enseñados por su Padre, a la dicha escala, y en la cima apareció, piadosa y clemente, la gloriosa Virgen María, Madre de Jesucristo, y los recibió; y así entraron sin ninguna dificultad en el reino eterno.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO IV

Vocación de un familiar de Nicolás III

El año 1280, estaba el Papa Nicolás III en su cámara con el Ministro General y algunos Ministros provinciales. Hablaban acerca de la declaración de la Regla, y entró allí a tomar cierto objeto uno vestido con el hábito de los frailes Menores, y salió inmediatamente. Luego que estuvo fuera, dijo el Papa:

—¿Visteis aquel lego que entró en la cámara?

Respondiéronle los frailes que sí, y añadió:

—Quiero informaros de él. Cuando fuí elegido Papa pedí a un Abad de la Orden del Cister que me enviase un lego bueno, fiel y prudente, que me cuidase y sirviese con diligencia; y me mandó este que visteis entrar aquí con vuestro hábito. Un día vió a la puerta frailes Menores, que venían a la limosna del pan, y comenzó a entristecerse y sentir gran melancolía. Viéndole así triste le pregunté la causa, e insistiendo yo en querer saberla, me respondió:

—Santísimo Padre, el motivo de mi desconsuelo es que, ya profeso en mi Orden estaba un día en oración, y yo no sé si en mí o fuera de mí, me pareció ver toda la ciudad en alboroto, y pregunté a los que corrían:

—¿Qué es eso?, ¿qué es eso?

—Vamos a ver a Nuestro Señor Jesucristo—me respondieron.

Eché yo también a correr con ellos, y cuando llegué a la plaza la encontré llena de hombres puestos en círculo, y en medio vi a Nuestro Señor Jesucristo con las sagradas Llagas, vestido con el hábito de los frailes Menores, y predicaba con los brazos abiertos y decía: «El que quiera salvar su alma, sígame y vístase con este hábito que yo traigo.» Por eso, cuando vi venir por el pan a los frailes con aquel hábito que tenía Jesucristo, me entristecí de repente y me entró tan grande amargura que no estaré jamás contento ni consolado hasta que me vea vestido con él. Os pido por el amor de la pasión de Cristo que me lo vistáis, si queréis consolarme.

Yo le alabé mucho su Orden, diciéndole que era antigua, aprobada, buena y santa; pero, al fin, al no poder consolarle, le vestí vuestro hábito, como habéis visto. Y creo que su visión habrá sido verdadera; porque, como sabéis, el que quiera salvarse tiene que seguir a Cristo y vestir como

los frailes Menores, ser como si no tuviera cuerpo, orar con la mente y dejar al mundo con sus vanidades.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO V

De un devoto ejemplo y milagro de San Francisco

Por los años de 1343 hubo en España, en Ciudad Rodrigo, del reino de Castilla, un Obispo llamado Pedro, el cual, aunque pecador, era muy devoto de San Francisco. Y como enfermase, bien que no de gravedad, un familiar suyo tuvo esta visión:

Estaba el Obispo sentado en su cátedra, y salían de la tierra unos perros negros que se lanzaban contra él y le rasgaban las vestiduras; pero salía de detrás de la cátedra un fraile Menor que apartaba y ahuyentaba los perros, y después dijo al familiar: «Ve y dile al Obispo que se confiese y haga penitencia, porque estos animales son demonios, que tienen potestad sobre él a causa de sus pecados.» Cuando despertó fué a referir secretamente toda la visión al Obispo; pero éste se turbó y dijo que no estaba tan enfermo que necesitase confesión.

De allí a tres días tuvo el dicho familiar otra visión. Veía dos perros grandísimos, negros y horribles, que querían devorar al Obispo, y un fraile Menor se lo estorbó y los echó de allí, diciendo luego al familiar: «Vete a decir al Obispo que se confiese y haga penitencia, porque morirá presto de esta enfermedad.»

Habiéndoselo referido todo detalladamente, se turbó el Obispo y se airó contra él, porque le había dicho que moriría; y de la penitencia y confesión no se cuidó.

Pasados otros tres días vió el familiar una hoguera grandísima, y en ella una caldera llena de pez hirviente, y los demonios asían del Obispo para echarlo dentro; pero aquel fraile Menor lo impidió y dijo al familiar: «Dile al Obispo que sin remedio tiene que morir de esta enfermedad, que se confiese sin tardanza.»

—Ya se lo he dicho—respondió—, y de ninguna manera me lo quiere creer; dame alguna señal para que me crea y se confiese.

—Mete el dedo en esta pez —le dijo el fraile—, y dile: San Francisco, de quien sois devoto, me ha dicho esto, y en prueba de la verdad mira el dedo tiznado de la pez. y seco.

Refirió, pues, todo eso al Prelado, el cual quedó estupefacto al ver el dedo seco, y se compungió, por su devoción a San Francisco. Se confesó inmediatamente, y, agravándose la enfermedad, murió a los pocos días.

Los sobrinos y hermanos ocultaron su muerte tres días para poder llevarse sus cosas y las del Obispado. El 4 de mayo de 1343 fué conducido su cadáver al convento de los frailes Menores, y haciéndole éstos las exequias, se levantó el Obispo en el féretro, a vista de todo el pueblo. Sus parientes, que sabían estaba muerto de cuatro días, echaron a huir, y el Obispo les gritaba:

—¡No huyáis! He muerto de verdad, pero ahora no estoy muerto. Fuí llevado al juicio de Cristo: dió contra mí sentencia de eterna condenación, porque al confesarme de mis pecados no tuve contrición verdadera ni propósito de dejar definitivamente la ocasión en que siempre habia estado, aunque la aparté por el momento. Pero intercedió por mí San Francisco, alegó la grande devoción que siempre le tuve, la limosna que por su amor hice siempre a los frailes Menores, pues mi casa y cuanto yo tenía era más de ellos que de mi familia, y la gran fe de que por sus méritos no había de morir mal. Y rogó él por mí a Cristo, me alcanzó la gracia de volver al cuerpo por espacio de veinte días para hacer penitencia de mis pecados, y, transcurrido ese plazo, moriré otra vez.

En este término recobró lo que sus parientes le habían llevado, y de todo dispuso discreta y santamente, e hizo condigna penitencia de sus pecados. Y llegada dentro del mismo plazo la fiesta de la Exaltación *(traslación del cuerpo)* [1] de San Francisco, celebró en ella la misa y predicó al pueblo lo que queda dicho. Habló de San Francisco con tanto fervor que eran hasta entonces poco conocidos allí los frailes Menores, y les tenían después mucha devoción y reverencia en toda la provincia.

Este milagro lo predicó fray Francisco Giumpareta en Santa Cruz (Florencia) por la fiesta de San Francisco, en 1344, y fray Bartolomé de Milán, Lector de Luca, se lo escribió a fray Luis, Lector de Florencia, y se lo había oído a un fraile Menor que se halló presente cuando resucitó el referido Obispo [2].

En alabanza de Cristo. Amén.

[1] 25 de mayo de 1230.

[2] En la catedral de Ciudad Rodrigo se ve el sepulcro de este Prelado con estatua de pontifical y la inscripción siguiente:

AQUI IAZE EL OBISPO DON PEDRO DIAZ A
Q RESUSCITO SANCT FRANCISCO

En un pergamino pendiente junto al sepulcro se lee, escrita en romance, la relación del suceso casi a la letra como queda referido. Puede verse también con pocas variantes en el *Libro de las Conformidades*, escrito unos cuarenta años después del suceso por fray Bartolomé de Pisa *(Analecta Fran.*: t. V, p. 475), el cual transcribió, retocado el estilo, el relato, que se halla en un códice de la primera mitad del siglo XIV (y, por tanto, inmediato al suceso) existente en San Antonio, de Roma.

Fray Tomás de Celano refiere (p. 366, edic. del P. Ed. Alençon. Roma, 1906) otro caso ocurrido en Benevento y semejante al de este Obispo: la resurrección de una señora noble que por intercesión de San Francisco volvió a la vida para confesarse.

CAPÍTULO VI

CÓMO DE UNA IMAGEN DE SAN FRANCISCO SALIÓ SANGRE FRESCA

En un convento de frailes Predicadores estaba pintada en el refectorio una imagen de San Francisco con las sagradas Llagas. Un fraile de dicha Orden, obcecado por el orgullo, no podía ni quería comprender que San Francisco hubiese tenido las sagradas Llagas; y un día, después de comer, al salir del refectorio todos los frailes, se llegó a la imagen y temerariamente le borró y destruyó del todo las Llagas, y se marchó. Pero volviendo aquel mismo día, halló la imagen adornada con las sagradas Llagas mejor que antes, y de nuevo se las destruyó furiosamente. Cuando volvió otra vez, ya la imagen estaba restaurada.

Muy indignado con esto, la destruyó de manera que dejó enteramente desnuda la pared en que estaba pintada; pero brotó de improviso abundantísima sangre, con tanta fuerza como de una cuba llena cuando acaba de taladrarse; y bañó cara, pecho y todo el vestido del fraile. Cayó éste por tierra estupefacto, y comenzó a gritar y llamar a voces a los frailes. Conmovióse la comunidad, y acudieron todos al rumor, quedando atónitos y estupefactos por la grandeza del milagro. Con mucha devoción recogieron del suelo la sangre con una esponja, hicieron restaurar después la imagen muy hermosamente y por la honra del hábito mandaron los superiores que a nadie se refiriese el caso fuera de la Orden. Pero aquel fraile dijo que más quería ser echado de la Orden que ocultar un milagro de tanta honra para el Padre San Francisco.

Y ¿qué venganza tomó de este fraile el humilde Francisco? No otra que cambiarlo de repente en otro hombre. Renunció con mucho fervor a todos sus libros y se hizo hombre de grande oración. Por devoción a San Francisco fué a visitar su iglesia en Asís, y en presencia de muchos frailes Menores confesó muy humildemente el sobredicho milagro,

y mostró, no sin muchas lágrimas, la sangre que había recogido del suelo. Parte de ella la dejó en testimonio del milagro y parte la guardó por devoción a San Francisco.

CAPÍTULO VII

De un excelente milagro de las Llagas de San Francisco [1]

Hubo en el reino de Castilla un hombre muy devoto de San Francisco, que, al ir a la iglesia de los frailes Menores para oír completas, le asaltaron unos bandoleros, y sin ninguna compasión le hirieron tan cruelmente, que cayó casi muerto a sus pies. Al huir los malhechores, uno de ellos, más cruel, le atravesó un cuchillo por el cuello de modo que no pudo quitárselo, y partieron, dejando al herido por enteramente muerto.

Al clamor de los circunstantes acudió mucha gente, y todos le lloraban por muerto, sin la menor esperanza de vida. Le levantaron y llevaron a su casa; y estaban los parientes con los preparativos para la sepultura, al tocar los frailes a maitines a medianoche. Al oír la mujer la campana, acordándose que él acostumbraba ir a maitines a la iglesia de los frailes Menores, prorrumpió en doloroso llanto y decía:

—¡Ay de mí, Señor mío! ¿Dónde está ahora tu fervor y tu devoción? ¡Levántate y ve a maitines, que te llama la campana!

Oyó él este llanto, y hacía señas con las manos para que le quitasen el cuchillo, que no le dejaba hablar, e inmediatamente, a vista de todos, le fué quitado rápidamente sin saber por quién, y se levantó de repente sano del todo y dijo:

—Oíd, deudos y amigos míos queridos, y mirad el admirable poder de San Francisco, de quien fuí siempre devoto, y que ahora mismo sale de aquí. Vino con sus santísimas Llagas, y puso las manos sobre mis heridas; con el olor y suavidad de las Llagas me confortó y sanó perfectamente. Cuando os indicaba que me quitaseis el cuchillo de la garganta, porque no podía hablar, él lo asió y me lo quitó sin ningún dolor, y luego, frotó con su mano sobre la herida y me dejó sano como veis.

En alabanza de Cristo. Amén.

[1] *Archivum F. Hist.*, XII, p. 372.

CAPÍTULO VIII

Cómo San Francisco envió frailes por primera vez a Inglaterra y del gran milagro que hizo Cristo en el viaje [1]

Fray Angel de Pisa fué nombrado Ministro de Inglaterra por San Francisco, y partió con fray Alberto de Pisa y otros tres compañeros. Llegaron a Cantorbery el día 3 de mayo, y fueron recibidos con mucha caridad por los frailes Predicadores. Prosiguieron el viaje, y llegaron a un bosque muy sombrío en que había un monasterio de monjes negros [2]; y como era casi la hora de vísperas y el tiempo estaba lluvioso y los viajeros muy mojados y fatigados, pidieron albergue, por amor de Dios, por temor a perecer de hambre o de frío. o ser acometidos por las fieras de aquel bosque.

Al verles el portero escuálidos por la penitencia y en hábito desusado y no entender su lengua, pensó que serían bufones o juglares, y así se lo anunció al Prior, que había venido a solazarse allí aquellos días con cuatro monjes. Introducidos los frailes y presentados al Prior y monjes, aunque dijeron que no eran bufones ni juglares, sino siervos de Dios y pregoneros del reino celestial y de la Orden de los Apóstoles, Prior y monjes mandaron que fuesen echados fuera de la puerta del monasterio, como pordioseros bribones y gente baja, y que no les diesen pan, ni vino, ni albergue, ni se les tuviese compasión alguna. Compadecido el monje más joven al ver esta crueldad, los siguió y pidió por favor al portero que les escondiese dentro y los albergase en el pajar y que él les llevaría de comer. Condescendió el portero, y los ocultó en el pajar. El monje les llevó secretamente pan, vino y otras cosas, y después los visitó y se encomendó con mucha devoción a sus oraciones.

Aquella noche tuvo el dicho monje esta visión: veía en la iglesia un trono admirable y resplandeciente, en que estaba sentado Cristo bendito, y alrededor había mucha gente que era llamada a juicio. Comenzó Jesucristo diciendo:

—Sean conducidos a mi presencia los dueños de este lugar.

Y al instante fué traído el sobredicho Prior y los cua-

[1] *Analecta*, p. 24 ss.; *Archivum*, XII, pp. 373-375.
[2] Así llamados por el color del hábito, benedictinos.

tro monjes. Por el lado opuesto vino un pobrecillo humilde y despreciable, que vestía el hábito de aquellos pobres frailecitos mencionados, y dijo:

—Justísimo Juez, la sangre de los frailes Menores despreciada esta noche, al negárseles comida y albergue en este lugar, clama venganza; pues ellos por tu amor abandonaron el mundo y todo lo temporal. Y habían venido aquí para ganar las almas que se hallan desviadas de Ti, Señor mío, y que tú compraste con tu preciosa sangre sobre el madero de la cruz, y este que aquí está los hizo echar fuera como bufones y juglares.

Miró entonces Cristo al Prior con semblante terrible, y le dijo:

—¿De qué Orden eres, Prior?

—De la de San Benito —respondió.

—¿Es verdad lo que éste dice? —preguntó Cristo a San Benito.

—Señor mío dulcísimo —respondió—, éste y sus compañeros son destructores y arruinadores de mi Orden, como se ve en el modo de recibir a estos frailes Menores, perfectos siervos tuyos; pues yo mandé en mi Regla que nunca la mesa del Abad estuviese sin peregrinos y pobres forasteros, y ya ves, Señor mío, cómo ha hecho éste.

Dió Cristo la sentencia mandando que fuesen colgados de un olmo que había en el claustro, y cuando ya estaban colgados el Prior y tres compañeros, se volvió Cristo al cuarto, que había obrado misericordia, y le dijo:

—¿De qué Orden eres tú?

Trémulo el joven, porque acababa de oír la repulsa de San Benito, que los desechaba, respondió con mucho miedo:

—Señor mío, yo soy de la Orden de este pobrecito.

—Francisco, ¿es éste de tu Orden? —preguntó Cristo.

—*Señor* —respondió—, *es de los míos, y desde ahora lo recibo por mi fraile.*

Y al decir esto le abrazó muy tiernamente, con lo cual despertó el monje, encontrándose estupefacto de la visión y sobre todo, porque había oído a Cristo en el sueño nombrar a Francisco. Con esta admiración se levantó para referir al Prior la visión que había tenido. Pero, al entrar en su celda, le halló estrangulado y todo disforme, marchito y maltrecho. Corre a los compañeros, y los encuentra también estrangulados y maltrechos del todo. Va en busca de los frailes para referirles el milagro, y halla que el portero los había echado fuera antes de amanecer, por miedo al Prior.

Entonces fué a referir todo esto al Abad de Abindo, y

oyéndoselo el Abad a este monje joven, tuvo grandísimo temor, y así él como todos los monjes quedaron atónitos.

Divulgóse el suceso casi por todo el país, y cuando estos benditos frailes llegaron a la ciudad de Oxford se presentaron al Rey Enrique, y los recibió con mucha amabilidad y les dió lugar en que establecerse libremente.

Se extendió tanto por toda Inglaterra la fama de estos religiosos, por la santidad de su vida y la novedad del milagro, que no sólo aquel monje librado por San Francisco de tan horrible juicio se hizo fraile, y fué el primero en vestir el hábito, sino también otros muchos, entre ellos un grande Obispo y un Abad [1], los cuales, cuando se edificó el convento, cargaban sobre sí con mucha humildad y devoción las piedras y el barril del agua para la fábrica.

Cuando entró fray Angel en Inglaterra era un joven de treinta años, muy agraciado y devoto. Era diácono, y no quiso ordenarse de sacerdote sin licencia del Capítulo general, y entonces, al llamar el Arzobispo de Cantorbery por medio de su Arcediano a los que se habían de ordenar, dijo: «Vengan los frailes de la Orden de los Apóstoles.» Y este nombre tuvieron en Inglaterra por largo tiempo.

Recorrió dicho fray Angel con mucho fervor aquella provincia, fundó e hizo edificar muchos conventos y admitió a muchos en la Orden. Obró muchos milagros en vida y después de su muerte. Dió su alma a Dios el día siguiente a la fiesta de San Gregorio Papa, y está sepultado en Oxford.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO IX

ADMIRABLE CONVERSIÓN DE UN PECADOR OBSTINADO DE ESPOLETO [2]

Había en la ciudad de Espoleto un hombre perverso y cruel que por ningún motivo ni razón del mundo quería ni podía ver a los frailes Menores, sobre todo cuando iban

[1] El cronista fray Tomás Eccleston, inmediato a estos sucesos, habla de fray Rodolfo de Maydnyston, Obispo herfordense, recibido a la Orden por fray Haimon, Provincial de Inglaterra (1239), y de fray Juan de Reding, Abad de Osney, que tomó nuestro hábito y vivió muy ejemplarmente (*Analecta Franc.*, t. I, pp. 225 y 249).

[2] *Archivum*, XII, p. 382.

por limosna. Blasfemaba, maldecía, se complacía en decirles afrentas y les perseguía con palabras groseras, villanas y deshonestas. Los frailes se dolían de ello y se lo decían a San Francisco, que moraba entonces en aquel convento. El Santo llamó a fray Andrés de Siena, que andaba casi siempre pidiendo limosna, y le dijo:

—*Vete y prueba con toda insistencia si puedes conseguir alguna limosna de ese hombre tan cruel.*

Fuése allá fray Andrés, por el mérito de la santa obediencia, y tanto le importunó que, no por devoción, sino por quitárselo de delante, le dió una limosna de pan, injuriándole villanamente, y echándosela de lejos como a un perro. Apenas la recibió fray Andrés, se volvió al convento con grandísimo gozo y alegría y se la presentó a San Francisco. El Santo distribuyó este pan entre todos los frailes, dando un poco a cada uno, y les dijo:

—*Rezad cada uno tres Padrenuestros pidiendo a Dios que reduzca y convierta este pecador al camino de la verdad.*

¡Cosa admirable! Aun no se habían levantado de cenar los frailes, cuando llegó este hombre al convento con mucha contrición y devoción y se echó a los pies de San Francisco y lloraba amargamente, y confesaba su culpa y ceguera delante de todos. Quedó mudado en otro hombre, se hizo bueno y fué singular amigo y bienhechor de los frailes Menores.

CAPÍTULO X

Asombroso milagro de Cristo, que en los brazos de su Madre, vino a bendecir al pueblo en Santa María de los Angeles en tiempo de la Indulgencia

Estaba el pueblo reunido, como de costumbre, en Santa María de los Angeles la noche de la Indulgencia del año 1303 y se notó una repentina y grande commoción en la gente, como cuando se ve por primera vez algún grande acontecimiento; despertaron los frailes que descansaban en el pórtico encima de la entrada, y también la gente que dormía, corrieron a una y otra parte para saber lo que pasaba, y no vieron otra cosa que una paloma blanquísima que con vuelo veloz dió cinco vueltas alrededor de la iglesia.

Mas, viva aún la conmoción y el rumor, un fraile llamado Francisco Cozzo, quiso averiguar el hecho, y salió del

pórtico en busca de fray Conrado, *sanctae memoriae*, que está sepultado en el convento de la Isla y obra muchos milagros, y como le hallase en oración delante de altar, le dijo:

—Carísimo padre, bien oyes el gran rumor y conmoción que hay en el pueblo, como si ocurriese algún milagro.

—Hijo —le respondió—, no digas a nadie, mientras yo viva, lo que te voy a decir. He visto bajar de lo alto del cielo a la gloriosa Virgen María con admirable luz y resplandor, traía en el brazo a su dulcísimo y bendito Hijo, Jesucristo, y bendecía a todo el pueblo que vino devotamente a esta santísima Indulgencia, y al dar el dulcísimo Jesús con sus propias manos su bendición y gracia, todo el pueblo se puso en conmoción y tumulto.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPÍTULO XI

Cómo Santo Domingo confirmó la Indulgencia de Santa María de los Angeles

Una mujer de Alemania que vino a la Indulgencia de Santa María de la Porciúncula, dijo y juró ante el altar de San Francisco, en presencia de algunos frailes y muchos seglares, y de Merlino, natural de Asís, el cual traducía sus palabras, que había visto un milagro de la santa Indulgencia, y lo refirió de este modo:

—Yo Isa, había determinado hace muchos años venir a la santa Indulgencia, y por muchos impedimentos que tuve retardé el cumplirlo hasta ahora. Tenía ya todo dispuesto para venir, fuí a la vecina iglesia de los frailes Predicadores, llamé a mi confesor, y antes de confesarme le dije cómo quería ir a San Francisco, a la Indulgencia de Santa María de los Angeles. Se alteró e indignó al oírlo, y no quiso confesarme ni darme licencia para venir, diciendo que esta Indulgencia no era lo que se decía. Me volvía a casa disgustada y con mucha amargura, cuando encontré a dos frailes Predicadores. que me dijeron:

—¿Por qué estás así turbada?

Habiéndoles dicho el motivo, me respondieron:

—Ten ánimo, no te entristezcas más; ven con nosotros al convento y buscaremos un buen confesor que te consuele.

Fuí con ellos, e hicieron como me habían prometido. Des-

pués que me confesé, estos dos frailes mandaron llamar a otros del convento, y cuando estuvieron reunidos, les dijo en mi presencia uno de los dos:

—Carísimos hermanos, tened por cierto, sin ninguna duda, que la Indulgencia de Santa María de los Angeles es verdadera y cierta, y ante Dios mucho mayor de lo que se cree; y para que vosotros lo creáis, sabed que yo soy Santo Domingo, vuestro Padre y primer Fundador de esta Orden, y éste es San Pedro Mártir.

Y dicho esto, desaparecieron repentinamente. Al ver yo tan gran milagro, me puse en camino y vine, como veis a ganar esta santísima Indulgencia.

En alabanza de Jesucristo bendito. Amén.

CAPÍTULO XII

Cómo el Emperador de Constantinopla se hizo fraile Menor por divina revelación [1]

El Emperador de Constantinopla, llamado Juan, se hizo fraile Menor de esta manera:

Próximo al fin de su vida, lleno de mucha felicidad y prosperidades mundanas, al ver que envejecía, comenzó a pensar en la muerte; y se cree que le infundió Dios cierto deseo de saber cuál sería su fin. Embargado por este pensamiento, tuvo una noche en sueños esta visión: un hombre muy venerable, vestido de blanco, traía en la mano el hábito de los frailes Menores con la cuerda y las sandalias, y le dijo:

—Juan, Emperador: ya que andas tan solícito de conocer tu fin, has de saber que debes terminar tu vida con este hábito de los Menores, pues así lo quiere Dios.

Despertó el Emperador, y se puso a considerar la grande humillación de pasar del imperio a ser fraile Menor, y por nada del mundo podía determinarse a ello; por lo cual, doliéndose íntimamente, comenzó a exhalar profundos suspiros, y casi lloraba. A sus lamentos acudieron los camareros y familiares, y preguntándole el motivo de sus quejas y tristeza, no lo quiso decir.

La noche siguiente le aparecieron también en sueños dos hombres que vestían de blanco y traían el hábito, cuerda y sandalias, diciéndole:

—Es voluntad de Dios que mueras con este hábito.

[1] *Analecta*, t. III, p. 680; *Archivum*, XII, p. 399.

Esto le causó horror, y quejándose con dolorosos gemidos, acudieron los camareros, y tampoco les quiso decir la razón de su llanto.

La tercera noche se le aparecieron en sueños tres hombres, muy venerables, vestidos de blanco, trayéndole el hábito, cuerda y sandalias, y le dijeron insistentemente que con aquel hábito debía morir, que así era la voluntad divina; y añadieron:

—No creas que es ilusión o sueño vano, sino que, como te lo decimos, así es necesario que se cumpla, sin engaño.

Al despertar, mandó llamar a su confesor fray Angel, cuando éste llegó, estaba el Emperador en la sala y lloraba muy amargamente.

—Sé el motivo de tu llanto —le dijo fray Angel—, porque me ha sido revelada la visión que has tenido de parte de Dios, y ten por cierto que Dios ha determinado que acabes tu vida con el hábito de los frailes Menores.

Y le confortó trayéndole a la memoria muchos ejemplos de grande humildad y que la humildad es muy acepta a Dios; porque al que se humilla en este mundo, le ensalza en el paraíso.

Después de algunos días le acometió una fiebre terciana, y para cumplir la voluntad divina, que por tres veces le había sido manifestada en visión, con plena advertencia y con sumo fervor y humildad, y no sin muchas lágrimas de los circunstantes, entró este Emperador en la Orden de San Francisco y en ella acabó sus días muy loablemente.

E impidiéndole alguna vez los frailes el hacer los oficios humildes, como ir por la limosna, lavar la vajilla y barrer el convento, hizo con mucho afecto esta oración:

—Dulcísimo Señor mío Jesucristo, concédeme por gracia que yo, que viví en el siglo con tanta pompa y vestidos preciosos y vanos, te agrade yendo a pedir limosna con la alforja al cuello, y pueda seguirte a Ti, que por mí te hiciste humilde y pobre en este mundo para darme la gloria.

Y esta oración fué oída por Dios, porque dió a todos los frailes grandísimo ejemplo de humildad, y lleno de virtud y gracia de Dios pasó de esta vida a la de los bienaventurados [2].

En alabanza de Cristo. Amén.

[2] Este relato se halla casi a la letra en un autor del siglo XIII, fray Bernardo de Besa, secretario de San Buenaventura. (V. *Analecta Franc.*, t. III, p. 680.) El emperador de que habla es Juan de Briena, Rey de Jerusalén, cristiano piadoso y valiente guerrero, famosísimo en las historias, que regentó el Imperio de Constantinopla en la menor edad de Balduíno II y murió en 1237. De él escribe otro cootemporáneo suyo: «Era el Rey Juan corpulento, grueso y alto; robusto, fuerte y diestro para pelear; diríase otro Carlos, hijo de Pipino. Cuando acometía con la clava de hierro moviéndola de uno a otro lado,

CAPÍTULO XIII

CÓMO CIERTO TIRANO, AL VER TRES VECES A UN COMPAÑERO DE SAN FRANCISCO ELEVADO EN EL AIRE, SE CONVIRTIÓ Y SE HIZO FRAILE MENOR

San Francisco procuraba conformarse a Cristo en todas las cosas y envíaba a sus frailes, de dos en dos, a predícar por todas las provincías. Sucedió una vez que dos de sus primeros díscípulos, dirígiéndose a países desconocidos, vinieron a parar a un castillo habitado por unos hombres muy malos. Estaba entre ellos un tírano muy cruel e impío, que era amo y capitán de todos aquellos malhechores y ladrones, y aunque tan vil y de malas costumbres, era de una familia noble. Como corderos entre lobos llegaron allí al atardecer los dichos frailes, fatigados del hambre, frío y cansancio, y por medio de otra persona pidieron al señor del castillo les diese hospedaje aquella noche, por amor de Nuestro Señor Jesucristo.

Inspirado por Dios, los recibió agradablemente y los trató con mucha humildad y cortesanía. Mandó hacer una grande lumbre y ponerles la mesa como a gente noble. Uno de los frailes, que era sacerdote y tenía gracia especial para hablar de Díos, al notar que allí nadie hablaba de Dios ni del bíen del alma, sino sólo de robos, muertes y otros muchos males que habían hecho por todas partes, y que se alegraban de las maldades e impiedades que cometían, al acabar de cenar dijo al capitán:

—Señor, mucha cortesanía y caridad has tenido con nosotros, y seríamos unos ingratos si no procurásemos corresponder por nuestra parte según Dios. Te ruego que reúnas

huían de él los sarracenos como si viesen al diablo o a un león pronto a devorarlos. En realidad, no hubo en el mundo en su tiempo mejor soldado, como así era fama. Por lo cual, en alabanza suya y del maestro Alejandro, el mejor eclesiástico del mundo, que era de la Orden de los frailes Menores y enseñaba en París, se hizo una canción medio francesa y medio latina que yo canté muchas veces, y empieza: «*Avent tutt mantenent nostris florent temporibus...*» Este Rey Juan, cuando le armaban los suyos para el combate, temblaba como el junco en el agua. Y habiéndole preguntado alguna vez por qué temblaba de aquel modo siendo ante los enemigos tan valiente y robusto guerrero, respondió que por la vida no se le daba, pero que temía si acaso el alma no está bien con Dios... Tal fué el Rey Juan... Se hizo fraile Menor, y tan de corazón, que, si Dios le hubiera prolongado la vida, jamáa dejaría de emplearla con fervor en las observancias de la Orden. Le recibió y le dió el hábito el Ministro de Grecia, fray Benito de Arezzo, que fué un aanto hombre. Este Rey Juan fué abuelo materno del Rey Conrado, hijo del Emperador Federico... Quedó de Regente del Imperio (de Constantinopla)» (Crónica de fray Salimbene, *Monumenta Germaniae Historica*, t. XXXII. p. 43.)

a toda la familia para que os podamos recompensar de estos beneficios con otros espirituales.

Muy deferente el capitán, hizo reunir allí a todos; y aquel fraile comenzó a hablar de la gloria del paraíso, la alegría eterna que allí hay, la compañía de los ángeles y de los bíenaventurados, la gloria sin fin, la abundancía de los tesoros celestiales; cómo aquella es vída perpetua, luz ínefable, paz ínalterable, salud sin quiebra; en suma, la vista de Díos y todos los bienes sin ningún mal. Pero el hombre, por su desgracia y por sus pecados, pierde tantos y tan grandes bíenes y se gana el infierno, donde hay dolor y tristeza eterna en compañía de los demonios, vída que no se puede vivir, miseria infinita, tiníeblas espesas, la presencía de Lucifer, fuego y frío eterno, remordimíentos, ira y desesperación, muerte que nunca acaba, llanto y crujir de dientes; todos los males sin ningún bien. Y a lo que entiendo, todos vosotros corréis muy de prisa a ese abismo de males, pues no se ve en vosotros obra ni palabra buena. Os aconsejo y os ruego, carísimos, que por estas bajezas mundanas y carnales, que pasan como sombra, no perdáis los sumos bienes celestiales, que duran eternamente, ni os precipitéis de ese modo en tan grandes y atroces tormentos.

Estas palabras, dichas con fervoroso espíritu, impresionaron y movieron tanto al capitán, que pidió con lágrimas al fraile que le pusiese en camino de salvación. Habiéndose confesado con mucho arrepentimiento, le dijo el mismo fraile que, en penitencia de tantos pecados, le convenía ir en peregrinación a los Santuarios, ayunar, orar, hacer buenas limosnas y otras obras de piedad. A lo que respondió:

—Padre queridísimo, yo nunca he salido de esta provincia, ni siquiera sé el padrenuestro ni el avemaría. Ponme otra penitencia.

—Pues quiero yo—contestó el santo fraile—satisfacer y rogar por ti a Nuestro Señor, para que no se pierda tu alma. Por ahora sólo te pído que me traigas una poca paja en que podamos acostarnos mí compañero y yo.

Fué bíen contento a buscar la paja, y les preparó cama en una habitación en que ardía una lámpara. Al pensar en la virtud y santas palabras del fraíle, determínó observarle aquella noche; y vió que se echaba sobre la cama; mas después, cuando creía que todos dormían, se levantó y se puso con las manos dirigidas al cielo, orando por su huésped. En esta actitud se elevó en el aire hasta el techo del palacio, y prorrumpió en tan grandes sollozos y copiosas lágrimas pidiendo a Dios perdón para aquella alma, que difícilmente se habrá visto hombre que llorase a sus parientes y amigos difuntos tan de corazón como este fraile los pecados de su

huésped. Y por tres veces fué visto elevado en el aire, siempre con los mismos lamentos y compasivas lágrimas, oyéndolo todo el dicho señor que le observaba ocultamente. Por lo cual a la mañana corrió a echársele a los pies, y con lloros amargos, le rogaba que le dirigiese por el camino de la salvación, con protestas de que estaba firmemente dispuesto a obedecerle en cuanto le mandase.

Por consejo del santo fraile vendió todo lo que tenía. hizo las debidas restituciones, distribuyó lo demás a los pobres, conforme al Evangelio, y, ofreciéndose a sí mismo al Señor, entró en la Orden de los frailes Menores y perseveró santamente en ella hasta el fin de su vida.

En alabanza de Nuestro Señor Jesucristo, que sea bendito por los siglos. Amén.

CAPÍTULO XIV

Milagro de San Francisco en España [1]

Hubo en España un señor rico y noble, dueño de una fortaleza. Devoto de San Francisco, lo mismo que su mujer, daba hospedaje a los frailes y era su principal bienhechor.

Como no tenían herederos, por ser estéril la esposa, hicieron voto a San Francisco que, si les alcanzaba sucesión, le servirían con toda su casa y darían hospitalidad a todos los frailes de su Orden perpetuamente. Favorecióles desde lo alto el bienaventurado Padre San Francisco y les alcanzó de Dios un hijo.

Sucedió que, cuando tenía este niño ocho años, un día salió su madre temprano a la iglesia, como acostumbraba, dejándole dormido en casa. Cuando despertó y vió que era día, se levantó, y dirigiéndose luego a la huerta, subió a un árbol a comer cerezas, que a la sazón estaban maduras. Pero inclinándose descuidadamente, cayó del árbol sobre unas estacas agudas y quedó clavado en una, que le entró por el vientre y salía por el dorso.

Volvió de la iglesia la madre, y advirtió que el niño se había levantado; pero al creer que estaría, como otras veces, con los sirvientes, no pensó en buscarle hasta que tuvo la mesa puesta para comer con su marido. Buscándole en

[1] Traducido para *Archivo Ibero-Americano*, II, p. 313, donde lo publica el padre Atanasio López, tomándolo de un códice del siglo XIV existente en la Biblioteca Municipal de Asís.

tonces, y llamándole por todas partes los criados, entraron por fin en la huerta, y viéndole así desgraciadamente muerto, avisaron a los padres.

Corrieron éstos con dolor y llanto, y hallaron a su hijo ya muerto y atravesado en la estaca. Sacáronle de allí, y entre alaridos de dolor le llevaron a casa, y estaban al lado del cadáver, transidos de pena, por la desgracia e invocaban a San Francisco, cuando les anunció el portero que venían derechos hacia el castillo dos frailes Menores.

Al oír esto los padres del niño, encargaron que nadie diese muestras de pena ni de llanto, sino que todos les acompañasen a recibir a los frailes con alegre semblante, como acostumbraban, y que preparasen agua para lavarles los pies.

Retiraron el cadáver a otra habitación interior, salieron al encuentro de los frailes, les recibieron con mucho agrado y benignidad y les lavaron los pies.

La señora hizo llevar el agua en que les había lavado los pies a la habitación donde yacía muerto el niño, invocó con lágrimas a San Francisco (pues tenía confianza en Nuestra Señora y en los méritos de su siervo), metió con sus manos el cadáver en el cubo y comenzó a lavarlo y echarle agua en el vientre y en la herida, y decía:

—San Francisco, devuélveme ahora el hijo único que por tu intercesión me dió el Señor, para que con los dos favores quedemos más obligados a dar gracias a Dios y a ti, yo y toda mi casa.

¡Cosa admirable! A la vista del padre y de la madre y de muchos de la familia se levantó el niño sano e incólume, sin que le quedase otra señal que una pequeña cicatriz en el vientre, como testimonio de tan gran milagro.

El llanto doloroso de los parientes y circunstantes se convirtió en lágrimas de gozo y alegría. Padre y madre acudieron a comunicar el hecho a los frailes que habían dejado en la sala y darles las gracias, pero ya no pudieron hallarlos. Entonces prorrumpieron en alabanzas al Señor, con lágrimas vivas y reconocieron unánimes que San Francisco había venido a resucitarles a su hijo.

Refirió este milagro fray Guillermo Quertorio, Provincial de Génova, hombre de entera probidad y famoso en la Orden, el cual, de paso por España, al Capítulo general, se hospedó en la casa de este señor noble. padre del niño resucitado.

—Padre Provincial—le dijo—, esta casa es vuestra y de todos vuestros hermanos. y debéis estar en ella con toda confianza.

Al retirarse les dijo:

—Podéis quedar con la señora y hablarle de las cosas de Dios.

Y como los frailes dilatasen algo el empezar la conversación espiritual, les dijo la señora:

—Para que tengan completa confianza aquí con nosotros, les voy a decir cuánto debemos a San Francisco y a su Orden mi marido, yo y este hijo que está presente. Porque este hijo lo tuvimos por intercesión del Santo y además nos lo resucitó.

Y les contó toda la crónica del milagro, como queda dicho, y en prueba de ello les mostró la cicatriz en el cuerpo del niño.

ADVERTENCIA

El capítulo I de este apéndice está tomado de *Vita Fratris Leonis* (vid. *Analecta Franciscana*, t. III, cap. II, página 67); el capítulo II fué hallado y publicado por el eximio franciscanófilo Sabatier; el capítulo III está en *Vita Fratris Leonis*, edición citada, capítulo I; el VII publicóse en *Archivum Franciscanum Historicum*, la benemérita revista franciscana de Quarachi (Florencia); el capítulo XI aparece en la edición conocida de Passerini; el capítulo XII está en *Actus S. Francisci* (pág. 179).

TOMÁS DE CELANO

VIDA DE SAN FRANCISCO DE ASÍS

San Francisco renuncia a todas las cosas temporales ante el Obispo de Asís. (Mabuse.)

VIDA PRIMERA

En nombre del Señor. Amén. Comienza el prólogo a la vida del bienaventurado Francisco

En el deseo de referir con debido orden los hechos y la vida de nuestro bienaventurado Padre Francisco, y por obedecer el mandato del ilustre señor Papa Gregorio, he procurado relatar con piadoso afecto, según mis cortas fuerzas y con toscas palabras, guiado y amaestrado siempre por la verdad. no ciertamente todo lo que dijo y enseñó, pues nadie hay que tenga de ello completa memoria, sino aquello que por mí mismo escuché de su boca y lo que pude saber y a mi conocimiento llegó de fidedignos y probos testigos. ¡Y ojalá me fuera dado ser fiel discípulo de aquel que siempre evitó las galanuras del estilo y desconoció la conceptuosidad en su manera de expresarse!

Las noticias que pude reunir concernientes a nuestro Santo están divididas en tres libros, y subdivididas en varios capítulos, a fin de que no hubiera confusión en el orden cronológico de los hechos y no cupiera duda de la verdad. En el primer libro, según el curso de la historia, se refiere con especial atención la pureza de su vida y de sus palabras, sus santas costumbres y edificantes ejemplos. Descríbense sólo algunos milagros de los innumerables que durante su mortal carrera se dignó obrar por su mano Dios Nuestro Señor. En el segundo comienza la relación desde el penúltimo año de su portentosa vida, y se anotan los hechos acaecidos antes de su dichoso tránsito. En el tercero se contienen muchos prodigios, omitidos en silencio no pocos de los que el gloriosísimo Santo, coronado ya con Cristo en la gloria, obra en este valle del destierro. Explícase. por último, el honor y devoción, la alabanza y gloria que le tributaron tanto el gloriosísimo Papa Gregorio, inscribiéndole en el catálogo de los Santos, como los Cardenales de la Santa Romana Iglesia.

Gracias sean dadas a Dios Omnipotente, que tan bondadoso y admirable se manifiesta siempre en sus santos.

LIBRO PRIMERO

Para gloria y alabanza de Dios Todopoderoso, Padre e Hijo y Espíritu Santo. Amén. Comienza la vida de nuestro bienaventurado Padre Francisco

CAPÍTULO I

De la vida seglar de San Francisco

1. Hubo en la ciudad de Asís, situada en los confines del valle de Espoleto, un hombre llamado Francisco, el cual, criado en orgullo mundano por sus padres desde los primeros años, imitó largo tiempo su descuidada vida y costumbres y los superó en vanidad y arrogancia.

Porque esta perniciosa teoría y pésima costumbre de educar con demasiada flojedad y aun disolutamente a los hijos desde su tierna infancia ha cundido de tal forma entre los que se llaman cristianos, que pasa en todas partes como cosa establecida e indiscutible. Apenas nacidos, y antes de poder hablar o balbucear, se les enseña con signos y palabras indecorosas lo torpe y execrable; desprendidos ya del pecho de sus madres, se les fuerza no sólo a decir, sino a obrar cosas disolutas y lascivas. Ninguno de esos padres se atreve a conducirse honestamente, conforme a su edad, por temor a una vida austera. Por esto bien dijo el antiguo poeta: «Porque crecimos entre las debilidades de nuestros padres, desde la infancia nos cercan todos los males.» Verdad certísima, porque tanto más perjudiciales son para los hijos las condescendencias de los padres, cuanto éstos son más fáciles en ellas. Pero después, cuando avanzan algún tanto en la edad, empujándose ellos mismos, se deslizan siempre hacia lo peor. De la dañada raíz crece el árbol viciado, y lo que una vez ha sufrido desvío difícilmente puede reducirse a la debida dirección. Y cuando llegaren a los umbrales de la juventud, ¿qué piensan serán esos tales? Entonces, sin duda alguna, toda vez que les es permitido y fácil ejecutar todo lo que les viene en deseo, se lanzarán a toda suerte de disoluciones y con tesón se entregarán a satisfacer sus malos

instintos. Así, hechos esclavos voluntarios del pecado, entregan sus cuerpos a la iniquidad, y aun con el nombre de cristianos, nada tienen de tales en su vida y costumbres.

2. Fingen muchas veces, los desgraciados, haber hecho cosas mucho peores que las ejecutadas, para no ser tenidos por más despreciables cuanto son más inocentes. Estas son las tristes lecciones en que este hombre, a quien al presente veneramos como santo, porque en verdad lo fué, se vió educado desde su infancia, pues hasta muy cerca de los veinticinco años de su edad perdió y consumió miserablemente el tiempo. Y no esto sólo, sino que, al superar en mucho a sus conciudadanos en la vanidad, presentábase como organizador de francachelas y ganoso de aplauso. Esforzábase en sobrepujar a los demás en el fausto de la gloria mundana, para ser la admiración de todos. Sobresalía en los juegos, en los pasatiempos, en las risas y palabras vanas, en los cantares, en los vestidos muelles y lujosos; porque poseía muchas riquezas, mostrábase no avaro y sí pródigo; no acumulador de bienes, sino disipador de fortuna; cauto negociante, mas vanísimo malbaratador; hombre que obraba en todo por humanos respetos, hábil y afable en extremo, mas para su ruina y perdición. Por eso le rodeaban y seguían obradores de maldad e incitadores de crímenes, y él, cautivo en la compañía de los malos, seguía altanero y magnánimo, internándose por los caminos de la Babilonia del mundo, hasta que el Señor, desde lo alto del cielo, fijó en él su mirada compasiva y aplacó por su nombre la ira contra él acumulada, y para su gloria puso como un freno a su boca, a fin de que no pereciese. Desde entonces dejóse sentir sobre él la mano del Señor y vióse la mudanza de la diestra del Altísimo, para que infundiese en el corazón de los pecadores la esperanza de recobrar la gracia y para que sirviera de modelo de los convertidos a Dios.

CAPÍTULO II

El Señor, por medio de una enfermedad y misterioso sueño, le transforma el corazón

3. En efecto, como Francisco se entregara con juvenil ardor a los pasatiempos, y su edad, la más expuesta, le arrastrara a las ordinarias diversiones, sin saber reprimirse, impulsado por las excitaciones perversas de la antigua serpiente, descendió luego sobre él la venganza divina, me-

jor diré, la infinita misericordia; y, al derramar en su alma la tristeza y en su cuerpo el dolor, logró en primer término cambiar su extraviada inteligencia, según las palabras del Profeta: «He aquí que yo cercaré de espinas tu camino y lo reduciré a estrechez.» Postrado por larga enfermedad, castigo merecido por la dureza de los hombres que sólo se doblegan con los sufrimientos, empezó a reflexionar de muy distinto modo del que solía. Repuesto ya un poco, comenzó a pasearse, apoyado en un bastón, de un lado a otro dentro de su casa, para reanimar las perdidas fuerzas, hasta que cierto día se atrevió a salir a las afueras, y esparció con avidez su mirada por la campiña que le rodeaba. Mas ni la lozanía de los campos, ni la exuberancia de los viñedos, ni hermosura alguna pudo alegrar en lo más mínimo su espíritu. Sorprendióle grandemente el cambio radical operado en sí, y llegó a juzgar necios a los amadores de tales cosas. Desde aquel día empezó a tenerse por vil y despreciable, y lo que antes había sido objeto de su estima y afición, creyólo ahora digno de menosprecio.

4. Pero no aún con toda verdad y por completo, pues su corazón no estaba absolutamente desasido de las vanidades, ni había apartado su cerviz del yugo de tan fatal servidumbre. Difícil cosa es desprenderse de la costumbre que se ha apoderado una vez del alma. El ánimo, cohibido por largo tiempo, torna a sus primeras inclinaciones y luego el vicio, con la repetición de los actos, se convierte en segunda naturaleza. Pretende aún Francisco rehuir el divino llamamiento, y pronto, olvidado de la pasada corrección paternal, piensa, así que se le ofrece oportunidad, en nuevos honores mundanos, y, despreciador inconsciente de los avisos de Dios, prométese venturosos días de gloria y vanidad. Hubo por entonces cierto noble de la ciudad de Asís que ciñó con no poco lujo los arreos militares, y, lleno de orgullo insensato, propúsose dirigirse a la Apulia para atesorar nueva fortuna y grandes honores. Súpolo Francisco, y, vanidoso y audaz, solicitó acompañarle, pues aunque de desigual alcurnia, era superior en ambición, y si tenía menos riquezas, era más desmesurado en prodigalidades.

5. Cierta noche en que Francisco más embebido se hallaba en sus ambiciosos proyectos y más resuelto a ponerlos en práctica, suspiraba por la hora en que pudiera lanzarse a la nueva empresa, el Señor, que antes le visitara con mano fuerte, visitóle ahora en sueños con la dulcedumbre de su gracia: y porque era ambicioso de gloria, quiso reducirle con el aliciente de la gloria misma. Parecióle que su casa estaba profusamente adornada con arreos militares: cascos, lanzas, sillas de montar y otros muchos en gran número.

Gozábase en ello y reflexionaba en su interior sobre el significado que tendrían, pues no estaba acostumbrado a ver en su casa tales cosas, y sí sólo rimeros de paños para la venta. Extrañábase no poco de mudanza tan inesperada, cuando una voz desconocida le manifestó que tales armas debían ser para él y sus soldados. Así que hubo despertado levantóse con ánimo alegre, el sueño le auguraba porvenir halagueño, y se prometía feliz y buen término de su empresa en Apulia. Ignoraba lo que decía, y ni por asomo barruntaba la gracia que el cielo iba a depararle. Pero fácilmente hubiera podido conocer en un dato que la interpretación de su sueño no era la debida, pues, a pesar de contener la representación de hechos realizados en otro tiempo, su animo no se satisfacía como antes en ello. Era necesario que se hiciese violencia para llevar a cabo su propósito y continuar el emprendido camino. Muy sabiamente se hace aquí en los comienzos mención de armas, y muy oportunamente se le ofrecen abundantes al soldado que habrá de luchar contra un formidable contrario, a fin de que, cual otro David, liberte a Israel, en nombre del Dios de los ejércitos, del ignominioso yugo de sus enemigos.

CAPÍTULO III

Convertido Francisco, y transformado interior, y no exteriormente, habla en alegoría del hallazgo de un tesoro y una esposa

6. Trocado ya su espíritu, mas permaneciendo sin mudanza alguna en su exterior, rehusa continuar el viaje a la Apulia y consagra sus deseos y su voluntad a las cosas divinas. Por eso, pues, apartándose al poco tiempo del ruido del mundo y del fárrago de los negocios, dirige todo su anhelo a copiar en su interior a Jesucristo. Oculta, cual avisado comerciante, a los ojos de los ilusos la perla recientemente hallada, y en el fondo de su corazón se esfuerza en adquirirla, a trueque de todas las riquezas. Contaba entre los muchos amigos de la ciudad de Asís con uno predilecto, de la misma edad, a quien distinguía comunicándole sus más recónditos secretos. Conducíale a sitios apartados y solitarios, y con santo entusiasmo le manifestaba que había hallado un precioso y rico tesoro. Alegrábase el joven con la confidencia y, ávido del secreto, acudía solícitamente a acompañarle cuantas veces era llamado por Francisco. No lejos de la ciudad había una cueva a la cual se retiraban con

frecuencia para tratar del tesoro de que mutuamente debían participar. Penetraba en ella el siervo de Dios, santificado ya por su santo propósito, mientras el compañero permanecía fuera; y, ya en la soledad, rogaba al Padre con sincero y singular fervor de espíritu. Ponía gran interés en que se ignorase lo que hacía para que, ocultándolo, fuera causa de mayor bien, teniendo presente sólo a Dios en su santo propósito. Rogaba con instancia para que el Señor, verdadero y eterno, guiara sus pasos y le manifestara su voluntad. Sostenía en su alma violenta lucha y no tomaba reposo hasta que viese traducido en obras lo que había resuelto en su corazón. Sucedíanse unos pensamientos a otros, y su importunidad le atormentaba cruelmente. Ardía en su pecho la llama divina, y no le era dado contener en el exterior el ardor concebido. Dolíase de haber pecado con tanta gravedad y reconocíase reo en la presencia de Dios. Ya no encontraba complacencia en los pecados pasados y presentes, pero todavía no tenía completa seguridad de poder evitar los futuros. De aquí que al salir en busca del compañero se presentaba tan fatigado y descolorido, que uno parecía el que había entrado y otro el que salía.

Desposorios de San Francisco con la Dama Pobreza. (Escuela florentina.)

7. Cierto día, después de invocar con más fervor la misericordia del Señor, mostróle éste lo que debía hacer, y fué tan grande la satisfacción de su espíritu, que fuera de sí por el entusiasmo, sin darse cuenta de ello, manifestábalo a todos. Mas, aunque por la interior satisfacción no pudiera permanecer en silencio, muchas cosas las comunicaba sólo cautelosamente o valiéndose de parábolas. Como lo hizo con su amigo íntimo, según hemos dicho, al hablarle del gran tesoro escondido, así trataba de comunicarse con los demás por medio de semejanzas. Afirmaba que no iría a la Apulia, pero aseguraba que en su patria llevaría a cabo grandes y famosísimas hazañas. Creían sus compañeros que sus cálculos estribaban en tomar esposa, e impacientes le preguntaban: «¿Acaso vas a casarte, Francisco?» Y él respondía: *Tomaré una esposa tan noble y hermosa como jamás la hayan visto vuestros ojos, pues excede en gentileza y sabiduría a todas las conocidas.* En efecto, la esposa inmaculada del Señor es la religión verdadera, que había abrazado, y su escondido tesoro era el reino de los cielos, que con singular empeño ansiaba. Era, pues, de todo punto necesario que se cumpliera la vocación evangélica en quien había de ser el ministro del Evangelio en fe y en verdad.

CAPÍTULO IV

VENDE SUS COSAS Y ARROJA EL PRECIO DE LAS MISMAS

8. Preparado de esta suerte el siervo del Altísimo, y confirmado con el auxilio del Espíritu Santo, llegado su tiempo, marcha en pos de su fervoroso espíritu, con el cual, despreciadas las cosas terrenales, se lanza a la conquista de los bienes más altos. No había tampoco lugar a la tardanza, pues se había extendido por todas partes en grandes proporciones una epidemia mortal, que se había apoderado ya de tal suerte de las vidas de muchos hombres, que cualquiera demora del médico podía ser fatal para la existencia de los inficionados. Levántase, pues, y armado con la señal de la santa cruz, monta en el caballo que al efecto tenía dispuesto, lo carga con ricas piezas para venderlas y se dirige con ligero paso a la ciudad de Foligno. Allí, vendidas según costumbre las mercancías que traía y tomado el precio equivalente, el dichoso comerciante se desprende también de su cabalgadura. Vuelto a su casa y dejado todo impedimento, medita con espíritu piadoso qué destino deberá dar al dinero. Sintiéndose por modo maravilloso excitado a las obras del

servicio de Dios, le parece que es demasiada carga retener, aun por el breve espacio de una hora, aquel dinero, y por considerar toda su riqueza despreciable arena, apresúrase a descargarse de ella sin perder momento. En su regreso a la ciudad de Asís, vió, no muy distante del camino, una iglesia edificada en otro tiempo en honor de San Damián, pero que al presente, a causa de su mucha antigüedad, amenazaba próxima ruina.

9. Acércase a ella el nuevo soldado de Cristo, profundamente impresionado por tan perentoria necesidad, y penetra en ella con temor y reverencia; ve allí un pobre sacerdote, acércasele y, besadas con religioso respeto sus sagradas manos, le ofrece todo el dinero que lleva consigo y le manifiesta detalladamente su desinteresado proyecto. Atónito el sacerdote, admirado de tal conversión, increíble por lo repentina, rehusa dar crédito a lo que oye. Y por temor de ser víctima de algún engaño, no quiere aceptar el dinero que se le ofrece. Habíale conocido y visto, como quien dice, el día de ayer vivir regaladamente entre sus parientes y conocidos y sobrepujar a todos en vanagloria. Insiste el joven tenazmente, y con encendidas palabras pretende convencerle, ruega con encarecimiento y suplica al sacerdote que le permita por amor de Dios vivir en su compañía. Aviénese a ello el ministro del Señor, mas por miedo a los padres en manera alguna quiere aceptar el dinero. Entonces Francisco, perfecto despreciador de la riqueza, arrójalo en una ventana, como si fuese polvo despreciable. Todo su deseo se cifra en poseer la verdadera sabiduría, mucho más preciosa que el oro, y en adquirir la prudencia, más estimable que la plata.

CAPÍTULO V

Su padre le persigue y le encierra

10. Permanecía el novel servidor del Dios Excelso en dicho lugar, buscábale solícitamente por todas partes su padre, deseoso de saber qué era de su hijo. Cuando llegó a su conocimiento el lugar de su voluntaria reclusión y su género de vida, sintióse grandemente contrariado, y entristecido profundamente por una mudanza tan radical como brusca, y reunidos varios amigos y vecinos, dirigióse presuroso a donde moraba el servidor del Señor. Mas Francisco, atleta de Cristo poco experimentado, no bien oyó las amenazas de sus perseguidores y presintió su llegada, para

dar lugar a que se les calmase el furor, corrió a ocultarse en una caverna escondida que a este propósito él mismo se había preparado. De uno solo era conocido el escondite, y allí permaneció encerrado casi continuamente por espacio de un mes, sin que apenas se atreviese a salir de él para atender a las necesidades de la vida. Cuando, a veces, le daban algún alimento, comíalo en el interior de la cueva, y de la misma suerte cualquier otro socorro se le llevaba con todo disimulo. Derretido en lágrimas, rogaba encarecidamente al Señor que se dignara libertar su alma de las manos de sus perseguidores y le permitiese el fiel cumplimiento de sus santos propósitos. Imploraba con ayunos y llanto la divina clemencia, y, desconfiado de vanas industrias, ponía en Dios todo su pensamiento y confianza. Y aunque estuviera encerrado en la cueva, envuelto en la oscuridad, su espíritu se recreaba en tan inefable alegría, hasta entonces nunca gustada, que por su fuerza y fervor abandonó el escondite y se expuso a las maldiciones de sus perseguidores, al salir en público.

11. Diligente, animoso y decidido, escudado para la lucha con las armas de su inquebrantable confianza en el Señor, se encaminó a la ciudad y, lleno de espiritual fervor, acusábase amargamente de su tardanza y cobardía. Viéronle los que de tiempo le conocían, y, al comparar lo presente con lo pasado, comenzaron a reprocharle ignominiosamente, y creyéndole demente y loco rematado, arrojaban sobre él las piedras y el lodo de las calles. Veíanle transformado por completo en su modo de ser y macilento en extremo por la mortificación, por lo que atribuían aquella nueva actitud a debilidad y trastorno de sus facultades. Mas, como es más perfecto sufrir que irritarse, el fiel servidor de Dios hacíase sordo a tantos vituperios, y, en nada ofendido e inmutado, rendía al Señor gracias por todo lo que le sucedía. Inútilmente persigue el malvado al hombre de elevados ideales, pues cuanto más fuere ultrajado éste, tanto mayor será su victoria. Es muy cierto lo que dijo un autor: «Un alma generosa se hace más fuerte con el desprecio.»

12. Entre tanto, llegó a producirse un verdadero tumulto, que cundió por todas las calles de Asís, oyéndose de un extremo al otro los gritos de los insultadores; y entre los innumerables a quienes vino en conocimiento la novedad fué uno su propio padre. Este, al oír el nombre de su hijo y reconocer que era el ludibrio de sus conciudadanos, corrió al instante en su busca, no para librarle de tales insultos, sino para acabar de perderle; y, sin consideración y respeto de ninguna clase, cual lobo feroz contra mansa ovejuela, mirándole con torvo rostro, arrastróle de

manera indigna y deshonrosa hasta conducirle a su propia casa. Destituído de toda entraña de misericordia, túvole encerrado por muchos días en oscuro calabozo, y en espera de hacer variar su resolución, tentóle primero con palabras y después le maltrató con azotes y cadenas. De tantas pruebas y aflicciones sacaba Francisco su espíritu más vigoroso y resuelto; y, ni saturado de oprobios, ni agobiado por las prisiones, jamás perdió la paciencia. Difícilmente puede conseguirse que cambie con golpes, amenazas y ataduras el modo de pensar y el arraigado propósito, o bien apartar de Cristo a quien se ha dado el precepto de alegrarse en los vejámenes: ni tiembla ante un diluvio de multiplicadas penas el que se refugia en Jesús, quien, para que no nos parezcan excesivas nuestras tribulaciones, pone ante nosotros las inmensas que se dignó sufrir para salvarnos.

CAPÍTULO VI

Pónele su madre en libertad. Despójase Francisco de sus vestiduras en presencia del Obispo de Asís

13. Aconteció que, al ausentarse durante algún tiempo el padre para sus negocios ordinarios, como permaneciese el servidor de Dios encerrado en la cárcel de su propia casa, la madre, que había quedado sola en la misma, y no estaba conforme con el proceder de su marido, dirigió al hijo blandas y sentidas palabras. Pero visto que en manera alguna podía apartarle de su resolución, conmoviéronse sus entrañas de madre, y, rotas las ataduras, dejó ir libre a su hijo. Entonces Francisco, dadas al Señor efusivas gracias, dirigióse de nuevo al lugar donde anteriormente había permanecido oculto. Curtido ya en los trabajos de la tentación, era mayor su libertad y las muchas pruebas habíanle vuelto más alegre. Su espíritu se había fortalecido con las injurias, y andaba con libertad por todas partes; sus pasos eran ya como de hombre magnánimo. Volvió entretanto su padre, y al no hallarle en la prisión donde le dejara, añadidos errores a errores, reprendió con excesiva acritud a su esposa. Después dirigióse, rugiente y crujiente de ira, en busca de su hijo, con el intento de arrojarle de la comarca, en el caso de no poder hacerle desistir de la vida que había abrazado. Pero como el temor de Dios es el sostén de la confianza, el hijo de la gracia, apenas oyó

que se acercaba su padre carnal, con ánimo alegre y seguro salióle al paso, y dijo en alta voz que tenía por nada las prisiones y los tormentos con que pudiera mortificarle. Y aun añadió que estaba resuelto a sufrir con alegría por amor de Jesús todos los males.

14. Como viese su padre que era imposible desviarle del camino comenzado, puso todo su empeño en recobrar el dinero perdido. Hubiera deseado el varón de Dios destinarlo y emplearlo todo en el alivio de los pobres o en la reparación de los templos del lugar. Mas, porque no apreciaba la riqueza, ninguna apariencia de bien pudo engañarle, y como no le detenía afecto alguno, no le turbó su pérdida. Hallado, pues, el dinero que el sublime despreciador de caducos bienes y ávido buscador de celestiales riquezas había arrojado como basura en la ventana, apaciguóse un tanto el furor del airado padre, y calmóse de algún modo con el efluvio del hallazgo la sed de su avaricia. Condújole después ante el Obispo de la ciudad, para que en su presencia renunciase su herencia y le devolviera todo lo que tenía. No lo rehusó Francisco; antes, íntimamente satisfecho, apresuróse con presto ánimo a poner en práctica lo que se le pedía.

15. Llevado a la presencia del Prelado, no tolera ya demora, ni se detiene por nada; más aún, no aguarda órdenes ni da explicaciones, sino que quitados y arrojados sus vestidos, los restituye a su padre, sin guardar siquiera para sí los paños menores, y queda delante de todos desnudo por completo. El Obispo adivina su espíritu y, admirado de tanta generosidad y fortaleza, levántase al instante, estréchale entre sus brazos, y cúbrelo con el manto de que estaba vestido. Entendió claramente que todo era disposición divina y que los actos del joven servidor de Dios que acababa de presenciar encerraban algún misterio. Convirtióse desde aquel momento en su auxiliar, y, favoreciéndole y animándole, atendióle con solícita caridad. He ahí que Francisco, desnudo, entra en lucha con el desnudo por excelencia, y, despreciadas todas las cosas de la tierra, sólo aspira a la recompensa divina. De esta suerte trata de despreciar la propia vida, y rechaza toda solicitud y cuidado por la misma, para poder encontrar con su pobreza la paz en la senda que comenzaba a andar, y para que sólo la muralla del cuerpo le tuviera separado de la contemplación divina.

CAPÍTULO VII

Es asaltado por los ladrones y arrojado a la nieve; dedícase después al servicio de los leprosos

16. Cierto día, vestido con un sayo corto, en vez de las escarlatas que en otro tiempo llevaba, iba por un bosque y entonaba en lengua francesa alabanzas al Señor. Cayeron de repente sobre él unos ladrones. Con amenazador semblante le preguntaron quién era. A lo que Francisco, con acento seguro y claro, les respondió: *Soy el heraldo del gran Rey; ¿qué se os ofrece?* Mas ellos, maltratandole despiadadamente, le arrojaron en un hoyo lleno de nieve, diciéndole: «¡Quédate ahí, rústico pregonero de Dios!» Cuando se hubieron alejado, revolvióse de un lado a otro, salió de la hoya sacudió la nieve, y, penetrado de inexplicable gozo, cantó de nuevo con mayor entusiasmo por aquellas selvas al Criador de todas las cosas. Por último, llegó a un monasterio de monjes, donde permaneció algunos días con una sola vil túnica, como pinche de cocina, contento si podía alimentarse con un poco de caldo. Allí no excitó su triste aspecto la compasión de nadie, y no le proporcionaron ni un estropeado manto; por lo que sin impacientarse, pero forzado de la necesidad, se trasladó a Gubio, donde, en casa de un amigo de otros tiempos, se procuró un humilde pero completo vestido. Poco después divulgóse por los contornos el nombre y la fama de aquel extraño servidor de Dios, y al saber el Prelado de dicho monasterio el modo como había sido tratado en el mismo, visitóle, y humildemente le pidió que perdonara por amor de Dios, a él y a los demás religiosos, su indiferencia.

17. Poco después el verdadero amante de la santa humildad se trasladó a un lugar de leprosos, y con ellos vivía, sirviéndoles a todos con solícito cuidado, por amor de Dios, lavando sus carnes y limpiando la podre de sus llagas, como él mismo lo afirma en su testamento: *Mientras vivía en la indiferencia me parecía muy amargo ver los leprosos, mas el Señor me puso entre ellos, y usé de misericordia con ellos.* En tanto grado le repugnaba durante sus vanidades la vista y presencia de los leprosos, que al ver sus chozas desde muy lejos, a unas dos millas, llevaba sus manos al rostro como para precaverse de percibir el mal olor. Mas cuando la gracia y virtud del Altísimo le inspiró santas y saludables resoluciones, v. todavía en la vida seglar, dió cierto día con uno de ellos, y, sobreponiéndose y violentándose en gran manera, se le acercó y le besó. Desde entonces principió a despreciarse y a vencerse más y más, hasta que por la misericordia del Señor llegó a la completa victoria de sí mismo. Aun en su vida seglar, y cuando se entregaba a las vanidades, era compasivo en extremo con los otros pobres, y hacía limosna a los necesitados y mostraba para con los afligidos entrañas de misericordia. Como cierto día no hiciera caso, contra su costumbre, pues era muy atento y cortés, de un pobre que le pidió limosna por amor de Dios, arrepintióse al instante de su distracción, reprochóse su descuido, y, al habla consigo mismo, díjose ser gran villano y merecedor de desprecio quien rehusaba atender a un pobrecillo que le pidiera algo en nombre del Señor. Desde aquel momento resolvió no negar nada en adelante y atender según su posibilidad a todo el que le pidiera por amor de Dios. Lo que cumplió con toda solicitud, hasta que se ofreció absolutamente a sí mismo, al practicar, antes que lo enseñara a los otros, el evangélico consejo que dice: «A quien te pide, dale, y a quien desea prestado, no le niegues».

CAPÍTULO VIII

Repara la iglesia de San Damián; género de vida de las religiosas que allí moraban

18. La primera obra que el bienaventurado Francisco emprendió, después de haber recobrado para sí la entera independencia de su padre según la carne, fué edificar una casa al Señor; mas no con la vana pretensión de levantarla desde los cimientos, sino proponiéndose únicamente reparar la antigua y adornar la desmantelada; no echa los fundamentos, sólo edifica sobre ellos, al reservar, sin advertirlo, esta prerrogativa a Cristo; porque nadie puede colocar otro fundamento que el ya constituído desde el principio, que es Cristo Jesús. Vuelve, pues, al lugar donde, según queda dicho, había sido antiguamente edificada una iglesia en honor de San Damián, y con la ayuda del Altísimo la restauró en poco tiempo. Esta es la casa bendita y santa donde tuvo próspero origen la gloriosa religión y nobilísima Orden de Damas pobres y santas vírgenes, fundada por el mismo bienaventurado Padre, transcurridos seis años de su sincera conversión. En ella la ilustre Clara, oriunda de Asís, cual piedra preciosa e inquebrantable, sirvió de base dignísima a todas las que debían sobreponerse. Porque, después de la

fundación de los religiosos, dicha noble doncella, resuelta a entregarse únicamente al Señor, por los consejos de nuestro Santo, sirvió de ejemplo y guía a otras innumerables vírgenes. Noble por descendencia, pero más noble por la gracia; virgen en la carne y purísima en el corazón; joven de edad, mas consumada en la prudencia; constante en el propósito y en la caridad divina ardorosísima amante; rica de conocimientos y más distinguida en humildad; en una palabra, Clara por nombre, más clara en la vida y clarísima en las virtudes.

19. Sobre ésta, la más singular y preciosa de las margaritas, levantóse el admirable edificio, cuya alabanza no estriba en los dichos de los hombres, sino en Dios, porque nos es imposible comprenderla con nuestra menguada inteligencia y más todavía expresarla con palabras. Brilla en ellas, ante todas las cosas, la virtud de la mutua y ardiente caridad, vínculo tan irrompible de opuestas voluntades que moran cuarenta o cincuenta juntas, y hay un solo querer y un solo no querer. En segundo lugar, resplandece con vivos destellos en cada una de ellas la inestimable alhaja de la humildad más profunda, la cual no sólo conserva los espirituales favores bajados del cielo, sino que merece y obtiene que sean ellos multiplicados. En tercer lugar, difunde en todas tan regalados efluvios el lirio de la pureza y castidad, que, olvidadas de lo terreno, sólo suspiran y meditan lo eterno, y por su exquisita fragancia tanto se enciende en sus corazones el amor al divino Esposo, que la exclusiva sinceridad de su afecto pone en olvido todo rastro de antigua costumbre. En cuarto lugar, en tanto grado se hallan investidas y adornadas de la pobreza santa, que apenas pueden nunca satisfacer en la comida y en el vestido lo que es de estricta necesidad.

20. En quinto lugar, poseen la gracia especial de la abstinencia y del silencio, de modo que ni siquiera deben violentarse para no experimentar apetitos carnales o refrenar su lengua; hasta tal punto han llegado a evitar las conversaciones, que cuando se ven forzadas a hablar apenas si recuerdan como es conveniente las palabras que deben emplearse. En sexto lugar, todas ellas están enriquecidas con la admirable virtud de la paciencia, de modo que ninguna adversidad, tribulación o molestia llega siquiera a inmutarlas y menos a hacerlas perder el ánimo. Finalmente, y en séptimo lugar, de tal modo han obtenido el don de la contemplación, que en ella aprenden lo que hay que hacer y lo que debe evitarse, y logran con facilidad suma estar en la presencia de Dios, y permanecen constantes de día y de noche en las alabanzas y oraciones divinas. Dígnese el Eterno Dios, con su santa gracia, terminar con más santo fin este santo principio. Y baste lo dicho hasta aquí acerca de las vírgenes dedicadas al Señor y siervas devotísimas de Cristo, porque su vida admirable y su gloriosa institución, recibida del señor Papa Gregorio, en aquel entonces Obispo de Ostia, merecen una obra y un tiempo aparte.

CAPÍTULO IX

De cómo Francisco, cambiado el vestido, reparó la iglesia de Santa María de la Porciúncula, y oído el Evangelio, abandonadas todas las cosas, trazó y se hizo el hábito que al presente visten los religiosos

21. Entretanto, Francisco, cambiado el vestido y terminada la reparación de la iglesia antes mencionada, retiróse a otro lugar, también fuera de los muros de la ciudad de Asís, y allí dió comienzo a la reconstrucción de otra iglesia abandonada y casi arruinada, y no cejó hasta dejarla en buen estado. De allí pasó al lugar denominado Porciúncula, en el que antiguamente se había edificado una capilla en honor de la Virgen María, Madre de Dios, y que al presente, poco menos que en ruinas, de nadie era visitada. Entristecido al ver tanto descuido y abandono, y sintiéndose, por otra parte, muy animado, por la especial devoción que tenía a la Madre de toda misericordia, comenzó a frecuentarla asiduamente. Cuando esto acontecía y terminaba la reparación de la capilla cumplíase el tercer año de su total entrega a Dios. Durante este tiempo usaba un hábito como de ermitaño, sujeto con una correa; llevaba bastón en la mano y caminaba con los pies calzados.

22. Leíase cierto día en aquella iglesia el Evangelio que relata la manera como el Señor envió a sus discípulos a predicar la palabra divina, y Francisco, que estaba allí y escuchaba atentamente la lectura, apenas terminada la celebración de la santa misa, acercóse al sacerdote, suplicándole encarecidamente le expusiese el sentido de lo que había escuchado. El ministro del Señor hizo la deseada explicación con buen orden y claridad, y al oír nuestro Santo que los servidores de Cristo no debían poseer oro, ni plata, ni dinero, ni llevar en sus viajes alforja, ni saco, ni provisión, ni bastón en qué apoyarse, ni usar calzado, ni dos vestidos, y que debían predicar la penitencia y el reino de Dios, al punto, como movido por el espíritu del Señor, exclamó: *Esto es lo que yo quería, esto es lo que yo buscaba, y esto*

con todo mi corazón deseo cumplir. Lleno de espiritual contento, trata de llevar a cabo con presteza el saludable consejo, y, sin admitir dilaciones, pone devotamente en práctica lo que ha oído. Desnuda sus pies del calzado, arroja de sus manos el báculo, y, contento con sola una túnica, cambia la correa por rústica cuerda. Procúrase después otra túnica exterior, que representa la señal de la cruz, para con ella ahuyentar las maquinaciones del demonio, y prepárala en gran manera rústica y molesta para mortificar la carne con sus vicios y pecados, y, finalmente, tan pobre y estropeada, que no pudiera ser ambicionada por el mundo. Y las demás cosas que había oído, trataba de ejecutarlas con gran esmero y suma reverencia. Pues no se había hecho sordo a las palabras del Evangelio, sino que, por el contrario, reteniéndolas con laudable tenacidad en su mente. procuraba practicarlas con suma diligencia.

CAPÍTULO X

Predica el santo Evangelio y anuncia la paz. Vocación de los seis primeros religiosos y compañeros

23. Pónese al instante a predicar en público la penitencia, con gran fervor de espíritu y alegría de su alma. y causa la mayor edificación en los oyentes con su lenguaje sencillo y grandeza de ánimo. Era su palabra como dardo encendido y agudo que penetraba lo más hondo del corazón, y llenaba de pasmo las inteligencias. Todo él parecía como transformado, y su espíritu, fijo en el cielo, tenía a menos mirar la tierra. Y fué en verdad providencial que comenzara su predicación en el lugar donde creciera y estudiara las primeras letras, y donde también fué sepultado con gran honor; así, el próspero principio anunciaba un término más feliz. Donde aprendió, allí enseñó, y donde había comenzado su obra, allí la terminó. Al principiar todas sus predicaciones demandaba la paz para todos los asistentes, con estas evangélicas palabras: *El Señor os dé su paz.* A todos la deseaba de lo íntimo de su corazón: a hombres y mujeres. a los que salían al camino y a los que hallaba en él. A la voz de este nuevo apóstol, y también por la eficacia del auxilio del Señor, muchos de los que habían descuidado su salvación eterna y perdido la paz verdadera abrazábanla de nuevo con todo afecto y se hacían hijos de la paz y ganosos del bienestar eterno.

24. Entre éstos, el que primero siguió al varón de Dios fué un hombre de Asís, de sencilla y piadosa vida. Tras él abrazó fray Bernardo la misión de paz, y siguió también con ánimo alegre a Francisco, para ganar el reino de los cielos. Había hospedado varias veces al bienaventurado Padre, acechado y examinado su método de vida y sus costumbres; y, atraído por el suave aroma de su santidad, con gran diligencia pensó en la propia salud y deseó asegurarla. Había sorprendido al varón de Dios en oración durante toda la noche. concedido al cuerpo brevísimo sueño, por emplear aquellas horas en alabanzas al Señor y a su bendita Madre. Admirábase, e interiormente se decía: «En verdad que este hombre es hombre de Dios.» No tardó, pues, en resolverse a vender todas sus cosas y entregarlas, no a sus parientes, sino a los pobres, y, émulo del supremo ideal de la vida perfecta, cumplió al pie de la letra el consejo del santo Evangelio, que dice: «Si quieres ser perfecto, ve y vende todas tus cosas y distribúyelas entre los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y después vuelve y sígueme.» Cumplido todo lo cual, asocióse al bienaventurado Francisco, y vistióse un hábito igual al de éste, y practicó el mismo género de vida, y estuvo siempre en su compañía, hasta que, multiplicados los religiosos, fué enviado por santa obediencia del seráfico Fundador a otras regiones. El modo de dar cumplimiento a su total entrega a Dios, esto es, la venta de sus bienes y su distribución inmediata a los pobres, fué la norma propuesta a todos los que después imitaron su ejemplo.

25. Indescriptible fué el gozo que experimentó San Francisco por la llegada y asociación de tal compañero, porque pudo reconocer que el Señor tenía cuidado de él, ya que le proporcionaba tan necesario coadjutor como fiel amigo. Casi al mismo tiempo imitó este ejemplo otro ciudadano de Asís, el cual se portó muy laudablemente en su conversión, y, si comenzó con gran santidad, en breve terminó aún con mayor perfección. No mucho después siguió a éste fray Gil, hombre sencillo, recto y temeroso de Dios, el cual, viviendo muchos años piadosa, justa y santamente, nos dejó ejemplos de rendida obediencia, de continuo trabajo manual, de vida silenciosa y de contemplación altísima. Después de éstos, dejado uno en medio, el séptimo fué fray Felipe. a quien el Señor purificó los labios con el fuego de la castidad, para que su boca hablara dulces y melifluas palabras: al entender e interpretar las Sagradas Escrituras, no habiéndolas estudiado, fué imitador de aquellos a quienes los príncipes de los judíos acusaban de idiotas e iletrados.

CAPÍTULO XI

Espíritu profético y avisos de San Francisco

26. Cada día experimentaba el bienaventurado Francisco la gracia y consuelo del Espíritu Santo, y, con cuidado asiduo y solicitud vigilante, daba instrucciones prácticas a sus noveles discípulos, enseñándoles a caminar con paso seguro por la senda de la santa pobreza y bienaventurada sencillez. Un día en que con mayor fervor de admiración recordaba la misericordia del Señor en los muchos y repetidos beneficios que en él obraba, al desear que se dignase manifestarle el progreso que él y los suyos hacían en la perfección, dirigióse, según acostumbraba, al lugar de retiro, y allí permaneció mucho tiempo en oración con temor y temblor. Postrado ante el Criador de todas las cosas, recordaba con indecible amargura de su alma los años anteriores, tan mal empleados, y repetía sin cesar aquellas palabras: «Señor, ten piedad de mí, pecador». Experimentó que en su alma entraba, y la llenaba hasta rebosar, dulcedumbre intensísima y alegría inefable. Sintióse como desfallecer y que desaparecían las inclinaciones y se disipaban las tristezas que en su corazón el temor del pecado habia infundido. Dióle entonces el Señor la absoluta certeza de la remisión completa de sus culpas y una imperturbable confianza de vivir enriquecido con la investidura de la gracia. Quedó después en rapto fuera de sí y todo absorto en intensa claridad, con la que, ensanchada la esfera de sus conocimientos, le fué dado ver detalladamente acontecimientos futuros. Al volver de su suavísimo éxtasis y claridad maravillosa, parecía otro hombre con nuevo espíritu.

27. Dirigióse con alegre semblante a los hermanos y les dijo: *Tened buen ánimo, carísimos, y alegraos en el Señor, y no os entristezcáis al reparar en vuestro pequeño número. No os desanime tampoco mi simplicidad y la vuestra, porque, según acaba de revelarme con toda certeza el Señor, Dios nos hará crecer en gran multitud y nos hará llegar hasta los confines de la tierra. Para vuestro mayor ánimo me veo obligado a referiros lo que he visto, y que ciertamente callara si la caridad no me forzara a comunicároslo. Vi una gran multitud de hombres que venían hacia nosotros deseosos de abrazar nuestro género de vida y nuestro Instituto, y me parece oír*

todavía el leve murmullo de los que iban y venían por los preceptos de la obediencia santa. Vi que todos los caminos que conducen a nosotros estaban repletos de gentes de todas las naciones. Llegan los franceses, se apresuran los españoles, corren los alemanes y los ingleses y adelántase gran multitud de otros de diversas lenguas. Con este relato llenáronse de santa alegría los religiosos, ya por el beneficio que el Señor comunicara a su fiel servidor, ya también porque tenían sed ardiente del prójimo, por cuya salvación todos deseaban crecer en número constantemente.

Franciscano que predica al pueblo. (Miniatura del siglo XIV.)

28. Luego añadió el Santo: *Hermanos, para poder dar cumplida y santamente gracias a Dios Nuestro Señor por todos sus dones, y para que sepáis lo que ha de ser de nosotros y de vuestros hermanos en el porvenir, he ahí la verdad de los futuros acontecimientos. Hallaremos para comer ahora, en los comienzos, unas manzanas sumamente dulces y exquisitas; poco después se nos presentarán otras algo menos dulces y sabrosas, y al final las que se nos ofrezcan serán tan amargas que no las podremos comer, porque por su acidez serán desechadas de todos, aun cuando en el exterior parezcan algo hermosas y de buen olor. Ahora bien, según os he dicho, el Señor aumentará considerablemente nuestro número, pero a la postre sucederá como con el pescador que, echada la red en el mar o en espacioso lago, recoge extraordinaria multitud de peces, la reúne en la nave, y, al no poder con tanto número, selecciona los mejores, guarda los que le place y arroja los demás.* La gran verdad que encierran estas proféticas palabras y lo claramente que se han cumplido está al presente sobradamente comprobado por los que reflexionan con espíritu de verdad. He ahí cómo San Francisco poseyó el don de profecía.

CAPÍTULO XII

Envía de dos en dos a sus discípulos por el mundo, y en breve se hallan de nuevo reunidos

29. Por este tiempo, al vestir el hábito de la Orden otro varón piadoso, llegaron a ser entre todos ocho religiosos. Entonces el bienaventurado Francisco los llamó a su presencia, hablóles largo rato del reino de Dios, del menosprecio del mundo, de la negación de la propia voluntad y de la mortificación del cuerpo; después formó con ellos cuatro pares y les dijo: *Id, carísimos, de dos en dos a todas las partes de la tierra; anunciad a los hombres la paz y la penitencia para perdón de los pecados; sed pacientes en la tribulación y confiad que el Señor cumplirá su promesa y su palabra. Preguntados, responded con humildad; perseguidos, bendecid; injuriados y calumniados, dad gracias, pues por estos medios se obtiene gran recompensa.* Recibido con indescriptible contento y alegría el precepto de la obediencia, se arrodillaron rendidamente ante Francisco, y éste los abrazó a todos y con singular afecto y ternura dijo a cada uno: *Pon todo tu pensamiento y cuidado en el Señor, y El te asistirá.* Siempre que enviaba a algún religioso con el mérito de la obediencia acostumbraba a decir estas mismas palabras.

30. Fray Bernardo y fray Gil se dirigieron a Santiago de Compostela; San Francisco, con otro compañero, escogió otro país, y los otros cuatro, en dos grupos, marcharon a distintos y opuestos lugares. Transcurrido breve tiempo, deseaba San Francisco verlos de nuevo a todos, y rogaba al Señor, que congrega a los dispersos de Israel, se dignara reunirlos pronto. Antes de mucho, y sin que pudiera mediar humano llamamiento, halláronse reunidos, según había deseado, y dieron a Dios por ello las debidas gracias. Al verse juntos alegráronse sus ánimos en presencia de su bondadoso Padre y se admiraron de haber convenido a la vez en un mismo deseo. Dieron cuenta después de los favores que el benignísimo Dios obrara en ellos, y, por si en alguna cosa se hubieran conducido con El por negligencia y desagradecimiento, pidieron humildemente al santo Padre corrección y consejo, que con diligencia cumplieron. Así siguieron practicándolo cuantas veces volvían al santo Fundador, a quien manifestaban todos sus pensamientos y hasta los primeros impulsos de las pasiones; y cuando habían ejecutado con perfección todo lo que les había prescrito, reputábanse siervos inútiles. En tanto grado poseía la pureza de espíritu aquella primera escuela del bienaventurado Padre que, si llevaban a cabo grandes obras útiles y santas, apenas veían razón de vanagloriarse de las mismas.

31. El bienaventurado Padre abrazó con gran efusión a sus hijos, y les manifestó poco a poco su pensamiento y lo que el Señor le había revelado. Luego uniéronse a éstos otras cuatro personas de reconocida probidad y virtud, y siguieron al santo varón de Dios. Con tales sucesos corrió la voz entre la gente y el nombre de Francisco se extendió por remotos países. Causaba al santo Patriarca y a sus compañeros alegría indescriptible y especialísimo gozo cuando alguien, quienquiera que fuese o de cualquier posición, devoto, rico, pobre, ignorante, noble o plebeyo, prudente o sencillo, clérigo o seglar, movido del espíritu del Señor, se presentaba para recibir el hábito de la naciente Orden. Al propio tiempo producía extraña admiración entre los seculares, y el ejemplo de tanta humildad los inducía a la enmienda de la vida y a penitencia de sus pecados. No eran obstáculo la sencillez y lo vil de la pobreza para que quedasen santamente edificados aquellos a quienes Dios quería edificar, pues El halla sus complacencias en los sencillos y despreciados del mundo.

CAPÍTULO XIII

Escribe la Regla cuando sólo tenía once religiosos. Su confirmación por el Papa Inocencio III. Visión del árbol

32. Al ver el bienaventurado Francisco que Dios aumentaba de día en día el número de sus discípulos, escribió para sí y para sus religiosos, presentes y futuros, con sencillez y pocas palabras, una Regla y norma de conducta, sirviéndose principalmente de las propias expresiones del santo Evangelio, a cuyo fiel cumplimiento únicamente tendía. Añadió, sin embargo, algunas pocas cosas más, las absolutamente indispensables para el gobierno de la vida religiosa. Fué con este motivo a Roma con todos los predichos religiosos, llenos de vivas ansias de que el señor Papa Inocencio III confirmara lo que acababa de escribir. Hallábase a la sazón en Roma el venerable Obispo de Asís, Guido, quien distinguía mucho a Francisco y a sus compañeros y los amaba con especial predilección. Cuando vió allí al Santo y a sus discípulos, como ignorase el motivo, lo llevó a mal. Temía

que quisiesen abandonar su propio país, en el que el Señor, por ellos, había obrado grandes cosas. Alegrábase en el alma de tener en su diócesis tan ejemplares varones, de cuya santa vida e irreprochables costumbres esperaba grandes bienes. Mas, oída la causa y entendido el verdadero motivo de su viaje, se alegró en gran manera en el Señor y se brindó a prestarles su apoyo e influencia. Dirigióse Francisco al ilustrísimo señor Obispo de Sabina, llamado Juan de San Paulo, el cual resplandecía entre los príncipes y dignidades de la Curia Romana por su desprecio de las cosas del mundo y por su continua aspiración a las del cielo. Recibióle éste muy amable y cariñosamente, y el Santo le recomendó con empeño su voluntad y propósito.

33. Era el Obispo próvido y discreto, por lo que le hizo muchas preguntas, y pretendió por último inducirle a que abrazase la vida monástica o eremítica. Mas San Francisco rehusó, con toda la humildad de que era capaz, la nueva proposición, no por desprecio de aquella forma de vida, sino por estar firmemente persuadido de que su misión era más elevada. Admirábase el venerable Prelado de tanto fervor, y temeroso de que flaquease en tan elevados deseos, le exponía caminos más viables. Por último, reducido por las vehementes instancias del siervo de Dios, avínose con el proyecto y trabajó el asunto con el señor Papa. Regía los destinos de la Iglesia el Santo Padre Inocencio III, de relevantes prendas, abundantísimo en doctrina, distinguidísimo en oratoria y muy celoso de la justicia en lo que se refería a la causa de la fe cristiana. Inocencio, enterado del deseo de aquellos religiosos, previa madura reflexión, asintió a la demanda, le dió curso, y, habiéndoles dado muchos avisos y saludables consejos, bendijo a San Francisco y a sus religiosos y les habló de esta manera: «Id en el Señor, hermanos, y predicad al mundo la penitencia según se sirva el Señor inspiraros. Cuando El se digne aumentaros en crédito y en número, venid con entera confianza a referírmelo todo, y yo os encargaré con seguridad cosas mayores.» No hay duda que el Señor estaba con el bienaventurado Francisco adondequiera que éste fuese, recreándole con revelaciones y animándole con beneficios. Pues cierta noche en que, vencido del sueño, dormitaba, le pareció hallarse en medio de un camino junto al cual crecía frondoso árbol. Era éste vistoso y recto, de grandísima altura y diámetro. Acercóse a él Francisco, y cobijado bajo sus ramas no cesaba de admirar tanta frondosidad y altura, cuando súbitamente el propio Santo creció de manera que alcanzaba la misma copa del árbol, y, cogiéndola con una mano, con facilidad suma la doblegaba hasta hacerla tocar con la tierra.

Esto tuvo su cumplimiento cuando el Papa Inocencio, el árbol más alto y respetable del mundo, con tanta benignidad se avino a la voluntad del siervo de Dios y accedió a su petición.

CAPÍTULO XIV

Vuelve Francisco de Roma al valle de Espoleto, y de lo que sucedió en el camino

34. San Francisco y sus discípulos, altamente satisfechos de la bondad y largueza del piadoso Padre y Señor, dieron gracias a Dios, que ensalza a los humildes y hace prosperar a los atribulados. Visitaron después el sepulcro de San Pedro, y, hecha oración, salieron de Roma y tomaron todos el camino del valle de Espoleto. Durante el viaje conversaban entre sí, ponderando cuántos y cuán grandes favores el Señor les dispensara y con cuánta cordialidad les recibiera el Vicario de Cristo, padre y cabeza de la cristiandad, y discurrían cómo podrían dar fiel cumplimiento a sus saludables consejos, cómo podrían guardar más sinceramente y observar sin apartarse un ápice la Regla que acababan de prometer, qué les sería más a propósito para conservarse puros y santos en la presencia del Altísimo, y, en fin, de qué manera serían más provechosos por el ejemplo a los prójimos. Pasaron mucho tiempo en estas sencillas pláticas los nuevos seguidores de Cristo, y entretanto adelantaba el día y la hora avanzaba. Con esto llegaron a un lugar despoblado, rendidos en extremo por las fatigas del camino, y resolvieron tomar un poco de alimento; mas fuéles imposible hallarlo, porque el lugar distaba mucho del poblado más próximo. Mas, por divina y especialísima providencia, salióles al encuentro un hombre con un pan, que les entregó, y se marchó. Ellos, no conociéndole, quedaron muy admirados, y con ello animáronse entre sí a confiar piadosamente en la divina Providencia. Tomado aquel parco alimento, y reforzados no poco con él, llegaron a un caserío no lejos de Orte y allí permanecieron durante unos quince días. Iban algunos diariamente a la ciudad, se procuraban lo necesario para la vida, y lo poco que mendigaban de puerta en puerta y podían recoger era repartido entre todos, y con alegría de ánimo y agradecido corazón lo comían reunidos. Si alguna vez sobraba algo de lo recogido, y no podían darlo a algún

pobre, depositábanlo en un nicho, que en otros tiempos sirviera de sepulcro, para tomarlo después.

35. Aquel lugar estaba desierto y completamente abandonado y rara vez, por no decir nunca, era visitado por alguien. Grande era su regocijo cuando nada veían o tenían que pudiera vanamente deleitarlos con su vista y posesión. Al propio tiempo comenzaron a familiarizarse con la santa pobreza, y se sentían extraordinariamente consolados con la escasez suma de todas las cosas que allí experimentaban, y así ansiaban conservarse perpetuamente. Y porque, pospuesta toda solicitud de cosas terrenales, sólo les placía la consolación celestial, resolvieron y confirmáronse en el propósito de no apartarse de sus brazos, aunque se vieran atormentados con toda suerte de tribulaciones, o acometidos de tentaciones violentas. Mas para que la misma amenidad del sitio, que con su regalada molicie disminuye no poco el verdadero rigor del espíritu, no cautivara sus afectos, y también para que la larga permanencia en un mismo lugar no significara aparentemente algún dominio, abandonaron aquel desierto y entraron en el valle de Espoleto en unión de su dichoso Padre. Fieles amadores de la justicia, discutían si debían permanecer entre los hombres o retirarse a lugares solitarios. Pero el bienaventurado Francisco, que para nada confiaba en sí mismo, sino que para todos los asuntos recurría a la santa oración, decidió que no debían vivir sólo para ellos, sino para Aquel que dió su vida por todos, conocedor de que Dios le había escogido para salvar las almas que el demonio procura perder.

CAPÍTULO XV

Fama de San Francisco; conversión de muchos; dase a la Orden el nombre de Frailes Menores; instrucción de San Francisco a los que ingresaban en la Orden

36. Recorría el incansable soldado de Cristo, Francisco, las ciudades y pueblos, anunciaba el reino de Dios, proclamaba la paz, y predicaba la salvación y penitencia con el perdón de los pecados, no con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con la doctrina y gracia del Espíritu Santo. En virtud de la autorización apostólica de que había sido favorecido, obraba en todo con entera libertad, sin adular y menos engañar con concesiones halagadoras a nadie. No sabía encubrir las faltas públicas ni disimular la vida pecaminosa, sino que solía atacarlas y reprenderlas severamente. Como primero había practicado en sí lo que aconsejaba a los demás, no temía acusador alguno, y publicaba sin miedo la verdad, con tal espíritu, que los más doctos varones, que gozaban de renombre o dignidad, admirábanse de sus sermones y sentíanse en su presencia poseídos de saludable temor. Hombres y mujeres, clérigos y religiosos, corrían presurosos a ver y escuchar al Santo de Dios, en quien se figuraban ver a un hombre de otros tiempos. De toda edad y todo sexo acudían con diligencia para ser testigos de las maravillas que Dios, por su siervo, obraba de nuevo en el mundo. Parecía, en efecto, en aquel entonces que, ya por la presencia de Francisco o ya por su fama, había descendido de lo alto del cielo a la tierra una nueva y resplandeciente luz que disipaba la oscuridad de las tinieblas, las cuales envolvían el mundo tan densamente, que apenas permitían entrever la senda que debía seguirse. Tan profundo era el olvido de Dios y la negligencia en la observancia de sus mandamientos, que ni siquiera toleraban se les sacara del letargo en que les habían sumido sus inveterados males.

37. Brillaba cual rutilante estrella en la oscuridad de la noche y como aurora que disipa las tinieblas; así, en breve tiempo, se transformó el aspecto moral de toda la comarca, y apareció luego risueña y hermosa, limpia de la antigua fealdad. Desapareció la primitiva aridez y revistióse pronto de hermosa cosecha aquel campo escuálido; dió abundantes racimos de celestial sabor la viña, poco ha inculta, y produjo a la vez vistosas flores de suavidad y sabrosos frutos de honor y castidad. Oíanse por todas partes voces de alabanza y acciones de gracias, en tal manera que muchos, al abandonar los cuidados de la tierra, deseaban llegar al conocimiento de sí mismos y al amor y gloria de Jesucristo por la perfecta imitación de la vida y práctica de la doctrina del beatísimo Padre San Francisco. Movidas de celestial impulso, muchas personas del pueblo, nobles y plebeyos, clérigos y legos llegábanse al Santo deseosos de ponerse perpetuamente bajo su magisterio. En ellas, el santo Fundador, como caudaloso río de gracia celestial, derramaba copiosa lluvia de especiales dones y hacía brotar en el campo de su corazón flores de virtud, cual consumado artista que presentaba la forma, regla y enseñanzas según las cuales la Iglesia de Cristo se rejuvenecía en uno y otro sexo, y triunfaba la triple familia de los que deben salvarse. A todos daba su conveniente género de vida y señalaba con exactitud el camino de la salvación.

38. Tratemos ahora de la Orden que instituyó y en la que permaneció por los vínculos de la caridad y los lazos de la profesión. ¿Qué género de vida es? El mismo fundó la

Orden de Frailes Menores y dióles este nombre con ocasión de escribir en la Regla estas palabras: *Y sean los menores, esto es, los últimos;* al pronunciar estas palabras añadió también: *Quiero que esta fraternidad se llame Orden de Frailes Menores.* En efecto: eran menores porque, sujetándose a todos, buscaban los puestos más viles y los oficios qué parecían contener alguna deshonra, para merecer ser colocados sobre el firmísimo fundamento de la humildad, y para que sobre tan feliz disposición se levantase la espiritual fábrica de todas las virtudes. Verdaderamente, sobre el robusto fundamento de la constancia se levantó este hermoso edificio de la caridad, en el cual las piedras vivas, adquiridas de todas las partes del mundo, se transformaron en templo del Espíritu Santo. ¡En qué caridad tan ardiente se abrasaban los nuevos discípulos de Cristo! ¡Con cuán estrecho lazo los unía el amor! Cuando se juntaban en común, o cuando se encontraban en sus viajes, reproducíase allí el fuego del verdadero cariño, fructificaban las semillas de la caridad, más afectuosa que todo otro amor. ¿Y cómo? Con los abrazos más inocentes, con el afecto más sincero, con los ósculos santos, con la conversación amigable, con la agradable sonrisa, con el semblante alegre, con la mirada sencilla, con la disposición modesta, con las preguntas afables y respuestas afectuosas, con un mismo deseo, con el pronto obsequio y mutuo servicio.

39. Ciertamente, al despreciar todas las cosas y desterrar de sí el amor propio, todo su afecto lo consagraban a sus hermanos; ofrecíanse a sí mismos en todo para subvenir mutuamente a la necesidad fraternal. Deseaban verse reunidos, gozaban en la compañía y constituía grave pena para todos el separarse, aun por breve tiempo. Los obedientísimos religiosos no se atrevían a oponer nada a los preceptos de la obediencia, y, antes de terminar las palabras de la obediencia ya ponían en ejecución lo ordenado. No sabían tampoco distinguir entre precepto y precepto, pues todo lo que les era mandado lo ejecutaban inmediatamente, sin oponer reparo alguno. Seguidores de la santísima pobreza, nada ansiaban y, por tanto, nada temían perder. Contentábanse con una túnica, remendada a veces por dentro y por fuera; no buscaban en ella adornos, sino menosprecio y miseria, a fin de que así parecieran crucificados para el mundo. Sujetaban sus pobres paños menores con una cuerda, y en esta manera de ser deseaban continuar, y su resolución era no poseer cosa alguna. En todas partes se veían seguros, ningún temor les inquietaba, ningún cuidado les distraía, esperaban sin recelo el día de mañana, ni pasaban ansia por el reposo nocturno cuando frecuentemente se hallaban en caminos solitarios. Pues como muchas veces, en tiempos de fríos extremados, careciesen de albergue, se juntaban alrededor de un fuego o se ocultaban humildemente durante la noche en las cavernas o chozas. Durante el día, los que sabían trabajaban manualmente, visitaban las casas de los leprosos u otros lugares honestos y servían a todos con humildad y rendimiento.

40. No querían trabajar en lo que pudiera servir de escándalo por cualquier motivo, sino que se ocupaban con asiduidad en cosas buenas y justas, honestas y útiles, e inducían a aquellos con quienes conversaban a imitar sus ejemplos de resignación y humildad. En tanto grado poseían la virtud de la paciencia, que buscaban más los lugares donde podían ser despreciados que aquellos otros en que, reconocida o elogiada su santidad, eran favorecidos por el mundo. Muchas veces sufrieron oprobios, fueron despreciados, azotados, maniatados y encarcelados y faltos de humano socorro, y tan varonilmente lo toleraban, que de su boca no salían más que cantos de alabanza y acciones de gracias. Nunca o casi nunca cesaban en la oración y en el rezo; con continua solicitud examinaban sus diarias acciones; por las buenas daban gracias a Dios, y borraban con lágrimas y gemidos las negligencias o defectos cometidos. Reputábanse abandonados de Dios, si no eran visitados por El con los acostumbrados regalos en su espíritu de devoción. Cuando querían entregarse a la oración, a fin de que no les sorprendiese el sueño, se ingeniaban de diversas maneras. Unos se sostenían en pie mediante algún apoyo o cuerda que previamente suspendían. Algunos ceñían sus carnes con férreos cilicios y otros rodeaban su cintura con aros de madera. Si alguna vez la abundancia de la comida o bebida, como pudo suceder, les hacía exceder de su ordinaria sobriedad, o por la fatiga del camino traspasaban los límites de la absoluta necesidad, siquiera fuese en cosa insignificante, se castigaban rigurosamente con muchos días de áspero ayuno. Por último, se esforzaban en reprimir los incentivos de la carne con tanta maceración, que varias veces, en crudísimo invierno, no tuvieron reparo en desnudarse y en revolcar su cuerpo sobre matorrales de espinos hasta regarlos con la propia sangre.

41. Despreciaban valientemente las cosas de la tierra, y apenas si se atrevían a recibir las más precisas a la vida, para que, como acostumbrados a vivir sin comodidades corporales, no les atemorizasen las grandes asperezas. En todas ocasiones guardaban la paz y mansedumbre con todos, y evitaban con solícito cuidado cualquier escándalo, armonizando su obrar con la sencillez y la paciencia. Apenas se permitían hablar en el tiempo señalado, y aun entonces lo

hacían con precaución suma, y evitaban lo chocarrero u ocioso, a fin de que no pudiera tildárseles de menos recatados y honestos. Sus actos eran ordenados; su andar, modesto; sus sentidos, tan mortificados que se dijera no veían ni oían sino aquello sobre lo cual se les llamaba la atención, y, con sus miradas fijas en la tierra, sus pensamientos se dirigían al cielo. En sus corazones no se conocía envidia, ni malicia, ni rencor, ni doble intención, ni sospecha, ni amargura, sino que todo era mutua concordia, paz constante, acciones de gracias y voces de alabanza. Estos eran los consejos del piadoso Padre, educador de sus hijos, a los que instruía no sólo con palabras y doctrina, sino en verdad y con el ejemplo.

CAPÍTULO XVI

Su estancia en Rivotorto y guarda de la pobreza

42. Recogíase el bienaventurado Francisco con sus compañeros en un lugar llamado Rivotorto, junto a la ciudad de Asís. Había allí una choza abandonada bajo cuyo techo se albergaban los heroicos despreciadores de suntuosas casas y ricos palacios, y se defendían de los aguaceros. Pues, como decía el Santo: *Súbese más fácilmente al cielo desde una choza que desde un palacio.* Allí permanecían en santa comunicación los hijos y hermanos con el bienaventurado Padre en continuo trabajo y escasez de todas las cosas, faltos muchísimas veces hasta de pan, sólo contentos con los nabos que mendigaban penosamente de una parte a otra del llano de Asís. Era aquella morada angostísima, de manera que difícilmente podían en ella sentarse o descansar. Mas no por eso se oía queja o murmuración alguna, sino que con ánimo alegre y espíritu gozoso no perdían la paciencia. San Francisco, cada día y aun continuamente, examinábase a sí mismo y a los demás, sin permitir en ellos nada menos conforme y esforzábase en alejar de sus corazones cualquiera negligencia. Era extremada su vigilancia sobre sí mismo y riguroso en su guarda, porque si alguna vez, como es natural, sentía alguna tentación de la carne, en medio del invierno se sumergía en una hoya llena de hielo y permanecía allí hasta tanto que la tentación desaparecía. Y estos tan raros ejemplos de mortificación imitábanlos fervorosamente los demás religiosos.

43. Enseñábales no sólo a mortificar los vicios y reprimir los incentivos de la carne, sino también todos los sentidos, que son las puertas por donde entra la muerte en las almas. Así, cuando por aquel tiempo el Emperador Otón, con motivo de ir a recibir la corona imperial, hubo de pasar por aquellos lugares con gran pompa y acompañamiento, el santísimo Padre, que permanecía aún en la antedicha choza, situada junto al camino del tránsito, no salió de la misma para verle, ni permitió lo hiciese ninguno de sus discípulos, excepto uno que, al paso del Emperador, le anunciase repetidamente que toda su gloria duraría muy poco tiempo. Permanecía el glorioso Padre recogido en sí mismo, y, paseándose por los anchos senos de su espíritu, preparaba en ellos una morada digna de Dios, y por esto no llegaba a sus oídos el clamor de la tierra, ni era posible que voz alguna le conmoviese e interrumpiera su atención en el gravísimo asunto que traía entre manos. Estaba investido de autoridad apostólica, y por eso se excusaba en absoluto de adular a reyes y a príncipes. Procedía siempre con santa sencillez y no permitía que lo reducido del lugar impidiese la libertad del alma.

San Francisco de Asís. (Domenichino.)

44. Con este intento escribía el nombre de los religiosos en los maderos de la choza, para que cada uno, al retirarse a orar o a descansar, supiera el puesto que le tocaba, a fin de

que la falta de local no turbara el recogimiento de la mente. Mientras allí moraban aconteció que cierto día un labriego, que conducía su jumentillo, llegó y se detuvo en el lugar en que estaban el siervo de Dios y sus compañeros, y a fin de que nada se le dijera en son de repulsa, habló en alta voz, golpeando al jumento para que entrara: «Entra dentro, porque mejoraremos este lugar». Oído esto por el bienaventurado Francisco, ofendióse en gran manera porque conoció la intención del rústico. Pensaba éste que aquellos hombres, los religiosos, se habían reunido allí para engrandecer el lugar y construir algunas casas. Al momento, San Francisco salió de allí, abandonó la choza a causa de las palabras del labriego y se dirigió a otro punto no muy distante de aquél, por nombre Porciúncula, donde, como queda dicho, había él mismo reparado tiempo atrás la iglesia de Santa María. Nada quería tener en propiedad. para poseer más plenamente todas las cosas en Dios.

CAPÍTULO XVII

Enseña San Francisco a orar a sus religiosos: obediencia y sencillez de éstos

45. Rogaron por aquel tiempo a Francisco sus discípulos que les enseñase a orar, pues, mantenidos en la sencillez de espíritu, no sabían recitar todavía el Oficio eclesiástico. A ello contestó: *Cuando oréis, decid: «Padre nuestro»*, y *«Adorámoste, Cristo, en todas las iglesias que hay en el universo mundo, y te bendecimos, pues por tu santa cruz redimiste al mundo»*. Esto es lo que los religiosos, aprovechados discípulos de tal maestro, procuraban observar con suma diligencia, porque deseaban con anhelo cumplir no sólo aquellas cosas que les advertía el bienaventurado Francisco con consejo fraternal y aun con mandato de padre, sino aquellas otras que por algún indicio adivinaban que él practicaba. Decíales también el santo Fundador que el espíritu de la verdadera obediencia consistía en adelantarse más bien que en esperar el precepto; en desearlo más que en cumplirlo. Esto es, si el religioso antes de oír la voz del superior llega a adivinar su voluntad, al instante débese poner a cumplirla y ejecutar lo que adivina en el superior. De igual modo. también en cualquier lugar en donde había iglesia construída, aunque no llegasen a entrar en ella y sí sólo la divisaran en lontananza. poníanse en su dirección, se postraban en el suelo. e inclinados profundamente adoraban al

Altísimo diciendo: «Adorámoste, Cristo, aquí y en todas tus iglesias», según les había enseñado el santo Fundador. Y lo que no es menos digno de admiración es que practicaban esto dondequiera que veían una cruz o sólo su señal, ya en tierra, ya en alguna pared, ya en los árboles, ya en los cercados de los caminos.

46. Estaban poseídos en tanto grado de la santa sencillez, de tal manera los guiaba la inocencia de la vida y los adornaba la pureza de costumbres, que desconocían en absoluto la doblez de ánimo. Como tenían una sola fe, poseían también un solo espíritu, una sola voluntad, un amor e identidad de corazón, una igualdad de costumbres, un deseo de las mismas virtudes, una conformidad de pensamiento y una misma piedad de acciones. Confesaban sus culpas a un sacerdote seglar, cuya conducta era sobrado infame, y a causa de sus gravísimos pecados era despreciado de todos; y por más que su maldad era conocida de algunos religiosos, en manera alguna quisieron creerla ni dejaron por esto de confesarse con él ni de respetarle debidamente. Un día este mismo sacerdote u otro dijo a uno de los religiosos: «Ten cuidado, hermano, no seas hipócrita», y esto sólo bastó para que el religioso se creyera de verdad hipócrita, de lo cual dolíase en extremo y se lamentaba de día y de noche. Preguntáronle los otros religiosos el motivo de su tristeza y de su llanto, y respondióles: «Tal sacerdote díjome esta palabra, y tengo tan gran pesar de que sea ella verdadera, que apenas puedo distraer el pensamiento a otra cosa». Consolábanle los religiosos y le exhortaban a que no le diese crédito. A lo que él oponía: «¿Qué es lo que decís, hermanos? Un sacerdote es quien me ha dicho esta palabra; ¿puede acaso mentir un sacerdote? Toda vez que el sacerdote no miente, es preciso que juzgue verdad lo que él ha dicho.» Y firme en esta su simplicidad, no se aquietó hasta que el bienaventurado Padre le expuso el sentido de la palabra del sacerdote y excusó sagazmente la intención que pudiera haber tenido. Difícilmente podía darse turbación tan extremada en algún religioso que no eediese a la encendida palabra del Santo, trocándose en serenidad.

CAPÍTULO XVIII

El carro de fuego: conocimiento que tuvo el bienaventurado Francisco de los ausentes

47. Caminaban con sencillez en la presencia de Dios, y entre los hombres con afabilidad, y merecieron por aquel tiempo los frailes ser recreados con celestial revelación. Abra-

sados en el fuego del Espíritu Santo, cantaban el *Pater noster* con armonía de espíritu y voz suplicante, no sólo en las horas para ello señaladas, sino en todo momento, porque muy poca era su solicitud y ansiedad por las cosas de este mundo, cuando cierta noche se separó corporalmente de ellos el bienaventurado Padre. Y he ahí que a poco menos de la media noche, los religiosos, en reposo, unos, y en oración, otros, vieron entrar por la puerta de la casita un carro en llamas, sobre el que se elevaba un globo que, resplandeciente como el sol, convertía la noche en clarísimo día, el cual por dos o tres veces recorrió de una parte a otra toda la casa. Llenos de estupor los que velaban y despiertos y aterrados los que dormían, advirtieron que no sólo alumbraba los cuerpos, sino también el interior del corazón. Reunidos todos, se preguntaban qué podía ser aquello, y quedaron más admirados al advertir que con aquella luz leía uno la conciencia e interior del otro. Por último reconocieron y se asesoraron que era el alma de su bienaventurado Padre, radiante con extraordinario fulgor, la cual, en recompensa de su gran pureza de vida y del solícito cuidado de sus hijos espirituales, había obtenido del Señor tan señalada gracia.

48. Y es cosa probada que muchas veces reconocieron varios religiosos por indicios ciertos, y experimentaron, que no se ocultaban al bienaventurado Padre las intimidades del corazón de sus hijos. ¡Oh, cuántas veces sin que nadie se lo notificara, y sólo por la revelación del Espíritu Santo, tuvo conocimiento de los actos de sus religiosos ausentes, penetró las interioridades de su espíritu y escudriñó su conciencia! ¡A cuántos no avisó en sueños y les ordenó practicar algunas acciones y les prohibió otras! ¡Oh, a cuántos predijo males futuros, cuando todas las apariencias aseguraban prosperidad! Igualmente, noticioso del próximo fin de los descarríos de algunos, anunciábales la gracia de la salvación. También, si alguno mereció ser distinguido con especial espíritu de sencillez y pureza, gozó del dichoso consuelo de su vista, favor de los demás no experimentado. Séame lícito referir, entre muchos, uno de los que tuve conocimiento, por habérmelo contado religiosos fidedignos. Como en cierta ocasión fray Juan de Florencia fuese constituído por San Francisco Ministro de los religiosos de la provincia de Provenza y celebrase en ella el Capítulo, el Señor, con su acostumbrada misericordia, le asistió en su plática e hizo que los frailes le escucharan benévolos y atentos. Había entre ellos un sacerdote distinguido por su fama, y más aún por su vida, llamado Monaldo, cuya virtud estaba cimentada en la humildad, auxiliada de la oración frecuente y escudada con la paciencia inalterable. Asistía igualmente a

aquel Capítulo fray Antonio, a quien el Señor había abierto su espíritu para que entendiera las Sagradas Escrituras y predicara al mundo entero las dulcísimas palabras de Jesús, como quien derrama miel y suavidad. Predicaba, pues, este fray Antonio a los religiosos con encendidísimo fervor y devoción sobre aquellas palabras: «Jesús Nazareno, rey de los judíos», y dicho fray Monaldo dirigió la mirada hacia la puerta de la casa en que se hallaban reunidos y vió con sus ojos corporales al seráfico Francisco suspendido en el aire, extendidas las manos en forma de cruz para bendecir luego a los religiosos. Sintiéronse todos llenos de la consolación del Espíritu Divino, y por esta causa creyeron fácilmente cuanto se les manifestaba acerca de la visión y presencia del gloriosísimo Padre.

49. Para confirmar el don que poseyó Francisco de leer en el fondo del corazón los más recónditos secretos bastará referir, entre muchos, el siguiente hecho, que está fuera de toda duda. Un religioso llamado Riccerio, de noble alcurnia y de más noble comportamiento, gran amador de Dios y despreciador de sí mismo, deseaba con vehementes ansias y decidido empeño conquistar el especial afecto de San Francisco, pues le torturaba el pensamiento de que el Santo le menospreciaba, y creía equivocadamente que le había retirado su amistad. Habíase forjado la ilusión, porque era timorato, de que aquel a quien amaba el seráfico Fundador era merecedor de la divina gracia, y, por el contrario, aquel con quien no se mostraba benévolo o atento, necesariamente tenía que haber incurrido en la indignación del Juez Supremo. Estas cosas revolvía con frecuencia en su ánimo el sencillo fraile, y sobre ellas hacía en su interior largas cavilaciones, pero sin revelar a nadie su pensamiento.

50. Mas un día, estaba el bienaventurado Padre en su celdilla, ocupado en la oración, y acertó a pasar por allí dicho religioso, muy turbado con los pensamientos, que no acertaba a desvanecer, y el Santo conoció su llegada y lo que pasaba en su interior. Al instante hizo que se acercase y le dijo: *Ninguna tentación te turbe, hijo mío; ninguna inquietud te contriste, porque me eres muy caro y quiero que siempre te cuentes entre mis más apreciados y más íntimos. Cuando gustes, ven con entera confianza a mí y háblame sin temor alguno.* Quedó en extremo admirado el religioso, y cuanto más admitido se creyó al favor del santo Patriarca, tanto más se dilató su espíritu en la confianza de la misericordia de Dios. ¡Cuán amargamente deben llevar tu ausencia, Padre Santo, aquellos que están ciertos de no hallar en la tierra otro igual a ti! Ruégote que auxilies con tu poderosa intercesión a los que ves envueltos todavía en los males del

pecado. Cuando estabas adornado del espíritu de todos los justos, conocías los acontecimientos futuros y adivinabas los presentes más recónditos, para no caer en las redes de la vanidad tenías de continuo presente la imagen de la sencillez santa. Mas pasemos adelante, siguiendo el curso de la relación.

CAPÍTULO XIX

Cuidado que San Francisco tenía de los religiosos; menosprecio de sí mismo y verdadera humildad

51. Tornóse a incorporar el beatísimo Padre a los suyos, de quienes, como se ha dicho, nunca se apartaba en espíritu. Inquiría con diligencia y cauto examen las acciones de todos, se ocupaba de los religiosos con provechosa nimiedad, y si algo hallaba que no fuera del todo conforme, no lo dejaba sin la correspondiente reprensión. Atendía, en primer lugar, a los defectos espirituales; después, juzgaba de las faltas externas, y, por último, extirpaba las ocasiones, que suelen abrir la puerta a la relajación. Con escrupuloso cuidado y solicitud nimia, guardaba la santa y divina pobreza y no permitía, para que una pequeña concesión no abriera la puerta a cosas superfluas, que en ningún convento hubiera ni siquiera una vasija, si no era imprescindible para atender a la absoluta y extrema necesidad. *Pues es imposible* —decía— *satisfacer la necesidad sin obedecer al gusto.* Nunca, o rarísima vez, admitió manjares cocidos, y, si no podía rechazarlos, los espolvoreaba con ceniza o, por lo menos, acedaba su sabor con agua fría. ¡Oh, cuántas veces en sus evangélicas excursiones era convidado a la mesa de los grandes señores, que le profesaban sumo afecto, y sólo llegaba a gustar ligeramente los preciosos manjares, por observar en su rigor el santo Evangelio, o bien guardaba en el seno lo que parecía comer, llevando, con todo, la mano a la boca para que no barruntaran lo que en verdad hacía! Y ¿qué diré del uso del vino, si al sentirse atormentado por la sed ni osaba beber el agua necesaria?

52. No permitía que el lecho, dondequiera que recibiese hospedaje, se cubriera con ropa alguna, pues sólo la dura tierra cubierta de burdo paño recibía su fatigado cuerpo; y cuando le concedía el beneficio del sueño, muchísimas veces sentado y sin acostarse, servíale de almohada un tronco o una piedra. Cuando, como es natural, el hambre le obligaba a comer, nunca quedaba el apetito satisfecho. En cierta ocasión, a causa de la grave enfermedad que le aquejaba, hiciéronle comer carne de pollo; apenas recobró un tanto las fuerzas, se dirigió a la ciudad de Asís. Al llegar a las puertas de la ciudad mandó a uno de los religiosos que le acompañaban que, atándole una cuerda al cuello, como se hace con los malhechores, le paseara por las calles de la población y en alta voz clamase y dijese: *Mirad aquí un glotón, que, aunque no lo creáis, se ha hartado de carne de gallina.* A tan inusitado espectáculo salían los vecinos y, conmovidos, con grandes suspiros exclamaban: «¡Ay, miserables de nosotros, que toda nuestra vida se desliza entre crímenes, y en glotonerías y lujurias recreamos nuestros espíritus y nuestros cuerpos!» Con ejemplos tan notables sentíanse reducidos a penitencia y a mejor género de vida.

53. Repetía con frecuencia actos por el estilo para llegar de esta suerte al perfecto desprecio de sí mismo y conservar en los demás el continuo y debido respeto. Juzgábase cosa despreciable, y no pasaba ansia ni solicitud por su cuerpo, antes, por no complacerle en algo material, abrumábale fuertemente de malos tratos e injurias. Verdadero despreciador de sí mismo, enseñaba con ejemplos y palabras a sus discípulos a humillarse por su bien. ¡Cosa rara! Francisco veíase alabado de unos, ensalzado de otros y sólo él reputábase indigno, sólo él se despreciaba profundamente. Muchas veces, cuando era honrado de todo un pueblo, quedaba herido de dolor profundo, y, para sacudirse de las alabanzas de los hombres, buscaba alguno de aquella misma comarca que le afrentase. Llamaba a veces también a un religioso y le decía: *Por obediencia te mando que me injuries con dureza y digas la verdad, en oposición a las inexactitudes de estos otros.* Y cuando el religioso, aunque forzado, le llamara rústico, mal trabajador e inútil, con franca sonrisa y aplaudiendo entusiasta, respondía: *El Señor te bendiga, porque tú solo dices la verdad; no otra cosa merece el hijo de Pedro Bernardón.* Con estas palabras hacía referencia a su humilde nacimiento.

54. En efecto, para mostrarse más perfecto despreciador de sí mismo y proponer a los demás mayor ejemplo de verdadera confesión, siempre que le ocurría faltar en algo, aunque fuera insignificante, no se avergonzaba de confesarlo en sus sermones delante de todo el pueblo. Antes bien, si alguna vez le acudía algún pensamiento no muy favorable de alguien, o bien si se había dejado llevar de viveza en las palabras, al instante, con toda humildad, pedía perdón, y confesaba su falta al mismo de quien no había bien pensado o hablado. Su conciencia, conocedora perfecta de la inocencia, mostrábasele intranquila y no reposaba hasta tanto que el

sincero perdón curaba la llaga del espíritu. Deseaba adelantar en todas las grandes virtudes, pero sin ser visto, y así rehuía por todos los medios posibles ser causa de admiración, para nunca caer en la vanidad. ¡Desgraciados de nosotros que tan pronto te perdimos, Padre digno y modelo admirable de toda bondad y humildad! ¡Justamente hemos perdido a quien, cuando le poseíamos, no procurábamos conocer!

CAPÍTULO XX

Llevado San Francisco de las ansias del martirio, se dirige primero a España, y pasa después a Siria. El Señor, por su intercesión, multiplica los alimentos, y libra del peligro a los marinos

55. Ardía en divino amor y procuraba siempre el bienaventurado Padre dirigir sus acciones a más perfectas cosas, y, al correr con generoso corazón tras el fidelísimo cumplimiento de los preceptos de Dios, aspiraba a poseer el ápice de la perfección. Así, pues, el año sexto de su conversión, abrasándose en encendidas ansias de obtener el santo martirio, quiso trasladarse a los confines de Siria, para predicar la fe cristiana y la penitencia a los sarracenos y demás infieles. Entró en la nave que hacia allá dirigía su rumbo, mas vióse arrojado, con los demás viajeros, por los huracanados vientos de deshecha tempestad, a las partes de Eslavonia. Visto con tal motivo defraudado su deseo, transcurrido breve tiempo, rogó a algunos marinos que se dirigían a Ancona le llevaran consigo, porque en lo que restaba de año sería rara la nave que se dirigiese a Siria. Mas, rehusándolo ellos tenazmente, porque no ofrecía el precio del viaje, el varón de Dios, puso su confianza en el Señor, y entró ocultamente en la nave con su compañero y se escondió en ella. Asistióle a no tardar la divina Providencia, pues un desconocido, llamó a uno de los que iban en la nave, temeroso de Dios, y le dijo: «Toma todo esto y entrégalo fielmente para el tiempo de la necesidad a los pobres que están escondidos en la nave.» Así sucedió, porque se desencadenó una violenta tempestad, y, empleados muchos días en remar inútilmente, consumieron todas las provisiones, y restó sólo la ración del pobre Francisco. Mas, por la gracia y virtud divinas, se multiplicó en tanta cantidad, que bastó para atender copiosamente a las necesidades de todos hasta llegar al puerto de Ancona, aunque faltaban muchos días de camino. Reconocieron los navegantes que habían sido librados de los peligros del mar por el siervo de Dios, Francisco, y dieron gracias al Todopoderoso, que siempre se muestra amable y atento con los que le sirven.

56. Desembarcó el servidor del altísimo Dios, Francisco, y al instante empezó a recorrer el país, y, al abrir la tierra con el arado de su palabra, esparció por doquier la semilla de la vida que debía producir el fruto de bendición. Pronto muchos, buenos y aptos varones, clérigos y legos, dejaron el mundo y despreciaron con varonil entereza los lazos del demonio, y por voluntad y gracia de Dios siguieron con resolución al Santo en sus prácticas y género de vida. Mas, aunque el Santo, cual la palmera evangélica, producía copiosos y regalados frutos, no se borraba en manera alguna de su mente y corazón el ardiente deseo y sublime propósito de lograr el martirio. Poco tiempo después emprendió el camino de Marruecos, para predicar al Miramamolín y sus secuaces el Evangelio de Cristo. Sentíase lleno de tal ardor, que no pocas veces dejaba atrás a su compañero de camino y se apresuraba por cumplir sus deseos, como llevado de una embriaguez espiritual. Mas, ¡bondad de Dios!, a la que plugo, sólo por su infinita misericordia, acordarse de mí y de otros muchos. Pues, como ya hubiese llegado a España, púsole estorbos para que no pasara adelante en su resolución, y, por una enfermedad, vióse precisado a desandar el camino.

57. Transcurrido breve tiempo después de su vuelta a la iglesia de Santa María de la Porciúncula, juntáronsele con gran satisfacción algunos literatos y claros varones. A éstos, noble y discreto siempre, tratólos con distinción y respetuosamente, y dió a cada uno lo que le apetecía. Dotado de insigne discreción, atendía prudentemente a todos, según la dignidad y méritos de cada uno. Había apenas descansado de las molestias del viaje, cuando ya sintió enfervorizarse de modo notable su espíritu. Al año trece de su conversión partió a Siria, donde diariamente cristianos y paganos se atacaban y sostenían guerra dura e implacable, y Francisco, solo con su compañero, no vaciló en presentarse al Soldán y demás nobles sarracenos. ¿Quién podrá explicar el valor con que permaneció allí, la vehemencia de su predicación, la elocuencia y aplomo con que respondía a los que menospreciaban la fe cristiana? Preso por los sicarios antes de poder llegar al Soldán, y vilmente insultado y afligido con golpes y azotes, no se espanta, ni retrocede ante la amenaza del suplicio, ni se inmuta ante la seguridad de próxima muerte. Aunque despreciado de muchos, de ánimo

e intención sobrado hostiles y malignos, el Soldán le recibió muy honoríficamente. Distinguíale éste cuanto le era posible y se esforzaba por inclinar su ánimo a las riquezas con ofrecimientos de abundantes y magníficos presentes. Y como viera que Francisco despreciaba con tesón tantos bienes, reputándolos vil basura, llenóse de gran admiración y le juzgaba como hombre diferente de todos los demás. Conmovíase profundamente con sus palabras y le escuchaba con visible agrado. Con todo, en ninguna de estas ocasiones satisfizo el Señor el deseo de Francisco, reservándole para un favor más singular.

CAPÍTULO XXI

PREDICACIÓN A LAS AVES Y OBEDIENCIA DE LAS CRIATURAS IRRACIONALES

58. Mientras muchas personas, según se ha referido, se sumaban a los religiosos, el bienaventurado Francisco andaba por el valle de Espoleto. Al llegar cerca de Bevagna vió reunida gran multitud de avecillas de todas clases: tórtolas, cornejillas y grajos. Advirtiólo Francisco, y como era hombre de fervor extraordinario y sentía afecto entrañable y natural compasión hacia las criaturas inferiores e irracionales, con visible alegría corrió hacia ellas, dejando atrás en el camino a sus compañeros. Como llegara junto a ellas y notase que le aguardaban sin temor alguno, las saludó con su acostumbrada frase. Admirándose grandemente de que no se dieran a la fuga, como acostumbran hacerlo, y que, por el contrario, se quedaran en tanta quietud, lleno de gozo inexplicable, rogóles con toda ternura que escucharan la palabra de Dios. Entre las varias cosas que les dijo son notables éstas: *Aves, hermanitas mías: mucho debéis agradecer y alabar a vuestro Criador y amarle siempre, porque os dió plumaje con que cubriros, alas con que volar y todo lo que os ha sido necesario. Dios os ha distinguido sobremanera entre sus criaturas, señalándoos por habitación la pureza y transparencia del aire; porque sin sembrar ni recoger vosotras, El os provee de todo y os gobierna sin que hayáis de sufrir inquietud alguna.* A esto, las cándidas avecillas, hermanitas del Santo y de los que le acompañaban, como él mismo acababa de llamarlas, mostraron de ingenioso modo cuánta era su alegría, extendiendo el cuellecito, dando movimiento a sus alas, abriendo sus boquitas y mirándole fijamente. Paseábase el Santo por medio de ellas, iba y venía, y con su hábito

cubría sus cabecitas y cuerpecillos. Finalmente, las bendijo, y, hecha la señal de la cruz, les dió licencia para volar a otros parajes. Continuó el bienaventurado Padre su camino con sus compañeros dando gracias a Dios, a quien alaban con humilde reconocimiento las criaturas todas. Como hubiese alcanzado ya la sencillez, fruto de la gracia divina y no de su naturaleza, acusábase de negligencia y descuido por no haber predicado antes a las avecillas, cuando ellas habían

San Francisco predica a las aves. (Vidriera en Königsfelden, Suiza.)

escuchado con tanta reverencia la palabra de Dios. Desde aquel día resolvió exhortar con todo fervor a las aves, animales y reptiles, en una palabra, a todas las criaturas irracionales, a la alabanza y reconocimiento al Criador, y cada día, invocado primero el santo nombre del Salvador, admiraba por propia experiencia la sumisión de las mismas.

59. Cierto día, como llegase al pueblo de Albiano para predicar la palabra de Dios, subióse a un sitio más elevado, donde pudiera ser visto de todos, y solicitó silencio. Enmudecieron y permanecieron quedos cuantos allí había; sólo algunas golondrinas que anidaban por los contornos movían estrepitosa algarabía con sus atiplados trinos. Al observar Francisco que era imposible que se oyera su predicación, dirigióse a las inquietas avecillas y les dijo: *Golondrinas, hermanitas mías, tiempo ha que estáis charlando; hora es ya de que yo hable. Escuchad la palabra de Dios, guardad*

silencio y estaos quietas hasta tanto que yo acabe. Entonces las avecillas, con admiración y pasmo de los asistentes, callaron al instante y no se movieron de su lugar hasta terminado el sermón. Al ver semejante prodigio, aquellos rectos varones, poseídos de profunda veneración, exclamaban: «En verdad que este hombre es santo y amigo de Dios.» Y con humilde respeto se acercaban al Santo para poder siquiera tocar sus vestiduras, con alabanzas al Señor: Y no es esto de maravillar, por cuanto aun las mismas criaturas irracionales reconocían el piadoso afecto y presentían el ingenuo cariño que les profesaba.

60. En ocasión en que moraba en el término de Greccio, un terciario ofrecióle un lebratillo, vivo aún, cazado con lazo. A su vista conmovióse entrañablemente Francisco y le dijo: *Lebratillo, hermano, ven acá. ¿Por qué te has dejado engañar de esta suerte?* Y una vez soltado por el que le conducía, dirigióse al Santo, y, sin que nadie le obligase, refugióse en su seno como en lugar seguro. Descansó allí breve rato, y el santo Padre, acariciándole con paternal cariño, le despidió para que con toda libertad volviera al bosque. Mas, cuantas veces lo colocaba en tierra, otras tantas volvía a los brazos del Santo, hasta que le hizo conducir por algunos religiosos a la dehesa que había no lejos de allí. Lo mismo sucedió en la isla del lago de Perusa con un conejo, que es un animal muy poco doméstico. Igual era su ternura con los peces, pues, siempre que le era dable, volvíalos con vida al agua, ordenándoles que tuvieran mucho cuidado de que no los pescaran de nuevo.

61. Cierto día, habiendo subido a una barquichuela del lago de Rieti, cogió el barquero un pescado de grandes dimensiones, llamado vulgarmente tenca, y con piadoso afecto se lo regaló al Santo. Recibiólo éste con agrado, lo acarició, llamóle con el acostumbrado nombre de hermano, y colocándolo después de nuevo en el agua, con sincero entusiasmo comenzó a alabar el santo nombre de Dios. Por largo rato, mientras duraba la oración, dicho pez, jugaba junto a la nave, y no se alejaba del lugar donde le había colocado, hasta que, terminada aquélla, el Santo le dió permiso para alejarse. De esta suerte, adelantaba el glorioso Padre San Francisco en el camino de la humilde obediencia, y abrazado con perfección el yugo suave de la voluntad divina, adquirió gran dignidad ante Dios por esta sujeción de las criaturas irracionales. Durante su permanencia en la soledad de San Urbano, donde estuvo gravísimamente enfermo, convirtió un día el agua en vino generoso, y, para que todos creyeran que había sido aquello un milagro, como en realidad lo era, con sólo probarlo, quedó perfectamente

curado. No podía menos de ser santo aquel a quien tan rendidamente obedecían las criaturas, y a cuyo mandato los mismos elementos trocaban su naturaleza.

CAPÍTULO XXII

Predicación de San Francisco en Ascoli. Se curan los enfermos que utilizan objetos tocados por su mano

62. Por el tiempo en que, como queda dicho, el venerable Padre Francisco había predicado a las avecillas, llegó, al visitar ciudades y pueblos y esparcir por doquier la semilla de bendición, a la ciudad de Ascoli. Como predicase allí con su acostumbrado fervor la divina palabra, por un prodigio de la diestra del Excelso, todo el pueblo sintióse poseído de tal devoción y gracia, que todos se atropellaban para poderle ver y oír. Por entonces tomaron el hábito de la nueva santa Religión unas treinta personas, entre clérigos y legos. Tanta era la fe de aquellas gentes, así de los hombres como de las mujeres, con respecto al siervo de Dios, que se reputaban dichosos de llegar a tocar siquiera la fimbria de su hábito. Al entrar en alguna ciudad, alegrábase el clero, echábanse a vuelo las campanas, celebrábanlo los hombres, regocijábanse las mujeres, aplaudían los niños y muchísimas veces salían a su encuentro en triunfo, con salmos y ramos. Quedaba confundida la malignidad de los herejes, quienes se escondían de estas ingenuas manifestaciones de los fieles, y ensalzábase la fe de la Iglesia. Vislumbrábanse en Francisco tantos destellos de santidad insigne, que nadie se atrevía a replicar a sus palabras, porque sólo a él acudían los pueblos. Creía que sobre todas las cosas debía conservarse, venerarse e imitarse la fe en la Santa Romana Iglesia, pues sólo en ella puede esperarse la salvación de los predestinados. Veneraba a los sacerdotes y reverenciaba con rendido afecto todo el orden eclesiástico.

63. Ofrecíanle las gentes pan para que lo bendijera, guardábanlo con religioso cuidado mucho tiempo, y cuando, en caso de enfermedad, comían de él, quedaban perfectamente curados. Por este mismo motivo, llevados de su gran fe, cortaban pedazos de su túnica, hasta el punto de que alguna vez le dejaron poco menos que desnudo; y lo más admirable era que si el santo Padre ponía la mano en algún objeto, su uso restituía también la salud a no pocos. Vivía en un pequeño lugar de los confines de Arezzo una mujer encinta, la cual, al acercarse la hora del parto, su-

frió tan increíbles dolores, que durante varios días pareció luchar entre la vida y la muerte. Supieron los vecinos y conocidos que el bienaventurado Francisco debía atravesar la población, a su paso para un retiro no muy distante. Esperáronle mucho tiempo, mas aconteció que Francisco se dirigió a aquel punto por otro camino, pues había montado en un jumentillo, por hallarse sumamente débil y delicado. Al llegar el Santo al lugar propuesto hizo que un religioso llamado fray Pedro devolviese el animal a su dueño, que sólo por caridad se lo había prestado. Fray Pedro, a su vuelta pasó por el camino que conducía al lugar donde se hallaba la mujer enferma. Al divisarle, corrieron presurosos los vecinos a recibirle, creyendo que era el bienaventurado Francisco, mas experimentaron gran contratiempo y aflicción al reconocer que no era. No se desanimaron por ello, sino que trataron entre sí cómo podrían hallar algún objeto que el Santo hubiera tocado con su mano. Después de muchas cavilaciones y pesquisas, cayeron en la cuenta de que habría tocado las riendas del animal cuando sobre él montara, y, llenos de la más viva fe, quitaron de la boca del animal el freno con las riendas y pusiéronlo sobre la mujer, que al instante, con toda felicidad y alegría, dió a luz.

64. Gualfredo, habitante del lugar de Pieve, hombre devoto, temeroso y adorador en verdad de Dios, igual que toda la familia, guardaba en su poder una cuerda que algún tiempo había usado San Francisco. Sucedió que en aquel lugar enfermaron de varios ataques y fiebres no pocos de sus habitantes. Entonces Gualfredo visitó las casas de los enfermos. y, sumergida la cuerda en el agua, o bien arrancados de ella algunos pelillos y revolviéndolos en el líquido, dábalo a beber a los pacientes, y todos, con este procedimiento, recobraban la salud. Estas cosas sucedían en la ausencia de Francisco, y otras mucho mayores aún, que de escribir largo y tendido sería casi imposible referir. Con todo, de aquellos otros portentos que el Señor nuestro Dios se dignó obrar en presencia del Santo insertaremos algunos, con brevedad.

CAPÍTULO XXIII

Cura en Toscanella a un cojo y en Narni a un paralítico

65. En aquel tiempo que Francisco recorría varias y apartadas regiones para predicar la palabra de Dios, detúvose en una ciudad por nombre Toscanella. Hospedóse durante

la predicación en casa de un militar cuyo único hijo era cojo y endeble, tanto que, aunque había pasado ya el tiempo del destete, debían retenerle por raquítico entre pañales. El padre del enfermito, creyente en la opinión de santidad en que se tenía al siervo de Dios, arrojóse humildemente a sus pies y le pidió la curación de su hijo. Mas Francisco, reputándose inútil e indigno de que Dios le concediese su gracia y virtud, demoró por muchos días toda acción. Vencido, al fin, por la constancia de tales requerimientos, y hecha antes fervorosa oración, puso la mano sobre el niño, le bendijo y lo levantó. Al instante, en presencia y con admiración de todos, por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, se alzó completamente sano, corriendo de una parte a otra de la casa.

66. Cuando el bienaventurado Francisco llegó a Narni, donde permaneció varios días, yacía en su lecho completamente paralítico un ciudadano, llamado Pedro. Este, por espacio de cinco meses estuvo tan imposibilitado, que no podía en absoluto levantarse ni moverse, y así, perdido el uso de los pies, de las manos y aun de la cabeza, sólo podía mover la lengua y abrir los ojos. Al enterarse de que Francisco había llegado a Narni, envió recado al Obispo de la ciudad para que, compadeciéndose de él por amor de Dios, se dignase enviarle al siervo del Señor, pues confiaba que por su presencia y vista quedaría curado de la enfermedad que le aquejaba. Así sucedió, en efecto, porque al presentársele el bienaventurado Francisco y hacerle la señal de la cruz sobre el cuerpo, de la cabeza a los pies, instantáneamente se vió libre de la enfermedad. recobrando su primera salud.

CAPÍTULO XXIV

Restituye la vista a una ciega; sana en Gubio a otra enferma

67. En la misma ciudad habitaba otra mujer completamente ciega, la cual, apenas le fué hecha por el bienaventurado Francisco la señal de la cruz sobre los ojos, repentinamente recobró la deseada vista. Había en Gubio una mujer que tenía las manos tan tenazmente encogidas, que le era imposible valerse de ellas para nada. Enterada de que Francisco había entrado en la ciudad, sin esperar un instante, dirigióse a él y mostróle con rostro apenado y lleno de tristeza sus encogidos miembros. y al propio tiempo le

rogaba que pusiera sobre ellos sus manos. Movido a compasión, lo hizo, y quedaron perfectamente sanos. Volvióse en seguida la mujer, rebosante de alegría, a su casa, y con sus propias manos amasó un queso, y por sí misma lo ofreció al santo varón. Mas éste probó sólo por caridad un poquito del obsequio y ordenó a la mujer que se lo comiera con su familia.

CAPÍTULO XXV

Cura a un religioso poseso o epiléptico, y en San Geminiano libra a una posesa

68. Uno de los religiosos sufría frecuentemente tan extraña enfermedad, que horrorizaba a cuantos le contemplaban. Ignoro qué nombre darle, si bien hay quienes opinan que era cosa del diablo, pues repetidas veces se golpeaba a sí mismo, entornaba espantosamente los ojos, arrojábase al suelo y vomitaba espuma, en tanto que otras se contraían todos sus miembros o se estiraban, quedando doblados y retorcidos o rígidos y duros. En algunas ocasiones permanecía extendido y rígido, otras se elevaba cuanto alcanza la estatura de un hombre, teniendo los pies al nivel de la cabeza, y dejábase repentinamente caer en tierra. Compadecido en extremo el santo Padre Francisco de tan grave mal, fuése a él, y, hecha breve oración, hizo la señal de la cruz y le bendijo. Al instante quedó perfectamente sano y nunca más experimentó las molestias de esta enfermedad.

69. Un día, atravesó el bienaventurado Padre Francisco el obispado de Narni, y llegó al pueblo llamado San Geminiano y recibióle en hospedaje, mientras duraba la predicación, junto con los otros tres religiosos, un hombre temeroso y servidor de Dios, que gozaba de óptima reputación por los alrededores. Su mujer, en cambio, se veía atormentada por el demonio, según era fama entre los habitantes del lugar. Aquel buen hombre rogó por ella a Francisco, por cuyos méritos confiaba que quedaría su esposa libre y sana. Pero el Santo, que con más empeño buscaba las ocasiones de ser despreciado, por creerse digno de ello, que las de recibir aplausos del mundo por la manifestación de su santidad, rehusó por mucho tiempo hacer algo en este sentido. Mas, al fin, porque debía ser para gloria de Dios, pues eran en gran número los que se lo rogaban, consintió en ello. Llamó entonces a los tres religiosos que se hospedaban allí

con él y los colocó en cada uno de los ángulos de la casa, y después les dijo: *Roguemos, hermanos, por esta mujer para que el Señor, por su honor y gloria, la libre de la opresión del demonio. Permanezcamos* —añadió— *separadamente cada uno en el respectivo ángulo de la casa, para que el maligno espíritu no se burle de nosotros o pretenda engañarnos, buscando el paso por alguno de ellos.* Terminada la oración, el bienaventurado Francisco, con fortaleza de ánimo, se dirigió a la mujer, que se retorcía horriblemente y gritaba con desesperación, y le dijo: *Espíritu maligno, te mando por obediencia, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que salgas de ella y que jamás te atrevas a molestarla.* Apenas terminadas estas palabras, salió tan velozmente y con tal furor y estrépito, que el mismo Santo creyó haber sido objeto de una burla al notar tan instantánea cura y tan súbita obediencia del demonio. Al instante, como avergonzado, salió de aquel lugar, disponiéndolo así la divina Providencia para que no pudiera vanamente gloriarse. Más tarde, el bienaventurado Padre pasó de nuevo por aquel mismo lugar en compañía de fray Elias, y sabiéndolo dicha mujer, salió a recibirle, y siguiéndole en el camino le rogaba se dignara dirigirle la palabra. Resistióse Francisco al saber que era la mujer de quien en otra ocasión había arrojado por virtud divina el demonio. Mas la mujer besaba con devoción las huellas de sus pies, y daba gracias a Dios y a su siervo Francisco porque le había librado de la muerte. Venció fray Elías con humilde ruego la resistencia del Santo, quien al fin le habló, y con ello se certificó aquél de la enfermedad referida y de su completa curación.

CAPÍTULO XXVI

En Cittá Castello arroja a otro maligno espíritu

70. En Cittá Castello había otra mujer poseída del demonio. Durante la estancia de Francisco en la ciudad, dicha mujer fué conducida a la casa donde se hospedaba el Santo. Al llegar al umbral de la puerta comenzó a rechinar con los dientes, mostrar aspecto terrorífico y aullar con voz espantosa, según es costumbre de estos espíritus inmundos. Reuniéronse las gentes del pueblo, y hombres y mujeres rogaban a Francisco por aquella desgraciada, a quien el maligno espíritu oprimía con sus atropellos, y a ellos los turbaba con sus descompasados gritos. El bienaventurado Padre en-

vió al religioso que le acompañaba para que se enterase si en verdad era el demonio o un engaño mujeril. Apenas le vió la mujer, comenzó a burlarse de él, pues adivinó que no era el Santo. El bienaventurado Padre permanecía mientras tanto en el interior de la casa en oración, y, terminada ésta, salió fuera. La mujer entonces principió a temblar, luego a arrojarse por el suelo, sin poder aguantar la presencia de tanta virtud. Llamóla a sí Francisco y dijo: *Espíritu inmundo, en virtud de la obediencia te mando salgas de ella.* Al instante la abandonó sin lesión alguna, aunque con reprimida rabia. Gracias sean dadas a Dios omnipotente, que en sus obras realiza tales maravillas. Mas porque no son los milagros lo que constituye la santidad, aunque sí la demuestran, y porque nos hemos propuesto explicar la excelencia de su vida y cuán sinceramente se entregó a Dios, omitidos otros detalles, proseguiremos el relato de los actos de su santificación.

CAPÍTULO XXVII

Disposición espiritual de San Francisco. Predica en presencia del Papa Honorio. Pónese con sus religiosos bajo la protección de Hugo, Obispo de Ostia

71. El varón de Dios Francisco había aprendido a no buscar sus comodidades, sino lo más conveniente al bien de los demás; sobre todas las cosas deseaba disolverse y unirse a Cristo. De aquí que su mayor empeño fuera conservarse libre de los lazos del mundo y no turbar por un instante siquiera, ni aun levemente, la paz y serenidad de su conciencia. Hacíase insensible a todas las cosas que halagan en apariencia, y, recogidos siempre sus sentidos exteriores, vigilaba con todo el cuidado posible los movimientos más ligeros de su alma, solazándose únicamente en Dios. Anidaba en los agujeros de las peñas y su habitación eran las cavidades de las murallas. Recogíase con verdadera devoción en no frecuentadas moradas y descansaba de continuo, extático, anonadado, en las llagas del Salvador. Escogía con frecuencia los lugares solitarios para dedicarse más libre y enteramente a Dios; mas no por esto descuidaba entregarse a los negocios a él confiados, cuando era llegada la hora, y de atender con agrado al bien del prójimo. Su refugio seguro era la oración, que no era poca, ni vacía, ni presuntuosa, sino larga, por el tiempo que en ella empleaba; provechosa,

por el sentimiento; reposada, por la humildad; si la principiaba por la tarde, no le ponía término hasta casi el amanecer; ora caminase, ora estuviese sentado, comiese o bebiese, seguía su oración. Para orar iba solo de noche a las iglesias abandonadas o situadas en la soledad, y en ellas, con el auxilio de la divina gracia, llegó a dominar muchos temores y angustias de ánimo.

72. Luchaba a brazo partido con el espíritu maligno cuando éste le acometía en aquellas soledades, no sólo con tentaciones interiores, sino exteriormente con amenazas de echar por tierra los edificios bajo los que se cobijaba. Mas, conocedor el valeroso soldado de Dios que el poder de su Dueño y Señor es siempre el mismo en todas partes, no cedía ni se atemorizaba por tales amenazas, sino que repetía en su corazón: *¡Maldito!, no podrás blandir las armas de tu malicia contra mí en este solitario paraje mejor que si estuviésemos ante un inmenso público.* Ciertamente era nuestro Santo constante en sumo grado y no atendía más que a las cosas de Dios. Cuando predicaba la divina palabra ante un auditorio de miles de personas, hacíalo de ordinario con tal aplomo y seguridad, cual si hablara con un solo compañero. Consideraba a una multitud de personas como si formase una sola unidad, y por esto dirigía la palabra a un solo individuo con igual fervor que si le escuchara gran multitud. De la pureza de su pensamiento proveníale la absoluta seguridad que demostraba

San Francisco en éxtasis. (Murillo.)

en su predicación, pues aun sin prepararse discurría sobre elevadas y delicadísimas materias. Si alguna vez preparaba con atento estudio lo que debía decir, aconteciale que al principiar el sermón olvidaba en absoluto lo que había dispuesto y no le acudían otras ideas, y entonces, sencillamente y sin ruborizarse, confesaba haber preparado con antelación y mucho cuidado lo que debía decirles, pero que, por el momento, nada recordaba; y con ello llenábase luego de tanta elocuencia que asombraba a cuantos le escuchaban. Alguna vez, no ocurriéndosele palabra alguna, daba tan sólo la bendición, y con esto despedía al pueblo.

73. En cierta ocasión visitó la ciudad de Roma, por exigírselo varios asuntos de la Religión y porque deseaba mucho hablar al Papa Honorio y a los venerandos Cardenales. Súpolo el venerable Hugo, glorioso Obispo de Ostia, que profesaba al Santo especial afecto, y se llenó de alegría, a la vez que de temor, al admirar la confianza del santo hombre y considerar su purísima sencillez. Mas, confiado en la misericordia del Omnipotente, que nunca falta en el tiempo de la tribulación a los que le adoran en verdad, presentóle al Santo Padre y a los venerables Cardenales. Puesto Francisco en presencia de tantos príncipes, obtenida la licencia y la bendición, dirigióles la palabra. Hízolo con tanto fervor de espíritu que, sin contener en los estrechos límites de su pecho el entusiasmo, mientras hablaba movía su cuerpo y sus pies como quien va a saltar, no con ánimo desenvuelto, sino por el hervor de la divina caridad, y, lejos de mover a risa, excitaba tiernamente al dolor. Muchos de los presentes conmoviéronse al admirar la gracia divina y la firmeza de aquel hombre tan sencillo. Pasaba, no obstante, graves angustias el venerable Obispo de Ostia y rogaba a Dios con todo fervor que no permitiera que fuera despreciada la sencillez del bienaventurado, pues de ello le resultaría deshonra a él, toda vez que se había constituído en protector de la naciente familia.

74. Habíasele unido Francisco como un hijo a su padre o como huérfano a su madre, y reposaba tranquilo y seguro en el seno de su bondad. Y ciertamente que cumplía su encargo y hacía las veces de vigilante pastor, si bien dejaba este título para el Santo. El bienaventurado Padre preparaba las cosas convenientemente, pero aquel hábil señor hacía que llegasen a efectuarse. ¡Oh, cuántos eran, sobre todo al principio, cuando tenían lugar estos hechos, los que acechaban esta tierna planta de la Orden para hacerla desaparecer! ¡Oh, cuántos intentaban arrancar de cuajo esta escogida viña que la benignísima mano del Señor había plantado en medio del mundo! ¡Cuántos anhelaban robar y consumir sus primeros y más sabrosos frutos! Mas todos ellos quedaron reducidos a la impotencia, acosados por este amoroso señor y padre. Era él torrente de elocuencia, muro de la Iglesia, defensor de la verdad y amante de los humildes. ¡Bendito para siempre y de imperecera memoria sea el día en que el siervo de Dios se acogió a tan buen protector! Tiempo atrás, cuando Hugo desempeñaba en Toscana una legación que le confiara la Santa Sede, honor con que le distinguía frecuentemente, en ocasión en que Francisco, que no tenía más que algunos compañeros, se dirigía a Francia, pasó por Florencia, donde a la sazón se encontraba este Obispo. No les unía todavía íntima familiaridad, sino que, por efecto de la gran fama de su santa vida, simpatizaban ya mutuamente y se apreciaban en espíritu.

75. Como era costumbre en Francisco, así que llegaba a una ciudad o pueblo, visitar en primer lugar a los Obispos o sacerdotes, enterado de la estancia de tan gran Pontífice, con mucho respeto se llegó a su presencia. Apenas le vió el señor Obispo, recibióle con singular y humilde agasajo, como lo hacía siempre con los religiosos, y mayormente con los que daban tales señales de santa pobreza y bienaventurada sencillez. El señor Obispo, que era solícito en remediar la penuria de los indigentes y en atender con particularidad a sus asuntos, enteróse minuciosamente de la causa de su visita y escuchó con atención sus proyectos. Quedó tan maravillado de verle despreciador como nadie de las riquezas y tan inflamado por aquel fuego que Jesucristo vino a encender en la tierra, que su alma quedó al punto unida a la de Francisco: pidióle con devoción sus oraciones, ofreciéndole por su parte el más sincero afecto y la más decidida protección para todos sus designios. Amonestóle que abandonara el camino emprendido para poder atender más solícitamente a la formación y guarda de los que el Señor le había confiado. Al ver el seráfico Francisco que tan ilustre personaje se comportaba con ánimo tan piadoso, dulce y atractivo, y con palabras tan sinceras, alegróse en extremo, y arrojándose a sus pies, con devoto espíritu, púsose, con sus hermanos, bajo la protección del Prelado.

CAPÍTULO XXVIII

CARIDAD Y COMPASIÓN DE SAN FRANCISCO CON LOS POBRES; SUS CUIDADOS POR UNA OVEJUELA Y UNOS CORDERILLOS

76. El padre de los pobres, el pobrecillo Francisco, igualábase con los indigentes, y dolíase al encontrar otro más pobre que él, y esto no por vanagloria, sino sólo por afecto de tierna compasión; y como se sintiese dichoso con su única túnica grosera y vil, muchas veces deseaba dividirla con otro pobre. Mas, cual si fuera un pobre a quien nada le falta, llevado de su amorosa compasión, en las épocas de crudo invierno pedía a los ricos de este mundo que le prestaran para sí mantas o abrigos de pieles, a fin de atender con ellos a los pobrecillos. Como aquéllos se los entregaban con mayor presteza y sincero afecto de lo que pensara el bienaventurado Padre, decíales después con mucha gracia: *En tales condiciones los acepto, que no esperéis os los devuelva en adelante.* Y así, tan pronto como se le presentaba algún pobre, con alegría y sincero gozo le cubría con lo recibido de limosna. Molestábale mucho y sentía grave pena cuando veía despreciar a un pobre o cuando oía proferir a alguien palabras de maldición contra cualquiera criatura. Cierta vez un religioso molestó a un pobre que pedía limosna diciéndole estas palabras: «Ve con cuidado, no sea que te finjas pobre. y seas rico.» Oyólo el padre de los pobres, el bienaventurado Francisco; ofendióse en gran manera, y, después de reprender severamente al religioso, le ordenó que se quitara el hábito delante del pobre, y que, besándole los pies, le pidiera perdón. Porque solía decir: *Quien desprecia a un pobre, hace una injuria a Cristo, cuya señal lleva: Cristo se hizo pobre por nosotros en este mundo.* Con frecuencia, al hallar a los pobres cargados con haces de leña u otras cargas, les ayudaba, aunque no eran muchas sus fuerzas, y compartía con ellos el peso.

77. Tanta era su caridad, que sus entrañas se conmovían profundamente, no sólo a la vista de los sufrimientos de los hombres, sino también de los brutos animales, de los gusanos, aves y demás criaturas sensibles, y aun de las insensibles. Entre toda clase de animales sentia mayor ternura y simpatía por los corderillos, porque en las Sagradas Escrituras la humildad de Nuestro Señor Jesucristo es comparada frecuentemente, y con mucho acierto, a la mansedumbre del cordero. Acariciaba muy tiernamente y miraba con la mayor compasión aquellas cosas en las cuales podía adivinarse alguna semejanza o alegoría del Hijo de Dios. En cierta ocasión, al pasar por la Marca de Ancona y predicar la divina palabra en la misma ciudad, dirigiéndose a Osimo, con el ilustre Pablo, a quien había constituido Ministro de todos sus frailes en aquella provincia, dió en una pradera con un pastor que apacentaba un rebaño de cabras y machos cabríos. Entre la multitud de cabras distinguió una ovejuela que pacía quieta y tranquilamente. Al verla el bienaventurado Francisco, detúvose en el camino, y con doloroso acento y sin poder reprimir los sollozos dijo al religioso que le acompañaba: *¿No ves aquella pobre ovejuela que tan mansamente está entre los machos cabríos y las cabras? Así, manso y humilde, sin duda, andaba Jesucristo entre los fariseos y príncipes de los sacerdotes. Pidote, pues, por amor de Dios, hijo mio, que me acompañes en la compasión hacia esa pobrecilla ovejuela, y que, mediante lo que sea, la saquemos de entre estos machos y cabras.*

San Francisco acaricia a los animales. (Führich.)

78. Fray Pablo, admirado de su compasión, sintióse también profundamente conmovido. Pero, como no tuvieran nada más que las raídas túnicas que vestían, y, por otra parte. deseaban satisfacer el precio, al instante, presentóseles un comerciante que iba de viaje y les regaló el dinero que necesitaban. Entonces ellos, con sinceras gracias a Dios, compraron la ovejita y llegaron luego a Osimo, donde se pre-

sentaron al Obispo de la ciudad, quien los recibió con grandes demostraciones de respeto. Extrañábase, con todo, el señor Obispo de la ovejuela que el siervo de Dios llevaba consigo y del particular cariño que parecía tenerle. Mas el siervo de Dios tejióle tan hermosa y singular parábola sobre la oveja, que el Obispo quedó admirado y conmovido y bendijo al Señor por la pureza y sencillez de Francisco. Al siguiente día salió de la ciudad, y resolvió lo que debía hacer de la ovejita, pues, por consejo de su compañero y hermano, la entregó, para que la cuidara, al monasterio de las religiosas de Cristo, de San Severino. Las venerables esposas de Jesucristo la aceptaron con no pequeña alegría, reputándolo como rico tesoro que Dios les regalaba. Guardáronla con solicitud mucho tiempo, y después tejieron de su lana una túnica, que enviaron al bienaventurado Padre, quien, con motivo de la celebración de un Capítulo, se hallaba en Santa María de la Porciúncula. Recibióla Francisco con gran reverencia y alegría de ánimo, y la besó repetidas veces, y convidó a los circunstantes para que se unieran a su gozo.

79. Pasaba otra vez por la misma Marca, acompañado fervorosamente del mismo religioso, y salióles al encuentro un individuo que llevaba, atados y colgados del hombro, dos tiernos corderillos para venderlos en el mercado. Como oyera Francisco sus balidos, sintió conmovérsele las entrañas, y llegándose a ellos los acarició tiernamente, y demostró tanto afecto de compasión cual una madre que oye llorar a sus hijitos. Luego dijo al aldeano: *¿Por qué haces sufrir a mis hermanos los corderillos, llevándolos atados y colgados?* A lo que respondió aquél: «Llévolos al mercado para venderlos, pues necesito el dinero que pueden valer.» Insistió el Santo: *¿Qué será después de ellos?* Contestó aquél: «Los compradores, sin duda, los matarán y comerán después.» *No quiera Dios que así sea*—dijo el Santo—; *tómate por precio este manto que traigo encima y dame los corderillos.* Entregó aquél los dos animalitos y se quedó muy satisfecho con el manto, que era de más subido precio y que el Santo aquel mismo día había recibido prestado de un poderoso señor para que se resguardase del intenso frío que hacía. En posesión de los corderillos meditaba con interés qué haría de los mismos, y consultado el caso con el compañero de viaje, devolvióles a aquel hombre para que los cuidara, con la estricta condición de que nunca debía venderlos ni hacerles el menor daño, sino conservarlos, alimentarlos y atenderlos con esmero.

CAPÍTULO XXIX

Del amor que por respeto al Criador profesaba Francisco a todas las criaturas. Semblanza espiritual y corporal

80. Sería excesivamente prolijo, y aun imposible, enumerar y referir todo lo que hizo y enseñó el glorioso Padre San Francisco mientras vivió. ¿Quién podrá jamás expresar todo el intensísimo aprecio que tenía su corazón a las cosas de Dios? ¿Quién podrá explicar la dulzura que inundaba su espíritu al contemplar en las criaturas la sabiduría, el poder y la bondad del Criador? Llenábase de inefable gozo cuantas veces miraba el sol, o contemplaba la luna, o dirigía su vista a las estrellas y al firmamento. ¡Oh piedad sencilla, oh religiosa sencillez! Aun por los despreciados gusanillos sentía indecible afecto, porque recordaba haberse dicho del Salvador: «Gusano soy y no hombre.» Y, obligado de su cariño, recogíalos del camino y dejábalos en lugar seguro para que no fueran aplastados por los pies de los transeúntes. ¿Qué diré de aquellas más insignificantes criaturas, las abejas, para las cuales en el rigor del invierno hacía servir miel y vino generoso a fin de que no pereciesen? Consideraba las aptitudes que demostraban las abejas, y sentíase en tanto grado movido a la alabanza de Dios, que más de una vez llegó a emplear un día entero en elogiar sus labores y las de las demás criaturas. A semejanza de los tres jóvenes, que al pasear por entre las llamas convidaban a todos los elementos a alabar y engrandecer al Criador admirable, también Francisco, lleno del espíritu de Dios, no se cansaba de glorificar, alabar y bendecir en todas las cosas al soberano Criador y conservador de las mismas.

81. ¿Quién se puede figurar la alegría desbordante de su espíritu al contemplar la lozanía de las flores y la variadísima constitución de su hermosura, así como la percepción de la fragancia de sus aromas? Divisaba luego al punto su pensamiento la hermosura de aquella otra flor que, brotada de la raíz de Jesé, en tiempo de exuberante primavera, resucitó con su gratísima fragancia millares de almas muertas. Cuando daba con multitud de flores, predicábales cual si estuvieran dotadas de inteligencia, y las invitaba a alabar al Señor. Asimismo convidaba con ternísima y conmovedora sencillez al amor divino y exhortaba a

la gratitud a los trigos y viñedos, a las piedras y a las selvas, a las llanuras del campo, a las corrientes de los ríos, a la ufanía de los huertos, a la tierra y al fuego, al aire y al viento. Finalmente, daba el dulce nombre de hermanas a todas las criaturas, de quienes, por modo maravilloso y de todos desconocido, adivinaba los secretos, como quien goza ya de la libertad y la gloria de los hijos de Dios. ¡Oh, buen Jesús, alábete ahora en los cielos, admirable en los santos, quien viviendo en la tierra te predicó a todos los seres infinitamente amable!

82. Elevábase sobre toda humana consideración cuando oía, ¡oh Dios mío!, pronunciar tu santo nombre, y, al experimentar indecible gozo y repleto de purísima satisfacción, parecía más bien un hombre nuevo y venido de otro mundo. Por esto también, dondequiera que hallaba en el suelo un escrito, fuera en la vía pública o en casa, o que hablara de asuntos espirituales o temporales, recogíalo con gran reverencia y lo colocaba en lugar resguardado y decente, no fuera caso que en él estuviera escrito el santo nombre de Dios o de él tratara. Cierto día preguntóle un religioso por qué recogía con idéntico cuidado los escritos de los paganos donde no estaba escrito el sacrosanto nombre del Señor, a lo que respondió: *Hijo mío, porque en ellos se contienen las letras con las cuales se forma el venerando nombre de Dios. Lo bueno que en ellos hay no pertenece a los paganos ni a algún hombre en particular, sino sólo a Dios, de quien procede todo bien.* Y, lo que no es menos de admirar, cuando hacía escribir algunas cartas, ya de salutación, ya de consejo, no permitía que de las mismas se borrase palabra alguna que pareciera superflua o no competente, y ni siquiera una sílaba.

83. ¡Oh, y cuán hermoso, atractivo y aureolado de gloria se mostraba con la inocencia de la vida, con la sencillez de las palabras, con la pureza de corazón, con el amor de Dios, con la caridad fraterna, con la obediencia incondicional, con el afectuoso trato, con su aspecto casi angélico! Reposado en el obrar, obsequioso por naturaleza, afable en la conversación, comedido en los avisos, fidelísimo en los compromisos, previsor en los consejos, constante en las obligaciones y en todo lleno de gracia. Sereno en la inteligencia, dulce en el ánimo, sobrio en el espíritu, absorto en la contemplación, asiduo en las oraciones y siempre fervoroso. Constante en el buen propósito, firme en la virtud, perseverante en la gracia y en todas las ocasiones siempre el mismo. Prontísimo en el perdonar, tardío en el airarse, de ingenio elevado, de privilegiada memoria, sutil en la discusión, circunspecto en la elección y en todo sencillísimo. Riguroso consigo mismo, compasivo con los demás y siempre discreto. Sumamente expresivo, rostro alegre, aspecto benigno, diligente e incapaz de arrogancia. De mediana estatura, más bien pequeño que alto; cabeza redonda y bien proporcionada, cara un tanto alargada en óvalo, frente llana y pequeña; ojos ni grandes ni pequeños, negros y de sencilla mirada; cabellos de color oscuro, cejas rectas, nariz bien perfilada, enjuta y recta; orejas levantadas, pero pequeñas; sien aplanada, lengua insinuante, fogosa y aguda; voz vehemente, dulce, clara y sonora: dientes apretados, iguales y blancos; labios pequeños y delgados, barba negra, algo rala: cuello delgado, espaldas rectas, brazos cortos, manos delicadas, dedos largos, uñas finas, piernas delgadas, pies reducidos, piel suave y enjuto de carnes; vestido áspero, sueño brevísimo y trabajo continuo. Porque era humildísimo, demostraba gran mansedumbre en el trato con los hombres. conformábase fácilmente con las costumbres de todos. Era el más santo entre los santos, y entre los pecadores reputábase uno de ellos. ¡Socorre, pues, a los pecadores, Padre santísimo y compasivo amador de los miserables, y a los que al presente ves desgraciadamente envueltos en la inmundicia de los pecados, dígnate librarles misericordiosamente con tus poderosísimos sufragios!

CAPÍTULO XXX

Prepara un pesebre el día del nacimiento de Nuestro Señor

84. La suprema aspiración, el más vehemente deseo y el más eficaz propósito de nuestro bienaventurado Francisco era guardar en todo y por todo el santo Evangelio y seguir e imitar con toda perfección y solícita vigilancia, con todo el cuidado y afecto de su entendimiento y fervor de su corazón los pasos y doctrinas de Jesucristo Nuestro Señor. Con asidua meditación recordaba sus divinas palabras y con sagaz penetración consideraba sus obras. Pero lo que ocupaba más de continuo su pensamiento, y tanto que apenas quería pensar en otra cosa, era la humildad de su encarnación y el amor infinito de su pasión santísima. Ciertamente es digno de piadosa y eterna memoria lo que, tres años antes de su gloriosa muerte, llevó a cabo el día de Navidad en honra de Nuestro Señor Jesucristo. en un pueblo por

nombre Greccio. Moraba en aquel lugar un digno señor llamado Juan, de buena reputación y mejor vida, a quien Francisco profesaba amistad singular, porque si era en aquella tierra noble y muy honrado, despreciaba la nobleza de la carne y sólo atendía a conseguir la nobleza del espíritu. Quince días antes de Navidad llamóle Francisco como hacía otras veces, y le dijo: *Si deseas que celebremos en Greccio la próxima fiesta del natalicio divino, adelántate y prepara con diligencia lo que voy a indicarte. Para hacer memoria con mayor naturalidad de aquel divino Niño y de las incomodidades que sufrió al ser reclinado en un pesebre y puesto sobre húmeda paja junto a un buey y un asno, quisiera hacerme de ello cargo de una manera palpable y como si lo presenciara con mis propios ojos.* Oyó esto el buen hombre y apresuróse a preparar en aquel lugar todo lo que le había dado a entender a Francisco.

San Francisco adora al Niño Jesús. (Florentino.)

85. Llegó por fin el día de la alegría y la hora de la satisfacción apetecida. Fueron convidados religiosos de varias partes, los hombres y mujeres del lugar, según su posibilidad, y con íntimo gozo, con luces y hachas, se dispusieron a iluminar aquella noche, que con inmensa claridad, cual astro refulgente, irradia sobre los días y los años. Llega en último lugar el siervo de Dios, y hallándolo todo a punto según lo deseara, alégrase en extremo. Dispónese luego el pesebre, acomódase la paja y se trae el buey y el asno. Hónrase allí la sencillez, se elogia la pobreza, se celebra la humildad, y Greccio se convierte en otra ciudad de Belén. Queda la noche iluminada como claro día y da placer a los hombres y a los animales. Llegan los pueblos y animan con nuevo entusiasmo y fervor aquel admirable misterio. Resuenan en el valle las voces, y los ecos responden con estremecimiento. Cantan los religiosos y entonan las divinas alabanzas y transcurre la noche en santa alegría. Contempla extático el siervo de Dios el pesebre, suspira tiernamente y se le adivina rebosante de ternura anegado en mar de celestiales goces. Celébrase el santo sacrificio de la misa junto al pesebre, y el sacerdote disfruta de inusitado consuelo.

86. Viste Francisco los ornamentos sagrados propios del grado de diácono, a cuyo orden estaba elevado, y con voz conmovida entona el santo Evangelio. Y aquella voz insinuante y dulce, clara y sonora, convida a todos a los premios eternos. Predica después al pueblo que le rodea, y de sus labios brotan dulcísimas palabras sobre el nacimiento del Rey-pobre y de la insignificante ciudad de Belén. Cuando ha de pronunciar el dulce nombre de Jesús, ardiendo en flagrantísimo amor, llámale, con sin igual ternura, el Niño de Belén; y esta palabra, a causa del estremecimiento y emoción, percíbese como tierno balido de oveja, y su boca llénase, más que con el nombre, con el dulce afecto que al pronunciarlo experimenta. Su lengua, cuando ha de nombrar al Niño de Belén o el nombre ternísimo de Jesús, muévese alrededor de los labios cual si lamiese y saborease algo dulcísimo y gustase el grato sabor de aquella divina palabra. El Altísimo multiplicó sus maravillas, pues un hombre piadoso de los que allí había contempló una admirable visión. Vió un niño exánime reclinado en el pesebre, al cual se acercó el santo varón de Dios y lo resucitó tan suavemente cual si le despertara del sopor del sueño. Tuvo esta visión particular sentido, y ciertamente muy adecuado, porque significaba que habiendo sido echado en olvido el divino Jesús y arrojado de muchos corazones, resucitó por su siervo Francisco, con el auxilio de la divina gracia, y quedó impreso en los corazones deseosos de verdad. Cesaron, por fin, los solemnes cultos, y cada cual volvió a su casa lleno de gozo y alegría.

87. Conservóse la paja que se colocara en el pesebre, para remedio de los animales, por si el Señor manifestaba su misericordia en caso de necesidad. Y, en efecto, así sucedió, pues muchos animales de toda la región aquejados de diversas enfermedades, hallaron el conveniente remedio al comer de aquella paja. Aún más: muchas mujeres, al acercarse el tiempo de su laborioso parto, colocaban sobre sí de aquel heno y daban a luz con toda felicidad; y de la misma suerte, toda clase de personas aquejadas de distintos males obtuvieron con este remedio la deseada salud. Consagróse más tarde el lugar del pesebre en templo del Señor, y construyóse allí mismo un altar y se edificó una capilla en honor del beatísimo Padre Francisco, a fin de que allí donde algún tiempo habían comido su pienso de paja los ani-

males, de allí en adelante los hombres, para la salud de su alma y de su cuerpo, comieran las carnes del Cordero sin mancilla, Jesucristo Nuestro Señor, que con suma e inefable caridad se nos dió a sí mismo, el cual vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo, Dios eternamente glorioso, por los siglos de los siglos. Amén. Aleluya, aleluya.

FIN DEL LIBRO PRIMERO DE LA VIDA Y HECHOS DEL BIENAVENTURADO FRANCISCO

LIBRO SEGUNDO

LA VIDA DE LOS ÚLTIMOS AÑOS Y EL TRÁNSITO FELIZ DE NUESTRO BIENAVENTURADO PADRE FRANCISCO

CAPÍTULO I

88. En el tratado anterior, que con la gracia de Dios hemos llevado a debido término, dejamos escrita la vida y los hechos de nuestro beatísimo Padre Francisco, hasta el año dieciocho de su conversión. Vamos a anotar brevemente en este opúsculo, según los informes que llegaron a nosotros, los últimos años de su vida, desde el año penúltimo; sin pretender agotar la materia, sino indicar únicamente los sucesos principales, a fin de que los que deseen decir más siempre tengan algo que añadir.

El año de la encarnación del Señor, 1266, indicción décimocuarta, el 3 de octubre, domingo, nuestro bienaventurado padre San Francisco, habiendo imitado la vida y los trabajos de los apóstoles, libre ya de la carga del cuerpo, coronando con mejor fin sus halagüeños principios, voló para su dicha a la mansión de los eternos goces en la ciudad de Asís, su pueblo natal, en Santa María de la Porciúncula, donde había echado los fundamentos de su Orden de Menores, cumplidos veinte años de su total entrega a Cristo. Fué colocado su sacro y precioso cuerpo, y sepultado honoríficamente con himnos y alabanzas, en la misma ciudad, y allí brilla con multitud de milagros para gloria del omnipotente Dios. Amén.

89. Porque Francisco no fué educado desde su más tierna juventud en los caminos y conocimientos del Señor, permaneció mucho tiempo en su natural ignorancia y en el hervor de las pasiones, hasta que, por mudanza de la diestra del Excelso, apartóse del pecado, y, con el auxilio y virtud del Altísimo, vióse colmado de sabiduría celestial sobre todos los de su época. Pues. entibiada, no tanto en los individuos como

en la generalidad del pueblo cristiano, la doctrina práctica del Evangelio en muchos lugares, fué él enviado por Dios para que universalmente, en todas partes, a imitación de los apóstoles, diera testimonio de la verdad. De suerte que pronto, con su elevada doctrina, demostró a la faz del mundo que la sabiduría de este siglo es ignorancia suprema, y en poco tiempo, con el auxilio de Cristo, rindióla a la verdadera sabiduría de Dios por medio de la sencillez de la predicación. Porque en estos nuestros días, el nuevo evangelista allanó por todo el orbe, a modo de ansiado riego procedente de las fuentes del paraíso, los caminos del Hijo de Dios y predicó con el ejemplo y en verdad su doctrina. Gran novedad y alegría inesperada resultó por ello en todo el mundo, haciendo florecer los antiguos y olvidados gérmenes de la religión primitiva. Difundióse en los corazones escogidos un nuevo espíritu y derramóse entre ellos, como una unción saludable, cuando, cual otra de las estrellas del firmamento, brilló el humilde y santo servidor de Cristo con nueva luz y nuevos prodigios. Reprodujéronse por su medio los antiguos milagros, al ser trasplantada en el desierto de este mundo, con nuevo orden, aunque con la antigua usanza, la vid exuberante de frutos, que extiende por doquier las ramas de la religión sagrada y regala flores de suavidad con el buen olor de las santas virtudes.

90. Pues, aunque era flaco como cualquiera de nosotros, no se contentó con los preceptos comunes, sino que, ardiente en caridad encendidísima, emprendió decididamente el camino de la perfección, prosiguiólo con la mayor santidad y llegó a la meta de sus aspiraciones. De aquí que en él y en sus actos puedan hallar documentos eficacísimos y ejemplos admirables de santas acciones toda suerte de personas de cualquier sexo y de toda edad. Si alguien se determina a ejecutar grandes cosas y pretende obtener el más subido grado de vida santa, mírese en el espejo de su vida y aprenda toda perfección. Si otro se contenta con medios más humildes y asequibles, y teme arriesgarse en caminos arduos y subir la cuesta de la montaña, aun en este grado hallará en él modelo acomodado. Por último, si alguien desea prodigios y milagros, ponga la vida en su santidad y hallará lo que desea. Y ciertamente su gloriosa vida brilla con luz más refulgente que la perfección de los primeros santos, de lo cual es inconcuso testimonio la pasión de Jesucristo y su cruz. En efecto, el santo Padre vióse sellado en cinco partes del cuerpo con la señal de la cruz, no de otra suerte que si, juntamente con el Hijo de Dios, hubiera pendido del sacro madero. Este prodigio es maravilloso y evidencia la distinción suma de su encendido amor; pero en él se encubre un oculto

designio y permanece velado un sagrado misterio, que juzgamos conocido sólo de Dios y revelado en parte por el mismo Santo únicamente a alguien en particular. Por esto no es necesario insistir mucho en los elogios, en especial cuando su gloria se cifra en Aquel que, al dar los premios de la verdadera luz o conocimiento, constituye la alabanza, el origen y el más encumbrado honor de todos. Bendiciendo, pues, al Dios Padre, verdadero y glorioso, reanudemos el hilo de la historia.

CAPÍTULO II

Vehemente deseo de Francisco de conocer la voluntad del Señor y cómo se le manifiesta al hojear el Libro sagrado

91. Un día, el bienaventurado y venerable Padre, deseoso de entregarse por completo a Dios y de sacudir de sí el polvillo que pegársele pudiera en su trato con los hombres, abandonadas las muchedumbres que cada día, con creciente e indescriptible afición, a él acudían, se retiró a un lugar de descanso acomodado para el recogimiento. Era costumbre suya repartir el tiempo, que tan pródigamente se nos da para merecer la gracia, según lo creía más conveniente, ya dedicándolo al provecho del prójimo, ya destinándolo a las suaves delicias de la contemplación. Reunió a este fin unos pocos compañeros, aquellos cuya conversación espiritual sobresalía entre los demás, para que le defendiesen del asedio e inquieto trato de los hombres, y sobre todo apreciasen y se dieran a la silenciosa quietud. Habiendo permanecido algún tiempo en aquel retiro, como se hubiera familiarizado sobremanera con Dios por la asidua oración e incesante meditación, sintió deseos de conocer qué sería más acepto al Rey eterno de cuanto había en él o podía haber. Afanosamente buscaba y devotamente deseaba dar con la manera más a propósito, con el medio más adecuado para entregarse con más encendido anhelo al Señor y unirse a El más perfectamente, según el consejo y beneplácito de su voluntad. Esta fué siempre su elevada ciencia, ésta la única ansia que durante su vida abrigó de continuo para indagar de los sencillos y de los sabios, de los adelantados en la perfección y aun de los imperfectos, cómo podría hallar el camino de la verdad y llegar a la encumbrada cima de su aspiración.

92. Siendo el más perfecto entre los perfectos, no se con-

tentaba con serlo y se creía abrumado de imperfecciones. Había visto y gustado por propia experiencia cuán bueno, suave y dulce se muestra el Señor con los que tienen rectitud de corazón y le buscan en la pura sencillez y en la verdadera pureza. La dulzura y suavidad infusas que se le comunicaban de lo alto. y que es singular don que más raramente suele concederse, le hacían salir de sí mismo, y, absorto en dicha tan inefable, deseaba con toda su alma trasladarse totalmente a aquel lugar adonde, superando su propia naturaleza, había en parte ascendido. Francisco, lleno del espíritu de Dios, estaba siempre dispuesto, de dársele opción, a tolerar toda clase de angustias del ánimo y sufrir todos los martirios corporales para que se cumpliese en él, sin faltar una tilde, la voluntad del Padre celestial. Cierto día acercóse al sagrado altar que había sido construído en el eremitorio donde moraba y, tomando el libro en que hay escritos los sagrados Evangelios. los colocó con mucha reverencia sobre el altar. Después, postrado con el corazón y con el cuerpo en afectuosa oración, rogó con humilde plegaria al benignísimo Señor y Padre de toda misericordia y Dios de todo consuelo que se dignara significarle terminantemente toda su voluntad. Para satisfacer mejor el deseo, tiempo atrás concebido con toda sencillez y recta intención, de saber qué cosa era la más conveniente para él, rogaba que se la indicase el Señor en la primera apertura del libro. En lo cual conducíase por el espíritu de los más perfectos y santos varones que, en su afán de mayor santidad. habían hecho cosa semejante con intención devota y perfecta.

93. Levantóse después de la oración y, humildemente y con ánimo compungido, armándose antes con la señal de la santa cruz, tomó del altar el libro y con gran reverencia y temor lo abrió. Y lo primero que se ofreció a su vista fué la historia de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, pero en el punto donde se anuncian sus sufrimientos. Mas, para no caer en ilusión y para que no se creyera que había sucedido al acaso, dos o tres veces que de nuevo abrió el libro, otras tantas dió con los mismos o parecidos textos. Con lo cual entendió el Santo, inundado del espíritu de Dios, que estaba destinado a entrar en el reino de Dios por medio de grandes tribulaciones, de muchas angustias y de numerosos martirios. Mas no se turbó el fortísimo soldado por las inminentes luchas que le esperaban, sino que con ánimo generoso resolvió pelear las lides del Señor en los campos de este mundo. No temió sucumbir al enemigo quien nunca fué vencido por sí mismo, habiendo sostenido por mucho tiempo trabajos sobre las fuerzas humanas. A la verdad, ardía en fuego sagrado, v. si en tiempos pasados pudo tener quien le igualase en las

intenciones, no se le ha hallado superior en las ansias y en el deseo. Conocía ser mejor obrar las cosas perfectas que encomiarlas y darles siempre cumplimiento, no ya con palabras, que no hacen el bien, aunque lo publican, sino con santas obras. Veíasele siempre animado e imperturbable, entonando para sí y para Dios cánticos de alegría en su corazón. De aquí que fué merecedor de más grandes consuelos quien se regocijaba en los insignificantes. porque al fiel en lo poco se le galardona con lo mucho.

CAPÍTULO III

Aparición del serafín en forma humana, crucificado

94. Permanecía aún en el eremitorio, que del lugar donde está enclavado llámase Alverna, cuando dos años antes de que su alma volara al cielo, vió Francisco, por voluntad de Dios, un hombre, cual un serafín con seis alas, crucificado y con las manos extendidas y los pies juntos, que permanecía ante su vista. Dos alas se elevaban sobre su cabeza; otras dos se extendían para volar, y las dos restantes cubrían todo el cuerpo. Admirado de esta visión, el servidor del Altísimo llenábase de grande estupor y no podía penetrar el significado de la misma. Alegrábase en gran manera y gozábase íntimamente con la afable y graciosa presencia del serafín que tenía delante, cuya hermosura y belleza eran en extremo inefables; mas le afligía y amargaba cruelmente su crucifixión y la acerbidad de sus tormentos. Levantóse, a la vez afligido y gozoso y con extrañas alternativas de pena y contento. Preguntábase con ansia qué podía significar aquella visión, y su espíritu penaba discurriendo múltiples y opuestos significados. No acababa de penetrar todavía el sentido, y apenas se había repuesto de la novedad de la visión, cuando comenzaron a percibirse y aparecer en sus manos y pies las señales de los clavos, idénticos a los que notara en el serafín alado y crucificado.

95. Veíanse las manos y los pies traspasados en su mitad o centro y las cabezas de los clavos aparecían en la parte interior de la mano y en la superior de los pies, y sus puntas en la parte opuesta. Las señales de la palma de las manos eran redondas y por encima puntiagudas, de modo que se advertían algo más carnosas, como si las puntas salientes de los clavos hubieran sido retorcidas y machacadas sobresaliendo del resto de la carne. En idéntica forma estaban impresas las señales en los pies y más prominentes que lo

restante. El costado derecho estaba atravesado como por una lanza, por cuya cicatriz abierta derramaba muchas veces sangre tan abundante, que llegaba en ocasiones a teñir la túnica y aun los paños menores. ¡Oh, y cuán pocos, mientras vivió el crucificado servidor de Dios, merecieron ver la sagrada Llaga del costado! ¡Dichoso Elías que en vida del Santo mereció contemplarla; y no menos feliz Rufino, que con sus propias manos llegó a tocarla! Pues, como una vez dicho fray Rufino metiese la mano en el seno del santísimo Padre para friccionarle, deslizósele un tanto hasta llegar al costado derecho, y entonces, al acaso, tocó aquella preciosa cicatriz. A cuyo tacto el siervo de Dios experimentó gravísimo dolor, y alejando la imprudente mano, pidió al Señor que le perdonara. Con extrema solicitud ocultaba estas cosas a los profanos, y tanto que aun las escondía a los más allegados, de modo que los mismos religiosos que con él moraban y los compañeros devotísimos que siempre le seguían lo ignoraron por mucho tiempo.

Impresión de las Llagas. (A. Durero.)

96. Mas, aunque el siervo y amigo del Altísimo se viera enriquecido con tantos y tan prodigiosos favores, cual preciosísimas margaritas, y se reconociera elevado sobre la gloria y honor de los demás hombres, no se envaneció en su corazón ni buscó con ello el complacer en algo el apetito

de la vanagloria; por el contrario, para que la honra humana nada se apropiase de la gracia recibida, esforzábase por todos los medios a su alcance en ocultar tales maravillas. Tenía por costumbre nuestro Santo callar a todos o a casi todos sus secretos, temeroso de que por su revelación se le tuviera mayor afecto y reverencia, en menoscabo del favor recibido, como suele acontecer por parte de los predilectos. Tenía profundamente grabado en su corazón y repetía con frecuencia el texto del profeta: «Oculté en mi corazón tus palabras para no ofenderte.» Si, visitado por algunos seglares, deseaba terminar la conversación con ellos, servíase de esta señal que había dado a los hermanos y demás que le acompañaban: que cuando le oyeran recitar el antedicho versículo, pronta y cortésmente despidieran a los que habían ido a visitarle. Pues sabía por experiencia que es grave mal revelar las cosas a todos, reconociendo que es imposible que sean de veras espirituales aquellos cuyos secretos no son mayores y más numerosos que lo que aparece exteriormente, y que por sus exterioridades pueden ser juzgados por toda suerte de personas. No se le ocultaba que algunos en lo exterior estaban con él acordes, pero que en lo interior distaban mucho de él; que aplaudían delante, mas se burlaban en la ausencia; que para sí habían conquistado buen concepto, y que lograban hacer sospechosos a los intachables. Con frecuencia la mentira se esfuerza en denigrar a la pureza, y por esa mentira, que es para muchos una cosa muy natural, no se da crédito a la verdad, que es profesada por un corto número.

CAPÍTULO IV

Fervor de San Francisco. Su enfermedad de la vista

97. Por este tiempo vió el Bienaventurado herido su cuerpo por varias dolencias, más agudas y dolorosas que las hasta entonces experimentadas. Sin duda que sus enfermedades provenían de las continuas penitencias y maceraciones con que castigara su carne en años pasados. Ya que, por espacio de dieciocho cabales, apenas si dió descanso a su cuerpo en medio de los largos y penosos viajes a través de varias naciones para sembrar por doquier la semilla de la palabra de Dios, con aquel espíritu decidido, entusiasta y fervoroso que tanto le distinguía. Llenaba toda la tierra del espíritu del santo Evangelio; visitaba muchas veces en un solo día cuatro o cinco pueblos o ciudades, evangelizaba

en cada una de ellas el reino de Dios y edificaba no sólo con la palabra, sino mucho más con el ejemplo, pues toda su persona predicaba. Tanta era la concordia del espíritu y de la carne y tanta su obediencia que, cuando aquél ambicionaba adquirir la santidad, ésta no sólo no oponía el menor obstáculo, sino que se adelantaba, cumpliéndose lo que está escrito: «Mi alma suspira por ti y más violentamente mi cuerpo.» La constancia en la sujeción la había trocado en cosa voluntaria, y la humillación diaria le había hecho alcanzar el grado de tan elevada virtud, porque el hábito se convierte muchísimas veces en naturaleza.

98. Mas porque, según el modo de ser de la naturaleza humana, es preciso que el hombre exterior pierda de día en día sus fuerzas aunque el interior se sienta más rejuvenecido cada vez, aquel precioso cuerpecillo que contenía tan celestial tesoro comenzó a desmoronarse por todas partes y sintió desfallecer su vigor. Sin embargo, porque al morir el hombre debe emprender nuevo vuelo, y cuando más se acaba más trabaja su carne flaca, tornábasele el espíritu más pronto y ligero. Con tanto celo ansiaba la salvación del prójimo y anhelaba el bien espiritual de su alma que, cuando no podía evangelizar los pueblos a pie, se hacía conducir montado en un jumentillo. Instábanle repetidas veces los religiosos, de la manera más adecuada que les sugería su amor y reverencia a tan santo Padre, que debía cuidar de su quebrantada salud y buscar alivio en sus dolencias, consultando a los médicos. Pero, fijo su noble espíritu en el cielo y deseando disolverse y pertenecer por completo a Cristo, rehusaba absolutamente hacerlo, y no llena aún la medida de los dolores de Cristo que en su carne debía experimentar, aunque se hallaba condecorado con las cinco preciosísimas y dolorosas llagas, vióse asaltado de gravísima dolencia en los ojos, con lo cual multiplicó el Señor su misericordia en su siervo. Aumentaba de dia en día su enfermedad, a causa del descuido con que era tratada, por lo que fray Elías, a quien el Santo escogiera en lugar de madre y para que hiciera con los demás religiosos las veces de padre, obligóle a que no rehusase la medicina, sino que la tomara en nombre del Hijo de Dios, por quien había sido creada, según está escrito: «El Dios Altísimo de la tierra creó la medicina y el varón prudente no la despreció.» El bienaventurado Padre inclinó su juicio con sumisión y con toda humildad obedeció las órdenes del que le aconsejaba.

CAPÍTULO V

Francisco es recibido por el señor Obispo de Ostia, Hugo, en la ciudad de Rieti. El Santo le anuncia su próxima elevación al solio pontificio

99. Ninguno de los muchos medicamentos que se le hacían tomar para su remedio le aprovechó en algo, y al no experimentar alivio en sus dolencias, se dirigió a la ciudad de Rieti, en la que era voz de la fama que había un médico peritísimo en el arte de curar. Llegado que hubo a la ciudad, fué recibido con muestras de afecto y de honor por toda la Curia Romana, que en aquel entonces tenía allí su residencia; pero de un modo especial lo fué de Hugo, Obispo de Ostia, que era sumamente apreciado por la austeridad de sus costumbres y por la santidad de su vida. Porque a éste le era agradable la santa pobreza y tenía en muy alto concepto la santa sencillez, habíale escogido el santo Patriarca por padre y señor de toda la Religión y Orden de sus frailes, con anuencia y aplauso del señor Papa Honorio. Hugo ajustábase en todo a las costumbres de los religiosos, y en su deseo de perfección hacíase sencillo con los sencillos, humilde con los humildes, y con los pobres, pobre. Y en cuanto le era dado procuraba imitar su vida y costumbres, haciéndose fraile entre los frailes, y entre los menores, mínimo, como cualquiera de ellos. Mostrábase celoso en propagar la sagrada Religión, y por la fama de santa vida que gozaba llegó a extender la Orden a muy remotas tierras. Habíale dotado el Señor de palabra fácil y erudita, y con ella confundía a los adversarios de la verdad y refutaba a los enemigos de la cruz de Cristo; con ella reducía al bien a los extraviados, pacificaba las discordias, estimulaba a los buenos y los unía con el vínculo más fuerte de la caridad. Lucía en la Iglesia de Dios cual antorcha que ilumina y abrasa y como saeta escogida dispuesta para el debido tiempo.

100. ¡Oh, cuántas veces despojado de sus ricos hábitos y vestido humildemente, descalzos los pies, y pareciendo uno cualquiera de los religiosos, solía postrarse en silenciosa oración! Tales acciones en presencia del prójimo sólo las ejecutaba cuando era conveniente, mas en la presencia del Señor siempre las practicaba. Por todas estas virtudes Dios le eligió para pastor universal de su Iglesia santa y le elevó sobre todas

las eminencias de la tierra. Para que se conociera ser ello inspirado divinamente y ser voluntad de Jesucristo, predíjolo de palabra mucho tiempo atrás el bienaventurado Padre y lo significó en sus actos. En efecto, habiendo crecido en número la Orden de religiosos Menores, y como se elevara cual cedro plantado en el fertilísimo campo del Señor a lo más encumbrado por los méritos de sus perfectos varones, y produjera como viña escogida abundantes y sabrosos frutos por toda la extensión de la tierra, presentóse el humilde Francisco al señor Papa Honorio, que a la sazón regía los destinos de la Iglesia, y le suplicó encarecidamente que nombrara al Obispo de Ostia, Hugo, señor y protector suyo y de sus hermanos. Asintió el Pontífice a los ruegos del siervo de Dios, y condescendiendo bondadosamente. delegó en Hugo su potestad sobre la Orden. Este. con reverencia y respeto, aceptó el cargo, y, cual siervo fiel y prudente constituído sobre gran familia, procuraba por todos los medios a su alcance proporcionar a sus subordinados el pan de vida eterna en ocasión y tiempo oportunos. Por todo lo cual el venerado Padre se sujetaba en todo al mismo y le profesaba sincero y filial afecto. El espíritu de Dios, de que estaba lleno, guiaba a Francisco, y por eso anunciaba con mucha anticipación lo que después había de suceder a vista de todos en la forma predicha. Cuantas veces, ya por asuntos de la Religión, o mejor, para satisfacer su amor al protector, debía escribirle, no se contentaba con llamarle en sus cartas Obispo de Ostia o Velletri, como acostumbraban los demás, sino que daba principio con estas palabras: *Al reverendísimo Padre y señor Hugo, Obispo de todo el orbe.* Muchas veces le saludaba con extraños y en extremo reverentes respetos y bendiciones. Y aunque era, en efecto, hijo con sincero acatamiento, no obstante, en muchas ocasiones, por inspiración del cielo, consolábale con paternal ternura para acumular sobre él las bendiciones de los Padres. hasta que llegara el deseado de los tiempos.

101. Correspondía a tanta estima y veneración dicho señor, por lo que todo lo que el Santo hablaba o practicaba le era grato, hasta el punto de sentirse varias veces altamente consolado con sola su presencia. El mismo aseguró en varias ocasiones que no había intranquilidad ni desasosiego, por torturador y vehemente que fuera, que no desapareciese con la presencia y conversación de Francisco, y no volviera la claridad a la inteligencia y la serenidad al espíritu, y no se alejara la tristeza, y no ocupara su puesto la más completa alegría. Por su parte servía al bienaventurado Francisco, y cuantas veces daba con él hacíale gran reverencia. como a un apóstol de Cristo. e. inclinadas ambas rodillas. besaba frecuentemente con los labios sagrados sus manos. Todo su pensamiento se cifraba en hallar la manera de hacer recobrar al bienaventurado Padre la primitiva salud de sus ojos, porque juzgaba, y con razón, que era un hombre santo, justo y de mucha utilidad y aun necesidad a la Iglesia de Dios. Compadecía por su causa a toda la Orden, y por el Padre tenía compasión de sus hijos. Por esto aconsejaba al bienaventurado Padre que cuidara de su salud y que no menospreciara los medicamentos convenientes a su enfermedad, para que, pudiendo merecer. su descuido no se le reputara a culpa. El Santo observaba con humilde fidelidad cuanto le aconsejaba tan eminente Prelado y cariñoso Padre, comportándose más cauta y diligentemente en lo que se refería al cuidado de su salud. El mal, por desgracia, había hecho tales estragos, que para proporcionarle remedio fueron imprescindibles dolorosísimos cauterios y amarguísimas medicinas. Sangráronle en varias partes del cuerpo y aplicáronle derivativos en la cabeza, emplastos y colirios; mas nada se adelantaba, antes parecía empeorar rápidamente.

CAPÍTULO VI

Conducta de los que cuidaban a San Francisco. Sus enseñanzas respecto al modo de portarse

102. Casi dos años pasó en el sufrimiento de estos dolores, con singular resignación y humildad, dando siempre gracias a Dios. Mas para que su pensamiento pudiera estar continuamente unido al Señor, y con omnímoda y perfecta libertad pudiera dirigirlo a la contemplación de las cosas celestiales, y entrase y saliese a su placer por aquellas eternas mansiones y se complaciese en presentarse con la abundancia de la divina gracia ante el acatamiento del pacífico y benignísimo Señor, confió el cuidado de su salud a algunos religiosos, preferidos con razón a los demás. Eran ellos varones de acendrada virtud, fervorosos con el Señor, amables a los santos, complacientes con los hombres, y sobre ellos, como sobre casa sostenida por cuatro solidísimos pilares, había colocado Francisco su confianza. Por no ofender su modestia, que tratándose de varones espirituales es amiga suya íntima, omito sus nombres. El rubor o modestia debe ser el ornato de todas las edades de la vida, el testigo de la inocencia. señal de pureza de espíritu. la dirección de la

disciplina, especial gloria de la conciencia, guarda insigne de la fama y del buen nombre y de toda honestidad. Esta virtud era propia de estos varones y los hacía amables y benévolos con los demás hombres, mas una gracia especial distinguía a cada uno. Este era de notable discreción, aquél de singular paciencia; uno, de renombrada sencillez; el otro, robusto de cuerpo y manso de costumbres. Estos, pues, cuidaban del descanso y tranquilidad de ánimo de Francisco y procuraban aliviar su enfermedad con tanto esmero y cuidado y con tan decidido empeño, que reputaban nulas las molestias e inconveniencias que les ocasionaba. atentos únicamente al servicio del Santo.

103. Aunque el bienaventurado Padre Francisco fuera en la presencia del Señor un hombre consumado en gracia y perfección, y resplandeciera con sus santas obras sobre los demás esclarecidos varones de este mundo, con todo, creíase siempre en el deber de principiar la vida perfecta. y, como diestrísimo soldado en las batallas del Señor, anhelaba, con provocaciones al enemigo, conquistarse nuevos laureles. Con la inspiración de Cristo proponíase llevar a cabo grandes empresas, y, sin fuerza en su cuerpo y con un pie en la sepultura, esperaba señalarse con nuevos triunfos en las lides empeñadas con el enemigo. La verdadera virtud no suspira por el fin, porque sabe que la recompensa debe ser eterna. Ardía en vehementísimo deseo de hallarse en las primeras pruebas de los principios, y, rebosando dulce esperanza por la inmensidad de su afecto, hasta discurría la manera de poder sujetar su cuerpo a la primitiva esclavitud, por más que le veía tan extremadamente postrado. Removía los obstáculos de cuidados terrenales en lo posible, y vigorosamente ponía freno a la excesiva solicitud por las cosas materiales, y, porque necesariamente tenía que mitigar el rigor primitivo a causa de la enfermedad, exclamaba: *Comencemos, hermanos, a servir a Dios, porque hasta el presente poco o nada hemos adelantado.* No se figuraba haber llegado a la perfección, y, resuelto e infatigable en su empeño, anhelaba siempre comenzar de nuevo. Deseaba con vivas ansias dedicarse otra vez al servicio de los leprosos y hallar ocasiones, como en tiempos anteriores, de ser despreciado. Proponíase huir del trato de los hombres y ocultarse en lugares distantes e ignorados para que, libre del cuidado terrenal y rechazada la carga de velar por otros, únicamente se interpusiera entre Dios y él la leve muralla del cuerpo.

104. Dióse cuenta de que no faltaban religiosos que se dieran maña en llegar a los elevados cargos del magisterio, por lo que detestaba su temeridad y esforzábase en apartar-

los con su ejemplo de tan expuestas pretensiones. Decíales que, ciertamente, era agradable a Dios y obra muy buena regir a los demás, pero que sólo debían tomar sobre sí la cura de almas los que en la misma no buscaban su particular interés, sino que en todo atendían a cumplir la divina voluntad. Es decir, los que nada anteponían a su propio aprovechamiento espiritual; los que no esperaban los aplausos de los súbditos, y sí sólo su adelanto en la virtud; los que no ansiaban el honor ante los hombres, sino la gloria de Dios; los que no deseaban las prelacías, antes por el contrario, las temían; los que una vez en posesión de ellas se creían más bien humillados que ensalzados; los que, desposeídos de las mismas, no se contristaban, antes se alegraban. En los actuales tiempos, en que la malicia ha crecido por modo extraño y la iniquidad parece invadirlo todo, añadía, es muy peligroso gobernar y más útil ciertamente ser gobernado. Entristecíale ver que muchos descuidaban las antiguas costumbres y con nuevos usos relegaban al olvido la primitiva sencillez. Por todo lo cual lamentaba que precisamente aquellos que anhelaban por todos los medios los más altos puestos, descendieran a lo más vil y rastrero, y que, despreciados los únicos verdaderos goces, se derramaran y se contentaran con los frívolos y vanos que da de sí la mentida independencia. Oraba con este fin a la Bondad divina para que librara de semejante mal a sus hijos y conservara en ellos la celestial gracia.

CAPÍTULO VII

Vuelve de Siena a Asís; su permanencia en Santa María de la Porciúncula; bendice a los religiosos

105. Seis meses antes de su preciosa muerte, hallábase el santo Padre en Siena, curándose la enfermedad de la vista y sintió que se agravaba en las dolencias de todo su cuerpo. Atacado especialmente su estómago de pertinaz mal y defectuoso funcionamiento del hígado, arrojó mucha sangre, por lo que en todos asomó el temor de que se acercaba su fin. A esta noticia, fray Elias emprendió inmediatamente un largo viaje para visitarle. Con su llegada reanimóse el santo Padre, de modo que pudo abandonar aquella tierra y en su compañía dirigirse a Celle de Cortona. A poco de llegar allí, abultóse por el mal su vientre, hincháronsele las piernas y los pies, y el estómago funcionaba cada vez peor,

en tanto grado que apenas podía retener el menor alimento. Rogó entonces a fray Elías que le hiciera conducir a Asís. Atendió el buen hijo el deseo de su cariñoso Padre, y, dispuesto lo necesario, le condujo al lugar solicitado. Alegróse la ciudad con la llegada del bienaventurado Padre, y con tal motivo oíanse en boca de todos las alabanzas del Señor; esperaban de un momento a otro que el santo varón entregaría su espíritu estando entre ellos, y esto era el motivo de su tan gran alegría. Fué esto obra del Señor, para que aquella santa alma, libre ya de la carne, se trasladara al reino de los cielos, desde el lugar donde, en cuerpo mortal, se le había comunicado primeramente el conocimiento de las cosas sobrenaturales y se le había infundido unción especial.

106. Pues aunque conocía que para los elegidos de Dios el reino de los cielos se halla en todos los lugares de la tierra, y que en todas partes se puede admirar la divina gracia, no obstante, sentía especial predilección por la iglesia de Santa María de la Porciúncula, por creerla más favorecida de la divina bondad y honrada con las frecuentes visitas de los espíritus celestiales. Por esto decía muchas veces a los religiosos: *Mirad que no abandonéis jamás este lugar; si se os arroja fuera por una puerta, entrad por la otra, porque este lugar en verdad es santo, es habitación de Dios. Aquí, siendo pocos, nos multiplicó el Altísimo; aquí, con la luz de su sabiduría, alumbró el corazón de sus pobres voluntarios; aquí, el que orare con corazón contrito, obtendrá todo lo que solicite, y el que se atreva a profanarle, será gravemente castigado. Por tanto, hijos míos, conservad con el debido honor esta mansión de Dios y alabad aquí al Señor con todo vuestro corazón, con voces de alabanza y agradecimiento.*

107. Agravóse la terrible enfermedad, perdió el santo Padre el vigor del cuerpo, y, falto en absoluto de fuerzas, no podía moverse por sí solo. En esta ocasión preguntóle un religioso si prefería sufrir aquella continua y larga enfermedad o tolerar de mano del verdugo un acerbo martirio, a lo que contestó: *Lo más estimable, lo más dulce y lo más apetecible para mí ha sido siempre, y es aún al presente, lo que Dios Nuestro Señor disponga de mí y de mis cosas, pues su voluntad es lo único que deseo; con ella quiero hallarme siempre conforme y a ella rendidamente sujeto. Tolerar por tres o más días esta enfermedad me es más terrible que cualquier otro género de martirio; y esto no lo digo por la recompensa que de ello pueda esperar, sino por la molestia y tormento que padezco.* ¡Oh mártir y más que mártir, que con ánimo alegre y gozoso sufría resignadamente lo que a los que le contemplaban era casi intolerable por lo terrible

y grave! A la verdad, ningún miembro estaba sin su particular y acerbo dolor, y así, perdiendo de continuo las fuerzas, llegábase por momentos a su fin. Estaban los médicos llenos de estupor y admirábanse los religiosos de que un espíritu pudiese vivir en un cuerpo reducido a tal extremo, cuando sólo constaba de piel adherida a los huesos.

108. Al conocer que se le acercaba la última hora, la cual sabía por divina revelación hacía dos años, llamó a sí a los hermanos y bendijo a cada uno según le era inspirado de lo alto, cual otro Jacob a sus hijos en otro tiempo, o mejor aún, cual otro Moisés, quien antes de ser llevado al monte señalado por el Señor llenó de bendiciones a los hijos de Israel. Rodeaban el triste lecho muchos religiosos, y fray Elías permanecía a la izquierda, cuando, cruzados los brazos, colocó el Santo su derecha mano sobre él y, porque estaba privado hacía tiempo de la luz y del uso de los ojos, preguntó: *¿Sobre quién tengo colocada la mano derecha?* Respondiéronle: «Sobre fray Elías.» A lo que repuso: *Esto es lo que quiero. A ti, hijo mío* —añadió seguidamente—, *te bendigo en todas y sobre todas las cosas, y como el Altísimo bajo tu gobierno ha aumentado mis hermanos e hijos, así yo les bendigo también a todos en ti y por ti. El Dios, Señor de todo, te bendiga en la tierra y en el cielo. Bendígote en cuanto puedo y más de lo que puedo, y todo lo que yo no puedo hágalo en ti Aquel a quien todo es posible. Recuerde el Señor tus obras y trabajos, y en recompensa te destine la dichosa suerte de los justos. Halles la bendición a medida de tus deseos y cúmplase lo que dignamente pidas. Hijos míos todos, quedaos en el santo temor de Dios y permaneced siempre en él, porque os ha de sobrevenir una prueba muy grande y se acerca ya la hora de la tribulación. Dichosos aquellos que perseveraren en aquellas buenas obras que comenzaron, de las cuales algunos se apartarán por los escándalos que se aproximan. Yo me acerco más a mi Señor y confío unirme a mi Dios, a quien serví con espíritu y fervor.* Como en aquel entonces permanecía aún en el palacio del Obispo de Asís, rogó a los religiosos que cuanto antes les fuera dado le trasladasen de nuevo a Santa María de la Porciúncula. Deseaba vivamente entregar su espíritu a Dios, según queda dicho, en aquel mismo lugar donde principiara a seguir la verdadera carrera de la perfección.

CAPÍTULO VIII

Lo que hizo y dijo en su dichosa muerte

109. Había cumplido ya el año vigésimo de su total conversión a Dios, siguiendo las inspiraciones de la voluntad divina. En cierta ocasión, hallábanse el bienaventurado Francisco y fray Elías en Foligno, y mientras descansaban durante la noche, colocóse junto a fray Elías un sacerdote vestido de blanco, de muy venerable aspecto por su avanzada edad, y le dijo: «Levántate, hermano, y di a fray Francisco que se han cumplido ya dieciocho años desde que, renunciando al mundo, siguió a Cristo, y que sólo le restan otros dos años de vida mortal; terminados éstos, la voz del Señor le llamará a Sí y entrará en el camino de toda carne». Así sucedió, para que se cumpliese la predicción del Señor, al llegar el término señalado. Como, pues, permaneciese algunos días en aquel lugar deseado y conociese que se le acercaba por instantes la muerte, llamó a sí a dos hermanos y a sus hijos predilectos y les ordenó con alegría de espíritu que en alta voz cantasen las alabanzas del Señor. El, por su parte, esforzándose cuanto pudo, entonó el salmo de David que principia: *Voce mea ad Dominum clamavi, voce mea ad Dominum deprecatus sum.* «Alcé mi voz para clamar al Señor; al Señor dirigí los clamores de mi plegaria.» A esto, un religioso de los que le asistían, y a quien el Santo profesaba especial amor y que se mostraba extraordinariamente solícito por todos sus hermanos en religión, al oírle conoció que se acercaba el fin del bienaventurado y le dijo: «¡Oh Pedre amantísimo! ¡Ay!, tus hijos van a quedarse sin padre y se verán privados de la verdadera luz de sus ojos. Acuérdate de los hijos a quienes dejas huérfanos, y perdónanos las faltas cometidas y confórtanos con tu santa bendición a los presentes y a los ausentes.» A lo que el Santo contestó: *He ahí, hijo mío, que Dios me llama a Sí; a todos mis frailes, tanto a los ausentes como a los presentes, les perdono todas las ofensas y culpas, y en cuanto de mí depende los absuelvo de todo; cuando les notifiques estas palabras, bendícelos a todos de mi parte.*

110. Ordenó, finalmente, que se le llevara el libro de los Evangelios y suplicó que se le leyera el Evangelio de San Juan desde el punto que comienza: *Ante diem festum Paschae, sciens Iesus quia venit hora eius ut transeat de hoc mundo ad Patrem.* «Antes del día de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que era venida su hora de pasar de este mundo al Padre.» Este mismo punto del Evangelio proponíase el que le cuidaba, antes que le fuera ordenado, leerlo, y el mismo salió al abrir por primera vez el libro, y eso que era una Biblia entera y completa. Mandó después que le colocaran sobre un cilicio y le cubrieran de ceniza, ya que en tierra y polvo debía convertirse dentro de poco. Reunidos allí todos los religiosos cuyo fundador y padre era, mientras presenciaban y aguardaban con religiosa ansiedad el fin dichoso y bienaventurado, sintióse aquella santísima alma libre ya de las ataduras de la carne y absorbida en el abismo de la eterna claridad, y el cuerpo durmióse en el Señor. Uno de los religiosos y discípulo del santo Padre, no poco conocido y cuyo nombre creo prudente no publicar, porque mientras viva en la carne no desea gloriarse con tan distinguido favor, vió el alma del santísimo Padre subir directamente al cielo sobre multitud de nubes. Era cual esplendorosa estrella de las grandes dimensiones de la luna, y con

San Francisco, mediante los tres votos religiosos, triunfa de los tres enemigos del alma. (Tabla del siglo XV. Siena.)

la resplandeciente claridad del sol puesto sobre cándida nubecilla.

111. Bien estará aquí prorrumpir en entusiastas exclamaciones. ¡Oh cuán glorioso no será este Santo, cuya alma fué vista por un religioso subir rectamente a la gloria, hermosa como la luna, resplandeciente como el sol, y que, al sublimarse envuelta en cándida nube, resplandecía con inmensa gloria! ¡Oh, en verdad, luz del mundo, que con nunca imaginados resplandores brillas en la Iglesia de Cristo: ya has ocultado los rayos de tu claridad y penetrado en aquella celeste mansión y trocaste la perturbadora compañía de los tristes mortales por la tranquila y feliz de los ángeles y santos! ¡Oh insigne glorificación del egregio mensaje, no abandones, aunque te halles despojado de la vida terrena, el cuidado de tus hijos! Te consta y sabes muy bien que nos dejas en medio de peligros; antes nos libertabas compasivamente de todos nuestros trabajos y graves angustias en todo momento, con sola tu bienaventurada presencia.

¡Oh verdaderamente Padre santísimo, lleno de misericordia, pues siempre estabas dispuesto a compadecerte y perdonar a tus hijos, los cuales, ingratos, no correspondían! A ti, Padre dignísimo, te bendecimos, ya que tan copiosamente te bendijo el Altísimo, que es Dios, siempre en todas las cosas bendito. Amén.

CAPÍTULO IX

Sentimiento de los religiosos, trocado en alegría al contemplar en el cuerpo del Santo la señal de las Llagas. Explicación de las alas del serafín

112. Reunióse gran concurso del pueblo, que alababa a Dios y decía: «Loado seas y bendecido, Tú, Señor Dios Nuestro, que nos has hecho depositarios, a pesar de nuestra indignidad, de tan precioso tesoro; gloria y alabanza te sea dada, inefable y Santísima Trinidad.» En apiñadas multitudes salió la ciudad de Asís, y la región entera acudió a presenciar las celestiales maravillas que el Señor de la majestad obraba en su siervo. Cada uno entonaba su peculiar canto de alegría, según los sentimientos de su corazón, y, cumplido el afectuoso anhelo respecto del Santo, unánimes bendecían la omnipotencia del Señor. Condolíanse sus hijos, al verse huérfanos de tan bondadoso Padre, y mostraban el sincero afecto de su corazón con lágrimas y suspiros. Mas templaba la tristeza un gozo inexplicable, y la novedad de

la maravilla sumió por entero sus entendimientos en estupor. Los lamentos convirtiéronse en himnos, y las lágrimas de tristeza trocáronse en lágrimas de gozo. Jamás habían oído, ni oído leer en libro alguno, la maravilla que presenciaban sus ojos, de la que apenas se atrevían a persuadirse, a no verlo corroborado por tan palpables testimonios. Era el cuerpo del siervo de Dios verdadera copia de la pasión y cruz del Cordero Inmaculado, que borró los pecados del mundo, cual si recientemente hubiese sido desclavado del santo madero, con las manos y pies atravesados con clavos y su costado derecho perforado por una lanza. Contemplaban su piel, morena en vida, transformada y de nívea blancura, como si pretendiera augurar con inesperada belleza el premio de bienaventurada resurrección. Admiraban su rostro, que más parecía de ángel y lleno de vida que de un cadáver, y sus miembros todos tornáronse flexibles y tiernos como los de un niño de corta edad.

113. No se encogieron los nervios, cual acaece con los cadáveres, ni se endureció la piel, ni se presentaron rígidos los demás miembros, sino que fácilmente se doblaban según la flexión que se quería darles. Como apareciese a todos los presentes con tan notable hermosura, y su piel tan sumamente blanca, fácil era admirar en medio de las manos y de los pies, no ya las señales de los clavos, sino los mismos clavos formados de su propia carne y de negrura idéntica a la del hierro, y su costado derecho teñido con sangre. No infundían espanto alguno las señales del martirio a los que las contemplaban, antes realzaban el cuerpo y le daban mayor gracia y hermosura, cual hermosean un pavimento blanco las preciosas y negras piedrecitas engastadas. Acudían solícitos los religiosos e hijos, y con lágrimas en los ojos besaban devotamente los pies y manos de tan apreciado Padre, que los acababa de dejar en la orfandad, y también su costado derecho, en cuya Llaga recordaban con ternura aquella otra que, habiendo derramado agua y sangre, reconcilió al mundo con el Eterno Padre. Todos juzgaban insigne favor y distinción el que se les permitiera, no ya besar, sino ver tan sólo las sagradas llagas de Jesucristo que el bienaventurado Francisco ostentaba en su cuerpo. ¿Quién, presenciando tales cosas, podía entregarse al llanto, y no al más íntimo gozo, y, si lágrimas derramase, no habían de ser ellas de alegría más bien que de tristeza? ¿Qué férreo pecho no se había de mover a enternecimiento? ¿Qué corazón, por insensible y de piedra, no se sentiría conmovido, abrasado de amor divino y animado a mejorar de vida? ¿Quién tan duro o tan insensible que no creyera con toda certidumbre que aquel admirable varón, así como era honrado con tan inusi-

tada pompa en la tierra, sería magnificado con indecible gloria en los cielos?

114. ¡Oh gracia singular y señal inequívoca de especial predilección, que el simple soldado se viera adornado con los mismos ornamentos que corresponden a la dignidad suprema del Rey! ¡Oh milagro digno de eterna recordación y prodigio memorable, objeto por siempre jamás de humilde veneración, y que representa con velada fe aquel otro misterio en que la sangre del Cordero Inmaculado, al manar copiosamente de cinco fuentes, lavó las maldades de la tierra! ¡Oh sublime hermosura de la cruz viviente, que retornas la vida a los muertos y cuya carga pesa tan suavemente y con tanta dulzura hiere, que la carne muerta revive y el espíritu decaído se refuerza! ¡Francisco sintió por ti amor profundo y, en cambio, tú le adornas de esta suerte! ¡Gloria y bendición se tributen sólo a la sabiduría de Dios, que renueva los prodigios y crea diversas maravillas, para consolar con nuevas revelaciones las inteligencias de los humildes, y para que la estupenda obra visible arrastre los corazones al amor de las invisibles! ¡Oh admirable y bondadosa Providencia divina, que, para desterrar toda sospecha por la rareza del prodigo, con infinita misericordia trazó primero, en el que era celestial, lo que más tarde debía imprimir en el que moraba en la tierra y a ella pertenecía! A la verdad, el benignísimo Padre de las misericordias quiso revelar que sería muy grande el premio merecido por aquel que le amó con todo corazón, para colocarle en el más elevado lugar y junto al más distinguido orden de celestiales espíritus. Y esto podríamos con toda seguridad obtener nosotros si, a semejanza del serafín, extendiéramos dos alas sobre nuestras cabezas; es decir, según el ejemplo del bienaventurado Francisco, con pura intención y recto cumplimiento, en toda buena obra dirigida a Dios, procuramos complacerle única e infatigablemente a El. Necesario es que dichas alas se unan sobre la cabeza, pues la rectitud de la obra sin la pureza de intención, y ésta sin aquélla, no podrá ser aceptada en manera alguna por el Padre de las luces, pues El mismo advierte: Si el ojo de tu intención es sencillo, todo el cuerpo [de la obra] será luminoso; si fuere malvado, todo el cuerpo será tenebroso. No es ojo sencillo el que no ve lo que debe verse, careciendo del conocimiento de la verdad, o el que se fija en lo que no debe ser visto, no poseyendo la intención pura. En lo primero, hay ceguedad, no sencillez; en lo segundo, la razón natural puede juzgar su malicia. Estas dos alas las forman el amor del Padre, que salva con misericordia, y el temor del Señor, que ha de juzgar terriblemente; ellas deben apartar de las cosas terrenales a los elegidos, reprimiendo los

movimientos perversos y ordenando los castos afectos. Hase de volar con otras dos alas, para ejercer con el prójimo la doble caridad, a saber, sustentar el alma con la palabra de Dios y ayudar al cuerpo con el socorro material. Estas dos alas, raras veces llegan a juntarse, porque casi no hay nadie que realice esto como es debido. Constituyen estas dos alas diversas obras que se refieren al consejo y al auxilio que debe prestarse al prójimo. Finalmente, con las otras dos restantes alas se ha de cubrir el cuerpo desnudo de méritos, lo que se cumple ordenadamente cuantas veces, despojado de la gracia por el pecado, se reviste de nuevo con la inocencia por la contrición y confesión. Forman estas alas los múltiples afectos que nacen de la abominación de los pecados y del deseo de justicia.

115. Con suma perfección cumplió estas cosas el bienaventurado Padre, quien conservó la imagen y forma del serafín, y, enclavado en la cruz, logró remontarse a la eminente sublimidad de los espíritus más elevados. Permaneció siempre en la cruz y jamás rehusó ningún trabajo o dolor, pues siempre fué su ánimo cumplir en sí y por sí la perfecta voluntad del Señor. Por experiencia notaron los religiosos que vivieron en su compañía lo muy duradera y continua que era su conversación acerca de Jesús, y cuán agradable y suave, cuán tierna y llena de amor. Su boca hablaba de la abundancia de su corazón, y se derramaba al exterior cual fuente de encendidísima caridad que abrasaba sus entrañas. De muchas suertes tenía a Jesús: Jesús en el corazón, Jesús en la boca, Jesús en los oídos, Jesús en las manos; en una palabra, Jesús en todo el cuerpo. ¡Oh!, y cuántas veces, cuando se sentaba para la comida, al oír, o pronunciar o pensar en Jesús, se olvidaba de la corporal refección y se cumplía en él lo que dijo nuestro Redentor: «Que mirando no veía ni escuchando oía.» Otras, y no raras veces, yendo de camino, meditaba y cantaba a Jesús y no atendía a proseguir su viaje. sino que se detenía e invitaba a todas las criaturas a la alabanza de Jesús. Y porque con acendrado amor tenía y conservaba en su corazón a Jesucristo crucificado, por esto con tanta gloria fué distinguido entre todos con su propia divina señal, y a él también, en continuado rapto, contemplaba en la gloria incomprensible e inenarrable, sentado a la diestra del Padre, con el cual el Hijo de Dios, en unión del Espíritu Santo, vive y reina, vence e impera. un sólo Dios glorioso por todos los siglos de los siglos. Amén.

CAPÍTULO X

Sentimiento de las religiosas de San Damián; glorioso entierro del cadáver de Francisco

116. Todos los religiosos y hermanos que acudieron y la muchedumbre de gentes de los lugares próximos, que se felicitaban de poder asistir a tales solemnidades, pasaron en las divinas alabanzas la noche del día en que el bienaventurado Padre murió, y tanto que, por las exclamaciones de júbilo y por el resplandor de las luces, más parecían exequias de algún ángel. Apenas amaneció el siguiente día, presentóse el pueblo de Asís con el clero, y, sacado el cuerpo del lugar donde muriera, condujéronle con todo honor, a son de trompetas y con cánticos e himnos, a la ciudad. Tomaron todos ramos de olivo y de otros árboles y varias antorchas y acompañaron solemnemente los sagrados restos, entonando sin parar y con creciente entusiasmo cánticos en su honor. Condujeron los hijos al difunto Padre, el rebaño tras el pastor, que corría hacia el supremo Pastor de todos, y llegaron al lugar donde por vez primera el Santo fundó la Religión y Orden de Sagradas Vírgenes y Señoras Pobres, y entraron el cadáver en la iglesia de San Damián, en la que las predichas hijas suyas, conquistadas por él para Dios, moraban, y abrióse la pequeña ventanilla por la que las religiosas acostumbraban recibir, a su tiempo, la Sagrada Eucaristía. Abrióse asimismo la caja en que se encerraba el tesoro de las celestiales virtudes, llevado por algunos pocos quien acostumbraba dirigir a innumerables. Entonces, la esclarecida Clara, a la que, por la insigne santidad de sus méritos, érale el nombre apropiado, la que era cabeza de las demás y primer plantel de tan santa Orden, presentóse con sus otras hijas para ver al Padre, ya transportado a otras regiones, y que no debía responderlas ni visitarlas más.

117. Al verle, dando rienda suelta a los suspiros, con gran tristeza del corazón y muchas lágrimas, con voz lastimera, clamaron: «Padre, Padre, ¿qué será de nosotras? ¿Por qué nos abandonas en nuestra miseria? ¿A quién nos confías en nuestra desolación? ¿Por qué no hiciste que te precediésemos gozosas a donde tú vas, ya que así desoladas nos dejas en este destierro? ¿Qué disposiciones nos prescribes para que las cumplamos, recluídas en esta cárcel, pues jamás en adelante, según acostumbrabas, nos volverás a visitar? Contigo desapareció nuestro consuelo, y descanso igual al

que tú nos proporcionabas no hallarán las desterradas de este mundo. ¿Quién nos socorrerá en nuestra gran pobreza, no sólo de merecimientos, pero aun de cosas materiales? ¡Ah, padre de los pobres, enamorado de la pobreza! ¿Quién nos atenderá en la tentación, oh varón curtido en innumerables pruebas y sagaz conocedor de las asechanzas del demonio? ¿Quién consolará a las afligidas, ¡oh auxiliar esforzado!, en las tribulaciones en que nos veremos envueltas? ¡Oh amarguísima separación! ¡Oh cruel ausencia! ¡Oh aterradora muerte, que dejas a miles de hijos e hijas huérfanos de tan apreciado Padre, ya que tan pronto has alejado de nuestra compañía a aquel por quien florecían sobremanera nuestras virtudes, si algunas hay en nosotras!» Mas

Santa Clara y sus religiosas veneran el cuerpo muerto de San Francisco.
(De un códice de la «Leyenda mayor», de San Buenaventura, Madrid.)

el virginal rubor reprimía el excesivo llanto y parecía desconveniente afligirse por aquel a cuyo tránsito asistió el ejército de los ángeles, y del que se alegraron los santos y los moradores de la casa de Dios. En pugna entre la alegría y la tristeza, besaban con fervor aquellas manos, dignas de todo honor, adornadas con tan preciosos brillantes y tan envidiables margaritas. Retirado el cuerpo, cerróse la ventanilla, que no se abrirá jamás a otra desgracia semejante. ¡Oh, cuán copioso fué el llanto de los que escuchaban tales exclamaciones, dignas de piadosa compasión! Y particularmente, ¡cuántos los lamentos de los hijos llorosos! El dolor de cada uno era el dolor de todos, de tal manera que casi nadie se abstenía de llorar al ver derramar tan amargas lágrimas a los ángeles de la paz.

118. Finalmente, llegados a la ciudad, con grande ale-

gría y gozo colocaron el santísimo cuerpo en un lugar sagrado, pero más distinguido de los demás, desde donde ilumina al mundo con la multiplicación de estupendos milagros para gloria del sumo y omnipotente Dios, como le había ilustrado maravillosamente en otro tiempo con la doctrina de su santa predicación. Gracias a Dios. Amén.

He aquí, Padre santísimo y benditísimo, que yo te he elogiado con las debidas y merecidas, aunque insuficientes, alabanzas, y he escrito como pude tus hechos. Concédeme a mí, miserable, en cambio, que tan dignamente te siga ahora, que en lo venidero merezca llegar a donde te hallas. Recuerda, ¡oh compasivo Padre!, a tus pobres hijos, a quienes después de ti, que eras su único y especial consolador, apenas resta alguna consolación. Pues aunque tú, el más digno de todos ellos y la primera porción, estás ya reunido a los coros de los ángeles y sentado con los apóstoles en trono de gloria, ellos, al quedar sumidos en el fango de la miseria terrena, recluídos en tenebrosa prisión, claman a ti con los ojos arrasados en lágrimas: Presenta, ¡oh Padre!, a Jesucristo, Hijo de Dios vivo, tus sagradas Llagas, descubre las señales de la cruz, del costado, de los pies, de las manos, para que se digne el misericordioso por excelencia manifestar las propias Llagas al Eterno Padre, el cual con esto quedará aplacado para con nosotros, pecadores. Amén. Así sea. Así sea.

TERMINA EL LIBRO SEGUNDO

LIBRO TERCERO

DE LA CANONIZACIÓN DE NUESTRO BIENAVENTURADO PADRE FRANCISCO Y DE SUS MILAGROS

CAPÍTULO I

119. El gloriosísimo Padre Francisco, en el vigésimo año de su conversión, juntando a un feliz comienzo más dichoso fin, entregó plácidamente su espíritu al cielo, desde donde, coronado de gloria y honor, sentado en trono de preciosas margaritas, asistiendo ante el trono de la Divinidad, atiende con solícito cuidado a los deseos de aquellos que dejó en la tierra. Y ¿qué podrá negarse a aquel cuyas Llagas impresas evocan el recuerdo y forma de quien, igual al Eterno Padre, está sentado en los cielos a la derecha de la Divinidad y es el esplendor de la gloria de Dios, y figura de su sustancia, y satisface por todos los pecados? ¿Cómo no será atendido aquel que, semejante en la muerte a Jesucristo por la igualdad de tormentos, tiene impresas en sí mismo las Llagas de las manos, pies y costado? Alegra ya al mundo entero circundado de nuevo gozo, y propone a todos los medios verdaderos de salvación. Ilustra la tierra con el resplandor de sus milagros y con la brillantez de la verdadera estrella ilumina todo el orbe. Lloraba antes el mundo al verse privado de su presencia, y con su ocaso quedó como envuelto en densas tinieblas. Mas al presente, cual si estuviera en mitad del día o iluminado por los ardientes rayos de la nueva aparición, se ve libre de toda oscuridad. Cesó ya, loado sea Dios, toda su queja, porque de día en día se añaden nuevas glorias y regocijos a la multitud incontable de santas virtudes. Llegan del Oriente y del Occidente, se presentan del Aquilón y del Mediodía los que, socorridos por su intercesión, confiesan. para testimonio de la verdad, inauditos su-

cesos. Porque mientras vivió nada se apropió del mundo aquel excelente amador de las cosas espirituales, a fin de poseer más plena y satisfactoriamente el único Bien; fué por ello hecho poseedor del todo quien despreció la parte y prefirió la eternidad a lo temporal. Siempre atendió a todos, y al presente a todos auxilia, y, amador real de la mutua caridad, no conoció los daños e inconvenientes de la división.

120. Cuando aun vivía entre los pecadores, peregrinó y evangelizó el mundo entero; reinando ahora con los angeles en el cielo, acude más veloz que el pensamiento, como nuncio del gran Rey, y obtiene para todos los pueblos gloriosos beneficios. De aquí que los pueblos sin excepción le honran, le veneran, le glorifican y alaban. Y en verdad que todos participan del beneficio de su intercesión. ¿Quién podrá enumerar, quién será capaz de referir cuántos y cuán estupendos milagros se dignó obrar el Señor en todas partes por su siervo? ¿Cuántas maravillas opera en sola Francia, donde para venerar y besar el capuchito [gorro o paño de la cabeza] que el bienaventurado usara durante su enfermedad acuden el Rey de los franceses, la Reina y los magnates? Allí, los sabios del mundo y los más ilustrados y peritos varones, en su inmensa mayoría formados, como es costumbre, en las aulas de París, veneran, admiran y reverencian con humildad y devoción a Francisco, hombre sencillo y amigo de toda simplicidad y sinceridad. También Francisco tuvo sobre los demás el corazón franco y noble. Todos cuantos tuvieron experiencia de su magnanimidad saben cuán generoso y liberal fué en sus cosas, cuán firme e impávido se mostró, con cuánta fortaleza y fervor de ánimo pisoteó los bienes seculares. Mas ¿qué diré de las otras partes del mundo, en que con su cíngulo o cuerda se ahuyentan los males, se alejan las enfermedades, y a la sola invocación de su nombre multitud innumerable de personas de uno y otro sexo queda libre de sus molestias?

121. Ante su sepulcro renuévanse continuamente los prodigios, y, entre las muchas súplicas, obtiénense allí mismo singulares favores para el alma y para el cuerpo. A los ciegos se restituye la vista; el oído, a los sordos; a los cojos, el uso de sus pies; el mudo habla, el gotoso brinca, queda curado el leproso, el hinchado adelgaza; en una palabra, los que sufren cualquier género de enfermedad obtienen la apetecida curación; el cuerpo muerto devuelve la salud a los cuerpos vivos, como durante la vida resucitaba las almas muertas por el pecado. Llegan estos sucesos a oídos del Romano Pontífice, Supremo Pastor de los pastores, Jerarca de los cristianos, Rey del mundo, Guía de la Iglesia,

Ungido del Señor y Vicario de Cristo. Alégrase en gran manera, y en su pecho no puede contener el gozo, porque ve repetirse y embellecerse en sus días la Santa Iglesia de Dios con nuevos prodigios y antiguas maravillas, y precisamente por su hijo predilecto, aquel a quien dió espíritu y vigor y a quien, cual tierna madre, hizo crecer con la leche de su palabra y con el manjar de la vida. Entéranse también los demás príncipes de la Iglesia, los pastores del rebaño, los defensores de la fe, los amigos del celestial Esposo, sus compañeros, columnas del mundo: los venerables cardenales. Y felicitan a la Iglesia, dan parabienes al Papa y glorifican al Salvador, que con suma e inefable sabiduría. con infinita e incomprensible gracia, con pura e inestimable bondad, escoge a los ignorantes y más despreciados de la tierra para de este modo atraer a sí los más valiosos y fuertes. Escúchalo y apláudelo todo el orbe, y toda la universal monarquía, madre de la fe cristiana, llénase de gozo y se entrega a vivas demostraciones de santa alegría.

122. Pero de pronto experimenta un cambio radical en las cosas y una nueva cuestión se suscita en el mundo. Túrbase por el momento la dicha de la paz, y, recrudeciéndose la fatal envidia, la Iglesia se ve despedazada con lucha íntima y doméstica. Los romanos, hombres de índole levantisca y feroz, atacan y se encarnizan, según sus antiguas usanzas, con los circunvecinos, y en su temeridad llegan a poner las manos en las cosas sagradas. Esfuérzase el egregio Papa Gregorio en detener el mal naciente, en reprimir el encarnizamiento, en disminuir la violencia, y, cual firmísima torre, defiende la Iglesia de Cristo. Sobrevienen muchos peligros, amenazan muchas violencias y en lo restante del mundo la dura cerviz de los pecadores pretende alzarse de nuevo contra Dios. ¿Qué hará en tal conflicto? Previendo los acontecimientos futuros por la pasada experiencia y pesando las circunstancias presentes, abandona a los sediciosos la ciudad para librar y defender el resto del mundo de las sediciones. Desterróse, por tanto, a la ciudad de Rieti, donde, según era conveniente, fué recibido con toda clase de honores; pasando luego a Espoleto, es igualmente obsequiado con idéntica reverencia. Donde, pocos días después, en mejor situación la causa de la Iglesia, fué a visitar. acompañado de los venerables cardenales, a las esposas de Cristo, muertas y sepultadas para el mundo. Pronto la santa conversación, la altísima pobreza, el género de vida perfecta le conmueve y hace derramar lágrimas, lo mismo que incitan a los acompañantes al menosprecio del siglo y los animan a la vida de santidad. ¡Oh amable humildad, madre fecunda de todas las gracias! El soberano más ilustre de la

tierra, el Sucesor del Príncipe de los Apóstoles, visita a pobrecillas mujeres y no tiene a menos trabar conversación con despreciadas e insignificantes reclusas: dignación no acostumbrada, pero ciertamente merecedora de todo elogio y no oída de muchos siglos atrás.

123. Acercóse ya y va a llegar a Asís, donde le espera el precioso depósito, para hacerle olvidar su dolor y su amarga tribulación. A su llegada alégrase la comarca entera, la ciudad rebosa animación y la inmensa multitud con grandes demostraciones de regocijo le festeja, y la esplendidez del día brilla con el esplendor de nuevas luces. Todos salen a su encuentro y le acompañan en su solemne entrada. Sale también a recibirle la humilde comunidad de los pobres frailes, y de todas las bocas brotan incesantes alabanzas al Ungido del Señor. Llegado a su destino el Vicario de Cristo, su primer cuidado fué visitar con presteza y reverencia el sepulcro del santo Francisco. Redobla los suspiros, golpéase el pecho, derrama lágrimas y con indecible devoción inclina la venerable cabeza. Luego se trata detenidamente de la canonización del Santo, y para tan importante asunto se reúne muchas veces la egregia comisión de los cardenales. De todas partes se presentan muchos que habían sido librados de sus desgracias por mediación del siervo de Dios; aparecen los milagros con que en una y otra parte brilla y resplandece, los cuales son probados, atestiguados, admitidos y publicados. Una imperiosa ansiedad, una nueva causa asoma entre tanto; el Papa se dirige a Perusa para volver de nuevo a Asís con más sobreabundante y particular simpatía por el asunto. Vuelve después a Perusa y se celebra una gran reunión de venerables cardenales en el palacio del señor Papa para revisar esta causa. Reunidos, todos tienen unánime parecer. Leen los milagros, crece la veneración y engrandecen con entusiastas elogios la vida y santa conversación del bienaventurado Padre.

124. A una voz exclaman: «Vida tan admirable no necesita la atestación de los milagros, pues nuestros ojos lo vieron, nuestras manos lo palparon, y así, con la verdad por guía, la aprobamos.» Conmuévense de gozo todos, aplauden, derraman lágrimas, y ciertamente en tales lágrimas hay sobreabundante paz. Anuncio del día esperado y glorioso en que inundarán de gozo saludable el orbe entero. Se acerca la hora solemne y memorable para siempre jamás, que se celebrará con sublimes transportes de júbilo, no sólo en la tierra, sí que también en los cielos. Son convocados los obispos, llegan los abades y se presentan de las más remotas regiones los prelados de la Iglesia; se adhiere la familia real y acude notable multitud de condes y caballeros. Por último, todos acompañan al Señor de toda la tierra, y con él, con inusitada pompa, entran en la ciudad de Asís. Al llegar al sitio preparado para tan imponente ceremonia, reúnense alrededor del Santo Papa los venerables cardenales, obispos y abades. Diéronse cita allí el concurso ilustre de sacerdotes y clérigos, la dichosa y feliz comunidad de religiosos; no faltó el humilde y más pudoroso hábito del sagrado velo, una muchedumbre extraordinaria de todos los pueblos y un incontable número de personas de uno y otro sexo. Llegan de todas partes y, con vehemente deseo, toda edad concurre a tan magna asamblea. Allí asisten el grande y el pequeño, el siervo y el libre.

125. Se presenta el Sumo Pontífice, el Esposo de la Iglesia de Cristo, rodeado de tan variada multitud de hijos y con corona de gloria en su cabeza en señal de santa realeza. Muéstrase adornado de los ornamentos pontificales, envuelto en las vestiduras de santidad, con ceñidores recamados de oro y de piedras trabajadas primorosamente. Asiste majestuoso el Ungido del Señor, y la magnificencia de deslumbrante gloria, realzada de brillantes y hermosas perlas, convida a contemplarle. Rodéanle los cardenales y los obispos, los cuales, adornados con las más preciosas joyas y revestidos con níveos ornamentos, dan una leve imagen o figura de las bellezas sobrenaturales y representan las glorias bienaventuradas. Ansiosamente espera el pueblo la palabra de gozo, de alegría, la palabra nueva rebosante de dulzura, palabra de alabanza y de perenne bendición. El Papa Gregorio dirige su voz al pueblo congregado, y con acento dulcísimo y sonoro anuncia las maravillas de Dios. Ensalza con armoniosas frases al bienaventurado Francisco, y, recordando su conversación y anunciando su santidad, derrítese en lágrimas. Comienza su panegírico con este exordio: «Como la estrella matutina en medio de las tinieblas, y como luna llena en sus días, y cual sol refulgente, asimismo brilló Francisco en la casa de Dios.» Terminado el sermón, digno de todo encomio, uno de los subdiáconos del señor Papa, por nombre Octaviano, en clara y alta voz leyó los milagros del Santo en presencia del público. El ilustrísimo Rainerio, cardenal diácono, hombre de perspicaz ingenio y distinguido por sus costumbres y virtudes, con grande elocuencia e inundado de lágrimas los explica. Profundamente conmovido el Pastor de la Iglesia, deja escapar de lo íntimo de su corazón tiernos suspiros y derrama abundantes lágrimas. Asimismo, los demás Prelados de la Iglesia lloran a su vez, y tan copiosamente, que llegan a humedecer los sagrados ornamentos. Y todo el pueblo se entrega también al llanto, lo cual hace

que, junto con la misma ansiedad, se alargue y se experimente mayor fatiga.

126. Por fin, el dichoso Papa, en alta voz y con las manos elevadas al cielo, dice «Para mayor honor y gloria de Dios omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y de la gloriosa Virgen María y de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, y a honra de la gloriosa Iglesia Católica, con el consejo de nuestros hermanos y de los demás prelados, venerando en la tierra a quien Dios glorificó en los cielos, declaramos que el bienaventurado Padre Francisco sea contado en el catálogo de los Santos y que su fiesta se celebre el día aniversario de su muerte.» Inmediatamente los reverendos Cardenales y el Papa, con gran solemnidad, entonaron el *Te Deum laudamus*. Al instante óyese el murmullo de las gentes alabando a Dios y prorrumpiendo en entusiastas voces, y el aire resuena de cantos de alegría y todos los rostros se bañan de lágrimas de júbilo. Resuenan nuevos cánticos, y los servidores de Dios se alegran en la consonancia de los espíritus. Oyense allí dulcísimos instrumentos músicos y se entonan con suavísimas voces cánticos espirituales. Respírase allí suavísimo perfume y se percibe la melodía más embriagadora, que conmueve el sentimiento. Brilla aquel día y se hermosea con los más espléndidos resplandores. Allí se ven los verdes ramos de olivo y ramas de toda clase de árboles. Allí aparece vistoso y deslumbrante adorno, comunicando vida a todo. Desciende después del elevado trono el dichoso Papa

Cabeza del «Retrato de San Francisco».
(Monte Subiaco.)

Gregorio y por amplias escaleras baja al santuario para ofrecer los votos y sacrificios, y besa con trémulos y conmovidos labios el sepulcro que contiene el sagrado cuerpo dedicado a Dios. Ofrece y multiplica las súplicas y celebra los sacrosantos misterios. En torno asisten los hermanos, con alabanzas y bendiciones al Señor Dios Todopoderoso, que tales maravillas obra en la tierra. Repite el pueblo las alabanzas del Señor, y en honor de la excelsa Trinidad rinden espirituales y afectuosísimas acciones de gracias al bienaventurado Francisco. Así sea. Tuvieron lugar estos acontecimientos en la ciudad de Asís en el segundo año del pontificado del señor Papa Gregorio IX. el diecisiete de las calendas de agosto.

En el nombre de Cristo, comienzan los milagros de nuestro santísimo Padre Francisco

127. Invocada con gran humildad la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, y para excitar y avivar la emoción de los presentes y asegurar la fe de los venideros, vamos a transcribir, con la ayuda del Señor, con toda verdad y la brevedad posible, los milagros que en presencia del señor Papa Gregorio, según queda dicho. se leyeron y anunciaron al público.

Los contrahechos y tullidos, sanados

I. En el mismo día en que el sagrado y venerado cuerpo del bienaventurado Padre Francisco fué depositado, embalsamado, más con aromas celestiales que con especias de la tierra, fué conducida una joven que tenía, hacía ya más de un año, el cuello monstruosamente inclinado y la cabeza pegada al hombro, de modo que sólo le era posible mirar en alto, como de soslayo. Reposó un rato la joven la cabeza sobre el arca que encerraba el precioso cuerpo del Santo, y al instante, por los merecimientos del santísimo Padre, pudo alzar el cuello, hasta que la cabeza tomó la posición normal, con cuyo prodigio, admirada, la joven comenzó a llorar y correr. En el hombro, en que por tanto tiempo había tenido pegada la cabeza, veíase como un hoyo de regulares dimensiones.

128. II. En el condado de Narni tenía un niño tan torcida una pierna, que en manera alguna podía dar un paso sin el auxilio de dos muletas. Desamparado a causa de su desgracia, y sin conocer siquiera a su padre ni a su madre, mendigaba el sustento. Implorada la protección de nuestro bienaventurado Padre. se vió libre de sus males y empezó a

caminar holgadamente, sin necesidad de muletas, alabando a Dios y al Santo.

129. III. Un ciudadano de Foligno, por nombre Nicolás, tenía la pierna izquierda tan contraída que le causaba muy acerbos dolores. Para recobrar la salud había gastado en médicos lo que tenía, llenándose de deudas. Por último, al ver que con tales auxilios no avanzaba en lo más mínimo, y que, por otra parte, arreciaba atrozmente su dolor, hasta el punto de que no cesaba de dar lastimeros gritos, con los que impedía a los vecinos conciliar el sueño durante la noche, encomendóse fervorosamente a Dios y a San Francisco, y orando toda la noche junto al sepulcro, halló después curada la pierna, y, rebosante de alegría, sin báculo ni muleta, volvió a su casa.

130. IV. Otro niño tenía una de las piernas contrahecha en tanto grado, que la rodilla se juntaba al pecho y el calcañar llegaba a la región glútea. Condujéronle sus padres al sepulcro del bienaventurado Francisco, y, mientras imploraban su protección, mortificaban duramente sus cuerpos con cilicios. El niño curó tan pronto y radicalmente, que, sano y salvo, pudo por sí mismo recorrer las calles y plazas, dando gracias a Dios y a su siervo Francisco.

131. V. En la ciudad de Fano había otro contrahecho, que juntaba las últimas ramificaciones de la columna vertebral con la parte posterior del pie, llena de úlceras cancerosas, las cuales despedían un hedor insoportable, tanto que ningún enfermero quería recibirle ni retenerle en el hospital. Por los méritos de San Francisco, de quien había implorado misericordia, vióse también al poco tiempo libre de su terrible mal, con inmensa alegría.

132. VI. A cierta joven de Gubio se le contrajeron poco a poco las manos de tal modo que antes de terminar el año había perdido casi por completo el uso de ellas. Llevóla su nodriza, con una imagen de cera, al sepulcro del bienaventurado para obtener la gracia de la curación. Permaneció allí por espacio de ocho días. Y de tal modo se le enderezaron sus miembros y nervios, que pudo volver a sus acostumbradas faenas.

133. VII. Otro niño, de Montenero, permaneció varios días recostado ante las puertas de la iglesia donde se halla depositado el cuerpo del Santo, porque no le era posible levantarse ni estar sentado, pues de medio cuerpo abajo estaba destituído por completo del uso de sus miembros y falto de fuerzas. Cierto día entró, arrastrándose, en la iglesia, y, al tocar el sepulcro del santo Padre Francisco, volvióse completamente sano. Afirmaba después este niño

que cuando estaba recostado cabe el sepulcro del glorioso Santo se le había aparecido un joven vestido con el hábito de los frailes, el cual llevaba en sus manos algunas peras. Le llamó y, dándole una de ellas, le animó a que se levantara. Al tomar el niño la pera de manos del aparecido, dijo: «Mira que estoy tullido y en manera alguna puedo levantarme.» Comió después la pera alcanzada y luego extendió la mano para coger la otra que le enseñaba y ofrecía el mismo religioso. Animóle de nuevo para que se levantara, mas el niño, sintiéndose imposibilitado por su enfermedad, no se movía. Al alzar el brazo para coger el fruto, el joven, sin cesar de mostrárselo, tomóle por la mano y, conduciéndole fuera, desapareció de sus ojos. Viéndose al propio tiempo sano y sin impedimento, comenzó a dar voces publicando lo que acababa de suceder.

134. VIII. Cierta mujer de la villa o pueblo de Cucorano fué conducida en una espuerta al sepulcro del glorioso Padre, pues de ningún miembro de su cuerpo podía valerse, sino de la lengua. Permaneció algún rato junto a la tumba del bienaventurado Santo, y poco después se levantó enteramente sana.

IX. Otro ciudadano de Gubio llevó al sepulcro del Santo, en una cestilla de mimbres, a su hijo, y se lo volvió sano y sin mal alguno. Estaba tullido, y era tan horrible su figura, que tenía los pies adheridos a la región glútea y casi se le habían insensibilizado y secado por completo.

135. X. Bartolomé, de la ciudad de Narni, mendigo pobrísimo, como se pusiera a descansar por un rato al pie de un nogal, hallóse al despertar con los pies tan contraídos, que no le fué posible caminar. Progresaba poco a poco la enfermedad, doblósele con el pie la pierna, y ésta se le insensibilizó tan por completo, que no sentía en ella los cortes que se le hacían, y ni las mismas quemaduras. Pero el verdadero amador de los pobres y padre de todos los necesitados, el bienaventurado Francisco, se le apareció una noche en sueños y le ordenó que fuera a bañarse en determinado lugar, pues, compadecido de su miseria, quería librarle de su mal y enfermedad. Al despertar, dudó el buen hombre sobre lo que debía hacer, y presentóse al Obispo de la ciudad, refiriéndole lo que se le había ordenado en sueños. El Obispo exhortóle a que lo cumpliera y fuese a tomar el baño; después hizo sobre él la señal de la cruz y le bendijo. Ayudado de su bastón, dirigióse el mendigo, del mejor modo que le fué posible, al lugar indicado. Como se sintiese agobiado de fuerte dolor y cansancio, caminando muy triste y descorazonado, oyó una voz que le dijo: «Camina en la paz del

Señor; yo soy aquel a quien invocaste.» Llegado ya casi al lugar del baño, equivocó, por ser de noche, el camino; de nuevo oyó la voz, que le dijo que se había desviado, por lo que tomó otro que le condujo al lugar verdadero. Al llegar allí entró en el baño, y sintió como que le ponían una mano encima del pie y la otra sobre la pierna y que con suavidad se la iban estirando. Sintióse al punto curado, y al salir del baño alababa y bendecía la omnipotencia del Criador y de su siervo, el bienaventurado Francisco, que le acababan de conceder tal gracia y beneficio. Por espacio de seis años, y en edad viril, había permanecido aquel hombre mendigo e imposibilitado.

Los ciegos que recobraron la vista

136. I. Una mujer, por nombre Sibilia, que sufría hacía muchos años de ceguera, fué conducida, en medio de su tristeza, al sepulcro del siervo de Dios. Al poco rato, recuperada la vista, gozosa y alegre volvió a su casa.—II. Otro ciego de Spello recobró en el sepulcro del santo Padre la vista, perdida de mucho tiempo atrás.—III. Privada por completo otra mujer de Camerino de la vista en el ojo derecho, determinaron sus parientes colocar sobre éste un trozo de paño que había tocado el bienaventurado Francisco, y le invocaron con sincero afecto; no tardaron en dar gracias al Señor y a su siervo Francisco por haberla atendido, devolviéndole la vista perdida.—IV. Algo por el estilo sucedió a otra mujer de Gubio, la cual, invocando al Santo, recobró con la vista primitiva la alegría.—V. Cierto ciudadano de Asís había perdido por completo, cinco años antes, el uso de sus ojos, y como durante la vida del bienaventurado Francisco había tratado con él, siempre que oraba recordaba su antigua amistad; al tocar una vez su sepulcro, quedó completamente curado.—VI. Albertino, de Narni, hacía próximamente un año que había perdido del todo la vista, efecto de haberle descendido los párpados hasta cerrarlos por completo. Encomendóse a San Francisco, y, al instante, recobrada la vista, se dispuso a visitar su glorioso sepulcro, como así lo hizo.

De los endemoniados

137. I. Había en la ciudad de Foligno un hombre, llamado Pedro, que puesto a partir para visitar los lugares dedicados al arcángel San Miguel, ya por voto, ya, quizás, por penitencia impuesta a sus pecados, llegó a un lugar donde había una fuente, y allí reposó. Con el cansancio del camino sintióse acometido de la sed y al fin bebió del agua de la fuente; mas al propio tiempo le pareció que había tragado al demonio. Vióse atormentado por él por espacio de tres años, durante los cuales ejecutaba acciones tan repugnantes a la vista que no deben relatarse. Visitó también la tumba del santo Padre, a cuya presencia, enfurecidos los demonios, le maltrataron cruelísimamente; mas al solo contacto del sepulcro del Santo, con estupendo y evidente milagro, vióse libre de ellos.

138. II. Una mujer de la ciudad de Narni sentíase acometida de terrible furia, y en su exceso y delirio mental hacía horrores y hablaba las mayores inconveniencias. Apareciósele el bienaventurado Francisco en visión y le dijo: *Haz la señal de la cruz.* A lo que respondió: «No puedo.» Entonces el Santo por sí mismo se la hizo, y al momento se vió libre de la locura y del diabólico engaño. Muchos otros hombres y mujeres atormentados con diversos suplicios por los demonios, y engañados con sus falacias, viéronse libres de su poder por los preclarísimos merecimientos de tan santo y glorioso Padre. Mas, porque en esta especie de males entre los hombres acostumbra haber mucho engaño y falsedad, tratado de ello brevemente, pasemos a otros hechos más notables.

Enfermos librados de la muerte. Un hinchado, un hidrópico, un cotoso, un paralítico. Y de otros enfermos

139. I. Un niño llamado Mateo, de la ciudad de Todi, hacía ocho días que estaba en el lecho como muerto, con la boca completamente cerrada y falto de vista, la piel de su rostro, manos y pies ennegrecida, como ahumada, y desesperando todos de hacerle recobrar la salud; mas, por un voto de la madre, comenzó a convalecer rápidamente. Arrojaba por la boca sangre negra y como coagulada; eran tales sus esfuerzos, que parecía como que arrojase los intestinos. Pero así que invocó, humildemente postrada de hinojos, el nombre de San Francisco, al levantarse de su oración, el niño pudo abrir ya los ojos, vió la luz, tomó el pecho y a poco rato, desaparecida la escama negra, volvió la carne a su primitivo color y recobró la salud y las fuerzas. Y dirigióle su madre esta pregunta: «¿Quién te ha curado, hijo mío?» A lo que el niño, balbuciente, respondió: «Cisco, Cisco.» Repetíanle en distintas ocasiones: «¿A quién eres

deudor de la salud?» Y siempre contestaba lo mismo: «Cisco, Cisco.» Por su poca edad no podía pronunciar expeditamente, y por esto, del nombre del bienaventurado Francisco sólo decía las dos últimas sílabas.

140. II. Un joven, que tenía la vivienda en lugar elevado, al caer una vez del mismo, perdió el habla y el uso de todos sus miembros. Por espacio de tres días estuvo sin comer, ni beber, ni sentir, considerándosele cadáver. Su madre, sin solicitar el auxilio de médico alguno, únicamente confiaba en el bienaventurado Francisco y le pedía con fervor la gracia de la curación. Así, apenas terminada la súplica, lo recibió vivo y sano, alabando la omnipotencia del Salvador.—III. Un tal Mancino, enfermo de muerte, había sido ya desahuciado de todos, mas, invocado el nombre del seráfico Francisco, instantáneamente comenzó a convalecer y curó.—IV. Un niño de Arezzo, por nombre Gualtero, sufría ataques continuos de malignas calenturas y atormentado por dos terribles tumores, perdida toda esperanza en los médicos. Ofrecido, por su padres al bienaventurado Francisco, recobró la deseada salud.—V. Otro, próximo a muerte, mientras formaban una figura de cera, como exvoto, y antes que la terminaran, vióse instantáneamente libre de todo mal.

141. VI. Una mujer, por muchos años acostada en su lecho, a causa de grave enfermedad, de modo que no podía moverse ni valerse en nada, invocó a Dios y la protección especial del bienaventurado Francisco, y al momento, libre de toda dolencia, pudo cumplir en adelante con las obligaciones de la vida.—VII. En la ciudad de Narni había otra mujer que por ocho años continuos tuvo la mano como consumida por la parálisis, sin serle posible valerse de ella para nada. Hasta que el bienaventurado Padre se le apareció, y, cogiendo la mano enferma, comunicóle la misma actividad que a la otra. VIII. Cierto joven, de la propia ciudad, estuvo por diez años enfermo, baldado y lleno de tan malignos tumores, que no le aprovechaba medicina alguna. Su madre invocó la poderosa intercesión del bienaventurado Francisco, y al instante obtuvo el beneficio de la curación.—IX. Había en la ciudad de Fano un hombre atacado de cruel hidropesía, cuyos miembros estaban horriblemente hinchados. También éste, por los merecimientos del Santo, obtuvo verse libre de la dolencia.—X. Otro ciudadano tudertino era tan atormentado de la gota, que no podía sentarse ni descansar un instante. Este mal le ocasionaba tan persistente frío, que parecía quedarse como aniquilado. Llamó a los médicos multiplicó los baños, aplicó diversidad de remedios, pero nunca pudo experimentar alivio. Un día, en presencia de cierto sacerdote, encomendóse al seráfico Francisco, suplicándole le devolviera la salud. Apenas terminadas sus plegarias, sintióse completamente curado.

142. XI. Una mujer de Gubio yacía paralítica, y a la tercera vez de haber invocado el nombre del bienaventurado Francisco vióse libre de la enfermedad.—XII. A un tal Bontadono, que sufría terrible mal en las manos y en los pies, y no podía ni siquiera moverlos, y menos ir de una parte a otra, y había perdido el apetito y el sueño, visitóle una devota mujer y le aconsejó y auguró que si quería verse libre al instante de aquel mal se encomendara con ardiente devoción al bienaventurado Francisco. A lo que respondió, exasperado sin duda por su acerbo dolor: «No creo que sea un santo.» Mas insistió con constancia la mujer en su consejo, y, al fin, se avino y se encomendó de esta suerte: «Me ofrezco a San Francisco y creeré que es santo si en el término de tres días me cura de este mal.» Y al poco tiempo, por los méritos del siervo de Dios, pudo caminar, comer, descansar y dar gracias a Dios Todopoderoso.

143. XIII. Un hombre fué gravemente herido en la cabeza por una saeta de hierro, la cual, penetrando por la abertura del ojo, quedó tan clavada, que no pudo ser extraída por los médicos. Encomendóse devotamente al Santo de Dios, con la confianza de que hallaría remedio por su intercesión. Al cabo de poco tiempo entregóse al descanso y durmióse; hablóle entonces en sueños el santo Fundador, diciéndole que se la hiciera extraer por la parte posterior de la cabeza. Al día siguiente hízolo así, y sin gran dificultad, se la extrajeron y quedó curado.

144. XIV. En el pueblo de Spello otro individuo, por nombre Emperador, sufrió por espacio de dos años una grave hernia, por la que a veces le salían los intestinos. Por largo rato no podía introducirlos de nuevo, viéndose precisado a ceñirse una especie de almohadilla de plumas para evitar su caída. Recurrió a los médicos, pero al contratar el precio le exigieron más de lo que le era posible pagar, pues sus haberes apenas llegaban a poderle proporcionar sustento por un día, por lo que desesperó de su auxilio. Entonces suplicó el favor de Dios, y, ya de camino, ya en casa, imploraba la intercesión y merecimientos del bienaventurado Francisco. Sucedió al poco tiempo que, por la gracia y méritos del Santo, le fué restituída la salud.

145. XV. Un religioso de la Marca de Ancona, de nuestra obediencia, tenía una fístula en las costillas, de tal gravedad, que los médicos habían desistido de su curación por reputarla imposible. Solicitó del Ministro a quien prestaba obediencia que le diera permiso para visitar el lugar donde reposaba el cuerpo del bienaventurado Padre, en espera confiada de que por los merecimientos del Santo obtendría la gracia de la curación. Mas el Ministro se lo prohibió en absoluto, por temor de que, por ser tiempo de lluvias y nieves y por el cansancio del viaje, no se agravase el mal. Como se turbase un tanto aquel religioso por tal negativa, apareciósele una noche el mismo santo Padre y le dijo: *Hijo mío, no quieras afligirte en adelante por este motivo; quítate las pieles que vistes y arroja los emplastos y su vendaje; observa la Regla y quedarás sano.* Así lo hizo el religioso al despertar. y dió gracias al Señor por su instantánea curación.

Los leprosos curados

146. I. Había un joven en Sanseverino, de la Marca de Ancona, por nombre Acto, el cual tenía atacado todo el cuerpo de la lepra; a juicio de los médicos, estaba irremisiblemente leproso. Todos sus miembros se habían entumecido e hinchado y transparentábanse las venas, inflamadas de una manera alarmante. No podía dar un paso, por lo que yacía en cama, causando en sus padres gran dolor y profunda tristeza. Su padre, presa de indescriptible ansiedad, no sabía qué hacer ya por él. Un día se le ocurrió encomendarlo con toda instancia al bienaventurado Francisco, por lo que habló a su hijo: «¿Quieres —le dijo— hacer una promesa al bienaventurado Francisco, que en todas partes brilla por sus estupendos milagros, para que se digne librarte de esta enfermedad?» A lo que contestó: «Padre mío, sí quiero.» Entonces el padre hizo traer un largo pergamino, y, tomada medida de alto y ancho, le dijo: «Incorpórate y promete a Francisco que, si te concede la salud, ofrecerás en su templo todos los años de tu vida un cirio de tu altura.» A la exhortación del padre incorporóse el joven, y con las manos juntas invocó la protección y misericordia del santo Patriarca. Tomada la medida con papel y concluída la oración, se vió al instante libre de la lepra, y levantándose corrió por todas partes dando gracias a Dios y a su siervo el bienaventurado Francisco.—II. En la ciudad de Fano otro joven llamado Homobono. de quien los médicos

aseguraban ser paralítico y leproso, fué ofrecido por sus padres al bienaventurado Francisco, y al instante quedó limpio de la lepra y sin parálisis, curado radicalmente.

Los mudos hablaron y los sordos recuperaron el oído

147. I. En el pueblo de Pieve había un niño mendigo y, a la vez, sordo y mudo de nacimiento. Tenía la lengua tan pequeña y diminuta, que apenas se la pudieron ver muchos que lo habían intentado repetidas veces. Cierta tarde, al anochecer, presentóse a la puerta de la casa de un caballero del mismo lugar, por nombre Marcos, solicitando por medio de señas, como acostumbran hacerlo los mudos, hospedaje, e inclinada la cabeza sobre la mano, daba a entender que deseaba pasar allí la noche y descansar. Con íntima satisfacción le recibió el caballero en su casa y le hizo quedar en su compañía, pues sabía que aquel joven servía bien. Era el niño de buena indole, y, aunque sordo y mudo de nacimiento, comprendía por señas perfectamente lo que se le mandaba. Cenaba una noche dicho señor con su esposa, y en presencia del niño le dijo: «Juzgaría un extraordinario prodigio si el bienaventurado Francisco favoreciese a éste con el oído y el habla.»

148. Y prosiguió: «Prometo a Dios Nuestro Señor que si San Francisco se dignara obrar este milagro, por su amor tendré especial afecto a este niño y me comprometo a atender a su manutención todo el tiempo de su vida.» ¡Caso verdaderamente admirable! Así que terminó la promesa, el niño habló y gritó con entusiasmo: «¡Viva San Francisco!», y seguidamente, mirando a un lugar fijo, continuó: «Veo a San Francisco, que está allá arriba y se llega a mí para darme el habla.» Luego siguió: «¿Qué diré a este pueblo?» Respondióle el aparecido: «Alabarás al Señor y salvarás a muchos hombres.» Levantóse el caballero, y, presa de extraña emoción y alegría, publicó por todas partes lo que acababa de acontecer. Acudieron todos los que conocieran al niño mudo, y, llenos de admiración y asombro, dieron gracias a Dios y a San Francisco. Creció en tanto la lengua del niño lo suficiente para hablar sin dificultad, y comenzó en seguida a hacerlo sin tropiezos. como si toda la vida lo hubiese ejecutado.

149. II. Otro niño también, por nombre Villa, no podía pronunciar palabra ni andar. Su madre, llena de fe y confianza, hizo fabricar una imagen de cera, y con gran devoción la llevó al lugar donde descansan las cenizas del santo Padre. De vuelta a su casa, halló a su hijo del todo sano; hablaba y corría.—III. Un hombre en el obispado de Perusa, mudo, tenía siempre abierta la boca, con la que hacía horribles muecas, causa de dolorosa angustia. Tenía la garganta inflamada. Al llegar al lugar donde descansa el santísimo cuerpo de Francisco y pretender subir las gradas de su sepulcro, vomitó mucha sangre, al instante se vió libre de su mal y comenzó a hablar y a abrir y cerrar la boca convenientemente.

150. IV. Otra mujer sufría tan terrible dolor en la garganta, que por el mucho ardor llegó a pegársele al paladar la lengua, quedando completamente seca. Erale imposible hablar, comer y beber, y, a pesar de haber aplicado al mal todos los remedios y medicinas imaginables, no experimentaba alivio alguno en su malestar. Ante la imposibilidad de expresarse, hizo voto e invocó en su corazón al glorioso Francisco, y, al instante, reventó el tumor, y de su garganta salió una piedrecilla redonda, que tomó en sus manos, enseñándola a todos, y quedó perfectamente restablecida.—V. En el pueblo de Greccio un joven habia perdido en absoluto el oído, el habla y la memoria, por lo que nada entendía ni oía siquiera. Sus padres, fervorosos devotos del bienaventurado Francisco, en quien tenían mucha confianza, ofreciéronle su hijo con gran piedad, el cual, apenas terminada la oferta, vióse favorecido con todos los sentidos de que poco antes carecía, gracias a la protección del santísimo y gloriosísimo Padre Francisco. Sea todo para alabanza, gloria y honor de Jesucristo, Señor Nuestro, cuyo reino e imperio durará firme y estable por los siglos de los siglos. Amén.

CONCLUSIÓN

Pocos son los milagros de nuestro bienaventurado Padre que acabamos de referir, omitidos otros muchos, que dejamos para que los que quieran seguir sus pisadas se cuiden de rebuscar nuevas gracias y bendiciones, a fin de que aquel que con su palabra y ejemplo, su vida y doctrina, renovó felizmente la faz de la tierra, se digne infundir copiosísimos raudales de celestiales dones en los entendimientos de

los que aman el nombre del Señor. Ruego encarecidamente a todos los que leyeren, vieren o escucharen estas cosas, que por amor al Pobrecillo crucificado y por las sacrosantas Llagas que mereció tener en su cuerpo el bienaventurado Padre Francisco, en el acatamiento del Señor se acuerden de mí, pobre pecador. Así sea. Bendición, honor y toda alabanza sea dada al solo Dios sapientísimo, que con inefable sabiduría dirige todas las cosas a su particular gloria. Amén. Así sea. Amén.

La Iglesia entre San Francisco y Santo Domingo. (Flaxman.)

Nacimiento de San Francisco, con alegorías de su santidad futura. (Grabado del siglo XVI.)

VIDA SEGUNDA

PARTE PRIMERA

EN EL NOMBRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO. AMÉN.
AL MINISTRO GENERAL DE LA ORDEN DE FRAILES MENORES

PRÓLOGO

1. No ha mucho pareció bien a la santa reunión del Capítulo General y a ti, reverendísimo Padre, no sin disposición de la divina voluntad, confiar a mis escasas fuerzas, dado el íntimo trato y mutua familiaridad que por largo tiempo, más que otros muchos, gocé de nuestro santo Padre Francisco, el que escribiera sus hechos y sus palabras para consuelo de los presentes y memoria perpetua de los venideros. A obedecer tan santo precepto, que en modo alguno era posible descuidar, me he dedicado con humilde ahinco; pero temo, con sobrado motivo, por mi poco valer, que materia tan digna, por no tratarse como se merece, contenga tales lunares, que llegue a disgustar a los demás. Este encargo, digno de ir envuelto en suavidad inmensa y gran dulcedumbre, temo no quede trocado en insípido y desabrido por la ineptitud de quien lo sirve, y ello sea motivo de atribuirlo a mi presunción y no a obediencia. Por esto, venerado Padre, si tan importante trabajo hubiera de ser sometido solamente a tu benigno juicio y no al del público, aceptaría gustoso la corrección y con alegría la indicación de la conformidad. Porque, ¿quién habrá, en medio de tanto fárrago de doctrinas y de hechos, que pueda concebir o declarar todos los asuntos tan discretamente, que después de sutil examen satisfaga a todos los oyentes y den todos idéntico parecer? Mas, como sólo buscamos el provecho de todos y de cada uno con sencillez de ánimo, suplico a los que me lean lo interpreten con benignidad y acepten, o mejor, dispensen o enmienden la ineptitud del narrador, para que quede en su verdadero lugar el respeto debido a aquel de quien se trata. Mi memoria, borrosa por el tiempo,

según acontece en los hombres rudos, no puede reflejar ya los sutiles matices de sus palabras ni ensalzar la heroicidad de sus proezas, que apenas podría apreciar de presente una inteligencia despejada. Disculpe todas las faltas que procedan de nuestra impericia la autoridad de quien lo ordenó tan insistentemente.

2. En primer lugar contiene este opúsculo algunos hechos maravillosos de San Francisco, que en las anteriores vidas del mismo no se publicaron por no haber llegado a conocimiento del autor. Después inserto y explico, con vivo interés, aquellos datos en que se manifestó más y más la voluntad buena, agradable y perfecta del santo Padre consigo mismo y con sus religiosos, en todo ejercicio de celestial conducta y en el anhelo de perfección suma que tuvo siempre en sus afectos para con Dios y en sus ejemplos para con los hombres. Consígnanse también algunos milagros, según se ofrece la oportunidad. Relatamos, por tanto, los sucesos en estilo sencillo y llano para agradar a los no muy letrados y complacer en lo posible a los estudiosos. Ruégote, pues, venerado Padre. que te dignes consagrar con tu bendición el no despreciable presente de este trabajo, que compuse con muchas dificultades, y corrijas los errores que pudiera contener, y borres lo superfluo, a fin de que cuanto esté bien dicho sea aprobado por tu docto juicio, y para que. según indica tu mismo nombre, Crescencio, crezca y se difunda en Cristo por todas partes.

CAPÍTULO I

Conversión del Santo

§ I.—Cámbiase el nombre de Juan, de nuestro Santo, en Francisco. Profecía de su madre; sus propias predicciones; su conformidad en la prisión

3. Francisco, siervo y amigo del Altísimo, a quien la divina Providencia impuso este nombre, a fin de que por su singularidad y suma rareza se conociera más prontamente en todo el orbe la misión de su ministerio, había sido llamado Juan por su propia madre, cuando, al renacer por el agua y el Espíritu Santo. de hijo de ira pasó a ser hijo de gracia. Esta mujer, amiga de toda honestidad, mostraba en sus costumbres algo especial y elevado, por lo que

gozó del privilegio de semejarse a la conocida Santa Isabel, no sólo por la imposición del nombre a su hijo. sino particularmente por el espíritu de profecía. Al maravillarse sus vecinos de la delicadeza y buen porte de Francisco, como movida de inspiración celestial, decíales: «¿Quién creéis que será este hijo mío? Por la grandeza de sus obras reconoceréis que será elegido de Dios.» En efecto, ésta era la opinión de no pocos, a quienes agradaba el ya joven Francisco por sus hermosas cualidades. Alejaba de sí cuanto podía significar injuria para otro, en tanto grado, que por sus modales finos y delicados no parecía hijo de sus propios padres, sino de otros de más distinguido rango. Su nombre, Juan, indica la misión a que se le destinó; mas el de Francisco va unido a la dilatación de su fama, que, una vez dedicado por completo al servicio de Dios, se extendió por todas partes. Por eso celebraba sobre las de otros santos la memorable fiesta de San Juan Bautista, pues la grandeza de su nombre había señalado para él la huella de su elevada virtud. Entre los nacidos de mujer no hay otro mayor que aquél, y entre los fundadores de monásticas Ordenes no existe alguno más perfecto que éste. Observación es ésta digna de tenerse en cuenta.

4. Profetizó Juan, encerrado todavía en el claustro materno; Francisco, detenido aún en la cárcel del siglo y desconocedor de los designios del Cielo, predice también sucesos futuros. En efecto, durante el tiempo en que la guerra causaba grandes estragos entre los habitantes de Perusa y los de Asís, Francisco, con otros muchos, fué hecho prisionero y, cargado de cadenas, tuvo que sufrir como los demás la lobreguez de la cárcel. Sus compañeros dejáronse dominar de la tristeza, deplorando amargamente la desgracia de su cautiverio; sólo Francisco conservaba su buen humor, reía y despreciaba sus cadenas. Quejumbrosos los demás, le echaron en cara su regocijo en tal contratiempo y le juzgaron loco e insensato. A ello arguyó el Santo: *¿De qué creéis que me alegro? Otro es mi pensamiento; porque llegaré a ser venerado como santo en todo el mundo.* En verdad así se ha cumplido, según lo afirmó. Había entre los cautivos un soldado altivo y sumamente inaguantable, por lo que los demás resolvieron dejarle siempre solo; mas la paciencia de Francisco no pudo conformarse a esta resolución. El aguantó al intolerable y redujo a su parecer a los otros. Vaso escogido, lleno de toda gracia. rebosa por doquier los carismas de las virtudes.

§ II.—Viste a un soldado pobre. Celestial aviso de su vocación, cuando vivía en el mundo

5. Transcurrido poco tiempo, vióse libre del cautiverio, y desde entonces sintió más tierna compasión hacia los pobres. Propuso no apartar su vista de ningún indigente que le pidiera limosna por amor de Dios. Un día sañole al encuentro un soldado pobre y casi del todo desnudo; movido a compasión, dióle liberalmente por amor de Cristo los vestidos preciosos con que iba vestido. ¿No hizo San Martín otro tanto, lo mismo en el hecho que en la intención, aunque fuera de distinto modo? Este dio primero los vestidos antes que repartiese los demás bienes, mas aquél, después de entregados éstos, dió en último lugar sus propios vestidos; uno y otro vivieron pobres y necesitados en el mundo y ambos entraron ricos en el cielo. Soldado aquél, pero necesitado, vistió a otro pobre con parte de su vestido; éste, no soldado, pero rico, cubrió al soldado pobre con vestidura completa. Ambos, por haber cumplido el precepto de Cristo, merecieron ser visitados en visión por Cristo, uno elogiado por su perfección, el otro conducido amorosamente a aquello que le faltaba alcanzar.

6. En efecto, en breve se le representa en visión un espacioso palacio, en el que distingue toda suerte de armas y una doncella hermosísima. Francisco oye, en sueños también, que se le llama por su nombre y se le brinda con la promesa de aquellos bienes. Determina en consecuencia marchar a la Pulla para abrazar la carrera de las armas; y, preparado fastuosamente lo necesario, dase prisa por alcanzar en breve tiempo los grados del honor militar. Su espíritu, carnal todavía, daba una interpretación sensible a la visión referida, cuando en los tesoros de la sabiduría de Dios encerrábase algo más preclaro y honorífico. Descansando una noche, oyó por segunda vez que se le hablaba en visión y se le preguntaba con interés dónde se dirigía. Como manifestase su propósito de ir a la Pulla para alistarse soldado, fuéle preguntado por la misma voz: «¿Quién puede premiarte mejor, el siervo o el señor?» A lo que contestó Francisco: *El señor*. Siguió la voz: «¿Por qué buscas, pues, al siervo en lugar del señor?» Añadió al instante el Santo: *¿Qué queréis, Señor, que yo haga?* «Vuelve inmediatamente —continuó la voz— a tu ciudad natal, porque la visión que te he presentado tiene un sentido más espiritual.» Volvióse sin dilación, sujeto ya al yugo de la obediencia, y

al abdicar así de su voluntad convirtióse de Saulo en Pablo. Quedó aquél humillado y los duros azotes le arrancaron tiernas palabras. Trocó Francisco sus armas materiales por otras espirituales, y, en cambio de la gloria militar, se sujetó al gobierno divino. A los que admiraban su inusitada alegría, asegurábales que llegaría a ser poderoso príncipe.

§ III.—Sus camaradas lo eligen caudillo

7. Comienza ya a manifestarse otro y a transformarse en hombre prudente y perfecto. Vuelto a casa, siguiéronle los hijos de Babilonia y le obligaron a atender, aunque forzado, a otros cuidados. Pues un grupo de jóvenes de la ciudad de Asís, que en otro tiempo le habían visto el primero en las vanidades, se apresuraron a convidarle a sus banquetes de sociedad, en los cuales siempre se ofrece pábulo a la risa y a la disolución. Elígenle por capitán, recordando sin duda la pasada liberalidad con que satisfacía él solo las prodigalidades sin cuento de todos. Reducíanse a obediencia únicamente para poder saciar sus estómagos, y toleraban ser esclavos con tal de poderse hartar. No rehusa el joven el honor ofrecido, para que no se le tache de avaro; absorto en sus santas meditaciones, no olvida las obligaciones de la buena crianza. Al efecto, prepara un suntuoso banquete, duplica sus regalados manjares, y, al quedar satisfechos y ahitos, recorren las calles de la ciudad, turbándolas con sus alegres canciones. Síguelos Francisco, llevando en la mano un bastón de mando, como rey de la juventud; mas poco a poco quédase a la zaga de sus compañeros, pues, absorta su mente en cantar a Dios, se hacía el sordo a cuanto le rodeaba. Tanta fué la celestial dulzura con que se vió visitado por Dios, según él mismo refirió, que siéndole imposible articular palabra, apenas podía continuar su paseo. Tal afición a las cosas invisibles entró en su alma, que con razón juzgó desde entonces los bienes de la tierra como insignificantes y de ningún valor. ¡Admirable dignación la de Cristo Jesús, que comunica sus mayores gracias a los que obran las menos dignas, y que, aun en medio del diluvio de muchas pasiones, conserva y salva a los que ha destinado para sí! Alimentó Cristo con panes y peces a una muchedumbre, y no privó de la comida a los mismos pecadores. Buscado para ser proclamado rey, desapareció de entre ellos y subió al monte para orar. Misterios del Señor son los que alcanza Francisco, quien, sin darse cuenta, es guiado a la ciencia perfecta.

§ IV.—Francisco, vestido pobremente, se une a los mendigos que concurren a la iglesia de San Pedro, y come en su compañía. Su generosidad

8. Mostróse Francisco, desde sus primeros años, compasivo amador de los pobres, y sus hermosos principios revelaban ya evidentemente lo que llegaría a ser. Con mucha frecuencia desprendíase de sus ropas para vestir a los indigentes, a quienes, si bien en realidad todavía no se había hecho igual, éralo, no obstante, de corazón. Hizo en cierta ocasión un viaje a Roma, y, llevado de su ardiente amor a la pobreza, desprendióse de sus finos y ricos vestidos y, cubierto con los harapos de algún pordiosero, juntábase alegremente con los otros pobres que en la plazoleta de delante de la iglesia de San Pedro se reunían en gran número, y como uno de tantos comía con satisfacción en su compañía. Muchas otras veces hubiera ejecutado lo propio, a no impedírselo la presencia de algunos conocidos. Admirado, al visitar el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles, de las escasas limosnas ofrecidas por los visitantes, tomó un puñado de monedas que traía consigo y las depositó allí, juzgando que ha de ser honrado de manera especial aquel a quien Dios ha distinguido sobre los demás. Muchas veces regalaba vestiduras sagradas a los sacerdotes más pobres, y profesaba el más rendido honor a todos sin distinción, hasta el ínfimo grado. Pues destinado a una misión apostólica, desde el principio permaneció integérrimo en la doctrina católica y guardo singular reverencia a los ministros de Dios y a sus ministerios.

§ V.—Tentación del demonio. Respuesta del Señor. Los leprosos

9. Aunque continuaba en hábito seglar, poseía ya el espíritu religioso, y, por inspiración especial del Espíritu Santo, alejábase de los lugares públicos y frecuentaba los solitarios. Sentíase atraído y embargado por celestial dulzura, con la que fué visitado desde los comienzos y que nunca durante su vida se alejó de él. Al retirarse a sitios apartados, como más convenientes para la oración, intentó el demonio arrancarle de ellos con maligna saña. Recordó en su fantasía a cierta mujer monstruosamente gibosa, habitante de la ciudad, y que para todos era de repugnante aspecto. Amenazábale con tornarle igual a ella si no se alejaba y abandonaba el régimen emprendido. Mereció, con todo, verse confortado con palabras de salud y de gracia por parte del Señor: «Francisco —oyó le decían en su interior—, transformado en tus afectos, y no ya carnal y vanidoso, sino espiritual, complaciéndote más en lo amargo y desabrido que en lo dulce y agradable, despréciate a ti mismo, si quieres conocerme a Mí; y las cosas que te inspiro te parecerán bien, a pesar de su sentido contradictorio.» Sintióse al instante compelido a obedecer los divinos preceptos y a ponerlos en práctica. Entre las miserias más horribles del mundo repugnaban instintivamente a Francisco los leprosos, cuando cierto día se encontró con uno, mientras paseaba a caballo por los alrededores de Asís. Aunque en el primer instante experimentó instintivo horror, sin embargo, para no quebrantar el propósito que se había impuesto, apeóse del caballo y dióle beso de paz. El leproso extendió la mano en demanda de limosna, y Francisco le entregó una moneda, besándole al propio tiempo la mano. Montó de nuevo a caballo, volvióse a una parte y a otra, y aunque el terreno en que podía derramarse la mirada era completamente llano, por toda la magnífica campiña no vió a leproso alguno. Absorto y lleno de santa alegría, resuelve renovar a los pocos días su acción. Dirígese a las tiendas de los leprosos y a cada uno de ellos entrega cuantiosa limosna y bésales reverentemente la mano y la boca. De este modo toma las cosas amargas, cual si fueran agradables y dulces, y se dispone para practicar con ánimo varonil otras más difíciles.

§ VI.—Habla a San Francisco la imagen del Santo Cristo; devoción hacia la misma

10. Enteramente transformado en su corazón, y próximo a cambiarse aún en el cuerpo, caminaba cierto día por los alrededores de la iglesia de San Damián, casi arruinada y en completo abandono. Guiado del divino espíritu, entró para hacer oración, postrándose reverente y devoto ante la imagen del crucifijo, y pronto se creyó muy distinto del que había entrado, conmovido por desacostumbradas impresiones. A poco de encontrarse de tal suerte emocionado, ¡prodigio inaudito!, la imagen del Santo Cristo, entreabriendo los labios en la pintura, le habla, llamándole por su propio nombre. «Francisco —le dice—, vé y repara mi iglesia, que, como ves, amenaza ruina.» Tembloroso el Santo, se maravilla en extremo y queda como enajenado, sin poder articular palabra. Dispónese en seguida

a obedecer y se resuelve a cumplir el mandato. Mas, como el propio Santo no pudo explicar la inefable mudanza que en sí mismo sintió, es preciso que nosotros también callemos. De tal suerte quedó grabada en su alma la compasión del Crucificado, que muy piadosamente puede creerse que las sagradas Llagas de la pasión quedaron muy profundamente impresas en su espíritu antes que lo estuvieran en la carne.

11. Cosa admirable, y en nuestros tiempos inaudita. ¿Quién no se maravilla de tales escenas? ¿Quién presenció alguna vez cosas semejantes? ¿Quién dudará que Francisco al entrar en la gloria apareció crucificado, cuando, no despreciado en absoluto el mundo, por un prodigio nuevo e inaudito le habla ya el mismo Cristo? Desde aquel instante sintió derretírsele el alma, luego que le habló el Amado. La intensidad de su amor desbordó más tarde por las sagradas Llagas de su cuerpo. En adelante, en manera alguna podrá contener las lágrimas, y en alta voz gemirá al recordar (lo cual sucedía continuamente) la pasión de Cristo. Llenaba los caminos con sus sollozos, sin poder consolarse, recordando las Llagas de Cristo. Encontróse con un amigo íntimo, al cual enteró del motivo de su llanto tan patéticamente, que le obligó a verter abundantes lágrimas. No olvidó por esto cuidar de aquella sagrada imagen ni retrasó por negligencia el cumplimiento de la petición. Luego, al punto, entregó una cantidad de dinero a un sacerdote para comprar lámpara y aceite, a fin de que la sagrada imagen no quedara sin el debido honor de la iluminación. Atendió, además, presuroso, a lo más conveniente, y puso manos a la necesaria reparación de la iglesia. Pues, aunque el sentido de las palabras se refería a aquella otra Iglesia que Jesucristo adquirió con su propia sangre, no quiso llegar de una vez a la meta, en espera de pasar poco a poco de la carne al espíritu.

§ VII.—El Santo sufre la persecución de su padre y hermano carnal

12. El padre, noticioso de que su hijo se dedicaba con insistencia a las obras de piedad, y juzgando locura la esclavitud de Cristo, comenzó a perseguirle y a llenarle de maldiciones, siempre que con él daba. El siervo de Dios buscó a un hombre plebeyo y muy sencillo y le rogó hiciese con él oficio de padre, para que le colmara de bendiciones cuando el propio le maldijera. Realízanse aquí aquellas proféticas palabras, y cúmplese lo que está escrito: «Ellos maldecirán, mas tú bendecirás.» Devolvió después a su padre el dinero que el siervo de Dios tenía reservado para la reparación de la antedicha iglesia, y esto por indicación y consejo del Obispo de la ciudad, varón verdaderamente piadoso, pues no es lícito expender en obras y usos sagrados los dineros mal adquiridos. En presencia de los muchos que habían acudido pronunció el joven Francisco aquellas memorables palabras: *En adelante podré decir con toda libertad: Padre nuestro, que estás en los cielos. No padre Pedro Bernardón, pues a éste, como veis, le devuelvo no sólo el dinero, sino aun todos mis vestidos. Desnudo me entregaré en manos del Señor.* ¡Oh ánimo desprendido y libérrimo el del joven a quien Cristo solo ya basta!... Vióse entonces que el varón de Dios ceñía bajo el humilde traje un cilicio, más solícito de ser virtuoso en realidad que de parecerlo en lo exterior. También su hermano carnal por seguir el ejemplo de su padre, le insultaba con denuestos y voces groseras. Una mañana de invierno vió a Francisco mal cubierto con unos harapos, entregado a la oración y tiritando de frío, y aquel hombre sin entrañas dijo a su compañero: «Dile a Francisco que te venda un maravedí de sudor.» Oyólo el siervo de Dios, y, gozoso y sonriente, contestó: *Ya lo venderé a muy subido precio a mi Señor.* Y nada más cierto, pues no sólo el céntuplo, sino millares de millares recibió aún en este mundo, y en el venidero, para sí y aun para muchos, la vida eterna.

§ VIII.—Sobrepónese a la vergüenza. Profecía de las vírgenes pobres

13. Su primer y especial cuidado consistió en reformar sus antiguas y muelles costumbres y reducir su desarreglado cuerpo a justa entereza. Iba cierto día el siervo de Dios por la ciudad de Asís mendigo de aceite para proveer la lámpara de la iglesia de San Damián, que entonces reparaba, y al ver ante la puerta de la casa donde pensaba entrar una multitud de personas divirtiéndose, sorprendido por el rubor y vergüenza, volvió atrás. Pero, levantado su noble espíritu al cielo, reprendió su propia flaqueza y tomó venganza de sí mismo. Dirígese de nuevo a la casa, y en alta voz confiesa su rubor y, cual si fuera tomado del vino, pide en lengua francesa aceite, y lo obtiene. Rebosando fervor, solicita de todos que acudan a la reparación de aquella iglesia, y a todos les anuncia, siempre en lengua francesa, que allí, a no tardar, habrá un monasterio de vírgenes santas con-

sagradas a Cristo. Siempre que Francisco, sintiéndose poseído del Espíritu Santo, prorrumpía en ardientes exclamaciones, hablaba en francés, como si previese que debía ser honrado principalmente, y venerado con culto especial, en aquella nación.

§ IX.—Francisco pide limosna de puerta en puerta

14. Desde el instante en que comenzó a servir al Dueño universal de todos los hombres, gustó siempre emplearse en las cosas comunes, enemigo de toda singularidad que se mancilla con innumerables vicios. Como se fatigase mucho en la obra de la iglesia, cuya reparación le encargara Jesucristo, por ser trabajo muy pesado y contrario a su delicada complexión, el sacerdote que la servía compadecióse de él, y, movido a piedad, se ofreció a darle cada día un poco de comida, ni rica ni abundante, porque era pobre. Elogió Francisco la solicitud y discreción del sacerdote, y al aceptar la limosna díjose: *No hallarás en parte alguna un sacerdote como éste, que en todo tiempo te proporcione lo necesario. Esta no es vida conveniente para un hombre que ha hecho profesión de pobreza; no te es lícito acostumbrarte a tales regalos; poco a poco volverías a tus pasadas holguras y caerías de nuevo en tus extralimitaciones. Levántate, pues, sin demora y mendiga de puerta en puerta cualesquiera alimentos.* Dirigióse a Asís, y de puerta en puerta pidió restos de comidas; mas, cuando vió su cazuela con mezcla tan varia, experimentó náuseas; pero recordó a Dios, y victorioso de sí mismo, comió de todo con íntima satisfacción de espíritu. El amor todo lo dulcifica, y convierte en dulce lo amargo.

§ X.—Fray Bernardo renuncia a todos sus bienes

15. Bernardo, ciudadano de Asís, que después fué hijo de perfección, disponíase a renunciar absolutamente al mundo, a imitación del siervo de Dios, y fué a pedirle humildemente consejo. Al consultarle, lo hizo así: «Padre, si alguien poseyera, mucho tiempo ha, cuantiosos bienes de un gran señor y no quisiera guardarlos en adelante, ¿qué sería lo más perfecto que podría hacer? *Devolverlos íntegros al señor de quien los hubiera recibido,* respondió Francisco. A lo que dijo Bernardo: «Reconozco que todas mis cosas me han sido dadas por Dios, y resuelto estoy a devolvérselas íntegramente, según me aconsejes.» Repuso el Santo: *Si quieres confirmar con los hechos tus palabras, vayamos mañana a primera hora a la iglesia, tomemos el libro del sagrado Evangelio, y esperemos de Cristo el consejo.* Apenas amaneció entraron ambos en la iglesia, y, hecha breve oración, abrieron el libro del sagrado Evangelio, dispuestos a cumplir al pie de la letra el primer consejo que al acaso les saliese. Abren el libro, y en primer término aparece el consejo de Cristo: *Si quieres ser perfecto, ve y vende lo que tienes y distribuyelo entre los pobres.* Repiten la misma acción, y dan con este otro: *Nada llevéis en vuestros viajes.* Por tercera vez abren el libro, y leen: *Aquel que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo.* Sin demora pone Bernardo en ejecución estas enseñanzas, sin faltar una tilde. En breve tiempo muchos otros abandonan los amargos cuidados de este mundo, y, atentos al infinito Bien, tomando a Francisco por guía, se encaminan a la patria. Largo sería ocuparnos en particular de cómo llegó cada uno al ápice de la soberana vocación.

§ XI.—Parábola que explicó al señor Papa

16. Con ocasión de haberse presentado Francisco y sus compañeros al glorioso Papa Inocencio, para impetrar de su bondad la aprobación de la Regla, el Vicario de Cristo le manifestó su temor de que ésta superase las fuerzas de la humana naturaleza, y, como hombre dotado de la más consumada prudencia, aconsejóle: «Ruega, hijo, a Cristo, que por medio de ti Nos revele su voluntad, y una vez conocida, asentiremos gustosos a tus deseos.» Conformóse el Santo a la propuesta del Pastor supremo y acudió confiadamente al Señor. Oró con instancia y exhortó a sus compañeros que acudieran con fervor a Dios. ¿Qué resultó? En la oración obtuvo la respuesta, y notificó a sus hijos nuevas salvadoras. La conversación familiar con Cristo se reveló en una parábola. «Francisco —le dice—, ve al Papa y le hablarás de esta suerte: Vivía en el desierto una mujer pobre, pero hermosa. Con su extremada belleza cautivó el corazón de cierto rey. Este la tomó por esposa y ella le dió algunos hijos, hermosísimos también. Cuando hubieron éstos crecido y poseían la educación correspondiente, reuniólos su madre y les habló así: «Hijos míos, no os queráis avergonzar de que sois pobres; recordad que todos sois hijos de aquel gran rey. Id confiada y alegremente a su palacio y pedidle cuanto necesitéis.» Al escuchar tales razones admiráronse y alegráronse en extremo, y, enorgullecidos con la noticia de su real estirpe, al saber que eran los herederos del reino, juzgan su miseria como inapreciable rique-

za. Preséntanse audazmente al rey, y no temen la presencia del rostro cuya imagen llevan en sí mismos. Reconocida también por el rey una semejanza a ellos, pregunta con interés de quién son hijos. Y al responder ellos ser hijos de aquella mujer pobre que vivía en el desierto, abrazóles efusivamente y dijo: «En verdad sois mis hijos y herederos; no queráis temer, pues si de mi mesa participan los extraños, más justo es que coman aquellos a quienes pertenece el derecho de la herencia.» Y por lo mismo ordena el rey a la mujer que envíe a su palacio todos sus hijos para que allí vivan.» Alegróse en extremo el Santo con esta parábola y al instante acudió al Papa a explicarle la divina enseñanza.

Inocencio III. (Fresco en el monasterio de Subiaco.)

17. Esta pobrecilla mujer es una figura de Francisco, constituído padre espiritual de numerosos hijos. El desierto es el mundo, por aquel tiempo inculto y estéril de toda virtud. La hermosa y larga descendencia, el número extraordinario de religiosos, ilustres todos en santidad. El rey es el Hijo de Dios, con quien tienen los religiosos mucho parecido, a causa de la santa pobreza, los cuales, despreciando todo temor a lo vil y grosero, reciben los manjares de la mesa real, y, satisfechos con la imitación de Cristo, al vivir de limosna, estén seguros de llegar a la bienaventuranza por medio de las burlas del mundo. Quedó maravillado en extremo el Soberano Pontífice de la parábola propuesta, y no dudó ya que Cristo había hablado por mediación de aquel hombre. Recordó al propio tiempo el sueño

que pocos días antes tuviera, y, por inspiración del Espíritu Santo, convencióse que debía realizarse en aquel hombre insignificante. En sueños había visto cómo la iglesia de Letrán se venía abajo, cuando un religioso enclenque y despreciable la sostenía con sus espaldas para que no acabara de derrumbarse. «Seguramente —afirmó— que éste es el hombre que con su obra y doctrina sostendrá la Iglesia de Cristo.» No es, pues, de extrañar que accediese prontamente a la solicitud presentada y que por su ardiente amor a Dios estimase con predilección especial al servidor de Cristo. Concedióle al instante cuanto solicitaba, prometiéndole otorgarle después mavores gracias. Aprovechó Francisco la autorización concedida y dedicóse a diseminar las semillas de las virtudes por villas y ciudades con palabra de no igualado fervor.

CAPITULO II

Santa María de la Porciúncula

§ XII

18. El servidor de Dios, Francisco, hombre débil, humilde en sus aspiraciones y humildísimo por profesión y voto, escogió para sí y sus compañeros, mientras viviera en el mundo, una reducida parcelita de tierra, pues de no usar algo en el mundo no pudiera servir a Cristo libremente. No sin especial providencia fué conocido, de tiempo inmemorial, con el nombre de Porciúncula el lugar que debía caer en suerte a quienes menospreciaban cuanto el mundo puede ofrecer. Allí mismo se había edificado una iglesia en honor de la Virgen Madre, que por su profundísima humildad había merecido ser, después de su Hijo Santísimo, cabeza de todos los santos. En ella se inició primeramente la Orden de Menores, y allí, con un número considerable de religiosos, como elevado sobre sólido fundamento, se levantó tan majestuoso edificio. Este lugar fué singularmente amado de Francisco, quien ordenó a los frailes que lo custodiasen siempre con especial veneración, y, como norma de la Religión, en sencillez y pobreza quiso él conservarlo, dada a otros la propiedad, y reservándose únicamente para sí y los suyos el uso.

19. Guardábase allí por todos rigurosa observancia, ya en el silencio, ya en el trabajo, como también en las demás ordenaciones de la vida regular. A nadie se permitía la en-

trada; sólo a los religiosos señalados, a quienes quería tener el siervo de Dios reunidos, verdaderamente devotos y del todo perfectos. Por lo mismo prohibia en absoluto la entrada a toda persona seglar. No quería que los religiosos que allí moraban, y era limitado su número, tuviesen ocasión de escuchar relaciones mundanas, para que por culpa de los propaladores de noticias no se ocuparan de las cosas de la tierra, y atendiesen la contemplación de las celestiales. A nadie permitía hablar palabras ociosas o referir las nuevas que a ellos podian llegar. Si alguna vez quebrantaba alguno inadvertidamente la orden, impuesta conveniente penitencia, guardábase en adelante de hacerlo. Permanecían dia y noche en el mismo lugar, ocupados sin descanso en las divinas alabanzas, con una vida angélica, cuyo olor esparcíase a todas partes. Y justamente. Aquella capilla, según el relato de los antiguos moradores, era conocida con el nombre de Santa María de los Angeles. Además, Francisco aseguraba haberle sido revelado del Señor que la bienaventurada Virgen María, entre las muchísimas iglesias dedicadas a su honor en todo el mundo, prefería singularmente aquélla; por cuyo motivo también el santo Padre la apreciaba sobre todas las demás.

§ XIII.—Visión

20. Un hermano de la Orden, cuando vivía aún en el mundo, tuvo una visión digna de ser relatada. Vió que innumerables hombres, todos ciegos, se hallaban alrededor de la capilla, puestos de rodillas y con el rostro vuelto hacia arriba. Todos ellos clamaban a Dios con las manos levantadas en alto, e imploraban misericordia y luz. He aquí que de pronto baja del cielo un resplandor extraordinario, los penetra a todos y a cada uno devuelve la vista y salud tan deseada.

CAPÍTULO III

Forma de vida de San Francisco y de los religiosos

§ XIV.—Rigor de la observancia

21. Francisco, adiestrado y decidido soldado de Cristo, nada perdonaba a su cuerpo, antes siempre le exponía, cual si se tratara de acérrimo enemigo, a toda suerte de injurias, ya de palabra, ya de obra. Si alguien pretendiera exponer en detalle lo que sufrió Francisco, excedería las dimensiones de un escrito apostólico en que se relatan los sufrimientos de los santos. De igual modo, toda aquella dichosa primera escuela sujetábase alegremente a todas las incomodidades, a fin de no llegar a lo ilícito al ambicionar otra cosa que no fuera la alegría del espíritu. Eran tantas las argollas de que se ceñían, tantas las mallas o lorigas que usaban, que, enflaquecidos por las incesantes vigilias y continuados ayunos, muchas veces se habrían sentido desfallecer si el santo Padre, con sus avisos y mano fuerte, no moderara el rigor de tanta penitencia.

§ XV.—Discreción de San Francisco

22. Cierta noche, uno de sus religiosos, cuando los demás descansaban, comenzó a gritar: «Me muero, hermanos; me muero de hambre.» Levántase al instante el solícito pastor y se apresura a atender con el debido remedio a la ovejuela enfermiza. Manda en seguida disponer la mesa, aunque desprovista de regalos mundanos y donde, como sucedía casi siempre, el agua suplía al vino. A fin de que no sufriera bochorno el religioso, principió Francisco a comer el primero, e invitó a los demás a que le acompañaran. Una vez tomado, en el temor de Dios, el preciso alimento, para que nada faltara al oficio de la caridad, el cuidadoso Padre expuso a sus hijos una larga parábola sobre la virtud de la discreción. Dijo que debe ofrecerse a Dios el sacrificio sazonado con sal y que cada uno debe mirar antes sus fuerzas, en cuanto intenta practicar para obsequio de Dios. Aseguró ser igualmente pecado substraer indiscretamente al cuerpo lo que necesita, como por gusto darle lo superfluo. Y añadió luego: *Lo que yo he hecho, carísimos, sabed que no lo hice por gusto, sino por cortesía, según me lo ordenó la caridad fraterna. La caridad os sirva de ejemplo, no la comida, pues ésta sirve a la gula, aquélla al espíritu.*

§ XVI.—Providencia de Francisco; somete su vida a la Iglesia Romana; visión

23. Mientras el santo Padre adelantaba continuamente en virtud y méritos y sus hijos aumentaban en número tan considerable y adquirían tal importancia que ya, cual fron-

doso árbol, extendían sus ramas hasta los confines del mundo, con frutos sabrosísimos, inquietábase algunas veces su solicitud, al pensar la manera cómo podría hacer crecer y preservar del mal aquella nueva planta, y conservarla intacta en el lazo de la más estrecha unión. Veía que no pocos, cual lobos voraces, atisbaban contra el pequeño rebaño, y que los inveterados en el mal tomarían motivo de atacarlo aun con el solo pretexto de la novedad. Preveía también ser posible que aun entre sus mismos hijos pudiesen ocurrir percances contrarios a la paz y unión santas, y, según acontece muchas veces con los elegidos, temía que muchos, sugestionados por el espíritu y sentidos carnales, se mostraran rebeldes y dispuestos a las divisiones y prontos a los escándalos.

24. Dando vueltas muchas veces en su imaginación el siervo de Dios a estos o parecidos pensamientos que le preocupaban, cierta noche, durante el sueño, tuvo la siguiente visión: Parecióle que una gallina pequeña y negra, de tamaño de una paloma domesticada, tenía las patas con largas plumas. Guardaba innumerables polluelos, todos los cuales, piando sin descanso a su rededor, no podían cobijarse bajo sus alas. Levantóse del sueño el siervo de Dios, y al recordar lo que acababa de ver, creyó dar con la interpretación. Esta gallina me representa a mí, hombre pequeño de estatura y de color negruzco, a quien debe acompañar, por medio de la inocencia de la vida, la columbina simplicidad, que cuanto más rara en el mundo, mas expeditamente se remonta al cielo. Los polluelos son los religiosos, muchos en número y en santidad, a los cuales no puede defender convenientemente de la malquerencia de los hombres ni de la oposición de las malas lenguas la poca virtud de Francisco. Iré, pues, y los confiaré a la Santa Romana Iglesia, cuya potestad pondrá coto a los malévolos, y los hijos de Dios en todas partes gozarán de plena libertad, para acrecentamiento de la salud eterna. Los hijos reconocerán también los solícitos cuidados de su bondadosa Madre y sentirán especial fervor para seguir constantemente sus venerandas enseñanzas. Si ella los protege, nada pernicioso sucederá a la Orden y no pasará impune por la viña del Señor el hijo de Belial. Ella, santa, emulará la gloria de nuestra pobreza y no permitirá que las nubes de la soberbia oscurezcan los elogios de la humildad. Mediante el riguroso castigo de los disidentes, mantendrá intactos los lazos de la caridad y de la paz. La santa observancia de la perfección evangélica florecerá continuamente en su presencia y no permitirá se evapore, ni por un instante siquiera, el suave perfume de su vida. Toda la solicitud y empeño de nuestro Santo se dirigió a obtener tan especial

protección. Este hecho y cuidado para asegurar en todo tiempo su obra es un irrefragable documento de la providencia del santísimo varón de Dios.

§ XVII.—Francisco pide al Cardenal de Ostia como representante del Papa

25. Cuando llegó Francisco a Roma fué recibido, con gran veneración y respeto, por el Papa Honorio y por todos los cardenales. Pues cuanto la fama pregonara resplandecía en la vida, y las alabanzas acudían espontaneamente a la lengua, con lo cual no podía haber lugar a la indiferencia. Predica con acento inspirado y entusiasta delante del Papa y de los cardenales, y trata llanamente lo que el espíritu le sugiere. Conmuévense con su palabra los fuertes y, con suspiros de lo más profundo del corazón, purifican con lágrimas al hombre interior. Terminada la plática y después de breve y familiar conversación con el Soberano Pontífice, formula por último su petición en esta forma: *Señor, como sabéis, no es fácil el acceso de pobres y despreciados hombrecillos a tanta majestad. Tenéis a vuestro cargo todo el mundo, y los negocios de grandísima monta no os permitirán ocuparos de los insignificantes. Por lo que, Señor, pido a las entrañas de vuestra piedad que nos sea concedido por el Papa el señor Cardenal de Ostia, aquí presente, a fin de que, guardada por Vos la preeminencia que os corresponde, a él puedan acudir los religiosos en tiempo de necesidad, y por su medio contar con los beneficios de defensa y gobierno.* Agradó al Santo Padre la piadosa demanda, y al momento, como lo solicitara el siervo de Dios, constituyó sobre la Religión al señor Hugo, a la sazón Obispo de Ostia. Aceptó con cariño aquel Cardenal el rebaño confiado a su solicitud, y hasta su muerte fué siempre verdadero padre, pastor y hermano. A esta particular sujeción es debida la prerrogativa de amor y cuidado que la Santa Romana Iglesia ha demostrado siempre en favor de la Orden de Menores.

Fin de la primera parte

San Francisco. (Alonso Cano.)

PARTE SEGUNDA

INTRODUCCIÓN

26. Recordar los principales hechos de los padres antiguos, para memoria de los hijos, indicio es de gloria y honor en aquéllos y señal de amor en éstos. Porque los que no gozaron su presencia corporal, al menos con la relación de sus hechos adelantan en el bien y se animan a lo mejor, mientras los padres que vivieron en distanciados tiempos ofrecen a los hijos ejemplos memorables. De aquí que no es pequeño fruto el que sacamos del conocimiento de nuestra flojedad, al considerar sus muchos méritos, y en nosotros la escasez o falta de los mismos. Creo que el bienaventurado Francisco es un reflejo santísimo de la santidad del Señor e imagen de su perfección. Porque, añadiré, tanto sus dichos como sus hechos rebosan algo divino, que si dan con sagaz observador y discípulo humilde, a no tardar, con sus saludables enseñanzas, lo imbuirían de suma filosofía. Después que con sencillez de estilo y como de paso se han referido del mismo algunas cosas, juzgo no será superfluo añadir otras más, con las que el Santo sea glorificado y se avive nuestro soñoliento afecto.

CAPÍTULO I

§ I.—Espíritu de profecía de que estuvo adornado San Francisco

27. El bienaventurado Francisco, transportado con elevación especial sobre las cosas creadas, dominaba con admirable virtud cuanto sucedía en el mundo, y fija siempre su espiritual mirada en la luz soberana, no sólo conocía muchas de las cosas que debían acontecer, sino que las anunciaba con espíritu profético. Penetraba las interioridades del corazón, sabía los sucesos acaecidos en lugares apartados, preveía y profetizaba los futuros. Probemos, pues, con ejemplos nuestra afirmación.

§ II.—Descubre la hipocresía de uno que era tenido por santo

28. Había un religioso que, según todas las apariencias, era de santidad excelente, insigne en virtud, pero en todo y por todo singular. Ocupado siempre en la oración, observaba con tanto rigor el silencio, que no quería hablar ni confesarse sino por señas. Parecía sentir gran reverencia hacia las palabras de la Sagrada Escritura, y al oír pronunciar alguna gesticulaba como quien percibe gran dulcedumbre. ¿Qué más? Era tenido por todos como un santo extraordinario. El bienaventurado Padre fué a aquel lugar, a ver al hermano y oír al santo. Como todos los religiosos lo elogiaban y engrandecían, el santo Padre les replicó: *Dejad, hermanos, y no queráis hacerme elogios de su diabólica hipocresía. Sabed que en realidad eso no es más que tentación demoníaca y torpe engaño. Estoy firmemente convencido y para mí es evidente, porque éste no quiere confesarse.* Escandalizáronse con esto los religiosos, y en especial el Vicario del Santo, y mutuamente se preguntaban:: «¿Cómo puede haber engaño en tanta multitud de señales y pruebas de perfección?» A lo que repuso Francisco: *Aconsejadle que se confiese dos o aun una sola vez a la semana; si no quiere ejecutarlo, conoceréis que es verdad cuanto acabo de afirmaros.* El Vicario llamó por separado a aquel religioso y, después de tratar familiarmente con él, añadió, para terminar, el consejo de la confesión. Rechazóla aquél tenazmente, y puesto el dedo sobre la boca y cubierta la cabeza, significó que él en manera alguna se confesaría. Guardaron silencio los religiosos, temerosos del escándalo del falso santo. A los pocos días él mismo abandonó voluntariamente la Religión, se dirigió al siglo y tornó de nuevo al vómito. Después, duplicados los crímenes, vióse privado a la vez de la penitencia y de la vida. Hase de huir la singularidad, la cual no es más que un hermoso precipicio. Ello lo experimentaron muchos que se singularizaban, puesto que se elevaban primero hasta las nubes, precipitándose luego hasta los abismos. Por eso recúrrase a la devota confesión, que no sólo hace los santos, sino que también los manifiesta.

§ III.—Otro caso de lo mismo. Contra la singularidad

29. Otro caso parecido sucedió con cierto religioso, llamado Tomás de Espoleto. Tenía ante todos estimable fama y opinión de santidad. La apostasía subsiguiente confirmó

el juicio formado por el Santo, de que se trataba de un hipócrita. Este no pudo ocultarse por mucho tiempo, pues la virtud no puede ser sustituída por el engaño. Salió de la Religión, y, muerto fuera de ella, se conoció pronto lo que había hecho.

§ IV.—Predice, hallándose en Damieta, la futura derrota de los cristianos

30. Por el tiempo en que el ejército de los cristianos sitiaba a Damieta, encontrábase allí, con sus compañeros, el santo hombre de Dios, que pasara el mar con el deseo de hallar la palma del martirio. Como cierto día, dada la señal del combate, los nuestros se preparasen a la lucha, súpolo nuestro Santo, entristecióse grandemente y dijo a su compañero: *El Señor me ha revelado que si hoy los cristianos hacen una salida contra el enemigo, no les acompañará la fortuna. Si llego a anunciarlo, me tendrán por loco, y, en cambio, si no lo manifiesto, no huiré el remordimiento de la conciencia. ¿A ti qué te parece?* Replicó el compañero: «Padre, no te preocupe que te juzguen los hombres; porque no será ésta la primera vez que te traten de loco. Descarga tu conciencia y teme más a Dios que a los hombres.» Preséntase, pues, el Santo y da a los cristianos saludables avisos, y suplica se impida la batalla, porque anuncia el fracaso. Pero la verdad es tomada por fábula, se endurecen los corazones y no se quieren dar por avisados. Pónense en marcha, presentan batalla, atacan, y son arrollados por los enemigos. Durante el combate, el Santo, tembloroso y angustiado, ordena a su compañero que una y otra vez fije allí la mirada, pero nada percibe; ordénale tercera vez que mire, y he ahí que ve a todo el ejército cristiano dado a la fuga, llevando como trofeo de la lucha no el triunfo, sino el oprobio. Con tal derrota disminuyó considerablemente el número de los nuestros, pues fueron unos seis mil los muertos y cautivos. Imponderable fué la compasión y dolor de nuestro Santo por este revés, y no menor la pena y sentimiento entre ellos. Compadecía especialmente a los españoles, pues, más ardorosos y temerarios en la lucha, sólo habían quedado unos pocos. Ténganlo siempre presente los príncipes de la tierra y sepan que no es fácil luchar contra Dios, es decir, contra su voluntad. La protervia suele acabar casi siempre en fin desastroso, pues mientras fía en sus propias fuerzas se ve privada del socorro celestial. Si, pues, se ha de esperar victoria de lo alto, justo es que los combates se emprendan con la inspiración divina.

§ V.—Penetra las interioridades de un religioso

31. Cuando volvía Francisco de su viaje a ultramar con su compañero, fray Leonardo de Asís, sintiéndose sumamente fatigado y cansado del camino, montó breves instantes sobre un jumento. Seguíale, también bastante fatigado, el compañero, y éste comenzó en su interior a murmurar, llevado de una flaqueza humana. A la verdad, pensaba, que no jugaban juntos mis padres y los suyos. Mas ahora él cabalga y yo guío a pie la caballería. Duraba aún su pensamiento, cuando el Santo desmonta del asnillo y dice: *No, hermano; no es conveniente que yo vaya a caballo y tú a pie. porque eras en el siglo más noble y poderoso que yo.* Admiróse grandemente el religioso, y quedó en extremo corrido al verse descubierto por el Santo. Postróse a sus pies y con abundantes lágrimas le confesó sinceramente su mal pensamiento, y le pidió perdón.

§ VI.—Ve al demonio en un religioso; contra los que quebrantan la unión

32. Había un religioso, célebre entre los hombres por su fama, pero más acepto a Dios por su virtud. Envidioso el padre de la envidia de tantas virtudes, tramó derribar aquel árbol que tocaba a los cielos y arrebatar de sus manos la corona. Ataca y se retira, busca y agita cuanto puede, por si logra hallar un medio de hacer caer al religioso. Con pretexto de mayor perfección sugiérele el deseo de mayor aislamiento, para así caer más libremente sobre él y derribarle sin que halle quien pueda auxiliarle. Más todavía. Le aleja de la compañía de los religiosos y va por el mundo como peregrino y extranjero. De la tela de su hábito forma una corta túnica, lleva el capucho sin coser a la misma, y de esta suerte peregrina por el mundo, despreciándose en todas las cosas. Mas sucedióle que, al poco tiempo de ir de semejante modo, faltóle la divina consolación, y comenzó a zozobrar en peligrosas tentaciones. Las aguas de la tribulación llegaron hasta su alma, y con su interior tan turbado y su exterior tan cariacontecido caminaba cual pajarillo que corre al lazo. Llegaba ya casi al borde del precipicio. cuando le miró compasiva. para su bien, la divina Providencia de los atribulados. Con la decepción recobró el buen juicio, y vuelto en sí se dijo: «Vuelve, ¡oh miserable!; vuelve a la Orden, porque en ella está tu salud.» No vaciló un momento; levantóse y solicitó ser admitido de nuevo por su madre la Religión.

33. Llegó al lugar de Siena, donde había casa de religiosos y en la cual, a la sazón, moraba el santo Padre. ¡Caso raro! Apenas el Santo le vió, apartóse de él, y entrando rápidamente en la celda se encerró en ella con estrépito Conmoviéronse los religiosos, y preguntábanse extrañados la causa de tal fuga. A lo que replicó el Santo: *¿Por qué os admiráis de mi huída, si ignoráis la causa que la ocasiona? He acudido al auxilio de la oración para salvar a un engañado. Vi en el hijo lo que de veras era reprobable; mas he ahí que por la gracia de mi Señor Jesús ha desaparecido todo engaño.* Postróse el religioso de rodillas y con verdadero dolor se confesó culpable. Díjole entonces el Santo: *El Señor te perdone, hermano. Mas ve con cuidado que otra vez con excusas de mayor santidad no abandones la Religión ni te separes de tus hermanos.* De allí en adelante dicho religioso fué grande amigo de compañía y de sociedad, y más especialmente de aquellos conventos en que resplandecía con mayor rigor la observancia regular. ¡Oh admirable comportamiento del Señor en la compañía y trato de los justos! En la Religión los atribulados son socorridos, los caídos levantados, los tibios reanimados; en ella el hierro se endurece más y más; los hermanos, ayudándose mutuamente, constituyen como inexpugnable fortaleza, y si la multitud seglar es un impedimento para que puedas ver a Jesús, no lo es en modo alguno la multitud angélica de espíritus celestiales. Tan solamente no huyas, y recibirás la corona de la gloria, si eres fiel hasta la muerte.

Otro caso semejante

34. Al poco tiempo sucedió con otro fraile una cosa semejante. No quería sujetarse al Vicario del Santo, sino que tenía a otro religioso por propio superior. Avisado por un enviado del Santo, que vivía también allí, al instante se arrojó a los pies del Vicario y, despreciado el antiguo preceptor, obedeció voluntariamente al nombrado por Francisco. Mas el Santo, suspirando de lo íntimo de su corazón, dijo al compañero que le sirviera de intermediario: *Vi, hermano, al diablo cómo estaba sobre los hombros del religioso desobediente y le apretaba el cuello con sus garras, y guiado por semejante conductor, menospreciaba el freno de la obediencia, y seguía sin brida su instinto.* Luego añadió: *Mas, como rogase al Señor por el hermano, súbitamente el demonio, confundido, se alejó de él.* Tenía Francisco fama de gran pene-

tración, y aunque en su vista corporal era muy débil, era sumamente perspicaz en asuntos espirituales. Y ¿qué mucho se viera sobrecargado con peso tan ignominioso quien no quiso sujetarse al Señor de la majestad? No hay término medio. O llevarás la carga ligera, que a su vez te llevará a ti o la iniquidad, como piedra de molino sujeta al cuello, pesará sobre ti como una losa de plomo.

§ VII.—Libra a la ciudad de Greccio de la ferocidad de los lobos y del granizo

35. Vivía el Santo en el plácido retiro de los religiosos de Greccio, ya porque lo juzgaba más conforme con la pobreza, ya porque, en la celda, construída en un picacho prominente, se entregaba con mayor libertad a los ejercicios espirituales. Este fué el lugar donde celebró el nacimiento del Niño de Belén, haciéndose pequeño con el pequeñito. Por aquel tiempo los naturales del país veíanse sumamente atribulados, pues una multitud de lobos devoraba, no sólo los animales, sino también los hombres, y, además, el granizo, con su anual tempestad, devastaba el trigo y los viñedos. Al predicarles un día Francisco les habló así: *Para gloria y honor del omnipotente Dios, escuchad la verdad que os anuncio. Si cada uno de vosotros confiesa sus pecados y hace dignos frutos de penitencia, os aseguro y prometo que esta plaga se alejará de vosotros, y mirándoos el Señor con ojos de piedad, multiplicará vuestros intereses en favor vuestro. Pero atended* —prosiguió—: *también os anuncio que si, ingratos a tales beneficios, volvierais al vómito, se renovará la plaga, se duplicará la pena y más terrible ira se cebará en vosotros.*

36. Sucedió, pues, que por los méritos y oraciones del santo Padre cesaron desde aquella hora las calamidades, desaparecieron los peligros y no hubo en adelante más daños causados por los lobos ni los granizos. Y lo que es más maravilloso todavía: cuando el granizo asolaba los campos limítrofes, al llegar a los términos de Greccio, o paraba en seco la tempestad o tomaba otra dirección. Con esta tregua y fortuna multiplicáronse en gran número y se enriquecieron de abundantísimos bienes temporales. Mas sucedió lo que la prosperidad acostumbra dar de sí: que las almas se vistieron de la grosura de lo temporal, o mejor, dejáronse cegar por su basura. Pues, entregándose a mayores maldades, se olvidaron de Dios, que los había salvado. No fué en verdad impunemente, ya que medida es de la justicia divina castigar menos la caída que la recaída. Excitóse la ira

de Dios contra ellos, y a los muchos males con que se habían visto afligidos añadióse el azote humano, y la mortandad decretada por el Cielo arrebató la vida de muchos, y el pueblo entero vióse abrasado por horribles llamas. Justo es que los que se muestran desagradecidos a los beneficios lleguen a la ruina.

§ VIII.—Al predicar a los de Perusa les anuncia una próxima sedición y les recomienda la paz

37. Pasados algunos días, al descender de la antedicha celda el bienaventurado Padre, dijo con plañidera voz a los presentes: *Muchos males han causado los ciudadanos de Perusa a sus vecinos, pero se han ensoberbecido para su mayor ignominia. Por esto se acerca la venganza de Dios y su mano empuña ya la espada.* A los pocos días levántase con fervor de espíritu y se dirige a la ciudad de Perusa. Con toda evidencia pudieron inferir los religiosos que durante su permanencia en la celda acababa de tener una revelación del Cielo. Llegado a Perusa, comenzó a predicar al pueblo allí reunido; mas, como los caballeros continuaran en sus carreras de caballos y, entreteniéndose en sus juegos militares, impidiesen oír la palabra de Dios, dolióse el Santo, y vuelto a ellos les increpó: *¡Ruin indignidad de los hombres miserables, que no consideráis ni teméis los juicios de Dios! Escuchad, pues, las cosas que el Señor os anuncia por medio de este pobrecillo. El Señor os ha exaltado sobre cuantos os rodean, por lo cual debíais mostraros más condescendientes con vuestros vecinos y más agradecidos a Dios; pero, ingratos a tantos favores, acometéis a vuestros hermanos, los matáis y devastáis sus propiedades. Yo os predigo que no quedará esto impune, y para vuestro mayor castigo permitirá Dios que os destruyáis con guerra intestina, de modo que se levante el uno contra el otro, en mutua sedición. La guerra os enseñará lo que no habéis querido aprender con la paz.* Pasados no muchos días, tuvo lugar entre ellos una disputa, empuñaron las armas contra sus hermanos, el pueblo se amotinó contra los señores, y los nobles acometieron contra los plebeyos; en una palabra, lucharon entre sí con fiereza y mortandad tanta, que llegaron a compadecerse los mismos vecinos a quienes habían vejado. ¡Juicio digno de atención! Porque se separaron de Aquel que es único y sumo bien, no pudo existir entre ellos por mucho tiempo la paz y unión. No es posible hallar lazo más fuerte de unión en una república que el piadoso amor de Dios y una sincera y no aparente fe.

§ IX.—Profetiza a una mujer que su esposo se convertirá

38. Una noble mujer, de la población de Volusio, tuvo conocimiento del tiempo en que el santo varón de Dios debía pasar por Celle de Cortona. Después de un largo y molesto viaje, sobre todo tenida en cuenta su tierna y delicada complexión, pudo llegar donde residía el Santo. Al ver el buen Padre su fatiga y los intermitentes gemidos que lanzaba, díjola compadecido: —*¿Qué es lo que se te ofrece, mujer?* —Padre, que me bendigas. —*¿Estás casada, o no?* —Padre, tengo un marido muy cruel, que me atormenta porque quiero servir a Jesucristo, y mi dolor más vehemente lo ocasiona el que no pueda seguir, por impedírmelo, la buena resolución que el Señor me ha inspirado.—Admiró el Santo en aquella mujer un corazón varonil, un ánimo experimentado como de anciano en una niña, y movido a compasión le dijo: *Ve, hija bendita, y sepas que pronto quedarás consolada por el cambio de tu esposo.* Y añadió luego: *Dile de parte de Dios y mía que ahora es tiempo de salud y después lo será de justicia.* Recibida la bendición, volvió la mujer a su casa, halló a su marido y le dió el encargo. Al instante desciende sobre él el Santo Espíritu, y convertido en otro hombre, con toda mansedumbre, hubo de responder: «Mujer, sirvamos a Dios y salvemos nuestras almas en nuestra propia casa.» Repuso la esposa: «Me parece que la continencia debería ser el principal fundamento que colocásemos a nuestra alma, y sobre ella levantar el edificio de las otras virtudes.» Avínose a ello de muy buena gana el marido, y replicó: «Si a ti te place, también a mí.» En adelante y por espacio de muchos años, llevaron vida de continencia, hasta que en el mismo día, uno por la mañana, como holocausto matutino, y otro al anochecer, como vespertino, volaron a la gloria. ¡Dichosa mujer, que de tal modo condujo a la vida a su dueño! Cumplióse en ella lo del Apóstol: «Salvóse el marido infiel por la mujer fiel.» Mas estos casos son tan raros que, como dice un proverbio popular, pueden contarse hoy con los dedos de la mano.

§ X.—Predice a un religioso, de quien supo por inspiración haber escandalizado a otro, que saldría de la Orden

39. En cierta ocasión llegaron de la Tierra de Labor dos religiosos, de los cuales el más viejo había dado muy malos ejemplos al más joven. Mejor dicho, había sido su tirano, y

no su compañero. El joven sufrió estos vejámenes con edificante silencio por amor de Dios. Llegado a Asís y visitado dicho joven a San Francisco, pues le era muy conocido, preguntóle el Santo: *¿Cómo se ha portado contigo en el camino tu compañero?* A lo que respondió: «Muy bien, carísimo Padre.» Replicó Francisco: *Guárdate, hijo, de que bajo pretexto de humildad no digas mentira. Sé perfectamente cómo se ha portado contigo, mas espera un poco y verás.* Maravillóse en gran manera el religioso de que por inspiración conociese las cosas sucedidas en ausencia. Poco después el religioso que escandalizaba a su hermano, repudiada la Orden, se volvió al mundo. Sin duda es señal de gran perversidad, y al propio tiempo de falta de juicio, viajar con un buen compañero por un mismo camino sin guardar con él la misma voluntad.

§ XI.—Adivina que un joven que entró en la Religión no era guiado por el Espíritu de Dios

40. Por este tiempo llegó a Asís un noble joven de Luca, solicitando entrar en Religión. Presentado al bienaventurado Francisco, y puesto humildemente de rodillas, rogó con abundantes lágrimas que quisiese admitirle en la Orden. Fijó en él su mirada el siervo de Dios, y al instante, por inspiración de lo alto, conoció que no era guiado del Divino Espíritu. Por lo que le increpó de esta suerte: *Miserable y carnal, ¿por qué quieres engañar al Espíritu Santo y a mí? Lloras por motivo de carne, y tu corazón no está con Dios. Aléjate, porque nada tienes de espiritual.* Dicho esto, se le anunció que sus padres estaban en la puerta buscando al hijo para apoderarse de él y volverlo a su casa; y él, salió fuera y tornó voluntariamente a ellos. De lo cual quedaron muy admirados los religiosos, en alabanzas al Señor por lo que obraba en su Santo.

§ XII.—Predice a un sacerdote, a quien había curado, que, por su recaída en el pecado, sufriría mayores males

41. Vivía en Rieti, durante la permanencia de nuestro Santo en el palacio del Obispo de dicho ciudad, un canónigo, por nombre Gedeón, lúbrico y mundano. Atacado de varios males y rodeado de dolores, yacía en cama. Hizo conducirse a presencia de Francisco, y le rogó se dignara hacer sobre él la señal de la cruz. A lo que replicó el Santo: *Si has vivido*

antes según los instintos de la carne, y no temes los juicios de Dios, ¿cómo podré hacerte la señal de la cruz? Pero luego la hizo, diciéndole: *Yo te hago la cruz en nombre de Cristo; mas ten presente que peor mal te sucederá si, curado, vuelves de nuevo al vómito.* Y prosiguió: *Por el pecado de ingratitud siempre acaecen peores cosas que las primeras.* Hecha la señal de la cruz, al instante, el que por tanto tiempo permaneciera inmóvil, se levantó perfectamente curado. Alababa al Señor y decía: «Ya estoy libre de todo mal.» Crujieron todos los huesos de sus caderas, estrépito que todos pudieron oír, semejante al que producen las ramas secas partidas en trozos con las manos. Pasado algún tiempo, olvidado de Dios, entregóse de nuevo a la impureza. Mas, una noche, quedó a cenar y dormir en casa de otro canónigo compañero suyo y hundióse repentinamente el techo de la casa sobre ellos. Salvados por milagro de la muerte todos, sólo aquel miserable quedó aplastado y muerto. No es de maravillar si, como dijo el Santo, se le siguió mayor mal que los anteriores, pues es necesario haya agradecimiento por el perdón recibido, y la maldad repetida desagrada doblemente.

§ XIII.—De un religioso que era tentado

42. Estaba el Santo en el mismo lugar, cuando un religioso espiritual, de la Custodia Marsicana, que se sentía atormentado con varias tentaciones, dijo en su corazón: «¡Oh, si yo pudiera tener algún objeto, aunque sólo fueran restos de las uñas de San Francisco! Estoy seguro que toda esta tentación se alejaría de mí y con el favor de Dios quedaría perfectamente tranquilo.» Obtenida la precisa obediencia, se dirigió al lugar donde moraba el varón de Dios y manifestó a uno de los compañeros del Santo el motivo del viaje. Replicó el religioso: «Me parece que me será imposible del todo entregarte parte de lo que pides, pues si bien es verdad que muchas veces se las cortamos, con todo nos ordena que las arrojemos, prohibiéndonos en absoluto guardarlas.» Al poco rato fué llamado el religioso y se le ordenó presentarse al Santo, que le llamaba: Este le dijo: *Busca, hijo mío, las tijeras con las que puedas cortarme las uñas.* Tomó el instrumento, que al objeto tenía ya dispuesto, y, recogiendo los trocitos recortados, los entregó al religioso que los solicitaba. Este los tomó con mucha reverencia y al instante se vió libre de toda tribulación.

§ XIV.—Un desconocido proporciona una pieza de tela, según el deseo manifestado por el Santo

43. Sucedió en el mismo lugar. El glorioso Padre de los pobres, que vestía un vilísimo y estropeado hábito, dijo a uno de sus compañeros, a quien había constituído su Guardián: *Quisiera, hermano, si te fuera posible, me proporcionases un poco de tela para hacerme un hábito.* Al escuchar esto el religioso comenzó a discurrir por qué medio le sería fácil dar con el paño para un hábito, tan necesario y con tanta humildad pedido. Al día siguiente, muy de mañana, salió del convento para dirigirse a la ciudad en busca de tela; mas he ahí que junto a la puerta estaba sentado un hombre en actitud de espera, el cual dijo al religioso que salía: «Por amor de Dios te ruego aceptes este paño, suficiente para seis túnicas, las que, reservada una para ti, distribuirás según te plazca, para bien de mi alma.» Sumamente gozoso el fraile volvióse a San Francisco y le explicó el regalo hecho por el Cielo. A lo que contestó el Padre: *Admite las túnicas, pues esto ha sido enviado para que se atienda del todo a mi necesidad. Demos gracias* —añadió—*a Aquel que cuida tanto de nosotros cual si fuéramos los únicos.*

§ XV.—Convida Francisco a su médico en el momento en que los religiosos carecen de todo; provisión instantánea. De la providencia de Dios hacia los suyos

44. Cuando el bienaventurado Francisco vivía en cierto eremitorio, junto a Rieti, visitábale diariamente, por la enfermedad de sus ojos, el médico. Cierto día dijo el Santo a los suyos: *Convidad al médico y tratadle del mejor modo posible.* Replicó el Guardián: «Padre, con rubor lo confieso, es tanta nuestra escasez y pobreza, que nos avergonzamos de convidarle.» Mas el Santo insistió: *¿Por qué queréis que os lo haya de decir otra vez?* Oyólo el médico, que no estaba muy distante, e insinuó: «Por mi parte, carísimos religiosos, reputaré vuestra pobreza como delicias.» Danse prisa los religiosos, preparan la mesa con todas las provisiones que tenían, esto es, escaso pan y poco vino, y para comer menos frugalmente, sirvióseles de la cocina algo de legumbres. Cuando acababan de disponer la mesa oyóse llamar a la puerta; acuden al instante y preséntase una mujer que traía un canasto cargado de hermoso pan, abundante pescado y pasteles

de camarón, y sobre ello uvas y miel. Alegráronse aquellos pobrecillos a la vista de tales provisiones, y, reservados los mas sencillos manjares para el día siguiente, comieron aquella mañana los mas preciosos. El médico, lleno de admiración, les habló de este modo: «Ni vosotros, hermanos, conocéis cuanto se merece la santidad de este hombre, ni menos nosotros los seglares.» Ciertamente no quedaran satisfechos del todo, a no saciarles mas el milagro presenciado que los manjares comidos. Así, aquella providencia paternal no abandona jamas a los suyos, antes por el contrario, los atiende más cuidadosamente cuanto son mas menesterosos. Con mayor abundante provision es alimentado el pobre que el tirano, cuanto Dios es mas generoso que el hombre.

Libra a fray Ricerio de molesta tentación

44 bis. Un religioso, por nombre Ricerio, ilustre por sus costumbres como por su linaje, tanta confianza tenía en los merecimientos del bienaventurado Francisco, que creía ser merecedor de la divina gracia aquel a quien el Santo diera un testimonio de afecto, como también aquel que no fuera digno de él merecía la ira y venganza de Dios. Con lo cual deseaba ardientemente captarse la benevolencia y amistad del Santo; mas, por otra parte, temía que el Santo hallara en su alma algun pequeño defecto desconocido para él, y en vez de captarse la benevolencia, no sirviera sino para apartarle más y mas. Pesaroso con este temor, y gravemente afligido, a nadie se atrevía a comunicar su pensamiento, cuando un día, turbado como de costumbre, acercose a la celda donde el bienaventurado Francisco oraba. Tuvo conocimiento el varón de Dios de su presencia y de su estado de ánimo, le llamó amistosamente y le dijo: *No tengas ningún temor, hijo mío; en adelante no te turbe tentación alguna, pues me eres carísimo y, entre mis más apreciados, te profeso especial amor. Ven a mí cuando te plazca, y libremente, según tu voluntad, retírate.* Quedó maravillado no poco y satisfecho con las palabras del Santo, y en adelante, seguro del afecto del Padre, creció, según había esperado, en la gracia del Salvador.

§ XVI.—Bendice, al salir de su celda, a dos religiosos, de cuyo deseo tiene conocimiento por revelación

45. Acostumbraba San Francisco pasar todo el día retirado en solitaria celda, no presentándose siquiera a los hermanos sino cuando el tomar algún alimento le obligaba a ello. Mas ni para esto tenía señalada hora, porque el intenso deseo de la contemplación hacía que reservase para ella el mayor espacio posible. Aconteció que dos religiosos, hombres de santa conversación, llegaron de lejanas tierras al lugar de Greccio. El único motivo de su viaje se reducía a poder ver al Santo y a recibir su bendición, mucho tiempo deseada. Al llegar y no hallarle, por haberse retirado ya a la celda, se entristecieron grandemente. Y como ignoraban cuándo el santo Padre saldría de la misma, se alejaron desconsolados, atribuyéndolo a sus faltas. Cuando, acompañándoles los compañeros del bienaventurado Francisco y consolándoles en su tristeza, pasaron a poca distancia del sitio donde se ocultaba el Santo, repentinamente salió, los llamó y dijo a uno de los compañeros: *Di a mis hermanos que han venido acá que se vuelvan de cara a mí.* Así lo hicieron los religiosos, volviendo el rostro hacia la parte donde estaba el Santo; entonces hizo éste la señal de la cruz y los bendijo afectuosísimamente. Los religiosos rebosaban tanta más alegría cuanto reconocían el milagro y veían satisfecho su deseo. Volvieron a su convento alabando y bendiciendo al Señor.

§ XVII.—Por medio de la oración obtiene que brote agua de una peña y apague la sed de un aldeano

46. Quiso, en cierta ocasión, el bienaventurado Francisco ir a un lugar desierto para vacar más libremente a la contemplación, y solicitó, porque estaba muy débil y sin fuerzas, y obtuvo, de un hombre pobre que le prestase su jumentillo para el viaje. Era esto en verano, y el buen hombre seguía al siervo de Dios en la subida a la montaña; pero, cansado por el largo y áspero camino, antes de llegar al término del mismo sintióse acometido de ardorosa sed y comenzó a desfallecer. No podía aguantar más y rogó al Santo que se compadeciese de él, pues, de no hallar medio de apagar su necesidad, sentíase morir. El santo varón de Dios, que se compadecía siempre de los afligidos, descendió al instante del animal, y, puesto de rodillas, levantó las manos al cielo y no cesó de rogar hasta que tuvo convencimiento de haber sido oído. *Ve* —dice

al labrador— y *allí encontrarás agua, que el Señor hace brotar en este momento de aquella piedra por compasión de ti.* ¡Oh admirable dignación de Dios, que tan pronta y fácilmente se inclina a los deseos de los que le aman! Bebe el campesino de aquella agua, manada por virtud de la oración, y su bebida procede de durísima peña. Nunca brotó allí fuente alguna ni, a pesar de las pesquisas hechas, pudo darse jamás con manantial alguno. ¿Será, pues, de admirar si este hombre, lleno del Espíritu Santo, reproduce en sí los maravillosos hechos que adornaron a los más justos y santos varones? Quien se une a Cristo con vínculo especial de amor, no es mucho que obre iguales maravillas que las obradas por los santos.

§ XVIII.—Da por sí mismo de comer a las avecillas, una de las cuales muere por su avaricia

47. Sentábase cierto día a la mesa con sus religiosos el bienaventurado Francisco. A poco presentáronse dos avecillas, macho y hembra. que, solícitas del mantenimiento de sus pequeñuelos, iban constantemente a proveerse de algunas migajas a la mesa del Santo. Alegróse el bienaventurado al notarlo, y las acarició según costumbre, y con tierno cuidado les entregó la porción de comida. Después los padres presentaron sus hijuelos a los religiosos, hasta el punto de ponerse en sus manos, y, una vez entregados los polluelos, no se presentaron más en aquel lugar. Los pajarillos se domesticaron con los religiosos. hasta el punto de ponerse en sus manos y entrar por sus celdas, no a escondidas, sino familiarmente. Huían a la presencia de cualquier seglar y sólo se acercaban a los religiosos. Observólo el Santo, y, maravillado, convida a los religiosos a que se alegren en el Señor. *¿Veis* —les dijo— *cómo nuestros hermanos de pavo rubio. los pajarillos, se comportan cual si estuvieran dotados de razón? Porque es como si nos dijeran: Aquí os presentamos. hermanos, nuestros recién nacidos. que han crecido por vuestras provisiones. Disponed de ellos como gustéis: nosotros nos marchamos a otro punto.* Los pequeñuelos se familiarizan sin dificultad con los hermanos y todos toman la comida en común. Mas la avaricia deshace la unión cuando la petulancia del mayor persigue a los pequeños. Ahito el mayor [de tales pajarillos] no permitía acercarse a los otros a la comida. *Ved* —dijo entonces el Santo— *qué es lo que hace este avaro. Harto ya y saturado, aun envidia a sus hambrientos hermanitos. Sin duda que, a no tardar, morirá de mala muerte.* El castigo siguió presto a las palabras del Santo. El inquietador de sus hermanos subió al borde de un cubo de agua para beber, mas, perdido el equilibrio, se sumergió en el agua, ahogándose. No se halló gato ni otra cualquiera bestia que quisiera tocar al anatematizado por el Santo. Mal abominable debe ser la avaricia en los hombres, cuando con tanto rigor se castiga en los pajarillos. Asimismo debe temerse la maldición de los santos, cuando tan prontamente se cumple el castigo vaticinado.

§ XIX.—Cúmplense todos los vaticinios que el Santo hizo de fray Bernardo

48. El santo Padre había dicho proféticamente, tiempo atrás, de fray Bernardo, el segundo entrado en la Orden: *En verdad os digo que para prueba de la virtud de fray Bernardo han sido lanzados sobre él los más sutiles demonios y los más perversos de estos espíritus malignos, cuya única ocupación será intentar hacer caer del cielo esta estrella; pero no lograrán su intento.* Ciertamente vióse muy atribulado, tentado y afligido, mas de todo llegó a triunfar. También añadió: *Cercano ya a su fin, aquietada toda tempestad, vencida toda tentación, gozará de inalterable paz y tranquilidad, y, consumado el curso de la vida, volará a Cristo.* Así sucedió. Su muerte vióse esclarecida con

Retrato de San Francisco. (Fresco del monasterio de Subiaco.)

muchos milagros, y llegó a la meta de la gloria, según había predicho el hombre de Dios. De aquí que en su tránsito los propios religiosos dijeron: «Este religioso no fué conocido del todo durante su vida.» Mas dejemos que otros se ocupen de las alabanzas de este Bernardo.

§ XX.—Un religioso, que se sentía muy tentado, desea tener algún escrito de mano del Santo

49. Cuando el Santo permanecía aún encerrado en la celda del monte Alverna, uno de sus compañeros deseaba con grande ansia tener algún escrito con las palabras de Dios anotadas brevemente de mano de San Francisco. Pues juzgaba que la gran tentación, no de la carne, sino del espíritu, que sufría, con esto desaparecería, o, por lo menos, sería más fácil de sobrellevar. Ansioso con tal preocupación, temía, no obstante, revelarlo al santo Padre; mas lo que el hombre no manifestó lo reveló el espíritu. Un día el bienaventurado Francisco llamó al religioso y le dijo: *Tráeme papel y pluma porque deseo escribir las palabras de Dios y sus alabanzas, que he meditado en mi corazón.* Presentados los objetos pedidos, escribió de su propia mano las alabanzas de Dios y las palabras que quiso, y en último lugar la bendición al religioso, diciéndole: *Toma este escrito y guárdalo diligentemente hasta el día de tu muerte.* Al instante desapareció la tentación; conservó el escrito y más adelante obró maravillas.

§ XXI.—Del mismo religioso, a quien, según su deseo, entregó la túnica

50. En el mismo religioso resplandeció otro milagro del santo Padre. En ocasión que éste yacía enfermo en el palacio del Obispo de Asís, aquel religioso pensó en su interior: «El Santo está a punto de entregar su espíritu al Señor, y cuánta sería la dicha de mi alma si después de su muerte pudiera heredar la túnica de mi Padre.» Cual si el deseo, nacido en lo más recóndito del corazón, hubiera sido formal demanda, no transcurrió mucho tiempo sin que el bienaventurado Francisco le llamase y dijese: *Te entrego esta mi túnica y sea en adelante tuya. Aunque la utilizaré mientras viva, a mi muerte te será devuelta.* Maravillado de tan profunda e interna penetración del espíritu, tomó con gran consuelo aquella túnica, que después la devoción santa trasladó a Francia.

§ XXII.—A un mandato del Santo, de noche y a oscuras, se encuentra perejil entre otras hierbas del bosque

51. Durante el curso de su última enfermedad, entrada la noche, vínole en deseo comer perejil, el que pidió con toda humildad. Llamado el cocinero para que lo proporcionase, respondió que nada en aquella hora podría recoger ya en el huerto, añadiendo: «He recogido cada día y tanto he cortado ya, que con trabajo y de día apenas si podría dar con una que otra planta; cuanto menos ahora, tan anochecido, podré distinguirle de las otras hierbas.» A lo que repuso el Santo: *Ve, hermano, y, para que no te sea molesto, tráeme las primeras plantas que a la mano te vengan.* Fué el religioso al huerto, y arrancó las primeras hierbas que al acaso y a oscuras pudo recoger y las trajo a casa. Miran los religiosos las hierbas y, revolviéndolas con cuidado, hallaron entre ellas tierno y hermoso perejil, del que tomó un poquito el Santo, y se sintió grandemente fortalecido. Con tal motivo se dirigió a sus religiosos: *Hermanos míos, cumplid siempre a la primera palabra lo que se os ordena y no esperéis se os haya de repetir lo ordenado. No os asuste nunca la apariencia de la imposibilidad, porque, aunque alguna vez se os mande sobre lo posible, sabed que la obediencia no carece de fuerza.* Hasta este extremo llegó el don de profecía en abono de esta prerrogativa de su espíritu.

§ XXIII.—Anuncia que después de su muerte sobrevendrá hambre

52. Los santos a veces se ven forzados por impulso del Espíritu Santo a hablar de sí mismos, y esto sucede cuando o la gracia de Dios exige que se manifieste algo, o cuando la edificación del prójimo por bien entendida caridad lo requiere. Por esto también el santo Padre manifestó a cierto religioso, a quien amaba con predilección, lo que le había sido revelado en su familiar comunicación con Dios. *Existe* —dijo— *en la actualidad un siervo de Dios en atención al cual, mientras viva, no permitirá el Señor que el hambre aflija a los hombres.* No hubo vanidad en esto, sino que fué la caridad santa, aquella que no busca el propio interés, la que hizo brotar el sencillo relato para nuestra edificación con palabras santas y modestas, y no había para qué callar tan admirable dignación y amor de Cristo hacia

su siervo. Sabemos, efectivamente, todos los que lo vimos, cómo transcurrieron, tranquilos y pacíficos, los tiempos que vivió el servidor de Cristo y cuánta felicidad hubo y abundancia de toda suerte de bienes. No era tanta el hambre de la palabra de Dios, ya que las exhortaciones de los predicadores tenían entonces gran eficacia y los corazones de los oyentes estaban particularmente sedientos de Dios. Resplandecían en la religiosa imagen los ejemplos de santidad, ni la hipocresía de los disimuladores había entorpecido la marcha de los verdaderos santos, ni tampoco la doctrina de los iluminados había excitado la curiosidad. Con motivo, pues, abundaban los bienes temporales, cuando los eternos eran tan sinceramente codiciados por todos.

53. Mas, apenas desapareció el Santo, trastornóse por completo el orden, cambiaron de aspecto las cosas, porque se suscitaron por doquier luchas y riñas, y la calamidad de varias muertes, a no tardar, trastornó a muchos reinos. Hambre cruel se extendió por todas partes, y su atrocidad, que fué mayor que todas las privaciones imaginables, produjo no pocas víctimas. La necesidad obligó a utilizar como alimento cualquier cosa, y lo que los propios animales no podían comer sirvió de pasto a los hombres. Los panes se amasaban de cáscaras de frutas y cortezas de árboles, y en tanto extremo arreció el hambre, que ni siquiera la ternura paternal se condolía, según confesión de un testigo, de la muerte del propio hijo, que a tanto mal estaba sujeto. Mas, para que se supiera con certeza quién era el siervo de Dios por cuyo amor la venganza divina suspendía su castigo, el mismo bienaventurado Padre Francisco, pasados algunos días después de su muerte, manifestó claramente a un religioso, a quien mientras vivía había dado cuenta de la calamidad, que él era aquel servidor de Dios. Pues cierta noche, cuando dicho religioso descansaba, llamóle el Santo en alta voz y le dijo: *Hermano, comienza a sentirse el hambre, que mientras yo vivía en el mundo no permitió el Señor que se difundiera sobre la tierra.* Desvelado el religioso al oír la voz, lo refirió todo minuciosamente. A la tercera noche de suceder lo que queda explicado apareciósele de nuevo el Santo y le repitió idénticas palabras.

§ XXIV.—De la grandeza de nuestro Santo y de nuestra poquedad

54. A nadie parecerá extraño que el gran profeta de nuestros tiempos aparezca adornado con tan relevantes privilegios; pues, desasido completamente del barro de las cosas terrenales, libre en absoluto de la concupiscencia de la carne.

su inteligencia se remontaba a las sublimidades y se introducía radiante en el foco de la soberana luz. Y alumbrado con los resplandores de la luz eterna, inspiradas por el Verbo, resonaban sus palabras. ¡Oh, y cuán diferentes somos nosotros, envueltos como estamos en tinieblas e ignorantes de lo más preciso! ¿Qué otra causa podrá hallarse, sino que todavía somos complacientes con la carne y nos aferramos al polvo de las cosas mundanas? Si cuando elevamos nuestras manos al cielo eleváramos también nuestros corazones, si pusiéramos nuestra aspiración en los bienes eternos, sin duda llegaríamos a conocer lo que al presente ignoramos: a Dios y a nosotros mismos. Quien se revuelca todavía por el cieno, necesario es que sólo vea cieno; mas quien tiene la mirada fija en el cielo, es imposible no contemple hermosuras celestiales.

CAPÍTULO II

De la pobreza

§ XXV.—Pobreza y elogio de la misma

55. Colocado el bienaventurado Padre en este valle de lágrimas, juzga las mayores riquezas de la tierra despreciable basura, y, al ambicionar más excelso honor, se abraza de corazón con la santa pobreza. Considera que ella fué tan aceptable al Hijo del hombre, y vive, en cambio, como desterrada de la tierra, quiere con entrañable amor desposarse con ella. Prendado de su hermosura, a fin de unirse más estrechamente con esta su esposa y que fuesen dos en un espíritu, no sólo abandona a su padre y a su madre, sino que se despoja de todas las cosas. Por esto le es dado estrecharla en sus brazos y no demora un instante querer ser su adorado esposo. Al hablar de ella a sus hijos, decía *que debía ser el camino de la perfección, prenda y arras de riquezas eternas.* Nadie tan ambicioso de oro como él celoso de la pobreza, y ninguno tan solícito en guardar un tesoro como él en conservar esta evangélica margarita. Sentíase sobremanera ofendido, y contrariado si dentro de la casa o fuera de ella apreciaba en los religiosos algo contrario a la pobreza. Con efecto, él mismo, desde el principio de la Religión hasta su muerte, no tuvo ropa alguna más que la única túnica, la cuerda y paños menores. El solo aspecto de su raído hábito ya indicaba dónde tenía cifrada su fortuna. Por esto, alegre, seguro y confiado, gozábase de haber vendido al ciento por uno las perecederas riquezas del mundo.

§ XXVI.—Pobreza de las casas

56. Aconsejaba a los religiosos que las habitaciones que fabricasen fuesen pobres, de madera y nunca de piedra, y de traza sencilla. Al predicar a sus religiosos sobre la pobreza, acostumbraba repetir aquellas palabras del Evangelio: *Las zorras tienen sus madrigueras y las aves del cielo sus nidos; mas el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza.*

§ XXVII.—Manda derribar una casa edificada junto a la Porciúncula

57. Había de reunirse Capítulo en Santa María de la Porciúncula, y como se acercase ya el día, y considerase el pueblo de Asís no haber allí casa proporcionada, determinó, en ausencia y sin el consentimiento del Santo, la rápida construcción de una casa. Al volver el Padre vió la casa y lo tomó muy a mal, doliéndole mucho. Fué el primero en lanzarse a su derribo, subió al tejado y con mano fuerte arrojó las tejas y cobertizo. Ordenó asimismo a los religiosos subir y arrasar aquel monstruo, contrario a la santa pobreza. Aseguraba que pronto se habría sabido por toda la Orden y tomarían todos ejemplo del lujo permitido en aquel lugar. La hubiera visto en ruinas si los guardias allí presentes no hubiesen moderado el fervor de su espíritu, y afirmasen ser aquel edificio propiedad del Municipio, y no de los religiosos.

San Francisco y la Santa Pobreza.
(I. Froitzheim.)

§ XXVIII.—Ordena a los religiosos enfermos desalojen la casa que habitan en Bolonia

58. Al volver en cierta ocasión de Verona y pasar por Bolonia, oyó decir que la casa de los religiosos acababa de ser construída de planta. Francisco, sólo porque oyó decir «la casa de los religiosos», cambió de ruta, y, sin detenerse en Bolonia, continuó su camino. Dispuso después que todos los religiosos salieran de allí inmediatamente. Por lo cual abandonaron aquella casa, sin quedar en ella siquiera los enfermos, pues se les hizo salir como a los demás. No se les concedió licencia para volver hasta tanto que el señor Hugo, a la sazón Obispo de Ostia y Legado de Lombardía, afirmó públicamente en un sermón ser aquella casa suya. Esto lo testifica y escribe quien estaba enfermo. y tuvo que salir de dicha casa.

§ XXIX.—No quiere entrar en la celda que dicen ser suya

59. No quería que los religiosos habitasen en lugarcillo alguno, si no constaba con certeza que era propiedad de algún bienhechor. Anheló siempre para sus hijos los derechos de los peregrinos, es decir, de la hospitalidad bajo techo prestado, a fin de que, transitando pacíficamente, desearan llegar pronto a la celestial patria. En una ocasión, mientras permanecía en el desierto de Sarciano, un religioso preguntó a otro de dónde venía, a lo que repuso: «De la celda de fray Francisco.» Oyólo el Santo y dijo: *Ya que a esta celda le has dado el nombre de Francisco, como si fuera propiedad mía, busca otro que la habite, pues yo no moraré más en ella. El Señor* —añadió—, *cuando permaneció en el desierto y oró allí y ayunó cuarenta días, no se construyó celda alguna ni habitación, sino que permaneció en la cumbre de la montaña. Bien podemos nosotros seguirle en la forma ordenada, sin propiedad alguna; aunque no nos sea posible vivir sin el uso de las casas.*

§ XXX.—Pobreza de los utensilios

60. No sólo abominaba este hombre extraordinario la opulencia de las casas, sino que tampoco toleraba lo superfluo y de valor en los utensilios de las mismas. Detestaba

cuanto, ya en la mesa, ya en los vasos, sabía a mundano, a fin de que todas las cosas hablasen de peregrinación, todas recordasen el destierro.

§ XXXI.—Comida preparada en Gubio el día de Pascua. Preséntase, a imitación de Cristo, como peregrino

61. Cierto día de Pascua los religiosos que vivían en la soledad de Gubio prepararon la mesa con mayor cuidado de lo acostumbrado, con manteles y vasos de cristal. El santo Padre bajó de la celda para sentarse a la mesa; vióla aparejada en lugar elevado y adornada con superfluidad, y en modo alguno sonrió a la bien dispuesta mesa. A escondidas y poquito a poco volvió sobre sus pasos, vistióse después el capuchón de cierto mendigo que al acaso por allí pasaba, y con un bastón en la mano salió fuera. Permaneció ante la puerta en espera de que los religiosos comenzaran a comer, pues no acostumbraban aguardarle, si no llegaba a la señal. Cuando principiaron, llamó como verdadero pobre a la puerta, diciendo: *Haced una limosnita por amor de Dios a este transeúnte, pobre y enfermo.* Respondieron los religiosos: «Entra aquí, buen hombre, por amor de Aquel a quien invocaste.» Penetró al instante y se descubrió a los comensales. ¡Qué estupor debió de producir a los reunidos la presencia de tal peregrino! Dieron al mendigo la escudilla y. sentándose en el suelo, colocó su plato en tierra. *Ahora me siento* —dijo— *como verdadero fraile Menor;* y dirigiéndose a los religiosos, añadió: *Más nos deben mover los ejemplos de la pobreza del Hijo de Dios que a las demás personas devotas. Vi la mesa bien provista y adornada y reconocí no ser ella de pobrecillos que mendigan de puerta en puerta.* Este hecho nos evidencia ser el Santo semejante a aquel otro peregrino que en este mismo día de Pascua permaneciera solo en Jerusalén. Y, ciertamente, mientras hablaba. encendía también el corazón de sus discípulos.

§ XXXII.—Contra la elegancia de los libros

62. Enseñaba que en los libros sólo debemos buscar la palabra de Dios, y no su precio; la utilidad, no la elegancia. Quería que hubiera pocos libros y éstos a disposición de todos los frailes que los necesitaran. De aquí que habiéndole pedido permiso cierto Ministro de retener para sí algunos libros preciosos y de subido coste. respondió San Francisco: *No quiero se pierda el libro del sagrado Evangelio, que prometí guardar, por todos tus libros. Haz tú lo que quieras, pero no sea con la excusa de mi licencia.*

§ XXXIII.—Pobreza de las camas. Ejemplo del señor Ostiense y su elogio

63. En las camas y en la ropa de las mismas en tanto grado abundaba la extrema pobreza, que quien sobre la paja lograba poner un pedazo de paño se creía ocupar un lecho nupcial. Aconteció que en tiempo que se celebraba Capítulo en Santa María de la Porciúncula fué allí para visitar a los religiosos el Obispo de Ostia, acompañado de gran multitud de clérigos y soldados. El Obispo, al darse cuenta del lugar y de las camas en que yacían los frailes, parecidas mejor a madrigueras de bestias, sollozando amargamente dijo en presencia de todos: «He aquí el lugar donde descansan los religiosos.» Y prosiguió: «¿Qué será de nosotros, miserables, que abusamos de toda superfluidad?» Todos los presentes derramaron lágrimas de compunción y se retiraron sumamente edificados. Este Obispo de Ostia es aquel que, constituído puerta[1] principal de la Iglesia, resistió siempre a los enemigos, hasta que su bienaventurada alma, cual hostia santa, penetró en el cielo. ¡Oh piadoso corazón, oh entrañas de caridad! Colocado en el lugar más alto, dolíase de no tener crecidos méritos, cuando en verdad era más sublime por la virtud, que por la dignidad.

§ XXXIV.—De lo que le aconteció al utilizar una almohada de plumas

64. Ya que hacemos mención de camas, no estará de más recordemos un hecho digno de memoria. Desde el primer día en que el Santo se entregó absolutamente a Cristo, olvidadas las cosas de la tierra, no quiso descansar nunca sobre colchones ni reclinar su cabeza sobre almohada de plumas. Ni la enfermedad, ni el hospedaje de compromiso, podían hacerle contravenir su resolución. Durante su estancia en el desierto de Greccio, recrudecida más de lo acostumbrado su enfermedad de los ojos, se le forzó al uso de una pequeña almohadilla. Al amanecer del día siguiente llamó a su compañero y le dijo: *Hermano, en toda la noche no he podido dormir ni entregarme siquiera a la oración. La cabeza me gira, las rodillas se me doblan y toda la máquina de mi*

[1] *Ostium*, en el original latino.

cuerpo parece que se deshace como si hubiese tragado poción venenosa. Yo creo —continuó— *que el demonio se halla en esta almohadilla que tengo bajo la cabeza. Quítala de ahí, porque no quiero ya más al diablo a mi cabecera.* El religioso se compadeció de su Padre, no sin alguna murmuración, sacó la almohadilla y la tomó para llevársela. Apenas hubo salido, perdió el habla y quedó poseído e imposibilitado por tal espanto, que no pudo mover los pies ni los brazos. Al poco rato, llamado por el Santo, quien tuvo de ello conocimiento, quedó libre en absoluto, volvió y contó lo sucedido. Díjole el Santo: *Ayer tarde, cuando rezaba completas, claramente conocí que el diablo había entrado en la celda. Es muy astuto* —prosiguió— *y de sutil ingenio nuestro enemigo, pues cuando no puede dañar en lo interior a las almas, ofrece al cuerpo la ocasión de murmurar.* Oíganlo aquellos que en todas partes colocan almohadillas, para que al tomar el descanso siempre reposen muellemente. El diablo gusta de fastuosidad de las cosas; goza en asistir junto a los regalados lechos, sobre todo cuando la necesidad no fuerza y la profesión lo prohibe. Porque la antigua serpiente huye del hombre desnudo, ya porque desprecia la compañía del pobre, ya porque le espanta la elevación de la pobreza. Si reconoce el religioso que el diablo se esconde debajo de las plumas, conténtese con reclinar su cabeza sobre la paja.

CAPÍTULO III

Ejemplos contra el dinero

§ XXXV.—Aspera corrección dada a un religioso que osó tocar dinero con sus manos

65. Aunque el siervo de Dios despreciaba de todo corazón las cosas de la tierra, execraba, de un modo especial, el dinero. De aquí que, ya en los comienzos de su conversión, lo despreció cordialmente y aconsejó siempre a sus discípulos que huyeran de él como del propio diablo. Suya era la frase que repetía con frecuencia a los frailes: *Que debían hacer tan poco caso y aprecio del dinero como de la basura.* Cierto día, un seglar entró en la iglesia de Santa María de la Porciúncula para hacer oración; y al salir, por ofrenda, dejó una moneda junto a la cruz. Después de alejarse, un religioso, con toda sencillez, tomó con sus manos el dinero y lo arrojó a una ventana. Llegó a enterarse el Santo de lo

que acababa de ejecutar el hermano, y éste, viéndose descubierto, se presentó a pedir perdón, y postrado en tierra se ofrecía sinceramente al castigo. Repréndele el Santo y le recrimina con acritud por sólo haber tocado el dinero. Ordénale después que con su propia boca recoja el dinero de la ventana y salga del recinto de la casa y lo deponga con la boca también sobre estiércol de asno. Mientras cumplía la orden muy resignadamente el religioso, llenábase de temor el corazón de los que lo presenciaban. Despreciaron en adelante más y más lo equiparado a la basura y se animaron con nuevos ejemplos a este desprecio.

§ XXXVI.—Escarmiento de otro religioso que en una ocasión tomó dinero

66. Caminaban juntos dos religiosos y se acercaban a un hospital de leprosos. Hallan en el camino una moneda; detienen su paso y tratan entre sí qué deberán hacer de aquella basura. Tienta uno de ellos, riéndose, la conciencia del religioso para que tome el dinero, a fin de regalarlo a los criados de los leprosos. El compañero se lo prohibe, creyéndole alucinado por falsa piedad, y repite las palabras de la Regla, que terminantemente dicen que se debe despreciar el dinero hallado, como vil polvo. No atiende aquél los consejos, pues, como de costumbre, fué siempre de dura cerviz. Conculca la Regla, se inclina y toma la moneda; mas no se hizo esperar la justicia. Pierde instantáneamente el habla, cruje los dientes y no le es dado pronunciar palabra. De esta suerte el castigo advierte al insensato; así el escarmiento enseña al ensoberbecido a obedecer las leyes del Padre. Por último, libre de la hediondez, y, lavados los labios con las aguas de la penitencia, se despliegan para la alabanza. Es proverbio antiguo: «Corrige al necio y será verdadero amigo.»

§ XXXVII.—Reprensión a otro que, bajo pretexto de necesidad, quería conservar dinero

67. Al ver, en una ocasión, el Vicario del Santo, fray Pedro Cataneo, que gran multitud de religiosos forasteros iban a visitar a Santa María de los Angeles, y no tenía, por otra parte, con qué proveer de lo necesario, dijo a San Francisco: «No sé, Padre, qué hacer, porque no tengo con qué atender suficientemente a la multitud de religiosos que de todas partes aquí afluyen. Ruégote, pues, que te sea agrada-

ble que se conserven algunos de los bienes de los novicios que vienen a nosotros, para emplearlos en estas expensas, en tiempo de necesidad.» A lo que repuso el Santo: *Lejos de nosotros, hermano carísimo, esta falsa piedad, que dejemos de cumplir la Regla por atender a cualquiera hombre.* Insistió el Vicario: «¿Pues qué haré?» Replicóle Francisco: *Desnuda el altar de la Virgen y quítale sus adornos, cuando de otra manera no puedas atender a los frailes necesitados. Créeme que le será más agradable la guarda del Evangelio de su Hijo, con despojo de su altar, que el adorno de éste con desprecio de aquél. Dios cuidará de que haya quien restituya a su Madre lo que a nosotros nos hizo falta.*

§ XXXVIII.—Del dinero convertido en víbora

68. Cuando pasaba, una vez, el siervo de Dios con su compañero junto a Bari, en Apulia, halla abandonado en el suelo un monedero, que en lenguaje vulgar es conocido con el nombre de bolsa de los comerciantes, y al parecer repleta de monedas. Llama la atención del Santo el compañero, que siente vivos deseos de recogerla y repartir su contenido a los pobres. Recomienda la piedad para con los necesitados y elogia la misericordia en la distribución del dinero. Rehusa el Santo y afirma que jamás hará tal cosa, pues cree aquello una estratagema del demonio. *No es lícito, hijo mío* —le dice—, *tomar lo ajeno. Entregar lo que no es nuestro es más bien pena del pecado* [del hurto] *que gloria de merecimiento.* Aléjanse del lugar y danse prisa por llegar al término del camino. Pero el religioso compañero no se aquieta: ilusionado con la perspectiva de poder hacer limosna, se empeña en llevar a cabo la prevaricación. Condesciende al fin el Santo y vuelve al lugar, no ciertamente para satisfacer el deseo del compañero, sino para descubrir el misterio del engañado. Llama a un joven que estaba sentado sobre un pozo, junto al camino, para que en el testimonio de dos o tres se confirme el secreto de la Trinidad. Llegados los tres cerca de la bolsa, la ven hinchada por los muchos dineros. Prohibe Francisco que alguien se acerque, para que por virtud de la oración se manifieste el engaño del demonio. Apartándose en seguida como un tiro de piedra, se entregó a íntima oración. Vuelto de ésta, manda al religioso que recoja la bolsa, la cual, en virtud de su plegaria, en lugar de dinero contenía una víbora. Tiembla el religioso y se estremece, tocado de no sé qué presentimiento, muy diferente de lo que había pensado. Obligado por la obediencia, arroja de su corazón toda duda y toma la

bolsa con las manos. Y he aquí que una no pequeña víbora se escurre de la bolsa, y adivina el religioso el diabólico engaño. Entonces díjole el Santo: *El dinero, hermano, para los siervos de Dios no es más que diablo y serpiente venenosa.*

§ XXXIX.—Pobreza de los vestidos

69. Adornado este hombre con la virtud de lo alto, cuidaba más de abrasarse en el divino fuego interior que de cubrirse exteriormente con vestidos corporales. Execraba a los que en su Orden se vestían con triples prendas y a los que las usaban blandas y muelles, sin necesidad. Porque afirmaba ser señal de haber extinguido el espíritu excusarse con la falsa necesidad, que engendra, no la recta razón, sino la sensualidad. Acostumbraba decir: *Cuando el espíritu poco a poco se resfría en la gracia, es natural que la carne y la sangre busquen sus comodidades. Porque ¿qué le queda a uno* —añadió— *cuando el alma no encuentra satisfacciones, sino que la carne se procure las suyas? Entonces el apetito sensual se disfraza con el pretexto de necesidad y el sentido carnal forma la conciencia.* Y proseguía: *Sobrevenga a nuestro religioso una necesidad, atorméntele una indigencia, si corre a satisfacerla, si al instante procura librarse de ella, ¿a qué recompensa tendrá derecho? Se le presentó ocasión de alcanzar merecimientos, mas demostró explícitamente que le desagradaba.* A estas y otras semejantes mortificaciones sujetaba a los principiantes, toda vez que no sobrellevarlas con paciencia significaba volver a los gustos de Egipto. Por último, en modo alguno quería que los religiosos tuviesen más de dos túnicas, siéndoles lícito poder remendarlas con otros retazos. Ordenó que se abominase de las telas delicadas, y ridiculizaba acerbamente delante de los demás a cuantos hacían lo contrario; y para confundirles con su ejemplo ponía, sobrecosidos, pedazos de burdo paño a su raída túnica. En la hora de su muerte pidió que la pobre túnica con que debía ser amortajado se recubriese con paño vil. Mas para los religiosos a quienes obligaba la enfermedad u otra cualquiera necesidad, permitía una túnica más fina sobre la carne, pero de tal suerte, que en el exterior apareciera la asperidad y vileza. Porque decía: *Llegará a relajarse tanto el rigor y dominar la tibieza, que los hijos del padre pobre ni se avergonzarán de usar vestidos de escarlata, cambiado sólo el color.* No engañamos a ti, Padre, con esto, cual hijos espúreos, sino que nuestra iniquidad se deshonra a sí misma. Esto se evidencia más claramente que la luz y se confirma cada día.

§ XL.—Declara que los que se apartan de la pobreza serán castigados por la necesidad

70. Algunas veces daba el Santo estos consejos: *Cuanto más se aparten los religiosos de la pobreza, tanto más el mundo se alejará de ellos; buscarán* —añadía— *y no hallarán. Mas, si indeclinablemente se abrazan a mi señora la pobreza, el mundo les proveerá de todo, porque son dados al mundo para la salud del mismo.* Y otras veces: *Hay un contrato entre el mundo y los religiosos; éstos le deben buen ejemplo y aquél está obligado a sustentarlos. Cuando ellos con comportamiento hipócrita no dieran buen ejemplo, justamente el mundo retraerá su mano.* Por consideración a la pobreza temía el hombre de Dios al gran número, pues aunque no de hecho, pero sí en apariencia, esto puede demostrar ser ricos. A veces exclamaba: *¡Oh, si pudiera ser, con cuánto gusto haría que el mundo, al ver rarísimas veces a los religiosos Menores, se admirara de su poco número!* Unido con indisoluble lazo a su señora la pobreza, tenía en cuenta no su actual dote, sino la venidera. Por este mismo motivo entonaba, con el más fervoroso acento y el ánimo más alegre, salmos referentes a la pobreza santa, como éstos: *La paciencia de los pobres nunca perecerá* y *Véanlo los pobres y alégrense.*

CAPÍTULO IV

Del pedir la limosna

§ XLI.—Recomendación de ésta

71. El santo Padre usaba más gustosamente de las limosnas recogidas de puerta en puerta que no de las ofrecidas. Afirmaba que el rubor excesivo de mendigar era contrario a la salvación, mas el rubor de pedir la limosna, cuando no retrae de ejecutarlo, afirmaba ser bueno. Alababa que experimentara rubor la frente joven, pero no que por ello quedase confundida. Muchas veces, exhortando a los suyos a pedir limosna, se servía de estas o parecidas alocuciones: *Id, porque al presente los religiosos Menores han sido dados al mundo a fin de que los elegidos cumplan con ellos lo que les debe servir de justificación ante el soberano Juez.*

Lo que hicisteis a uno de estos mis religiosos Menores, a mí lo hicisteis. Por lo cual decía que la Orden había sido enaltecida por el gran Profeta [Cristo], que expresó con toda evidencia su nombre [de Menores]. En consecuencia quería que los religiosos habitaran, no sólo las ciudades, sino también los desiertos, para que todos tuvieran ocasión de merecer y no se diera a los réprobos alguna apariencia de excusa.

§ XLII.—Ejemplo del Santo al pedir limosna

72. Y para que ni una sola vez siquiera pudiese ofender a su santa esposa, la pobreza, acostumbraba el servidor del Dios excelso ir por limosna. Si, a veces, invitado por algún gran señor, debía sentarse en convite fastuoso, solicitaba antes por las casas vecinas algunos mendrugos, y después, así enriquecido con su pobreza, se apresuraba a presentarse. Preguntado en ocasiones por qué hacía aquello, respondía *que él no quería perder la herencia perdurable por un feudo concedido sólo por el espacio de una hora. La pobreza* —añadía— *es la que instituye herederos y reyes del reino de los cielos, no vuestras falaces riquezas.*

§ XLIII.—Lo que hizo en el palacio del Obispo de Ostia y su respuesta al Prelado

73. En ocasión en que el Santo visitó al Papa Gregorio, de veneranda memoria, a la sazón constituído aún en inferior dignidad, al acercarse la hora de la comida salió a pedir la limosna, y a la vuelta extendió los pedazos de pan negro sobre la mesa del Obispo. Avergonzóse algún tanto éste a su vista, particularmente por los forasteros invitados. El Santo distribuyó con franca sonrisa la limosna recogida entre los señores y capellanes convidados, y todos la aceptaron con admirable devoción, comiéndola unos y guardándola otros respetuosamente. Terminada la comida, se levantó el Obispo, llevó a Francisco al interior y abrazóle tiernamente. Después le dijo: «Hermano mío, ¿por qué has querido avergonzarme en mi casa, que es tuya y de tus religiosos, yendo a pedir limosna?» A lo que respondió el Santo: *Más bien os proporcioné honor inmerecido, al obsequiar a más distinguido Señor. Ciertamente se agrada a Dios en la pobreza, y sobre todo cuando la mendicidad es más voluntaria. Pues yo tengo como dignidad real y nobleza insigne el seguir a aquel Señor que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros.* Y pro-

siguió: *Hallo mayores delicias en una mesa pobre, aparejada con pequeñas limosnas, que en las repletas, en que apenas puede llevarse cuenta de los manjares, por su excesivo número.* Con lo cual sumamente edificado el Obispo, contestó al Santo: «Hijo, haz lo que bien te parezca, porque el Señor está contigo.»

§ XLIV.—Su exhortación a pedir la limosna, con el ejemplo y con la palabra

74. Muchísimas veces, para mortificación propia y por compasión a la vergüenza de los otros religiosos, al principio acudía él solo por limosna. Mas, al ver que muchos no atendían debidamente a su vocación, alguna vez dijo: *Hermanos carísimos, el Hijo de Dios era más noble que nosotros y por nosotros se hizo pobre en este mundo. Por su amor hemos escogido el camino de la pobreza, y por consiguiente no debe ruborizarnos el pedir limosna. En modo alguno conviene a los herederos del reino avergonzarse de las prendas de su celestial herencia. Os aseguro que muchos nobles y sabios se unirán a nuestra Congregación y tendrán como honor especial ir a mendigar. Así vosotros, que sois sus primicias, gozaos y alegraos y no queráis renunciar a aquellas cosas que vosotros enseñaréis a dichos santos para que las practiquen.*

El Papa Gregorio IX, antes Cardenal Hugolino.
(Fresco en el monasterio de Subiaco.)

§ XLV.—Reprensión a un religioso que no quería salir a la limosna

75. Afirmaba repetidas veces el bienaventurado Francisco que el verdadero fraile Menor no debía inquietarse poco ni mucho por ir a la limosna. *Y cuanto hubiera sido más noble* —seguía— *este mi hijo, tanto debiera estar más dispuesto para ejecutarlo, pues de esta suerte se le acrecientan los merecimientos.* Había en cierto convento un religioso que no quería salir a la limosna, y era, en cambio, asiduo a la mesa. Al ver el Santo a este glotón, que participaba del fruto sin conocer el trabajo, le increpó de esta manera: *Sigue tu camino, hermano mosca, que quieres comer el sudor de tus hermanos y estar ocioso en la obra de Dios. Eres semejante al hermano zángano, que, sin contribuir al trabajo de las solícitas abejas, quiere ser el primero en comer de su miel.* Reconoce el hombre carnal descubierta su glotonería, vuelve de nuevo al mundo, que en realidad aun no había abandonado. Salió, pues, de la Religión, y el que nunca quiso salir a la limosna no fué religioso, y quien fué solícito para la comida convirtióse en ruin demonio.

§ XLVI.—Sale al encuentro del nuevo hermano limosnero y besa sus hombros

76. En otra ocasión, al volver de Asis un religioso con la limosna, llegado junto a la Porciúncula, entonó un cántico y en alta voz comenzó a alabar al Señor. Oyéndolo el Santo salió inmediatamente a su encuentro, besó el hombro del religioso, descargóle de su alforja y se la puso en sus propios hombros mientras decía: *Bendito sea mi religioso que acude solícito, busca humilde y vuelve gozoso.*

§ XLVII.—Cómo indujo a unos soldados a pedir limosna

77. Aconteció que el bienaventurado Francisco, lleno de enfermedades y próximo ya el fin de su vida, fué reclamado por el pueblo de Asís, que envió al efecto una embajada al pueblo de Nocera, para que no cupiese a otro pueblo la gloria de conservar el cuerpo del siervo de Dios. Conduciéndole aquellos señores en sus cabalgaduras con toda reverencia y cuidado, llegaron a cierta villa pobrísima, por nombre Sa-

triano. Allí recorrieron la población para hallar con qué satisfacer su apetito, mas nada hallaron útil, por lo que, dirigiéndose al bienaventurado Francisco, le dijeron: «Es preciso que nos des tus provisiones, pues aquí nada hemos hallado para comer.» Respondióles el Santo: *No encontráis porque confiáis más en vuestras moscas que en Dios.* Llamaba moscas a los dineros. *Pero volved* —prosiguió— *e id de casa en casa y ofreced el amor de Dios en lugar de dineros y pedid limosna humildemente. No os avergoncéis de ello, porque, después del pecado, sólo por limosna nos son concedidas las cosas, que el grande Limosnero nos reparte con sin igual piedad.* Dominan la vergüenza los caballeros, piden en seguida limosna y obtienen más por amor de Dios que por el dinero. Ya que todos dieron a porfía y con gozo, no se sintió hambre allí donde prevaleció la opulenta pobreza.

§ XLVIII.—En Alejandría convierte una parte de pollo en pescado

78. En la entrega de las limosnas miraba con preferencia el provecho de las almas más que el sostenimiento de los cuerpos, y tanto en dar como en recibir se ofrecía por ejemplo a sí mismo. Llegó a Alejandría para predicar la palabra de Dios y fué recibido con agasajo en hospedaje por cierto varón, temeroso de Dios y de muy buena fama, quien le rogó que, para cumplir con todo lo ordenado por el santo Evangelio, se dignara comer cuanto le pondría delante, a lo que, vencido por las instancias del devoto huésped, consintió benignamente. Acudió aquél contento, y preparó con solicitud un tierno pollo para que lo comiera el siervo de Dios. Cuando se sentó a la mesa, en compañía de toda la familia, aparece adrede a la puerta un hijo de Belial, privado de toda gracia, y simula falta de todo lo indispensable. Invoca sagazmente el nombre de Dios para pedir limosna y con voz plañidera suplica se le socorra por Dios. Oye el Santo el nombre bendito sobre todo nombre y más dulce que la miel, y con indecible afecto corta parte del ave preparada y, colocándola sobre un pedazo de pan, la entrega al mendigo. ¿Qué sucedió? El infeliz conservó lo entregado para desacreditar, después, al Santo.

79. A la mañana siguiente el Santo predicaba la palabra de Dios al pueblo reunido. De pronto se levanta aquel malvado y se esfuerza en enseñar a todo el pueblo la parte del pollo. «Aquí tenéis —vocifera— quién es este Francisco que predica y a quien veneráis como santo; ved las carnes que ayer tarde me regaló mientras comía.» Increparon los presentes al infame y le contradijeron como a poseído del demonio, pues ante el público aparecía como pescado lo que aquél pretendía ser parte de pollo. El mismo desgraciado, estupefacto por el milagro, se vió en la precisión de reconocer lo que todos afirmaban. Por último, avergonzado, el infeliz borró con la penitencia su maldad descubierta. En presencia de todos pidió perdón al Santo, confesó la perversa intención que tuvo. Volvieron las carnes a su primitiva especie después que el prevaricador tornó al buen sentido.

CAPÍTULO V

De los que renunciaban al mundo

§ XLIX.—El Santo despide a un pretendiente que distribuyó sus bienes, no entre los pobres, sino entre sus parientes

80. Enseñaba el Santo a los que querían entrar en la Religión que antes de abandonar el mundo dejasen, en primer lugar, sus bienes afuera y después ellos, dentro, se ofreciesen a Dios. No admitía a la Orden sino a los que habían renunciado toda propiedad, y nada absolutamente conservaban, ya para cumplir el consejo del santo Evangelio. ya también para que no sirvieran de escándalo, por los bienes conservados en su poder.

81. Efecto de la predicación del Santo, presentóse un seglar de la Marca de Ancona, pidiéndole con humildes y reiteradas instancias que quisiera admitirle en la Orden. A lo que respondió el Santo: *Si quieres unirte a los pobres de Dios, reparte primero tus cosas entre los pobres.* Aquel hombre, oída la respuesta, se retiró; mas, guiado por sólo un amor carnal, distribuyó sus bienes entre los suyos, sin entregar nada a los pobres. Volvió después y explicó al Santo su magnífica liberalidad, a lo que el siervo de Dios, en torno burlón, repuso: *Sigue tu camino, hermano mosca, porque todavía no has salido de tu casa ni de tu parentela. Has entregado tu fortuna a los tuyos, defraudándola a los pobres; eres indigno de juntarte a los pobres santos. Comenzaste por la carne: ruinoso fundamento preparaste para la fábrica espiritual.* Volvió aquel hombre carnal a los suyos y les reclamó su hacienda, que no había querido entregar a los pobres, y olvidó pronto sus deseos de perfección.

Al presente, tal miserable reparto engaña a muchos, porque buscan la vida eterna con un comienzo temporal. Nadie, en efecto, se consagra a Dios con el fin de enriquecer a sus parientes, sino para que, redimidos los pecados con el precio de la caridad, alcance la vida con el fruto de la buena obra. Por esto enseñó también muchas veces que si los religiosos se vieren en necesidad, era preferible recurrir a los extraños, que no a los que ingresaban en la Orden; en primer lugar, para dar buen ejemplo, y, en segundo, para evitar toda apariencia de torpe lucro.

§ L.—Visión referente a la pobreza

82. Agradable será recordar aquí una visión que tuvo el Santo. Cierta noche, terminada ya la larga oración, quedóse poco a poco dormido. Su santa alma fué introducida en el santuario de Dios, y en sueños vió, en compañía de otras muchas, una gran señora, vestida de la siguiente manera: su cabeza parecía de oro; sus pechos y brazos, de plata; el vientre, de cristal, y lo restante, de hierro; su estatura era alta; el talle, esbelto; la proporción, armoniosa. Mas la señora ocultaba sus delicadas formas con asqueroso manto. Al levantarse por la mañana, el bienaventurado Padre refirió la visión al santo hombre fray Pacífico, pero sin desentrañar el significado. De muy distintas maneras la han interpretado varios, mas yo creo que no será fuera del caso referir la que dió el mentado fray Pacífico, a quien se la sugirió el mismo Espíritu Santo, apenas escuchó el relato. «Esta gran señora —dijo— de egregias formas, representa el alma de San Francisco. La cabeza de oro significa su contemplación y su conocimiento de las verdades eternas; el pecho y los brazos de plata son las palabras de Dios meditadas en el corazón y llevadas a la práctica; la transparencia del cristal figura la sobriedad y hermosura de la castidad; el hierro significa la firme perseverancia, y el raquítico y sucio manto, el despreciable cuerpecillo en que aquella preciosísima alma estaba envuelta.» Sin embargo, muchos otros, poseedores del Espíritu de Dios, interpretan y dicen que dicha señora, cual esposa del Santo, es la pobreza. El premio de la gloria, explican, la hizo de oro; la voz de la fama, de plata; una sola profesión sin manchas de dentro y de fuera, cristalina, y la final perseverancia, de hierro. Y el manto asqueroso de tan excelsa señora creyeron ser la falsa reputación de los hombres carnales. Muchos aplicaban este oráculo a la Religión, según su sucesión de los tiempos, a estilo de la interpretación de Daniel. Pero lo más probable

es que significara alguna cosa tocante al santo Padre, quien, para evitar todo peligro de vanagloria, no quiso nunca autorizar su interpretación. Sin duda, si ella hiciera referencia a la Orden, no la hubiera pasado en silencio.

CAPÍTULO VI

Compasión de San Francisco hacia los pobres

§ LI.—Su compasión con los pobres y cómo envidiaba a los más miserables

83. ¿Quién podrá explicar el exceso de compasión que este bienaventurado sentía hacia los pobres? Era en él natural la misericordia, que le duplicaba la piedad infundida de lo alto. El ánimo de Francisco conmovíase a la vista de los pobres, y a los que no podía atender con socorros, demostrábales sincero afecto. Cualquiera mal, cualquiera miseria que notase en alguno, recordábale al instante y volvíale el pensamiento a Cristo. De esta suerte, en cada uno de los pobres consideraba al Hijo de la pobre Señora: llevaba él desnudo en el corazón al que Ella desnudo llevaba en sus brazos. Más aún: el que había arrojado de su alma toda envidia, sentía, no obstante, celos de la pobreza. Cuando le salía al encuentro otro más pobre que él, experimentaba tristeza, porque temía ser superado y vencido por otro en la pobreza.

84. Cierto día de los que el siervo de Dios dedicaba a la predicacion por los pueblos salióle al encuentro un pobre en el camino. Notó su desnudez, y volvióse al compañero, y con ánimo compungido le dijo: *La miseria de este hombre nos debe avergonzar, pues ella acusa nuestra escasa pobreza.* A ello respondió el compañero: «¿Por qué, hermano?» El Santo, con los ojos bañados en lágrimas, repuso: *Hete aquí que yo escogí la pobreza por mi Señora y por toda mi riqueza, y ella se complace más en éste. ¿Ignoras acaso que ya por todo el mundo corrió la fama de que nosotros nos hacíamos los más pobres y mendigos por amor de Cristo?... Que sea de otra suerte, este pobre lo testifica.* ¡Oh envidiable envidia! ¡Oh emulación digna de ser imitada por sus hijos! No es ésta como aquélla, que se aflige por los bienes ajenos; no es aquella que pretende oscurecer los rayos del sol; aquella que se opone a la piedad, aquella que se baña

en sangre. ¿Te figuras que la pobreza evangélica nada tiene que pueda causar envidia? Tiene a Cristo, y por El, todo en todas las cosas. ¿Por qué intereses suspiras, clérigo del día? Mañana verás que Francisco fué rico de verdad; en cambio, no hallarás en tus manos más que las ganancias de los tormentos.

§ LII.—Corrige a un religioso que hablaba mal de un pobre

85. Otro día de esta correría apostólica llegó al lugar donde se hospedaba Francisco un pobrecillo y enfermo. Francisco, compadecido de la doble desgracia, tomó ocasión de hablar con su compañero de esta virtud. Como la compasión al paciente se convirtiese en afecto de su corazón, el compañero dijo al Santo: «Hermano, en realidad éste es pobre, pero quizás en toda la comarca no se hallará alguno más rico que él en deseo». Atajóle el Santo al instante, y al confesar aquél su falta, continuó: *Date prisa; despójate de tu túnica y, postrado a los pies del pobre, declara tu culpabilidad. No sólo le pidas perdón, encomiéndate también a sus oraciones.* Obedeció, cumplió la penitencia y volvió. Entonces díjole el Santo: *Cuando veas un pobre, ¡oh hermano!, recuerda que se te propone una imagen de Nuestro Señor y de su Madre, pobre. En los enfermos considera igualmente los males que por nosotros cargó sobre sí.* He ahí cómo Francisco miraba a Jesús como hacecito de mirra, cómo contemplaba siempre la faz de Cristo, cómo no olvidaba jamás al Varón de dolores, cargado de trabajos.

§ LIII.—En Celano entrega el manto a una anciana

86. Sucedió en Celano y en riguroso invierno. Francisco llevaba puesto un paño, doblado en forma de manto, que un amigo particular de los religiosos, llamado Tiburtino, le había regalado. Y, como se hallase en el palacio del Obispo Marsicano, presentóse una mujer anciana pidiéndole limosna. Al instante despoja sus hombros del paño y, aunque no era propiedad suya, lo entrega a la pobre diciéndole: *Ve y hazte un traje, que bien lo necesitas.* Sonríe la anciana maravillada, no sé si de temor o de alegría, y toma la pieza en sus manos. Se aleja rápidamente, y para evitar todo peligro de reclamación lo hace pedazos con unas tijeras. Mas, como no es suficiente la tela para hacerse un vestido

completo, vuelve al Santo, segura de ser atendida, manifestándole cuánto faltaba. Fijó Francisco su mirada en el compañero, quien cubría también sus espaldas con sólo un pedazo de paño, y le dijo: *¿Oyes lo que esta pobrecilla manifiesta? Toleremos el crudo frío por amor de Dios, y entrega a esta pobre mendiga el paño para que complete su vestido.* Como él lo había entregado, diólo igualmente el compañero, y quedaron ambos despojados para vestir a la indigente.

§ XIV.—De otro pobre a quien dió también su manto

87. Otra vez, al volver de Siena, halló en el camino a un pobre, y el Santo habló así al compañero: *Es preciso, hermano, que entreguemos el manto al pobrecillo, pues suyo es. Nosotros lo recibimos prestado, hasta que diéramos con otro más pobre.* El compañero, atendiendo a la necesidad del compasivo Padre y para que no descuidara de sí mismo por auxiliar a otros, se opuso tenazmente. A ello respondió el siervo de Dios: *Yo no quiero ser ladrón; se nos reputaría por robo si no lo entregásemos a quien esté más necesitado.* Cedió aquél y éste entregó su manto.

§ LV.—Lo propio hace con otro pobre

88. Caso parecido sucedió en Celle de Cortona. Usaba el bienaventurado Francisco un manto nuevo, que los religiosos solícitamente habían buscado para él. Llegó un pobre a aquel lugar llorando a su esposa difunta y toda su familia reducida a la miseria. Díjole el Santo: *Te entrego este manto por amor de Dios con esta condición: que a nadie se lo vendas que no te lo pague con creces.* Acudieron al instante los demás religiosos para recobrar el manto e impedir tal donación. Mas el pobre, sintiéndose fuerte con la presencia del santo Padre, defendíalo tenazmente, como cosa propia. Por último, los religiosos compraron el manto, y el pobre, recibido el precio equivalente, se retiró.

§ LVI.—Entrega su manto a cierto pobrecillo para que no odiase a su amo

89. Durante su estancia en Colle, del condado de Perusa, halló San Francisco a cierto pobrecillo, a quien en el siglo había conocido, y le saludó: *Hermano, ¿cómo estás?* El pobre, por toda respuesta, comenzó a barbotar airada-

mente maldiciones contra su amo, a quien acusaba de haberle sustraído todos sus ahorros: «Por la gracia de mi dueño —añadió después—, a quien el omnipotente Dios maldiga, me encuentro mal, muy mal.» Compadecido Francisco, más de aquella pobre alma que de la miseria de aquel cuerpo, toda vez que persistía en su mortal odio, le contestó: *Hermano mío, te suplico que perdones a tu amo por amor de Dios, para que salves tu alma, pues fácil es que él te devuelva cuanto te ha sustraído. Pues de lo contrario te quedarás sin tus cosas, y por añadidura perderás tu alma.* Repuso aquél: «No puedo en manera alguna perdonarle, si primero no me restituye lo que me robó.» El bienaventurado Francisco, que tenía un manto sobre sus espaldas, quitándoselo, insistió: *Mira, te entrego este manto y te ruego, en cambio, que por amor de Dios Nuestro Señor perdones a tu amo.* Enternecido aquél y como obligado por tal piedad, recogido el regalo, sinceramente perdonó las injurias.

§ LVII.—Da a otro pobre un recorte de su túnica

90. Una vez, un pobre le pidió limosna, y como nada tuviera a mano, descosió la fimbria de su propia túnica y la entregó al pobre. Algunas veces hizo lo propio con los paños menores. Tenía entrañas de compasión tan tiernas para con los pobres y con tales afectos se empeñaba en seguir las huellas del pobre Jesús.

§ LVIII.—Hace entregar el primer ejemplar del Nuevo Testamento que hubo en la Orden a una pobre, madre de dos religiosos

91. En cierta ocasión presentóse al Santo la madre de dos religiosos, en súplica confiada de limosna. Compadeciéndose de ella, el siervo de Dios dijo a su Vicario, fray Pedro Cataneo: *¿Podemos entregar a nuestra madre alguna limosna?* Llamaba madre suya y de todos los religiosos a la madre de cualquiera de éstos. Respondióle fray Pedro: «Nada hay en casa que se le pueda dar. Unicamente tenemos —añadió— un ejemplar del Nuevo Testamento, con el cual, a falta de breviario, leemos en los maitines las lecciones.» *Da a nuestra madre* —insistió Francisco— *el ejemplar del Nuevo Testamento, para que lo venda y pueda atender a sus necesidades, pues el santo Evangelio nos aconseja dar limosna al pobre. Creo firmemente que será más provechoso para nosotros dar la limosna que leer.* Entregóse, pues, el libro a la mujer, y he ahí que el primer ejemplar del Nuevo Testamento que hubo en la Orden se destinó a obra tan santa de misericordia.

§ LIX.—Regala su manto a una pobre mujer, enferma de la vista

92. En ocasión en que moraba San Francisco en el palacio del Obispo de Rieti para atender a su enfermedad de la vista, presentóse al médico una pobre mujer de Machilone, que sufría la misma enfermedad en los ojos que el Santo. Francisco en charla familiar con su Guardián, dijo: *Hermano Guardián, es preciso que devolvamos lo que no es nuestro.* A lo que contestó éste: «Devuélvase, Padre, si acaso lo hay entre nosotros.» Repuso el siervo de Dios: *Este manto, que lo hemos recibido prestado de aquella pobre mujer, devuélvasele, porque ella no tiene en su bolsillo dinero para sus gastos.* Respondióle el Guardián: «Hermano, este manto es mío y no nos ha sido regalado por nadie; úsalo cuando tú gustes; mas, si después no quieres, devuélvemelo.» Poco antes el Guardián lo acababa de comprar para atender al cuidado de San Francisco. Insistió aún el Santo: *Hermano Guardián, siempre fuiste atento conmigo; ruégote, pues, que una vez más muestres tu condescendencia.* Contestó aquél: «Haz lo que te plazca, hermano, y cuanto te sugiera el Espíritu.» Llamó después Francisco a un hombre seglar muy devoto, y le dijo: *Toma este manto y doce panes, ve y dile a aquella pobre mujer: «Aquel pobre a quien entregaste el manto te da las gracias por lo prestado; recobra ahora lo tuyo.»* Fué el hombre y habló a la mujer cuanto le había sido ordenado. Creyó que se burlaba de ella, y con rubor respondió: «Déjame en paz con tu manto; ignoro de qué me hablas.» Insistió el buen hombre y se lo dejó en las manos. Pensó la mujer que en tal acción no había engaño. pero con temor de que se reputara robo tal improvisada ganancia, levantóse con disimulo, y, sin cuidar ya más de los ojos, volvió a su casa con el manto.

§ LX.—Visión de las tres mujeres

93. Referiré en pocas palabras una maravilla, dudosa en su interpretación, mas certísima en la realidad. Cuando el Pobre de Cristo, Francisco, iba de Rieti a Siena para atender al remedio de su dañada vista, pasaba por el llano junto a la Rocca di Campiglia, acompañado también de un médi-

co muy adicto a la Orden. Y he ahí que tres mujeres pobrísimas aparecieron junto al camino al paso de San Francisco. Eran de tan idéntica estatura, rostro y edad, que se creyeron ser tres ejemplares de un mismo tipo. Al llegar San Francisco, inclinaron las tres reverentemente sus cabezas y, repetido segunda vez el saludo, le dirigieron la palabra: «Sea bienvenida la Dama Pobreza.» Instantáneamente sintióse poseído el Santo de indecible gozo, porque, al ser saludado, nunca había oído palabras más agradables que las escuchadas en aquella ocasión. Y en la creencia de que realmente se trataba de tres pobrecillas, vuelto al médico que le acompañaba, le insinuó: *Ruégote que por amor de Dios me des algo que pueda yo entregar a estas pobrecillas.* Gustosamente se lo ofreció, y bajó del caballo y dió a cada una algunas monedas. Continuaron después el viaje que llevaban, y vuelta la mirada atrás los religiosos y el médico, en toda la extensión de la planicie no vieron mujer alguna. Grandemente admirados, lo creyeron prodigio de Dios, pues no vieron aquellas mujeres, que habían desaparecido más rápidamente que se alejan las aves al volar.

Encuentro de San Francisco con la Dama Pobreza.
(Sassetta.)

CAPÍTULO VII

Cómo oraba San Francisco

§ LXI.—Tiempo, lugar y fervor con que oraba

94. Aprisionado en el cuerpo el hombre de Dios, como lejos del Señor, Francisco ponía todo su cuidado en fijar su espíritu en el cielo, y, cual si fuera ya conciudadano de los ángeles, separábale de ellos sólo la débil cárcel de la carne. Con toda su alma ansiaba a Cristo y a El únicamente entregaba su corazón y su cuerpo. De las sublimidades de su oración pocas cosas referiremos en comparación de lo que presenciamos, y en la medida que es posible explicar para edificación de los venideros. Empleaba todo el tiempo en santo recogimiento, para afirmar en su corazón la verdadera sabiduría, temeroso de retroceder si no aprovechaba sin cesar. Si le distraían visitas de los seglares u otras cualesquiera ocupaciones, cuanto antes le era dado volvía solícitamente al retiro. Acostumbrado como estaba a la dulcedumbre de lo celestial, parecíale insignificante el mundo: las delicias divinas hacíanle insufribles las groseras alegrías humanas. Buscaba siempre lugares retirados en que ofrecer a Dios no sólo su espíritu, sino cada uno de sus miembros. Cuando, en público era visitado por el Señor, para no ser descubierto, ocultábase con el manto. Y si carecía de manto, para no perder el maná escondido, cubría el rostro con las mangas. Siempre respondía algo a los presentes, a fin de que no se dieran cuenta de la visita del Amado; en tanto grado que, absorto en fervorosa oración sobre la cubierta de una nave, muchos no lo notaron. Cuando ni esto le era dado, hacía de su pecho un templo. Entonces la absorción completa en Dios y el olvido de sí mismo ahogaban las exclamaciones y gemidos, los fuertes golpes de pecho y demás señales exteriores.

95. Esto acontecía en casa. Mas, cuando oraba en las selvas y soledades, llenábalas con sus gemidos, derramaba encendidas lágrimas, golpeábase el pecho, y allí, cual si poseyese íntimo secreto, hablaba frecuentemente en alta voz con Dios. Allí respondía al juez, allí rogaba al padre, allí comunicaba con el amigo, allí acariciaba al esposo. Para ofrecer verdaderamente en holocausto cada una de las vibraciones de su corazón, proponía ante sus ojos con varios títulos al que es simplicísimo. Con frecuencia meditaba in-

teriormente sin mover los labios, y, absorbiendo lo exterior, elevaba su espíritu a los cielos. De esta suerte dirigía sus aspiraciones y la intensidad de su oración que le unía al Señor, no como quien ora, sino más bien como quien todo él se derrite en fervor. Pero, ¿quién será capaz de comprender las íntimas suavidades a que estaba acostumbrado? El llegó a comprenderlas, mas a nosotros sólo nos es dado admirarlas. Llegarán a conocerlas cuantos las hayan experimentado, mas no los inexpertos. Así, hervía en fervor espiritual, profería profundas palabras, su mirada, mejor su alma toda, se sentía como derretida al ocultarse en las cosas celestiales. El bienaventurado Padre no dejaba sin aprovechar debidamente ninguna inspiración del Espíritu, pues apenas la recibía aceptábala al instante y gozábase con aquella dulcedumbre a él concedida cuanto tiempo lo permitía el Señor. Mas, cuando se hallaba ocupado en algún asunto o estaba de viaje, apenas comenzaba a sentir los toques de la gracia sensible, gustaba rápido, pero frecuentemente, de aquel regaladísimo maná. Pues en los caminos, dejaba adelantarse a sus compañeros, detenía su paso y, fijos todos sus sentidos en la nueva inspiración y regalo, no recibía inútilmente la gracia divina.

§ LXII.—Rezo devoto del Oficio divino

96. Rezaba las Horas canónicas con no menos respeto que devoción. Ni siquiera cuando sufría las graves enfermedades de la vista, del estómago, del bazo y del hígado quería durante el rezo apoyarse, sino que recitaba las Horas puesto de pie y sin el capucho, sin volver los ojos de una parte a otra, sin permitirse omisión alguna. Siempre que iba de viaje a pie, retenía el paso para dicho rezo; si iba montado, descabalgaba. Por cierto que un día, al volver de la ciudad de Roma, mientras llovía a torrentes, se apeó del caballo para recitar el divino Oficio y permaneció en el mismo sitio hasta terminarlo, quedando absolutamente empapado de la lluvia. Porque decía algunas veces: *Si el cuerpo está quieto para tomar el alimento, que juntos se han de convertir en pasto de gusanos, ¿con cuánta quietud y paz deberá también el alma tomar su alimento, que es Dios?*

§ LXIII.—Fuga de las distracciones durante la oración

97. Creía faltar gravemente si, entregado a la oración, se distraía en vanas imaginaciones. Cuando algo de esto le acontecía, no cesaba de acusarse hasta que con rigor lo había

expiado. Era tan solícito en guardar este cuidado, que rarísimas veces se dejaba arrastrar de tales importunidades. Durante una Cuaresma trabajaba un vaso, para estar siempre provechosamente ocupado. Mas cierto día, mientras recitaba Tercia con devoción, distrajo por casualidad su mirada en el vaso, y reconoció que el hombre interior había disminuído en el fervor. Dolióse de haber interrumpido el habla del corazón para los oídos divinos, y, acabada Tercia, dijo a los religiosos que se hallaban presentes: *¡Ay de mí, que una obra de barro me pudo tanto, que me arrastró el espíritu! La sacrificaré al Señor, cuyo sacrificio me impidió.* Dicho lo cual, recogió el vaso y lo arrojó al fuego. *Avergoncémonos* —añadió— *de entretener semejantes distracciones en el tiempo en que hablamos con el gran Rey.*

§ LXIV.—Extasis

98. Sentíase con frecuencia cautivado por tal dulcedumbre en la contemplación que, arrebatado fuera de sí, a nadie podía revelar lo que sentía, pues era superior a cuanto el humano sentido puede experimentar. Un solo dato nos bastará para darnos a conocer con cuánta frecuencia se le veía absorto en celestiales arrobamientos. Montaba una vez en pobre jumentillo con ocasión de pasar por Borgo San Sepolcro. Y como se propusiese descansar en una leprosería, llegó a noticia de muchos su paso. Fueron a su encuentro hombres y mujeres de todas partes, para verle y con piadosa devoción llegarse junto a él y tocarle. Mas ¿qué sucedió? Le tocan y empujan, cortan una y otra vez partecillas de su túnica. El santo varón permaneció insensible y, cual si su cuerpo fuese cadáver inmoble, de nada se dió cuenta. Llegan al lugar y descabalga, y cuando al siguiente día, pasado ya no poco de Borgo, volvió en sí, el contemplador de lo celestial pregunta con interés cuándo acabarán de llegar a Borgo.

§ LXV.—Cuál se mostraba Francisco después de la oración

99. Cuando volvía Francisco de sus privadas oraciones, durante las que se hallaba como trocado en otro hombre, procuraba con cuidado conformarse a los demás, no fuese que, al aparecer como sobrehumano, perdiera con el aura del favor lo que acabara de ganar. Muchas veces dirigió a sus compañeros palabras como las siguientes: *Cuando el*

siervo de Dios recibe la visita del Señor durante la oración, con algún especial consuelo, antes de abandonar la oración debe levantar los ojos al cielo y con las manos juntas decir a Dios: «Este consuelo y dulcedumbre con que acabas de regalarme desde el cielo a mí, pecador e indigno, yo te lo devuelvo, Señor, para que me lo guardes, pues yo no soy más que un ladrón de tu tesoro.» Y otras veces: *Señor, despójame en esta vida de tu bien, para que me lo entregues de nuevo en la otra. Así* —decía— *debe comportarse para que al abandonar la oración se manifieste a los demás tan pobre y pecador cual si no hubiera sido favorecido con alegría alguna. Porque* —añadía— *puede muy bien suceder que por una pequeña recompensa se pierda cosa de inestimable precio, y que se fuerce a Aquel que la ha concedido a que no la ofrezca otra vez.* Por último, era, por costumbre, tan cauto y silencioso al levantarse de la oración, que ninguno de sus compañeros notaba si iba a la oración o si la dejaba. Por la noche, no obstante, cuando se retiraba a descansar, hacía deliberadamente ruido para que creyeran que se entregaba al descanso.

§ LXVI.—El Obispo de Asís perdió el habla al ver a Francisco en oración

100. Hallábase San Francisco en la Porciúncula, y fué a visitarle familiarmente, según acostumbraba, el Obispo de Asís. Este, apenas entró en el convento, se acercó atrevidamente y sin ser llamado, a la celda del Santo, y dió un golpecito a la puerta y avanzó para entrar. Mas he ahí que al asomar la cabeza vió al Santo que estaba en oración, y al instante le acometió tal temor que, temblándole todos los miembros, llegó a perder el habla. Al propio tiempo, por permisión de Dios sintió como que una fuerza exterior le repeliese hacia fuera y empujándole le arrojaba lejos. Pienso o que el visitante debía ser indigno de contemplar aquel misterio, o que Francisco era muy merecedor de poseer cuanto gozaba. Aterrado el Obispo, volvióse a los religiosos, y, al confesar su culpa, con la primera palabra recobró el habla.

§ LXVII.—Un Abad experimenta la eficacia de la oración de nuestro Santo

101. Otra vez, el Abad del monasterio de San Justo, del obispado de Perusa, se encontró con el bienaventurado Francisco. Al instante bajó éste de su jumentillo, y habló

breves palabras con el Abad acerca de su alma. Por último, al despedirse pidióle éste con toda humildad que rogara por él. A lo que respondió Francisco: *Así lo haré con mucho gusto.* Alejado el Abad un tanto de San Francisco dijo éste a su compañero: *Aguarda, hermano, porque quiero cumplir con la obligación que me he impuesto.* Pues era costumbre de nuestro Santo no descuidar en modo alguno la oración que se le pedía, sino que, por el contrario, procuraba lo antes posible cumplir lo prometido. Mientras el Santo suplicaba a Dios, súbitamente el Abad experimentó en su espíritu un calor tan inusitado y una dulcedumbre tan nunca sentida que, del todo arrobado, parecía como que todo él iba a derretirse. Corto rato duró, y vuelto en sí reconoció la eficacia de la oración de San Francisco. Desde entonces sintió mayor afecto hacia la Orden y refirió a muchos el hecho como milagroso. Entre los siervos de Dios, éstos deben ser los mutuos regalos; esta comunicación ha de haber entre ellos, en razón de dado y recibido. Aquel santo amor, que por esto se llama predilección, debe contentarse con el fruto de la oración; la verdadera caridad en nada aprecia los regalos de la tierra. Auxiliar y ser auxiliado en el espiritual combate, encomendar y ser encomendado ante el tribunal de Cristo, creo ser lo más propio del amor santo. Mas ¿cuánto habremos de suponer se elevaría el Santo durante la oración, cuando por sus méritos vemos que de tal modo pudo elevar a otro?

CAPÍTULO VIII

Inteligencia que el Santo tenía de las Sagradas Letras y eficacia de sus palabras

§ LXVIII

102. Aunque el hombre sencillo, Francisco, no había estudiado ciencias, con todo, dotado de la sabiduría que viene de Dios e ilustrado con las luces de la claridad eterna. entendía no poco la Sagrada Escritura. Comprendía, pues, en el genuino sentido las interioridades de los misterios, y donde no penetraba la ciencia del maestro, llegaba el afecto del amante. De vez en cuando leía en los Libros sagrados, y lo que penetraba una vez en su espíritu quedaba indefectiblemente impreso en el corazón. Servíale de libro la memoria, porque no oía inútilmente una lectura. pues la rumiaba con de-

voción continua. Afirmaba ser éste el modo de leer y aprender con mayor provecho, que no devorar millares de tratados. Tenía por muy acertado al filósofo que nada anteponía al deseo de la vida eterna. Afirmaba también que el conocimiento de sí mismo debe conducir fácilmente al conocimiento de Dios en aquel que, al estudiar las Escrituras, investiga con humildad y no presuntuosamente. Resolvía muchas veces las dudas en algunas cuestiones, y, sin hacer gala de discurso, explicaba muy bien el sentido y la aplicación.

§ LXIX.—Texto profético que interpretó a ruegos de un fraile dominico

103. Estaba el Santo en Siena y fué allí un religioso de la Orden de Predicadores, hombre espiritual y docto en Sagrada Teología. Hizo visita al bienaventurado Francisco, y uno y otro, el sabio y el Santo, se recrearon por largo rato en dulcísima conversación de Dios. Preguntó al fin dicho maestro sobre el texto de Ezequiel: «Si no arguyeres al impío su impiedad, exigiré su alma de tu mano.» Y añadió luego: «Yo mismo, mi buen Padre, conozco a muchos que sé están en pecado mortal, y no siempre les reprendo su impiedad. ¿Acaso de la perdición de tales almas se me pedirá cuenta a mí?» Como se excusase el bienaventurado Padre de responder sobre la sentencia de la Sagrada Escritura, llamándose idiota y que más debía ser enseñado que no enseñar, atajóle el humilde maestro diciendo: «Hermano, aunque de muchos sabios he oído la exposición de este pasaje, no obstante escucharía con gusto tu parecer sobre el mismo.» Contestó Francisco: *Si el texto debe entenderse en sentido general, yo lo entiendo así: que el siervo de Dios debe brillar por la vida y santidad de tal modo, que con la luz del ejemplo y con la elocuencia de la conversación arguya siempre a los impíos. De este modo el esplendor de la vida y el buen olor de la fama acusarán a todos la iniquidad de los mismos.* Retiróse aquel sabio altamente edificado, y dijo a los compañeros del Santo: «Hermanos míos, la teología de este hombre, adquirida en la pureza y contemplación, se remonta cual águila real; mas, nuestra ciencia se arrastra penosamente por la tierra.»

§ LXX.—Respuesta que dió a las preguntas de un cardenal

104. En otra ocasión, en Roma y en casa de un cardenal, se le preguntó sobre lugares intrincadísimos, y contestó con tal precisión y claridad que pudiera creerse que continuamente estaba entregado al estudio de las Sagradas Escrituras. Díjole el señor cardenal: «Yo no te pregunto como si fueras un sabio, sino como hombre que está poseído del espíritu de Dios, y acepto tus respuestas, porque sé que todo tu conocimiento viene de Dios.»

§ LXXI.—Manifiesta su sabiduría a un religioso que le exhortaba a leer

105. En ocasión que el Santo se hallaba enfermo y abrumado de sufrimientos, le dijo su compañero: «Padre, siempre que te refugiaste en los Libros santos siempre sirvieron de remedio a tus males. Ruego te hagas leer algún pasaje de los profetas; acaso tu espíritu se alegrará en el Señor.» A lo que repuso: *Buena cosa es leer los testimonios de la Sagrada Escritura, bueno es buscar en ellos a Nuestro Señor Dios; mas yo ya he aprendido tanto de los mismos, que tengo más que suficiente para meditar y discurrir. Ya no necesito más, hijo mío: conozco a Cristo pobre y crucificado.*

§ LXXII.—Visión de fray Pacífico: dos relucientes espadas salían de la boca del Santo

106. Vivía en la Marca de Ancona un seglar que, olvidado de sí mismo e ignorante de Dios, se había entregado desatinadamente a la vanidad. Se le conocía por el «rey de los versos», porque era el príncipe entre los que entonaban trovas amorosas y autor de canciones profanas. Para decirlo en pocas palabras: hasta tal grado la gloria mundana había elevado al hombre, que había sido coronado pomposamente por manos del Emperador. Como al caminar de esta suerte entre espesas tinieblas, fuera esclavizado por la iniquidad con los apretados lazos de la vanagloria, movida a misericordia la piedad divina quiso compadecerse del miserable, a fin de que no pereciese quien estaba ya abandonado. Por voluntad divina encontráronse ambos, San Francisco y el poeta, en cierto monasterio de pobres reclusas. El bienaven-

turado Padre había ido a visitar a sus hijas, en compañía de sus religiosos, y para entrevistarse con una parienta suya había llegado el poeta, con muchos de sus admiradores. El dedo de Dios dejóse sentir sobre él, pues vió con sus ojos corporales a San Francisco señalado con dos espadas resplandecientes, atravesadas en forma de cruz, de las cuales una se extendía de la cabeza a los pies; la otra, de mano a mano en sentido transversal, pasando por el pecho. No había visto todavía a San Francisco; pero descrito de manera tan milagrosa, al instante le reconoció. Súbitamente impresionado por su presencia, comenzó a reflexionar y hasta a hacer buenos propósitos para más adelante. El bienaventurado Padre predicó primero a todos en general, mas luego dirigió las saetas de la palabra de Dios a aquel hombre, en particular. En lugar apartado comenzó a hablarle con toda sencillez y dulcedumbre sobre la vanidad del siglo y el desprecio del mundo, y después conmovió su corazón manifestándole los juicios de Dios. Respondió el poeta al instante: «¿Para qué has de emplear más palabras? Pasemos a los hechos. Arráncame de entre los hombres y restitúyeme al celestial Emperador.» Al día siguiente el Santo le vistió el hábito y, vuelto a la verdadera paz de Dios, llamóle fray Pacífico. Esta conversión fué tanto más edificante para muchos, cuanto mayor había sido el número de sus vanos admiradores. Gozoso en la compañía del bienaventurado Padre, fray Pacífico gustó tan arrobadores sentimientos cuales jamás experimentara. Tuvo la dicha de ver repetidas veces lo que a otros se velaba. Vió al poco tiempo una gran señal en forma de *T* (tau) sobre la frente de San Francisco, iluminada y de diversos colores, sobrepujando a la hermosura y variedad de tintas del pavo real.

§ LXXIII.—Eficacia de sus palabras y testimonio de un sabio médico sobre el particular

107. Aunque el evangélico Francisco predicaba con palabras comunes y rudas al pueblo, pues no ignoraba ser más necesarias las virtudes que las palabras, no obstante, a los espirituales y letrados dirigía sermones más vibrantes y profundos. En pocas palabras explicaba lo que era inefable, acompañando movimientos y señales llenos de fuego, y remontaba a los oyentes a las cosas del cielo. No usaba las sutilezas de las distinciones, pues no predicaba de lo que no entendía. La verdadera sabiduría y moción de Cristo era la que daba fuerza a sus palabras de virtud. Dijo una vez cierto médico, hombre docto y elocuente: «Si escucho las predicaciones de

otros, recuerdo al pie de la letra las palabras; sólo se me escapan las que San Francisco pronuncia, y si conservo algunas en la memoria, me parecen no ser las mismas que pronunciaron sus labios.»

§ LXXIV.—En virtud de su palabra, fray Silvestre ahuyentó a los demonios

108. No sólo eran eficaces las palabras de Francisco cuando salían de sus labios, sino que, aun pronunciadas por otros, no carecían de fuerza. En cierta ocasión llegó a la ciudad de Arezzo, devorada toda por lucha intestina, que amenazaba próxima catástrofe. Cobijado el hombre de Dios en una choza de las afueras de la ciudad, vió sobre el circuito de la misma a los demonios, que daban muestras de gran contento mientras azuzaban a sus habitantes a la lucha de unos contra otros. Llamó entonces por su nombre a fray Silvestre, hombre de Dios de admirable sencillez, y le ordenó lo siguiente: *Llégate a la puerta de la ciudad y de parte de Dios omnipotente manda a los demonios que al instante abandonen la ciudad.* Apresuróse la piadosa sencillez a cumplir la obediencia, y alabando la presencia de Dios, grita fuertemente ante la puerta: «De parte de Dios, y por mandato de nuestro Padre Francisco, marchaos, demonios todos, lejos de aquí.» Poco después pacificóse la ciudad y con gran tolerancia guardáronse mutuamente los derechos de ciudadanía. Predicándoles después el bienaventurado Francisco, al comienzo de su sermón les habló así: *Dirijo la palabra a vosotros, no ha mucho cautivos del diablo y presos de los demonios, pero a quienes veo al presente libres de los mismos, por las súplicas de cierto pobrecillo.*

§ LXXV.—Conversión de fray Silvestre, y una visión del mismo

109. Creo no desmerecerá el que junte a los citados el caso de la conversión de fray Silvestre, y la manera de que se sirvió el Espíritu para hacerle ingresar en la Orden. Silvestre había sido sacerdote seglar en la ciudad de Asís, y el siervo de Dios le había comprado en otro tiempo piedras para reparar la iglesia. Cuando vió cómo, por aquel entonces, fray Bernardo, que fué la primera flor plantada en el jardín de la Orden de Menores, había renunciado en absoluto a sus cosas y dado su precio a los pobres, excitado de insaciable avaricia, quejóse ante el hombre de Dios de que no le había satisfecho cabalmente en lo que valían las piedras tiempo atrás

vendidas. Sonrío lastimosamente Francisco al ver el corazón del sacerdote, obcecado por el veneno de la avaricia. Quiso entonces saciar enteramente su sórdido ardor, y le llenó las manos de dinero, sin contar siquiera cuánto le entregaba. Alegróse en extremo el sacerdote Silvestre por lo recibido, si bien quedó más admirado de la liberalidad del donante. Vuelto a su casa, recordaba con insistencia el hecho y comenzó a acusarse con feliz decisión de que, ya entrado en años, amase todavía el mundo, y, en cambio, veía a aquel joven despreciador con tesón de todos los bienes. Con esto, penetrado del buen ejemplo, abrióle Cristo las entrañas de su misericordia. Mostróle en visión de cuánto merecimiento eran las obras de Francisco, cuán agradables a su presencia y cuán magníficamente llenaban toda la tierra. Vió también en sueños una cruz de oro que salía de la boca de Francisco, cuya extremidad tocaba los cielos y cuyos brazos, extendidos en forma de cruz, abarcaban la redondez de la tierra. Compungido el sacerdote con la visión, sacude toda condenable tardanza, abandona el mundo y se convierte en perfecto imitador del santo hombre de Dios. Ingresó en la Orden bajo auspicios perfectos, y con la gracia de Cristo terminó su carrera perfectísimamente. ¿Será, pues, de admirar que Francisco se le apareciese crucificado, si siempre permaneció en la cruz? Si radica la sacrosanta cruz en el interior, ¿qué mucho, si de abonada tierra se recogen flores, hojas y frutos vistosísimos? No otra cosa podía producirse en tierra ocupada toda ella desde su principio por aquella cruz admirable. Pero volvamos a nuestro relato.

§ LXXVI.—Un religioso es librado de las acometidas del demonio

110. Por tentación del espíritu, que es más sutil y perniciosa que los incentivos de la carne, sentíase atormentado largo tiempo un pobre religioso. Fuése, por último, a visitar a San Francisco y se arrojó humildemente a sus pies; mas, inundado de amarguísimas lágrimas e impedido por agudos sollozos, nada podía hablar. Movióse a compasión el Santo, y, al ver que se hallaba atormentado con malignas sugestiones, dijo: *Os mando, demonios, por virtud de Dios, que en adelante no atormentéis más a mi hermano como hasta el presente hicisteis.* Instantáneamente, libre el religioso de tan molestos vejámenes, se levantó y no experimentó en adelante tentación alguna, cual si jamás la hubiese sufrido.

§ LXXVII.—Castigo de una cerda que devoró a un corderillo

111. En otras partes brilló la eficacia de la palabra del Santo, aun entre los animales. Sólo citaré, de entre muchos, un ejemplo que a mano tengo. Hospedado una noche el siervo del Excelso en el monasterio de San Verecundo, del obispado de Gubio, una oveja parió un corderillo aquella misma noche. Había por allí una cerda de instintos crueles, que mató al inocente de un feroz mordisco. Por la mañana, al levantarse los moradores, encontraron al corderillo muerto, y comprendieron al instante que la cerda era la autora de aquella fechoría. Oído esto, movióse a mayor terneza el piadoso Padre, y teniendo en la memoria al otro celestial Cordero, lamentaba en presencia de todos la muerte del corderillo que tenía a su vista, con estas palabras: *¡Ay corderillo hermano, animal inocente, que siempre sirves de utilísimo símbolo a los hombres Sea maldita la cruel que te dio muerte, y nadie, hombre ni bestia, coma su carne.* ¡Caso admirable! Al instante enfermó la maldecida, y, sufriendo por tres días gravísimos dolores, murió, al fin, en pena de la muerte dada. Fué arrojada detrás de la empalizada del monasterio, donde por mucho tiempo estuvo expuesta, hasta quedar en forma de leño seco, sin servir de pasto a ningún hambriento.

CAPÍTULO IX

Contra la familiaridad de las mujeres

§ LXXVIII.—Se ha de huir la familiaridad de las mujeres. Cómo debe hablarse con ellas

112. Aconsejaba el Santo se huyera en absoluto la venenosa miel, es decir, la familiaridad de las mujeres, que llegan a engañar aun a los hombres santos. Temía que por semejante aproximación se quebrase pronto lo frágil, y que el mismo espíritu robusto perdiese sus fuerzas. Afirmó que el que conversaba con ellas, a no ser discretísimo, difícilmente evitaría el contagio, porque según la frase de las Escrituras, es como caminar sobre el fuego y no quemarse las plantas.

Mas para enseñar con la obra, él mismo daba ejemplo de toda virtud. Pues le era tan molesta la presencia de la mujer, que no podía considerarse tal aversión como ejemplo o cau-

Santa Clara y Santa Isabel de Hungría. (Atribuido a Simone Martini.)

tela, sino más bien temor u horror. Cuando la importuna locuacidad de las mismas no le permitía en la conversación usar palabras breves y humildes, vuelto el rostro imponía

silencio. No pocas veces, con los ojos fijos en el cielo, parecía extraer de allí cuanto a las curiosas respondía en la tierra. Con aquellas, en cambio, a quienes la divina sabiduría había favorecido con deseos de altísima perfección, entablaba admirables, pero breves pláticas. Cuando hablaba con alguna mujer respondía en alta voz, de modo que todos pudieran entender de qué platicaban. Dijo una vez a su compañero: *Confiésote la verdad, carísimo; de ninguna mujer podría reconocer la fisonomía si la mirase, sino sólo de dos. De tal y tal reconocería el rostro y de ninguna otra.* Muy bien, ¡oh Padre!, porque el rostro de ninguna de ellas santifica a nadie; muy bien. añadiré, porque de ellas nada de luz puede reportarse y sí ciertamente mucho tiempo perdido. Ellas sólo sirven de estorbo a quienes desean emprender un camino de rigor y contemplar una faz llena de verdad. de gracia y de hermosura.

§ LXXIX.—Sentencia contra el mirar a las mujeres

113. Acostumbraba a hablar de los ojos demasiado libres con este enigma: *Un poderoso rey envió sucesivamente dos emisarios a la reina. Vuelve el primero, y sólo pronuncia las palabras indispensables respecto al desempeño de su comisión. Los ojos del sabio se fijaron sólo en el asunto y no se derramaron por otra parte. Volvió el segundo, y después de pocas palabras relacionadas con el encargo, comenzó a elogiar y tejer una historia de la hermosura de la señora. «En verdad. señor, vi una mujer hermosísima. Dichoso quien puede gozarla.» A ello respondió el rey: «Siervo malvado, ¿en mi esposa tuviste el atrevimiento de fijar tu impúdica mirada? Fácil es adivinar que querrías tomar una cosa que tan sutilmente inspeccionabas.» Hace comparecer entonces al primer enviado y le pregunta: «¿Qué te ha parecido de la reina?» Respondió: «Muy bien, porque escuchó en silencio y contestó con sagacidad.» Repuso el rey: « ¿Nada tiene ella de hermosa?» «A ti. mi señor, atañe mirar esto; yo sólo debía pronunciar palabras.» El rey pronunció su sentencia: «Tú, casto en los ojos y más casto en el cuerpo, permanece en mi servicio, mas a ese otro, arrójesele de la casa, no sea que deshonre el tálamo.»* Proseguía entonces el bienaventurado Padre: *Cuando hay excesiva seguridad, se prevave uno menos del enemigo. El diablo, si puede llegar a coger al hombre por un cabello. hace que éste se convierta en maroma. Si durante muchos años no puede hacer caer al que tienta, no le molesta la tardanza, si logra que al fin caiga. Pues éste es su oficio. y ni de noche ni de día se ocupa en otra cosa.*

§ LXXX.—Ejemplo del Santo contra la excesiva familiaridad

114. Aconteció una vez que, dirigiéndose el bienaventurado Padre a Bevagna, por debilidad no pudo llegar al pueblo. El compañero, enviado un aviso a cierta espiritual señora, pidió humildemente pan y vino para el Santo. Ella, apenas oído el aviso, en compañía de una hija, virgen consagrada a la piedad, fué donde se encontraba Francisco, con todo lo necesario. Reforzado un tanto el Santo, volvióse a su vez a la madre y a la hija, y las animó con la palabra de Dios. Habiéndoles predicado, a ninguna de las dos miró a la cara. Alejadas del lugar, dijo el compañero al Santo: «¿Por qué, hermano, no has mirado siquiera a la santa virgen, que con devoción tanta vino a ti?» A lo que respondió: *¿Quién no temerá mirar a la esposa de Cristo? Además, si se predica con los ojos y con la cara, ella pudo mirarme, mas yo no a ella.* Muchas veces, tratando de esta misma materia, afirmaba ser frívola toda conversación con mujeres, exceptuando la confesión o, como se acostumbra, el darles algún breve consejo. Porque decía: *¿Qué negocios deben tratar los frailes Menores con las mujeres, sino cuando lo exige la religiosa solicitud, por la penitencia santa o por un consejo de vida mejor?*

CAPÍTULO X

De las tentaciones que padecía

§ LXXXI.—Tentaciones del Santo y cómo las superaba

115. Al aumentar los merecimientos de San Francisco, crecía también su discordia con la serpiente antigua. Porque cuanto más inusitados eran los carismas, más sutiles eran las tentaciones y más tenaz la guerra que le movía. Aunque Francisco había demostrado muchísimas veces ser hombre batallador y decidido, y que nunca había sucumbido a ningún ataque, esforzábase el demonio en acometer al siempre vencedor. En cierta ocasión sobrevínole al santo Padre una gravísima tentación de espíritu, sin duda para el mayor acrecentamiento de su corona. Angustiábase por ella y se sentía cercado de dolores: afligía y maceraba su cuerpo, oraba y derramaba copiosas lágrimas. Pasó así acometido varios años, hasta tanto que, orando un día en Santa María de la Porciúncula, oyó en su espíritu una voz que le decía: «Francisco, si tienes fe como un grano de mostaza, dirás a esta montaña que se aleje, y se alejará.» A lo que contestó el Santo: *Señor, ¿cuál es la montaña que podría yo trasladar?* Respondió la voz: «La montaña es tu tentación.» Entonces Francisco, con lágrimas, repuso: *Hágase en mí, Señor, según tu palabra.* Al instante, desaparecida la tentación, vióse libre de ella y gozó íntima paz.

§ LXXXII.—Le llama el demonio y tienta de lujuria. Cómo le venció el Santo

116. Hallábase Francisco en el retiro de los frailes de Sarciano y el maligno espíritu, que siempre vigila los adelantos de los siervos de Dios, tramó lo siguiente: Viendo que el Santo se santificaba más cada día y que no descuidaba el lucro de hoy por el de ayer, mientras una noche se hallaba en su celda dedicado a la oración, llamóle tres veces por su propio nombre: «Francisco, Francisco, Francisco.» Respondió el Santo: *¿Qué quieres?* —No hay pecador en el mundo al cual, si se convierte, no le perdone el Señor; mas cualquiera que se da muerte a sí mismo con la excesiva penitencia, nunca jamás hallará perdón.—Al momento reconoció el Santo, por divina inspiración, el engaño del demonio, cuyo único fin era forzarle a ser algo más descuidado en sus obligaciones. ¿Qué sucedió? No desistió por esto el maligno espíritu de presentarle nueva batalla. Al comprender que no se le ocultaba el lazo que le tendía, dispuso otro, o sea el incentivo de la carne. Pero resultóle igualmente vano, porque quien desechó la malignidad del espíritu, no podía ser engañado por los halagos de la carne. Acométele el demonio con gravísima tentación de lujuria. Mas el bienaventurado Padre, apenas se apercibe de ello, desnúdase del hábito y empieza a disciplinarse sin piedad, repitiendo: *¡Ea!, hermano asno, de esta suerte te conviene ser tratado y permanecer subordinado a los azotes. El hábito es propio de la Religión, y no es lícito lo que no nos pertenece; si quieres marcharte, márchate.*

117. Pero viendo que a pesar de la cruel disciplina no ahuyentaba la tentación, siendo así que la sangre teñía todos sus miembros, abrió la puertecita que daba al huerto, y de aquella manera, desnudo y chorreando sangre, se revolcó por la nieve. Tomó en seguida nieve con sus manos e hizo

con ella siete bultos como bolas. Y terminadas, se las ofrecía, hablando a su cuerpo: *Esta, que es mayor, es tu esposa; estas cuatro son dos hijos y dos hijas; las dos restantes, una el criado y la otra la criada, que son necesarios para estar bien servido. Apresúrate* —añadía— *a vestirlos a todos, porque están muriendo de frío. Mas, si el múltiple cuidado te molesta, mira de servir al único Señor.* Con esto, confundido el demonio, desapareció, y el Santo volvió a su celda glorificando a Dios. Un religioso espiritual, que entonces se entregaba a la oración, presenció, porque había luna clara, la referida escena. El Santo, por su parte, se afligió mucho de que hubiese quien presenciara lo realizado por él aquella noche, por lo que le ordenó que mientras viviera a nadie descubriese el secreto.

§ LXXXIII.—Libra a cierto religioso de una tentación. Ventajas de las mismas

118. En cierta ocasión un solo religioso se hallaba en compañía del Santo, al cual dijo: «Ruega por mí, compasivo Padre. Con toda certeza creo que prontamente me veré libre de mis tentaciones, si tú te dignas rogar por mí. Porque me encuentro atormentado sobre mis fuerzas y supongo que ello a ti no se te oculta.» Respondióle el santo Padre: *Créeme, hijo mío, que por esto mismo te juzgo muy servidor de Dios, y cuanto más tentado te veo, sábete que me eres más amado.* Y añadió: *En verdad te digo que nadie debe reputarse siervo de Dios hasta tanto que pase por las tentaciones y arideces. La tentación vencida es como un anillo con el cual el Señor desposa consigo el alma de su siervo. Muchos se lisonjean de los merecimientos de muchos años y se felicitan de no haber sufrido tentaciones ningunas. Pero estén advertidos de que su debilidad ha sido tenida en cuenta por Dios, para que, antes de ser atacados, el solo terror no los venciera. Unicamente los perfectos padecen fuertes tentaciones.*

CAPÍTULO XI

Cómo le azotaron los demonios

§ LXXXIV.—Azótanle los demonios. Se debe huir de los palacios

119. Nuestro Santo no sólo se veía afligido por las tentaciones de Satanás, sino que con él había de luchar mano a mano. Invitado en cierta ocasión por el señor León, cardenal de Santa Cruz, para que fuese a pasar algunos días en su compañía, escogió para sí una torre algo apartada, que, dividida por nueve arcadas, formaba pequeñas habitaciones, como celdillas. A la primera noche, cuando el Santo, terminada su larga oración, se disponía a descansar, llegaron a él los demonios y arremetieron contra el hombre de Dios con rudos golpes, azotándole despiadada y cruelísimamente, y le abandonaron al fin, dejándole medio muerto. Al retirarse los malignos espíritus, el Santo, recobrado un tanto el aliento, llamó a su compañero, que dormía bajo la arcada próxima, y le dijo: *Hermano, quiero que permanezcas junto a mí, porque tengo miedo de quedarme solo. No ha mucho me han azotado los demonios.* Temblaba el Santo y le dolían todos los miembros, como quien sufre intensa fiebre.

120. Pasó toda la noche insomne, y Francisco dijo a su compañero: *Los demonios son los azotes de nuestro Dios, el cual los envía para castigar nuestros excesos. Es señal de especial predilección no dejar nada impune a su siervo mientras vive en este mundo. Mas yo no recuerdo al presente culpa alguna que por la misericordia de Dios no haya satisfecho con mi penitencia; ciertamente, como verdadero Padre, se ha portado conmigo, de suerte que al orar o meditar me manifiesta su agrado o su disgusto. Pero podría muy bien ser que Dios permitiese que sus azotes caigan sobre mí, porque no es dar buen ejemplo a los demás el tener yo mi morada en las cortes de los grandes. Mis hermanos, que habitan las pobrecillas casas, al tener noticia de que yo me he hospedado en las de cardenales, sospecharán acaso que estoy nadando en delicias. Por esto, hermano mío, yo creo que será más conveniente que quien ha sido dado para ejemplo huya de los palacios, y, tolerando las privaciones, anime a los que toleran iguales males.* Llegada la mañana siguiente, refirieron al Cardenal todos los pormenores y se des-

pidieron de él. Ténganlo presente los palaciegos y júzguense ellos hijos abortivos arrancados del seno de su madre. No condeno la obediencia, sino la ambición; no reprendo el descanso, sino los placeres; por último, propongo a Francisco por modelo de todas las obediencias. Reprímase, sin embargo, cuanto pueda desagradar a Dios, aunque sea del agrado de los hombres.

§ LXXXV.—Ejemplo a propósito de lo dicho

121. Recuerdo un hecho, que en manera alguna creo debe omitirse. Cierto fraile, notando que varios religiosos habitaban en un palacio, subyugado ignoro por qué sed de vanagloria, deseó juntarse a ellos y ser igualmente palaciego. Cuando más cuidadoso estaba de visitar el palacio, una noche vió en sueños a los predichos religiosos colocados en un lugar separado de los demás y alejados de su trato. Vió también que, tomando todos su alimento de una vasija al servicio de inmundos animales, comían garbanzos envueltos entre inmundicias. Al contemplar esto quedó consternado el religioso, y, levantándose luego, no cuidó ya más de vivir en palacios.

§ LXXXVI.—Tentaciones que le acometieron hallándose en lugar solitario. Visión de un religioso

122. Llegó el Santo una vez con su compañero a una iglesia bastante apartada de poblado, y deseoso de orar a solas, dijo a su compañero: *Me gustaría, hermano, quedarme aquí solo durante la noche. Tú llégate al hospital y mañana a primera hora vuelves a mí.* Tras una oración larga y devotísima, miró dónde podría reclinar su cabeza para tomar descanso. Al instante turbóse su espíritu y comenzó a sentir temor y fastidio y por todo su cuerpo corrió un estremecimiento. Convencióse con absoluta certeza, que las diabólicas sugestiones se dirigían contra él, y que sobre el tejado de la capilla discurrían con estrépito catervas de demonios. Levántase al instante, y sale fuera, hace sobre su frente la señal de la cruz y dice en alta voz: *De parte de Dios omnipotente, os conjuro a vosotros, demonios, que hagáis contra mi cuerpo cuanto os sea permitido de Dios. Lo sufriré gozoso, porque, no teniendo yo mayor enemigo que mi cuerpo, me vengaréis de mi enemigo, pues le daréis vosotros el castigo en lugar mío.* Los que habían acudido para aterrar

su espíritu, viendo en carne enferma un espíritu tan decidido, avergonzados desaparecieron al instante.

123. A la mañana siguiente volvió su compañero, y, al ver al Santo postrado ante el altar, esperó fuera del coro, y entre tanto púsose en oración fervorosa ante la cruz. Arrebatado en éxtasis vió en el cielo un trono, el más elevado y excelso entre innumerables, adornado con piedras preciosas y brillante con sobrenatural gloria. Admirábase al verlo y pensó en su interior para quién podría ser. En esto oyó una voz que dijo: «Este trono perteneció a uno de los que cayeron, y al presente está reservado para Francisco.» Vuelto a poco en sí el religioso, vió a San Francisco que se levantaba de la oración, y postrado después en forma de cruz, hablóle al mismo no como a un hombre que vive en este mundo, sino que reina ya en el cielo, y le suplicó: «Ruega, ¡oh Padre!, por mí, humilde hijo de Dios, para que no caiga en pecado.» El hombre de Dios, extendió su mano, le levantó, reconociendo que algo se le había comunicado en la oración. Lejos luego de allí, preguntó aquel religioso al bienaventurado Francisco: «Padre, ¿qué opinión tienes de ti mismo?» A lo que respondió: *Yo me creo el mayor de los pecadores, porque si a otro cualquiera malvado Dios le hubiera concedido tanta misericordia como a mí, sería doblemente más espiritual que yo.* A esto oyó el religioso en su corazón la voz del Espíritu que decía: «Reconoce que la visión que has tenido es verdadera, porque la humildad elevará al más humilde al trono perdido por la soberbia.»

§ LXXXVII.—Libra a un religioso de tentaciones

124. Un religioso espiritual y antiguo en la Orden era afligido por gran tribulación de la carne, por lo cual parecía hallarse como precipitado en el abismo de la desesperación. Doblábase el sentimiento porque su conciencia, más timorata que discreta, le forzaba a no confesarse de ello. Toda vez que no hay obligación de confesar que se tienen tentaciones, sino sólo si se ha sucumbido a ellas, aunque sea sólo en parte. Mas, al religioso ruborizábale en extremo y se avergonzaba de confesarlo todo al mismo confesor, no siendo en realidad pecado, sino que forzaba su conciencia y declaraba a éste una cosa y a otro lo restante. Cierto día, yendo de viaje con el bienaventurado Francisco, díjole el Santo: *Hermano, te aseguro que de hoy en adelante no habrás de confesar tu tribulación a nadie. Y no quieras temer, que*

cuanto te pasa, y tú no lo consientes, sirve para tu corona, no para tu castigo. Cuantas veces te sientas tentado dirás por orden mía siete padrenuestros. Maravillado el religioso de tan singular penetración, experimentó grandísimo placer, y a poco desapareciole toda tentación.

CAPÍTULO XII

De la verdadera alegría espiritual

§ LXXXVIII.—De la espiritual alegría y su elogio. La tristeza

125. Afirmaba nuestro Santo que la alegría espiritual era un remedio segurísimo contra mil asechanzas y astucias del enemigo. Decía también: *El diablo se alegra en gran manera cuando puede arrebatar la paz de espíritu a algún siervo de Dios. Lleva consigo como unos polvos, que procura esparcir en los pequeños poros de la conciencia por si puede manchar el candor de la mente y la pureza de la vida. Empero* —añadía—, *si la alegría espiritual llena los corazones, en vano esparce su veneno la infernal serpiente. No pueden los demonios dañar al servidor de Cristo cuando le ven rebosando alegría santa. Mas, si el ánimo está lloroso, desconsolado y triste, con facilidad es absorbido por la tristeza o se entrega con demasía a los goces vanos.* Procuraba por esto el Santo que su corazón se solazase en júbilo, conservando la paz del espíritu y la dulcedumbre de la alegría. Evitaba con especialísimo cuidado la perniciosa enfermedad de la tristeza, de tal suerte, que, apenas conocía asomarse ella a su pensamiento, volaba al instante a la oración. Porque decía: *Cuando el siervo de Dios se siente conturbado por alguna cosa, como puede suceder, debe acudir prontamente a la oración y permanecer en presencia del Padre celestial hasta recobrar su saludable alegría. Pues si se entretiene en la tristeza, el habilísimo demonio se siente con fuerzas, tanto que, si no se aleja con lágrimas, engendra en el corazón una pereza continua.*

§ LXXXIX.—Oye una cítara pulsada por los ángeles

126. Durante los días que permanecía en Rieti, por su enfermedad de la vista, llamó a uno de sus compañeros, que en el siglo había sido citarista, y le dijo: *Hermano, los hijos de este mundo no entienden los secretos divinos. La voluptuosidad humana utiliza los instrumentos de música, inventados en otros tiempos para las divinas alabanzas, únicamente para solaz de los oídos. Desearía, pues, hermano, que pidiendo prestada en secreto una cítara, la trajeras aquí, y, entonando una honesta canción, proporcionaras algún descanso al hermano cuerpo, lleno de dolores.* A lo que replicó el religioso: «Me da mucha vergüenza, Padre, pedirla por temor de que sospechen los hombres que yo he sido vencido por esta liviandad.» Repuso el Santo: *Dejémoslo, pues. Es conveniente abstenerse de muchos cosas para no perder el buen nombre.* La noche siguiente, despierto el Santo y abismado en elevadísima contemplación de Dios, resonó repentinamente una cítara de armonía admirable y dulcísima melodía. A nadie se veía, mas las vibraciones de los sonidos indicaban que el citarista paseaba de una parte a otra. Arrobado su espíritu en Dios, gozó tanta dulzura el Santo en tan sublime cantar que se ilusionó hallarse ya en el otro mundo. A la mañana siguiente llamó al citado religioso, y después de referirle detalladamente cuanto le había acontecido, añadió: *El Señor, que consuela a los afligidos, nunca me dejó sin consuelo. He aquí que no pude escuchar la cítara tañida por hombre, y me ha sido dado oír otra sobremanera más suave.*

San Francisco consolado por un ángel.
(Fritz Kunz.)

§ XC.—Entusiasmado el espíritu del Santo, entona cantos en lengua francesa

127. Algunas veces hacía lo siguiente: Cuando percibía en el interior de su espíritu suavísimas melodías, entonaba algún canto en francés, y la vena de la divina inspiración, que repercutía calladamente en sus oídos, la expresaba con

cantares en dicha lengua. Otras veces, según nosotros mismos presenciamos, recogía del suelo un palo y, colocándolo sobre el brazo izquierdo, cogía en la derecha un arco de alambre, lo pasaba sobre el palo como sobre el violín y haciendo los gestos correspondientes, cantaba en francés al Señor. Semejantes acciones acostumbraban terminar en lágrimas, y todo su júbilo se convertía en tristeza por la pasión de Cristo. De aquí que nuestro Santo exhalase continuos suspiros y no interrumpidos sollozos, y olvidado de lo que tenía en la mano, se arrobaba en éxtasis.

§ XCI.—Reprende a un religioso que estaba triste; enséñale la manera de comportarse

128. Vió una vez a un religioso, compañero suyo, con cara triste y de mal humor, y no pudiendo tolerarlo, le dijo: *No conviene a ningún servidor de Dios mostrarse triste o turbado ante los hombres, sino siempre tranquilo. Llora tus pecados secretamente en tu celda y solloza y gime en presencia de Dios. Pero al volver a tus hermanos, depón la tristeza y acomódate a los demás.* Y poco después prosiguió: *Mucho odio me tienen los enemigos de la salvación humana, y siempre se esfuerzan en descargar contra mis compañeros cuanto no pueden desahogar contra mí.* Tan de su agrado era el hombre lleno de espiritual alegría, que en una plática general de uno de los Capítulos hizo escribir la siguiente ordenación: *Tengan cuidado los religiosos en no presentarse exteriormente malhumorados e hipócritas tristes, sino muéstrense gozosos en el Señor, alegres, simpáticos y convenientemente graciosos.*

§ XCII.—Trato que debe darse al cuerpo para que no se queje

129. En cierta circunstancia el Santo pronunció este aviso: *Hase de proveer con discreción al hermano cuerpo, para que no mueva tempestades de mal humor. Para que no le cause tedio velar y permanecer reverentemente en la oración, evítesele la ocasión de quejarse. Pues con causa exclamaría: «Me muero de hambre y no puedo tolerar la carga de tu ejercicio.» Mas, si después de haber tomado la refección suficiente, aun opusiese resistencia, tened presente que entonces, como indolente jumento, necesitaría espuelas, pues el borriquillo perezoso espera el varazo.* Unicamente en esta plática y consejo estuvieron discordes la obra y las palabras del

santísimo Padre. Pues oprimía con azotes y privaciones a su cuerpo, inocente en absoluto, llenándole de llagas sin motivo alguno. Porque el fervor del espíritu en tanto grado había sujetado el cuerpo, que su carne santísima, a ejemplo de su alma, suspiraba con verdadera ansia por reposar en el Señor.

CAPÍTULO XIII

De la falsa alegría

§ XCIII.—Contra la vanagloria y la hipocresía

130. Abrazado Francisco, como hombre espiritual, a la verdadera alegría, evitaba sobremanera caer en la falsa, sabiendo apreciar con sincero afecto lo que aprovecha y huir con vigilancia lo que daña. Procuraba destruir la vanagloria en su raíz, y no admitía ni un solo momento lo que podía ofender los ojos de su amoroso Dios. Muchísimas veces, avergonzado por los continuados elogios, dolíase y gemía y pronto quedaba sumido en tristeza. En tiempo de invierno, como el santo Padre sólo cubriese su extenuado cuerpo con la raída túnica, remendada con viles retazos, su Guardián, que a la vez era su compañero, compró una piel de zorra y la llevó al Santo, diciendo: «Padre, tú sufres enfermedades del bazo y del estómago, por lo cual invoco tu amor al Señor para que no tengas inconveniente en coser esta piel debajo de la túnica. Si no te place colocarla entera, por lo menos permite se haga con lo que baste para resguardar el estómago.» A lo que repuso San Francisco: *Si quieres que debajo de la túnica cosa esto, dame del mismo tamaño otro pedazo que aplique encima de ella, para que cosido en la parte exterior revele a los hombres que por debajo llevo escondida una piel.* El religioso, sin aprobarlo, insta de nuevo, pero nada consigue. Por fin, el Guardián se conforma en que cosa un pedazo sobre el otro, para no parecer uno en el interior y otro en el exterior. ¡Oh, siempre el mismo e idéntico en obras y palabras; el mismo dentro y fuera, igual, superior y súbdito! Tú que siempre te gloriabas en el Señor, en ningún aprecio tenías la gloria externa ni el honor particular. Mas, para no ofender a cuantos usan pieles, perdóneme si he dicho que sobre la piel debe colocarse otra piel, pues sabido es que sólo los despojados de la inocencia necesitaron cubrirse con túnicas de piel.

§ XCIV.—Acúsase el Santo de hipocresía

131. En cierta ocasión, convocó a gran multitud de pueblo para predicarle, en los alrededores del eremitorio de Poggio, cerca de la Navidad del Señor, y comenzó de esta suerte: *Vosotros creéis que soy un hombre santo y por esto venís con devoción. Pues sabedlo: toda la presente cuaresma he tomado alimentos condimentados con grasa.* De este modo frecuentemente consideraba regalo cuanto tomaba por atender a la grave enfermedad.

§ XVC.—Confiesa su vanagloria

132. Llevado algunas veces de su fervor, al sentir algún conato de vanagloria, al instante, ante los presentes, lo publicaba con sus detalles. Una vez, con ocasión de dirigirse a la ciudad de Asís, se le presentó una pobre anciana, pidiéndole limosna. Como no tenía otra cosa que el raído manto, con pronta liberalidad se lo entregó. Al sentir después como un impulso vano de tal hecho, publicó inmediatamente delante de los demás que había tenido vanagloria.

§ XCVI.—Palabras contra los que se alaban a sí mismos

133. Procuraba ocultar los favores de Dios en el secreto de su corazón, y no quería publicarlos para la gloria, a fin de que no fuesen ocasión de ruina. No pocas veces, siendo elogiado de muchísimos, respondía con palabras por este estilo: *Puedo tener todavía hijos e hijas; no queráis alabar al no seguro. No debe alabarse a nadie cuyo fin no esté asegurado. Si alguien recibió algo prestado, puede, quien lo concedió, quitárselo; entonces no le quedará sino el alma y el cuerpo, cosas que también posee el infiel.* Esto decía para los que se alababan a sí mismos. Después hablaba consigo mismo: *Si a un facineroso el Altísimo hubiera concedido tantas gracias, sin duda, Francisco, sería mucho más agradecido que tú.*

§ XCVII.—Otras expresiones sobre lo mismo

134. Repetía también muchas veces a sus religiosos: *Nadie debe vanagloriarse de practicar todo cuanto el pecador podría hacer. El pecador puede ayunar, orar, mortificar su carne. Mas con esto sólo no puede conservarse fiel a su Señor. Sólo en eso hase uno de gloriar: si damos a Dios toda su gloria, si sirviéndole con fidelidad, le devolvemos cuanto El mismo nos da. El mayor enemigo del hombre es la carne. Nada sabe reflexionar para arrepentirse, nada sabe prever para temerlo. Su solicitud es abusar de lo presente. Y lo que es peor todavía, ella pretende usurpar lo que no es suyo y convierte en propia gloria lo que, no a sí, sino a su alma, ha sido dado. Ella solicita alabanzas y honores mundanos por las virtudes, ayunos y oraciones. Sin conceder nada al alma, busca la merced y la paga de las lágrimas.*

CAPÍTULO XIV

Cómo ocultaba las llagas

§ XCVIII

135. No es lícito pasar por alto el cuidado con que disimuló y el interés con que ocultó aquellas señales de Cristo, que aun en los más elevados espíritus causa veneración. Ya desde el primer momento, en que el verdadero amor de Cristo transformara en copia idéntica al amante, con tanta cautela y sigilo ocultó el celestial favor, que aun para los más familiares transcurrió mucho tiempo antes de que llegasen a conocerlo. Mas la divina Providencia no permitió que se ocultara siempre y no llegase a conocimiento de los más caros y perfectos. Tanto más cuanto que el lugar de las mismas en los miembros no permitía que pudiera quedar siempre cubierto. Viendo una vez uno de los religiosos las llagas en sus pies, le dijo: «¿Qué es esto, buen hermano?» A lo que repuso: *Cuídate sólo de lo tuyo.*

136. Otra vez el mismo religioso, que le pidió la túnica para lavarla, viéndola teñida en sangre, díjole al devolverla: «¿De quién es la sangre con que parece estar man-

chada la túnica?» El Santo, poniendo un dedo sobre el ojo, respondió: *Pregunta qué es esto, si no sabes que es el ojo.* Rarísimas veces lavaba las manos por completo, abluyendo sólo los dedos, para que no se denunciara el secreto a los demás. Asimismo apenas lavaba los pies, y lo hacía tan escondida como raramente. Pedida la mano para besársela, alargaba sólo los dedos cuanto bastaba para imprimir en ella el beso; alguna vez alargaba la manga en lugar de la mano. Cubría los pies con medias de lana para que no quedaran al descubierto, colocando sobre las llagas una piel para que mitigara la aspereza de la lana. Mas aunque el santo Padre no pudiera ocultar en absoluto a sus compañeros las llagas de las manos y de los pies, sin embargo tomaba a mal que alguien se detuviera a inspeccionarlas. Por lo que sus propios compañeros, prudentes, al ver que por alguna necesidad debía descubrir las manos o los pies, evitaban las miradas.

§ XCIX.—Un religioso, con ingenioso pretexto, logra verlas

137. Cuando el siervo de Dios moraba en Siena, fué allí un religioso de la provincia de Brescia, el cual deseaba con vehementes ansias poder ver las llagas del santo Padre, y para obtener tal satisfacción pidió a fray Pacífico que interpusiera su valimiento. A lo que éste respondió: «Al retirarnos del convento, yo le pediré las manos para besárselas y, cuando las extienda, te haré señal con los ojos y tú las verás.» Dispuestos ya a la marcha, ambos se presentaron al Santo, y puestos de rodillas, fray Pacífico habló a San Francisco: «Bendícenos, madre cariñosa, y permíteme besar tus manos.» Besa la mano, alargada casi por fuerza, y hace seña al compañero para que mire. Pídele la otra, la besa y la muestra igualmente. Apenas se habían retirado del lugar, sospechó el bienaventurado Padre que hubiera engaño en lo acaecido, y juzgando como culpable la piadosa curiosidad, hizo comparecer al instante a fray Pacífico y le dijo: *Dios te perdone, hermano, porque a veces me proporcionas graves disgustos.* Postróse en el suelo fray Pacífico y con toda humildad pregunta: «¿Qué disgusto te he dado, madre carísima?» Nada respondió el bienaventurado Francisco, terminando en silencio este episodio.

§ C. — Sólo un religioso ve la llaga del costado

138. Si bien el lugar descubierto de los miembros donde se imprimieran las llagas de manos y pies las había hecho del dominio público, no fué así con la llaga del costado, la cual nadie fué digno de contemplar durante su vida, sino uno solo y una sola vez. Cuantas veces se quitaba la túnica para lavarla, con el brazo derecho cubría la llaga del costado. Otras veces, con la mano izquierda puesta sobre el costado abierto, tapaba aquella admirable llaga. Uno de los compañeros, mientras le lavaba, escurrió la mano hasta la llaga, y causó al Santo gravísimo dolor. Otro de los religiosos, deseoso de ver lo que a todos se ocultaba, dijo un día al santo Padre: «¿Te será grato, oh Padre, que lavemos tu túnica?» A lo que respondió el Santo: *Dios te lo retribuya, hermano, pues tengo de ello verdadera necesidad.* Mientras se despojaba de la túnica, el religioso atisbaba con todo empeño, logrando ver la llaga en el costado. Sólo éste, durante la vida del Santo, logró verla; ninguno de los demás, hasta después de la muerte.

§ CI.—Ocultamiento de las virtudes

139. En el grado que este bienaventurado hombre abominaba toda gloria que no fuera la de Cristo así anatematizó los elogios mundanos. Sabía que el precio de la fama disminuye el secreto de la conciencia, y que es mucho más pernicioso abusar de las virtudes que carecer de ellas. No ignoraba que había más virtud en defender lo adquirido que en buscarlo. Por desgracia, a más actos nos impele la vanidad que la caridad: a más el aplauso del mundo que el amor de Cristo. No examinamos nuestros afectos ni ponemos a prueba nuestro espíritu, y cuando la vanagloria nos excita al acto, nos figuramos haber obrado por caridad. Tampoco podemos tolerar la falta de un bien mínimo, si nos sentimos necesitados de él, y durante la vida nos privamos de muchos merecimientos y al final casi perdemos la eternidad. Sufrimos pacientemente no ser buenos; no nos gusta no ser vistos, ni ser creídos, ni padecer. De esta suerte vivimos entre las alabanzas de los hombres, porque no otra cosa somos sino hombres.

CAPÍTULO XV

De la humildad

§ CII.—Humildad de San Francisco en el hábito, en el porte y en las costumbres: contra el propio parecer

140. La humildad es la guarda y adorno de todas las virtudes. Si no se pone como cimiento en la fábrica espiritual, cuando parece que ésta se eleva y crece, da consigo en tierra. Para que nada faltase a un hombre adornado con tantos dones, vióse lleno de esta virtud con fecundidad asombrosa. En su concepto él no era más que un despreciable pecador, siendo el modelo y espejo de toda santidad. Cuidó de cimentarse en la humildad, para poner el fundamento enseñado por Jesucristo. Olvidado de sus progresos en la virtud, únicamente ponía los ojos en sus defectos, convenciéndose de que era mucho más lo que le faltaba que lo que poseía. Su único anhelo cifrábase en adelantar cada día, y, no contento con los esfuerzos primeros, ansiaba adquirir nuevas virtudes. Presentábase humilde en el hábito, más humilde en los sentidos, humildísimo en el concepto de sí propio. Este favorito de Dios no se conocía ser el superior, sino por esta hermosísima perla, pues había llegado a ser el mínimo entre los Menores. Sólo esta virtud, sólo este título, sólo este distintivo indicaba que era el Ministro General. De su boca no salió nunca alabanza alguna, ningún aparato en los gestos, ningún fausto en las acciones. De muchas cosas recibía él conocimiento por revelación; no obstante. ante los demás, anteponía al suyo el parecer de los otros. Creía ser más seguro el consejo de los compañeros, y el del extraño le parecía siempre mejor que el propio. Aseguraba no haber renunciado por Dios todas sus cosas quien retenía aún el depósito del juicio propio. Estimaba en más escuchar el desprecio de sí mismo que no la alabanza, porque aquél le incitaba a la enmienda y ésta más bien le empujaba hacia la caída.

§ CIII.—De su humildad ante el Obispo de Terni y ante un artesano

141. Había predicado en cierta ocasión al pueblo de Terni, y el Obispo del lugar, terminado el sermón, le recomendó a todos los fieles de esta suerte: «Dios ha ilustrado

en nuestro tiempo a su Iglesia por medio de este hombre, pobrecillo y despreciable, simple y sin letras; por lo cual debemos siempre alabar al Señor, teniendo presente que no ha concedido favor igual a otro pueblo.» Oído esto por el Santo, alegróse sobremanera porque el Obispo le había juzgado con palabras tan expresivas y terminantes ser un hombre digno de menosprecio. Y entrando en la iglesia, arrodillóse a los pies del Prelado y le dijo: *Por cierto, señor Obispo, que me has dispensado grande honor, pues no teniendo en cuenta otros lo que es mío, tú sólo lo has recordado debidamente. Digo que has separado lo precioso de lo vil, como varón discreto, tributando a Dios la alabanza y dándome a mí el desprecio.*

142. No sólo se manifestaba humilde el santo hombre de Dios con los superiores en dignidad, sino que estaba más dispuesto a escuchar la corrección y advertencia de los iguales y aun de los inferiores, antes que amonestarles a ellos. De aquí que cierto día, pasando nuestro Santo montado en un jumentillo, pues a causa de su debilidad y enfermedades no podía caminar a pie, junto al campo de un pobre labriego, que allí trabajaba, aquel aldeano, corriendo a su encuentro, con mucho interés le preguntó si acaso él era fray Francisco. Como contestase el hombre de Dios afirmativamente, añadió el labrador: «Pues cuida de ser tan bueno como dicen las gentes que eres, porque muchos hay que confían en ti. Por esto te aviso, para que nunca seas distinto de lo que el mundo cree.» Al oír esta reconvención, Francisco descabalgó del jumentillo, y, puesto de hinojos ante el rústico, labriego, besó humildemente sus pies, dándole gracias porque se había dignado amonestarle. Siendo Francisco de tan célebre fama que por muchos era tenido por santo, reputábase vil ante Dios y ante los hombres, no ensoberbeciéndose por su celebridad, ni por la opinión de santo de que gozaba, ni siquiera por los innumerables y santos religiosos e hijos que le habían sido dados, como principio del galardón, a sus merecimientos.

§ CIV.—Renuncia en un Capítulo su prelacía. Oración

143. Para conservar la virtud de la santa humildad, pasados pocos años de su conversión, renunció ante todos los religiosos, en un Capítulo, el oficio de superior de la Orden. con estas palabras: *Yo ya estoy muerto para vosotros. Aquí tenéis a fray Pedro Catáneo, a quien vosotros todos y yo obedeceremos.* Y postrándose en seguida delante de él, le hizo promesa de respeto y obediencia. Lloraban los religiosos

y el dolor arrancaba hondos suspiros, viéndose huérfanos de tan bondadoso Padre. Levántase San Francisco, con las manos juntas y los ojos fijos en el cielo, e improvisa esta oración: *Señor, te recomiendo esta familia que hasta el presente me estuvo confiada; y ahora por las enfermedades que Tú sabes, dulcísimo Señor, al no poder continuar velando por su cuidado, la recomiendo a los Ministros. En el día del juicio, ante su presencia, pídeles cuenta si por su negligencia o mal ejemplo, y también por demasiado áspera corrección, alguno de los religiosos viniera a perderse.* Así permaneció súbdito hasta la muerte, portándose más humildemente que cualquiera de los demás.

§ CV.—Pide que se disponga de sus compañeros

144. En otra ocasión puso en manos de su Vicario todos sus compañeros, diciendo: *No puedo consentir esta libertad especial, sino que se me den por compañeros para ir de un lugar a otro los religiosos según el Señor inspirare.* Y añadió: *He visto a un ciego que tenía por guía de su camino a una perra.* En esto hacía consistir toda su gloria, en que, relegada toda especie de jactancia y singularidad, se dejara sentir en él la virtud de Cristo.

§ CVI.—Palabras del Santo contra los que ambicionan las prelacías. Descripción del verdadero fraile Menor

145. Al ver que algunos ambicionaban las prelacías, a los cuales, fuera de otras cosas, esta sola ambición hacía ya indignos de ser superiores, afirmaba que los tales no eran frailes Menores, sino que habían perdido esta gloria, olvidados de la vocación a que fueran llamados. A no pocos miserables que llevaban a mal se les removiera de los cargos, porque sólo habían buscado el honor y no la carga, les confundía en muchas ocasiones. Dijo una vez a su compañero: *No me creería yo fraile Menor si no me hallase en el estado que voy a describirte: Siendo yo Prelado de los religiosos, me presento a mi Capítulo, predico y exhorto a los religiosos, y por final se dice contra mí: No nos conviene un hombre sin letras y despreciable; no queremos que seas nuestro superior, porque eres un hombre sin letras, simple y despreciable. Por fin, soy arrojado de allí con oprobio y vilipendiado por todos. Yo te aseguro que si entonces no escucho todas estas palabras con inalterable rostro, con igual alegría espiritual, con el mismo deseo de caminar a la santidad, en manera alguna soy yo verdadero fraile Menor.* Y añadía: *Para las almas de los religiosos hay peligro en las prelacías, precipicio en las alabanzas y ganancia en la humildad. ¿Por qué, pues, buscamos más los peligros que las ganancias, cuando nos hallamos en el tiempo de atesorar?*

§ CVII.—De la sumisión que quería tuviesen los religiosos a los clérigos y por qué

146. Aunque el bienaventurado Santo quería que sus hijos tuviesen paz con todos los hombres, y siempre se mostraran inferiores a todos, sin embargo, enseñó con la palabra y el ejemplo que debían ser más humildes con los clérigos. Porque decía: *Nosotros hemos sido enviados para la salvación de las almas como auxiliares de los clérigos, a fin de que lo que ellos no pueden hacer lo hagamos nosotros. Cada uno recibirá su galardón, no según el honor, sino según el trabajo. Sabed, hermanos —decía también—, que el fruto en las almas es agradabilísimo a Dios y que es más fácil obtenerlo estando en armonía con los clérigos que no en oposición. Y si por acaso ellos impiden el bien de los pueblos, de Dios es el vengarse y darles en el debido tiempo su merecido. Por tanto, estad sumisos a los Prelados, para que por culpa vuestra no haya incidente alguno. Si sois hijos de paz, ganaréis al clero y al pueblo para Dios, lo cual es más aceptable a El mismo que si, escandalizado el clero, ganarais sólo al pueblo. Encubrid, pues, sus flaquezas, suplid las deficiencias, y, practicando estas cosas, sed más humildes.*

§ CVIII.—Respeto que guardó al Obispo de Imola

147. Una vez, al llegar San Francisco a la ciudad de Imola, ciudad de la Romagna, se presentó al Obispo del lugar y le pidió licencia para predicar allí. A lo que objetó el Obispo: «Basta, hermano, que predique yo a mi pueblo.» Inclinó la cabeza San Francisco y con resignación salió fuera. Transcurrida una hora escasa, entró de nuevo. Preguntó el Obispo: «¿Qué quieres, hermano? ¿Qué solicitas esta vez?» Y San Francisco contestó: *Señor, si el padre cierra una puerta a su hijo, éste debe entrar por la otra.* Vencido el Obispo por tanta humildad, con rostro alegre le abrazó y le

dijo: «Tú y todos tus religiosos en adelante podréis predicar con mi general aprobación en todo mi obispado. porque la heroica humildad merece esta recompensa.»

§ CIX.—Su humildad con Santo Domingo y la de éste con él; de su mutua caridad

148. En la ciudad de Roma se encontraron con el señor Ostiense, que después fué Sumo Pontífice, aquellas dos clarísimas lumbreras del orbe, Santo Domingo y San Francisco. Después de platicar entre sí muy melifluas cosas de Dios, díjoles al terminar el Obispo: «En la primitiva Iglesia, los pastores de la misma eran pobres, y los hombres rebosaban de amor y no de concupiscencia. ¿Por qué, pues, no hemos de nombrar de vuestros religiosos Obispos y Prelados que puedan ir delante de los otros con la enseñanza y el ejemplo?» Hubo entre los santos una como humilde discusión para responder; no precisamente para excusarse de hablar, antes, por el contrario, deseándolo vivamente y como sintiéndose forzados a ello. Pero los dos tenían al otro por superior, ambos eran mutuamente devotos. Venció la humildad a Francisco para que no se antepusiera, y venció también a Domingo para que obedeciera humildemente y respondiera el primero. Dijo, pues, Santo Domingo al Obispo: «Señor. a suficiente dignidad, si lo reconocen, han sido elevados mis religiosos, y no podría yo permitir por modo alguno que obtuviesen grados más elevados.» Después de estas breves palabras del Predicador, inclinándose Francisco ante el Obispo habló así: *Señor, mis religiosos son llamados Menores para que no presuman hacerse mayores. Su vocación les llama a permanecer en el llano, siguiendo las pisadas de la humildad de Cristo, para que. al fin, en la exaltación de los santos. sean glorificados.*

San Francisco y Santo Domingo. (P. Fernique.)

Si queréis, pues, que sean de provecho a la Iglesia de Dios, dejadlos y conservadlos en el estado de su vocación y obligadlos, aun por fuerza, a permanecer en lugares bajos. Esto te ruego, padre, para que no sean más soberbios cuanto son más pobres, y para que no se insolenten contra los demás no permitáis por modo alguno que sean elevados a las dignidades. Esta fué la respuesta de los Santos.

149. ¿Qué decís a ello, hijos de estos Santos? Vuestra presunción y envidia os demuestra que habéis degenerado, y la ambición de los honores os acusa de ilegítimos. Os acosáis y destruís mutuamente, y de vuestras aspiraciones nacen las discordias y las luchas. Cuando debíais pelear contra los escuadrones de las tinieblas y librar fuerte batalla contra los ejércitos de los demonios, volvéis las armas contra vosotros mismos; con los ojos fijos en el santuario contémplanse familiarmente los padres llenos de sabiduría, mas los hijos, poseídos de la envidia, hácense intolerables el uno para el otro. ¿Qué hará el cuerpo, si el espíritu está tan dividido? Ciertamente la doctrina de la piedad avanzaría con mayor fruto por todo el mundo si a los ministros de la palabra de Dios uniera con mayor fuerza el lazo de la caridad; naturalmente, vuélvese tanto más sospechoso lo que hablamos o enseñamos cuanto aparece en nosotros con evidentes señales el germen de la discordia. No entran en la acusación los hombres probos de aquí y de allí, sino sólo los malos, los cuales juzgo que habrían de ser extirpados en absoluto para que no engañaran a los buenos. Por último, ¿qué diré de los sabios infatuados? Que nuestros padres llegaron al reino de la gloria por el camino de la humildad y no de la soberbia; mas los hijos, moviéndose en los círculos de su ambición, no buscan el camino de la ciudad del descanso. ¿Qué nos queda ya sino que, al no seguirles en el camino, tampoco les sigamos en la gloria? Aléjalo, Señor, de nosotros. Haz que seamos humildes los discípulos bajo las alas de los humildísimos maestros, haz que sean benévolos entre sí los hermanos en el espíritu y abunde la paz sobre Israel entre los hijos de tus hijos.

§ CX.—Cómo uno se encomendó al otro

150. Después de las respuestas de los siervos de Dios que acabamos de relatar, edificado el Obispo de Ostia con ellas, dió gracias cordialísimas al Señor. Al retirarse de allí, rogó el bienaventurado Domingo a San Francisco que se dignase entregarle la cuerda que ceñía. Difícil se mostró a ello San Francisco. rehusando por humildad lo mismo que el otro

había solicitado por caridad. Venció, sin embargo, la feliz devoción del solicitante, y, una vez obtenida la cuerda, ciñóla devotísimamente bajo su túnica interior. Después, cogidos de las manos, hiciéronse mutuas y dulcísimas recomendaciones. Un Santo dijo al otro Santo: «Hermano Francisco, mi deseo fuera que tu Orden y la mía se refundiesen y que viviéramos en la Iglesia bajo una misma Regla.» Por último, al separarse dijo Santo Domingo a muchos que estaban allí presentes: «En verdad os afirmo que es tanta la perfección de santidad de este hombre Francisco, que los demás religiosos deberían seguirle.»

CAPÍTULO XVI

De la obediencia

§ CXI.—Cómo, para ejercitar la verdadera obediencia, tuvo siempre un guardian

151. Francisco, vigilantísimo negociante, a fin de atesorar por todos los medios y para que todo el tiempo de su vida se le convirtiese en merecimiento, quiso obrar siempre con los frenos de la obediencia y sujetarse a sí propio al arbitrio de otro. Por esto, no sólo renunció a su oficio de General, sino que, para mayor obediencia, pidió un Guardián singular, a quien tuviese que respetar especialmente como prelado. Dijo, pues, a fray Pedro Catáneo, a quien anteriormente había prometido obediencia santa: *Ruégote, por amor de Dios, que en representación tuya delegues a uno de mis compañeros, a quien como a ti obedezca con rendimiento. Porque sé cuál es el mérito de la obediencia, y que para quien sabe sujetarse al yugo de otro no pasa un instante de tiempo sin su ganancia.* Aceptada su petición, estuvo en todas partes súbdito hasta la muerte, obedeciendo siempre con rendimiento al propio Guardián. Una vez dijo a sus compañeros: *Entre otros dones que con gran dignación me ha otorgado la divina piedad, concedióme esta gracia: que con la misma prontitud obedeciera al novicio de una hora, si se me diese por Guardián, que a cualquiera otro muchísimo más antiguo y discreto. Porque el súbdito no debe considerar en su Prelado a un hombre, sino a Aquel por cuyo amor se ha sujetado. Cuanto más vil es el que preside tanto más meritoria es la humildad del obediente.*

§ CXII.—Retrato del religioso obediente. Tres clases de obediencia

152. Un día, sentado San Francisco junto a sus compañeros, dejó escapar esta exclamación: *Apenas hay en todo el mundo un religioso que con perfección obedezca a su Prelado.* Extrañados sus compañeros, le dijeron: «Dinos, pues, padre, cuál sea la perfecta y suma obediencia.» Entonces él, describe al verdadero obediente con la semejanza de un cuerpo muerto: *Toma un cadáver y colócalo donde te plazca. Verás que no repugna ser movido, no murmura de la posición, ni reclama porque se le abandone. Si se le coloca en sitio elevado, no mira hacia arriba, sino hacia abajo; si se le viste de púrpura, aparece aún más su palidez. Este es, pues, el verdadero obediente; no pregunta por qué se le mueve, no mira dónde le colocan, no pide que se le cambie; sublimado a una prelacía, conserva la humildad; cuanto más se le exalta, más indigno se juzga.* Otra vez, al hablar sobre lo mismo, manifestó que las obediencias obtenidas después de pedirlas son en realidad licencias; mas las dadas sin haberlas pedido, llamólas verdaderas sagradas obediencias. Ambas afirmaba ser buenas, pero éstas más seguras. Con todo, la más grande, y en la que nada tienen la carne ni la sangre, creía ser aquella por la cual se marcha entre infieles, guiados ya por la divina inspiración, ya por el bien de los prójimos, ya por el deseo del martirio. Solicitar esta obediencia juzgaba ser muy agradable al Señor.

§ CXIII.—Que no se ha de mandar bajo precepto de obediencia por causas leves

153. Creía el Santo que raras veces se debe obligar por obediencia, y no fulminar prontamente este dardo, que debe ser el extremo. Porque decía: *No se ha de echar en seguida mano a la espada.* En cambio, afirmaba que aquel que no se apresurase a cumplir el precepto, ni temía a Dios, ni respetaba a los hombres. Y nada más verdadero que esto. Porque, ¿qué otra cosa es la autoridad en un superior temerario sino como una lanza en manos de furioso loco? ¿Qué cosa más desesperante que un religioso despreciador de la obediencia?

§ CXIV.—Arroja al fuego el capucho de un religioso porque sin obediencia había llegado al lugar, aunque guiado por espíritu de devoción

154. Quitó, en una ocasión, a un religioso el capucho porque solo, sin obediencia, se había presentado, y ordenó tirarlo a un gran fuego. Nadie se atrevió a salvar el capucho, porque veían un tanto conmovido el rostro del Padre, quien ordenó a poco que lo quitasen del fuego; y lo sacaron sin que sufriera deterioro alguno. Esto que pudieron obtener los merecimientos del Santo, indica que tal vez no faltó al religioso algún mérito. Habíale vencido su ardiente deseo de ver al Padre santísimo, si bien le faltara la discreción, guía de todas las virtudes.

§ CXV.—Acerca de los que daban buen o mal ejemplo. Ejemplo de un buen religioso. Costumbres de los antiguos

155. Aseguraba nuestro Santo que los frailes Menores habían sido enviados por Dios en los últimos tiempos para que con su ejemplo sirvieran de luz a los pecadores, envueltos en densísimas tinieblas. Afirmaba también que él se sentía como envuelto en delicados perfumes y confortado con la fragancia de precioso ungüento cuando oía relatar las grandes empresas que llevaban a cabo sus religiosos, esparcidos por todo el mundo. Sucedió que, una vez, un religioso, llamado fray Bárbaro, había injuriado de palabra, ante un caballero de la isla de Chipre, a otro religioso. Fray Bárbaro, al ver al ofendido un tanto apesadumbrado por sus palabras, tomó estiércol de asno y, tomando venganza de sí mismo, lo introdujo en su boca, mientras decía: «Guste estiércol y lo mastique la boca que arrojó contra su hermano el veneno de la ira.» Al presenciar esto el noble, se retiró de la compañía de los religiosos altamente asombrado, y en adelante púsose a disposición de los mismos y todos sus bienes. Esto, indefectiblemente, practicaban los religiosos, que si uno decía una palabra contra otro en un arranque de genio, al instante se arrojaba al suelo y con efusión besaba los pies del ofendido, aunque éste lo rehusase. Regocijábase San Francisco al escuchar los ejemplos de virtud que daban sus religiosos, colmando de las mayores bendiciones a los frailes que con el

ejemplo y la palabra inducían a los pecadores al amor de Cristo. Por el celo de las almas, de que estaba abrasado, deseaba que sus hijos le siguieran con verdadera imitación.

§ CXVI.—De algunos que daban mal ejemplo. Cuánto le disgustaban. Maldición del Santo contra ellos

156. De igual manera, aquellos que comprometían el buen nombre de la Religión sagrada con obras malvadas o detestables ejemplos, incurrían bajo la severísima sentencia de su maldición. Así, una vez en que se le notificó que el Obispo de Fondi había dicho a dos religiosos a él presentados, los cuales, bajo pretexto de mayor desprecio de sí mismos, dejaban crecer la barba más larga: «Tened cuidado de que la hermosura de la Religión no se menoscabe con el prurito de novedades de esta clase», púsose al instante de pie el Santo, y, con las manos levantadas al cielo, arrasados los ojos en lágrimas, prorrumpió en la siguiente oración, o mejor, imprecación: *Señor, Jesucristo, que escogiste doce apóstoles, de los cuales, habiendo uno prevaricado, no obstante, los restantes, adheridos a Ti e imbuídos de un solo espíritu, predicaron tu sagrado Evangelio, y ahora Tú, Señor, recordando en nuestros tiempos tus antiguas misericordias, escogiste los religiosos para apoyo de tu fe y para que por su medio se completase el misterio de tu Evangelio. ¿quién por ellos te satisfará en tu presencia, si no sólo no dan a todos ejemplos de luz, que es a lo que han sido enviados, sino que muestran las obras de las tinieblas? De Ti, santísimo Señor, y de toda la corte celestial, y de mí, tu siervo, sean malditos aquellos que con su mal ejemplo confunden y destruyen lo que antiguamente por los santos religiosos de la Orden edificaste y no cesas al presente de edificar.* ¿Dónde están aquellos que se dicen felices con su bendición y se jactan de haber gozado a su antojo de su familiaridad? Si, lo que Dios no permita, se hallaren sin arrepentimiento, ejecutando en sí mismos, y con peligro de los demás, las obras de las tinieblas, ¡ay de ellos!. ¡ay de su condenación eterna!

157. *Los buenos religiosos* —añadía— *se ven confundidos por las obras de los malos religiosos, y, no habiendo faltado, se les tiene en mal concepto por culpa de los perversos. Con esto me afligen y atormentan, como si me atravesasen con una espada y la retuvieran siempre en mis entrañas.* Apartábase por este motivo, principalmente, de la compañía de los religiosos, para que no tuviera ocasión de oír mala noticia de alguno y no se le renovara el sentimiento.

También decía: *Llegará un tiempo en que esta Orden amada de Dios será difamada por los malos ejemplos tan inicuamente, que no se atreva a aparecer en público. Entonces, los que vendrán a solicitar su ingreso en la Orden serán conducidos únicamente por el Espíritu del Señor, y en ellos ni la carne ni la sangre ocasionarán fealdad alguna y serán, en verdad, bendecidos por Dios. Y en conjunto no se notarán obras de mucho mérito, porque la caridad, que mueve a los santos a obrar con fervor, se habrá resfriado; sobre muchos caerán tentaciones violentísimas, y aquellos que en tales circunstancias permanezcan firmes, llegarán a aventajar a sus predecesores. ¡Ay de aquellos que, contentándose con sola la apariencia de religioso comportamiento, se entregan al ocio, porque no resistirán con tesón las varias tentaciones permitidas para su bien, pues únicamente aquellos que hayan sido aprobados y a quienes purifica la malicia de los réprobos recibirán la corona de la vida!*

§ CXVII.—El Señor le revela el estado de su Orden y le promete que subsistirá siempre

158. Consolábase mucho con las visitas que Dios le hacía y en las que le aseguraba que los fundamentos de su Orden permanecerían siempre inconmovibles. En ellas prometíasele que el número de los réprobos sería siempre sustituido por elegidos. Turbábase al tener noticia de malos ejemplos, y así, inquieto, postróse una vez en oración, y a poco escuchó del Señor este reproche: «¿Por qué te turbas, hombrecillo? ¿Acaso yo te he constituido a ti pastor sobre mi Religión de tal manera que no conozcas que soy yo su principal sostén? A ti, hombre simple, te he confiado esto para que las cosas que yo en ti ejecuto puedan ser imitadas por los demás y las practique quien quiera seguirlas. Yo te he elegido, te conservaré y guardaré, y para reparar la falta de unos, suscitaré a otros, de tal manera que, si no hubieran venido a este mundo, los haré nacer. No te turbes, pues, y cuida de tu salvación, pues aunque la Orden se vea dividida, por mi solicitud y cuidado permanecerá siempre incólume.» Desde entonces, afirmaba que la santidad de uno solo sería tenida en cuenta más que la turbamulta de imperfectos, porque el resplandor de una sola luz disipa indecibles tinieblas.

CAPÍTULO XVII

Contra el ocio y los ociosos

§ CXVIII.—Revelación que se le hizo para conocer cuándo sería siervo de Dios y cuándo no

159. Desde el primer instante en que este servidor de Dios, menospreciados los falaces bienes, se entregó con toda su alma al Señor, puede aseverarse que no perdió siquiera un solo instante de tiempo. Como hubiese adquirido inapreciables méritos de los tesoros de Dios, siempre se consideraba novicio y siempre dispuesto a los espirituales ejercicios. Juzgaba que el no practicar continuamente alguna obra buena era cometer grave pecado, y el no avanzar sin detenimiento era volver atrás. Cierta noche, en su celda, cuando residía en Siena, llamó a sí a los compañeros, que ya estaban descansando, y les dijo: *Hermanos, he rogado al Señor que se dignara manifestarme cuándo seré yo verdadero servidor suyo, y cuándo no: pues nada deseo más que ser en todo tiempo su siervo. Y el mismo Señor, con su acostumbrada dignación, me ha respondido: «Podrás reconocerte mi siervo de verdad si siempre piensas, hablas y obras santamente.» Por esto os he llamado, hermanos, porque ante vosotros quiero que se me reprenda si alguna vez falto a cualquiera de estos tres puntos.*

§ CXIX.—Penitencia que impuso, por las palabras ociosas, hallándose en la Porciúncula

160. En otra ocasión, hallándose en Santa María de la Porciúncula, considerando nuestro Santo que el fruto de la oración se pierde después de la misma por las palabras inútiles, ordenó el siguiente castigo contra la caída en palabras ociosas: *Cualquier religioso que pronuncie una palabra ociosa o inútil, confesará al instante su culpa, y por cada una de ellas rezará un padrenuestro. Pero quiero sea con esta intención: si uno mismo se acusare antes que le advirtiesen, rezará el padrenuestro por su alma; pero si primero fuera avisado por otro, lo aplicará por el alma del que le amonestó.*

§ CXX.—Por ser trabajador, detestaba a los perezosos

161. Afirmaba que los perezosos, que no se ocupan de continuo en algún trabajo, serían pronto vomitados de la boca de Dios. Ningún perezoso podía presentarse ante él, pues al instante le reprendía mordazmente. Y con razón, porque el mismo ejemplar de perfección hallábase ocupado y trabajaba con sus manos, sin perder una partecita del inapreciable tesoro del tiempo. Dijo por esto algunas veces: *Quiero que mis religiosos trabajen y estén siempre ocupados, y aquellos que no saben oficio alguno, apréndanlo.* Y esto a fin de que no seamos pesados a los demás seglares y para que nuestro corazón o nuestra lengua, en la ociosidad, no vaguen por cosas ilícitas. Con todo, el precio o paga del trabajo no quería se entregase al arbitrio de quien lo ganase, sino del Guardián o comunidad.

§ CXXI.—Queja al Santo contra los ociosos y golosos

162. Sea permitido, santo Padre, elevar ahora lamentos al cielo contra aquellos que se llaman hijos tuyos. El ejercicio de las virtudes es odiado por muchos que antes del trabajo quieren descansar, probando no ser hijos de Francisco, sino de Lucifer. Hay más enfermos que trabajadores, cuando, nacidos para el trabajo, deberían reputar su vida como una milicia. No les agrada ocuparse en las obras y son incapaces de dedicarse a la contemplación. Cuando se preocupan por singularizarse, trabajando más con la garganta que con las manos, odian al que los reprende y no se dejan tocar ni con la punta de los dedos. Me maravilla más la desvergüenza de aquellos, según las palabras del bienaventurado Francisco, que, si vivieran en sus casas, no podrían vivir sin el fatigoso trabajo, y ahora. sin trabajo, viven del sudor de los pobres. ¡Raro cálculo! Sin hacer nada, siempre los hallarás ocupados. Saben las horas de la comida, y si alguna vez el hambre les aprieta acusan al sol de haberse dormido. ¡Padre bondadoso! ¿Puedo creer que los hechos de los tales constituyan tu gloria? No, ni siquiera tu hábito. Tú siempre juzgaste que el breve y fugaz tiempo de la vida se nos ha dado para atesorar méritos, para que en la vida futura no hayamos de mendigarlos. Mas éstos no gozan ahora de la patria y después perecerán en el destierro. Este mal arraiga en los súbditos porque los Prelados se muestran remisos, como si fuera posible que los fomentadores de los vicios no mereciesen el castigo.

CAPÍTULO XVIII

De los ministros de la palabra de Dios

§ CXXII.—Lo que debe ser el predicador

163. Quería San Francisco que los ministros de la palabra de Dios fuesen tales, que, ocupados únicamente en los estudios espirituales, no se cuidaran de otros oficios. De ellos decía que el gran Rey los había elegido para que le sirviesen de heraldos, y que cuanto ellos aprendían de sus labios debían comunicarlo a los pueblos. Porque decía: *El predicador, en primer lugar, debe empaparse en la oración secreta de lo que después intenta desparramar en los sagrados sermones; primero calentarse en su interior, antes que proferir al exterior palabras sin fuego.* Afirmaba que éste era un ministerio merecedor de toda reverencia, y los ocupados en él, dignos de toda veneración. *Ellos* —añadía— *son la vida del cuerpo, los impugnadores del demonio; ellos las luces incandescentes.* Juzgaba dignos de respetuosas distinciones a los doctores en Sagrada Teología. Algunas veces hizo escribir de modo general lo siguiente: *Debemos honrar y reverenciar a todos los teólogos y a los que nos administran la palabra divina como a aquellos que nos suministran el espíritu y la vida.* Al escribir una vez al bienaventurado Antonio, hizo poner este encabezamiento a su carta: *A fray Antonio, mi Obispo...*

§ CXXIII.—Contra los que desean vana alabanza. Exposición de unas palabras proféticas

164. Sin embargo, decía ser dignos de compasión los predicadores que cuanto hacen lo venden por la vanagloria. Contra las hinchazones de los tales propinaba algunas veces el siguiente antídoto: *¿Por qué os gloriáis de las conversiones de los hombres, a los cuales mis sencillos religiosos convierten con sus oraciones?* Exponía aquellas palabras «hasta que la estéril tuvo muchos hijos» en este sentido: *La estéril es mi pobre religioso, que no tiene oficio de engendrar hijos para la Iglesia. Este, no obstante, en el día del*

juicio, se hallará haber dado a luz a muchísimos, porque a los que durante la vida convirtió con sus oraciones particulares, el supremo Juez los destinará a su gloria. Aquella que tenía muchos hijos caerá sin fuerzas, porque el predicador que se felicita de haber convertido a muchos por la eficacia de su palabra, conocerá que en esto nada propiamente hay suyo. Aquellos otros que deseaban ser más elogiados por su retórica que por su evangélico celo y hablaban con pompa y no con sentimiento, apenas los apreciaba. Porque decía de ellos que calculaban mal, pues todo lo destinaban a la predicación y nada a la devoción. Alababa, en cambio, de corazón al predicador que, a sus horas, medita y se cuida de su alma.

CAPÍTULO XIX

De la contemplación del Criador

§ CXXIV

165. Bien que anhelase salir de este mundo, como de un destierro, Francisco, aprovechadísimo y feliz caminante, se servía no poco de los objetos que en el mundo se admiran. Muchas veces lo consideraba, con respecto a los príncipes de las tinieblas, como ancho campo de batalla; con respecto a Dios, cual clarísimo espejo de su bondad. En cualquier objeto admiraba al Autor, en las criaturas reconocía al Criador. Regocijábase en todas las obras de las manos de Dios, y en espectáculos agradables no perdía de vista el motivo y la causa viva. Admiraba en las cosas hermosas al Hermoso por excelencia, y todo lo veía bueno para él y óptimo para quien nos ha creado. Buscaba por todas partes e iba siempre en pos del Amado por las huellas impresas en las criaturas, y de todas formaba como una escalera para llegar al divino trono. Reunía en su ternísimo afecto de devoción todas las cosas, hablándoles del Señor y exhortándolas a su alabanza. Dejaba sin apagar las luces, lámparas, velas, no queriendo extinguir con su mano su resplandor por ser símbolo de la luz eterna. Caminaba con reverencia sobre las piedras, en atención a Aquel que a sí mismo se llamó piedra. Cuando debía recitar el texto «In petra exaltasti me» (en la piedra me ensalzaste), para rezarlo con mayor reverencia decía: «Subtus pedes exaltasti me (de debajo los pies me ensalzaste). Prohibía a los religiosos cortar los arboles de raíz, para que hubiera esperanza que brotasen de nuevo. Mandaba al hortelano que los últimos espacios del huerto los dejara sin trabajar, para que a su tiempo el verdor de las hierbas y la vistosidad de las flores predicasen al hermosísimo Padre de todos los seres. Ordenaba asimismo que en el huerto se señalase una partecita para plantar hierbas aromáticas y flores, para que a cuantos las contemplasen les evocara el recuerdo de la suavidad eterna. Recogía del suelo los gusanillos para que no fuesen pisoteados, y a las abejas en tiempo de invierno, a fin de que no pereciesen de frío y escasez, hacíales dar miel y vino generoso. A todos los animales daba el nombre de hermano, si bien sentía preferencia por los mansos. Pero ¿quién podrá referir todas las cosas? Pues, en verdad, aquella Fuente de toda bondad que se manifiesta completa en todo y para todos, se comunicaba a nuestro Santo también en todas las cosas.

§ CXXV.—Dánle pruebas de su afecto las criaturas irracionales. Sale ileso del fuego

166. Por su parte, los seres todos esforzábanse en mostrar su cariño al Santo y en reconocer con su gratitud sus merecimientos; de aquí que sonríen al que les acaricia, condescienden con el que les ruega y obedecen a quien les ordena. Sirva de solaz la relación de casos particulares. Para buscar un alivio a la enfermedad de sus ojos fué llamado el cirujano. Al presentarse traía un instrumento de hierro para hacer la operación, que mandó colocar en el fuego hasta tanto que quedara hecho ascua. El bienaventurado Padre, animando al cuerpo, que había sentido un impulso de horror, habló de esta suerte al elemento voraz: *Fuego, hermano mío, el Altísimo te ha creado potente, hermoso, útil y más resplandeciente que todos los demás. Sé al presente benigno conmigo, sé atento, porque yo antes te he amado en el Señor. Ruego al gran Dios que te ha creado que amortigüe tu calor tanto, que, al quemar con suavidad, pueda yo tolerarte.* Terminada la oración y hecha la señal de la cruz sobre el fuego, préstase decidido a la operación. Toma el médico el enrojecido hierro en sus manos, los religiosos se alejan con horror; mas el Santo, tranquilo y con rostro alegre, se sujeta a la operación. Penetra el candente instrumento en la tierna carne y quema sin interrupción desde el oído hasta la sobreceja. Cuánto dolor causó al Santo aquel fuego lo testifican sus propias palabras, pues él podía saberlo mejor que nadie.

Al volver los religiosos que se habían alejado, dijo el Santo con sonrisa: *Pusilánimes y hombres de poco corazón, ¿por qué huisteis? Os digo de verdad que no he sentido ni el ardor del fuego, ni dolor en la carne.* Y vuelto al médico, prosiguió: *Si no está bien quemada la carne, aplica de nuevo el cauterio.* Reconociendo el médico un hecho sobrenatural en lo sucedido, ensalzó este divino milagro, diciendo: «En verdad os afirmo, hermanos, que hoy he visto maravillas.» Creo que había vuelto a la primitiva inocencia quien, cuando lo deseaba, lograba amansar las cosas inhumanas.

§ CXXVI.—De una avecilla que se posó en sus manos

167. El bienaventurado Francisco embarcó en una barquichuela, en el lago de Rieti, para dirigirse al desierto de Greccio. El pescador le regaló, para que se regocijara en el Señor, una avecilla acuática. Tomóla con gran satisfacción el santo Padre, y abiertas las manos, invitóla reiteradamente para que se alejara a su placer. Mas ella no quiso moverse; antes al contrario, poníase a descansar en sus manos cual si fuera su propio nido. El Santo, levantados al cielo sus ojos, permaneció en oración. Después de largo recogimiento volvió en sí, cual si retornara de lejos, y ordenó cariñosamente a la avecilla que sin temor alguno tomara su antigua libertad. Recibida la licencia con la bendición, con gracioso movimiento de su cuerpo para demostrar su gozo, emprendió raudo el vuelo.

§ CXXVII.—De un halcón

168. Huyendo San Francisco, según costumbre, del trato y conversación de los hombres, habitó cierto retiro, donde un halcón, que allí fabricara su nido, trabó con el Santo conocimiento y amistad. Porque le avisaba con su canto a la hora misma en que durante la noche el Santo acostumbraba a levantarse para recitar las divinas alabanzas, lo cual era gratísimo al siervo de Dios, porque con la solicitud que hacia él manifestaba alejaba de sí toda tardanza y desidia. Mas, cuando el Santo se sentía algo indispuesto por alguna enfermedad, el halcón retardaba su señal para que descansara más tiempo. Cual si fuera instruído por Dios, al amanecer pulsaba suavemente la campana de su voz. No es de extrañar que las criaturas irracionales respetaran al más ardiente amante del Criador.

§ CXXVIII.—De las abejas

169. En un montecillo el siervo de Dios fabricóse reducida celda, donde por espacio de cuarenta días hizo penitencia con inusitado rigor. Retirado de allí al terminar dicho tiempo, quedó la celda abandonada, sin que nadie la habitara. El vaso de barro en que el Santo acostumbraba beber, quedó también allí. Al ir algunos hombres a visitar aquel lugar, por reverencia del Santo, hallaron el vaso lleno de abejas. Dentro de él, con su maravilloso arte, fabricaban su colmena, significando de una manera clara la dulcedumbre de contemplación que allí había gustado el Santo.

§ CXXIX.—Del faisán

170. Un noble del condado de Siena envió a San Francisco, que estaba enfermo, un hermoso faisán. Aceptólo gozosamente, no por apetito de comerlo, sino por la costumbre que en tales casos tenía de alegrarse por el amor del Criador, y dijo al pajarillo: *Hermano faisán, alabado sea siempre nuestro Criador;* y luego dijo a los religiosos: *Probemos ahora si el hermano faisán quiere vivir en nuestra compañía, o si quiere marchar a sus lugares acostumbrados y más acomodados a su gusto.* Entonces un religioso, por orden del Santo, le llevó a un viñedo bastante lejano. Mas el pájaro, vuelto al instante, se dirigió a la celda del santo Padre. Este ordenó que se le trasladase a un lugar más apartado; pero el animal con extraordinaria tenacidad volvió a la puerta de la celda y, como abriéndose paso por debajo de los hábitos de los religiosos que se hallaban junto a la puerta, penetró de nuevo. En consecuencia ordenó el Santo que se le cuidara con diligencia, halagándole y acariciándole con dulces palabras. Viendo esto un médico que era bastante familiar del Santo, lo pidió a los religiosos, no para comerle, sino para cuidarle por reverencia al Santo. ¿Qué sucedió? Llevóle consigo a su casa, pero como si se le hiciera grave ofensa apartándole del Santo, mientras estuvo fuera de su compañía rehusó probar alimento alguno. Admirado el médico, devolvió en seguida el faisán al Santo, refiriendo claramente todo lo sucedido. Así que le dejó en el suelo, el faisán miró al santo Padre y, olvidando su tristeza, comenzó a comer alegremente.

§ CXXX.—De la cigarra

171. Junto a la celda del siervo de Dios, en la Porciúncula, una cigarra que vivía en cercana higuera entonaba sus cantos con su acostumbrada suavidad; un día el Santo, extendiendo la mano, llamóla suavemente con estas palabras: *Hermana mía cigarra, ven acá.* Y ella, como dotada de inteligencia, al instante se vino a su mano, y entonces Francisco le dijo: *Canta, canta, hermana mía cigarra, y alaba con tu regocijo al Señor Criador.* Esta, perfecta obediente, comenzó a cantar y no cesó hasta tanto que el siervo de Dios juntó a sus cantos sus alabanzas y le ordenó que volara a su ordinario lugar. Allí permaneció continuamente, cual si estuviera atada, por espacio de ocho días. Cuando el Santo salía de su celda, acariciándola siempre con su mano, la mandaba cantar, y ella, solícita, cumplía sus órdenes. Por fin, el Santo dijo a sus compañeros: *Demos ya licencia a nuestra hermana cigarra, que hasta ahora nos ha recreado con sus cantos, no sea que nuestra carne se glorie vanamente.* Apenas le dió licencia, voló a otra parte, y no apareció más allí. Viendo tales maravillas, quedaban sumamente estupefactos los religiosos.

CAPÍTULO XX

De la caridad

§ CXXXI.—Caridad de Francisco. Cómo en la salvación de las almas se mostraba ejemplar de perfección

172. Quien por fuerza del amor se hacía hermano de todas las criaturas no será maravilla que la caridad de Cristo le hiciese hermano especial de aquellas que con mayor perfección tienen impresa la imagen del Señor. Afirmaba que nada debe perdonarse para la salud de las almas, probándolo repetidas veces con el ejemplo del Unigénito Hijo de Dios, que por las almas se dignó morir en una cruz. De aquí su constancia en la oración, su celo en la predicación, la sobreabundancia de sus ejemplos. No se hubiera juzgado amigo de Cristo sin tener especial amor a las almas, que El

tanto apreció. Y ésta fué la causa principal, por no decir única, de reverenciar a los doctores, quienes, coadjutores de Cristo, con El desempeñan el mismo oficio. Abrazaba entrañablemente y con sincero afecto a los propios religiosos, como domésticos escogidos de la fe y a los que unía la participación en la herencia eterna.

173. Cuantas veces se le reprendía el rigor de su vida, contestaba que él había sido dado a la Orden para ejemplo, como el águila enseña a sus polluelos a volar. Y así como su inocente carne, que ya espontáneamente se sujetaba al espíritu, no necesitaba castigo por sus pecados, no obstante, para dar ejemplo, renovaba en ella los tormentos, y únicamente por esto, para animar a los otros, seguía los caminos de la mortificación. Y en verdad, acertadamente, pues en los superiores se mira en particular la mano y no la lengua. Con la obra, ¡Padre santo!, predicabas suavemente, persuadías más fácilmente y los animabas con mayor seguridad. Aunque hablen mejor que los hombres y los ángeles, si no practican ejemplos de caridad, a mí poco y a sí propios nada aprovechan. Pero donde el reprensor no es temido y el capricho ocupa el lugar de la razón, ¿los sellos de la autoridad bastarán para la salvación? No obstante, hase de practicar lo que enseñan, como por medio de vacíos canales se deslizan las aguas fecundas en los jardines. Recójase entre tanto la rosa de entre las espinas, para que sirva el mayor al menor.

§ CXXXII.—Su cuidado de los súbditos

174. Mas, ¿quién podrá explicar la solicitud que por sus súbditos sentía San Francisco? Levantaba siempre sus manos al cielo rogando por los verdaderos israelitas, y, olvidado no pocas veces de sí mismo, atendía en primer lugar a la salud del religioso. Postrado en presencia de la Majestad Divina, ofrecía por sus hijos el sacrificio del espíritu y forzaba a Dios a otorgarles beneficios. Compadecíase, abrasado de afecto, por temor de que la pequeña grey que tras sí había reunido no perdiera el cielo después de haber renunciado a la tierra. Pensaba que no podría gozar de la gloria, si no podía hacer partícipes de ella a sus encomendados, a los que engendraba en espíritu, más laboriosamente que en el cuerpo las entrañas maternales.

§ CXXXIII. Su compasión con los enfermos

175. Grande era su compasión con los enfermos y mucha su solicitud por los necesitados. Si alguna vez la liberalidad piadosa de los seglares le remitía algunas medicinas, las repartía entre los más enfermos, siendo él el más necesitado. Los lamentos de los pobres enfermos repercutían intensamente en su corazón, y cuando no le era dado auxiliarles, prodigábales con profusión palabras de consuelo. En los días de ayuno tomaba alimento para que los otros enfermos no se avergozaran de tomarlo, y para un religioso enfermo no tenía empacho de mendigar carne públicamente, en plazas y calles. Con todo, aconsejaba también a los enfermos que sufrieran con resignación la falta de algo y que no se irritaran cuando alguna vez no se les satisficiese en todo. De aquí que en una Regla hizo escribir estas palabras: *Ruego a todos mis religiosos enfermos que en sus enfermedades no se irriten y conturben contra Dios ni contra los demás hermanos. No pidan con excesiva instancia medicinas y no deseen demasiado verse libres del cuerpo, que pronto morirá y es enemigo del alma. Por todo den gracias y tales quieran ser como Dios quiere que sean. Aquellos a quienes Dios predestinó a la vida eterna les estimula con contratiempos y enfermedales, según El mismo ha dicho: «Yo corrijo y castigo a los que amo».*

176. Ansiaba un enfermo comer uvas; súpolo el Santo, llevólo a una viña y, sentándose junto a una cepa, comenzó él mismo a comer, a fin de infundirle valor para que comiera.

§ CXXXIV.—Compasión que sentía por los enfermos de espíritu y de aquellos que obran contra esto

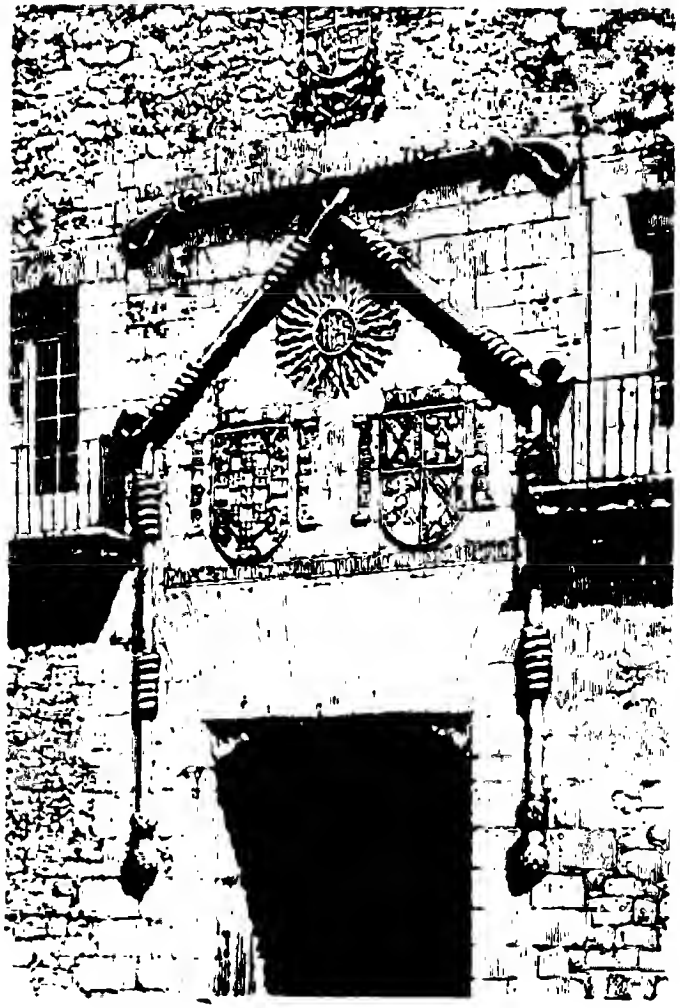
177. Con mayor clemencia ayudaba y con más paciencia aguantaba a aquellos otros enfermos que, como niños sin voluntad, sabía estaban agitados con tentaciones y desfallecidos en su espíritu. Por esto, evitando las ásperas correcciones, donde no se veía peligro, perdonaba el castigo para salvar el alma. Decía ser propio del superior, que es padre y no tirano, evitar toda causa de caída y no permitir que caiga quien, una vez caído, difícilmente se ha de levantar. ¡Ay de la miserable bajeza de nuestro tiempo! No sólo no sostenemos o levantamos a los caídos, sino que muchas veces los empujamos para que se precipiten. Juzgamos como

cosa baladí arrebatar a aquel Pastor sumo una ovejuela, por la cual con lágrimas dió en la cruz tan gran clamor. Tú, santo Padre, preferías, al contrario, enmendar a los equivocados, antes que perderlos. Con todo, sabemos que los efectos de la propia voluntad están más hondamente radicados en algunos, a los cuales es necesario no ya el suave tratamiento, sino el cauterio. Es evidente que es más saludable para muchos que sean tratados con azotes de hierro que no blandamente. Pero también es cierto que el óleo de la compasión y el vino, el azote y el cayado, el celo y piedad, la unción y la operación dolorosa, la cárcel y el regazo tienen su tiempo adecuado. El Dios de las venganzas y el Padre de las misericordias utiliza estas cosas, mas prefiere, no obstante, la misericordia a la venganza.

§ CXXXV.—De los religiosos españoles

178. Extasiábase en Dios siempre y extraordinariamente y se alegraba en espíritu cuantas veces llegaba a él la noticia del buen nombre de sus hijos. Un religioso español clérigo, gran amigo de Dios, tuvo el gozo de ver y hablar con San Francisco. Al cual alegró con el siguiente relato referente a los religiosos que vivían en España: «Tus religiosos viven en nuestra tierra en pobrísimo eremitorio, y entre sí concertaron este método de vida: que una mitad cuidaría de las cosas de la casa y la otra mitad se dedicaría a la oración. De esta manera, cada semana la vida activa se transforma en contemplativa y el descanso de los contemplativos acude a los ejercicios del trabajo. Un día, habiéndose puesto la mesa y llamado con la conocida señal a los ausentes, presentáronse todos menos uno de los contemplativos. Después de esperarle largo rato, fué uno a su celda para llamarle a la comida, pero se hallaba refocilado por el Señor en otra más regalada mesa. Porque se le halló postrado con su rostro en tierra, extendido en forma de cruz, y ni por la respiración ni por el movimiento parecía vivo. Ardían junto a su cabeza y a sus pies dos candelabros, con cuyo clarísimo resplandor se iluminaba profusamente la celda. Dejósele en paz para no estorbar su éxtasis y no despertar a la amada hasta tanto que ella lo solicitara. Atisbaban los hermanos por las rendijas de la celda y miraban por los cerrojos. ¿Qué más? Mientras los amigos atendían a la que permanece en los huertos, de repente, desapareciendo la claridad, volvió en sí el religioso. Levantóse al instante, y al llegar al refectorio dijo la culpa por su tardanza. «Esto —añadió el religioso español— acaece en nuestra tierra.» El bienaventurado

Francisco, escuchando tales maravillas de sus hijos, no podía contener su intenso gozo. Entregóse súbitamente a la alabanza, y como si fuera su única gloria saber buenas noticias de sus religiosos, exclamó del fondo de su alma: *Gracias te doy, Señor, santificador y guiador de pobrecillos, que me regocijas con el relato de mis religiosos. Bendice, te ruego, con*



Fachada de la Casa del Cordón, en Burgos.

bendición abundantísima a aquellos religiosos y a todos aquellos que por medio de sus buenos ejemplos acreditan la Orden; santifícalos con dones especiales.

§ CXXXVI.—Contra los que vivían mal en los eremitorios. Su deseo de que todas las cosas fuesen comunes

179. Aunque hasta el presente se ha visto la caridad de nuestro Santo alegrarse cordialmente con los progresos de sus amados, veremos también cómo reprende con rigor a aquellos que en sus conventos viven de otra suerte. No pocos convertían el lugar de la oración en lugar de ocio, y el horario del monasterio, sugerido para el aprovechamiento de las almas, lo transformaban en sentina de su placer. El régimen para tales anacoretas de los tiempos presentes es vivir cada uno a su gusto. Mas esto no puede decirse de todos, porque sabemos que los santos, mientras vivían en la carne, habitaban en los desiertos sujetos a óptimas leyes. Sabemos también que los padres que nos precedieron fueron flores solitarias. ¡Ojalá los eremitas de nuestros tiempos no degeneren de aquella primitiva hermosura, cuya merecida alabanza subsistirá para siempre!

180. Hablando San Francisco a los de ahora, amonestábales a demostrar caridad, afabilidad y familiar conversación con estas palabras: *Quiero que mis religiosos se muestren hijos de una misma madre, y si uno pide ya el hábito, ya la cuerda, ya otro cualquier objeto, el otro liberalmente se lo preste. Los libros y demás cosas agradables sean comunes en ellos, sin que nadie haga violencia a otro para arrebatárselos.* Y a fin de que no pudiera creerse que cuanto decía Cristo no lo hubiese hecho él, era el primero en observar estas cosas.

§ CXXXVII.—Entrega su hábito a dos religiosos franceses

181. Dos religiosos franceses, hombres de gran santidad, encontráronse en presencia del santo Fundador. Experimentaron grande alegría con su vista, duplicándose su gozo, por cuanto se habían fatigado mucho para ello. Después de piadosos afectos y dulce conversación, su devoción animosa les movió a pedir la túnica de San Francisco. El cual, despojóse al instante de su hábito, con piadosísimo afecto se lo entregó, y recibió en cambio de uno de ellos otro mucho

más pobre y se lo vistió. No sólo estaba dispuesto a entregar tales cosas, sino a darse a sí mismo; por esto daba cuanto se le pedía.

§ CXXXVIII.—Cómo deseaba se castigara a los murmuradores

182. Como el corazón lleno de caridad odia lo digno de desprecio, igual acontecía a San Francisco. Execraba a los murmuradores, sobre cualesquiera vicios y afirmaba que tenían veneno en su lengua y que intoxicaban a los demás. Por esto huía encontrarse con los que sembraban prevenciones; tapaba sus oídos a los que en sus conversaciones punzaban y mordían, para no contaminarse, como nosotros mismos lo presenciamos. Oyendo una vez que un religioso denigraba a otro, vuelto a fray Pedro Catáneo, su Vicario, díjole estas tremendas sentencias: *Amenazan a la Religión grandes males, si no se ataja a los murmuradores. Pronto la suavísima fragancia de los muchos se trocará en fetidez, si no se cierran las bocas de los perversos. Levántate y date prisa, inquiere con diligencia, y si al hermano acusado lo hallas inocente, vuelve por su honra delante de los demás, propinando al acusador grave corrección. Entrégalo* —añadió— *en manos del atleta florentino, si tú no te atreves a castigarle* (llamaba púgil atleta a fray Juan de Florencia. hombre de grande estatura y de hercúleas fuerzas). *Quiero* —prosiguió— *que con especial cuidado vigiles, tú y tus Ministros, para que este pestífero mal no se difunda.* Decía a veces que el religioso que despoja a su hermano de la gloria del buen nombre merecía ser despojado del hábito, y que ni siquiera pudiese levantar los ojos a Dios si antes no devolvía lo que había robado. De aquí que los religiosos de aquel tiempo, abominaran de modo particular este vicio, y establecieron entre sí el pacto de evitar solícitamente cuanto pudiera disminuir el crédito de los demás o que sonase a desprecio. Y a la verdad con acierto y óptimamente. Porque, ¿qué otra cosa es el murmurador sino hiel de los hombres, fermento de maldad, descrédito del mundo? ¿Qué el hombre de dos lenguas sino el escándalo de la Religión, el veneno del claustro, la discordia de la paz? Pero, ¡ay!, la redondez de la tierra abunda de animales venenosos y no puede lograrse que ninguno de los probos logre rehuir las mordeduras de los émulos. Se proponen premios a los delatores, y no pocas veces, postergada la inocencia, se concede la palma a la falsedad. He aquí que donde uno no puede

vivir con su propia probidad, se proporciona para sí la vida y el vestido atacando la honradez de los demás.

183. Por eso también con frecuencia decía el Santo: *Las palabras del murmurador son éstas: «Me falta la perfección de la vida; no tengo inteligencia; ni don particular alguno, por lo cual no estoy bien ni con Dios ni con los hombres. Ya sé lo que debo hacer: atacaré la honra de los elegidos y con este me congraciaré con los mayores. Sé que mi superior es hombre, y que antes ha hecho lo propio que yo; pues derribados los cedros, sea yo cual único árbol en la selva.» ¡Ea, miserable, sáciate de carnes humanas, y, ya que no puedes vivir de otro modo, roe las entrañas de tus hermanos! Los tales, además, procuran aparecer buenos sin serlo, reprenden los vicios, pero no por esto los abandonan. Unicamente elogian a aquellos con cuya autoridad pueden ser favorecidos, callando los elogios que saben no han de interesar al alabado. Por perniciosas alabanzas venden el color macilento de su rostro, para aparecer espirituales que tienen derecho a juzgar de todas las cosas, sin poder ser ellos juzgados por nadie. Se satisfacen con sola la opinión de santidad, no con la obra; con el nombre de ángeles, pero sin la virtud.*

CAPÍTULO XXI

Retrato del Ministro General

§ CXXXIX.—Cómo debe portarse con sus compañeros

184. Hacia el fin de la vida de San Francisco, un hermano constantemente ocupado en las obras sagradas, llevado de un singular afecto a la Orden, le preguntó: «Padre, tú pasarás y tu familia seguirá su peregrinación por este valle de lágrimas. Señala a alguno, si le conoces, en la Orden en quien pueda descansar tranquilamente tu espíritu y a quien puedas imponer con seguridad el peso del gobierno general.» Respondió San Francisco, acompañando cada palabra con suspiros: *Capitán de tan numeroso ejército, pastor de un tan crecido rebaño, hijo mío, no veo ninguno capaz. Mas quiero retrataros uno y, según el adagio, fabricarlo, en quien resplandezcan las dotes que debiera reunir el padre de esta familia.*

185. *Este hombre* —continuó diciendo— *debe ser de vida austerísima, de gran discreción, de fama intachable. Un*

hombre que carezca de amistades particulares, a fin de que, no amando más a éste que a aquél, no produzca escándalo en la colectividad. Un hombre a quien la oración le sea familiar, que distribuya con acierto algunas horas para su alma y otras para el rebaño a su solicitud confiado. Pues ya desde la primera hora debe ofrecer el misterio de la misa y con larga devoción rogar a la divina bondad por sí mismo y por su grey. Después de la oración, debe estar en público a disposición de todos, para responderles y proveerles con mansedumbre. Debe ser un hombre que no haga aborrecibles distinciones y acepción de personas, que tenga igual cuidado de los pequeños y sencillos que de los mayores y sabios. Un hombre que, nunque le sea concedido aventajar a los demás en ciencias, aventaje más por la mayor sencillez en las costumbres y por el adorno de las virtudes. Un hombre que abomine el dinero, nefanda corruptela de nuestra profesión y perfección; cabeza de una Orden pobre, que, dando ejemplo a los demás en que imitar, nunca jamás abuse del dinero. Debería bastarle —prosiguió aún— *el hábito y el registro; para los religiosos, pluma y sello. No sea coleccionador de libros ni entregado con exceso a la lectura, para que no robe al oficio lo que dedica al estudio. Un hombre que consuele a los afligidos, siendo el último refugio para los atribulados, no sea que, si en él falta el remedio para recobrar la salud, no acometa a los débiles la enfermedad de la desesperación. Para reducir a mansedumbre a los protervos, humíllese a sí mismo; ceda algo de su derecho a fin de ganar un alma para Cristo. No cierre las entrañas de su misericordia a los prófugos de la Religión que, incautas ovejuelas, se extraviaron, reconociendo que las tentaciones debieron ser violentísimas para que lograsen inducirles a tal extremo.*

186. *Quisiera que fuese honrado de todos por ocupar el lugar de Cristo; y que él provea a todos con caridad en todas las necesidades. Sería conveniente que no se dejara alucinar por los honores y que se alegrase por igual de los desprecios como de los favores. Que fuese, si alguna vez enfermo o delicado lo necesitara, más propenso a tomar el alimento no a escondidas, sino en lugares públicos, para que a los otros se les quitara el rubor de mirar por sus cuerpos enfermizos. A él especialmente atañe distinguir las conciencias erróneas, descubrir de las más replegadas arterías la verdad, y no atender a los charlatanes. Por último, debería ser tal que nunca por deseo de conservar la dignidad faltase a la viril forma de la justicia y que reconociese que su oficio es más una carga que un honor. Pero no que por excesiva mansedumbre brotara la dejadez, ni por la sobrada indulgencia la relajación de la disciplina, a fin de que tratase a todos con amor y no menos con terror a cuantos obran el mal. Quisiera que se rodeara de compañeros llenos de virtud, que, como él, sirvieran de modelo a los demás. Rígidos contra las relajaciones, impertérritos en las angustias, pero convenientemente afables, de modo que recibieran con agrado a cuantos les visitasen. Tal* —terminó— *debería ser el Ministro General de la Orden.*

§ CXL.—De los ministros provinciales

187. Requería idénticas cualidades en los Ministros Provinciales, si bien debían resplandecer con preeminencia en los Generales. Quería que fuesen afables con los humildes y atractivos por la bondad, tanto que los delincuentes no se avergonzasen de encomendarse a su clemencia. Quería que fuesen moderados en los preceptos, compasivos en las ofensas, más fáciles en aguantar injurias que en inferirlas, enemigos de los vicios, médicos de los viciosos. Finalmente, tales que su vida sirviera de espejo de disciplina. Quería que se les tributara todo respeto y se les amara, como quienes llevan el peso de la solicitud y del trabajo. Y aseguraba que serían dignos de recompensa extraordinaria, si con esta forma y con tales leyes gobernasen las almas confiadas a su solicitud.

§ CXLI.—Respuesta del Santo sobre los Ministros

188. Preguntado una vez por un religioso por qué se había desentendido de la guarda de los religiosos y los había entregado a ajenas manos, como si para él nada tuvieran que ver, respondió: *Hijo, yo amo a mis religiosos cuanto puedo. Pero si siguieran mis huellas, aun los amaría mucho más, y estaría más cerca de ellos. Pero hay algunos de entre los Prelados que los conducen por otros caminos, proponiéndoles ejemplos de antiguos y haciendo poco caso de mis avisos. Pero al fin se verán las consecuencias.* Y poco después, hallándose atacado de grave enfermedad, enderezóse sobre el lecho por la fuerza del espíritu y dijo: *¿Quiénes son estos que roban de mis manos mi Religión y la de mis hermanos? Si puedo asistir al Capítulo general, les demostraré cuál sea mi voluntad.* Repuso aquel religioso: «¿Acaso removerás del oficio a aquellos provinciales que de este modo han abusado de su libertad?» Y el Padre, sollozando y con gran tristeza, respondió: *Vivan a su arbitrio, porque es menor el mal de pocos que el de muchos.* No decía esto contra todos, sino contra algunos que por el mucho

tiempo que llevaban en su oficio parecían haberse atribuido su prelacía como una propiedad. En toda reunión de prelados regulares recomendaba de un modo especial que no cambiaran las costumbres sino para mejorarlas; que no buscaran favores correspondidos; que no ejercieran el poder, sino que únicamente cumplieran un deber.

CAPÍTULO XXII

De la santa sencillez

§ CXLII.—Qué sea la santa sencillez

189. La santa sencillez, hija de la gracia, hermana de la sabiduría, y madre de la justicia, era una virtud ardientemente amada por el Santo, y la encomendaba a sus religiosos. No aprobaba, sin embargo, cualquier sencillez, sino únicamente aquella que, contenta con sólo Dios, desprecia las demás cosas. Aquella que se gloría en el temor de Dios y que ignora hacer o decir mal. La que, examinándose a sí misma, a nadie condena con su juicio, y que, optando siempre por lo mejor, no ansía dominio alguno. La que, no creyendo óptimas las glorias inútiles, prefiere hacer a enseñar o aprender. La que en las leyes divinas, dejando para los que han de perecer las palabras ambiguas, los ornatos y engaños, ampulosidades y curiosidades, busca, no la corteza, sino la medula; no la cabeza, sino el corazón; no muchas cosas, sino sólo el grande, el sumo y estable bien. El santo Padre la requería por igual en los religiosos sabios que en los legos, no creyéndola contraria a la sabiduría, sino verdadera hermana, aunque a los pobres les sea más fácil de adquirir que la ciencia y de uso más fácil en la práctica. Por esto en los elogios que hizo de las virtudes dijo así: *¡Salve, reina sabiduría! El Señor te saluda con tu casta hermana la santa sencillez.*

§ CXLIII.—De fray Juan el Simple

190. Pasaba San Francisco junto a un lugar cercano a Asís y un hombre llamado Juan, varón sencillísimo que araba en su campo, se le presentó diciendo: «Quiero me hagas religioso, porque de mucho tiempo acá deseo servir a Dios.» Alegróse mucho el Santo, considerando la sencillez

del buen hombre. Así que le respondió: *Si quieres, pues, ser compañero nuestro, da a los pobres lo que tengas, y una vez que no poseas nada, te admitiré.* Al instante desunció los bueyes y ofreció uno a Francisco. «Este —añadió— démoslo a los pobres, porque tengo derecho a esta parte de los bienes de mi padre.» Sonrió el Santo ante esta sencillez. Al saberlo sus padres y hermanos menores fueron a él con lágrimas en los ojos, lamentando más verse privados del animal que del hombre. El Santo les dijo: *Tened buen ánimo, pues os devuelvo el buey y me quedo con el hermano.* Llevóse consigo al buen hombre, y habiéndole vestido el hábito religioso, le hizo su preferido compañero, en gracia de su simplicidad. Cuando San Francisco se retiraba a un lugar para hacer oración, si durante ella hacía algunos gestos o movimientos, al instante los remedaba el sencillo fray Juan. Si le veía escupir, escupía; si toser, tosía; si suspirar, suspiraba; si llorar, lloraba; si el Santo levantaba la mano al cielo, él la levantaba, mirándole con todo empeño como su ejemplar y para copiar en sí todas sus acciones. Advertido esto por el Santo, le preguntó una vez por qué hacía aquello. A lo que respondió: «Porque prometí hacer lo que tú haces y sería peligroso para mí dejar pasar algo.» Alegróse el Santo de tan pura simplicidad, prohibiéndole, con todo, dulcemente hacerlo en adelante. Poco tiempo después aquel hombre sencillo en esta su simplicidad durmióse en el Señor. Cuya vida proponía el Santo con frecuencia para que fuera imitada, llamándole graciosamente no fray Juan, sino San Juan. Ten presente que es propio de la piadosa simplicidad vivir con las leyes y buenos consejos de los santos. ¡Quién diera a la humana sabiduría seguir con tanto interés al que reina ya en el cielo, cuanto la piadosa simplicidad se sujetaba a él en la tierra! Por último, habiendo ella seguido al Santo durante la vida, se adelantó al mismo en la gloria.

§ CXLIV.—Cómo fomentaba entre sus hijos la unión, de la cual hablaba en parábola

191. Tuvo siempre Francsico constante deseo y continuo afán de conservar entre sus hijos el lazo de unión, a fin de que cuantos habían venido a la Orden, atraídos por un mismo espíritu, y por un mismo padre engendrados, vivieran alimentados en paz, en el seno de una misma madre. Deseaba unir los mayores y menores, juntar con fraternal abrazo los sabios y los sencillos y hermanar con el aglutinante del amor a los ausentes entre sí. Explicó una vez la

siguiente parábola, que encierra una gran lección: *Suponed que todos los religiosos existentes en la Iglesia se reúnen en Capítulo general. Como que entre los allí reunidos los hay literatos y analfabetos, sabios, e ignorantes que sin ciencia saben servir a Dios, se encarga a uno de los sabios y a uno de los sencillos un sermón. Delibera el sabio, pues para esto lo es, y piensa dentro de sí: «No es este lugar para lucir los conocimientos; donde están reunidos los sabios no conviene hacerme notable por la afectación, hablando sutilezas entre los sutilísimos. Acaso será más fructuoso hablar sencillamente.» Llega el día prefijado, reúnense las congregaciones de los santos, ávidos de escuchar el sermón. Se adelanta el sabio, vestido de saco y cubierta la cabeza con ceniza, y al mirarle todos, predicando más con el ejemplo, dice estas breves palabras: «Grandes cosas habemos prometido, mayores se nos han prometido: observemos aquéllas, suspiremos por éstas. El placer es breve, la pena perpetua; el dolor corto, la gloria infinita. Muchos son los llamados, pocos los elegidos; pero a cada uno se les dará lo merecido.» Rompen en lágrimas los oyentes, compungidos, y al verdadero sabio hónranle como santo.*

«*He ahí* —dice el hombre sencillo en su corazón— *que este sabio ha enseñado lo que yo me propuse decir. Pero ya sé lo que debo hacer. Sé algunos versos de los Salmos; yo haré según la costumbre de los sabios, ya que el sabio ha hecho según los sencillos.» Llega entretanto la sesión del día siguiente, se levanta el sencillo y propone el salmo por tema. Inspirado por el divino Espíritu habla tan fervorosa, sutil y dulcemente, inspirado por Dios, que todos, llenos de admiración, dicen persuadidos: «Dios habla a los sencillos.»*

192. Exponía después el varón de Dios la parábola propuesta: *Nuestra Religión forma ya un contingente numeroso y está extendida por todas las partes de la tierra bajo una sola forma de vida, como una asamblea general. En ella los sabios pueden aprovecharse a su gusto y comodidad de las cosas de los sencillos, pues ven a los ignorantes ir en busca de lo celeste con verdadero fervor, y a los necios, según los hombres, gustar, por el Espíritu, de los espirituales. Y en esto también los sencillos convierten en su provecho las cosas que pertenecen a los sabios, viendo a tan preclaros hombres humillados a idénticas ocupaciones que ellos, cuando podrían vivir con mucha gloria en el mundo. En esto* —afirmaba— *brilla la hermosura de esta bienaventurada familia, cuyo adorno vivo y multiforme alegra y satisface indeciblemente al Padre de familias.*

§ CXLV.—Cómo quería que se le rapase la tonsura

193. Cuando le hacían a San Francisco la tonsura, decía a menudo al barbero: *Guárdate de dejarme ancha corona, pues quiero que mis sencillos religiosos reconozcan en mi tonsura que soy uno de ellos.* Quería que la Religión fuese una para los ricos y sabios, para los pobres e iletrados. *Ante Dios* —añadía— *no hay acepción de personas, y el Espíritu Santo, Ministro General de la Religión, descansa por igual sobre el pobre y el sencillo.* Estas palabras quiso se pusiesen en la Regla, pero la bula las omitió.

§ CXLVI.—Quería que los clérigos constituídos en dignidad se despojasen de todo al entrar en la Orden

194. Dijo en cierta ocasión a un clérigo de dignidad que al entrar en la Religión debía resignar hasta la propia ciencia, para que, expropiado con tal resignación, pudiese ofrecerse desnudo en brazos del Crucificado. *A muchos* —prosiguió— *la ciencia los hace indóciles y su altivez no les permite doblarse a las humildes enseñanzas. Por esto desearía que el hombre sabio en los comienzos me hiciera esta súplicas: «He aquí, hermano, que por mucho tiempo viví en el siglo, y en verdad no conocí a Dios. Te ruego, por tanto, que me asignes un lugar apartado de todo ruido y estrépito, en que pueda recordar con dolor mis pasados años y donde, meditando las distracciones de mi corazón, dirija mi alma a lo mejor.» Quien así comenzara, ¿cuánto no podría aprovechar en adelante? Como león suelto saldría fuerte para todo, y la savia dichosa de que en un principio se alimentó le haría robustecerse con continuos adelantos. Así también se entregaría con seguridad al verdadero ministerio de la palabra, porque derramaría de lo que abundaba.* ¡En verdad, sublime doctrina!, ¿qué cosa más necesaria, al que vuelve del disimulo, que eliminar y contrarrestar con humildes ejercicios los afectos del siglo, impresos y grabados por largo tiempo? Pronto cualquiera que ingresara en tal escuela de santidad alcanzaría la perfección.

§ CXLVII.—Cómo quería que se estudiase. Aparécese a un religioso ocupado en la predicación

195. Dolíase si, despreciada la virtud, se buscaba sólo la ciencia, particularmente cuando cada uno no permanecía en la vocación a que desde un principio fuera llamado. *Mis*

religiosos —decía— *que se dejan arrastrar por la curiosidad de la ciencia, en el día de la recompensa se encontrarán con las manos vacías. Quisiera que se fortaleciesen más y más con las virtudes, a fin de que al acercarse los días de la tribulación tuvieran al Señor consigo en la prueba. Porque vendrá tal tribulación, a la cual, no sirviendo para nada los libros, serán arrojados por las ventanas y a los rincones.* No decía esto porque le disgustasen los estudios de la Escritura, sino para apartar a todos del excesivo deseo de aprender, y porque los quería mejores por la caridad que sabios por vanagloria. Preveía también no muy lejanos tiempos en los cuales no ignoraba que la sola ciencia sería ocasión de ruina y que únicamente la fuerza del espíritu salvaría a los espirituales. A un religioso lego que ansiaba tener un breviario, y para lo cual le pedía permiso, le entregó un puñado de ceniza en vez del breviario. Apareciendo después de su muerte a uno de sus compañeros que se dedicaba algunas veces a la predicación, se lo prohibió y le ordenó seguir el camino de la simplicidad. Bien sabe Dios que después de esta visión experimentó tal dulcedumbre, que por muchos días le pareció que las palabras del Padre, como suave rocío, recreaban todavía sus oídos.

CAPÍTULO XXIII

De las devociones particulares del Santo

§ CXLVIII.—Sus devociones particulares. Cómo se animaba al amor de Dios

196. No será acaso inútil ni menos digno que digamos en breves palabras las devociones particulares de San Francisco. Por más que este hombre era devoto en todas las cosas, como que gozaba de la unción del Espíritu, con todo sentía especial afecto por algunas devociones particulares. Entre otras palabras de que se servía en la conversación común, no podía oír algunas sin estremecimiento, entre ellas *amor de Dios*. Súbitamente a las palabras *amor de Dios* excitábase, conmovíase, inflamábase cual si con el sonido de la voz exterior vibrase la fibra interior de su corazón. Decía que a la noble prodigalidad se ofrecía retribución tal por sus limosnas, que eran ignorantísimos cuantos la apreciaban menos que el dinero. El, por su parte, observó infaliblemente hasta la muerte el propósito que hizo viviendo aún entre

las redes del mundo, de no rechazar a ningún pobre que le pidiera por amor de Dios. Pues a un pobre que le pedía limosna por amor de Dios, no teniendo qué darle, cogió ocultamente unas tijeras y se disponía a darle parte de la túnica. Lo que habría ejecutado si, descubierto por los religiosos, no se hubiese provisto al pobre con otra cosa. Con grande afecto decía: *Mucho se ha de amar el amor de quien tanto nos amó.*

§ CXLIX.—Devoción a los ángeles. Su especial amor a San Miguel

197. Veneraba con grandísimo afecto a los ángeles, que permanecen junto a nosotros en la lucha y que en nuestra compañía caminan en medio de las sombras de la muerte. *A los tales* —decía— *debemos siempre reverenciar como a compañeros; e invocarlos como a nuestros custodios.* Enseñaba a no ofender su presencia y a no hacer ante ellos lo que no se haría ante los hombres. Por razón de que en el coro se cantaba en presencia de los ángeles, quería que cuantos pudieran asistiesen al oratorio y allí salmodiasen con atención. A menudo decía también que a San Miguel se le debía honrar con particular distinción, porque tiene el oficio de presentar las almas a juicio. Por esto, en honor de San Miguel, entre la fiesta de la Asunción y la del Arcángel, ayunaba devotamente cuarenta días. Aconsejaba que se debía tributar a Dios alabanza u oferta especial en honor de tan gran príncipe.

§ CL.—Devoción a Nuestra Señora, a la que encomendó particularmente la Orden

198. Abrasábase en indecible amor hacia la Madre de Jesús, porque nos había dado por hermano al Señor de la majestad. La obsequiaba con peculiares alabanzas, le dirigía ruegos, le ofrecía sus afectos, tanto y de tal manera, cual no puede expresar la lengua humana. Pero lo que más alegra es que la constituyó abogada de toda la Orden y cobijó bajo sus alas a los hijos que debía abandonar, para que ella los favoreciese y auxiliase. ¡Ea, abogada de los pobres, cumple con nosotros el oficio de tutora hasta el tiempo prefijado por el Padre!

§ CLI.—Devoción al nacimiento del Señor. Cómo quería que se celebrase

199. Celebraba con mayor regocijo que otras solemnidades la Natividad del Niño Jesús, asegurando que ella era la fiesta de las fiestas, por la que el Dios hecho niño se sujetó a las miserias humanas. Con deseo de hambriento besaba las imágenes del Divino Niño, y su ternísima compasión del Niño hacíale balbucir, a semejanza de los niños, palabras de dulcedumbre. Para Francisco, el nombre de Jesús era como miel y dulzura en la boca. Tratábase un día sobre si se debía o no tomar carne por ser viernes, y respondió a fray Morico: *Pecas, hermano, llamando viernes el día en que nació para nosotros el Divino Infante. Quisiera*—prosiguió—*que en tal día pudiesen comer carne hasta las paredes, y, ya que no pueden, sean por lo menos rociadas en lo exterior.*

San Francisco adora al Niño Jesús. (Bonifacio.)

200. Quería que el tal día los pobres y hambrientos fueran saciados por los ricos, y que aun a los bueyes y asnos se les diera más pienso que el acostumbrado. *Si hablase al Emperador le suplicaría dictara esta ley: que todos cuantos pudieren arrojasen por los caminos trigo y otros granos, para que en día de tanta solemnidad se refocilasen las avecillas, en especial las hermanas alondras.* No podía recordar sin lágrimas la penuria que debió de rodear aquel día a la pobrecilla Virgen. Estando sentado un día a la mesa, un religioso recordó la pobreza de la bienaventurada Virgen y la penuria de Jesucristo, su Hijo. Al instante se levantó de la mesa, y, exhalando dolorosos suspiros y bañado en lágrimas, comió sobre el desnudo suelo el pan que le faltaba. Por esto decía que esta virtud (la pobreza) es de estirpe real, porque brilló tan maravillosamente en el Rey y en la Reina. Tratando una vez en Capítulo los religiosos sobre qué virtud transforma en mayor amigo de Cristo, como si descubriese un secreto del corazón, les respondió: *Sabed, hijos, que la pobreza es el camino especial de salvación y muchísimo es su fruto, pero conocido de muy pocos.*

§ CLII. - Devoción a la Eucaristía

201. Ardía de amor en sus entrañas hacia el sacramento del cuerpo del Señor, sintiéndose oprimido y anonadado por el estupor al considerar tan estimable dignación y tan ardentísima caridad. Reputaba un grave desprecio no oír, por lo menos cada día, a ser posible, una misa. Comulgaba muchísimas veces, y con tanta devoción, que infundía fervor a los presentes. Sintiendo especial reverencia por el Sacramento, digno de todo respeto, ofrecía el sacrificio de todos sus miembros, y al recibir al Cordero sin mancilla inmolaba el espíritu con aquel sagrado fuego que ardía siempre en el altar de su corazón. Amaba también a Francia, por ser devota del Santísimo Sacramento y deseaba morir en ella por amor a tan sagrados misterios. Envió algunas veces a los religiosos por el mundo con preciosos copones, para que dondequiera que advirtieran que el precio de nuestro rescate estaba en lugar indecente, lo colocaran en otro más decoroso. Quería que se tuviera gran reverencia a las manos del sacerdote, porque ellas tienen autoridad para realizar tan impenetrables misterios. Acostumbraba decir: *Si me saliese al encuentro a la vez un santo bajado del cielo o un pobrecillo sacerdote, primero saludaría al sacerdote y correría primero a besar sus manos, y diría: «Aguarda, San Lorenzo, porque las manos de éste tocan el Verbo de la vida y tienen algo más que humano.»*

§ CLIII.—Devoción a las santas reliquias

202. Mostrábase este amado del Señor devotísimo del culto divino, y nada de cuanto con él se relacionaba quedaba sin el honor debido. Hallándose en Monte Casal, en la provincia de Massa, ordenó a los religiosos que con toda reverencia trasladasen las sagradas reliquias de una iglesia completamente abandonada al convento. Contrariábale no poco que por tanto tiempo fueran defraudadas a la pública veneración. Mas, habiéndose ausentado el Santo porque su presencia era necesaria en otros lugares, los religiosos olvidaron las órdenes de su Padre y descuidaron el cumplimiento de la obediencia. Cierto día, al levantarse el tapete del altar para

la santa Misa, hallaron unos hermosísimos huesos, que exhalaban suavísimo perfume. Estupefactos sobremanera, miraban lo que jamás habían visto. Vuelto a poco San Francisco, inquirió si se había cumplido lo ordenado sobre las reliquias. Los religiosos, confesaron con humildad su descuido en cumplir la obediencia, y con el castigo obtuvieron el perdón. Añadió después el Santo: *Bendito sea Dios Nuestro Señor, que por sí mismo ha cumplido cuanto vosotros debíais hacer.* Considera, pues, la devoción de Francisco, admira la dignación de Dios para con nuestro polvo y engrandece el mérito de la obediencia santa. Pues a la voz que no cumplió el hombre obedeció el Señor.

§ CLIV.—Devoción a la Cruz. De un oculto misterio

203. Por último, ¿quién podrá expresar, quién entender siquiera cómo se gloriaba nuestro Santo únicamente en la cruz del Señor? ¡Sólo le será dado conocerlo a quien fué dado experimentarlo! Pues, en verdad, aunque por algún sentido lo percibiéramos, no podríamos en manera alguna expresar tantas maravillas con palabras, envueltas como están en cosas comunes y viles. Y acaso por esto debió manifestarse en la carne, porque no podría explicarse con palabras. Hable, pues, el silencio donde falta la adecuada expresión, porque predica suficientemente el señalado donde falta la señal. Sólo se diga a los hombres que al presente todavía no se ha manifestado en todas sus partes por qué aquel misterio apareció en el Santo, pues lo que a él se reveló tendrá su cumplimiento y fin en lo venidero. Será verdadero y digno de crédito aquello de que la naturaleza, la ley y la gracia dan unánime testimonio.

CAPÍTULO XXIV

De las religiosas o señoras pobres

§ CLV.—Cómo quería que los religiosos las tratasen

204. No conviene pasar por alto el recuerdo de aquel espiritual edificio, mucho más noble que cualquiera obra terrenal, que el bienaventurado Padre, por inspiración del Espíritu Santo, construyó después de la reparación material de

la iglesia de San Damián, en el mismo lugar, para aumento de la Ciudad Eterna. No es creíble que únicamente para reparar aquella obra, que se arruinaba, Cristo le hubiese hablado desde el leño de la cruz, con modo tan estupendo que infundiera temor y arrancara lágrimas a los sabedores, sino que, como había predicho el Espíritu Santo, allí debía tener principio una Orden de vírgenes sagradas, escogida colección de piedras preciosas, para restauración de la celeste Casa. Así, después que ingresaron las vírgenes de Cristo en aquel lugar, llegadas de todas las partes del mundo, y profesaron la perfección suma en la observancia de la altísima pobreza y en el esplendor de las más heroicas virtudes, aunque el Padre las fué retirando poco a poco su presencia corporal, sin embargo, por su afecto en el Espíritu Santo, aplicóse al cuidado de las mismas. Pues, como el Santo las reconociera probadas por muchas demostraciones de elevada perfección y dispuestas a sufrir todo infortunio y tolerar cualquier trabajo antes que apartarse jamás de los santos mandamientos, les prometió, y a cuantas profesaran la pobreza con idéntico rigor, auxilio y consejo perpetuo, y el de todos sus religiosos. Y lo cumplió escrupulosamente siempre durante su vida, y, cercano ya a la muerte, ordenó con instancia que siempre se ejecutase. Porque uno e idéntico espíritu había alejado del mundo —decía— a los religiosos y a las religiosas.

205. Admirados alguna vez los religiosos de que no visitara con mayor frecuencia a las esposas de Jesucristo, respondió: *No creáis por esto, carísimos, que no las ame de corazón. Mal haría en no sostenerlas en el amor de Cristo, cuando las hice sus esposas. No pudiera reprochárseme el no haberlas llamado, pero sería cruel el no atenderlas después de haberlas llamado. Os doy ejemplo para que así como yo lo hago lo hagáis vosotros. No quiero que nadie espontáneamente se ofrezca a visitarlas, mas ordeno que se depare para su servicio a aquellos que se resisten, y solamente varones espirituales probados por largo y acreditado comportamiento.*

§ CLVI.—Reprende a algunos que libremente frecuentaban los monasterios

206. Cierto religioso tenía en un monasterio dos hijas de adelantada perfección, y dijo que con mucho agrado les llevaría un pequeño regalo que el Santo quería hacerles. Reprendióle éste ásperamente, con palabras que no quiero re-

cordar. Así envió el encargo por medio de otro, que lo rehuía. Otro religioso, en invierno, a causa del mal tiempo, se llegó a un monasterio, ignorando la firme voluntad del Santo de que no se fuera. Cuando el Santo lo supo le hizo marchar desnudo por espacio de muchas millas entre la nieve.

§ CLVII.—Predica más con el ejemplo que con palabras

207. Como se hallase el santo Padre en San Damián, obligado por las continuas instancias de su Vicario a que predicara la palabra de Dios a las monjas, avínose por fin a ello. Reunidas las religiosas en el lugar de costumbre para escuchar la predicación del Santo, pero mejor para verle, éste, levantados los ojos al cielo, donde siempre tenía su corazón, comenzó a orar a Cristo. Hizo traer ceniza, con la cual formó en el suelo un círculo alrededor de sí e impuso la restante sobre la cabeza. Viendo ellas al bienaventurado Padre, sin moverse ni hablar en el círculo de ceniza, experimentaron en su corazón no pequeño estupor. Levantóse súbitamente el Santo y, más maravilladas ellas todavía, recitó por todo sermón el salmo *Miserere*. Terminado, marchó de prisa. Con esta escena sintiéronse las siervas de Cristo tan penetradas de contrición que, derramando lágrimas a torrentes, apenas podían dejar de castigarse. Les enseñó prácticamente que se reputaba ceniza, y que de ellas nada llegaba a su corazón sino cuanto podía juzgarse bajo este aspecto. Tal era su conversación con las mujeres santas. Sus visitas, utilísimas a las mismas, eran cortas y raras. Su voluntad era que todos sus hermanos sirviesen a las religiosas por amor de Cristo, y a quien ellos sirven, y como pájaros con alas, huyeran de los lazos de perdición.

CAPÍTULO XXV

Alabanzas de la Regla

§ CLVIII.—Recomendación de la Regla. De un religioso que la tenía siempre consigo

208. Celaba ardientemente nuestro Santo la profesión y Regla común, y, animaba a los que se mostraban celosos de su cumplimiento con bendición especial. Decía a los suyos que era el libro de la vida, esperanza de la salvación, medula del Evangelio, camino de la perfección, llave del paraíso, pacto de eterna alianza. Quería que todos la tuviesen consigo, que todos la supieran, y por doquier sirviera de conversación y recordara al hombre interior su juramento voluntariamente emitido. Enseñó que se debía tener siempre a la vista, para que amonestase cuál debe ser nuestra vida, y, lo que es más, que se debe morir con ella. No se olvidó de este consejo cierto hermano lego, a quien creemos deber venerarse entre el número de los mártires, pues alcanzó la gloriosa palma de la victoria. Al ser conducido por los sarracenos al martirio, con la Regla en las manos y postrado humildemente de rodillas, dijo a su compañero: «Carísimo hermano, de todas las cosas en que pude ofender esta Regla me acuso ante la majestad de Dios y ante ti.» A la breve confesión siguió el martirio, con el cual terminó la vida y brilló después con signos y prodigios. Dicho hermano había ingresado en la Orden tan joven, que apenas podía tolerar el ayuno regular, y, no obstante, niño aún, ceñía a la carne una malla. Niño dichoso, que comenzó tan felizmente y con mayor dicha terminó.

§ CLIX.—Visión que recomienda la Regla

209. Tuvo, el santísimo Padre, por favor celestial, una visión referente a la Regla. Mientras se trataba entre los religiosos de obtener su confirmación, se presentó en sueños a nuestro Santo, que con tal motivo se hallaba sumamente preocupado, la siguiente visión: «Parecíale que recogía con cuidado sutilísimas y casi imperceptibles migajas de pan, las cuales debía distribuir a sus religiosos, muchos en número

y hambrientos, que le rodeaban. Como temiese se le escurrieran entre los dedos, como diminuto polvillo, oyó una voz de lo alto que dijo: «Francisco, amasa con esas migas un pan y entrégalo a los que gusten comer de él.» Habiéndolo ejecutado así, cuantos no lo tomaron con respeto, o despreciaban el don ofrecido, aparecían luego infectos de ignominiosa lepra. Contó por la mañana siguiente a sus compañeros la visión, doliéndose de no adivinar el significado de la misma. No obstante, poco después, al salir de profunda oración, escuchó del cielo otra voz: «Francisco, las migajas que viste en la noche anterior representan las palabras del Evangelio; el pan es la Regla; la lepra, la iniquidad.» Los religiosos de aquellos tiempos no reputaban dura o áspera la Regla, a la que juraron fidelidad, pues estaban prontísimos a sobrellevarlo todo. No cabe dejadez o pereza donde el aguijón del amor estimula a mayores cosas.

CAPÍTULO XXVI

Enfermedades de San Francisco

§ CLX.- Su conversación con un religioso sobre el trato del cuerpo

210. Con innumerable trabajos y graves enfermedades, el heraldo de Dios, Francisco, imprimió sus huellas en los senderos de Cristo; no volvió nunca atrás, sino que lo comenzado con buen deseo lo terminó con perfección. Fatigado en extremo, y rendido el cuerpo, jamás se detuvo en la carrera de la perfección, nunca amortiguó el rigor de la disciplina. Además, no podía atender a su cuerpo, ya exhausto, sin sentir escrúpulos en su conciencia. Así, necesitado de remedios blandos o muelles, aun rehusándolos, para los males del cuerpo, extenuado de fuerzas, se dirigió a cierto religioso de quien sabía poder recibir oportuno consejo, y con toda sencillez le dijo: *¿Qué te parece, hermano carísimo, de los reproches frecuentes con que mi conciencia me atormenta por el cuidado del cuerpo? Temo atender con exceso la enfermedad y que me intereso en proporcionarle excesivos regalos. Y no porque los cuidados de la enfermedad deleiten al cuerpo, del cual se apartó tiempo ha el estímulo de todo placer.*

211. El hijo respondió al Padre, en el acto, convencido de que el Señor le inspiraba lo que debía contestarle: «Dime, si te place, ¡oh Padre!, ¿con qué diligencia tu cuerpo, mientras pudo, obedeció tus mandatos?» A lo que contestó: *Te doy palabra, hijo mío, de que en todas las cosas fué muy obediente, no perdonándose nada, sino que, como esclavo, cumplió cuanto se le ordenaba. No rehuyó trabajo alguno; no rehusó incomodidades; sólo deseó cumplir mis preceptos. En esto convenimos perfectamente él y yo, que sin repugnancia ambos servimos a Dios nuestro Señor.* Repuso entonces el religioso: «¿Dónde está, pues, ¡oh Padre!, tu liberalidad, tu piedad y tu gran discreción? ¿Es ésta una conducta digna entre dos amigos fieles, recibir de grado el beneficio y en cambio no corresponder debidamente al que da cuanto es necesario? ¿Qué clase de servicios pudiste hasta el presente hacer al Señor tu Dios sin el auxilio y concurso del cuerpo? ¿Acaso, como tú mismo confiesas, no se expuso por ello a toda prueba?» *Confiésote, hijo mío* —replicó el Padre—, *que esto es pura verdad.* «¿Es, pues, razonable —insistió el religioso— que a un tan fiel amigo le faltes en tiempo de extrema necesidad, si él se expuso por ti a su bienestar hasta la muerte? Lejos de ti, ¡oh Padre!, auxilio y apoyo de los afligidos; lejos de ti este pecado contra el Señor.» *Bendito seas, hijo mío* —exclamó entonces el Padre—. *que sabiamente has proporcionado a mis temores tan saludables remedios.* Conversó entonces alegremente con su cuerpo: *Alégrate, hermano cuerpo, y perdóname, pues en adelante ya atenderé con gusto tus deseos y me apresuraré a subvenir liberalmente a tus quejumbrosas exigencias.* Pero. ¿qué era lo que podía deleitar ya a un cuerpo del todo extenuado? ¿Qué podía sostener a un cuerpo en ruinas? Muerto estaba ya Francisco al mundo. y Cristo era quien vivía en él. Las delicias del mundo eran para él un tormento, porque en su corazón tenía grabada la cruz de Cristo. Y si las llagas brillaban en su carne era porque en el corazón habían arraigado profundamente las raíces de la cruz.

§ CLXI.—Promesa del Señor como premio a las enfermedades del Santo

212. Rodeado de dolores por todas partes, fué cosa admirable cómo tenía fuerzas para tolerarlos. Todavía estas mismas angustias no las conocía con el nombre de penas. sino con el de hermanas. Varias razones pueden explicar estos sufrimientos. En verdad. para que brillase más con los

triunfos, no se dignó el Altísimo encomendar a Francisco cosas difíciles sólo en los comienzos de su conversión, sino que también le dió motivo de triunfo cuando había avanzado ya mucho en su carrera. Tienen en esto ejemplo sus seguidores, pues en sus últimos años nada obró con menos fervor ni de nada quiso dispensarse. Tampoco fué causa de este modo de proceder la más perfecta purgación en este valle de lágrimas, en el que de tal manera expiase el último ápice de la deuda. si había algo digno de pena, que absolutamente purificado volara derecho a los cielos. Juzgo más bien motivo principalísimo de sus mortificaciones, como él mismo afirmaba de otros, la gran recompensa que hay en los sufrimientos.

213. Una noche. en que se sentía más rendido que de ordinario por sus graves enfermedades y diversas molestias. comenzó a compadecerse de sí mismo en lo íntimo del corazón. Mas para que aquel espíritu decidido no se rindiera a la carne en lo más mínimo ni por un solo instante, se escudó en la paciencia. orando al Señor. Y así atribulado. escuchó de Dios la promesa de vida eterna, bajo esta semblanza: «Si toda la mole de la tierra y la máquina del mundo se convirtiera en oro de subidísimo precio. y por todo lo que sufres se te diera en premio un tesoro de gloria tan subida que en comparación suya nada fuese ese oro, ni siquiera digno de tenerse en cuenta, ¿no te gozaras sufriendo con alegre ánimo lo que al presente padeces?» *Sí, me gozara* —replicó el Santo—, *y en extremo.* «Alégrate, pues —habló el Señor—, pues tu enfermedad es prenda de mi reino, y por la paciencia espera confiado y seguro la herencia del mismo reino.» ¡Cuánta debió ser la satisfacción de aquel hombre a quien se hacía tan halagüeña promesa! ¡Con cuánta paciencia, mejor diré, con cuánto amor debió de abrazar los dolores de su cuerpo! Sólo él lo supo. pues le fué imposible expresarlo con palabras. Refiriólo. con todo. como pudo y en pocas palabras, a sus compañeros. Fué entonces cuando compuso el Cántico de las Criaturas. invitándolas a la alabanza del Creador.

CAPÍTULO XXVII

Tránsito del Santo Padre

§ CLXII.—Al acercarse su fin exhorta a los religiosos y los bendice

214. La muerte del hombre —dijo el sabio— revela sus obras. Lo vemos cumplido gloriosamente en San Francisco. El cual, corriendo con alegría de espíritu por los caminos de los divinos mandamientos, llegó por los tramos de todas las virtudes a las más altas cumbres. Como obra completa, sublimada a la perfección a fuerza de golpes de muchas tribulaciones, «vió el límite de toda perfección». Entonces brillaron con especial resplandor sus obras maravillosas y se vió con toda evidencia que cuanto había vivido era todo divino, pues, despreciadas las glorias de la vida terrena, libre voló a los cielos. Creyó una desgracia vivir en el mundo, amó a los suyos hasta el fin y aceptó la muerte cantando. Como se acercara a los últimos días, en los cuales la luz perpetua y vivísima debía suceder a lo oscuro y deleznable, demostró con sus virtudes que nada tenía de común con el mundo. Atacado ya de aquella gravísima enfermedad, que puso fin a toda dolencia, hizo que le colocasen desnudo sobre la desnuda tierra, para que en aquella hora suprema, en la que el enemigo podía aún acometerle, luchara desnudo con el desnudo. Intrépido, esperaba con seguridad el triunfo, y, juntas las manos, abrazaba ya la corona de la justicia. Colocado de esta suerte en el suelo, despojado el vestido de saco, levantó, según costumbre, su rostro al cielo, y absorto todo él en la gloria, cubrió con la mano izquierda la llaga del costado derecho para que no se viese. Entonces dijo a sus religiosos: *He cumplido cuanto me estaba confiado; Cristo os enseñe lo que debéis hacer vosotros.*

215. A la vista de esto, sus hijos derramaron ríos de lágrimas y, arrancando de su pecho hondos suspiros, sintiéronse poseídos de íntimo dolor. Contenidos un tanto los sollozos, el Guardián, que conoció por inspiración divina el deseo del Santo, levantóse presuroso, y, tomando la túnica con los paños menores y el capucho de saco, habló al Padre: «Por mandato de santa obediencia quiero que aceptes de mí este hábito, los paños menores y el capucho. Y para que sepas que no tienes propiedad alguna en estas ropas,

te prohibo que las des a nadie.» Gózase el Santo y llénase de alegría su corazón, porque reconoce que hasta el fin ha conservado la fidelidad a su señora la pobreza. Hizo todo esto por celo de la santa pobreza, y para que en lo último de su vida ni el hábito tuviera propio, sino prestado. Traía puesta la capucha de saco para cubrir las heridas causadas por la cura de los ojos, cuando necesario fuera un gorro de blanda y fina lana.

216. Después de esto levantó el Santo las manos al cielo y alabó a Jesús, porque, ya desprendido de todo, libre se remontaba a El. Mas, para mostrarse en todas las cosas verdadero imitador de su Cristo Dios, amó hasta el fin a los hermanos e hijos, a quienes había amado desde el principio. Hizo llamar a sí a los religiosos que allí moraban, y consolándoles por su muerte con palabras ternísimas y paternal afecto, les exhortó al amor de Dios. Hablóles de conservar la paciencia y la pobreza, anteponiendo a todas otras leyes el santo Evangelio. Sentados los religiosos en torno suyo, extendió sobre ellos su mano derecha y, comenzando por su Vicario, la puso sobre la cabeza de cada uno, y les dijo: *Conservaos, hijos míos, en el temor le Dios y permaneced siempre en él. Y porque se acerca grande tentación y tribulación, dichosos aquellos que permanecerán en las buenas obras comenzadas. Yo me voy a mi Dios, a cuya gracia os encomiendo.* Bendijo en aquellos allí presentes a todos los ausentes desparramados por todas las partes del mundo, y a los que habían de venir después de ellos hasta la consumación de los siglos. Nadie usurpe para sí solo esta bendición, pues en los presentes la promulgó también a los ausentes. Tal como se halla escrita en otras partes suena a cosa particular. pero esto más bien desfigura su finalidad.

§ CLXIII.—Su muerte y lo que hizo antes de la misma

217. Mientras los religiosos derramaban lágrimas amarguísimas y se mostraban inconsolables, hizo el santo Padre traer un pan. Bendíjolo, lo partió y dió a comer a cada uno un pedazo. Hizo traer también el códice de los Evangelios, y pidió le leyeran el de San Juan en el lugar que comienza: *Ante diem festum Paschae:* en la vigilia de la fiesta de Pascua. Recordábase de aquella cena sacratísima, última que el Señor celebró con sus discípulos. Y para memoria de aquélla, y con el objeto de demostrar a sus hermanos la ternura de su afecto, hizo cuanto se acaba de relatar. Después. empleó los pocos días que antecedieron a su tránsito

en acción de gracias, enseñando a sus más estimados compañeros a alabar a Cristo. El, por su parte, del modo que le fué posible, entonó el salmo *Voce mea ad Dominum clamavi:* he levantado mi voz a mi Señor. Convidaba también a las criaturas todas a alabar a Dios, y con cantos que antiguamente había compuesto las excitaba ahora al divino amor. Aun a la misma muerte, para todos tan terrible y odiosa, la invitaba a la alabanza, y, como saliéndole al encuentro, la llamaba a su morada: *Sea bienvenida mi hermana la muerte.* Y volviéndose al médico, le dijo: *Hermano médico, pronosticame con toda claridad mi próxima muerte, que será para mí la entrada a la vida.* Y luego a los religiosos: *Cuando vieseis que se acerca mi agonía, tal como me visteis hace tres días, desnudo, de la misma manera colocadme en el suelo y dejad tendido el cuerpo ya difunto tan largo espacio cuanto se necesita para caminar pausadamente una milla.* Llegó en tanto la hora, y cumplidos en él todos los misterios de Cristo, voló felizmente a Dios.

San Francisco rodeado de ángeles. (Filippino Lippi.)

§ CLXIV.—Visión que tuvo fray Agustín en su muerte

218. Fray Agustín era en aquel entonces Ministro de los religiosos de la Tierra de Labor, el cual, llegada su última hora, perdida ya el habla, oyéndolo todos los que estaban presentes, exclamó súbitamente: «Espérame, Padre, espérame. Ya voy contigo.» Preguntáronle el motivo los religiosos, en extremo sorprendidos de que así hablara, y respondió con toda claridad: «¿No veis a nuestro Padre Francisco, que sube a los cielos?» Y al instante su santa alma, desprendida de la carne, siguió a la de su santísimo Padre.

§ CLXV.—El santo Padre, después de su muerte, aparece a un religioso

219. El glorioso Padre apareció aquella misma noche y hora, vestido de túnica purpúrea y seguido de una turba innumerable de hombres, a otro religioso de laudable vida, entregado entonces a la oración. Separándose muchos del cortejo, dijeron al religioso: «¿Acaso, hermano, no es éste Cristo?» Y él respondió: «El mismo es». Otros, a la vez, le preguntaban: «¿No es éste San Francisco?» Repuso el religioso que de verdad era el mismo. Parecía ciertamente al religioso y a la turba de los acompañantes que Cristo y San Francisco eran una sola persona. Lo cual no parecerá temerario a los inteligentes, pues quien se une a Dios forma un solo espíritu con él y el mismo Dios será todas las cosas en todos. Llegó, por fin, el bienaventurado Padre con aquella innumerable multitud a lugares amenísimos que, regados por aguas limpias y tersísimas, mostraban la belleza de las plantas, se embellecían con la hermosura de las flores y se adornaban con toda clase de deliciosos árboles. Había allí un palacio de magnitud prodigiosa y de belleza singular, en el cual, entrando el nuevo morador del cielo, como hallase allí a otros muchísimos religiosos, comenzó con alegría a tomar parte con los suyos en el banquete, ante una mesa espléndidamente preparada, nadando en delicias.

§ CLXVI.—Visión del Obispo de Asís en la muerte del santo Padre

220. El Obispo de Asís había ido en peregrinación, por aquel entonces, al santuario de San Miguel. A su vuelta, detenido en Benevento, fué favorecido por el bienaventurado

Padre, en la misma noche de su tránsito, con una visión. Díjole el Santo: *He aquí, padre, que, dejando el mundo, me voy a Cristo.* A la mañana siguiente, el Obispo refirió a sus familiares lo que había visto, y llamado un notario, apuntó el día y la hora de la visión. Afligióse por ello muchísimo, y bañado en lágrimas, lamentábase de haber perdido un Padre tan preclaro. Llegado a su tierra, refirió lo acaecido, dando fervorosas gracias a Dios por sus favores.

§ CLXVII.—Canonización y traslación de San Francisco

En nombre de Nuestro Señor Jesucristo. Amén. En el año del Señor 1226, el cuarto de las nonas de octubre (día 3), día que había predicho, cumplidos veinte años desde que se había consagrado incondicionalmente a Cristo, imitando la vida y siguiendo las huellas de los apóstoles, el apostólico varón Francisco, libre ya de las ligaduras del cuerpo mortal, voló dichosamente a Cristo, y sepultado en la ciudad de Asís comenzó a brillar por todas partes con tantos, tan admirables y singulares prodigios, que en breve tiempo llevó tras sí gran parte del mundo a la admiración de la nueva maravilla. Como brillase ya en muy distintas partes con el nuevo resplandor de milagros, y de todos puntos acudiesen los que en sus necesidades habían obtenido remedio, el señor Papa Gregorio, que se hallaba en Perusa, junto con los cardenales y otros prelados de la Iglesia, comenzó a tratar de la canonización. Conviniendo todos, propusieron idéntico parecer. Leyeron y aprobaron los milagros que el Señor por su siervo se había dignado obrar y celebraron con inusitados elogios la vida y hechos del santo Padre. Fueron convocados en primer lugar para tan gran fiesta los príncipes de la tierra, y toda la multitud de prelados, con infinita muchedumbre del pueblo, y el día señalado, juntos con el santísimo Papa, entraron en la ciudad de Asís para celebrar, a mayor honor del Santo, su canonización. Llegados todos al lugar para tan solemne acto preparado, el Papa Gregorio predica al pueblo, y con acento conmovedor enumera las maravillas de Dios. Glorifica después al santo Padre Francisco con bellísimo sermón y derrítese en lágrimas al referir la pureza de su vida. Terminado el sermón, levantadas las manos al cielo, en alta voz dijo el Papa Gregorio: «Para mayor honor y gloria de Dios omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y de la gloriosa Virgen María y de los bienaventurados apóstoles San Pedro y San Pablo y a honra de la Iglesia Católica, con el consejo de nuestros hermanos y

demás prelados, declaramos que sea venerado en la tierra, contado en el catálogo de los santos, y que su fiesta se celebre el día de su muerte, el bienaventurado Padre Francisco. a quien Dios glorificó en los cielos.»

§ CLXVIII.—Oración de los compañeros del Santo

221. He aquí, ¡bienaventurado Padre nuestro!, que con palabras sencillas hemos alabado de algún modo tus magníficos hechos y explicado algunas de las innumerables virtudes de tu santidad. Sobradamente conocemos que nuestras palabras distan mucho de realzar tus grandezas cual mereces, ya que para expresar las maravillas de tanta perfección no pueden hallarse palabras adecuadas. Pedímoste, como también a cuantos nos leyeren, tengan en cuenta tanto el afecto como la diligencia que en hacerlo hemos puesto, alegrándose de que la pluma de los hombres sea cosa muy inhábil para ponderar debidamente la grandeza de vida tan esplendente. Porque, ¡oh el más egregio de los santos!, ¿quién podrá sentir en sí mismo el ardor de tu espíritu, o manifestar a los demás aquellos encendidísimos afectos que sin intermisión fluían de tu alma hacia Dios? Pero hemos escrito estas páginas deleitados con tu recuerdo, el cual, mientras vivimos, nos esforzamos en comunicar a los demás, aunque sea con lengua balbuciente. Recréaste ahora con la hartura de pan, tú, en otro tiempo hambriento; sáciaste ya con el torrente de la dicha, tú, antes sediento. Mas no te creemos tan absolutamente absorto en las delicias de la casa de Dios, que te hayas olvidado de tus hijos, cuando Aquel de quien gozas se acuerda con misericordia de nosotros. Llévanos a ti, dignísimo Padre, para que corramos con ardor en pos de tus perfumes los que al presente ves tibios por la desidia, lánguidos por la pereza, medio muertos por el descuido. El pequeño rebaño te sigue con paso vacilante; la débil pupila de enfermizos ojos no aguanta los esplendores de tu perfección. Renueva nuestros días como en el principio, ¡oh espejo y ejemplar de los perfectos! No permitas que sean poco conformes por la vida los que están identificados contigo por la profesión.

222. Ahora hacemos humildes ruegos ante la clemencia de la Majestad eterna por el siervo de Cristo, nuestro Ministro, sucesor de tu humildad, celador de la verdadera pobreza, que tiene solícito cuidado de tus ovejas y las trata con dulce afecto por la caridad de Cristo. Te pedimos, ¡oh Padre santo!. que le protejas y le auxilies. para que. siguiendo tus pisadas, pueda obtener en la eternidad la alabanza y gloria que tú has alcanzado.

223. Te pido, asimismo, ¡benignísimo Padre!, con todo el afecto del corazón por aquel tu hijo que antes y ahora ha escrito tus glorias. Te ofrece y dedica, a la par que sus hermanos, este opúsculo que las reúne, si no dignamente como mereces, por lo menos piadosamente, según sus fuerzas. Dígnate preservarlo y librarlo de todo mal, aumentando en él los santos merecimientos, y reúnele perpetuamente por tus plegarias en la compañía de los santos.

224. Acuérdate, ¡oh Padre!, de todos tus hijos, quienes, rodeados de indecibles peligros, sabes perfectamente cuán de lejos siguen tus huellas. Dales fuerzas para resistir. Purifícales para que den esplendor. Alégrales para que gocen. Infunde y obtén para ellos el espíritu de gracia y de oración, para que se llenen de la humildad verdadera que poseíste, para que observen la pobreza que observaste, para que obtengan la caridad con que tú siempre amaste a Cristo crucificado. Quien, con el Padre y el Espíritu Santo. vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Cabeza del Dante, cantor de San Francisco

SAN BUENAVENTURA

LEYENDA DE SAN FRANCISCO DE ASÍS

San Buenaventura (Grabado del siglo XVI.)

LEYENDA DE SAN FRANCISCO

Manifestóse *la gracia de Dios Nuestro Salvador* en estos últimos tiempos, mediante su siervo, el bienaventurado Francisco, a todos los hombres verdaderamente humildes y amigos de la santísima pobreza, los cuales, admirando en él la infinita misericordia de Dios, son movidos con su ejemplo a *renunciar* por completo *a la impiedad y a los deseos pecaminosos del siglo;* a vivir en perfecta conformidad con Cristo y a suspirar con ardientes deseos por la bienaventurada patria del cielo. Sobre Francisco, como sobre uno de sus verdaderos pobres, *dirigió el Señor sus miradas* con dignación tan inefable, que no sólo lo apartó del corrompido desorden del mundo, sino que, convertido en seguidor, guía y pregonero de la perfección evangélica, se dignó establecerlo como *luz de los creyentes,* a fin de que diese testimonio de la misma luz, enseñase sus caminos y las sendas de la paz y preparase de este modo para el Señor los corazones de los fieles.

Y en verdad, Francisco, cual otra estrella matinal que se vislumbra en medio de ligeras nubes, resplandeciendo con claridad de vida y con los fulgores de su doctrina, iluminó con luz clarísima a los que estaban sentados en las tinieblas y en las negras sombras de la muerte. De igual modo, a la manera del arco iris, que resplandece entre nubes de gloria, representando en sí mismo el sello de una nueva y divina alianza, evangelizó a los hombres la verdadera paz y la salvación, y hecho él mismo ángel de la paz celestial, fué destinado por Dios, a imitación del Precursor, para que preparase en el desierto de este mundo los caminos de la más alta pobreza y predicase penitencia, no sólo con la palabra, sino también con el ejemplo. Prevenido, por otra parte, con las bendiciones de la gracia y enriquecido con los méritos de sus propias virtudes, fué lleno del espíritu de profecía. destinado a un ministerio angélico. abra-

sado todo en incendios de amor seráfico y arrebatado a lo alto, como varón extático, en un carro de fuego; de todo lo cual, y del curso entero de su vida, se deduce razonablemente que vino al mundo investido con la virtud y el espíritu de Elías.

En vista de esto, no dudamos afirmar que Francisco fué figurado en aquel ángel que vió el amado discípulo, apóstol y evangelista San Juan en su Apocalipsis, ángel que subía desde donde nace el sol y que llevaba impreso en sí mismo el sello del Dios vivo. Por eso, al abrirse en el cielo el sexto de aquellos sellos misteriosos, se expresa así el Profeta de Patmos: *Y vi otro ángel que subía desde donde nace el sol y que tenía la señal de Dios vivo.*

Que este embajador de Dios, tan amable para Cristo, digno objeto de imitación para nosotros y de admiración para el mundo, fuese el bienaventurado Francisco, lo podemos inferir con absoluta certeza si consideramos el grado sublime de santidad a que llegó, y por la cual fué durante su vida un trasunto de la pureza de los ángeles, y mereció ser propuesto como ejemplar a todos los verdaderos seguidores de Cristo.

A juzgarle así piadosamente nos induce, no sólo el ministerio que tuvo de llamar a los hombres al llanto y al dolor, a las prácticas de la mortificación y a señalar sus frentes con el signo *tau*, esto es, con la señal de penitencia simbolizada en la cruz, y a vestirse de un modo conforme al Crucificado, sino que además nos lo confirma con irrefragable y verídico testimonio la señal del Dios vivo, o sea las llagas de Cristo crucificado que el Santo llevó impresas en su cuerpo, no por virtud de la naturaleza, ni mucho menos por industria o ingenio del arte, sino por la virtud admirable del Espíritu de Dios.

Mas, conociéndome yo incapaz y sin fuerzas bastantes para la empresa de escribir la vida, dignísima de imitación, de este Santo admirable, en manera alguna lo hubiese intentado si a ello no me moviera el ferviente anhelo de mis hermanos o me obligase la voluntad unánime de todo el Capítulo y la devoción ardiente que por deber profeso al santo Patriarca, pues fresco tengo aún en la memoria el haberme librado por su invocación y por sus méritos de las fauces de la muerte cuando me hallaba en la edad pueril, y con razón incurriría en la fea nota de ingrato si dejase de publicar sus glorias. Esta es, en verdad, para mí la causa principal de acometer tal empresa, pues reconozco que Dios me ha conservado la vida del cuerpo y también la del alma por Francisco, y en mí mismo he experimentado su grande virtud.

Para llevar a cabo mi intento he procurado recoger algunos fragmentos históricos no utilizados hasta ahora y que anduvieron diseminados de una a otra parte; y, sirviéndome de ellos, voy a relatar las virtudes en que tanto resplandeció la vida del siervo de Dios, sus hechos y sus palabras. Me he apresurado a reunir todos aquellos datos antes de que muriesen los que fueron compañeros del Santo, a fin de que no pereciese su noticia.

Y para que la verdad de los hechos que voy a referir me constase con más certeza y claridad, trasladéme a los lugares donde nació, vivió y conversó el Santo, y allí traté acerca de aquellos sucesos con los compañeros supervivientes de Francisco, sobre todo con algunos que fueron testigos de su santidad y los más privilegiados entre sus discípulos, a los cuales debe darse entero crédito, no sólo por haber visto con sus propios ojos lo que me refirieron, sino principalmente por la excelencia de sus virtudes. Mas, nótese que en la relación de aquellas cosas que el Señor se dignó obrar por su siervo he juzgado que debía emplear un estilo claro y sencillo, como más propio para excitar la devoción del que leyere, que el hinchado y ampuloso. Además, con el fin de evitar en lo posible toda confusión no he seguido siempre en esta historia un orden rigurosamente cronológico, antes bien he procurado seguir el orden que más se adaptase a la narración de las cosas, sucedidas en un mismo tiempo, aunque versen sobre varias materias, o bien las acaecidas en diversas épocas, siempre que el asunto a que se refieran sea análogo.

Ahora bien: el principio, la continuación y el término de esta *Vida* se contiene en los quince distintos capítulos que se indican a continuación.

En primer lugar se trata de la conversación del Santo mientras vivió en hábito secular.

En segundo lugar se trata de su total y perfecta conversión a Dios y de cómo reparó tres iglesias.

Se trata en el tercer capítulo de la fundación de la Orden y de la aprobación de la Regla.

En el cuarto se trata de la propagación de la Orden gobernada por el Santo y de la confirmación solemne de la Regla, ya aprobada.

Ocúpase el quinto de la austeridad de su vida, y de cómo las criaturas le proporcionaban consuelo.

En el sexto se habla de su humildad y de su obediencia, y de cómo Dios se dignaba condescender a sus deseos.

Trátase en el séptimo de su amor a la pobreza y de la paciencia en soportar los defectos.

En el octavo se habla de su piedad fervorosa y del dominio que ejercía sobre las criaturas irracionales.

El noveno se ocupa del fervor de su caridad y de los deseos que tenía del martirio.

Se habla en el décimo del ejercicio y de la virtud de la oración.

Trátase en el undécimo de la inteligencia de las divinas Escrituras y del espíritu de profecía.

En el duodécimo se refiere la eficacia de su predicación y la gracia de sanar a los enfermos.

Se describe en el décimotercero la impresión de las santas llagas.

Háblase en el décimocuarto de su admirable paciencia y de su dichosa muerte.

En el décimoquinto se refiere su canonización y la traslación de su santo cuerpo.

Por último se describen algunos milagros obrados después de su dichosa muerte.

CAPÍTULO I

De la conversación del Santo mientras vivió en hábito secular

1. Hubo en la ciudad de Asís un hombre llamado Francisco, cuya memoria permanece en bendición, pues habiéndose dignado Dios prevenirlo amorosamente con bendiciones de dulzura, lo separó, por efecto de su misericordia, de los peligros de este mundo y lo llenó abundantemente con los dones de su gracia celestial. Pues aunque en su juventud fué educado regaladamente entre los vanos hijos de los hombres, y dedicado, después de adquirir alguna noticia de las letras, a los lucrativos negocios del comercio, sin embargo, protegido por el auxilio de lo alto, no corrió en pos de los goces como los jóvenes lascivos, ni siguió los depravados apetitos de la carne, ni, por más que se hallase dedicado al lucro, puso su esperanza, como los avaros mercaderes, en el dinero o en los tesoros perecederos de la tierra. Había, en efecto, en el corazón del joven Francisco una cierta compasión generosa hacia los pobres, que el mismo Dios le había infundido, la cual, creciendo en él desde la infancia, llenó su corazón de una bondad tan grande que, siguiendo las máximas del Evangelio, se propuso dar limosna a todo el que se la pidiese, y mucho más si alegaba el amor

de Dios para obtenerla. Aconteció, empero, que, un día, entregado a las tareas de su comercio, se le acercó un pobre pidiéndole limosna por amor de Dios, y, contra su costumbre, le despidió sin haberle socorrido. Pero bien pronto, vuelto en sí, corrió presuroso en seguimiento del pobre, y le dió crecida limosna, renovando al propio tiempo al Señor la promesa de no negar desde entonces el socorro, siempre que le fuese posible, a cuantos *por amor de Dios* lo pidieren. Con la fiel observancia de esta noble promesa mereció grandes aumentos del amor de Dios y dones mucho más copiosos de su gracia. Por esto, cuando ya se había vestido perfectamente de Cristo, solía decir que, aun con hábito secular, apenas podía oír la palabra *amor de Dios* sin sentir conmovido profundamente su corazón. Y, en verdad, la suavidad de su mansedumbre, juntamente con la pureza de sus costumbres; su paciencia y la afabilidad de su trato, superiores a todo encarecimiento; la generosidad de su munificencia, mayor muchas veces que sus propias facultades, y otras virtudes que mostraban, desde luego, con certeza indubitable al joven de índole suavísima; todas estas virtudes, decimos, parecían preludios ciertos de que sobre él había de descender más adelante abundancia copiosísima de los dones del cielo. Así se explica que cierto hombre, muy simple, de la ciudad de Asís, inspirado sin duda por Dios, siempre que al recorrer las calles de la ciudad se encontraba con Francisco, solía quitarse la capa y la extendía a sus pies, asegurando a todos, con espíritu profético, que Francisco llegaría a ser digno de gran reverencia, porque había de realizar estupendas maravillas, y merecer por esto ser honrado gloriosamente por todos los fieles del mundo.

2. Sin embargo, todavía ignoraba el joven Francisco los destinos que le tenía reservados la divina Providencia, ya porque la voluntad de su padre le obligaba a ocuparse de las cosas temporales, ya también porque la viciada condición de nuestro origen lo inclinaba hacia lo terreno. Por ello aun no había podido aprender a contemplar las cosas celestiales ni a gustar la suavidad de las divinas. Y como la tribulación suele aguzar el entendimiento para que perciba mejor las cosas espirituales, Dios puso su mano sobre Francisco, quien sintió en sí mismo la virtud de la diestra del Excelso, afligido su cuerpo con los dolores de aguda y prolongada enfermedad, con lo cual su alma se halló más bien dispuesta para percibir abundantemente la unción del Espíritu del Señor. Libre Francisco de esta enfermedad, y cuando, según su costumbre, preparaba ricas y hermosas vestiduras, le salió al encuentro un soldado, noble por su origen, pero sumamente pobre y mal vestido. A vista de tan extre-

mada pobreza se sintió conmovido Francisco, y desnudándose al punto los propios vestidos, los entregó sin demora al pobre soldado. Ejerció a la vez dos actos de tierna piedad: cubrió la vergüenza de un militar noble y socorrió la indigencia en que se hallaba un pobre mendigo.

3. Mas, cuando en la noche siguiente se entregaba al descanso, mostróle la bondad divina un palacio grande y sumamente precioso, de cuyas paredes pendían toda suerte de armas y aprestos militares señalados con una cruz de Cristo, dándosele a entender con esto que la misericordia ejercitada por amor del gran Rey en favor de un pobre soldado había de ser recompensada con un premio incomparable. Ansioso Francisco de entender esta visión, preguntó para quién era aquel palacio, y le fué respondido por revelación divina que el palacio, con las armas y todo lo demás que contenía, eran para él y para cuantos habían de ser sus soldados. Despertó por la mañana, y como no tenía aún ejercitada la mente en la contemplación de los misterios divinos, e ignoraba, por otra parte, el modo de subir por las cosas visibles al verdadero conocimiento de las invisibles, juzgó ser aquella visión pronóstico cierto de su futura y extraordinaria prosperidad temporal. Al no comprender aún las vías amorosas de la Providencia, resolvió dirigirse a la Pulla para ofrecer sus servicios a un conde de la más distinguida nobleza, pensando lograr con esto gloria y honor militar, según la interpretación que había dado a la visión misteriosa. Transcurrido poco tiempo, se puso en camino, dirigiéndose a una ciudad próxima a la natal, y durante el silencio de la noche oyó la voz del Señor, que le hablaba familiarmente: *Francisco, ¿quién juzgas podrá mejor favorecerte: el Señor o el esclavo, el rico o el pobre?* Respondió Francisco que el Señor y el rico pueden, sin duda, socorrer más fácilmente. Añadió la voz celestial: *¿Por qué, pues, abandonas al Señor por un vil esclavo; y por un hombre pobre dejas a un Dios infinitamente rico?* A lo que Francisco respondió: *Señor, ¿qué queréis que haga?* El Señor replicó: *Vuélvete a tu patria, porque la visión que te he mostrado tiene un sentido espiritual, que se ha de cumplir en ti, no por humana, sino por divina disposición.* Apenas hubo amanecido el día siguiente, cuando Francisco se volvió lleno de gozo a su ciudad de Asís, donde, modelo de perfecta obediencia, esperaba que se le descubriese la voluntad del Señor.

4. Retirado ya de los tumultos del comercio, suplicaba devotamente a la divina clemencia que se dignase manifestarle lo que debía hacer para agradarle. A medida que crecía en él, por el frecuente uso de la oración, el ardor de los deseos celestiales, y reputaba como nada, por efecto de su amor a la patria bienaventurada, las cosas todas de la tierra, juzgaba haber encontrado un tesoro escondido, y, cual prudente mercader, se resolvía a vender todas las cosas para comprar la preciosa margarita. Pero aun ignoraba de qué modo podría realizar esto, y sólo alcanzaba, por lo que la operación de Dios obraba en su alma, que este negocio debe comenzar por el desprecio del mundo, y que en la milicia de Cristo es necesario principiar por la victoria de sí mismo.

5. Cabalgaba cierto día por la llanura que se extiende alrededor de la ciudad de Asís, cuando se encontró de repente con un pobre leproso, cuya vista le produjo un horror extraordinario. Pero acudió a su mente el propósito que había formado de mayor perfección, y recordandose de que para ser fiel soldado de Cristo es preciso comenzar por vencerse, se apeó del brioso corcel, y acercóse al leproso, le abrazó y le besó con inefable ternura. Y como el leproso extendiese su mano en ademán del que pide alguna cosa, Francisco, juntamente con el ósculo amoroso, le entregó cuanto dinero llevaba consigo. Realizado acto tan sublime, montó de nuevo a caballo, y al dirigir su vista hacia todas partes de la campiña, que se extendía libre y sin obstáculo alguno ante sus ojos, no pudo ver ya por ningún lado al leproso. Admirado con la desaparición del pobre e inundado su corazón del más puro gozo, comenzó a cantar Francisco, con toda la efusión de su alma, himnos de alabanza al Señor, proponiendo desde entonces subir más y más a la cumbre de la virtud. Buscaba para esto lugares solitarios, donde con más facilidad podía entregarse al llanto y al fervor de la oración, acompañada de gemidos inenarrables, mereciendo con esto, y después de largas e instantes súplicas, ser oído benignamente por el Señor. Oraba así cierto día en un lugar solitario, y absorto todo en Dios, a impulsos de su ardiente fervor, apareciósele Cristo Jesús clavado en el afrentoso madero de la cruz. Con esta visión quedó su alma abrasada en incendios de amor, y tan suavemente impresa en lo más íntimo de su corazón la memoria de la pasión de Cristo, que desde entonces siempre que recordaba los tormentos del Salvador le era de todo punto imposible contener las lágrimas y los suspiros, que se patentizaban al exterior, como el mismo Santo lo manifestó después familiarmente al acercarse el fin de su vida. Comprendió con esto que el Señor quería inculcarle, para que lo pusiese en práctica, aquello del Evangelio: *Si quieres venir en pos de mí, niégate a ti mismo. toma tu cruz y sígueme.*

6. Obediente a esta voz del cielo, abrazó desde aquel momento el espíritu de la pobreza, la práctica de la humildad y los sentimientos de una tierna y sólida piedad. Pues, así como antes le causaba horror extremado, no sólo la compañía de los leprosos, sino aun el verlos, siquiera fuese de lejos, ahora, en cambio, inflamado en el amor de Cristo crucificado, que, según la palabra del Profeta, apareció en el mundo despreciado como un leproso, quiso Francisco despreciarse a sí mismo también, cumpliendo con los más repugnantes leprosos los oficios de la humildad y de la caridad. Con este fin visitaba frecuentemente las casas donde se albergaban aquellos infelices, les distribuía con largueza sus limosnas y, con afectos de compasión entrañable, les besaba las manos y aun la misma boca. Llevando más adelante su caridad, deseaba consagrarse a sí mismo y a todas sus cosas a los pobres mendigos, y así se despojaba unas veces de sus propios vestidos y otras los descosía o rasgaba para dárselos, si no tenía otra cosa a mano con que poder socorrerlos. No era menor la solicitud y piedad con que socorría a los sacerdotes indigentes en cuanto pertenecía al decente ornato de los altares, con lo cual se hacía en algún modo partícipe del culto divino. Al visitar por este tiempo con singular devoción el sepulcro custodio de las reliquias del apóstol San Pedro, y ver a las puertas del templo una multitud de pobres, se unió a ellos, atraído en parte por un sentimiento de piedad, pero mucho más por su incomparable amor a la pobreza, y llevando aparte al más necesitado de aquellos pobres, le entregó sus propios vestidos, y, cubierto él con los harapos del desgraciado mendigo, pasó todo el día confundido entre los pobres, con grande alegría de su espíritu, despreciando así la gloria mundana y elevándose gradualmente hasta lo más alto de la perfección evangélica. Asimismo se ejercitaba con sumo cuidado en la mortificación de la carne, para que la cruz de Cristo, que llevaba en lo interior del corazón, se manifestase también exteriormente en su cuerpo. Todas estas cosas obraba el siervo de Dios, Francisco, cuando todavía ni por el porte exterior ni por su modo de vivir se había separado del mundo.

CAPÍTULO II

De su total y perfecta conversión a Dios y de cómo reparó tres iglesias

1. Mas, como Francisco, siervo del Altísimo, no tuviese en estas cosas espirituales otro maestro que le enseñase sino a Cristo, quiso todavía el Señor darle nuevas pruebas de su amorosa bondad. Sucedió, en efecto, que salió cierto día al campo para consagrarse a la contemplación, y al pasar cerca de la iglesia de San Damián, cuyos vetustos muros parecían amenazar inminente ruina, movido, sin duda, por inspiración divina, entró en ella para hacer oración, cuando he aquí que. postrado ante la imagen de un devoto crucifijo, sintió inundado su espíritu de una consolación toda celestial, y, llenos de lágrimas sus ojos, los fijó en la cruz del Señor, desde la cual salió una voz perceptible a los oídos del cuerpo, que por tres veces le dijo: *Francisco, ve y repara mi casa, que, como ves, se está arruinando toda.* Tembloroso el Santo, solo en la iglesia, se llenó de asombro al oír aquella voz misteriosa, y, percibida en su corazón la virtud de las palabras divinas, sintióse arrobado en éxtasis sobrenatural. Vuelto en sí, se dispone a obedecer prontamente, e intenta consagrarse por completo a la reparación material de aquel templo, si bien las misteriosas palabras, en su significación verdadera. se referían a la reparación de aquella Iglesia que Cristo adquirió con su preciosa sangre, según se lo enseñó el Espíritu Santo y Francisco manifestó más tarde a sus religiosos. Se levanta. pues, armándose con la señal de la cruz; vuelve a su casa. toma algunos fardos del paño que tenía en el comercio, parte con ellos apresuradamente a la ciudad de Foligno, y vende cuanto llevaba, incluso el caballo que montaba, y recoge su precio. Hecho esto, regresa a su ciudad de Asís, entra reverentemente en la iglesia cuya reparación se le había ordenado, y encontrando allí a un pobre sacerdote. le saluda con veneración profunda, le entrega todo el dinero para que se emplee en reparar aquel templo y se distribuya lo sobrante entre los pobres, suplicándole al propio tiempo se digne autorizarle para poder permanecer algunos días en su compañía. Gustoso accede el buen sacerdote a la última petición del Santo; pero, temiendo la indignación del padre

de aquél, se niega a recibir la cantidad que le ofrecía. Francisco, despreciador de la mundana riqueza, arroja entonces el dinero en una ventana, no estimándolo en más que si fuese un montón de vil polvo.

2. Permaneció el siervo de Dios en compañía de aquel sacerdote, pero llegó a saber su padre todo lo que había acontecido. y, lleno de indignación y furor, corrió precipitadamente con algunos parientes y criados a la iglesia de San Damián. Francisco, nuevo soldado de Cristo, al ver que se aproximaban los que venían en persecución suya, y al oír, aunque confusos, sus gritos y amenazas, quiso dar lugar a que calmasen las iras paternas, y para conseguirlo se ocultó en una cueva, donde permaneció por algunos días, rogando al Señor, sin cesar, y con abundancia de copiosas lágrimas, se dignase librar su alma del furor de los que le perseguían y perfeccionase los piadosos deseos que El mismo le había inspirado. Mas, bien pronto, lleno de santa alegría, comenzó a reprenderse por su pusilanimidad y cobardía, y saliendo de su escondrijo, agradeció al sacerdote el favor que le dispensara y emprendió con ánimo esforzado y varonil su regreso a la ciudad de Asís. Cuando los ciudadanos le vieron entrar por las calles con el rostro escuálido y tan completamente mudado, juzgaron que había perdido la razón y comenzaron a arrojar sobre él piedras e inmundicias de las calles. insultándole al propio tiempo, como a loco e insensato, con las más groseras palabras. Mas el siervo del Altísimo no se dió por ofendido ni decayó de ánimo en medio de tantas injurias. sufriéndolas todas sin exhalar una queja y como si a él no fuesen dirigidas. Estos groseros insultos llegaron bien pronto a los oídos del padre de Francisco, y corriendo sin demora al lugar donde estaba su hijo, no con ánimo de librarlo de las befas de la plebe, sino ansioso de castigarlo, le arrastró sin consideración alguna hacia su casa, y olvidando su condición de padre, le insultó de palabra y de obra, encerrándole después, cargado de pesadas cadenas, en una oscura prisión. Con esto se disponía Francisco mucho mejor a completar la grandiosa obra de perfección que había comenzado, acordándose en sus tribulaciones de aquellas tan consoladoras palabras del Evangelio: *Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia. porque de ellos es el reino de los cielos.*

3. Poco tiempo después su padre tuvo que ausentarse de la ciudad de Asís, y la madre, de corazón naturalmente más tierno y compasivo, que nunca pudo aprobar la conducta seguida en este punto por su esposo. y que conocía ser imposible vencer la inflexible constancia del hijo, soltó a Francisco de las prisiones y le dejó ir sin obstáculo alguno en seguimiento de su vocación divina. Libre ya el Santo de sus prisiones, dió rendidas gracias al Todopoderoso y se volvió contento a su amada iglesia de San Damián. En tanto esto acontecía regresó el padre de su viaje, y al no encontrar en casa a su hijo, se desató en injurias contra la amante esposa, y, bramando de coraje, se dirigió otra vez a San Damián, resuelto a obligar a Francisco a volver de nuevo a los negocios mercantiles de la casa paterna o, de lo contrario, a que se ausentase para siempre de todo aquel territorio en que pudiera ser conocido. Pero Francisco, confortado por Dios. salió voluntariamente al encuentro del enfurecido padre. Clamaba en alta voz y decía que en nada tenía los castigos y privaciones que le había hecho sufrir, y que estaba dispuesto a padecer por el nombre de Cristo cuantos males se le pudieran causar. Cuando vió el padre que le era imposible apartar a su hijo de la resolución generosa que había concebido, se esforzó por recuperar, al menos, el dinero allí arrojado por Francisco, y habiéndolo encontrado en el hueco de la ventana, se mitigó algún tanto su furor, pues cosa cierta es que la sed de la insaciable avaricia sólo puede mitigarse. en parte. con la posesión de las riquezas.

4. No contento con esto el padre, intentó obligar a su hijo, que se había ya desposeído del dinero, a que se presentase ante el Obispo de la ciudad para que en sus manos hiciese, a la fuerza. formal renuncia de la herencia paterna. y le devolviese todos los bienes que poseía. Dispuesto se manifestó a ejecutar prontamente la voluntad del padre aquel hijo tan amante de la pobreza, y llegado a presencia del Obispo no vaciló un solo instante, ni exhaló una sola queja. ni esperó que se le intimase la orden, sino que, desnudándose al punto de todos sus vestidos, los entregó gozoso a su padre. Entonces pudo observarse que el siervo de Dios, a raíz de su carne y debajo de su rico traje, traía un áspero cilicio. que le cubría todo el cuerpo. Y no paró aquí su admirable desprendimiento: ebrio con la dulce violencia del amor divino, se despojó de los mismos paños interiores, quedando enteramente desnudo en presencia de todos. Dirigióse después al padre y le dijo con voz entera, pero respetuosa: *Hasta ahora os he dado el nombre de padre aquí en la tierra, pero en adelante podré decir con toda seguridad: «Padre nuestro que estás en los cielos». Porque en El tengo puestos todos mis tesoros y he colocado toda mi esperanza.* Al contemplar el Obispo un acto tan sublime, y admirado al ver tan extremado fervor en Francisco, como era hombre

de bondadosa piedad, le abrazó con ternura y le cubrió con el manto que llevaba puesto y ordenó al propio tiempo a sus servidores le trajesen alguna ropa con que vestir aquel delicado cuerpo. Para cumplir sus mandatos, le presentaron una túnica pobre y raída, de un campesino de los que estaban al servicio del Prelado. Lleno de alegría recibió Francisco aquel vestido, en el que hizo con su propia mano la señal de la cruz, valiéndose para ello de un poco de tiza que pudo haber a las manos. Formó de este modo un vestido que remedaba la imagen de un hombre pobre, crucificado y semidesnudo. Así se despojó de todos los bienes el siervo del gran Rey, para seguir desnudo a su Señor, desnudo también en el árbol santo de la cruz, a quien él tiernamente amaba. Por lo que Francisco, fortalecido con la cruz, procuró cobijar su alma bajo el madero de salvación, para salir con él libre del naufragio de este mundo.

5. Rotas desde entonces las pesadas cadenas de mundanales concupiscencias, abandonó su pueblo natal, en busca de la soledad y el retiro, para oír allí, en la quietud del espíritu y en el silencio de la Naturaleza, los inefables secretos de la comunicación divina. Mientras caminaba por la espesura de un bosque cantando con júbilo, en lengua francesa, alabanzas al Señor, de improviso se arrojaron sobre él unos ladrones, que se ocultaban en una caverna. Preguntáronle con aire soberbio y altivo quién era, y Francisco, lleno de confianza, les respondió con acento profético: *Yo soy el pregonero del gran Rey*. Irritados los malhechores con esta respuesta, lo golpearon inhumanamente y lo arrojaron en un grande estanque de nieve, diciéndole con escarnio: «Quédate ahí tú, que te precias de ser el rústico pregonero de Dios.» Cuando se fueron los facinerosos, salió Francisco de aquel lugar, y, lleno de inefable gozo, comenzó a cantar de nuevo con más suavidad y armonía mil himnos de alabanza al Criador de todo cuanto existe.

6. Después se dirigió a cierto monasterio próximo y pidió limosna como pobre mendigo, recibiéndola en calidad de desconocido, y no sin sufrir algunos sensibles desprecios. Continuó luego su camino y llegó a la ciudad de Eugubio, donde fué conocido por un amigo suyo de la infancia, que lo recogió en su casa y dió al *Pobrecillo de Cristo* una túnica algo más decente para que se cubriese. Así vestido el humildísimo siervo de Dios, fué a buscar a los leprosos, permaneció con ellos y los sirvió con gran diligencia. A impulsos de su ardiente caridad lavábales los pies, vendábales las llagas, después de quitarles la podre, y limpiarles el pus hediondo que manaban, y a impulsos de su tierna devoción, el futuro médico del Evangelio besaba con amor aquellas asquerosas llagas, tan repugnantes a los ojos de los mundanos. En recompensa de esta caridad recibió de Dios tan poderosa virtud, que llegó a tener gracia eficacísima para curar las enfermedades, no sólo del cuerpo, sino también del alma. Entre otros muchos hechos que podía referir en confirmación de esta verdad, citaré sólo uno que aconteció cuando la fama del siervo de Dios estaba ya más extendida por el mundo. Sucedió, pues, que cierto habitante del condado de Espoleto padecía enfermedad tan horrenda que le había roído ya horriblemente toda la boca y una de las mejillas, sin que pudiese encontrar en la medicina remedio alguno a su mal. Este infeliz, para implorar el patrocinio de los santos, había ido a visitar en Roma el sepulcro de los bienaventurados apóstoles San Pedro y San Pablo, cuando he aquí que al regresar de su peregrinación se encontró con Francisco, y, movido de su devoción, quiso besar las huellas de los pies que el Santo dejaba impresas en la tierra. Rehusó éste, como verdadero humilde, tal demostración de piedad y dió un ósculo de amor en la boca enferma y asquerosa de aquel que pretendía besarle los pies. Apenas el amante de los leprosos, Francisco, tocó, lleno de ternura, con sus labios aquella pútrida y horrible llaga, de repente desapareció todo rastro de enfermedad y aquel pobre recuperó por completo la salud tan deseada. En verdad, no sé qué deba admirarse más: si la profunda humildad del Santo en aquel ósculo amoroso, o la excelencia de la virtud y el poder de obrar un milagro tan estupendo.

7. Fundado ya sólidamente en la humildad de Cristo el bienaventurado Francisco, recuerda el mandato que se le intimó desde una cruz de reparar la derruida iglesia de San Damián, y, como verdadero obediente, resuelve volverse a la ciudad de Asís para poner en ejecución la orden del Cielo, aunque para ello le fuese preciso pedir de limosna los materiales y demás cosas necesarias. Ya en Asís, y despreciando por amor de Cristo crucificado toda humillación y vergüenza, recorre las calles mendigando por todas partes entre aquellos con quienes antes solía vivir en el regalo y en la opulencia, y carga sobre sus hombros, debilitados por el ayuno, las piedras y demás materiales que se precisan para la obra de la reparación. Terminada, por voluntad divina, y con el auxilio de sus conciudadanos, la reparación, Francisco, porque no quiere que su cuerpo se entorpezca con la inacción, se consagra a reparar otra iglesia consagrada a San Pedro,

que se halla situada a bastante distancia de la ciudad, movido para esto de la singular devoción que, en virtud de la pureza de su fe, profesa al glorioso Príncipe de los apóstoles.

8. Reconstruída también esta última iglesia, llegó el Santo a un lugar llamado de Porciúncula, donde había de antiguo una iglesia fabricada en honor de la bienaventurada Virgen Madre de Dios, pero abandonada entonces y sin que nadie se cuidase de su aseo y limpieza. Al verla Francisco en tan ruinoso estado, y movido por su indecible filial devoción a la soberana Reina del universo, se detuvo allí con ánimo de hacer cuanto le fuese posible para su reparación. Comprendió, por el nombre de Santa María de los Angeles, con que era conocida la iglesia, que debían ser frecuentes allí las visitas de los espíritus celestiales, y fijó en aquel lugar su morada, movido a ello por su gran reverencia a los santos ángeles, pero mucho más por su amor entrañable a la Madre bendita del Salvador. Amó Francisco esta pobrecita iglesia con preferencia a otros lugares del mundo, porque en ella principió la carrera de su vida evangélica, allí fué aprovechando de virtud en virtud, y en aquel santo lugar llegó a los ápices más sublimes de la perfección; por todo lo cual dejó este lugar recomendado con gran instancia en la hora de su muerte a sus religiosos, por considerar que era un santuario favorecido de un modo especial por la Purísima Virgen María. Acerca de lo cual un religioso, antes de su entrada en la Orden, tuvo una visión que merece relatarse. Veía una gran multitud de hombres, que habían perdido la vista y levantaban su rostro hacia el cielo, puestos de rodillas alrededor de esta iglesia. Todos, elevadas en alto las manos, y con abundantes lágrimas, pedían al Señor los mirase con misericordia y devolviese la vista a sus ojos. Y he aquí que bajó del cielo una luz resplandeciente, que se difundió por todos ellos, devolviéndoles la vista y la salud apetecida. Esta iglesia de Porciúncula es el lugar donde comenzó la Orden de los Frailes Menores, que fundó Francisco por divina inspiración. Fué todo esto disposición de la divina Providencia, que dirigía en todo al siervo de Dios, la cual ordenó reparase materialmente la fábrica de tres iglesias antes que diese principio a su Orden y comenzase a predicar el Evangelio. Significaba así que no sólo había de subir gradualmente de lo sensible a lo espiritual y de las cosas menores a las mayores, sino también manifestaba, por manera misteriosa y mediante una obra externa, lo que el Santo había de realizar en los tiempos venideros. Pues de igual modo que reparó la triple fábrica material, según la

norma que se le había dado, así también la Iglesia sería reparada con la enseñanza y doctrina de Cristo, y mediante la triple Milicia de los escogidos, fundada por Francisco, como vemos al presente que se ha realizado.

CAPÍTULO III

De la fundación de la Orden y de la aprobación de la Regla

1. Continuó su permanencia en la iglesia de la bendita Virgen Madre de Dios su enamorado siervo Francisco, con incesantes súplicas a la que tuvo la dicha de engendrar el Verbo lleno de gracia y de verdad, rogándole se dignase hacer con él oficios de poderosa abogada, y logró, al fin, por los méritos de la Madre de las misericordias, concebir el espíritu de la más alta perfección evangélica. Porque sucedió cierto día que, al oír devotamente la misa que se celebraba en honor de los santos apóstoles, se leyó en ella el evangelio de la misión de Cristo a sus discípulos a predicar por el mundo prescribiéndoles la norma evangélica que habían de observar en su modo de vivir: *no posean oro ni plata, no lleven dinero en sus fajas o cintos, no se provean de alforjas para el camino, ni usen de dos túnicas, ni de calzado, ni de báculo en que apoyarse.* Apenas oyó Francisco estas palabras, y con la luz divina pudo comprender su sentido, retúvolas tenazmente en su memoria, y lleno de indecible alegría, exclamó prontamente: *Esto es lo que ardientemente deseo; esto es por lo que suspiro con todas las veras del alma.* Y sin hacerse un punto sordo a los consejos divinos, arroja de sus pies el calzado, deja el bastón que llevaba en la mano, desprecia el dinero y toda provisión temporal, y, contento con vestir una pobre túnica, se despoja del cinto en que pendía la espada, y en su lugar se ciñe una cuerda áspera y nudosa, rechaza del corazón toda solicitud terrena y en nada se ocupa ya sino en pensar de qué modo pondría en ejecución aquella celestial doctrina, para conformarse en todo al género de vida observado por los Apóstoles.

2. Movido por el Espíritu divino, comenzó el siervo de Dios a desear vivamente la práctica de la perfección evangélica y a invitar a los demás a que abrazasen los saludables rigores de la penitencia. Y las palabras que para esto les

dirigía no eran vanas ni superficiales, antes bien estaban llenas de virtud celestial y penetraban hasta lo íntimo del corazón, de modo que excitaban admirable compunción en los oyentes. En todas sus predicaciones anunciaba la paz y saludaba el pueblo al principio de los sermones con estas palabras: *El Señor os dé la paz.* Porque, como él mismo testificó después, le fué revelada por el Señor esta forma de salutación. De donde resulta, según el dicho de Isaías, que también Francisco, lleno del espíritu de los profetas, anunciaba la paz, predicaba la salvación, y con sus saludables consejos unía en la verdadera paz a muchos que, separados de Cristo, andaban antes muy lejos de los caminos de salvación.

3. Bien pronto se comenzó a propagar por los pueblos. no sólo la excelencia de la doctrina de Francisco, sino también la santidad de su vida, por lo cual, animados con su ejemplo, muchos hombres se resolvieron a imitarle en los rigores de la penitencia y a abandonar todas las cosas, para conformarse con él en el modo de vestir y en el género de vida que había emprendido. El primero de estos seguidores del Seráfico Maestro fué el venerable siervo de Dios Bernardo, quien, partícipe de igual vocación divina, mereció ser el primogénito del santo Padre, no sólo por la prioridad de tiempo, sino también por el privilegio de una especial y más elevada santidad.

Comprendió Bernardo la heroica virtud de Francisco y quiso, a su ejemplo, despreciar por completo al mundo, y así fué en busca del Santo, pidiéndole consejo para ver de qué modo podría realizar sus intentos. Lleno Francisco de espiritual consuelo al oír la resolución de su fiel discípulo primogénito, le contestó: *Es preciso, hijo mío, buscar en Dios el consejo de lo que has de hacer.* Para lo cual, a la mañana siguiente, muy temprano. entraron los dos en la iglesia de San Nicolás, donde hicieron ferviente oración. Y movido Francisco de su entrañable devoción al misterio augusto de la Santísima Trinidad, abrió tres veces el libro de los santos Evangelios, pidiendo a Dios que por medio de un triple testimonio se dignase confirmar los propósitos de su siervo Bernardo. Al abrir por ver primera el libro ocurrió aquel pasaje: *Si quieres ser perfecto, anda, vende cuanto tienes y dalo a los pobres.* La segunda vez tropezaron con aquella sentencia: *Nada toméis para el camino.* La tercera. en fin, se encontraron con esta máxima: *Todo el que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame.* Al ver el resultado de esta consulta exclamó el santo Patriarca: *Esta es nuestra regla y nuestra vida y la de todos aquellos que quieran unirse a nosotros. Vé, pues, si quieres ser perfecto, y pon en ejecución lo que has oído.*

4. Poco tiempo después fueron llamados por el mismo Espíritu otros cinco varones, con lo cual llegó a seis el número de los hijos de Francisco, entre los cuales cupo el tercer lugar al bienaventurado padre fray Gil, hombre lleno de Dios y de perdurable memoria. Este, andando el tiempo, ejercitándose en la práctica de las más sublimes virtudes, llegó, como lo profetizó el santo Padre, a la cumbre de la más elevada contemplación, no obstante ser hombre sencillo y nada ejercitado en las letras. Pues, en efecto, ocupado continuamente y por espacio de mucho tiempo en la contemplación de las cosas celestiales, de tal modo era arrebatado hacia Dios por mentales excesos, como yo mismo fui de ello testigo ocular, que parecía llevar entre los hombres una vida más bien angélica que humana.

5. También por este tiempo manifestó Dios a cierto sacerdote de la ciudad de Asis, llamado Silvestre, hombre de muy honestas costumbres, una visión que no debemos pasar en silencio. Juzgando las cosas por el espíritu humano, se admiraba en gran manera Silvestre del modo de vivir que habían adoptado Francisco y sus secuaces, y para que no padeciese equivocación en sus errados juicios, fué visitado amorosamente por la gracia del Señor. Vió, pues, en sueños que andaba rodeando toda la ciudad de Asís un formidable dragón, cuya corpulencia extremada parecía amenazar con un completo exterminio a toda la comarca. Vió después salir de la boca de Francisco una preciosísima cruz de oro, cuya parte superior llegaba hasta el cielo, y los brazos, prolongados a lo largo, parecían extenderse hasta tocar los confines de la tierra. A la vista de esta cruz esplendorosa huía precipitadamente aquel horrendo y espantoso dragón. Y habiéndosele mostrado esto por tercera vez, juzgó que era un oráculo divino, por lo cual refirió dicha visión con todos sus detalles al siervo de Dios Francisco y a sus compañeros, y, abandonando poco después el mundo, siguió tan perfectamente las huellas trazadas por Cristo, que su vida en la Orden confirmó lo celestial de la visión que había tenido en el siglo.

6. Cuando Francisco se enteró de esta visión no se dejó seducir por los astutos engaños de la vanagloria; antes bien. reconociendo la bondad de Dios en sus beneficios, se animó a pelear con mayor denuedo contra la perversidad y malicia del enemigo infernal y a predicar por todas partes las glorias de la Cruz. Hallábase cierto día en un lugar solitario. Repasaba y lloraba con amargura del alma los pasados años de su vida. cuando se sintió inundado de alegría

celestial y tuvo revelación de haberle sido perdonadas misericordiosamente todas sus culpas. Arrebatado al instante fuera de sí, absorto todo en una luz admirable y dilatada la gran capacidad de su espíritu. conoció clarísimamente lo que el Señor reservaba para él y para sus hijos en el tiempo por venir. Dirigiéndose después a sus religiosos les dijo: *Esforzaos, hijos carísimos, y alegraos en el Señor; no os entristezcáis porque sois pocos ni tampoco os acobarde mi simplicidad o la vuestra, pues dígoos en verdad que, según el Señor se ha dignado manifestarme, nos hará crecer en gran número, y con la gracia de su bendición nos dilatará de un modo providencial y admirable.*

7. Entró por este mismo tiempo en la Orden otro varón santo, con lo cual llegó al número de siete la familia bendita de Francisco. Convocó entonces el bienaventurado Padre a todos sus hijos, les habló con sabiduría más que humana del reino de Dios, del desprecio del mundo, de la abnegación de la propia voluntad y de la mortificación del cuerpo, y les reveló el propósito que había concebido de enviarlos a predicar por las cuatro partes del mundo. Ya, en efecto, la que parecía estéril simplicidad del seráfico Padre había engendrado siete hijos; pero su amor ardiente deseaba engendrar a todos los hombres para los rigores de la penitencia. *Id* —decía el bienaventurado Padre a sus hijos—. *id anunciando la paz a los hombres; predicadles la penitencia para alcanzar la remisión de los pecados; sed pacientes en la tribulación, solícitos en la oración, sufridos en la adversidad, activos y constantes en el trabajo; modestos en las palabras, graves en vuestras costumbres y agradecidos al recibir beneficios, y sabed que en recompensa de todo esto os está prometido un reino que no ha de tener fin.*

Y postrados humildemente hasta la tierra los hijos en presencia de tan buen Padre, recibieron con alegría de espíritu el mandato de santa obediencia. El Santo, en cambio, decía a cada uno de ellos en particular: *Arroja, hijo mío, en el Señor todos tus cuidados y El te alimentará.* Francisco acostumbraba a repetir esta máxima sagrada siempre que imponía algún precepto a sus religiosos. Al considerar, empero, que estaba puesto para ejemplo de los demás y que antes debía enseñar con la obra que con la palabra, partió con uno de sus compañeros en dirección a una de las cuatro partes del mundo, y envió a los seis discípulos restantes, divididos de dos en dos y en forma de cruz, a las otras tres partes de la tierra. Pasado un corto espacio de tiempo deseó con ardor el seráfico Padre gozar nuevamente de la presencia de sus hijos. y como no podía por sí mismo reunirlos a todos, suplicó lo hiciese Aquel que. según la Escritura. *es poderoso para reunir a los dispersos de Israel.* Y bien pronto sucedió que, de un modo inesperado y sin ningún llamamiento humano, la bondad divina los reunió a todos en un mismo lugar, satisfechos así los deseos del santo Patriarca y con no poca admiración de sus hijos. Por este mismo tiempo se agregaron al Santo otros cuatro hombres de distinción y llegaron con éstos a doce el número de los discípulos de Francisco.

8. Vió entonces el siervo de Cristo que poco a poco se iba aumentando el número de sus hermanos y escribió para todos, con palabras sencillas, una forma de vida, en la cual puso por fundamento la observancia del santo Evangelio, añadiendo algunas otras cosas que le parecieron necesarias para la uniformidad en el modo de vivir. Y con ansias de que la Regla por él escrita obtuviese la aprobación del Sumo Pontífice, resolvió ir con sus compañeros a la presencia de la Sede Apostólica, confiándose enteramente a la dirección de la Providencia. Miró Dios desde el cielo el deseo de su siervo, y para confortar los ánimos de sus compañeros, atemorizados con su propia simplicidad, manifestó a Francisco la siguiente visión: Parecíale que andaba por cierto camino, junto al cual se alzaba majestuoso un árbol de extraordinaria magnitud. Acercóse a él, y, colocado bajo sus ramas, admiraba la inmensidad de su altura, cuando de repente fué elevado por virtud divina tan alto, que llegó a tocar la extremidad de aquel árbol, que se inclinaba fácilmente hasta tocar la tierra. Conoció Francisco que con esta visión se le daba a entender la benignidad de la Silla Apostólica. se alegró en gran manera, y confortados en el Señor sus hermanos, se puso con ellos camino de Roma.

9. Llegó a la Curia Romana, e introducido a la presencia del Sumo Pontífice, le manifestó sus propósitos, pidiéndole con humildes instancias se dignase aprobar la Regla y forma de vida. Al ver el Vicario de Cristo, Inocencio III, hombre, por cierto, de gran sabiduría, la admirable pureza de alma del varón de Dios, la firmeza de sus propósitos y el ardiente fervor de su sencilla voluntad, inclinóse benignamente a dar oídos a las peticiones del Santo. Pero difirió conceder por entonces lo que pedía el Pobrecillo de Cristo, porque a algunos de los Cardenales les parecía nuevo y arduo por demás a las fuerzas de la naturaleza. Mas entre los Cardenales se hallaba presente un varón venerable, el Cardenal Juan de San Pablo, Obispo sabinense, amante de las personas de virtud y santidad y decidido protector de los pobres de Cristo. Tomó éste la palabra y con grande espíritu habló al Sumo Pontífice y a sus Hermanos en esta

forma: «Si rechazamos la petición de este pobre como nueva y ardua en exceso, cuando no pide otra cosa sino que se le confirme una forma de vida evangélica, debemos temer inferir con esto una ofensa al mismo Evangelio de Cristo. Pues si alguien afirmarse que en la observancia de la perfección evangélica o en el voto de la misma se contiene algo que sea nuevo e irracional, o imposible de cumplir, sería «convencido de blasfemo contra Dios. autor divino del Evangelio.»

Oídas estas razones, el sucesor de San Pedro, vuelto al Pobrecillo de Cristo, le dijo: «Haz, hijo mío, ferviente oración al Señor para que por tu medio se digne manifestarnos su voluntad, la cual conocida que nos sea con certeza, accederemos más seguramente a tus peticiones.»

10. Sin demora alguna se entregó Francisco al ejercicio de una oración fervorosa, y con sus humildes súplicas obtuvo del Señor que le manifestase lo que él mismo había de hablar al Pontífice, y que éste sintiese en su interior los efectos de la inspiración divina. Pues habiéndole propuesto, según Dios se lo había revelado, la parábola de un rey rico y poderoso que quiso desposarse con una joven hermosa, pero extremadamente pobre, de la cual tuvo varios hijos, que llevaban en sí la imagen del rey, su padre, y a quienes, en consecuencia, debía sustentar de su propia mesa. interpretando su sentido, añadió Francisco: *No es de temer, Santísimo Padre, que perezcan de hambre los hijos y herederos del Rey de los cielos, los cuales, nacidos, por virtud del Espíritu Santo, a imagen de Cristo Rey, de una madre pobre, han de ser engendrados por el espíritu de la pobreza en una religión sumamente pobre. Pues si el Rey celestial promete a sus seguidores la posesión de un reino eterno, ¿cuánto más seguros podemos estar de que les dará también todas aquellas cosas que de ordinario no niega ni a los buenos ni a los malos?*

Oída con gran atención por el Vicario de Cristo esta parábola y su interpretación, se admiró en gran manera y se persuadió de que, sin duda alguna, Cristo había hablado por boca de aquel hombre. Y movido por el Espíritu divino, reconoció que en Francisco debía cumplirse la visión que él mismo había tenido por aquel tiempo. Parecióle, en efecto, según refirió después, ver en sueños que la basílica lateranense amenazaba ruina, y al propio tiempo vió a un hombre pobre, vil y despreciable, que con sus hombros la sustentaba para que no cayese. Y dicho esto exclamó: *Este es, en verdad, quien con su ejemplo y doctrina ha de sostener la Santa Iglesia de Dios.* Por lo cual accedió con sumo gusto a la petición del Santo, y de allí en adelante le amó siempre con especial ternura. Le concedió, por tanto, lo que le pedía, prometiéndole conceder mucho más para lo futuro. Aprobó también la Regla y le impuso el mandato de ir por el mundo a predicar la penitencia, y que a todos los hermanos legos que habían acompañado al Santo les hiciesen en la cabeza una pequeña tonsura, para que más libremente pudieran predicar por todas partes la palabra divina.

CAPÍTULO IV

De la propagación de la Orden gobernada por el Santo, y de la confirmación solemne de la Regla, antes aprobada

1. Fortalecido entonces Francisco por la divina gracia y con la autoridad pontificia, emprendió otra vez, lleno de confianza, el camino hacia el valle de Espoleto, para obrar allí y enseñar según las máximas contenidas en el Evangelio de Cristo. Y al conferenciar por el camino con sus compañeros acerca del modo con que habían de observar fielmente la Regla abrazada. la manera con que podrían adelentar en toda justicia y santidad en la presencia de Dios, y cómo se perfeccionarían para servir de ejemplo a los demás, aconteció que, prolongándose algún tanto esta conferencia espiritual, se les hizo más tarde de lo que pensaban. Como, por otra parte, estuvieran cansados, efecto del continuado trabajo del camino, y sintieran hambre, se detuvieron en un lugar solitario. Apremiados por esta necesidad y sin poder de manera alguna proveerse de alimentos, experimentaron bien pronto los efectos de la amorosa providencia del Señor. Aparecióseles de repente un gallardo mancebo, que llevaba un pan en la mano y lo ofreció generoso a los pobrecillos de Cristo; y, aceptada por éstos la ofrenda. desapareció al momento. sin que fuese posible averiguar de dónde viniera ni a qué punto se había dirigido. Mas, conociendo con esto aquellos pobres religiosos que en la compañía del siervo de Dios tenían asegurados el auxilio de lo alto, quedaron saciados mucho más con esta liberalidad divina que con el manjar propiamente dicho, y, llenos además de consuelo celestial. resolvieron firmemente y renovaron de un modo irrevocable el propósito de no apartarse jamás, cua-

lesquiera que fuesen la escasez y trabajos, de la santa pobreza que habían prometido.

2. Tan pronto llegaron, animados de santos propósitos, al valle de Espoleto, comenzaron a tratar entre sí qué cosa sería más conveniente: o permanecer en los pueblos para dedicarse al ejercicio de la predicación, o retirarse a lugares solitarios para vacar a sólo Dios. Francisco no tenía confianza ni en su propia prudencia ni en la de los suyos, y resolvió acudir a la oración para pedir en ella al Señor se dignase manifestarle su voluntad en este asunto. Supo, en consecuencia, por revelación divina, que Dios le había enviado a fin de que ganase para Cristo las almas que el diablo se empeñaba en arrebatarle. Por lo cual escogió vivir para utilidad de todos, más bien que para sí solo, conforme al ejemplo de Aquel que se dignó morir por la salud de todos los hombres.

3. Retiróse, pues, el siervo de Dios con sus compañeros a un abandonado y pobre tugurio, no muy lejos de la ciudad de Asís, y allí vivían con gran penuria y trabajo, en conformidad con su altísima pobreza, complaciéndose más en alimentarse con el pan de las lágrimas que con el de la abundancia y delicias terrenales. Allí se entregaban continuamente a santos y piadosos ejercicios. Su oración, devota y casi no interrumpida, era más bien mental que vocal, pues carecían de libros litúrgicos para recitar las horas canónicas del Oficio divino. Pero, a falta de éstos, revolvían día y noche el libro de la cruz de Cristo, que tenían siempre a la vista, excitados por el ejemplo y la palabra del amantísimo Padre, que frecuentemente les predicaba con inefable dulzura las glorias de la cruz de Cristo. Como le pedían insistentemente que les enseñase a orar, les dijo: *Cuando quisiereis orar, decid: «Padre nuestro»; y también diréis: «Adorámoste, Cristo, en todas tus iglesias esparcidas por el mundo, y te bendecimos, pues por tu santísima cruz redimiste al mundo.»* Les enseñó también a alabar a Dios en todas sus criaturas, a honrar con especial reverencia a los sacerdotes y a creer firmemente y confesar con sencillez los dogmas de la fe, según los cree y enseña la Santa Iglesia Romana. Seguían fielmente los discípulos la doctrina de su santo Maestro, y cuantas veces distinguían de lejos, o pasaban por cerca de alguna iglesia o alguna cruz, se postraban, humildes, y las adoraban en la forma que se les había enseñado.

4. Mientras moraban en el lugar mencionado, un sábado se dirigió Francisco a la ciudad de Asís para predicar el siguiente domingo, según tenía por costumbre, en la iglesia catedral. Y sucedió que al pasar la noche el siervo de Dios en elevada oración, retirado en una rústica cabaña de la huerta de los Canónigos, y ausente corporalmente de sus hijos, he aquí que hacia la media noche, cuando estaban sus religiosos en Rivotorto, unos durmiendo y otros velando en oración, vieron entrar por la puerta de la humilde vivienda un carro de fuego de resplandor admirable, que por tres veces recorió de una a ota parte el interior de aquella pobre choza, y distinguieron además sobre el carro un globo de luz, tan parecido en sus fulgores al sol, que convirtió las tinieblas de aquella oscura noche en clarísimo día. Llenáronse de asombro los que estaban en vela, y atónitos despertaron a los dormidos, sintiendo todos en su corazón los efectos de una claridad interior no menos intensa que la que percibían con los ojos corporales, pues en virtud de aquella luz admirable, a cada uno se le patentizaban los más íntimos secretos del corazón de los demás. Fácil les fué a todos comprender, al penetrar el alma de sus compañeros, que el seráfico Padre, a quien, aunque ausente en el cuerpo, tenían presente en el espíritu, les había sido mostrado por el Señor transfigurado de aquel modo, rodeado de celestiales fulgores e inflamado por virtud divina en santo incendio de amor, arrebatado en carro de luz y de fuego para que, como verdaderos israelitas, marchasen seguros en pos de aquel que, cual otro Elías, había sido constituído por Dios guía y carroza de las almas que desean subir a la cumbre de la perfección.

Debemos tener por cierto que, en virtud de las oraciones de Francisco, abrió los ojos de estos hombres sencillos, para que viesen las maravillas de Dios. Aquel mismo que en otro tiempo había abierto los ojos al criado de Eliseo, mostrándole el monte lleno todo de caballos y de carros de fuego que rodeaban por todas partes al profeta. Vuelto el Santo a la compañía de sus hijos, les comenzó a descubrir los secretos de sus conciencias, se esforzó por animarlos con aquella visión milagrosa y les profetizó muchas cosas relativas a los futuros progresos de la Orden. Cuando oyeron sus compañeros estos anuncios proféticos, que trascendían todo humano conocimiento, no dudaron que el Espíritu del Señor había descendido tan copiosamente sobre Francisco, que no pudieron menos de considerarse seguros al abrazar su género de vida y doctrina.

5. Después Francisco, pastor amantísimo de aquella pequeña grey, con los impulsos de la divina gracia, condujo a sus doce hermanos a Santa María de la Porciúncula. Se proponía, al obrar de este modo, el que así como en aquel lugar, y por los méritos de la bienaventurada Virgen María,

había tenido su principio la Orden de los Menores, así también allí mismo recibiese, con los auxilios de la bendita Madre de Dios, sus primeros progresos y aumentos en la virtud. Desde allí Francisco, hecho por Dios pregonero del Evangelio, recorría las ciudades y los pueblos, anunciaba por todas partes el reino de Dios. Y no empleaba para esto vanas palabras de humana sabiduría, sino las que le inspiraba el ardiente fervor de su espíritu. Tal era el celo de su predicación, que cuantos le veían u oían, más que hombre terreno, lo juzgaban como un ser celestial, pues, fijo siempre su rostro y su mirada en el cielo, se esforzaba con vehemencia apostólica por conducir allá a todos sus oyentes. Con esto la dilatada viña del Señor comenzó a esparcir por doquiera los gérmenes de vida celestial, después de haber producido flores de suavidad. de honor y de virtud, dió frutos abundantísimos de santidad.

6. En efecto: conmovidas por la fervorosa predicación de Francisco, muchas personas de uno y otro sexo corrían en seguimiento de su doctrina y se consagraban a los saludables rigores de la penitencia, según la Regla que habían recibido del siervo de Dios, el cual, viendo crecer el número de estos nuevos discípulos, determinó que su forma o modo de vida se llamase *Orden de los Hermanos de la Penitencia*. Pues así como consta que para los que desean ir al cielo no hay otro camino común y seguro sino el de la penitencia, así también se conoce cuán agradable sea en la presencia de Dios este Instituto o género de vida, que comprende toda suerte de personas. clérigos y seglares, vírgenes y casados, por los muchos milagros que varios de ellos obraron, tanto en vida como después de la muerte. Animadas también por el ejemplo y la predicación de Francisco, muchas vírgenes de todas clases y condiciones se resolvían a vivir en perpetua virginidad o celibato, sobresaliendo entre ellas. cual primera planta frondosísima, Clara. la virgen muy amada de Dios, quien, a manera de flor blanca y primaveral, esparció por todas partes el olor suavísimo de su pureza, y como clarísima estrella difundió por doquiera los rayos de su luz. Esta virgen Clara, glorificada ya en el cielo, es venerada en la tierra con el culto público de la Iglesia, e hija en Cristo del espíritu del pobrecillo Padre San Francisco, fué a su vez madre de innumerables vírgenes, que se llamaron *Señoras Pobres* y también Religiosas Damianitas.

7. Hubo, igualmente, un gran número de hombres que, movidos no tanto por espíritu de devoción inconstante, cuanto deseosos de mayor y más alta perfección, abandonaron generosamente todos los bienes del mundo y se resolvieron a seguir las huellas trazadas por Francisco, y tanto crecía cada día su número, que bien pronto llegaron a esparcirse por toda la redondez de la tierra. Pues la santa pobreza, único viático que llevaban consigo en los viajes, los hacía prontos para la obediencia, esforzados para el trabajo y expeditos para sus excursiones apostólicas. Y como nada poseían, nada amaban ni temían perder sobre la tierra; estaban seguros en todas partes, sin que les agitase temor alguno ni les perturbase ningún cuidado, como quienes vivían sin ansiedad de ningún género, y esperaban con tranquilidad el hospedaje de la noche y el día de mañana, del cual cuidaría la Providencia. Cierto es que en todos los sitios por donde andaban tenían que sufrir muchos insultos y afrentas, como personas que eran desconocidas y en la apariencia despreciables; pero el amor que profesaban a la doctrina de Cristo los hacía tan pacientes y sufridos, que preferían morar en aquellos lugares donde tuviesen que padecer persecución en el cuerpo, más bien que en aquellos otros donde, conocida que fuese su santidad, pudiesen merecer los aplausos y la estimación de los hombres. La misma penuria y aun la privación de las cosas terrenas las reputaban como una copiosa abundancia, pues, según el consejo del Sabio, *en lo poco se contentaban de igual modo que en lo mucho*. Sirva en confirmación de lo dicho el siguiente ejemplo: Llegaron algunos religiosos a países infieles, y aconteció que, compadecido de ellos un *creyente* o sectario de Mahoma, les ofreció dinero para que pudieran proporcionarse el alimento necesario. Pero, al ver que rehusaban recibirlo, y constándole que se hallaban en verdadera necesidad, no pudo menos de llenarse de extraña admiración. Y cuando supo que rechazaban el dinero porque voluntariamente y por amor de Dios habían abrazado aquella tan estrecha pobreza, fué tanto el afecto que sintió hacia ellos, que se comprometió a suministrarles, mientras pudiese, todas las cosas que les fuesen necesarias. ¡Oh preciosidad inestimable de la pobreza, cuya sobrenatural virtud fué capaz de convertir en dulcísima mansedumbre la más bárbara ferocidad! Es, por consiguiente, un crimen horrendo y detestable que un cristiano pisotee y desprecie esta preciosa margarita, que tuvo en tanta estimación un infeliz sarraceno.

8. Por este mismo tiempo hallábase cierto religioso de la Orden de los Crucíferos, llamado Morico, en un hospital próximo a la ciudad de Asís. víctima de enfermedad

tan grave y tan prolija, que los médicos auguraban para muy pronto su muerte. Viéndose en tal estado el enfermo, envió una persona que en su nombre suplicase con insistencia a Francisco se dignase rogar por él al Señor. Oyó el Santo con amorosa benignidad esta súplica, y, cogiendo unas migas de pan, las amasó con un poco de aceite de la lámpara que ardía ante el altar de la Santísima Virgen. Formó con esta masa un específico enteramente nuevo y lo envió al enfermo, por conducto de sus religiosos, diciéndoles al mismo tiempo: *Id, llevad esta medicina a nuestro hermano Morico y decidle que estoy seguro de que por medio de ella la virtud omnipotente de Cristo, no sólo le devolverá por completo la salud, sino que, convirtiéndolo en esforzado guerrero, hará que venga muy luego a engrosar las filas de nuestro ejército.* Tan pronto como el enfermo probó aquel antídoto, confeccionado por inspiración divina, se levantó enteramente sano, sintiéndose tan vigorizado por Dios en el alma y en el cuerpo, que, incorporado después a la Religión de Francisco, perseveró en ella por muchos años con una vida penitentísima. Su vestido era sólo una pobre y raída túnica, debajo de la cual llevo largo tiempo un áspero cilicio, ceñido a raíz de la carne; no se permitía otros alimentos que unas crudas viandas, esto es, hierbas, legumbres y frutos del campo; no se sabe que durante su vida religiosa probase jamás el pan ni el vino, y, no obstante, siempre vivió sano y robusto y sin achaque de ningún género.

9. Crecían cada día más y más en mérito los pobrecillos de Cristo, y el olor de su buena fama, esparcido por el mundo, atraía con imán poderoso a una multitud de hombres, que corrían ansiosos de ver y tratar a Francisco. Fué uno de ellos cierto insigne y celebérrimo poeta, coronado públicamente por el mismo emperador, y llamado por antonomasia *el Rey de los versos.* Este se propuso ir a la presencia del siervo de Dios, pregonado por la fama como despreciador nunca visto de todo lo terreno. Lo encontró, por fortuna, cuando se hallaba predicando en un monasterio de San Severino, y allí obró Dios sobre él de un modo maravilloso, haciéndole ver al mismo Francisco, predicador de la cruz de Cristo, como atravesado por dos espadas refulgentísimas y puestas en forma de cruz, de las cuales una bajaba de la cabeza a los pies y la otra se dirigía, penetrando por el pecho, desde el extremo de una mano al de la otra. No conocía el poeta personalmente a Francisco, pero no pudo menos de conocerlo cuando se le presentó con aquella señal portentosa. Lleno de asombro ante aquella visión que Dios le mostraba, se resolvió a emprender una vida más santa. Sintióse tan conmovido con la predicación fervorosa del Santo, que penetró su alma, como mística espada, salida de la boca de aquel predicador; por lo cual, despreciadas todas las pompas y vanidades del siglo, se unió íntimamente a Francisco y abrazó con resolución su género de vida, profesando la Regla de la Orden. Y como el seráfico Padre se complació al verlo convertido de las iniquidades del siglo a la tranquila paz de que gozan los verdaderos discípulos de Cristo, quiso que en la Orden fuese conocido con el nombre de *fray Pacífico.* Tanto fué lo que fray Pacífico adelantó en toda santidad desde que ingresó en la Religión, que antes de ser nombrado Ministro Provincial de Francia (fué el primero que desempeñó allí este cargo), mereció ver repetidas veces sobre la frente de Francisco un signo *thau* de gran tamaño, el cual hermoseaba en gran manera, con la variedad de sus colores, el rostro de nuestro Santo. Era entrañable el amor que Francisco profesaba a este signo sagrado; frecuentemente lo recomendaba a todos con su palabra y con su ejemplo, y con él rubricaba de propia mano las cartas que escribía: diríase que, como otro profeta, había recibido el encargo de señalar con el *thau* las frentes de los hombres que gemían y lloraban al convertirse de todas veras a Cristo.

10. Pasado ya algún tiempo, y multiplicados en gran número los religiosos, Francisco, como solícito pastor, los convocó a Capítulo general, que debía celebrarse en Santa María de los Angeles o de Porciúncula, para repartir entre todos ellos, por suerte, la tierra o heredad de su pobreza, y dar a cada uno la porción que la obediencia le señalase. Hubo día en que se reunieron en este Capítulo más de cinco mil religiosos, y, naturalmente hablando, parecía forzosamente que careciesen del alimento preciso para sostener la vida. Sin embargo, por un efecto de la clemencia divina, tuvieron siempre lo necesario para el sustento de cada día, gozaron todos de perfecta salud en el cuerpo, y su espíritu se sintió inundado de una celestial e inefable dulzura.

Por lo que mira a los Capítulos provinciales, como el Santo muchas veces no podía asistir a ellos personalmente, procuraba estar presente con el espíritu, mediante la cuidadosa solicitud que tenía en el gobierno de la Orden, y, más aún, con sus reiteradas oraciones, con sus saludables consejos y con la eficacia de su bendición paternal; si bien alguna vez sucedía, por operación milagrosa del cielo, que se apareciese en forma visible y corpórea. En efecto, aconteció cierto día que cuando el glorioso confesor de Cristo San

Antonio estaba predicando a los frailes en el Capítulo de Arlés acerca del título de la cruz: «Jesús Nazareno, Rey de los Judíos», cierto religioso, de muy probada virtud, llamado Monaldo, movido de interior y divino instinto, dirigió sus miradas hacia la puerta de la sala donde se celebraba el Capítulo, y lleno de admiración vió allí con los ojos del cuerpo al seráfico Padre, que, elevado en el aire y extendidas las manos en forma de cruz, bendecía a sus religiosos. Todos experimentaron en aquella ocasión tanta y tan extraña consolación de espíritu, que en su interior no les fué posible dudar de la real presencia del seráfico Padre, confirmándose después en esta creencia, no sólo por los signos evidentes que habían observado, sino también por el testimonio que de palabra les dió el mismo Santo. No será temerario afirmar que la Providencia de Dios, que concedió en otro tiempo al glorioso Obispo San Ambrosio la gracia de estar presente al entierro del insigne confesor San Martín, para que venerase con piadoso afecto a aquel santo pontífice, esa misma Providencia quiso también que su siervo Francisco se hallase presente a la predicación de San Antonio, el gran pregonero del Evangelio, para que aprobase la verdad de aquella doctrina, sobre todo en lo referente a la cruz de Cristo, cuyo ministro y embajador había sido constituido.

11. Por otra parte, al ver Francisco dilatada maravillosamente su Orden, y deseoso de que el Papa Honorio le confirmase para siempre la Regla o forma de vida que ya había aprobado Inocencio III, fué ilustrado por Dios con esta visión misteriosa. Parecíale al Santo que recogía de la tierra pequeñas migajas de pan, las cuales tenía que distribuir entre una gran multitud de frailes hambrientos, puestos a su alrededor. Receloso de repartir tan pequeñas migajas, por temor de que se le deslizasen de entre las manos, oyó una voz del cielo que le dijo: *Francisco, haz con todas estas migajas una hostia y procura dar de ella a los que quieran comer.* Puso luego en ejecución este mandato, y observó que cuantos no recibían con devoción aquel pan, o lo menospreciaban después de haberlo recibido, aparecían todos cubiertos repentinamente de asquerosa lepra. A la mañana siguiente refirió todo esto a sus compañeros, lamentándose por no acabar de comprender el significado de aquella visión. Mas, perseverando, según costumbre, en fervorosa oración, oyó una voz del cielo que decía: *Francisco, las migajas vistas por ti en la visión de la noche anterior significan las palabras del santo Evangelio; la hostia formada con aquellas migajas representa la Regla de tu Orden, y la lepra expresa la iniquidad de sus trangresores.* Quiso, pues, reducir a forma más compendiada, según se lo dictaba la anterior visión, la Regla escrita antes con abundancia de palabras, tomadas del Evangelio, y movido por inspiración divina subió con dos compañeros a la cima de un monte, y allí, entregado algunos días a riguroso ayuno de sólo pan y agua, hizo escribir una nueva Regla, según el Espíritu Santo se la iba dictando. Mas sucedió que al bajar del monte, Francisco

Honorio III aprueba la Regla de San Francisco. (Atribuído a Giotto.)

entregó aquella Regla a su Vicario, con el encargo de que la guardase; y como éste, pasados algunos días, afirmase que la había perdido por descuido, volvió de nuevo el Santo a la soledad del monte, y segunda vez la escribió de modo tan enteramente igual a la primera, cual si el mismo Dios se la hubiera ido dictando palabra por palabra. Después de esto muy pronto consiguió, como deseaba, que el sobredicho Pontífice Honorio III confirmase solemnemente la Regla, el año octavo de su pontificado. Cuando, más tarde, exhortaba fervorosamente a sus hijos a la fiel observancia de dicha Regla, les aseguraba que él nada había puesto en ella de su propia cosecha, antes bien, todo cuanto contenía lo había hecho escribir según el Señor se lo había revelado. Y para que esto constase con más certeza por testimonio divino, pasados algunos días fueron impresas en su cuerpo por el

dedo del mismo Dios las llagas de Jesucristo, cual si fuesen ellas una bula del Sumo Pontífice, Cristo Jesús, en confirmación absoluta de la Regla y recomendación eficaz de su autor, como se dirá después al describir más largamente las virtudes del Santo.

CAPÍTULO V

DE LA AUSTERIDAD DE SU VIDA Y DE CÓMO LAS CRIATURAS LE PROPORCIONABAN CONSUELO

1. Al ver el siervo de Dios, Francisco, que, movidos por su ejemplo, eran muchos los que se abrazaban fervorosamente con la cruz de Cristo, esforzábase también él mismo, como buen caudillo de aquel espiritual ejército, por alcanzar la palma de la victoria mediante la práctica de las más heroicas virtudes. Por lo cual consideraba con grande atención aquellas palabras del Apóstol: *Los que son de Cristo crucificaron la carne con sus vicios y concupiscencias.* Y, para ceñir su cuerpo con la armadura de la cruz, mortificaba sus apetitos sensuales con tan rigurosa penitencia, que apenas tomaba lo puramente necesario para sustentar la flaca naturaleza; pues era difícil, decía, dar al cuerpo todo lo necesario y no ceder a la perversa inclinación de los sentidos. De aquí es que, cuando estaba sano, rara vez se alimentaba con manjares cocidos; y cuando por necesidad los admitía, solía mezclarlos con ceniza o, aguándolos, procuraba que perdiesen el gusto del condimento y resultasen insípidos al paladar. Y ¿qué diremos del vino, cuando el agua misma la bebía en escasa cantidad, aunque se sintiese abrasado de sed? Fácilmente encontraba medios de hacer más penosa su abstinencia, y cada día adelantaba más y más en esto; pues, si bien había llegado ya a la cumbre de la perfección, procuraba, cual si fuera un principiante, castigar con nuevas mortificaciones las rebeldías de la carne. Mas, cuando salía por el mundo, se conformaba, en la comida, con aquellos que le hospedaban, siguiendo el consejo del Evangelio; tan pronto, empero, volvía a su retiro, se entregaba de nuevo a los acostumbrados rigores de su abstinencia. De este modo se hacía austero para sí mismo, pero blando y caritativo para el prójimo, y conformándose en todo al Evangelio de Cristo, no sólo en el ayuno, sino aun en la comida, edificaba a todos con su ejemplo. De ordinario, el lecho para su fatigado cuerpo era la desnuda tierra; y muchas veces, sentado en el mismo lecho y reclinada la cabeza sobre un tronco o una piedra, dormía breves instantes, cubierto con una pobre túnica, sirviendo así al Señor, como otro San Pablo, en el frío y en la desnudez.

2. Cierto día de la estación más cruda del año preguntaron al Santo cómo podía soportar los rigurosos fríos del invierno, sin más abrigo que una pobre túnica; y, lleno de extraño fervor de espíritu, respondió: *Si dentro de nosotros mismos nos sintiéramos abrasados en llamas de celestial deseo, fácilmente soportaríamos este frío exterior, por muy intenso que fuere.* Tanto cuanto aborrecía la molicie en el vestido, otro tanto amaba su aspereza, y aseguraba que por esta aspereza mereció San Juan Bautista ser alabado por la boca misma del Señor. Si alguna vez en las túnicas que le daban de limosna encontraba, a su parecer, cierta especie de finura, procuraba reforzarlas al interior con trozos de ásperas cuerdas; pues decía que, según el oráculo divino, la delicadeza de los vestidos no debe buscarse en las humildes chozas de los pobres, sino en los soberbios palacios de los príncipes. Había llegado a convencerse, por indubitable experiencia, de que los demonios se llenaban de terror con la austeridad de la vida y, en cambio, con las delicias y la blandura se hacían casi invencibles en sus tentaciones.

Confírmase esta doctrina con el siguiente hecho. Hallábase cierta noche el Santo molestado por un fuerte dolor de ojos y de cabeza, y pusiéronle, contra la costumbre, una almohada de plumas para que más fácilmente pudiera conciliar el sueño. Muy luego se introdujo en ella el demonio, inquietándole de mil modos durante la noche para perturbarle en el ejercicio santo de la oración, hasta que, llamado un compañero, mandó arrojar muy lejos de su pobre celda la almohada, con el espíritu infernal. Al salir de la celda el hermano, cargado con aquella almohada, perdió las fuerzas y el uso de todos los miembros, hasta que, llamado por el seráfico Padre, que conoció en espíritu cuanto sucedía, le fué restituído por completo el vigor primitivo del espíritu y del cuerpo.

3. Francisco vigilaba constantemente sobre sí mismo, y ponía sumo cuidado en conservar la pureza interior y exterior; para lo cual, al principio de su conversión y en lo más riguroso del invierno, sumergíase con frecuencia en un estanque de hielo, con el doble fin de reprimir los desordenados movimientos de la concupiscencia y de preservar ilesa de los ardores del torpe deleite la cándida vestidura del pudor virginal. Por eso afirmaba que el varón espi-

ritual debía preferir siempre el experimentar un frío intenso en el cuerpo antes que sentir en el alma el más ligero ardor de la vil sensualidad.

4. Cierta noche se hallaba el Santo entregado a la oración en una gruta del desierto de Sarciano. Quiso aprovecharse de esta coyuntura el infernal enemigo, y por tres veces le llamó: «Francisco, Francisco, Francisco.» Preguntó el Santo qué quería, y añadió maliciosamente el demonio: «No hay pecador en el mundo, por grandes que sean sus culpas, a quien, si se convierte, no le conceda Dios el perdón. Pero, en cambio, todos aquellos que se matan con los rigores de una excesiva penitencia, jamás podrán obtener la divina misericordia.» Esclarecida la mente del siervo de Dios con la luz celestial, comprendió bien pronto los engañosos ardides del tentador, y cuánto se esforzaba por hacerlo caer en el peligroso estado de la tibieza. Así lo conoció por el siguiente suceso. Inmediatamente después de lo que hemos dicho, y por instigación de aquel cuyo hálito hace que ardan las brasas, se sintió Francisco atacado de una fuerte tentación carnal. Apenas la notó el amante apasionado de la pureza, se despojó de su vestido y comenzó a disciplinarse con gran rigor, diciendo al mismo tiempo: *¡Ea, hermano asno!, así te conviene estar y sufrir los azotes que tienes bien merecidos. El hábito religioso sirve para la decencia y lleva consigo el carácter de la santidad; por esta razón no debe apropiárselo un lujurioso. Ahora bien: si pretendes huir del castigo, marcha, si puedes, donde te plazca.* Y animado entonces de un extraño fervor de espíritu, salió de su celda, dirigiéndose a un campo muy proximo; y allí, desnudo como estaba, se revolcó sobre un gran montón de nieve para sofocar los ardores de la concupiscencia. Formó después con sus propias manos siete bolas o figuras de nieve de diferentes tamanos, y delante de ellas hablaba consigo mismo: *Aquí tienes, cuerpo mío: esta figura mayor es tu esposa; estas otras cuatro son dos hijos y dos hijas; y las dos últimas, un criado y una doncella, que conviene tengas para tu servicio. Apresúrate, pues, a vestirlas, que se están muriendo de frío. Mas si la afanosa solicitud de todas ellas te es grave y molesta, procura desprenderte de ellos y conságrate fielmente a tu único Dios y Señor.* Vencido con tan piadosa estratagema, huyó avergonzado el tentador, y Francisco regresó victorioso a su celda; pues mientras en lo exterior se había enfriado por modo tan cruel, logró extinguir tan completamente dentro de sí mismo los ardores de la concupiscencia, que en

adelante jamás volvió a sentir ninguna de sus rebeldías. Todo esto le fué patente a un religioso que se hallaba entonces entregado a la oración, representándosele con mayor claridad que la que tiene la luna en los días de su plenitud. Enterado el Santo de la visión que su hermano había tenido durante la noche, le refirió detalladamente la tentación; pero al propio tiempo le mandó que mientras él viviese a nadie se atreviese a manifestarla.

5. Enseñaba además el Santo que no sólo debían mortificarse los desarreglados apetitos de la carne, y refrenar sus torpes concupiscencias, sino que era también preciso guardar con suma cautela los sentidos exteriores del cuerpo, por los cuales entra la muerte en el alma. Aconsejaba asimismo que se evitasen prudentemente las conversaciones, el trato y la excesiva familiaridad con las personas de otro sexo, las cuales fueron para muchos ocasión de ruina, y aseguraba que suele suceder muchas veces ser vencidos por el sexo débil los espíritus fuertes y valerosos. Decía, además, que el conversar familiarmente con dichas personas y evitar el peligroso contagio que de ello resulta, no siendo hombres de muy probada virtud, es cosa tan difícil como lo es, según la divina Escritura, *andar sobre carbones encendidos y no quemarse las plantas.* Por eso el Santo era tan extremado en apartar los ojos de esta vanidad peligrosa, que pudo asegurar a uno de sus compañeros no conocer a mujer alguna por las facciones del rostro. Ni consideraba ser cosa segura detener en el alma las especies de sus formas corpóreas, las cuales pueden fácilmente o bien resucitar el fuego de la carne rebelde o mancillar el candor del más puro espíritu. De igual modo afirmaba ser frívola y vana toda conversación con persona de distinto sexo, si no es en el tribunal de la penitencia, o para espiritual instrucción de las mismas, y aun esto con la brevedad que exigen las prudentes reglas de la caridad y decencia. *¿Qué negocios* —decía— *tendrá que tratar un religioso con persona de distinto sexo, si no son los que se refieren a la santa penitencia o los que contribuyen a fomentar en ellas los deseos de una vida mejor? Cuando se confía en una necia seguridad, se precaven menos los insidiosos lazos del enemigo, y si éste logra apoderarse de un solo cabello del hombre, pronto lo convierte en gruesa maroma, con la cual le arrastra sin dificultad al abismo.*

6. No eran menos enérgicas sus invectivas contra la ociosidad, y afirmaba ser una inmunda sentina de donde proceden los malos pensamientos: por lo cual enseñaba con su ejemplo que la carne rebelde y perezosa debe domarse con duras disciplinas y no interrumpido trabajo. De aquí

es que daba a su cuerpo el nombre de *hermano asno*, como que está destinado a llevar grandes cargas, sufrir recios golpes y a ser sustentado con vil y escaso alimento. Por eso cuando veía algún ocioso y vagabundo, de esos que pretenden comer y vivir a expensas del sudor de los otros, lo llamaba con el denigrante apodo de *fray Mosca*, por cuanto que este tal, incapaz de hacer nada bueno y usando mal de los beneficios recibidos, llega a convertirse en objeto de abominación para todos. Por esto en cierta ocasión se expresaba de este modo: *Quiero que mis religiosos trabajen y se ocupen en alguna obra honesta, no sea que, entregados a la ociosidad, lleguen a caer de palabra o pensamiento en algo que sea ilícito o pecaminoso.*

Deseaba en gran manera que sus religiosos guardasen el silencio prescrito en el Evangelio; esto es, que se abstuvieran siempre solícitamente de toda palabra ociosa, como que de ella hay que dar cuenta el día del juicio. Impulsado por este sentimiento, cada vez que encontraba algún religioso viciado por el apetito desenfrenado de hablar, le reprendía con acritud; y enseñaba al propio tiempo que la modesta y prudente taciturnidad no sólo contribuye a conservar la pureza del corazón, sino que es además una gran virtud, pues no en vano se dice en la divina Escritura que *la vida y la muerte están en poder de la lengua*, no tanto por razón del gusto, cuanto por la excesiva locuacidad.

7. Verdad es, por otra parte, que si procuraba inculcar con insistencia en sus religiosos el deseo de una vida austera y penitente, le repugnaba la excesiva severidad que no se reviste de entrañas de misericordia ni está condimentada con la sal de la discreción. Sucedió, en efecto, que uno de sus frailes, entregado a los rigores de una abstinencia por demás rigurosa, comenzó a desfallecer con el hambre, sin encontrar un momento de reposo. Comprendió el buen Pastor el peligro que corría aquella oveja de su rebaño y la llamó cariñosamente, le puso delante algunos manjares, y, para quitarle el natural rubor que pudiera experimentar, él mismo comenzó a comer, invitándole con dulzura a seguir su ejemplo. Animado con tan amorosa condescendencia de su Pastor, depuso el religioso su vergüenza, tomó de aquellos manjares y se sintió alegre por verse libre del peligro a que le conducía la debilidad de su cuerpo, no menos que por lo edificante de un ejemplo santo. A la mañana siguiente reunió el seráfico Padre a todos sus frailes, les refirió lo acontecido la noche anterior y, amonestándoles con prudencia, les dijo: *Hermanos míos: sea la caridad y no la comida lo que en esto nos sirva de ejemplo.* Enseñóles además a que

se ejercitasen en la discreción, como guía que es de las virtudes; pero no la discreción carnal y terrena, sino la que a todos enseñó Cristo, cuya sacratísima vida consta ser el ejemplar más acabado de la perfección.

8. Mas como al hombre terreno, rodeado de la debilidad de la carne, no le sea posible seguir tan perfectamente al Cordero sin mancilla, crucificado por nuestro amor, sin contraer en su seguimiento algunas manchas de imperfección, por eso afirmaba el Santo ser cosa indubitable que cuantos se consagran a una vida perfecta deben purificarse cada día en el baño del llanto y del dolor. Doctrina que ejercitaba en sí mismo, pues aunque había alcanzado una pureza admirable de alma y cuerpo, no cesaba por eso de purificar constantemente con lágrimas los ojos de su espíritu, importándole bien poco perder por dicha causa la vista de los del cuerpo. Y tanto es así, que aunque contrajo por el continuo llanto una enfermedad gravísima de la vista, e intentó persuadirle el médico que cesase de llorar si no quería quedar enteramente ciego, el Santo le respondió con extraño fervor de espíritu: *Hermano médico: por el amor de esta luz material que nos es común con las bestias, no debemos tolerar que se nos retarde ni un solo momento la contemplación de la luz increada y eterna; porque el espíritu no ha recibido el beneficio de la luz por causa de la carne; antes bien, la carne lo recibió por causa del espíritu.* Prefería, en efecto, perder la luz de la vista corporal antes que reprimir la devoción de su espíritu, y cesar de derramar lágrimas, con las cuales se purifica la vista interior y se hace capaz de alcanzar la visión del mismo Dios.

9. Y como los médicos, por una parte, lo aconsejasen, y por otra los religiosos, deseosos de su salud, le pidiesen con insistencia que se sometiese al cauterio, como remedio que todos consideraban eficacísimo, el varón de Dios accedió humildemente a las súplicas que se le hacían, porque consideraba que aquel remedio no sólo podría ser saludable, sino también doloroso para el cuerpo. Llamaron, pues, al cirujano, quien procedió bien pronto a introducir el hierro en el fuego para realizar sin demora el cauterio. Mas el siervo de Cristo, animando a su cuerpo, presa del horror natural en tales casos, comenzó a hablar con el fuego como si fuese su íntimo amigo: *Hermano mío: el Altísimo te crió el más útil, bello y poderoso entre todas las cosas para expresar la hermosura; sé para mí propicio en esta hora, sé compasivo. Pido al Señor que te crió se digne templar para mí tu calor, a fin de que pueda sufrirte cuando me quemes suavemente.* Concluida la oración, hizo la señal de la cruz

sobre el hierro, hecho ascua, y se preparó con valor a sufrir sus rigores. Penetró el hierro candente en aquella carne tierna, y el cauterio se extendió desde la oreja hasta las cejas. El Santo expresó con las siguientes palabras el dolor que le había producido: *Alabad al Señor, hermanos míos carísimos, pues en verdad os digo que ni he sentido el dolor del fuego, ni experimenté dolor alguno en el cuerpo.* Y volviéndose al cirujano le dijo: *Si todavía la carne no está bien quemada, vuelve otra vez al cauterio.* Al observar el médico en aquella carne, flaca y enfermiza, una virtud tan extraña de espíritu, llenóse de admiración, y atribuyéndolo a verdadero milagro, exclamó: «Os aseguro, hermanos míos, que hoy he visto cosas admirables.» Había llegado a tan alto grado de perfección, que con armonía admirable la carne se sometía al espíritu, y el espíritu a Dios. Por divina ordenación, las criaturas, sujetas al servicio del Creador, se sometían también de un modo inefable al imperio y voluntad de su siervo.

10. Hallábase otra vez gravísimamente enfermo en el desierto de San Urbano y, desfallecido, pidió que le trajesen un poco de vino. Como le contestasen ser imposible acceder a su petición por no haber en casa ni una sola gota de tal bebida, rogó que le presentasen un vaso de agua. sobre el cual hizo la señal de la cruz. De repente el agua se convirtió en vino muy generoso, y logró la virtud de nuestro Santo lo que no pudo proporcionar la pobreza del lugar. Apenas gustó el vino convaleció con tanta facilidad y prontitud, que la novedad del sabor y la recobrada salud transformaron sobrenaturalmente y a un mismo tiempo el agua y al que la gustó, de modo que obraron con un doble milagro en Francisco la perfecta expoliación del hombre viejo y lo revistieron del nuevo, creado según Dios.

11. Y no sólo eran las criaturas las que se sometían a la voluntad del siervo de Dios, sino que la misma Providencia divina se le mostraba propicia en todo lugar y tiempo. Sucedió, en efecto, cierto día que, extenuado su cuerpo con tantas enfermedades como padecía y ansioso de proporcionar algún consuelo a su espíritu, deseó vivamente percibir los acordes de algún instrumento músico, mas, como no pudiese conseguirlo por medio humano, acudieron los ángeles del cielo a satisfacer los deseos del Santo. A la noche siguiente se hallaba Francisco en vela y entregado a la contemplación de las cosas divinas, cuando de repente se oyó el sonido de una cítara que, pulsada con destreza, producía acordes armoniosos y de una melodía verdaderamente celestial. No se percibía alrededor persona alguna humana, y sólo la variable intensidad del sonido indicaba el alejamiento o aproximación del citarista. Elevado en Dios el espíritu del Santo, se sintió lleno de tanta suavidad con aquella dulcísima e inefable armonía, que le pareció gozar ya de la mansión eternal. No pudo ocultarse este hecho a los más familiares de sus religiosos, los cuales conocían frecuentemente por ciertos indicios que el Señor recreaba al Santo con grandes y extraordinarios consuelos, y de tal modo que ni él mismo podía ocultarlo.

12. Caminaba en otra ocasión el Santo acompañado de un religioso. por causa de predicación, entre la Lombardía y la Marca Tarvisina, y, al llegar a las márgenes del Po, les sorprendió la oscuridad de la noche. Peligroso era el camino por las tinieblas, la proximidad del río y los pantanos que los cercaban, y al verse en tal aprieto el compañero dijo al Santo: «Pedid, Padre mío, pedid al Señor que nos libre de los grandes peligros que nos amenazan.» Lleno de confianza en el socorro amoroso de la Providencia, le respondió Francisco: *Poderoso es Dios, hermano mío carísimo, si place a su voluntad adorable, para disipar en un momento las densas tinieblas que nos cercan y derramar en derredor nuestro torrentes de clarísima luz.* No había concluído aún de decir estas palabras, cuando, de repente, comenzó a rodearlos una luz tan esplendorosa y sobrenatural que, oscura la noche para los demás, se convirtió para ellos en clarísimo día, de modo que no sólo distinguían perfectamente el camino, sino aun los objetos que se hallaban a muy larga distancia. Guiados por esta luz y confortados en el espíritu, anduvieron gran parte del camino hasta que, cantando himnos y alabanzas al Señor, llegaron por fin sanos y salvos al lugar adonde se dirigían.

Considerad, pues, cuánta fué y cuán admirable la pureza y virtud de este Santo, a cuyo imperio y voluntad el fuego apaga su ardor, el agua se convierte en vino generoso, los ángeles le recrean con sus celestes armonías y la luz divina le señala el camino, demostrándose así que todas las criaturas del mundo contribuían sensiblemente a manifestar la santidad de nuestro gran Patriarca.

CAPÍTULO VI

Humildad y obediencia del Santo y cómo Dios se dignaba condescender a sus deseos

1. La humildad, guarda y hermosura de todas las virtudes, llenó copiosísimamente al siervo de Dios, el seráfico Francisco. En su propia estimación se tenía como un vil pecador, cuando en realidad era un espejo y dechado de la más alta santidad. Sobre esta base solidísima procuró levantar, cual sabio arquitecto, el edificio de sus virtudes, al no poner otro fundamento sino el que había aprendido de Cristo. Por esto enseñaba que precisamente el descender el Hijo de Dios del seno del Padre a la morada de este mundo fué para enseñarnos, con el ejemplo y la palabra, y como Señor y Maestro nuestro, la virtud santa de la humildad. Y así, como verdadero discípulo de Cristo, procuraba envilecerse, y aparecer tal a los ojos de los demás, acordándose de que el Maestro celestial había dicho: *Lo que los hombres tienen por sublime es abominable delante de Dios.* Acostumbraba también a repetir frecuentemente estas palabras: *Lo que es el hombre delante de Dios, tanto es y nada más.* Por eso reputaba ser cosa muy necia envanecerse con las estimaciones del mundo, y, conforme a esta doctrina, se alegraba sobremanera en los oprobios que recibía y se llenaba de tristeza cuando alguien le alababa. Pues prefería oír de sí más bien vituperios que alabanzas, sabiendo que aquéllos contribuían eficazmente a su propia enmienda, mientras que las segundas podían causarle algún daño en el alma. En conformidad con este dictamen, cuando los pueblos ensalzaban su elevada santidad, solía ordenar a alguno de sus religiosos que sin recelo le dirigiese palabras de desprecio y contumelia. Y cuando el religioso, forzado por la obediencia, le llamaba rústico, grosero, hombre sin letras o inútil para todo, lleno Francisco de santa alegría, que se reflejaba en su rostro, le respondía: *Bendígate el Señor, hijo mío, pues tú eres el único que dices la verdad, y ésas son las palabras que debía oír siempre el hijo de Pedro Bernardón.*

2. Y, para hacerse despreciable a los demás, no perdonaba medio alguno hasta llegar a descubrir sus propios defectos cuando predicaba en presencia de todo el pueblo. Sucedió, en cierta ocasión, que, molestado por una grave enfermedad, y para recobrar la salud, se vió obligado a mitigar algún tanto los rigores de su abstinencia. Pronto recuperó las fuerzas corporales, y entonces el verdadero despreciador de sí mismo, deseoso de mortificar la propia carne, exclamó: *No puedo permitir que el pueblo me juzgue como hombre dado a la abstinencia, cuando ocultamente me cuido con demasiado regalo.* Levantóse, pues, inmediatamente, impulsado por el espíritu de santa humildad, y, convocado el pueblo en la plaza de la ciudad de Asís, entró con él, y con muchos religiosos que le acompañaban, en la iglesia catedral, para mayor desprecio suyo, desnudo, sin más ropa que los paños de honestidad y una cuerda atada al cuello. En esta actitud mandó que le condujesen a una piedra donde solían ponerse los criminales a quienes iban a ajusticiar. Subido a esta piedra, en lo más riguroso del invierno, y no obstante hallarse presa de ardiente calentura y débil en extremo, predicó con gran fervor de espíritu, asegurando a sus oyentes que no debían honrarle cual si fuese un hombre espiritual, antes bien, despreciarlo como a un glotón y amigo de los regalos de la carne. Atónitos los oyentes ante un espectáculo tan conmovedor, admiraron la humildad del Santo; y como tenían muy bien conocida la austeridad de su vida, contritos y compungidos, proclamaban que aquella humildad era más digna y capaz de ser alabada que imitada. Y aunque esto más parece ser un portento, semejante al que se lee del Profeta, que un ejemplo, fué una prueba de perfectísima humildad, con la cual se enseña a los seguidores de Cristo que deben despreciar las alabanzas transitorias del mundo, reprimir el prurito de la propia jactancia y no dejarse llevar de las mentidas apariencias de una falsa hipocresía.

3. Otros muchos actos como éste solía realizar, con el fin de aparecer en lo exterior como un *vaso de perdición,* aunque en lo interior procuraba conservar siempre el espíritu de la más alta santidad. Así tenía gran cuidado de esconder en lo más recóndito del pecho los abundantes dones que recibía del Señor, sin querer publicar aquello que podría serle ocasión de ruina. Por esto, cuantas veces se veía ensalzado por el pueblo, exclamaba: *Todavía estoy en peligro de poder mudar de estado; no queráis, pues, alabarme como seguro. Nadie debe ser alabado si su éxito final no está del todo seguro.* Así hablaba a cuantos le prodigaban alabanzas. Hablando consigo mismo, decía: *Francisco, si el Señor hubiera conferido al más desalmado ladrón los dones que has recibido, sabría agradecerlos y correspondería mucho mejor que tú.* Otras veces, en el trato familiar con sus religio-

sos, se expresaba así: *Nadie debe neciamente gloriarse de no caer en todas aquellas culpas en que puede incurrir un pecador. El pecador puede ayunar, hacer oración, llorar sus propias culpas y castigar con maceraciones las rebeldías de la propia carne. Una sola cosa no puede hacer, y es la de ser fiel a su Señor. Sólo, pues, nos debemos gloriar en tributar al Señor el honor que se merece y en devolverle, sirviéndole con fidelidad, todos los bienes que nos ha concedido.*

4. Para negociar de mil modos este comerciante evangélico, y para aprovechar con mérito todo el tiempo de la vida, quiso más bien estar sujeto, que presidir, y obedecer más bien que mandar. Por ello, después de renunciar el Generalato, pidió humildemente se le nombrase un Guardián, a cuya voluntad deseaba estar sometido por completo. Al tratar de esta virtud, afirmaba ser tan copiosos los frutos de la santa obediencia, que cuantos sometían su cuello al yugo de la misma no cesaban ni un momento de acumular más y más méritos. Por lo cual siempre procuraba prometer y guardar obediencia al religioso que le acompañaba. Llevado de igual espíritu así hablaba a sus compañeros: *Entre las gracias que el Señor, por su soberana bondad, se ha dignado concederme, una de ellas es que con la misma diligente solicitud obedecería a un novicio recién entrado en la Orden, si me lo diesen por Guardián, que a un religioso, el más antiguo y benemérito. El súbdito no debe considerar en su Prelado a un puro hombre, sino a Aquel por cuyo amor quiso someterse al yugo de la obediencia; pues cuanto más desdespreciable es por sí mismo el que manda, tanto más agradable es a Dios la sumisión del que obedece.* Preguntáronle en cierta ocasión quién debía ser tenido por verdadero obediente, y satisfizo la pregunta al proponer como ejemplo el símil de un cadáver. *Tomad* —decía— *un cadáver y ponedlo donde queráis. Veréis cómo no rehusa cualquier lugar, cómo no se queja de verse enteramente solo. Si lo colocáis sobre una cátedra, no dirigirá sus ojos a lo alto, sino a lo más bajo de la tierra; y si lo adornáis con vestido de púrpura, no haréis sino aumentar su cadavérica palidez. Tal es el verdadero obediente: no juzga por qué le mueven de un lado a otro, no se preocupa del lugar donde le colocan, no insta para que le cambien de un convento a otro. Si es elevado a un oficio honroso, conserva su acostumbrada humildad, y cuanto más honrado se ve, tanto más indigno se juzga de todo honor.*

5. En cierta ocasión dijo a uno de sus compañeros: *No debo, hermano mío, juzgarme verdadero fraile Menor mientras no me encontrare en el estado que te voy a describir. Imagínate que, siendo yo Prelado, voy a Capítulo y en él predico y amonesto a mis religiosos. Estos, al fin de la plática, hablando contra mí, dicen: «No nos conviene tener tal superior, porque es un hombre sin letras, de ruda expresión, idiota y simple»; y, por último, me arrojan con vilipendio y me veo despreciado por todos. Te digo en verdad que, si no oyese todos estos improperios con igual serenidad de rostro, con la misma alegría del alma y con igual tranquilidad de espíritu que si fuesen alabanzas, no sería ciertamente fraile Menor.* Y no contento con esto, añadía: *En la prelacía hay que temer las caídas, y en las alabanzas, el precipicio; pero, en cambio, la humildad del súbdito reporta siempre grandes ventajas al alma. ¿Por qué, pues, nos inclinamos más a los peligros que a las ganancias, cuando sólo para esto último se nos ha concedido el tiempo de la vida?*

Por este motivo, y por amor a la humildad, quiso Francisco que sus religiosos se llamasen *Frailes Menores* y que los Prelados de su Orden se llamasen *Ministros*, valiéndose para esto de las palabras del Evangelio, cuya observancia había prometido, y para que por el mismo nombre se acordaran siempre sus discípulos de que, para aprender la humildad, habían ingresado en la escuela de Cristo, Maestro perfectísimo de aquella virtud. Jesucristo, en efecto, para informar a sus discípulos en la santa humildad, había dicho: *El que quisiere ser entre vosotros el mayor, hágase criado de todos, y el que entre vosotros quisiere ser el primero, sea vuestro siervo.*

Un día hablaba el siervo de Dios con el Cardenal Obispo Ostiense, protector y principal propagador de la Orden de Frailes Menores, que más tarde, según la profecía del Santo, llegó a ser Pontífice Romano, con el nombre de Gregorio IX. Le preguntó éste si deseaba que sus religiosos fuesen promovidos a las dignidades eclesiásticas, y Francisco le respondió: *Señor, precisamente mis frailes se llaman* Menores *para que nunca presuman elevarse a cosas mayores. Si queréis, pues, que hagan fruto abundante en la Iglesia de Dios, dejadlos y conservadlos en el estado de su propia vocación, y no permitáis en modo alguno que sean promovidos a las honrosas prelacías de la Iglesia.*

6. Y como Francisco, tanto en sí como en todos sus súbditos, prefería la humildad a los honores, Dios, que ama a los humildes, se complacía en mostrarle digno de los puestos más elevados, como se lo reveló por visión celestial a uno de sus religiosos, varón de extraordinaria santidad. Iba este religioso una vez en compañía del Santo, y entraron en una iglesia medio abandonada. Oró el religioso con tal

fervor, que al momento quedó elevado en éxtasis; y vió en el cielo una gran multitud de tronos, y entre ellos uno mucho más rico que los otros, adornado con variedad de piedras preciosas y resplandeciente de gloria y majestad. Admirado de tan celestial refulgencia, comenzó a discurrir para quién estaría reservado trono tan excelso. Absorto en estos pensamientos, oyó una voz que le dijo: «Este trono, que perteneció en otro tiempo a uno de los ángeles caídos, se reserva ahora para el humilde Francisco.» Vuelto en sí de aquel arrobamiento, el religioso siguió acompañando al seráfico Padre en la forma que acostumbraba. Continuaron después los dos el camino. Hablaban de cosas celestiales; y el religioso, acordándose de la visión, preguntó disimuladamente al Santo qué opinión tenía formada de sí mismo. A cuya pregunta respondió el humilde siervo de Cristo: *Júzgome, hermano mío, y me tengo como el más grande de los pecadores.* Y como el religioso, persuadido de lo contrario, le replicase que no podía en conciencia sentir ni decir tal cosa, añadió Francisco: *Si Cristo Nuestro Señor se hubiera mostrado tan misericordioso con el hombre más criminal del mundo como lo ha hecho conmigo, tengo por muy cierto que le sería mucho más agradecido.* Al oír esta respuesta tan humilde aquel religioso se confirmó más y más en la verdad de la visión que había tenido, y comprendió perfectamente lo que dice el santo Evangelio cuando afirma que el verdadero humilde será exaltado al trono de gloria, del que es arrojado el soberbio.

7. En otra ocasión, cuando el Santo oraba en una iglesia desierta de Montecasale, en la provincia de Massa, supo por revelación divina que allí se hallaban ocultas multitud de preciosas reliquias. Conoció con dolor que habían permanecido por mucho tiempo privadas de la debida veneración y mandó a sus religiosos que con gran reverencia las trasladasen a otro lugar. Mas, precisado a separarse de sus hijos, bien pronto olvidaron éstos el mandato del seráfico Padre, y perdieron el mérito y virtud de la santa obediencia. Y como cierto día quisiesen celebrar los divinos misterios, sucedió que, al remover el mantel que cubría el altar, llenos de admiración, encontraron multitud de huesos hermosísimos, de los cuales salía un olor suavísimo, y pudieron contemplar aquellas santas reliquias, colocadas allí, no por la mano del hombre, sino por disposición providencial del Señor. Regresó poco después el Santo, y comenzó a averiguar con diligencia si estaba cumplido ya lo que acerca de dichas reliquias había dispuesto antes de su partida. Confesaron entonces humildemente los religiosos la culpa de su descuidada obediencia, por lo cual merecieron el perdón, no sin recibir alguna penitencia por su negligente descuido. Después les habló el seráfico Padre, y les dijo: *Bendito sea mi Dios y mi Señor, que se dignó hacer por sí mismo lo que vosotros debiais haber ejecutado.* Admiremos la solicitud amorosa de la Providencia acerca de nuestros cuerpos, y reconozcamos lo excelente de la virtud del humilde Francisco en la presencia de Dios, pues, al no cumplir los hombres los mandatos del Santo, quiso Dios condescender benigno a sus deseos.

8. Llegó cierto día a la ciudad de Imola, se presentó ante el Obispo y humildemente le pidió su beneplácito y licencia para poder convocar al pueblo y anunciarle la palabra divina. Al escuchar el Prelado esta petición, le respondió con alguna dureza, diciendo: «Me basto yo, hermano, me basto yo para predicar al pueblo, cuando lo juzgue conveniente.» Inclinóse humildemente el siervo de Dios y salió de palacio, pero no tardó mucho tiempo en volver a entrar. Algo turbado el Obispo al ver de nuevo en su presencia al Santo, le preguntó qué quería, y Francisco, con profunda y verdadera humildad, le respondió: *Señor, cuando un padre despide por una puerta a su hijo, éste debe buscar otra para entrar de nuevo en la casa.* Vencido con tan extraña humildad, el Obispo tendió alegre los brazos a Francisco, y le dijo: «Tú, hijo mío, y todos tus religiosos tenéis ya en adelante licencia general para predicar en todo mi obispado, pues bien merece tu profunda humildad el favor que te concedo.»

9. Sucedió también que en cierta ocasión llegó Francisco a Arezzo, precisamente cuando esta ciudad se hallaba dividida en bandos, tan enconados, que amenazaban una total e inminente ruina. Hospedado en uno de los arrabales de la ciudad, vió sobre ella gran multitud de espíritus malignos, que perturbaban a los ciudadanos y los excitaban a la mutua matanza. Resuelto el Santo a desterrar aquellas sediciosas potestades infernales, envió delante de sí, como nuncio o embajador, al bienaventurado fray Silvestre, varón de columbina sencillez, diciendo: *Marcha, hijo mío, a las puertas de la ciudad, y de parte de Dios omnipotente, y en virtud de la santa obediencia, ordena a esos demonios que se ausenten inmediatamente.* Apresuróse el verdadero obediente a cumplir las órdenes de su amantísimo Padre, y cantando con fervor las alabanzas del Señor, comenzó a clamar alegre al llegar a la ciudad: «De parte de Dios omnipotente, y por orden de su siervo Francisco, apartaos prontamente de aquí,

espíritus infernales.» Inmediatamente quedó pacificada la ciudad, y, tranquilos sus moradores, respetaron mutuamente los derechos de cada uno. De modo que, desterrada la soberbia de los demonios, que tenían como cercada la ciudad, y presente, en cambio, la sabiduría de un pobrecillo, es decir, la profunda humildad de Francisco, se restableció la paz y la ciudad quedó libertada, pues, con la excelente virtud de su obediencia, había merecido Francisco alcanzar sobre aquellos espíritus rebeldes y protervos tal imperio y tan gran dominio, que pudo reprimir sus diabólicas furias y desterrar sus importunos asaltos.

10. Cosa cierta es que los soberbios demonios huyen siempre de las excelsas virtudes de los humildes, a no ser cuando la divina Providencia permite, para mayor guarda y seguridad de la humildad, que sus siervos sean mortificados por aquellos espíritus, como de sí mismo afirma el apóstol San Pablo, y Francisco conoció por propia experiencia. En efecto, como le pidiese el Cardenal del título de Santa Cruz que permaneciese en su compañía por algún tiempo, en su palacio de Roma, condescendió humildemente el Santo, movido por el amor y respeto que profesaba a tan alto príncipe de la Iglesia. Mas he aquí que la primera noche de su estancia en el palacio, cuando después de la oración quiso entregarse al preciso descanso, vinieron los demonios, rabiosos contra el soldado de Cristo, y azotándole dura y despiadadamente, le dejaron por último casi exánime y medio muerto. Huídos ya los malignos espíritus, llamó el Santo a su compañero, a quien refirió todo el suceso, y añadió estas palabras: *Paréceme, hermano, que el haberme maltratado tan ferozmente en esta ocasión los demonios, los cuales nada pueden sino cuanto la Providencia les permite, es indicio de que no dice bien mi permanencia en la mansión de los grandes. Porque si mis religiosos, que habitan en casas muy pobres, oyen que yo estoy en los palacios de los cardenales, quizás lleguen a sospechar que me ocupo demasiado de las cosas mundanas, que me dejo arrastrar en pos de los honores o que abundo aquí en regalos y delicias. Por lo cual juzgo cosa mejor que quien está puesto como yo para ejemplo de los demás habite humildemente entre los humildes y en lugares también humildes, para hacer de este modo fuertes a los que sufren penuria, padeciendo con ellos iguales privaciones.* Con esto llegó la mañana siguiente, y el Santo, pretextó respetuosamente una excusa razonable, y abandonó con su compañero el palacio del Cardenal.

11. Grande era el aborrecimiento que Francisco tenía a la soberbia, origen funesto de todos los males, y a la desobediencia, hija nefanda de aquélla, y no era menor el aprecio en que tenía a la humildad y a la penitencia.

Fuéle presentado en cierta ocasión un religioso que había delinquido contra la santa obediencia, a fin de que le impusiese el oportuno castigo. Mas, viendo el varón de Dios que aquel religioso daba pruebas evidentes de un sincero arrepentimiento, vencido por el amor de su humildad, le perdonó misericordiosamente. Y para que la facilidad y prontitud en el perdón no se convirtiese para otros en ocasión de delinquir, mandó que quitasen al religioso la capilla del hábito y la arrojasen sin demora al fuego, dando con esto a conocer a todos cuán gravemente debe ser castigada la culpa de la desobediencia. Después que la capilla estuvo por mucho tiempo en medio de las llamas, mandó que la sacasen del fuego y la restituyesen al religioso, arrepentido con grandes muestras de humildad. ¡Cosa verdaderamente admirable! Sacaron la capilla de en medio de las llamas sin encontrar en ella rastro alguno ni señal de haber estado en el fuego. Con lo cual dió a conocer el Señor con un solo milagro cuán grande era la virtud de Francisco y cuánto el mérito de la humilde penitencia.

Justo es, por tanto, que sigamos la humildad de Francisco, la cual llegó a adquirir tal mérito aun en este mundo, que inclinó al mismo Dios a condescender con sus deseos, cambió los afectos del humano corazón, reprimió con su imperio la proterva malicia de los demonios, y con sólo un acto de su voluntad apagó la voracidad de las llamas. Esta virtud es, en verdad, la que, exaltando a los hombres, obliga al humilde a dar a todos el merecido respeto, y hace, por otra parte, que todos le honren y glorifiquen.

CAPÍTULO VII

Amor del Santo a la pobreza y de su paciencia en soportar los efectos de la penuria

1. Entre la multitud de celestiales carismas que Francisco recibió del Dador de todo bien, mereció por una gracia especialísima crecer en las *riquezas de la caridad*, mediante su amor ardiente a la virtud de la pobreza. Consideraba, en efecto, Francisco que esta virtud había sido muy

Milagros de San Francisco. (Grabado del siglo XVI. Amberes.)

familiar al Hijo de Dios, y al verla, por otra parte, casi desterrada del mundo, resolvió desposarse con ella mediante *un vínculo de caridad perpetua;* de tal modo, que por su amor no sólo abandonó a su padre y a su madre, sino que renunció también a cuantas riquezas pudiera poseer. Nadie hubo tan codicioso del oro como él lo fué de la santa pobreza, ni nadie puso tanto cuidado en guardar sus tesoros como él en conservar tan preciosa margarita. Por eso nada le ofendía tanto como el ver en sus religiosos alguna cosa que no estuviese del todo conforme con la pobreza. Y en realidad, el Santo, rico con la túnica, el cordón y los paños de la honestidad, vivió contento con ellos desde el principio de su conversión hasta la muerte. Frecuentemente se ponía a meditar, sin poder contener las lágrimas, en la pobreza de Cristo y de su Madre Santísima, y después de haberla estudiado en ellos, aseguraba ser la pobreza la reina de todas las virtudes, pues tanto había resplandecido y tanto había sido amada por *el Rey de los Reyes* y por su Madre, la Reina de los cielos. De ahí que una vez, reunidos sus religiosos al preguntarle cuál era la virtud más propia para captarse la perfecta amistad con Cristo, respondió, como quien descubre un íntimo secreto del corazón: *Sabed, hermanos míos, que la pobreza es el camino más seguro para la salvación, como fundamento de la humildad y raíz de toda perfección, y sus frutos, aunque ocultos, son múltiples y abundantísimos. Esta virtud es aquel tesoro evangélico escondido en el campo, y para comprarlo deben venderse todas las cosas y despreciar por amor suyo las que no pueden venderse*

2. E insistía en tan saludable enseñanza: *Quien quisiere llegar en esta virtud a la cumbre de la perfección debe renunciar, no sólo a la humana prudencia, sino también, y en cierto modo, a la pericia en las letras, a fin de que, despojado de esa vana posesión, pueda penetrar en las obras del poder de Dios y, desnudo de todo afecto terreno, se entregue enteramente en brazos del Señor, pues nadie renuncia perfectamente a la vanidad del siglo si dentro de su corazón conserva algún lugar para el amor propio.* Cuando trataba con sus religiosos acerca de la pobreza, cosa que hacía con harta frecuencia, solía repetir aquello del Evangelio: *Las zorras tienen sus cuevas y las aves del cielo sus nidos para poner los polluelos; pero el Hijo del hombre ni siquiera tiene donde reclinar la cabeza.* Por lo cual encarecidamente aconsejaba a sus frailes que, a semejanza de los pobres, sólo construyesen edificios humildes, y morasen en ellos, no como si fuesen propios, sino ajenos, conside-

randose como peregrinos y advenedizos en este mundo. Porque cosa propia es, decía, de los peregrinos ser hospedados en casa ajena, anhelar siempre por la patria y recorrer pacíficamente su camino. Algunas veces mandaba deshacer las casas edificadas, o por lo menos exigía que las abandonasen sus religiosos, cuando en ellas encontraba algo que por razón de la propiedad o de lo suntuoso de las mismas era contrario a la pobreza evangélica. Llamaba a esta pobreza fundamento de su Orden, sobre el cual se afianzaba de tal modo el edificio de la Religión, que mientras aquél permaneciese firme. ella lo estará también, en tanto que, si llegase a falsear, quedaría ella totalmente destruída.

3. Por ello, ilustrado con revelación divina, enseñaba que el ingreso en su Religión debía comenzarse por la práctica de aquella máxima del Evangelio: *Si quieres ser perfecto, anda, vende cuanto tienes y dalo a los pobres.* Así que sólo admitía en su Orden a quienes se habían desapropiado de todo y nada retenían para sí, ya por la dicha máxima evangélica, ya también para que no les sirviesen de tropiezo y escándalo los bienes que pudieran reservarse.

En la Marca de Ancona se le acercó un joven pidiendo ser admitido en la Orden, y el Patriarca de los pobres le contestó: *Si quieres ser contado entre los pobres de Cristo, distribuye entre los pobres del mundo todo cuanto tienes.* Al oír esto, marchó el joven, y llevado de un amor desordenado hacia los parientes, distribuyó entre ellos todos sus bienes, sin dar cosa alguna a los pobres. Mas, cuando al volver a la presencia del Santo, le refirió lo que había hecho, le increpó severamente Francisco y le dijo: *Anda en paz, fray Mosca, porque todavía no supiste salir de tu casa ni de tu parentela. Repartiste tus bienes entre tus consanguíneos y defraudaste a los pobres; no eres, por tanto, digno de vivir con los pobres evangélicos. Has principiado por espíritu de carne, colocando así la fábrica espiritual sobre un ruinoso fundamento.* Volvióse el hombre carnal a los suyos, exigiéndoles la devolución de los bienes que les había dejado, y que no quiso distribuir a los pobres. abandonando así bien pronto sus propósitos de virtud.

4. En otra ocasión, en el convento de Santa María de los Angeles o de Porciúncula, había tal escasez de recursos, que no podía atenderse convenientemente y según lo exigía la necesidad a los religiosos huéspedes que por allí transitaban. Acudió al Santo su Vicario, manifestándole la penuria de los religiosos y pidiéndole al propio tiempo le permitiese reservar algo de los bienes de los novicios que entraban en

la Orden, para poder recurrir a dichos bienes cuando se creyese indispensable. A esta proposición respondió el Santo: *Lejos, muy lejos de nosotros, hermano mío carísimo, obrar contra la Regla por ninguna consideración puramente humana. Prefiero que despojes el altar de la Virgen bendita, cuando lo requiera la necesidad, antes que faltar en un ápice al voto de la pobreza o a la observación del santo Evangelio. Más grato será, por cierto, a la Santísima Virgen que, por observar fielmente el consejo del Evangelio, despojemos su altar de adornos no necesarios que, por tenerlo engalanado, faltemos a la promesa que hemos hecho a su Hijo.*

5. Pasaba en cierta ocasión Francisco con uno de sus compañeros por la Pulla, y, poco después de salir de la ciudad de Bari, encontró en el camino una gran bolsa que parecía estar repleta de dinero. El compañero indicó con insistencia al Pobrecillo de Cristo cuán conveniente sería recoger de la tierra aquella bolsa para distribuir el dinero entre los pobres. Rehusó el siervo de Dios acceder a esta petición, sospechando que en aquella bolsa se escondía, sin duda, algún ardid diabólico, y así juzgaba que el compañero le aconsejaba una cosa no meritoria, sino pecaminosa, esto es, apoderarse de lo ajeno con pretexto de darlo a los pobres. En consecuencia, se apartaron de aquel lugar y se apresuraron a continuar el viaje. Mas no quedó tranquilo aquel religioso, llevado de una falsa piedad, y llegó hasta el extremo de reprender a Francisco y acusarle de no querer socorrer las necesidades de los pobres. Importunado con tanta insistencia, consintió el Santo en volver al lugar mencionado, no para satisfacer los deseos del compañero, sino más bien para descubrirle el pérfido ardid del diablo. Vuelto, en efecto, con el compañero y un joven que encontraron en el camino, al lugar donde estaba la bolsa, hizo primero oración fervorosa, y mandó al religioso que levantase de la tierra la bolsa. Tembloroso el compañero, llenóse de espanto, como si ya presintiese el monstruo infernal. Sin embargo, forzado por el precepto de la santa obediencia, desechó ya toda duda y extendió la mano para levantar la bolsa. Mas he aquí que, al hacerlo, salió de la bolsa una descomunal serpiente, la cual, al desaparecer instantáneamente con la bolsa, demostró bien a las claras haberse encerrado allí un engaño diabólico. Descubierta de este modo la astucia del infernal enemigo, dijo Francisco a su compañero: *El dinero, hermano carísimo, no es para los siervos de Dios otra cosa que una venenosa serpiente o un simulado demonio.*

6. Después, y al dirigirse a la ciudad de Siena, por exigirlo así las circunstancias, sucedió al Santo un caso verdaderamente admirable. En una gran planicie, que se extiende entre Campillo y San Quirico, saliéronle al encuentro tres pobres doncellas perfectamente parecidas en la estatura, en la edad y en el rostro, las cuales le saludaron de un modo del todo nuevo, diciéndole: «¡Bien venida sea la santa Pobreza!» Llenóse de un gozo indecible al oír estas palabras el ferviente amante de la pobreza, pues le parecía no haber manera mejor de saludar a los hombres que la que aquéllas habían empleado. Desaparecieron ellas súbitamente, y los compañeros de Francisco, al considerar en las tres doncellas tan admirable semejanza y la novedad de su aparición, juzgaron razonablemente que en todo esto se ocultaba algún secreto misterioso relacionado con el santo Fundador.

Parecía, en efecto, que en aquellas tres pobres doncellas tan parecidas en su rostro, que saludaban de manera tan extraña y que tan de repente desaparecieron, se representaba la hermosura de la perfección evangélica, en lo que se refiere a la obediencia, a la pobreza y a la castidad, hermosura que bien puede asegurarse resplandecía en Francisco, aunque siempre prefería gloriarse en los privilegios de la santa pobreza, a la que solía llamar con los nombres, una veces de *Madre*, otras de *Esposa* y más frecuentemente con el de *Señora*. En esta pobreza deseaba que sobresaliesen todos sus hijos, porque en ella había aprendido a reputarse inferior a todos los demás. Por eso, si alguna vez le acontecía encontrar alguno que en lo exterior apareciese más pobre que él, al momento se reprendía severamente, excitándose a la imitación, como si, celador de la pobreza, temiese ser vencido por otro. Sucedió en cierta ocasión que le salió al encuentro en el camino un pobre andrajoso, y al ver su desnudez se compadeció de él, y vuelto a su compañero, con voz lastimosa le dijo: *¡Qué vergüenza debe causarnos, hermano mío, la desnudez de este mendigo! ¡Hemos escogido la pobreza como nuestra más preciada riqueza, y he aquí que en éste resplandece mucho más que en nosotros!*

7. Llevado de este su amor a la pobreza el siervo de Dios prefería mil veces alimentarse con las limosnas que mendigaba de puerta en puerta que con aquellas que espontáneamente le ofrecían. Por esto, si alguna vez era convidado por grandes personajes a sentarse en su bien provista mesa. primero mendigaba por las casas más próximas algunos mendrugos de pan. y. enriquecido después con esta limosna. no

rehusaba aceptar el convite. Y como hubiese hecho esto mismo en cierta ocasión en que le convidó el Cardenal Ostiense, que amaba tiernamente a Francisco, quejóse el bondadoso Prelado juzgando ser poco honroso para él que hubiese pedido limosna. Le contestó Francisco: *Señor, grande honor os he tributado, honrando a otro Señor más excelente. Porque, en verdad, se complace el Señor en la pobreza, y mucho más en aquella que por Cristo se convierte en voluntaria mendicidad. No quiero trocar por esas vanas riquezas, que os han sido concedidas, aquella dignidad real que Cristo,* hecho pobre *por nosotros, tomó para Sí, a fin de enriquecernos con su pobreza y hacernos, como verdaderos pobres de espíritu, herederos y reyes del reino de los cielos.*

8. Exhortaba a sus religiosos a pedir limosna, y solía hablarles frecuentemente de esta manera: *Id, hermanos míos, porque los frailes Menores han sido dados al mundo en estos últimos tiempos a fin de que los predestinados cumplan en ellos aquello que necesitan para ser alabados por el supremo Juez, oyendo de sus labios estas dulcísimas palabras: «Cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a mí me lo hicisteis.» Cosa, por cierto, honrosa es pedir limosna con el título de «Frailes Menores»; título que tan expresamente se dignó mencionar con sus propios labios el Maestro de la verdad evangélica al hablar del eterno galardón de los justos.* De igual modo solía pedir limosna en las fiestas más principales, si para ello se presentaba ocasión, y aseguraba que en los pobres de espíritu se verificaba aquella sentencia del Profeta: *Pan de ángeles comió el hombre.* Ciertamente, decía, que debemos reputar por verdadero pan angélico aquel que, pedido por amor de Dios e inspirándolo así los ángeles, lo distribuye la caridad y la santa pobreza lo recoge de puerta en puerta.

9. Hallábase una vez el día de Pascua en cierto santuario o eremitorio, tan separado del comercio de los hombres que no podía fácilmente el Santo mendigar su alimento, y se acordó de Aquel que en el mismo día se apareció en traje de peregrino a los discípulos en el camino de Emaús. Pidió limosna a sus frailes, considerándose como un peregrino. Recibióla con humildad, y los instruyó en las divinas Letras. exhortándoles a que en el desierto de este mundo se reputasen como peregrinos y advenedizos, esto es, como verdaderos hebreos, y a que celebrasen continuamente en pobreza de espíritu *la Pascua del Señor*, o sea el tránsito de *esta vida a la eterna*. Y por cuanto. al pedir la limosna. no lo hacían

por la torpe avaricia del socorro, sino con santa libertad de espíritu, Dios, Padre de los pobres, manifestó su providencia en favor suyo.

10. Hallábase el siervo de Dios gravemente enfermo en la ciudad de Nocera y quisieron trasladarlo a la ciudad de Asís unos hombres nobles, del pueblo natal del Santo, que tan tiernamente le amaban. Al trasladar al bienaventurado Padre, llegaron con él a una pequeña población llamada Sarciano, en donde, acosados por el hambre y llegada la hora de la refección, salieron en busca de algo que comer, y no encontrando quien les vendiese cosa alguna, regresaron enteramente vacíos. Entonces les dijo Francisco: *No encontrasteis cosa alguna que comer porque habéis confiado más en vuestras «moscas»* (así llamaba el Santo al dinero) *que en Dios; pero volved* —les dijo— *por las casas que habéis recorrido, y ofreciendo por precio el amor de Dios, pedid humildemente limosna. Y no juzguéis, alucinados por una falsa estimación, que esto sea cosa vil o vergonzosa; pues todas las cosas, después del pecado, las concede misericordiosamente mediante la limosna a los dignos y a los indignos el soberano Dador de todos los bienes.* Alentados por estas palabras, perdieron su vergüenza aquellos caballeros, salieron espontáneamente a pedir limosna y recogieron mucho más por ella que hubieran podido alcanzar con una gran cantidad de dinero. Pues aquellos pobres aldeanos, movidos a compasión por divino instinto, no sólo dieron sus cosas, sino que además se ofrecieron liberalmente en obsequio del Santo. Con lo cual resultó que la necesidad que no pudo remediar el dinero, la socorrió abundantemente la opulenta pobreza de Francisco.

11. Durante el tiempo que estuvo enfermo en un eremitorio próximo a Rieti, cierto médico le visitaba con frecuencia. Mas, como al Pobrecillo de Cristo le fuese imposible recompensarle dignamente por su trabajo, el liberalísimo Dios, para que no fuera sin la debida recompensa, le remuneró, en nombre del Pobrecillo, los servicios que le había prestado, con este singular beneficio. Había construído el médico, por este tiempo y a expensas propias, una casa enteramente nueva, y muy pronto se abrieron en sus paredes, desde arriba abajo, grandes hendiduras, amenazando tan inminente ruina, que parecía no haber humano medio de evitar su total derrumbamiento. Lleno el médico de confianza en los méritos del Santo, pidió a sus compañeros con gran fe y devoción le diesen alguna cosa que hubiese sido tocada por las manos de Francisco. A fuerza de repetidas instancias pudo obtener un poco de pelo del siervo de Dios, y por la tarde lo introdujo cuidadosamente en una de las hendiduras

de la pared, y al levantarse al día siguiente observó que la hendidura se había cerrado tan perfectamente, que ni pudo extraer las mismas reliquias puestas el día anterior ni encontrar vestigio alguno de las hendiduras; verificándose el prodigio de que por haber prestado el médico sus servicios al debilitado cuerpo del Santo, mereció librarse del peligro que amenazaba una ruina próxima e inevitable en su propia casa.

12. Quería en otra ocasión trasladarse el Santo a un lugar desierto para entregarse más libremente a la contemplación de las cosas celestiales, y como estuviese en gran manera débil, cierto humilde labriego le proporcionó un pobre jumentillo para que pudiese continuar camino. Sucedió que, siguiendo el labriego a nuestro Santo, y como subían en lo más riguroso del verano por la áspera pendiente de una montaña, fatigado aquél por lo largo y escabroso del camino, se sintió casi desfallecido por sed abrasadora. Comenzó entonces a clamar en pos de Francisco: «¡Mirad, hombre de Dios, que muero de sed, si no encuentro pronto un poco de agua para refrigerar mis fauces!» Al momento apéase Francisco de su cabalgadura. y postrado de rodillas en tierra, levanta las manos al cielo y no cesó de orar fervorosamente hasta conocer que el Señor había oído su plegaria. Concluída la oración, dijo amorosamente al labriego: *¡Corre, hermano mío, corre hacia aquella piedra, y allí encontrarás agua fresca y abundante, que ahora mismo te prepara misericordiosamente Cristo en aquel duro peñasco, para aue puedas apagar tu sed ardiente* ¡Admirable bondad la de Dios, que atiende con tanta solicitud a sus siervos! Sació su sed el labriego, bebiendo agua producida en la dureza de una piedra en virtud de oración fervorosa, y pudo extraer un líquido elemento de un peñasco durísimo. Jamás había existido en aquel lugar vestigio alguno de agua. y mucho menos de fuente, ni por mucho que después se hizo fué posible encontrarlo.

13. Se dice más adelante, como en propio lugar, el modo con que Cristo, por los méritos de su siervo, multiplicó los manjares; por ello bastará que aquí relatemos lo siguiente: es a saber, que con una pequeña limosna que había recibido libró a varios marineros, y por espacio de muchos días, de los peligros del hambre y de la muerte. Con lo cual quiso el Señor dar a entender por modo maravilloso que así como Francisco fué tan semejante a Moisés en el prodigio de sacar agua de la dura piedra, así también lo fué a Eliseo en la multiplicación de los alimentos. ¡Que desechen, pues, los pobres de espíritu toda clase de descon-

fianza! Porque si la pobreza de Francisco fué de una suficiencia tan copiosa, que en su virtud pudo socorrer fácilmente las necesidades que le sobrevenían, de modo que nunca le faltaba ni casa, ni bebidas, ni manjares, cuando ni por el arte, ni por el dinero, ni por la industria podía proporcionárselos, mucho más merecerá todo aquello que por disposición ordinaria de la Providencia se concede comúnmente a todos. Pues si la dura piedra, diremos otra vez, al imperio de la voz de un pobre, propinó abundantísima agua a otro pobre que se abrasaba de sed, nada, por cierto, negará el Autor de todo cuanto existe a aquellos que por amor suyo abandonaron todas las cosas.

CAPÍTULO VIII

Piedad fervorosa del Santo y dominio que ejercía sobre las criaturas irracionales

1. La verdadera y sólida piedad que, según enseña el Apóstol, *es útil para todas las cosas*, de tal modo había llenado el corazón y las entrañas de Francisco, que parecía haber sometido totalmente a su dominio al bienaventurado siervo del Señor. Esta virtud es la que por la *devoción* elevaba a Francisco hacia Dios, por la *compasión* lo transformaba amorosamente en Cristo, por la *misericordia* lo inclinaba amorosamente hacia el prójimo y por la *amigable unión*, que establecía entre todas las cosas, parecía haberle vuelto al primitivo estado de la inocencia. Cierto es que esta piedad le inclinaba suavemente hacia todos; pero eran principal objeto de ella las almas redimidas con la preciosa sangre de Cristo, a las cuales, si alguna vez veía afeadas con la horrible mancha del pecado, sentíase tan profundamente conmovido y de tal modo deploraba esta desgracia, que podía decir con San Pablo que, cual madre amorosa, diariamente las engendraba para Cristo.

Y esta misma virtud era en él la causa principal del singular respeto que profesaba a los ministros de la palabra divina, pues consideraba ser ellos los que *suscitaban para su hermano difunto*, esto es, Cristo muerto por los pecadores, *copiosa descendencia*, mediante la conversión de los mismos y la piadosa solicitud con que procuran encaminarlos por las sendas de la salvación. Este oficio de tierna caridad es más aceptable al *Padre de las misericordias* que cualquier otro sacrificio, sobre todo si se ejerce con espíritu de verdadera piedad, de modo que a ello nos mueva más el ejemplo que la palabra, más la ferviente oración que la locuacidad excesiva.

2. Por eso decía que debía deplorarse, como privado de verdadera piedad, a todo predicador que en la predicación busca más bien la propia gloria que la salvación de las almas o que destruye con su mal ejemplo lo que edifica con la verdad de su doctrina. En consecuencia afirmaba que a semejante predicador debe ser preferido siempre un fraile simple y sin letras, que con la sencillez y santidad de su vida mueve a los demás a practicar el bien. E insistiendo en esto mismo, se fijaba en aquel texto de la Escritura: *La estéril dió a luz muchos hijos*, y lo exponía de esta forma: «*La estéril*» —decía— *es el fraile humilde y sencillo que no tiene en la Iglesia de Dios el cargo de engendrar hijos espirituales. Este «dará a luz» en el día del juicio muchos hijos, porque cuantos son los que con sus particulares oraciones convierte a Cristo Nuestro Señor, otros tantos serán los que el Juez supremo llevará entonces a su gloria. En cambio, «la que tiene muchos hijos se volverá estéril», porque el predicador vano y locuaz que ahora se gloría de haber engendrado espiritualmente a muchos, conocerá entonces que ninguna parte tuvo en su espiritual generación.*

3. Como desease con ferviente anhelo la salvación de las almas y la procurase con solícito cuidado, confesaba el Santo que se llenaba de suavísimo consuelo y de un gozo inefable cuando llegaba a saber que, atraídos por el olor de santidad de sus frailes esparcidos por el mundo, muchos hombres abrazaban la senda de la virtud. Al oír tales cosas dilatábase alegremente su espíritu y llenaba de copiosísimas bendiciones, dignas del mayor aprecio, a todos aquellos religiosos que con la palabra o el ejemplo convertían para Cristo a los pecadores. Por el contrario, todos aquellos que con su depravada vida mancillaban el honor de su Religión sagrada incurrían en el terrible anatema de su maldición: *De Ti* —decía—, *Altísimo Señor, y de toda la corte celestial, y de mí, tu pequeñuelo siervo, sean malditos aquellos que con su mal ejemplo confunden y destruyen lo que edificaste y nunca cesas de edificar por los santos religiosos de esta Orden.* Llenábase frecuentemente de tanta tristeza al ver escandalizados a los pequeñuelos, que juzgaba perder la vida, a no ser por las fuerzas que le comunicaba la divina clemencia. Una vez, turbado a causa de los malos ejemplos, oraba fervientemente al Padre de las misericordias en favor de sus hijos, y oyó del Señor estas palabras: *¿Por qué te turbas, vil hombrecillo? ¿Por ventura, de tal modo te he constituído*

Pastor sobre esta mi Religión que llegues a ignorar ser Yo su principal Patrono? Hombre sencillo como eres, te he escogido para que cuanto en ti y por ti hiciere no se atribuya a humano favor o industria, sino al poder soberano de la gracia. Yo te llamé, te guardaré y te alimentaré; y si algunos religiosos cayeren, levantaré otros en su lugar, de tal modo que si no los hubiese nacidos, haré que nazcan, y por grandes que sean las persecuciones suscitadas contra esta pobre Religión, permanecerá siempre firme con mi auxilio.

4. De igual manera aborrecía y reputábalo cual si fuera mordedura de venenosa serpiente, el vicio de la detracción, enemigo de la piedad y de la gracia, afirmando de él que es una peste desoladora y abominable, sobre toda ponderación, a Dios, fuente inagotable de piedad, pues el detractor se alimenta con la sangre de las almas, a las cuales ocasiona la muerte con la espada de su lengua. Al oír en cierta ocasión a un religioso que denigraba la fama de otro, volvióse inmediatamente a su Vicario y le dijo: *Anda presurosamente, examina con diligencia y, si llegases a convencerte de que el religioso acusado es inocente, castiga ejemplarmente al acusador para escarmiento de todos.* Ni se contentaba con esto; antes bien, juzgaba que quien despojaba a su hermano de la buena fama de que gozaba, merecía ser despojado del hábito religioso, y que no era digno de elevar sus ojos al cielo mientras no procurase devolver, del mejor modo que le fuera posible, la honra que le había quitado. *Tanto mayor es* —decía— *la impiedad de los detractores que la de los ladrones, cuanto la ley de Cristo, que se completa y perfecciona con la piedad, nos manda procurar con mucho mayor empeño la salud de las almas que la de los cuerpos.*

5. Grande era la ternura con que se compadecía Francisco de cuantos se veían afligidos con alguna enfermedad corporal; y si en alguno observaba cualquier penuria, cualquier falta, con sentimiento de dulce piedad se condolía cual si viese padecer al mismo Cristo. Por cierto, puede asegurarse que tenía una natural clemencia, la cual se duplicaba en él a influjos de la piedad que Cristo le había infundido. De ahí que su alma se derretía de amor a vista de los pobres y de los enfermos, y a los que no podía socorrer con la obra, lo hacía con el afecto. Sucedió una vez que uno de sus religiosos respondió con excesiva dureza a un pobre que importunamente les pedía limosna. Al oír esto el compasivo amante de los pobres, mandó al fraile que, despojado del hábito, se postrase humilde a los pies de aquel pobre, confesase su culpa y le pidiese perdón, encomendándose a

sus oraciones. Cumplida humildemente la penitencia por el religioso, Francisco añadió con dulzura: *Cuando veas a un pobre, acuérdate, ¡oh hermano mío!, de que en él se te representa, como en un espejo, la persona del Señor y la de su Santísima Madre, que por nosotros se hicieron pobres. De igual modo debes considerar en los enfermos las miserias a que Cristo quiso sujetarse por amor nuestro.* Y como el Santo contemplaba la imagen de Cristo en todos los pobres, sucedía que aun cuando le diesen las cosas más necesarias a la vida, si se le presentaban pobres, no sólo se las daba con generoso desprendimiento, sino que juzgaba, además, que debían serles entregadas como propias que eran de ellos.

Aconteció, cierto día, que al volver de la ciudad de Siena se le presentó un pobre andrajoso, cuando, precisamente por hallarse enfermo, el Santo llevaba sobre el hábito un manto que le servía de abrigo. Al ver la miseria del pobre, movióse a compasión y dijo a su compañero: *Preciso es que devolvamos el manto a este pobre, puesto que es suyo; prestado lo habíamos recibido, a condición de restituirlo cuando encontráramos otro más pobre que nosotros.* Mas el compañero, considerando la verdadera necesidad del piadoso Padre, pertinazmente se oponía a que socorriese al pobre, olvidándose de sí mismo. A lo cual replicó el Santo: *Reo de hurto me consideraría delante de Dios, dador de todos los bienes, si no diese este manto que llevo a quien lo necesita más que yo.* Imbuído en esta idea, siempre que le daban lo necesario para atender a la conservación de la vida solía pedir licencia a los donantes para poder distribuirlo lícitamente, si encontraba otro pobre más indigente que él. No perdonaba a cosa alguna, ni a los mantos, ni a las túnicas, ni a los libros, ni siquiera a los ornamentos sagrados, sin que repartiese todas estas cosas entre los pobres, siempre que fuese preciso para satisfacer su piedad. Muchas veces, cuando se encontraba en el camino con algunos pobres oprimidos por pesadas cargas, aplicaba sus propios hombros para hacérselas más llevaderas.

6. Lleno aún de mayor piedad al considerar el origen común de todas las cosas, daba a todas las criaturas, por despreciables que fuesen, el dulce nombre de *hermanas*, pues sabía muy bien que todas tenían con él un mismo Principio. Sin embargo, con mucha mayor ternura y más dulcemente trataba a las criaturas que representan de un cierto modo natural la piadosa mansedumbre de Cristo y lo figuran en expresión de la divina Escritura. Con mucha frecuencia procuraba librar a los tiernos corderillos que eran con-

ducidos al matadero, acordándose de aquel mansísimo Cordero, Cristo Jesús, que quiso ser llevado a la muerte por la redención de los pecadores. Hospedado en cierta ocasión el siervo de Dios en el monasterio de San Verecundo, de la diócsis de Eugubio, sucedió que en la misma noche una ovejita parió un corderillo. Una cerda muy feroz que allí habia lo mató de un fuerte mordisco. Enterado el bienaventurado Padre, movido a compasión y acordándose del Cordero sin mancilla, se lamentaba amargamente delante de todos diciendo: *¡Ay de mí, hermano corderito, animal inocente, que eres para los hombres la imagen de la mansedumbre de Cristo! ¡Maldita sea la impía que te causó la muerte! ¡Que ningún hombre ni bestia alguna se alimente de sus carnes!* ¡Cosa admirable! Al momento comenzó a enfermar la cerda maléfica, y después de haber sufrido por tres días grandes dolores, pagó al fin con la muerte la hazaña cruel. Arrojada fuera de la cerca del monasterio, allí estuvo por mucho tiempo, seca como una tabla, de modo que para ningún hambriento sirvió de comida. Considere aquí la impiedad humana con qué pena tan atroz será castigada al fin de los tiempos, si con muerte tan horrenda se castigó la ferocidad de una bestia; y advierta también la piedad de los fieles cuán admirable fué en el siervo de Dios la virtud de la misericordia y la ternura para con todos, que mereció en cierto modo ser alabada por los mismos animales.

7. Caminaba un día por los alrededores de la ciudad de Siena y encontró pastando un gran rebaño de ovejas. Salúdalas amorosamente, según acostumbraba y todas abandonan el pasto, corren presurosas hacia Francisco, y levantando la cabeza fijan los ojos en él. Le tratan con tantas muestras de agrado, que se admiran grandemente, no sólo los pastores, sino también los religiosos, al ver alrededor del Santo lo mismo a los mansos corderillos que a los indómitos carneros, dando todos pruebas de singular alegría. En otra ocasión, en Santa María de los Angeles o de Porciúncula, ofrecieron al siervo de Dios una ovejita, que aceptó gustoso, movido por el amor de la inocencia y sencillez que este animal representa. El devoto Francisco amonestó a la sumisa ovejuela para que, a su modo, procurase atender a las alabanzas divinas y se abstuviese de causar molestia alguna a los frailes; y el manso animal, como si llegase a comprender la piedad del siervo de Dios, seguía fielmente sus consejos. Pues cuando oía que los religiosos cantaban en coro las divinas alabanzas, ella entraba también en la iglesia y, doblando espontáneamente las rodillas ante el altar de la Virgen. Madre

del Cordero celestial, prorrumpía en tiernos balidos, cual si con ellos pretendiera saludar a María. Además, cuando en la celebración de la misa llegaba el momento en que el sacerdote elevaba el sacratísimo cuerpo de Cristo, la ovejita encorvaba las rodillas en actitud reverente, como si de este modo quisiese el humilde animal reprender la irreverencia de los malos cristianos e invitar a los devotos a la mayor veneración de tan alto sacramento.

Tuvo también en la ciudad de Roma un corderito, por su amor al Cordero sin mancilla, que entregó, para que le cuidase en su casa, a la noble y devota matrona Jacoba de Sietesolios. El corderito, como si estuviese instruído por el Santo en las cosas espirituales, se convertía en compañero inseparable de la noble señora cuando ésta iba a la iglesia y no la dejaba hasta que volvía a su casa. Y si por ventura acontecía que la piadosa dama no era tan diligente en levantarse como acostumbraba, el manso corderillo se acercaba a su lecho y se esforzaba en despertarla con sus balidos, exhortándola con sus gestos y movimientos a marchar al templo. Por esto el corderillo, discípulo de Francisco, convertido ya en maestro de devoción, lo guardaba cuidadosamente Jacoba, con no menos admiración que amor.

8. Sucedió también en otra ocasión que, en Greccio, le ofrecieron un lebratillo vivo, el cual, puesto libre sobre el suelo, de modo que podía marchar donde quisiera, apenas le llamó el bondadoso Padre, de un salto se refugió en su regazo. Y apretándole amorosamente a su seno, cual si de él se compadeciera como madre tierna, le amonestó con afectuosas palabras para que en lo sucesivo no se dejase prender de nuevo, y le dejó enteramente libre. Varias veces se repitió esta industria del Santo, pero otras tantas el animal volvía a su regazo, como si por un cierto instinto conociese la piedad de su corazón, hasta que al fin, por mandato del santo Padre, sus religiosos le llevaron a un lugar seguro del bosque. De igual modo, en la isla del lago de Perusa le dieron un conejo que habían cogido unos cazadores, el cual, aunque huía de todos, se entregó con gran confianza en las manos y en el seno amoroso de Francisco. Otra vez, al pasar por el lago de Rieti, en dirección al desierto de Greccio, le ofreció cierto pescador, que le era muy devoto, un ave acuática. Como después de haberla recibido el Santo abriese las manos en ademán de dejarla libre, sin que ella quisiese separarse de él, elevó los ojos al cielo. permaneciendo largo tiempo en oración; y vuel-

Dominio de San Francisco sobre las criaturas. (Grabado del siglo XVI. Amberes, 1587.)

to, pasada ya una hora, de su espiritual arrobamiento, mandó otra vez a la avecilla con dulces palabras que se marchase y alabase al Señor. Recibida con la bendición del Santo la licencia, remontó su vuelo, dando muestras de alegría. En el citado lago le ofrecieron un gran pescado, vivo, al cual llamó, según costumbre, con el dulce nombre de hermano, y le dejó caer en el agua al lado mismo de la nave en que se hallaba. Mas el pez jugueteaba alegremente delante del Santo y, como si se sintiese atraído por su amor, no se apartaba un punto de la nave, hasta que recibió de él la bendición y licencia de partir.

9. Acompañado de un religioso pasaba Francisco en otra ocasión por las lagunas de Venecia, donde encontró una gran multitud de aves que estaban paradas y cantando sobre unos arbustos. Apenas las vió, dijo a su compañero: *Las hermanas avecillas alaban a su Criador. Vayamos, pues, nosotros en medio de ellas: recitemos nuestras horas canónicas y alabemos al Señor.* Pasaron entre las aves y éstas no dieron muestra de turbación alguna, antes bien, permanecieron en el mismo lugar; mas, como a causa del ruido que producían con sus cantos no podían oírse uno a otro en la recitación del Oficio divino, volvióse el Santo a las aves y les dijo con inefable ternura: *Hermanas avecillas, cesad en vuestro canto hasta que hayamos concluído de tributar a Dios las alabanzas que le son debidas.* Oído este mandato, al momento callaron aquellos alados cantores y permanecieron en silencio hasta que, concluídas las horas canónicas y las divinas alabanzas, recibieron licencia del Santo para continuar de nuevo sus armoniosos cánticos. Apenas recibieron este permiso, volvieron gozosas otra vez a sus acostumbrados trinos y gorjeos.

Hallábase el Santo en el convento de Santa María de la Porciúncula, y cerca de su celda, sobre las ramas de una higuera, solía ponerse frecuentemente una cigarra que no cesaba en sus cantos; con lo cual excitaba a Francisco, que hasta en las mismas cosas pequeñas había aprendido a admirar la magnificencia del Criador, a cantar las divinas alabanzas; y tan familiarizada parecía con él, que, llamada un día, corrió presurosa a sus manos. Y como el Santo le dijese: *¡Canta, hermana cigarra, y llena de gozo alaba a tu Criador!*, obedeció prontamente, comenzó a cantar, y no paró hasta que por mandato del seráfico Padre volvió al lugar donde antes estaba. Ocho días estuvo en aquel mismo lugar, repitiendo diariamente sus visitas a la celda del Santo, alegrándole con su canto y retirándose a la higuera, según él se lo mandaba. Por último, Francisco se volvió a los suyos y les dijo: *Demos, amados míos, licencia a la hermana ci-*

garra para que se retire, pues ya por espacio de ocho días, alegrándonos con su canto, nos ha incitado admirablemente a cantar las alabanzas del Señor. Dicho esto, la cigarra, obtenida la licencia del Santo, se retiró de allí, sin que jamás volviese a aparecer, como dando a entender que no se atrevía a quebrantar en lo más mínimo las órdenes del bienaventurado siervo de Dios.

10. Más tarde, cuando el Santo se hallaba enfermo en Siena, un noble caballero le regaló un hermoso faisán vivo, que acababa de coger. Este, apenas vió y oyó a Francisco, se le aficionó de una manera tan admirable, que no era posible separarlo de él. Varias veces lo sacaron fuera de la pequeña morada en que se hallaban y lo pusieron en una viña contigua para que pudiese volar libremente; pero siempre, volando con rapidez, se volvía al bienaventurado Padre, como si a su lado hubiera vivido siempre. Entregado después a cierta persona que, movida por devoción, solía visitar con frecuencia a Francisco, manifestó la repugnancia que sentía al verse separado del seráfico Padre negándose a probar toda clase de alimento. Vuelto al fin al lado del siervo de Dios, apenas le vió comenzó a dar pruebas de grande alegría tomando con avidez la comida que le presentaron.

Pasado algún tiempo, llegó el Santo al desierto monte de Alverna para celebrar allí la cuaresma en honor del arcángel San Miguel, y al momento apareció una gran multitud de aves de varias especies, que revoloteaban alrededor de su celda y con sus alegres cantos parecía se gozaban de su llegada y que invitaban al Santo a que fijase allí su morada. Al observar estos ademanes volvióse Francisco a su compañero y le dijo: *Paréceme, hermano mío, ser voluntad de Dios que permanezcamos aquí por algún tiempo; ya ves de qué modo tan admirable manifiestan nuestras hermanas las avecillas su gozo por nuestra llegada.* Fijada en aquel lugar su morada, un halcón vino a formar allí mismo su nido y diríase que entabló estrecha amistad con el Santo; pues, en efecto, todas las noches, a la hora en que Francisco solía levantarse a recitar el Oficio divino, cuidaba solícito de despertarle con sus voces y sus cantos. Lo cual era sumamente grato al siervo de Dios, ya que la constante solicitud que con él tenía el halcón le hacía sacudir toda tentación de pereza. Mas cuando el siervo de Dios se agravaba en sus enfermedades, el halcón se mostraba por demás atento y condescendiente, no despertándole a hora intempestiva por la noche. Por el contrario, como si estuviese instruído por el mismo Dios, al amanecer prorrumpía en leves y suaves sonidos, a semejanza de quien pulsa ligeramente una esquila.

Diríase que, tanto en la alegría de toda aquella variedad de aves como en el canto del halcón, se percibía presagio divino; puesto que el cantor de las divinas alabanzas y el ferviente adorador del Altísimo, elevado en alas de la contemplación, había de ser recreado allí mismo con una visión celestial.

11. Morando en cierta ocasión Francisco en el eremitorio de Greccio, los habitantes de aquel lugar se veían afligidos con grandes males. Pues, en primer lugar, una gran multitud de lobos hambrientos cebaba su furia no sólo en los animales, sino también en los hombres y los devoraban con la mayor ferocidad. Por otra parte, las tempestades periódicas de granizo devastaban las viñas y los frutos todos del campo. Cuando se hallaban tan consternados, predicóles el siervo de Dios con acento profético, y les dijo: *Para honor y alabanza de Dios Todopoderoso, os aseguro que cesará muy pronto la peste que os devora y, compadecido Dios de vosotros, multiplicará vuestros bienes terrenos si, dando crédito a mis palabras, entráis dentro de vosotros mismos y, previa la sincera confesión de vuestras culpas, «hacéis frutos dignos de penitencia». Pero al mismo tiempo os anuncio que si, manifestandoos ingratos a los beneficios que habéis recibido del Cielo, volvéis de nuevo al «vomito de la culpa», se renovará la plaga de la peste, serán mucho mayores las penas que habréis de sufrir y la ira del Señor os castigará con rigor mas extremado.* Al oír estas terribles amonestaciones del celoso predicador, aquellos moradores se entregaron, desde luego, a los rigores de una saludable penitencia, con lo cual cesaron las calamidades, desaparecieron los peligros y ni los lobos ni el granizo volvieron jamas a causarles el más pequeño daño; antes bien, si alguna vez el granizo destrozaba los campos vecinos, al acercarse a los términos de Greccio, o desaparecía por completo o tomaba muy distinta dirección.

Por donde se ve que lo mismo el granizo que los lobos feroces guardaron fielmente el pacto del siervo de Dios y no atentaron ya más contra los bienes y cosas de aquellos hombres, convertidos tan de veras a Dios, al menos mientras, conforme a las promesas que hicieron, no quebrantaron los mandamientos del Señor. Debe, pues, tenerse una alta opinión de la piedad del bienaventurado Padre San Francisco, la cual fué tan admirable y verdaderamente celestial, que refrenó la ferocidad de las bestias, domesticó los animales silvestres, enseñó a los mansos y redujo a su primitiva obediencia a la naturaleza animal, que a causa del pecado se había rebelado contra el hombre. En verdad, esta virtud es aque-

lla que, sometiendo a sí misma las demás criaturas, *es útil para todo, pues tiene a favor suyo las promesas de la vida presente* y de la que aun está por venir.

CAPÍTULO IX

Del fervor de la caridad de Francisco y de los deseos que tenía del martirio

1. ¿Quién será capaz de expresar la caridad ardiente que abrasaba el corazón de Francisco, el amigo del Esposo celestial? Todo él parecía transformado, como un carbón encendido, en las llamas del amor divino. Bastábale oír tan sólo el nombre de *amor de Dios* para que de repente se sintiese conmovido, excitado o inflamado en caridad, cual si con maravillosa armonía el sonido de la voz exterior hiciese vibrar suavemente la cuerda del interior de su corazón. Por eso afirmaba ser una doble prodigalidad ofrecer, cuando no se podía otra limosna, ese censo de caridad, y que eran sumamente necios aquellos que hacían de él menos aprecio que de los tesoros de la tierra, puesto que el precio incomparable del solo amor de Dios basta para conquistar el reino de los cielos, y que debe ser amado con amor inefable Aquel que primero tanto nos amó.

Mas, para que todas las criaturas provocasen en él estos incendios del amor divino, *gozábase,* cual otro David, *en todas las obras* de las manos del Señor; y por la contemplación de los magníficos espectáculos de la Naturaleza, se elevaba a su primera Causa y origen. En los seres hermosos admiraba la belleza infinita del Hacedor; y por los vestigios impresos en las cosas, encontraba doquiera a su Amado, formándose de todos los seres una escala misteriosa, por la que subía hasta Aquel que, en expresión de los Cantares, es amable y dulce a la vez. A impulsos de su indecible devoción, percibía la bondad infinita de Dios en cada una de las criaturas como en otros tantos arroyuelos que manan de aquella fuente inagotable; y como si en las virtudes y propiedades que Dios les había concedido adivinase un concierto armonioso y celestial, provocaba dulcemente a todos los seres, como lo hacía el profeta David, a que cantasen las divinas alabanzas.

2. Cristo Jesús, muerto en la cruz por nuestro amor, *moraba* continuamente *en el interior* de Francisco, *como el hacecillo de mirra,* de que habla la Esposa de los Cantares; y en El deseaba ser transformado por completo, a violencias del fuego de la caridad. Excitado, además, por el especial amor que tenía a Cristo, retirado a un lugar solitario y encerrado en su celda, reducíase a la mayor estrechez en el alimento y se consagraba a continuos ayunos, oraciones y alabanzas del Señor, empleándose en estos ejercicios desde la Epifanía durante cuarenta días continuos, esto es, todo aquel tiempo que Cristo estuvo en el desierto. Tan ferviente era el afecto que sentía hacia Cristo, y se veía correspondido con tan señalado amor por el Amado, que muchas veces le parecía tener presente ante sus ojos al mismo Salvador, como en varias ocasiones lo reveló familiarmente a sus compañeros. Era inexplicable su amor ferviente hacia el Santísimo Sacramento, llenándose de admiración y de pasmo al contemplar dignación tan inefable y caridad tan extremada, como en aquel misterio nos muestra el Salvador. Comulgaba con mucha frecuencia, y lo hacía con tanta devoción, que venía a resultar como contagiosa, infundiéndola en los demás; pues al gustar la suavidad y dulzura del Cordero inmaculado, parecía un ebrio de amor, y no pocas veces era arrebatado en éxtasis celestial.

3. Su amor para con la bienaventurada Madre de Cristo, la purísima Virgen María, era realmente indecible, pues nacía en su corazón al considerar que Ella había convertido en hermano nuestro al mismo Rey y Señor de la gloria, y que por Ella habíamos merecido alcanzar la divina misericordia. En María, después de Cristo, tenía puesta toda su confianza; por lo cual la constituyó abogada suya y de sus religiosos, y en honor suyo ayunaba devotamente desde la fiesta de los apóstoles San Pedro y San Pablo hasta el día de la Asunción.

Con lazo de amor inseparable estaba unido a los espíritus angélicos, abrasados de un fuego sagrado, con el cual se gozan en Dios y procuran inflamar las almas de los escogidos. Y en obsequio de los mismos ayunaba desde la Asunción de María por espacio de cuarenta días y se entregaba a los fervores de una oración continua. Pero entre todos los ángeles profesaba mucha mayor devoción al glorioso arcángel San Miguel, a quien está encargado el oficio de presentar las almas ante el juicio de Dios, naciendo esta singular devoción del celo ardiente que por la salvación de las almas sentía Francisco. Al recuerdo de todos los santos, a quienes consideraba como otras tantas piedras encendidas, se inflamaba más y más en su corazón el incendio del amor divino, extendiendo su devoción a todos los apóstoles, pero singularmente a San Pedro y San Pablo, por la encendida caridad que tenía a Cristo. Y en testimonio de este amor y devoción especial consagraba al Señor otro ayuno de

cuarenta días. El Pobrecillo de Cristo no tenía para ofrecer al Señor otra cosa que *dos moneditas*, es a saber, su cuerpo y su alma. Pero una y otra tan continuamente las tenía ofrecidas a Cristo, que venía a inmolarle en todo tiempo su cuerpo por los rigores del ayuno y su espíritu por sus fervorosos deseos, como si quisiera *ofrecer* en el atrio exterior *el holocausto* de su cuerpo y *exhalar* en lo interior del templo *el incienso* oloroso de su oración.

4. Su devoción fervorosa y su caridad ardiente de tal modo lo elevaban hacia las cosas divinas, que los efectos de aquellas virtudes se derramaban copiosamente en los demás hombres, que le eran iguales en naturaleza o en gracia. No debe causarnos admiración si vemos a aquel a quien la piedad verdadera hizo *hermano* de las demás criaturas, unido más estrechamente por la caridad de Cristo con los que se hallaban señalados con la imagen del Criador y redimidos con la sangre de su mismo Autor. Por esto no se consideraba Francisco amigo verdadero de Cristo si no procuraba favorecer a las almas, que por El habían sido redimidas. Y afirmaba que nada debía preferirse a la salvación de las almas, presentando para esto como prueba decisiva el hecho de que el Unigénito de Dios se había dignado morir por ellas en el árbol santo de la cruz. Seguíase de aquí su continuidad en la oración, su celo ardiente en la predicación y su empeño en edificar a todos con el ejemplo. Por esto, cuantas veces algunos reprendían compasivamente su extremada austeridad, otras tantas respondía que estaba puesto en el mundo para ejemplo de los demás. Verdad es que su carne inocente, que voluntariamente se había sometido al espíritu, no necesitaba del azote de la penitencia para purgar cometidas culpas. Sin embargo, ansioso de dar a los demás buen ejemplo, renovaba en sí las penas y los tormentos, recorriendo en favor de los demás los ásperos caminos de la penitencia. Imbuído en estas ideas, repetía frecuentemente con el Apóstol: *Si llegase a hablar la lengua de los ángeles y de los hombres y no tuviere en mí la caridad ni diere a mis prójimos buen ejemplo, muy poco podré aprovechar a ellos, y menos aún a mí mismo.*

5. Abrasado, además, en el incendio de la caridad, ambicionaba alcanzar el glorioso triunfo de los mártires, en quienes fué imposible extinguir la llama del amor ni debilitar la heroica fortaleza. A impulsos, pues, de esa perfecta caridad, *que es incompatible con el temor*, deseaba ofrecerse por medio del martirio como *hostia viva* a su Dios, para corresponder de este modo al amor de Cristo, muerto por nosotros en la cruz, y para provocar en todos este mismo

amor. En efecto, con el fin de conseguir la realización de sus ardientes deseos, llegado el año sexto de su total entrega al Señor, resolvió pasar *a la Siria con objeto de predicar a los sarracenos y otros infieles* la verdad de la fe cristiana y la necesidad de la penitencia. Embarcado con este fin, comenzaron a soplar los vientos, y, arreciando la tempestad, la nave y sus tripulantes fueron lanzados a las costas de Esclavonia. Permaneció allí por algún tiempo, sin encontrar embarcación alguna que se dispusiese a hacerse a la mar; por lo cual, defraudadas sus esperanzas, rogó a unos marineros que partían con dirección a Ancona le hiciesen la caridad de llevarle consigo. Negóse el patrón a la súplica del Santo, del que no esperaba, por su aspecto de pobreza, grandes recompensas; mas Francisco, confiado en la providencia amorosa del Señor, entró ocultamente con su compañero en la nave. Entre los pasajeros se encontraba uno al parecer enviado por Dios en favor de su pobrecillo siervo, el cual llevaba todo lo necesario para el propio sustento, y, llamando aparte a uno de los marineros temerosos de Dios, le dijo: «Guarda fielmente todas estas cosas para los pobres religiosos que en la nave están ocultos, y cuando llegue el tiempo de la necesidad, distribúyeselas amigablemente.»

Y sucedió que a causa de los fuertes vientos no pudieron los marineros por espacio de muchos días atracar a puerto alguno; con lo cual consumieron bien pronto cuantos alimentos tenían, sin quedar otra cosa que la limosna dada providencialmente al pobrecillo Francisco, que, no obstante ser muy escasa, aumentó por virtud divina tan prodigiosamente, que fué más que suficiente para las necesidades de todos durante los muchos días que, por lo recio de la tempestad, tuvieron que permanecer en el mar hasta poder anclar en el puerto de Ancona. Al ver entonces los tripulantes que por el siervo de Dios habían podido librarse de tantos peligros de muerte; conocedores, por otra parte, de los grandes riesgos que se corren no pocas veces en el mar, en cuyos profundos abismos obra Dios tantas maravillas, dieron rendidas gracias al Todopoderoso, que siempre se muestra admirable y digno de amor en sus más queridos siervos.

6. Tan pronto como abandonó el mar y puso sus pies en tierra, comenzó a esparcir el germen de la palabra divina, recogiendo de su predicación frutos muy abundantes. Mas su corazón ardía con ansias tan vehementes, que, sobre todos los méritos de las demás virtudes, prefería morir por Cristo entre los más atroces tormentos. Por lo cual emprendió valerosamente el camino de Marruecos para predicar al Sultán Miramamolín y a sus pueblos el Evangelio de Cristo,

por ver si de este modo podía alcanzar la suspirada palma del martirio. Tan ardiente era su deseo, que, aunque débil y sin fuerzas en el cuerpo, corría mucho más que su compañero de viaje, y, como ebrio de espíritu, volaba ansioso a la realización de sus intentos. Mas, cuando en el curso de su viaje llegó a España, permitió la divina Providencia, que lo reservaba para otras empresas, le sobreviniese una grave enfermedad, por lo cual no pudo conseguir entonces lo que tan vivamente deseaba. Comprendió el siervo de Dios que su vida mortal era aún necesaria para mantener la prole que había engendrado en Cristo, y aunque para él la muerte era una ganancia, resignóse humildemente con las disposiciones del Cielo, y volvió solícito a cuidar del rebaño que le había sido confiado.

7. Hacíanse, sin embargo, cada vez más ardientes en su espíritu los incendios de la caridad, que le solicitaban con irresistible fuerza al martirio: por lo cual intentó de nuevo un tercer viaje a las regiones de infieles, para dilatar en ellas, a costa de su sangre, la fe de la Augusta Trinidad. De aquí es que el año décimotercio de su entera consagración al Señor emprendió su viaje a la Siria, exponiéndose a grandes trabajos, a fin de conseguir llegar a la presencia del Soldán de Babilonia. Hallábanse por entonces los cristianos y los sarracenos en guerra tan encarnizada, y de tal modo estaban colocados los ejércitos uno contra otro en el campo de batalla, que era imposible pretender el paso de un campo a otro sin exponerse a un evidente riesgo de muerte. En efecto, el Soldán había hecho promulgar un cruel edicto ofreciendo una gran cantidad de oro a quien le presentase una cabeza de cristiano. Mas el intrépido soldado de Cristo, Francisco, juzgando tener a la mano la ocasión de conseguir sus designios, resolvió atravesar el campamento, sin que le arredrase el temor de la muerte antes bien, deseando sufrirla por la fe que profesaba. Confortado por el Señor, después de ferviente oración, repetía con el Profeta: *Aunque anduviere en medio de las tinieblas de la muerte, no temeré mal alguno, porque Tú, ¡oh Dios mío!, estás conmigo.*

8. Tomó, pues, consigo como compañero de la empresa a un religioso llamado fray Iluminado, varón, por cierto, de gran luz y virtud, y comenzado el camino, saliéronles al encuentro dos mansas ovejitas, a cuya vista, lleno de alegría, dijo a su compañero: *Confiemos en el Señor, hermano, porque en nosotros se realiza hoy aquello del Evangelio: «He aquí que os envío como ovejas en medio de los lobos.»* Acercáronseles las avanzadas sarracenas, que se precipitaron sobre ellos como hambrientos lobos sobre inocentes ovejas; aprisionáronlos con cruel inhumanidad, llenáronlos de oprobios, azotáronlos sin piedad y los cargaron de cadenas. Por último, después de haberles afligido y atormentado de mil modos, dispuso la divina Providencia que los llevasen a la presencia del Soldán, realizándose de este modo las fervientes aspiraciones de Francisco.

Puestos en la presencia de aquel bárbaro príncipe preguntóles quién los había enviado, a qué venían y cómo habían podido llegar hasta su campamento; a todo lo cual respondió con intrepidez el siervo de Dios que su misión no procedía de hombre alguno, sino del Dios altísimo, que le enviaba para enseñarle, y a todo su pueblo, los caminos de la salvación y para predicarles las verdades de vida contenidas en el Evangelio. Y con tanta constancia y claridad en su mente, con tanta virtud en la expresión y con tan inflamado celo predicó al dicho Soldán la existencia de un solo Dios, uno en la esencia y trino en las personas, y la de un solo Jesucristo, Salvador de todos los hombres, que claramente se vió haberse cumplido en Francisco aquello del Evangelio: *Yo pondré en vuestros labios palabras tan llenas de sabiduría que no podrá contradecirlas ni replicarlas ninguno de vuestros adversarios.* Admirado el Soldán al ver el espíritu y el fervor del seráfico Padre, no sólo le oía con grande gusto, sino que además le instó con repetidas súplicas a que permaneciese algún tiempo con él. El siervo de Dios, ilustrado con la virtud de lo alto, le respondió: *Si me prometes que tú y los tuyos os convertiréis a Cristo, permaneceré gustosísimo por su amor entre vosotros. Mas, si dudas abandonar la impura ley de Mahoma por la fe santísima de Cristo, ordena inmediatamente que se encienda una grande hoguera, y tus sacerdotes conmigo nos arrojaremos al fuego, por ver si de este modo comprendes la necesidad de abrazar la fe santa que te predico.* A esta propuesta replicó sin demora el Soldán: «No puedo creer haya entre mis sacerdotes uno solo que para defender su doctrina se atreva a arrojarse en el fuego, ni esté dispuesto a sufrir el más pequeño tormento.» Y sobrábale razón para decir esto, pues había visto que uno de sus falsos sacerdotes, anciano y protervo secuaz de su ley, había desaparecido apenas oyó las primeras palabras del Santo. Este añadió, dirigiéndose al Soldán: *Si en tu nombre y en el de tu pueblo me prometes abrazar la religión de Cristo, a condición de que salga yo ileso de la hoguera, dispuesto estoy a entrar yo solo en ella. Si el fuego me consumiere entre sus llamas, achúquese a mis pecados; pero si, como espero, la virtud divina me conservare ileso, reconoceréis a Cristo, virtud y sabiduría de*

Dios y único Salvador de todos los hombres. A esta propuesta respondió el Soldán que no tenía valor para aceptarla, pues de hacerlo temía una sublevación en el pueblo. Ofreció, sin embargo, a Francisco muchos y muy valiosos regalos, que el siervo de Dios, ansioso, no de los bienes terrenos, sino de la salvación de las almas, rechazó generosamente cual si fuesen lodo vil de la tierra. Viendo el Soldán en Francisco un tan perfecto despreciador de las riquezas del mundo, llenóse de admiración y sintióse atraído hacia él con afecto de devota ternura. Y aun cuando no quisiese o, mejor dicho, no se atreviese a abrazar por entonces la fe divina de Cristo, rogó, no obstante, al Santo se dignase aceptar aquellos dones para distribuirlos entre los pobres cristianos y los templos que lo necesitasen, con encargo de que rogasen a Dios por la salvación de su alma. Mas el siervo de Dios, a quien era pesado el dinero, no quiso acceder en modo alguno, conociendo que el Soldán no procedía a impulsos de una piedad verdadera.

9. Al ver frustradas sus ansias del martirio y que, por otra parte, nada adelantaba en la conversión de aquellos pueblos, resolvió Francisco, inspirado por el cielo, volverse a los países cristianos. Sucedió, pues, ordenado así admirable y misericordiosamente por la Providencia divina, y mereciéndolo la virtud del Santo, que el amigo de Cristo ansiase sufrir por El con todas las veras la muerte, que no pudo alcanzar, para que de ese modo no perdiese el mérito del deseado martirio y gozase aún de la vida para ser en adelante señalado con un singular privilegio. De donde vino a suceder que aquel fuego divino ardió primero en su corazón para manifestarse después en la carne. ¡Oh varón verdaderamente dichoso, cuya carne, aunque no sucumbió bajo el hierro del tirano, tuvo, sin embargo, tan perfecta semejanza con el Cordero muerto por nuestro amor! ¡Oh varón mil veces feliz, repetiré, cuya alma, «si bien es cierto que no sucumbió bajo la cruel espada del verdugo, no dejó por eso de lograr la palma del martirio»!

CAPÍTULO X

Del ejercicio y virtud de la oración del Santo

1. Conociendo el siervo de Dios, Francisco, que en su cuerpo, o en la parte material y sensible, *se hallaba ausente del Señor*, encontrándose por la caridad de Cristo como insensible y libre de todos los mundanales deseos, y ansioso, por otra parte, de no verse privado de las consolaciones de

su Amado, oraba sin intermisión y se esforzaba por tener siempre a Dios presente en su espíritu. La oración era, en efecto, para esta alma contemplativa un verdadero descanso mientras que. elevado en su espíritu a las mansiones celestiales, y hecho amigo familiar de los ángeles, con ansias fervorosas buscaba, como la Esposa, a su Amado, del cual sólo le separaba la ruinosa pared de la carne. Era también la oración para este industrioso operario un solidísimo apoyo, pues desconfiando de sí mismo en todo cuanto hacía, y sólo afianzado en la piedad divina, arrojaba en Dios, por medio de la oración, todos sus cuidados. Afirmaba el Santo que el hombre religioso debe desear sobre todas las cosas la gracia de la oración, y como no creía posible adelantar sin su ejercicio en el servicio de Dios, procuraba por cuantos medios le eran posibles exhortar a sus religiosos a que se consagrasen a ella con frecuencia. Y él era el primero en dar ejemplo; porque lo mismo cuando viajaba que cuando estaba de morador en los conventos, ya dentro, ya fuera de casa, ora trabajase, ora descansase, se entregaba tan asiduamente a la oración, que a ella consagraba, no sólo su espíritu y su cuerpo, sino también todos sus trabajos y todo el tiempo de su vida.

2. Imbuído en estas doctrinas, acostumbraba no despreciar nunca con negligencia las visitas del Señor, antes bien, siempre que se presentaban las atendía cuidadosamente, y en tanto que duraban procuraba gozar de la dulzura que le comunicaban. Por eso, cuando andaba de camino y sentía algunos movimientos del Espíritu divino, parábase un poco, y dejaba pasar a los compañeros, para gozar más de lleno de la nueva inspiración y no recibir en vano la gracia celestial. A impulsos de su altísima contemplación se elevaba muchas veces arrebatado fuera de sí, hasta el punto de no conocer ni sentir lo que sucedía a su alrededor. Aconteció en cierta ocasión que, al pasar por el lugar de Borgo San Sepolcro, población de muchos habitantes, iba montado, a causa de la debilidad de su cuerpo, en un humilde jumentillo, y le salieron al encuentro las muchedumbres, atraídas por la fama de sus virtudes. Detenido por las turbas, que por todas partes le rodeaban y le estrechaban, parecía insensible a todo, y como si su cuerpo estuviera ya exánime, pasaba para él inadvertido cuanto en torno suyo acontecía. Tanto fué así, que después de haber pasado el castillo y de haberle abandonado las gentes, al llegar a un hospital de leprosos, absorto en alta contemplación, preguntaba con solicitud si llegarían pronto al castillo, como si todavía no hubieran pasado por él. Porque su mente, ocupada en la contemplación

de las cosas celestiales, no se había apercibido ni de la variedad de los lugares y de los tiempos, ni de la multitud de personas que le habían salido al encuentro. Y sábese por el testimonio de sus compañeros que esto mismo solía acontecerle con no pequeña frecuencia.

3. Francisco había sentido en la oración la presencia del divino Espíritu, tanto más propenso a derramarse sobre los que le invocan, cuanto más apartados los encuentra del estrépito de las cosas mundanales. Por eso nuestro Santo andaba en busca de lugares solitarios, y durante la noche se retiraba a los bosques e iglesias abandonadas para entregarse a la oración; y allí en la soledad, sostuvo frecuentes luchas con los demonios, los cuales, atacándole de un modo sensible, se esforzaban por apartarle del ejercicio de la oración. Mas él, fortalecido con el auxilio del cielo, cuanto eran más vehementes los asaltos del enemigo, otro tanto aparecía más sólido en la virtud y más fervoroso en la oración, diciendo lleno de confianza a Cristo aquello del Salmista: *Defiéndeme, Señor, bajo la sombra de tus alas, de la presencia de aquellos que me llenaron de aflicción.* Dirigíase después a los demonios, y les decía: *Espíritus malignos y perversos, atormentadme cuanto podáis; que nunca podréis más de aquello que os conceda la mano del Señor. Por mi parte estoy dispuesto a sufrir con sumo gozo cuanto El quiera consentiros.* Y los demonios, ante tan admirable constancia, huían llenos de furor y de rabia.

4. El siervo de Dios permanecía tranquilo en la soledad, llenaba de gemidos los desiertos, regaba con lágrimas la tierra, dábase fuertes golpes de pecho y hablaba a su Señor con la más íntima familiaridad y confianza. Allí, en la soledad, respondía a su Juez; allí rogaba a su Padre; allí conversaba con su Amigo; allí también fué oído muchas veces por sus religiosos, que le observaban piadosamente, interceder con reiteradas súplicas ante la clemencia divina en favor de los pecadores y llorar en alta voz como si presenciase la dolorosa pasión del Señor. También en la soledad fué visto una noche orar con los brazos extendidos en forma de cruz, elevado su cuerpo de la tierra y envuelto en una nube resplandeciente, como si esta luz exterior viniera a ser testigo de la claridad admirable de que en su mente gozaba entonces Francisco. De igual modo en ese retiro, según consta de testimonios irrefragables, le revelaba el Señor las cosas ocultas y secretas de su divina sabiduría, las cuales, sin embargo, no publicaba sino cuando lo pedía la caridad de Cristo o lo exigía la utilidad espiritual de los prójimos; pues hablando de estas cosas, decía: *Acontece no pocas veces que por una fútil ligereza se pierden cosas de valor inestimable y se provoca al Dador de ellas a que no nos las conceda de nuevo con tanta facilidad.*

Cuando terminaba sus particulares oraciones, en las cuales venía a quedar transformado en otro hombre, procuraba cuidadosamente conformarse con los demás en todas las cosas, temeroso de que el aura de la lisonja, si salían al exterior los dones del espíritu, le hiciese perder el premio apetecido. Por esto, cuando en público se veía de repente favorecido por el Señor con alguna gracia especial, procuraba siempre imponer silencio a los presentes, a fin de que no se divulgasen los regalos familiares que recibía del Esposo. Si alguna vez hacía oración en presencia de sus hermanos, evitaba con sumo cuidado las exclamaciones, los gemidos, los suspiros y los movimientos exteriores, ya porque en todo esto amaba el secreto, ya también porque, volviendo a entrar muy pronto dentro de sí mismo, quedaba absorto nuevamente en Dios. Frecuentemente solía hablar con sus más íntimos familiares y les decía: *Cuando el siervo del Señor, entregado a la oración, es visitado por el mismo Señor, debe decirle: «Dios mío, desde lo alto del cielo os habéis dignado enviar este consuelo a mí, indigno y pobre pecador; y yo lo confío a vuestros amorosos cuidados, pues de lo contrario me consideraría ser ladrón de vuestros divinos tesoros.» Y cuando termina su oración, de tal modo se debe reputar pobre y pecador, cual si ninguna nueva gracia hubiera recibido.*

5. Aconteció una vez que, orando el siervo de Dios en la iglesia de Porciúncula, vino a visitarle, como tenía costumbre, el Obispo de Asís. Apenas éste llegó se dirigió a la celda en la que oraba el seráfico Padre; llamó a la puerta, y, ansioso de entrar pronto, introdujo, abusando algún tanto de su confianza, la cabeza para contemplar al Santo en su oración. Pero de repente sintióse poseído de un extraño temor; temblábanle los miembros, perdió el habla, y súbitamente, por disposición divina, una fuerza extraña lo separó de allí y le arrojó a gran distancia. Asombrado el Obispo, tan pronto como pudo corrió apresuradamente en busca de los religiosos, y así que Dios le restituyó el habla, confesó ingenuamente su falta. Sucedió en cierta ocasión que el Abad del monasterio de San Justino, en la diócesis de Perusa, salió al encuentro del bienaventurado siervo de Dios. Tan pronto le vió, el Abad se apresuró a bajar del caballo que montaba, ya para dar muestra de reverencia al Santo, ya para conferenciar con él acerca de la salud de su alma. Concluído el familiar coloquio, el Abad pidió hu-

mildemente a Francisco hiciera por él alguna oración y se retiró. A esta petición respondió el Santo: *Con mucho gusto cumpliré tu encargo.* Cuando el Abad se hubo alejado un poco, Francisco dijo a su compañero: *Espérame aquí un momento, hermano mío, pues quiero cumplir cuanto antes la promesa que ahora mismo acabo de hacer.* En cuanto Francisco se entregó a la oración, el Abad experimentó en sí un calor no acostumbrado y una dulzura hasta entonces desconocida, de tal modo que, arrebatado en exceso mental, quedó absorto totalmente en Dios. Así estuvo por breve espacio de tiempo, y vuelto en sí conoció claramente cuán eficaz era en la presencia de Dios la oración de Francisco. Con lo cual creció más y más en él su amor a la Orden. y refirió a muchos este hecho. que consideraba como un milagro.

6. Acostumbraba el Santo pagar a Dios el tributo diario de las horas canónicas con no menos devoción que reverencia; pues, no obstante padecer varias enfermedades, de los ojos, del estómago, etc., nunca quiso, mientras salmodiaba, reclinarse en busca de apoyo sobre la pared. antes bien rezaba las horas siempre de pie y con la cabeza descubierta, sin divagar con los ojos de una a otra parte ni cercenar una sola sílaba. Si alguna vez iba de camino, parábase el tiempo necesario, sin omitir esta costumbre santa y piadosa aun cuando lloviese copiosamente. Solía decir: *Si el cuerpo come tranquilamente su alimento, con el cual se ha de convertir algún día en manjar de gusanos, ¿cuánto más justo es que el alma tome con paz y sosiego el manjar de la vida?* Por otra parte. juzgaba faltar gravemente cuando, entregado a la oración. se veía asediado interiormente por las vanas representaciones de la fantasía. Cuando esto le acontecía, acudía presuroso a la confesión. para expiar con ella la falta que pudiera haber cometido; y de tal modo se había acostumbrado ya a esta práctica piadosa. que muy rara vez sentía los desórdenes de la fantasía.

Ansioso de aprovechar hasta los más pequeños momentos de tiempo, en cierta cuaresma hizo a ratos perdidos un vaso de madera. Y como un día, al rezar tercia, la idea del vaso le distrajese algún tanto, lleno de fervor de espíritu, quemó el vaso, diciendo: *Lo sacrificaré al Señor, ya que él impidió el sacrificio de las divinas alabanzas.* Con tan fervorosa atención rezaba los salmos, que parecía tener a Dios presente; y cuando en ellos ocurría el nombre del Señor, se llenaba de tanta dulzura, que sensiblemente le rebosaba en los labios. Queriendo. además. que se honrase

con gran reverencia el mismo nombre del Señor, no sólo cuando ocurría a la mente, sino también cuando se oía pronunciar o se encontraba escrito, encargó encarecidamente a sus religiosos que cuantas cédulas o papeles hallasen en que estuviera escrito tan santo nombre los recogiesen con sumo cuidado y los colocasen en lugar decente, para que no se profanase aquel santo y dulcísimo nombre. Cuando pronunciaba u oía pronunciar el dulce nombre de Jesús, llenábase en lo interior de un santo júbilo y en lo exterior parecía completamente transformado, como si su gusto probase algún sabor delicioso o resonase en sus oídos un concierto celestial.

7. Tres años antes de su muerte. hallándose el Santo en Greccio, movido de su ardiente devoción, y para excitarla en los demás, quiso celebrar la fiesta de la Natividad del Niño Jesús con toda la pompa y majestad que le fuera posible. Mas para que nadie pudiera tachar esta fiesta de ridícula novedad, pidió y obtuvo del Sumo Pontífice licencia para celebrarla. Hecho esto, Francisco hizo preparar un pesebre; mandó traer gran multitud de heno, juntamente con un asno y un buey, disponiéndolo todo ordenadamente. Reuniéronse los religiosos, llamados de distintos lugares: concurrieron las gentes del pueblo, resonaron voces de júbilo por todas partes y la multitud de luces y de resplandecientes antorchas y los cánticos sonoros, que brotaban de los pechos sencillos y piadosos. convirtieron aquella noche en un día claro, espléndido y festivo.

En tanto estaba Francisco delante del rústico pesebre extático por la piedad, bañado en dulces lágrimas y lleno de gozo celestial. Comienza entonces la misa solemne, en la cual Francisco, que oficia de diácono, canta el Evangelio. Predica después al pueblo y le habla del nacimiento del Rey pobre. a quien, cuando quiere nombrar, llama, a impulsos de su tierno amor. el ¡NIÑO DE BELÉN! Había entre los asistentes a este acto un soldado muy piadoso y veraz que, movido de su amor a Cristo. renunció la milicia secular y se unió estrechamente con el siervo de Dios. Llamábase Juan de Greccio, y aseguró de un modo formal haber visto en el pesebre, reclinado y dormido, a un Niño extremadamente hermoso, al cual tomó entre sus brazos el bienaventurado Francisco, como si dulcemente quisiera despertarle del sueño.

Que esta visión del piadoso soldado fuese enteramente cierta lo afirma no sólo la santidad del que la tuvo, sino también su veracidad. y la evidencian los milagros que después se realizaron. Pues el ejemplo de Francisco. aun hu-

manamente considerado, tiene poder para excitar la fe de Cristo en los corazones más fríos; y aquel heno del pesebre, cuidadosamente conservado por los pueblos, fué un eficaz remedio para sanar milagrosamente a los animales enfermos y antídoto contra otras muchas clases de pestes. Así glorifica el Señor a su siervo con todas estas maravillas y demuestra la eficacia de sus oraciones con prodigios tan evidentes.

CAPÍTULO XI

De la inteligencia de las divinas Escrituras y del espíritu de profecía que tuvo el Santo

1. El continuado ejercicio de la oración y la práctica constante de las virtudes habían proporcionado a Francisco una claridad tan grande en la inteligencia que, a pesar de no haber adquirido con el estudio la ciencia de las divinas letras, llegó, sin embargo, a penetrar con gran sutileza de entendimiento y con la luz celestial que se le había infundido los profundos arcanos de las santas Escrituras. Su ingenio, libre de toda mancha, profundizaba los más ocultos misterios, y allí donde no podía llegar la ciencia adquirida, penetraba el afecto del discípulo amante. Leía de vez en cuando en las sagradas Escrituras, y todo lo que una sola vez repasaba con la mente le quedaba tenazmente impreso en la memoria. Porque no en vano rumiaba con el afecto de una continua devoción aquello que percibía con la atención de la mente. Preguntáronle una vez los religiosos si le parecía bien que se consagrasen al estudio de las sagradas Escrituras los hombres de letras que habían entrado en la Orden y Francisco respondió: «*Pláceme, por cierto; pero a condición de que, a ejemplo de Cristo, de quien se dice que se dió más a la oración que a la lectura, no omitan el ejercicio de la oración, y no tanto estudien para saber hablar, cuanto para poner en práctica lo que estudian y hacerlo practicar a los demás. Quiero* —añadió— *que mis religiosos se conduzcan como discípulos del Evangelio y que de tal modo adelanten en el conocimiento de la verdad, que crezcan también al mismo tiempo en la pureza de la sencillez; y así no separen nunca la sencillez de la paloma de la prudencia de la serpiente, virtudes ambas que en sus divinos labios unió el Maestro celestial.*»

2. En la ciudad de Siena le preguntó cierto religioso, doctor en Sagrada Teología, acerca de algunas cuestiones difíciles de comprender, y le respondió con tanta propiedad y descubrió tan claramente los arcanos de la divina sabiduría, que aquel varón erudito se admiró grandemente, y

con asombro dijo a los circunstantes: «En verdad, la teología de este santo Padre, adquirida con los alas de la pureza y de la contemplación, es más clara y penetrante que la vista del águila elevada sobre las nubes; en cambio, nuestra vana ciencia se arrastra como un torpe animal sobre la tierra.» Y, en efecto, aunque no era muy diestro y fácil en el hablar, sin embargo, lleno como estaba de ciencia, resolvía las más dudosas cuestiones y aclaraba los conceptos más oscuros. Ni es extraño que el Santo hubiera recibido de Dios la inteligencia de las divinas Escrituras, puesto que, perfecto imitador de Cristo, llevaba como impresa en todas sus obras la doctrina que aquéllas contienen, y, por la plenitud de la unión del Espíritu Santo, tenía dentro de sí, en su mismo corazón, al Autor que las había inspirado.

3. Resplandeció también de un modo tan singular en Francisco el espíritu de profecía, que preveía claramente las cosas futuras, penetraba los más íntimos secretos del corazón, veía las cosas ausentes como si delante de él mismo acontecieran, y no pocas veces se hacía presente de un modo maravilloso a los que se hallaban muy distantes del lugar en que se encontraba. Cuando el ejército de los cristianos sitiaba la ciudad de Damieta, hallábase allí el Santo, provisto no de armas, sino de una grande fe. Llegado el día de la batalla, al saber Francisco que los cristianos se preparaban a la lucha, se afligió en gran manera y dijo a su compañero: *Si llegan a entrar en batalla, me ha revelado el Señor que el éxito no será feliz para los cristianos; pero si así se lo digo, me tendrán por loco, y si callo, no podré evitar los remordimientos de la conciencia. ¿Qué te parece, pues, que debo hacer?* El compañero le respondió: «Hermano mío, poco te puede importar el juicio que de ti formen los hombres, pues bien sabes que no es ahora cuando comienzas a ser tenido por necio: descarga tu conciencia y teme más a Dios que a los hombres.» Oída esta respuesta, el pregonero de Dios se dirigió intrépidamente a los cristianos, les amonestó con caridad, les aconsejó que no presentasen batalla, y, en caso contrario, les anunció la más completa derrota. Despreciaron el vaticinio los soldados, endurecieron su corazón y no quisieron desistir del empeño. Avistáronse los ejércitos, emprendióse la batalla; y las tropas cristianas se vieron obligadas a emprender una vergonzosa retirada, siendo para ellas la lucha una completa derrota. Con tan tremenda desgracia quedó muy reducido el ejército cristiano; pues, entre muertos y cautivos, quedaron fuera de combate muy cerca de seis mil soldados. Demostró-

se con este suceso, que no debía despreciarse la sabiduría de aquel pobre, *ya que el alma del justo suele decir las verdades algunas veces mucho mejor que siete centinelas puestos en alto como atalayas.*

4. Al regresar el Santo de su expedición allende el mar, llegó a la ciudad de Celamo, con objeto de predicar, y cierto noble le invitó, con repetidas instancias y gran devoción, a que se dignase comer en su casa. Acepto la invitación, y, cuando llegó a la casa del caballero, toda la familia se alegró con la entrada de aquellos pobres huéspedes. Mas antes de ponerse a comer, Francisco, como de costumbre, dirigió piadosas oraciones y alabanzas al Señor, y estaba con los ojos elevados al cielo. Al concluir su oración llamó aparte al dueño de la casa y, hablandole familiarmente, le dijo: *Carísimo hermano, heme aquí vencido por tus ruegos: he entrado en tu casa para comer; pero ahora escucha y pon luego en práctica mis consejos, porque no aquí, sino en otro sitio vas muy pronto a comer. Haz, pues, al momento una buena confesión de tus pecados, acompañada de un verdadero dolor de tus culpas, y no dejes de manifestar cuanto sea materia del sacramento. Debes saber que el Señor te recompensará hoy mismo la devoción con que has convidado y recibido a sus pobres.* Aquel varón virtuoso puso luego en ejecución los consejos del Santo, hizo con el compañero una confesión sincera de todas sus culpas, dispuso de todas sus cosas, y se preparó del mejor modo que pudo para recibir la muerte. Sentáronse, por fin, a la mesa, y habiendo comenzado los otros a comer, el dueño de la casa, súbitamente, exhaló el último suspiro, según lo había vaticinado Francisco. Verificóse con esto, como premio de aquella caritativa hospitalidad, aquello que dijo la eterna Verdad: *Quien recibe a un profeta, recibirá la recompensa del profeta;* pues, por el anuncio profético del varón santo, aquel noble piadoso se previno contra lo repentino de su muerte, y, fortalecido con las armas de la penitencia, hizo por entrar en la patria celestial.

5. El Santo se hallaba enfermo en Rieti, cuando cierto prebendado, llamado Gedeón, hombre licencioso y mundano, estaba postrado en cama gravemente enfermo. No obstante, conducido a la presencia del Santo, le rogaba con lágrimas en los ojos, ayudándole en sus súplicas los circunstantes, se dignase hacer sobre él la señal de la cruz. Dijo el Santo: *Habiendo vivido hasta ahora dejándote arrastrar de los deseos de la carne, sin temer los justos juicios de Dios, ¿cómo quieres que te señale con el signo de la cruz? Sin embargo, movido por las súplicas de los que nos rodean, haré sobre ti la señal de la cruz en el nombre del Señor. Mas ten presente que, si después de curado volvieses al vómito de las culpas, tendrás que sufrir cosas mucho más graves, pues por el pecado de la ingratitud siempre son los últimos castigos peores que los primeros.* Hecha, pues, la señal de la cruz sobre el enfermo, recobró inmediatamente la salud; prorrumpió en alabanzas del Señor y exclamó como fuera de sí: «¡Ya estoy libre de mi penosa enfermedad!» Prodújose entonces en sus huesos, y lo oyeron todos los circunstantes, una especie de chasquido semejante al que se observa cuando partimos con la mano algún palo seco. Mas, por desgracia, no tardó mucho tiempo en olvidarse de Dios y en entregarse de nuevo a los desórdenes de la sensualidad; cuando he aquí que, cenando una noche en casa de otro canónigo, tan pronto como se metió en cama desplomóse de repente el techo de la casa, con tan mala suerte para el culpable que, habiendo salido todos los demás libres del peligro, él solo quedó muerto y sepultado entre las ruinas. Por justo juicio, pues, de Dios *las postrimerías de este desgraciado fueron peores que sus principios,* a causa de su ingratitud y del desprecio que hizo de Dios, debiendo siempre agradecerse el perdón y siendo la culpa reiterada doblemente reprensible.

6. En otra ocasión, una mujer noble y muy piadosa se llegó al Santo para manifestarle el dolor que la oprimía y pedirle el oportuno remedio. Tenía la infeliz un marido en extremo cruel que la privaba de todo cuanto pertenecía al servicio de Dios; y acongojada por esta desgracia, rogaba encarecidamente a Francisco hiciera oración por él para conseguir que Dios, con su amorosa clemencia, ablandara su endurecido corazón. Al oír estas quejas de la mujer, le dijo el Santo: *Vé en paz, hija mía, y estate segura de que muy pronto recibirás de tu mismo marido un gran consuelo.* E inmediatamente añadió: *Dile a tu marido, de parte de Dios y de parte mía, que ahora es tiempo de misericordia, de perdón, pero que después vendrá el tiempo de la rigurosa justicia.* Recibida la bendición del Santo, la mujer regresó a su casa y, encontrándose con su marido, le refirió lo acontecido. De repente descendió el Espíritu Santo sobre aquel marido, transformándolo en un hombre nuevo, hasta el punto de que con gran mansedumbre dijo a su mujer: «Amada esposa, entreguémonos desde ahora al servicio del Señor y trabajemos con empeño por salvar nuestra alma.» Y así fué, en efecto; pues a persuasión de su piadosa mujer vivieron muchos años en perpetua castidad, hasta que, al fin, am-

bos murieron el mismo día en el ósculo del Señor. ¡Admirable, por cierto, la virtud profética del Santo, con la cual unas veces restituía el vigor a los miembros, ya secos, y otras sabía imprimir la piedad en los corazones más endurecidos! Pero no fué menos admirable la singular claridad de aquella alma, claridad con la cual de tal modo conocía las cosas futuras, que llegaba a penetrar los más íntimos secretos de las conciencias, cual si, como otro Eliseo. hubiera heredado el doble espíritu del profeta Elías.

7. En prueba de esto diremos que, hallándose Francisco en Siena, manifestó a cierto amigo suyo algunas cosas referentes a su dichoso fin. Y habiendo oído esto aquel varón instruído de quien antes se hizo mención, y que había propuesto al Santo aquella cuestión acerca de las divinas Escrituras, le preguntó al mismo seráfico Padre si era cierto que él había dicho estas cosas, que aquel hombre le había referido. En contestación a esta pregunta no sólo afirmó el Santo que había dicho las mencionadas cosas, sino que. además. al curioso investigador de lo ajeno le vino a profetizar algo que le tocaba muy de cerca. Y para certificarle más de la verdad de cuanto le decía, le reveló maravillosamente un secreto escrúpulo de su conciencia, que aquel doctor a ningún viviente había manifestado, y, además. le libró de él con sus prudentes consejos. Añádese en confirmación de todo esto que aquel hombre piadoso acabó dichosamente sus días en la forma que Francisco le había profetizado.

8. También al tiempo que regresó de ultramar. teniendo por compañero a fray Leonardo de Asís, sucedió que, hallándose Francisco rendido y fatigado de cansancio, montó algunos instantes sobre un humilde jumento. Seguíale el compañero, rendido también no poco de fatiga, y, como flaco en la virtud, comenzó a decir allá en su interior: «No eran de igual condición los padres de éste y los míos, y, sin embargo, él anda ahora a caballo, y yo, soldado de a pie. voy guiando su asno». Cuando hacía estas reflexiones. el Santo se apeó prontamente del jumento y dijo: *Tienes razón, hermano mío: no está bien que yo vaya muy cómodamente montado y tú andes a pie, porque en el siglo fuiste mucho más noble y poderoso que yo.* Quedó atónito el compañero, y, lleno de rubor, al ver descubiertos sus más secretos pensamientos, postróse, bañado en lágrimas. a los pies del seráfico Padre, a quien confesó la culpa, pidiéndole humildemente perdón.

9. Cierto religioso, muy devoto y admirador del siervo de Dios. frecuentemente pensaba allá en su interior que sería digno, sin duda, de muy especiales dones de Dios aquel a quien Francisco distinguiese con su particular afecto; y juzgaba, por el contrario, que no sería contado en el número de los escogidos por Dios aquel a quien no reconociese por suyo el Santo. Y como impulsado por la fuerza de estos pensamientos desease en gran manera la familiaridad de Francisco, aunque no se atreviese a revelar a nadie estos deseos, sucedió que el bondadoso Padre lo llamó aparte y, con dulzura, le dijo: *Hijo mío, no te dejes turbar por esos pensamientos; pues has de saber que contándote, como te cuento, entre mis más amados y distinguidos discípulos, te admito gustosamente a la participación de mi familiaridad y de mi amor.* Admirado el religioso al ver penetrados sus ocultos pensamientos, y hecho más devoto del Santo, no sólo se enfervorizó más y más en su amor, sino que, por la gracia del Espíritu Santo, llegó a alcanzar dones y favores muy singulares.

Estaba otra vez Francisco en su celda del monte Alverna. Uno de sus compañeros tenía grandes deseos de poseer alguna sentencia de la divina Escritura escrita por mano del Santo y por él brevemente anotada. Creía que de este modo podría librarse, o al menos que se disminuiría una grave tentación que padecía, no de la carne, sino del espíritu. Azorado por este pensamiento, sentíase oprimido en su alma, pues, lleno de vergüenza, no se atrevía a manifestar este deseo al santo Fundador. Pero éste, aunque no se lo dijo hombre alguno, lo supo por divina revelación. En consecuencia mandó a dicho compañero le trajese papel y tinta, y, conforme a sus deseos, escribió de su propia mano algunas alabanzas del Señor, y al final estampó su propia bendición, diciendo: *Toma para ti este escrito y guárdalo con cuidado hasta el día de tu muerte.* Recibió el compañero con grande alegría aquel don que tanto había deseado, y al instante se vió libre de la molesta tentación. Conservóse este papel por mucho tiempo, y los repetidos prodigios que después se obraron con él son una prueba evidente de la gran virtud de Francisco.

10. Había cierto religioso que, al menos en la apariencia y a juzgar por lo exterior, era de gran santidad, afable en su conversación y en todo singular. Entregado casi de continuo a la oración, guardaba a veces tan riguroso silencio, que solía hacer su confesión no de palabra, sino por señas. Sucedió que el santo Patriarca vino al lugar donde este religioso se encontraba, para verlo y para hablar acerca de él con los demás religiosos. Todos éstos ponderaban y alababan la gran virtud de dicho hermano; pero el

Santo les respondió: *Esperad, hermanos, esperad un poco, y no queráis ponderarme en él los engaños del diablo. Sabed de cierto que cuanto hay en él no es otra cosa que una tentación diabólica y un engaño miserable.* No llevaron muy a bien los religiosos este modo de hablar, pareciéndoles imposible que con indicios de perfección, al parecer tan evidentes, pudiera mezclarse la más pequeña sombra de engaño. Pero no pasaron muchos días sin que aquel desgraciado abandonase la Religión, y entonces comprendieron todos con cuánta claridad de espíritu y luz celestial había penetrado Francisco los íntimos secretos de aquel depravado corazón. De igual modo conoció la ruina espiritual de otros muchos que parecían estar firmes en la virtud; como también la total conversión a Dios de otros grandes pecadores, demostrándose así que había llegado a contemplar maravillosamente el Sol de la eterna luz, con cuyos fulgores su mente veía las cosas ausentes como si las tuviera en su misma presencia.

11. Sucedió en otro tiempo que un Vicario del Santo celebraba Capítulo, en ocasión en que él se hallaba orando en su celda, haciendo el oficio de intercesor y medianero entre Dios y sus religiosos. Hubo uno entre éstos que, cubierto con la capa de injustas pretensiones, quería sustraerse al rigor de la disciplina regular; y como el Santo viese esto en espíritu, llamó a uno de sus compañeros y le dijo: *He visto, carísimo hermano, al mismo demonio montado sobre la espalda de ese religioso desobediente, apretándole con la mano el cuello; y el miserable, sacudido el yugo de la obediencia, quedó sometido a los brutales instintos del tirano, que le hacía tascar con crueldad el freno. Pero movido a compasión, rogué por él al Señor, y al instante lo dejó libre del demonio. Vé, pues, y dile a ese religioso que sin tardanza procure someter su cuello al yugo de la santa obediencia.* Tan pronto como aquel religioso oyó este consejo del Santo, convirtióse muy de veras a Dios, y corrió presuroso a postrarse con humildad profunda a los pies del Vicario de Francisco.

12. También sucedió en otra ocasión que dos religiosos de regiones muy distantes llegaron al eremitorio de Greccio, ansiosos de ver a su santo Patriarca y recibir de él la bendición, que hacía mucho tiempo deseaban. Pero al llegar no encontraron al Santo, que se había retirado ya a la celda, por lo cual se marchaban tristes y desconsolados. Mas he aquí que al marcharse, sin que Francisco pudiera saber por medio humano su llegada ni su partida, salió, contra su costumbre, de la celda, les llamó amorosamente y, haciendo sobre ellos la señal de la cruz, les concedió en el nombre del Señor la bendición tan deseada.

13. Dos religiosos vinieron de la Tierra de Labor. Uno de ellos, el más antiguo, escandalizó en algo al más joven. El santo Patriarca, tan pronto como llegaron a su presencia, preguntó a éste de qué modo se había conducido con él su compañero durante el viaje. El interpelado contestó: «Por cierto, bastante bien.» Oída esta respuesta, añadió Francisco: *Guárdate, hermano, no sea que bajo la capa de humildad te atrevas a decir una mentira. No ignoro, no, lo acontecido; pero espera un poco, y verás el resultado.* Quedó admirado sobremanera el religioso al ver cómo conocía con tanta claridad las cosas ausentes. Poco tiempo transcurrió cuando el causador del escándalo, abandonando la Religión, se volvió al siglo, sin pedir perdón al seráfico Padre, ni esperar de él la oportuna corrección. Dos cosas se hicieron patentes a un mismo tiempo en la ruina de aquel desgraciado, a saber: la equidad de la justicia divina y la perspicacia sorprendente del espíritu de profecía de nuestro Santo.

14. Que a Francisco le fuese concedido por virtud divina el poder presentarse a los que estaban ausentes consta con evidencia de lo que dejamos ya dicho. Basta para ello recordar cómo, estando ausente, se apareció a sus religiosos en un carro de fuego, y de qué modo se presentó en el Capítulo de Arlés con los brazos en forma de cruz. Todo lo cual debemos creer que sucedió por disposición divina, para que por estas apariciones maravillosas claramente se descubriese con cuánta intimidad estaba unido su espíritu a la luz de la eterna Sabiduría, la cual *es más ágil que todas las cosas movibles; y alcanza a todas partes a causa de su pureza... Y difundiéndose por los pueblos en las almas santas, forma amigos de Dios y profetas.*

Suele, en efecto, el Maestro celestial descubrir sus más ocultos misterios a los sencillos y pequeñuelos, como se vió primeramente en David, el más ilustre de los profetas; después en Pedro, el Príncipe de los Apóstoles, y más tarde en el Pobrecillo de Cristo, Francisco. Eran todos éstos sencillos y carecían del conocimiento de las humanas letras, y, sin embargo, con la erudición que les infundió el Espíritu Santo, llegaron a hacerse ilustres; pues el primero fué constituído *pastor*, encargado de apacentar el pueblo de Israel, sacado de Egipto; a Pedro, *pescador*, se le confió el encargo de llenar la red misteriosa de la Iglesia con la multitud de los creyentes, y a Francisco, simple *mercader*, le inspiró el Señor el deseo de vender y distribuir todas las cosas por Cristo, a fin de comprar la preciosa margarita del Evangelio.

CAPÍTULO XII

DE LA PREDICACIÓN DEL SANTO Y DE LA GRACIA DE CURAR A LOS ENFERMOS

1. Francisco, fiel y verdadero siervo de Cristo, deseoso de hacerlo todo con la mayor perfección y fidelidad a la divina gracia, procuraba consagrarse principalmente a la

San Francisco reunido con sus frailes

práctica de aquellas virtudes que con luz celestial conocía ser más del agrado de Dios. En prueba de ello sucedió que por espacio de muchos días se sintió angustiado con una duda que le asaltaba. Para salir de ella, consultaba con sus religiosos más familiares, al terminar su acostumbrada oración y les decía: «*¿Qué me aconsejáis, hermanos carísimos, y cuál es vuestro parecer? ¿Deberé vivir retirado en oración o será mejor que recorra los pueblos predicando? Porque, a la verdad, yo, pobrecillo, simple y sin letras, reconozco haber recibido gracia más abundante para orar que para hablar. Paréceme, además, que en la oración se alcanzan más ganancias y aumento de gracias, y que en la predicación no se hace otra cosa sino distribuir en cierto modo los dones recibidos del cielo. En la oración también se purifican los afectos del alma, la cual se une por ella al único*

verdadero y sumo Bien, robusteciéndose al propio tiempo en la virtud; mientras que en la predicación el espíritu corre peligro de mancharse con el polvo de los pies, se distrae necesariamente en muchas cosas y quizás llega hasta relajarse en la disciplina regular. Por último, en la oración hablamos con Dios, oímos su voz y, al llevar en cierto modo una vida angélica, tenemos nuestra conversación con los espíritus celestiales; mas en la predicación nos es necesario condescender muchas veces con los hombres y vivir a su manera entre ellos, pensar, ver, oír y hablar de cosas exclusivamente mundanas. Pero ocúrreseme una gran dificultad, y es que todos estos inconvenientes deben ceder ante la consideración de que el unigénito Hijo de Dios, Sabiduría eterna, descendió del seno del Padre por la salvación de las almas y para que, informando al mundo con su ejemplo, anunciase la palabra de salud a los hombres, a quienes debía redimir con el precio de su sangre divina, purificar con el bautismo y alimentar con su mismo cuerpo, sin reservar para sí cosa alguna que no haya prodigado liberalmente por nuestra salvación. Y como todo debemos hacerlo conforme al ejemplar o modelo de las cosas que vemos en El, como en un monte sublime de perfección, parece ser cosa más agradable a Dios el que, dejada la quietud de la soledad, salga fuera para consagrarme al trabajo de la predicación.

Y aunque por muchos días anduvo discurriendo acerca de esto con sus religiosos, no acertó a conocer en absoluto cuál de aquellas dos cosas debería escoger por ser más agradable a Cristo. Cierto que, enriquecido con el don de profecía, llegó a conocer cosas muy admirables; mas así y todo no pudo resolver por sí mismo esta cuestión, y dispuso Dios, con sabia providencia, que el oficio de la predicación fuese manifestado por un oráculo celestial para que la humildad del siervo de Cristo no sufriese el más pequeño detrimento.

2. No se avergonzaba el Santo, reputándose como el menor de todos, de consultar con sus inferiores las cosas más pequeñas, aun cuando había aprendido del Maestro celestial cosas tan grandes y admirables. Por esto acostumbraba poner sumo cuidado en indagar de qué modo y en qué forma podría servir más perfectamente al Señor según el divino beneplácito. Esta fué su especial filosofía, éste fué mientras vivió su más ardiente deseo: consultar a los sabios y a los sencillos, a los perfectos y a los imperfectos, a los grandes y a los pequeñuelos, de qué manera podría llegar más fácilmente a la cima de la perfección. Llamó, pues, a dos de sus religiosos y los envió a fray Silvestre,

aquel que en otro tiempo había visto salir de la boca de Francisco una cruz hermosísima, y que entonces se hallaba entregado a los fervores de la oración en un monte próximo a la ciudad de Asís, encargándole consultase con Dios la solución de esta duda y que le enviase a decir cuál fuese la respuesta obtenida del Señor.

El mismo aviso envió a la bendita virgen Clara, encargándole que por medio de alguna de las más puras y sencillas vírgenes que con ella estaban, y añadiendo sus propias oraciones a las demás, procurasen averiguar cuál fuese la voluntad del Señor en el asunto objeto de la consulta. Adoctrinados por revelación divina, el venerable sacerdote y la virgen Clara convinieron en una misma sentencia: en que era voluntad del Altísimo que el pregonero de Cristo se consagrase al ejercicio de la predicación. Vueltos los religiosos, manifestáronle la voluntad del Señor en la forma que se les había indicado. Levantóse inmediatamente Francisco, púsose haldas en cinta y, sin detenerse un solo momento, emprendió la marcha. Andaba con tan fervoroso espíritu para cumplir las órdenes del Altísimo, y corría, digámoslo así, tan aceleradamente como si, obrando sobre él la mano del Señor, se sintiese revestido de una nueva fortaleza celestial.

3. Sucedió, pues, que acercándose a Bevagna, llegó a cierto lugar donde había una gran multitud de aves de todas clases. Al verlas el Santo, corrió presuroso hacia ellas, y, como si fuesen criaturas dotadas de razón, las saludó cariñosamente. Paráronse todas y volviéronse hacia Francisco en actitud expectante, de modo que aun las mismas que estaban en los árboles, al verlo aproximarse inclinaban sus cabecitas mirándole con fijeza, en tanto que, acercándose el siervo de Dios, las invitó a todas a que oyesen la divina palabra, y les dijo: *Avecitas, hermanas mías, muy obligadas estáis a bendecir a vuestro Dios y Criador, que os vistió de tan rico plumaje y os dió alas para volar; os señaló para morada la región pura de los aires, y, sin que vosotras tengáis que cuidaros de ello, El os sustenta y gobierna con admirable providencia.* Mientras les decía estas y otras cosas parecidas, los pajarillos, con muestras de extraña alegría, alargaban sus cuellos, extendían sus alas, abrían sus picos y fijaban en él la vista con grande atención. Francisco, en tanto, lleno de un admirable fervor de espíritu, se paseaba por entre las avecillas, llegando a tocarlas con la orla de su túnica, sin que por esto ni una sola se moviese de su lugar, hasta que, hecha la señal de la cruz por el Santo y dándoles su bendición y licencia, remontaron todas a un mismo tiempo el vuelo. Los compañeros de Francisco, que le aguardaban en el camino, contemplaron aquel espectáculo absortos en profundísima admiración; y, vuelto a ellos aquel varón de pureza y sencillez admirables, comenzó a inculparse de negligencia por haber descuidado hasta entonces el predicar a las avecillas.

4. Predicando después por los lugares vecinos, llegó a un punto llamado Albiano, donde, congregado el pueblo e impuesto el debido silencio, apenas podía ser oído en la predicación, pues gran número de golondrinas que allí hacían sus nidos formaban con sus chillidos un ruido estrepitoso. A ellas les habló, en presencia de todos: *Golondrinas, hermanas mías, ya es tiempo de que me dejéis hablar, pues hasta ahora bastante habéis gritado vosotras. Oíd la palabra de Dios y guardad silencio, mientras no termine la predicación.* Al imperio de esta voz, y como si fuesen capaces de conocimiento, callaron de repente las golondrinas, y permanecieron en el mismo lugar hasta que el Santo hubo terminado su sermón. Testigos de esta maravilla, llenáronse de asombro los oyentes, y todos unánimes glorificaban al Señor. Divulgada la fama de este milagro por todas partes, muchas personas se sintieron atraídas a la veneración y devoción del Santo.

5. Relacionado íntimamente con el anterior, sucedió otro caso en la ciudad de Parma. Cierto joven, de buena índole, que con otros compañeros se consagraba al estudio, vióse molestado por la garla pertinaz de una golondrina, y en tono jocoso dijo a sus amigos: «Camaradas, esta golondrina debe de ser alguna de aquellas que en otro tiempo importunaban al siervo de Dios, Francisco, mientras predicaba y en tanto no les impuso silencio.» Y vuelto a la golondrina, le dijo lleno de confianza: «En nombre del bienaventurado Francisco te mando que te calles y vengas inmediatamente a mis manos.» ¡Prodigio singular! Aquella golondrina, oído el nombre de Francisco, y como si por él estuviese amaestrada, callóse de repente y se guareció, cual en lugar seguro, en las manos del estudiante, quien, lleno de asombro, dióle muy pronto libertad, sin que de nuevo se viese molestado por su importuno canto.

6. En otra ocasión, hallándose el siervo de Dios predicando en Gaeta, a orillas del mar, le rodeó una multitud grandísima de gentes, que luchaban por acercarse a él. Temió Francisco los aplausos de aquellas gentes, y para huir de ellas se refugió en una pequeña embarcación que acertó a encontrar en la playa. La nave, como impulsada interiormente por algún motor racional, pero sin que apareciese

allí ningún remero, se fué avanzando mar adentro, con grande admiración de cuantos lo vieron. Mas, apartada de la orilla a bastante distancia, quedó inmoble entre las olas todo el tiempo que el Santo estuvo predicando a las turbas, que con religioso silencio le oían desde la playa. Terminado el sermón y visto el milagro, se retiró la multitud, recibida la bendición del Santo, que no podía ya ser molestado por ella; y entonces la embarcación por sí misma se volvió a la playa. ¿Quién, pues, por obstinado y rebelde que fuese, se atrevería a despreciar la predicación de Francisco, cuya virtud admirable contribuía no sólo a que los seres irracionales oyesen su doctrina, sino también a que los cuerpos inanimados le sirviesen en la predicación como si fuesen racionales?

7. Porque *el Espíritu del Señor, que había ungido y enviado* a Francisco, y el mismo Cristo, *virtud y sabiduría del Padre,* habían derramado tan copiosamente sus dones sobre él, que podía esparcir por doquiera saludables doctrinas y admirar al mundo con estupendos milagros. Su palabra. viva y eficaz, era como un fuego ardiente que penetraba hasta el fondo de los corazones y llenaba de admiración a cuantos la oían, pues no iba adornada con las galas de una elocuencia mundana, sino que se presentaba con todos los caracteres de una inspiración celestial.

Sucedió, en efecto, que debiendo predicar una vez en presencia del Papa y los cardenales, por encargo del Obispo Ostiense, compuso un sermón, que aprendió cuidadosamente de memoria. Cuando llegó el momento de salir al medio para recitarlo, de tal modo se olvidó de cuanto llevaba escrito y aprendido, que no pudo decir de ello ni una sola palabra. Confesó el Santo con ingenua humildad lo que le sucedía; recogióse unos breves momentos para implorar las luces del Espíritu Santo, y comenzó a expresarse con tanta fluidez de palabra, con razones tan eficaces, que movió a compunción a las ilustres personas que le escuchaban, manifestándose bien claramente que no era él, sino el Espíritu Santo quien hablaba por su boca.

8. Y como primero procuraba practicar en sí mismo lo que intentaba persuadir a los demás con la palabra, predicaba la verdad con santa intrepidez, sin temor a que nadie pudiera reprenderle. No sabía disimular las culpas de algunos grandes pecadores, ni tolerar su vida criminal, antes bien los amonestaba caritativamente, y si esto no era suficiente, los increpaba con gran severidad. Con igual libertad predicaba a los grandes que a los pequeños, y con igual santa alegría, ya fueran muchos, ya fueran pocos sus oyentes.

Así que personas de toda edad, sexo y condición se apresuraban a ver y oír al hombre extraordinario enviado providencialmente al mundo. Recorría diversas regiones evangelizando por doquiera con apostólico celo, encargándose el Señor de confirmar su predicación con estupendos milagros. En efecto, valiéndose de la virtud del nombre de Dios, Francisco, pregonero de la verdad, lanzaba los demonios, curaba a los enfermos, y, lo que importa mucho más, con la eficacia de su palabra ablandaba los empedernidos corazones, moviéndolos a penitencia, y restituía al mismo tiempo la salud del alma y del cuerpo, como se prueba por varios hechos de su vida que vamos a referir.

9. Hospedado una vez en casa de cierto devoto soldado de la ciudad de Toscanela, que tenía un hijo contrahecho y cojo desde su nacimiento, puso sobre él las manos Francisco, a repetidas instancias del padre, y el niño quedó repentinamente sano, con perfecto movimiento de todos los miembros del cuerpo, de tal manera que, con admiración de los circunstantes, se levantó y comenzó a correr por la habitación, lleno de gozo y bendiciendo al Señor.

En la ciudad de Narni se encontró con un pobre paralítico, privado del movimiento de todos sus miembros, y, a instancias del Obispo de la ciudad, hizo sobre todo el cuerpo del enfermo la señal de la cruz, y quedó completamente sano.

En otra ocasión recorría Francisco el obispado de Rieti, y le presentaron un niño que hacía ya cuatro años padecía una hinchazón tan monstruosa, que le era imposible ver sus propias rodillas. Afligida la madre, pidió al Santo que tocase al enfermo, y apenas lo hubo hecho, desapareció la hinchazón y el niño recobró enteramente la salud.

En una ciudad llamada Oria había un niño tan extraordinariamente contrahecho, que la cabeza estaba pegada con los pies y tenía además rotos algunos huesos. Al verlo se llenó de compasión el Santo, y, movido por las súplicas y lágrimas de los padres, hizo la señal de la cruz sobre el niño, el cual recobró inmediatamente la salud y la posición natural, sin rastro alguno de la menor deformidad.

10. En la ciudad de Eugubio vivía una mujer que tenía ambas manos tan secas y contrahechas, que nada absolutamente podía hacer con ellas. Francisco hizo sobre ellas la señal de la cruz en el nombre del Señor, y le quedaron tan perfectamente sanas, que, vuelta llena de júbilo a su casa, pudo preparar por sí misma, como otra suegra de San Pedro, la propia comida y la de los pobres.

A una niña del pueblo de Bevagna, que estaba completa-

mente ciega, le ungió tres veces los ojos, en nombre de la Santísima Trinidad, con lodo que hizo de la propia saliva, y repentinamente le devolvió la vista.

Habitaba en la ciudad de Narni una pobre mujer, que había perdido del todo la vista; pero tan pronto como Francisco hizo sobre ella la señal de la cruz, recobró la perdida luz de los ojos.

Cierto niño de la ciudad de Bolonia tenía uno de sus ojos tan cubierto por espesa nube, que nada absolutamente veía por él. Fueron inútiles cuantos remedios le aplicaron. El Santo hizo sobre el paciente, de la cabeza a los pies, la señal de la cruz, y recobró tan perfectamente la vista, que, llegando después a ser religioso en nuestra Orden, confesaba que veía mucho más claramente con el ojo antes enfermo que con el que siempre había tenido sano.

En otra ocasión, en el pueblo de San Gimigniano, fué hospedado por un hombre piadoso, cuya mujer era atormentada por el demonio. Hizo oración al Señor, y el Santo mandó al maligno espíritu, en virtud de santa obediencia, que saliera de aquella infeliz. Al imperio de este poder divino se rindió tan prontamente el demonio, que dió claramente a conocer que, a pesar de su rebelde obstinación, le era imposible resistir la fuerza de aquella santa virtud.

En otra población llamada Cittá di Castello, un demonio furioso se había posesionado de cierta desgraciada mujer. Por orden del Santo la abandonó inmediatamente, con rabia e indignación y dejó libre en el alma y en el cuerpo a la que antes tenía posesa.

11. Cierto religioso era atormentado por tan grave y extraña enfermedad, que, a juicio de muchos, más parecía efecto de posesión diabólica, que de dolencia natural. Frecuentemente caía de cabeza en el suelo y se revolvía echando espumarajos por la boca. Los miembros todos de su cuerpo aparecían unas veces contraídos, otras dilatados con violencia, ora deformemente doblados, ora retorcidos, ya, por último, rígidos y duros como una piedra. En otras ocasiones adquiría tal postura, que los pies venían a juntársele con la cabeza, y en esta situación era elevado en alto para ser precipitado horriblemente en el suelo. Compadecido el siervo de Dios al ver a este infeliz víctima de tan grave e irremediable enfermedad, lleno de misericordia hacia él, hizo que le diesen un trocito de pan del mismo que él estaba comiendo. Fué tanta la virtud conferida por aquel pan al enfermo, que en adelante jamás volvió a sentir la más pequeña molestia.

Hubo en el condado de Arezzo cierta mujer cuyo alumbramiento, difícil por su gran debilidad, la molestaba hacía muchos días, hasta el punto de ponerla próxima a la muerte, sin que hubiera para la paciente otro remedio que el de Dios. En tal coyuntura sucedió que el seráfico Patriarca, montado a caballo, en atención a su enfermedad, llegó a aquel lugar, y pasó por el sitio mismo donde se hallaba la enferma. Al ver los moradores de aquel pueblo el caballo sobre el cual iba montado Francisco, se apresuraron a quitarle el freno, que aplicaron desde luego a la enferma con éxito tan maravilloso, que al contacto de aquel freno la mujer dió a luz inmediatamente, sin peligro ni dolor alguno.

Cierto hombre, cristiano y temeroso de Dios, morador en Castello di Pieve, tenía consigo un cordón con el que se había ceñido el seráfico Padre. Había en aquel lugar gran multitud de hombres y mujeres atacados de diferentes enfermedades, y el devoto de Francisco recorría una por una las casas, y, mojando el cordón en agua, dábasela a beber a los enfermos, con tan buen resultado, que muchos de ellos recobraron la salud.

Ni es esto sólo; gran número de enfermos veíanse libres prontamente de sus dolencias con sólo gustar un poco de pan tocado por el bienaventurado siervo de Dios.

12. Acompañada la predicación del pregonero de Cristo con tantos prodigios y maravillas, el pueblo escuchaba sus palabras como si las pronunciara un ángel del cielo. Y así era, en efecto, pues la prerrogativa de excelsas virtudes con que estuvo adornado Francisco, su espíritu de profecía, la eficacia de sus milagros, la orden de predicar que había recibido del cielo, la obediencia que le prestaban los seres irracionales, los cambios maravillosos que en los corazones producía su predicación apostólica, su ciencia, no adquirida por humanos estudios, sino infundida por el Espíritu Santo; la autorización para predicar que, no sin revelación divina, le concedió el Romano Pontífice; además, la Regla por él mismo escrita, en la cual se contiene la manera de predicar, y que le fué confirmada por el Vicario de Cristo, y, por último, las sagradas llagas del Rey celestial, impresas como señal en su propio cuerpo, son otros tantos testimonios que prueban a todos los siglos de un modo indubitable haber sido el pregonero de Cristo, Francisco, respetable por su oficio, autorizado por su doctrina, admirable por su santidad, y que en tal concepto predicó, como verdadero nuncio de Dios, el Evangelio de Jesucristo.

CAPÍTULO XIII

La impresión de las santas llagas

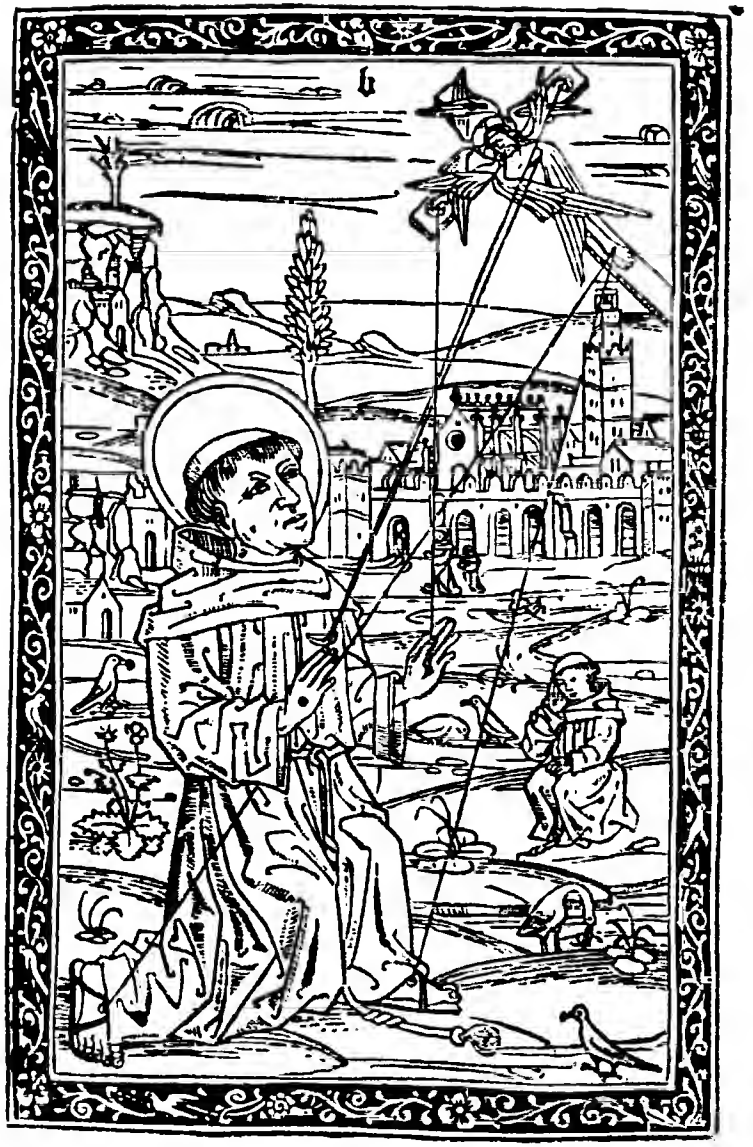
1. Era costumbre en el angélico Francisco no cesar ni un solo momento en la práctica del bien. Emulo de los espíritus celestiales de la mística escala de Jacob, o subía hacia Dios por la contemplación, o bajaba hacia el prójimo por los ejercicios de la caridad. Había aprendido a repartir de tal modo el tiempo de la vida concedido para merecer, que parte de él lo empleaba en provecho de sus prójimos, y lo restante lo ocupaba en los dulces y tranquilos ocios de la más elevada contemplación. De aquí que después de haberse ocupado en procurar la salvación de los demás, según lo exigían las circunstancias de los lugares y de los tiempos, abandonaba el inquieto tumulto de las turbas y se retiraba a lo más recóndito de la soledad y a los sitios más tranquilos para vacar más libremente a Dios y para limpiarse del polvo con que por ventura pudiera haberse manchado su alma en el trato y conversación con los hombres.

Y así, dos años antes de su dichosa muerte, conducido por la divina Providencia, y después de haber experimentado grandes sufrimientos, fué llevado a un *monte muy elevado,* que se llama el Alverna. Comenzó allí a ayunar, según su costumbre, la cuaresma en honor del arcangel San Miguel, y sintióse inundado, con más abundancia que de ordinario, de los dulces transportes de la contemplación divina, e inflamado de más ardientes y celestiales deseos, comenzó a experimentar en sí mismo mayor cúmulo de dones y gracias sobrenaturales. Era arrebatado a lo alto, no como curioso escudriñador de la Majestad excelsa, que debiera ser oprimido por su gloria, sino como siervo fiel y prudente que procuraba indagar la voluntad de su Dios, a la que deseaba con sumo ardor conformarse en todo.

2. Tuvo, pues, su alma conocimiento por revelación divina de que, abriendo el libro de los Santos Evangelios, le sería manifestado por Jesucristo de qué modo debía obrar para ser más grato a Dios, en sí y en todas sus cosas. Prevínose, por tanto, con una ferviente oración, y después hizo que uno de sus compañeros, hombre devoto y de gran santidad, tomase el libro de los Evangelios y lo abriese tres veces, en honor de la Santísima Trinidad. Y como todas las veces que se abrió el libro ocurrieron las páginas en que se hallaba escrita la pasión del Salvador, comprendió desde luego Francisco que, así como había imitado a Cristo en los principales actos de su vida, de igual modo debía conformarse con El en los sufrimientos y dolores de la Pasión, antes de abandonar esta vida mortal. Y aunque por las muchas austeridades de su pasada vida y por haber llevado continuamente la mortificación simbolizada por la cruz de Cristo se hallaba muy débil en el cuerpo, no por eso decayó de ánimo, antes bien suspiraba con mayores ansias por obtener la corona del martirio. De tal modo, en efecto, había crecido en el Santo el incendio insuperable del amor divino, que parecía estar abrasado en llamas de grande actividad, hasta el punto que las aguas más caudalosas no serían bastantes para apagar su caridad ardiente.

3. Sintiéndose, pues, Francisco elevado hacia Dios a impulsos de los ardores de su seráfico amor, y transformado por compasión inefable en Aquel que quiso por nuestro amor ser crucificado, cierta mañana de un día próximo a la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, cuando se entregaba en un lado del monte a los acostumbrados fervores de su oración, vió bajar de los cielos un serafín que tenía seis alas tan fúlgidas como resplandecientes, el cual, al acercarse con rápido vuelo al punto donde se encontraba el siervo de Dios, apareció representando entre las alas la imagen de un hombre crucificado, cuyas manos y pies estaban sujetos con clavos a la cruz. Dos alas de aquel serafín se elevaban sobre su cabeza, dos aparecían extendidas en actitud de volar y las otras dos cubrían todo el cuerpo.

Ante visión tan maravillosa, llenóse de estupor el Santo y experimentó en su corazón un extraordinario gozo, mezclado de algún dolor. Porque, en primer lugar, veíase inundado de alegría con aquel espectáculo admirable, en el cual se gloriaba en contemplar a Cristo bajo la forma de un serafín; mas al propio tiempo la vista de la cruz atravesaba su alma con la espada de un compasivo dolor. Era grande su admiración ante una visión semejante, pues no ignoraba que los sufrimientos de la pasión eran incompatibles con la inmortalidad de los espíritus celestes. De aquí vino a conocer por revelación divina que esta visión le había sido providencialmente presentada para que, como amante de Cristo, comprendiera que debía transformarse totalmente en El, no tanto por el martirio corporal, cuanto por los amorosos incendios de su espíritu. Al desaparecer aquella visión dejó en el corazón de Francisco un ardor admirable e imprimió en su cuerpo una efigie no menos maravillosa, pues al momento comenzaron a aparecer en sus manos y en sus pies las señales de los clavos, iguales en todo a las que



Impresión de las Llagas. (Xilografía. Sevilla, 1492.)

poco antes había visto en la imagen del serafín crucificado.

Y así era, en verdad, porque sus manos y sus pies veíanse atravesados en el centro por gruesos clavos, cuyas cabezas aparecían en la parte interior de las manos y superior de los pies. Las puntas aparecían a la parte exterior de las manos y en la planta de los pies. La cabeza era redonda y negra, y las puntas largas y afiladas y con evidentes señales de haber sido retorcidas, y así los clavos sobresalían del resto de la carne. De igual modo, en el lado derecho del cuerpo del Santo aparecía, como formada por una lanza, una cicatriz roja, de la que brotaba, a veces, tanta sangre, que llegaba a humedecer la túnica y los paños menores.

4. Al ver el siervo de Dios que aquellas llagas, impresas de un modo tan admirable en su cuerpo, no podían ocultarse a la vista de los más íntimos de sus religiosos, y temer, por otra parte, dar publicidad a los *inefables secretos del Señor*, se encontró en angustiosa incertidumbre, sin saber si debía manifestar, o más bien ocultar la visión que había tenido. Llamó, pues, a algunos de sus religiosos y, hablándoles en términos generales, les propuso la duda y les pidió consejo. Y he aquí que uno de ellos, llamado fray Iluminado, como comprendiese que algo extraordinario debía haber visto Francisco, pues se le notaba un tanto admirado y confuso, le dijo: «Carísimo hermano, has de saber que no sólo para bien tuyo, sino también para provecho de los demás, te son revelados algunas veces ciertos secretos divinos. Debes temer, por tanto, que, si ocultas las gracias que has recibido para utilidad de tus prójimos, seas juzgado digno de reprensión como defraudador de los talentos recibidos.» Conmovido el Santo al oír estas palabras, y aunque en otras ocasiones, hablando consigo mismo, solía repetir: *Mi secreto, para mí; mi secreto, para mí*, entonces juzgó, no sin temor, que debía referir detalladamente la visión que había tenido, y añadir que Aquel que se le había aparecido le reveló algunas cosas que jamás, mientras viviese, descubriría a mortal alguno. Debemos suponer, en efecto, que las palabras reveladas por aquel serafín, puesto maravillosamente en la cruz, fueron tan profundas y misteriosas, que al lenguaje humano no le es lícito ni posible repetirlas.

5. Cuando el amor de Cristo hubo transformado en su propia imagen al amante Francisco, pasados, como se había propuesto, cuarenta días en aquella soledad, al llegar el día solemne de San Miguel Arcángel bajó del monte el seráfico Padre llevando en sí mismo la efigie del crucifijo,

no formada por algún artífice en tablas de piedra o de madera, sino impresa en la propia carne por el dedo del Dios vivo. Y como es siempre *cosa buena esconder los sacramentos del Rey*, de aquí que el varón santo, conocedor de los arcanos divinos, ocultaba cuidadosamente aquellas sagradas llagas. Mas, como sea propio de Dios revelar para gloria suya las maravillas que realiza, el mismo Señor, que había impreso secretamente aquellas llagas, hizo patentes por ellas innumerables portentos, a fin de que la virtud admirable y sobrenatural de aquellas ocultas señales se hiciera manifiesta por lo ruidoso de los milagros.

6. En efecto, habíase desarrollado en la provincia de Rieti una peste tan maligna, que acababa con el ganado lanar y vacuno, sin que para atajar el mal se encontrase humano remedio. En tal situación, cierto hombre temeroso de Dios fué avisado durante la noche, por medio de una visión, para que se presentase sin pérdida de tiempo en el convento de los religiosos, donde a la sazón moraba Francisco, y que tomase el agua en la cual se había lavado el Santo las manos y los pies, y rociase con ella a todos los animales. Tan pronto, pues, como se levantó por la mañana se dirigió al lugar indicado, y obtenida ocultamente de los religiosos aquella agua, roció con ella los animales enfermos. Y, ¡cosa admirable!, apenas el agua llegaba a tocarlos, aun cuando fuese muy poco, los que al rigor de la enfermedad se hallaban postrados, casi exánimes, en tierra, recobraban el antiguo vigor, levantábanse al momento y, como si ningún mal hubiesen experimentado, corrían presurosos a saciar su hambre en los prados. Resultó, por tanto, que la virtud maravillosa de aquella agua, que había tocado las llagas de Francisco, hizo que cesase toda plaga y que desapareciese de los ganados aquella enfermedad pestilente.

7. Antes que el Santo fijase su morada por algún tiempo en dicho monte Alverna solía levantarse del mismo, con cierta frecuencia, una nube, que deshecha después en horrible tempestad de granizo, asolaba los campos circunvecinos, perdiéndose por completo los frutos. Mas, así que sucedió la referida visión celestial, no volvió a repetirse el granizo, con grande admiración de los campesinos. De este modo, por el mismo aspecto del cielo, serenado de un modo portentoso, quedó probada la excelencia de aquella seráfica aparición y la virtud de las llagas impresas entonces en el cuerpo del Santo. Sucedió también que como fuese Francisco montado en un jumentillo de un hombre pobre, en tiempo de invierno, obligado a ello por la extremada debilidad de su cuerpo y lo áspero de los caminos, hubo de pernoctar bajo la mole de

una peña, algo saliente, para librarse de algún modo de la inclemencia de la noche y de la nieve que se venían encima, y le impedían llegar al convento. Observó entonces el Santo que aquel pobre hombre se quejaba en voz baja y no cesaba de moverse de un lado para otro, como quien, aterido por el frío y falto de suficiente abrigo, no podía descansar un momento. Encendido en santo amor, extendió hacia el rústico la mano y le tocó con ella. Y, ¡oh prodigio inaudito!, al contacto de aquella mano, inflamada en el fuego del divino amor, desapareció el frío de aquel hombre, y sintió, en cambio, un calor interno y externo tan intenso cual si lo envolviera la llama de un horno ardiente. Confortado, pues, en el cuerpo y en el alma, se durmió tan tranquilamente hasta la mañana entre aquellos peñascos cubiertos de nieve como jamás lo pudiera conseguir en un blando lecho, según él mismo lo aseguraba después.

Consta, pues, de una manera indubitable, que las sagradas llagas fueron impresas en el cuerpo de Francisco por virtud de Aquel que de un modo admirable purifica, ilumina e inflama, ya que dichas llagas dieron salud, ahuyentando la peste: cambiaron las borrascas en apacible serenidad e infundieron con maravillosa eficacia fuerza y calor en los cuerpos ateridos por el frío; todo lo cual se verá confirmado más y más con los estupendos prodigios realizados por el Santo después de su muerte, como más adelante veremos.

8. En vano pretendió Francisco esconder con gran diligencia aquel místico *tesoro que había encontrado en el campo*. Le fué imposible hacerlo, y que algunos no llegasen a descubrir las llagas de las manos y de los pies, aunque llevaba casi siempre cubiertas aquéllas, y calzados continuamente los pies. En efecto, muchos de sus religiosos se las vieron durante la vida; y aunque eran, por su extraordinaria santidad, dignos de toda fe, no obstante, para quitar toda duda, puestas las manos sobre los Evangelios, afirmaron con juramento ser cierto que las habían visto. Las vieron también, con ocasión de la íntima familiaridad que tenían con el Santo, algunos eminentísimos cardenales, que dejaron consignadas las alabanzas de las santas llagas en las prosas, himnos y antífonas que compusieron en honor de Francisco, y que dieron fiel testimonio de la verdad, tanto por escrito como de palabra. De igual modo, el Sumo Pontífice Alejandro IV, predicando en cierta ocasión al pueblo, en el cual había muchos religiosos y me encontraba yo también, afirmó haber visto con sus propios ojos, mientras vivía el Santo, las llagas impresas en el cuerpo. Las vieron en el cadáver

del mismo Santo más de cincuenta religiosos, la devotísima virgen Clara, con todas sus demás religiosas, y un número extraordinario de personas seculares, muchas de las cuales, como diremos en otro lugar, movidas por especial afecto, las besaron y palparon para convencerse de la verdad.

Con mucha más diligencia procuraba ocultar la llaga del costado, hasta el punto de que nadie, mientras vivió, se la pudo ver sino de una manera furtiva. Así lo hizo cierto religioso que acostumbraba a prestar sus servicios cuidadosamente al Santo, y, valiéndose de este pretexto, un día que hubo de quitarle la túnica para lavarla, miró atentamente y le vió la llaga, a la cual aplicó con gran rapidez tres dedos de la mano, y de este modo pudo apreciar, no sólo con la vista, sino además con el tacto, la magnitud de la misma. Con igual industria pudo verla también fray Elías, que a la sazón era Vicario del Santo. Asimismo, uno de sus compañeros, religioso de sencillez admirable, viéndose precisado a frotar los hombros del Santo para aliviarle algún tanto en su dolencia, metióle la mano por debajo de la capilla y le tocó por casualidad la llaga, produciéndole un extremado dolor. Por lo cual desde entonces tuvo que usar unos calzoncillos hechos de tal modo, que le llegaban cerca del sobaco, a fin de resguardar más fácilmente la llaga del costado. De igual modo, los religiosos encargados de lavar periódicamente la ropa interior del Santo pudieron observar manchas de sangre en el sitio correspondiente a la llaga. Tuvieron por este medio pruebas evidentes de su existencia, viéndola después en el cadáver sin obstáculo alguno, y venerándola como otros muchos.

9. ¡Ea, pues, gloriosísimo soldado de Cristo, empuña las armas de ese Capitán invictísimo; con ellas, fortalecido y señalado, podrás vencer a todos tus enemigos! Enarbola *la bandera* del Rey altísimo, a cuya vista cobren fuerza y valor todos los escuadrones del ejército celestial. Ostenta ante el mundo *el sello* del Sumo Pontífice, Cristo, y así tengan todos con razón por auténticos e irrefragables tus hechos y tus palabras. Pues, indudablemente, por las llagas de Cristo Jesús que llevas en tu cuerpo, nadie te debe ser molesto, antes bien, todos los siervos de Cristo están obligados a tenerte especial devoción. Por estas señales indubitables, que no sólo han recibido la comprobación necesaria de dos o tres testigos, sino que han sido reconocidas superabundantemente por gran número de personas, se demuestra que *los testimonios de Dios han sido hechos tan dignos de crédito* en ti y por ti, que no resta a los incrédulos excusa alguna que justifique su conducta, y, en cambio, se robustece la fe de los creyentes, se

aumentan los sólidos motivos de esperanza y se enciende más y más el fervor de la caridad.

10. Cumplióse ya la primera visión que tuviste cuando, al ser destinado para futuro caudillo de la milicia de Cristo, se te anunció que deberías ser decorado con armas celestiales, en las cuales resplandecía la insignia de la cruz. Ya podemos creer, sin ningún género de duda, haber sido cierta y verdadera la visión que tuviste al principio de tu conversión, cuando te sentiste atravesado por la espada del dolor compasivo de Cristo, no menos que aquella voz que oíste, salida de la cruz de la cual pendía Cristo, como de místico propiciatorio, según tú mismo después lo revelaste. Ya sabemos con certeza que no fueron efecto de una visión fantástica, sino de una revelación divina, los hechos acaecidos en el progreso de tu conversión: aquella cruz que fray Silvestre vió salir de tu boca, aquellas espadas que en forma de cruz atravesaban tus entrañas, según la visión que tuvo el santo fray Pacífico, y la que tuvo el angélico fray Monaldo cuando te vió elevado en el aire, cual expresa figura del Crucificado, en tanto que el glorioso San Antonio predicaba las grandezas de la cruz. Ya, por último, el habérsete aparecido hacia el fin de tu vida la imagen celeste de un serafín y la humilde efigie de Cristo crucificado, que te abrasó en el interior con el fuego del amor y te señaló al exterior con sus llagas, para que fueses *como otro ángel que sube de donde nace el sol*, y para que llevases en ti *el sello de Dios vivo;* todo esto confirma los prodigios antes relatados, que al propio tiempo revisten un carácter de incuestionable veracidad.

He aquí, pues, que una vez verificadas en ti y cerca de ti siete maravillosas apariciones en distintas épocas de tu vida, por las seis precedentes, y como por otras tantas grados, has llegado maravillosamente a esta última, en la cual habías de hallar tu apacible descanso. Y así es, en efecto; pues la cruz de Cristo, a la cual te sometiste voluntariamente en el principio de tu conversión, y llevaste después en el progreso de tu misma conversión, por medio de una vida irreprensible, sirviendo de ejemplo eficaz y continuo a todos los demás, prueba haber llegado tú a un ápice tan sublime de la perfección evangélica, que ninguna persona piadosa puede rechazar este testimonio de sabiduría cristiana impreso en tu carne mortal, ningún fiel lo puede combatir, ni despreciar ningún amante de la humildad, porque es un testimonio divinamente manifestado, y dignísimo de ser acatado y recibido por todos.

CAPÍTULO XIV

De la admirable paciencia del Santo y de su dichosa muerte

1. Francisco, crucificado ya con Cristo, lo mismo en el cuerpo que en el espíritu, no sólo ardía en inflamado amor de Dios, sino que deseaba con vivas ansias, como Cristo, la salvación de todos los hombres. Como no pudiese andar, porque sobresalían mucho los clavos de los pies, se hacía llevar, poco menos que moribundo, por las ciudades y por los pueblos, para animar a los demás a abrazarse con la cruz de Cristo. Y, al hablar con sus religiosos, les decía: *Hermanos míos carísimos, comencemos de veras a servir a Dios Nuestro Señor, porque en realidad es muy poco lo que hasta ahora llevamos hecho.* Sentía, además, un vivísimo deseo de volver nuevamente a los principios de su vida humilde, para consagrarse otra vez al servicio de los leprosos y someter a servidumbre su cuerpo, extenuado ya por tantos sufrimientos y trabajos. Proponíase, con la ayuda de Cristo, hacer cosas grandes y extraordinarias; y animado por la fuerza de su espíritu, sin atender a la debilidad de sus miembros, esperaba en nueva batalla triunfar gloriosamente del enemigo; pues no hay lugar al temor y desidia donde el acicate del amor impulsa siempre a obras mayores. Era tan grande en Francisco la sumisión del cuerpo al espíritu y tanta la prontitud de su obediencia, que, habiendo propuesto el espíritu elevarse a la cumbre de la más alta santidad, no sólo no le puso obstáculo alguno el cuerpo, sino que en cierto modo se adelantaba a los deseos de aquél.

2. Mas, para que fuese completo y superabundante en Francisco el cúmulo de méritos que adquieren su perfección en la paciencia, comenzó a sentirse molestado por tantas y tan graves enfermedades, que apenas había un solo miembro en su cuerpo en que no sintiese agudísimos dolores. Llegó a encontrarse, a fuerza de tan repetidas dolencias, en tal estado, que, consumidas ya las carnes, sólo le quedaban la piel y los huesos. Y, no obstante ser casi intolerables los dolores de su cuerpo, no les daba el nombre de penas ni los consideraba como sufrimientos, sino más bien los llamaba hermanos carísimos. En tal situación, llegó un día en que se exacerbaron notablemente sus padecimientos, y compadeciéndose de él un religioso muy sencillo, le dijo: «Padre, pide a Dios que te trate con alguna mayor benignidad, pues parece que se complace en hacerte sufrir con demasiado rigor.» Santamente irritado Francisco al oír estas palabras, exclamó con un profundo gemido: *Si no conociese, mi buen hermano, tu excesiva simplicidad, desde ahora me había de separar de tu compañía, por haberte atrevido a tener por reprensibles los altos juicios que el Señor ha formado sobre mí.* Hallábase en verdad, extenuado por lo prolijo de sus dolores; mas, a pesar de esto, arrojóse sobre el suelo, lastimándose los huesos en la caída, y besando la tierra, dijo: *Te doy gracias, ¡oh Señor y Dios mío!, por todos estos dolores, y te pido que los centupliques, si place a tu divina voluntad; pues será para mí cosa en extremo agradable que, afligiéndome con dolores, no me tengas compasión, ya que en cumplir tu santísima voluntad encuentro yo los más inefables consuelos.* A tal estado se veía reducido el Santo, que a sus religiosos les parecía ver en él un nuevo Job, en quien, a medida que aumentaba la enfermedad del cuerpo, crecía el vigor del espíritu.

Francisco conoció con mucha anticipación el día de su muerte, y al aproximarse el término de su vida dijo a los religiosos que muy pronto su alma rompería los lazos que la unían al cuerpo, según el mismo Cristo se había dignado revelárselo.

3. Durante el espacio de dos años, o sea el vigésimo después de su consagración total al Señor, fué trabajado el seráfico Patriarca con repetidos golpes de muchas y agudísimas enfermedades, como piedra que debía ser colocada en el edificio de la Jerusalén celestial, o como metal dúctil que, herido por el martillo de grandes tribulaciones, debía ser elevado a la cumbre de la perfección. Pidió entonces que le condujesen a Santa María de los Angeles o de la Porciúncula, a fin de exhalar el último suspiro de la vida allí mismo donde años antes había recibido con tanta abundancia los dones del espíritu. Llevado, pues, al expresado santuario, para demostrar con un ejemplo palpable que nada tenía ya de común con el mundo, arrebatado en el fervor de su espíritu en aquella enfermedad tan grave, que parecía compendiar toda suerte de dolencias, se postró desnudo en el suelo, a fin de luchar, desnudo, con el desnudo adversario en aquella última hora, en la cual temía aún sentir las rebeldías del cuerpo, su enemigo. Postrado así en tierra, y despojado de su tosco hábito, elevó, según su costumbre, el rostro hacia el cielo, y, puesto todo su pensamiento en la gloria celestial, cubrió con la mano izquierda la llaga del lado derecho, para ocultarla a la vista de los demás, y, dirigiéndose a los religiosos, les dijo: *Por mi parte hice lo que de-*

bía; ahora, que Cristo os enseñe lo que vosotros debéis hacer.

4. Lloraban inconsolables los compañeros del Santo, heridos por el sentimiento de una tierna compasión, y uno de ellos, a quien Francisco llamaba su Guardián, conociendo por inspiración divina los deseos del moribundo, corrió presuroso a buscar la túnica, el cordón y demás ropa interior, todo lo cual ofreció al Pobrecillo de Cristo, diciéndole al mismo tiempo: «Te entrego estas cosas porque eres un verdadero pobre; recíbelas tú, obligado por precepto de santa obediencia.» Alegróse con esto en gran manera el seráfico Padre, y su corazón se inundó de júbilo al ver que hasta el fin de la vida había guardado la fidelidad prometida a su Señora, la santa pobreza; y elevando las manos al cielo alabó a Cristo, al conocer que, desprendido de todo lo terreno, corría libre hacia El. Todo esto, en efecto, lo había hecho impulsado por su amor a la pobreza, pues no quiso tener ni un simple hábito para su uso que no fuese recibido de limosna. Quiso conformarse en todo con Cristo crucificado, que estuvo pendiente en la cruz, pobre, lleno de dolores y completamente desnudo. Por esto comenzó Francisco su entera consagración al Señor por un acto heroico, despojándose de sus vestidos en presencia del Obispo de Asís, y al fin de su vida, desnudo quiso salir de este mundo, y así mandó por santa obediencia a los religiosos que le asistían que, cuando le viesen ya muerto, dejasen su cadáver enteramente desnudo en el suelo tanto espacio de tiempo cuanto necesitase una persona para recorrer despacio una milla. ¡Oh varón verdaderamente santo, que en vida procuraste ser en todo conforme con la vida de Cristo, en tu muerte quisiste parecerte a la suya, y después de muerto tanto te conformaste con El, que llegaste a ser una perfecta y acabada reproducción suya!

5. Acercándose, por fin, la hora de su muerte, hizo que llamasen a su presencia todos los religiosos que se encontraban en aquella santa casa, y, consolándolos con palabras amorosas por el sentimiento que les ocasionaba su muerte, los exhortó, como padre cariñoso, al divino amor. Les habló después largamente de la paciencia, de la pobreza, por él tan amada, y de la fidelidad que debían guardar hacia la Santa Iglesia Romana, recomendándoles, sobre todo, la observancia del santo Evangelio. Sentados alrededor suyo todos los religiosos, extendió sobre ellos las manos, poniendo uno sobre otro los brazos, en forma de cruz, por el singular amor que profesó siempre a este señal sacrosanta, y bendijo, en nombre y virtud del Crucificado. a todos sus religiosos, tanto presentes como ausentes, y añadió: *Temed al Señor, amados hijos*

míos, y permaneced siempre unidos a El. Y porque se aproxima una fuerte tentación y una grande prueba, sabed que serán dichosos aquellos que perseveraren en el bien comenzado. Yo, por mi parte, me vuelvo a mi Dios y os dejo muy de veras encomendados a su gracia. Concluida esta hermosa y suave exhortación, mandó el siervo de Dios que le trajesen el libro de los santos Evangelios, y pidió que le leyesen aquel pasaje del de San Juan, que comienza: *El día antes de la fiesta de Pascua.* Luego, reuniendo sus escasas fuerzas, comenzó a recitar el salmo que principia: *Alcé mi voz para clamar al Señor; al Señor dirigí los clamores de mi plegaria,* y lo continuó hasta las últimas palabras, que dicen: *Los justos están esperando que me des la recompensa.*

6. Cumplidos, por fin, en Francisco todos los designios divinos, su alma santísima, libre ya de las ligaduras de la carne y abismada en el piélago de la claridad divina, se durmió tranquilamente en el Señor. Y he aquí que un religioso, compañero suyo, vió que aquella alma bienaventurada, bajo la forma de una estrella refulgente y rodeada de una blanquísima nube, atravesaba las esferas celestes hasta llegar derechamente a la gloria. Como que se hallaba adornada con el candor de la más sublime santidad y llena juntamente de la abundancia de sabiduría y gracia celestial, con las cuales mereció el varón santo penetrar en el lugar de la paz y del descanso, donde, unido con Cristo, goza para siempre de Dios.

Era a la sazón Ministro provincial de la Tierra de Labor un tal fray Agustín, varón de gran santidad, el cual, próximo a la muerte y perdido mucho antes el uso de la palabra, la recobró súbitamente, y, oyéndole cuantos a su alrededor se encontraban, exclamó y dijo: «¡Espérame, Padre mío, espérame un poco; quiero ya unirme contigo!» Llenos de admiración, preguntáronle los religiosos a quién dirigía estas palabras, y él les respondió: «Pues, ¡qué!, ¿no véis a nuestro Padre Francisco que sube hacia el cielo?» Y al momento aquella alma, dejando la cárcel del cuerpo, fué a unirse con la del bienaventurado Padre.

El Obispo de Asís había subido, por aquel tiempo. en peregrinación al santuario del arcángel San Miguel, sito en el monte Gargano. Apareciósele el bienaventurado Francisco la noche misma de su glorioso tránsito, y le dijo: *He aquí que abandono el mundo y me remonto al cielo.* Apenas se levantó el Obispo a la mañana siguiente, relató a sus compañeros cuanto le había sucedido durante el sueño, y cuando hubo regresado a su ciudad de Asís, previas las oportunas averiguaciones, adquirió la certeza de que el seráfico Patriarca

había abandonado este mundo a la hora precisamente en que él tuvo la referida visión.

Las canoras avecillas, tan amantes de la luz como enemigas de las tinieblas nocturnas, se acercaron en gran muchedumbre, colocándose sobre el lugar donde el Santo acababa de exhalar el último suspiro, cuando ya al crepúsculo iba a seguir la noche, y, revoloteando alegres y juguetonas, parecían querer dar un testimonio tan espontáneo como evidente de la gloria de aquel que tantas veces las había invitado a cantar las alabanzas del Criador.

CAPÍTULO XV

Canonización del seráfico Padre y traslación de su santo cuerpo

1. Francisco, siervo y amigo del Altísimo, ínclito fundador y caudillo de la Orden de los Frailes Menores, amantísimo cultivador de la pobreza, modelo de penitencia, pregonero de la verdad, espejo tersísimo de santidad y ejemplo acabado de la más alta perfección evangélica, prevenido con la gracia celestial, dispuso de tal modo sus progresos en la virtud, que de las más ínfimas se fué elevando a las más heroicas y sublimes. Dios, que hizo a este Santo tan esclarecido durante su vida, como que fué admirablemente rico en su misma pobreza, excelso en su humildad, portentoso en la mortificación, prudente en la simplicidad y maravilloso por la pureza de sus costumbres; Dios, decimos, se complació en hacerlo incomparablemente más glorioso después de su muerte. En efecto, al abandonar este mundo aquel varón santo y al entrar su espíritu seráfico en la mansión dichosa de la eternidad, para embriagarse allí dulcemente en la fuente inagotable de la vida, quiso Dios que quedasen en su cuerpo ciertas señales indelebles de su gloria, a fin de que aquella carne santísima, que *crucificada con sus vicios,* en lenguaje del Apóstol, *se había transformado en una nueva criatura,* no sólo llevase impresa, por singular privilegio, la efigie de Cristo crucificado, sino que, además, manifestase por un nuevo milagro una cierta especie de anticipada resurrección.

2. Distinguíanse, en efecto, en aquellos felicísimos miembros los clavos fabricados por arte divino en la misma carne, y tan adheridos a ella que, cuando se apretaban suavemente por uno de sus lados, sobresalían por el opuesto, cual si estuviesen formados por una sola pieza. Hallóse también muy patente en su lado derecho una llaga semejante en todo a la herida lateral del Salvador, y que no le fué hecha ni causada por artificio alguno humano, como símbolo de la que en el mismo Redentor fué causa de la humana redención y regeneración. El aspecto de los clavos era de color negro, semejante al hierro; mas la llaga del costado aparecía encarnada, y, formando con la contracción de la carne una especie de círculo, ofrecíase a la vista como una rosa preciosísima. El resto del cuerpo, que, tanto por las enfermedades cuanto por su propia naturaleza, afectaba un color algo moreno, apareció adornado de una blancura extraordinaria, de modo que parecía ya revestido de la hermosura propia de los cuerpos glorificados.

3. Por otro parte, los miembros todos de su cuerpo se ofrecían tan blandos y flexibles a cuantos los tocaban, que parecía habían recobrado de nuevo la blandura de la edad pueril, y que se hallaban adornados con señales evidentes de la más pura inocencia. De aquí que, presentando los clavos un color negruzco en aquella carne blanquísima, y afectando la llaga del costado un color rubicundo, cual el de una rosa primaveral, no es de extrañar que tan hermosa y admirable variedad produjese en cuantos la miraban sentimientos de júbilo y admiración.

Lloraban inconsolables los hijos al verse precisados a separarse de aquel Padre tan amado; pero al mismo tiempo experimentaban una inefable alegría al besar en aquel cuerpo las sacratísimas llagas, trofeos gloriosos del Rey celestial. Lo portentoso y nuevo de aquel milagro arrebataba el alma en el más puro gozo y convertía el llanto en manantial de inefables dulzuras. Era aquél, en verdad, un espectáculo tan nunca visto, tan extraordinario para cuantos lo contemplaban, que afianzaba su fe y acrecentaba su amor, y producía tal admiración en los que lo oían relatar, que excitaba en ellos un deseo vivísimo de contemplarlo.

4. Tan pronto como se supo el tránsito del bienaventurado Padre y se divulgó la fama de los milagros que lo acompañaron, apresuróse el pueblo a correr en gran muchedumbre al lugar donde yacía el Santo, para contemplar con los propios ojos aquel portento, disipada así toda duda de la inteligencia y convertido en gozo el pesar que la muerte les había causado. A este gran concurso fueron admitidos muchos ciudadanos de Asís para que pudieran examinar con sus ojos las sagradas llagas e imprimir en ellas los ósculos

de su amor. Uno de estos ciudadanos, caballero instruído y prudente, llamado Jerónimo, hombre famoso y muy célebre, como dudase de estas sagradas llagas y fuese incrédulo, al par de Santo Tomás, con mayor resolución y atrevimiento que los otros comenzó a mover, delante de los religiosos y de sus conciudadanos, las manos y los clavos del Santo, y a tocar con las propias los pies y la llaga del costado, como si quisiera con aquel tacto de las verdaderas señales de las llagas de Cristo arrancar de su propio corazón y del de todos los presentes hasta las raíces más ocultas de cualquier dudosa ansiedad. Por lo cual, el mismo caballero no sólo fué después testigo, como otros muchos, de la verdad de las llagas, conocida con tanta certeza, sino que la juró formalmente. puesta la mano sobre los santos Evangelios.

5. Los religiosos e hijos que habían sido llamados para asistir al tránsito del bienaventurado Padre, juntamente con la multitud del pueblo, pasaron aquella noche en que falleció el confesor de Cristo ocupados tan sólo en cantar las divinas alabanzas, de modo que aquello más parecía a alegre reunión de ángeles que a exequias de pompa fúnebre. Mas, así que amaneció, la multitud inmensa que había concurrido trasladó el sagrado cadáver a la ciudad de Asís, llevando en las manos palmas y ramos de oliva y gran número de velas encendidas. Y al pasar frente a la iglesia de San Damián, donde moraba a la sazón, con otras muchas religiosas, la gloriosa virgen Clara, que goza ya triunfante en el cielo. detuviéronse un poco para dar lugar a que aquellas sagradas vírgenes pudieran ver y besar el venerable cuerpo, adornado con preciosas y celestiales margaritas. Llegados, por fin, a la ciudad, depositaron. llenos de júbilo y con gran reverencia, en la iglesia de San Jorge el precioso tesoro. Hicieron esto en atención a que en aquel mismo lugar había aprendido Francisco. cuando niño, las primeras letras. Allí predicó después la vez primera, y allí, por fin, encontró, después de muerto, el primer lugar de su descanso.

6. El seráfico Padre salió de este mundo el año de la Encarnación del Señor de 1226, al anochecer del sábado 3 de octubre, y fué sepultado el domingo siguiente. Muy pronto comenzó, reinante ya en la eterna gloria, a resplandecer por sus muchos y estupendos milagros, haciéndolo así el Señor para que la sublime santidad con que Francisco había sobresalido en el mundo, como ejemplar de santas costumbres y perfecta justicia. recibiera un testimonio irrecusable del Cielo con los prodigios que obraba cuando reinaba ya con Cristo en la patria celestial. Bien pronto se extendieron por el mundo

los milagros del Santo; y los extraordinarios beneficios que por su intercesión se lograban encendieron en muchos el fuego del amor divino y los excitaron a la devoción y culto a quien aclamaban con palabras y obras. Por otra parte, tampoco tardaron mucho tiempo en llegar a los oídos del Sumo Pontífice Gregorio IX las grandes maravillas que obraba Dios por mediación de su siervo Francisco.

7. Conocida, sin ningún género de duda, por aquel Pastor universal de la Iglesia la admirable santidad de Francisco. no sólo por los milagros que oyó había obrado el Santo después de su muerte, sino también por los que él mismo había observado, y como palpado durante la vida del Siervo de Dios, y cierto por todos estos testimonios de que el Señor le había glorificado ya en el cielo, resolvió, movido por su piedad, hacer célebre en la tierra el nombre de Francisco, presentándole como digno de toda veneración, a fin de obrar así en conformidad con Cristo, cuyo Vicario era. Mas, para certificar a todo el orbe y hacer indubitable la glorificación de Francisco, ordenó que se recogiesen los milagros que pudieran encontrarse obrados por el Santo, o que estuviesen ya escritos y aprobados por testigos fidedignos, y los sometió al examen de los eminentísimos Cardenales menos afectos a esta causa. Discutidos diligentemente dichos milagros y aprobados por todos, determinó canonizar al Santo, previo el unánime consentimiento de sus venerables hermanos y de todos los demás Prelados que entonces se hallaban en la Curia. Trasladóse, pues, personalmente a la ciudad de Asís el año 1228 de la Encarnación del Señor, el domingo 16 de julio, y con gran pompa y solemnes ceremonias, que sería largo enumerar. inscribió en el catálogo de los santos al bienaventurado Padre San Francisco.

8. Más tarde. el año 1230, al reunirse los religiosos en el Capítulo celebrado en la ciudad de Asís, fué trasladado aquel cuerpo santísimo, que vivió consagrado al Señor, a la basílica construída en honor suyo, verificándose esta traslación el 25 de mayo del citado año. Y aconteció que, al trasladar aquel sagrado tesoro, adornado con las insignias del Rey celestial, dignóse obrar grandes milagros Aquel cuya efigie ostentaba el Santo, a fin de que al olor suavísimo que despedía fuesen atraídos los fieles a *correr en seguimiento de Cristo*. Era, en efecto, muy justo que aquel a quien Dios había trasladado, como en otro tiempo a Enoc, al paraíso de la más sublime contemplación, por haberle sido durante la vida tan fiel y tan amado, y a quien había arrebatado al

cielo en un carro de fuego, por su ardiente celo de caridad, como a otro Elías, era muy justo, decimos, que aquellos huesos felices de Francisco, que habían de germinar maravillosamente, esparciesen gratísimo olor desde su sepulcro, cual flores primaverales plantadas en los jardines del cielo.

San Buenaventura. (Cavazzola.)

9. Ahora bien, así como este santo varón habíase distinguido en vida por sus sólidas y admirables virtudes, de igual modo desde el día de su muerte hasta el presente resplandece en todo el mundo por sus estupendos e innumerables milagros, glorificándole así la divina Providencia; pues por su intercesión se confieren grandes beneficios a los ciegos y a los sordos, a los mudos y a los cojos, a los hidrópicos y a los paralíticos, a los endemoniados y a los leprosos, a los náufragos y a los cautivos, y se remedian, además, todas las dolencias, necesidades y peligros. Por último, los muchos muertos resucitados por la intercesión de Francisco patentizan a los fieles la voluntad que tuvo de engrandecer a su siervo el Dios Altísimo, a quien sea honra y gloria por infinitos siglos de los siglos. Amén.

CAPÍTULO ADICIONAL

De algunos milagros obrados después de la muerte del Santo

I.—Prodigio de las sagradas llagas

1. Para honor y gloria de Dios omnipotente. Al tener que escribir algunos milagros obrados por el bienaventurado Padre San Francisco después de su glorificación en el cielo, y que han sido debidamente aprobados, he creído que debía comenzar por aquel en el cual se manifiesta de modo admirable la virtud de la cruz de Cristo y se renueva su gloria.

Francisco, hombre nuevo y celestial, resplandeció con un milagro nuevo también y estupendo cuando apareció señalado con un privilegio a nadie concedido en los siglos precedentes, es a saber, adornado con las sagradas llagas y hecho conforme en su carne mortal al cuerpo del Crucificado. Cuanto con la lengua mortal puede decirse de este prodigio siempre será inferior a lo que merece ser alabado. Ciertamente todo el empeño del varón santo, así en público como en privado, era pensar en la cruz del Señor. Y a fin de marcar exteriormente su *cuerpo* con la señal de la cruz, que desde el principio de su total entrega al Señor llevaba impresa en el *corazón*, quiso encerrarse en la misma cruz, vistiendo para ello un hábito penitente hecho en forma de cruz, para que, así como en su espíritu se había revestido interiormente de Cristo, así también su cuerpo se fortificase con las armas de la cruz; y para que el ejército de Francisco militase bajo aquella gloriosa insignia con la cual el invicto capitán de Cristo había triunfado de las potestades infernales.

En efecto, desde aquel primer instante en que el Santo comenzó a militar bajo las banderas del Crucificado principiaron a realizarse en él los grandes misterios de la cruz, como claramente puede comprender todo el que considere con atención el decurso de su vida. Transformóse todo en sus pensamientos, acciones y afectos, y, a impulso de su amor seráfico, en imagen perfecta del Crucificado por virtud de las repetidas apariciones de la cruz. Condescendiendo con su siervo Francisco la clemencia divina del Rey celestial, al modo que lo hace con los demás que de veras le

aman, imprimió en el cuerpo de aquél la señal de la cruz, para que el que había sido prevenido con amor tan intenso a la cruz, se hiciera también admirable por el honor maravilloso que la misma cruz le había de proporcionar.

2. A robustecer la fe irretragable en este estupendo prodigio concurren no sólo los testimonios fidedignos de cuantos lo vieron y tocaron, sino también las múltiples y admirables apariciones y grandes milagros realizados después de la muerte del Santo; apariciones y milagros bastantes para disipar hasta la más ligera sombra de duda. Y, en efecto, el Papa Gregorio IX, de feliz recordación, a quien Francisco anunció con espíritu profético que llegaría a la dignidad del Pontificado, antes de inscribir en el catálogo de los santos al portaestandarte de la cruz abrigaba cierta especie de duda acerca de la llaga del costado. Mas he aquí que una noche, como él mismo refería llorando, apareciósele en sueños el bienaventurado Francisco, mostrando en el rostro cierta especie de enojo, y, reprendiéndole por la duda que abrigaba en su corazón, levantó el brazo derecho, descubrió la llaga y le pidió que acercase una copa para recibir en ella la sangre que de la herida brotaba. El Sumo Pontífice acercó a la llaga, durante la visión, la copa pedida, la cual parecía que se llenaba hasta el borde de la sangre que con gran abundancia manaba. Desde entonces cobró tal devoción a este portentoso milagro y sintió tanto celo por él, que de ningún modo podía consentir que nadie se atreviera a impugnar con temeraria osadía aquellas llagas maravillosas sin reprenderle con gran severidad.

3. Cierto religioso de la Orden de los Menores, de oficio predicador, muy recomendable por su virtud y buena fama, que estaba firmemente persuadido de las sagradas llagas del Santo, al querer examinar a la débil luz de la humana inteligencia la razón de este prodigio, comenzó a verse perturbado con algún resquicio de duda. Viéndose, pues, acongojado por muchos días con esta lucha e incertidumbre, a causa de tomar más vigor la sensibilidad, apareciósele, cuando estaba durmiendo de noche, el bienaventurado Francisco con los pies enlodados, humildemente severo y pacientemente airado. *Y ¿cuáles son* —le dijo— *esas incertidumbres que te aquejan y esas dudas que te molestan? Mira mis manos y mis pies.* Y aunque vió las manos llagadas, no podía ver las llagas de los pies a causa del lodo que las cubría. Entonces le dijo el seráfico Padre: *Separa el lodo de mis pies, y podrás contemplar la herida producida por los clavos.* Tomó en sus manos el religioso los pies, y parecíale que realmente separaba de ellos el lodo y que tocaba con las mismas manos el lugar donde estaban los clavos. Tan pronto como despertó de aquel sueño, comenzó a llorar amargamente, y purificó, no sólo con el raudal de sus lágrimas, sino con la pública confesión de sus dudas, los primeros afectos de su alma, en cierto modo afeados por el lodo de su incredulidad.

4. Había en la ciudad de Roma una señora, noble por la pureza de sus costumbres y por lo ilustre de su parentela, la cual había escogido a Francisco por especial abogado suyo, y cuya imagen tenía en la alcoba de su casa, donde pasaba algún tiempo en oración, retirada. Mas he aquí que cierto día, mientras estaba consagrada a la oración, fijóse en que aquella imagen del Santo no tenía impresas las señales de las llagas, cosa que le causó no menos admiración que dolor. Y no era extraño que la pintura careciera de lo que el pintor cautelosamente había omitido. Muchos días estuvo discurriendo aquella señora cuál pudiera haber sido la causa de la falta que en la imagen notaba, cuando de repente un día vió en la pintura aquellas señales maravillosas. estampadas de igual modo que en las demás imágenes del Santo. Llena de un santo temor llamó inmediatamente a una hija suya, joven muy recogida y piadosa, y le preguntó si aquella imagen había estado hasta entonces sin las señales de las llagas. La joven no dudó afirmar y aun jurar que la imagen estaba antes sin llagas, y que entonces aparecía con ellas, sin ningún género de duda. Mas, como la inclinación humana es tan propensa a la caída, que llega a poner en duda las más claras verdades, muy pronto entraron en el corazón de aquella matrona la vacilación y la incertidumbre de si ya desde el principio estaría la imagen representada con las llagas. Pero la virtud omnipotente de Dios añadió un segundo milagro, para que no fuese despreciado el primero. De repente desaparecieron aquellas llagas. quedando la pintura desprovista de tan singular privilegio, para que por el prodigio subsiguiente quedase el anterior plenamente confirmado.

5. Sucedió también en la ciudad de Lérida, sita en Cataluña, que cierto hombre llamado Juan, muy devoto de San Francisco, iba por un camino al anochecer cuando le salieron al encuentro unos hombres con intención de matar, no precisamente a él. que no tenía enemigos, sino a otro que le era muy parecido y que solía andar en su compañía. Acercándosele uno de los hombres que estaban ocultos. que juzgó era su enemigo, le causó tales y tan grandes heridas, que lo dejó sin esperanza alguna de recuperar la salud, pues al primer golpe que le dió casi le cortó el brazo desde el mismo hombro, y de otro golpe le causó tan profunda herida debajo de la tetilla, que el aire que por allí

salía bastó para apagar la luz de seis candelas que ardían juntas. A juicio de los médicos, era imposible la curación del enfermo, porque, habiéndose gangrenado la llaga, despedía un hedor tan intolerable, que hasta la misma esposa apenas podía sufrirlo. Como no fuese posible aliviarle con algún remedio humano, se acogió el herido con devoción ferviente al patrocinio de San Francisco, a quien, al tiempo de verse acometido, invocó con gran confianza, juntamente con la Santísima Virgen. Y he aquí que al invocar y clamar por Francisco repetidas veces, se acercó al miserable enfermo, del todo abandonado, un personaje vestido con el hábito de fraile Menor, el que, a juicio del herido, había entrado por una ventana, llamándole por su propio nombre, y diciéndole: *Porque has tenido confianza en mí, te aseguro que el Señor te concederá la salud.* Preguntóle el enfermo quién era, y el aparecido respondió que era Francisco; y acercándose éste, le desató las vendas de las heridas y le ungió las llagas con especial ungüento. Tan pronto como sintió el suave contacto de aquellas manos, que por virtud de las llagas del Salvador tenían eficacia para volver la salud, desapareció la gangrena, quedó sana la carne, se cicatrizaron las heridas y restituído el enfermo al estado primitivo de perfecta salud, después de lo cual desapareció el seráfico Patriarca.

Al verse el enfermo sano del todo, prorrumpió, alegre, en voces de alabanza a Dios y a su siervo Francisco, y llamó a su esposa. Esta corrió apresurada, y vió en pie al que juzgó tendría que enterrar al día siguiente. Presa de grande estupor, y con sus clamores llamó la atención de todo el vecindario. Juntáronse apresuradamente los parientes del enfermo, quienes, creyéndolo frenético, se empeñaban en volverlo a la cama; a lo cual se oponía él tenazmente, asegurando que estaba perfectamente sano. Fué tan grande el pavor de que se hallaron poseídos, que quedaron como sin sentido, pareciéndoles que era un fantasma cuanto veían. Porque aquel a quien poco antes habían contemplado cubierto de llagas y poco menos que corrompido del todo, se les presentaba ahora alegre y completamente restablecido. Este les dijo: «No queráis temer; no juzguéis que es un fantasma lo que estáis observando: acaba de salir de este lugar el bienaventurado San Francisco, y con el contacto de sus sagradas manos me ha restituído por completo la salud.» Divulgada la fama de este milagro, reuniéronse las gentes todas del pueblo y, reconocida en este estupendo prodigio la virtud de las santas llagas de Francisco, llenáronse de admiración y de gozo, y con grandes voces aclamaban y

bendecían al abanderado de Cristo. Digno es, por cierto, de alabanza el bienaventurado Padre, que, muerto ya al mundo y con Cristo, por la virtud admirable de su presencia y por el suave contacto de sus sagradas manos, restituyó la salud a un hombre cubierto de mortales heridas. Porque el Santo tenía impresas en su cuerpo las llagas de Aquel que, muriendo, por su misericordia y, resucitando maravillosamente, sanó con sus propias llagas al género humano, herido alevosamente y abandonado casi sin vida.

6. Había en Potenza, ciudad de la Pulla, un clérigo, por nombre Rogerio, varón respetable y canónigo de la iglesia mayor. Molesto por una enfermedad, entró cierto día a orar en una iglesia en la que había pintada una imagen del seráfico Padre, representado con las sagradas llagas. Comenzó a dudar de aquel estupendo milagro, como de cosa poco menos que imposible por lo extraordinario, cuando, de repente, mientras discurría en su espíritu sobre esta duda, sintió como si le hiriesen gravemente en la palma de la mano izquierda, que llevaba cubierta con guante, y oyó al propio tiempo el ruido de un golpe semejante al que produce la saeta al salir de la ballesta. En seguida, dolido por la herida y admirado por el ruido, sacó el guante para examinar con su propia vista lo que por el tacto y el oído había percibido. No tenía antes en la palma de la mano ni la más pequeña rozadura, pero la vió con una llaga en medio, cual si con una flecha se la hubiesen atravesado. Y era tanto el ardor que sentía en aquella herida, que le parecía iba a perder el sentido. Y, ¡cosa admirable!, en el guante no apareció vestigio alguno de tal herida, como si Dios hubiera querido descubrir con esta llaga, oculta en la mano, la llaga de la incredulidad oculta en el corazón. Dos días continuos estuvo quejándose y exhalando grandes suspiros, forzado a ello por el intenso dolor y descubrió a todos el velo de su duda interior. No contento con esto, confesó, y aun juró, creer firmemente que San Francisco había tenido, en efecto, las llagas impresas en su santo cuerpo, y reconoció al propio tiempo que habían desaparecido para él hasta las más leves sombras de duda. Despues oró fervientemente al Santo, pidiéndole se dignase socorrerle por sus santas llagas, acompañando su larga oración con abundante copia de lágrimas. ¡Extraño prodigio! Disipada la duda, se siguió a la salud interior del espíritu la de la mano del paciente; cesó todo dolor, se disminuyó el ardor, y no quedó vestigio alguno de la herida. Resultó así que la enfermedad oculta del espíritu vino a curarse providencialmente por el cauterio material y

visible de la carne, y, conseguida la salud del alma, se logró también la del cuerpo. Con esto, aquel canónigo se hizo más humilde, se consagró más de lleno al Señor y creció en él su amor a Francisco y la íntima familiaridad y caritativa benevolencia con sus religiosos. Este milagro, tan extraordinario, fué atestiguado con juramento por muchas personas y autorizado por documento sellado del Obispo, y de este modo llegó hasta nosotros su noticia. No puede caber, pues, ni la más pequeña duda acerca de las sagradas llagas. Nadie las mire tampoco con culpable prevención, ya que Dios es infinitamente bueno, ni juzgue que la realización de un prodigio semejante no sea conforme a la soberana Bondad. Porque, en efecto, si los miembros del Cuerpo místico estuvieren unidos a su cabeza, Cristo, por medio del amor seráfico, de modo que se parezcan a un ejército bien ordenado en batalla y a espíritus que deben ser sublimados a una misma gloria, ciertamente que ninguno de dichos miembros dejará de reconocer que tales milagros redundan en honor y gloria de Cristo.

II.—De algunos muertos resucitados

1. En la población de Monte Masano, cerca de Benevento, murió una mujer muy devota de San Francisco. Reunido el clero de noche para cantar las vigilias propias del funeral, de repente, y a vista de todos, se incorporó la mujer sobre el féretro, y, llamando a uno de los sacerdotes presentes, que era su padrino, le dijo: «Quiero confesarme, y te ruego que escuches mis culpas. Después de mi muerte debía ser encerrada en una cárcel tenebrosa, porque nunca había confesado el pecado que te voy a manifestar; pero hizo oración por mí el bienaventurado Francisco, de quien fui muy devota en vida, y me fué concedido el que mi alma volviese a unirse al cuerpo, a fin de que, manifestado en confesión el pecado, merezca alcanzar la vida eterna. Por eso, después que confiese mi falta, a vista de todos vosotros, marcharé al descanso prometido.» Atemorizado el sacerdote, y con muestras de dolor la confesada, recibida por ésta la absolución, reclinóse tranquila en el lecho y se durmió en el Señor.

2. Habitaban en la aldea de Pomarico, situada en las montañas de la Pulla, un padre y una madre que sólo tenían una hija de corta edad, a quien amaban tiernamente. Puesta la niña en peligro de muerte, a causa de una grave enfermedad, y no teniendo los padres esperanza de más sucesión, juzgábanse poco menos que muertos, si les faltaba aquella hija. Falleció la niña, y reuniéronse en la casa de los padres, parientes y amigos. Encontraron a la infeliz madre presa de inmensa pena, y como fuera de sí por la tristeza; apenas se daba cuenta de lo que pasaba a su alrededor. Entretanto, apareciéndose el bienaventurado Francisco, acompañado de un solo religioso, se dignó visitar a la inconsolable y desgraciada madre, la cual sabía que le era muy devota, y hablándole afablemente, la dijo: *No quieras llorar, porque esa niña, a quien consideras como luz de tus ojos y juzgas ya extinguida, te será devuelta por mi intercesión.* Levantóse en seguida la mujer, y, manifestando a todos lo que el Santo le había dicho, no permitió que llevasen a enterrar el cadáver, antes bien, invocando con gran fervor el nombre de Francisco, y tomando por la mano a la difunta, la levantó del lecho viva y sana, con grande admiración de los presentes.

3. Pidieron los religiosos de Nocera un carro, que necesitaban por algún tiempo, a cierto hombre llamado Pedro, y éste respondió ásperamente a la petición con un insulto; y a la súplica que le hicieron en nombre de Francisco contestó pronunciando una horrible blasfemia contra el Santo. Pronto se arrepintió el hombre de su temeridad, atemorizado por los ocultos juicios de Dios y receloso de recibir el merecido castigo, que no tardó en experimentar. En efecto, enfermó de repente su hijo primogénito, y, pasado muy poco tiempo, murió. El desgraciado padre revolcabase por el suelo, e invocando sin cesar al siervo de Dios, Francisco, exclamaba, llenos de lágrimas los ojos: «Yo soy quien pequé, yo quien hablé tan neciamente; en mí debías haber descargado los merecidos castigos. Devuelve, ¡oh Santo bendito!, al que se confiesa pecador lo que le quitaste por blasfemo. A ti me vuelvo de corazón; me ofrezco a servirte siempre, y continuamente ofreceré a Cristo el incruento sacrificio para gloria de tu nombre.» ¡Cosa admirable! Al pronunciar estas palabras resucitó el niño; y, calmado el llanto del padre, aseguró que al separarse su alma del cuerpo fué acogida por el bienaventurado Francisco y vuelta de nuevo al cuerpo, restituyéndole así la vida.

4. En Roma, un niño que apenas tenía siete años, hijo de cierto notario, quiso, por la ligereza propia de su edad, seguir a la madre, que se dirigía a la iglesia de San Marcos; pero, obligado por la madre a permanecer en casa, se arrojó a la calle por una ventana, y, rota la cabeza, quedó muerto en el acto. Aun no se hallaba a mucha distancia

la madre, cuando, al oír el golpe producido por la caída del hijo, se volvió apresuradamente, y, al verlo muerto de aquella manera tan desgraciada. comenzó a recriminarse, y con doloridos ayes movía a compasión a todos los vecinos. Al propio tiempo llegó a la Ciudad Santa, a predicar, cierto religioso de la Orden de Frailes Menores, apellidado Raho, el cual, aproximándose al niño, y lleno de una viva fe, preguntó al padre: «¿Crees que el bienaventurado Francisco puede resucitar a tu hijo por el amor que siempre tuvo a Cristo, muerto en la cruz para devolver la vida a los hombres?» A esta pregunta respondió el padre que firmemente lo creía y así lo confesaba, y que estaba dispuesto a consagrarse para siempre al servicio del Santo si por su intercesión llegaba a conseguir un favor tan singular. El religioso, juntamente con su compañero, se puso en oración, exhortando a los circunstantes a que hiciesen lo mismo. Terminada la oración, notóse en el cadáver algún movimiento; el niño abrió los ojos, levantó los brazos, se incorporó en el lecho, salió de él, comenzó a corretear en presencia de todos, sano ya y restituído a la vida por la admirable virtud del glorioso Santo.

5. Hallábase un niño en la ciudad de Capua, traveseando con otros muchos a la orilla del río Volturno, y desgraciadamente cayó en él, con tan mala suerte que, arrastrado por la corriente, vino a morir ahogado en lo profundo del río, sepultado entre el fango y la arena. A los desgarradores gritos de los niños que jugaban con él, acudió gran muchedumbre de gentes, que invocaban con gran fervor y devoción el patrocinio del bienaventurado Francisco, rogándole que, en atención a la fe que en él tenían los padres del niño, se dignase librar a éste de las fauces de la muerte. Entretanto, atraído por los clamores del pueblo, se acercó un nadador que estaba muy distante, y después de muchas pesquisas y de invocar el nombre de Francisco, logró encontrar en el fondo del río una especie de sepulcro formado por el fango, donde se hallaba el cadáver del niño, y extrayéndolo, contempló con amargo dolor al difunto. Aunque la multitud presente vió muerto al niño. sin embargo, con llanto en los ojos y a grandes voces exclamó: «Glorioso San Francisco, restituye ese hijo a sus afligidos padres.» Hasta los mismos judíos que habían concurrido, movidos por natural piedad, repetían con la muchedumbre: «Glorioso San Francisco, restituye ese hijo a sus angustiados padres.» Súbitamente, y con admiración y júbilo de todos, el niño se levantó enteramente sano.

y pidió le condujesen a la iglesia del bienaventurado Francisco para dar rendidas gracias a aquel Santo, por cuya virtud reconocía haber milagrosamente resucitado.

6. Cerca de la ciudad de Sessa, en una aldea llamada de las Columnas, se desplomó de repente una casa. sepultando en sus ruinas a un joven, a quien dejó muerto en el acto. Alarmados los hombres y las mujeres al estrépito producido por el derrumbamiento, acudieron de todas partes y comenzaron a separar los escombros, hasta encontrar el cadáver, que entregaron a su desconsolada madre. Oprimida ésta por su aflicción y llena de imponderable dolor, exclamó con todas las fuerzas que pudo: «¡Oh bienaventurado Francisco, Santo mío glorioso, devuélveme, te pido, al hijo de mis entrañas.» Y no solamente ella. sino cuantos allí estaban presentes imploraban con gran fervor el patrocinio de Francisco. Mas, como la oración no surtiese efecto de pronto. depositaron el cadáver en el féretro, resueltos a darle sepultura al día siguiente. Sin embargo, la madre puso toda su confianza en Dios. le hizo voto de que, si por los méritos de Francisco se restituía la vida a su hijo. colocaría a sus expensas un mantel nuevo en el altar del Santo. Y he aquí que a medianoche comenzó el joven a mover los labios y. entrando en calor los miembros. se levantó sano y salvo, prorrumpiendo en palabras de alabanza. Y excitó, además, al clero que se había reunido allí y a todos los circunstantes a que, asociándose a su alegría, alabasen y diesen gracias al Señor y al bienaventurado Padre San Francisco.

7. Un joven llamado Gerlandino, oriundo de Ragusa. salió en tiempo de la vendimia a llenar sus odres en un lagar, cuando de repente, a impulso de unas pesadas vigas. se desprendieron unas grandes piedras que cayeron sobre la cabeza del joven y se la destrozaron por completo. Acercóse precipitadamente su padre, y, perdida toda esperanza, no prestó el menor auxilio al hijo, antes bien lo dejó sepultado en la misma posición en que lo había encontrado. Acudieron presurosos los trabajadores de una viña contigua, atraídos por los gritos y ayes, y apenados por el dolor, como el padre del muchacho. extrajeron el cadáver. El padre, entretanto. postrado a los pies de un crucifijo. le pidió con instancia que por los méritos del bienaventurado Francisco, cuya festividad se acercaba, le devolviese vivo el único hijo que tenía. Repetía las preces, hacía votos de cosas piadosas y, no contento con esto, prometió visitar con su hijo el sepulcro del Santo si aquél llegaba a resucitar. ¡Prodigio admirable! De repente el joven. cuyo cuerpo estaba todo magullado. resti-

tuído a la vida y a una salud completa, se levantó lleno de alegría en presencia de todos, reprendió a cuantos aún lloraban y aseguró que por la protección de San Francisco habíasele restituído la vida.

8. También por intercesión de Francisco resucitó otro muerto en Alemania, como lo testificó el Papa Gregorio IX en sus letras apostólicas dirigidas a todos los religiosos, que con motivo de la traslación del cuerpo del Santo se habían reunido en Capítulo, llenándolos así de júbilo y de alegría. No he escrito, por ignorarla, la narración de este milagro, juzgando que el testimonio del Soberano Pontífice excede a todo otro instrumento de aseveración.

III.—De algunos a quienes libró del peligro de la muerte

1. Vivía en los alrededores de la santa ciudad de Roma cierto noble caballero, llamado Rodulfo, el cual, juntamente con su esposa, mujer de gran virtud, dió albergue en su casa a unos religiosos Menores, movido a ello, no sólo por espíritu de hospitalidad, sino más aún por su amor y devoción al seráfico Patriarca. Aquella misma noche hallábase descansando en lo más elevado de la torre el centinela del castillo, tendido sobre un montón de haces de leña puestos en lo más alto del muro, cuando he aquí que, deshaciéndose su trabazón, el infeliz cayó sobre el tejado del palacio y de allí al suelo. Al estrépito producido por la caída, despertaron todos los de casa, y noticiosos de la desgracia del centinela, el señor del castillo, su esposa y los religiosos acudieron presurosos en su auxilio. Mas el desgraciado centinela hallábase poseído de tan profundo sopor, que ni despertó al golpe de la doble caída ni a los clamores lanzados por aquella desconsolada familia. Despertado, al fin, por el movimiento de los que le llevaban y movían de una a otra parte, comenzó a quejarse amargamente de haber sido privado de su dulce reposo, asegurando que se hallaba durmiendo tranquilamente entre los brazos del bienaventurado Francisco. Pero cerciorado por los circunstantes de la propia caída y viéndose en tierra el que poco antes se encontraba en lo más alto de la torre, llenóse de admiración por no haberse dado cuenta de lo que le había sucedido; y en prueba de su agradecimiento a Dios y a San Francisco, prometió, en presencia de todos, consagrarse a los rigores de la penitencia.

2. En una pequeña aldea llamada Pofi, situada en la Campania, había un sacerdote, llamado Tomás, que en cierta

ocasión fué a reparar los desperfectos causados en un molino propiedad de la iglesia. Al andar descuidadamente por las orillas del cauce, por donde las aguas se precipitaban con gran fuerza, tuvo la mala fortuna de caerse y enredarse en el rodezno. Enredado de esta manera, y en posición supina, caíanle las aguas sobre la boca, y, no pudiendo hacerlo con los labios, invocaba muy de corazón el nombre de Francisco. Mucho tiempo permaneció en esta actitud, hasta el punto de que sus compañeros, que acudieron al lugar del siniestro, desesperaron de poder salvarle, aunque para conseguirlo dieron vuelta a la rueda en dirección contraria. Consiguieron con ello librarle de aquella prisión, si bien el sacerdote, casi asfixiado, se revolvía en la corriente de las aguas. Mas he aquí que un fraile Menor, vestido con blanca túnica y ceñido con una cuerda, lo cogió suavemente por el brazo y, sacándolo fuera del agua, le dijo: *Yo soy Francisco, a quien con tanta fe has invocado.* Viéndose libre el sacerdote, admiróse en gran manera, y queriendo besar las huellas de los pies de Francisco, corría de una parte a otra preguntando a sus compañeros: «¿Dónde está el siervo de Dios? ¿Por qué sitio marchó el Santo? ¿Por qué camino se ausentó?» Atemorizados los compañeros, cayeron de rodillas en el suelo, pregonando las grandes maravillas del Altísimo y los extraordinarios méritos de su siervo.

3. Unos jóvenes de Celano salieron a segar hierba en unos campos en donde había oculto un pozo, cuyo brocal se hallaba cubierto por ramas verdes. Sus aguas llegaban a alcanzar unos cuatro metros de altura. Trabajaban separadamente aquellos jóvenes, cuando uno de ellos cayó inopinadamente en el pozo. Sepultado el cuerpo en aquella profundidad, el alma se elevaba a lo alto en demanda de la protección de Francisco, y con gran fe y confianza exclamaba: «Glorioso San Francisco, ven presuroso en mi auxilio.» En tanto, los campesinos miraban a una y otra parte, y como el joven *no aparecía*, lo llamaban con grandes clamores, gemidos y lágrimas. Convencidos de que había caído en el pozo, se volvieron apresuradamente al pueblo, para contar llorosos lo acontecido y pedir auxilio de los vecinos. Vueltos al lugar del siniestro con una gran multitud de personas, bajó uno de ellos, atado con una cuerda, al pozo y vió al joven sentado tranquilamente sobre las aguas, sin haber experimentado el más pequeño daño. Extraído con gran facilidad, dijo a los circunstantes: «Cuando caí tan inesperadamente, invoqué el

auxilio de Francisco, quien al momento se me apareció en persona y, extendiendo la mano, me tomó con gran cuidado y no me abandonó hasta que juntamente con vosotros me sacó del pozo.»

4. Sucedió en la iglesia de San Francisco de Asís que. hallándose presente la Curia Romana y predicando el señor Cardenal Ostiense, que después fué Papa con el nombre de Alejandro IV, desprendióse del púlpito, que era muy alto, una piedra grande y pesada, la cual cayó desgraciadamente sobre la cabeza de una mujer. Creyeron los circunstantes que había muerto a la violencia del golpe y que tenía destrozada la cabeza, y la cubrieron con el manto que ella misma llevaba puesto, resueltos a sacar de la iglesia el cadáver, así terminado el sermón. Mas ella se encomendaba entretanto al bienaventurado Padre Francisco, ante cuyo altar se encontraba. Y he aquí que, concluída la predicación, la mujer se levantó en presencia de todos tan sana e incólume, que no se encontró en ella rastro de lesión alguna. Y, lo que es aún más admirable, como hubiese padecido desde mucho tiempo atrás dolores casi continuos de cabeza, le desaparecieron por completo, y no volvió a sentir la más pequeña molestia. como ella misma aseguró después.

5. Reunidas varias personas devotas en un lugar próximo al convento de los religiosos, en la ciudad de Corneto. para presenciar la fundición de una campana, cierto niño de ocho años, llamado Bartolomé, entreteníase en llevar material a los religiosos que trabajaban. Levantóse entonces un viento huracanado que hizo temblar la casa, y arrojó con ímpetu una de sus pesadas puertas sobre el niño. Al verlo bajo aquella inmensa mole todos le creyeron herido de muerte, pues de tal manera le cubría aquella carga insufrible, que no aparecía a la vista ningún miembro de la criatura. Corrieron presurosos en su auxilio todos los circunstantes, invocando al propio tiempo la poderosa intercesión de Francisco. El mismo padre del niño, que, rígidos los miembros, no podía moverse por el dolor, ofrecía con grandes voces su hijo al seráfico Patriarca. haciéndole varias promesas. Separaron, por fin, no sin gran trabajo, la pesada mole que oprimía al niño, y he aquí que aquel a quien creían muerto apareció alegre. cual si despertase de un dulce sueño, sin presentar en todo el cuerpo lesión alguna. Aquel niño, salvado milagrosamnte, cuando llegó a los catorce años se hizo fraile Menor, y fué con el tiempo varón de grande literatura y elocuentísimo predicador.

6. Unos hombres de Lentino cortaron en el monte una gran piedra, que debía colocarse sobre el altar de una iglesia dedicada a San Francisco, y que muy pronto había de ser consagrada. Esforzáronse unos cuarenta hombres en colocar la piedra sobre un carro para transportarla al lugar conveniente, pero cayó el bloque con tan mala suerte sobre uno de los hombres, que quedó sepultado bajo aquella mole. Turbados con la confusión, no sabían qué hacerse, y la mayor parte de los obreros huyeron desesperados. Sólo diez tuvieron ánimo para permanecer allí, y con voz lastimosa invocaron el nombre de Francisco, rogándole se compadeciese de la desgracia de aquel hombre que trabajaba en honor suyo. Animados con la confianza, removieron con tanta facilidad la piedra, que se conoció, desde luego, haber intervenido allí la virtud milagrosa del Santo. Inmediatamente se levantó aquel hombre sin daño alguno, recuperada, además, por completo la vista, que antes tenía casi perdida; de modo que con este prodigio se manifestó bien claramente que aun en los mismo casos desesperados es de una eficacia maravillosa la intercesión de San Francisco.

7. Otro prodigio semejante sucedió en Sanseverino, población de la Marca de Ancona. Muchos hombres conducían, para la basílica de San Francisco, una gran piedra traída de Constantinopla, cuando de pronto cayó sobre uno de ellos. Fué tan violento el golpe, que sus compañeros creyeron que el desgraciado no sólo habría quedado muerto, sino aplastado por completo. Pero, favorecido por el bienaventurado Francisco, que le libró del peso de la piedra, salió sano y sin la más mínima lesión.

8. Un tal Bartolomé, ciudadano de Gaeta, trabajaba con grande afán en honor de San Francisco, y tuvo la mala fortuna de que cayese sobre su cuello una gruesa viga, mal colocada, aplastándolo y dejándolo gravemente herido. Conociendo el infeliz que su muerte era inminente, hombre fiel y de gran piedad, pidió a un religioso que le administrase el santo Viático. Mas, pareciéndole al religioso que la urgencia del caso no daba tiempo para ello, pues se creía inminente la muerte, aproximóse al herido y le sugirió estas palabras de San Agustín: *Crede et iam manducasti.* Llegó la noche, y apareciósele San Francisco, con otros once religiosos, llevando un corderillo ante el pecho. Se colocó junto al enfermo, le llamó por su nombre y le dijo: *Bartolomé, no temas, pues no podrá pravelecer contra ti el enemigo, que pretendía inutilizarte en mi servicio. Este es el Cordero qu tú pedías se te diese y al cual has recibido por tu buen deseo, consiguiendo por virtud del mismo la doble salud de alma y cuerpo.* Y,

tomando al herido con sus llagadas manos, lo condujo sano del todo al trabajo en que antes estaba ocupado. Levantóse muy temprano Bartolomé, y apareciendo alegre y sano a los que poco antes le habían visto medio muerto, los llenó de asombro y admiración, inflamando sus corazones en reverencia y amor al seráfico Padre, no sólo con su ejemplo, sino también con el milagro del Santo que acababan de presenciar.

9. Cierto vecino de Ceperano, llamado Nicolás, cayó un día en manos de crueles enemigos suyos, que le acribillaron de heridas y de tal modo se cebaron en el infeliz, que lo juzgaron ya muerto o próximo a morir. Pero Nicolás, al recibir la primera herida había exclamado en alta voz: «¡Glorioso San Francisco, socórreme! ¡Seráfico Patriarca, ven ahora en mi auxilio!» Oyeron esta voz muchos que estaban lejos, pero no pudieron socorrerle. Conducido a su casa, y revolcándose en un charco de sangre, afirmaba lleno de confianza que no moriría a consecuencia de aquellas heridas, y que por aquel momento no sentía dolor alguno, porque prestábale socorro San Francisco y le había alcanzado del Señor la vida, para que pudiera hacer penitencia. Todo lo cual se vió muy pronto confirmado, pues habiéndole lavado la sangre, de repente se levantó enteramente sano, contra todo cuanto podían esperar los circunstantes.

10. Había en el pueblo de San Gimigniano un noble que tenía un hijo presa de tan grave enfermedad que, perdida toda esperanza humana, se vió ya en los últimos apuros. De sus ojos brotaba un chorro de sangre, como sucede al abrir una vena del brazo, y en todo su cuerpo aparecieron las señales precursoras de la muerte, hasta el punto que se juzgaba había ya expirado. Más aún: al verle privado del movimiento, del uso de los sentidos y aun de la respiración, teníanlo todos por muerto. Reunidos, según costumbre, a llorar al difunto sus parientes y amigos, que sólo trataban de darle sepultura, el padre del joven, lleno de confianza en el Señor, marchó apresuradamente a la iglesia de San Francisco, edificada en el mismo pueblo, donde, echada una soga al cuello, postróse en tierra con grande humildad. En esta actitud hizo larga oración y multiplicó sus promesas, mereciendo con sus lágrimas y suspiros tener a Francisco por abogado delante de Dios. Vuelto el padre al lado del hijo, y encontrándole enteramente sano, trocó su llanto en grande alegría.

11. Un prodigio semejante realizó Dios por los méritos de Francisco con cierta niña, natural de la villa de Tamarit, en Cataluña, y con otra de las cercanías de Ancona, las cuales hallábanse tan gravemente enfermas, que casi habían entrado ya en la agonía. Pero, invocado por los padres el patrocinio del bienaventurado Francisco, quedaron repentinamente sanas.

12. Había en Alba un clérigo, llamado Mateo, que, por haber bebido un veneno mortífero, enfermó de tal gravedad, que sin poder hablar en modo alguno, sólo le restaba exhalar el último suspiro. Cierto sacerdote le aconsejó que se confesase, pero no pudo conseguir que pronunciase ni una sola palabra. Sin embargo, el enfermo oraba fervosamente al Señor en lo interior de su corazón, pidiéndole se dignase librarle de las fauces de la muerte por intercesión de su siervo Francisco. Al momento, confortado por el mismo Señor, pronunció con gran devoción delante de todos los circunstantes el nombre de Francisco, arrojó el veneno y dió gracias a su libertador.

IV.—De los náufragos socorridos

1. Varios navegantes hallábanse en inminente peligro de naufragar a diez millas distantes del puerto de Barletta. Arreciaba la tempestad y echaron ancla, aunque sin esperanza de salvación. Desencadenados los vientos, engrosaron espantosamente las olas, rompiéronse las amarras, perdieron las anclas y la embarcación fué arrebatada violentamente de una a otra parte por las corrientes. Tranquilizado, al fin, el mar por disposición divina, los marineros se esforzaron por recobrar las anclas, cuyos cabos flotaban. Al no poder conseguirlo por propia industria, acudieron a la protección de varios santos; mas, así y todo, a pesar de ímprobos trabajos y sudores, no consiguieron recoger en todo un día ni una sola de las áncoras. Entre los navegantes había uno, por nombre Perfecto, que estaba muy lejos de serlo en las costumbres, el cual. con aire burlón. dijo a sus compañeros: «¡Mirad. camaradas!

Habéis invocado el auxilio de todos los santos y, como veis, ninguno viene en nuestro socorro. Invoquemos a un tal Francisco, que dicen ser un santo nuevo y acabadito de hacer, a ver si por fortuna se zambulle en el agua y nos trae las anclas perdidas.» Convinieron en ello los compañeros, no de modo jocoso, sino aceptando muy de veras la proposición de Perfecto, y, reprendiéndole por sus palabras irrespetuosas, hicieron todos al Santo una promesa. Al instante, sin que los marineros hiciesen diligencia alguna, vieron flotar las anclas sobre las aguas, como si la naturaleza pesada del hierro se hubiese convertido en ligereza de corcho.

2. Cierto peregrino, muy debilitado por una fiebre agudísima, de la que se hallaba convaleciente, venía a bordo de una nave desde tierras ultramarinas. Era devoto en gran manera del seráfico Francisco, y lo había escogido como abogado suyo ante el Rey celestial. Como no estuviese aún libre de la enfermedad, sentíase abrasado de sed ardiente. Sin agua para refrigerarse, comenzó a exclamar: «Id, marineros, tened confianza; traedme de beber, porque el bienaventurado Francisco ha llenado de agua mi vaso.» ¡Cosa maravillosa! Fueron los marineros y, en efecto, encontraron lleno de agua hasta los bordes el vaso, que poco antes habían dejado enteramente vacío. Otro día, como se hubiese levantado una furiosa tempestad y las olas, embravecidas, barriesen la cubierta, sacudiendo la embarcación, cual si fuese débil leño, hasta el punto de ser inminente el naufragio, el peregrino comenzó a discurrir por la nave diciendo en alta voz: «Levantaos todos y salid al encuentro de San Francisco, que viene a nosotros; aquí lo tenemos dispuesto a salvarnos.» Y cayendo de rodillas, inundado en lágrimas, rindió a Francisco el debido culto. Al momento el enfermo, con celestial visión, recobró enteramente la salud, y el mar quedó completamente tranquilo.

3. Cruzaba fray Jacobo de Rieti con otros religiosos un caudaloso río, en un pequeño bote. Llegaron a la orilla, desembarcaron sus compañeros, y él se disponía a hacerlo. Por desgracia, dió vuelta el bote y, salvándose a nado el que lo dirigía, fray Jacobo se hundió en el fondo. Los religiosos, desde la orilla, invocaban con gran fervor al seráfico Patriarca, pidiéndole con lágrimas en los ojos se dignase socorrer a quien tenía la dicha de ser su hijo. De igual modo, fray Jacobo, sumergido en el profundo de las aguas, imploraba con el corazón, ya que no podía con los labios, el auxilio de su piadosísimo Padre. Y he aquí que, protegido por la presencia

del seráfico Padre, caminaba por el fondo como pudiera hacerlo por un camino real, y embarcando de nuevo llegó a la orilla. ¡Prodigio incomprensible! Su hábito no estaba nada mojado; ni una gota de agua había llegado a su túnica.

4. Un religioso, llamado Buenaventura, navegaba con otros dos hombres por un lago, cuando la pequeña embarcación se abrió por el ímpetu de la corriente, naufragando con sus tripulantes. Del fondo de aquel verdadero lago de miseria invocaban con gran confianza al misericordioso Padre San Francisco, y de repente, la navecilla llena de agua comenzó a flotar sobre la superficie, llegando felizmente al puerto con sus tripulantes.

De modo parecido quedó libre, por intercesión de San Francisco, cierto religioso de Ascoli que se había caído en lo más profundo de un río. También aconteció en el lago reatino que, hallándose varios hombres y mujeres en un peligro semejante, invocaron el nombre de Francisco y se vieron afortunadamente libres de un inminente naufragio.

5. Algunos navegantes anconitanos, sorprendidos por furiosa tempestad, veíanse ya en peligro de naufragar. En tal situación, y perdida la esperanza de salvar la vida, invocaron devotamente el nombre de Francisco. Vieron entonces aparecer sobre la nave un gran foco de luz, y con él sobrevino, por modo milagroso, una calma completa, cual si el Santo pudiera con su virtud imponer órdenes a los vientos y al mar.

Imposible me parece narrar uno por uno los grandes prodigios que obró y obra aún en el mar nuestro bienaventurado Padre, como también las muchísimas veces que salvó milagrosamente a los que estaban próximos a naufragar. Y no es cosa de admirar que se haya concedido imperio sobre las aguas al que reina ya en el cielo, cuando sabemos que, aun viviendo en esta mortalidad, le servían las criaturas corpóreas, como lo hicieron con el primer hombre en los felices días de la inocencia.

V.—De los presos y encarcelados puestos en libertad

1. En cierto lugar de la Tracia sucedió que el criado de un señor fué acusado falsamente de hurto, por lo cual el príncipe de aquella región mandó que lo encerrasen en una cárcel y lo cargaran de cadenas. Mas la señora de la casa, compadecida del criado, a quien juzgaba inocente del hurto que se le imputaba, se interesaba con repetidas súplicas a

su esposo por la libertad del encarcelado. Pero, viendo ser inútiles sus ruegos, por la obstinada dureza de su marido, recurrió la piadosa mujer con gran confianza a San Francisco, recomendándole la defensa del inocente y haciendo al propio tiempo una promesa. Bien pronto acudió a la súplica el abogado de los desgraciados, que visitó bondadosamente al preso en la cárcel, rompió sus cadenas, abrió las puertas de la prisión, tomó al inocente por la mano y, sacándolo fuera de la cárcel, dijo: *Yo soy aquel a quien te recomendó muy de veras la esposa de tu señor.* Y como el preso libertado experimentó un gran temor reverencial, y para descender de la prisión tuviese que rodear por la vertiente de una altísima roca, de repente se encontró, por virtud de su libertador, en tierra llana y se volvió a la casa de su señora, a la cual refirió alegre y minuciosamente los detalles del prodigio, dejándola más y más inflamada en el amor de Dios y en la devoción a su fiel siervo, Francisco.

2. En la Massa de San Pedro, cierto pobre debía determinada cantidad a un caballero rico y noble. No siéndole posible pagar la deuda, por su extremada pobreza, fué encarcelado por su acreedor, a quien rogaba encarecidamente se compadeciese de él y le esperase algún tiempo, por amor del bienaventurado Francisco. Lleno de orgullo el caballero, se hizo sordo a las humildes súplicas del pobre y despreció como cosa ridícula el amor del Santo, respondiendo con altanería: «No me vengas con necedades; voy a meterte en una cárcel tan oculta y segura, que ni ese Francisco ni otro alguno podrán prestarte socorro.» Y diciendo y haciendo, buscó una cárcel oscura, donde metió al infeliz, cargado de pesadas cadenas. Poco después se le apareció San Francisco, le rompió las cadenas, le abrió las puertas y lo dejó libre en su casa. De este modo la virtud poderosa de Francisco dejó humillado al señor orgulloso, libró al preso que se le había encomendado, y trocó, por verdadero milagro, la protervia de aquel caballero en ejemplar mansedumbre.

3. Viéndose Alberto de Arezzo en duras prisiones, por unas deudas que injustamente se le imputaban, encomendó la defensa de su inocencia al bienaventurado Francisco, pues amaba muy de veras a la Orden de los Frailes Menores, entre todos los santos veneraba de una manera especial al seráfico Patriarca. El acreedor, en cambio, dijo, con blasfemia, que ni San Francisco ni Dios serían poderosos para librarle de sus manos. Sucedió, pues, en la vigilia de San Francisco, que aquel preso no probó manjar alguno porque dió por amor a San Francisco toda su comida a un pobre. A la noche siguiente, estaba el preso en vela y se le apareció San Francisco. Al penetrar el Santo en la cárcel cayeron las cadenas de los pies del preso, y de sus manos los grillos, se abrieron espontáneamente las puertas, saltaron las tablas del techo, y ya libre el preso, volvió alegre a su casa. Cumplió desde entonces la oferta que hizo de ayunar siempre la víspera de San Francisco, y en testimonio de su creciente amor al Santo, añadió cada año en adelante una onza al peso del cirio que también anualmente acostumbraba ofrecer.

4. Cuando el Papa Gregorio IX ocupaba la Silla pontificia, cierto hombre llamado Pedro, natural de la ciudad de Alife, fué acusado de herejía, y en tal concepto preso en Roma y conducido para su guarda, por orden del mismo Pontífice, al Obispo tiburtino. Recibióio el Obispo, so pena de perder su dignidad; le cargó de cadenas y le encerró en una oscura cárcel para que no pudiese escapar, sin otro alimento que *un poco de pan de escaso peso y agua en medida muy tasada.* En situación tan crítica, comenzó aquel desgraciado a invocar con lágrimas y suspiros al bienaventurado Francisco, rogándole se compadeciese de él, tanto más cuanto que había oído que era ya la vigilia del Santo. Y como la pureza de su fe había desvanecido toda la protervia de sus errores y, por otra parte, se había unido a Francisco con todas las veras de su alma, mereció por los méritos de su abogado ser oído del Señor. En efecto: aproximándose la noche de la festividad, y cuando la luz del crepúsculo comenzaba a desvanecerse, se apareció al preso el seráfico Patriarca mostrando un aspecto misericordioso, y, llamándole por su propio nombre, le mandó que se levantase sin tardanza. Lleno de temor el encarcelado, y preguntándole quién era, oyó decir al aparecido que era San Francisco. Notó entonces que con la aparición del Santo se veía libre de las cadenas, y que las puertas de la cárcel se abrían espontáneamente, ofreciéndole libre el camino para evadirse. Pero, se encontró tan turbado por la admiración, que no acertaba a salir, antes bien, dando desaforados gritos en la puerta, atemorizó a los guardias, que corrieron presurosos a participar al Obispo que el preso se hallaba libre de las cadenas. Pronto llegó la noticia a oídos del Pontífice, quien, movido por su devoción, se presentó en la cárcel, y, enterado de lo acontecido, no pudo menos de reconocer la mano de Dios, adorándole con acción de gracias por el prodigio. Más aún: aquellas cadenas que sujetaran al preso fueron presentadas al Pontífice y a los Cardenales, y éstos, viendo lo sucedido, llenáronse de admiración y bendijeron al Señor.

5. Acusado falsamente Guidoloto de San Gimigniano de haber ocasionado la muerte, con veneno, a un hombre y de que había intentado matar de igual modo al hijo del mismo y a toda su familia, fué preso por orden del magistrado, en oscura cárcel, cargado de cadenas. Mas él, arrojándose confiadamente en los brazos del Señor, seguro de su inocencia, encargó a San Francisco su defensa. El magistrado discurría cómo podría arrancar al supuesto culpable la confesión del crimen, por medio del tormento, y a qué género de muerte lo condenaría una vez convicto y confeso. Estaba ya resuelto que a la mañana siguiente sería conducido el reo al suplicio. Aquella misma noche fué visitado el preso por San Francisco, que le circundó de luz refulgentísima, le llenó de gozo y confianza y le dió seguridades de evasión. Llegaron por la mañana los verdugos, sacaron al preso de la cárcel y lo suspendieron en el potro, agravando sus tormentos con grandes pesas de hierro. Varias veces lo bajaban y subían para que, sucediéndose unos a otros los sufrimientos, se viese obligado a confesar el crimen. Pero la convicción de su inocencia se reflejaba alegremente en el rostro, sin dejar traslucir sombra alguna de tristeza en medio de sus penas. Encendieron después una grande hoguera debajo del paciente, no logrando quemar ni uno de sus cabellos, no obstante estar con la cabeza hacia el suelo. Por último, arrojaron sobre su cuerpo gran cantidad de aceite hirviendo; pero él venció todos estos tormentos, ayudado por San Francisco, a quien había confiado su defensa. Con lo cual quedó libre del todo, y marchó sano y salvo.

VI.—Mujeres socorridas en su alumbramiento

1. En Esclavonia había una condesa, tan ilustre por su nobleza como recomendable por su devoción a San Francisco y por la piedad con que trataba a sus religiosos. Llegado el instante de su alumbramiento, se sintió víctima de tan agudos dolores y de angustias tan mortales, que el nacimiento de la prole podía considerarse nuncio seguro de la muerte de la madre. No parecía posible que el infante viniese a la vida sino perdiendo la vida, y que con tal esfuerzo más bien que a aparecer iba a perecer. Refrescóse entonces en la memoria de la condesa, y mas aún en su corazón, la idea de la fama, virtud y gloria de San Francisco. Recurrió al auxilio eficaz, al amigo fiel, al consuelo de sus

devotos, al refugio de los afligidos, y dijo: «¡Glorioso San Francisco! A tu piedad acudo con todas las veras del alma, y no acierto a explicar lo que deseo prometerte.» ¡Admirable prontitud de la piedad! Las últimas palabras pusieron fin a sus dolores y fueron el principio de un feliz alumbramiento. Cesaron al momento todas sus angustias y dió a luz sin molestia alguna. No se olvidó del voto ni rehuyó cumplir la promesa. Hizo construir a sus expensas una hermosa iglesia, y, después de construída, la cedió a los religiosos, con ánimo de honrar así al Santo.

2. Cierta mujer de la campiña romana, que tenía por nombre Beatriz, hallábase próxima al parto, cuando, por llevar durante cuatro días muerto el feto en sus entrañas, se vió la infeliz presa de mortales angustias y de intolerables dolores. El feto muerto iba a ocasionar la muerte de la madre, y antes de salir a luz la ponía en inminente peligro. Buscaba ésta el auxilio de los médicos, pero toda humana industria era para el caso enteramente inútil. Así sentía tan duramente la sentencia fulminada por el Señor a la primera mujer. La enferma, sepulcro de su prole, sólo esperaba ya su propia sepultura. Envió aviso a los frailes Menores, se encomendó muy de corazón en sus oraciones y les pidió con gran fe le enviasen alguna reliquia del seráfico Padre. Sucedió, por disposición divina, que los religiosos encontraron un pequeño fragmento de la cuerda con que en otro tiempo se había ceñido el Santo. Tan pronto como se aplicó la cuerda a la paciente, desapareció como por encanto todo dolor, y, arrojado el feto, causa de la inminente muerte, quedó completamente sana.

3. La esposa de cierto caballero de Carvio, llamada Juliana, vivía siempre triste y desconsolada, al ver que no se le lograba ningún hijo, pues todos cuantos daba a luz, apenas pasaba un poco tiempo, tenía que enviarlos al sepulcro, con inmenso dolor. Viéndose en estado interesante, y en el cuarto mes de su embarazo, comenzó a temer, por la experiencia de los casos anteriores, que su futuro alumbramiento más bien sería la muerte que el nacimiento de un hijo. Y he aquí que con grandes ansias pedía a San Francisco por la vida de aquella prole, que aun no había nacido. Dormida, una noche, se le apareció en sueños cierta mujer que llevaba en sus manos un niño hermosísimo, y se lo ofrecía con grandes muestras de placer. Como se negase a recibirlo, por temor a perderlo luego, aquella mujer le añadió: «Recíbelo sin temor, porque, compadecido de tus an-

gustias, te lo envía el seráfico Francisco, y ten por cierto que vivirá y gozará de perfecta salud.» Despertó al momento Juliana, y, por la visión celestial que había tenido, comprendió que el bienaventurado Francisco había venido en su auxilio. Desde entonces, inundada de extraordinaria alegría, multiplicó sus oraciones y promesas por el hijo que esperaba tener. Llegó, por fin, el tiempo del alumbramiento, y dió a luz un niño, el cual, llegado a floreciente juventud. como si por los méritos del bienaventurado Francisco hubiera recibido la robustez de la vida, dió con esto a los padres motivo de mayor afecto y devoción hacia Cristo y su Santo. Prodigio semejante realizó el seráfico Padre en la ciudad de Tívoli. Vivía allí una mujer que había tenido muchas hijas, y, en el deseo de tener un hijo varón, acudió con oraciones y promesas a la intercesión de San Francisco. Por los méritos del Santo llegó otra vez a ser madre, y tuvo dos gemelos varones, por intercesión de aquel a quien sólo había pedido uno.

4. Había en Viterbo una mujer que se consideraba próxima al parto, pero mucho más próxima a la muerte, atormentada con grandes dolores de entrañas y demás calamidades propias de su sexo. Inútiles todos los recursos del arte. por hallarse tan debilitada aquella naturaleza, invocó con gran fervor el nombre de Francisco. Vióse al momento libre de sus dolores y dió a luz con felicidad. Pero, logrados sus deseos, olvidóse del beneficio recibido, y no dió al Santo las gracias que le debía, entregándose el día de su fiesta a obras serviles. Y he aquí que, de repente, quedó árido y sin movimiento el brazo derecho con que trabajaba. Al intentar ponerlo en movimiento con el izquierdo. quedó también éste inflexible. Atemorizada con este castigo, repitió el voto y mereció recuperar el uso de aquellos miembros perdidos por su ingratitud y desprecio, manifestándose así las misericordias y méritos de Francisco. a cuyo honor quiso consagrarse de nuevo.

5. Cierta mujer de las cercanías de Arezzo padeció por espacio de siete días los agudos dolores precursores del alumbramiento, de tal intensidad, que pusieron negras sus carnes. Los que la asistían la dieron por desahuciada; mas ella hizo votos al bienaventurado Francisco, y viéndose próxima a la muerte, imploró fervorosamente su auxilio. Quedó al punto dormida y vió en sueños al seráfico Patriarca, que le hablaba con dulzura y le preguntaba si le conocía por el rostro, y si sabía recitar en honor de la gloriosa Virgen

María aquella antífona que comienza: *Salve, Regina, Mater misericordiae.* Respondió ella que sí, a una y otra cosa. *Pues bien* —dijo el seráfico Padre—; *comienza aquella piadosa invocación, y antes que la concluyas darás a luz sin la menor dificultad.* Al terminar estas palabras despertó la mujer, y con gran temor comenzó a decir: «Dios te salve, Reina de misericordia.» Cuando llegó a aquellas palabras: *esos tus ojos misericordiosos,* y repitió: *el fruto del vientre virginal,* al momento, libre de todos los dolores. dió a luz un hermoso niño, dando al propio tiempo gracias a la Madre de misericordia, por haberla tenido con ella. en virtud de los méritos e intercesión de Francisco.

VII.—De los ciegos que recobraron la vista

1. En el convento de frailes Menores de Nápoles hubo un religioso, llamado Roberto, que por espacio de muchos años estuvo ciego. Formáronse en sus ojos unas excrecencias carnosas, que impedían el uso y movimiento de los párpados. Solían pasar por aquel convento muchos religiosos forasteros, que se dirigían a diversas partes del mundo, cuando aconteció que el bienaventurado Padre Francisco, espejo de perfecta obediencia, con el fin de animar en su empresa a sus frailes, por medio de un milagro, curó en presencia de todos a dicho religioso ciego, de la manera siguiente: Fray Roberto, enfermo de muerte, yacía una noche en la cama, y se le había hecho ya la recomendación del alma. Se le acercó el seráfico Padre, con otros tres religiosos, varones de gran santidad, a saber: San Antonio, fray Agustín y fray Jacobo de Asís, que de igual modo que le siguieron perfectamente durante la vida. así también le acompañaron alegres después de la muerte. Tomó en sus manos San Francisco un cuchillo, cortó al enfermo toda la carne superflua, le restituyó la primitiva vista, le libró de las fauces de la muerte y le dijo: *Hijo mío, Roberto, esta gracia que te he dispensado servirá de señal a nuestros hermanos que partan a regiones remotas de que yo les precederé y dirigiré todos sus pasos. Vayan, pues, gozosos, y cumplan con ánimo alegre el mandato de la santa obediencia.*

2. En Tebas, ciudad de Grecia, había una mujer ciega, que ayunaba a pan y agua la vigilia de San Francisco, y al amanecer del día de la fiesta del Santo fué conducida por su marido a la iglesia de los frailes Menores. La

ciega estaba oyendo misa y a la elevación del cuerpo de Cristo abrió los ojos, vió con toda claridad e hizo un acto de profunda adoración, y al mismo tiempo levantó la voz y dijo: «Gracias sean dadas a Dios y a su siervo Francisco, porque tengo la dicha de ver la Hostia consagrada.» A cuyas palabras prorrumpieron los circunstantes en exclamaciones de alegría. Terminado el santo Sacrificio regresó la mujer a su casa, con júbilo inmenso en el alma y luz clarísima en los ojos. Grande era el gozo de la mujer, no sólo por haber recuperado la vista corporal, sino también porque, mediante la intercesión de San Francisco, y ayudada de su fe. había merecido contemplar, ante todo, aquel augusto y divino sacramento, que encierra en sí al que es Luz verdadera e inextinguible de las almas.

3. Un niño de catorce años, natural de Pofi, en la Campania, atacado de repentina dolencia, perdió por completo el ojo izquierdo. Fué tan rara y dolorosa la enfermedad, y de tal manera sacó fuera de su órbita el ojo, que, relajado el nervio, colgó por espacio de ocho días, lo largo de un dedo sobre la mejilla, haciéndole perder casi enteramente sus humores. No quedaba, pues, otro remedio que la ablación, por ser el caso desesperado, a juicio de los cirujanos. Entonces, el padre del niño acudió confiado a la protección de San Francisco. No dejó de atender las súplicas de su devoto el que es constante abogado de los necesitados, pues con maravillosa virtud restituyó el ojo enfermo a su lugar y a su primitivo estado de salud, devolviéndole perfectamente la vista.

4. En una aldea de la misma provincia se desprendió de lo alto una viga de gran peso, cayendo con tan mala fortuna sobre un sacerdote, que le magulló la cabeza, dejándole ciego del ojo izquierdo. Caído en tierra el paciente. comenzó a llamar con voz angustiosa a Francisco, diciendo: «¡Socórreme, Padre santísimo, para que pueda ir a tu fiesta, según prometí a tus religiosos!» Sucedía esto en la vigilia del Santo, y el sacerdote se levantó enteramente sano. dando gritos de alegría y acción de gracias, con gran sorpresa y júbilo de todos los circunstantes, que se habían compadecido de su miseria. Asistió a la fiesta del Santo, y contó a todos la estupenda maravilla que con él había obrado.

5. Trabajaba en su viña cierto vecino del monte Gargano, y, al cortar con el hacha un madero, tuvo la desgracia de partirse un ojo por medio, de tal modo que la mitad del mismo colgaba al exterior. En tal lamentable estado perdió la esperanza de poder encontrar remedio en lo

humano; y así, prometió solemnemente a San Francisco ayunar en su fiesta, si se dignaba socorrerle. No bien hizo la promesa, cuando el Santo restituyó el ojo a su debido lugar, y unió tan perfectamente las dos partes cortadas, que no solamente le devolvió la vista completa, sino que, además, no dejó vestigio de lesión alguna.

6. El hijo de un noble, ciego de nacimiento, alcanzó la vista tan deseada por los méritos de San Francisco; y en atención a ello, se le dió el nombre de *Iluminado.* Al llegar después a edad competente, agradecido al beneficio, vistió el hábito en la Orden del bienaventurado Francisco, y adelantó tanto en luz de gracia y virtudes, que con razón parecía hijo de la verdadera luz. Finalmente, por los méritos de Francisco, aquel principio tan santo concluyó en un fin mucho más santo.

7. En Zancato, pequeña población de Anagni, un caballero, de nombre Gerardo, había perdido por completo la vista. Sucedió que dos frailes Menores, venidos de extrañas tierras, llegaron a casa del caballero, en demanda de hospitalidad. Recibidos con devoción por toda la familia, y tratados con gran afabilidad por amor a San Francisco, los viajeros, después de dar gracias al Señor y a sus buenos huéspedes, se dirigieron al próximo convento de la Orden. Pasado poco tiempo, San Francisco se apareció cierta noche en sueños a uno de aquellos religiosos, diciéndole: *Levántate y marcha pronto con tu compañero a casa de nuestro huésped, que en vuestra persona nos recibió a Cristo y a mí, pues quiero cumplir con él los deberes de la piedad. Cierto que está ciego, pero lo merece bien por sus culpas, que no procuró expiar con la confesión sacramental.* Desaparecido el seráfico Padre, se levantó sin tardanza el religioso, para cumplir, con su compañero, la orden recibida. Llegados a casa del huésped, refirieron los detalles del sueño que uno de ellos había tenido. Admiróse no poco aquel hombre, confirmó ser verdad cuanto se refería, y, con copiosas lágrimas, se confesó con vivo dolor de sus culpas. Por último, prometida la enmienda y mudado completamente en su interior, recobró al instante la vista del cuerpo. Esparcida por todas partes la fama del milagro, no sólo aumentó en muchos la devoción a Francisco, sino que movió también a las gentes a la humilde y sincera confesión de sus pecados.

VIII.—Los que recobraron la salud en varias enfermedades

1. Un joven mendigo del castillo de Pieve, sordo y mudo de nacimiento, tenia, además, una lengua tan sumamente corta y delgada que, examinada repetidas veces por varias personas, a todas parecía estar cortada de raíz. Viéndole en tal estado un hombre piadoso, llamado Marcos, le recogió por caridad en su casa, y observando que con esto Dios le favorecía, se resolvió a tenerle siempre consigo. Cierta noche, al cenar aquel hombre con su mujer, dijo en presencia del pobre: «Yo reconocería ser un gran milagro, si el bienaventurado Francisco se dignase devolver a este infeliz el habla y el oído.» Y en seguida añadió: «Prometo a Dios Nuestro Señor que si el serafico Padre llega a realizar este prodigio, por amor suyo consignaré de mis bienes a nuestro pobre la pensión necesaria mientras viva.» ¡Prodigio estupendo! Al momento creció la lengua del pobre y habló claramente: «¡Gloria sea a Dios y a su siervo Francisco por haberme devuelto el habla y el oído!»

2. Era muy niño fray Jacobo de Iseo, y en su casa sufrió una quebradura grave. Movido por impulso sobrenatural, joven y enfermo, entró con gran devoción en la Orden de San Francisco, pero sin descubrir a nadie la enfermedad que padecia. Sucedió, empero, al tiempo de trasladarse el cuerpo del seráfico Padre al lugar donde hoy se venera el precioso tesoro de sus santas reliquias, que dicho religioso asistió también a las fiestas de la traslación, para rendir el debido honor al cuerpo santisimo del seráfico Padre, glorificado ya en el cielo. Acercándose a la caja de las sagradas reliquias, abrazó, movido del fervor del espíritu, el féretro, y de repente se volvieron milagrosamente a su lugar los órganos lesionados, sintiéndose enteramente sano; por lo cual arrojó de sí el suspensorio, sin volver a experimentar en adelante la más pequeña molestia. De enfermedades parecidas curaron milagrosamente, por la misericordia de Dios y los méritos de San Francisco, fray Bartolo de Eugubio, fray Angel de Todi, Nicolás, sacerdote de Sucano; Juan de Fora, un hombre de Pisa y otro del castillo de la Cisterna, lo mismo que Pedro de Sicilia y un vecino de Spello, cerca de Asís, y otros muchísimos más.

3. Una mujer del Agro Romano padeció, por espacio de cinco años, de enajenación mental, privada además de la vista y del oído. Con los dientes destrozaba la ropa, no temía caer en el fuego o en el agua, y llegó a sufrir frecuentes y horribles ataques de epilepsia. Compadecida de ella la divina misericordia, la mujer vió una noche, ilustrada con luz celestial y divina, al bienaventurado San Francisco, sentado sobre un trono sublime, ante el cual, arrodillada, pedía con gran instancia la salud. Como el Santo no parecía propicio a sus fervientes plegarias, hizo la mujer un voto solemne de no negar nunca, mientras le fuese posible, copiosa limosna a cuantos se la pidiesen por amor de Dios o de Francisco. En esta generosa promesa bien pronto reconoció Francisco la que en otro tiempo él mismo había hecho al Señor, y formando sobre la enferma la señal de la cruz, la restituyó a perfecto estado de salud. Consta, además, por testimonios fidedignos, que San Francisco libró milagrosamente de enfermedades parecidas a una niña de Nursia, al hijo de una persona noble y a algunos otros más.

4. Pedro de Foligno fué un día a visitar en peregrinación una ermita de San Miguel, pero no lo hizo con el espíritu y fervor convenientes. Despues de haber bebido agua de una fuente, se halló poseído de los demonios, que le atormentaron por espacio de tres años, rasgándose con furor el cuerpo, pronunciando palabras escandalosas y haciendo verdaderos horrores. Mas, como en medio de todo gozaba de vez en cuando de lúcidos intervalos, y como, por otra parte, tenía noticia de lo eficaz que era la virtud de Francisco contra las potestades infernales, imploró humildemente la protección del Santo. Fué a visitar el sepulcro del seráfico Padre, y, tan pronto como le tocó con la mano, se vió libre de los espíritus malignos que le atormentaban. De igual modo socorrió el misericordioso Francisco a una mujer de Narni, poseída del demonio, y a otros muchos, cuyos tormentos y curaciones milagrosas sería imposible enumerar.

5. Había en la ciudad de Fano un pobre hombre, llamado Bueno, que estaba paralítico y leproso. Llevado por sus padres a la iglesia de San Francisco, consiguió verse libre de una y otra enfermedad. También otro joven, llamado Acto, natural de Sanseverino, estaba cubierto de lepra; mas, hecha una promesa, y conducido al sepulcro de San Francisco, quedó libre, por los méritos del Santo, de tan asquerosa enfermedad. Tuvo, por cierto, el seráfico Patriarca una virtud especial para curar esta clase de enfermedad, pues, llevado de su amor a la humildad y compasión, se había consagrado totalmente al servicio de los leprosos.

6. Una mujer noble, llamada Rogada, natural del obispado de Sora, padeció, por espacio de veintitrés años, de flujo de sangre, aún sometida para su curación a dolorosos tratamientos de muchos médicos. Eran tan agudos sus dolores, que muchas veces parecía que la mujer iba a expirar, y, si de cuando en cuando podía contenerse el flujo, hinchábasele, en cambio, todo el cuerpo monstruosamente. Mas, al oír a un niño que cantaba en lengua romana los milagros que Dios había obrado por mediación de Francisco, presa de gran dolor, comenzó a llorar amargamente, y, hablando en su interior, decía con viva fe: «¡Oh bienaventurado San Francisco, que obras tantos milagros! Si te dignas librarme de esta enfermedad alcanzarás mucha mayor gloria, pues ciertamente no has hecho hasta ahora un milagro tan grande.» ¿Qué efecto surtieron estas palabras? Que la enferma se vió repentinamente sana, por los méritos del seráfico Patriarca. Un hijo de esta señora, llamado Mario, que tenía un brazo paralizado, hizo un voto a San Francisco, y por su mediación quedó enteramente sano. También sanó el siervo de Cristo a una mujer de Sicilia, que por espacio de siete años padeció una molesta enfermedad.

7. En Roma había una mujer, célebre por su religiosidad, llamada Práxedes, la cual, movida por su amor al celestial Esposo, se había encerrado voluntariamente desde la más tierna edad, por espacio de cuarenta años, en una estrecha cárcel, mereciendo especiales gracias del bienaventurado Francisco. Al subir cierto día a lo más alto de su cárcel, en busca de cosas necesarias, sufrió tal desvanecimiento, que cayó al suelo, fracturándose el pie con la rótula, y dislocándose además el húmero. Apareciósele entonces el benignísimo Padre, adornado con vestido de gloria, y, hablándole con inefable ternura, la dijo: *Levántate, amada hija; levántate y no temas.* Tomóla el Santo de la mano, y, levantándola del suelo, desapareció. Práxedes, empero, comenzó a recorrer de una a otra parte su cárcel, pues *imaginaba ser un sueño lo que veía;* hasta tanto que a los gritos que daba acudieron algunos con luz, y viéndose enteramente sana por el siervo de Dios, Francisco, refirió a todos detalladamente el prodigio.

IX.—De algunos que no quisieron guardar como festivo el día del Santo, deshonrándole además

1. En la villa Le Simon, de la región de Poitiers, había un sacerdote, llamado Reginaldo, que por su devoción al bienaventurado Francisco inculcó a sus parroquianos guardasen como fiesta solemne el día del Santo. Pero uno de los feligreses, ignorante de la gran virtud de Francisco, despreció el mandato de su párroco. Salió, pues, al campo, con objeto de cortar leña, y cuando se estaba preparando para el trabajo, oyó por tres veces una voz que le dijo: «Es día de fiesta y no te es lícito trabajar.» Inútiles para refrenar su servil temeridad tanto el mandato del párroco como el oráculo de la voz celestial, la Providencia divina añadió, para gloria del Santo, un milagro y un terrible castigo.

En efecto, tenía ya en una mano la horquilla de hacinar las mieses, cuando quiso levantar la otra con un instrumento de hierro para comenzar el trabajo; mas sucedió, por divina virtud, que ambos instrumentos se adhirieron de tal modo a las manos, que no fué posible desprender de ellos los dedos. Por lo cual, lleno de estupor el labriego y no sabiendo qué hacer, se dirigió a la iglesia, con otros muchos, ansiosos de ver el prodigio. Allí, ante el altar y muy de veras compungido por las exhortaciones de uno de los sacerdotes presentes (pues se habían reunido muchos para la solemnidad), se consagró enteramente a Francisco. y en atención a las tres veces que oyó aquella voz, hizo también otros tres votos o promesas, a saber: guardar como festivo el día del Santo, acudir el mismo día a la iglesia en que se encontraba y visitar personalmente el sepulcro del Santo. ¡Cosa, por cierto, admirable! Al hacer el primer voto, se desprendió uno de los dedos; al pronunciar el segundo voto, soltóse el otro, y, formulado el tercer voto, quedó libre el último dedo. Y no fué esto todo, sino que de igual modo quedó libre aquella mano, sucediendo lo mismo con la otra, al tiempo mismo que la gran concurrencia allí presente imploraba devotamente el patrocinio de Francisco. Con lo cual, libre ya del todo, depuso por sí mismo los instrumentos, en tanto que los demás alababan al Señor y admiraban la maravillosa virtud del seráfico Padre, que podía castigar tan fácilmente como conceder la salud. Aquellos instrumentos penden aún en la actualidad a un lado del altar construído allí en honor del Santo, para perpetua memoria de hecho tan prodigioso. Otros muchos milagros obra-

dos en aquella región manifiestan claramente ser Francisco uno de los santos más gloriosos del cielo, e indican, además, lo justo que es celebrar solemnemente su fiesta en la tierra.

2. Cierta mujer de Le Mans tomó en las manos, en la fiesta de San Francisco, la rueca y el huso, y quedáronle yertas, en tanto que sentía en los dedos un ardor intolerable. Adoctrinada por el castigo, reconoció el poder maravilloso del Santo, y, muy contrita, acudió a los religiosos. Imploraron éstos, con la confianza de amantes hijos, la clemencia de su santo Padre en favor de la mujer, y quedó repentinamente sana, sin notarse en sus manos más vestigio del mal padecido que una pequeña señal, como de quemadura, bastante para recordar lo estupendo del milagro. Una cosa semejante sucedió con una mujer de la Tierra de Labor, con otra de Valladolid [u *olité?*] y con una tercera de Piglio, las cuales, rehusando celebrar la fiesta de San Francisco, primero fueron castigadas de un modo admirable, por su temeridad, y, arrepentidas después, quedaron libres de un modo más admirable por los méritos del seráfico Patriarca.

3. Cierto militar, natural del Borgo, en la provincia de Massa, murmuraba descaradamente de las obras y admirables prodigios de San Francisco; burlábase con escarnio de los peregrinos que iban a honrarle en su templo y propalaba groseras invectivas contra los religiosos. Sucedió que, burlándose una vez de la gloria del Santo, añadió a sus culpables insultos una horrible blasfemia: «Si es cierto —dijo— que ese Francisco es un santo, que sea atravesado hoy mi cuerpo con una espada; pero, si no es santo, quede ileso.» No tardó mucho la ira de Dios en imponer el debido castigo al blasfemo, por haberse *convertido en pecado su oración*. Pasados breves instantes, el militar injurió gravemente a un sobrino suyo, el cual, ansioso de venganza, cogió una espada y atravesó con ella las entrañas de su tío. Aquel mismo día murió el malvado, tizón del infierno e hijo de las tinieblas, para que los demás aprendiesen, no a despreciar con blasfemias las obras maravillosas de Francisco, sino a rendirles las alabanzas que tienen tan merecidas.

4. Empeñábase cierto juez, llamado Alejandro, en retraer a cuantos podía, con su venenosa lengua, de la devoción a San Francisco. Mas, por disposición divina, fué privado del uso de la lengua, quedando mudo por espacio de seis años. Viéndose castigado en aquello mismo con que había pecado, arrepintióse muy de veras de haber vomitado

neciamente tantos insultos contra los milagros de Francisco. Por todo eso no duró mucho tiempo la indignación del piadoso Padre, antes bien, pronto admitió a su gracia al pecador, que, penitente y humillado, invocaba su protección, restituyéndole misericordiosamente el habla que había perdido. Desde entonces aquella lengua, antes blasfema, se consagró a pregonar las alabanzas del Santo, habiendo sido recibidas, por el castigo, la devoción y enmienda.

X.—Algunos otros milagros de distintas especies

1. En el pequeño pueblo de Gagliano, de la diócesis de Valva, había una mujer, llamada María, que se había consagrado devotamente al servicio de Dios y de Francisco. Cierto día de verano salió a buscar con el trabajo de sus manos lo necesario para el sustento. Sofocada con la fuerza del calor, comenzó a sentir una sed abrasadora, sin poder satisfacer su necesidad, por hallarse sola en el monte y no encontrar una gota de agua. Fué tal su desfallecimiento, que cayó al suelo casi exánime, invocando con piadoso afecto a su patrono, San Francisco. Mientras la mujer continuaba su piadosa y ferviente oración, sintióse fatigada en extremo por el trabajo, la sed y el calor, y quedó un poco dormida. Entonces se le apareció San Francisco, llamándola por su propio nombre, y la dijo: *Levántate y bebe de esa agua, que para ti y para muchos hace manar la Providencia divina.* Al oír esta voz despertó la mujer de su sueño, sintiéndose muy confortada, asió un helecho que encontró junto a sí, y lo arrancó de raíz. Comenzó a cavar alrededor con un palo pequeño, y encontró bien pronto agua fresca y cristalina, que si bien al principio no parecía más que un hilo insignificante, de repente se convirtió milagrosamente en manantial copioso. Bebió la mujer, y, satisfecha hasta la saciedad, lavó sus ojos con aquella agua, los cuales había tenido hasta entonces enfermos, y recobró vista clara y perfecta. Marchó la mujer apresuradamente a su casa, y publicó, para gloria de San Francisco, el estupendo milagro que éste acababa de realizar. Divulgada la voz del milagro, se reunió gran muchedumbre, que pudo probar por experiencia la virtud curativa de aquella agua, pues muchos que se lavaron en la fuente prodigiosa, después de haber hecho confesión humilde de sus culpas, quedaron libres de varias enfermedades. Dicha fuente existe aún en nues-

tros días, y junto a ella se ha construido una pequeña capilla en honor de San Francisco.

2. En Sahagún, villa de España, el Santo trocó milagrosamente, y contra toda esperanza, en verde, florido y con frutas, un cerezo, completamente árido, de uno de los vecinos de aquel lugar. Libró también, por modo admirable, a los moradores de Villasilos de la invasión de gusanos que roían y destruían las viñas de toda la campiña. De igual modo limpió el hórreo de cierto sacerdote, que moraba cerca de Palencia, de la multitud de gusanos que todos los años solían infestarlo, atendiendo a las humildes súplicas que el sacerdote dirigió al Santo. Asimismo, extinguió por completo, en las tierras de cierto señor de Petramala, en la Pulla, por habérselo encomendado, la terrible plaga de la langosta, siendo así que la peste devoraba todos los campos de alrededor.

3. Cuidaba de su ganado, lejos de su pueblo, un hombre, llamado Martín, y rompióse casualmente la pata de uno de los bueyes, de tal modo que no podía pensar en aplicarle remedio alguno. Resuelto a desollarlo, y sin tener instrumento para hacerlo, volvió a su casa, encomendando, entretanto, a San Francisco el buey lastimado y confiándolo a su custodia, para que no fuese devorado por los lobos, durante su ausencia. A la mañana siguiente, muy temprano, volvió con el desollador al lugar donde había dejado el buey, y lo encontró paciendo, tan sano que no era posible distinguir la pata fracturada de la sana. Al ver esta maravilla, el hombre dió gracias al buen pastor por el solícito cuidado que había tenido de su buey y sanado de modo tan prodigioso. El humildísimo Patriarca sabe socorrer siempre a cuantos le invocan y no se desdeña de atender a las más insignificantes necesidades de los hombres. Así, a un hombre de Amiterno le restituyó un jumento que le habían robado. A una mujer de Antrodoco le devolvió íntegro un plato que, al caérsele de las manos, se había hecho pedazos. También a otro hombre de Monte del Olmo, en la Marca de Ancona, le compuso el arado, que se le había roto en varios pedazos.

4. Había en la diócesis de Sabina una viejecita octogenaria, cuya hija, al morir, dejó un niño de pecho. La abuelita, muy pobre, privada de todo recurso y sin leche, no encontraba, por otra parte, mujer alguna que pudiera dar al pequeñuelo el alimento que necesitaba, y no sabía qué hacer. Llegó, por fin, una noche en que, destituída de todo humano recurso, veía debilitarse cada vez más y más

al nietecito; por lo cual púsose a implorar, inundada en lágrimas y llena de confianza, la protección de Francisco. Acudió bien pronto el amador de la edad inocente, diciendo a la anciana: *Buena mujer, yo soy Francisco, a quien con tantas lágrimas has invocado. Pon tu pecho en la boca del niño, pues el Señor se ha dignado concederte leche en abundancia.* Cumplió la abuelita el mandato del Santo, y al momento los pechos de la octogenaria dieron leche muy copiosa. Bien pronto se dió a conocer el don maravilloso del Santo, acudiendo muchos hombres y mujeres a cerciorarse y ser testigos del prodigio. Y como la lengua no podía contradecir lo que contemplaban los ojos, se excitaban todos a bendecir al Señor por la virtud y piedad admirable que hacía resplandecer en su Santo.

5. Un matrimonio de Espoleto tenía un hijo único, de quien todos los días se lamentaban considerándolo como un oprobio de la familia. Porque, en efecto, tenía los brazos adheridos al cuello, las rodillas unidas al pecho y los pies entrelazados, de forma que, más que un ser humano, parecía un monstruo de la Naturaleza. La madre era la que experimentaba dolor más vehemente por esta desgracia, y con angustiosos suspiros clamaba a Cristo Nuestro Señor, e invocaba el auxilio de San Francisco, rogándole se dignase librarla de aquel oprobio y socorrerla en tan apremiante necesidad. Molestada por esta tristeza, se vió cierta noche sorprendida por un sueño no menos triste. Sucedió que, apareciéndosele el seráfico Padre, la consoló con palabras cariñosas y, lleno de piedad, la aconsejó que llevase al niño a un templo cercano consagrado al Santo, para que, derramando sobre aquella masa informe agua del pozo, que allí había, recobrase la forma y estado natural. Mostróse negligente la mujer en cumplir el mandato del Santo, pero él se lo intimó nuevamente. Apareciósele por tercera vez, y él mismo los condujo a la puerta del templo, como guía de la madre y del hijo. Movidas por especial devoción, llegaron al santuario algunas nobles matronas, a las cuales la mujer refirió las circunstancias de la visión, y resolvieron presentar a los religiosos el niño, juntamente con la madre. Sacaron agua del pozo, y la más noble entre aquellas señoras lavó con ella la criatura. Al momento los miembros se volvieron cada uno a su respectivo lugar, y quedó el niño enteramente sano. El estupendo milagro causó admiración en cuantos lo presenciaron.

6. Cierto hombre de Cora, pueblo de la diócesis de Os-

tia, tenía en tan mal estado una rodilla, que de ningún modo podía andar ni moverse. En tan duro trance y sin encontrar remedio en lo humano, comenzó cierta noche a quejarse tan amargamente en presencia del seráfico Padre, que, cual si lo tuviera delante, se expresaba en esta forma: «Ayúdame, glorioso San Francisco, y acuérdate de la sincera devoción que siempre te tuve y de los servicios que te he prestado; pues bien sabes que te llevé algún tiempo en mi pobre jumentillo, que te besé las manos y los pies, siempre fuí tu devoto, siempre me mostré benigno contigo, y he aquí que me estoy muriendo a la violencia de estos dolores.» Movido por estas amorosas quejas, pronto acudió el que no olvida los beneficios, y se presentó, acompañado de un religioso, al hombre devoto y reconocido, asegurándole que venía por haberle llamado y que traía los oportunos remedios para su enfermedad. Tocóle con un pequeño báculo, que tenía la forma de *tau*, el lugar donde experimentaba el dolor, y habiéndole abierto el tumor, le restituyó perfecta salud. Y, lo que es aún más admirable, como testimonio perpetuo del milagro, dejó grabado el signo *tau* sobre el lugar del tumor.

7. Con este mismo signo acostumbraba San Francisco firmar todas sus cartas siempre que, movido por caridad, se veía precisado a escribirlas. Mientras el espíritu, distraído por la variedad de la narración, va discurriendo sobre los diversos milagros del bienaventurado Padre San Francisco, el *tau* viene a convertirse, no sin disposición divina y por los méritos del glorioso portaestandarte de la cruz, en signo de salvación, para que así podamos comprender que, al modo que la cruz fué para el que vivió, siguiendo a Cristo, ocasión de acrecentar en gran manera sus méritos, de igual modo sirve ahora al que es ya comprensor con Cristo de sólido fundamento a su excelsa santidad.

8. En efecto, este inefable y soberano misterio de la cruz, en el cual están escondidos con profundidad admirable los carismas de la gracia, los méritos de la virtud y los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, que permanece oculta *a los sabios y prudentes del mundo*, fué revelado tan claramente a este *pequeñuelo de Cristo*, que durante toda su vida no siguió otras huellas sino las de la cruz, no se recreaba en otra cosa sino en las dulzuras de la cruz, ni predicaba otra cosa que no fuesen las glorias de la cruz. Ya desde el *principio* de su total entrega al Señor pudo decir aquello del Apóstol: *Líbreme Dios de gloriarme si no es en la cruz de mi Señor Jesucristo*. Pudo también en el progreso de su vida añadir con no menos verdad: *Todos aquellos que siguieren esta Regla, gocen de la paz y de la misericordia del Dios de Israel*. Y pudo, por último, al llegar al fin de su existencia, repetir con el acento de la más profunda convicción: *Llevo en mi cuerpo las llagas de Nuestro Señor Jesucristo*. Por nuestra parte sólo deseamos poder oír todos los días de sus labios estas consoladoras palabras: *¡Hermanos! Que la gracia de Nuestro Señor Jesucristo sea siempre en todos vosotros. Amén.*

9. Gloríate, pues, en la gloria de la cruz, gloriosísimo portaestandarte de Cristo, porque has principiado por la cruz, adelantaste según las reglas y doctrinas de la cruz, y, por último, concluiste tu carrera por la cruz, y ella sirve para probar a los fieles la gloria singularísima de que gozas en el cielo. Sígante, por tanto, confiadamente los que *abandonan el Egipto*, pues, *divididas las aguas del mar* con el báculo de la cruz, atravesarán seguros el desierto de esta vida, y, pasado el Jordán de esta mortalidad, entrarán, por la virtud admirable de la cruz, *en la tierra de los vivientes* que les está prometida. Dígnese introducirnos en ella nuestro verdadero Salvador y Guía, Cristo Jesús crucificado, por los méritos del seráfico Padre San Francisco, y para gloria del Dios Uno y Trino. que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

San Buenaventura. (Rafael.)

ESPEJO DE PERFECCION

San Francisco abrazado por Cristo. (Murillo.)

ESPEJO DE PERFECCION

CAPITULO I

I.—Cómo San Francisco contestó a los Ministros que no querían obligarse a observar la Regla que había escrito

El bienaventurado Francisco compuso tres Reglas, a saber: una, la que le fué confirmada, sin expedir bula alguna, por el Papa Inocencio III; después hizo otra, más abreviada, la cual se perdió, y, por último, una tercera, que fué confirmada mediante bula por Honorio III. De esta Regla fueron suprimidos por los Ministros muchos párrafos, contra la voluntad del santo Fundador. Mas, después que se perdió la segunda Regla redactada por el bienaventurado Francisco, subió éste a un monte, acompañado de fray León de Asís y de fray Bonifacio de Bolonia, para componer otra Regla, que hizo escribir en la forma que le inspiró Jesucristo. Reunidos varios Ministros, juntamente con fray Elías, que era Vicario del bienaventurado Francisco, le dijeron: «Hemos oído que este fray Francisco se empeña en redactar una nueva Regla; tememos que la haga más estrecha, de modo que no la podamos observar. Queremos, pues, que te presentes a él y le digas que no queremos estar obligados a la observancia de la tal Regla; que la escriba para sí y no para nosotros.»

A los cuales respondió fray Elias que no se atrevía a ir, si no le acompañaban ellos, y entonces fueron todos juntos. Y como llegase fray Elías al lugar donde estaba el bienaventurado Francisco, le llamó. Acudió éste, y al ver a dichos Ministros, dijo: *¿Qué quieren estos frailes?* A lo que contestó fray Elías: «Estos son Ministros, los cuales, al oír que tú estabas haciendo una Regla nueva, y con temor de que la redactes áspera en demasía, hablan y protestan que no quieren sujetarse a ella y que la redactes para ti y no para ellos.» Entonces Francisco elevó el rostro hacia el cie-

lo y habló a Cristo de esta manera: *Señor, ¿No te decía con razón que no me creerían?* Al mismo instante oyeron todos la voz de Cristo en el aire, que respondía así: *Francisco, todo cuanto tiene la Regla todo es mío y nada hay en ella que sea tuyo, y quiero que la Regla se observe así, a la letra, a la letra; sin glosa, sin glosa y sin glosa.* Y añadió: *Yo sé muy bien hasta dónde llegan las fuerzas humanas y cuánto las quiero yo ayudar; por tanto, los que no la quieran observar, que se salgan de la Orden.* Al oír esto el seráfico Padre, se volvió a los religiosos y les dijo: *¿Oísteis, oísteis? ¿Queréis que haga que otra vez se os repita?* En esto los Ministros, recriminándose, se marcharon confusos y aterrados.

CAPÍTULO II

Perfección de la pobreza

II.—Cómo declaró el bienaventurado Francisco la intención y voluntad que tuvo desde el principio hasta el fin acerca de la pobreza

Fray Ricerio de la Marca, noble por su nacimiento y por su santidad, a quien el seráfico Padre profesaba un afecto especial, cierto día visitó al bienaventurado Francisco en el palacio del Obispo de Asís, y entre otras cosas que habló con él acerca del estado religioso y de la observancia de la Regla, le hizo especialmente esta pregunta: «Dime, Padre, ¿qué intención fué la que tuviste al principio, cuando comenzaste a tener algunos compañeros? Desearía saber también cuál es la intención que ahora tienes y la que piensas tener hasta el día de tu muerte, para que pueda certificar de tu primera y última intención y voluntad; esto es: quiero que me digas si nosotros los clérigos, que tenemos tantos libros, podemos seguir teniéndolos aunque aseguremos ser propios de la Religión.» Contestóle el santo Padre: *Te aseguro, hermano mío, que ésta fué y es mi primera intención y mi última voluntad, si los frailes me hubiesen creído: que ninguno debería tener otra cosa sino el hábito en la forma concedida por la Regla, con el cordón y los paños menores.*

Mas, si algún fraile se atreviese a decir por qué el bienaventurado Francisco en su tiempo no quiso obligar a los frailes tan estrictamente a la observancia de la Regla y a la guarda de la pobreza según dijo a Ricerio, ni tuvo empeño especial en que así se observase, nosotros, que vivimos con él, responderemos a esto, en conformidad a lo que oímos de su propia boca, que él mismo dijo a sus frailes esto y otras muchas cosas, y además hizo escribir en la Regla otras muchas cosas, las cuales pidió a Dios para el bien de la Orden con gran fervor y reflexión, afirmando al propio tiempo que todas ellas eran conformes a la divina voluntad. Mas, después que las daba a conocer a sus frailes, les parecían austeras e insoportables, por ignorar entonces lo que había de suceder en la Religión después de su muerte. Y temeroso grandemente del escándalo que podría suscitarse, tanto en él como en los demás religiosos, no quería disputar con ellos, y no pocas veces condescendía contra su voluntad, y se excusaba a sí mismo en la presencia del Santo.

Mas para que no resultase inútil ante el Señor la palabra suya, que ponía en sus labios para utilidad de los religiosos, deseaba que se cumpliese en sí mismo la voluntad divina, para conseguir de este modo la prometida recompensa, y en esto finalmente se recreaba y se consolaba su espíritu.

III.—De qué modo respondió a un Ministro, que le pedía licencia para tener varios libros, y cómo unos Ministros pretendieron, ignorándolo Francisco, borrar de la Regla un capítulo

Aconteció, al tiempo en que el bienaventurado Francisco regresó de su viaje a Oriente, que cierto Ministro andaba discurriendo dentro de sí mismo acerca del punto de la pobreza, y deseaba conocer cuál era la voluntad y el modo con que la entendía el Fundador, mucho más atendiendo a que entonces la Regla contenía un capítulo en el que se incluían varias prohibiciones evangélicas, como aquella que dice: *No llevéis nada para el camino, ni bastón, ni alforja, ni dinero, ni pan, etc.* A lo cual respondió el bienaventurado Francisco: *Yo entiendo por esto que los frailes no deben tener otra cosa sino el hábito con la cuerda y los paños menores, conforme se dice en la Regla; y si algunos tuviesen necesidad, puedan traer calzado.*

A esto añadió el Ministro: «¿Qué debo hacer yo, que tengo libros en tanto número que valen más de cincuenta libras?» Esto lo decía pretendiendo poseerlos con una conciencia tranquila, a pesar de que algo le remordía el tener tantos y saber que el seráfico Padre entendía muy estrecha-

mente el voto de la pobreza. Respondióle el bienaventurado Francisco: *No quiero, ni debo, ni puedo ir contra mi conciencia y la perfección del santo Evangelio que hemos profesado.* Al oír esto el Ministro, quedó entristecido. Como lo observase el bienaventurado Francisco, le dijo con gran fervor de espíritu, para que así lo entendiesen los demás frailes: *¡Vosotros queréis ser tenidos por los hombres como frailes Menores y que se os llame observantes del Santo Evangelio; mas, en cambio, con las obras queréis tener bienes!*

Sin embargo, aunque los Ministros sabían que los frailes estaban obligados a observar el santo Evangelio según la Regla, no obstante, hicieron desaparecer de la misma Regla aquello donde se decía: *Nada llevaréis para el camino.* etcétera, creyendo con esto no estar obligados a vivir según la perfección del Evangelio. Por lo cual, conociéndolo Francisco por inspiración divina, dijo delante de algunos religiosos: *Paréceles a varios Ministros que el Señor y yo nos engañamos; mas, para que sepan los frailes estar obligados a vivir según la perfección del santo Evangelio, quiero que se consignen al principio y fin de la Regla estas palabras: «Quod fratres teneantur sanctum Evangelium Domini Nostri Iesu Christi firmiter observare»: que los frailes estén firmemente obligados a observar el santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. Y a fin de que los religiosos sean siempre inexcusables desde el momento que les anuncié y vuelvo a anunciar aquellas cosas que el Señor se dignó poner en mis labios para mi bien espiritual y el de ellos, quiero llevar a la práctica dichas cosas en presencia de Dios y con el auxilio de su gracia observarlas perpetuamente.* Y así fué en verdad, pues él observó fidelísimamente todo el santo Evangelio desde el día en que comenzó a tener discípulos hasta el instante de su muerte.

IV.—El novicio que deseaba tener un salterio, con su licencia

En otra ocasión cierto novicio, que sabía leer en el salterio, aunque obtuvo indebidamente del Ministro General licencia para tener un ejemplar de aquel libro, sin embargo, como oía decir que el bienaventurado Padre quería que sus religiosos no anduviesen solícitos en demasía por la ciencia y por los libros, no estaba contento de usar el mencionado libro sin obtener también para ello licencia del bienaventurado Francisco.

Llegó el Santo al lugar donde estaba el novicio, y éste le dijo: «Padre mío, para mí sería un gran consuelo tener un salterio; y aun cuando el General me lo ha concedido, no obstante, quisiera, Padre mío, tenerlo con tu beneplácito.» Al cual respondió Francisco: *El Emperador Carlos, Rolando y Oliveros y todos los demás palaciegos y demás varones esforzados que fueron poderosos en la guerra, persiguiendo a los infieles hasta la muerte con gran trabajo y no menos sudores, obtuvieron de ellos muy señaladas victorias, y también los santos mártires murieron en el tormento por la fe de Cristo. Al presente, empero, hay muchos que con la sola narración de lo que aquéllos hicieron pretenden los honores y alabanzas humanas. Cosa parecida sucede entre nosotros: hay algunos que con sólo rezar y ponderar las cosas que los santos hicieron, quieren adquirir honor y gloria.* Como si quisiera decir: No consiste todo en los libros y en la ciencia, sino también en la práctica de las obras virtuosas; porque *la ciencia envanece, en tanto que la caridad edifica.* Pasados algunos días, hallábase el bienaventurado Francisco sentado cerca del fuego, y acercándosele el mismo novicio, le volvió a hablar del salterio. A esta nueva instancia respondió Francisco: *Después que tuvieres el salterio, desearás y querrás tener un breviario, y una vez obtenido el breviario, pensarás ya que eres un gran prelado y dirás a tu hermano: «Tráeme el breviario.»*

Al decir esto, con gran fervor de espíritu Francisco tomó ceniza, esparcióla sobre la cabeza y con la mano fué extendiéndola por uno y otro lado, todo alrededor de la cabeza, como si se la estuviese lavando, y decía al mismo tiempo: *¡Quiero un breviario, quiero un breviario!* Repetía esta frase muchas veces, mientras pasaba la mano por diferentes partes de la cabeza. Con esto quedó estupefacto y avergonzado aquel novicio. Después prosiguió el bienaventurado Padre: *También yo, hermano mío, experimenté igual tentación de tener libros: pero mientras no supe acerca de esto la voluntad del Señor, tomé un libro que contenía los santos Evangelios y rogué al Señor que a la primera vez de abrir el libro se dignase manifestarme su voluntad acerca de esto. Una vez terminada la oración, al abrir el libro se me ofreció aquel texto del Evangelio: «A vosotros se os ha concedido la gracia de conocer el misterio del reino de Dios, pero a los demás sólo por medio de parábolas.»* Y dijo además: *Son tantos los que por propia voluntad procuran adquirir la ciencia, que pueden llamarse bienaventurados los que por amor de Dios se hacen ignorantes.*

Pasados algunos meses, estaba en la Porciúncula el bienaventurado Francisco, y en el camino, tras del convento. próximo a una celda, otra vez se le acercó el mismo novicio para hablarle del salterio, al cual dijo Francisco: *Marcha y haz en esto lo que te dijere tu Ministro.* Oída esta contestación, aquel religioso comenzó a volver por donde había venido. Entonces, sin moverse del lugar el bienaventurado Francisco, pensó sobre lo que había dicho al novicio, y al momento le llamó, diciendo: *¡Espérame, hermano mío: espérame!* Y al llegar junto a él, le dijo: *Vuélvete conmigo, hermano, y señálame el lugar donde te dije respecto del salterio que hicieses según te dijese tu Ministro.* Cuando llegaron a dicho lugar, el bienaventurado Francisco se arrodilló delante del novicio y dijo: *Confieso mi culpa, hermano; confieso mi culpa; pues todo el que quiere ser fraile Menor no debe tener sino la túnica, según se lo concede la Regla, y la cuerda o cordón y los paños de la honestidad, y calzado, además, aquellos a quienes obligase la necesidad.* De igual modo respondía a cuantos religiosos se le acercaban en demanda de su consejo respecto de este punto. Además, decía frecuentemente: *Tanta ciencia posee el hombre, cuantos trabajos ejecuta, y en tanto un religioso es buen orador, cuanto más se ejercita en el trabajo, pues «el árbol se conoce por el fruto».*

V.—Pobreza que debía observarse en los libros, en los lechos, en los edificios y en los utensilios

El bienaventurado Padre enseñaba a sus religiosos que en los libros debía buscarse, más que su valor y curiosidad, la gloria y la doctrina del Señor. Por lo cual quería que tuviesen pocos libros, y éstos en común, que sirviesen, no para mero ornato, sino para utilidad y edificación, y que, además, estuviesen a disposición de los que los necesitasen. En las camas y en las ropas de éstas resplandecía de tal manera la pobreza, que cuanto tenían un poco de paja cubierta con un paño casi raído juzgaban descansar sobre blando colchón.

Además, enseñaba a sus religiosos a fabricarse habitaciones pobres, que fuesen más bien de madera que de piedra y que estuviesen construídas en estilo sencillo. Y no sólo le repugnaba la demasiada pulcritud en las casas, sino que también detestaba mucho la excesiva abundancia y curiosidad en los utensilios. En las mesas y demás enseres no quería ver nada que pareciese mundano o que pudiera recordar las vanidades del mundo, antes bien, deseaba que todo ostentase la más alta pobreza y recordase a los frailes su peregrinación y destierro.

VI.—Cómo obligó a todos los frailes que abandonasen una casa, porque se decía que era suya

Pasaba una vez por la ciudad de Bolonia el bienaventurado Francisco, y oyó decir que había allí un convento de sus religiosos; y como al propio tiempo oyese ciertas expresiones con las cuales se daba a entender que aquel edificio era propio de los frailes, al momento salió de la ciudad, se encaminó hacia otro lugar y dispuso muy severamente que todos los religiosos saliesen aprisa de aquella casa, y que en modo alguno habitasen en ella. Salieron, en efecto, de la casa todos los frailes, hasta el punto de no quedar en ella ni los mismos enfermos, que la abandonaron en compañía de los demás, hasta que Hugolino, Obispo de Ostia y Legado del Papa en la Lombardía, anunció en público que aquella casa era propiedad suya. Y cierto religioso enfermo, que se vió obligado a salir de aquella casa, es el que da testimonio y escribió todo esto.

VII.—Cómo quiso destruir una casa que el pueblo de Asís había construido junto a Santa María de la Porciúncula

Al acercarse la celebración del Capítulo General, que se tenía cada año en Santa María de la Porciúncula, y considerar el pueblo de Asís que los frailes iban aumentando cada día, y que todos los años se reunían allí, donde sólo tenían una celdita muy reducida y cubierta de paja, cuyas paredes eran de mimbres y revestidas de barro, convinieron entre sí los asisienses y determinaron construir en poco tiempo, con gran devoción y diligencia, una casa grande y espaciosa, de piedra y cal, sin que el bienaventurado Francisco tuviese noticia de este intento, aprovechando su ausencia. Al regresar el seráfico Padre de cierta provincia y llegar a la Porciúncula, para asistir al Capítulo, no pudo reprimir su admiración a la vista del gran edificio que habían construido. Temeroso de que los frailes, con este ejemplo, pretendiesen edificar conventos excesivamente grandes en los lugares donde moraban o habrían de morar en adelante, y, además, deseoso de que

aquel lugar bendito fuese ejemplar y modelo de todos los otros lugares o conventos de la Orden, antes de terminarse el Capítulo subió al tejado de la casa, ordenando que subiesen también los frailes. Todos reunidos, comenzó con ellos a levantar las pizarras que cubrían el edificio y a arrojarlas a tierra, pretendiendo destruir la casa hasta los cimientos. Pero varios caballeros de Asís, que estaban allí para guardar el orden, a causa de la muchedumbre de gentes venidas de diferentes lugares con objeto de ver el Capítulo de los frailes, al ver el intento del bienaventurado Padre y de sus compañeros se le acercaron al instante y le dijeron: «Hermano, esta casa es propiedad del pueblo de Asís, y nosotros estamos aquí en su nombre; por lo cual nos oponemos a que destruyas nuestra casa.» Al oír esto el Santo, les respondió: *Siendo, pues, vuestra, me guardaré de tocarla.* Y al momento, tanto él como los demás frailes bajaron y abandonaron la empresa. Por lo cual los habitantes de la ciudad de Asís establecieron que en adelante cuantos ejerciesen la autoridad civil en el pueblo estuviesen obligados a cuidar de hacer en la casa todos los reparos que fuesen necesarios; lo cual se vino cumpliendo por espacio de muchísimos años.

VIII.—Cómo reprendió a su Vicario porque ordenó que se hiciese un departamento especial con el solo fin de rezar el Oficio

En otra ocasión se le ocurrió al Vicario del bienaventurado Francisco ordenar que se construyese una casita o departamento especial para que pudiesen los frailes descansar y recitar sus horas canónicas, pues, por la multitud de los frailes que solían concurrir a dicho lugar, no tenían sitio a propósito y cómodo para cumplir con la obligación del Oficio. A dicho lugar venían todos los frailes de la Orden, por ser donde se les imponía el hábito. Estaba ya para terminarse la obra y volvió a pasar por allí el seráfico Padre. Retirándose a una celda, oyó el ruido que producían los trabajadores; llamó a su compañero y le preguntó en qué obra estaban ocupados los frailes. El compañero le refirió lo que sucedía. Al momento hizo llamar a su Vicario, a quien amonestó caritativamente diciéndole: *Hermano, este convento debe ser el ejemplar y modelo de todos los de la Religión, y, por lo tanto, prefiero que los frailes sufran aquí estrecheces e incomodidades por amor de Dios, y que los frailes que aquí vienen vuelvan a sus conventos edificados con un buen ejemplo de pobreza, más bien que encuentren comodidades y regalos y tomen con esto ejemplo de construir edificios en otros sitios, diciendo: «En Santa María de la Porciúncula, que es el primer convento de la Orden, se levantan casas grandes y espaciosas; por lo tanto, bien podemos construir nosotros, en los sitios donde fijemos la morada, edificios parecidos a éstos.»*

IX.—El bienaventurado Francisco no quería habitar en celda demasiado curiosa, o que se dijese que era suya

Cierto religioso, de grande espíritu y muy familiar del bienaventurado Francisco, se hizo fabricar una celda en el eremitorio donde vivía, un poco alejada de éste, con objeto de que siempre que el bienaventurado Padre viniese allí pudiese descansar en ella y dedicarse a la oración. Llegó allí cierta vez Francisco, y aquel religioso le condujo a la celda. El Santo le dijo: *¡Esta celda es demasiado buena!* Y eso que sólo era de tablas trabajadas a sierra y hachuela. *Por lo tanto* —añadió—, *si quieres que viva aquí, es necesario que la cubras interior y exteriormente de toscas ramas de árboles y de mimbres.* Pues el Santo moraba con tanto más gusto en las celdas y en los conventos, cuanto más brillaba en ellos la pobreza. Cumplido por dicho religioso el encargo del bienaventurado Francisco, éste vivió allí por algún tiempo.

Y sucedió cierto día que, ausente el Santo de la celda, fué a verla otro religioso, que se llegó después a donde estaba Francisco. Este, al verlo, le preguntó: *¿De dónde vienes, hermano?* Le respondió: «Vengo de ver tu celda.» Al oír estas expresiones, replicó Francisco: *Ya que has dicho que esa celda es mía, en adelante otro será el que more en ella, pero no yo, en manera alguna.* Los que vivimos con él mucho tiempo le oíamos repetir con frecuencia aquellas palabras del Evangelio: *Las zorras del campo tienen sus cuevas, y las aves del cielo, nidos; mas el Hijo del hombre no tiene siquiera donde reclinar su cabeza.* Decía también: *Cuando el Señor estuvo en el desierto, y ayunó por espacio de cuarenta días y cuarenta noches, no hizo que se le construyese allí celda ni casa alguna, sino que vivió entre los peñascos del monte.* Por lo tanto, a ejemplo de Cristo, jamás quiso tener casa o celda que se dijese ser suya, ni consintió tampoco jamás que se la hiciesen. Si acaso acontecía alguna vez que dijese a sus frailes: *Id, preparad aquella celda,* no quería después vivir en ella, recordando las palabras del Evangelio: *No queráis ser solícitos en demasía,* etc. Por eso, próximo ya

a la muerte, hizo escribir en su Testamento que todas las celdas y casas de los religiosos fuesen tan sólo de leños y de barro. para que de este modo resplandeciesen más la santa pobreza y humildad.

X.—Cómo debían adquirirse los conventos en las ciudades, y del modo de edificar en ellas, según la intención del bienaventurado Francisco

Hubo un tiempo en que, hallándose Francisco en la ciudad de Siena, con motivo de la enfermedad de sus ojos, le dijo un senor, llamado Buenaventura, que cedió a los religiosos un terreno para edificar: «¿Qué te parece, Padre mío, de este lugar?» A lo que le respondió Francisco: *¿Quieres que te diga cómo pienso que los religiosos debían construir los edificios?* Buenaventura respondió: «Quiero, Padre mío.» Francisco añadió: *Cuando mis religiosos van a cualquier ciudad donde no tienen convento y encuentran una persona caritativa que se ofrece a darles terreno bastante para edificar, tener huerta y demás dependencias necesarias, deben, ante todo, mirar qué espacio les será preciso, no olvidándose de la santa pobreza y del buen ejemplo que debemos dar en todo.*

Esto decía porque en manera alguna quería que sus religiosos, en el uso de los conventos, de las iglesias, huertas y demás cosas que les eran necesarias para la vida, traspasasen en lo más mínimo las reglas de la santa pobreza, ni que tuviesen lugar alguno con derecho de propiedad, antes bien, morasen en ellos cual si fuesen peregrinos y advenedizos. Por lo cual deseaba que en los conventos no hubiese frailes en número excesivo, pues le parecía muy difícil que pudiera guardarse perfectamente la pobreza habiendo gran muchedumbre. Tal fué su deseo durante toda la vida: que en todas las cosas se observase la más estricta pobreza.

Una vez, pues, determinado el terreno que necesitasen los frailes para la edificación del convento, deberían presentarse al Obispo de la diócesis y decirle: «Señor, tal persona, por amor de Dios y por la salvación de su alma, quiere darnos una porción de terreno para que podamos edificar en él un convento. Recurrimos, por tanto, a vos, ante todo, porque sois padre y señor de toda la grey cristiana encomendada a vuestro especial cuidado y de todos nuestros religiosos que llegaren a morar en este sitio. Por lo cual deseamos edificar allí un convento, con la bendición de Dios y la vuestra.»

Procedía el Santo con esta prudencia por juzgar muy acertadamente que el fruto que los religiosos desean y pretenden hacer en la salvación de las almas lo conseguirían mucho mejor conservando la paz con los clérigos y procurando ganarlos para Cristo, lo mismo que al pueblo, más bien que ocasionando culpablemente algún escándalo, aun en el supuesto de convertir al pueblo. Dijo también: *El Señor se dignó llamarnos para la conservación y aumento de su fe y para auxiliar al Clero y a los Prelados de la Santa Iglesia Romana. Por lo cual estamos obligados, cuanto nos es posible, a amarlos siempre, a honrarlos y a venerarlos; pues por eso nos llamamos frailes Menores, y debemos, así como en el nombre, de igual modo con el ejemplo y con la obra, ser más humildes que los demás hombres del mundo. Y porque ya desde el principio de mi conversión a Dios puso el Señor sus palabras en boca del Obispo de Asís, para que él me aconsejase y me dirigiese acertadamente en el servicio de Cristo, por esto y por las muchas excelencias que reconozco en los Prelados, no sólo a ellos, sino también a los simples sacerdotes quiero amar, respetar y considerar como a mis señores.*

Después de esto, recibida la bendición del Obispo, diríjanse los frailes al lugar donde se ha de levantar el edificio, y hagan que se marque bien determinadamente por todo alrededor, colocando en todo él una valla fuerte en vez de muro, para señal de la santa pobreza y de la humildad. Hecho esto, ordenen que se les construyan casas humildes y pobres, de leños y barro, y también algunas celdas, en las cuales puedan los religiosos orar y dedicarse al trabajo devotamente, evitando la ociosidad. Procuren también que se les edifiquen pequeñas iglesias, pues no deben pretender que sean grandes y suntuosas, so pretexto de predicar al pueblo, ni por ningún otro motivo. Porque será, sin duda, de más eficaz ejemplo y se ejercitará más la humildad, si van a otras iglesias a ejercer el oficio de la predicación. Y si alguna vez los Prelados, los clérigos, los religiosos o los seglares vinieren a sus conventos, les predicarán con más elocuencia las casas pobres, las celdas humildes y las iglesias pequeñas, y quedarán más edificados con estas cosas que con los más estudiados discursos.

Y dijo, además: *Sucede no pocas veces que los frailes exigen que se les construyan grandes edificios, con perjuicio de nuestra santa pobreza y ocasionan con esto en muchos mal ejemplo y murmuraciones. Obran algunas veces de este modo con pretexto de tener un lugar más devoto y recogido o de que en él se reúna mayor concurso del pueblo; y no deja de*

acontecer que después, por ligereza o presunción, abandonan aquellos lugares o edificios, y los destruyen, y hacen construir otros más suntuosos y excesivos en magnitud; por lo cual los bienhechores que dieron sus limosnas y otros, al ver esto, no pueden menos de turbarse y escandalizarse. De consiguiente, es mucho mejor qu los frailes se contenten con edificios pobres y pequeños, en conformidad con su profesión, y dar así buen ejemplo a los prójimos, antes que ocasionar mal ejemplo a los demás, con proceder de modo contrario a su estado. Pues si los frailes alguna vez abandonasen cualquier casa, por motivo de trasladarse a otra más conveniente, no sería cosa verdaderamente reprensible.

XI.—Oposición que hicieron al bienaventurado Francisco algunos frailes, especialmente Prelados y hombres de ciencia, en el asunto del modo de edificar los conventos

Había determinado el bienaventurado Francisco que las iglesias de los religiosos fuesen pequeñas, y que las casas o conventos fuesen de barro y de madera, para que en todo ello resplandeciese la humildad y la pobreza. Quería el Santo que esto se principiase a realizar en la Porciúncula, sobre todo en lo que miraba a la forma de construcción, puesto que aquel lugar debía servir de memorial o ejemplo perpetuo a todos los frailes presentes y futuros, por ser el primero y principal de entre todos los conventos de la Orden. Tropezó con algunos frailes que en esto le eran contrarios, dando por razón que en varias provincias la madera costaba más que la piedra, por lo cual no les parecía oportuno que para la construcción de las casas se empleasen la madera y el barro. Mas el bienaventurado Padre no juzgaba prudente discutir con ellos, atendiendo, sobre todo, a que se encontraba gravemente enfermo y próximo a la muerte. Por lo cual dejó escritas en su Testamento estas palabras: *Guárdense muy bien los frailes de no recibir en modo alguno iglesias, las casas y demás edificios que para ellos se construyan, si no fuesen conformes a la santa pobreza, morando allí como peregrinos y transeúntes.*

A nosotros, que estuvimos con él cuando redactó la Regla y casi todos sus demás escritos, nos consta que hizo incluir en la Regla y en los otros escritos muchas cosas en las cuales le fueron contrarios varios religiosos, sobre todo algunos Prelados y hombres de ciencia. Estas cosas serían hoy útiles y necesarias a toda la Orden; pero como el Santo era tan contrario a dar el más pequeño motivo de escándalo, condescendía con la voluntad de los frailes, aunque fuese bien a pesar suyo. Sin embargo, frecuentemente repetía estas palabras: *¡Ay de aquellos frailes que sin razón me contradicen en todo lo que estoy firmemente persuadido ser voluntad de Dios para el bien y utilidad de toda la Religión; y, no obstante, en algunas ocasiones me considero en el deber de condescender con sus deseos!* De aquí que varias veces nos decía a nosotros sus compañeros: *Duélome mucho y me aflijo al ver que en aquellas cosas que obtengo de la misericordia del Señor, después de mucha oración y meditación, procurando con ello la utilidad presente y futura de la Orden, y estando, además, persuadido por el mismo Señor de que son conformes a su voluntad santísima, en esto precisamente hay algunos religiosos que, infatuados con su propia ciencia y mundana prudencia, me son contrarios y se empeñan en tergiversarlas diciendo: «Tales cosas deben guardarse y practicarse y tales otras no.»*

San Damián (G. Wentermarini.)

XII.—El Santo juzgaba ser un hurto pedir limosnas o usar de ellas sin verdadera necesidad

Frecuentemente el bienaventurado Francisco hablaba a sus religiosos en esta forma: *Hermanos míos, nunca fuí ladrón de limosnas, adquiriéndolas o usando de ellas sin necesidad; antes al contrario, siempre recibí menos de lo preciso, para que no me aconteciese que otros pobres se viesen privados del necesario socorro; pues obrar de otra manera lo juzgo como hurto.*

XIII. — Cómo se le reveló que sus frailes nada debían poseer, ni en común ni en particular

Indicáronle algunos Ministros que concediese a sus frailes alguna cosa, al menos en común, pues tenía tanta multitud a quien alimentar, y el bienaventurado Francisco recurrió a Cristo en la oración, y le consultó sobre este punto. Le contestó así: *Yo lo proveeré todo en común y en particular, pues siempre estaré dispuesto a socorrer a esta familia, por mucho que se multiplique, y siempre la favoreceré, mientras tenga puesta en Mí su confianza.*

XIV.—Su aversión al dinero y de qué modo castigó a un religioso que faltó en esto

Francisco, verdadero amigo e imitador de Cristo y despreciador de todas las cosas del mundo, aborrecía al dinero mas que cosa alguna, e inducía a sus religiosos con la palabra y el ejemplo a que huyesen de él como del mismísimo diablo. Dábales, ademas, este consejo: que tuviesen el mismo amor al dinero que a las más viles inmundicias. Aconteció, pues, que un seglar entró, cierto día, a rezar en la iglesia de Santa María de la Porciúncula, y como limosna puso algún dinero junto a una cruz. Al retirarse aquel hombre, un religioso, bastante simple, lo tomó con las manos y lo dejó en una ventana. Tuvo conocimiento de esto el bienaventurado Francisco, y, viéndose descubierto aquel religioso, acudió al momento a pedir perdón, y, postrado en tierra, se ofreció al castigo.

Reprendióle Francisco y le corrigió severísimamente por haber tocado el dinero, mandándole que con su propia boca cogiese de la ventana el dinero, lo llevase en esta forma fuera de la cerca del convento y lo colocase, también con sus propios labios, sobre un inmundo estercolero. Todos los que presenciaron o tuvieron noticia de este hecho se llenaron de gran temor, y desde entonces concibieron mayor desprecio del dinero, comparado a la basura de animales, y cada día, merced a nuevos ejemplos, se estimulaban a despreciarlo y a aborrecerlo más y más.

XV.—Se debe evitar una vida muelle y la variedad de túnicas. Paciencia en las necesidades

Revestido este varón con la virtud de lo alto, se abrasaba más interiormente con el amor divino que exteriormente con el abrigo corporal. Por eso no toleraba a los que se cubrían con más de dos túnicas y a los que en la Orden pretendían usar vestidos delicados. Toda necesidad que procediese, no de la razón, sino de la voluntad, la juzgaba como señal cierta de un espíritu descuidado y tibio. *Con un espíritu de esta naturaleza* —decía—, *y que poco a poco va perdiendo el fervor de la gracia, no pueden buscarse sino las cosas que son agradables a la carne y a la sangre.* Y para confirmar esta verdad, añadía: *¿Qué cosa, en efecto, le resta al alma, cuando carece de las caricias del espíritu, sino que la carne se vuelva a las suyas? Entonces el apetito animal, paliando la cosa con el pretexto de la necesidad, se forma la conciencia con el juicio carnal. Porque si un hermano tiene verdadera necesidad y al momento procura satisfacerla, ¿qué recompensa obtendrá? Se le presenta, en efecto, la ocasión del mérito, pero demuestra con su conducta que la desprecia y la tiene en menos; y el no tolerar con paciencia las necesidades no significa otra cosa que el volverse de nuevo a las ollas de Egipto.*

En una palabra, por nada quería que los religiosos tuviesen para su uso más de dos túnicas, las cuales, sin embargo, permitía que se reforzasen con algunas piezas interiormente cosidas. En cambio, aseguraba que debían aborrecerse los vestidos delicados, y acremente censuraba a los que obraban de otro modo; y para excitar con su ejemplo a los tales, cubría siempre al exterior su túnica con un saco grosero. Por esto ordenó que al morir se le amortajara de igual manera. Mas los religiosos a quienes obligaba alguna dolencia u otra necesidad verdadera, vestían a raíz de la carne una túnica menos áspera, procurando siempre que en el hábito exterior resplandeciesen la vileza y la aspereza. Con gran dolor también solía exclamar: *Tanto irá disminuyendo el rigor y aumentando la tibieza, que los hijos de un padre pobre no se avergüencen de usar hábitos preciosos cual la escarlata, mudado sólo el color.*

XVI.—No quería para sí lo que tampoco podían tener los otros religiosos

Moraba el bienaventurado Francisco en un eremitorio llamado de San Eleuterio, cerca de Rieti, y obligado por el mucho frío se vió en la necesidad de forrar interiormente con retazos de paño una túnica de su uso y otra del de su compañero, fray Ricerio. Porque sólo se cubría con la túnica habitual, y con aquel abrigo proporcionó a su cuerpo algún necesario alivio. Poco después, al terminar un día la oración, dijo lleno de alegría a su compañero: *Yo debo ser el modelo y ejemplo de todos nuestros hermanos, y, por lo tanto, aun cuando mi cuerpo tenga cierta necesidad de una túnica forrada, sin embargo, debo pensar que habrá otros varios hermanos míos que necesitarán de este mismo alivio, y acaso no lo tengan ni puedan proporcionárselo. Por lo cual debo yo someterme a las mismas necesidades que padecen, para que con este ejemplo se animen a sufrirlas con gran paciencia.*

Cuantas veces negó al cuerpo el alivio de sus necesidades, para dar con ello buen ejemplo a sus hermanos y animarles a sufrir los efectos de su indigencia, ni aun nosotros mismos, que vivíamos con él, acertamos a explicarlo ni de palabra ni por escrito. Pues, desde que los frailes comenzaron a multiplicarse, puso su principal y más grande cuidado en enseñar a sus religiosos, más bien con el ejemplo que con la palabra, lo que debían hacer o evitar.

XVII.—Cómo se avergonzaba cuando veía a otro más pobre que él

Encontró una vez en el camino a un pobre mendigo, y al ver lo extremado de su indigencia, dijo al compañero: *Gran vergüenza debería causarnos la pobreza de este hombre, que reprende severamente la nuestra. Pues en realidad mucho me avergüenzo cuando encuentro a otro más pobre que yo, puesto que escogí la santa pobreza por mi señora y por mis más preciadas riquezas temporales y espirituales. Y esto es conocido de todos, porque públicamente, delante de Dios y del mundo, hice profesión de pobreza.*

XVIII.—Cómo aconsejó y enseñó a los primeros frailes a pedir limosna

Cuando el bienaventurado Francisco comenzó a tener como seguidores algunos religiosos, experimentó una grande alegría, no sólo por la conversión de los mismos a Dios, sino también por la amable compañía que con ellos le proporcionaba. Y tanto los amaba y respetaba, que no los obligaba a pedir limosna, prefiriendo hacerlo por sí mismo. Hacía esto porque le parecía que experimentaban en ello alguna vergüenza: por lo cual, compadecido de su flaqueza, él solo pedía diariamente la limosna. Mas, como esta carga le fatigase mucho, por haber sido en el siglo hombre delicado y de naturaleza débil, debilidad acrecentada por la abstinencia y los rigores de la mortificación, hubo de convencerse serle imposible continuar él sólo con esta carga. Pensó, además, que también los compañeros eran llamados a esto mismo, aun cuando les causase alguna vergüenza, porque no estaban aún bastante instruidos ni eran tan discretos que le dijesen: «Deja, que también nosotros queremos ir a pedir limosna». Por eso él mismo les dijo: *Carísimos hermanos e hijitos míos, no queráis avergonzaros de pedir limosna, porque el Señor se hizo pobre por nosotros en este mundo, y movidos por su ejemplo hemos profesado la santa y verdadera pobreza. Esta es realmente nuestra herencia, que nos adquirió y legó Nuestro Señor Jesucristo, lo mismo que a todos cuantos, siguiendo su ejemplo, quieren vivir en estado de pobreza.*

Os aseguro, en verdad, que muchos de entre los más nobles y honrados del siglo vendrán a esta nuestra Congregación, y tendrán a mucha honra y gloria ir a pedir limosna. Id, pues, también vosotros con gran confianza y no menos gozo a eso mismo, con la bendición de Dios. Y debéis ir a pedir limosna tan contentos y alegres como lo estaría aquel que con un solo céntimo pudiera adquirir una onza de oro, puesto que ofrecéis a los bienhechores, a cambio de su limosna, el amor de Dios. cuando les decís: «Dadnos alguna limosna, por amor de Dios», en cuya comparación nada significan el cielo y la tierra.

Mas, como entonces eran pocos los frailes, no podía enviarlos de dos en dos, y tuvo que resignarse a enviar separadamente a cada uno por diferentes aldeas y pueblos. Y sucedió que al regresar algunos con las limosnas que habían recogido, cada cual enseñaba al bienaventurado Francisco las que traía, diciéndose unos a otros: «Yo recogí más li-

mosna que tú»; con lo cual no dejaba de alegrarse Francisco, al verlos tan contentos y satisfechos. Desde entonces cada uno se mostraba más alegre en pedir licencia para ir en busca de limosna.

XIX.—Cómo no quería que sus religiosos fuesen demasiado solícitos en proveerse para el día de mañana

Por aquel tiempo, hallándose el bienaventurado Francisco en compañía de los religiosos que entonces tenía, vivía con ellos en tanta pobreza que en todas las cosas observaban literalmente las prescripciones del santo Evangelio. Y esto desde aquel mismo día en que se dignó revelarle el Señor que tanto él como sus compañeros debían ajustarse a esta forma de vida; por lo cual prohibió al hermano cocinero que cociese el día anterior las legumbres que los religiosos habían de comer al día siguiente, según se acostumbraba, para que siguiesen aquel consejo del Evangelio: *No queráis ser solícitos por el día de mañana.* Y así aquel religioso difería ponerlas a cocer hasta la mañana del día en que debían comerse. Por lo cual, durante mucho tiempo acostumbraban los frailes en varios lugares no pedir ni recibir más limosnas que las indispensables para el socorro de las necesidades del día. Hacían esto, sobre todo, en las ciudades.

XX.—Cómo reprendió de palabra y ejemplo a unos religiosos que prepararon mesa suntuosa en el día de la Natividad del Señor

Llegó en cierta ocasión junto a San Francisco un Ministro, con objeto de celebrar en su compañía la solemne fiesta de la Natividad del Señor, en el convento de Rieti. Los religiosos, con motivo de la fiesta y la llegada del Ministro, prepararon para el mismo día de Navidad una comida extraordinaria y demasiadamente regalada, al parecer del Santo, cubriendo la mesa con blancos y finos manteles y vasos de cristal. Al bajar el bienaventurado Francisco de la celda para comer vió las mesas adornadas de aquel modo. Entonces se retiró en seguida secretamente, tomó el bastón y la raída capa de cierto pobre que aquel mismo día había llegado allí, y, llamando en voz baja a uno de sus compañeros, salió fuera de las puertas del convento, sin que lo advirtiesen

los demás religiosos que allí moraban. El compañero quedó a la parte interior de la puerta, en tanto que los otros frailes entraron en el refectorio o comedor, pues el bienaventurado Francisco les había dado orden de que no le esperasen, si no llegaba a la hora de comenzar la comida. Permaneció algún tiempo fuera, volvió al convento, llamó a la puerta, y su compañero se la abrió al instante. El, cubierta la espalda con la raída capa, y con el báculo en la mano, se dirigió a la puerta del refectorio, donde los religiosos se hallaban comiendo, cual si fuese un pobre peregrino. Levantó la voz y dijo: *¡Por amor de Dios, dad una limosna a este enfermo y pobre peregrino!* El Ministro y los demás religiosos que allí se hallaban le conocieron al momento, y el Ministro le respondió: «Hermano mío, también nosotros somos pobres, y como seamos muchos, nos son precisas las limosnas que tenemos; mas por amor a aquel Señor que nombraste, entra y te daremos algo de las limosnas que el mismo Dios nos proporcionó.» Entró el Santo, colocóse delante de la mesa de los religiosos, y el Ministro le alargó la escudilla en que comía, juntamente con un trozo de pan. Recibió humildemente ambas cosas y se sentó junto al fuego, delante de los frailes colocados a la mesa; y, lanzando un gran suspiro, les dijo: *Al ver esta mesa preparada con tanta elegancia y curiosidad, juzgué que no era una mesa propia de pobres religiosos que todos los días van de puerta en puerta pidiendo limosna. Porque a nosotros, hermanos carísimos, más que a otros religiosos, nos conviene seguir los ejemplos de la pobreza y humildad de Cristo, pues tal ha sido nuestra vocación y así lo hemos prometido en la profesión delante de Dios y de los hombres. Por lo cual he creído oportuno sentarme aquí donde me veis, como verdadero fraile Menor, pues tengo para mí que las festividades del Señor y de los santos se celebran mejor con la estrechez y la pobreza, virtudes con las cuales los santos han conseguido el cielo, que con el boato y la superfluidad, vicios por los cuales suele apartarse el alma del camino que la conduce a la patria celestial.* Al oír esta prudente amonestación se avergonzaron los religiosos, considerando que Francisco decía la pura verdad y tenía sobradísima razón. Y entre aquellos religiosos no faltaron algunos que comenzaron a derramar lágrimas al ver a Francisco sentado en tierra y al considerar la prudencia y dulzura con que quiso corregirlos y enseñarlos. Con este mismo espíritu aconsejaba a sus religiosos que tuviesen las mesas tan modestas y sencillas, que pudiesen servir de edificación a los seglares. Y por si acaso sobreviniese algún pobre, y por caridad fuese invitado a comer, pudiese sentarse a la mesa

entre los demás religiosos y no se viese en la precisión de hacerlo en el suelo, en tanto que los demás se encontraran en sus asientos.

XXI.—Cómo el Obispo Ostiense se conmovió y edificó con la pobreza de los frailes

Asistía una vez el señor Obispo Ostiense, que después fué Papa con el nombre de Gregorio IX, al Capítulo celebrado por los frailes en Santa María de la Porciúncula, y entró en el convento, acompañado de muchos clérigos y caballeros, deseoso de ver el dormitorio de los religiosos. Al observar que éstos dormían sobre la desnuda tierra, sin más lecho que unas pobres pajas, a guisa de colchón duro y averiado, y sin almohada o cabezal alguno, no pudo menos de conmoverse, y, soltándosele las lágrimas, dijo delante de los circunstantes: «¡He aquí cómo duermen los frailes, y, en cambio, nosotros, miserables, de cuántas comodidades estamos rodeados! ¿Qué será, pues, de nosotros?» A la vista de este espectáculo, tanto él como todos sus acompañantes quedaron altamente edificados. Tampoco divisó en aquel lugar mesa alguna, porque los religiosos comían en el suelo.

XXII.—Cómo varios caballeros encontraron lo necesario para el sustento, pidiendo limosna de puerta en puerta, por consejo del bienaventurado Francisco

Cuando se hallaba Francisco en el lugar de Bagnara, cerca de la ciudad de Nocera, comenzaron a hinchársele los pies de manera extraordinaria, por una grave enfermedad de hidropesía. Supiéronlo los moradores de Asís, entre ellos algunos caballeros, y fueron presurosos al lugar mencionado con ánimo de conducirlo a Asís, temerosos de que se muriese en aquel lugar, y se quedasen allí con su santo cuerpo. En el camino se pararon a descansar en cierta aldea del condado de Asís, con objeto de tomar algún refrigerio. Entretanto dejaron al bienaventurado Francisco en casa de un pobre hombre, que le admitió con muy buena voluntad, y los caballeros marcharon por la aldea para comprar algo que comer, pero nada encontraron. Visto lo cual, se volvieron a casa, contando a Francisco lo que les había sucedido, diciéndole casi con sollozos: «Conviene, hermano, que nos deis de vuestras limosnas, porque nada hemos encontrado para comer.» A esta petición respondió Francisco con gran fervor de espíritu: *Nada habéis encontrado, porque tenéis puesta vuestra confianza más en las viles moscas o monedas que en Dios Nuestro Señor. Id ahora, recorred de nuevo las mismas casas por las que habéis andado buscando cosas que comprar, y, depuesta la vergüenza, pedid en ellas limosna por amor de Dios, y veréis cómo, movidas las gentes por el Espíritu Santo, os la dan con abundancia.*

Fueron, en efecto, los caballeros, pidieron limosna como se les había aconsejado, y con mucha alegría y en gran abundancia recibieron limosna. Conocieron que esto les sucedió milagrosamente, y volvieron alegres donde estaba Francisco, alabando y bendiciendo al Señor.

Así obraba el Santo, por juzgar ser una cosa muy noble y muy digna, ante Dios y el mundo, pedir limosna por amor del mismo Dios. Porque cuantas cosas creó el Padre celestial para utilidad de los hombres y por amor de Cristo, su Hijo, se dan a todos después del pecado en calidad de limosna y gratuitamente, lo mismo a los buenos que a los malos. Solía decir también que el siervo del Señor debía experimentar más contento y alegría en pedir limosna por amor de Dios que aquel que, a impulsos de generosidad y largueza, fuese exclamando: «A cualquiera que me proporcionare un denario yo le daré en cambio mil escudos de oro». Y esto porque el siervo de Dios, al pedir la limosna, ofrece en recompensa a los que se la piden el amor de Dios, en cuya comparación todas las cosas del cielo y de la tierra nada valen ni significan.

Por lo cual, tanto antes como después, que fueron creciendo en número los religiosos, al predicar éstos por el mundo, si por ventura alguno les invitaba a comer y hospedarse en su casa, por muy noble y rico que fuese, antes de llegar la hora de comer y de presentarse en la casa, iban a pedir limosna, ya por el buen ejemplo, ya por respeto a la dignidad de la santa pobreza, su dueña y señora. Sucedía muchas veces que Francisco rehusaba la invitación que se le hacía, y preguntado por qué lo hacía así, respondía: *Porque no quiero rebajar mi dignidad real, ni mi herencia, ni mi profesión y la de mis hermanos, que consiste en ir a pedir limosna de puerta en puerta.* Y alguna vez el mismo que le invitaba solía acompañarle a pedir limosna, y de las que recogía el bienaventurado Francisco tomaba también él su parte, y movido por devoción, las distribuía entre los demás. El que escribe esto lo presenció muchas veces y da testimonio de ello.

XXIII.—Cómo fué a pedir limosna antes de sentarse a la mesa del Cardenal Ostiense

Al visitar un día el bienaventurado Francisco al Obispo y Cardenal Ostiense, que despues fué Papa con el nombre de Gregorio IX, a la hora de comer, salió calladamente a pedir limosna de puerta en puerta. Al regresar ya había entrado en el comedor el señor Obispo, acompañado de gran número de nobles y caballeros. Llegó Francisco, puso en la mesa, a la vista del Cardenal, los mendrugos de pan y demás limosnas que había recogido, y sentóse al lado del Prelado, porque tal era siempre el deseo del Cardenal. Este no dejó de avergonzarse algo de que Francisco hubiera ido en aquella ocasion en busca de limosnas y las hubiese puesto sobre la mesa; pero nada le dijo entonces, en atención a los demás convidados. Francisco comió algo de sus limosnas, tomó de las mismas y repartió un poco en nombre de Dios a cada uno de los comensales, familiares del señor Cardenal, nobles y caballeros. Todos recibieron aquel agasajo con gran alegría y contento, descubriéndose reverentemente, y entre ellos unos comían la parte que les tocó y otros la guardaban, movidos por su gran devoción a Francisco. Con esto se alegró en gran manera el señor Cardenal Ostiense, al ver la devoción de aquellas gentes, a pesar de que el pan recogido de limosna no era de trigo.

Terminada la comida retiróse a su aposento el Cardenal, llevando consigo al bienaventurado Francisco, y lleno de gozo le abrazó, diciéndole al propio tiempo: «¿Por qué, hermano mío carísimo, has querido proporcionarme hoy esta vergüenza, al venir a comer a mi casa, que es de todos tus hermanos, e ir antes en busca de limosna?» A lo cual respondió Francisco: *Al contrario, Señor, al obrar así os he honrado no poco, pues cuando el súbdito se ocupa en su oficio y cumple la voluntad de su señor, honra sin duda al mismo.* Y añadió: *Yo debo ser la norma y modelo de todos vuestros pobres; mucho más porque sé que en esta mi Religión hay y habrá siempre muchos que serán verdaderos frailes Menores, tanto en el nombre como en la realidad, los cuales, por amor de Dios Nuestro Señor y gracia del Espíritu Santo, que les enseñará cuanto necesiten, se humillarán profundamente, llegando hasta a someterse a todos y servir a sus hermanos. Hay también y habrá entre ellos algunos que, vencidos por la vergüenza o por la mala costumbre, tienen y tendrán a menos el humillarse y sujetarse a pedir limosna y ocuparse en otras obras semejantes. Por lo cual me conviene mucho enseñar con el ejemplo a estos religiosos, para que tanto en la vida presente como en la futura sean inexcusables delante de Dios. Hallándome, pues, en vuestra presencia, que sois nuestro señor y Prelado, y en la de tantos otros magnates y ricos de este mundo, que por amor de Dios no sólo me recibís con tanta consideración en vuestras casas, sino que me obligáis también a ello, no debo avergonzarme de ir en busca de la limosna, antes al contrario, según Dios debo tener y considerar esto por la cosa de mayor dignidad y nobleza, por amor de Aquel que, siendo el Señor de todos, quiso por amor nuestro hacerse siervo también de todos, y siendo, además, rico y de majestad infinita, quiso aparecer pobre y despreciable en nuestra propia naturaleza. De aquí mi deseo de que sepan todos los frailes presentes y futuros que más satisfecho y alegre me siento a la pobrecilla mesa de mis frailes y contemplo delante de mí los sencillos manjares, adquiridos de limosna de puerta en puerta por amor de Dios, que al encontrarme en vuestra mesa o en la de otros grandes señores, donde abunda toda clase de exquisitos y regalados manjares. Pues es de saber que el pan adquirido por la limosna es un pan santo, santificado por la alabanza y amor de Dios Nuestro Señor, ya que el religioso al pedir la limosna debe decir: «¡Dios sea bendito y alabado!» Y añadir después: «Por amor de Dios, dadnos alguna limosna.»*

Con estos coloquios del bienaventurado Francisco quedó muy edificado el Cardenal Ostiense, que le dijo: «Hijo mío, haz lo que bien te parezca, pues no puedo dudar de que Dios está contigo y tú con El.»

Tal fué la opinión de Francisco. Muchas veces aseguraba que ningún fraile debía pasar mucho tiempo sin ir en busca de limosna, por el gran mérito que hay en ello, ni debía tampoco avergonzarse después de haber practicado obra tan excelente. Y aun diré que cuanto más noble y más distinguido hubiera sido un fraile en el mundo, tanto más se alegraba Francisco y quedaba edificado cuando le veía ir a recoger limosna y emplearse en otras obras humildes, comunes a los demás frailes.

XXIV.—Un fraile que no oraba ni trabajaba, y sólo pensaba en cuidarse bien

En los principios de la Orden, hallándose los frailes en Rivotorto, cerca de Asís, había entre ellos uno que apenas se dedicaba a la oración ni al trabajo y se resistía a ir en busca de limosna, pero en cambio comía bien. Observó esto el bienaventurado Francisco, conoció desde luego con la luz del Espíritu Santo que aquél era un hombre carnal, y le dijo: *Anda a tu casa, «hermano Mosca», pues quieres alimentarte a costa de tus hermanos, mientras estás ocioso para todo lo que pertenece al servicio del Señor, como zángano de colmena, que no trabaja ni gana, y, con todo, pretende sustentarse con la laboriosidad y ganancias de las abejas obreras.* Oída, mal de su gusto, esta reprensión, aquel fraile marchó a su casa; y como carecía de verdadero espíritu religioso, no pidió misericordia ni la encontró.

XXV.—Cómo salió gozoso al encuentro de un pobre que con sus limosnas iba alabando y bendiciendo al Señor

En otra ocasión, hallándose el bienaventurado Francisco en la Porciúncula, sucedió que cierto pobre muy espiritual, regresaba de la ciudad de Asís, de pedir limosna, cantando en voz alta con grande gozo las alabanzas del Señor. Al acercarse a la iglesia de Santa María de los Angeles, acertó a oírlo Francisco. Con gran fervor y gozo salió inmediatamente a su encuentro, y, radiante de alegría, le besó el hombro sobre el que traía el saco de las limosnas. Tomándoselo, lo cargó sobre los propios hombros, y de este modo le condujo a presencia de los demás religiosos, delante de los cuales dijo: *De este modo quisiera yo que mis frailes fuesen a pedir limosna y volviesen contentos y alegres, bendiciendo y alabando al Señor.*

XXVI.—Cómo le reveló el Señor que sus religiosos debían llamarse Frailes Menores y anunciar por todas partes la paz y la salvación

Aconteció que, una vez, dijo el bienaventurado Francisco: *La Religión y vida de los Frailes Menores viene a ser como aquel pequeño rebaño del cual, hablando en los últimos tiempos a su Eterno Padre, el Hijo de Dios dijo: «Quisiera, Padre mío, que te dignases darme un pueblo nuevo, bien fundado en humildad, que fuese en esta virtud y en la pobreza muy distinto de cuantos le han precedido y que con sólo tenerme a Mí estuviese contento.» Y oyendo esto el Padre celestial, dijo a su Hijo: «Hijo mío, hágase como deseas.»*

Por esto aseguraba el bienaventurado Francisco que Dios quiso, y así lo reveló, que sus religiosos se llamasen *Frailes Menores*, por ser ellos aquel pueblo, pobre y humilde, que el Hijo divino pidió a su Eterno Padre, pueblo del que dice el mismo Hijo de Dios en el Evangelio: *No queráis temer, ovejas de mi pequeño rebaño, porque vuestro Padre celestial se complació en daros un reino por herencia.* Y en otro lugar: *Lo que hicisteis a cualquiera de mis hermanos pequeñuelos, a Mí me lo hicisteis.* Y si bien es cierto que al decir estas palabras se refería el Señor a todos los pobres de espíritu, sin embargo, de modo especialísimo vaticinó en ellas la Orden de Frailes Menores, que andando el tiempo había de existir en su Iglesia.

Por lo cual, según le fué revelado al bienaventurado Francisco, su Orden debía llamarse de los Frailes Menores, como lo hizo escribir en su primera Regla, que presentó al Papa Inocencio III, el que la aprobó y más tarde la promulgó en público Consistorio. De igual modo le reveló el Señor la manera de saludar que debían emplear los frailes, como el Santo lo hizo escribir en su Testamento, con estas palabras: *El Señor me reveló que al saludar a los demás debía decir: «El Señor te dé la paz.»*

Iba de viaje, una vez, al principio de la Orden, en compañía de uno de sus doce primeros discípulos, y éste saludaba a cuantos encontraba en el camino, hombres o mujeres, y a los que estaban en los campos, diciendo: «El Señor os dé la paz.» Y como la gente no estaba acostumbrada a oír este género de salutación de boca de los demás religiosos, se admiraba no poco. Más aún, indignados algunos, les replicaban: «¿Qué significa ese modo de saludarnos?» Con esto se avergonzó aquel religioso, y dijo a Francisco: «Permíteme que use de otra salutación.» A esta petición respondió Francisco: *Déjalos decir lo que quieran, pues no entienden las cosas de Dios; pero tú no debes avergonzarte, porque has de saber que hasta los mismos príncipes y nobles de la tierra os han de dar, tanto a ti como a los demás religiosos, pruebas de veneración y respeto por usar con ellos de esta salutación. Pues nada tendría de particular que el Señor quisiera escoger para sí un nuevo pueblo, pobre y*

sencillo, distinto en la vida y en las costumbres de todos cuantos existieron antes, que se contentase con no poseer en este mundo otra cosa que no fuese el mismo dulcísimo Señor.

CAPÍTULO III

De la caridad, compasión y afabilidad del bienaventurado Francisco con el prójimo

XXVII.—Cómo condescendió con un religioso, que se moría de hambre, comió con él y amonestó a que fuesen prudentes en hacer penitencia

Cuando el bienaventurado Francisco comenzó a tener por compañeros algunos religiosos, y moraba con ellos en Rivotorto, cerca de Asís, sucedió que una noche, cuando descansaban todos los frailes, allá hacia las doce, uno de ellos comenzó a gritar diciendo: «¡Me muero! ¡Me muero!» Asustados y llenos de admiración, despertaron todos los demás. Levantándose también Francisco, dijo: *¡Levantaos, hermanos, y encended pronto la luz!* Hecho esto, añadió: *¿Quién es el que ha dicho que se estaba muriendo?* Y el que había pronunciado aquella exclamación respondió: «Yo soy.» Francisco le dijo: *¿Qué te pasa, hermano mío? ¿Por qué dices que te mueres?* «Desfallezco de hambre», contestó el interpelado. Entonces el bienaventurado Padre ordenó que inmediatamente se preparase la mesa; y, como hombre que estaba lleno de caridad y discreción, se sentó a ella en compañía de aquel religioso y comió con él, para que la vergüenza no le impidiera hacerlo solo; y, por disposición del mismo Padre, todos los demás religiosos comieron también.

Para entender esto es preciso tener presente que tanto aquel religioso como los otros compañeros de Francisco hacía poco tiempo que se habían convertido al Señor y mortificaban sus cuerpos más de lo debido. Terminada la comida, dijo Francisco a los religiosos: *Hermanos míos carísimos, os aconsejo que cada uno de vosotros examine su propia naturaleza y complexión. Pues si es cierto que alguno de vosotros podrá sustentarse tomando menos alimento que otros, sin embargo, quiero que aquel que necesita mayor cantidad no se empeñe en imitar al que necesita menos, antes al contrario, conocedor de su propia complexión, proporcione a su cuerpo cuanto necesite para servir al espíritu. Pues de igual modo que debemos abstenernos de todo exceso en la comida, tan perjudicial al alma como al cuerpo, así también debemos evitar la excesiva abstinencia, mucho más al saber que dice el Señor: «Más me agrada la misericordia que el sacrificio.»* Además les dijo: *Carísimos hermanos míos, lo que acabo de hacer, es decir, el haberos hecho comer con nuestro hermano, para que él no se avergonzase de comer solo, lo hice obligado por la necesidad y la caridad; pero os aseguro que en adelante no lo pienso volver a hacer, porque no lo juzgaría religioso ni honesto. Quiero, por lo tanto, y mando a todos vosotros, que cada uno procure dar al cuerpo, según lo permita nuestra pobreza, todo lo necesario para conservar la vida.*

Les decía esto porque los religiosos que se le unieron al principio de la Orden, y otros mucho tiempo después, mortificaban con excesivo rigor sus cuerpos, con abstinencia de comida y bebida, vigilias, frío, aspereza en el vestido y fatiga en el trabajo manual. Llevaban a raíz de la carne aros de hierro, fuertes y punzantes corazas y ásperos cilicios. Por lo cual, temiendo el seráfico Padre que con este género de vida enfermasen, como ya había sucedido con algunos, ordenó en un Capítulo que ningún fraile llevase a raíz de la carne otra cosa que la túnica.

Y nosotros, que vivimos con él, aseguramos esto y damos testimonio de que, aun cuando durante toda su vida fué Francisco compasivo e indulgente con los religiosos, lo fué de tal modo, que no consentía que en ningún tiempo, ni en el comer ni en las demás cosas, se apartasen los frailes de la estrechez y pobreza de nuestra Orden. Esto no obstante, el mismo santo Padre, desde que se consagró al Señor hasta el fin de su vida, fué siempre austero consigo mismo, a pesar de que tenía una naturaleza débil y de verse precisado, cuando estaba en el siglo, a tratarse con algún regalo. De aquí que alguna vez, al ver que los religiosos se excedían algo en el rigor de la estrechez y de la pobreza, así en la comida como en todas las demás cosas, aprovechó la coyuntura de predicar a varios religiosos, para que lo entendiesen todos, y habló de esta manera: *Por lo visto piensan algunos frailes que mi cuerpo no tiene necesidad de alimentos; pero yo debo considerar que estoy obligado a ser el ejemplar y modelo de todos los frailes; y por eso debo contentarme y usar moderadamente de nuestra pobre comida y se irme de las demás cosas con estricta sujeción a la santa pobreza, aborreciendo muy de veras todo regalo o suntuosidad.*

XXVIII.—Cómo condescendió con un religioso, y comió con él un racimo de uvas

Sucedió, otra vez, que hallándose Francisco en el mismo lugar, había allí cierto religioso, muy espiritual y antiguo en la Orden, que se hallaba enfermo y sumamente débil. Al verlo así el Santo, se compadeció de él; mas, como en aquel tiempo todos los frailes, tanto enfermos como sanos, con gran gozo procuraban vivir muy ajustados a la pobreza, y apenas se medicinaban cuando estaban enfermos, ni buscaban las medicinas, antes al contrario, aceptaban gustosos cuanto podía mortificar el cuerpo, Francisco dijo para sí: *Si este hermano enfermo tomase de madrugada algunas uvas bien maduras, creo que experimentaría algún alivio.* Y como lo pensó, así lo hizo.

Cierto día se levantó muy temprano, llamó secretamente al enfermo, y con él salió a una viña próxima al lugar donde moraban. Llegados allí, escogió una cepa cargada de racimos muy en sazón, y, sentándose al pie de la cepa y al lado del religioso, tomó uno de los racimos y comenzó a comer, animando con esto al fraile a que hiciese lo mismo, quitándole la vergüenza de comer solo. A medida que uno y otro iban comiendo, iba recobrando la salud el enfermo; con lo cual los dos alabaron y dieron gracias al Señor.

Recibido tan singular favor, aquel religioso tuvo presente durante toda su vida la gran benignidad y misericordia que con él había usado el seráfico Padre, y frecuentemente refería este hecho a los demás religiosos, con no poca devoción y llenos de lágrimas los ojos.

XXIX.—Cómo se despojó a sí mismo y a su compañero para vestir a un pobre

Hallábase una vez en Celano, durante el invierno, el bienaventurado Francisco. Tenía una especie de manto de paño, que le había proporcionado un bienhechor de los religiosos. Se le acercó una viejecita, pidiéndole limosna, y al momento Francisco se desprendió del manto que le pendía del cuello, y, no obstante haberlo recibido poco antes de limosna, lo entregó a la pobre, diciéndole al propio tiempo: *Toma, hermana; hazte con esto una túnica, que bien la necesitas.* Sonrióse la viejecita, y aturdida, no sé si por el temor o por el gozo, tomó de sus manos aquel paño, y

para que la tardanza no fuese causa de que se revocase la donación, echó a correr en seguida, y cortó el paño con las tijeras. Mas, observando que no llegaba para una túnica, recurrió de nuevo a la caridad del seráfico Padre, dándole a entender que aquel paño no le bastaba para hacerse una túnica. Volvió la vista Francisco hacia su compañero, y al ver que también llevaba su manto, le dijo: *¿Oyes lo que dice esta pobrecilla? Por amor de Dios, suframos el frío, dando tú a esta pobrecita el manto que llevas, para que pueda completar con su paño la túnica que necesita.* Y al momento, con la misma presteza con que le dió el manto Francisco, se lo dió también el compañero, quedando ambos privados de aquel abrigo, para que la viejecita se guareciese contra el frío.

XXX.—Cómo juzgaba ser hurto no dar lo que tenía a otro más necesitado

Volvía una vez de la ciudad de Siena y Francisco se encontró en el camino con un pobre. Al verlo dijo a su compañero: *Conviene, hermano, que demos el manto a este pobre, que es su verdadero dueño; pues nosotros lo recibimos prestado, hasta tanto que encontrásemos otro más pobre que nosotros.* Mas el compañero, al ver la necesidad del seráfico Padre, se oponía con insistencia a que remediase a otro, y se olvidase de sí. Francisco le respondió: *Líbreme Dios de ser ladrón, pues se nos imputaría como un verdadero hurto si no diésemos el manto al que está más necesitado que nosotros.* Y dicho esto, entregó el manto al pobre.

XXXI.—Cómo dió un manto nuevo a un pobre, con cierta condición

Hallábase cerca de Cortona. Llevaba Francisco un manto nuevo, que habían adquirido para él los otros religiosos, con gran solicitud. Acercóse al mismo un pobre hombre, lamentándose de la muerte de su esposa y del abandono en que quedaba su miserable familia. Compadecido el Santo, le dijo: *Te doy este manto a condición de que no lo entregues a nadie, si no te lo compra y te lo paga bien.* Al ver esto los demás religiosos fueron al pobre con intento de quitarle el manto; mas el pobre, tomando ánimo y valor con la presencia del Santo, lo estrechaba fuertemente con

las manos y lo defendía como cosa propia. Por último, los frailes recuperaron el manto, dando al pobre, en cambio, el precio correspondiente.

XXXII.—Cómo un pobre, por virtud de la limosna de Francisco, perdonó las injurias de su amo y dejó de odiarle

En cierta aldea del condado de Perusa encontró Francisco a un pobre, conocido suyo. Le saludó afablemente diciéndole: *¿Cómo te va, hermano mío?* Mas el pobre, irritado, comenzó a hablar mal de su amo en esta forma: «Por culpa de mi amo, a quien Dios confunda, me encuentro muy mal, pues me ha arrebatado injustamente mis bienes.»

Al observar Francisco el odio mortal que cegaba al pobre, se compadeció de su alma y le dijo: *Hermano, perdona por amor de Dios a tu amo para que no te pongas en peligro de perder tu alma, pues es muy posible que te restituya cuanto te arrebató; de lo contrario, no recobrarás tus cosas, y, lo que es peor, perderás el alma.* A esta caritativa advertencia contestó el pobre: «No puedo perdonarle en modo alguno, si primero no me restituye lo que me arrebató.» Entonces, al verle en tal estado, le dijo Francisco: *Toma, yo te doy el manto, y te ruego encarecidamente que por amor de Dios perdones a tu amo.* Al momento y al oír estos consejos, se enterneció el corazón del pobre, y estimulado por el favor recibido, perdonó a su amo las ofensas que le había hecho.

XXXIII.—Cómo envió un manto a una pobrecilla que, como él, padecía de la vista

Una mujer de Machilone fué a Rieti para consultarse de una enfermedad que padecía en la vista. Al llegar el médico que la asistía junto a Francisco, le dijo: «Hermano mío, se me ha presentado una mujer enferma de los ojos. Es tan pobre, que yo mismo me veo obligado a sufragarle los gastos que ocasiona la enfermedad.» Oyendo esto, al momento sintióse movido de piedad hacia ella; y llamando a uno de los frailes, precisamente al Guardián, le dijo: *Nos conviene, hermano Guardián, devolver lo ajeno.* Y el Guardián respondió: «¿Qué cosa ajena es esa de que me hablas?» *Este manto* —replicó el—, *que recibimos prestado para aquella mujer pobre y enferma, y, por lo tanto, estamos obligados a entregárselo.* A esto respondió su Guardián: «Hermano mío, haz lo que mejor te parezca.»

Gozoso entonces el bienaventurado Francisco llamó a un hombre muy devoto, confidente suyo, y le dijo: *Toma este manto y con él doce panes, y llévalo todo a aquella viejecita que está enferma de los ojos, según te lo indicará el médico, y dile: «El hombre pobrecillo a quien prestaste este manto te da las gracias por ello y te devuelve lo que es tuyo.»* Marchó, pues, el amigo de Francisco y dijo a la viejecita cuanto éste le había encargado. Pero ella, pensando que se burlaba, temerosa y avergonzada, le replicó: «Déjame en paz, pues no comprendo lo que dices.» Mas el enviado le entregó el manto y los doce panes. Y al ver esto ella, persuadida de que le hablaba de veras, lo tomó alegremente, y dando gracias al Señor, y temerosa de que alguien se lo pudiera arrebatar, se levantó ocultamente de noche y con todo ello volvió gozosa a su casa. Además de esto, el bienaventurado Francisco había convenido con su Guardián que, mientras estuviera en aquel lugar, se socorrería diariamente a la pobre viejecita.

Por eso nosotros, que vivimos con él, damos testimonio de ser tanta su caridad y piedad, lo mismo para con los enfermos que para con los sanos, fuesen o no religiosos, que aun aquellas mismas cosas que le eran a él necesarias, y que sus frailes adquirían con gran solicitud y trabajo, las repartía entre los pobres más necesitados, alegre y contento, privándose de lo indispensable, y animándonos primero a nosotros con palabras edificantes para que al ver aquello no experimentásemos turbación alguna. Por lo cual, tanto el Ministro General como el Guardián, le prohibieron que diese a ningún fraile la túnica sin su licencia; pues sucedía no pocas veces que los demás religiosos, movidos por espíritu de devoción, le pedían la túnica, y él solía dársela en seguida, o bien en ocasiones la dividía en partes, dando una a los otros y quedándose él con lo restante, pues sólo usaba de una túnica.

XXXIV.—Cómo dió su túnica a los frailes que se la pedían por amor de Dios

Recorría en una ocasión Francisco cierta provincia, ocupado en la predicación, y le salieron al encuentro dos religiosos de la Orden, que tenían de él gran concepto de santidad y no menor afecto. Los cuales, al fin, le pidieron la túnica por amor de Dios. A esta palabra el Santo se despojó en seguida de ella, y se la entregó, quedando él sin

ella por algún tiempo. Obraba así el Santo, porque cuando se le mencionaba el amor de Dios no sabía negar a nadie lo que le pedía, ya fuese el cordón, o la túnica, o cualquier otra cosa. Por esto le desagradaba mucho, y solía reprender a los religiosos, cuando observaba que por un fútil motivo alegaban inconvenientemente el amor de Dios; pues decía: *Es cosa tan alta y sublime el amor de Dios, que no debía tomarse en los labios sino rara vez y con verdadera necesidad, y esto con gran respeto y veneración.*

Entonces uno de aquellos religiosos se despojó de la propia túnica y se la dió al Santo. Este, siempre que daba la túnica, entera o parte de ella, se veía obligado a experimentar grandes molestias y una verdadera necesidad; pues no era para él cosa fácil adquirir otra túnica, considerando sobre todo que la buscaba siempre muy pobre y remendada por dentro y por fuera. Más aún, nunca o muy raras veces la vestía de paño nuevo, antes bien, la tomaba de otro fraile que la hubiese usado ya por algún tiempo. Sucedía también no pocas veces que pedía a un fraile una parte de su túnica y otra a otro. En ocasiones, atendiendo a sus muchas enfermedades y frecuentes enfriamientos del estómago y del bazo, forraba interiormente la túnica con paño nuevo. Este género de pobreza en el vestido guardó y observó hasta los últimos meses de su vida; pues poco antes de morir, como padecía de hidropesía y estaba hecho poco menos que un esqueleto, y además por otros achaques que padecía, le hicieron los religiosos varias túnicas para podérselas mudar frecuentemente durante el día y la noche.

XXXV.—Cómo quiso dar ocultamente a un pobre una pieza de paño

En otra ocasión se acercó un pobre al lugar donde estaba Francisco y pidió a los frailes, por amor de Dios, que le diesen una pieza de paño. Oyó el seráfico Padre esta petición, y dijo a uno de los religiosos: *Registra la casa y mira si puedes encontrar alguna pieza de paño o un buen trozo de él y dáselo a este pobre.* Recorrió toda la casa el mencionado religioso y le contestó que no lo encontraba. Mas para que aquel pobre hombre no se fuese vacío, marchó Francisco secretamente, para que no se lo prohibiese el Guardián; tomó un cuchillo, y, sentándose en un lugar oculto, comenzó a descoser el forro que tenía la túnica, pretendiendo dárselo reservadamente a dicho pobre. Supo esto el Guardián, y, presentándose al instante a Francisco, le prohibió que diese aquel trozo de paño, atendiendo sobre todo a que entonces hacía mucho frío y el Santo, por estar enfermo, necesitaba bien de aquel abrigo. A esto humildemente le replicó Francisco: *Si no quieres que dé a ese pobre este trozo de paño, es de todo punto necesario que ordenes se le dé algún otro pedazo.* Con lo cual, para satisfacer los caritativos deseos del Santo, dieron algo de paño a aquel mendigo, cortándolo de los vestidos con que se cubrían.

Al predicar por el mundo, unas veces a pie y otras, cuando se encontraba enfermo, montado sobre un humilde jumentillo, o bien, cuando estrechísima amistad lo exigía, sobre un caballo, pues en otro caso no quería cabalgar, y esto poco antes de su muerte, si por ventura algún religioso le prestaba un manto para que se resguardase del frío, no lo aceptaba sino a condición de que podría darlo a cualquier pobrecillo que encontrase por el camino o que se le presentase, siempre que en conciencia le pareciese más necesitado que él.

XXXVI.—Cómo ordenó a fray Gil que procurase vestir a un pobre

En los principios de la Orden, y cuando Francisco se hallaba en Rivotorto con los dos solos compañeros que entonces tenía, se le acercó cierto hombre, llamado Gil, el tercero de sus religiosos. Quería abandonar el mundo y abrazar el género de vida de Francisco. Permaneció allí algunos días, vestido aún con las ropas que traía del siglo. Llegó entonces a aquel sitio un hombre, pidiendo limosna al bienaventurado Francisco. Vuelto entonces el Santo al nuevo compañero Gil, le dijo: *Da tu capa a este pobre, hermano nuestro.* Y al momento, quitándosela de los hombros, lleno de alegría, la entregó al pobre.

Conocióse desde luego que el Señor había infundido nueva y copiosa gracia en el corazón de aquel nuevo religioso, por la alegría con que dió su capa al pobre. Después de esto fué recibido por Francisco en su Orden, en la cual fué adelantando siempre en la práctica y perfección de las virtudes hasta la muerte.

XXXVII.—Penitencia que impuso a un fraile por juzgar mal a un pobre

Fué el bienaventurado Francisco, por causa de la predicación, a un pueblo donde había frailes, próximo a Rocchicciola. Sucedió que en el mismo día que debía predicar llegó a él un hombre pobre y enfermo. Compadeciéndose en

gran manera de él, Francisco principió a lamentarse con uno de sus compañeros de la pobreza y enfermedad de aquel menesteroso. A estas piadosas demostraciones replicó el compañero: «Hermano, cierto es que, a juzgar por lo exterior, parece muy pobre este hombre; pero también es posible que en muchas leguas alrededor no haya otro tan rico en el deseo como él.»

Reprendido duramente por el bienaventurado Francisco, confesó al punto su culpa. Al verlo así arrepentido, le dijo el Santo: *¿Quieres cumplir la penitencia que te voy a imponer por esta falta?* A lo cual respondió: «Lo haré con gran gusto.» *Pues bien* —replicó Francisco—; *marcha, despójate de la túnica y, una vez sin ella, póstrate a los pies del pobre y manifiéstale tu culpa en haber formado de él un juicio temerario, y acaba por pedirle que ruegue por ti.* El humilde religioso hizo al momento y con gran gusto cuanto le ordenó Francisco. Hecho esto, se levantó del suelo donde estaba, vistióse de nuevo la túnica y marchó a juntarse con el bienaventurado Padre, el cual le dijo: *¿Quieres saber cómo ofendiste a ese pobre, o más bien a Cristo? Cuando ves a un pobre debes considerar quién es Aquel en cuyo nombre te habla, que no es otro sino el mismo Cristo, que se dignó tomar sobre Sí nuestra pobreza y nuestras miserias. Por lo cual la enfermedad y miseria de este pobre debe ser para nosotros como un claro espejo en donde debemos examinar piadosamente y ver reproducidas la pobreza y enfermedad a que quiso sujetarse Nuestro Señor Jesucristo.*

XXXVIII.—Cómo ordenó que se diese un libro del Nuevo Testamento a una pobrecilla, madre de dos religiosos

En otra ocasión, cuando moraba Francisco en Santa María de la Porciúncula, se le acercó una pobre viejecita, que tenía dos hijos en la Orden, pidiéndole una limosna. Al oír esto Francisco, dijo a fray Pedro Catáneo, que era entonces Ministro General: *¿Tendremos alguna cosa que poder dar a esta nuestra madre?* Pues tenía la costumbre de llamar a la madre de cualquier religioso madre también suya y de todos los demás frailes. El interpelado le respondió: «En casa no tenemos nada que le podamos dar, pues ella desea sin duda una limosna de tal género, que pueda remediar sus necesidades corporales. Pero en la iglesia tenemos un solo libro del Nuevo Testamento, que nos sirve para rezar las lecciones de maitines.» En aquel tiempo aun no tenían los frailes breviarios ni suficiente número de salterios.

Enterado de estas razones el bienaventurado Francisco, respondió: *Da este Testamento a nuestra madre, para que lo venda y socorra su necesidad; pues creo firmemente que esto será más agradable a Dios y a la Santísima Virgen que si continuamos usándolo para el rezo.* Y con esto fray Pedro lo entregó sin tardanza a la pobre. Bien puede, por tanto, decirse y escribirse de Francisco lo que se lee del santo Job: *Con él salió del vientre de su madre y creció la misericordia.*

Y si quisiéramos referir todo cuanto acerca de su caridad y compasión para con los religiosos y demás pobres oímos de los labios de otros, o vimos por nuestros propios ojos, sería para nosotros una cosa poco menos que imposible.

CAPÍTULO IV

De la perfecta humildad y obediencia de Francisco y de sus frailes

XXXIX.—Cómo renunció el oficio de Prelado, instituyendo por Ministro General a fray Pedro Catáneo

Ansioso Francisco de practicar la virtud de la santa humildad, pasados pocos años después de lo que llamamos su conversión, renunció el oficio de su prelacía en un Capítulo, al que asistieron los frailes. Les habló de este modo: *Sabed que en concepto de superior he muerto para vosotros; pero, en cambio, tenemos aquí a fray Pedro Catáneo, a quien vosotros y yo debemos obedecer en adelante.* Y, postrándose en tierra a presencia de todos, fué el primero en prometerle respeto y obediencia.

Lloraban todos los religiosos, y el dolor que los oprimía les arrancaba profundos gemidos del corazón, al verse en cierto modo huérfanos del seráfico Padre. Este se levantó en presencia de todos, elevó los ojos al cielo y, juntas las manos, dijo: *Señor, os recomiendo la familia que hasta ahora me teníais encomendada; mas, no pudiendo ya proseguir cuidándola, por las muchas enfermedades que Vos sabéis me aquejan, la encomiendo, Señor, a los Ministros, los cuales tendrán que daros cuenta en el día del juicio si algún religioso se perdiese por descuido o negligencia de ellos, por algún mal ejemplo o por alguna reprensión demasiado áspera.*

Desde entonces, pues, hasta la muerte, Francisco se condujo como un súbdito, portándose en todas las cosas con una humildad mucho mayor que cualquiera de los demás.

XL.—Cómo renunció también a sus compañeros, no queriendo tener ninguno especial

En otra ocasión renunció ante su Vicario a los compañeros que tenía, diciéndole: *No quiero aparecer singular por la licencia que se me concedió de tener algún socio o compañero especial, antes bien, deseo tener por compañeros a cuantos frailes haya en el lugar donde morare, en el modo y forma que el Señor les inspirare.* Y añadió: *He visto un pobre ciego que no tenía otro que le enseñase el camino sino un cachorrito, y yo no debía ser tratado de manera mejor.* Esta fué siempre su gloria: poseer las virtudes de Cristo, echando a un lado toda especie de singularidad y jactancia.

XLI.—Cómo el Santo renunció a su oficio, por causa de algunos malos Prelados

Preguntado una vez Francisco por cierto fraile el motivo por que había abandonado de aquel modo el cuidado de los frailes, y los había entregado en manos ajenas, como si ya no le perteneciesen. respondió: *Hijo mío, yo amo a mis hermanos cuanto puedo; pero si siguiesen mis pisadas, sin duda los amaría más y no me mostraría extraño con ellos. Pero, ¿qué quieres? Entre los Prelados hay, por desgracia, algunos que se empeñan en llevar a los religiosos por otros caminos, proponiéndoles doctrinas anticuadas y haciendo muy poco caso de mis consejos; mas al fin se verá el resultado de su conducta.*

Poco tiempo después, gravemente enfermo, impelido por la fuerza de su celo, se incorporó en la cama y dijo: *¿Quiénes son los que me han arrebatado de las manos mi Orden y mis frailes? ¡Si pudiere asistir al próximo Capítulo general, ya les manifestaré mi modo de pensar!*

XLII.—Solicitud y humildad con que procuraba proveerse de carne para los enfermos, y les aconsejaba la paciencia

El bienaventurado Francisco no se avergonzaba de recorrer los lugares públicos de las ciudades en demanda de

alguna carne para sus frailes enfermos. Al mismo tiempo aconsejaba a éstos y los exhortaba a sufrir con resignación sus dolencias y a que no se alterasen ni diesen ningún mal ejemplo, cuando no se viesen convenientemente atendidos. Por esto en su primera Regla hizo escribir lo siguiente: *Ruego encarecidamente a mis hermanos que en sus enfermedades no se turben ni se alteren contra Dios ni contra los frailes, ni sean muy cuidadosos de proporcionarse medicinas, ni deseen con ansia excesiva curar esta carne, que ha de morir muy pronto y que es enemiga del alma; antes bien, en todo tiempo y ocasión, den gracias al Señor y no deseen estar de otro modo que de aquel que el mismo Señor quiera, pues a cuantos El predestinó para la vida eterna suele probarlos en este mundo en el crisol de los trabajos y de las enfermedades, como dice en el libro del Apocalipsis: «Yo pruebo y castigo a los que amo.»*

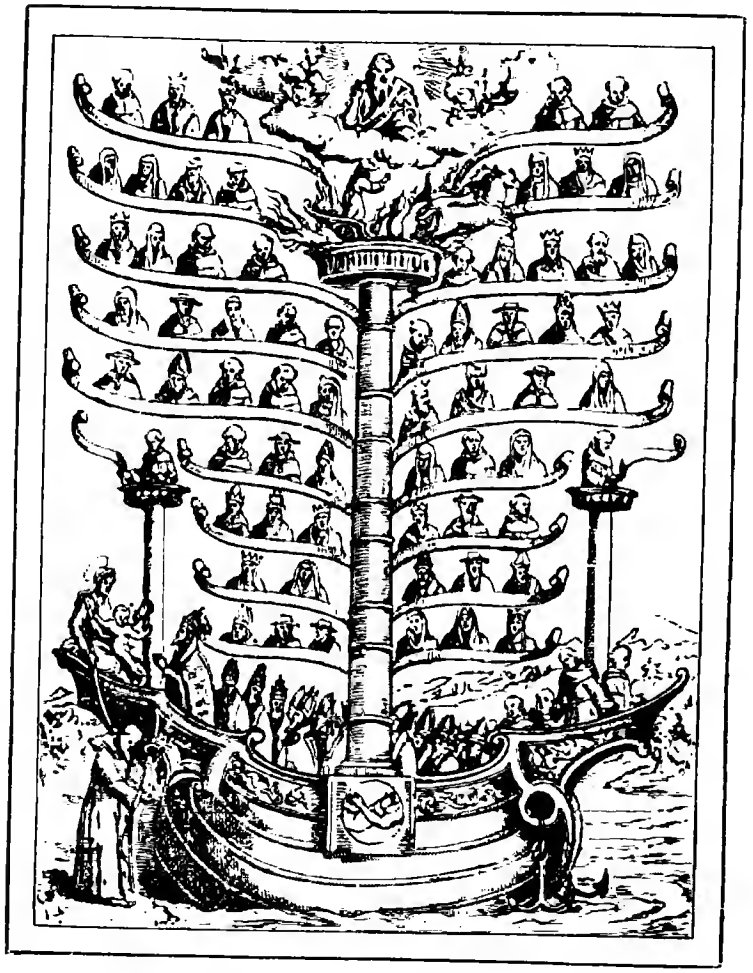
XLIII.—Humilde respuesta que los bienaventurados Francisco y Domingo dieron al Cardenal cuando les preguntó si querían que sus religiosos desempeñaran prelacías en la Iglesia

Hallándose en Roma aquellos dos resplandecientes astros del mundo, es a saber, los bienaventurados Francisco y Domingo, en presencia del señor Cardenal Ostiense, que fué después Sumo Pontífice, y alternativamente hablasen cosas muy buenas de Dios, les dijo aquel Prelado: «En la Iglesia primitiva los Obispos y Prelados eran pobres y hombres más fervorosos y distinguidos por la caridad que por la avaricia. ¿Por qué, pues, no hemos de elevar a los obispados y a las prelacías a vuestros religiosos, a fin de que con la doctrina y el ejemplo edifiquen a los demás?»

Surgió entre aquellos santos una especie de contienda piadosa acerca de quién había de responder, no por quererse imponer con autoridad, sino por mutua deferencia, y como queriéndose obligar el uno al otro a responder. Mas, al fin. venció la humildad de Francisco en no ser el primero a dar la respuesta, y venció también Domingo, pues respondiendo primero, se sometió humildemente a la obediencia. Respondiendo, pues, el bienaventurado Domingo, dijo: «Señor, mis hermanos, si bien lo comprenden, ya han adquirido honor suficiente; así que por mi querer nunca permitiré que sean elevados a ninguna dignidad.»

Al oír esto el bienaventurado Francisco, inclinándose respetuosamente ante aquel señor Cardenal, le dijo: *Señor, mis frailes se llaman «Menores» para que nunca aspiren a ser*

«Mayores». Su misma vocación les obliga a estar siempre en el grado inferior y a seguir las huellas de la humildad de Cristo, a fin de que de este modo sean más exaltados en la



La mística nave de San Francisco. (Grabado del siglo XVI.)

congregación de los santos. Por tanto, si queréis que produzcan gran fruto en la Iglesia de Dios, dignaos tenerlos y conservarlos en el estado de su vocación, y, si por ventura alguno de ellos fuese elevado a grado más alto, reducidlo al

momento a su primitivo estado. Jamás permitáis que sean elevados a las prelacías.

De este modo respondieron aquellos santos. Edificado en gran manera con estas respuestas el Cardenal Ostiense, dió muchas gracias al Señor.

Al separarse los dos patriarcas, rogó Domingo al bienaventurado Francisco que se dignase darle el cordón con que se ceñía. San Francisco rehusó por humildad acceder a esta súplica, así como Domingo lo pedía por devoción y caridad. Mas, al fin, venció en esta contienda la insistente devoción del que pedía, y obtenida de este modo la cuerda de Francisco, se la ciñó Domingo debajo de la túnica, y desde entonces la llevó con gran reverencia.

Por último, el uno estrechó las manos del otro, recomendándose mutuamente con las más tiernas expresiones. Y Domingo dijo a Francisco: «Quisiera, hermano mío Francisco, que de tu Orden y de la mía resultase una sola y que unos y otros viviésemos en la Iglesia perfectamente unidos.» Ultimamente, al separarse los dos, dijo el bienaventurado Domingo a los que allí estaban: «Os aseguro, en verdad, que todos los religiosos deberían imitar a este varón santo, Francisco. ¡Tanta es la perfección de su santidad!»

XLIV.—Quiso que sus frailes sirviesen a los leprosos, como fundamento de humildad

Desde el principio de su conversión o total consagración a Dios, al cooperar a la gracia del Señor, se condujo Francisco como aquel sabio del Evangelio, y fundó el místico edificio de sus virtudes sobre un cimiento firme e inconmovible, esto es, sobre la profunda humildad y pobreza del mismo Hijo de Dios, y quiso que su Orden se llamase por humildad *de los Frailes Menores.*

Por ello en los principios de su Orden deseó que sus religiosos permaneciesen en los hospitales de los leprosos dispuestos siempre a servirles, para que allí se fundamentasen en la santa humildad. Y así, cuando los ricos, como los pobres, pretendían entrar en la Orden, entre otras muchas cosas que se les encargaba, la que más especialmente se les recomendaba era que debían consagrarse al servicio de los leprosos, permaneciendo en sus casas u hospitales, como se disponía en la primera Regla: *No quieran los religiosos tener debajo del cielo otra cosa sino la santa pobreza, en virtud de la cual el Señor les proporciona en este mundo el alimento espiritual y corporal, y en lo futuro alcanzarán la herencia*

de los cielos. De este modo procuró Francisco fundamentarse y fundamentar a los otros religiosos, sobre el firme cimiento de la humildad y de la pobreza, pues aun cuando era verdadero superior en la Iglesia de Dios, o sea en su propia Orden, eligió y quiso ser despreciado, no sólo en la casa de Dios, sino también entre sus mismos frailes. Esta vileza, según la opinión y deseos de Francisco, era para él una verdadera grandeza delante de Dios y de los hombres.

XLV.—Sólo a Dios quería dar la gloria de todas las buenas obras y palabras

Predicaba Francisco, una vez, al pueblo en una plaza de la ciudad de Rieti, y tan pronto como terminó el sermón, se levantó el Obispo de aquella diócesis, hombre muy discreto y espiritual, y hablando con el pueblo le dijo: «Desde que el Señor fundó y estableció su Iglesia la ilustró siempre con varones santos que la cultivasen con palabras y ejemplos. Mas ahora, en nuestros mismos días, la sublimó y ensalzó por medio de este pobrecillo Francisco, hombre despreciable según el mundo, simple y de pocas letras. Por esto debemos honrar y bendecir al Señor y guardarnos muy bien de todo pecado, pues en realidad con ningún otro pueblo se ha mostrado tan misericordioso.»

Al terminar esta exhortación descendió el Obispo del lugar donde había predicado, y entró en la iglesia catedral. Acercándose al Prelado el bienaventurado Francisco, le hizo una profunda reverencia y, postrado a sus pies, le dijo: *Os confieso en verdad, señor Obispo, que nadie me ha honrado tanto en este mundo cuanto Vos lo habéis hecho en este día; pues los hombres van diciendo: «¡Este es un varón santo!». atribuyendo a mí la gloria y la santidad, y no al Criador. Vos, en cambio, como prudente y discreto, habéis separado lo precioso de lo despreciable.*

Por su parte, Francisco, cuando era alabado y tenido por santo, respondía a tales afirmaciones: *Aun no estoy seguro de llegar a tener hijos e hijas; pues en cualquier momento en que el Señor me privase de la divina gracia que me ha concedido, ¿que restaría en mí sino sólo el cuerpo y el alma, cosas que también tienen los gentiles? Más aún: creo firmemente que si el Señor se dignase conceder a un hombre infiel, o a un desalmado ladrón, los muchos bienes espirituales que me concedió a mí, le corresponderían mucho más perfectamente que yo. Pues de igual modo que en una pintura de Dios o de la Virgen, trazada sobre un cuadro, se les venera y honra, sin que la pintura o el cuadro puedan atribuirse nada a sí mismos, así también el siervo de Dios viene a ser como una pintura o un cuadro, en el cual y por el cual es alabado el mismo Dios, a causa de sus divinos beneficios, sin que el siervo deba atribuirse nada a sí mismo. Porque, comparado con Dios, es menos que un cuadro o una pintura, o, mejor, es pura nada. A sólo Dios se debe dar el honor y la gloria, y a uno mismo la confusión e ignominia, mientras vive envuelto en las miserias de este mundo.*

XLVI. Cómo quiso tener por Guardián hasta la muerte a alguno de sus compañeros, para estarle enteramente sujeto

Quería el Santo permanecer hasta la muerte en profunda humildad y perfecta sujeción, y mucho antes de que le llegase la última hora dijo al que hacía de Ministro General: *Deseo que confieras la autoridad que tienes sobre mí a uno cualquiera de mis compañeros, a quien yo esté obligado a obedecer en tu lugar; pues por amor a la obediencia quiero en vida y hasta la muerte tener siempre un superior.* Y, en efecto, desde entonces estuvo sometido siempre a las órdenes de un Guardián, obedeciéndole cual si fuese el mismo Ministro General. Más aún: en cierta ocasión habló con sus compañeros, diciéndoles: *Entre otras, dignóse el Señor concederme esta gracia: la de obedecer con tanto gusto a un novicio, si al día siguiente de entrar en la Religión me fuese señalado por superior, como lo haría al más antiguo y respetable en la Orden. Porque el súbdito debe considerar a su Prelado, no como a un puro hombre, sino como representante de Dios, por amor del cual le está sujeto y obedece.* A continuación dijo también: *No existe en todo el mundo superior alguno tan temido y respetado de sus súbditos cuanto el Señor podría hacer que me temiesen y respetasen los frailes, si yo en ello me empeñase. Mas el Señor tuvo a bien concederme la gracia de estar más contento que todos, en atención a que me considero como el más despreciable de la Orden.*

Así lo pudimos observar nosotros, que vivimos en su compañía, de igual modo que lo atestigua él mismo. Siempre que observaba que alguno de los religiosos se descuidaba de atenderle en sus necesidades o le dirigía inadvertidamente cualquiera de esas palabras que suelen perturbar a los hombres. al momento recurría a la oración, y al salir de ella procuraba no recordar para nada lo sucedido, ni se quejaba diciendo: «Fulano me faltó a la consideración» o «Mengano me ha

dicho una palabra inconveniente». Y así, perseverando en esta conducta, cuanto más se acercaba a la muerte, tanto era más solícito en procurar la práctica de la humildad, de la pobreza y de todas las virtudes, para conseguir con esto la perfección de la vida y una santa muerte.

XLVII.—Cómo enseñaba la perfecta obediencia

El seráfico Padre decía a sus religiosos: *Hermanos míos carísimos, a la primera voz de mando cumplid el precepto, y jamáis esperéis a que se os repita el mandato. Y no penséis ser cosa excesivamente trabajosa el obedecer, o que en el precepto que se os impone hay algún género de imposibilidad; pues aunque yo u otro cualquiera os mandásemos obediencia no dejaría de tener fuerzas bastantes para superar las más grandes dificultades.*

XLVIII.—Cómo comparó al perfecto obediente con un cadáver

En cierta ocasión, en presencia de sus compañeros, lanzó un gran suspiro y habló de esta manera: *¡Estoy por asegurarros que apenas hay en el mundo un religioso que obedezca perfectamente a su Prelado.*

Oídas estas palabras, le preguntaron al momento los compañeros: «Pues dinos, Padre, ¿cuál es entonces la perfecta y religiosa obediencia?» Para responder a esta pregunta Francisco describió el verdadero y perfecto obediente, con el símbolo de un cuerpo muerto, del modo siguiente: *Que cualquiera de vosotros tome un cuerpo exánime o muerto. Póngalo en el sitio que mejor le pareciere, y observará cómo no se opone a los movimientos que con el se hacen, ni se cambia del lugar donde lo ponen, ni pide de nuevo aquel del que se le separó. Si lo colocan sobre una cátedra, no mira a lo alto, sino a la tierra; si es envuelto en rica púrpura, muestra más su palidez. Tal es el verdadero obediente; no averigua por qué se le mueve de un lugar a otro; no se cuida en dónde lo van a poner; no pretende que lo pongan en otro sitio; si es elevado a un oficio honroso, conserva su acostumbrada humildad, y cuanto más se ve exaltado tanto más indigno se juzga de serlo.*

Llamaba sagrados a los mandatos de la obediencia, pura y sencillamente impuestos y no pedidos. Reputaba ser la más

perfecta aquella obediencia en la que nada y para nada influyen la carne y la sangre, y por la cual, siguiendo la vocación divina, se va entre los infieles con objeto de ganarlos para Cristo o con deseos de sufrir el martirio. Pedir esta clase de obediencia juzgaba ser cosa muy agradable a Dios.

XLIX.—Es cosa peligrosa mandar algo por santa obediencia con precipitación, como lo es el no someterse a sus preceptos

El bienaventurado Padre juzgaba que rara vez debía imponerse algún mandato por santa obediencia, pues no debe emplearse el azote del rigor sino en casos extremos. *No se ha de echar mano a la espada* —decía— *sin conveniente motivo y razón. Y aquel que no obedece prontamente en lo que se le mandó, da pruebas de no temer a Dios, y de no respetar a los hombres. (Mas esto se entiende cuando no hay causa necesaria para retardar el acto de la obediencia).*

Nada más cierto que esto, pues la autoridad de imponer preceptos en un superior temerario, ¿qué otra cosa es sino una espada, puesta en manos de un loco o de un furioso? Y ¿qué cosa hay más despreciable que un religioso transgresor y conculcador de la obediencia?

L.—Respuesta a ciertos religiosos que le persuadían pidiese privilegio para predicar en cualquier lugar

Algunos frailes dijeron al bienaventurado Francisco: «Padre, ¿no observáis cómo varios señores Obispos no nos permiten predicar algunas veces, y no pocos días nos obligan a permanecer ociosos en los pueblos hasta que podamos anunciar la palabra divina? Sería mejor que pidieses al señor Papa un privilegio sobre este particular, que cedería, sin duda, en bien de las almas.»

A los cuales respondió en tono severo: *Vosotros, frailes Menores, no conocéis la voluntad de Dios, y me servís de estorbo para convertir todo el mundo, conforme lo quiere el Señor. Pues mi deseo sería convertir, primero, mediante la humildad y el respeto, a los Prelados, para que, observando éstos en nosotros una vida santa y una gran reverencia hacia ellos, os encarguen que prediquéis y trabajéis por convertir al pueblo, y harán que éste acuda solícito a escucharos más eficazmente que con los privilegios que deseáis, y*

que acaso servirían para llenaros de soberbia. Y si os mostrareis ajenos de todo sentimiento de avaricia, e indujereis a las gentes del pueblo a dar sus derechos a las iglesias, no dejarán los mismos Prelados de autorizaros para que oigáis en confesión a los fieles, si bien no debéis preocuparos mucho de esto; pues si éstos se convirtieren, no les faltarán otros confesores.

Por lo que a mí toca, una sola gracia deseo obtener del Señor, a saber: la de nunca pretender privilegio alguno de ningún superior, sino más bien tratar a todos con gran respeto, y, mediante la santa obediencia de lo que prescribe la Regla, trabajar en la conversión de todos, más con el ejemplo que con la palabra.

LI.—Modo de reconciliarse los frailes cuando se ocasionaban algún pequeño disgusto

Afirmaba el bienaventurado Francisco que el Señor había enviado al mundo en aquel tiempo a los frailes Menores para que con la luz de los buenos ejemplos enseñasen los senderos de la vida a cuantos estaban envueltos en las densas tinieblas del pecado. Confesaba de muy buen grado que se llenaba de suavísimos consuelos y sentía confortado dulcemente su espíritu cuantas veces oía las virtudes y buena fama de los religiosos dispersos por todo el mundo.

Sucedió, pues, en cierta ocasión, que un religioso, en presencia de un hombre noble de la isla de Chipre, profirió alguna palabra menos comedida contra otro de los religiosos. Observó aquél que por ello se había perturbado algo su hermano, y al punto, encendido en deseos de propia venganza, tomó un puñado de inmunda basura y, metiéndola en la boca, apretó los dientes, mientras decía: «¡Mastique esa basura esta lengua atrevida, que tuvo la osadía de lanzar contra un hermano el veneno de la ira!» Al ver esto aquel hombre, llenóse de admiración, retirándose tan edificado, que desde entonces consagró todas sus cosas, y aun su persona, al servicio de los frailes.

Ésta misma conducta tenían costumbre de observar aquellos religiosos. Y cuando cualquiera de ellos, consciente o inconscientemente, causaba a otro alguna molestia o le dirigía alguna palabra menos caritativa, se postraba inmediatamente a los pies del ofendido, los besaba con gran humildad y le pedía perdón. En tales casos llenábase de alegría el corazón del bienaventurado Padre, al ver a sus hijos dar por

sí mismos tan edificantes ejemplos de santidad, augurando y deseando toda suerte de bendiciones celestiales sobre aquellos religiosos que, bien con la palabra, bien con el ejemplo, trabajaban en la conversión de los pecadores. Pues mucho deseaba que en el celo por la salvación de las almas, en que ardía su corazón, se le asemejasen perfectamente todos sus hijos.

LII.—Cómo se quejó Cristo a fray León, compañero de Francisco, de la ingratitud y soberbia de algunos frailes

En cierta ocasión, Cristo Nuestro Señor dijo a fray León, compañero del bienaventurado Francisco: «Fray León, tengo alguna queja contra varios frailes.» A lo que contestó humildemente fray León: «¿Cuál es, Señor, la causa de vuestro enojo?» A esta pregunta respondió Cristo: «Tres son las causas de ello, a saber: primera, que no reconocen como deben mis beneficios, que con tanta largueza y abundancia, como sabes, les concedo, pues ellos ni siembran ni siegan; segunda, que se entregan demasiado a la murmuración y a la ociosidad, y tercera, que fácilmente se dejan llevar de la ira unos contra otros, y después tardan en volver a su anterior amistad y amor, sin perdonarse pronto la ofensa que recibieron.»

LIII.—Respuesta, humilde y reverente, de Francisco a un doctor dominico sobre las Sagradas Escrituras

Estaba Francisco en la ciudad de Siena y se le acercó un doctor en Sagrada Teología, de la Orden de Predicadores, hombre por cierto muy humilde y de gran espíritu. Hablaban uno con otro amigablemente acerca de la palabra de Dios, y aquel maestro en Teología le preguntó sobre este texto de Ezequiel: *Si no anunciares al impío su impiedad, reclamaré su alma de tu mano*, y añadió: «Hay muchos, Padre mío, a quienes conozco que están en pecado mortal, a los cuales, sin embargo, yo no echo en cara su impiedad. ¿Por ventura me pedirá Dios cuenta de la perdición de sus almas?»

A esta pregunta respondió humildemente Francisco, diciendo que él era ignorante y que, por lo tanto, le convenía más ser instruido por él, como hombre de ciencia, que atreverse a responder en materia tan delicada como es la Sagra-

da Escritura. Entonces añadió aquel maestro, verdaderamente humilde: «Hermano mío, aunque he oído de boca de muchos sabios la exposición de este texto, desearía, sin embargo, que me dijeseis vuestro parecer en este punto.» Instado de este modo Francisco, le dijo: *Si el texto se ha de entender de un modo general, a mí me parece que quiere decir que el siervo de Dios debe resplandecer en tal forma por el buen ejemplo de la vida y santidad propia, que con la luz de sus virtudes y la doctrina de una santa conversación sirva de tácito reproche a todos los impíos. De este modo, digo, el ejemplo de su vida y el suave olor de su buena fama le echarán en cara todas sus iniquidades.*

Edificado en gran manera aquel doctor, al retirarse, dijo a los compañeros de Francisco: «Hermanos míos, los conocimientos teológicos de este hombre, apoyados en la pureza y en la contemplación, lo convierten en un águila que vuela, y, en cambio, nuestra ciencia se arrastra pesadamente sobre la tierra.»

LIV.—Debe procurarse con todos los clérigos la humildad y la paz

Aun cuando el bienaventurado Francisco deseaba que sus religiosos conservasen la paz con toda suerte de hombres, y tratasen a todos con la sencillez de niños, sin embargo, les enseñó con la palabra y los animó con el ejemplo a ser más humildes con los clérigos. Pues les decía: *Hemos sido enviados para ayudar a los clérigos en la salvación de las almas, y para que cuanto pueda faltar por su parte lo suplamos nosotros, porque es cierto que cada cual recibirá el premio, no según su mayor o menor autoridad, sino en proporción al trabajo que empleare. Sabed, hermanos míos, que a Dios Nuestro Señor agrada mucho el fruto que se hace en la salvación de las almas. Y esto lo podremos conseguir mejor conservando la paz, y no la discordia, con los clérigos; y si ellos, por ventura, estorbasen la salvación de los pueblos, a Dios corresponderá la venganza, y El impondrá el castigo merecido. Por lo tanto, estad sumisos siempre a los Prelados, para que, en cuanto de vosotros dependa, no os dejéis llevar de un falso celo. Si fuereis pacíficos, os captaréis la voluntad del pueblo y del clero; y esto es más grato a Dios que pretender ganar sólo al pueblo causando algún escándalo en el clero. Disimulad* —les decía— *sus defectos y caídas, si acaso las tuviesen, y suplid sus faltas con espíritu de caridad: Seguid siempre estos consejos y procurad ser cada vez más humildes.*

LV.—Cómo obtuvo humildemente del Abad de San Benito de Subiaco la iglesia de Santa María de los Angeles, donde quiso que con humildad morasen siempre los frailes

Como viese el bienaventurado Francisco que el Señor se dignaba multiplicar el número de sus frailes, dijo a éstos: *Carísimos hermanos e hijos míos, veo que el Señor quiere acrecentar nuestro número, por lo que me parece conveniente que obtengamos del Obispo, o de los canónigos de San Rufino, o del Abad de San Benito alguna iglesia donde los frailes puedan decir el Oficio divino. Y que tenga al lado una casita, hecha de barro y mimbres, en donde los frailes puedan descansar y trabajar. Pues este lugar que habitamos no es decente, ni basta para los frailes, una vez que el Señor se digna aumentar su número, y, sobre todo, carece de iglesia para el rezo de las horas canónicas. Y si muriese algún fraile, no sería conveniente sepultarlo aquí o en la iglesia de clérigos seculares.*

Este razonamiento agradó a todos los frailes.

Fuése, pues, al Obispo de Asís y repitió ante él las expresadas palabras. «Hermano —respondió el Obispo—, no dispongo de iglesia alguna que pueda darte.» Y en el mismo sentido le respondieron también los canónigos.

Dirigióse entonces al Abad de San Benito del Monte Subiaco y manifestóle el mismo deseo. El Abad, piadosamente movido por la divina gracia, después de consultarlo con sus monjes, concedió al bienaventurado Francisco y a sus frailes la iglesia de Santa María de los Angeles, como la menor y más pobrecilla que pudiesen tener. Y dijo el Abad al bienaventurado Francisco: «He aquí, hermano, que accedimos a tu petición. Pero si el Señor aumenta vuestra Orden, queremos que este lugar sea como cabeza de todos los vuestros.»

Y agradaron estas palabras al bienaventurado Francisco y a sus frailes, y el bienaventurado Francisco alegróse en gran manera de que tal lugar fuese concedido a sus frailes, especialmente por llevar la iglesia el nombre de la Madre de Dios y ser pequeña y pobrecilla, y por llamarse de la Porciúncula, en lo cual se significaba que debía ser cabeza y madre de los pobrecillos frailes Menores. Llamábase también Porciúncula por llevar este nombre antiguamente aquel lugar.

Por lo que decía el bienaventurado Francisco: *Quiso el*

Señor que ninguna otra iglesia fuese concedida a los frailes, y que éstos no edificasen entonces iglesia nueva, antes tuviesen esta sola, porque con el establecimiento allí de los frailes Menores cumplióse cierta profecía. Pues, aun pobrecilla y semiderruída, los habitantes de Asís y de toda aquella comarca tuvieron gran devoción a dicha iglesia y la tiene hoy mayor, y todos los días va en aumento. Por lo cual, apenas se establecieron allí los frailes, multiplicó continuamente su número el Señor y extendióse de modo maravilloso el buen olor de su fama por todo el valle de Espoleto y por muchas otras partes del mundo. Dicha iglesia se llamaba antiguamente Santa María de los Angeles, porque, según se dice, oyéronse allí muchas veces cantos angélicos.

Aunque el Abad y los monjes la habían concedido liberalmente al bienaventurado Francisco y a sus frailes, sin embargo, el Santo quiso, como bueno y sabio maestro, edificar su casa, es decir, su Religión, sobre la piedra firme de la santa pobreza, y enviaba anualmente a dicho Abad y a los monjes una canastilla llena de peces, que llaman tencas, como señal de mayor humildad y pobreza, a fin de que los frailes nada poseyesen que no fuese propiedad de otro, y así nunca pudiesen disponer de ello. Mas, cuando los frailes llevaban cada año los peces, el Abad y los monjes, en atención a la humildad del bienaventurado Francisco, que hacía esto voluntariamente, obsequiaban a los frailes con un cántaro de aceite. Nosotros, compañeros del bienaventurado Francisco, atestiguamos haber dicho él formalmente, porque le había sido allí revelado, que aquella iglesia tenía, entre otras prerrogativas manifestadas por el Señor, la de ser preferida por la Virgen Santísima entre todas las iglesias que ama en el mundo. Y por esto la tuvo él, desde entonces, máxima devoción y reverencia; y a fin de que los frailes hiciesen lo mismo y tuviesen este recuerdo bien grabado en su corazón, lo hizo escribir así en la hora de su muerte, como testamento.

En efecto, ya cercano a la muerte, dijo delante del Ministro General y de otros frailes: *El lugar de Santa María de la Porciúncula quiero dejarlo en testamento a los frailes, para que lo veneren con la máxima devoción y reverencia.*

Lo cual hicieron así nuestros antiguos frailes, pues, aun cuando dicho lugar sea santo y predilecto de Cristo y de la Virgen gloriosa, conservaban su santidad con oración continua y silencio de día y de noche. Y si alguna vez les estaba permitido hablar, sólo conversaban de cosas tocantes a la gloria de Dios y bien de las almas, con grandísima devoción y honestidad. Y si alguno comenzaba a decir palabras ociosas e inútiles, lo que raramente acontecía, inmediatamente era corregido por otro fraile.

Castigaban sus cuerpos con muchos ayunos, frío, desnudez y trabajo manual. Pues muchas veces, a fin de no estar ociosos, ayudaban en sus campos a los hombres pobres, y éstos les daban algún pan, por amor de Dios. Con estas y otras virtudes santificaban aquel lugar y ellos se conservaban en santidad. Pero después, con más frecuentes visitas de frailes y seglares a dicho lugar, y también porque los frailes son más fríos en la oración y en la virtud, y más inclinados a conversaciones ociosas y a saber las novedades del mundo, no es tenido en tanta devoción y reverencia como antes y como se quisiera.

Dichas por el bienaventurado Francisco las palabras puestas arriba, añadió en seguida: *Quiero, por lo tanto, que este lugar esté siempre bajo la potestad del General Ministro y siervo, para que tenga mayor cuidado y solicitud de poner allí buenos y santos frailes. Los clérigos sean elegidos de entre los mejores, y más santos, y más honestos frailes, y de los que mejor sepan recitar el Oficio en toda la Orden, a fin de que no sólo los seglares, sino los mismos frailes los oigan de buen grado y con gran devoción. De los hermanos legos elíjanse hombres santos, discretos, humildes y honestos, que sirvan a los clérigos. Junto a éstos no entre persona o fraile alguno, fuera del Ministro General y de los hermanos que les sirven. Y ellos no hablen con persona alguna, si no es con los hermanos que les sirven y con el Ministro General, cuando los visite. Estén, asimismo, obligados los frailes legos que les sirven a no decirles nunca palabras ociosas, o nuevas del mundo, o cualquier cosa que no sea útil a las almas. Y por esto especialmente quiero que nadie entre en aquel lugar, a fin de que conserven mejor su santidad y pureza de vida, y allí nada se diga o haga inútilmente, antes todo aquel lugar se conserve puro y santo en himnos y alabanzas al Señor.*

Y cuando alguno de estos frailes sea llamado por el Señor, envíese allí otro fraile santo, escogido, de donde sea, por el Ministro General. Pues si acaso los demás frailes se apartasen en algún tiempo de la pureza y honestidad de vida, quiero que aquel lugar bendito sea y permanezca siempre como espejo y ejemplar de toda la Religión y como candelero que arda y luzca ante el trono de Dios y de la bienaventurada Virgen. Por lo cual perdone el Señor los defectos y culpas de todos los frailes, y conserve y proteja siempre esta Religión y plantita suya.

LVI.—Humilde reverencia que demostraba a las iglesias, barriéndolas y limpiándolas

Cuando moraba en Santa María de los Angeles y eran todavía pocos los frailes, recorría el bienaventurado Francisco las granjas e iglesias de los alrededores de Asís, predicando a los hombres penitencia. Llevaba consigo una escoba para barrer las iglesias, pues le dolía mucho encontrar alguna no tan limpia como él quería. Y por esto, siempre que terminaba de predicar reunía a los sacerdotes en algún lugar apartado, donde no pudiesen oír los seglares, y les hablaba acerca de la salvación de las almas, y, sobre todo, que fuesen cuidadosos en conservar limpias las iglesias y los altares y cuanto tocaba a la celebración de los divinos misterios.

LVII.—Un campesino encontró a Francisco barriendo una iglesia, y, convertido, ingresó en la Orden, y fué un gran santo

Fué cierto día a la iglesia de un pueblo próximo a la ciudad de Asís, y con espíritu de humildad comenzó a barrerla y asearla. Al momento corrió la fama de este hecho por todo el pueblo, cuyos moradores veían con gran complacencia al Santo y le escuchaban con no menor satisfacción. Oyólo un campesino, hombre de gran sencillez, por nombre Juan, que se hallaba arando en su campo, y corrió al momento para verle, y, efectivamente, le encontró barriendo la iglesia con mucha humildad y devoción. Y le dijo: «Hermano, dame la escoba, que quiero ayudarte.» Y, tomándosela de las manos, barrió lo que faltaba.

Después, sentados juntos, dijo el campesino al bienaventurado Francisco: «Hermano, hace ya mucho tiempo que tengo deseos de servir a Dios, y mucho más después que oí lo que se refiere de ti y de tus frailes; pero ignoraba cómo vendría a estar contigo. Mas ahora, después de haber permitido el Señor que te viera y te hablara, deseo hacer cuanto me aconsejares.» Al ver Francisco el fervor de esta resolución, se alegró en el Señor, sobre todo porque aun tenía pocos religiosos y le parecía que, dadas la sencillez y pureza de aquel hombre, llegaría a ser un buen fraile. Así, pues, le dijo: *Hermano, si quieres abrazar nuestro género de vida y estar con nosotros, conviene que te desprendas aún de todo aquello que lícitamente pudieras poseer y lo distribuyas todo entre los pobres, según el consejo del santo Evangelio, pues así lo hicieron también todos mis frailes que podían disponer de alguna cosa.*

Tan pronto oyó esto se encaminó al campo donde había dejado los bueyes, los desató y llevó uno de ellos a presencia de Francisco, a quien dijo: «Hermano, hace ya muchos años que sirvo a mi padre y a todos los de mi casa, y aun cuando esta porción de mi herencia sea tan pequeña, quiero tomar este buey para mí y dar su precio a los pobres, conforme a ti mejor te pareciere.» Al ver sus padres y hermanos, éstos niños aun, que intentaba abandonarlos, comenzaron a llorar de tal modo y a levantar el grito con tanto dolor, que movieron a piedad el corazón de Francisco, porque era una familia numerosa y humilde. Así que les dijo: *Preparad comida para todos nosotros; comamos todos juntos, y no queráis llorar, pues pienso alegraros mucho.* Los de aquella casa prepararon la comida, y todos juntos se sentaron a la mesa, con grande alegría y contento.

Después de la comida dijo el Santo: *Este vuestro hijo quiere servir a Dios; por lo cual no os debéis entristecer, antes bien, debéis alegraros mucho. Además, resulta muy honroso para vosotros, no sólo ante Dios, sino aun también ante el mundo, e igualmente provechoso para vuestras almas y para vuestros cuerpos, el tener uno de vuestra familia en quien sea honrado el Señor, y todos nuestros frailes vendrán a ser vuestros hijos y hermanos. Y como es criatura de Dios y desea muy de corazón servir a su Criador, a quien servir es reinar, no puedo ni debo devolvéroslo. Mas, para que tengáis por él algún consuelo, quiero que él, al desprenderse de este buey, os lo entregue a vosotros en concepto de pobres, si bien estaría mejor que lo diese a otros, según el consejo del Evangelio.* Con estas palabras se llenaron de alegría, y aun se regocijaron más con el buey que se les devolvió, pues eran en realidad bastante pobres.

Y porque al seráfico Padre le agradaba mucho, tanto en sí como en los otros, la pura y santa simplicidad, desde luego vistió a Juan el hábito de su Orden, y lo llevaba siempre consigo, como especial compañero. Pues era un hombre de tanta sencillez, que se creía obligado a practicar cuanto Francisco hacía. Así que cuando el Santo estaba en alguna iglesia u oraba en cualquier otro lugar, el compañero procuraba observarle, para conformarse en todo con sus gestos y acciones. De modo que si el Santo se arrodillaba, o levantaba las manos al cielo, o tosía, o suspiraba, él hacía también lo mismo. Observó esto el bienaventurado Francisco y comenzó a reprenderle suavemente, y no sin gozo, por estas muestras de sencillez. Entonces él le respondió: «Hermano,

yo hice promesa de imitar todo cuanto tú haces; por lo cual debo ajustarme a todas tus acciones.»

De todo esto se admiraba y se alegraba no poco Francisco, al ver tanta sencillez e inocencia en su compañero, en tanto que éste comenzó a hacer desde entonces tales progresos en la virtud, que el santo Padre y todos los demás religiosos se admiraban grandemente de su fervor y perfección. Pasado poco tiempo murió con bien fundada opinión de santidad. Por lo cual después el bienaventurado Francisco, con gran júbilo de su alma, refería a los demás religiosos la conversión de aquel hermano. a quien no llamaba fray, sino Juan el Santo.

LVIII.—Cómo se castigó, comiendo en una misma escudilla con un leproso a quien pareció había desedificado

Al volver una vez el bienaventurado Francisco a la iglesia de la Porciúncula se encontró con fray Jacobo el Simple, acompañado de un leproso cubierto de llagas gangrenosas. A pesar de que Francisco le había recomendado a dicho leproso, y aun a todos los leprosos, pues venía a ser para ellos como un médico, y de buen grado les limpiaba las llagas, se las lavaba y les aplicaba las medicinas, pues entonces los frailes solían vivir en las leproserías, en aquella ocasión dijo a fray Jacobo, como reprendiéndole: *No debías acompañar a los hermanos cristianos* (así llamaba el Santo a los leprosos), *pues no es cosa honrosa ni para ti ni para ellos.* Realmente quería que los sirviese; sin embargo, no le parecía bien que sacase fuera del hospital a los que estaban muy llagados, porque su vista repugnaba mucho a los hombres; y fray Jacobo era tan sencillo, que no tenía recelo alguno en acompañarlos desde el hospital hasta la iglesia de la Porciúncula, como si fuese con otros religiosos.

Reflexionó entonces Francisco en lo que había dicho. y comenzó a reprenderse ásperamente temiendo si por aquella reprensión hecha a fray Jacobo habría ocasionado algún mal ejemplo al leproso. Quiso dar una satisfacción a éste, y mucho más a Dios, y dijo humildemente la supuesta culpa a fray Pedro Catáneo, que a la sazón ejercía el cargo de Ministro General, con estas palabras: *Te pido que me apruebes la penitencia que he resuelto hacer por la falta que he cometido, esperando no me contradigas.* A este ruego contestó fray Pedro: «Hermano mío, anda y haz lo que bien te parezca.» Pues dicho General le respetaba y estimaba tanto, que en nada se atrevía a contradecirle. aun cuando varias veces le fuese sensible no hacerlo.

Entonces añadió Francisco: *Esta sea mi penitencia, a saber: la de comer en la misma escudilla, juntamente con el leproso.*

Sentados los dos a la mesa con otros religiosos, pusieron una escudilla entre Francisco y el leproso, el cual estaba todo llagado, lleno de úlceras y presentaba un aspecto horrible, y, además, tenía los dedos, con los que sacaba la comida de la escudilla, deformemente contraídos y cubiertos de sangre, de modo que cuando los metía en aquel recipiente caían en él el pus y la sangre de los mismos. Al ver esto fray Pedro Catáneo y los demás religiosos, no pudieron menos de entristecerse grandemente; pero no se atrevían a decir nada por el respeto y veneración al santo Padre.

El que presenció estas cosas es quien las escribe y da testimonio de que son verdaderas.

LIX.—Cómo ahuyentó los demonios con la humildad de sus palabras

En cierta ocasión fué Francisco a la iglesia de San Pedro de Bovara, cerca del lugar de Trevi, en el valle de Espoleto. Iba con él fray Pacífico, que era llamado en el siglo el *Rey de los versos*, hombre noble, muy fino, cortés y docto entre los cantores. Aquella iglesia estaba abandonada. Mas Francisco dijo a fray Pacífico: *Vuélvete al hospital de los leprosos, pues deseo pasar solo esta noche aquí, y mañana muy temprano ven junto a mí.*

Quedóse, pues, allí solo, y después de rezar las Completas y otras oraciones, quiso reposar y dormir. Pero no le fué posible, pues su espíritu comenzó a sentir cierto temor y algunas sugestiones diabólicas, y al momento salió de la iglesia, hizo sobre sí la señal de la cruz y dijo: *¡De parte de Dios omnipotente os mando a vosotros, demonios, que hagáis en mi cuerpo cuanto os permitiere Cristo Jesús, porque estoy dispuesto a sufrirlo todo! Pues como este cuerpo es mi mayor contrario, me vengaréis de mi más grande adversario y cruel enemigo.* Al punto cesaron del todo aquellas sugestiones, y, vuelto al lugar donde antes estaba, durmió tranquilamente.

LX.—Visión que tuvo fray Pacífico. Vió que estaba reservado para Francisco el trono de gloria que ocupó Lucifer en el cielo

Llegada la mañana, volvió fray Pacífico a la iglesia donde había quedado Francisco. Le encontró haciendo oración ante el altar y le esperó fuera del coro, orando también a los pies de un crucifijo. Al comenzar su oración fray Pacífico fué elevado en espíritu y arrebatado al cielo, *con el cuerpo o sin él, sólo Dios lo sabe;* y vió allí gran número de tronos gloriosos, entre los cuales había uno mucho más alto que los demás, glorioso sin comparación entre todos, resplandeciente y adornado con toda clase de piedras preciosas. Admirado al ver tanta hermosura, comenzó a discurrir dentro de sí para quién podría ser aquel trono; y al momento oyó una voz que le decía: «Este asiento fué de Lucifer, y en su lugar se sentará el humilde Francisco.»

Vuelto en sí de aquel éxtasis, al instante se le acercó el bienaventurado Francisco, y él se postró en seguida a sus pies, con los brazos cruzados; y considerándole cual si estuviese ya en el cielo sentado en aquel trono, le dijo: «Padre, ten compasión de mí y ruega al Señor que tenga piedad de mí y me perdone todos mis pecados.» Extendió entonces Francisco las manos, le levantó del suelo y comprendió, sin duda, que debía haber recibido algún favor especial en la oración. Parecía, en efecto, todo transformado y hablaba con el santo Padre, no como si éste viviese en carne mortal, sino cual si estuviese ya reinando en el cielo.

Después, no atreviéndose a manifestar a Francisco la visión, comenzó a pronunciar en su interior algunas palabras imperceptibles, y al fin le dijo, entre otras: «¿Qué piensas de ti mismo, hermano?» Respondiendo a esta pregunta, Francisco le dijo: *Me parece que soy el pecador más grande de cuantos hay en todo el mundo.* Al momento oyó fray Pacífico una voz interior que decía: «En esto puedes conocer haber sido muy verdadera la visión que tuviste, pues así como Lucifer, por su gran soberbia, fué arrojado de aquel trono, así también Francisco, por su profunda humildad, merecerá ser elevado y sentado en él.»

LXI.—Cómo hizo que le presentasen desnudo y con una soga al cuello ante el pueblo

Convalecido el Santo de una grave enfermedad, le pareció que durante ella se había excedido algo en el alimento, aunque en realidad fuese poquísimo lo que había comido; y levantándose un día, cuando aun no le había desaparecido del todo la fiebre, llamada *cuartana,* hizo que se convocase al pueblo de Asís en la plaza pública, para predicarle. Terminada la predicación, ordenó a la gente del pueblo que nadie se apartase de allí hasta que volviese. Entró en la catedral de Asís, dedicada a San Rufino, con otros muchos religiosos, entre ellos fray Pedro Catáneo, canónigo que fué en aquella misma catedral y primer Ministro General nombrado por Francisco, y mandó al mismo fray Pedro, por santa obediencia, que sin contradición alguna hiciese lo que iba a ordenarle. A lo cual respondió fray Pedro: «Hermano, ni puedo ni debo querer ni hacer otra cosa, respecto a mí y por lo que mira a ti, sino aquello que te agradare.»

Despojándose, pues, Francisco del hábito o túnica exterior, y sin más ropa que los paños de la honestidad, le mandó que le pusiese al cuello una gruesa cuerda y que, desnudo en esta forma, lo llevase ante el pueblo al lugar mismo donde había predicado. A otro fraile le mandó que tomase una escudilla llena de ceniza, subiese al púlpito desde donde había predicado y, al llegar él a aquel lugar, le arrojase la ceniza sobre el rostro. Resistíase el religioso a obedecer, movido por la compasión y mucho respeto que le tenía. Por su parte, fray Pedro Catáneo tomó en sus manos la cuerda que Francisco tenía al cuello e iba delante, haciendo que el Santo le siguiese, según expresamente se le había ordenado, sin poder evitar un abundante llanto, como los demás religiosos, que derramaban copiosas lágrimas de compasión y dolor.

Conducido desnudo de este modo al lugar donde había predicado, puesto en presencia del pueblo, dijo estas palabras: *Vosotros y cuantos a ejemplo mío abandonan el mundo creéis que yo soy hombre santo; pero en verdad confieso delante de Dios y de todos vosotros que en esta mi última enfermedad me he regalado comiendo carnes, y tomando caldo condimentado también con carne.* Al oír esto comenzaron todos a llorar a impulsos de la piedad y de la compasión, al verlo en aquel estado, considerar, sobre todo, que estaban entonces en el rigor del invierno y se dejaba sentir un frío

muy intenso, añadiéndose a esto que Francisco aun no estaba libre de la fiebre cuartana que padecía. Así que, golpeándose el pecho, se acusaban diciendo: «Si este varón santo, obligado por razonable y manifiesta necesidad, se acusa con tal desnudez de cuerpo y vida que conocemos ser tan santa, vivo en carne casi ya muerta, por las muchas abstinencias y austeridades a que la ha sujetado desde que se convirtió del todo a Cristo, ¿qué será de nosotros, miserables, que gastamos todo el tiempo de nuestra vida en contentar al cuerpo y en satisfacer todos los deseos de la carne?»

LXII.—Cómo quería que todos supiesen los consuelos o regalos que recibía su cuerpo

De igual modo, en otra ocasión, comía junto a un eremitorio, en la cuaresma de San Martín o de Adviento, manjares condimentados con grasa de cerdo, a causa de una enfermedad en la que le era muy dañoso condimentarlos con aceite. Predicó a numeroso público al terminar la cuaresma, y comenzó así su discurso: *Hermanos míos: con gran interés y devoción habéis venido a oírme, pensando, sin duda, que soy algún hombre santo; pero ante Dios y ante vosotros confieso que en esta cuaresma no he recelado en comer varios manjares condimentados con grasa de cerdo.*

Más aún: casi siempre que comía con los seglares o le proporcionaban sus religiosos algún alivio al cuerpo, con motivo de sus enfermedades, al momento lo publicaba, tanto en casa, a los religiosos que lo ignoraban, como fuera, a otros seglares, diciendo a todos: *Sabed que he comido tales y cuales manjares.* Pues no quería ocultar a los hombres lo que estaba patente a la vista del Señor. De igual modo, cuando en cualquier sitio, ya delante de cualesquiera religiosos, ya de los seglares, sentía su espíritu movido a cualquier acto o simple pensamiento de soberbia, de vanagloria o de cualquier otro vicio, en seguida lo descubría a todos, con sencillez y sin tapujo alguno. Por lo que una vez dijo a sus compañeros: *De tal modo quiero vivir, ya sea en los desiertos o en cualquier otro lugar donde more, cual si estuviera expuesto a la vista de todos los hombres. Porque si me tienen por un hombre santo, y no observo una vida cual corresponde a esta opinión, sería un hipócrita.*

Una vez, a causa de su enfermedad del hígado y de lo delicado de su estómago, quiso uno de sus compañeros, que era Guardián, forrar una de las túnicas del Santo con una ligera piel de zorra, en la parte que correspondía al hígado y al estómago, para proporcionarle así algún abrigo, pues hacía entonces mucho frío. Le replicó el bienaventurado Francisco: *Si quieres ponerme bajo la túnica un retazo de piel de zorra, has de colocarme otra al exterior de la misma túnica, para que todas las gentes conozcan por esta señal que voy abrigado en el interior con otra piel.* Así ordenó que se lo hiciesen, si bien por muy poco tiempo llevó aquel abrigo, no obstante hacerle buena falta.

LXIII.—Cómo se acusó al instante de un acto de vanagloria, por dar limosna a una pobre

Recorría las calles de Asís el bienaventurado Francisco y se le acercó una viejecita pidiéndole por amor de Dios una limosna. Inmediatamente el Santo le dió el manto que llevaba puesto, y sin demora confesó humildemente delante de cuantos le seguían el pensamiento de vanagloria que en esta acción había experimentado.

De esta clase de ejemplos, que demuestran la profunda humildad del Santo, pudimos observar tan crecido número nosotros, que vivimos en su compañía, que ni de palabra ni por escrito nos sería posible contarlos. Francisco procuró con un empeño constante no aparecer jamás delante de Dios como un hipócrita; y aun cuando muchas veces, a causa de sus enfermedades, tenía necesidad de tomar ciertos manjares especiales, cuidaba mucho, en lo que de sí dependía, de dar buen ejemplo a sus religiosos y a todos los demás; por lo cual soportaba con paciencia toda clase de molestias e indigencia, para evitar en lo posible todo motivo de murmuración.

LXIV.—Cómo describió cuál debía ser su perfecta humildad y la de cualquier fraile Menor

Aproximábase una vez la celebración del Capítulo general, y el seráfico Padre dijo a su compañero: *No me parece ser fraile Menor si no me encuentro en el estado que te voy a decir. He aquí que los religiosos, con gran consideración y respeto, me invitan al Capítulo, y yo, al observar el interés que muestran, voy con ellos. Y todos reunidos, de común acuerdo, me convidan a que les predique y les anuncie la palabra de Dios. Acepto la invitación, y, levantándome, les predico en la forma que me inspirare el Espíritu del Se-*

ñor. Supongamos que, terminado el discurso, todos, disgustados, hablan contra mí y dicen: «No queremos que seas nuestro superior, pues no eres tan instruído como conviene; al contrario, eres demasiado simple e idiota; por lo cual nos avergonzamos de que sea nuestro Prelado un hombre tan rudo y despreciable. ¡No presumas, pues, llamarte nuestro superior!» De este modo me arrojan de sí, con desprecio lleno de vituperio. No creería yo ser verdadero fraile Menor, si no me sintiese tan contento y alegre cuando de este modo me desprecian y desechan para que no sea Prelado, como cuando me llenan de estimación y de honra, siempre que en uno y otro caso resulte para ellos la misma utilidad temporal. Pues si me alegro por su piedad y provecho cuando me ensalzan y honran, con algún detrimento de mi alma, mucho más me debo alegrar y regocijar de la salud y provecho espiritual de mi alma cuando me desprecian, con evidente ganancia para el espíritu.

LXV.—De qué modo deseaba ir a regiones apartadas. Cómo envió a otros religiosos, y enseñó a los frailes a ir por el mundo

Al terminar aquel Capítulo fueron enviados muchos frailes como misioneros a varias provincias de ultramar. Francisco hubo de quedarse con otros frailes, a quienes dijo: *Hermanos carísimos: bien sabéis que yo debo ser el ejemplar y modelo de todos los frailes. Por lo tanto, si he ordenado la marcha de varios religiosos a regiones remotas, donde tendrán que padecer muchos trabajos y penalidades, hambre y sed y otras muchas adversidades, sería muy justo, y así lo exige la santa humildad, que yo fuese también a cualquiera de las comarcas distantes, para que de este modo los frailes soportasen con más paciencia sus adversidades, al saber que yo estaba expuesto a las mismas. Id, pues, y pedid al Señor que me conceda la gracia de escoger aquella región que sea más de su agrado, que más contribuya al bien de las almas y que resulte en mayor gloria de nuestra Orden.* El seráfico Padre tenía, en efecto, costumbre de hacer oración al Señor y encargar también a sus frailes que la hiciesen siempre que deseaba ir a cualquier otra provincia, pidiéndole encarecidamente se dignase manifestarle cuál era la de su mayor agrado.

Fueron, pues, los religiosos a hacer oración, y, después de terminada, volvieron junto a Francisco, quien al instante, lleno de gozo, les dijo: *En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, en el de su Madre, la gloriosa Virgen María, y en el de todos los santos, escojo la nación francesa, en la cual el pueblo es católico, y, sobre todo, porque rinde culto especial a la Eucaristía, cosa para mí muy grata; por lo cual espero tener ocasión de tratar familiarmente con sus habitantes.*

En realidad, el bienaventurado Francisco profesaba reverencia tan grande y tenía un amor tan ardiente a la santa Eucaristía, que quiso que se escribiera en la Regla que en los pueblos o lugares donde morasen los frailes tuviesen acerca de esto un cuidado y solicitud especial, y aconsejasen a los clérigos y sacerdotes que procurasen conservar la santa Eucaristía en sitios muy limpios y decentes; y, si por ventura dichas personas fuesen descuidadas en este punto, se cuidasen de hacerlo ellos mismos.

También hizo escribir en la Regla que en dondequiera que los frailes encontrasen escritos los nombres del Señor o algunas de las palabras con que se consagra la santa Eucaristía, y notasen no estar puestas en sitios bien decentes, tuviesen ellos mismos gran cuidado de recogerlas y colocarlas en lugares más conformes al respeto que aquéllas merecen, honrando así al Señor hasta en sus mismas palabras. Y aun cuando esta amonestación no se incluyó en la Regla, por no parecer bien a los Ministros que los frailes la considerasen como un verdadero mandato, no obstante, quiso que estos deseos suyos constasen a todos sus frailes, para lo cual los dejó consignados en su Testamento y en otros de sus escritos.

Más todavía: en cierta ocasión envió a muchos lugares varios de sus frailes, con encargo de llevar gran número de vasos sagrados preciosos y limpios, ordenándoles que colocasen en ellos la santa Eucaristía, si la encontraban depositada en lugares menos decentes. También envió por diferentes pueblos otros frailes para que llevasen y repartiesen instrumentos bien construídos, para hacer con toda limpieza las hostias del Sacrificio.

Al escoger el bienaventurado Francisco aquellos religiosos que debían salir a predicar al modo como él lo hizo, les habló de esta manera: *Id en el nombre del Señor, hermanos míos. Id de dos en dos, caminando humildemente y modestamente, con religioso silencio desde el amanecer hasta después de la hora de Tercia, rogando al Señor muy de corazón. Procurad que no salgan de vuestros labios palabras vanas y ociosas, pues aunque caminéis, cuidad de que vuestra conversación sea tan moderada y prudente como si estuvierais en un eremitorio o recogidos en vuestra celda. Porque debéis saber que en cualquier sitio donde nos encontremos o por*

cualquier camino que vayamos, siempre llevamos con nosotros una verdadera celda, que es nuestro hermano cuerpo, en cuyo interior mora, como un ermitaño, nuestra alma, para orar al Señor, y meditar en El. Por donde, si el alma no

C Figura ymaginaria de la eleuacio: que tenen les tres potencies racionals de la anima ales altres corporals: y la ymaginatiua ales potencies sensitiues/dins lhome/contemplant aquell en deu. y com entresi se distingueren per propijs actes: oruguens: y objectes: segõs q̃ desi representa esta ymage: o figura del Illũinat doctor: y martyr mestre Ramon Lull/auctor de la present obra.

El B. Raimundo Lulio, terciario franciscano, personificación del espíritu misionero. (Grabado del siglo XVI.)

viviese tranquila en esta su celda, poco aprovechará al religioso morar en la celda material.

Llegado poco después a la ciudad de Florencia, encontró allí al señor Hugo, Obispo Ostiense, que fué Papa con el nombre de Gregorio IX, el cual, al saber, por el mismo Francisco, que intentaba marchar a Francia, se lo prohibió, diciéndole: «Hermano mío, no quiero que vayáis a la otra parte de los montes, porque no faltan algunos que de buena gana procurarían impedir en la Curia romana cuanto fuese beneficioso a tu Orden. Pero, en cambio, yo y otros Cardenales, que la amamos muy de corazón, la protegeremos y la ayudaremos en todo cuanto podamos, si permanecieres entre nosotros.»

A estas razones respondió Francisco: *Señor, no deja de ser para mí una vergüenza que, enviando otros religiosos a provincias muy lejanas, me atreva yo a permanecer aquí, sin hacerme participante de los trabajos y tribulaciones que ellos habrán de padecer por el nombre del Señor.*

A lo cual replicó el señor Obispo en tono algo severo: «¿Y por qué enviaste a tus frailes tan lejos, expuestos a morir de hambre y a sufrir otras muchas calamidades?»

El humilde Francisco le contestó con fran fervor y con espíritu profético de este modo: *Señor, ¿juzgáis, por ventura, que Dios ha enviado mis frailes para que permanezcan sólo en estas provincias? Os digo, en verdad, que Dios Nuestro Señor escogió y envió a mis frailes para que procuren el provecho espiritual y la salvación de las almas esparcidas por todo el mundo. Y esto, no sólo en tierra de fieles. sino también entre los infieles, donde convertirán a muchas y las ganarán para Jesucristo.*

Admiróse en gran manera el señor Obispo Ostiense al oír estas palabras de Francisco, y no pudo menos de reconocer que en ellas decía una gran verdad. No le permitió ir a Francia, y Francisco envió en su lugar a fray Pacífico con otros muchos religiosos, en tanto que él volvió al valle de Espoleto.

LXVI.—Cómo instruyó a algunos frailes para ganar, con la humildad y la caridad, las almas de unos ladrones

A cierto eremitorio, situado cerca del pueblo de Borgo San Sepolcro, donde vivían varios religiosos, solían ir de cuando en cuando algunos ladrones para que se les diese una limosna de pan. Vivían en los bosques y saqueaban a los viajeros que transitaban por las veredas próximas. Algu-

nos de aquellos religiosos opinaban que no convenía dar limosna a tales facinerosos; otros, en cambio, por compasión, juzgaban que debía dárseles, para moverles a penitencia.

Entretanto llegó Francisco al lugar donde esto sucedía, y los religiosos le preguntaron si convendría o no darles limosna, a lo cual contestó el Santo: *Si obráis según os dijere, confío en el Señor que ganaréis para El las almas de estos ladrones. Id, pues; procurad adquirir buen pan y buen vino; llevádselos al bosque donde están, y en alta voz decid: «Hermanos ladrones, venid junto a nosotros, pues somos hermanos y os traemos, para que comáis, buen pan y buen vino.» Ellos vendrán al momento. Extended vosotros un mantel sobre el suelo; colocad encima el pan y el vino y servídselo humilde y caritativamente, para que lo coman. Después que lo hayan comido les diréis algunas palabras referentes a Dios, y después hacedles en su nombre esta petición: que os prometan no maltratar ni hacer mal a nadie; pues si les hiciereis otras muchas peticiones no os atenderían, y, en cambio, con esta vuestra humildad y sencillez os prometerán, desde luego, hacer lo que les pedís. Otro día, en recompensa de esta promesa, llevadles, además del pan y vino, huevos con queso, y servidles mientras comieren. Al acabar de comer, decidles: «¿Cómo estáis aquí todo el día, expuestos a morir de hambre y a sufrir calamidades, experimentando todo esto con tan mala conciencia y peores obras, que os ponen en peligro de perder el alma, si no os convertís de veras al Señor? Mejor es que os resolváis a servir a Dios, seguros de que El os proporcionará cuanto podáis necesitar para el cuerpo en este mundo, y últimamente, lo que vale muchísimo más, la salvación de vuestras almas.» Procediendo vosotros de este modo, estad seguros de que el Señor les inspirará, al ver vuestra humildad y caridad, la verdadera resolución de convertirse y de salvarse.*

Todo lo cumplieron los religiosos según se lo había ordenado el bienaventurado Francisco. Por su parte, los ladrones, tocados por la gracia y misericordia del Señor, oyeron atentamente a los religiosos y pusieron en ejecución al pie de la letra, sin separarse de ello ni un ápice, todo cuanto les habían aconsejado. Todavía más: compungidos al ver la humildad y familiaridad con que los trataban los religiosos. ellos mismos comenzaron desde entonces a servirlos, llevando sobre sus hombros la leña que necesitaban en el eremitorio, y algunos de ellos abrazaron el estado religioso: en tanto que los otros, confesaron humildemente sus culpas, hicieron penitencia de ellas, y prometieron firmemente a los

mismos religiosos vivir en adelante de su propio y honrado trabajo y no volver más al género de vida que hasta entonces habían llevado.

LXVII.—Azotado por el demonio, conoce que agrada más a Dios el vivir en lugares humildes que en palacios

En cierta ocasión fué a Roma el bienaventurado Francisco, con objeto de visitar al señor Cardenal Ostiense. Permaneció con él algunos días, y visitó también al Cardenal León, que estimaba mucho a Francisco. Era entonces tiempo de invierno, y apenas podía caminarse a causa de los grandes fríos, los vientos huracanados y la abundante lluvia. Este señor Cardenal le pidió que permaneciese algún tiempo en su compañía, y en calidad de pobre recibiese de él todos los días la comida, como lo hacían otros pobres. Le hablaba de este modo porque sabía que el Santo deseaba mucho ser tratado así en todas las casas donde se hospedaba, no obstante que el Sumo Pontífice y los eminentísimos Cardenales le recibían con gran gusto y veneración, por considerarlo como a un verdadero santo. El mismo Cardenal añadió: «Estoy dispuesto a darte una buena casa, situada en un punto retirado, donde puedas dedicarte con toda holgura a tus oraciones y al cuidado necesario para tu cuerpo.»

Entonces fray Angel Tancredo, que fué uno de los doce primeros compañeros del Santo, y que a la sazón moraba con él en la casa del señor Cardenal, dijo al seráfico Padre: «Hermano, hay aquí cerca un castillo espacioso y algo retirado, donde podrás vivir como en un eremitorio.» Lo visitó Francisco y fué muy de su agrado. Vuelto al señor Cardenal, le dijo: *Señor, probablemente permaneceré con Vos algunos días.* Con lo cual se alegró mucho el devoto Prelado.

Por orden suya fué fray Angel al mencionado edificio, y preparó en él unas habitaciones para Francisco y su compañero; y como al seráfico Patriarca no le agradaba, por su profunda humildad, sentarse todos los días a la mesa del Cardenal, resolvió el mismo fray Angel servirles a él y a su compañero en sus habitaciones particulares.

Trasladado Francisco con su compañero a la nueva morada, aconteció la primera noche que, mientras deseaba descansar y dormir, vinieron varios demonios y le dieron un gran número de azotes. Llamó a su compañero y le dijo:

Hermano mío, con gran crueldad me han azotado los demonios; te pido, pues, que permanezcas conmigo y no me dejes solo. Hízolo así el compañero, pues el bienaventurado Francisco temblaba como un hombre que padece calentura; y así los dos pasaron la noche en vela.

Entretanto, Francisco decía a su compañero: *¿Por qué me azotarían los demonios, y cómo el Señor les daría poder para hacerme daño?* Y él mismo respondió: *Los demonios son ministros de la justicia de Nuestro Señor; y de igual modo que el juez envía a sus ministros para castigar al que delinquió, así también el Señor se vale de sus ministros, esto es, de los demonios, que en este mundo le están sometidos, para corregir y castigar a los hombres, a pesar de amarlos tanto. Pues sucede muchas veces que hasta el religioso más perfecto inadvertidamente peca. Por lo cual, no conociendo culpablemente su falta, es castigado por el diablo para que reflexione seriamente y examine con diligencia las cosas en que haya podido pecar. Porque el Señor nada deja en esta vida sin castigo en aquellos a quienes mucho ama. Mas yo, por la gracia y misericordia de Dios, no creo haber cometido alguna falta de la cual no me haya procurado enmendar con la confesión y satisfacción, antes bien, el Señor, por su infinita bondad, se ha dignado concederme la gracia de conocer claramente en la oración las cosas en que le puedo complacer o desagradar. Sin embargo, puede ser que al presente me haya castigado por sus infernales ministros, porque, si bien el señor Cardenal de su parte me trate con tanta caridad, y por hallarme yo tan delicado me sea necesario cuidarme de algún modo, no obstante, mis hermanos que andan por el mundo sufriendo hambre, sed y muchos trabajos, y también aquellos que moran en los eremitorios y casas muy pobres, al saber que permanezco en el palacio del señor Cardenal, es posible que tomen de aquí ocasión para murmurar de mí, diciendo: «¡Nosotros tenemos que sufrir tantos trabajos, y, en cambio, él goza de buenas comodidades!» No tengo duda de que estoy obligado a darles buen ejemplo, porque para esto me puso el Señor entre ellos. Pues es cierto que se edifican mucho más cuando vivo con ellos en conventos o casas pobres que cuando me hospedo en otros sitios, y sufren con más paciencia sus trabajos cuando saben que yo los padezco también.*

Este fué, en efecto, el principal cuidado que tuvo siempre nuestro seráfico Padre: dar buen ejemplo a todos con sus palabras y sus obras y evitar en los frailes toda ocasión de que murmurasen de él. Por eso, ya estuviera sano, ya enfermo, sufrió tantas y tan intensas penalidades, que cualesquiera de los frailes que las conociesen, como las conocimos nosotros, que vivimos con él hasta su muerte, sin duda cada vez que las leyesen o las trajesen a la memoria no podrían contener el llanto y soportarían con más paciencia y alegría toda clase de tribulaciones.

A la mañana siguiente, muy temprano, volvió Francisco desde su nuevo domicilio al palacio del señor Cardenal, a quien refirió todo cuanto le había sucedido y había tratado con su compañero, añadiéndole, además: *¡Los hombres, señor, piensan que yo soy un santo varón, y he aquí que los demonios me han arrojado de la cárcel!*

Quedó el señor Cardenal muy edificado con este relato de Francisco. Sin embargo, como sabía que era un verdadero santo, y como a tal le respetaba, no se atrevió a contradecirle cuando supo que no quería permanecer allí.

Obtenida esta licencia, Francisco se despidió atentamente del Prelado y se dirigió al eremitorio de Fonte Colombo, cerca de Rieti.

LXVIII.—Cómo reprendió a ciertos frailes, poco humildes, afanosos de vana ciencia, prediciéndoles la reforma de la Orden

Hallábase el bienaventurado Francisco en el Capítulo general celebrado en Santa María de la Porciúncula, que se llamó de las Esteras, porque allí no había otras habitaciones que las construídas con esteras, al cual concurrieron cinco mil religiosos. Sucedió que algunos de ellos, hombres de letras y de ciencias, se presentaron al señor Cardenal Ostiense, que se hallaba también allí, y le dijeron: «Señor, deseamos que procuréis persuadir a Francisco de que siga los consejos de los religiosos más instruídos y sabios, y que alguna vez se deje gobernar por ellos.» Y para robustecer su pretensión alegaban las Reglas de San Benito, de San Agustín y de San Bernardo, en las cuales se dispone que se viva según una norma establecida.

Refirió el señor Cardenal todas estas cosas al bienaventurado Francisco en tono de familiar amonestación. Francisco, sin responderle nada, le tomó respetuosamente de la mano y le condujo al lugar del Capítulo, donde estaban reunidos los frailes, a los cuales con gran fervor y unción de espíritu les habló de esta manera: *Hermanos míos, hermanos míos: el Señor se dignó llamarme para que anduviese por los caminos de la humildad y de la sencillez, y quiere que no me aparte de este camino ni yo ni aquellos que de-*

sean seguirme e imitarme. Por lo cual no quiero que me citéis ninguna Regla, ni de San Benito, ni de San Agustín, ni de San Bernardo, ni de otro alguno, por mucho respeto que me inspiren, ni tampoco otra forma o modo de vivir, no siendo aquella que el Señor por su infinita misericordia se dignó darme y enseñarme. Más aún: el Señor me manifestó su deseo de que yo fuese esa nueva forma de vida en este mundo, y no quiso llevarnos por otro camino sino según esta ciencia. Mas, en cambio, os confundirá Dios por esa vuestra vana ciencia e inflada sabiduría, y yo confío que Dios Nuestro Señor os castigará, sirviéndose de los que son ministros de su justicia, hasta que vosotros, queráis o no queráis, volváis de nuevo a vuestro primitivo estado, con vergüenza para vosotros.

Al ver esta actitud, el Cardenal se admiró en gran manera, sin atreverse a responder nada, y todos los religiosos concibieron un saludable temor.

LXIX.—Ve y profetiza que la falsa ciencia llegaría a ser ocasión de ruina para la Orden, y prohibe el excesivo afán de predicación

Dolíase mucho el bienaventurado Francisco de que, con desprecio de la virtud y de la oración, se procurase una ciencia de esas que sólo sirven para inflar el espíritu, sobre todo si con esto perdía cualquiera la vocación con que había sido favorecido. Y así se expresaba: *Mis religiosos que se dejan arrastrar por una ciencia curiosa se encontrarán con las manos vacías cuando llegue para ellos el día de la cuenta. Por eso preferiría que procurasen perfeccionarse más y más en la práctica de la virtud, para que, al llegarles aquel temible día, encuentren propicio al Señor; pues es cierto que llegará para todos el día del juicio divino, cuando los libros enteramente inútiles serán arrojados por las ventanas o encerrados en los más oscuros escondrijos.*

Estaba muy lejos de decir todo esto porque no se complaciese en gran manera con la lección de la Sagrada Escritura, sino más bien para apartar a todos del afán de aprender cosas vanas e inútiles, pues prefería que sus religiosos tuviesen muy ardiente caridad, a que se preciasen de ser sabios con una ciencia fatua y engañosa. Preveía también que no tardarían en llegar ciertos tiempos en los cuales la ciencia hinchada y orgullosa sería causa de la ruina espiritual de muchos. De aquí que, con deseo de evitar este peligro, se apareció una vez después de su muerte a un religioso que había sido compañero suyo, al cual reprendió severamente; más aún, le prohibió que se consagrase con tan inmoderado empeño al oficio de la predicación, ordenándole, en cambio, que se dedicase muy de veras al estudio práctico de la santa humildad y apostólica sencillez.

LXX.—Cómo el día de la tribulación anunciada por San Francisco serían benditos los que entrasen en la Orden, y los probados mejores que sus antecesores

Solía decir el bienaventurado Francisco: *Vendrá un tiempo en el cual, a causa de los malos ejemplos de algunos religiosos, poco observantes, padecerá en su reputación esta Orden tan amada del Señor, de tal modo, que hasta se avergonzará de mostrarse en público. Los que entonces se resolvieren a vestir el hábito de esta misma Orden, lo harán tan sólo a impulsos de la gracia del Espíritu Santo, y ni la carne ni la sangre se atreverán a mancillarlos en modo alguno, siendo, al contrario, benditos verdaderamente del Señor. Y aun cuando en ellos no dejará de haber obras muy meritorias, sin embargo, resfriándose la caridad, que hace obrar fervorosamente a los santos, les sobrevendrán muy grandes tentaciones y trabajos. Mas los que en aquel tiempo salieren victoriosos de la prueba, superarán en virtud a sus antecesores. Pero ¡ay de aquellos que, fiados tan sólo en una especie o apariencia de religiosidad y no apoyándose sino en su necia y vana ciencia, fueren hallados como operarios ociosos, o, lo que es lo mismo, descuidaren la práctica de las virtudes, los ejercicios de la mortificación y penitencia y la exacta observancia del Evangelio, a lo cual están obligados estrictamente por su profesión! Estos tales no podrán resistir denodadamente a las tentaciones que para prueba de sus escogidos permite el Señor que les sobrevengan. Mas los que salieren triunfantes de esta prueba, alcanzarán la corona de la vida, para la que son ejercitados por la malicia de los réprobos.*

LXXI.—Respuesta que dió a un compañero que le preguntaba por qué no corregía algunos abusos introducidos en la Orden

Uno de los religiosos compañeros del Santo le dijo cierto día: «Dispénsame. Padre mío; las cosas que quiero de-

cirte andan ya en boca de muchos.» Y añadió: «Tú sabes cómo antes, por la gracia de Dios, estaba en todo su vigor la observancia regular en toda la Orden y de qué modo todos los frailes con gran fervor y diligencia practicaban en todas las cosas la santa virtud de la pobreza, tanto en las casas pobres y humildes y en los demás utensilios como también en el uso de los libros y la aspereza de los vestidos. Procuraban en esto y en todo lo demás tocante al exterior tener todos el mismo espíritu y fervor y cuidaban también de practicar todo aquello que corresponde a nuestra vocación y profesión y contribuye al buen ejemplo de los demás. De igual modo eran unánimes en el amor de Dios y del prójimo, como varones verdaderamente apostólicos y propagadores del Evangelio. Ahora, en cambio, desde hace algún tiempo se nota que comienza a cambiar no poco esta pureza y perfección, aunque no faltan quienes disculpan esto atribuyéndolo al crecido número de frailes y diciendo no ser posible entre tantos observar religiosamente estas santas costumbres. Más aún, hay algunos frailes tan obcecados en su manera de pensar, que se atreven a sostener que con estas nuevas corruptelas se atiende mejor que con las prácticas antiguas a la edificación del pueblo y a excitar en él la verdadera devoción, por lo cual les parece vivir más religiosamente, sin hacer caso alguno o, más bien, despreciando la santa simplicidad y la evangélica pobreza, que constituyen el origen y sólido fundamento de nuestra Orden. De aquí que nosotros, al considerar todas estas cosas, no podemos menos de creer que te han de ser desagradables: mas al propio tiempo nos admiramos en gran manera de que, siendo esto así, te atrevas a tolerarlas, y no te cuides de corregirlas como merecen.»

A estas observaciones respondió Francisco: *Dios te perdone, hermano mío. ¿Cómo quieres convertirte en contrario y adversario mío, al pretender que me mezcle en cosas que no son de mi incumbencia? Mientras me vi precisado a ejercer el oficio de Prelado sobre los frailes, éstos permanecieron fieles al espíritu de su profesión, aun cuando me encontrase siempre enfermizo desde el principio de mi vocación, procurando suplir con mi ejemplo y predicación lo escaso de mi solicitud. Mas, después que observé la gran multiplicación que hizo el Señor en el número de los frailes, y que éstos, arrastrados por la tibieza y el poco fervor de espíritu, comenzaban a separarse del camino recto y seguro por el cual antes acostumbraban a caminar, y se precipitaban por los anchos senderos que conducen a la muerte, sin atender a su vocación, ni a su profesión ni al deber que tenían de dar buen ejemplo, negándose, por otra parte,*

a dejar el áspero y peligroso camino que habían emprendido, no obstante mis continuas advertencias recriminatorias y los buenos ejemplos que procuraba poner ante su vista, considerando todo esto, me vi obligado a renunciar la prelacía en manos del señor Cardenal Ostiense y de los Ministros.

Por lo cual, si bien cuando renuncié dicho oficio de la prelacía presenté a los frailes en el Capítulo general, como excusa, mis muchos achaques y enfermedades, que me impedían atender al cuidado de los mismos, sin embargo, dado que los religiosos quisieran seguir el camino que les trazaba, no tendría inconveniente en continuar el cargo para su consuelo y utilidad, a fin de que hasta la hora de mi muerte no conociesen otro Ministro General. Pues cuando el fiel súbdito conoce y pone en práctica la voluntad de su Prelado, no necesita éste cuidarse mucho de aquél, antes bien, por el provecho suyo y el mío podría gloriarme tanto de la bondad de los mismos que, aun dado el caso de estar postrado enfermo en cama, no dejaría de tener cuidado de ellos, siendo la prelacía, propiamente hablando, cosa espiritual, o, lo que es lo mismo, desterrar los vicios, corrigiéndolos con prudencia de espíritu y procurando la enmienda.

Una vez persuadido de que no me era posible ni corregir ni enmendar dichos vicios por medio de la predicación, de las amonestaciones o del ejemplo, me guardaré mucho de convertirme en un tirano, dispuesto siempre a la severidad y al castigo, como lo hacen las potestades de la tierra. Y lo hago así porque tengo gran confianza de que el Señor, por medio de los enemigos invisibles, que son ministros de su justicia, para castigar tanto en este como en el otro mundo, tomará la debida venganza de aquellos que protervamente quebrantan los divinos mandamientos o traspasan culpablemente los votos de su profesión. No debemos extrañarnos de que alguna vez los corrija y los castigue, valiéndose para ello de los hombres de este mundo, con no poca confusión y vergüenza de los mismos delincuentes, con lo cual se vean obligados a volver de nuevo al espíritu de su primera vocación y profesión.

A pesar de todo, hasta la hora de mi muerte no dejaré de enseñar a mis frailes, siquiera sea con el ejemplo y las buenas obras, a caminar por las sendas que el Señor se dignó trazarme, las cuales procuré mostrar y señalar con la palabra y el ejemplo, de modo que serán inexcusables ante Dios, y yo me veré libre de dar cuenta de ellos ante el tribunal del Señor.

Interpolación. — CÍTANSE LAS PALABRAS QUE FRAY LEÓN, CONFESOR Y COMPAÑERO DE SAN FRANCISCO, ESCRIBIÓ A FRAY CONRADO DE OFIDA, ASEGURÁNDOLE QUE LAS HABÍA OÍDO DE BOCA DEL MISMO BIENAVENTURADO FRANCISCO, Y QUE EL MISMO FRAY CONRADO REFIRIÓ EN SAN DAMIÁN, CERCA DE LA CIUDAD DE ASÍS

Hallábase el bienaventurado Padre Francisco detrás del altar de la iglesia de Santa María de los Angeles. Oraba fervorosamente, con las manos levantadas al cielo, y pedía a Cristo que tuviera misericordia del pueblo en la gran tribulación que iba a sobrevenirle. El Señor se dignó manifestarle: «Francisco, si deseas que tenga misericordia del pueblo cristiano, procura darme gusto trabajando cuanto puedas para que tu Orden permanezca en aquel estado que tenía al principio, y que era para mí lo más agradable del mundo. Yo, en cambio, te prometo que, por amor tuyo y de tu Orden, no permitiré que venga sobre el mundo ninguna tribulación, y te añado que los tuyos no deben apartarse de las sendas que yo mismo les tracé. De lo contrario, provocarán tanto mi justa indignación, que me levantaré contra ellos y enviaré a los demonios, a quienes daré todo el poder que quisieren. Y estos espíritus malignos harán que existan entre los frailes y el mundo tales escándalos, que apenas habrá quien se atreva a presentarse con tu santo hábito, a no ser en la soledad de los desiertos. Mas, si el mundo llega a perder la estimación y confianza en tu Orden, quedará sepultado en tinieblas, pues yo escogí a tu Religión y a tus hijos para que sean la luz del mundo.»

Después dijo San Francisco: *¿Cómo se alimentarán y de qué manera vivirán mis hijos, que se vean precisados a morar en los bosques?* A esto respondió Cristo: «Yo me cuidaré de alimentarlos al modo que lo hice con los hijos de Israel: dándoles el maná en el desierto; porque tales religiosos serán buenos y volverán al primitivo estado en que fué fundada y comenzó tu Orden.»

LXXII.—MUCHAS VECES POR LAS ORACIONES Y LÁGRIMAS DE RELIGIOSOS HUMILDES SE CONVIERTEN NO POCAS ALMAS, CUYA CONVERSIÓN SE ATRIBUYE A LA CIENCIA DE LOS PREDICADORES

No gustaba al seráfico Padre que sus frailes fuesen solícitos de gran ciencia y de muchos libros, antes bien les aconsejaba que procurasen echar sus fundamentos sobre la

base sólida de la humildad e imitar la sencillez y pureza, la santa oración y amor a la pobreza, en que tanto se distinguieron los santos y primitivos religiosos. Y añadía que sólo esto era el medio seguro de santificarse y de edificar a los demás, pues éste es el único camino que Cristo, a quien estamos llamados a imitar, nos mostró y enseñó con su palabra y ejemplo.

El mismo bienaventurado Padre, al mirar a lo futuro, preveía, por virtud del Espíritu Santo, y frecuentemente así se lo decía a sus religiosos, que muchos frailes, so pretexto de edificar a los demás, perderían su propia vocación, esto es, la santa humildad, la pura simplicidad, el ejercicio de la oración, la práctica de la devoción y el amor a la pobreza, que debe ser nuestra dueña y señora. Y les acaecería con esto que juzgarían poseer más fervorosa devoción, estar llenos de más encendida caridad y ser iluminados con mayor conocimiento de Dios a causa de la inteligencia de las Santas Escrituras. Lo cual sería ocasión de que fuesen tibios y descuidados en el servicio del Señor, haciéndoseles imposible volver al espíritu de su primera vocación, porque con un estudio superficial e inútil perdieran el tiempo en que debían vivir según su vocación. Y temo que aquel mismo espíritu que parecían tener, les será arrebatado, pues aquello que antes se les había dado, o sea la vocación religiosa, según la cual debían vivir, la despreciaron miserablemente.

Decía también el seráfico Padre: *Hay muchos frailes que ponen todo su empeño y solicitud en adquirir una vana ciencia, abandonando su santa vocación, separándose, tanto con el cuerpo como con la mente, de las sendas de la humildad y de la fervorosa oración. Estos, cuando al predicar al pueblo observan que algunos quedan edificados o se convierten al Señor por la penitencia, se llenan de una orgullosa hinchazón y se ensoberbecen del progreso y adelanto ajenos, como si fuese propio, siendo así que lo que ellos consiguen con su predicación no es otra cosa sino precipitarse más y más en el mal, no sacando para sí en realidad provecho alguno, ya que otra cosa no son sino meros instrumentos de que Dios se sirve para los grandes efectos de su divina misericordia. Pues los que ellos creen quedar edificados y convertidos a verdadera penitencia con su ciencia y predicación, lo deben más bien al auxilio del Señor, que los edifica y convierte, mediante las fervorosas oraciones y piadosas lágrimas de algunos religiosos virtuosos, humildes, y sencillos, aun cuando estos santos religiosos lo ignoren, permitiéndolo así el Señor para que no tengan ocasión de ensoberbecerse.*

Estos son mis frailes benditos, caballeros de la Tabla Redonda, que gustan de vivir en los desiertos y lugares retirados, para dedicarse allí más frecuentemente a la oración y meditación, llorando sus pecados y los de sus prójimos, viviendo humilde y sencillamente, cuya perfección es sólo conocida por Dios y no pocas veces ignorada de los hombres y hasta de los mismos frailes. Cuando las almas de éstos sean presentadas por los ángeles ante el tribunal del Señor, éste les hará patente el fruto y la recompensa de sus trabajos, esto es, la multitud de almas que se habían salvado por sus buenos ejemplos, por sus oraciones y por sus lágrimas, diciéndoles al propio tiempo: «Amados hijos míos, todas estas almas se salvaron por vuestras oraciones, penitencias y buenos ejemplos; y ya que fuisteis fieles en lo poco, yo os elevaré a una altura mucho mayor. Otros, en cambio, predicaron y trabajaron con sermones debidos a su vana ciencia; mas yo, atendiendo a vuestros méritos, he procurado sacar de ellos mucho fruto de salvación; por lo tanto, recibid el premio que corresponde a sus trabajos y que es fruto de vuestros méritos, o sea el reino eterno, el cual habéis sabido arrebatar con la violencia ejercida por vuestra humildad, por vuestra sencillez, por vuestras oraciones y por vuestras lágrimas.»

Así éstos, después de su trabajo, volverán trayendo sus gavillas, esto es, el fruto y los méritos de su santa humildad y simplicidad, y entrarán llenos de gozo y de alegría en la gloria de su Señor. Aquellos, en cambio, que sólo pensaron en adquirir una vana ciencia y en enseñar de palabra a los otros los caminos de la salvación, no cuidándose de trabajar nada para sí mismos, se hallarán en el tribunal de Cristo desnudos de méritos y vacíos de buenas obras, no llevando otras gavillas que las de su propia confusión, vergüenza y dolor.

Entonces aparecerá con toda su gloria, magnificencia y esplendor la verdad de la santa humildad y sencillez, la utilidad de la santa oración y de la pobreza, que deberán constituir nuestro más preciado patrimonio. En tanto que los otros, inflados con su vana ciencia, oscurecieron esta verdad con su vida tibia y sus ampulosas predicaciones, llegando a asegurar ser falsa la misma verdad, y obcecados por su orgullo, persiguieron cruelmente a cuantos caminaron por las sendas de la verdad. Entonces se trocarán en gran dolor, confusión y vergüenza el error y la falsedad de las opiniones que en esta vida siguieron, que predicaron como verdades indiscutibles, por las cuales precipitaron a muchos en el abismo de la ceguera intelectual, y ellos mismos serán sumergidos con sus falsas opiniones en el abismo del fuego eterno, para sufrir allí en compañía de los príncipes de las tinieblas.

De aquí que el bienaventurado Francisco, comentando aquel texto: *Entonces la que era estéril engendró a muchos, y la que tenía gran número de hijos quedó debilitada e infecunda*, se expresaba del siguiente modo: *La estéril representa al buen religioso, sencillo, humilde, pobre y despreciado, que con sus oraciones y virtudes edifica sin cesar a los demás y los engendra para Dios con gemidos dolorosos.*

Esta explicación repetía el Santo frecuentemente, al hablar con los Ministros y demás frailes, y muy especialmente en los Capítulos generales.

LXXIII.—Cómo quería y enseñaba que los Prelados y predicadores se ejercitasen en la oración y en la práctica de la humildad

Conocedor Francisco, siervo fiel del Señor y perfecto imitador de Cristo, que principalmente por la santa virtud de la humildad se había transformado en verdadera imagen del Salvador, deseaba ardientemente que entre todas las demás virtudes resplandeciese en sus religiosos la humildad. Con el ejemplo y la palabra los exhortaba amorosamente a que amasen, deseasen, adquiriesen y conservasen siempre en sus almas la gracia del Señor, y dirigía esta exhortación principalmente a los Ministros y predicadores, a quienes no cesaba de inculcar y repetir la necesidad de ejercitarse en actos de profunda y verdadera humildad.

En efecto, enseñaba a todos que ni por el oficio de la prelacia ni por el cuidado de la predicación debía omitirse la práctica de la santa y devota oración, ir en busca de la limosna, emplearse alguna vez en trabajo manual y ocuparse en las obras propias de los demás religiosos, dando así buen ejemplo y procurando el bien espiritual propio y el de los demás. A todo esto añadía: *Es grande la edificación de los súbditos cuando ven que sus superiores y los encargados de predicar se entregan al ejercicio de la oración, y se ocupan gustosamente en oficios humildes y al parecer despreciables. Si proceden de otra manera, no pueden amonestar acerca de esto a los otros frailes sin quedar ellos confundidos y desprestigiados. Conviene, a ejemplo de Cristo, obrar antes que enseñar o, mejor aún, hacer y enseñar al mismo tiempo.*

LXXIV.—Cómo, para confusión propia, enseñó a los frailes cuándo él era verdadero siervo de Dios y cuándo no

En cierta ocasión reunió el bienaventurado Francisco a muchos de sus religiosos, y les dijo: *Una vez pedí al Señor que se dignase manifestarme en qué podía conocer si soy siervo suyo o no, pues ninguna cosa deseo tanto como servirle. A esta pregunta el benignísimo Señor se dignó responderme: «Conocerás que eres verdadero siervo mío si todo cuanto piensas, hablas o haces son cosas santas.» Por eso os he llamado yo y he procurado adoctrinaros en esta forma, para tener ocasión de avergonzarme delante de vosotros cuantas veces me veais faltar en todas o en alguna de ellas.*

LXXV.—Voluntad que tuvo Francisco de que sus frailes se ocupasen en el trabajo manual

Al hablar de los frailes tibios, que no se ocupaban de algún trabajo humilde y doméstico, aseguraba el Santo que muy pronto serían vomitados de la boca del Señor. De aquí que ningún ocioso pudiese comparecer en su presencia sin que el Santo le dirigiese, desde luego, una muy severa reprensión. Pues, en verdad, él mismo, como ejemplar de toda perfección, se ocupaba humildemente en trabajo de manos, sin consentir perder lastimosamente el tiempo.

Decía también: *Quiero que todos mis frailes trabajen y que se ejerciten en buenas obras, a fin de que de este modo seamos menos gravosos a las gentes y no nos expongamos a que el corazón o la lengua vayan divagando en ociosidad. Por eso los que no saben trabajar, que aprendan.*

Enseñaba también que la ganancia y recompensa del trabajo debía ponerse, no a disposición del que trabaja, sino a la del superior o de la comunidad.

CAPÍTULO V

Del celo de Francisco por la observancia de la Regla y bien de la Orden

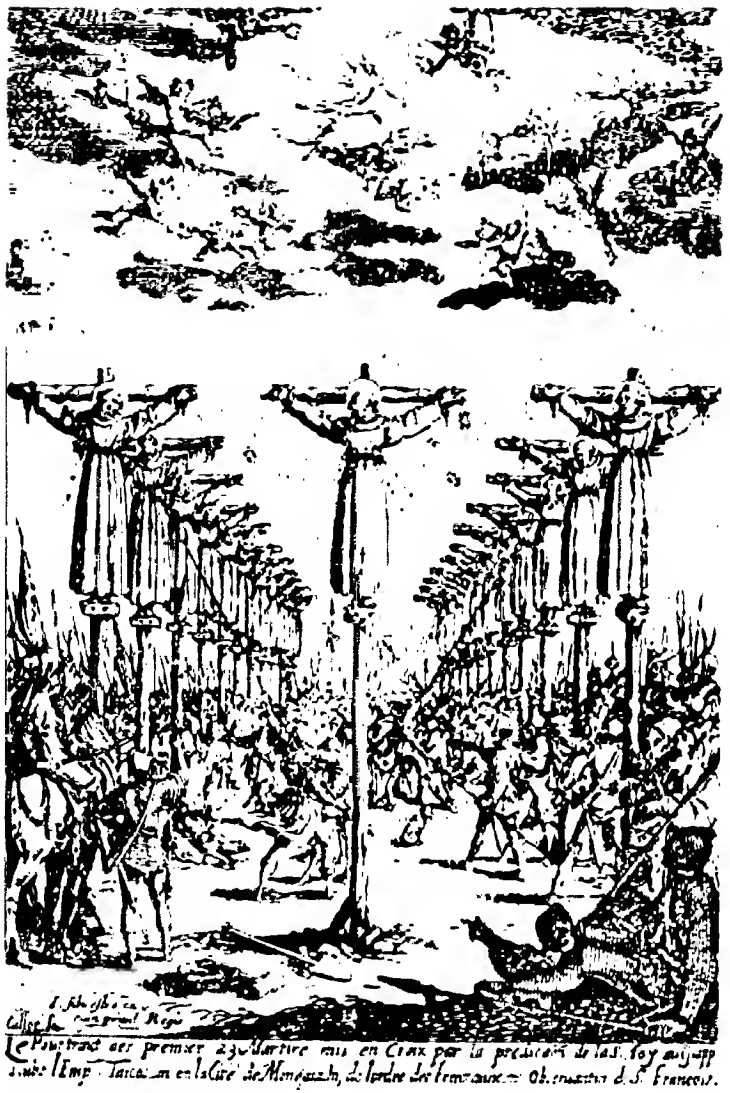
LXXVI.—Cómo alababa la observancia de la Regla, deseaba que sus religiosos la conocieran y hablasen de ella y, a ser posible, muriesen abrazados a ella

El bienaventurado Francisco, celador ardentísimo y apasionado amante de la observancia del santo Evangelio, mostraba un interés especialísimo en la pura observancia de nuestra Santa Regla, que no es otra cosa sino la medula del Evangelio, y derramó su especial bendición sobre aquellos que la guardasen fiel y exactamente.

Además, decía a sus seguidores que este nuestro estado y Regla venía a ser para ellos el libro de la vida, la esperanza de la salvación, arras de la gloria, medula del Evangelio, camino de la cruz, estado de perfección, llave del paraíso y pacto de la eterna alianza. Esta Regla quería que todos la tuviesen y la supiesen bien; deseaba, de igual modo, que los religiosos tratasen de ella hasta en sus conversaciones recreativas y que, en conformidad con su profesión, meditasen sobre ella atenta y frecuentemente. También enseñaba que debía llevarse siempre a la vista, para recordar el género de vida que se debía seguir, y servir de estímulo para la observancia regular y obligatoria, y, lo que es más, quiso y aconsejó a sus frailes que procurasen conservarla consigo hasta la muerte.

LXXVII.—Un santo religioso lego fué martirizado con la Regla en las manos

Tuvo presentes dichos consejos y enseñanzas del seráfico Padre un santo religioso lego, que indudablemente creemos estará ya gozando de Dios en el glorioso coro de los mártires. Se hallaba, una vez, entre los infieles con muchas ansias de martirio, y al fin le llevaban ya al suplicio los sarracenos. En tal situación tenía asida con ambas manos y gran fervor la santa Regla, y, puesto humildemente de rodillas, dijo a su compañero: «Carísimo hermano mío, yo



Los protomártires del Japón. (Grabado de Sylvestre, según dibujo de Callot.)

me confieso culpable delante de Dios y de ti de todas las transgresiones que he cometido contra esta santa Regla.» A esta breve confesión siguió el golpe del alfanje, que, privándole de la vida, le proporcionó la corona del martirio. Este religioso entró muy joven en la Orden, y apenas podía someterse a los ayunos de la Regla, no obstante que, aún niño, mortificaba su cuerpo, con áspero cilicio a raíz de la carne. ¡Dichoso niño, que tan felizmente comenzó el camino de la virtud y más felizmente aún lo terminó!

LXXVIII.—Cómo quiso que su Orden estuviese siempre bajo la protección y corrección de la Santa Iglesia Romana

Solía decir frecuentemente el bienaventurado Francisco: *Iré y recomendaré esta mi Orden de Frailes Menores a la Iglesia Romana, con cuya autoridad sean siempre castigados y somctidos sus enemigos, y los buenos religiosos gocen en todas partes de una santa libertad, que les facilite la consecución de la vida eterna. De este modo los buenos reconocerán fácilmente los beneficios de su santa Madre y se esmerarán en seguir en todo tiempo con ferviente devoción las huellas que les trazare. Pues estoy seguro de que, mediante la protección de la misma, no habrá en la Orden disturbio alguno ni tampoco el hijo de Belial se atreverá a penetrar, temerario, en la viña del Señor. Esa misma santa Madre ensalzará las glorias de nuestra pobreza, y no permitirá en modo alguno que se oscurezcan las alabanzas y los goces de la obediencia con las densas nieblas de la soberbia. Conservará intactos en nosotros los lazos de la santa y mutua caridad, lanzando sus anatemas contra los díscolos y sembradores de cizaña. En su presencia crecerá cada día la santa práctica de la sencillez evangélica, y no consentirá, en cuanto esté de su parte, que desaparezca el suave olor de la buena fama y santa vida de la Religión.*

LXXIX. — Cuatro prerrogativas que concedió el Señor a la Orden. y reveló al bienaventurado Francisco

Aseguró el seráfico Padre que había obtenido del Señor, y le habían sido reveladas por un ángel, estas cuatro gracias especiales, a saber: que la Orden y estado de los frailes Menores no faltará en la Iglesia hasta el día del juicio final; que no vivirá mucho tiempo quien, de propósito, per-

siguiese su Orden; que todo el que se propusiese vivir mal en su Orden no permanecerá mucho tiempo en ella; y que todos cuantos amasen de corazón a su Orden alcanzarían misericordia del Señor, aun cuando fuesen grandes pecadores.

LXXX.—Condiciones necesarias que debían concurrir en el Ministro General y en sus compañeros

Era tan grande el celo que tenía Francisco de que su Orden se conservase en el estado de perfección, y le parecía ser de tanta importancia la profesión de su Regla, que muchas veces pensaba quién sería apto, después que él muriese, para el gobierno de toda la Orden y para conservar en ella, con el auxilio del Señor, la perfección religiosa. Y no encontraba alguno idóneo para esto.

De aquí que, próximo a la muerte, le dijo un religioso: «Padre, tú marcharás a gozar del Señor; pero, en cambio, estos religiosos, que te han seguido, permanecerán en este valle de lágrimas. Indícanos, pues, alguno, si lo conoces, de los de la Orden que te satisfaga por completo y a quien se le pueda confiar dignamente el cargo de Ministro General de la Orden.»

A esta indicación respondió el bienaventurado Francisco, acompañando sus palabras con grandes suspiros: «*¡Ay de mí, hijo mío!, que apenas encuentro uno que me parezca digno caudillo de un ejército tan grande y variado y buen pastor de un rebaño tan numeroso. Sin embargo, os haré el retrato de cómo debería ser el capitán y pastor de esta Orden. Este debe ser un hombre irreprensible en su vida, de una discreción a toda prueba, recomendado por su buena fama, sin amistades particulares, no sea que, inclinándose a un lado más que a otro, ocasione algún escándalo entre los religiosos. Debe ser muy inclinado a la oración, pero en tal manera, que dedique ciertas horas del día al provecho de su alma y otras al cuidado de sus súbditos; pues debe comenzar el día celebrando el santo sacrificio de la Misa, acto en el cual debe encomendarse con gran devoción a sí mismo y a sus religiosos a la protección de la divina Providencia. Después de la oración debe ponerse a disposición de los súbditos, para escuchar sus peticiones, responderles con caridad y atender solícito y paciente al socorro de sus necesidades.*

No debe incurrir en el defecto de ser aceptador de personas, de tal modo que no cuide menos de los sencillos y sin letras que de los sabios e instruídos. Si estuviese adornado con el don de la ciencia, procure sobresalir más como ejemplar de buenas costumbres, de piedad y sencillez, de paciencia y humildad. Fomente las virtudes en sí y en los demás y ejercítese continuamente en inculcarlas a todos, enseñando todo esto más con el ejemplo que con la palabra. Sea enemigo de la pecunia o dinero, que constituye la más terrible corruptela de nuestro estado y profesión, y, considerándose como cabeza y modelo que deben imitar todos, guárdese muy bien de abusar de las prerrogativas de su cargo.

Para sí conténtese con un hábito y algún libro; mas, para atender a los otros, procúrese los enseres necesarios para escribir, incluso el sello. No se empeñe en acumular libros ni en dedicar mucho tiempo a la lectura, no sea que sustraiga al cargo el tiempo que consagra al estudio. Esfuércese piadosamente en consolar a los afligidos, ya que éste es el último consuelo de los atribulados, a fin de que, si no llegan a encontrar en él el remedio a su congoja, no se les haga ésta intolerable. Para convertir en mansos a los protervos procure humillarse a sí mismo, y no dude perder algo de su derecho, con tal de procurar salvar el alma de los demás.

Extienda las entrañas de su piedad hacia los extraviados de la Orden, como a ovejas que perecieron, y nunca les niegue su misericordia, teniendo presente que son más violentas aquellas tentaciones que conducen a tan lastimosas caídas, y que si el Señor permitiese que a él le asaltasen, acaso cayese en un abismo más profundo. Quisiera que por todos fuese tratado con gran sumisión y respeto, como Vicario de Jesucristo, y que todos y en todo le atendiesen en sus necesidades con la caridad y decencia que permite nuestro estado.

Conviene, además, que no se complazca con los honores y que no se deleite más en los favores que en las injurias, de tal modo que a causa de dichos honores no cambie sus costumbres, si no fuese para mejorarlas. Si alguna vez necesitase tomar alimentos más nutritivos y delicados, no lo haga ocultamente, sino en público, para quitar de esta manera a los demás la vergüenza de hacer lo mismo, cuando se vieren obligados a ello a causa de sus enfermedades y achaques.

Le conviene también penetrar, en lo posible, el interior de los espíritus, a fin de indagar la verdad por las ocultas inclinaciones de cada uno. Tenga por sospechosas, en principio, toda clase de acusaciones, hasta tanto que, previo un diligente examen, se descubra la verdad. No dé oídos a la charlatanería y téngalos prudentemente cerrados a las acu-

saciones, no dándoles fácilmente crédito. Por último, debe ser tal, que, a pretexto de conservarse en su cargo, no quebrante ni destruya lo que de consuno exigen la justicia y la equidad, de tal modo que, por ser excesivamente riguroso, no ocasione la ruina espiritual de alguno, ni por la excesiva condescendencia fomente la tibieza, ni tampoco por la demasiada indulgencia sea causa de que se relaje la disciplina regular. Así sea respetado y amado por todos. Considere siempre y juzgue que el oficio de la prelacía es para él más bien una pesada carga que honor.

Quisiera, además, que se asociase a algunos compañeros dotados de gravedad de costumbres, en nada condescendientes con la propia voluntad, esforzados en la adversidad, piadosos y compasivos con los delincuentes, afectuosos igualmente para con todos, sin buscar otra recompensa en sus trabajos sino lo puramente necesario para el cuerpo y sin desear otra cosa sino la gloria de Dios, el provecho de la Orden, el mérito espiritual de la propia alma y la salvación eterna de todos los religiosos, procurando ser afable para con todos, recibiendo caritativa y alegremente a cuantos a ellos acudan, mostrándose a todos como ejemplar y modelo de la pura y diligente observancia del Evangelio, según lo exige la profesión de nuestra Regla. He aquí, digo, cuál debe ser el Ministro General de esta Orden y cuáles los compañeros que debe tener.

LXXXI.—Palabras del Señor al bienaventurado Francisco. Sumamente afligido por los frailes poco observantes

Proporcionada a su celo, por el continuo acrecentamiento de la santidad en su Religión, era la tristeza que le entraba cuando oía alguna vez o veía algo de imperfección en ella. Así, al ver que algunos frailes daban mal ejemplo en la Religión y que habían ya decaído de su altísima santidad, profundamente dolorido en lo íntimo de su corazón, oró una vez al Señor: *Señor, te recomiendo esta familia que me diste.*

E inmediatamente le respondió el Señor: «Dime. ¡oh simple e iletrado hombrecillo!, ¿por qué te afliges tanto cuando alguno abandona la Religión, o cuando los frailes no siguen la senda que yo te he mostrado? Dime también: ¿quién plantó esta Orden de frailes? ¿Quién hace que el hombre se convierta a penitencia? ¿Quién le da fuerzas para perseverar en ella? ¿No soy yo acaso? No te elegí superior de mi familia porque fueses hombre elocuente y literato, pues no quiero que ni tú ni los verdaderos frailes y observadores de la Regla que te di vayáis por el camino de la elocuencia y de la ciencia. Antes te escogí, simple e iletrado, para que sepáis tú y los otros que vigilaré mi rebaño, y que te puse como ejemplar, a fin de que ejecuten ellos lo que yo obro en ti. Los que andan por la senda que te he mostrado me tienen a Mí, y me tendrán en mayor abundancia, pero los que caminan por otros senderos serán privados aun de aquello que parecen tener.»

«Te digo, por lo tanto, que no te contristes de ese modo por los demás, antes persevera en lo que haces y ocúpate en tu trabajo, porque en caridad perpetua planté la Religión de los frailes. Sábete, pues, que los amo tanto, que si alguno de los frailes, vuelto al vómito, muriere fuera de la Religión, enviaré otro para que recoja su corona; y si no hubiera nacido, lo haré nacer. Y para que sepas con cuánta voluntad amo la vida y Religión de los frailes, suponte que en toda la Religión no quedasen más que tres frailes; pues aun en ese caso será mi Religión, y no la desampararé jamás.»

Oídas estas cosas, llenóse su alma de admirable consuelo. Y aunque, según el celo que tenía de la santidad de su Religión, no pudiese dejar de afligirse mucho cuando sabía que los frailes hacían alguna cosa menos perfecta, de la que naciese escándalo o mal ejemplo, sin embargo, después de haber sido confortado de este modo por el Señor, traía a la memoria aquello del salmo: *He jurado, y quiero cumplirlo, guardar la justicia de Dios* y observar la Regla que el Señor me dió a mí y a los que quisieren imitarme.

Pues también los frailes se obligaron a esto, como yo. Y por lo mismo, después que, a causa de mis enfermedades y de otros motivos razonables, dejé el cuidado de los frailes, no estoy obligado más que a orar por ellos y darles buen ejemplo. Pues esto me reveló el Señor, y sé en verdad que aun cuando no me excusase la enfermedad, la más grande ayuda que podría dar a la Religión es pedir diariamente al Señor que la gobierne, conserve y proteja. Ya que en esto me obligué con el Señor y los frailes, que si alguno de éstos se perdiese por mi mal ejemplo, quiero estar obligado a dar cuenta de él.

Hablaba consigo mismo estas palabras, a fin de calmar su propia ansiedad, y muchas veces las explicaba también a los frailes en las colaciones espirituales y en los Capítulos.

Y así, cuando algún fraile le decía que debía ocuparse del gobierno de la Orden, daba esta respuesta: *Tienen los frailes su Regla, que juraron observar. Y para que no pudiesen excusarse con mi ejemplo, cuando plugo al Señor que fuese Prelado de los frailes, juré ante ellos guardar también*

la Regla. Por lo cual, una vez que saben cuáles cosas deben hacer y cuáles evitar, no me resta sino enseñarlos con mis obras, pues con este fin les he sido dado en la vida y después de la muerte.

LXXXII.—Celo que sentía por Santa María de la Porciúncula, y constituciones que allí hizo contra las palabras ociosas

Durante toda su vida tuvo Francisco, con preferencia a todos los demás lugares o conventos de la Orden, un celo especialísimo y un cuidado sumo por que se observase en el devoto santuario de Santa María de los Angeles, como madre y cabeza de toda la Orden, una vida perfecta y un trato edificante. Quiso que aquel lugar sirviese a todos los demás conventos de ejemplar y de modelo, como casa de humildad, de pobreza y de perfecto espíritu evangélico, y que los frailes que allí viviesen fuesen siempre, entre todos los demás religiosos, circunspectos y prudentes en todo cuanto se refiere a la perfección de la observancia regular.

Por lo cual, en cierta ocasión, para evitar la ociosidad, que es raíz de todos los males, sobre todo en el religioso, mandó que todos los frailes, juntamente con él, se reuniesen después de la comida para ocuparse en algún trabajo, a fin de que no perdiesen, en todo o en parte, por la charlatanería a que es inclinado el hombre, de un modo especial después de haber comido, el fruto espiritual que habían recogido en la oración.

De igual modo, ordenó y mandó rigurosamente que si alguno de los frailes se encontrase vagabundo, o que, ocupado en algún trabajo entre los demás religiosos, se deslizase en palabras ociosas, esté obligado a recitar una vez el *Padrenuestro*, alabando al Señor tanto al principio como al fin de la oración, mas de tal modo que si, convencido de su caída, confesase su falta, aplique dicha oración por su propia alma, con las *Alabanzas del Señor*, según hemos dicho. Empero, si fuese amonestado por otro fraile, aplicará por él la dicha oración del *Padrenuestro*. Y, dado caso que, reprendido por otro, se excusase y no quisiese rezar dicho *Padrenuestro*, estará obligado a rezarlo dos veces por el alma de quien le acusó. Además, si por el testimonio del mismo o de otro constare como cosa cierta que dijo la palabra ociosa, recite las *Alabanzas de Dios* correspondientes al principio y fin de la oración, con voz tan alta que fácilmente lo puedan escuchar y percibir los frailes allí presentes. Los cuales, mientras el otro esté hablando, callen y fijen la

atención. Cuando sucediere que alguno de los frailes que están escuchando al que dice la palabra ociosa, no le reprendiere, entonces el tal religioso estará obligado, de igual modo, a rezar un *Padrenuestro*, con las dichas *Alabanzas*, por el alma de aquel a quien debía reprender.

De igual modo, cualquier religioso que al entrar en su celda, en el convento o en otro lugar cualquiera encontrare allí alguno o algunos de sus hermanos, deberá alabar y bendecir devotamente al Señor.

Era el santo Padre muy solícito en decir estas *Alabanzas del Señor* [véanse arriba, págs. 65-67] y enseñar con gran interés y muy buena voluntad a todos sus religiosos a practicar lo mismo.

LXXXIII.—Aconsejó a sus religiosos que nunca abandonasen aquel lugar

Aun cuando el bienaventurado Francisco considerase todos los lugares de la tierra como si en ellos estuviese establecido el reino de los cielos, y creyese, además, que en todo lugar podía comunicarse la gracia de Dios a sus escogidos, sin embargo, sabía por experiencia que en el lugar de Santa María de los Angeles aquella gracia se comunicaba en medida más abundante y, además, que frecuentemente era favorecido con apariciones de los espíritus celestiales.

Por lo cual decía muchas veces: *Tened cuidado, hijos míos, de no abandonar nunca este santo lugar. Si llegasen a arrojaros de él por un lado, procurad entrar en seguida por otro. Pues os hago saber que éste es un lugar santo, morada de Cristo y de su Madre Santísima. Aquí nos aumentó el Altísimo, cuando éramos pocos en número; aquí ilustró con la luz de su sabiduría las almas de sus pobres siervos, y aquí encendió nuestras voluntades con el fuego de su santo amor. Y quien en este lugar orare devotamente, alcanzará lo que pidiere; mas, en cambio, quien lo profanare, será castigado severamente. Por lo cual, amados hijos míos, tened siempre este lugar en grande veneración y aprecio, y consideradlo como verdadera morada de Dios, especialmente amada por El y por su santísima Madre, y en el mismo lugar cantad frecuentemente y bendecid con voces de júbilo y alegría a Dios Padre y a su Hijo, Jesucristo, en unión con el Espíritu Santo.*

LXXXIV.—Prerrogativas concedidas por el Señor a Santa María de los Angeles

Santo es, en verdad, este lugar, y muy santo, entre todos los lugares, digno, por cierto, entre todos, de los más

grandes honores. Célebre por su apellido, lo es más por su nombre, pues tal apellido presagia su destino. Aquí los ángeles derraman haces de luz; aquí de noche suelen oírse cantos divinos. Francisco reedificó esta capilla, ya derruída, como una de las tres que reparó. Aquí el Santo cubrió los miembros con un saco; aquí mortificó el cuerpo y sujetó el espíritu. Dentro de este templo nació la Orden de los Menores, siguiendo los ejemplos del Padre todos sus hijos. Clara, la esposa de Cristo, vió aquí cortados sus cabellos, y, dejadas las pompas del mundo, fué con Aquél desposada. Aquí para Cristo engendró la Virgen María a los frailes y clarisas, que esparció después por todo el mundo. Aquí fué estrechado del viejo mundo el ancho camino. Y engrandecida la virtud en aquellos a quienes Dios llamó, compuesta la Regla santa, restaurada la santa pobreza, la gloria vana abatida y la cruz en lo alto elevada. Si alguna vez se siente Francisco turbado y afligido, aquí encuentra la calma y recobra la paz, aquí desaparece toda duda y, por fin, aquí se concede a los hombres todo cuanto Francisco por ellos pide.

La capilla de Santa María de la Porciúncula.
(Grabado antiguo.)

CAPÍTULO VI

Celo del Santo por la perfección de sus religiosos

LXXXV.—Cómo describió a los frailes un perfecto religioso

Identificado en cierto modo el seráfico Padre con lo demás religiosos, por su fervorosa caridad y ardiente celo por la perfección de los mismos, discurría muchas veces interior-

mente de qué condiciones y con qué virtudes debía estar adornado un buen fraile Menor. Y aseguraba que sería un perfecto fraile Menor aquel que reuniese en sí mismo las virtudes y género de vida de los siguientes santos religiosos: la fe de fray Bernardo de Quintaval, que tuvo en grado sumo, lo mismo que el amor a la pobreza; la sencillez y pureza de fray León, que fué en realidad muy excelente en ella; la afabilidad de fray Angel Tancredo, el primer noble que entró en la Orden, adornado de gran mansedumbre y benignidad; los finos modales y natural disposición, juntamente con la agradable y devota conversación, de fray Maseo; el altísimo espíritu de contemplación que tuvo fray Gil, elevado hasta el ápice de la santidad; la actividad constante y virtuosa de fray Rufino, que oraba siempre sin interrupción, aun en medio del trabajo, y cuya mente estaba unida siempre con su Dios; la paciencia de fray Junípero, que en esta virtud llegó a lo más sublime de la perfección, mediante la total renuncia de la propia voluntad y la contemplación de su propia vileza, que tenía siempre ante la vista, unido todo esto a un ardiente deseo de seguir a Cristo por el áspero camino de la cruz; la fortaleza espiritual y corporal de fray Juan de Laudibus, que fué el mayor atleta de los hombres de su tiempo; la caridad de fray Rogerio, cuya vida y cuyo trato estaban llenos de caritativo fervor; la diligente solicitud de fray Lúcido, virtud en él verdaderamente extraordinaria, sobre todo cuando se trataba de permanecer en un mismo lugar, cosa que le contrariaba, y si alguna vez comprendía que se aficionaba a ello, luego procuraba cambiar de lugar, diciendo: «No tendremos mansión fija aquí en la tierra: la tendremos solamente en el cielo.»

LXXXVI.—Describía los ojos inmortificados para inducir a sus religiosos a ser modestos

Entre las virtudes que el santo Patriarca deseaba en sus religiosos, después de la santa humildad, fundamento de todas ellas, ocupa un lugar preferente la hermosa y excelente virtud de la pureza, por lo cual, en el deseo de enseñar a sus frailes a ser modestos en los ojos, solía censurar en esta forma a cuantos los llevaban sin recato alguno:

Un rey poderoso y muy inclinado a la virtud envió sucesivamente a la reina dos nuncios o embajadores. Volvió el primero, refiriéndole al rey cuanto había oído, sin decirle ni una sola palabra de la reina, pues, en verdad, supo tener muy sabiamente los ojos en su lugar, no fijándolos para

nada con impertinente curiosidad en la persona de la reina. Volvió a su vez el otro nuncio, y, dichas unas breves palabras, comenzó una larga historia para referir la hermosura de la reina: «En verdad, señor —dijo—, he tenido ocasión de contemplar una mujer hermosísima, y considero feliz al hombre que la posee.» El rey le contestó: «Tú, siervo infiel, te atreviste a fijar impúdicamente los ojos en mi esposa, como si quisieras comprar fraudulentamente lo que has visto.»

Manda llamar al otro siervo, y le dice: «¿Qué te parece la reina?» «Señor, me parece una persona dignísima, pues tuvo paciencia bastante para oírme con agrado.» Este respondió prudentemente, y le dijo el rey: «¿Por ventura no le acompaña también la belleza?» A lo cual respondió el siervo: «Señor, a vos os corresponde averiguar esto; por lo que a mí toca, me bastó hablarle.» Entonces el rey pronunció la siguiente sentencia: «Tú tienes, por cierto, los ojos muy castos; permanece en mi cámara, igualmente casto en el cuerpo, y goza de todas mis riquezas. En cambio, este impúdico, que salga de mi casa, no venga a manchar mi tálamo nupcial.» Pues decía, y con razón: «¿Quién no deberá ser cauto, al fijarlos en la esposa de Cristo?»

LXXXVII.—Tres máximas a los frailes para que perseverasen en la perfección

Como en cierta ocasión sintiese ganas de vomitar, por su enfermedad de estómago, arrojó sangre durante toda la noche hasta la mañana. Viéndole sus frailes casi muerto, por la excesiva debilidad y molestias, con gran dolor y deshechos en lágrimas, le dijeron: «Padre, ¿qué haremos sin ti? ¿A quién nos confías, huérfanos?»

«Tú siempre fuiste nuestro padre y nuestra madre, engendrándonos y dándonos a luz en Cristo. Tú has sido nuestro guía y pastor, nuestra maestro y corrector, que nos enseñabas y corregías más con el ejemplo que con palabras. ¿Adónde iremos, ovejas sin pastor, huérfanos sin padre, hombres rudos y simples, sin guía?»

«¿Dónde te buscaremos, oh gloria de la pobreza, alabanza de la simplicidad, honor de nuestra vileza? ¿Quién nos mostrará, ciegos todavía, el camino de la verdad? ¿Dónde habrá una boca y una lengua que nos hablen y aconsejen? ¿Dónde el espíritu fervoroso que nos dirija por la senda de la cruz y nos anime a la perfección evangélica? ¿Dónde estarás, a fin de que podamos recurrir a ti, consolador de nuestras almas? ¡He aquí, Padre, que tú mueres y nos dejas desolados, tristes y llenos de amargura!»

«He aquí que se acerca el día del llanto y de la amargura, de la desolación y tristeza. He aquí el día que temíamos tanto desde que vivimos en tu compañía, hasta el punto de no poder siquiera pensarlo. Y no es maravilla, pues tu vida era luz continua para nosotros y tus palabras eran como teas ardientes que nos encendían en deseos de abrazar la cruz y de seguir la perfección evangélica, moviéndonos al amor e imitación del dulcísimo Crucificado.»

«Mas al menos, ¡oh Padre!, bendícenos a nosotros y a los demás frailes hijos tuyos, pues los engendraste en Cristo, y déjanos algún recuerdo de tu voluntad, a fin de que los frailes lo tengan siempre en la memoria y puedan decir: «Estas palabras nos dejó nuestro Padre a sus frailes e hijos en la hora de su muerte.»

Entonces el piadosísimo Padre, vueltos los ojos a sus hijos, díjoles: *Llamadme a fray Benito de Pirato.* Era éste un fraile sacerdote, santo y discreto, que algunas veces celebraba la Misa al bienaventurado Francisco, en el lugar donde éste se hallase enfermo, pues cualquiera que fuese la gravedad de sus dolencias quería oír la santa Misa.

Y como hubiese llegado dicho fraile, le dijo: *Escribe que bendigo a todos mis frailes que hay en la Religión y a los que ha de haber hasta el fin del mundo. Y porque no puedo hablar, a causa de la flaqueza y dolor que me produce la enfermedad, hago patente mi deseo e intención a todos los frailes presentes y futuros en las tres frases siguientes: Que, como recuerdo mío, y de mi bendición y testamento, se amen siempre mutuamente como yo los amo; que amen siempre y guarden a nuestra dama la santa pobreza, y que permanezcan siempre fieles y sujetos a los clérigos y prelados de la santa Madre Iglesia.*

De esta manera solía nuestro Padre, al fin de los Capítulos, bendecir y absolver a todos los frailes presentes y futuros, y también fuera del Capítulo lo hacía muchas veces con gran fervor. Exhortaba a los frailes a que temiesen y se guardasen del mal ejemplo, y maldecía a cuantos con malos ejemplos provocaban a los hombres a blasfemar de la Religión y vida de los frailes, porque de esto se avergüenzan y afligen mucho los santos y buenos pobrecillos.

LXXXVIII.—Cercano a la muerte, demostró su amor a los frailes dándoles un bocado de pan, a ejemplo de Cristo

Sintióse cierta noche tan agravado en su enfermedad el bienaventurado Francisco, que apenas pudo descansar ni dormir. A la mañana siguiente, aliviado un poco en su dolor,

hizo llamar a todos los frailes que estaban en casa y, sentados ante él, contempló en ellos las personas de todos los frailes. Puesta la mano sobre la cabeza de cada uno, bendijo a todos los presentes y ausentes, y a los que habían de entrar en la Orden hasta el fin del mundo. Parecía dolerse por no serle posible ver antes de su muerte a todos los frailes e hijos suyos.

Mas, queriendo imitar en su muerte a su Señor y Maestro, como lo había imitado en vida, mandó que le trajesen algunos panes. Los bendijo e hizo partirlos, pues la suma debilidad le impedía hacer esto por sí mismo. Y dió a cada uno su parte, mandando que la comieran toda. Así, como el Señor quiso comer con sus Apóstoles el jueves, en prueba de amor, su perfecto imitador, el bienaventurado Francisco, quiso dejar a sus frailes la misma señal. Y que esto quiso hacer a semejanza de Cristo se manifiesta con toda evidencia en que preguntó después si aquel día era jueves. Y como no lo fuese, respondió que pensaba hallarse en jueves.

Uno de los frailes presentes conservó una partecilla de aquel pan, y muchos enfermos que de él probaron después de la muerte del bienaventurado Francisco quedaron libres de sus enfermedades.

LXXXIX.—Por su enfermedad. Temía que los frailes cayesen en alguna falta

Al ver que los dolores de sus enfermedades no le dejaban descansar, y que por este motivo causaba muchas molestias y distracciones a los frailes, como tuviese mayor amor a las almas de los frailes que al propio cuerpo, empezó a temer que este excesivo trabajo que les daba no pudiese ser causa alguna de ofensa a Dios, aunque mínima, por cualquier impaciencia.

Por eso dijo una vez, piadosa y compasivamente, a sus compañeros: *Carísimos hermanos e hijitos míos: no os canse ocuparos de mi enfermedad, pues el Señor, en atención a este siervecillo suyo, os dará en este mundo y en el otro todo el premio de aquellas obras que por causa de enfermedad no pudiereis llevar a cabo. Más aún, adquiriréis mayor fruto que si trabajarais para vosotros, pues el que me ayuda a mí ayuda a toda la Religión y vida de los frailes. Antes bien, debéis decir: «Por ti nos fatigamos y Dios será nuestro deudor.»*

Decíales estas cosas el santo Padre para levantar sus espíritus pusilánimes, y por el grandísimo celo que tenía de la perfección de sus almas. Pues temía que alguna vez, movidos por tales trabajos dijesen: «No podemos orar ni sufrir tantas fatigas», y de este modo cayesen en el tedio y la impaciencia, perdiendo el gran fruto que podían ganar con aquel pequeño trabajo.

XC.—Cómo exhortó a las Clarisas

Después que el bienaventurado Francisco compuso el *Cántico del hermano Sol*, hizo también unos cantos, para consuelo y edificación de las Señoras Pobres. Sabía que estaban muy tristes por su enfermedad. Y pues no le era posible visitarlas personalmente, les envió estas palabras, por medio de sus compañeros. Quiso manifestarles con estos escritos su voluntad, es decir, cómo debían vivir humildemente y en mutua caridad. Comprendía, en efecto, que su conversión y forma de vida no sólo cedía en prestigio de la Religión de los frailes, sino que servía de grandísima edificación a toda la Iglesia.

Conocedor de que desde el principio de su conversión llevaban vida pobrísima y austerísima, pensaba siempre en ellas con piedad y compasión. Por lo cual les rogaba en los citados escritos que, como el Señor las había congregado de diversas partes en una misma caridad, pobreza y obediencia, así debían siempre vivir y morir en la práctica de estas virtudes. Y exhortólas, en particular, a que proveyesen con alegría y discreción a sus necesidades, sirviéndose de las limosnas que el Señor les proporcionase. Y especialmente a que las sanas tuviesen paciencia en los trabajos al ir a servir a las enfermas, y que éstas, a su vez, fuesen pacientes en sus enfermedades.

CAPÍTULO VII

Continuo y ferviente amor y piadoso afecto a la pasión de Cristo

XCI.—Cuán en poco tenía sus enfermedades, por su ardiente amor a la pasión de Cristo

Eran tan grandes y ardientes el amor y la compasión del bienaventurado Francisco a la pasión y dolores de Cristo, y se afligía de tal modo interior y exteriormente todos los días a vista de la misma pasión dolorosa, que no hacía caso de

las propias enfermedades. De donde, aun cuando por mucho tiempo, esto es, hasta su muerte, estuvo padeciendo continuas enfermedades del estómago, del hígado y del bazo, y después que regresó de la Siria sufrió también continuamente grandes dolores en los ojos, sin embargo, nunca tuvo mucho empeño en que se atendiese a su curación.

Por lo cual, al ver el señor Ostiense que siempre había sido Francisco, y lo era, austero con su cuerpo y que comenzaba a perder ya la vista de los ojos, y que rehusaba ponerse en cura, le amonestó con gran piedad y compasión diciéndole: «Hermano mío, haces mal en no permitir que te curen, ya que tu salud y tu vida son de gran provecho, no sólo para tus religiosos, sino también para los seglares y aun para toda la Iglesia. Pues si tanto te compadeces de tus frailes enfermos y siempre fuiste para ellos caritativo y misericordioso, es muy justo que, al verte ahora tan enfermo, no seas para ti cruel. Te mando, pues, que te hagas cuidar y medicinar, por ver si consigues la salud.»

En verdad, al mismo seráfico Padre todo cuanto era amargo le parecía dulce, por el inmenso consuelo que experimentaba continuamente al contemplar la humildad y las sangrientas huellas del Hijo de Dios.

XCII.—Cómo se le encontró varias veces llorando con grandes gemidos la pasion de Cristo

Algún tiempo después de su conversión, iba Francisco solo por un camino, no muy distante de la iglesia de Santa María de la Porciúncula. Lloraba en alta voz. Se le acercó un hombre muy espiritual, y sospechando que le afligía algún dolor ocasionado por sus enfermedades, le dijo: «¿Qué te pasa, hermano mío?» A esta pregunta contestó el Santo: *Así debía ir, sin vergüenza alguna, por todo el mundo, llorando la pasión de mi Dios y Señor.*

Al oír esto, comenzó aquél a llorar juntamente con el Santo y a derramar copiosas lágrimas. Conocimos a este hombre, y de su propia boca oímos lo que hemos dicho, el cual, además, proporcionó gran consuelo y no poco alivio, tanto a Francisco como a nosotros, sus compañeros.

XCIII.—Las recreaciones que exteriormente se proporcionaba alguna vez se le convertían en copiosas lágrimas, por la pasión de Cristo

Santamente embriagado Francisco con el compasivo amor de Cristo, hacía algunas veces cosas, al parecer, extrañas, por no decir ridículas, pues arrebatado interiormente su espíritu, y con una melodía celestial, prorrumpía frecuentemente en cánticos, dichos en francés, y con el aura de la divina inspiración, que suavemente percibían sus oídos, experimentaba tal júbilo, que se veía precisado a manifestarlo con extrañas aclamaciones, dichas también en la citada lengua.

Otras veces tomaba del suelo alguna pequeña vara de madera y, colocándola en el brazo izquierdo, pasaba y repasaba sobre ella otra que tenía en la mano derecha, a guisa de arco de violín, o como si estuviese tocando otro instrumento músico. Acompañando esta acción con ciertos significativos ademanes, cantaba en francés las alabanzas del Señor. Por último, toda esta diversión y fiesta solía terminar con lágrimas copiosas, y la memoria de la pasión de Cristo ponía fin a tan extrañas demostraciones de alegría. Acompañaba todo esto con grandes y profundos suspiros; y, olvidado con frecuencia de lo que hacía con las manos, quedaba arrobado en éxtasis celestiales.

CAPÍTULO VIII

Celo de Francisco por la oración, Oficio divino y alegría espiritual

XCIV.—De la oración y del Oficio divino

Aun cuando por espacio de muchos años estuviese Francisco molestado con las enfermedades arriba dichas, era, sin embargo, tan inclinado y fervoroso en lo tocante a la oración y al Oficio divino, que al tiempo de orar o de rezar las Horas canónicas jamás se apoyaba ni en los muros ni en sitio alguno; antes bien, estaba siempre de pie y con la cabeza descubierta. Algunas veces se arrodillaba, y eso que la mayor parte del día y de la noche la pasaba en oración. Más aún, cuando recorría a pie el mundo, suspendía la marcha

siempre que había de rezar el Oficio, y si acaso iba montado en un humilde jumentillo, a causa de sus enfermedades, se apeaba siempre que había de pagar a Dios el tributo de las Horas canónicas.

Sucedió en cierta ocasión que llovía copiosamente y el Santo iba a caballo, obligado, como se ha dicho, por la enfermedad y necesidad. Empapado en agua, se apeó de la cabalgadura para cumplir con el rezo; y, a pesar de continuar lloviendo sobre él mientras estuvo en el camino, rezó con tanto fervor, devoción y reverencia, cual si estuviese recogido en la iglesia o en la celda. Terminado el rezo, dijo a su compañero: *Hermano mío, si el cuerpo quiere tomar tranquila y reposadamente el manjar que le sustenta, y que junto con el mismo cuerpo se ha de convertir en pasto de gusanos, ¿con cuánta más quietud y tranquilidad, con cuánta mayor devoción y reverencia debe el alma tomar su propio alimento, que no es otro sino el mismo Dios?*

XCV.—Cuánto deseaba, tanto en sí como en los demás, la alegría interior y exterior

Tuvo siempre el bienaventurado Francisco un cuidado especialísimo en conservar continuamente, prescindiendo del tiempo empleado en la oración y en el Oficio divino, una santa alegría espiritual, tanto en su interior como en el exterior. Esto mismo deseaba que tuviesen todos sus religiosos, a los cuales reprendía no pocas veces caritativamente, si los veía con señales exteriores de tristeza o de disgusto.

Tenía por cosa cierta que si el siervo de Dios procuraba tener y conservar en lo interior y en lo exterior esa alegría espiritual, que nace de la pureza del corazón y se adquiere con el ejercicio de la plegaria, podía estar seguro de que los mismos demonios no serían capaces de causarle daño alguno, pues se verían obligados a discurrir de este modo: *Mientras el siervo de Dios conserve la alegría, tanto en las cosas prósperas como en las adversas, nos será imposible encontrar medio para apoderarnos de él o de causarle mal alguno. En cambio, se alegran los demonios cuando logran extinguir, o al menos impedir algún tanto, esa santa y piadosa alegría, que proviene de la fervorosa oración y de la práctica de otras obras buenas.*

Por otra parte, es cierto que si el enemigo infernal puede infiltrar algo de su malicia en el corazón de cualquier siervo de Dios, si éste no sabe ni procura rechazarlo de sí cuanto antes por medio de la oración y de una sincera confesión, pronto conseguirá aquel maligno tentador hacer de un delgado cabello una gruesa maroma con que ir arrastrándole hacia el mal. Por lo cual, hermanos míos carísimos, ya que esta alegría espiritual procede de la pureza del alma y del frecuente ejercicio de la oración, si queremos adquirir y conservar estas dos cosas, debemos procurar principalmente llegar a poseer en nuestro interior y exterior esta santa alegría espiritual, que tanto deseo y me complazco en ver y observar en mí y en vosotros, para edificación de los prójimos y vergüenza de nuestro enemigo infernal. A éste y a todos sus compañeros pertenece estar tristes; a nosotros, en cambio, alegrarnos y regocijarnos siempre en el Señor.

XCVI.—Cómo reprendió a uno de sus compañeros porque daba señales de tristeza en el rostro

El bienaventurado Francisco solía decir: *Sé que los demonios me tienen envidia por los beneficios que el Señor se ha dignado concederme. Observo que, no pudiendo dañarme ellos por sí mismos, se empeñan y procuran hacerlo por medio de mis compañeros. Y, cuando, por ventura, ni por mí ni por mis religiosos consiguen hacerme daño alguno, entonces se ausentan llenos de confusión. Más aún, si alguna vez me siento tentado o entristecido, con sólo pensar en la alegría de un compañero, al momento y sin otra diligencia la tentación y tristeza se me cambian en la más perfecta alegría.*

Por esto el santo Padre no dejaba de reprender a cuantos manifestaban exteriormente alguna tristeza. En efecto; en cierta ocasión reprendió a uno de sus compañeros, a quien notó triste y cabizbajo, y le preguntó: *¿Por qué te empeñas en manifestar exteriormente el dolor y tristeza que te producen tus culpas? Procura mostrar esa tristeza solamente a Dios, y ruégale encarecidamente que por su infinita misericordia se digne concederte el perdón y «devuelva a tu alma la alegría de su salud», de la cual se vió privada por el pecado. Pero delante de mí y de los demás procura presentarte siempre alegre, pues al verdadero siervo de Dios no le conviene aparecer triste o cariacontecido, ni delante de sus hermanos ni de otra persona alguna.*

No quiere decir esto, ni debe presumirse siquiera, que nuestro seráfico Padre, tan amante de la modestia y gravedad religiosa, desease que se hiciese ostentación de esta alegría con risas destempladas o palabras menos honestas, ya que por este medio no se manifiesta la verdadera alegría de espíritu, sino más bien la necedad y la insensatez. Antes

al contrario, aborrecía muy de veras el Santo en los siervos de Dios toda risa o palabra ligera en demasía, puesto que deseaba no sólo que no se dejasen llevar de la risa, sino que tampoco diesen ocasión a los demás para reírse. Por lo cual, en una de sus amonestaciones hechas a los frailes enseña claramente cuál debe ser la verdadera alegría de un siervo de Dios, diciendo: *Bienaventurado es aquel religioso que pone todo su gozo y alegría en meditar las palabras del Señor y en contemplar sus divinas maravillas, provocando de este modo a los hombres al amor de Dios con alegría y júbilo de corazón. En cambio, ¡ay de aquel religioso que se recrea con palabras ociosas e insustanciales, al objeto de provocar la risa en los demás!*

Por la alegría exterior entendía el Santo el fervor y la diligencia, la prontitud y preparación interior y exterior del hombre para ejercitarse alegremente en el bien, pues es muy cierto que algunas veces, por este solo fervor y por estas manifestaciones de gozo, suelen persuadirse muchos mejor que por el acto bueno en sí mismo. Más aún, si un acto de esta naturaleza no se practica alegre y diligentemente, es más apto para engendrar fastidio que para excitar a lo bueno.

Por lo tanto, repugnaba mucho a Francisco ver en el rostro de alguno señales de tristeza, que no pocas veces indica abatimiento y pereza del alma y flaqueza del cuerpo para toda obra buena. En cambio, se alegraba mucho al ver un rostro afable y tranquilo, como ademanes en todo el cuerpo y sentidos, y, en cuanto era posible, lo procuraba en sí y en los demás, induciéndolos a ello con la palabra, y más aún con el ejemplo. Estaba convencido de que esta afabilidad y modestia en las costumbres venían a ser como un fuerte muro y un escudo protector contra las malignas asechanzas del diablo, y que el alma privada de la protección de este muro y de este escudo era como un soldado sin armas, rodeado por todas partes de esforzados enemigos bien pertrechados, ansiosos y dispuestos continuamente para ocasionarle la muerte.

XCVII.—Cómo enseñaba a los frailes que debían atender a las necesidades del cuerpo, para no impedir el ejercicio de la oración

Consideraba el santo Padre y comprendía que el cuerpo ha sido criado para el alma, y que las acciones corporales deben encaminarse al servicio de las espirituales. Y decía: *El siervo de Dios, en el comer, en el beber, en el dormir y en el satisfacer las demás necesidades del cuerpo, debe atender a ellas con tal discreción que el hermano cuerpo no tenga derecho para murmurar, diciendo: «No puedo estar de pie, ni dedicarme a la oración, ni alegrarme en mis tribulaciones interiores, ni practicar otras obras buenas, porque no atiendes al remedio de mi necesidad.»*

Pero si el siervo de Dios procurase con discreción y de un modo conveniente dar a su cuerpo lo necesario, y el hermano cuerpo aun así se empeñase en ser negligente, perezoso y descuidado en la oración, en las vigilias y en las buenas obras, entonces debería castigarlo como a un malo y estólido jumento, que quiere comer sin sujetarse al trabajo, ni llevar carga alguna. Mas si, por ventura, a causa de la pobreza y de la indigencia, el hermano cuerpo no pudiese ni en la salud ni en la enfermedad satisfacer sus verdaderas necesidades, y aun cuando humildemente y por caridad pidiese el oportuno remedio al religioso o al Prelado, y éstos no se lo concediesen, en tal caso súfralo todo con paciencia y por amor de Dios, que también padeció por nosotros y buscó alguien que lo consolase y no lo encontró. Y esta necesidad, soportada con paciencia, le será reputada por Dios como un verdadero martirio. Y por cuanto hizo lo que debía, esto es, lo pidió humildemente, será disculpable delante de Dios esta su necesidad, aun cuando por causa de ella llegase a enfermar gravemente.

CAPITULO IX

Algunas tentaciones con que le quiso probar el Señor

XCVIII.—Cómo el demonio se introdujo en la almohada sobre la cual reclinaba el Santo la cabeza

Hallábase el bienaventurado Francisco en el eremitorio de Greccio para consagrarse a la oración y tenía su celda próxima a la mayor del convento. Aconteció, cierta noche, que durante el primer sueño despertó y llamó a su compañero, que dormía allí cerca, el cual, levantándose apresuradamente, entró en la celda del Santo, y éste le dijo: *Hermano mío carísimo, difícilmente puedo conciliar el sueño esta noche, ni tengo ánimo para dedicarme a la oración; me duele la cabeza, me tiemblan las piernas y estoy como si*

hubiese comido pan de cizaña. Y como el compañero le dirigiese algunas frases compasivas, contestó Francisco: *Por mi parte, temo que el demonio se haya introducido en esta almohada sobre la que reclino la cabeza.*

Sabido es, en efecto, que el Santo, después que abandonó el mundo, nunca quiso tener cama blanda ni usar almohada de pluma. Sin embargo, los religiosos le obligaron a ello contra su voluntad, compadecidos por la enfermedad que padecía en la vista. Entonces Francisco entregó la almohada al compañero, quien, tomándola con la mano derecha, la colocó sobre el hombro izquierdo; mas he aquí que al salir de la celda perdió inmediatamente el habla, y no podía arrojarla de sí, ni mover los brazos, viéndose precisado a estar en pie, sin poder moverse, privado del sentido.

Permaneció así algún tiempo, y dispuso la divina Providencia que lo llamase Francisco. Al instante volvió en sí, dejó caer fácilmente la almohada por la espalda, y acercándose al Santo le refirió cuanto le había sucedido. Entonces el bienaventurado Padre le dijo: *Al rezar ayer las Completas sentí que el diablo se metía en la celda, y comprendí lo muy astuto que es este enemigo, pues, no pudiendo causar daño a mi alma, procura impedir por cuantos medios están a su alcance el que pueda satisfacer la necesidad de dormir que tiene el cuerpo, para que así no me encuentre dispuesto a la oración, a fin de arrebatarme de este modo el fervor y la alegría de mi corazón, y que con esto me lamente de mi enfermedad.*

XCIX.—Una grave tentación que sufrió por más de dos años

Cuando el seráfico Padre vivía en Santa María de los Angeles, o de la Porciúncula, le acometió, para provecho de su alma, una gravísima tentación de espíritu. Esto le ocasionaba tanta aflicción de la mente, y aun también del cuerpo, que frecuentemente se apartaba de la compañía de sus religiosos porque no podía presentarse ante ellos con aquella santa alegría que acostumbraba. No obstante, continuaba mortificándose con la abstinencia en el comer, en el beber y en el hablar; oraba con más insistencia y derramaba copiosa abundancia de lágrimas, para que el Señor se dignase enviarle algún consuelo en aquella gran tribulación.

Pasó más de dos años en tal estado, y aconteció cierto día que, al orar en dicha iglesia de la Porciúncula, oyó una voz que repitió a su espíritu aquellas palabras del Evangelio: *Si tuvieses tanta fe como un grano de mostaza y dijeres a este monte trasládate a otro lugar, así se haría.* Inmediatamente respondió el Santo: *Señor, ¿quién es ese monte?* Y el Señor le contestó: *Ese monte es tu tentación.* Entonces añadió Francisco: *Pues bien, Señor; hágase en mí como lo has dicho.* Y al momento se encontró tan perfectamente tranquilo como si jamás hubiese experimentado tentación alguna.

De igual modo, estando en el santo monte Alverna, en ocasión de recibir en su cuerpo las cinco llagas de Cristo, sufrió no pocas tentaciones y tribulaciones de parte de los demonios, con lo cual tampoco podía mostrarse tan alegre como lo estaba de ordinario. Así que decía a su compañero: *Si supieran mis religiosos cuántas y cuán penosas tribulaciones y aflicciones me ocasionan los demonios, no habría entre aquéllos ni uno solo que no se moviese a piedad y compasión hacia mí.*

C.—Tentación de los ratones, en la cual le consoló el Señor asegurándole la posesión de su reino

Hallábase Francisco, dos años antes de su muerte, en el convento de San Damián, en una pequeña celda hecha con esteras. Estaba tan gravemente enfermo de la vista, que por espacio de sesenta días no pudo mirar un solo momento la luz natural ni la artificial. En este estado le sucedió, por permisión de la divina Providencia, que, para aumento de su pena y de su mérito, invadiese su estancia tal multitud de ratones, que, pasando por encima de él y corriendo en derredor suyo, no le dejasen descansar ni consagrarse a la oración. Más aún, cuando tomaba el frugal alimento, se subían sobre la pobre mesa y le atormentaban en gran manera, por lo cual tanto él como sus compañeros, tuvieron la certeza de ser aquello una tentación diabólica.

Viéndose el bienaventurado Francisco atormentado con tantas tribulaciones, movido a compasión consigo mismo, cierta noche habló al Señor de esta manera: *Señor, dignaos prestarme vuestro auxilio en las enfermedades que padezco, para que pueda sufrirlas con paciencia.* Y al momento oyó interiormente una voz que le dijo: «Dime, hermano, si alguno en recompensa de estas tus enfermedades y tribulaciones te diese un tesoro tan grande y precioso que en su comparación nada fuese el mundo entero, ¿no te alegrarías mucho con ello? A esta pregunta respondió Francisco: *Grande Señor, sería este tesoro muy precioso, admirable en gran*

manera y digno de ser apetecido. Y otra vez oyó la misma voz, que le dijo: «Siendo esto así, hermano, consuélate y alégrate en tus enfermedades y tribulaciones; por lo demás estáte tan seguro y tranquilo cual si poseyeras ya mi reino.»

Al día siguiente, al levantarse por la mañana, dijo Francisco a sus compañeros: *Si el Emperador hiciera donación de un reino a cualquiera de sus vasallos, ¿cuánto no debería alegrarse éste? Mas, si le hiciese dueño de todo su imperio, ¿cuánto mayor no sería su alegría?* Y añadía: *Debo, por tanto, de alegrarme mucho en mis enfermedades y trabajos, conformándome en todo con la voluntad del Señor, tributando siempre acciones de gracias a Dios Padre, a su Unigénito Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, y al Espíritu Santo por el gran fervor que se ha dignado concederme. Esto es por haberme asegurado a mí, indigno siervo suyo, vivo aún en carne mortal, la posesión de su eterno reino. Por lo cual, a honra y gloria suya, para nuestro consuelo y para edificación de los prójimos quiero escribir un nuevo cántico de alabanzas de las criaturas al Señor, de que nos servimos diariamente, necesarias a la vida, con las cuales, por desgracia, tanto ofenden los hombres al Supremo Hacedor. Y continuamente somos ingratos a tantas gracias y a tantos beneficios como nos dispensa, si no alabamos y bendecimos, en la forma que debíamos, a nuestro Criador y soberano Bienhechor.*

Sentado, se entregó algún tiempo a la oración, diciendo después: *Altísimo, omnipotente y buen Señor,* etc., y sobre este pensamiento compuso un cántico, que enseñó a sus compañeros para que lo recitasen y lo cantasen, pues su espíritu se hallaba entonces lleno de gran consuelo y dulzura, hasta tal punto que quiso llamar a fray Pacífico, que en el siglo era llamado el *Rey de los versos,* y fué uno de los más renombrados entre los cantores. El Santo deseaba que se le señalasen algunos religiosos de buen espíritu, que fuesen con él por todo el mundo pregonando y cantando las alabanzas del Señor. Y decía, además, que deseaba que aquel que fuese el mejor predicador entre ellos, fuese también el primero en predicar al pueblo, y que, terminada la predicación, todos juntos alabasen a Dios, cual si fuesen los cantores de su grandeza.

Así que acababan de cantar las divinas alabanzas, encargaba a un religioso dijese al pueblo: *Nosotros somos los pregoneros de la gloria del Señor, y por ello os pedimos nos recompenséis de algún modo; esto es, haciendo una verdadera penitencia.* Y añadió: *¿Qué otra cosa son los siervos de Dios sino una especie de juglares suyos, encargados de conmover los corazones de los hombres y de infundir en ellos una santa alegría espiritual?* Y decía esto especialmente de los frailes Menores, que han sido dados por Dios al pueblo cristiano para procurarle la salvación.

CAPÍTULO X

Espíritu de profecía del Santo

CI.—Cómo predijo la paz entre el Obispo y el magistrado de la ciudad de Asís, ante los cuales hizo cantar a los religiosos el himno a la creación

Después que el seráfico Padre compuso aquel himno en honor de la creación, que intituló *Cántico del hermano Sol,* aconteció que entre el Obispo y el magistrado, o potestad civil de la ciudad de Asís, se suscitó una cuestión bastante grave, llegando a tal punto de tirantez, que el Obispo pronunció sentencia de excomunión contra el magistrado, y éste, a la vez, publicó un bando prohibiendo a todos los ciudadanos vender o comprar cualquier cosa al Obispo o hacer con él trato alguno.

Enterado de esto el bienaventurado Francisco, que a la sazón se hallaba enfermo, se movió a piedad con ellos, sobre todo al ver que nadie se preocupaba de ponerlos en paz. Por lo cual dijo a sus compañeros: *Grande vergüenza es para nosotros, pobres siervos de Dios, al ver que el Obispo y el magistrado anden enredados en estas cuestiones, sin que haya una sola persona que trabaje por restablecer entre ellos la paz.* Y con tal ocasión al momento añadió estas estrofas al citado himno:

Alabado seas, Señor mío,
por todos cuantos por tu amor padecen
enfermedad y tribulación,
y por tu amor perdonan las ofensas.
Los que esto hicieren, benditos
por Ti serán, en verdad;
mucho más si procedieren
hermanados con la paz,
pues por Ti, Altísimo,
coronados serán.

San Francisco canta al hermano Sol. (Virgilio Simonetti.)

Hecho esto, llamó a uno de sus compañeros, y le dijo: *Vete junto al magistrado y dile de mi parte que él, con las demás autoridades de la ciudad y con cuantos pueda llevar consigo, se presenten en el palacio del Obispo.* Así que marchó este religioso, dijo el Santo a otros dos de sus compañeros: *Marchad vosotros junto al señor Obispo, y en su presencia, en la del magistrado y en la de cuantos allí estuvieren, entonad alegres el «Cántico del hermano Sol», pues abrigo la esperanza de que el Señor se dignará suavizar aquellos corazones, para que vuelvan a la primitiva amistad y amor.*

Reunidos todos en el claustro del palacio episcopal, se presentaron aquellos dos frailes, y uno de ellos dijo a la concurrencia: «El bienaventurado Padre Francisco compuso, estando enfermo, un himno de alabanzas al Señor, admirable en sus criaturas, para gloria del mismo Señor y edificación de los prójimos. Ahora, pues, él os pide encarecidamente que oigáis dicho himno con la mayor atención.» Y dicho esto, comenzaron a cantarlo. Entonces se levantó el magistrado y, juntas las manos, prestó atento oído al referido cántico, escuchándolo con gran devoción y lágrimas en los ojos, cual si fuese el Evangelio del Señor, pues profesaba un entrañable afecto y devoción a Francisco.

Al terminar el canto del himno, el magistrado habló de esta manera delante de todos: «Os aseguro, en verdad, que no solamente al señor Obispo, a quien quiero y debo tener por mi superior, sino a cualquiera que se hubiese atrevido a causar la muerte a un hermano o a un hijo mío, le perdonaría de corazón.» Y al decir esto se arrojó a los pies del Prelado, a quien dijo: «Dispuesto estoy, señor, a daros una cumplida satisfacción, en la forma que vos me indiquéis, por amor de Nuestro Señor Jesucristo y de su bienaventurado siervo Francisco.» Por su parte, el Obispo, alargándole amistosamente las manos, lo levantó del suelo: «En atención al cargo que desempeño, yo debía ser humilde; mas, como naturalmente soy bastante inclinado a la ira, te ruego que me dispenses.» Dicho lo cual ambos se abrazaron y besaron. en prueba de perdón y de recíproco amor.

Admirados y alegres quedaron los religiosos al ver que se había cumplido literalmente lo que vaticinó el seráfico Padre sobre la paz y concordia a que llegarían aquellos dos personajes. De igual modo todos los demás que allí se hallaban tuvieron esto por un gran milagro, atribuyéndolo enteramente a los méritos de Francisco, bendiciendo además la prontitud con que el Señor se dignó socorrerlos y cambiar aquel escándalo y discordia en unión y amistad tan per-

fecta, que no se recordasen siquiera las palabras injuriosas que hubieran podido mediar entre ellos.

Así lo atestiguamos nosotros, que vivimos con el bienaventurado Francisco; y añadimos, además, que cuantas veces, hablando de cualquiera, decía: «Será de esta manera o de la otra», así sucedía siempre al pie de la letra. Y fueron tantos los sucesos de esta naturaleza vistos y presenciados por nosotros, que nos haríamos interminables, si pretendiéramos mencionarlos o escribirlos todos.

CII.—Cómo previo la caída de un religioso que rehusaba confesarse, so pretexto de no quebrantar el silencio

Hubo cierto religioso, de trato muy agradable y santo en lo exterior, que parecía muy inclinado a la oración en todo tiempo, y tan observante de un continuo silencio, que algunas veces, al confesarse con un padre, lo hacía no con palabras, sino por medio de signos que pudiera comprender el confesor. Parecía tan devoto y fervoroso en el amor de Dios, que sentado de cuando en cuando entre sus hermanos, y oyéndolos hablar de cosas buenas, aunque él nada dijese, experimentaba, sin embargo, una grande alegría, tanto interior como exterior; con lo cual frecuentemente inspiraba sentimientos de devoción en los demás religiosos.

Mantuvo muchos años este género de vida. Sucedió que el seráfico Patriarca llegó al convento donde vivía aquel religioso, y, enterado del modo de vida que hacía, dijo a los demás: *Tened por cosa cierta que es una tentación diabólica la de ese hermano, al no querer confesarse en la forma ordinaria.* Al propio tiempo llegó al convento el Ministro General, con ánimo de visitar a Francisco, y comenzó a ponderarle mucho la virtud de aquel fraile. Mas Francisco le contestó: *Créeme, hermano mío, que ese pobre religioso se deja arrastrar y engañar por el demonio.* A esto replicó el General: «Me admira y casi me parece imposible que pueda afirmarse tal cosa de un hombre en quien se observan tan repetidas pruebas de virtud y santidad.» Díjole otra vez el bienaventurado Francisco: *Prueba esto diciendo a dicho religioso! «Quiero, hermano mío, que en adelante te confieses dos veces, o por lo menos una, cada semana.»*

Al oír esta insinuación aquel religioso puso el dedo sobre los labios, meneó la cabeza y respondió, por medio de signos, que jamás haría tal cosa, por no quebrantar el silencio. Mas el Ministro, temiendo que ocasionase algún escándalo, mandó que se retirase. Pocos días después el mencionado religioso salió de la Orden, por su propia voluntad, en traje de seglar.

Y sucedió cierto día que dos de los compañeros del Santo andaban de camino cuando se encontraron con el fraile apóstata, que iba solo, como un peregrino de los más pobres. Compadecidos de él al verle en aquel estado, le dijeron: «¡Oh miserable!, ¿qué se ha hecho de aquellos tus ejemplares y santos modales? No querías hablar ni tratar familiarmente con tus hermanos, y ahora andas por el mundo, solo y cabizbajo, como un hombre que desconoce a Dios.» Él, en cambio, comenzó a hablarles, vomitando juramentos, como suelen hacerlo no pocos seglares. Entonces los religiosos le dijeron: «Hombrecillo vil, ¿por qué juras de ese modo aseglarado, tú que antes te abstenías de toda palabra ociosa y aun necesaria?»

Con esto se separaron de él, y poco después murió. Todos nos admiramos al ver cumplido a la letra lo que, hablando del mismo, había dicho Francisco cuando todos los frailes reputaban como un santo a aquel miserable.

CIII.—De uno que pidió, llorando, a San Francisco le recibiese en la Orden

Cuando era costumbre que nadie fuese recibido en la Orden sin expresa licencia del bienaventurado Francisco, cierto joven, hijo de padres nobles de la ciudad de Luca, se presentó con otros varios jóvenes al seráfico Padre, que a la sazón se hallaba enfermo en el palacio del Obispo de Asis, y le pidieron con gran insistencia les admitiese a la Orden.

Presentados todos al Santo, se inclinó ante él aquel joven noble, y comenzó a llorar amargamente y a pedirle le admitiese. Francisco, entonces, fija la mirada en el pretendiente le dijo: *¡Oh carnal y miserable hombre! ¿Cómo te atreves a mentir al Espíritu Santo y a mí? ¡Tus lágrimas proceden, no del espíritu, sino de la carne!* Y dicho esto aparecieron al momento a las puertas del palacio sus parientes, montados en briosos caballos, intentando arrebatarle y llevarle consigo. Entonces el joven, oyendo el relincho de los caballos, miró por una ventana, y al ver a sus parientes, al instante bajó, y uniéndose con ellos volvió al siglo, como lo había presentido el bienaventurado Francisco.

CIV.—Cómo la viña de un sacerdote fué despojada de sus racimos por causa de San Francisco

Vivía en cierto tiempo el seráfico Patriarca, por la enfermedad de su vista, con un sacerdote pobre junto a la iglesia de San Fabián, en las cercanías de Rieti. Por entonces el Papa Honorio y toda su Curia moraban en aquella ciudad, y con esta ocasión muchos señores Cardenales y otros individuos del clero alto visitaban casi todos los días al bienaventurado Francisco, movidos por el amor y devoción que le profesaban.

Aquella iglesia poseía una pequeña viña junto a la casa en que habitaba Francisco, la cual tenía una puerta que comunicaba con la viña, y a ésta pasaban casi todos cuantos iban a visitar al Santo; mucho más porque, a la sazón, estaban las uvas maduras, y desde allí se ofrecía a la vista un panorama muy delicioso. Por ello sucedió que a poco tiempo la viña quedó despojada casi por completo de sus racimos.

Visto lo cual por aquel buen sacerdote, comenzó a quejarse, diciendo: :«Aunque es cierto que la viña es pequeña, sin embargo, de ella recolectaba yo todo el vino que necesitaba; mas este año lo he perdido todo.»

Enterado Francisco de estas quejas, hizo llamar al sacerdote, y le habló de esta manera: *No queráis, señor, disgustaros, porque el mal ya está hecho; pero tened confianza en el Señor, y estad seguro de que por mi amor os indemnizará todo el daño que habéis sufrido. Decidme, ¿cuántas cargas soléis coger el año más abundante en la vendimia?* «Trece cargas, Padre mío», respondió el sacerdote. *Pues bien* —respondió Francisco—, *no queráis contristaros, ni digáis palabra ofensiva a nadie por el daño que os han causado. Confiad en Dios y en lo que os digo, y si no llegareis a recoger veinte cargas de vino, yo prometo que se os compensarán.*

Con esto el sacerdote calló y se tranquilizó: y, llegado el tiempo de la vendimia, recogió por providencia de Dios nada menos que veinte cargas de vino muy generoso. Admiróse en gran manera el sacerdote al ver tal abundancia. Y lo mismo cuantos lo oyeron. Decían que aun cuando la viña estuviera toda ella cargada de grandes racimos, no era posible recolectar las veinte cargas de vino.

Así nos consta a nosotros, que vivimos con el Santo, y aseguramos que todo cuanto anunció o dijo, todo se verificó al pie de la letra.

CV.—Unos caballeros de Perusa que estorbaban la predicación del Santo

Predicaba en cierta ocasión el seráfico Patriarca en una de las plazas de la ciudad de Perusa, ante un gran concurso de gente, y he aquí que algunos caballeros comenzaron a dar carreras por la plaza, evolucionando y haciendo diversos juegos de armas, con lo cual pretendían estorbar la predicación del Santo, y aun cuando los presentes les amonestaban y reprendían, no por eso cesaban de su empeño.

Dirigiéndose entonces a ellos el bienaventurado Francisco, les dijo con gran espíritu y fervor: *Oíd y fijad vuestra atención en lo que el Señor os dice por este su humilde siervo, y no me echéis en cara que yo soy de Asís.* (Esto decía aludiendo al odio inveterado que existía hacía tiempo entre los moradores de ambas ciudades, Asís y Perusa.) *Pues si es cierto que el Señor os engrandeció sobre todos los pueblos circunvecinos, es también cierto que por ello debéis ser más renocidos a vuestro Criador, humillándoos no sólo ante El, sino ante vuestros mismos vecinos. Mas, al contrario, os habéis llenado de soberbia y perseguís a cuantas gentes os rodean y habéis matado a muchas de ellas, por lo cual os aseguro que si no os convertís pronto a Dios, dando una conveniente satisfacción a cuantos habéis ofendido, el mismo Señor, que nada deja sin castigo, hará que os levantéis unos contra otros para vengarse de vosotros, imponeros la pena que merecéis y cubriros de confusión y oprobio, y promoviendo una sedición tumultuosa, acompañada de la guerra civil, sufriréis calamidades mucho mayores que cuantas pudieran ocasionaros todos vuestros vecinos.*

De este modo el bienaventurado Francisco acostumbraba siempre en sus predicaciones a reprender severamente, aunque con prudencia, los vicios del pueblo. Y el Señor le había concedido para esto tanta gracia y tan grande eficacia, que todos cuantos le veían o le oían, de cualquier estado y condición que fuesen, le temían y veneraban de tal manera, por aquel don especial que Dios le había concedido, que, por más que les reprendiese agriamente, quedaban, sin embargo, edificados con sus palabras, convirtiéndose de veras al Señor o sintiéndose, por lo menos, interiormente compungidos.

Y pasados algunos días sucedió, por providencia divina, que entre los nobles y el pueblo se suscitó un gran tumulto, de tal modo que los plebeyos arrojaron ignominiosamente a los caballeros fuera de la ciudad. Mas éstos, ayudados por

el elemento eclesiástico, que estaba de su parte, arrasaron todas las viñas, campos y arbolado, ocasionando al pueblo todo el mal que pudieron. El pueblo, a su vez, destruyó cuantos bienes pertenecían a los nobles. De este modo fueron castigados severamente el pueblo y los caballeros, según lo había predicho Francisco.

CVI.—Cómo previo, con espíritu profético, una tentación y tribulación de cierto religioso

Hubo un religioso, de gran espíritu y de trato familiar con el bienaventurado Francisco, el cual religioso por mucho tiempo venía soportando muy graves sugestiones del diablo, hasta tal punto, que casi le llegó a precipitar en el abismo de la desesperación. Y aun cuando diariamente sentía remordimientos de conciencia, otras tantas veces tenía vergüenza de confesarse, y por esto se mortificaba con abstinencias, prolongadas vigilias, abundantes lágrimas y rigurosas disciplinas.

Sucedió, pues, por divina disposición, que el seráfico Padre llegase al lugar donde estaba dicho religioso, y andando cierto día con Francisco, conoció éste por inspiración divina la tentación y angustia que aquél padecía, y apartándose un poco de otro que los acompañaba, se quedó solo con el fraile atribulado. Y le dijo: *Hermano carísimo, desde ahora quiero asegurarte que no estás obligado a confesar esas sugestiones diabólicas y nada temas, pues ningún daño han causado a tu alma. Mas, por mi consejo, procura rezar siete Padrenuestros cuantas veces te vieres molestado con tales sugestiones.*

Alegróse en gran manera aquel religioso de lo que le dijo el Santo, al asegurarle que no estaba obligado a confesar semejante cosas, porque solo el pensarlo, le llenaba de aflicción y congoja. No dejó, sin embargo, de experimentar grande admiración al ver que el bienaventurado Francisco tenía conocimiento de aquello que sólo podían saber los sacerdotes con quienes se confesaba. Al momento vióse enteramente libre de la tribulación, de modo que, por la gracia de Dios y los méritos de San Francisco, vivió desde entonces en grande paz y tranquilidad. Como el Santo estaba seguro de este resultado, sin dudar un punto le declaró exento de aquella onerosa confesión.

CVII.—Cosas que anunció sobre fray Bernardo y cómo se cumplieron

Prepararon para Francisco una comida algo delicada, cuando se hallaba próximo a la muerte. Se acordó de fray Bernardo de Quintaval, que fué el primer fraile que entró en la Orden, y, dirigiéndose a sus compañeros, les dijo: *Esta comida es buena para fray Bernardo.* Y al momento hizo que le llamasen. Apenas llegó tomó asiento junto al lecho en que estaba postrado el Santo, y le dijo fray Bernardo: «Padre mío, te ruego encarecidamente que me otorgues tu bendición y me des alguna prueba de tu amor paternal, pues si de ti esto consigo, tengo para mí que el mismo Dios y todos los demás frailes me profesarán mayor afecto.»

No podía verle el bienaventurado Padre, porque desde muchos días antes había perdido la vista, pero extendiendo la mano derecha, la puso sobre la cabeza de fray Gil, tercero de los frailes de la Orden, creyendo que la ponía sobre la de fray Bernardo, que estaba sentado junto a él. Ilustrado por el Espíritu Santo, dijo al momento: *Esta no es la cabeza de mi hermano fray Bernardo.*

Entonces fray Bernardo se aproximó más al Santo, y éste, poniéndole la mano sobre la cabeza, le bendijo, diciendo a uno de sus compañeros: *Escribe lo que te vaya dictando: «Bernardo fué el primer fraile que me proporcionó el Señor, y se elevó a la más alta perfección en la exacta observancia del santo Evangelio, repartiendo entre los pobres todos sus bienes. Por lo cual, y por otras muchas virtudes, debo amarle con una predilección especial entre todos los otros frailes de la Orden. Quiero, por lo tanto, y, en cuanto me es posible, mando a cualquiera que en adelante fuere Ministro General, que le ame y respete como a mí mismo. Más todavía, los Ministros, como también todos los frailes de la Orden, deberán considerarlo como haciendo mis veces.»*

Con esto quedaron grandemente consolados, lo mismo fray Bernardo que los demás religiosos. Al considerar el bienaventurado Francisco la sublime perfección del mismo fray Bernardo, hablando de él en presencia de otros frailes, profetizó lo siguiente: *Os aseguro que al buen fray Bernardo le han sido señalados para ejercitar su paciencia varios de los principales demonios, que le proporcionan muchas y grandes tribulaciones; mas el misericordioso Señor le librará antes de la muerte de todas esas tentaciones y tribulaciones y le dará en el espíritu y en el cuerpo una paz y un consuelo tan grandes, que todos los frailes que tuvieren noticia de esto*

quedarán en grande manera admirados, juzgándolo un verdadero milagro; y él, con ese consuelo y tranquilidad interior y exterior, entregará su alma al Señor.

Estos cosas, no sin grande admiración de todos los frailes, sucedieron al pie de la letra en fray Bernardo, de igual manera que los mismos frailes las habían oído de la boca de Francisco. Pues fray Bernardo se encontró, durante su última enfermedad, que le ocasionó la muerte, con tanta paz y tanto consuelo en el espíritu, que rehusaba estar acostado, y cuando a ello se veía precisado, estaba sentado en la cama, sin experimentar turbación alguna ni molestia de ninguna clase que le estorbasen su casi continuo ejercicio de la oración y contemplación de las cosas de Dios. Y si por ventura se distraía alguna vez, al momento se levantaba y, golpeándose el pecho, se preguntaba: «¿Qué es esto? ¿En qué estaba yo pensando?» Tampoco quería tomar medicina alguna, antes bien, decía al que se la presentaba: «Hermano no quieras distraerme en la oración.»

Más aún: a fin de poder morir con mayor paz y tranquilidad desatendió cuanto pertenecía al cuerpo, entregándose en manos de un religioso, que era médico, a quien habló de esta manera: «Yo, hermano, no quiero tener cuidado alguno de comer ni de beber, antes bien me confío del todo a ti; si me dieres alguna cosa, la tomaré; de lo contrario, nada pediré.»

Desde que comenzó a sentirse enfermo quiso tener siempre junto a sí un sacerdote hasta que le llegó la hora de la muerte, y cuando le ocurría cualquier cosa que le intranquilizaba la conciencia, al momento la confesaba. Después de su muerte quedó blanco como un lirio, su carne blanda y flexible, y parecía sonreír con los labios. De modo que era más hermoso después de muerto que durante la vida, causando más alegría contemplarlo yerto cadáver que mientras vivía, y a todos cuantos lo veían se les representaba como un santo en actitud sonriente.

CVIII.—Cómo, próximo a la muerte, prometió a Santa Clara que le vería, y así sucedió, ya muerto

Durante aquella semana en que murió el seráfico Patriarca sucedió que la bienaventurada Clara, primera planta del hermoso jardín de Señoras Pobres del convento de San Damián, en la ciudad de Asís, imitadora perfectísima de Francisco en la observancia práctica del santo Evangelio, temerosa de morirse antes que él, pues a la sazón estaban los dos

gravemente enfermos, lloraba amargamente y apenas encontraba consuelo alguno. Porque juzgaba que difícilmente podría ver antes de su muerte a Francisco, que después de Dios era para ella su único padre, su consuelo y su maestro, como también su primer fundamento y modelo en la vida de la gracia. Todo esto procuró la virgen Clara que llegase a conocimiento de Francisco, por mediación de uno de sus religiosos.

Al oír esto el Santo, que profesaba a Clara afecto verdaderamente paternal, sintió compasión por ella. Mas considerando que no era posible lo que deseaba, esto es, verla, tanto para su consuelo como para el de sus religiosas, le envió por escrito su bendición y le dispensó o perdonó cualquier defecto en que pudiera haber incurrido contra él y también, en cuanto podía, toda otra pequeña falta contra el Señor. Y para que desterrase de sí toda tristeza y dolor, dijo al religioso a quien enviaba con el encargo: *Marcha y di a la hermana Clara que no tenga tristeza ni dolor, si no puede verme tan pronto, pero que esté segura de que antes de su muerte me verán lo mismo ella que sus religiosas, y experimentarán con esto gran consuelo.*

Sucedió, pues, que a los pocos días murió Francisco, al anochecer, y, divulgada su muerte, acudió casi todo el pueblo y el clero de la ciudad de Asís al lugar donde expiró, llevando de allí el santo cuerpo, acompañándolo con himnos y cánticos espirituales. Portando cada uno palmas y ramos en las manos, lo condujeron, por disposición expresa del Señor, al convento de San Damián, para que se cumpliese lo que el mismo Señor había dicho por boca de Francisco y para consolar de este modo a sus hijas y siervas.

Y abierta la reja de hierro por la cual solían comunicar las religiosas y oír la palabra divina, los frailes tomaron del féretro el santo cuerpo y lo tuvieron en brazos por largo espacio de tiempo junto a la reja, hasta que Santa Clara y sus religiosas lo contemplaron a satisfacción. Quedaron muy consoladas, no obstante hallarse llenas de dolor y de lágrimas, al verse privadas de los consuelos y advertencias de tan santo Padre.

CIX.—Cómo predijo que su cuerpo sería honrado después de la muerte

Cierto día, cuando Francisco estaba enfermo en el palacio del Obispo de Asís, le dijo un religioso muy espiritual como chanceándose y sonriéndose: «¿En cuánto venderías al Señor todos tus vestidos? Te aseguro que con muchos pa-

ños de seda y ropajes muy preciosos cubrirán este tu pobre cuerpo, que al presente está metido en un saco.» A la sazón estaba Francisco vestido con una túnica cubierta con groseros retales, completando su vestimenta unos trozos de saco.

A estas indicaciones del religioso contestó el Santo, o más bien el Espíritu Santo por su boca, diciendo con gran fervor y alegría de espíritu: *Dices verdad, pues así ha de suceder, para gloria y alabanza de Dios.*

CAPÍTULO XI

Solicitud amorosa de la divina Providencia en las necesidades temporales de Francisco

CX.—Cómo el Señor proveyó a los frailes, sentados a una pobre mesa con el médico

Hallábase una vez el bienaventurado Francisco en el eremitorio llamado Fonte Colombo, en las proximidades de Rieti, y le visitó un médico, especialista en la enfermedad que padecía en los ojos. Y como estuviese allí algún tiempo, quiso retirarse. Entonces Francisco dijo a uno de sus compañeros: *Id y dad de comer bien al médico.* El compañero le respondió: «Padre, en verdad os confesamos hallarnos tan pobres al presente, que no podemos menos de avergonzarnos, invitándolo a comer.»

Al oír esta respuesta, replicó el seráfico Padre: *Hombres de poca fe, no queráis obligarme a hablar más.* Entonces, dirigiéndose el médico a Francisco, le dijo: «Hermano, comprendiendo ahora la pobreza de los frailes, es cuando más gustosamente deseo comer con ellos.» El médico era rico sobremanera, y aunque muchas veces le habían invitado a comer, tanto Francisco como sus religiosos, nunca quiso aceptar la invitación.

Fueron, pues, los frailes y prepararon la mesa, colocando, avergonzados, sobre ella un poco de pan y vino, con algunas legumbres, que habían cocido para ellos. Sentados a aquella mesa pobre, y, comenzada la comida, he aquí que llaman a la puerta. y levantándose uno de los religiosos, va y la abre, encontrándose con una mujer que traía de regalo un gran cesto lleno de ricos panes, bien condimentados peces, sabrosas empanadas de camarones, mucha miel

y hermosos racimos de uva, todo lo cual enviaba a Francisco una bienhechora, dueña de cierta casa que distaba de aquel lugar cerca de siete millas.

Al ver esto el médico y los religiosos, quedaron admirados y se alegraron en gran manera, reconociendo la santidad de Francisco y atribuyéndolo todo a sus grandes méritos. El médico dijo a los religiosos: «¡Hermanos míos, ni vosotros ni yo conocemos como debíamos la extraordinaria virtud de este hombre!»

CXI.—Deseo que tuvo en una enfermedad de comer cierto pescado

Estaba Francisco, en otra ocasión, gravemente enfermo en el palacio del Obispo de Asís. Los religiosos le invitaban a que tomase algún alimento, y les respondió el Santo: *Apenas tengo ganas de comer cosa alguna; mas si tuviese un poco de pescado que llaman escualo, acaso comiese algo.* Una vez dicho esto, he aquí que llegó a aquel lugar un hombre que llevaba en un cesto tres grandes lijas, bien dispuestas y preparadas, con algunos pares de camarones, que le gustaban mucho al santo Padre. Todo se lo enviaba el Ministro Provincial de Rieti, fray Gerardo.

Admirados los frailes de la tierna solicitud de la divina Providencia, alabaron al Señor, que proporcionó a su fiel siervo Francisco aquellos peces, que entonces era imposible encontrar en Asís, por acontecer esto en la cruda estación del invierno.

CXII.—Deseo que tuvo, cerca de su muerte, de cierto manjar y de un poco de paño

Vivía Francisco en Santa María de los Angeles doliente de la enfermedad de que murió. Cierto día llama junto a sí a sus compañeros y les dice: *Hermanos míos, todos vosotros sabéis cuán afecta y bienhechora, tanto para mí como para toda nuestra Orden, fué y continúa siendo la señora Jacoba de Sietesolios. Juzgo, por lo tanto, que llevará muy a bien y recibirá en ello algún consuelo, si le damos noticias del estado en que me encuentro; y de paso que así lo hacéis, decidle que tenga la bondad de enviarme algún paño que en el color se asemeje al de la ceniza, y juntamente un poco de aquella comida que solía prepararme cuando estaba en Roma y me hospedaba en su casa.*

A esta comida dan los romanos el nombre de *mortariolum* o también *mostaccioli*, que se hace con almendras, azúcar y algunas otras cosas.

Era aquella mujer muy espiritual y una viuda de las mejores y más ricas de Roma, que consiguió del Señor, por los méritos y predicación de Francisco, tal tesoro de gracia, que frecuentemente derramaba copiosas lágrimas y se sentía abrasada en el ardiente amor de Cristo, cual si fuese otra Magdalena.

Escribieron, pues, una carta a dicha señora, indicándole todo cuanto había dicho el Santo. Un religioso iba en busca de una persona que la llevase a Roma, cuando he aquí que al momento llamaron a la puerta del convento. Acudió un religioso para abrir la puerta, y, de buenas a primeras, no sin admiración, se encontró con la misma Jacoba de Sietesolios en persona, que había llegado con gran solicitud para visitar al Santo. Al verla uno de los religiosos, corrió presuroso a dar la noticia al seráfico Padre, y, lleno de alegría, le dijo cómo la señora había venido de Roma con un hijo suyo y otras personas para visitarle. Y le preguntó: «¿Qué debemos hacer, Padre mío? ¿Le permitiremos la entrada para que venga junto a ti?»

Hizo el fraile estas preguntas, pues sabía que, por voluntad de Francisco y por la devoción y recogimiento del lugar, estaba ordenado que ninguna mujer entrase en aquel claustro.

El Santo le respondió: *No es preciso observar esta constitución en lo que se refiere a esta señora que vino de tan lejos, obligada por su grande fe y devoción.*

Entró, pues, Jacoba junto al santo Patriarca, derramando en su presencia muy abundantes lágrimas. Y ¡cosa admirable por cierto! Traía paño de color ceniciento para una túnica y todas las demás cosas que el Santo le pedía en la carta, como si la hubiera recibido. Jacoba dijo a los frailes: «Hermanos míos carísimos, estaba en oración, y el Señor se dignó decirme: «Marcha pronto a visitar a tu Padre, el bienaventurado Francisco, y apresúrate, porque si tardas mucho corres peligro de no encontrarle ya vivo. Llévale de paso paño para una túnica y las cosas necesarias para aquella comida que solías hacerle; provéete, además, de gran cantidad de velas de cera y también de incienso.» Todo esto, excepto el incienso, se pedía en la carta que el Santo pretendía enviarle.

Sucedió con esto que Aquel mismo que inspiró a los Reyes Magos la idea de ir con preciosos regalos a rendir adoración a su Unigénito Hijo, el día de su nacimiento temporal, ese mismo inspiró a aquella noble y santa mujer que fuese, llevando ricos dones, a honrar a Francisco, su siervo muy amado, en los días de su muerte, o mejor, de su glorioso nacimiento a la vida verdadera.

Preparó, pues, Jacoba la comida con que el santo Padre deseaba alimentarse, de la cual comió muy poco, porque iba desfalleciendo sensiblemente y aproximándose a la muerte.

Hizo preparar también gran multitud de cirios para que después de la muerte del Santo ardiesen alrededor de su cuerpo. Del paño ceniciento que había traído hicieron los religiosos una túnica, con la cual amortajaron el cadáver, para darle sepultura.

Mas el Santo ordenó a sus religiosos que cosiesen un pobre saco y lo cubriesen con él, en señal y ejemplo de humildad y de santa pobreza. En aquella misma semana en que llegó a la Porciúncula Jacoba de Sietesolios terminó santamente su vida nuestro seráfico Padre.

CAPÍTULO XII

Recíproco amor de Francisco y las criaturas

CXIII.—Especial amor a las alondras o cogujadas, figura de un buen religioso

Enajenado todo en el amor de Dios el bienaventurado Francisco, no sólo en la propia alma, adornada ya con toda suerte de virtudes, sino también en otra cualquiera criatura, conocía perfectamente la bondad del Señor. Por lo cual se sentía arrastrado hacia las criaturas con singular y entrañable amor, principalmente hacia aquellas en las cuales creía ver alguna cosa referente a Dios o a la religión.

Así que entre todas las aves prefería la alondra, conocida con el nombre de cogujada. De la cual decía: *Nuestra hermana la alondra lleva en la cabeza una especie de capucha, semejante a la de los religiosos, y es, además, una ave humilde, pues va alegre por los caminos buscando algunos granos con que alimentarse; y, si los encuentra, aunque sea entre las inmundicias, de allí los saca para comerlos. Volando, alaba suavemente al Señor. Figura en todo esto de lo que debe ser el buen religioso, que debe despreciar las*

cosas de la tierra, tener su conversación en el cielo y ocuparse siempre en cantar las alabanzas del Señor, cuyas alas o hábito conviene que sea despreciable, y da ejemplo a los mismos de no procurarse vestidos suaves y delicados, sino más bien de poco precio y viles en el color, al modo que la tierra es más vil que los otros elementos. Y como esto lo veía figurado en dichas avecillas, por eso las contemplaba siempre con amor y con ternura.

De aquí que se complació el Señor en que aquellos pajarillos manifestasen alguna señal de afecto al Santo, al llegar la hora de su muerte. Pues en la tarde del sábado, después de vísperas, y antes que el Santo exhalase el último suspiro, se reunió una gran multitud de las mencionadas avecillas sobre el tejado del convento donde se encontraba el Santo enfermo, y, volando suavemente en forma de rueda o círculo, parecía que con sus alegres cánticos se esforzaban en alabar al Señor.

CXIV.—Intento de persuadir al Emperador a que obligase a los hombres a dar el día de Navidad abundante comida a los pobres, a los pajarillos, al buey y al asno

Damos testimonio nosotros, que vivimos con el santo Patriarca y redactamos este escrito, de que muchas veces le oímos expresarse de esta manera: *Si tuviese ocasión de hablar con el Emperador, le había de pedir y aconsejar que, por amor de Dios y también por el mío, publicase una ley especial en cuya virtud nadie pudiese coger, ni matar, ni causar daño alguno a las avecillas que cruzan el aire. De igual modo, que todas las autoridades de las ciudades, de los pueblos, de las aldeas, y hasta los señores de los castillos, obligasen a los hombres todos los años, en el día solemne de Navidad, a esparcir por los caminos y vías públicas gran porción de trigo y de otros granos para que las hermanas alondras y todas las otras avecillas tengan qué comer en abundancia en día tan solemne; y a que, por reverencia al Hijo de Dios, a quien en aquella noche la Santísima Virgen María reclinó en un pesebre sobre pobres pajas, en medio de un buey y un asno, todo el que tuviese alguno de esos animales estuviese obligado a proveerles con largueza de un buen pienso; y, por último, que todos los ricos estuviesen obligados en dicho día a saciar con sabrosos y exquisitos manjares a los pobres de Cristo.*

Esto hacía el bienaventurado Francisco porque profesaba

mucha mayor devoción al tierno misterio del Nacimiento de Cristo que a todas las otras festividades, por lo cual decía: *Después que Cristo nació por nosotros, debemos tener por segura nuestra salvación.* De aquí su gran deseo de que todos los cristianos se alegrasen dicho día en el Señor y que, en vista del amor de Aquel que se entregó a Sí mismo por nosotros, todos procurasen regalar con largueza, no sólo a los pobres, sino también a los animales y a las avecillas.

CXV.—Amor y obediencia del fuego, cuando fué necesario aplicarle un cauterio

Llegó Francisco al eremitorio llamado Fontecolombo, cercano a la ciudad de Rieti, para ponerse en cura, por mandato del Obispo Ostiense y de fray Elías, Ministro General, de la enfermedad que padecía en la vista. Sucedió que, cierto día, vino el médico a visitarle, y examinada con cuidado la dolencia, dijo al Santo que era preciso aplicarle un cauterio en la mejilla correspondiente al ojo que tenía más delicado, hasta la ceja del mismo. Mas el seráfico Patriarca no juzgaba conveniente comenzar la cura hasta que no llegase fray Elias, que había manifestado su deseo de hallarse presente cuando el médico la comenzase, pues el Santo temía y le era muy penoso tener tanto cuidado de sí mismo, y deseaba que todas las cosas se hiciesen por disposición del superior.

Lo esperó algún tiempo, y como no llegase, por sus muchas ocupaciones, dejó, al fin, que el médico hiciese lo que gustase. Puesto al fuego el hierro con que había de hacerse el cauterio, queriendo Francisco confortar su espíritu, para que no temiese, habló con el hierro incandescente, y le dijo: *Fuego, hermano mío, tan noble y tan útil entre todas las criaturas, yo te pido que te muestres benigno conmigo en esta hora, pues ya sabes que antes te amé y te amaré siempre por amor de Aquel que te creó. Pido, además, al Criador, que nos sacó de la nada, que modere de tal manera tu ardor, que pueda fácilmente tolerarlo.* Concluída la oración, hizo la señal de la cruz sobre el hierro hecho ascua.

Nosotros, que entonces nos hallábamos presentes, nos retiramos todos, movidos de lástima y compasión hacia el Santo, quedando él solo con el médico. Y así que terminó el cauterio volvimos junto a Francisco, el cual nos dijo: *Cobardes y hombres de poca fe, ¿por qué os habéis retirado? En verdad os digo que no he sentido dolor alguno, ni siquiera el*

calor del fuego; antes bien, deseo que, si no está cauterizado suficientemente, cauterice de nuevo. Al escuchar esto el médico, admiróse en gran manera, y dijo: «Mis amados hermanos, os aseguro que no ya este hombre, débil y enfermizo, sino el más fuerte y robusto temo no hubiera podido sufrir cauterio tan fuerte; pero Francisco ni ha hecho el más pequeño movimiento, ni ha dado la más insignificante señal de dolor.»

En efecto, fué necesario lastimarle toda la superficie desde la oreja hasta la ceja. Sin embargo, todo eso nada le aprovechó.

Sucedió también que otro médico le perforó con un hierro hecho ascuas ambas orejas, sin encontrar alivio alguno.

Ni debemos admirarnos si el fuego y otras criaturas le estaban sumisas algunas veces y le daban muestras de veneración y respeto; pues, como muchas veces lo vimos nosotros, que vivimos con él, era tanta la inclinación que sentía hacia dichas criaturas, se gozaba tanto de ellas, y su espíritu sentía tanta piedad y compasión por ellas, que no podía ver se las tratase con desprecio, y les hablaba con tal afabilidad y dulzura, cual si fuesen criaturas racionales. Por ello muchas veces con tal ocasión se sentía arrebatado hacia Dios en éxtasis amoroso.

CXVI.—Cómo no quiso apagar ni permitió que otro apagase los vestidos, que se le quemaban

Entre las criaturas insensibles e inferiores sentía Francisco una predilección especial hacia el fuego, en razón de su hermosura y provecho, por lo cual nunca quiso estorbar su especial actividad.

En cierta ocasión, estaba sentado junto al fuego. Sin advertirlo él, comenzaron a quemarse los paños interiores, llegándole ya el fuego a las rodillas, y aun cuando sintiese su calor, no quiso apagarlo. En cambio, un compañero suyo, al ver quemársele la ropa, corrió apresuradamente junto al Santo para extinguir el fuego; mas él se lo prohibió, diciendo: *¡No quieras, hermano mío, no quieras causar molestia alguna al fuego!* Y no le dejó llevar a cabo su intento.

El compañero fué inmediatamente a hablar con el religioso que ejercía el oficio de Guardián. Corrieron ambos juntos a Francisco, y al momento apagó el fuego, contra la voluntad del Santo, porque sentía tan afectuosa inclinación hacia el fuego, que, fuese cualquiera la necesidad ocurrente, no quería apagarlo, como tampoco las lámparas ni otra luz cualquiera.

De igual modo, no quería que los religiosos arrojasen de un lugar a otro, como suele hacerse, el fuego o un simple tizón; más bien deseaba que lo colocasen cuidadosamente sobre la tierra, por reverencia a Aquel de quien es criatura.

CXVII.—Cómo no quiso continuar usando una piel que no dejó ser presa de las llamas

Ayunaba Francisco una cuaresma en el monte Alverna y sucedió, cierto día, que uno de sus compañeros preparó a la hora de la comida el fuego en la celda donde solía tomar su alimento. Encendido el fuego, fué a la celda donde el Santo hacía oración, llevando el misal para leer el Evangelio del día, según acostumbraba a hacerlo antes de comer, siempre que por cualquier causa no podía oír Misa.

Vuelto, para comer, a la celda donde estaba el fuego encendido, he aquí que éste había crecido mucho. Las llamas subían hasta el techo de la celda, amenazando quemarla. El compañero procuró atajar el incendio, pero él solo no bastaba para la empresa. Mas el bienaventurado Padre no se encontró con ánimo para ayudarle; antes bien, recogió una piel que tenía en la cama para su abrigo, y con ella salió a la selva inmediata.

Los frailes moradores del convento se encontraban a la sazón lejos de la celda, y al ver que ésta se quemaba, acudieron sin tardanza y apagaron el fuego. Volvió después Francisco para comer, y, al terminar, dijo pesaroso a su compañero: *No quiero usar más esta piel, pues por mi avaricia no quise que el hermano fuego la destruyese.*

CXVIII.—Singular amor que tuvo al agua, a las piedras, a los árboles y a las flores

Después del fuego amaba Francisco singularmente el agua, como figura de la santa penitencia y tribulación, con las que se limpian las manchas del alma, y porque esta limpieza se hace, primero, con las aguas del santo bautismo. De aquí que, cuando se lavaba las manos, buscaba un lugar donde al caer el agua no pudiese ser hollada por los pies. Además, cuando caminaba sobre las piedras, lo hacía con gran temor y reverencia, por amor de Aquel a quien se da el nombre de piedra; por lo cual, siempre que repetía aquellas palabras de David: *En la piedra me ensalzaste*, de-

cía con gran reverencia y devoción: *Me ensalzaste sobre la piedra debajo de mis pies.*

Decía también al religioso encargado de preparar la leña para el fuego que nunca cortase del todo un árbol, sino que dejase siempre alguna parte para su reproducción, en prueba de amor hacia Aquel que quiso obrar nuestra salud en el árbol santo de la cruz.

De igual modo hablaba con el religioso encargado de cultivar la huerta. Le decía que no la emplease toda en legumbres y otras hierbas propias para comer, sino que destinase alguna parte de la misma, a fin de que produjese, a su debido tiempo, flores para los frailes, por amor de Aquel que se llama a sí mismo *flor del campo y lirio de los valles.*

Más aún: aseguraba que el hermano hortelano debía cultivar un pequeño jardín en cualquier sitio de la huerta, plantando en él hierbas olorosas y arbustos de los que producen hermosas flores, para que, en su tiempo y con su belleza y aroma, invitasen a cantar las divinas alabanzas a cuantos hombres las viesen o contemplasen. Pues, en verdad, toda criatura nos habla, diciendo: «Dios me crió por amor tuyo, ¡oh hombre!»

Nosotros, que vivimos con el Santo, podemos asegurar que le vimos muchas veces gozarse en todas las criaturas de tal modo, que, al mirarlas o tocarlas, parecía que su espíritu no vivía en la tierra, sino en el cielo. Y por los muchos consuelos que experimentaba en las criaturas, poco antes de su muerte compuso un himno de alabanzas al Señor, admirable en todas sus criaturas, con el fin de excitar los corazones de cuantos oyesen aquel himno a glorificar y bendecir a Dios.

CXIX.—Cómo apreciaba más al sol y al fuego que a las otras criaturas

Entre todos los seres que carecen de razón, amaba Francisco más entrañablemente al sol y al fuego. Por lo cual se expresaba de esta manera: *Por la mañana, cuando aparece el sol, todos los hombres deberían alabar al Señor, que lo crió para nuestra propia utilidad y con su luz ilumina nuestros ojos durante el día. Mas, cuando por la tarde viene la noche, también todo hombre debía alabarle por causa del hermano fuego, pues con su brillo ilumina nuestra vista durante las tinieblas nocturnas. Todos, en efecto, estamos como ciegos, y el Señor da luz a nuestros ojos por medio de estos dos hermanos nuestros, el sol y el fuego. Por esto, en consideración a ellos y a las otras criaturas de que hacemos uso todos los días, deberíamos glorificar y bendecir al Criador.* Tolo lo cual practicó el Santo hasta el último día de su vida.

Más aún: cuando se sentía molestado por alguna grave enfermedad, él mismo comenzaba a cantar el himno que había compuesto de alabanzas al Señor en sus criaturas, y ordenaba después a sus compañeros que lo siguiesen cantando hasta el fin, para que con la consideración de las alabanzas del Señor se le mitigase algún tanto la acerbidad de los dolores de sus enfermedades. Y porque consideraba que el sol es la más hermosa entre las criaturas, que más semejanza tiene con Dios Nuestro Señor, y que en las santas Escrituras se da a Dios el nombre de *Sol de justicia:* por eso, al querer dar algún título al referido himno, que compuso en alabanza del Señor, cuando éste le dió seguridades de llegar a poseer algún día su reino eterno, lo intituló *Cántico del hermano Sol* [1].

CAPÍTULO XIII

Muerte del Santo y alegría que tuvo cuando supo que se acercaba el fin de su vida

CXXI.—Contestación a fray Elías, que le reprendía por la mucha alegría que manifestaba

Cuando se hallaba Francisco enfermo en el palacio del Obispo de Asís, y parecía que la mano del Señor se hacía sentir más de ordinario sobre el mismo, el pueblo de Asís abrigó tales temores de que, si moría de noche, los frailes se apoderasen de su santo cuerpo y tratasen de llevarlo a otra ciudad, que tomaron la determinación de que todas las noches algunos ciudadanos vigilasen con diligencia los alrededores del palacio.

El santo Patriarca, para que con la vehemencia de los dolores que le ocasionaban sus continuas enfermedades no desfalleciese su espíritu, antes bien encontrase algún consuelo, hacía que con frecuencia le repitiesen sus religiosos durante el día el himno de alabanzas que había compuesto en honor del Señor; y esto mismo disponía durante la noche, para consuelo y edificación de aquellos seglares que por él rondaban el palacio.

[1] [Suprimimos aquí el texto del *Cántico,* que ocupa en el texto original el párrafo 120, por haberlo incluido ya entre los escritos del Santo (págs. 70-71.)]

Y, maravillándose fray Elías de que el bienaventurado Francisco se alegrase tanto en el Señor y gozase con esto en aquella grave enfermedad, le dijo: «Amadísimo Padre, mucho me consuela y edifica el gozo que tanto por ti como por tus compañeros manifiestas en esta enfermedad; pero, aun cuando los moradores de esta ciudad te veneren y tengan como a santo, sin embargo, como creen firmemente que vas a morir pronto, por esta enfermedad incurable, al oír día y noche el canto de estas alabanzas podrían decir en su interior: «¿Cómo tiene éste tanta alegría, tan próximo a morir? Mejor sería que pensase seriamente en la muerte.»

A esta advertencia respondió Francisco: *¿Te acuerdas de la visión que tuviste en Foligno, y me dijiste que cierta persona te había indicado que yo sólo viviría dos años? Antes de que tuvieses aquella visión, por la gracia de Dios Nuestro Señor, que infunde todo bien en el corazón y lo pone en boca de sus fieles, ya pensaba yo día y noche que estaba cercano el fin de mi vida. Pero desde el momento que tuviste aquella visión, fuí más solícito en meditar frecuentemente en la muerte.* Y en seguida añadió con gran fervor de espíritu: *Permíteme, pues, hermano, que me alegre en el Señor, en cantar sus alabanzas y en estas mis enfermedades; pues, ayudado con la gracia del Espíritu Santo, estoy de tal manera unido y conforme con mi Dios y Señor, que por su infinita misericordia tengo muchos motivos para gozar con El.*

CXXII.—Cómo procuró persuadir al médico que le dijese cuánto podría vivir aún

En cierta ocasión, cuando estaba aún Francisco en el palacio del Obispo, le visitó un médico de Arezzo, llamado Buen-Juan, que trataba con mucha familiaridad a Francisco. Este le preguntó: *¿Qué te parece, amigo mío, de esta enfermedad de hidropesía?* Pues no quiso llamarle con su propio nombre, porque nunca quería dar a nadie el nombre de bueno, por respeto a Cristo, que dijo: *Nadie es bueno, sino sólo Dios.* Por igual razón se abstenía de dar a nadie el título de padre o maestro, ni aun cuando escribía a alguna persona, por respeto al mismo Señor, que dijo: *No queráis dar a nadie en la tierra el nombre de padre, ni os llaméis maestros, porque uno es vuestro Padre, que está en los cielos, y uno sólo es vuestro Maestro, Cristo.*

El médico le respondió: «Hermano, te irá bien con la gracia de Dios.» Otra vez le replicó Francisco: *Dime la verdad. ¿Qué juzgas de la enfermedad? No temas, pues por la gracia de mi Dios no soy tan pusilánime que tema a la muerte, y, con la ayuda de la gracia del Espíritu Santo, estoy tan unido con mi Dios, que lo mismo me da la vida que la muerte.* Al ver esta conformidad del Santo le dijo el médico: «Padre mío, según dictamen de nuestra ciencia, tu enfermedad manifiestamente es incurable, y tengo para mí que a fines de septiembre, o a lo más en los primeros días de octubre, morirás.»

Entonces el bienaventurado Francisco, postrado en el lecho, elevó las manos al Señor con señales de ardiente devoción, acompañada de extraordinaria alegría interior y exterior, diciendo al propio tiempo: *Venga en buena hora mi hermana muerte.*

CXXIII.—Cómo, tan pronto supo había de morir luego, hizo que le cantasen los himnos por él compuestos

Después de esto un fraile le dijo: «Padre mío, tu vida y tu manera de proceder fueron, y aun son, no sólo para tus frailes, sino también para toda la Iglesia, luz y espejo, y esto mismo será tu muerte. Y aun cuando tu muerte será para tus frailes y otras muchas personas motivo de tristeza y dolor, sin embargo, para ti se convertirá en consuelo y en gozo extraordinario, pues por ella pasarás de grandes trabajos al descanso eterno; de molestos dolores y tentaciones, al goce de una paz envidiable; de la pobreza temporal, que tanto amaste y practicaste perfectamente con gran celo, a las verdaderas riquezas que no tendrán fin, y de la muerte temporal, a la vida para siempre duradera, donde podrás contemplar cara a cara a tu Dios y Señor, a quien en este mundo amaste con todo corazón.»

Dicho esto añadió: «Padre mío, sabe de cierto que, a no ser que el Señor te enviase del cielo una medicina, tu enfermedad es absolutamente incurable y poco te resta que vivir, según te lo ha indicado el médico. Al decirte esto no he intentado otra cosa sino fortalecer tu espíritu, y para que, tanto interior como exteriormente, te alegres en el Señor, de suerte que los frailes y las demás personas que te visitan te encuentren siempre gozoso en el Señor, y para que los mismos que esto ven y cuantos después de tu muerte lo oyeren, tengan con ello un ejemplo edificante, como lo tuvieron en tu vida y en tu conducta.»

Entonces el bienaventurado Francisco, aunque molestado por las enfermedades mucho más de lo ordinario, con

este razonamiento cobró nueva y más grande alegría de espíritu, conociendo que se le acercaba la hermana muerte, y con gran fervor comenzó a alabar al Señor, diciéndole: *Luego, si le place a mi Señor que yo muera pronto, llámame a fray Angel y a fray León, para que me canten el himno de la hermana muerte.*

Llegaron estos dos frailes a presencia de Francisco, llenos de dolor y de tristeza e inundados en lágrimas los ojos, y comenzaron a cantarle el *Cántico del hermano Sol* y de las demás criaturas del Señor, que el mismo Santo había compuesto. Cuando llegaron al penúltimo verso del *Cántico*, compuso algunas otras estrofas en loor de la hermana muerte, diciendo: *Sea alabado el Señor — por nuestra hermana la muerte, — de la cual nadie se escapa — ni menos logra librarse, — y ¡ay de aquellos que mueren — manchados con culpa grave! — Dichosos, en cambio, aquellos — que acertarán a cumplir — hasta llegar a su fin — tu divina voluntad, — pues no tendrán que temer — en el pecado morir.*

CXXIV.—Cómo Francisco bendijo a la ciudad de Asís cuando era llevado a la Porciúncula para morir

Estaba cierto el seráfico Padre, tanto por ilustración divina del Espíritu Santo como por el testimonio de los médicos, de la proximidad de su muerte. Se hallaba aún en el palacio episcopal, cuando, conociendo que se iba agravando más y más y perdiendo fuerzas del cuerpo, hizo que le condujesen en una camilla a Santa María de la Porciúncula, para acabar la vida terrena en el mismo lugar donde había principiado la vida de perfección y la carrera de la santidad.

Cuando llegaron los que lo llevaban al hospital que está a la mitad del camino que conduce de Asís a la Porciúncula, dijo que pusiesen la camilla en el suelo. Y como por la enfermedad que padecía en los ojos no podía ver casi nada, rogó que lo colocasen de cara a la ciudad de Asís. Incorporándose entonces sobre la camilla, bendíjola diciendo: *Señor, de igual modo que esta ciudad fué en tiempos antiguos, según creo, lugar y morada de hombres perversos, así también ahora veo que con los copiosos auxilios de tu gracia, en el tiempo escogido por Ti, manifestaste hacia ella tu gran misericordia, y por tu sola bondad la escogiste para Ti, a fin de que fuese feliz mansión de aquellos que con toda verdad habían de conocerte y procurarían tributar gloria a tu santo nombre, dando con esto a todo el pueblo cristiano olor de buena fama, vida santa, sólida doctrina cristiana y perfección evangélica. Por tanto, Señor mío Jesucristo, Padre de las misericordias, te ruego que no te acuerdes de nuestra ingratitud, sino más bien que tengas presente los abundantes efectos de tu piedad que en ella has manifestado, para que siempre sea una ciudad donde habiten los que te reconozcan y glorifiquen tu santo nombre, bendito y alabado por todos los siglos de los siglos. Amén.*

Y dicho esto fué conducido a Santa María de los Angeles, en donde, cumplidos los cuarenta años de edad y veinte de su total entrega al servicio del Señor, esto es, el año 1226, a 4 de octubre, entregó su santa alma en las manos del Señor, a quien había amado con todo el corazón, con toda su mente, con todas sus fuerzas, con ardiente deseo y con todo su afecto; siguiendo perfectamente a Jesucristo, corriendo en pos de sus huellas y llegando por fin a la gloria de Aquel que, con el Padre y el Espíritu Santo, vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

El cordón franciscano rodea a un cisne atravesado por un dardo. (Relieve en el castillo de Blois.)

LEYENDA DE LOS TRES COMPAÑEROS

LEYENDA
DE LOS TRES COMPAÑEROS

Leyenda de San Francisco de Asís, atribuída hasta hoy a tres de sus compañeros

1. Estos son algunos escritos de tres compañeros de San Francisco sobre su vida y costumbres en el siglo; acerca de su admirable y perfecta conversión, y de la perfección, origen y fundamento de la Orden, tanto en él como en los primeros religiosos.

EPÍSTOLA

Al reverendo en Cristo padre fray Crescencio, Ministro General, por la gracia de Dios, fray León, fray Rufino y fray Angel, en otro tiempo indignos compañeros de nuestro bienaventurado Padre Francisco, con la reverencia debida y devota.

Al deber los religiosos, por mandato del último Capítulo general y por el vuestro, comunicar a vuestra Paternidad los prodigios y milagros de que puedan tener noticia referentes a nuestro muy bienaventurado Padre Francisco, nos pareció a los que hemos convivido con él por largo tiempo, aun sin merecerlo, dar a conocer a vuestra santidad, con todas las exigencias de la verdad, algunas de sus muchas acciones vistas por nosotros mismos u oídas de otros santos religiosos, singularmente de fray Felipe, Visitador de las religiosas Clarisas; de fray Iluminado de Rieti, de fray Maseo de Marignano y de fray Juan, compañero del venerable fray Gil, del cual, y también de fray Bernardo, de buena memoria, primer compañero del bienaventurado Francisco, conoció muchas de estas cosas. No nos contentaremos con la escueta narración de sus milagros, los cuales, aun cuando sean señales de la santidad, no son causa de ella, sino que aspiramos a poner de

manifiesto las cosas extraordinarias de su santa vida, y mostrar nuestra pía voluntad, para gloria de Dios y del dicho santísimo Padre, y para edificación de cuantos quieran seguir sus huellas. Sin embargo, no hemos escrito esto en forma de Leyenda, ya que de su vida y milagros han sido escritas poco ha Leyendas, sino que hemos entresacado, como de un ameno jardín, algunas flores, a nuestro juicio las más hermosas. No hemos seguido la historia paso a paso, sino que hemos dejado deliberadamente muchas cosas, ya referidas en dichas Leyendas, de modo verídico y detallado. A esas Leyendas podrá mandar añadir estas pocas cosas que hemos escrito, siempre que le pareciere justo a Vuestra discreción.

Creemos sinceramente que si los bienaventurados varones que compusieron las citadas Leyendas hubiesen conocido estas cosas no las omitieran, en modo alguno, sino que las hubieran dejado para memoria a los venideros, embellecidas con su estilo.

Vuestra santa Paternidad se conserve bueno siempre en el Señor Jesucristo; en el cual nos reiteramos humilde y devotamente de Vuestra santidad como hijos obsequiosos.

Dada en el lugar de Greccio, a 11 de agosto del año del Señor de 1246.

Prólogo a la Leyenda de nuestro bienaventurado Padre San Francisco

1. bis. Francisco nació como luz nueva refulgente, como lucero y estrella matutina y, lo que es más, como sol que inflama el mundo, lo purifica y fecunda. Como un sol iluminó, con palabra y ejemplo, la tierra, que se encontraba aterida bajo el invierno de la frialdad, de la oscuridad y de la esterilidad. La iluminó con los fulgores de la verdad y con el fuego de la caridad, y con el múltiple fruto de sus virtudes. Renovóla y embellecióla con la producción sobrenatural de las tres Ordenes, por él fundadas, de variados árboles cargados de fruto. Trajo al universo una primavera nueva.

1.—Su nacimiento, vanidad, curiosidad y prodigalidad y cómo por estas cosas llegó a ser liberal con los pobres

2. El bienaventurado y evangélico varón, Francisco, tuvo por padre a Pedro, hijo del mercader Bernardone, dado por entero a los intereses terrenales. En cambio, su madre, por

nombre Pica, fué una mujer honestísima. Dió a luz, cual otra Isabel, a este hijo de felicidad, ausente el padre, que había ido a Francia por asuntos del comercio. Le puso por nombre Juan. El mismo día del nacimiento se presentó a la puerta de la casa cierto peregrino, en apariencia de mendigo, el cual dijo a la criada de la casa, una vez que ésta le hubo entregado la limosna: «Te ruego que me presentes al niño nacido hoy, porque deseo verle.» Negóse la criada a complacerle, pero él permaneció firme en sus deseos de verle, ya que, de lo contrario, no se iría de allí. La criada se retiró indignada, dejándole solo. Oído esto por Pica, admirada, mandó a la criada que presentase su hijo al peregrino y, al hacerlo así, éste cogió con gozo y devoción al niño Francisco, como Simeón en otro tiempo al Niño Jesús, y dijo: «Dos niños han nacido hoy en esta ciudad, uno de los cuales es éste, y será de los mejores del mundo, mientras que el otro será de los peores.» En lo que este dicho se refiere a Francisco fué patente al mundo; que lo del otro haya sido verdad muchos lo han afirmado.

Al regresar su padre de Francia, gozoso por el hijo nacido, le llamó Francisco, en atención a Francia, de donde acababa de llegar.

Ya adulto, y de sutil ingenio, ejerció el oficio de su padre, es decir, el comercio, pero de muy diferente modo, pues era más alegre y liberal que el padre, y dado a los juegos y cantares. Asociado con otros semejantes, recorría la ciudad de Asís de día y de noche. Era en el gastar tan liberal, que todo cuanto podía tener y ganar lo gastaba en convites y otras cosas, hasta el punto de tener que ser reprendido de sus padres, quienes le decían que, al hacer tan grandes gastos consigo y con otros, más que hijo suyo parecía serlo de un gran príncipe. Sin embargo, como sus padres eran ricos y le amaban ternísimamente tolerábanle semejantes cosas, por no querer causarle molestia. Cuando entre los vecinos se sacaba la conversación sobre esta prodigalidad, la madre, Pica, respondía: «¿Qué os habéis creído de mi hijo? Todavía lo veréis hijo de Dios, por la gracia.»

Pero no sólo era liberal, e incluso pródigo en esto, sino que gastaba también sin miramientos en los vestidos, haciéndolos más caros de lo que era decoroso a su estado. Incluso era tan vanidoso en la curiosidad, que a veces hacía coser en un mismo vestido junto a un paño de subido precio otro de valor insignificante.

3. A pesar de todo, era por naturaleza comedido en los modales y en las palabras, y, según se lo había propuesto, a nadie decía palabra injuriosa o menos honesta; incluso. y a

pesar de ser joven divertido y alegre, habíase propuesto no responder en modo alguno a quienes le dijesen cosas torpes, por lo que su fama se divulgó en tal forma, por casi toda la comarca, que muchos de sus conocidos afirmaban que algo grande le esperaba.

Por estos escalones de virtudes naturales llegó a tal gracia que, al razonar consigo mismo, se decía: *Ya que eres generoso y cortés con los hombres, de los cuales no has de recibir más que favor transitorio y sin utilidad, justo es que lo seas con los pobres, por Dios, que es sumamente liberal en la recompensa.*

Desde entonces veía con agrado a los pobres, a quienes daba limosna en abundancia y, a pesar de ser comerciante, derrochaba los bienes temporales.

Estaba cierto día en el comercio, todo solícito en vender paños, y llegó un pobre a pedir limosna por amor de Dios, y, como se la negase, movido por el afán de riquezas y por el cuidado de la mercancía, tocado luego de la gracia divina, comenzó a recriminarse por su grosería en estos términos: *Si ese pobre te hubiera pedido algo en nombre de un gran conde o barón, sin duda le hubieras dado lo que te pedía. ¡Con cuánta más razón debiste haberlo hecho en nombre del Rey de los Reyes y Señor de todas las cosas!* Por este motivo propuso desde entonces en su corazón no negar en adelante cosa alguna que le pidieran en nombre de tan gran Señor.

II.—De cómo fué hecho prisionero en Perusa y de las dos visiones que tuvo cuando quería hacerse soldado

4. Un día, entablada la guerra entre los de Perusa y los de Asís, Francisco cayó prisionero, juntamente con otros muchos de sus conciudadanos, y llevado cautivo a Perusa, por sus nobles modales fué alojado con los caballeros cautivos. Estaban un día tristes sus compañeros de cautiverio, y él, que era alegre y festivo, no parecía estarlo, sino que incluso se bromeaba. Uno de los compañeros le reprendió como a loco, por alegrarse, prisionero. A esto respondió Francisco vivamente: *¿Qué os habéis creído de mí? Día llegará todavía en que seré adorado por todo el mundo.*

Y como uno de los soldados compañeros injuriase a otro de los prisioneros y todos los demás tratasen de abandonarle, sólo Francisco no le negó su amistad, e incluso exhortaba a los demás a que hiciesen lo mismo.

Transcurrido un año, se reanudó la paz entre las citadas ciudades, y Francisco regresó a Asís con los compañeros de prisión.

5. Pasados algunos años se armaba cierto noble de la ciudad de Asís para ir a la Apulia, con el fin de conquistar riquezas y fama. Oído por Francisco, se asoció con él en la empresa, y para ser admitido como soldado de un cierto conde llamado Gentil, dispuso los vestidos más preciosos que le fué posible, hasta superar a su conciudadano, aun cuando era inferior a él en riquezas. Entregado cierta noche en cuerpo y alma a ultimar esta empresa, y devorado por las ganas de acometer este viaje, fué visitado en sueños por el Señor, el cual le alentó y dió valor, presentándole el brillo deslumbrante de la gloria que él tanto deseaba. Aquella noche, durante el sueño, se le apareció un desconocido que le llamó por su nombre y le condujo a un palacio fastuoso y ameno, lleno de aprestos militares pendientes de los muros, tales como escudos relucientes y otras armas que forman parte del brillo de la milicia. Grandemente admirado y gozoso, reflexionó sobre la realidad de todo ello y preguntó cuyas eran armas tan refulgentes y aquel tan ameno palacio. Se le respondió que todas aquellas cosas y aquel palacio eran para él y sus soldados.

Sobremanera admirado, se levantó de mañana con ánimo gozoso de hombre mundano, que no había gustado aún el espíritu de Dios, porque era evidente que estaba llamado a reinar gloriosamente sobre todo aquello. Y como la visión presagiaba una gran prosperidad, trató de emprender el viaje a la Apulia para hacerse soldado del referido conde. Sintió un gozo tan grande y tan fuera de lo acostumbrado que, admirados muchos de ello, le preguntaban cuál era el origen de tanta alegría, a los que respondió: *Sé que llegaré a ser un gran príncipe.*

6. Esta visión había tenido el día anterior un precedente, que puede ser considerado como un pequeño motivo de la misma. Trátase de una singular muestra de cortesía y nobleza, como fué el despojarse de los elegantes y caros vestidos que acababa de hacerse y dárselos a un soldado pobre.

Cuando se disponía a poner en práctica el viaje a Apulia, al llegar a Espoleto le sobrevino una pequeña indisposición y, entregado al descanso, con la preocupación del viaje, oyó durante el sueño nocturno que alguien le llamaba y preguntaba a dónde deseaba ir. Contestó Francisco claramente y expuso por completo sus planes, y el que se le había aparecido en sueños añadió: «Quién te puede ayudar mejor. ¿El señor o el siervo? Francisco respondió: *El Señor.* Continuó: «¿Porqué, pues, abandonas al señor por el siervo?» Francisco dijo: *Señor, ¿qué es lo que deberé hacer?* Respondió: «Vuelve a tu tierra para hacer allí lo que se te dirá, porque la visión que has tenido debes interpretarla de modo diferente.»

Una vez despierto, comenzó Francisco a pensar seriamente sobre esta visión. Y así como en la primera el gozo intenso le había enajenado y sacado de sí, ganoso de prosperidad temporal, en ésta se recogió de tal modo en su interior, al admirar y considerar atentamente su contenido, que ya no pudo dormir más todo el resto de la noche. Amanecía cuando regresaba apresuradamente hacia Asís, alegre y gozoso en extremo, en espera de que Dios le manifestase su voluntad, como se lo había indicado, y le diese consejo referente a la salvación de su alma.

III.—Cómo el Señor llenó su corazón con admirable dulzura de virtud, y comenzó a progresar en perfección por el desprecio de sí y de todas las vanidades; por la oración, la limosna y el amor a la pobreza

7. Poco después de su regreso a Asís, elegido, cierto día, por sus compañeros como jefe y señor para que pudiese hacer gastos a su antojo, mandó preparar un opíparo banquete, como otras muchas veces había hecho. Una vez terminado, salieron de la casa, precedido Francisco de sus compañeros, que iban cantando por la ciudad. A fuer de señor, caminaba Francisco detrás, con un bastón en la mano, pero no cantaba, sino que escuchaba atentamente. De pronto se sintió visitado del Señor, y su corazón se llenó de tal dulzura, que no podía hablar ni moverse del lugar, ni oír ni sentir otra cosa sino aquella dulzura, la cual, en tal forma le había enajenado los sentidos corporales que, según después confesó, hubiéranle descuartizado y no fuera de por sí capaz de moverse de aquel lugar. Cuando sus compañeros volvieron la vista atrás, y le vieron tan enajenado, vueltos a él le contemplaron admirados, como transformado en otro varón.

Le preguntaron: «¿En qué estabas pensando para no venir con nosotros? ¿Piensas, por ventura, casarte?», insisten bromeando.

Con voz firme les respondió: *En realidad que estáis ahora en lo cierto, pues he determinado tomar por esposa a la más noble, rica y hermosa mujer que jamás habéis visto.*

Echáronse a reír, y le decían que estaba loco, y no sabía lo que hablaba, a pesar de que lo había dicho por inspiración de Dios, ya que la citada esposa con quien se casó fué la verdadera religión, la más noble, rica y hermosa de todas, por la pobreza.

8. Desde aquel momento comenzó a despreciarse y a menospreciar también, hasta cierto punto, lo que anteriormente

había amado, y si no lo hacía totalmente era porque aún no se había divorciado por completo de las vanidades del mundo.

Hurtábase un poco al tumulto del siglo y procuraba esconder a Jesucristo en su interior, y muchas veces ocultó a los ojos de los burlones la margarita que anhelaba comprar a costa de todos sus bienes.

Entregábase muchas veces diariamente, a la oración secreta, atraído por una dulzura grata al corazón, que le visitaba con frecuencia, y le arrancaba de las plazas, y a veces de otros lugares públicos, obligándole a retirarse a orar.

Aun cuando ya de tiempo atrás era bienhechor de los pobres, con todo desde aquel momento propuso en su corazón con mayor firmeza no negar jamás limosna a ningún pobre que se la pidiese por Dios, sino dársela más generosa y abundantemente que de costumbre. Siempre que un pobre le pedía fuera de casa, dábale de su dinero, a serle posible, y, si no lo tenía, dábale el gorro o la correa, para no despedir a ningún pobre con las manos vacías. En caso de no tener ni estas cosas, retirábase a cualquier lugar secreto y allí se despojaba de la camisa y avisaba luego al pobre para que, por Dios, la cogiese secretamente. Era singularmente generoso en comprar cosas atinentes al adorno del templo, para enviarlas en secreto a los sacerdotes pobres.

9. Cuando su padre estaba ausente, llenaba la mesa de panes, a la hora de comer y de cenar, como si preparase comida para toda la familia, y eso aun cuando los únicos comensales fuesen él y su madre. Y un día que ésta le preguntó cuál era la razón de poner tantos panes en la mesa, respondióle que quería disponerse a hacer limosna, ya que se había propuesto darla a todos los pobres que se la pidiesen por amor de Dios. La madre tenía especial preferencia por Francisco, sobre todos los demás hijos, y por eso le toleraba estas cosas. Pensaba lo que le había visto hacer y admirábase muy mucho de ello en su corazón.

Y así como antes la compañía de los amigos de tal modo arrastraba a Francisco, que muchas veces, al ser llamado por ellos, se levantaba de la mesa a medio comer y dejaba a sus padres afligidos y doloridos por su brusca salida, para gozar de la tertulia de los camaradas, de igual modo tenía ahora su corazón atento a ver y oír a los pobres, para darles limosna, por Dios.

10. Vestía aún hábito secular cuando la gracia divina le transformó de tal manera, que tenía frecuentes deseos de trasladarse a una ciudad donde, desconocido de todos, y despojado de sus vestidos, trocados por los de algún pobre, probar el pedir limosna por amor de Dios. Pocos días más tarde fué

en peregrinación a Roma, y al entrar en la iglesia de San Pedro, y considerar lo módico de las limosnas de algunos, díjose: *Si debe el Príncipe de los Apóstoles ser honrado con magnificencia, ¿porqué éstos hacen ofrendas insignificantes en la iglesia donde reposa su cuerpo?* Y en el acto metió su mano en la bolsa, con gran fervor, la sacó repleta de monedas y las arrojó sobre el altar, a través de una ventana. Los fieles asistentes, sorprendidos por el tintineo de las monedas, quedaron admirados de tan magnífica ofrenda. Francisco salió después a las puertas de la iglesia y vió en la escalinata a muchos pobres que pedían limosna a los que entraban y salían. Secretamente conviene con un pobre un trueque de vestidos, y en las mismas gradas, unido a los demás pobres, pide limosna, en francés, lengua por la que sentía predilección, aun cuando no la dominase. Despójase luego de los harapos del pobre, viste su propio traje, vuelve a Asís, y pide a Dios devotamente que le dirija en su camino.

A nadie manifestaba su secreto, ni obraba en esto por consejo que no fuera el de Dios, que comenzara ya a guiarle, y a veces también con el del obispo de Asís. Y ello porque en aquel tiempo nadie conocía la auténtica pobreza, que él amaba sobre todas las cosas de este mundo presente, con voluntad de vivir y morir en ella.

IV.—Cómo, por los leprosos, comenzó a vencerse y a sentir dulzura en aquellas cosas que antes le eran amargas

11. Cierto día estaba en oración y le respondió el Señor: «Francisco, es necesario que desprecies y odies todas las cosas que amaste con amor carnal y deseaste poseer, si quieres conocer mi voluntad. Una vez que comiences a poner esto en práctica te será insoportable y amargo lo que antes te parecía dulce y suave, y, en cambio, encontrarás gran dulzura y suavidad inefable en aquellas cosas que antes aborrecías.»

Gozoso Francisco por ello, y confortado en el Señor, caminaba un día a caballo por las cercanía de Asís cuando encontró un leproso y, a pesar del gran horror que siempre les había tenido, bajó del caballo y, con gran fuerza de voluntad, le entregó una moneda, al mismo tiempo que le besaba las manos y le daba ósculo de paz. Montó nuevamente a caballo y continuó el camino. Desde entonces comenzó a despreciarse más y más, hasta llegar, por la misericordia de Dios, a una completa victoria de sí mismo.

Pocos días después fué al hospital de los leprosos, con una

considerable cantidad de dinero, y, reunidos todos los leprosos presentes, dió a cada uno limosna besando sus manos. Al apartarse de ellos se le trocó en dulzura, no sólo el verlos, sino incluso el tocarlos, cosa que antes le había sido verdaderamente amarga; tan amarga, que no solamente horrorizaba su vista, sino que rehuía acercarse al lugar donde moraban, y, si por casualidad acertaba a pasar por tales sitios, movido de piedad les enviaba limosna por otra persona, pero volvía el rostro y se tapaba las narices con las manos.

Confortado por la gracia de Dios, sucedió como se le había anunciado, que llegaría a querer las cosas que antes le causaban horror, y a odiar las que indebidamente había amado, y así de tal modo se hizo amigo de los leprosos que según el mismo refiere en su Testamento, vivía entre ellos y les servía con misericordia.

12. Transformado y mejorado después de la visita a los leprosos, tomó consigo a un asisiense, muy amigo suyo, y lo condujo a un lugar retirado, asegurándole que había descubierto un tesoro grande y precioso. Repleto de gozo aquel hombre, se prestaba gustosamente a acompañarle siempre que le llamaba, e iban ambos frecuentemente a una gruta cercana a la ciudad de Asís, en la cual entraba Francisco solamente y dejaba fuera a su compañero, codicioso del tesoro. Bañado allí de un nuevo y singular espíritu, oraba escondido al Padre, deseoso de que el único testigo de lo que hacía allá dentro fuese Dios, a quien consultaba frecuentemente sobre el modo de poseer el tesoro celestial.

Considera esto el enemigo del género humano y se esfuerza en retraerle del bien comenzado, infundiéndole miedo y horror. Es el caso que había en la ciudad de Asís una mujer horrorosamente deformada por una joroba, y el demonio se le aparecía muchas veces al varón de Dios presentándosela a la memoria, amenazándole con librar a la mujer de aquella deformidad y cargársela a él, si no abandonaba el santo propósito. Pero el nuevo soldado de Cristo, menospreciando valerosamente las amenazas del diablo, oraba devotamente al eterno Dios en el interior de la gruta, para que guiase sus pasos. Al mismo tiempo lo sufría todo con gran entereza de ánimo, rehusando el descanso, hasta no coronar con la obra lo que había concebido en el corazón.

Más atroz que esto era el desasosiego que le producía la impertinencia de los diversos pensamientos, que se sucedían unos a otros.

En su interior sentía los ardores del fuego divino, capaz de ocultar externamente el que inflamaba su alma. Dolíase de haber pecado gravemente, y ya no sentía agrado en los

males pasados ni en los presentes, pero en cambio se sentía apesarado por no tener aún la firme esperanza de verse libre de los futuros. Cuando, al fin, salía de la gruta y volvía a su compañero, de tal modo venía agotado por el esfuerzo, que parecía al salir otro distinto de cuando había entrado.

V.—Primera habla del Crucifijo a Francisco y de cómo llevó en el corazón, desde entonces hasta su muerte, la pasión de Cristo

13. Invocaba cierto día, con más fervor la misericordia de Dios y dióle a conocer el Señor cómo muy pronto le manifestaría lo que le convendría hacer. Desde entonces quedó tan lleno de gozo que, sin caber en sí de alegría, aun contra su voluntad, dejaba traslucir algo en presencia de los hombres. Sin embargo, lo expresaba de una manera enigmática al decir que no quería ir a la Apulia, sino que los hechos nobles y portentosos los realizaría en su propia tierra.

Cuando sus compañeros le vieron tan cambiado y tan distanciado de ellos en el espíritu, aun cuando corporalmente les acompañase a veces, preguntáronle como bromeándose: «Francisco, pero, ¿es cierto, o no, que andas para tomar mujer?» Francisco les respondió con el enigma de una novia: *Me casaré con una mujer noble, rica y hermosa como nunca la habéis visto.*

Algunos días después le fué dicho en espíritu, mientras paseaba junto a la iglesia de San Damián, que entrase en ella, para orar. Entró, pues, y comenzó a rezar al Señor devotamente ante la imagen de un Crucifijo, que le habló, piadosa y benignamente, diciéndole: «Francisco, ¿no ves que esta mi casa se derrumba? Ánda, pues, y repáramela.»

Tembloroso y estupefacto contestó: *Señor, con gusto lo haré.* Pero entendió las palabras que le dijeron como referidas a aquella iglesia, antigua y ruinosa por el desgaste del tiempo.

Aun trocada su mente, aquella visión y coloquio le infundió tan gran temor y gozo, que su corazón le decía que fuera verdaderamente el Señor crucificado el que le había hablado. Salió de la iglesia y encontró al sacerdote de la misma sentado. allí, al lado. Metió la mano en la bolsa y ofrecióle cierta cantidad de dinero, diciéndole: *Ruégote, señor, que compres aceite y tengas de continuo encendida una lámpara ante aquel Crucifijo; y, cuando acabares el dinero, te daré nuevamente lo que fuese necesario.*

14. Desde aquel momento quedó su corazón en tal forma herido y derretido con la memoria de la Pasión del Señor, que durante el resto de su vida llevó en él las llagas de Jesucristo, como después lo puso de manifiesto la renovación milagrosa de las mismas en su cuerpo, cosa plenamente demostrada. Además, desde entonces afligió con tal maceración su carne durante la vida, que llegó a ser demasiado riguroso consigo mismo, no sólo cuando estaba sano (fué siempre débil de cuerpo) sino incluso estando enfermo. Nunca, o rara vez, supo su cuerpo lo que era indulgencia y por eso, próximo a la muerte confesó lo mucho que había pecado contra su hermano cuerpo.

15. Invitado a comer con seglares, si se le ofrecía alguna vianda de su agrado, apenas la gustaba, alegando alguna excusa para no dar la impresión de que la dejaba por abstinencia. Cuando comía con los frailes mezclaba ceniza con los alimentos, y decía a los frailes, para disimular su abstinencia, que la hermana ceniza era casta (manantial de castidad). Sentado, en cierta ocasión, a comer, díjole un fraile que la bienaventurada Virgen había sido tan pobrecilla, que no tenía nada que dar a su Hijo y Señor Nuestro a la hora de comer. No bien oyó esto el varón de Dios suspira con gran dolor, deja la mesa y come el pan sobre la tierra desnuda. Acontecía con frecuencia que, al poco rato de sentado a la mesa, quedaba suspenso en la meditación de las cosas celestiales, sin acordarse ya más de comer ni beber. Y lo curioso en tales casos era que no quería se le dijese nada, para no ser interrumpido, y emitía profundos suspiros que le salían de lo más hondo del corazón. Además, decía a los religiosos que alabasen a Dios y rogasen por él, siempre que le oyesen suspirar de aquel modo.

Hemos dicho de paso estas cosas, referentes a su llanto y abstinencia, para poner de manifiesto cómo él, después de la citada visión y coloquio del Crucifijo, estuvo hasta la muerte identificado en todo momento con la Pasión de Cristo.

VI.—Cómo, al principio, huyó de las persecuciones del padre y de los familiares, viviendo con un sacerdote en San Damián

16. La referida visión y coloquio del Crucfiijo le llenó de gozo. Después se levantó, fortalecido con la señal de la cruz, y montando a caballo, con la carga de géneros de diversos colores, destinados a la venta, fué a la ciudad de Foligno, donde los vendió todos e incluso. como mercader afortunado. vendió también su caballo.

De regreso a la iglesia de San Damián, encontró allí un sacerdote pobre, al que besó con gran fe las manos, entregó el dinero y refirió claramente su propósito. Admirado el sacerdote de la rápida mutación de las cosas, no quería dar crédito a lo que veían sus ojos, ni tampoco quiso admitir el dinero que se le ofrecía, recelando se tratase de hacerle una burla, porque había visto a Francisco como quien dice el día anterior vivir alegre y amigablemente con sus parientes y conocidos. A pesar de todo, impertérrito Francisco en sus propósitos, rogaba encarecidamente al sacerdote que, por Dios, le permitiese vivir en su compañía. Condescendió, por fin, el sacerdote en tenerle como huésped, pero no quiso admitirle el dinero, por temor a los parientes. Como un auténtico despreciador del dinero, Francisco lo arrojó en un cepillo, despreciándolo como polvo.

Como se demorase en el citado lugar, su padre buscóle por todas partes, como diligente explorador, deseando saber qué le habría pasado a su hijo. Cuando supo que vivía de este modo en aquel lugar, fué allá apresuradamente, en unión de amigos y vecinos. Pero Francisco, como era atleta de Cristo todavía nuevo, al enterarse de las amenazas de los perseguidores, y presintiendo su llegada, quiso dar tiempo a que se aplacase la ira del padre, ocultándose en una cueva desconocida, que él mismo para esto había buscado, en la que permaneció oculto por espacio de un mes entero sin salir apenas, ni aun forzado por las necesidades humanas. Esta cueva era solamente conocida por uno de su casa, y en ella recibía ocultamente todo cuanto le llevaban, y a escondidas comía los alimentos que le traían.

Oraba de continuo, bañado en un torrente de lágrimas, para que Dios le librase de la cruel persecución y diese cumplimiento, con favor benigno, a sus piadosos votos.

17. Mientras oraba en esta forma al Señor, con ayuno y llanto, desconfiando de su propia industria, ponía su esperanza en Dios, que le llenaba de inefable alegría en medio de aquellas tinieblas. Animado por ella, abandonó la cueva y se expuso a los improperios de los citados perseguidores. Solícito, presuroso y alegre, fué hacia Asís, abrasado por el fuego divino y acusándose de perezoso y tímido. Cuando le vieron los que le habían conocido en los primeros tiempos, y compararon, se burlaban de él sin piedad, le motejaban de mentecato y loco, y arrojaban sobre él piedras y lodo de las plazas. Mirándole, en relación con lo que había sido, al verlo ahora, mudado y consumido el cuerpo por las maceraciones, atribuían a debilidad y locura todo cuanto hacía. Pero el siervo de Dios mostrábase sordo a todas estas cosas, y, sobreponiéndose con firmeza de ánimo a las injurias, daba gracias a Dios.

Cuando el padre oyó el nombre del hijo, y que los ciudadanos le colmaban de afrentas, se levantó al punto, no para librarle, sino con ánimo de terminar con él. Sin guardar moderación alguna, corrió como un lobo hacia la oveja, y, mirándole con torvo y fiero rostro, le echó las manos sin piedad, y le llevó a su casa, donde le tuvo recluído por varios días en un lugar tenebroso, esforzándose con amenazas, azotes y cadenas en doblegar su ánimo hacia las vanidades del mundo.

18. Sin embargo, Francisco hácese con esto más resuelto y más valiente para seguir su santo propósito, sin perder la paciencia, a pesar de las amenazas y del cansancio producido por las cadenas. La madre no aprobaba la conducta del esposo. Cuando éste marchó de viaje, obligado por asuntos de familia, ella habló al hijo con palabras de cariño, y, en vista de que no podía retraerlo de su santo propósito, conmovidas sus entrañas, rompió las cadenas y le dejó marchar, libre. Francisco, dando gracias a Dios todopoderoso, regresó al lugar donde había estado anteriormente, usando de mayor libertad, probado ya por las tentaciones. Mientras tanto regresó su padre, y al no encontrarle, amontonando pecados a pecados, dirigió sus injurias contra su esposa.

19. Corrió presuroso al Palacio municipal querellándose de su hijo ante los cónsules de la ciudad, para que le forzasen a devolverle el dinero que había sacado de casa. Al verle tan airado los cónsules, llamaron a Francisco, a voz de pregonero, para que compareciese ante ellos. Respondió él que desde el momento en que era libre, por la gracia de Dios, y siervo del Altísimo no estaba sujeto al poder de los cónsules. No quisieron éstos forzarle, y dijeron al padre: «Desde el momento en que se consagró al servicio de Cristo, quedó exento de nuestra jurisdicción.»

Al ver el padre que nada podía conseguir ante los cónsules, propuso esta misma querella ante el obispo de la ciudad. Este, discreto y sabio, llamó a Francisco en debida forma, a fin de que compareciese a responder de las querellas del padre, y, en contestación a esta cita, dijo: *Iré ante el señor Obispo porque es el padre y señor de las almas.* Vino, pues, al Obispo, que le acogió con grande alegría. Díjole: «Tu padre está escandalizado e irritado contra ti. Por lo tanto, si deseas servir a Dios, devuélvele el dinero que tienes, el cual, no siendo, tal vez, producto de cosas justamente adquiridas, no quiere el Señor que lo gastes en obras de la Iglesia, en atención a la voluntad de tu padre, cuyo furor se aplacará

luego que lo reciba. Ten confianza en Dios, hijo, y obra varonilmente y sin temor alguno porque El será tu ayuda y te dará abundantemente lo necesario para las obras de su iglesia.»

20. Levantóse el varón de Dios, alegre y confortado por las palabras del Obispo, y, puesto en su presencia el dinero, dijo: *Señor, quiero con ánimo alegre devolverle no sólo el dinero que tengo como producto de sus cosas, sino también los vestidos.* Y, entrando en la cámara del Obispo, se despojó de ellos, puso enscima el dinero, salió afuera desnudo y dijo, en presencia del padre y de todos cuantos allí estaban: *Hasta ahora llamé padre mío a Pedro Bernardón, pero ya que me he propuesto servir a Dios, le devuelvo el dinero, causa de su irritación y, además todos los vestidos que he comprado con su dinero, porque quiero desde este momento decir: Padre Nuestro, que estás en los cielos y no: Padre Pedro Bernardón.*

Pudo entonces comprobarse cómo el varón de Dios tenía cilicio bajo los vestidos de grana y a raíz de la carne.

Encendido su padre por el dolor y por la ira, levantóse y cogió el dinero y todos los vestidos. Mientras regresaba con ellos a su casa los que habían estado presentes a este espectáculo se indignaron contra él porque no dejaba a su hijo ningún vestido. En cambio, movidos de piedad hacia Francisco, comenzaron a llorar copiosamente.

Consideró el Obispo con maduro examen el ánimo del varón de Dios, y admirado de su fervor y constancia, le cogió al momento entre sus brazos y cubrióle con su propio manto episcopal. Porque vió claramente que sus hechos nacían de consejo divino y conoció que encerraban misterio las cosas que había presenciado, y así se declaró para en adelante protector de Francisco, a quien animó y abrazó con entrañas de caridad.

VII.—Su gran trabajo y fatiga en la reparación de la iglesia de San Damián. Cómo empezó a vencerse pidiendo limosna

21. Desnudo, dejadas las cosas del mundo, entregóse el siervo de Dios, Francisco, a la divina justicia y, despreciando la propia vida, se consagró totalmente al servicio de Dios. Regresa, lleno de gozo a la iglesia de San Damián. se hace un hábito de ermitaño y anima al sacerdote de aquella iglesia con las mismas palabras con que el Obispo le había confortado a él. Cuando iba a la ciudad alababa a Dios por las calles y plazas y, terminada su alabanza, dedicábase a pedir piedras para la reparación de la citada iglesia, diciendo: *Quien me diere una piedra, tendrá un premio; quien me diera dos, dos premios tendrá; y el que me diere tres, tendrá otros tantos premios.*

En los fervores del espíritu hablaba todavía palabras más sencillas porque, habiéndole escogido Dios, simple e iletrado, se comportaba en todas las cosas sencillamente, y no hablaba con doctas palabras de humana sabiduría. Muchos le menospreciaban creyéndole loco, en cambio otros muchos lloraban movidos de piedad, viéndole repentinamente convertido de tanta liviandad y vanidad mundanas, por obra del amor divino. El, sin preocuparse lo más mínimo de los burlones, daba gracias a Dios con fervoroso espíritu.

Sería cosa larga referir lo que trabajó en la obra antes citada. El mismo, que tan delicado había sido en el siglo, transportaba las piedras en sus hombros, afligiéndose de muy diversas maneras por servir a Dios.

22. Considerando el citado sacerdote el trabajo de Francisco, y la entrega tan fervorosa al servicio de Dios, más allá de sus fuerzas, movido a piedad con él procuraba que, dentro de su pobreza, se le hiciese de comer algo especial, pues no desconocía lo delicadamente que había vivido en el siglo. Según más tarde confesó el mismo varón de Dios, usaba de ordinario alimentos bien condimentados, rehusando los que no eran tales.

Fijóse cierto día en la atención del sacerdote, y díjose a sí mismo: *¿Encontrarás este sacerdote donde quiera que vayas, para que te sirva con tanta humanidad? No es esta vida propia del hombre pobre, que quisiste tomar por modelo. Tu vida debe ser voluntariamente como la del pobre que, forzado de la necesidad, va de puerta en puerta llevando en sus manos una escudilla, donde mezcla los distintos manjares. Esto debes hacerlo por Aquél que, nacido pobre, vivió en el mundo, pobre, y se quedó en el patíbulo, desnudo y pobre.*

En consecuencia, levantóse cierto día con gran fervor y entró en la ciudad con una escudilla en la mano para pedir limosna, como lo había dicho del pobre. La mezcla que en la escudilla hizo de los diversos manjares causó admiración en muchos, que conocían lo muy delicadamente que había vivido, al verle entregado a tal desprecio de sí mismo. La impresión que instintivamente sintió cuando se propuso comer la bazofia que llevaba en el plato fué de profundo asco, porque no sólo no estaba acostumbrado a comer tales mezclas, pero ni siquiera a verlas. Sin embargo. se venció y comenzó al fin a comer, pareciéndole que jamás

habían sido tan de su gusto los manjares regalados del siglo. Prodújole esto tal alegría en el corazón, que su carne, aun cuando débil y enferma, quedó fortalecida para tolerar por Dios cualquier cosa áspera y amarga. Dió gracias inmensas a Dios por haberle convertido en dulce lo amargo, y porque le había confortado de muchas maneras. Dijo al referido sacerdote que a partir de aquel día se abstuviese de mandar hacer para él comida alguna.

23. Viéndole su padre en tanta vileza y desprecio, apoderóse de él intenso dolor y, porque le había amado mucho, maldecíale dondequiera que le encontraba, y hasta se dolía y sentíase avergonzado de la apariencia casi cadavérica que ofrecía el cuerpo de su hijo, por la extrema penitencia y mortificación. El varón de Dios, ante las maldiciones paternas, tomó por padre suyo cierto hombre, pobrecillo y despreciado, y díjole: *Ven conmigo y te daré de las limosnas que me dieren. Y cuando oyeres que mi padre me maldice, y yo te dijere: bendíceme padre, me bendecirás y harás sobre mí la señal de la cruz, en vez de él.*

Cuando este pobre le daba la bendición decía el varón de Dios a su padre: *¿No cree que Dios puede darme un padre que me bendiga, contra tu maldición?*

De hecho, muchos de sus mofadores, al ver cómo soportaba pacientemente las afrentas, se convirtieron en admiradores suyos.

Estaba entregado cierta mañana de invierno a la oración, cubierto con pobres vestidos, cuando acertó a pasar junto a él un hermano carnal suyo, que le dijo irónicamente a un convecino: «Dile a Francisco que al menos te venda una gota de sudor.» Oído esto por el varón de Dios, lleno de un gozo intenso, respondió en francés y con energía de espíritu: *Yo se lo venderé a mi Dios, y a muy buen precio.*

24. Trabajaba en la obra citada, y quería que las lamparillas de la iglesia estuviesen de continuo encendidas. Por ello iba por la ciudad pidiendo aceite. Y sucedió que al llegar a una casa, donde vió a los hombres, que estaban jugando, vencido por la vergüenza, se retiró sin pedir limosna. Al recapacitar sobre su conducta, se argüía de haber faltado. Retornó presuroso al lugar del juego, y confesó a todos los presentes la culpa de haberse avergonzado de pedir ante ellos limosna. Y entrando en la citada casa con fervoroso espíritu pidió, en francés y por amor de Dios, aceite para alimentar la lámpara de la iglesia de San Damián.

Como continuase el trabajo en la obra, juntamente con otros, llamaba a voces, en francés, con gozo y grande alegría, a quienes pasaban por las cercanías de la iglesia diciéndoles: *Venid y prestadme ayuda en la construcción del monasterio de San Damián, en el que morarán, con el tiempo, damas siervas de Cristo, con cuya fama y obras será glorificado Nuestro Padre Celestial.*

En esto manifestó cómo estaba lleno del espíritu de profecía, ya que predijo cosas futuras. En aquel lugar dió feliz principio el bienaventurado varón Francisco, hacia fines del sexto año de su conversión, a la gloriosa Religión y excelentísima Orden de las vírgenes santas, las Damas Pobres, cuya admirable vida y Orden fué confirmada, al tiempo de su fundación, por la autoridad apostólica del Señor Papa, de buena memoria, Gregorio IX, Obispo de Ostia.

VIII.—Cómo, oídos y entendidos los consejos de Cristo en el Evangelio, cambió al momento el hábito exterior y vistió interior y exteriormente un nuevo hábito de perfección

25. Al terminar el bienaventurado Francisco la iglesia de San Damián comenzó a usar el hábito de ermitaño, ceñido con una correa. Caminaba con los pies calzados y con un báculo en la mano. Oyendo cierto día, durante la misa solemne, lo que dice Cristo en el Evangelio a los discípulos enviados a predicar, a saber, que no llevasen ni oro ni plata para el camino, ni mochila, ni bastón, ni pan, ni calzado, y que no tuviesen dos túnicas, después de haber comprendido más perfectamente estas cosas de labios del sacerdote, lleno de inefable gozo, exclamó: *Esto es cuanto deseo poner en práctica con todas mis fuerzas.*

Confiando a la memoria todo cuanto había oído, se esforzó alegremente en llevarlo a la práctica y, despojándose al momento de lo que poseía por duplicado, no quiso desde aquel instante usar nunca báculo, ni calzado, ni saco, ni alforja. Hízose una túnica, muy despreciable y grosera, que ciñó con una cuerda, en vez de la correa, que dejó de usar. Puesto todo el interés del corazón en cómo debía el oyente de las palabras de la nueva gracia llevar a cabo las cosas anheladas, comenzó, por inspiración divina, a pregonar la perfección evangélica y a predicar en público, con sencillez, la penitencia. No eran sus palabras vanas, ni merecedoras de risa, sino llenas de la virtud del Espíritu Santo, las cuales de tal modo penetraban en lo más hondo del corazón, que llegaban a producir en los oyentes vehemente estupor.

26. Como él aseguraba más tarde, el Señor le reveló este saludo: *El Señor te dé la paz.* En el exordio de todos sus sermones, siempre que predicaba, hacía la salutación al pueblo, anunciándole la paz. Ciertamente es admirable, y no admisible sin un milagro, que para anunciar esta salutación hubiese tenido antes de su conversión un precursor, el cual saludaba con frecuencia a los hombres de Asís en esta forma: *¡Paz y bien, paz y bien!* Por eso puede creerse firmemente que, a la manera como Juan anunció a Cristo, y cesó de predicar al comenzar Cristo a hacerlo, aquel hombre precedió al bienaventurado Francisco y no volvió a aparecer más después de la conversión del Santo.

Lleno del espíritu de profecía comenzó el varón de Dios, Francisco, después de dicho pregonero, a anunciar proféticamente la paz. Predicaba la salud, y con sus consejos saludables logró reunir bajo el signo de la paz verdadera a muchos que antes habían estado separados de Cristo y alejados de la salud.

27. Conocida de muchos la verdad de la doctrina del bienaventurado Francisco y la sencillez de su vida, después de pasados dos años de su conversión comenzaron algunos varones a sentirse, con su ejemplo, animados a penitencia y a unirse a él en hábito y en vida, dadas de mano todas las cosas. Fué el primero de ellos fray Bernardo, de santa memoria, el cual, considerando la constancia y el fervor del bienaventurado Padre en el servicio divino, y el mucho trabajo en reparar las iglesias derruídas, y su vida dura, sabiendo que en el mundo había vivido regaladamente, propuso en su corazón dar a los pobres todo cuanto tenía, según Dios se lo diese a entender, y unirse a él perpetuamente. Para ello presentóse cierto día secretamente al varón de Dios, a quien manifestó su propósito, y ambos quedaron concertados en que el Santo iría, entrada la noche, a buscarle. El bienaventurado Francisco dió gracias a Dios, pues aún no tenía ningún compañero, y se alegró mucho, porque fray Bernardo era un hombre ejemplar.

28. Llegada la noche convenida, acudió Francisco con gozo a casa de Bernardo y con él estuvo toda la vigilia. Preguntóle Bernardo cuál sería el mejor empleo que uno podía dar a los bienes recibidos del Señor, pocos o muchos, en el caso de querer deshacerse de ellos después de haberlos poseído durante muchos años. Respondióle el bienaventurado Francisco que tales cosas se las debía devolver al señor de quien las había recibido. Y fray Bernardo: «Hermano, yo quiero dar todas mis cosas por amor de Dios, que me las dió, como a ti mejor te pareciere convenir». Contestó el Santo: *Muy de mañana iremos a la iglesia y allí conoceremos, por el libro de los Evangelios, la forma que el Señor enseñó a sus discípulos.*

Levantáronse muy de mañana, y en compañía de otro, llamado Pedro, que deseaba igualmente hacerse fraile, fueron a la iglesia de San Nicolás, próxima a la plaza de la ciudad de Asís. Entraron en ella para orar y, no sabiendo buscar las palabras del Evangelio sobre la renuncia del mundo, porque eran sencillos, rogaron devotamente al Señor que en la primera apertura del libro les manifestase su voluntad.

29. Terminada la oración, cogió el bienaventurado Francisco el libro cerrado, y, puesto de rodillas, ante el altar, lo abrió, saliendo la primera vez aquel consejo del Señor: *Si quieres ser perfecto, anda, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres, y ven y sígueme, y tendrás un tesoro en el cielo.* Este hallazgo causó intensa alegría al bienaventurado Francisco, que dió gracias a Dios. Como sumamente devoto de la Santísima Trinidad, quiso cerciorarse con un triple testimonio. Para ello abrió segunda y tercera vez el libro, y encontró en la segunda: *Nada llevéis para el camino,* etc., y en la tercera: *El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo.*

El bienaventurado Francisco en cada una de las veces que abrió el libro dió gracias a Dios por la confirmación de su propósito y deseo recientemente concebido. A vista del triple testimonio, dijo a los varones ya citados, Bernardo y Pedro: *Hermanos, esta es nuestra vida y regla y la de todos cuantos quisieren unirse a nuestra hermandad. Id, pues, y obrad como lo habéis oído.*

Marchó, pues fray Bernardo y vendió todo lo que tenía y, porque era rico, hizo mucho dinero. Todo lo distribuyó entre los pobres de la ciudad. Por su parte, fray Pedro cumplió igualmente, según sus posibilidades, el divino consejo.

Distribuídas ya todas las cosas, tomaron ambos el hábito, que poco antes había adoptado el Santo, después de haber dejado el de ermitaño.

Desde aquel momento vivieron en compañía de Francisco, según la forma del santo Evangelio, que Dios les había manifestado. Por eso dijo en su Testamento el bienaventurado Francisco: *El mismo Dios me reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio.*

IX.—Cómo fué llamado fray Silvestre, y visión que tuvo antes del ingreso en la Orden

30. Mientras fray Bernardo distribuía, según se ha dicho, sus bienes a los pobres, estaba presente el bienaventurado Francisco. Acertó a llegar entonces un sacerdote, llamado Silvestre, a quien el bienaventurado Francisco había comprado piedras para la construcción de la iglesia de San Damián, cuando vivía aún sin compañeros religiosos. Al ver cómo, por consejo del varón de Dios, se distribuían tantas riquezas, inflamado por el fuego de la codicia, díjole: «Francisco, recuerda que no me has pagado aún, cual debías, las piedras que me compraste.» El Santo, que había arrojado de sí toda avaricia y codicia, al oír cómo se le censuraba injustamente, acercóse a fray Bernardo y, metiendo la mano con gran fervor de espíritu en la bolsa donde aquél tenía dinero, la sacó repleta de monedas y se las dió al sacerdote murmurador. Después de haber hecho por segunda vez lo mismo díjole: *¿Está bien completo el pago, señor sacerdote?* Respondió: *Completo está,* y alegre se volvió con el dinero recibido.

31. Bajo la inspiración de Dios, comenzó algunos días después a recapacitar este sacerdote sobre lo que había hecho el bienaventurado Francisco. Se decía: «¿No soy yo por ventura un miserable, que en mi vejez me desvivo por las cosas temporales, y las busco, mientras este joven las desprecia y aborrece, por amor de Dios?» A la noche siguiente vió en sueños una cruz inmensa, cuya cima tocaba los cielos, cuyo pie se apoyaba en la boca del bienaventurado Francisco, y cuyos brazos se extendían de una a otra parte del mundo. Al despertar del sueño creyó este sacerdote que el bienaventurado Francisco era un amigo de Dios y que la religión por él fundada se dilataría por todo el mundo. Por eso comenzó a ser temeroso de Dios y a hacer penitencia en su propia casa. Después, pasado algún tiempo, ingresó en la Orden de los frailes, donde acabó gloriosamente coronando una vida santa.

32. Como no tuviese el varón de Dios morada donde vivir con los dos frailes que se le habían unido, según queda dicho, se trasladó con ellos a una iglesia pobrecilla y abandonada, conocida por Santa María de la Porciúncula. y en ella construyeron una pequeña vivienda para morar juntos por temporadas.

Pasados algunos días vino a ellos otro varón de Asís, llamado Gil pidiendo de rodillas al varón de Dios, con gran

reverencia y devoción, que le recibiese en su compañía. Conoció el Santo que el postulante era fidelísimo devoto y que podía conseguir de Dios mucha gracia, como vinieron a demostrarlo los hechos posteriores, y le recibió de muy buen grado.

Reunidos así los cuatro con inmensa alegría y gozo espiritual, se separaron para mayor aprovechamiento, en esta forma:

33. El bienaventurado Francisco iría, con fray Gil, a la Marca de Ancona y los otros dos quedarían en aquella región. Era no pequeña la alegría que sentían en el Señor cuando iban camino de la Marca, y el santo varón, en voz alta y en francés, cantaba las laudes y bendecía al Señor entusiásticamente. Dijo el Santo a fray Gil: *Nuestra Religión es semejante a un pescador que arroja las redes al agua y coge una multitud de peces de los cuales mete los grandes en su banasta, al paso que deja los pequeños en el agua.*

Maravillado quedó fray Gil de semejante profecía, sobre todo conociendo el reducido número que eran los frailes.

Aun cuando hasta el momento no se había el varón de Dios entregado de lleno a predicar al pueblo, sin embargo, aprovechaba su paso por pueblos y ciudades para exhortar a los hombres y a las mujeres al temor de Dios y a que hiciesen penitencia de sus pecados. Por su parte fray Gil exhortaba a los oyentes a que creyesen al Santo, pues eran perfectos los consejos que les daba.

34. Sin embargo, los oyentes se decían: «¿Quiénes son éstos, y cuáles sus palabras?» Era diversa la opinión que se habían formado sobre ellos. Mientras los unos afirmaban que eran tontos y borrachos, decían los otros que no podían ser tales los que decían semejantes cosas. Uno de los oyentes dijo: «O se entregaron al servicio de Dios para alcanzar los ápices de la perfección, o en realidad son necios, toda vez que el género de vida que externamente llevan no es nada envidiable, según andan vestidos con trajes viles y con los pies descalzos, pasando hambre.» Había algunos que a vista de su santa conversación comenzaban a ser timoratos. Sin embargo, nadie se atrevía a seguirlos todavía. Es más, las mujeres y las jovencitas, al verlos desde lejos, huían atemorizadas y recelosas de contagiarse con aquella que juzgaban necedad.

Después de haber recorrido la provincia regresaron al citado lugar de Santa María.

35. Transcurridos algunos días, vinieron a ellos otros tres varones de Asís, suplicando al bienaventurado Francis-

co les admitiese como religiosos, a lo que accedió benignamente.

Cuando pedían limosna por la ciudad casi nadie se la daba, por lo que padecían gran necesidad. En cambio, tenían que oír improperios, como el de que habían dejado sus cosas para comer de lo ajeno. Sus mismos parientes, consanguíneos y conciudadanos les perseguían. Tanto grandes como pequeños se mofaban de ellos, como si se tratase de unos insensatos e idiotas, porque en aquellos tiempos nadie renunciaba sus cosas para ir de puerta en puerta pidiendo limosna.

Muy otra era la conducta del Obispo de la ciudad, a quien acudía frecuentemente el varón de Dios en busca de consejo. Recibíale benignamente y en una ocasión díjole: «Vuestra vida de no poseer nada en este mundo se me antoja muy dura y áspera.» Respondióle el Santo: *Señor, si tuviésemos y poseyésemos algunos bienes, nos veríamos en la necesidad de tener armas para defenderlos. Mas por ser esto origen de contiendas y de pleitos, suele por lo mismo ser un obstáculo para impedir de muchas maneras la caridad de Dios y de Cristo. Por eso no queremos poseer nada temporal en este mundo.*

Plugo sobremanera al Obispo la respuesta del varón de Dios. El Santo despreció de tal manera todas las cosas transitorias y, sobre todo, el dinero, que en todas sus Reglas, que fueran varias las experimentadas antes de la confirmación de la que definitivamente dejó a los religiosos, encomendó la pobreza de modo especialísimo. En una de ellas escribió, hablando en detestación del dinero: *Procuremos, los que hemos dejado todas las cosas, no perder el reino de los cielos por una tan pequeña; y si acaso encontrásemos dinero en algún sitio, despreciémosle, como al polvo que pisamos.*

Sucedió que en cierta ocasión un seglar depositó dinero junto al crucifijo, en la iglesia de la Porciúncula, y un fraile, de ánimo sencillo, lo metió personalmente en un cepillo. Cuando el varón de Dios oyó esto de labios del mismo que lo había hecho, le mandó cogerlo con la boca, llevarlo fuera de la iglesia y tirarlo sobre el montón de estiércol más próximo.

X.—Cómo predijo a sus compañeros cuanto había de acaecerles, cuando fuesen por el mundo, exhortándoles a penitencia

36. Lleno ya el bienaventurado Francisco de la gracia del Espíritu Santo, mandó venir sus seis frailes citados. Estaban en el bosque próximo a Santa María de Porciúncula, donde iban con frecuencia a ejercitarse en la oración. Ya en su presencia, les dijo: *Tengamos en cuenta, hermanos carísimos, nuestra vocación por que Dios nos ha llamado misericordiosamente, no tan sólo para nuestra salvación, cuanto también para la de otros muchos, y para que marchemos por el mundo exhortando a los hombres y a las mujeres con el ejemplo, no menos que con las palabras, a penitencia de sus pecados y a que tengan en cuenta el recuerdo de los divinos preceptos.* Díjoles también en otra ocasión: *No temáis, por ser pequeños e ignorantes, ya que esto puede acobardarnos para anunciar sencillamente la penitencia, sino que, confiados en Dios, que venció el mundo, esperad firmemente en El. Su espíritu habla en vosotros y por vosotros cuando exhortáis a los varones y a las mujeres a que se conviertan a El y guarden sus preceptos. Hallaréis algunos hombres fieles, mansos y benignos, que recibirán con gozo vuestras personas y vuestras palabras; y, en cambio, hallaréis otros que serán infieles, soberbios y blasfemos, los cuales os llenarán de oprobios y os harán resistencia a vosotros y a lo que digáis. Proponed, pues, en vuestro corazón tolerar todas estas cosas, paciente y humildemente.*

Cuando los frailes oyeron esto comenzaron a sentirse acometidos del temor y el Santo les dijo: *No temáis, y sabed que en breve vendrán a vosotros muchos sabios y nobles, los cuales serán, como nosotros, predicadores de reyes y príncipes y de muchos pueblos. Convertirán muchos al Señor, el cual multiplicará y acrecentará por todo el mundo su familia.*

37. Dichas estas cosas por el Santo, y dándoles su bendición, partieron devotamente los varones de Dios, a poner en práctica aquellos avisos. Cuando encontraban alguna iglesia o cruz a la vera del camino, arrodillábanse para rezar, y devotamente decían: *Adorámoste, Cristo, y bendecímoste en todas tus iglesias que hay por todo el mundo, ya que por tu santa cruz redimiste al mundo.* Creían, en efecto, encontrar el lugar de Dios donde quiera que encontraban una iglesia o una cruz.

Todos cuantos les veían quedaban sobremanera admirados, porque con su hábito y vida, distintos de todos los demás, daban la impresión de ser hombres rudos. Siempre que entraban en una ciudad, castillo o casa anunciaban la paz, exhortando por todas partes, tanto a los hombres como a las mujeres, a que amasen y temiesen al Creador del cielo y de la tierra, y guardasen sus mandamientos.

38. Muchos de los que les veían u oían tomábanles por embaucadores o tontos, y rehusaban, a veces, admitirlos en sus casas, por temor a que fuesen ladrones que les robasen ocultamente las cosas. Este era el motivo de que en muchos sitios, después de recibidas muchas injurias, se viesen en la necesidad de albergarse en los pórticos de las iglesias, o de las casas.

39. Por aquel tiempo estaban dos de ellos en Florencia. Mendigando por las calles, no habían podido encontrar hospedaje, a pesar de haberlo pedido por la ciudad. Llegaron a una casa, con pórtico. En el pórtico había un horno, y se dijeron: «Aquí podremos albergarnos.» Rogaron a la dueña de la casa que, por Dios, les diese hospedaje en ella. La petición les fué denegada. Como insistiesen humildemente que, al menos, les permitiesen descansar aquella noche en el horno, accedió el ama, pero, llegando más tarde su marido, al ver los frailes, dijo a su mujer: «¿Por qué has concedido hospedaje a estos bribones?» Respondió ella que no había querido recibirlos en casa, y les había dejado allí fuera porque, cuando más, allí sólo podían robar leña. Sospechando el marido que eran maleantes, no quiso concederles ningún abrigo por más que hacía, a la sazón, gran frío. Al día siguiente, muy de mañana, fueron los religiosos a la iglesia próxima.

40. También fué de mañana la referida mujer a la misma iglesia, a oír misa y, viéndoles entregados devotamente a la oración, díjose interiormente: «Si estos hombres fuesen maleantes, como decía mi esposo, no se comportarían de una manera tan reverente.» Aún estaba pensando estas cosas cuando un hombre, llamado Guido, comenzó a repartir limosna en la iglesia a los pobres, que allí la pedían. Llegado a los religiosos, pretendía darles dinero, como a todos los demás, y en vista de que no se lo admitían, díjoles: «¿Por qué no aceptáis el dinero como los demás pobres, ya que os veo tan necesitados?» Respondió fray Bernardo: «En verdad que somos pobres, pero nuestra pobreza no es tan pesada como la pobreza de otros muchos pobres, ya que nosotros nos hemos hecho tales por la gracia de Dios, cuyo consejo hemos querido poner en práctica.»

Admirado de lo que veía aquel varón, les preguntó si alguna vez habian poseído algo, y supo de ellos cómo habían poseído muchas cosas, todas las cuales habían dado por el amor de Dios a los pobres. En realidad quién hablaba era fray Bernardo, el primer compañero del bienaventurado Francisco, a quien hoy tenemos en concepto de padre santo, y el primero que abrazó el mensaje de paz y corrió en pos del varón de Dios; el mismo que, siguiendo el consejo de perfección, vendió todas las cosas para darlas a los pobres y perseveró en santísima pobreza hasta el fin de su vida. Entregó su espíritu a Dios junto al lugar dicho del Padre santísimo (San Francisco).

Al ver la citada mujer cómo los religiosos habían rehusado el dinero, se acercó a ellos y les dijo que les recibiría en su casa; si es que deseaban volver a hospedarse en ella. Los frailes la respondieron humildemente que Dios se lo pagaría. Oyendo el referido varón que los religiosos no habían podido hallar hospedaje, les condujo a su casa y les dijo: «He aquí el hospedaje que Dios os tiene preparado, permaneced en él según vuestra voluntad.» Dieron ellos gracias a Dios y permanecieron en su compañía varios días, edificándole con palabras y ejemplos, de tal modo que, por el temor de Dios, repartió muchas cosas entre los pobres.

Si este varón les había tratado benignamente, otros, en cambio, les juzgaban tan despreciables, que muchos, tanto grandes como pequeños, llegaron a injuriarles e incluso a despojarles alguna vez de los vestidos vilísimos que tenían. Como poseían una sola túnica, según la forma del santo Evangelio, quedaban desnudos, en ese caso. Mas no por eso pedían la devolución de lo que les habían quitado. Sin embargo, la recibían gozosamente cuando algunos, movidos de piedad, se la querían devolver. No faltaron quienes arrojaron sobre ellos cieno. mientras que otros les ofrecían dados, con la invitación à jugar. Hasta se dió el caso de alguno que, habiendo cogido a un religioso por el capucho. que llevaba a sus espaldas, lo transportó así a cuestas. Estas y otras muchas semejantes cosas hacían con ellos, juzgándolos tan despreciables que, atrevidamente y a mansalva, les afligían a su talante. A esto añádanse las muchas angustias y tribulaciones que soportaban, por el hambre, frío y desnudez, y todas las toleraban con constancia y paciencia, como el bienaventurado Francisco les había amonestado. No se entristecían ni conturbaban, antes, como hombres dedicados a un gran negocio, alegrábanse en sus tribulaciones, y gozosos pedían a Dios solícitamente por sus perseguidores.

XI.—Recepción de otros cuatro frailes. Ardentísima caridad mutua. Solicitud en el trabajo, oración y obediencia

41. Como viesen los hombres la alegría que los frailes tenían en sus tribulaciones y que perseveraban devotamente en la oración, y que, a diferencia de otros pobres, no recibían ni llevaban dinero, y cómo profesaban mutuamente una grandísima caridad, señal de los verdaderos discípulos del Señor, muchos, con el corazón compungido, venían a ellos, pidiendo perdón de las ofensas que les habían hecho. Ellos perdonaban de corazón, y alegremente les decían: *Dios te perdone*. Y aprovechaban la ocasión para persuadirles de que escuchasen sus palabras, para lograr la salvación eterna. Algunos pedían a los religiosos ser admitidos en su compañía.

Es de advertir que, por la escasez de religiosos, estaba facultado por el bienaventurado Francisco cada uno de los seis religiosos para recibir frailes. Y así fueron recibidos en aquellas circunstancias algunos que les acompañaron en el regreso a Santa María de Porciúncula en el tiempo prefijado. Cuando volvían a encontrarse, era tal el gozo y la alegría espirituales que les embargaba, que no se acordaban para nada de lo mucho que habían sufrido por parte de sus enemigos. Su solicitud constante era la oración y el trabajo manual, para arrojar de sí completamente toda ociosidad, que es enemiga del alma. Eran diligentes en levantarse a media noche para orar devotamente con lágrimas y suspiros. Con amor íntimo se amaban unos a otros, y mutuamente se ayudaban y daban de comer, como una madre a un hijo único. Ardía en ellos caridad tan entrañable, que les parecía cosa fácil el dar sus cuerpos a la muerte, no sólo por el nombre de Cristo, sino también por la salvación de sus hermanos.

42. Caminaban, en cierta ocasión, dos de aquellos frailes y encontraron a un loco, que les arrojó piedras. Al ver uno de los religiosos que las piedras hacían blanco en el compañero, se interpuso para recibir el golpe de las mismas, prefiriendo ser herido, a que lo fuese el hermano, por la mutua caridad que les abrasaba. Estas y otras semejantes cosas hacían muchas veces, de tal manera basados y enraizados en la caridad y humildad, que cada uno reverenciaba a su compañero como a padre y señor. Incluso los que tenían oficio de prelados, o que sobresalían a los demás en cualquier otra preeminencia, mostrábanse más viles y humildes. Todos eran obedientes, y estaban en cualquier momento preparados para cumplir la voluntad del superior, sin discutir si el mandato era justo o injusto. Y es que juzgaban conforme con la voluntad de Dios todo cuanto se les mandaba, y por esta razón les era suave y fácil cumplir la obediencia. Frenaban los deseos de la carne, eran rigurosos jueces de sí mismos, y por todos los medios procuraban no causarse molestias.

43. Y, si acaso decían alguna palabra capaz de molestar a otro, era tal su remordimiento de conciencia, que no podían descansar hasta decir la culpa y prosternarse en tierra humildemente para que el hermano ofendido con la palabra pusiera los pies sobre la boca del ofensor. Y si el religioso molestado rehusaba hacer esto, y había sido el superior el que había proferido la palabra hiriente, mandábale que lo hiciese; y, caso de ser otro distinto del superior, no paraba hasta conseguir que éste se lo mandase. Así lo hacían para que, arrojado del corazón el rencor y la malicia, reinase siempre y plenamente entre todos la caridad. Este caso sucedió un día un Limiso, ciudad de Chipre. Un religioso, llamado Bárbaro, dijo a otro religioso en presencia de un noble de aquella tierra, una frase que le produjo turbación. Tan pronto fray Bárbaro se dió cuenta de la desazón de su hermano, se castigó a masticar estiércol, diciendo: «La boca que dijo algo por donde se turbó mi hermano sufra la pena y la vergüenza.» Quedó aquel noble tan edificado de este proceder, que desde entonces puso su persona y sus cosas a disposición y voluntad de los frailes.

La misma solicitud tenían en oponer a cada vicio la correspondiente virtud. Nada reclamaban para sí propios, sino que usaban en comunidad los libros y las demás cosas, según el ejemplo de los Apóstoles.

A pesar de que en ellos y entre ellos había verdadera pobreza, eran, con todo, largos y liberales en las cosas que daban por amor de Dios, y de buen grado repartían las limosnas recibidas en su nombre con todos cuantos les pedían, y de manera especial con los pobres.

44. Si, cuando iban de viaje, encontraban pobres pidiendo limosna por amor de Dios, y no tenían nada que darles, donábanles parte de sus vestidos, aun cuando viles. A veces, les daban el capucho, que separaban del hábito: otras, las mangas, e incluso, en ocasiones, una parte de la misma túnica, que descosían, para cumplir aquello del Evangelio: «Da a todo el que te pida.»

Llegó cierto día un pobre a la iglesia de Santa María de la Porciúncula, a pedir limosna, y como hubiese allí una capa, propiedad en otro tiempo de un fraile, cuando aún

vivía en el mundo, díjole el bienaventurado Francisco que se la diese a aquel pobre, cosa que ejecutó gozoso y rápidamente. Como premio de la reverencia y devoción que había tenido al dar la capa al pobre, vió el fraile en aquel instante cómo su limosna subió al cielo, mientras su alma se inundaba de nuevo gozo.

45. Cuando les visitaban los ricos de este mundo los recibían alegremente, y con toda diligencia les amonestaban a retraerse del mal y a la práctica de la penitencia. Con todo empeño rogaban aquellos frailes que no se les enviase a las tierras natales, para evitar la conversación y familiaridad de los consanguíneos, y observar la profecía: «Como extraño he procedido con mis hermanos y como peregrino con los hijos de mi madre.»

XII.—Cómo el bienaventurado Francisco, con sus once compañeros, fué a la Curia del Papa, a conseguir la confirmación de la Regla que había escrito

46. Al llegar a doce el número de frailes díjoles el bienaventurado Francisco: *Hermanos, veo que Dios quiere aumentar nuestra Congregación sobremanera. Vayamos, pues, a Nuestra Madre la Iglesia Romana, y notifiquemos al Sumo Pontífice las cosas que Dios obra por mediación nuestra, a fin de poder proseguir devotamente, con su obediencia, lo que hemos comenzado.*

Fué del agrado de todos los religiosos el dicho del Padre, por lo que emprendieron juntos el viaje a la Curia. Más tarde díjoles: *Nombremos uno que sea guía nuestro, y tengámosle como vicario de Jesucristo; de modo que vayamos con él a donde quiera que fuese.* Eligieron a fray Bernardo, el primero que había sido recibido en la Orden por San Francisco, y llevaron a la práctica lo que el Padre había dicho. Marchaban gozosos, y no osaban proferir palabra que no fuese dedicada a la gloria de Dios, o útil para sus almas. Con frecuencia se daban a la oración, y era el mismo Señor quien les preparaba el hospedaje y que les sirviesen todas las cosas necesarias.

47. Llegados a Roma, encontraron allí al Obispo de la ciudad de Asís, el cual les recibió con indecible gozo, cuando supo por ellos la causa de su venida. Era este Obispo conocido de un Cardenal, llamado Juan de San Pablo, a la sazón Obispo de Sabina, hombre verdaderamente lleno de la gracia de Dios. Como era muy religioso y bueno, amaba en extremo a los servidores de Dios. El Obispo de Asís habíale puesto en antecedentes de la vida del bienaventurado Francisco y de sus hermanos, motivo por el cual deseaba aquel siervo de Dios ver a Francisco y a algunos de sus religiosos.

48. Fueron a verle el bienaventurado Francisco y sus compañeros, y les preguntó cuál era su intención y propósito, y cuando lo supo, se otreció a ser su procurador en la Curia del Sumo Pontífice. Y en la Curia dijo al señor Papa, que lo era Inocencio III: «Encontrado he un varón perfectísimo que desea vivir según la forma del santo Evangelio y observar en todo la perfección evangélica, y creo que, por mediación suya, quiere Dios renovar la santa Iglesia en todo el mundo.» Admirado al oírlo el señor Papa, dijo al citado Cardenal, que le había anunciado esta nueva, que le trajese a su presencia al bienaventurado Francisco.

49. Al día siguiente fué introducido el varón de Dios por el Cardenal a presencia del señor Papa, a quien puso de manifiesto todos sus propósitos. Estaba el Pontífice dotado de suma discreción, por eso asintió con mucha cautela a los deseos del Santo, y después de haberle exhortado, y a sus compañeros, sobre muchas cosas, les bendijo diciendo: «Id con el Señor, hermanos, y predicad a todos la penitencia en la forma que El se dignare inspiraros; mas cuando Dios os multiplique en mayor número y gracia, nos lo haréis saber, y Nos os concederemos de buen grado muchas más cosas que éstas y os encargaremos otras mayores.»

Para saber el señor Papa si las cosas concedidas y las que pudieran serlo eran del agrado de Dios, dijo también al Santo y a sus compañeros, antes que se fuesen de su presencia: «Hijitos míos, vuestra vida parece demasiado dura y áspera, y aun cuando os creamos de tanto fervor que no sea lícito a Nos dudar de vosotros, debemos, con todo, tener en cuenta a los que han de seguiros por este camino, no sea que les parezca demasiado duro y áspero.»

Mas, sabedor el Papa que ni con estas palabras podía apartarlos de su fervor, a la vista de su fe, dijo al bienaventurado Francisco: «Hijo, vete y ruega al Señor que te manifieste si es voluntad suya lo que pedís, a fin de que, conocida por Nos la voluntad divina, vengamos en lo que deseáis.»

50. Hizo oración el santo de Dios como el señor Papa se lo había indicado, y hablóle el Señor en espíritu, y en una parábola, diciéndole: «Moraba en el desierto una mujer pobrecilla y hermosa, de cuya hermosura prendado cierto

gran rey, determinó casarse con ella, por juzgar que así tendría unos hijos hermosos. Habiendo sido muchos los hijos engendrados en matrimonio, cuando llegaron a ser adultos la madre les habló y dijo: Hijitos, no os avergoncéis, pues sois hijos de un gran rey. Id, pues, a su palacio y él os dará todo lo necesario.»

«Cuando se presentaron al rey, y éste, maravillado, vió su hermosura, como retrato suyo, díjoles: «De quién sois hijos? Respondieron que lo eran de una mujer pobrecilla, moradora del desierto. El rey les abrazó con grande gozo, diciendo: No temáis, pues sois mis hijos, y si de mi mesa se nutren los extraños, con mucha mayor razón os nutriréis vosotros que sois hijos míos legítimos. Y mandó el rey a la citada mujer que enviase a su corte todos los hijos que de él había tenido, para darles de comer.»

Conoció el bienaventurado Francisco que él estaba simbolizado en aquella mujer pobrecilla, revelada en la visión.

51. Terminó la oración y de nuevo se presentó al Sumo Pontífice para hablarle de lo que el Señor le había manifestado, diciéndole: *Señor, yo soy aquella mujer pobrecilla, a quien el amoroso Señor hermoseó por su misericordia, y de la que quiso tener hijos legítimos. El Rey de reyes me ha dicho que El alimentará todos los hijos legítimos que de mí tuviere, porque, si alimenta a los extraños, mucho más debe alimentar a los legítimos. Si es verdad que el Señor da a los pecadores e indignos las cosas temporales para que alimenten sus hijos, con mayor razón las dará a los varones que las hayan merecido.*

El Papa admiróse en gran manera al oír estas cosas. Sobre todo porque en sueños había visto, antes de la llegada del bienaventurado Francisco, que la Iglesia Lateranense de San Juan amenazaba ruina y que un varón religioso, pobre y humilde, la sostenía con sus hombros. Pasado el sueño, quedó lleno de admiración y de temor, y, como discreto y sabio, consideraba cuál sería el sentido de aquella visión. Habían transcurrido pocos días de esto cuando se presentó el bienaventurado Francisco con sus religiosos para manifestarle, según queda dicho, su propósito y pedirle confirmación de la Regla, que había escrito en pocas y sencillas palabras, usando de un modo especial las del santo Evangelio, a cuya perfección vehementemente aspiraba. El señor Papa, al verle tan fervoroso en el servicio de Dios, y considerar el sueño o visión que había tenido, y la alegoría que el Santo de Dios le había expuesto, comenzó a decirse: «En verdad que éste es el varón religioso y santo que apoyaba y sostenía la iglesia de Dios.»

Por todo ello le abrazó, y aprobó la Regla que Francisco había escrito, dándoles, a él y a sus religiosos, como se ha dicho, licencia para predicar la penitencia por todas partes, con la condición de que cuantos religiosos suyos predicasen en lo futuro recibiesen licencia del bienaventurado Francisco. Lo mismo aprobó más tarde en el Concilio.

52. Logrados estos favores, el bienaventurado Francisco dió gracias a Dios, y rendido y postrado prometió al señor Papa, humilde y devotamente, obediencia y reverencia. Y los demás religiosos prometieron, de igual modo, obediencia y reverencia al bienaventurado Francisco, según el precepto del mismo señor Papa.

El sumo Pontífice dióles la bendición, como queda dicho, y después visitaron los templos de los Apóstoles, y recibieron la tonsura, tanto el bienaventurado Francisco como sus once compañeros, asunto éste que había movido el señor Cardenal por la devoción que les tenía y por el afán de ver a los doce hechos clérigos.

53. Luego, el varón de Dios con sus frailes dejó la Ciudad y fuése por el mundo, admirado de lo fácil que había sido el logro de sus deseos. Así crecía en él de día en día la confianza del Señor, que con sus santas revelaciones le manifestaba previamente los hechos que luego iban sucediendo. He aquí un caso. Antes de obtener lo que había pedido al Papa, le pareció, cierta noche, ver en sueños que marchaba por un camino a cuya vera crecía un hermoso árbol, frondoso y robusto. Sucedió que al acercarse a él y ponerse debajo, para contemplar su hermosura y elevación, sintióse de momento el Santo elevado a tal altura, que le parecía tocar la cima del árbol, e inclinarlo facilísimamente hasta el suelo con sus manos. La realidad vino a confirmar esto, cuando el señor Inocencio III, en el mundo el más alto de los árboles, el más hermoso y fuerte, se inclinó tan benignamente a la petición y voluntad de Francisco.

XIII.—Eficacia de su predicación. La primera morada. Cómo vivían en ella y cómo la abandonaron

54. Desde entonces el bienaventurado Francisco recorría ciudades y castillos y por doquier comenzó a predicar más amplia y perfectamente, y a ser fiel anunciador del reino de Dios, no con la persuasión de palabras envueltas en humana sabiduría, sino con la fuerza y doctrina del Espíritu Santo. Era un auténtico predicador, reforzado ahora por la autoridad

apostólica. No conocía la adulación, como enemigo de palabras halagadoras. Para poder hablar fielmente con verdad, antes de persuadir a los demás una cosa con palabras, él la había puesto antes en práctica. Causaban admiración en los doctos y literatos la fuerza y la verdad de sus palabras, que de nadie eran aprendidas. Y así eran muchos los que se apresuraban a verle y oírle, como a hombre de otro siglo. Y de hecho, muchos del pueblo, nobles y plebeyos, clérigos y legos, impulsados por divina inspiración, comenzaron a seguir las pisadas del bienaventurado Francisco, y a vivir bajo su disciplina, abandonando las ciudades y las pompas del siglo.

55. El Padre y sus discípulos vivían en un lugar próximo a Asís, llamado Rivotorto, donde existía un tugurio abandonado de los hombres, tan estrecho, que apenas podían sentarse ni descansar allí. Muchas veces, a falta de pan, comían solamente nabos, que mendigaban, con gran trabajo, por una y por otra parte. Para que cada uno conociese su respectivo puesto de descanso o de oración, escribía el varón de Dios el nombre de los frailes en las vigas del tugurio, a fin de que la estrechez del lugar no fuese la causa de ruidos desacostumbrados que llegasen a perturbar el silencio de la mente.

Allí estaban los frailes cuando, cierto día, llegó un rústico, con su burro, decidido a instalarse con el animal en aquel sitio. Y para que los religiosos no le rechazasen, al verle entrar con el burro, dijo hablando con éste: «Entra. porque haremos un bien en este lugar.» Al conocer el santo Padre las palabras y la intención del rústico, se indignó contra él, sobre todo por haber hecho gran ruido con su burro, inquietando a los frailes que estaban dados a la oración y al silencio. Dijo el varón de Dios a los religiosos: *Hermanos, sé que no nos ha llamado Dios para preparar hospedaje a un burro, ni para tener frecuentes visitas de los hombres, sino para predicar de vez en cuando a los hombres el camino de la salvación y darles saludables consejos y, sobre todo, para que nos consagremos a la oración y acción de gracias.*

En consecuencia, dejaron dicho tugurio para uso de los pobres leprosos, y trasladáronse a Santa María de Porciúncula, junto a la cual habían estado algún tiempo en una casita, antes de haber obtenido aquella iglesia.

56. Más tarde el bienaventurado Francisco la recibió humildemente del abad de San Benito del monte Subasio, cerca de Asís, previa inspiración y voluntad de Dios. Con especial interés y afecto la recomendó después al Ministro General y a todos los frailes, como lugar el más querido por la gloriosa Virgen. con preferencia a todos los lugares e iglesias de la

tierra. En la recomendación y predilección de este lugar tuvo capital importancia una visión de cierto religioso, cuando todavía moraba en el siglo, a quien el bienaventurado Francisco amó con singular afecto, y profesó especial familiaridad todo el tiempo que vivieron juntos. Deseaba el religioso servir a Dios, como después lo hizo fielmente en la religión, y vió, en sueños, que los hombres de este mundo eran ciegos y estaban de rodillas en torno a Santa María de Porciúncula, con las manos juntas y con el rostro elevado al cielo. Vió cómo oraban a Dios, con voz elevada y llorosa, que se dignase iluminarlos a todos misericordiosamente. Mientras oraban de este modo parecía que un gran resplandor salía del cielo y bajaba sobre ellos e iluminaba a todos con una luz benéfica. Al despertar, propuso firmemente servir a Dios, y poco después dejó el mundo perverso con todas sus vanidades, entró en religión, y en ella vivió humilde y devotamente en el servicio de Dios.

XIV.—El Capítulo se hacía dos veces al año, en Santa María de Porciúncula

57. Conseguido, como queda dicho, el lugar de Santa María de Porciúncula, ordenó el bienaventurado Francisco que se hiciese el capítulo de los religiosos dos veces al año, a saber, en Pentecostés y en la fiesta de San Miguel del mes de septiembre. En Pentecostés se juntaban a Capítulo todos los religiosos, en la iglesia de Santa María de Porciúncula, y trataban sobre el mejor modo posible de observar la Regla y distribuían a los frailes por cada una de las provincias, para que predicasen al pueblo y destinasen otros frailes de ellas al mismo fin. San Francisco amonestaba y reprendía a los frailes, y les imponía los preceptos que, a juicio suyo, según Dios, mejor le parecía. Todo lo que les decía con palabras se lo mostraba afectuosa y solícitamente con obras. Veneraba a los prelados y sacerdotes de la santa Iglesia; reverenciaba a los ancianos; honraba a los nobles y ricos; amaba entrañablemente a los pobres, a todos compadecía y todos en él hallaban amparo.

Aun cuando era él superior de todos los religiosos, elegía a uno de sus compañeros como guardián y señor, y le obedecía humilde y devotamente, para desechar de sí toda ocasión de soberbia. Humillaba entre los hombres su cabeza hasta la tierra para merecer ser exaltado algún día en la presencia divina, entre los santos y elegidos de Dios.

Amonestaba solícitamente a sus frailes a la observancia del santo Evangelio y de la Regla, que habían prometido, y a que, sobre todo, fuesen sumamente diligentes en el cumplimiento de los oficios divinos y ordenaciones eclesiásticas; oyesen devotamente la Misa, y devotísimamente adorasen el cuerpo de Nuestro Señor y tuviesen reverencia a los sacerdotes que administraban los venerandos y augustos sacramentos. A los sacerdotes quiso que en cualquier parte donde los frailes los hallasen, les diesen honor y reverencia, inclinando ante ellos sus cabezas y besando, no sólo sus manos, sino incluso las pisadas de los caballos en que cabalgaban. Todo por reverencia a su dignidad.

58. Aconsejaba también a los frailes que no juzgasen a nadie, ni despreciasen a los que viven y comen con regalo y visten vana y superfluamente, porque Dios es Señor nuestro y suyo, y tiene poder para atraerlos hacia El, como a los demás, y para justificarlos. Y así decía también que era su deseo que fuesen reverenciados como hermanos y señores suyos: como hermanos, porque son obra del mismo Creador; y como señores, porque ayudan a los escogidos a ejercitarse en la penitencia, suministrándoles todo lo necesario al cuerpo.

Añadía también que la vida de los frailes en medio de las gentes debía ser tal, que todos cuantos les viesen u oyesen glorificasen al Padre celestial y devotamente le alabasen. Sobre todo su gran deseo era abundar siempre, tanto él como sus frailes, en obras tales, que por ellas fuese alabado el Señor. Decíales: *La paz que anunciáis con palabras tenedla de un modo más excelente en vuestros corazones, para que a nadie seáis motivo de ira ni de escándalo, sino que vuestra mansedumbre y paz sean quienes impulsen a todos a la benignidad y concordia. Consideremos que nuestra misión es curar a los heridos, unir los separados y convertir los descarriados. Muchos que nos parecen miembros del diablo aún llegarán a ser discípulos de Cristo.*

59. Amonestaba también el piadoso Padre a sus frailes e hijos sobre la demasiada austeridad consigo mismos, para que no se torturasen demasiado con ayunos y vigilias y oraciones y ejercicios corporales. Tan gravemente se afligían para reprimir los apetitos del cuerpo, que cada uno parecía un enemigo de sí mismo. El varón de Dios, lleno de sabiduría y de gracia del Salvador, prohibía el exceso con devotas amonestaciones y razonables reprensiones, e incluso les ató con las dulces ataduras de saludables preceptos.

Ninguno de los religiosos que venían al Capítulo osaba hablar de negocios seculares. Sus coloquios eran sobre la vida de los santos Padres o sobre cómo podrían conseguir más

perfectamente y mejor la gracia de Jesucristo. Si por ventura alguno de los religiosos que acudían al Capítulo tenía alguna tentación o sufría alguna tribulación, veíanse maravillosamente libres de ellas oyendo hablar tan dulce y fervorosamente al bienaventurado Francisco, contemplando su presencia. Porque, compadecido, hablábales, no como juez, sino como un misericordioso padre habla a los hijos, y como un buen médico a los enfermos. Sabía ser enfermo con los enfermos, y sentirse afligido con los afligidos, aun cuando sabía también corregir a los delincuentes y castigar con la correspondiente reprensión a los contumaces y rebeldes.

Terminado el Capítulo, bendecía a todos los religiosos, y a cada uno destinaba a la provincia a donde bien le parecía. A todos los que poseían el espíritu de Dios y elocuencia suficiente, dábales facultad de predicar, fuesen clérigos o legos. Recibida su bendición, marchaban por el mundo, llenos de alegría y gozo espirituales. Como peregrinos y forasteros, no llevaban nada para el camino, a no ser exclusivamente los libros con que poder rezar las Horas. Doquiera que hallaban un sacerdote, fuese rico o pobre, bueno o malo, le hacían reverencia, inclinándose humildemente; y a la hora de hospedarse, preferían hacerlo en casa de los mismos, antes que en la de los seglares.

60. Sin embargo, cuando no podían hacerlo en casa de los sacerdotes, buscaban los hombres más religiosos y temerosos de Dios, para poder hospedarse junto a ellos más decentemente. Y esto hicieron mientras Dios no inspiró a algunos devotos de los frailes que les preparasen hospedaje en las ciudades y castillos que acostumbraban a visitar, hasta tanto que no fundasen casas en esos mismos lugares.

Comunicó Dios a los frailes palabras y espíritu según la conveniencia y oportunidad para proferir conceptos agudísimos, que penetraban el corazón de muchos y con preferencia el de los jóvenes, los que abandonaban padre, madre y cuanto poseían y seguían a los religiosos para tomar el hábito de su Religión. La entrada en ella de los jóvenes cuyos padres permanecían en la inmundicia del pecado y en la perversidad del siglo era como una verdadera espada de separación.

Los religiosos conducían al bienaventurado Francisco estos candidatos a la Orden, para que él les diese el hábito de la Religión, por más que al principio, cuando sólo eran seis los compañeros, podían, según dejamos dicho, con la licencia que les había otorgado, dárselo cualquiera de ellos. Pero no eran sólo muchos los varones que ingresaban en la Orden, sino que muchas vírgenes y mujeres sin marido, movidas de

la predicación de Francisco, se recluían, por consejo del mismo, para hacer penitencia en monasterios, creados en las ciudades y castillos. Fué nombrado uno de los religiosos como visitador y moderador de las mismas.

Por su parte, los varones y las mujeres casadas, impedidos de apartarse de la ley del matrimonio, se daban a una estrecha penitencia en sus propias casas, después de haber recibido de los religiosos saludable consejo. Así fué como la iglesia de Dios se sintió renovada por las tres Ordenes, fundadas por el bienaventurado Francisco en memoria de la Santísima Trinidad, de quien era devoto, y maravillosamente prefiguradas en la reparación de otras tantas iglesias. Cada una de ellas fué aprobada en su día por el Sumo Pontífice.

XV.—Muerte del señor Juan, primer protector, y nomeramiento del señor Hugolino Ostiense, como Padre y protector de la Orden

61. El citado Cardenal, venerable padre y señor, Juan de San Pablo, constante consejero y protector del bienaventurado Francisco, recomendaba la vida y las acciones del Santo y de sus religiosos a todos los demás Cardenales, y su recomendación de tal modo movía sus corazones al amor del varón de Dios y de sus religiosos, que todos deseaban tener alguno en su Curia, no con el fin de recibir sus beneficios, sino por la devoción y por el afecto que les tenían. Murió el referido señor Juan, e inspiró Dios a uno de los otros Cardenales, llamado Hugolino, a la sazón Obispo de Ostia, que amase íntimamente y favoreciese al bienaventurado Francisco y a sus religiosos. En realidad se comportó con ellos con gran fervor, como si fuese padre de todos. Es más, fué tan ardiente el amor que profesó al varón de Dios y a sus frailes, y tal el apoyo prestado según Dios, como no puede esperarse de un padre para con sus hijos carnales. Oída por el varón de Dios su fama, pues la tenía grande entre los demás Cardenales, fué a él prontamente, y por él fué recibido con gozo. Dijo a Francisco y a sus frailes: «Me ofrezco a vosotros, dispuesto a daros consejo, ayuda y protección según deseáis, y quiero que por Dios me tengáis presente en vuestras oraciones.» El bienaventurado Francisco dió gracias a Dios, por haberse dignado inspirarle que les recibiese bajo su protección, y dijole: *De muy buena voluntad quiero teneros por mi padre y señor y de todos mis frailes, y quiero que todos ellos se encarguen de pedir a Dios por Vos y que siempre os tengan presente en sus oraciones.*

El bienaventurado Francisco pidió después al Cardenal que se dignase asistir por Pentecostés al Capítulo de los frailes, a lo que él asintió benignamente, y acudía todos los años. Y cuando iba al Capítulo, le salían procesionalmente al camino todos los religiosos reunidos en Capítulo. Cuando llegaban los frailes, él bajaba del caballo y marchaba a pie con ellos hasta la iglesia, por la devoción que les tenía. Y después les echaba un sermón y oficiaba la Misa, en la que el varón de Dios, Francisco, cantaba el Evangelio.

XVI.—Elección de los primeros Ministros y cómo fueron enviados por el mundo

62. Cumplido el undécimo año después de fundada la Religión, y multiplicados los frailes en número y calidad, fueron elegidos Ministros y enviados con algunos religiosos por todas las provincias del mundo católico. En algunas provincias eran recibidos, pero no se les permitía edificar conventos; en otras, temerosos los moradores de que fuesen infieles, encontraban oposición y eran arrojados de allí. Aun cuando el citado señor Inocencio había aprobado la Orden y Regla, no lo había hecho con Letras, razón por la cual padecieron los frailes muchas tribulaciones de parte de clérigos y seglares. Esto les obligó a salir de muchas provincias. Y muy angustiados y afligidos, e incluso despojados por los ladrones, volvieron al bienaventurado Francisco, apenados por los sufrimientos soportados en casi todas las provincias ultramontanas, como Alemania, Hungría y otras muchas.

Supo esto el citado señor Obispo Cardenal Ostiense y mandó llamar al bienaventurado Francisco. Condújole a presencia del señor Papa Honorio III, por haber ya muerto el señor Inocencio III, e hízole escribir otra Regla, y que el mismo señor Honorio III la confirmase con diploma papal sellado, ya que su ideario había sido aprobado por el señor Inocencio.

En esta Regla se alargó la fecha de la celebración del Capítulo, a fin de evitar trabajo a los frailes, y que no sufriesen la molestia de venir todos los años desde las provincias remotas, donde moraban.

63. Había pedido el bienaventurado Francisco al dicho señor Papa Honorio uno de los Cardenales de la Iglesia Romana como cuasi Papa de su Orden, al cual pudieran recurrir los religiosos en sus negocios, y se le concedió el citado señor Ostiense. Sobre esto había tenido el Santo un sueño,

visión, que posiblemente fué lo que le movió a pedir un Cardenal y la protección de la Orden. La visión fué esta: Veía una gallina pequeña y negra, que tenía las patas y los pies llenos de plumas, a manera de una paloma doméstica. Tenía tantos polluelos, que no era capaz a cobijarlos todos bajo sus alas, sino que andaban en torno de ella sin poder entrar. Despierto, comenzó a pensar en semejante visión y en seguida conoció por espíritu que él era el figurado por aquella gallina, y dijo: *Yo soy aquella gallina, pequeño de estatura y negro por naturaleza. Debo ser sencillo como una paloma y como ella volar al cielo con el afecto, armado de alas formadas con plumas de virtudes.*

Por su misericordia me dió el Señor y dará muchos hijos a quienes no podré proteger con mis fuerzas, por lo que es necesario recomendarlos a la Santa Iglesia para que ella los gobierne y los proteja bajo el pabellón de sus alas.

64. Habían transcurrido pocos años de esta visión cuando vino a Roma y visitó al señor Ostiense, quien le llevó consigo a la Curia porque deseaba que él mismo, en presencia del señor Papa y de los Cardenales, predicase y les recomendase devota y afectuosísimamente su Religión. Y aun cuando el bienaventurado se excusó de esto, diciendo que era simple e idiota, no tuvo más remedio que ir con él a la Curia. Cuando llegó el bienaventurado Francisco a presencia del señor Papa y de los Cardenales fué indescriptible el gozo que su presencia les causó.

Puesto el Santo en pie, les predicó lo que la unción del Espíritu Santo le había anteriormente enseñado. Terminada la predicación, recomendó su Religión al Papa y a todos los Cardenales, y como su predicación les había dejado grandemente edificados, los ánimos del Papa y los de los Cardenales quedaron afectuosísimamente inclinados al amor de la Religión.

65. Después añadió el bienaventurado Francisco al Sumo Pontífice: *Señor, os compadezco por el trabajo y cuidado continuos con que debéis vigilar por la Iglesia de Dios. La mucha solicitud y el gran cuidado que tenéis por nosotros los Frailes Menores me anonada. Cuando muchos nobles y ricos y religiosos no pueden llegar a veros, es para nosotros motivo de grandísimo temor y vergüenza, por ser más pobres y despreciables que todos ellos, no ya el llegar a veros, sino incluso el estar en vuestra puerta y tener la presunción de pulsar el tabernáculo donde se encierra el apoyo de los cristianos. Por eso, humilde y devotamente suplico a vuestra Santidad, que os dignéis concedernos a este señor Ostiense por padre, para que a él puedan recurrir los frailes en tiempo de necesidad, salva siempre la preeminencia de vuestro cargo.*

Agradó esta súplica al señor Papa, y concedió al bienaventurado Francisco el referido señor Ostiense, instituyéndole dignísimo protector de su Religión.

66. Recibido el mandato del señor Papa, se comportó realmente como buen protector, y ofreció su apoyo para defender a los frailes. Escribió a muchos prelados que les habían perseguido para que en adelante, no sólo no les hiciesen oposición, sino que, como a buenos y santos religiosos aprobados por la autoridad de la Sede Apostólica, les favoreciesen con su consejo y ayuda para predicar y permanecer en sus provincias. Con este mismo fin y de igual modo enviaron sus cartas otros muchos Cardenales.

En consecuencia, el bienaventurado Francisco autorizó en el siguiente Capítulo a los Ministros para recibir frailes a la Orden, y les envió a las susodichas provincias portadores de Letras de los Cardenales, y con la Regla aprobada por Bula apostólica. En vista de ello, y reconociendo los referidos prelados los testimonios que les presentaron los religiosos, liberalmente les permitieron construir casas y morar y predicar en sus provincias. Una vez establecidos los frailes y ejercido en aquellas provincias el oficio de predicadores, púsose de manifiesto su proceder santo y humilde, y aquellos que oían sus dulcísimas palabras, capaces de mover y de inflamar los corazones en el amor de Dios y de arrastrar al ejercicio de la penitencia, vinieron a ellos y recibieron fervorosa y humildemente el hábito de la Religión santa.

67. Viendo el bienaventurado Francisco la fe y el amor que el dicho señor Ostiense tenía a los frailes, le amaba afectuosísimamente en lo más íntimo del corazón. Y, sabedor, por revelación de Dios, que sería el futuro Sumo Pontífice, en las cartas que le escribía anunciábaselo siempre, llamándole «Padre de todo el mundo». La salutación era siempre en esta forma: *Al venerable en Cristo, Padre de todo el mundo.*

Muerto al poco tiempo el señor Papa Honorio III, fué elegido el mismo señor Ostiense en Sumo Pontífice, con el nombre de Gregorio IX, el cual fué hasta el fin de su vida bienhechor y principal defensor de los Frailes Menores y de los demás religiosos, máxime si eran pobres de Cristo. Por eso es de creer, y con razón, que haya sido agregado al coro de los santos.

XVII.—Santísima muerte del bienaventurado Francisco. Cómo dos años antes había recibido las llagas del Señor Jesús

68. Pasados veinte años de su perfectísima conversión a Cristo, durante los cuales siguió las pisadas y la vida de los Apóstoles, el varón apostólico, Francisco, voló felicísimamente a Cristo, el domingo cuatro de octubre del año de la Encarnación del Señor 1226.

Uno de sus discípulos, famoso en santidad, vió el alma de Francisco a modo de estrella, grande como la luna, y brillante como el sol. Sobre el mar de la vida, transportada por brillante nube subía al cielo derechamente.

Había sido obrero incansable en la viña del Señor; solícito y fervoroso en los ayunos, en las oraciones, en las vigilias, en las predicaciones, en los pasos saludables, en el cuidado y compasión de los prójimos y en el desprecio de sí mismo. Desde el comienzo de su conversión hasta su viaje a Cristo, le había amado con toda el alma, le había recordado de continuo en la mente; habíale alabado con los labios y glorificado con obras meritorias. Era tan ferviente y cordial este amor, que al oír el nombre de Cristo se derretía interiormente, y sin poder contenerse exclamaba y decía: *Los cielos y la tierra débense inclinar al nombre de Dios.*

69. Cuando el Señor quiso poner de manifiesto a todo el mundo la fuerza del amor de Francisco y la continua memoria de la pasión de Cristo que llevaba en el corazón, vivo aún en carne mortal, le hermoseó maravillosamente con un singular privilegio y con una admirable prerrogativa. Arrobado en Dios por el ardor seráfico de los deseos, y transformado por la dulzura compasiva en Aquél que quiso, en un exceso de amor, ser crucificado, oraba cierta mañana, próxima ya la fiesta de la Santa Cruz, y en el penúltimo año de su muerte, en la ladera del monte Alverna. Apareciósele un serafín con seis alas, entre las cuales destacaba la figura de un varón hermosísimo crucificado, con las manos y pies extendidos en forma de cruz, mostrando clarísimamente la figura de Jesucristo. Con dos de las alas ocultaba el rostro, y con otras dos el resto del cuerpo hasta los pies, y las otras dos las llevaba extendidas, para volar.

Desaparecida la visión quedó en el alma de Francisco un maravilloso fuego de amor, al paso que en su cuerpo quedaron milagrosamente grabadas las llagas de Nuestro Señor Jesucristo, las que escondió el varón de Dios cuanto pudo hasta la muerte, para no publicar el secreto de Dios. Sin embargo, no quiso ocultarlo de modo tan absoluto que no pudieran verlo, al menos, los compañeros que con él vivían.

70. Después de su felicísimo tránsito todos los frailes presentes y muchísimos seglares vieron claramente su cuerpo decorado con las llagas de Cristo. Podían verse en sus manos y pies los clavos, no en pintura sino hechos de la misma carne y formando una misma cosa con ella; incluso tenían el mismo color negro del hierro. Veíase el lado derecho como atravesado por una lanza y rodeado de una cicatriz roja, de herida a todas luces verdadera y manifiesta, la cual, mientras vivió, derramaba muchas veces bendita sangre. La incontestable verdad de estas llagas apareció patente a ojos vistas, no sólo durante la vida y a la hora de la muerte por la mirada y por el tacto, sino que también después de su tránsito la puso Dios más de manifiesto, mediante diversos milagros obrados en varias partes del mundo. Fueron también estos prodigios los que infundieron tal grado de certeza en quienes no habían sentido rectamente del varón de Dios y habían dudado de sus llagas, que, movidos por la bondad divina y forzados por la misma realidad, los que en un principio habían sido detractores comenzaron a ser panegiristas y fidelísimos predicadores.

XVIII.—La canonización

71. El esplendor de los milagros dió nuevo brillo a la figura del Santo en varias partes del mundo, y los que habían experimentado los grandes y singulares beneficios de Dios, gracias a sus méritos, confluían de todas partes a ver el sagrado cuerpo. El mencionado Papa Gregorio, por consejo de los Cardenales y de otros muchos prelados, después de leídos y aprobados los milagros que el Señor había hecho por mediación de Francisco, le inscribió en el catálogo de los santos y mandó que su fiesta se celebrase solemnemente el día de su muerte. Sucedió todo esto en la ciudad de Asís, en presencia de muchos prelados y de mayor número de príncipes y barones y de innumerables gentes llegadas de las varias partes del mundo a esta solemnidad, que el mismo Papa había hecho convocar el año del Señor de 1228, el segundo de su Pontificado.

72. El mismo Sumo Pontífice, que en vida del Santo

le había amado extraordinariamente, no sólo le honró de modo maravilloso canonizándole, sino que también enriqueció con dones y con preciosísimos ornamentos la iglesia construída en su honor, de cuyos cimientos puso el seños Papa la primera piedra.

Dos años después de la canonización fué humildemente trasladado a este templo el sagrado cuerpo de San Francisco, desde el lugar donde primeramente había sido sepultado.

Envió a esta iglesia una cruz de oro, adornada de piedras preciosas, en la que había incrustado un *lignum crucis* de la auténtica cruz del Señor. También envió muchos ornamentos y vasos para el ministerio del altar y muchos vestidos ricos y suntuosos. Declaró esta iglesia cabeza y madre de toda la Orden de Frailes Menores, eximiéndola de toda jurisdicción inferior a la autoridad apostólica. Así aparece de privilegio público y sellado, que los Cardenales suscribieron de común consentimiento.

73. Sería poca la honra tributada al Santo de Dios por las cosas insensibles, si Dios no convirtiese y sanase a muchos por mediación suya. Aunque muerto en el cuerpo, vive con el espíritu en la gloria. Después de su muerte se convirtieron al Señor por sus méritos, no sólo personas humildes de uno y otro sexo, sino que incluso muchos grandes y nobles tomaron con sus hijos el hábito de la Orden, recluídas sus mujeres y sus hijas en monasterios de Señoras Pobres. Igual conducta siguieron muchos sabios y cultísimos varones, tanto seglares como clérigos prebendados. Todos, despreciados los halagos de la carne y el pecado, y renunciados totalmente a los deseos del siglo, entraron en la citada Orden conformándose en todo con la pobreza y con los ayunos de Cristo y de su siervo el muy bienaventurado Francisco, en la medida de la divina gracia. Por eso no está fuera de sentido aplicarle lo que se escribe de Sansón, que mató mucho más, muriendo, que había matado durante la vida. Realmente posee la inacabable vida de la gloria, a la cual nos lleve, en atención a los méritos del santísimo Padre nuestro Francisco, Aquel que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

INDICE DE NOMBRES PROPIOS

Abellás, fr. Cándido, XXXII.
Abindo, monasterio, 272.
Acre, lugar, 252.
Acto, salvado por el santo, 380, 657.
Agustín, fr., 516, 625, 653.
Albertino, sanado por el santo, 376.
Albiano, lugar, 323, 609.
Aldea Alba, lugar, 645.
Alejandría, lugar, 434.
Alejandro: IV, papa, 218, 228, 619, 642; —juez, 660.
Alemania, 640, 856.
Alençón, fr. Ubaldo, XXVI,
Alife, lugar, 649.
Alverna, monte, 193s., 196, 199, 201, 209, 212, 221ss., 347, 418, 584, 603, 614, 618, 675, 765, 785; —donación, 193ss; —toma el santo posesión 196; —vida en el, 199ss., 418, 584, 603, 618, 765; —fr. Juan de, 183ss.; —ve este fraile al santo, 224, 785; —ve ir muchas almas al cielo, 186.
Ambrosio, San, 550.
Amiterno, lugar, 662.
Ancona, lugar, 320s., 335, 589, 645, 647; —Marca de, 147, 169s., 183, 336, 380, 435, 449, 570, 643, 662.
Anagni, región, 655.
Analecta Franciscana, 282.
Angel, fr., 122, 211, 277, 790; 795; —arroja unos ladrones, 141.
Angeles, Santa María de los, 120, 125, 196, 211s., 228, 254, 276, 717s., 738, 750, 764, 779, 791; —por qué se llamó así, 716 (vid. Porciúncula).
Antiguo, fr. Lúcido, 169.
Antonio, San, 63, 131, 164, 317, 550, 621, 653; —es oído en varias lenguas, 164s.; —predica a los peces, 165.
Antrodoco, lugar, 662.
Apulia, 289, 291, 799, 804.
Archivo Ibero Americano, 280.
Archivum Franciscanum Historicum, 282.
Arezzo: lugar, 113, 212, 325s., 378, 451, 565, 613, 652, 788; —Alberto de, 648; —fr. Benito de, 278.
Arlés, capítulo, 550, 605.
Ascoli, lugar, 325, 647.
Asís: lugar, 119, 127, 167, 196, 228, 286, 289, 292, 297, 299, 301, 312, 319, 356s., 360, 364, 370s., 373, 376, 387, 393, 411, 418, 422, 433, 457, 466, 498, 516s., 526ss., 529, 532, 535, 539, 544, 547, 561, 574, 608, 627s., 675s., 692, 694, 718, 723ss., 767ss., 776, 790, 795, 798s., 802s., 813, 815, 822ss., 835; —bendición del santo, 291, 790; —Obispo de, 147, 218, 305, 357, 393, 446, 516s., 595, 625, 715, 767ss., 771, 777, 779, 787s., 790, 802, 808s., 816, 822s.; —tiene una aparición, 516s.; —visita al santo, 446, 595; —aparécesele el santo, 625; —fr. Jacobo de, 653; —fr. Leonardo de, 406, 602.
Asís, iglesia de S. Francisco, 642; —de S. Jorge, 294, 628; —de S. Nicolás, 538, 813.
Attientalbene, fr., 246.

Babilionia, lugar, 136, 590.
Baço, Jacomart, 26.
Báez, fr. Agustín, XXXVII.
Bagnara, lugar, 688.
Balduino II, 277.
Bárbaro, fr., 478, 821.
Bari, lugar, 428, 571.
Barletta, lugar, 645.
Bartolomé, mendigo, 375; —sanado por el santo, 642s.
Batifolle, Simón de, conde, 224.
Beatriz, sanada por el santo, 651.
Benevento, lugar, 269, 516, 636.
Benito, San, monasterio, 715.
Bentivoglio, fr., 167s.
Bernardo, fr., 93ss., 145, 148s., 249, 264, 301, 304, 394, 417s., 451, 538, 753, 775s., 795, 812ss., 819, 822; —vende sus cosas, 95, 394, 451; —ingresa en la Orden, 249, 301; —no oye al santo, 96s.; —éxtasis de un día, 148; —viaje a Santiago, 99, 304; —salúdale un ángel, 101; —aprecio de S. Francisco, 103s.; —sus últimos consejos, 105.
Bernardón, Pedro, 97, 796, 808, 810.
Besa, fr. Bernardo de, 277.
Bevagna, lugar, 322, 450, 608, 611.
Blois, castillo, 792.
Boehmer, H., XXI.
Bolonia, lugar, 146, 612; —convento, 101ss., 423, 675; —fray Bonicio de, 669.
Bonifacio, pintor, 504.
Borgo San Sepolcro, lugar, 213, 445, 593, 660, 729.
Bovara, San Pedro de, iglesia, 721.
Bratislavia, lugar, 247.
Brescia, provincia, 468.
Briena, Juan de, rey de Jerusalén, 276s., 643.
Brindis, lugar, 252.
Brunforte, señores, 177.
Buen Juan, médico, 788.
Buenagracia, fr., 221.
Buenaventura, fr., 182, 257, 277, 647, 678; —salvado por el santo, 647.
Burgos, lugar, 491.

Callot, dibujante, 14.
Camerino, lugar, 376.
Campania, región, 640, 654.
Campillo, lugar, 572.
Cannario, lugar, 122.
Cantorbery, lugar, 271, 273.
Capella, fr. Juan de, 93, 154, 816.
Capua, lugar, 638.
Carraccio, pintor, 43.
Carvio, lugar, 651, 697.
Casentino, (vid. Chiusi, Orlando).
Castello, lugar, 214; —de Pieve, lugar, 613.
Castiglione, fr. Mateo y la impresión de las Llagas, 221s.
Castilla, reino, 270.
Cataluña, reino, 633, 645.
Catáneo, fr. Pedro, 216, 249s., 427, 440, 471, 476, 494, 702s., 720, 723s.
Cavarzola, pintor, 630.
Celano, lugar, 438, 600, 641, 696; —fr. Tomás de, 269, 283; —Vida de San Francisco, 283-519.
Celle de Cortona (vid. Cortona).
Ceperano, lugar, 644.
Cisterna, castillo, 656.
Cittá di Castello, lugar, 329, 612.
Ciudad Rodrigo, lugar, 267s.
Clara: Santa, 119ss., 128s., 156s., 159, 220, 228, 249, 261, 297s., 364, 546, 608, 621, 628, 776s., 752; —semblanza, 297; —come con el Papa, 156; —ve el cadáver de San Francisco, 364.
Colle, lugar, 439.
Conrado, fr., 169.
Constantinopla, lugar, 643; —emperador de (vid. Briena, Juan de).
Cora, lugar, 663.
Corneto, lugar, 642.

Cortona, lugar, 697; —Celle de, 355, 410, 439.
Cozzo, Francisco, 274.
Crescencio, fr., 795.
Crivelli, Carlos, pintor, 57.
Cucorano, lugar, 375.
Chipre, isla, 478, 821, 712.
Chiusi, Orlando de, caballero, 194ss.

Damián, San, iglesia de, 6s., 9, 11, 120, 128, 297, 333, 364s., 393, 507s., 531ss., 628, 738, 765, 776s., 804ss., 808, 811, 814; —crucifijo de, 391.
Damieta, lugar, 405, 599.
David, 605.
Delorme, fr. Fernando, XXX.
Denis, pintor, 134, 214.
Deruta, castillo, 255.
Diaz, Pedro, obispo, 567s.
Domenichino, pintor, 313.
Domingo, Santo, 275, 705; —asiste al capítulo de Asís, 125s.; —pide el ingreso en la Orden franciscana, 474s.
Durero, Alberto, 348.

Eccleston, fr. Tomás, 273.
Eiján, fr. Samuel, XXI-XXXVI.
Eleuterio, San, eremitorio, 684.
Elías, fr. 99ss., 162ss., 154, 329, 348, 350, 355ss., 620, 669ss., 783, 788; —profeta, 22, 524, 545, 602, 630.
Elizondo, fr. José de, XXXVII.
Eliseo, profeta, 545, 575, 602.
Enoc, profeta, 22, 629.
Esclavonia o Eslavonia, 320, 589, 650.
España: 165; —milagro, 280ss., 663; —viaje del santo, 321, 590.
Españoleto, pintor (vid. Ribera).
Espoleto: lugar, 127, 273, 307, 322, 369, 535, 543s., 663, 799; —valle, 99, 126, 193, 244, 286, 307, 322, 721, 729; —fr. Tomás de, 404s.
Esteban, San, lugar, 174.
Eugubio: lugar, 534, 580, 611 (vid. Gubio); —fr. Bartolo de, 656.

Fabián, San, iglesia, 772.
Facchinetti, fr. Victorino, XXVI.
Fallerone: fr. Juan de, 187; —fr. Santiago de, 156, 187.
Fano, lugar, 374, 378, 380, 657.
Federico, rey de Sicilia, 163.
Felder, fr. Hilarino, XXXVI.
Felipe, fr., 93, 301, 795, 174s., 221, 823.
Fermo, fr. Juan de (vid. Alverna).
Fernández García, fr. Mariano, XXI s.
Florencia: lugar, 113, 120, 268, 282, 333, 729; —fr. Juan de, 316, 494.
Fernique, 474.
Ferrando, fr. Francisco, XXIX.
Fiorentino, pintor, 340.
Flaxman, pintor, 383.
Foligno: lugar, 127, 218, 291, 358, 374, 376, 531, 788; —Pedro de, 657.
Fondi, lugar, 479.
Fontecolombo, eremitorio, 733, 783, 778.
Fora, Juan de, 656.
Forano, convento, 170, 173.
Francia: 333, 505, 727, 729, 759; —provincia de, 549; —pintor, 38.
Francisco: San, semblanza, 338s., 343ss.; —conversión, 287ss.; —vida en el siglo, 526s.; —vende sus cosas, 291s.; —deja los vestidos, 294s.; —es asaltado por ladrones, 296; —amor a los enfermos, 488; —a los leprosos, 138, 296; —a los pobres, 334; —conformidad con Cristo, 93; —conversa con Cristo, 124, 128; —con el crucifijo, 391; —alaba a fr. Rufino, 152, 154; —a la pobreza, 117; —aparece a un religioso, 516; —en forma de cruz, 317; —enfermedades, 96, 128; —espíritu

de profecía, 162s., 302; —fama, 308; —envía a fr. Rufino sin hábito a predicar, 152; —envía sus frailes por el mundo, 116; —libra Gubio de un lobo, 132; —a fr. Ricerio de una tentación, 147; —alabanza de fr. Rufino, 152, 154; —de la humildad, 115; —de la pobreza, 117; —predica a los pájaros, 122; —privilegios de la Orden, 263; —repara iglesias, 297; —reprende a fray Elías 100; —reza sin breviario 109s.; —viaje a Babilonia, 146; —a Francia, 116; —a Roma, 305ss., 332; —a Santiago de Compostela, 98; —a Siena, 113s.; —vida en el Alverna, 199ss.; —en el lago de Perusa, 105; —en Rivotorto, 312; —manda callar las golondrinas, 122; —compone la Regla, 304s.; —desea conocer su vocación, 121; —envía los frailes por el mundo, 304; —trata con el Sultán de Babilonia, 136.
Foligno, lugar, 805.
Froitzheim, pintor, 423.

Gabriel, San, 22, 423.
Gaeta, lugar, 609, 643; —fray Antonio de, xx.
Gagliano, lugar, 661.
Gargano, lugar, 625, 654.
Gedeón, canónigo, 411, 600, 604.
Gemelli, fr., Agustín, xxxvi.
Geminiano: San, lugar, 328, 612, 644; —Guidoloto de, 650.
Génova, lugar, 281.
Gentil, conde, 799.
Gerardo, fr., 779; —sanado por el santo, 655.
Gerardino, fr., 258.
Gerlandino, resucitado por el santo, 639.
Gil: fr., 93, 101, 104, 145, 149, 158s., 180, 240, 249ss., 301, 539, 701, 753, 775, 795, 814s.; —viaje a Santiago, 251, 304; —dice lo qué es oración, 253; —prueba la virginidad de María, 260; —su muerte, 256; —libra a las almas del purgatorio, 257.
Giottino, pintor, 33.
Giotto, pintor, 551.
Gimigniano (vid. Geminiano).
Giumpareta, fr. Francisco de, 263.
Giunta Pisano, pintor, 163.
Gonzaga, fr. Francisco, 72, 522.
Grecia, 653.
Greccio, lugar, 324, 340, 382, 408, 415, 425, 581, 585s., 597, 604, 654, 715, 796; —desierto, 425, 486; —fr. Juan de, 597.
Greco, El, pintor, 130.
Gregorio IX, papa, 228, 273, 285, 299, 369, 371ss., 385, 431, 517, 563, 629, 632, 640, 648, 688, 729, 811, 833, (vid. Hugolino).
Guafredo, varón, 326.
Gualtero, sanado por el santo, 378.
Gubio, lugar, 296, 327, 374ss., 379, 424, 453 (vid. Eugubio), lobo de, 132ss.; —obispo de, 453, 534, 580; —fr. Bartolo de, 656.
Guido, 818; —obispo, 305.

Haimón, fr. 273.
Halés, fr. Alejandro de, 278.
Hayes, fr. Juan, xx.
Hernán, fr., 247.
Homobono, sanado por el santo, 380.
Honorio III, papa, 25, 128, 332, 351s., 401, 550s., 669, 772, 831, 833,.
Hugo, o Hugolino, cardenal, 332s., 351s., 531s., 401, 423, 425, 431, 475, 563, 573, 610, 675, 690s., 705ss., 720, 729, 731ss., 737, 758, 811; —fr. Hugolino, 176; —de Sorciano, fr., xxiv.
Humilde, fr., 177s.
Hungría, misión, 856,

Iluminado, fr., 211, 590, 617, 655, 796.
Impla, lugar, 473ss., 565.
Inés, monja, 120, 157.
Inglaterra, misión, 217ss.
Inocencio III, papa, 3, 305s., 395, 541, 550, 669, 693, 823ss.
Iseo, fr. Jacobo de, 656.
Isla, convento de la, 275.

Jacob, 357, 614.
Jacobo el Simple, fr., 720.
Jerónimo, caballero, 628.
Jeorjensen, J., xxxvi.
Jorge, San, Iglesia, 628.
Juan: San, evangelista, 524; —el Simple, 718s.; —fr. Juan, 498, 718ss., 795; —nombre de S. Francisco, 633, 796.
Juliana de Carvio, sanada por el santo, 651.
Junípero, fr., 180, 753; —su vida, 232ss.
Justino, San, 595.
Justo, San, monasterio, 446.

Konisfelden, lugar, 323.
Kuntz, Fritz, pintor, 35, 147, 157, 463.

Laudibus, fr., Juan de, 753.
Lando Polco, caballero, 227s.
Legísima, fr. Juan, xxvi.
Lemmens, fr. Leonardo, xxx.
León: fr., 63, 68s., 107ss., 147, 153, 159s., 193, 196, 200ss., 205s., 211, 216, 263, 265, 669, 713, 738, 753, 790, 795; —reza sin breviario, 109; —cuida las Llagas del santo, 211; —le expía, 206; —duda de su virginidad, 216; —cardenal, 459, 566, 731.
Lentino, lugar, 643.
Lérida, milagro, 633.
Limiso, lugar, 821.
Lisboa, fr. Marcos de, xxix.
Litle, A. G., xxx s.
Lippi Filippino, 515.
Lombardía, 252, 551, 559, 858.
Longo, fr. Felipe, 93 (vid. Felipe, fr.)
López, fr. Atanasio, 280.
Lorenzo, San, 505.
Luca, lugar, 411, 771.
Lúcido, fr., 169, 187, 753 (vid. Antiguo).
Luis, fr., 268; —San, 158.
Lulio, Beato Raimundo, 728.

Llagas, impresión, 202ss., 221, 226s., 269s., 347ss., 361, 614ss.

Mabuse, Gossaert, pintor, 284.
Machilona, lugar, 441, 698.
Mahoma, 547, 591.
Mancino, sanado por el santo, 373.
Manresa, fr. Ruperto de, xxix.
Mans, Le, lugar, 660.
Marca: de Ancona, 147s., 181, 449, 570, 815; —Tarvisina, 559; —fr. Ricerio de, 670.
Marcos: San, iglesia, 637; —caballero, 381; —sanado por el santo, 656.
Margaritone de Arezzo, pintor, 206.
Marignoli de San Lorenzo, fray Juan, xxiv.
Mariñano, fr. Maseo de, 196, 795.
Marruecos, 589; —viaje del santo, 321.
Marsicano, obispo, 438.
Martín: San, 388, 550; —vaquero, 662; —de Barcelona, fray, xxxvii.
Martini Simone, pintor, 454.
Masa: de San Pedro, lugar, 648; —provincia, 564, 660; —fray Jacobo de, 261; —fr. Santiago de, 122, 167s., 180s., 188, 251.
Maseo; fr., 99ss., 111ss., 121s., 147, 150, 196, 211, 753, 795; —da vueltas, 153; —su deseo de humildad, 155.
Mateo, clérigo, 645.
Maydnyston, fr. Rodolfo de, 273.
Merlino, varón, 275.
Miguel, San, 17, 22, 170, 196, 203, 211, 376, 503, 516, 584, 587, 614, 617, 625, 827; —ermita, 657.

Milán, fr. Bartolomé de, 268.
Miramamolín, 321, 589.
Mogliano, convento, 187ss.
Moisés, 357, 575.
Monaldo: sacerdote, 316s.; — fr. Monaldo, 550, 621.
Montecasale, lugar, 140s., 213, 505, 564.
Montecelli, convento, 120; — Montecolombo, 778; — Montefeltro, 194.
Monte Gárgano, santuario, 625, 654.
Montemasano, 636; — Monte del Olmo, 662; — Montenero, lugar, 374.
Monte Rubiano, fr. Mateo de, 176, 187.
Monte Sanvicino, convento, 170.
Monticello, fr. Pedro, 170, 173.
Montino, fr. Marcos de, 180.
Monumenta Germaniae Historica, 278.
Morico, fr., 504, 546ss., 816.
Mosa, monte, 570.
Murro, lugar, 170.

Nápoles, convento, 653.
Narni: lugar, 326ss., 373, 375ss., 611s., 657; — obispado de. 328.
Nicolás: San, iglesia, 538, 813; — III, papa, 229, 266; — tirano, 234ss.; — sanado por el santo, 374, 644; — sacerdote, 657.
Niño, fr. Juanetín, xx.
Núñez Ponte, J. M., xxxvii.
Nursia, lugar, 657.
Nocera, lugar, 433 574, 637, 688.
Nóvoa, fr. José, xxii s.

Octaviano, subdiácono, 371.
Offida, fr. Conrado de, 170ss., 275, 738.
Olite, lugar, 660.
Oria, lugar, 611.
Orlando de Chiusi, conde, 194ss., 199s. (vid. Chiusi).
Orte, lugar, 307.
Ortolana, monja, 157.
Osimo, lugar, 335s.
Ostia, obispo de, 401, 425, 474s.
Otón, emperador, 313.
Oxford, 273.

Pablo: San, 22, 118, 517, 535, 587; — fr. Pablo, 335; — Juan de San, cardenal, 306, 541, 822, 830.
Pacífico, fr., 177s., 348s., 436, 449, 468, 549, 621, 721s., 766, 722, 729.
París, 278.
Parma, lugar, 609; — fr. Juan de, 108ss.
Pasarell, fr. Elías, xx.
Passerini, 282.
Passerotti, pintor, 106.
Pedro: San, 22, 118, 517, 535. 587, 605; — mártir, 276; — iglesia de, 536; — fr. Pedro, 326, 813; — paralítico, 327; — Díaz, obispo, 267; — de Alife, libertado por el santo, 649; — de Foligno, sanado por el santo, 327; — de Narni, sanado por el santo, 376, 657; — resucitado por el santo, 637.
Penna, fr. Juan de la, 174ss.
Peregrino, fr., 146ss.
Perfecto, salvado por el santo, 645.
Perusa: lugar, 107, 125ss., 158, 258, 370, 382, 387, 409, 446, 517, 595, 773, 798; — lago de, 105, 324, 698; — condado, 439, 698; — obispado, 382, 446, 773s., 798.
Pica, madre del santo, 797.
Petramala, lugar, 662.
Pieve: lugar, 326, 381; — castillo de, 613, 656.
Piglio, lugar, 660.
Piombo, Sebastián del, pintor, 62.
Pirato, fr. Benito de, 755.
Pisa: fr. Alberto de, 271; — fr. Angel de, 271, 273; — fray Bartolomé de, 269.
Po, río, 559.
Pofi, lugar, 640, 654.
Poggio, eremitorio, 466.

Poitiers, lugar, 659.
Pomarico, lugar, 636.
Porciúncula: Santa María de la, 17, 107s., 111, 119s., 125ss., 135s., 153, 196, 211, 215, 218, 220, 274s., 299, 321, 336, 356, 357, 397s., 422, 426s., 433, 446, 457, 481, 488, 545s., 549, 570, 583, 595, 620, 623, 675, 680, 682, 688, 702, 715ss., 733, 750ss., 758, 764, 798, 814, 817, 820ss., 828ss., 854, 871; — indulgencia, 275; — donación, 715ss.
Potenza, lugar, 635.
Práxedes, sánala el santo, 658.
Provenza, provincia, 316.
Pulla, 388, 428, 528, 570s., 635s., 662, 798, 804.

Quaracchi, lugar, 282.
Quertorio, fr. Guillermo de, 281.
Quintaval, fr. Bernardo, 753, 775 (vid. Bernardo, fr.).
Quirico, San, 572.

Ragusa, lugar, 639.
Raho, fr., 638.
Rainerio, cardenal, 371.
Razzolini, A., pintor, 233.
Recanati, lugar, 174.
Reding, fr. Juan, 273.
Reginaldo, sacerdote, 659.
Reni, Guido, 245.
Ribera, José, 181.
Ricerio, fr., 147s., 317, 414, 684.
Rieti: lugar, 255, 324, 351, 368, 411, 413, 441, 462, 486, 574, 581, 600, 611, 618, 684, 686, 698, 708, 733, 772, 783, 795; — lago, 324, 486, 581, 647; — obispado, 611; — provincia, 618, 779; — convento, 686; — eremitorio, 413, 574, 684; — fr. Jacobo de, 646.
Rímini, lugar, 165.
Rivotorto, 312s., 545, 692, 701, 826ss.
Roberto, fr., curado por el santo, 653.
Robbia, Andrea della, 834.
Rocca de Campiglia, 441.
Rochicciola, lugar, 701.
Rodulfo, hospeda al santo (milagro), 640.
Rogada, sanada por el santo, 658.
Rogerio, canónigo, 635; — fray Rogerio, 753.
Roma: lugar, 305, 307, 332, 390, 401, 449, 474, 581, 637, 640, 649, 658, 705, 730, 779s., 802, 824, 832, 851.
Romagna, región, 193s., 209, 473.
Rufino; fr., 94, 152. 217s., 240, 348, 715, 753, 795; — se le aparece el demonio, 149ss.

Sabatier, Pablo, xx ss.
Sabina, 662; cardenal de (vid. Juan de San Pablo) 306, 822.
Sahagún, lugar, 662.
Salimbene, 278.
Sánchez Cantón, F. J., xxxvii.
Santa Cruz; cardenal de, 566; — fiesta de la, 208.
Santo Sepulcro, 252.
Santiago de Galicia o de Compostela, 98, 251s., 304.
Sarasola, fr. Modesto, xx ss.
Sarciano, desierto, 423, 457, 554; — lugar, 574.
Sarteano, eremitorio, 839.
Satriano, lugar, 434.
Segrelles, pintor, xxv.
Sena (vid. Siena).
Sesa, lugar, 639.
Settembrini, Luis, xxv.
Severino: San, lugar, 168, 336, 380, 548, 643ss., 657; — fray Bentivoglio de, 169s.; — fray Maseo de, 169.
Sibilia, lugar, 376.
Sicilia, 658.
Siena: lugar, 113, 355, 439, 441, 448, 468, 481, 487, 572, 579, 580, 584, 598, 602, 678, 713; — fray Andrés de, 274.
Sietesolios, Jacoba de, 218ss., 258, 581, 778ss.
Silvestre, fr., 93, 96, 121s., 240, 451s., 539, 565s., 607s., 621, 814,

Simón, fr., 167ss., 240; —Le Simón, lugar, 659.
Simonetti, Virgilio, pintor, 768.
Simple, fr., Juan, 498.
Siria, viaje a, 320ss., 589s., 758.
Sirolo, convento, 171.
Soffiano, convento, 177s.
Sora, obispado, 657.
Spello, lugar, 376, 379, 656.
Subasio, monte 826.
Subiaco, monasterio, 90, 372, 418, 432, 715s., 828.
Sucano, lugar, 656.

Tamarit, lugar, 645.
Tancredo, fr. Angel, 122, 140ss., 196, 730s., 753, 823.
Tebas, lugar, 654.
Tenreiro, Ramón María, XXXVI.
Terni, obispo de, 470s.
Thode, H., XXXVI.
Tiberio de Asís pintor, 850.
Tierra de Labor, 516, 605, 625, 660.
Tívoli, lugar, 652.
Todi, lugar, 377; —fr. Angel de, 656.
Tomás, sacerdote, 640s.
Toscanella, lugar, 326, 611.
Trabe Bonanti, lugar, 170.
Tracia, región, 647.
Trevi, lugar, 721.

Urbano, San, desierto, 324, 558.
Urbino, fr. Servodeo, 170.

Valva, 661.
Valladolid, lugar, 660.
Veletri, lugar, 352.
Venecia, lugar, 583.
Verecundo, San, monasterio, 453, 580.
Verona, lugar, 425, 423.
Veronés, pintor, 64.
Vid, fr. Bernardo de la, 823.
Villa, sanada por el santo, 382.
Villasillos, lugar, 662.
Viterbo, lugar, 229, 234, 652.
Vivarini, Alvise, pintor, 230.
Volturno, río, 638.
Volusio, lugar, 410.

Waddingo, fr., Lucas. XX ss.
Wentermarini, G., pintor, 681.

Zancato, lugar, 655.
Zurbarán, pintor, 5.

INDICE ANALITICO DE MATERIAS

Abejas, amor del santo a las, 337; —fabrican panal en su vaso, 487.
Abundancia, durante la vida del santo, 420.
Abusos en la Orden, 735ss.
Aceite, se humilla al pedirlo, 810.
Acción Católica, patronato del santo, XX ss.
Admisión a la Orden, 4s., 25ss., 35, 501.
Aflicción del santo por los malos frailes, 748.
Afrenta, mal para quien la hace, 11.
Agua, amor al, 785.
Alabanzas de Dios: 68s., 337, 418, 750s; —de fr. Gil, 539; —de fr. Junípero, 231, 233; —de la pobreza, 430; —de la Porciúncula, 751s.; —de Santa Clara, 546.
Albedrío, según fr. Gil, 258s.
Alegría espiritual: sus bienes, 462ss., 790; —perfecta, qué es, 107s., 762; —la deseaba el santo, 9, 760ss.; —la tenía por su muerte, 788; —manifestaciones, 759.
Alondra, símbolo del fraile, 781s.
Ambición, la aborrecía el santo, 354s.
Amor verdadero: 47; —amor de Dios, impresión que causaban al santo estas palabras, 502s., 526s., 586, 759; —a las criaturas, 781ss.; —a los frailes tentados, 458; —a los leprosos, 138, 391.
Angel: consuela al santo con música, 558s.; —uno deseó hablar con fr. Elías, 98.
Animales: cómo los trataba el santo, 580s.; —cómo quería que fuesen tratados en Navidad, 782; —amor que les tenía, 323s.
Animas del Purgatorio libradas por el santo, 222ss.
Apariciones: de Cristo a los frailes, 119, 124, 128, 274, 529, 531; —a fr. Juan de Alverna, 184; —a fr. Juan de Penna, 175, 177; —del Crucificado, 529; —de San Francisco en el capítulo de Arlés, 605; —a un religioso, 224, 516; —a un tullido, 375; —al Obispo de Asís, 625; —de un ángel a San Francisco, 202; —de un serafín crucificado, 209, 347; —al emperador de Constantinopla, 276s.; —en las tres mujeres simbólicas, 442; —de un religioso difunto a fr. Conrado, 172.
Apostolado, 300ss., 540s., 549s., 555s., 606, 664, 726ss.
Aprobación: de las Llagas, 229; —de la Orden, 537ss.; —de la Regla, 825.
Arbol: de la Orden, 181; —ve el santo uno en sueños, 825; —amor a los, 786.
Arco iris, lo era el santo, 523.
Armonía: con los prelados, 712; —con los clérigos, 714.
Asno, hermano (cuerpo), 556.

Avaricia, sus males, 416.
Aves: manda el santo que callen, 583; —celebran su muerte, 626; —predica a las, 122, 322ss.; —vienen a la mano del santo, 486.
Avisos espirituales del santo, 39ss.
Azotes: para vencer las tentaciones 554; azotado por los demonios, 459, 731.

Bálsamo, de la Virgen a un fraile enfermo, 178s.
Barba, contra, 479.
Bendición: de Cristo al pueblo de Asís, 274s.; —de la ciudad de Asís, 219 790; —dada a los frailes, 357, 513, 756; —a fr. Bernardo, 104, 775; —de la mesa, por Santa Clara, 156; —el santo la dió escrita a fr. León 201; —a otro fraile, 603, 418.
Biblia: donación a una pobre, 702.
Benedictinos, relaciones con los frailes, 271ss., 296.
Bienaventuranza: entra en ella el santo, 526; —hablando de ella un fraile convierte a un tirano, 279; —franciscanas, 44ss.
Bienhechores de la Orden, los protege el santo, 202, 263, 279ss.
Bolsa, con una serpiente dentro, 671.
Bolas de oro en el seno del santo, 207.
Breviario: el santo rezaba sin él, 109; —se lo prohibe a un lego, 502.

Caballería, uso de, 14, 27.
Caballeros: de la Tabla Redonda, 740; —un caballero recibe al santo, 160s.; —unos, que no encontraron de comer, 688.
Caballo, vendido por el santo, 531, 710.
Cadáver, el obediente debe ser como un, 562; —el cadáver del santo, lo ve Santa Clara, 777.
Cáliz, el santo da de beber en él a sus frailes, 181s.
Campanillas, las corta fr. Junípero, 238.
Canonización del santo, 221, 367, 370, 417s., 517, 626ss., 835.
Canto: del hermano Sol o de las criaturas, 70s.; —composición, 766; —se lo cantan los frailes, 769, 787, 790.
Capítulo: General, 7, 17, 29; —cómo lo celebraba el santo, 827; —de las Esteras, 125, 216, 725, 827, 733, 549; —General en España, 281; —provincial de Arlés, 550.
Carbón encendido, un fraile no lo siente, 168.
Caridad: del santo, 298, 334, 488ss., 586ss., 694, 712ss., 729s., 754ss., 794, 801;—con los pobres, 334, 437; —con un fraile hambriento, 399; —con los ladrones, 140ss.; —con un soldado, 388; —de unos frailes con otros, 8, 115, 173, 71[illegible] 820s.; —un fraile quiere dar un ojo por un malhechor, 169; —de fr. Junípero con los pobres, 237s.
Cartas del santo, 48ss., 219.
Carro de fuego visto en Rivotorto, 316, 545.
Casa que pretendió destruir el santo, 675.
Castidad, 216, 526.
Castigo: de un fraile despreciador de un pobre, 334; —de un fraile por una mala palabra, 712; —de palabras ociosas, 481; —de unos benedictinos, 271s.; —de un murmurador, 578; —de un prebendado, 601; —de un fraile que tocó dinero, 816; —de una cerda, 453, 580; —de los moradores de Perusa, 773.

Cauterio de los ojos, 486, 556, 783.
Cántico del Sol (vid. Canto).
Cautiverio del santo, 387.
Ceniza: la echaba en los manjares, 552.
Cigarra: canta a petición del santo, 488, 583.
Cilicio del santo, 393, 808.
Ciencia: del santo, 448, 475, 501, 526, 713ss., 866; —la apreciaba, 63, 321, 672ss.; —males que encierra, 502, 733ss. 738s.
Císter, un monje hácese franciscano, 266.
Clarisas: 297, 506s., 546, 811; —el santo las exhorta, 757.
Clérigos; los frailes son sus auxiliares, 473, 679, 714; —palabras que dijo el santo a uno, 501 (vid. Sacerdotes).
Columpio, fr. Junípero se pone en el, 242.
Comida: pobre, 424; —la necesaria, 695; —un joven se presenta con ella, 543; —modo como la hizo fr. Junípero, 243s; —del santo con seglares, 805.
Comparación: la Orden es como una red llena de peces, 303; —es como un pescador, 815; —el obediente es como un cadáver, 477, 562, 710; —entre el santo y San Juan Bautista, 387; —y San Martín, 388; —relativa a la modestia de la vista, 753.
Compañeros del santo, los primeros, 300s. 310ss., 513s., 518s. 813s.
Compasión con los pobres, 344. 520.
Comportamiento, cómo debe ser, 355; —con un fraile tentado, 414.
Composición del cántico del Sol, 766.
Comunes, las cosas deben serlo, 493.
Comunión, 18, 51; —del santo, 505, 587.
Conciencia, leía el santo en ella, 316.
Concupiscencia: medio del santo para vencerla, 553.
Confesión, 18, 51, 408; —un fraile que no la hacía, 404, 603, 770; —de los frailes, 315; —de un tirano, 278s.
Confirmación de las Llagas, 221ss.; —mérito de las, 226s.
Conformidad del santo con Cristo, 278.
Conocimiento secreto, 415.
Consejos a los religiosos, 311s., 5[illegible]0, 727, 751.
Construcción de iglesias, 535.
Contemplación, 593.
Contradicciones, el santo las anuncia, 817.
Conventos, modo de adquirirlos, 678.
Conversación: del santo con el Señor, 5[illegible]8; —con el Papa, 396; —de los frailes, 307; —de fr. Juan de Alverna con el alma del santo, 224s.; —de fr. Pedro de Monticello, con San Juan, 173; —de fray Servodeo con S. Miguel, 170.
Conversión: del santo, 289ss. 531ss., 800ss.; —de fr. Bernardo, 93ss.; —de fr. Pacífico, 548s.; —de un enemigo de los frailes, 273s.; —del agua en vino, 558; —de un tirano, 278; —por las oraciones de los humildes, 738.
Convites, conducta en ellos del santo, 573s.
Cooperación con los clérigos (vid. Clérigos).
Corderos, amor del santo a los, 334ss.
Cornejas, que estorbaban la oración, 169.
Corrección fraterna 7, 735ss.; —el santo la recibe con humildad, 471.
Cortesía, alabanza de la, 161, 278, 397.

Criaturas: amor a las, 135, 322ss., 334ss., 413, 384ss., 557ss., 576ss., 608ss., 782; —son espejo de Dios, 484.
Crucíferos, Orden de los, 547.
Crucifijo: habla al santo, 531, 804; —aparición diabólica a fr. Rufino, 150.
Cruz: fiesta de la Santa, 268; —devoción del santo a la, 503; —milagro con la señal de, 412, 611; —el santo aparece en forma de cruz, 550; —precedía al santo, 216; —fray Silvestre ve una, 814; —devoción de los frailes a, 315.
Cuaresma de San Miguel, 203, 211s.; —en el lago de Perusa, 105; —en el monte Alverna, 203.
Cuartanas, las sufre el santo, 723.
Cuerpo: cómo debe ser tratado, 464, 510s., 763, 835s.; —muerte del santo. 361; —predijo su gloria, 777s.
Cuidado, del santo por los frailes, 318.

Damianitas (vid. Clarisas).
Demonios: huyen al nombre del santo, 135s., 227s., 328ss., 451, 566, 721, 864; —dan testimonio de las Llagas, 227; —arrojados de un fraile, 214, 452; —huyen a la señal de la cruz, 460; —azotan al santo, 197, 459, 731; —lo tientan, 197, 331, 390, 457, 803; —intentan despeñarlo, 204; —luchas con él, 204, 594; —aparecen a fr. Rufino, 149; —convierten un cabello en maroma, 455; —métense en una almohada, 553; —se ponen sobre el cuello de un fraile, 136; —se vengan de fr. Junípero, 248; —temen a este fraile, 234; —mueven a un tirano contra él, 235; —son ministros del Señor, 732; —la alegría los confunde, 760.
Derribo de una casa, 422.
Derrota de Damieta, 405.
Descripción: de San Francisco, 338; —del verdadero fraile menor, 752s.; —de la ceremonia de la canonización del santo, 370s.; —de Santa Clara, 297s.
Deseo: de comer pescado, 779; —de comer mostaccioli, 779; de morir en la Porciúncula, 357.
Desprecio: de las cosas temporales, 537, 816; —al santo de sus conocidos, 293; —a los frailes, 310, 819.
Detracción, aborrecible, 578.
Devoción del santo: a los ángeles, 503, 587; —a la Cruz, 506, 664s.; —a la Eucaristía, 505, 727; —a la Navidad, 504; —al nombre de Jesús, 363, 597; —a la Pasión, 208, 392, 586, 757ss., 804s.; —a las reliquias, 505, 564s.; —a la Trinidad, 538, 813; —al nombre del Señor, 338, 597, 727; al Niño Jesús, 341; —a la Virgen, 503, 587s.; —a San Pedro, 390; —a San Juan Bautista, 387; —a San Pedro y San Pablo, 535, 587; —a San Miguel, 203, 503, 584, 587.
Difuntos, oración por los, 6.
Dignidades, no son para los frailes, 474s., 563, 705.
Dinero: desprecio del, 426ss., 547, 571, 682; —los frailes no lo aceptan, 10, 28, 818; —el santo lo da a un sacerdote, 531, 808; —lo tira, 292; —castiga a un fraile por tocarlo, 427, 682, 836; —convertido en serpiente, 428, 571.
Discordia, debe evitarse, 475.
Discreción del santo, 399, 556s.
Discusión entre dos religiosos, 258s.
Distracciones en el rezo, modo de evitarlas, 596.

Doblez de ánimo, los frailes no la tenían, 315.
Dolor: del santo, 211, 356; —se goza en él, 623; —de ojos, 413, 553; —de Santa Clara, 364.
Dominicos, 260s., 269s., 275, 713s.

Edificios pobres, 326, 674s.
Educación del santo, 286s.
Ejemplo del santo, 732; —el bueno y el malo, 7, 478s.; —predicaba el santo con él a las monjas, 508.
Encarcelados, libertados por el santo, 347ss.
Encuentro, con Santo Domingo, 705ss.
Endemoniados, curación por el santo, 215, 276s.
Enemigos, amor a los, 18, 43, 52, 59.
Enfermedades del santo, 50, 147, 159, 217, 324, 444, 465, 471, 510ss., 527, 622s., 704, 758, 779; —cuartanas, 723; —de hidropesía, 788; —de estómago, 724, 754; —de la vista, 128, 349ss., 355, 413, 441, 485, 557, 765, 783s.; —de Santa Clara, 159; —cómo se han de sufrir, 705; —el santo se alegraba en ellas, 128, 218, 766, 787; —le impiden seguir de prelado, 703; —promesa del Señor por ellas, 512.
Enfermos, el santo los cura, 325, 612, 696, 702; —cómo se han de soportar, 12, 29, 490; —de espíritu, 491s.
Entierro del santo, 364.
Envidia, cómo debe evitarse, 43.
Eremitorios, 32s., 740.
Escala: de los seres creados, 484, 586; —visión de una que llegaba al cielo, 265.
Escandalosos, maldición a los, 577s.
Escritos: de San Francisco, 65-90; —espirituales, que recogía, 338.
Escrituras: conocimiento de las, 698; —interpretación del santo, 448s., 483, 577, 713; —conocimiento de fr. Santiago de Massa, 180.
Españoles: en la batalla de Damieta, 405; —buen ejemplo de los religiosos españoles, 491s.
Esposa, conducta de una esposa con su marido, 410.
Esteras (vid. Capítulo).
Estéril, qué se entiende por ella en la Escritura, 741.
Estudio, cómo debe ser, 501s.
Eucaristía (vid. Devociones).
Evangelios: los lee tres veces el santo, 95, 208, 346, 538, 614, 813; —imitación, 299, 339; —los recomienda a los frailes, 624.
Exhortación del santo a las clarisas, 757.
Extasis: comportamiento en ellos, 261; —frecuencia de los del santo, 201, 213, 445; —de fr. Pacífico, 177; —de fr. Santiago de Massa, 180; —de fray Juan de Alverna, 186s., 190s.

Faisán, regalo al santo, 487.
Fama, del santo, 308, 325.
Familia, trato con ella, 822.
Familiaridad, evitarla con mujeres, 453; —ejemplo del santo, 456.
Fervor del santo, 354.
Fiestas de los santos, cómo deben celebrarse, 687.
Fisonomía del santo, 338s.
Flores, amor del santo, 337, 786.
Fraile menor: cuándo se le llamó así, 310, 693, 707; —verdadero, 472, 563, 753; —sálese uno de la Orden, 404, 406, 411; —malos frailes, 748; —amonestación a los frailes, 195.
Fraude, castigo del, 144.
Frutos, de la predicación del santo, 546.

Fuego: poder del santo sobre él, 557s., 783ss.; —milagroso, que salía de la Porciúncula, 120; —prueba del, 591.
Fuente, nace milagrosamente, 190.
Fundación de la Orden, 537ss.

General: cuál debe ser su conducta, 495ss., 746ss.; —el santo tenía este oficio del Papa, 216s.; —lo renuncia, 704.
Glorificación del santo, 516, 625, 722.
Glosa del Padre Nuestro, 65s.
Glotón, se acusa el santo, 723.
Golondrinas, manda el santo que callen, 122, 323, 609.
Grandeza del santo, 420.
Granizo, libra el santo a Greccio de él, 585.
Gusanos, trato que les daba el santo, 485.

Hábito: del santo, 811; —lo da, 493; —un monje del Císter lo viste, 266s.
Halcón: amistad con el santo, 204, 486, 584.
Hambre, de un religioso, 694.
Heraldo del gran rey, 209, 296, 534.
Hermano, de San Francisco, 811.
Hermanos de la Penitencia (vid. Terciarios).
Himno de la hermana muerte, 790.
Hipocresía: de un religioso, 404; —la censura el santo, 465, 724, 770s.
Horca, fr. Junípero llevado a ella, 235.
Hospedaje de los frailes, 818s.
Humildad: del santo, 45ss., 53, 58s., 111, 216, 298, 305, 319, 322, 349, 466, 470ss., 560ss, 569s., 703s., 708s., 722ss., 845ss.; —de fr. Junípero, 241; —en el hábito, 470; —con un obispo, 471; —es guarda de las virtudes, 560; —verdadera, 47; —norma de, 560.
Hurto, es no dar al más necesitado, 697.

Iglesias: fórmula de adoración, 34; —repara varias el santo, 291s., 297s., 299, 531ss., 717s., 809; —cómo deben ser cuidadas, 61.
Imagen del crucifijo, habla al santo, 391.
Imitación de Cristo, 42.
Imprecación contra los ociosos, 480.
Impresión de las Llagas, 205, 210.
Impureza, modo de evitarla, 240; —castigo, 13.
Indignación del santo, 826.
Indulgencia de la Porciúncula, 274; —un dominico la niega, 274.
Ingratitud, castigo, 409, 412, 601, 713.
Ingreso en la Orden: del emperador de Constantinopla, 276s: —de un tirano convertido, 278.
Inmaculada, defendida por fray Gil, 261.
Insultos sufridos, 321, 547.
Inteligencia de las Escrituras, 590.
Interpretación de las Escrituras, 713.
Ira del santo contra un labriego, 314.

Jaculatorias del santo, 94, 194, 206.
Juglares de Dios, 767.
Juicio de Dios ante el Sultán de Babilonia, 591; —temerario, 702; —contra unos monjes benedictinos, 271.
Jumento, lo usa el santo, 602, 610.
Juventud del santo, 286ss., 389, 526ss., 796ss.

Ladrones: maltratan al santo, 533; —se convierten, 141 s.; —cómo los trataron los frailes, 730; —visión de uno después de ser fraile, 143ss.
Laudes, que rezaba el santo, 65ss., 815.
Lebratillo protegido por el santo, 324.
Legos, hermanos, 6, 18, 60.
Leprosos: curados, 32, 138, 380ss.; —vive el santo con ellos, 296, 535; —cómo los trataba, 139, 802; —come con uno, 721; —los frailes deben servirles, 707s.; —repugnancia, 391; —amor que les tenía, 138, 529s.; —fr. Conrado los transportaba, 169.
Letrados, 321 (vid. Ciencia).
Libros: el santo los quería pobres, 424; —contra los demasiados, 6, 672s. (vid. Ciencia).
Limosna: pídela el santo, 264, 393s., 680s., 685s., 809; —no se la daban, 816; —en los viajes, 821; —recomendaba que se diese, 9, 430, 432, 572ss.; —a los leprosos, 530; —a un pobre, 527; —promesa de darla, 801; —el pedirla es profesión de frailes, 689s., 692; —es robo pedirla sin necesidad, 681; —piden unos caballeros, 698; —por ella un criado perdona a su amo, 698; —reprensión a quien rehusaba pedirla, 433; —vale más que el dinero, 11, 434.
Limpios de corazón, 45.
Lobo de Gubio, 132; —libra de los lobos a Greccio, 480, 585. Lucha con los demonios, 594.
Lujuria, cómo la venció el santo, 457.

Llagas: 205-29, 269s., 392, 551s.; —aprobación, 229; —certeza, 218, 631ss.; —circunstancias de la impresión, 205ss., 222ss., 347s., 614-22, 834; forma, 627; —milagros por medio de, 269s., 631ss.; —ocultación, 467ss.; —duda sobre ellas, 269; —vistas por muchos, 217s., 361, 468s., 619; —el demonio da testimonio de ellas, 227s.; —aplacan a Dios, 228, 265; —para qué se las dió Cristo, 210, 224.
Llanto del santo por la Pasión, 758.

Madre del santo, 801, 807.
Madres de los frailes, caridad del santo, con ellas, 440, 702.
Maestro, sólo es Dios, 788.
Maldición de San Francisco, 127, 453, 479, 577, 580; —del padre del santo, 702, 810.
Manjares, multiplicación, 575.
Manto, lo dió, 438s., 697, 699.
María, devoción (vid. Devoción).
Maroma, el diablo convierte un cabello en, 555, 760.
Martirio, deseo, 320ss., 588ss.
Máximas del santo, 555, 755.
Médico: come con los frailes, 413, 778; —milagro a su favor, 575.
Mendicación: 394, 432; —la recomienda a los frailes, 573.
Mendigo, se viste el santo de, 530.
Menores, por qué llamó así el santo a sus frailes, 309s., 563, 692 (vid. Frailes).
Mesa, comportamiento del santo en ella, 805.
Migajas, en sueño las reparte el santo a sus frailes, 550.
Milagros: 198ss., 212ss., 260, 267, 275, 280ss., 320, 324ss., 367ss., 373ss., 452, 411ss., 416, 434, 452, 548, 589, 611, 631-65 (vid. Llagas); conversión del agua en vino, 324, 558; —milagros en España, 280; —en Ciudad Rodrigo, 267s.; —En Lérida, 634.

Ministro General: 29, 770, 795, 855; — sus cualidades, 495ss., 737, 746ss., 6ss., 17, 59s.; — elección, 29; — comportamiento, 4, 6, 8, 31.
Ministros malos, 497; — responsabilidad, 703; — Provinciales, sus cualidades, 497.
Misa: cómo la oía el santo, 505, 755; — cómo debe celebrarse y oírse, 57s.
Misal, lo consulta el santo, 95.
Misericordia, 51.
Misiones, 14s., 32, 304, 477, 540, 588ss., 633, 711.
Modestia, 354, 753ss.
Monacal, vida, 306.
Monjas, trato con ellas, 31s., 507s., 835.
Mortificación: 44, 52; — del santo, 105s., 510s., 723., 203, 552, 805; — en la comida, 318; — medios de que se valía el santo, 319; — de los frailes, 399, 695, 828; — debe practicarse con prudencia, 556, 694, 762.
Mosca, fray, así llamaba el santo a los ociosos, 556, 570, 692, 742, 835.
Moscas (dineros), 574, 689.
Muerte: del santo, 220, 343, 357ss., 513ss., 623ss., 777, 787ss., 834; — conoce el santo la hora, 219, 623; — la deseaba, 788; — de fr. Bernardo, 776s.; — de fr. Gil, 256; — del Cardenal Juan de San Pablo, 830; — del pecador, 54; la hermana, 790; — muchos libres de ella por el santo, 640ss.
Muerto, que resucita, 268.
Mujeres: trato con ellas, 13, 555; — debe huirse de su familiaridad, 453ss.; — parábola sobre esto, 455.
Multiplicación de manjares, 494.
Mundo, desprecio del, 435.
Murmuración: 12s.; — de un fraile contra el santo, 602; — descripción del murmurador, 495; — castigo, 494, 578.
Música, el santo la oye una noche, 205, 463, 759.

Nacimiento del santo, 386s., 796.
Nada del hombre, 258s.
Náufragos, socorridos por el santo, 645ss.
Navidad: celebración de la, 189, 504, 686s., 783; — en Greccio, 339ss., 504, 597s.
Necesidad de los frailes socorrida, 413; — a veces sólo es excusa, 429.
Nieve, el santo se revuelca en ella, 554.
Niño, entra uno en la Orden, 174.
Nombre de Dios: efectos que producían estas palabras en el santo, 338; — cómo lo honraba, 597.
Novicio tentado, 130s.

Obediencia: 3s., 7, 36, 41, 253, 315, 419, 476s., 562s., 704, 709ss., 838; — cómo debe ser, 314, 447, 562, 710; — sus excelencias, según fr. Gil, 253; — de fr. León, 263; — de fr. Maseo, 113s., 115s.; — de los frailes, 310; — de las golondrinas, 324; — a la Iglesia Romana, 126, 745; — tres clases de obediencia, 477; — castigo de un fraile desobediente, 478; — es mejor que la oración, 253.
Obispos, respeto del santo a, 565, 678, 711s.
Obsequios, cómo los recibía el santo, 328.
Ocio, contra el, 481s., 820.
Ociosidad, contra la (vid. Mosca).
Ofensa, cuidado que tenían los frailes de no cometerla, 821.

Oficio de la Pasión, 73ss.; — divino, 6, 27, 35; — cómo lo rezaba el santo, 109s., 444, 596s, 759s.
Ojos: cauterio, 485s.; — enfermedad de los, 128, 425; — un fraile quiso dar uno, 169.
Opinión: del santo sobre sí, 461; — de las gentes sobre los frailes, 815.
Oración: del santo, 67, 69, 94, 100, 160s, 197, 206s., 209, 217, 239, 314s., 331, 335, 391ss., 415, 472, 460, 318, 542, 592ss., 738ss., 759s., 762s., 803; — modo de hacerla, 94, 314, 330, 443, 544; — de noche, 124; — de fray Maseo, 156; — de los frailes, 169ss., 311, 314; — en los viajes, 817; — para evitar el sueño, 310; — del emperador de Constantinopla, 277; — de fray Simón, 167ss.; — qué es según fr. Gil, 253; — brota una fuente, 199; — duda el santo si dedicarse a ella, 607; — el Obispo de Asís ve la del santo, 446, 595; — no debe omitirse, 741; — hecha por un abad, 596; — el santo buscaba el retiro, 529; — conducta después de ella, 445s.; — manifiéstale Dios en ella la duración de la Orden, 480.
Orden: aprobación, 823ss.; — fundación, 537ss., 546, 817s.; — difusión, 180ss., 302s., 540, 815, 831; — protección divina, 202s., 263, 480, 538, 577s., 745ss.; — cuatro prerrogativas, 263, 745; — muchos piden el ingreso en ella, 830; — no recibe el santo a un joven, 771; — un fraile sálese de ella, 433, 435; — Orden Tercera, origen, 122.
Oro, tres bolas de (vid. Bolas).
Ovejas, amor del santo, 335, 580.

Paciencia, 44; — en ella está la perfecta alegría, 107; — luz del mundo, 738.
Padre Nuestro: explicado por el santo, 65s.; — cantado por los frailes, 316.
Pájaros: escuchan al santo, 122, 608; — muestran su alegría al verle, 199.
Palabras: ociosas, castigo, 481, 750s.; — del santo al Papa, 824, 832; — a un clérigo, 501; — a su padre, 533; — a los frailes, 823; — sobre los malos ministros, 497; — sobre los malos frailes, 749; — secretas que dijo al santo un serafín, 222, 224; — respeto a las palabras del Señor, 48ss.
Palaciegos, contra los frailes, 731ss., 459s., 566.
Palacio: el santo ve uno en sueños, 528, 799; — huía de ellos, 459.
Pan bendito, lo da el santo a los frailes, 756.
Papa, predica el santo en su presencia, 856.
Papel escrito por el santo a un religioso, 603.
Parábolas: de la esposa, 291; — de la esposa de un rey, 395s., 542, 823; — de una gallina, 400, 832.
Pasión, devoción del santo, 392, 529, 757 (vid. Oficio).
Paz: el santo la anuncia, 300, 538, 540, 693; — también los frailes, 818; — entre el obispo y las autoridades de Asís, 767; — saludo, 812.
Pecadores, misericordia con los, 274, 278ss.
Peces: tributo, 716; — el santo y los peces, 324; — desea comerlos, 779; — predicación de San Antonio, 165.
Penetración de espíritus, 316s., 770s.
Penitencia: del santo, 203, 552s., 557, 808; — de los frailes, 196, 398; — impuesta a los vanílocuos, 750s.; — de fr. Morico, 548; — de fr. Juan de Al-

verna, 183; —camino del cielo, 546; —Hermanos de la (vid. Terciarios).
Peregil, se encuentra milagrosamente, 419.
Peregrinación, del santo a Roma, 802.
Peregrino, fíngese, 687.
Pereza, contra, 482.
Persecución: el santo la sufre de sus familiares, 392; —de su padre, 292ss., 393s., 532, 807, 819.
Piedad, virtud, 576s.
Plaga de Greccio, 408.
Pobres: conducta del santo con ellos, 388, 334, 390, 437ss., 526ss., 692, 696ss., 796, 578s., 801s., 840, 844, 860, 862; —castigo de un fraile que los juzgó mal, 701; —mandó a fr. Gil que vistiese uno, 701; —se avergonzaba de no serlo más, 648; —el pobre representa a Cristo, 438, 579.
Pobreza: amor, 3s., 28s., 44s., 200, 209, 295, 298ss., 310, 312ss., 318, 421ss., 436, 530, 533, 537, 547, 567ss., 572, 623s., 670ss., 682ss., 685ss., 696ss., 755, 785ss., 822, 837s., 843s.; —en la mesa, 432; —en el vestido, 429; —alabanzas, 117, 430; —excelencias, 547, 569; —gozo en ella, 308; —visión de tres doncellas, 572; —visión del santo relativa a la, 436; —visión de fr. León, 159s.; —el santo la inculca a sus frailes, 200; —es un tesoro, 116s.; —cómo debe observarse, 28, 671s.; —pobreza de espíritu, 44.
Piedad del santo, 576s.
Precipitación en mandar, 711.
Precursor del santo, 812.
Predicación: condiciones, 18s., 766; —del santo, 126, 300, 308, 321, 331s., 449s., 525, 546, 609ss., 812, 817, 825; —del sabio y del sencillo, 500; —a las aves, 122, 608, 322; —ante el Papa, 332, 832; —ante el Sultán de Babilonia, 590s.; —en Ascoli, 325; —en Greccio, 341; —pide el santo permiso, 565; —se lo da el obispo, de Imola, 473; —duda el santo si predicar, 607.
Predicadores: cualidades, 16ss., 30, 483ss., 502, 577s., 734ss.
Precepto de obediencia, modo de usarlo, 477.
Preferencias por la Porciúncula, 716s., 750.
Pregonero del gran Rey (vid. Heraldo).
Prelacías, 41, el santo las renuncia, 216, 471, 703s., 736s.; —contra los ambiciosos, 41, 472s., 563, 705.
Prelados: veneración a los, 679, 755; —nadie se crea tal, 8.
Prerrogativas: de la Orden, 202, 745; —de la Porciúncula, 751.
Prisionero, es hecho el santo, 294s., 387, 532s., 798.
Privilegios: concedidos por Cristo a la Orden, 263; —criterio del santo, 36, 711s.; —los frailes no deben pedirlos, 36.
Prodigalidad, 796.
Profecías del santo: 303, 352, 408ss., 605, 735, 767ss.; —predice la honra de su cuerpo, 777; —la derrota de los cristianos en Damieta, 405; —espíritu de, 403, 599ss.
Promesa sobre la Orden, 202, 480.
Protector, el santo lo pide, 332s., 352, 401, 830.
Providencia, de Dios, el santo confía en ella, 126, 686; —la obtiene, 255, 307s., 543, 559, 778ss.
Pureza del santo, 553ss.
Purgatorio: las almas son liberadas por el santo, 210, 224; —por fr. Gil, 257; —un fraile escoge las penas del Purgatorio, 176; —un alma aparécese a fr. Conrado de Offida, 172; —ve fr. Juan de Alverna cómo salen del Purgatorio, 187.

Quejas de Cristo, contra algunos religiosos, 713.

Ratones, molestan al santo, 765s.
Recibimiento hecho al santo, 160s., 213ss.; —a los frailes, 831.
Regla: composición, 305, 541, 551, 669, 733s.; —confirmación, 3, 541, 551, 823ss.; —alabanzas y observancia de la, 509, 743; —aprobación del Papa, 550, 825; —suerte de sus observadores y violadores, 202; —un fraile muere con ella en las manos, 743; —visión del santo relativa a la, 509s.; —inculcaba su observancia, 827; —algunos frailes se opusieron a ella, 669.
Religión, un fraile la abandona, 604s.
Religiosas, cómo deben ser atendidas, 507.
Religioso perfecto, 45s., 752.
Reliquias, devoción, 505, 564s.; —un fraile veneraba las de un hermano suyo, 177s.
Renuncia a ser superior el santo, 471.
Reprensión: a un religioso que visitó a monjas, 508; —de un fraile engreído, 733; —del General a fr. Junípero, 240; —de San Francisco a fray Elías, 100.
Resignación del santo, 356.
Respeto a los sacerdotes (vid. Sacerdotes).
Respuesta del santo a un cardenal, 449; —a un dominico, 448.
Retiro, el santo lo buscaba, 533.
Revelación: de las circunstancias de la impresión de las Llagas, 224s.; —fr. Santiago de Massa conoce el número de frailes, 181; —al emperador de Constantinopla, 276s.; —conoce el santo cómo fray Elías estaba condenado, 162.
Reverencia: a las iglesias, 315; —a los predicadores, 483; —a los sacerdotes, 315, 325, 505, 544.
Rey de los versos, 721, 766 (vid. Pacífico, fr.).

Sacerdotes: alabanzas, 394; —respeto, 34s., 47, 50, 52, 315, 325, 390, 473, 501, 505, 544, 679, 714, 755, 827, 829; —los exhorta el santo, 57; —santidad que deben tener, 56.
Sagrada Escritura, cómo la conocía el santo, 448, 713 (vid. Ciencia).
Salud, muchos la recobran por mediación del santo, 656ss.
Saludo del santo, 812; —a las Virtudes, 67s.
Salutación: a la Virgen, 68; —de paz, 693.
Sarracenos, el santo les predica (vid. Misiones).
Secretos, el santo los conoce, 406.
Sed de un labriego aplacada, 575.
Sede Apostólica, sumisión a la, 400, 542s., 624, 745, 755.
Semana Santa, 211.
Semblanza del santo, 524.
Semejanza del santo con Cristo, 516.
Sencillez: 52; —qué es, 498; —de los frailes, 305, 315; —en la predicación, 546.
Sentencias del santo: 354, 356, 358, 387, 393; —sobre la obediencia, 476, 562, 709; —sobre la humildad, 708.
Sentidos, son puertas del alma, 313, 555.
Señales del verdadero siervo de Dios, 742.
Señoras Pobres (vid. Clarisas).

Sepulcro: santo, 252; —de San Pedro, 355; —de San Francisco, 370, 373.
Serafín, aparición, 209, 615.
Sermón: al lobo de Gubio, 132s.; —ante el Papa, 610; —de Gregorio IX en la canonización del santo, 371; —de San Antonio a los peces, 166.
Siervo de Dios, quién lo es, 45, 481, 742.
Significado de las alas del serafín, 363.
Silencio, amor, 556.
Simplicidad, era amada del santo, 499.
Sinceridad: del santo, 319, 465, 723ss.; —se acusa públicamente, 319, 723ss.; —odio a la hipocresía, 465.
Singularidad, males de la, 404ss.
Soberbia, el santo la aborrecía, 42, 566, 713.
Soga, el santo se presenta al pueblo con una, 723.
Sol: cántico del, 70s. (vid. Cántico); —preferencia del santo, 786.
Soldado, el santo da su vestido a uno, 799.
Soldán, el santo se presenta a él, 321 (vid. Sultán).
Soledad, el santo la buscaba, 307s., 594ss.
Sueño: el santo ve un árbol alto, 825; —del papa Inocencio III, 824; —de un fraile, 143.
Sujeción a la Iglesia, 745.
Sultán, trata el santo de convertirle, 136, 321.
Superiores, cómo deben proceder, 41.

Tentaciones: cómo las combatía el santo, 312, 331, 391, 456s., 554, 763ss., 803; —modo de combatir la impureza, 240s., 553ss.; —tentación de fray León, 201; —de fr. Ricerio, 147; —libra el santo a un fraile de ella, 461, 774; —el demonio engaña a un fraile, 406s.; —es un monte, 765; —contra la alegría, 764.
Terciarios, origen, 546s., 834ss.
Thau: devoción al signo, 201, 524, 549, 664; —fr. Pacífico lo ve sobre el santo, 450.
Tonsura, del santo, 501.
Tórtolas, amor, 135.
Trabajo manual: lo recomienda el santo, 9, 28, 35, 311, 482, 742, 820; —de fr. Gil, 252s.; —es necesario, 556.
Tránsito del santo, 513.
Traslación del cuerpo del santo, 517, 629.
Trato de los frailes entre sí, 712; —con mujeres, 555.
Tribulaciones, 461, 819; —de fr. Juan de Alverna, 184s.; —de la Orden, 735.
Trisagio, 60.
Tristeza, contra, 9, 462, 464, 760ss.
Trono reservado al santo en el cielo, 461, 564.
Túnicas: los frailes, debían tener sólo dos, 429; —el santo la regala, 696, 699.

Unión de los religiosos, 406s., 499.
Uvas, cómelas el santo con un fraile, 696.

Vanagloria, contra, 46, 48, 467, 725.
Vanidad, 796.
Vaticinios sobre fr. Bernardo, 417.
Verdadero fraile menor, 726.
Vergüenza de pedir aceite, 393.
Versos, rey de los, 449, 548 (vid. Rey de los versos).
Vestido: del santo, 173, 553; —lo dió a un soldado pobre, 528; —se despoja de él, 808; —un fraile lo recibe de manos de San Juan, 173.
Viajes del santo: a Alejandría, 434; —al Alverna, 196; —a España, 321, 590; —a Foligno, 291; —a Francia, 116; —a Marruecos, 589; —a Siria, 320s.; —a Rieti, 351; —del Alverna a Santa María de los Angeles, 212ss.; —de Roma a Espoleto, 543; —de Siena a Asís, 355; —a Roma, 305ss., 390, 401, 444, 449, 801; —de los frailes a Inglaterra, 271; —modo de comportarse en ellos, 14, 27s., 126ss.
Vida: del santo en el Alverna, 199ss.; —de los frailes, 820; —cuál debe ser, 540; —contra la vida muelle, 683; —renovación de la vida cristiana, 18, 50ss., 60s., 343s.; —el santo prefería la apostólica, 121ss., 308, 544.
Vigas, el santo escribía en ellas los nombres de los frailes, 826.
Villano, uno aconseja al santo, 198.
Viña, milagro en la viña de un sacerdote, 129, 772.
Violín, un ángel lo toca, 205, 464 (vid. Música).
Virgen, devoción a la, 503; —cura con bálsamo a un fraile, 178s.
Virginidad de María, 260s.; —de San Francisco 216.
Virtudes: necesidad, 47s.; —el santo las ocultaba, 469; —de Santa Clara, 297s.; —de los frailes, 310ss. —saludo a las, 67s.
Visiones: del santo, 388, 400, 436, 442, 509s., 528, 550, 827; —ve un ángel, 202, 208; —un árbol muy alto, 541, 306 —ve una gallina, 400, 832; —un palacio, 799; —un fraile ve el asiento reservado para el santo en el cielo, 564, 722; —visión de Inocencio III, 542; —de fr. Juan de Alverna, 184, 187; —de fr. León, 159, 216; —del obispo de Asís, 516; —de fr. Pacífico, 449, 548; —de fr. Santiago de Masa, 181s.; —de fr. Silvestre, 96, 539, 452, 814; —de un benedictino, 271s.; —de un fraile que ve el alma del santo, 834; —de un carro de fuego, 316; —de un fraile que ve muchos hombres arrodillados en torno a la Porciúncula, 536, 827; —de un novicio que pretendía salirse de la Orden, 130; —referente al obispo de Ciudad Rodrigo, 267; —de fr. León (dos escalas), 265.
Visitas: del santo a las monjas, 119, 508; —del Papa a las monjas, 370; —de San Luis a fr. Gil, 158.
Vista, enfermedad de la, 350, 353, 764.
Voluntad de Dios, deseaba el santo conocerla, 345, 356, 608, 799.
Votos, representados en tres bolas, 208.

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTA TERCERA EDICIÓN DE LOS "ESCRITOS COMPLETOS DE SAN FRANCISCO DE ASÍS Y BIOGRAFÍAS DE SU ÉPOCA", DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS, EL DÍA 30 DE MAYO DE 1956, FESTIVIDAD DE SAN FERNANDO, EN LOS TALLERES DE "EL NOTICIERO", ZARAGOZA.

✿

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

VOLÚMENES PUBLICADOS

1 SAGRADA BIBLIA, de NÁCAR-COLUNGA, 6.ª ed., corregida en el texto y copiosamente aumentada en las notas. Prólogo del Excmo. y Rvdmo. Sr. D. GAETANO CICOGNANI, Nuncio de Su Santidad en España. 1953. LXXVI + 1583 págs. en papel biblia, con profusión de grabados y 7 mapas.—90 pesetas tela, 130 piel.

2 SUMA POETICA, por JOSÉ MARÍA PEMÁN y M. HERRERO GARCÍA. 2.ª edición. 1950. XVI + 800 págs.—50 pesetas tela, 90 piel.

3 OBRAS COMPLETAS CASTELLANAS DE FRAY LUIS DE LEON. Edición revisada y anotada por el P. Fr. FÉLIX GARCÍA, O. S. A. 2.ª edición. 1951. XII + 1799 págs. en papel biblia.—95 pesetas tela, 135 piel.

4 SAN FRANCISCO DE ASIS: *Escritos completos*, las *Biografías* de sus contemporáneos y las *Florecillas*. Edición preparada por los PP. Fr. JUAN R. DE LEGÍSIMA y Fr. LINO GÓMEZ CANEDO, O. F. M. 3.ª ed. 1956. XL + 887 páginas con profusión de grabados.—75 pesetas tela, 115 piel.

5 HISTORIAS DE LA CONTRARREFORMA, por el P. RIBADENEYRA, S. I. *Vida de los PP. Ignacio de Loyola, Diego Laínez, Alfonso Salmerón y Francisco de Borja. Historia del Cisma de Inglaterra. Exhortación a los capitanes y soldados de la «Invencible»*. Introducciones y notas del P. EUSEBIO REY, S. I. 1945. CXXVI + 1355 págs., con grabados.—50 pesetas tela, 90 piel.

6 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo I: *Introducción. Breviloquio. Itinerario del alma a Dios. Reducción de las ciencias a la Teología. Cristo, maestro único de todos. Excelencia del magisterio de Cristo.* Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por los PP. Fr. LEÓN AMORÓS, Fr. BERNARDO APERRIBAY y Fr. MIGUEL OROMÍ, O. F. M. 2.ª ed. 1955. XLVIII + 755 págs.—80 pesetas tela, 120 piel.—Publicados los tomos II (9), III (19), IV (28), V (36) y VI y último (49).

7 CODIGO DE DERECHO CANONICO Y LEGISLACION COMPLEMENTARIA, por los Dres. D. LORENZO MIGUÉLEZ, Fr. SABINO ALONSO MORÁN, O. P., y P. MARCELINO CABREROS DE ANTA, C. M. F., profesores de la Universidad Pontificia de Salamanca. Prólogo del Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. Fr. JOSÉ LÓPEZ ORTIZ, obispo de Túy. 5.ª ed. 1954. XLVIII + 1092 págs.—85 ptas. tela, 125 piel.

8 TRATADO DE LA VIRGEN SANTISIMA, de ALASTRUEY. Prólogo del excelentísimo y reverendísimo Sr. Dr. D. ANTONIO GARCÍA Y GARCÍA, arzobispo de Valladolid. 4.ª ed. 1956. XXXVI + 978 págs., con grabados de la *Vida de la Virgen*, de Durero.—80 pesetas tela, 120 piel.

9 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo II: *Jesucristo en su ciencia divina y humana. Jesucristo, árbol de la vida. Jesucristo en sus misterios:* 1) *En su infancia.* 2) *En la Eucaristía.* 3) *En su Pasión.* Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por los padres Fr. LEÓN AMORÓS, Fr. BERNARDO APERRIBAY y Fr. MIGUEL OROMÍ, O. F. M. 1946. XVI + 847 págs.—40 pesetas tela, 80 piel.—Publicados los tomos III (19), IV (28), V (36) y VI (49).

10 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo I: *Introducción general y bibliografía. Vida de San Agustín*, por POSIDIO. *Soliloquios. Sobre el orden. Sobre la vida feliz.* Edición en latín y castellano, preparada por el P. Fr. VICTORINO CAPÁNAGA, O. R. S. A. 2.ª ed. 1950. XII + 822 págs. con grabados.—Agotada en tela, 90 pesetas piel.—Publicados los tomos II (11), III (21), IV (30), V (39), VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79), X (95), XI (99), XII (121) y XIII (139).

11 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo II: *Confesiones* (en latín y castellano). Edición crítica y anotada por el P. Fr. ANGEL CUSTODIO VEGA, O. S. A. 3.ª ed. 1955. VIII + 741 páginas.—75 pesetas tela, 115 piel.—Publicados los tomos III (21), IV (30), V (39), VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79), X (95), XI (99), XII (121) y XIII 139).

12-13 OBRAS COMPLETAS DE DONOSO CORTES (dos volúmenes). Recopiladas y anotadas por el Dr. D. JUAN JURETSCHKE, profesor de la Facultad de Filosofía de Madrid. 1946. Tomo I: XVI + 953 págs. Tomo II: VIII + 869 págs.—(Agotada. Se prepara la 2.ª ed.)

14 BIBLIA VULGATA LATINA. Edición preparada por el P. Fr. ALBERTO COLUNGA, O. P., y D. LORENZO TURRADO, profesores de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia de Salamanca. 1953. Reimpresión. XXIV + 1592 + 122 * págs. en papel biblia, con profusión de grabados y 4 mapas.—En tela, 80 pesetas; en piel 130.

15 VIDA Y OBRAS COMPLETAS DE SAN JUAN DE LA CRUZ. *Biografía*, por el P. CRISÓGONO DE JESÚS, O. C. D. *Subida del Monte Carmelo. Noche oscura. Cántico espiritual. Llama de amor viva. Escritos breves y poesías.* Prólogo general, introducciones, revisión del texto y notas, por el P. LUCINIO DEL SS. SACRAMENTO, O. C. D. 3.ª ed. 1955. XXXVI + 1400 págs., con grabados.—90 pesetas tela, 130 piel.

16 TEOLOGIA DE SAN PABLO, del P. JOSÉ MARÍA BOVER, S. I. 1952. Reimpresión. XVI + 971 págs.—65 pesetas tela, 105 piel.

17-18 TEATRO TEOLOGICO ESPAÑOL. Selección, introducciones y notas de NICOLÁS GONZÁLEZ RUIZ. Tomo I: *Autos sacramentales.* 2.ª ed. 1953. LXXII + 924 págs. Tomo II: *Comedias teológicas, bíblicas y de vidas de santos.* 2.ª ed. 1953. XLVIII + 924 págs.—Cada tomo, 60 pesetas tela, 100 piel.

19 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo III: *Colaciones sobre el Hexaémeron. Del reino de Dios descrito en las parábolas del Evangelio. Tratado de la plantación del paraíso.* Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por los PP. Fr. LEÓN AMORÓS, Fr. BERNARDO APERRIBAY y Fr. MIGUEL OROMÍ, O. F. M. 1947. XII + 798 págs.—45 pesetas tela, 85 piel.—Publicados los tomos IV (28), V (36) y VI (49).

20 OBRA SELECTA DE FRAY LUIS DE GRANADA: *Una suma de la vida cristiana.* Los textos capitales del P. Granada seleccionados por el orden mismo de la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino, por el P. Fr. ANTONIO TRANCHO, O. P., con una extensa introducción del P. Fr. DESIDERIO DIAZ DE TRIANA, O. P. Prólogo del Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. Fr. FRANCISCO BARBADO VIEJO, obispo de Salamanca. 1952. Reimpresión. LXXXVIII + 1162 págs.—70 pesetas tela, 110 piel.

21 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo III: *Contra los académicos. Del libre albedrío. De la cuantidad del alma. Del maestro. Del alma y su origen. De la naturaleza del bien; contra los maniqueos.* Texto en latín y castellano. Versión, introducciones y notas de los PP. Fr. VICTORINO CAPÁNAGA, O. R. S. A.; Fr. EVARISTO SEIJAS, Fr. EUSEBIO CUEVAS, Fr. MANUEL MARTÍNEZ y Fr. MATEO LANSEROS, O. S. A. 1951. Reimpresión. XVI + 1047 págs.—65 pesetas tela, 105 piel.—Publicados los tomos IV (30), V (39), VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79), X (95), XI (99), XII (121) y XIII (139).

22 SANTO DOMINGO DE GUZMAN: *Origen de la Orden de Predicadores. Proceso de canonización. Biografías del Santo. Relación de la Beata Cecilia. Vidas de los Frailes Predicadores. Obra literaria de Santo Domingo.* Introducción general, por el P. Fr. JOSÉ MARÍA GARGANTA, O. P. Esquema biográfico, introducciones, versión y notas de los PP. Fr. MIGUEL GELABERT y Fr. JOSÉ MARÍA MILAGRO, O. P. 1947. LVI + 955 págs., con profusión de grabados.—(Agotada. Se prepara la 2.ª ed.)

23 OBRAS DE SAN BERNARDO. Selección, versión, introducciones y notas del P. GERMÁN PRADO, O. S. B. 1947. XXIV + 1515 págs., con grabados. (Agotada. Véase núm. 110 de este catálogo.)

24 OBRAS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA. Tomo I: *Autobiografía* y *Diario espiritual.* Introducciones y notas del P. VICTORIANO LARRAÑAGA, S. I. 1947. XII + 881 págs.—35 pesetas tela, 75 piel.

25-26 SAGRADA BIBLIA, de BOVER-CANTERA. Versión crítica sobre los textos hebreo y griego. 3.ª edición, en un solo volumen. 1953. XVI + 2057 páginas en papel biblia, con profusión de grabados y 8 mapas.—90 pesetas tela, 130 piel.

27 LA ASUNCION DE MARIA. Tratado teológico y antología de textos por el P. JOSÉ MARÍA BOVER, S. I. 2.ª ed., con los principales documentos pontificios de la definición del dogma. 1951. XVI + 482 págs.—40 pesetas tela, 80 piel.

28 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo IV: *Las tres vías o incendio de amor. Soliloquio. Gobierno del alma. Discursos ascético-místicos. Vida perfecta para religiosas. Las seis alas del serafín. Veinticinco memoriales de perfección. Discursos mariológicos.* Edición, en latín y castellano, preparada por los PP. Fr. BERNARDO APERRIBAY, Fr. MIGUEL OROMÍ y Fr. MIGUEL OLTRA, O. F. M. 1947. VIII + 975 págs.—45 pesetas tela, 85 piel.—Publicados los tomos V (36) y VI (49).

29 SUMA TEOLOGICA, de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo I: *Introducción general*, por el P. SANTIAGO RAMÍREZ, O. P., y *Tratado de Dios Uno.* Texto en latín y castellano. Traducción del P. Fr. RAIMUNDO SUÁREZ, O. P., con introducciones, anotaciones y apéndices del P. Fr. FRANCISCO MUÑIZ, O. P. 1947. XVI + 238 * + 1055 págs., con grabados.—55 pesetas tela, 95 piel.—Publicados los tomos II (41), III (56), IV (126), V (122), VI (149), IX (142), X (134), XII (131) y XV (145).

30 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo IV: *De la verdadera religión. De las costumbres de la Iglesia católica. Enquiridión. De la unidad de la Iglesia. De la fe en lo que no se ve. De la utilidad de creer.* Versión, introducciones y notas de los PP. Fr. VICTORINO CAPÁNAGA, O. R. S. A.; Fr. TEÓFILO PRIETO, Fr. ANORÉS CENTENO, Fr. SANTOS SANTAMARTA y Fr. HERMINIO RODRÍGUEZ, O. S. A. 1948. XVI + 899 págs. — 70 pesetas tela, 110 piel. — Publicados los tomos V (39), VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79), X (95), XI (99), XII (121) y XIII (139).

31 OBRAS LITERARIAS DE RAMON LLULL: *Libro de Caballería. Libro de Evast y Blanquerna. Félix de las Maravillas. Poesías* (en catalán y castellano). Edición preparada y anotada por los PP. MIGUEL BATLLORI, S. I., y MIGUEL CALDENTEY, T. O. R., con una introducción biográfica de D. SALVADOR GALMÉS y otra al *Blanquerna* del P. RAFAEL GINARO BAUÇÁ, T. O. R. 1948. XX + 1147 págs., con grabados.—55 pesetas tela, 95 piel.

32 VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, por el P. ANORÉS FERNÁNDEZ, S. I. 2.ª ed. 1954. XXXII + 65 * + 760 págs., con profusión de grabados y 7 mapas.—75 pesetas tela, 115 piel.

33 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo I: *Biografía* y *Epistolario.* Prólogo del Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. JUAN PERELLÓ, obispo de Vich. 1948. XLIV + 898 págs. en papel biblia, con grabados.—50 pesetas tela, 90 piel.—Publicados los tomos II (37), III (42), IV (48), V (51), VI (52), VII (57) y VIII (66).

34 LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo I: *Nacimiento e infancia de Cristo*, por el Prof. FRANCISCO JAVIER SÁNCHEZ CANTÓN. 1948. VIII + 192 páginas, con 304 láminas.—70 pesetas tela, 110 piel.—Publicados los tomos II (64) y III (47).

35 MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO, del P. FRANCISCO SUÁREZ, S. I. Volumen 1.º: *Misterios de la Virgen Santísima. Misterios de la infancia y vida pública de Jesucristo.* Versión castellana por el P. GALDOS, S. I. 1948. XXXVI + 915 págs.—45 pesetas tela, 85 piel.—Publicado el volumen 2.º (55).

36 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo V: *Cuestiones disputadas sobre el misterio de la Santísima Trinidad. Colaciones sobre los siete dones del Espíritu Santo. Colaciones sobre los diez mandamientos.* Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fr. BERNARDO APERRIBAY, Fr. MIGUEL OROMÍ y Fr. MIGUEL OLTRA, O. F. M. 1948. VIII + 754 páginas.—40 pesetas tela, 80 piel.—Publicado el tomo VI (49).

37 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo II: *Filosofía fundamental.* 1948. XXXII + 824 págs. en papel biblia.—50 pesetas tela, 90 piel.—Publicados los tomos III (42), IV (48), V (51), VI (52), VII (57) y VIII (66).

38 MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo I: FRAY ALONSO DE MADRIO: *Arte para servir a Dios* y *Espejo de ilustres personas*; FRAY FRANCISCO DE OSUNA: *Ley de amor santo.* Introducciones del P. Fr. JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M. 1948. XII + 700 págs. en papel biblia.—45 pesetas tela, 85 piel.—Publicados los tomos II (44) y III (46).

39 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo V: *Tratado de la Santísima Trinidad.* Edición en latín y castellano. Primera versión española, con introducción y notas del P. Fr. LUIS ARIAS, O. S. A. 2.ª ed. 1956. XX + 943 págs., con grabados.—80 pesetas tela, 120 piel.—Publicados los tomos VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79), X (95), XI (99), XII (121) y XIII (139).

40 NUEVO TESTAMENTO, de NÁCAR-COLUNGA. Versión directa del texto original griego. (Separata de la Nácar-Colunga.) 1948. VIII + 451 páginas en papel biblia, con profusión de grabados y 8 mapas.—(Agotada.)

41 SUMA TEOLOGICA, de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo II: *Tratado de la Santísima Trinidad*, en latín y castellano; versión del P. Fr. RAIMUNDO SUÁREZ, O. P., e introducciones del P. Fr. MANUEL CUERVO, O. P. *Tratado de la creación en general*, en latín y castellano; versión e introducciones del P. Fr. JESÚS VALBUENA, O. P. 2.ª ed. 1953. XX + 594 págs.—65 pesetas tela, 105 piel.—Publicados los tomos III (56), IV (126), V (122), VI (149), IX (142), X (134), XII (131) y XV (145).

42 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo III: *Filosofía elemental* y *El Criterio.* 1948. XX + 755 págs. en papel biblia.—50 pesetas tela, 90 piel.—Publicados los tomos IV (48), V (51), VI (52), VII (57) y VIII (66).

43 NUEVO TESTAMENTO. Versión directa del griego, con notas exegéticas, por el P. JOSÉ MARÍA BOVER, S. I. (Separata de la Bover-Cantera.) 1948. VIII + 622 págs., en papel biblia, con 6 mapas.—Agotada en tela, 70 pesetas piel.

44 MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo II: FRAY BERNARDINO DE LAREDO: *Subida del monte Sión;* FRAY ANTONIO DE GUEVARA: *Oratorio de religiosos y ejercicio de virtuosos;* FRAY MIGUEL DE MEDINA: *Infancia espiritual;* BEATO NICOLÁS FACTOR: *Doctrina de las tres vías.* Introducciones del P. Fr. JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M. 1948. XVI + 837 págs. en papel biblia.—50 pesetas tela, 90 piel.—Publicado el tomo III y último (46).

45 LAS VIRGENES CRISTIANAS DE LA IGLESIA PRIMITIVA, por el Padre FRANCISCO DE B. VIZMANOS. S. I. Estudio histórico-ideológico, seguido de una antología de tratados patrísticos sobre la virginidad. 1949. XXIV + 1306 págs. en papel biblia.—65 pesetas tela, 105 piel.

46 MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo III y último: FRAY DIEGO DE ESTELLA: *Meditaciones del amor de Dios;* FRAY JUAN DE PINEDA: *Declaración del «Pater noster»;* FRAY JUAN DE LOS ANGELES: *Manual de vida perfecta* y *Esclavitud mariana;* FRAY MELCHOR DE CETINA: *Exhortación a la verdadera devoción de la Virgen;* FRAY JUAN BAUTISTA DE MADRIGAL: *Homiliario evangélico.* Introducciones del P. Fr. JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M. 1949. XII + 868 págs. en papel biblia.—50 pesetas tela, 90 piel.

47 LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo III: *La Pasión de Cristo*, por JOSÉ CAMÓN AZNAR. 1949. VIII + 106 págs., con 303 láminas.—60 pesetas tela, 100 piel.

48 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo IV: *El protestantismo comparado con el catolicismo.* 1949. XVI + 768 págs. en papel biblia.—50 pesetas tela, 90 piel.—Publicados los tomos V (51), VI (52), VII (57) y VIII (66).

49 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo VI y último: *Cuestiones disputadas sobre la perfección evangélica. Apología de los pobres.* Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fr. BERNARDO APERRIBAY, Fr. MIGUEL OROMÍ y Fr. MIGUEL OLTRA, O. F. M. 1949. VIII + 48 * + 779 páginas.—50 pesetas tela, 90 piel.

50 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo VI: *Del espíritu y de la letra. De la naturaleza y de la gracia. De la gracia de Jesucristo y del pecado original. De la gracia y del libre albedrío. De la corrección y de la gracia. De la predestinación de los santos. Del don de perseverancia.* Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fr. VICTORINO CAPÁNAGA, O. R. S. A.; Fr. ANDRÉS CENTENO, Fr. GERARDO ENRIQUE DE VEGA, Fr. EMILIANO LÓPEZ y Fr. TORIBIO DE CASTRO, O. S. A. 1949. XII + 943 págs.—Agotada en tela, 90 pesetas piel. — Publicados los tomos VII (53), VIII (69), IX (79), X (95), XI (99), XII (121) y XIII (139).

51 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo V: *Estudios apologéticos. Cartas a un escéptico. Estudios sociales. Del clero católico. De Cataluña.* 1949. XXVIII + 1002 páginas en papel biblia.—50 pesetas tela, 90 piel.—Publicados los tomos VI (52), VII (57) y VIII (66).

52 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo VI: ESCRITOS POLÍTICOS: *Triunfo de Espartero. Caída de Espartero. Campaña de gobierno. Ministerio Narváez. Campaña parlamentaria de la minoría balmista.* 1950. XXXII + 1061 págs. en papel biblia.—50 pesetas tela, 90 piel.—Publicados los tomos VII (57) y VIII (66).

53 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo VII: *Sermones.* Edición en latín y castellano, preparada por el P. AMADOR DEL FUEYO, O. S. A. 1950. XX+945 páginas.—50 pesetas tela. 90 piel. Publicados los tomos VIII (69), IX (79), X (95), XI (99), XII (121) y XIII (139).

54 HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA. Tomo I: *Edad Antigua* (1-681): *La Iglesia en el mundo grecorromano*, por el P. BERNARDINO LLORCA, S. I. 2.ª ed. 1955. XXXII + 961 páginas, con grabados.—85 pesetas tela, 125 piel.—Publicados los tomos II (104) y IV (76).

55 MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO, del P. FRANCISCO SUÁREZ, S. I. Volumen 2.º y último: *Pasión, resurrección y segunda venida de Jesucristo.* Versión castellana, por el P. GALDOS, S. I. 1950. XXIV + 1226 págs.—60 pesetas tela, 100 piel.

56 SUMA TEOLOGICA, de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo III: *Tratado de los Angeles.* Texto en latín y castellano. Versión del P. Fr. RAIMUNDO SUÁREZ, O. P., e introducciones del P. Fr. AURELIANO MARTÍNEZ, O. P. *Tratado de la creación del mundo corpóreo.* Versión e introducciones del P. Fr. ALBERTO COLUNGA, O. P. 1950. XVI + 943 págs., con grabados.—50 pesetas tela, 90 piel. Publicados los tomos IV (126), V (122), VI (149), IX (142), X (134), XII (131) y XV (145).

57 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo VII: ESCRITOS POLÍTICOS: *El matrimonio real. Campaña doctrinal. Campaña nacional. Campaña internacional. Desenlace. Ultimos escritos políticos.* 1950. XXXII + 1053 páginas en papel biblia.—50 pesetas tela, 90 piel.—Publicado el tomo VIII (66).

58 OBRAS COMPLETAS DE AURELIO PRUDENCIO. Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por el P. Fr. ISIDORO RODRÍGUEZ, O. F. M., y D. JOSÉ GUILLÉN, catedráticos en la Pontificia Universidad de Salamanca. 1950. VIII + 84 * + 825 páginas.—50 pesetas tela, 90 piel.

59 COMENTARIOS A LOS CUATRO EVANGELIOS, por el P. JUAN DE MALDONADO, S. I. Tomo I: *Evangelio de San Mateo.* Versión castellana, introducción y notas del P. LUIS MARÍA JIMÉNEZ FONT, S. I. Introducción biobibliográfica del P. JOSÉ CABALLERO, S. I. 1950. VIII + 1159 páginas en papel biblia. Agotada en tela, 95 pesetas piel.—Publicados los tomos II (72) y III (112).

60 CURSUS PHILOSOPHICUS, por una comisión de profesores de las Facultades de Filosofía en España de la Compañía de Jesús. Tomo V: *Theologia Naturalis,* por el P. JOSÉ HELLÍN, S. I. 1950. XXVIII + 928 páginas.—65 pesetas tela, 105 piel.

61 SACRAE THEOLOGIAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Teología en España de la Compañía de Jesús. Tomo I: *Introductio in Theologiam. De revelatione christiana. De Ecclesia Christi. De Sacra Scriptura,* por los PP. MIGUEL NICOLÁU y JOAQUÍN SALAVERRI, S. I. 3.ª ed. 1955. XX + 1191 págs.—90 pesetas tela, 130 piel.—Publicados los tomos II (90), III (62) y IV (73).

62 SACRAE THEOLOGIAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Teología en España de la Compañía de Jesús. Tomo III: *De Verbo incarnato. Mariologia. De gratia Christi. De virtutibus infusis,* por los PP. JESÚS SOLANO, JOSÉ A. DE ALDAMA Y SEVERINO GONZÁLEZ, S. I. 2.ª edición. 1953. XXIV + 902 páginas.—90 pesetas tela, 130 piel.—Publicado el tomo IV (73).

63 SAN VICENTE DE PAUL: BIOGRAFIA Y ESCRITOS. Edición preparada por los PP. JOSÉ HERRERA y VEREMUNDO PARDO, C. M. 2.ª ed. 1955. XVI + 976 págs. en papel biblia, con profusión de grabados.—85 pesetas tela, 125 piel.

64 LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo II: *Cristo en el Evangelio,* por el Prof. FRANCISCO J. SÁNCHEZ CANTÓN. 1950. VIII + 124 págs., con 255 láminas.—60 pesetas tela, 100 piel.—Publicado el tomo III (47).

65 PADRES APOSTOLICOS: *La Didaché o Doctrina de los doce apóstoles. Cartas de San Clemente Romano. Cartas de San Ignacio Mártir. Carta y martirio de San Policarpo. Carta de Bernabé. Los fragmentos de Papias. El pastor de Hermas.* Edición bilingüe, preparada y anotada por D. DANIEL RUIZ BUENO, catedrático de lengua griega y profesor a. de la Universidad de Salamanca. 1950. VIII + 1130 págs. en papel biblia.—65 pesetas tela, 105 piel.

66 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo VIII y último: *Biografías. Misceláneas. Primeros escritos. Poesías. Indices.* 1950. XVI + 1014 páginas en papel biblia.—50 pesetas tela, 90 piel.

67 ETIMOLOGIAS, de SAN ISIDORO DE SEVILLA. Versión castellana total, por vez primera, e introducciones parciales de D. LUIS CORTÉS, párroco de San Isidoro de Sevilla. Introducción general e índices científicos del Prof. SANTIAGO MONTERO DÍAZ, catedrático de la Universidad de Madrid. 1951. XX + 88 * + 563 págs.—55 pesetas tela, 95 piel.

68 EL SACRIFICIO DE LA MISA. Tratado histórico-litúrgico. Versión española de la obra alemana, en dos volúmenes, *Missarum sollemnia,* del Padre JUNGMANN, S. I. 2.ª edición. 1952. XXVIII + 1264 págs.—80 pesetas tela, 120 piel.

69 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo VIII: *Cartas.* Edición en latín y castellano, preparada por el P. LOPE CILLERUELO, O. S. A. 1951. VIII + 921 páginas.—55 pesetas tela, 95 piel.—Publicados los tomos IX (79), X (95), XI (99), XII (121) y XIII (139).

70 COMENTARIO AL SERMON DE LA CENA, por el P. JOSÉ M. BOVER, S. I. 2.ª ed. 1955. VIII + 334 págs.—60 pesetas tela, 100 piel.

71 TRATADO DE LA SANTISIMA EUCARISTIA, por el Dr. D. GREGORIO ALASTRUEY. 2.ª ed. 1952. XL + 426 págs., con grabados.—45 pesetas tela, 85 piel.

72 COMENTARIOS A LOS CUATRO EVANGELIOS, por el P. JUAN DE MALDONADO, S. I. Tomo II: *Evangelios de San Marcos y San Lucas.* Versión castellana, introducción y notas del P. JOSÉ CABALLERO, S. I. 1954. Reimp. XVI + 881 págs., en papel biblia.—65 pesetas tela, 105 piel.—Publicado el tomo III y último (112).

73 SACRAE THEOLOGIAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Teología en España de la Compañía de Jesús. Tomo IV: *De sacramentis. De novissimis,* por los PP. JOSÉ A. DE ALDAMA, FRANCISCO DE P. SOLÁ, SEVERINO GONZÁLEZ y JOSÉ F. SAGÜÉS, S. I. 2.ª ed. 1953. XXIV + 1110 páginas.—90 pesetas tela, 130 piel.

74 OBRAS COMPLETAS DE SANTA TERESA DE JESUS. Nueva revisión del texto original con notas críticas. Tomo I: *Bibliografía teresiana,* por el P. OTILIO DEL NIÑO JESÚS, O. C. D. *Biografía de Santa Teresa,* por el Padre EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, O. C. D. *Libro de la Vida,* escrito por la SANTA. Edición revisada y preparada por los PP. EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS y OTILIO DEL NIÑO JESÚS. 1951. XII + 904 págs. en papel biblia.—Agotada en tela, 100 pesetas piel.—Publicado el tomo II (120).

75 ACTAS DE LOS MARTIRES. Edición bilingüe, preparada y anotada por D. DANIEL RUIZ BUENO, catedrático de lengua griega y profesor a. de la Universidad de Salamanca. 1951. VIII + 1185 páginas en papel biblia.—Agotada en tela, 120 pesetas piel.

76 HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA. Tomo IV: *Edad Moderna: La Iglesia en su lucha y relación con el laicismo,* por el P. FRANCISCO JAVIER MONTALBÁN, S. I. Revisada y completada por los PP. BERNARDINO LLORCA y RICARDO GARCÍA VILLOSLADA, S. I. 1953. Reimpresión. XII + 851 págs.—70 pesetas tela, 110 piel.

77 SUMMA THEOLOGICA SANCTI THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol I: *Prima pars.* 1955. Reimpresión. XXIV + 851 págs.—75 pesetas tela, 115 piel.—Publicados los tomos II (80), III (81), IV (83) y V (87).

78 OBRAS ASCETICAS DE SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO. Tomo I: *Obras dedicadas al pueblo en general.* Edición crítica. Introducción, versión del italiano, notas e índices del P. ANDRÉS GOY, C. SS. R. 1952. XVI + 1033 páginas en papel biblia.—70 pesetas tela, 110 piel.—Publicado el tomo II y último (113).

79 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo IX: *Los dos libros sobre diversas cuestiones a Simpliciano. De los méritos y del perdón de los pecados. Contra las dos epístolas de los pelagianos. Actas del proceso contra Pelagio.* Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. FR. VICTORINO CAPÁNAGA y FR. GREGORIO ERCE, O. R. S. A. 1952. XII + 799 págs.—60 pesetas tela, 100 piel.—Publicados los tomos X (95), XI (99), XII (121) y XIII (139).

80 SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis in quinque volumina divisa. Vol II: *Prima secundae.* 1955. Reimp. XX + 848 págs.—75 pesetas tela, 115 piel.—Publicados los tomos III (81), IV (83) y V (87).

81 SUMMA THEOLOGICA SANCTI THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. III: *Secunda secundae.* 2.ª ed. 1956. XXVIII + 1230 págs.—90 pesetas tela, 130 piel.—Publicados los tomos IV (83) y V (87).

82 OBRAS COMPLETAS DE SAN ANSELMO. Tomo I: *Monologio. Proslogio. Acerca del gramático. De la verdad. Del libre albedrío. De la caída del demonio. Carta sobre la encarnación del Verbo. Por qué Dios se hizo hombre.* Edición en latín y castellano, con extensa y documentada introducción general, preparada por el P. JULIÁN ALAMEDA, O. S. B. 1952. XVI + 897 páginas. 70 pesetas tela, 110 piel.—Publicado el tomo II y último (100).

83 SUMMA THEOLOGICA SANCTI THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. IV: *Tertia pars.* 1952. XX + 798 páginas.—80 pesetas tela, 120 piel.—Publicado el tomo V (87).

84 LA EVOLUCION HOMOGENEA DEL DOGMA CATOLICO, por el Padre FRANCISCO MARÍN-SOLA, O. P. Introducción general del P. EMILIO SAURAS, O. P. 1952. VIII + 831 págs.—60 pesetas tela, 100 piel.

85 EL CUERPO MISTICO DE CRISTO, por el P. EMILIO SAURAS, O. P. 1952. VIII + 921 págs.—Agotada en tela. 105 pesetas piel.

86 OBRAS COMPLETAS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA. Edición crítica. Transcripción. introducciones y notas de los PP. CÁNDIDO DE DALMASES e IGNACIO IPARRAGUIRRE, S. I. 1952. XVI + 80* + 1075 págs.—85 pesetas tela, 125 piel.

87 SUMMA THEOLOGICA SANCTI THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. V: *Supplementum. Indices.* 1952. XX + 652 + 389* págs.—90 pesetas tela, 130 piel.

88 TEXTOS EUCARISTICOS PRIMITIVOS. Edición bilingüe de los contenidos en la Sagrada Escritura y los Santos Padres, preparada por el P. JESÚS SOLANO S. I. Tomo I: *Hasta fines del siglo IV.* 1952. XL + 754 páginas. con grabados.—75 pesetas tela, 115 piel.—Publicado el tomo II y último (118).

89 OBRAS COMPLETAS DEL BEATO MAESTRO JUAN DE AVILA. Edición crítica. Tomo I: *Epistolario. Escritos menores.* Biografía, introducciones y notas del Dr. D. LUIS SALA BALUST, catedrático de la Pontificia Universidad de Salamanca. 1952. XL + 1120 págs.—75 pesetas tela, 115 piel. Publicado el tomo II (103).

90 SACRAE THEOLOGIAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Teología en España de la Compañía de Jesús. Tomo II: *De Deo uno et trino. De Deo creante et elevante. De peccatis.* por los PP. JOSÉ M. DALMAU y JOSÉ F. SAGÜÉS, S. I. 2.ª ed. 1955. XXXII + 1066 págs.—90 pesetas tela, 130 piel.—Publicados los tomos III (62) y IV (73).

91 LA EVOLUCION MISTICA, por el P. MTRO. FRAY JUAN G. ARINTERO, O. P. 1952. LXIV + 804 págs.—70 pesetas tela, 110 piel.

92 PHILOSOPHIAE SCHOLASTICAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Filosofía en España de la Compañía de Jesús. Tomo III y último: *Theodicea. Ethica,* por los PP. JOSÉ HELLÍN e IRENEO GONZÁLEZ, S. I. 1952. XXIV + 924 págs.—90 pesetas tela, 130 piel.

93 THEOLOGIAE MORALIS SUMMA, por los PP. F. REGATILLO y M. ZALBA, S. I. Tomo I: *Theologia moralis fundamentalis. Tractatus de virtutibus theologicis,* por el P. MARCELINO ZALBA, S. I. 1952. XXVIII + 965 páginas.—90 pesetas tela, 130 piel.—Publicados los tomos II (106) y III y último (117).

94 SUMA CONTRA LOS GENTILES, de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Edición bilingüe con el texto crítico de la leonina. Tomo I: *Libros I y II: Dios: su existencia y su naturaleza. La creación y las criaturas.* Traducción dirigida y revisada por el P. FR. JESÚS M. PLA, O. P. Introducciones particulares y notas de los PP. FR. JESÚS AZAGRA y FR. MATEO FEBRER, O. P. Introducción general por el P. FR. JOSÉ M. DE GARGANTA, O. P. 1952. XVI + 712 págs. 70 pesetas tela, 110 piel.—Publicado el tomo II y último (102).

95 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo X: *Homilías.* Edición en latín y castellano, preparada por el P. FR. AMADOR DEL FUEYO, O. S. A. XII + 943 páginas.—70 pesetas tela, 110 piel.—Publicados los tomos XI (99), XII (121) y XIII (139).

96 OBRAS DE SANTO TOMAS DE VILLANUEVA. *Sermones de la Virgen María* (primera versión al castellano), y *Obras castellanas.* Introducción biográfica, versión y notas del P. FR. SANTOS SANTAMARTA, O. S. A. 1952. XII + 665 págs.—65 pesetas tela, 105 piel.

97 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de Mons. ANGEL HERRERA ORIA, obispo de Málaga. Tomo I: *Adviento y Navidad: El juicio final. La misión del Precursor. El testimonio de Juan a los judíos. Predicación del Bautista. Presentación y purificación en el templo. El Dulce Nombre de Jesús.* 2.ª ed. 1955. XXIV + 948 páginas.—80 pesetas tela, 120 piel.—Publicados los tomos II (119), III (123), IV (129), V (133), VI (138), VII (140) y VIII (107).

98 PHILOSOPHIAE SCHOLASTICAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Filosofía en España de la Compañía de Jesús. Tomo I: *Introductio in philosophiam. Logica. Critica. Metaphysica generalis,* por los PP. LEOVIGILDO SALCEDO y JESÚS ITURRIOZ, S. I. 1953. XXIV + 893 páginas.—80 pesetas tela, 120 piel.—Publicados los tomos II (137) y III y último (92).

99 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo XI: *Cartas* (2.º). Edición en latín y castellano, preparada por el P. FR. LOPE CILLERUELO, O. S. A. 1953. VIII + 1100 págs.— 70 pesetas tela, 110 piel.—Publicados los tomos XII (121) y XIII (139).

100 OBRAS COMPLETAS DE SAN ANSELMO. Tomo II y último: *De la concepción virginal y del pecado original. De la procesión del Espíritu Santo. Cartas dogmáticas. Concordia de la presciencia divina, predestinación y gracia divina con el libre albedrío. Oraciones y meditaciones. Cartas.* Edición en latín y castellano, preparada por el P. FR. JULIÁN ALAMEDA, O. S. B. 1953. XVI + 804 págs.—70 pesetas tela, 110 piel.

101 CARTAS Y ESCRITOS DE SAN FRANCISCO JAVIER. Unica publicación castellana completa, según la edición crítica de «Monumenta Historica Soc. Iesu» (1944-1945), anotadas por el P. FÉLIX ZUAILLAGA, S. I., redactor de «Mon. Hist. Iesu». 1953. XVI + 578 págs.—60 pesetas tela, 100 piel.

102 SUMA CONTRA LOS GENTILES, de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Edición bilingüe con el texto crítico de la leonina. Tomo II y último: *Libros III y IV: Dios, fin último y gobernador supremo. Misterios divinos y postrimerías.* Traducción dirigida y revisada por el P. JESÚS M. PLA, O. P. Introducciones particulares y notas de los PP. FR. JOSÉ M. MARTÍNEZ y FR. JESÚS M. PLA, O. P. 1953. XVI + 960 págs.—75 pesetas tela, 115 piel.

103 OBRAS COMPLETAS DEL BEATO JUAN DE AVILA. Edición crítica. Tomo II: *Sermones. Pláticas espirituales.* Introducciones y notas del Dr. D. LUIS SALA BALUST, catedrático de la Pontificia Universidad de Salamanca. 1953. XX + 1424 págs.—85 pesetas tela, 125 piel.

104 HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA. Tomo II: *Edad Media: La cristiandad en el mundo europeo y feudal,* por el P. RICARDO GARCÍA VILLOSLADA, S. I. 1953. XII + 1006 págs.—75 pesetas tela, 115 piel.—Publicado el tomo IV y último (76).

105 CIENCIA MODERNA Y FILOSOFIA. *Introducción físicoquímica y matemática,* por el P. JOSÉ MARÍA RIAZA, S. I. 1953. XXXII + 756 páginas, con profusión de grabados y 16 láminas.—75 pesetas tela, 115 piel.

106 THEOLOGIAE MORALIS SUMMA, por los PP. EDUARDO F. REGATILLO y MARCELINO ZALBA, S. I. Tomo II: *Theologia moralis specialis: De mandatis Dei et Ecclesiae,* por el P. MARCELINO ZALBA, S. I. 1953. XX + 1104 págs.—90 pesetas tela, 130 piel.—Publicado el tomo III y último (117).

107 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de Mons. ANGEL HERRERA ORIA, obispo de Málaga. Tomo VIII: *Pentecostés (4.º): La parábola de los invitados a la boda. La curación del hijo del régulo. El perdón de las ofensas. El tributo al César. Resurrección de la hija de Jairo. Cristo Rey. La última venida de Cristo.* 1953. LXXII + 1368 págs.—85 pesetas tela, 125 piel.

108 TEOLOGIA DE SAN JOSE, por el P. FR. BONIFACIO LLAMERA, O. P., con la *Suma de los dones de San José*, de Fr. ISIDORO ISOLANO, O. P., en edición bilingüe. 1953. XXVIII + 663 páginas.—65 pesetas tela, 105 piel.

109 OBRAS SELECTAS DE SAN FRANCISCO DE SALES. Tomo I: *Introducción a la vida devota. Sermones escogidos. Conversaciones espirituales. Alocución al Cabildo catedral de Ginebra.* Edición preparada por el Padre FRANCISCO DE LA HOZ, S. D. B. 1953. XX + 800 páginas.—65 pesetas tela, 105 piel.—Publicado el tomo II y último (127).

110 OBRAS COMPLETAS DE SAN BERNARDO. Tomo I: *Vida de San Bernardo*, por PEDRO RIDADENEIRA, S. I. *Introducción general. Sermones de tiempo, de santos y varios. Sentencias.* Edición preparada por el P. GREGORIO DÍEZ, O. S. B. 1953. XXXVI + 1188 págs.—70 pesetas tela, 110 piel.—Publicado el tomo II y último (130).

111 OBRAS DE SAN LUIS MARIA GRIGNION DE MONTFORT. *Cartas. El amor de la Sabiduría eterna. Carta a los Amigos de la Cruz. El secreto de María. El secreto admirable del Santísimo Rosario. Tratado de la verdadera devoción. Escritos destinados a los misioneros de la Compañía de María y a las Hijas de la Sabiduría. Preparación para la muerte. Cánticos.* Edición preparada por los PP. NAZARIO PÉREZ (†) y CAMILO MARÍA ABAD, S. I. 1954. XXVIII + 984 páginas.—70 pesetas tela, 110 piel.

112 COMENTARIOS A LOS CUATRO EVANGELIOS, por el P. JUAN DE MALDONADO, S. I. Tomo III y último: *Evangelio de San Juan.* Versión castellana, introducción y notas del P. LUIS MARÍA JIMÉNEZ FONT, S. I. 1954. VIII + 1064 págs.—70 pesetas tela, 110 piel.

113 OBRAS ASCETICAS DE SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO. Tomo II y último: *Obras dedicadas al clero en particular.* Edición crítica. Introducciones, versión del italiano, notas e índices del P. ANDRÉS GOY, C. SS. R. 1954. XXIV + 941 páginas en papel biblia.—75 pesetas tela, 115 piel.

114 TEOLOGIA DE LA PERFECCION CRISTIANA, por el P. ANTONIO ROYO MARÍN, O. P. Prólogo del Excmo. y Rvdmo. Dr. Fr. ALBINO G. MENÉNDEZ-REIGADA, obispo de Córdoba. 2.ª ed. 1955. XL + 904 págs.—75 pesetas tela, 115 piel.

115 SAN BENITO. *Su vida y su Regla*, por los PP. GARCÍA M. COLOMBÁS, LEÓN M. SANSEGUNDO y ODILÓN M. CUNILL, monjes de Montserrat. 1954. XX + 760 págs.—70 pesetas tela, 110 piel.

116 PADRES APOLOGISTAS GRIEGOS (s. II). Edición bilingüe, preparada por D. DANIEL RUIZ BUENO, catedrático de lengua griega y profesor a. de la Universidad de Salamanca. 1954. VIII + 1006 páginas en papel biblia.—80 pesetas tela, 120 piel.

117 THEOLOGIAE MORALIS SUMMA, por los PP. EDUARDO F. REGATILLO y MARCELINO ZALBA, S. I. Tomo III y último: *Theologia moralis specialis: De sacramentis. De delictis et poenis*, por el P. EDUARDO F. REGATILLO, S. I. 1954. XVI + 1000 págs.—90 pesetas tela, 130 piel.

118 TEXTOS EUCARISTICOS PRIMITIVOS. Edición bilingüe de los contenidos en la Sagrada Escritura y los Santos Padres, preparada por el P. JESÚS SOLANO, S. I. Tomo II y último: *Hasta el fin de la época patrística.* 1954. XX + 1012 páginas, con grabados.—85 pesetas tela, 125 piel.

119 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de Mons. ANGEL HERRERA ORIA, obispo de Málaga. Tomo II: *Epifanía a Cuaresma: La Sagrada Familia. El milagro de las bodas de Caná. La curación del leproso y la fe del centurión. Jesús calma la tempestad. La cizaña en medio del trigo. Parábola del grano de mostaza y de la levadura. Los obreros enviados a la viña. La parábola del sembrador. El anuncio de la pasión y el ciego de Jericó.* 1954. XL + 1275 páginas.—85 pesetas tela, 125 piel.—Publicados los tomos III (123), IV (129), V (133), VI (138), VII (140) y VIII (107).

120 OBRAS COMPLETAS DE SANTA TERESA DE JESUS. Nueva revisión del texto original con notas críticas. Tomo II: *Camino de perfección. Moradas del castillo interior. Cuentas de conciencia. Apuntaciones. Meditaciones sobre los Cantares. Exclamaciones. Libro de las Fundaciones. Constituciones. Visita de Descalzas. Avisos. Desafío espiritual. Vejamen. Poesías. Ordenanzas de una cofradía.* Edición preparada y revisada por el P. EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, O. C. D. 1954. XX + 1046 páginas en papel biblia.—80 pesetas tela, 120 piel.

121 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo XII: *Del bien del matrimonio. Sobre la santa virginidad. Del bien de la viudez. De la continencia. Sobre la paciencia. El combate cristiano. Sobre la mentira. Contra la mentira. Del trabajo de los monjes. El sermón de la montaña.* Texto en latín y castellano. Versión, introducciones y notas de los PP. Fr. FÉLIX GARCÍA, Fray LOPE CILLERUELO y Fr. RAMIRO FLÓREZ, O. S. A. 1954. XVI + 995 páginas.—75 pesetas tela, 115 piel.—Publicado el tomo XIII (139).

122 SUMA TEOLOGICA, de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo V: *Tratado de los hábitos y virtudes en general*, en latín y castellano; versión, introducciones y apéndices del P. Fr. TEÓFILO URDÁNOZ, O. P. *Tratado de los vicios y pecados*, en latín y castellano; versión del P. Fr. CÁNDIDO ANIZ, O. P., e introducciones y apéndices del P. Fr. PEDRO LUMBRERAS, O. P. 1954. XX + 975 páginas.—75 pesetas tela, 115 piel.—Publicados los tomos VI (149), IX (142), X (134), XII (131) y XV (145).

123 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de MONS. ANGEL HERRERA ORIA, obispo de Málaga. Tomo III: *Cuaresma y tiempo de Pasión: Las tentaciones de Jesús en el desierto. La transfiguración. Curación del endemoniado ciego y mudo. La multiplicación de los panes. Los fariseos acusan a Cristo. La entrada en Jerusalén.* 1954. XXXII + 1210 págs.—75 pesetas tela, 115 piel.—Publicados los tomos IV (129), V (133), VI (138), VII (140) y VIII (107).

124 SINOPSIS CONCORDADA DE LOS CUATRO EVANGELIOS. Nueva versión del original griego, con notas críticas, por el P. JUAN LEAL, S. I. 1954. XX + 353 páginas.—55 pesetas tela, 95 piel.

125 LA TUMBA DE SAN PEDRO Y LAS CATACUMBAS ROMANAS, por los doctores ENGELBERTO KIRSCHDAUM, EDUARDO JUNYENT y JOSÉ VIVES. 1954. XVI + 616 páginas, con 127 láminas.—90 pesetas tela, 130 piel.

126 SUMA TEOLOGICA, de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo IV: *Tratado de la bienaventuranza y de los actos humanos*, en latín y castellano; versión e introducciones del P. TEÓFILO URDÁNOZ, O. P. *Tratado de las pasiones*, en latín y castellano; versión e introducciones de los PP. Fr. MANUEL UDEDA y Fr. FERNANDO SORIA, O. P. 1954. XX + 1032 págs.—80 pesetas tela, 120 piel. Publicados los tomos V (122), VI (149), IX (142), X (134), XII (131) y XV (145).

127 OBRAS SELECTAS DE SAN FRANCISCO DE SALES. Tomo II y último: *Tratado del amor de Dios. Constituciones* y *Directorio espiritual. Fragmentos del epistolario. Ramillete de cartas enteras.* Edición preparada por el P. FRANCISCO DE LA HOZ, S. D. B. 1954. XXIV + 982 págs.—75 pesetas tela, 115 piel.

128 DOCTRINA PONTIFICIA. Tomo IV: *Documentos marianos*, por el Padre HILARIO MARÍN, S. I. 1954. XXXII + 892 págs.—80 pesetas tela, 120 piel.

129 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de MONS. ANGEL HERRERA ORIA, obispo de Málaga. Tomo IV: *Ciclo pascual: La resurrección del Señor. «Señor mío y Dios mío». El Buen Pastor. «Vuestra tristezo se volverá en gozo.» La promesa del Paráclito. «Pedid y recibiréis.» Persecución y martirio.* 1954. XXIV + 1275 páginas.—85 pesetas tela, 125 piel.—Publicados los tomos V (133), VI (138), VII (140) y VIII (107).

130 OBRAS COMPLETAS DE SAN BERNARDO. Tomo II y último: *Sermones sobre el Cantar de los Cantares. Sobre la consideración. De las costumbres y oficios de los obispos. Sobre la conversión. Del amor de Dios. Del precepto y de lo dispensa. Apologío. De la excelencia de la Nueva Milicia. De los grodos de la humildad y de la soberbia. De la grocia y del libre albedrío. Sobre algunas cuestiones propuestas por Hugo de Son Víctor. Contra los errores de Pedro Abelordo. Vida de Son Malaquías. Cartas.* Edición preparada por el P. GREGORIO DÍEZ, O. S. B. 1954. XIV + 1260 págs.—85 pesetas tela, 125 piel.

131 SUMA TEOLOGICA, de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo XII: *Tratado de la vida de Cristo*, en latín y castellano. Versión e introducciones del P. ALBERTO COLUNGA. O. P. 1955. XVI + 684 págs.—70 pesetas tela, 110 piel. Publicado el tomo XV (145).

132 HISTORIA DE LA LITURGIA, por MONS. MARIO RIGHETTI, abad mitrado de la Pontificia Colegiata de Nuestra Señora del Remedio (Génova). Tomo I: *Introducción general. El año litúrgico. El Breviario.* Edición preparada por D. CORNELIO URTASUN, prof. de Liturgia en el Seminario Metropolitano de Valencia. 1955. XX + 1343 págs. en papel biblia, con grabadoa.—95 pesetas tela, 135 piel.—Publicado el tomo II y último (144).

133 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de MONS. ANGEL HERRERA ORIA, obispo de Málaga. Tomo V: *Pentecostés (1.º): Lo venida del Espíritu Santo. La Sontísima Trinidad. «Sed misericordiosos». Lo gran ceno. La ovejo perdida. La pesca milogrosa.* 1955. XXIV + 1100 págs.—80 pesetas tela, 120 piel.—Publicados los tomos VI (138), VII (140) y VIII (107).

134 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Edición bilingüe. Tomo X: *Tratado sobre la templanza.* Versión e introducciones del Padre FR. CÁNDIDO ANIZ, O. P. *Tratado sobre la profecía.* Versión e introducciones del P. FR. ALBERTO COLUNGA, O. P. *Tratado de los distintos géneros de vida y estados de perfección.* Versión del P. FR. JESÚS GARCÍA ALVAREZ, O. P., e introducciones del P. FR. ANTONIO ROYO MARÍN, O. P. 1955. XX + 887 págs.—75 pesetas tela, 115 piel.—Publicado el tomo XII (131) y XV (145).

135 BIOGRAFIA Y ESCRITOS DE SAN JUAN BOSCO. *Memorias del Oratorio. Ideario pedagógico. Ascética al alcance de todos. Extractos de artículos y discursos. Vidos de Domingo Savio y Miguel Magone. Epistolario.* Edición preparada por el P. RODOLFO FIERRO, S. D. B. 1955. XXIV + 990 págs.—75 pesetas tela, 115 piel.

136 DOCTRINA PONTIFICIA. Tomo I: *Documentos bíblicos*, por SALVADOR MUÑOZ IGLESIAS. Prólogo del Excmo. y Rvdmo. DR. D. LEOPOLDO EIJO GARAY, patriarca de las Indias Occidentales y obispo de Madrid-Alcalá. 1955. XXXII + 705 págs.—75 pesetas tela, 115 piel—Publicado el tomo IV (128).

137 PHILOSOPHIAE SCHOLASTICAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Filosofía en España de la Compañía de Jesús. Tomo II: *Cosmologia. Psychologia*, por los PP. JOSÉ HELLÍN y FERNANDO M. PALMES, S. I. 1955. XX + 845 págs.—85 pesetas tela, 125 piel.—Publicado el tomo III y último (92).

138 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de MONS. ANGEL HERRERA ORIA, obispo de Málaga. Tomo VII: *Pentecostés (2.º): Reconciliación fraterna. Segunda multiplicación de los panes. Lobos con piel de oveja. El mayordomo infiel. Llanto sobre Jerusalén. El fariseo y el publicano. El sordomudo.* 1955. XXIV + 1.301 páginas.—85 pesetas tela, 125 piel.—Publicados los tomos VII (140) y VIII (107).

139 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo XIII: *Tratados sobre el Evangelio de San Juan* (1-35). Texto en latín y castellano. Versión, introducción y notas del P. Fr. TEÓFILO PRIETO, O. S. A. 1955. VIII + 800 págs.—75 pesetas tela, 115 piel.

140 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de MONS. ANGEL HERRERA ORIA, obispo de Málaga. Tomo VII: *Pentecostés (3.º): El buen samaritano. Los diez leprosos. «Buscad primero el reino de Dios y su justicia...» Resurrección del hijo de la viudo. La curoción del hidrópico. El más gronde y primer mondomiento. El paralítico de Cofornaúm.* 1955. XXIV + 1.244 págs.—85 pesetas tela, 125 piel. Publicado el tomo VIII (107).

141 OBRAS DE SAN JUAN CRISOSTOMO. Tomo I: *Homilías sobre el Evangelio de San Juan* (1-45). Edición bilingüe, preparada por D. DANIEL RUIZ BUENO, catedrático de lengua griega y profesor a. de la Universidad de Salamanca. 1955. XVI + 864 págs. en papel biblia.—80 pesetas tela, 120 piel. Publicado el tomo II (146).

142 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Edición bilingüe. Tomo IX: *Tratados de la religión, de las virtudes sociales y de la fortaleza.* Versión bajo la dirección del P. Fr. TEÓFILO URDÁNOZ, O. P. Introducciones y apéndices del P. Fr. PEDRO LUMBRERAS, O. P. 1955. XX + 906 páginas.—80 pesetas tela, 120 piel. Publicados los tomos X (134), XII (131) y XV (145).

143 OBRAS DE SANTA CATALINA DE SIENA. *El Diálogo.* Edición preparada por D. ANGEL MORTA. Prólogo del Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. Fray FRANCISCO BARBADO VIEJO, obispo de Salamanca. 1955. XXXII + 640 págs.—70 pesetas tela, 110 piel.

144 HISTORIA DE LA LITURGIA, por MONS. MARIO RIGHETTI, abad mitrado de la Pontificia Colegiata de Nuestra Señora del Remedio (Génova). Tomo II y último: *Lo Eucoristía. Los sacramentos. Los sacramentales.* Edición preparada por D. CORNELIO URTASÚN, 1956. XX + 1196 págs. en papel biblia, con grabados.—95 pesetas tela, 135 piel.

145 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Edición bilingüe. *Tratado del orden.* Versión e introducciones del P. FR. ARMANDO BANDERA, O. P. *Tratado del matrimonio.* Versión e introducciones del P. FR. SABINO ALONSO MORÁN, O. P. 1956. XX + 645 págs.—70 pesetas tela, 110 piel.

146 OBRAS DE SAN JUAN CRISOSTOMO. Tomo II: *Homilíos sobre San Mateo (46-90).* Edición bilingüe, preparada por D. DANIEL RUIZ BUENO, catedrático de lengua griega y profesor a. de la Universidad de Salamanca. 1956. XII + 778 págs. en papel biblia.—75 pesetas tela, 115 piel.

147 TEOLOGIA DE LA SALVACION, por el P. FR. ANTONIO ROYO MARÍN, O. P. Prólogo del Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. Fr. FRANCISCO BARBADO VIEJO, O. P., obispo de Salamanca. 1956. XX + 672 págs.—70 pesetas tela, 110 piel.

148 LOS EVANGELIOS APOCRIFOS. Colección de textos, versión crítica, estudios introductorios e ilustraciones por AURELIO DE SANTOS OTERO. 1956. XX + 761 págs. y 32 láminas.—80 pesetas tela, 120 piel.

149 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Edición bilingüe. Tomo VI: *Trotado de lo ley en general.* Versión e introducciones del P. Fr. CARLOS SORIA, O. P. *Tratado de la ley antigua.* Versión e introducciones del P. Fr. ALBERTO COLUNGA, O. P. *Tratado de la gracia.* Versión del P. JUAN JOSÉ UNGIDOS, O. P., e introducciones del P. Fr. FRANCISCO PÉREZ MUÑIZ, O. P. 1956. XVI + 923 págs.—75 pesetas tela, 115 piel.

DE PROXIMA APARICION Y EN PREPARACION

SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo VIII.

HISTORIA DE LOS HETERODOXOS de MENÉNDEZ PELAYO, con un *Epílogo sobre la heterodoxia española en el siglo* XX, por el Dr. RAFAEL GARCÍA Y GARCÍA DE CASTRO, arzobispo de Granada.

ANTOLOGIA GENERAL DE MENENDEZ PELAYO. Recopilación orgánica de sus juicios doctrinales e históricos. Elaborada por JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ DE MUNIÁIN.

CUESTIONES MISTICAS, del P. ARINTERO, O. P.

OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo XIV.

OBRAS COMPLETAS DEL BEATO JUAN DE AVILA. Tomo III y último.

OBRAS COMPLETAS DE SANTA TERESA. Tomo III y último.

HISTORIA DE LA IGLESIA. Tomo III. (Aparecidos ya el I, el II y el IV y último.)

Este catálogo comprende la relación de obras publicadas hasta el mes de junio de 1956.

La B. A. C. viene publicando, al menos, doce volúmenes nuevos cada año.

Al hacer su pedido haga siempre referencia al número que la obra solicitada tiene, según este catálogo, en la serie de la Biblioteca de Autores Cristianos.

Dirija sus pedidos a LA EDITORIAL CATOLICA, S. A.
Alfonso XI, 4, Madrid.

NIHIL OBSTAT:
DR. ANDRÉS DE LUCAS,
Censor

POTEST:
AGUSTÍN ZULUAGA
Del. Gral. O. F. M.

IMPRIMATUR:
† CASIMIRO,
Obispo Aux. y Vic. Gen.
Madrid, 20 de enero 1945